

John Galsworthy

Otra vez

los Forsyte

(Una comedia moderna)



EDITORIAL TESORO
EDICIONES SIGLO XX

Título original:

A modern comedy

Versión española:

CARLOS H. NÚÑEZ

JOAQUÍN RODRÍGUEZ CASTRO

Dirección literaria:

JOSÉ MANUEL GÓMEZ-TABANERA

Primera edición: febrero 1951

Copyright by Ediciones Siglo XX. Madrid, julio 1950

All rights reserved for world's editions (spanish's translations included) by

Executor of Mr. Galsworthy's Estate. London 1942.

José Ruiz Alonso, impresor - San Bernardo, núm. 79 - Teléfono 24 86 51 - Madrid

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN a EDITORES

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios.

Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.

PETICIÓN a DIGITALIZADORES

Si encontráis libros digitales a precios razonables rogamos encarecidamente:

NO COMPARTIR estos libros, sino animar a su compra.

Por el bien de la cultura y de todos, debemos incentivar la loable iniciativa que algunos escritores están tomando, publicando libros a precios muy asequibles.

Luchemos tan solo contra los abusos, o seremos también abusadores.

Prólogo	7
Prefacio.....	18
EL MONO BLANCO.....	22
Primera Parte	23
Segunda Parte.....	102
Tercera Parte	181
<i>INTERLUDIO CORTEJO SILENCIOSO</i>	260
<i>LIBRO SEGUNDO LA CUCHARA DE PLATA</i>	276
Primera Parte	277
Segunda Parte.....	364
Tercera Parte	446
<i>INTERLUDIO LOS QUE PASAN</i>	523
<i>LIBRO TERCERO EL CANTO DEL CISNE</i>	536
Primera Parte	537
Segunda Parte.....	613
Tercera Parte	701

Prólogo

No era muy conocida en España la obra de Galsworthy. Y decimos no era porque ya, tras la publicación de *The Forsyte Saga*, traducida por nosotros, y del presente libro, traducido por el Sr. Núñez en sus dos primeras partes y por nosotros también en su tercera y última, la familia Forsyte, si no de naturaleza, ha tomado carta de vecindad, definitiva, en España. Y esto es muy natural: A los Forsyte les gusta España, como ha podido ver el lector del tomo *La dinastía de los Forsyte*, y de éste mismo. Y siendo gente de dinero, ¿por qué no habían de venir a España por una larga —muy larga— temporada? Aquí, Jon no se curó de su mal de amores, pues eran puros, y el amor bueno es planta que se da bien en nuestro suelo. Pero la familia entera fué muy bien recibida: el primer día que les trajimos a Madrid fueron huéspedes mimados de muchísimos hogares. Queremos decir que el día que salió se vendieron muchísimos ejemplares de *La dinastía*. Esto es de importancia, y podría escribir un prólogo interesante analizando el porqué del éxito de los Forsyte entre el público español. Podría decir que los Forsyte son tipos universales y que por eso en España, cuajan bien; podría establecer cierta homología entre el viejo Jolyon, primero de la dinastía forsyteana que nos encontramos en la *Saga*, y El Abuelo, de Galdós, por ejemplo. Y entre muchos héroes galsworthyanos y de escritores españoles. Pero eso sería un trabajo erudito, y con los Forsytes no hay erudiciones posibles, pues nos apasionan y nos quitan toda frialdad crítica. A los Forsytes hay que tratarles; tratarles en sus casas y en sus clubs, oírles hablar y hablar con ellos... Sólo así los calaremos en sus dimensiones verdaderas, que son enormes. Nosotros hemos observado bien a todos ellos. El estar más de un año tratándolos a diario, con esa atención y cuidado que el traductor ha de poner si quiere hacer una labor seria, nos ha permitido conocerles como a hermanos. Y así, presentan para nosotros una configuración moral y hasta somos capaces de reconocerles si los vemos por la calle. Es más sabemos muy aproximadamente cómo va a reaccionar uno de ellos ante un acontecimiento... Conocemos su postura ante el amor, ante la belleza, ante la muerte, ante lo nacional, ante muchas cosas...

Y de este modo esencial de ser de un Forsyte —de todos ellos— va a ser de lo que nos ocupemos en este prólogo. Prólogo que tiene que ser laudatorio por justicia, pues las dos Trilogías, de los Forsytes son magníficas, si bien el proclamarlo no es decir nada. O sólo decir algo: que veinte años después de escribirse la segunda, gustan y emocionan a un español medio (el traductor) y a muchos otros españoles (los lectores), que han adquirido rápidamente varios miles de ejemplares. Y que tras veinte años de tanto cambio en los gustos y en todo, sigan gustando los Forsyte es sintomático: sintomático de la grandeza de Galsworthy.

ANTE EL AMOR

Es fácil darse cuenta de la postura que ante el amor adopta un Forsyte. En general, para ellos el amor es el matrimonio tranquilo, el hogar, los hijos, los herederos del fruto

de su trabajo. Es algo necesario si se quiere vivir debidamente; es algo conveniente si la vida ha de discurrir por cauces de normalidad, si un hombre ha de tener todo lo que debe y puede. De este modo de ser de los Forsytes en amor es de donde nace el conflicto fundamental de la Saga, de la primera Trilogía; conflicto entre lo que pasa y lo que debiera pasar según el criterio forsyteano. Soames piensa que, casado con Irene, ya está casi todo. El casi restante lo constituye para él el bienestar económico que da a su mujer, el gastar un «pretty penny» en vestirla, el llevarla a buenos teatros, el integrarla en el digno ambiente de su familia. El intercambio espiritual con su mujer es para Soames el hablarle entre dientes, por insinuaciones, como a persona enterada, de la marcha de sus negocios, del alta y baja de los valores en Bolsa... y nada más. A Irene le gusta la música; a él, la pintura. Pero es lo suficientemente serio para no ocuparse de arte con su mujer. El piano de ella y los cuadros de él son mundos particulares y privados, torres de marfil defendidas por fosos de frialdad a las que no se pasa al cónyuge, torres de ajedrez de las que se teme el jaque. Si Irene y Soames hubieran sido franceses, hubieran hablado de arte. El arte hubiera sido para ellos venero inagotable de tópico conversacional, y ellos, ante la sociedad, un menage très artiste... dedicados ampliamente al *laissez faire* y al *laissez passer*, siempre envolviéndose en la capa común del gusto por lo bello. Pero no: Irene y Soames son ingleses, muy ingleses.

Y lo mismo que en oficinas, hoteles y lugares públicos ingleses abundan letreritos dorados sobre las puertas con la palabra «private», así ellos dos tienen el «private» escrito con letras agresivas sobre sus torres ebúrneas y colgados de una cadenita de oro, claro— del cuello, sobre el corazón. No llegan nunca a la intimidad, jamás hay un intercambio de pensamientos íntimos ni medio íntimos entre ellos a lo largo de la Saga. Y así debe de ser para un Forsyte. Pero... he aquí el conflicto: Soames ama a su mujer, y su mujer es capaz de amar, pero no a él. Y Soames siente celos; celos de nadie en concreto (primero), pero celos. Quizá fuera mejor decir complejo de inferioridad, aunque no lo decimos porque un Forsyte no tiene ese complejo, pues el dinero se lo evita, haciendo sólo uso del ya modismo para mayor comprensión de quien esto lea. El caso es que Soames, además de estar casado a lo Forsyte (además de tener un hogar confortable donde poder descansar de su trabajo y recibir a su familia, donde poder exponer — discretamente, eso sí— lo que llegaba a adquirir con su dinero: comodidad, cierto lujo, buena mesa y mujer guapa), hubiera querido estar casado no a lo Forsyte: encontrar en su mujer aprecio y algo de ternura. Entonces él hubiera fingido ante sí mismo, y desde luego ante James y demás familia, no hacer caso de tal ternura, no concederle importancia... y de haber conocido a Machado, hubiera recitado los versos de «Adelfos», sobre todo aquellos de

De cuando en cuando, un beso sin ilusión ninguna,
el beso generoso que no he de devolver.

Hubiera musitado estos versos sabiendo que mentía, que se autoengañaba o pretendía engañarse, pero secretamente feliz del juego, y feliz por el cariño de su mujer, feliz en definitiva...

James está casado a lo Forsyte; Winifred también. Hasta Timoteo, solterón, está casado así, pues sus hermanas le arreglan la casa, le dan medicinas, la lavan el ojo enfermo y le ponen ventosas.

Afirmando que Timoteo está casado a lo Forsyte, y habiendo dicho que para un Forsyte el matrimonio tranquilo es la más alta forma del amor, está definida y explicada la postura ante el amor de los Forsytes.

ANTE LA BELLEZA

La familia es sensible, muy sensible a la belleza: A Soames le gusta Irene y la belleza de los cuadros y del paisaje. A otros Forsytes les gusta la belleza de los caballos; a Winifred le gusta el bigote negro y el chaleco bien cortado de Dartie. Y, en general, a todos les impresiona la belleza plástica.

Al viejo Jolyon le conmueve la belleza de Irene: por eso la deja heredera y muere pensando en ella, en que va a verla. Y esto podríamos decir de todos los Forsytes: a todos les gusta Irene, limpiamente o con menos limpieza, pero a todos. Todos reaccionan de forma muy humana diciendo que Soames no se la merece y alegrándose de que Bosinney le birle su cariño.

La belleza lleva a los Forsytes al trastorno, les lleva a hacer cosas en contra de sus principios e ideales; pues, ¿qué más anti-forsyteano que hacer testamento de forma que el dinero Forsyte vaya a parar a manos no Forsyte? Los Forsytes tienen un sentido familiar acendrado, un fuerte espíritu de clan. (Por eso el título de nuestra traducción de The Forsyte Saga, La dinastía de los Forsyte, constituye un acierto del editor.) No se nota mucho en las Trilogías que presentamos, pero existe. Un Forsyte no necesita de otro, pues todos tienen amplia base económica sobre que reposar la vida. Pero si se necesitasen, se prestarían dinero, y tal vez a interés insignificante: Hay, pues, espíritu de familia, y creemos que el lector que observe bien, lo notará en esas reuniones en casa de Timoteo, en ese quedarse Soames o Fleur en la calle Green cuando les parece, en todo...

Lo que pasa a los Forsytes es que en su escala de valores no está arriba la belleza, y creen que no debe estarlo. Y el conflicto se presenta cuando se ven atacados de fiebre de belleza: Al subírseles el mercurio de lo bello por el capilar de la personalidad, amenaza ganar en altura al punto más alto de su escala de valores, y esto no puede sucederle a nadie. Pues ¿quién soportaría sin sufrir un cambio, un trastorno así de las referenciales de su vida? Se lanzan a luchar por poner las cosas en su punto: El amor, en su punto; la belleza, en su punto; el patriotismo, en su punto; la propiedad, en su punto... ¡Todo en su punto! Y si no lo consiguen, viven desfasados respecto de su modo intrínseco de

existir, como vivía Soames desde que se le escapó Irene, o como vivía Winifred desde que se le escapó Dartie.

Esto es: que los Forsytes aman la belleza, pero relativamente, no perdiendo de vista otras cosas que aman también, sin exclusivismo...

ANTE LA MUERTE

La Saga y también la Comedia moderna son novelas de mucha acción. Pero no falta, ni mucho menos, la pintura, la exposición de lo psicológico, del sentir de los héroes. Y Galsworthy no se da a trivialidades fáciles. Se ocupa de presentar a sus personajes ante situaciones trascendentes, dejándoles reaccionar. Pero tales situaciones no son las de la trama tan sólo, sino problemas humanos, universales, de los que afectan a todos los hombres, a toda conciencia. Así, el tema de la muerte, del «más allá».

Vemos la muerte de la tía Ana, del viejo Jolyon, del joven Bosinney, de muchos más... Y siempre, en el espíritu forsyteano se presenta un gran interrogante y se crea una gran emoción. Los Forsythe son descreídos. No son irreverentes, pero son descreídos. Sin embargo, ante la muerte, tiemblan, se conmueven. Se me entenderá mejor si digo que son todo lo contrario que Don Juan. El héroe de Tirso es creyente, pero se burla de los muertos, les invita a cenar. Los Forsytes no tienen principios religiosos o los tienen muy prepósteros¹. Mas a pesar de su materialismo, de su espíritu práctico, no se deciden a negar la vida eterna, cosa tan poco relacionada con la economía, con los valores positivos consagrados para ellos.

Cuando va a identificar el cadáver de Bosinney, el viejo Jolyon no tiene ánimo ni para mirar por la ventanilla de su coche. Considera a Soames responsable moral de la muerte del arquitecto, pero le hace ir a ver el cadáver con James y él; y cuando le ve salir del depósito judicial siente recrudescido el desprecio por su sobrino. Él se queda. Y llora por el hombre muerto, por el que había abandonado y puesto en ridículo a su June, a su nieta. Y manda a su hijo a ver a Irene, a llevarle palabras de consuelo y comprensión de su dolor.

No era, desde luego, de esperar una actitud irreverente de los Forsytes ante la muerte: cosas así son de mal gusto y desentonan. Tampoco, quien les conozca, puede pensar en oírles negar la pervivencia del alma, pues ellos pertenecen a la Iglesia oficial de Inglaterra, que la admite, como la admite toda persona que pertenezca al más bajo estrato de la clase media, y mucho más si pertenece al Hotch Potch o a algún otro Club respetable. Ahora bien, de eso a sentirse como el pobrecito Jolly, poco antes de morir él, en contacto con el espíritu de su abuelo, que le aconseja sobre los amores de Holly con Val; de eso a pensar como el joven Jolyon, poco antes de morir también, que entra en comunión con el espíritu de su padre, que sigue fumando tabaco habano y todo, va mucha diferencia. Pero los Forsythe son así. Tan así, que a pesar de estar uno influido por

¹ En el original "preposterous", "descabellado". (Nota de la revisora)

la clasificación de Spranger, no se atreve a colocarles en la categoría del homo oeconomicus. Y el joven Jolyon ve a su padre redivivo, sentado en su sillón; le oye aconsejarle se enfrenta con el problema de los amores de Jon y Fleur. Y la decisión de proteger a Irene le viene de influencia del espíritu paterno. Y siempre los Forsythe que se van muriendo siguen, desde sus tumbas, influyendo poco o mucho sobre sus descendientes.

Mucho nos hacen meditar las dos Trilogías sobre esto. Nos hemos decidido a insinuar este punto porque creemos que si el lector va preparado de antemano, podrá sacar mejor satisfacción de leer ambas novelas, pues además de lo anecdótico, encontrará — con frecuencia — temas así, que le harán reflexionar. Otro de ellos es el de

LA PATRIA

Los ingleses son patriotas e imperialistas. Y no sólo Kipling, sino cualquier Mr. Smith, encuentra pensando en el Imperio fuente de satisfacción, clavo a que asirse ante cualquier dificultad de cualquier índole, tónico para la depresión, y manantial de confianza, no sólo en lo nacional, sino en lo particular y personalísimo. Los Forsythe, ingleses cien por cien, son también patriotas e imperialistas. Estalla la guerra anglo-boer, y varios van al frente, y alguno se deja los huesos en el África holandesa. Todos reciben con desagrado la guerra; hasta entre ellos, los hay pro-bóers. Pero hombres y mujeres, a la guerra van, y a Soames lo que le importa es que quede en alto el pabellón inglés, y hasta Timoteo se sale de sus casillas, que ya es decir...

En la huelga general que se refiere en este libro, los Forsythe, por entenderlo su deber patriótico, actúan en masa de rompehuelgas. Y a Soames no le gusta América, y piensa en legar su pinacoteca al Estado, y muchas otras cosas que el lector de La Saga ha visto y verá en el libro que tiene entre las manos.

Galsworthy también es, por lo menos, patriota. Claro que patriotero no. Es hombre culto, que ha viajado, que ha conocido otros hombres y otros pueblos, y no desdeña ni al Continent ni a los States ni a nada. Mas para él y para sus hijos los Forsythe, como para el viejo Gaunt, Inglaterra es el país más sano del mundo, el que con su dureza climatológica mejor forja el carácter, en definitiva:

This dear dear land

This precious stone

Set on a silver sea...

(Esta tierra amadísima..., esta piedra preciosa engastada en un mar de plata... Shakespeare, Richard II.)

Ahora bien: el patriotismo es sentimiento corriente en los hombres y no hay que hacerlo resaltar como condición característica de ingleses ni de Forsytes. Lo característico es que aman el Imperio, por ser una institución y un legado de sus mayores, por ser cosa tradicional. Y por institución, legado y tradición, el «Rule Britannia», cuando se haya olvidado el Tipperary, se recordará. Y el día del Juicio Final habrá Forsytes con The Times o el Punch bajo el brazo, y ninguno con estos periódicos modernos, que, por serlo, no pueden tener sentido tradicional, y gracias a Dios si no tienen algo peor: el virus del laborismo, carcoma del roble del Imperio.

LA FAMILIA

Considerados, pues así conviene, como familia, los Forsythe son también interesantes, pues en todo hombre hay, entre otros, dos clases de valores: el propio en exclusiva, el individual, y el otro que es función del medio familiar. Tal vez nadie pueda decir lo de «yo soy yo y mi circunstancia», pero un Forsythe menos que nadie. Entre ellos, no se quieren mucho; hablan mal los unos de los otros y se molestan siempre que pueden. Pero la familia también es tradición y es legado, ergo: cosa seria y respetable. Y el criterio de la familia hay que tenerlo en cuenta, y hay que esforzarse porque las acciones de cada uno se coticen altas en la Bolsa Forsythe, en la carretera de Bayswater. No sabemos si muchos de quienes lean las dos Trilogías encontrarán semejanza entre los modos y maneras de la familia Forsythe y los de la propia. Creemos que sí, independientemente de la patria, cultura y raza y condición del lector, pues en esto radica la grandeza de Galsworthy —como de todo escritor que la tiene—: en su universalidad. Ya dice él que en los humanos hay una serie de constantes, invariantes frente a todo cambio de circunstancias, y dice bien. Y sobre estas constantes están cimentadas las Trilogías. Las formas corrientes de proceder de los Forsytes, como colectividad orgánica, es la forma de proceder de los Garcías, de los Dubois, de los Schultz, de los Kowalew, y esto —y no es paradoja— es lo que les hace notables. También tienen otra notabilidad: el espíritu de superación, el «yo soy más que tú», en contraposición al «más eres tú», peyorativo y no forsyteano. Y más notabilidades, de las corrientes también; notabilidades con eso y precisamente por eso: el «mi hijo es más que el tuyo». Es, en definitiva, una familia vulgar, y su drama no es sofocleano, pero no es vulgar siempre, aunque siempre sea burgués.

También para los Forsythe, «los hijos son de uno», y «la mujer de uno es de uno», y el dinero de la mujer. O sea, que como existe propiedad inmobiliaria, existe propiedad familiar, el ser dueño de la familia. Además, la familia es indestructible, y el divorcio, cosa nefanda. Pero en esto pueden tal vez entrecruzarse influencias católicas en Galsworthy. Ya en una nota al pie de la página 409 de La Dinastía, hacemos una ligera alusión a un posible sentimiento de censura del libre examen en el autor. No quisiéramos ir demasiado lejos, pero no podemos sustraernos al conocimiento del hecho (puesto de manifiesto por el señor Gómez-Tabanera en el prólogo de La Dinastía) de que Galsworthy tuvo amistad y alientos literarios de Conrad. Y Conrad, que no se

llamaba Joseph Conrad, sino Jozef Korzeniowski, era polaco y católico. Pero otra vez aquí, como en la Nota del Traductor aludida, dejamos esto para la crítica. El lector no crítico, sino lector a secas, también formará su criterio.

Mas no queremos hablar sólo del concepto «familia» en nuestros amigos los Forsythe. Queremos también hablar un poco de los familiares, de alguno de ellos, y dar así fin a este ya largo prólogo. Nos referiremos en primer término a:

IRENE, O LA ESFINGE

Irene no habla. Casi no habla. Pero cuando habla suele hacerlo bien. Transcribimos una de sus pocas conversaciones, esta con James, su suegro.

—Soames te quiere mucho... No quiere que nadie te vitupere. ¿Por qué no le muestras tú más cariño?

—Yo no puedo mostrar lo que no siento.

—Pues no sé lo que quieres tú. Soames es un buen marido.

—Es que tú no estás casado con él.

«¡Es que tú no estás casado con él!» La respuesta no puede tener más intención. Sin embargo, ¿acusa de algo a Soames en ella? De nada. Pero James se quedaría cohibido, sin atreverse a preguntar demasiado, sin atreverse a no preguntar. Lo mismo que cuando un médico nos dice que una persona querida tiene tal o cual cosa. Nos dice un término técnico, con sonido latino, no lo entendemos, y decimos sin saber si respirar descansados o no respirar de susto: ¿Dígame..., es grave? Y cuando el médico nos dice que depende, que hay tratamientos eficaces, que la naturaleza del paciente..., nos quedamos con una impresión, no con una certeza. Así es, en general, con Irene. Muy pocas veces es tajante y decisiva; y cuando lo es, también pensamos en «la esfinge», en que es de piedra. Con quien habla con más naturalidad y espontaneidad es con el viejo Jolyon. En ella hay retraimiento, el retraimiento de la mujer que se sabe objeto de todas las miradas, de todos los deseos innombrables. Sabe que cualquier palabra suya despertará un cúmulo de sentimientos de los que no se pueden decir en alta voz. Y si bien toda mujer gusta mucho de ser admirada, no cabe duda de que también gusta serlo por razones independientes del sexo y de los sentidos. Los Forsythes pueden admirar a una mujer por su belleza, por su dinero, por sus condiciones de buena administradora. No la admirarán por su inteligencia ni por su virtud. Irene lo sabe y enmudece, y es para nosotros la esfinge. Y menos mal que así sea, pues si hablara más, diría ser una incomprendida, o se nos presentaría como salida de la pluma de Benavente, aunque ella no es criatura benaventina, pues no tiene «historia», en el mal sentido de la palabra, no engaña año tras año, no es una matrona vivida, que, de vuelta de muchas cosas, comprende todo y disculpa todo.

A Irene la conocemos poco por sus palabras, algo más por sus obras, y mucho más por la versión que de ella nos dan las palabras y las obras de quienes la tratan a lo largo

de las dos Trilogías. Toda esfinge tiene su secreto, y el secreto de ésta quizá sea que es una pobre mujer, con su hora tonta y todo. Es una burguesa sin otras preocupaciones que las cosas que le atañen personalmente. Desde luego, tiene el arma de su belleza, que la va sacando de apuros poco a poco. A ella no se sabe que le afecten ni guerras ni la huelga general ni nada público. Pero ella afecta a todo el mundo. Es el modo de ser de algunas mujeres: parecen nacidas para reinar sobre su ambiente, mirándolo todo con poco interés. Ciertamente quiere a Bosinney y que por años le recuerde; pero no es mucho hacer por quien le sacrificó hasta la vida.

De una cosa no hay duda: nos guste Irene o no nos guste, está lograda a maravilla por su creador; están logradas a maravilla las reacciones que la belleza de la mujer, que ella personifica, producen en el hombre. Quien haya conocido alguna Irene, reconocerá las reacciones del mundo galsworthyano. Pues si bien es cierto que las esfinges no abundan, Irene es también universal, también símbolo. Ahora bien: lo interesante de Irene, incluso su enigmatismo, lo es en función de Soames, de su primer marido. En función del joven Jolyon o de Jon, el hijo de ambos; en función de Bosinney inclusive, Irene es mera piedra que no habla. Pero a la luz (o a la sombra, según) que Soames proyecta sobre ella, es como la esfinge, cobra interés y misterio.

SOAMES O LA EVOLUCION

Al principio de la Saga, Soames es de una forma; al final de la Comedia, de otra. Sin embargo, con ser muy grande el cambio, casi no lo percibimos en estadios intermedios, pues ocurre con continuidad: a cada modificación pequeñísima de la vida, corresponde una modificación pequeñísima en el hombre. Y así, Soames empieza a ser a nuestros ojos un logrero y un tirano de su mujer; nos indigna sobremanera cuando quiere comprar la enemistad de Val hacia su padre con la moneda del juego del polo. Pero he aquí que le vemos sufrir terriblemente, y empezamos a tenerle lástima. Después vemos su ternura por Fleur, su amor desmedido por su hija, le vemos hacerlo todo por lograr su felicidad, por separarla de peligros... Y empezamos a pensar que es un hombre bueno. Y al final de la Comedia, estamos convencidos de que es casi un ser de excepción, y de bondad, fuera de lo corriente. Lo que le ocurre con los cuadros es ejemplo de lo que le ocurre con todo. Empieza por comprar algunos y guardarlos en un cuartito, en el suelo, cara a la pared. Y acaba con una magnífica «Gallery». Empieza por comprarlos para sacarles algo de dinero revendiéndolos. Acaba por amarlos, hasta el punto de quemarse vivo por salvarlos del fuego. Y cuando vende el Gauguin a Profond, y cuando le muestra la colección a Michael, no sabemos que ama más, si el arte o el dinero. Y si, en general, la duda ofende, aquí la duda salva.

Soames es personificación perfecta de la evolución del hombre. Conserva genio y figura, pero a ambos añade muchas cosas y quita otras, y se modifica, para perfeccionarse. Por eso, sus desventuras nos van doliendo cada vez más, y hay momentos en que nos ponemos más a su lado que al de Irene, que si hubiera sido un poco más humana y cariñosa con Soames le hubiera ayudado en su perfección, le hubiera

evitado caer en vilezas, etc. Claro que si Irene hubiera sido de otra manera, ni hubiera muerto Bosinney ni hubiera habido Saga ni Comedia. Así, que en una primera aproximación, Irene es el motivo de las seis novelas que forman las Trilogías, y de los cuatro interludios y de los dos prefacios. Pero como esta obra monumental está originada en la maldad de Soames para con Irene, de Irene para con Soames y para con June, y de Bosinney para con June también, sería cosa de pensar que si Irene se hubiera resignado a su triste suerte de casada sin amor, nos hubiéramos evitado mucha malicia y mucho dolor. Claro que la novela podría haber existido, como Crawford, de Mrs. Gaskell, por ejemplo.

Galsworthy es leal para con su hija Irene. No quiere echar sobre sus hombros —tan bellos— tanta responsabilidad. Dice que «los efectos de la belleza y del sentimiento de libertad en un mundo de opresión son los presupuestos básicos de la Saga»; esto es, los motivos de la Saga. Por eso, nos da una Irene silenciosa. Provoca todo lo que provoca solamente con ser hermosa. Si no lo hubiera sido, su madrastra no se la hubiera entregado a Soames y no hubiera pasado nada. Soames se hubiera casado con una burguesa cualquiera de Park Lane, y hubiera vivido su evolución, sin pena. Con gloria, sí; pues ni es hombre demasiado vulgar ni tonto. Claro que hubiera sido una gloria baratita, para andar por casa o, todo lo más, por Piccadilly. Pero la gloria que a él le hubiera gustado, la que hubiera gustado a su padre y a Emilia, su madre. Esa gloria modesta que hace los hogares felices y las naciones, y preserva los Imperios de la destrucción. Esto es lo que las dos Trilogías nos hacen pensar: que los seres «Forsythes», buenos unas veces, malos otras, llenos de equilibrio y ponderación, de buen sentido práctico, son los elementos de seguridad de las sociedades. Otros, los no burgueses, son los que las fundan o las forjan. Pero los que las conservan son los Forsythe. Estos dos libros, la Saga y la Comedia, son el poema épico de la burguesía, y perdurará. Bien dice el autor que «embalsama a las clases medias acomodadas». Lo hace a conciencia, y el lanzarse a eso en los tiempos de máxima decadencia de la burguesía, es prueba del valor y del valer del escritor, pues embalsama con el corrosivísimo ácido de su ataque, de su sátira formidable, de su poner puntos sobre íes. ¿Quién es capaz de hacer esto? Galsworthy, y quizá nadie más en las letras inglesas.

Y en este punto te dejamos, lector, con el libro. Quisiéramos que nuestra traducción, notas y prólogo fueran de tu gusto. Te dejamos con una cita de diccionario, a ver si a ti, como a nosotros, te dice algo:

FORSYTHIA.—A bulb with yellow bell-shaped flowers that come out in the early spring. (Del Merriam Webster Pocket Dictionary.)

O sea: Forsythia.—Arbusto con flores amarillas en forma de campana, que nacen a principios de primavera.

Ponemos puntos suspensivos..., y firmamos.

J. Rodríguez de Castro.

Madrid, Enero 1951

A MI ESPOSA.
PUES SIN ELLA NO SÉ LO QUE HUBIERA
ESCRITO, DEDICO ESTA SEGUNDA TRILOGÍA
DE LA CRÓNICA DE LOS FORSYTES.

Prefacio

Al llamar «Una Comedia Moderna» a esta segunda parte de la Crónica de los Forsytes pongo cierto énfasis en la palabra *comedia*, como lo hice con la palabra *saga* con que llamé la primera parte. Pues ¿qué otra consideración que la de comedia, qué otra significación que la cómica puede atribuirse a la época impaciente que vivimos desde la guerra². Una Edad que no sabe lo que quiere, y que vive, sin embargo, preocupada en conseguirlo, tiene forzosamente que provocar una sonrisa, aunque sea triste.

La interpretación de las formas y el color de una época es cosa fuera del alcance de cualquier novelista, y totalmente inasequible para el novelista que esto escribe; pero el deseo de poner de manifiesto algo del espíritu de nuestro tiempo se hallaba indudablemente en el fondo de la mente del autor al ir sacando de los puntos de la pluma esta trilogía. Como un caballo de carreras, nuestro Presente corre tan rápido que no puede describirse; lo más que se puede es tomarle un instantánea mientras galopa en busca de su Futuro, sin saber dónde ni cuándo lo encontrará, ni en qué consistirá tampoco.

La Inglaterra de 1886, de cuando *La Saga de los Forsytes* comenzaba, también se hallaba sin Futuro, pues entonces Inglaterra esperaba que su Presente durase; y rodaba sobre su bicicleta, en una especie de ensueño, que sólo dos contratiempos llegaban a perturbar: Gladstone y los Parlamentarios irlandeses³.

La Inglaterra de 1926 —cuando la *Comedia Moderna* termina—, con un pie en el aire y el otro en un Morris Oxford, da vueltas y más vueltas, igual que un gato que quiere cogerse el rabo, murmurando: «¡Si al menos supiera uno dónde se quiere parar!...»

Y como ahora es todo relativo, ya no existe confianza absoluta en Dios, en el Mercado Libre, en el Matrimonio, en los Títulos de la Deuda, el Carbón o la Clase Social.

Y como ahora todo está superpoblado, no queda sitio para quedarse mucho tiempo, como no sean los campos deshabitados, que son demasiado aburridos, y desde luego inadecuados para vivir.

Y, como además, todo el mundo ha estado en un terremoto de cuatro años de duración, pues se ha perdido el hábito de estar tranquilo.

² Es la de 1914-18. (*Nota de los traductores*)

³ En las elecciones generales de 1885, se llegó casi a empate entre liberales y conservadores; cualquiera de los dos partidos estaba imposibilitado de gobernar. Pero había una tercera fuerza importante en los Comunes; la del *Home Rule party*, de Irlanda, acaudillada por Parnell. Éstos son los parlamentarios a que se refiere el autor. Gladstone se alió con Parnell, y de esta alianza salían los sobresaltos que interrumpían el ensueño en que, aquellos años, según Galsworthy, se hallaba sumido el inglés. (*Nota de los traductores*)

Sin embargo, el carácter inglés ha cambiado muy poco, si es que ha cambiado algo. La Huelga General de 1926, con la que comienza la última parte de la trilogía, es una prueba de ello. Seguimos siendo un pueblo al que no hay que meter prisas, que desconfía de las actitudes extremadas, que se salva por la gracia de nuestro humor; de buen carácter; enemigo de las interferencias; poco previsor y gastoso, pero con cierta capacidad de recuperación. Si no creemos en muchas cosas, todavía creemos en nosotros mismos. Esta característica destacada del carácter inglés da mucho que pensar. ¿Por qué, por ejemplo, estamos siempre detractándonos? Sencillamente, porque no tenemos complejo de inferioridad y nos es indiferente lo que los demás piensen de nosotros. Ningún pueblo del mundo aparece, en lo exterior, menos seguro de sí mismo; pero secretamente, no hay pueblo que en sí mismo confíe más. A propósito de esto, quizá venga bien hacer notar a los aficionados a tocar el bombo y los platillos de lo inglés, que la música de la autoalabanza es el comienzo disfrazado de la sensación de inferioridad. Tan sólo quienes tienen la fuerza necesaria para no hablar de sí mismos, tienen la fuerza suficiente para estar seguros de sí. La época que atravesamos es de las que favorecen el formar mal juicio del modo de ser inglés y de la posición de Inglaterra. Jamás ha existido un país donde haya sido menos posible el llegar al verdadero deterioro de la fibra auténticamente humana que en esta isla, pues no hay país de clima tan variable, tan forjador del carácter, tan endurecedor, tan fundamentalmente sano. Y a la luz de esta afirmación hay que leer lo que queda de este prefacio.

El Victorianismo Primitivo no subsiste en la presente época. Por Victorianismo primitivo entendemos el de los viejos Forsytes, ya en mengua en 1886; lo que ha sobrevivido, y potentemente, es el Victorianismo de Soames y de su generación, más consciente de sí mismo, pero no tanto como para ser autodestructor u olvidadizo de los propios intereses. Precisamente sobre el fondo de este coeficiente, más o menos constante, es como mejor vemos la forma y color de la generación contemporánea, que tanta conciencia tiene de sí y que todo lo indaga y lo pregunta. Los viejos Forsytes —Jolyon, Swithin y James, Rogelio, Nicolás y Timoteo— vivieron sin preguntarse nunca si la vida merecía ser vivida. La encontraban interesante, absorbente un día y otro, y si bien no tenían mucha fe en una vida futura, sí que la tenían en el mejoramiento de su posición económica y en la tarea de acumular riquezas para sus hijos. Después entraron en escena el joven Jolyon y Soames y sus coetáneos, que si es cierto estaban pervadidos⁴ de darwinismo y espíritu universitario, de dudas concretas sobre la vida futura y tenían la capacidad de introspección suficiente para preguntarse si realmente progresaban, conservaron el sentido de la propiedad, el deseo de mejorar y el de pervivir en la progenie. La generación que hizo su aparición cuando la reina Victoria abandonaba el escenario del mundo, lanzó nuevas ideas sobre la educación de la infancia, ya que, dados los

⁴ En el original "*imbibed*", "*impregnados*". (Nota de la revisora)

nuevos medios de locomoción, y a causa de la Gran Guerra, había decidido, la necesidad de una revisión de todos los valores. Y como parece que hay muy poco futuro en lo que no sea propiedad, y menos aún si no hay vida, decidió tal generación que había llegado el momento de vivir de verdad, sin preocuparse de cuál sería el hado de los hijos que llegaran a tener. No es que fueran menos amantes de los hijos que las generaciones pasadas —la naturaleza humana no cambia tan fundamentalmente—, pero cuando todo es tan incierto, asegurar el futuro a expensas del presente, no merece la pena.

Ésta es verdaderamente la diferencia fundamental entre la generación presente y las pasadas: la gente no se preocupa de arbitrar contra lo que no puede prever.

Todo esto, claro está, vale tan sólo para esa décima parte, poco más o menos, de la Humanidad, cuyos ojos miran por encima de la línea de la propiedad; bajo esa línea no hay Forsytes, y, por tanto, este prefacio no va a descender tanto. Además, ¿qué inglés típico, con menos de trescientos al año, se ha preocupado nunca del futuro, ni siquiera en los días del Victorianismo Primitivo?

Esta Comedia Moderna, pues, se presenta al público sobre el escenario de aquel coeficiente, más o menos constante, del victorianismo de Soames y de su consuegro, hombre de pocas carnes y noveno baronet, sir Lawrence Mont; del victorianismo de tales neovictorianos, como el severo míster Danby; de Elderson, de míster Biythe, de sir James Foskisson. Wilfred Bentworth e Hilario Charwell. Resumiendo sus idiosincrasias, cualidades y posturas mentales, se consigue una amplia y firme pintura del pasado, que sirve de fondo y término de comparación para percibir las líneas del presente: Fleur y Michael, Wilfrid Desert, Aubrey Greene, Marjorie Ferrar, Norah Curfew, Jon, el Rafaelita y otros caracteres secundarios. Los múltiples tipos y actividades del hoy —incluso por encima de la línea Plimsoll de propiedad— escaparían a los confines de veinte novelas; así, pues, esta Comedia Moderna queda en aproximación grosera de la realidad de la presente generación, sin llegar, seguramente, a ser una sátira de ella. El simbolismo cansa; por eso, esperemos que haya parecido cierto entre el caso de Fleur y el de su generación, siempre tratando de alcanzar la serenidad de que ha sido desposeída, y que tal parecido escape a la observación del lector. El hecho es que, por el momento al menos, la juventud vacila, indecisa, se balancea en la cuerda floja de la incertidumbre. ¿Qué vendrá después? ¿Se alcanzará, por fin, la felicidad? ¿En qué quedará todo? ¿Se normalizarán de nuevo las cosas? ¿Vendrán nuevas guerras y nuevas invenciones a desplazar las que todavía no se han dominado y asimilado? ¿O el Hado decretará otra pausa, como la de los tiempos Victorianos, en la que se revalorizará la vida, concretándose, y dando a la propiedad y su secuela de creencias otra época de vigencia y autoridad?

Pero, aparte de lo mucho o poco que «Una Comedia Moderna» consiga reflejar el espíritu de una época, su objeto principal es la narración de la historia que comienza con el encuentro de Soames e Irene en un salón de Bournemouth, en 1881, y que sólo podía terminar cuando su protagonista máximo desapareciese: cuando Soames tomase el «coche estufa» cuarenta y cinco años después.

El cronista, perjudicado (cosa frecuente en él) por lo que toca a Soames, no sabe exactamente lo que representa. En definitiva, fué honrado. Vivió y se movió en la vida, y tuvo su peculiar modo de ser, y ahora descansa. Su creador bien puede ser perdonado del pecado de creer que tuvo un fin digno de su vida. Pues, por mucho que hayamos avanzado desde la cultura y la filosofía griegas, todavía sigue siendo cierto el proverbio griego que dice que «aquello que un hombre ama sobre las demás cosas, será lo que le destruya».

John Galsworthy.

LIBRO PRIMERO
EL MONO BLANCO

«¡No hay retirada! ¡No hay retirada!

Han de morir o han de vencer.

Quienes no tienen posibilidad de retirada.»

Mr. Gay.

Primera Parte

I

PASEO

Cuando una tarde de trascendencia política, a mediados de octubre de 1922, sir Lawrence Mont, noveno Baronet, bajaba las escaleras del Círculo de los «Snooks», gastadas ya por los partidarios de las doctrinas conservadoras, al sentir sobre su pulcra nariz el viento del Este, decidió acelerar el paso. Político, por familia más que por temperamento, veía la revolución que había puesto de nuevo en el Poder a su partido con indiferencia, no exenta de humorismo. Al pasar ante el círculo de los liberales, pensaba: «¡Vaya desconcierto el vuestro! Se acabaron los pasteles políticos. Ahora, para variar, una gallina sin plumas.»

Los capitanes y los reyes de la sociedad se habían dado de baja en el Círculo «Snooks» antes de ingresar él, porque él no era de «esa banda de pordioseros, que se hacían pagar sus servicios, gentes que tan pronto como acabó la guerra volvieron las espaldas a la patria. ¡Qué asco!» Una hora larga estuvo escuchando ecos, y su mente ágil y convulsa, sepultada en los sótanos del pasado, escéptica ante el presente y también ante los pronunciamientos y protestas políticas, recordó con deleite la mezcolanza de patriotismo y personalidades dejadas atrás, en el infausto acontecimiento. Desconfiaba, igual que muchos terratenientes, de la doctrina. Si tenía algún credo político, éste consistía en la tasa de los granos; mas, por lo que alcanzaba a ver, era el único... Por otra parte, en aquella oportunidad no buscaba la elección; en otras palabras, su principio no estaba amenazado de exterminio por los votos de los que habían de pagar el pan. «Los principios —se decía—, en el fondo, son el bolsillo», y deseaba, por todos los medios, que la gente no pretendiera lo contrario. Bolsillo en el sentido propio y real de la palabra, naturalmente; interés de cada uno en cuanto miembro de una comunidad definida... ¿Y cómo diablos podría existir esta comunidad de la nación inglesa, si se dejaba de cultivar los campos, y sus vapores y sus «docks» se hallaban en peligro de ser destruidos por los aviones? A lo largo de toda esa hora estuvo esperando que alguno mencionara el país. ¡No lo hizo ninguno, nadie! ¡No había políticos prácticos! ¡Maldita gente! ¡Su misión era sacar brillo a los pantalones en los escaños, o procurar que se les concediera un puesto..., sin que sus actividades tuvieran nada que ver con la posteridad de la patria! ¡No podía ser! Y así, pensando en la posteridad, se le ocurrió de súbito que su hija política no daba señal alguna. ¡Dos años! Ya era hora de pensar en tener hijos. Sería peligroso acostumbrarse a no tenerlos, cuando podían quedarse sin heredero un título y un patrimonio. Una sonrisa fruncía sus labios y sus cejas, que semejaban oscuros y minúsculos matorrales. ¡Una chiquilla tan simpática y cautivadora, que ya lo conocía y lo comprendía todo! ¿Qué le quedaba a ella por conocer? Personalidades y tigres, monos y

gatos... Su casa estaba convertida totalmente en el albergue de una mezcla de pequeñas y grandes celebridades. ¡Había una especie de irrealidad acerca de todo aquello!; y frente a frente de uno de los leones de la Trafalgar Square, sir Lawrence pensaba: «¡Dentro de poco se lo llevará también a su casa! Le ha entrado la manía de coleccionar. Michael debe ponerse en guardia... Nunca falta en casa de los coleccionistas un cuarto destinado a trastos viejos, y los maridos bien pueden ir a parar allí. Y, ahora que me acuerdo: le prometí un «ministro» chino. Pero tendrá que esperar a que hayan pasado las elecciones generales.»

Y, bajando por el Whitehall, podía verse por un segundo las torres de Westminster, bajo el cielo gris de Occidente. «También hay cierta irrealidad en esto» —pensó—. ¡Michael y sus caprichos! ¡Vaya, vaya! ¡Es la moda! Principios socialistas y una mujer rica. ¡El sacrificio con la seguridad! ¡La paz en la abundancia! ¡Consejos para la propia tranquilidad..., diez por un penique!

Pasada la abigarrada multitud de vendedores de periódicos de Charing Cross, exacerbados por la crisis política, dobló hacia la izquierda, en dirección a la editorial Danby y Winter, de la que su hijo formaba parte como el más nuevo de los socios. Su cerebro, que ya había concebido la *Vida de Montrose, Far Cathay* (estudio sobre viajes al Oriente), empezaba a ocuparse de un nuevo asunto para otro libro, que se titularía *Duet* y no sería más que un diálogo entre las sombras de Gladstone y Disraeli. A medida que avanzaba sobre sus pasos desde el círculo de los conservadores hacia el Este, su figura, delgada y tiesa en su abrigo con cuello de astracán, su rostro enjuto con bigote grisáceo y su monóculo de concha, bajo las cejas sombrías y movedizas, parecía más raro. Transformóse casi en un fenómeno en esta calle trasera, imperfectamente iluminada, donde los carruajes se estacionaban como moscas en verano y los peatones circulaban con libros bajo el brazo, como si estuvieran amaestrados.

Tocaba a la puerta de la casa Danby, cuando topó con dos jóvenes. Uno de ellos era, sin duda, su hijo, mejor vestido desde su boda y fumando un puro — ¡bendito sea Dios! —, en vez de los eternos cigarrillos; el otro — ¡ah, sí! —, el mejor amigo y el poeta predilecto de Michael, erguida la cabeza, una cabeza muy pulida bajo su sombrero de terciopelo. Y dijo:

— ¡Hola, Michael!

— ¿Qué tal Baronet? Conoces a mi padre, ¿verdad, Wilfrid? Es Wilfrid Desert, el autor de *Copper Coin*... Un poeta genial. ¡Puedes creerlo, papá! Tienes que leer sus obras. Nos dirigíamos a casa... Podremos ir juntos.

Sir Lawrence se unió al grupo.

— ¿Qué ha ocurrido en el Snooks?

— *Le roi est mort*. Los laboristas pueden prepararse para su sueño, Michael. Para el mes próximo, elecciones.

—Wilfrid, cuando papá estudiaba, nadie conocía a Demos.

—Dígame usted, señor Desert. ¿encuentra usted realidad en los políticos actuales?

—¿Encuentra usted realidad en algo, caballero?

—En el impuesto sobre utilidades... ¡quizá sí!

Michael sonrió con cierta burla.

—Por encima de los caballeros —dijo— no existe la buena fe.

—Supongamos, Michael, que los tuyos, los laboristas, llegaran al Poder... En algunos aspectos, esto no tendría nada de malo, pues favorecería su desarrollo. Ahora que por lo demás, ¿qué podrían hacer? ¿Serían capaces de elevar el gusto nacional? ¿Acabarían con el cinema? ¿Enseñarían a cocinar a los ingleses? ¿Salvarían a otras naciones de la amenaza de la guerra? ¿Podrían conseguir que cultiváramos nosotros mismos nuestros alimentos? ¿Contendrían acaso el éxodo del campo a la ciudad? ¿Llevarían a la horca a los que hacen experimentos con gases deletéreos? ¿Impedirían los *raids* aéreos en las guerras? ¿Debilitarían acaso el instinto de propiedad..., que domina en todas partes? ¿O lo que sea: hacer algo que no sea el afán de poseer algo? Todos los partidos políticos son superficiales. Estamos gobernados por los inventores y por la naturaleza humana... y vivimos en un tiempo de continua inseguridad, señor Desert.

—Sus puntos de vista, sir, se distinguen poco de los míos.

Michael tiró el cigarro.

—¡Vaya una pareja de anticuados!

Al pasar ante el Cenotaph se descubrieron.

—Es curiosamente sintomático este recuerdo —dijo sir Lawrence—. Un monumento al horror de la orgullosa demostración. Y el horror de la demostración...

—Prosigue, Baronet —dijo Michael.

—Lo excelente, lo grande, lo espectacular..., todo pasó. No hay previsión para el futuro: ni proyectos de envergadura, ni principios, ni arte, ni religión..., ni nada grande. Esteticismo en lo superficial y en las cosas secundarias. Hombres de poca talla, con sombreros de poca monta.

—¡Oh, mi buen papá! ¡Cómo Byron, Wilbforce y el monumento a Nelson hacen vibrar el corazón! ¿Qué te parece, Wilfrid?

—Sí, señor Desert: exponga su opinión.

El rostro sombrío de Desert se contrajo.

—Estamos en la era de la paradoja —dijo—. Clamamos por la libertad, y las únicas instituciones que van ganando terreno son el socialismo y la Iglesia católica romana. Nos sentimos irresistiblemente atraídos por el arte..., y el único movimiento que prospera es el del cine. Suspiramos por la paz y no hacemos otra cosa que perfeccionar los gases asfixiantes.

Sir Lawrence contemplaba de reojo a un muchacho tan amargado.

—Y el asunto editorial, ¿qué tal anda, Michael?

—Bien... Muy bien. *Copper Coin* se vende como pan caliente, y también se hacen buenos augurios acerca del *Duet*. ¿Qué te parece este nuevo reclamo?: «*Duet*, original de sir Lawrence Mont, Baronet. El más interesante diálogo que se haya dado jamás entre los muertos.» Esto, indudablemente, tendrá que conmover. Wilfrid ha sugerido que también llamaría la atención un anuncio en los siguientes términos: «Radiogramas de Gladstone y Disraeli desde el infierno.» ¿Cuál prefiere?

Habían llegado, paseando, junto a un *policeman*, cuyo brazo, horizontalmente tendido, estaba rozando el hocico de un caballo que tiraba de un carro, mientras el tráfico rodado permanecía quieto. Los motores de los automóviles protestaban con su trepidación de esta ociosidad forzada, y las caras de los conductores estaban inmóviles en el espacio que les quedaba delante; una muchacha, montada en una bicicleta, se agarraba a la trasera de un coche, donde un joven, sentado, alargaba, en dirección a ella, sus piernas. Sir Lawrence miró de nuevo a Desert. Su rostro, ligeramente sombrío y de apariencia simpática, dejaba ver cierta falta de armonía; sus trajes y modales nada tenían de extravagantes, a pesar de que significaban que carecía de prejuicios sociales; menos vivaz que el pillastre de su hijo, pero tan veleidoso como él... y más escéptico. ¡De todas maneras, no podía conocer las cosas en toda su profundidad! En este momento, el *policeman* bajó el brazo.

—¿Estuvo usted en la guerra, señor Desert?

—¡Desde luego!

—¿En aviación?

—Y en infantería. Un poco en cada lado.

—Dura prueba para un poeta.

—Yo creo lo contrario. La poesía sólo es posible cuando se está viendo a cada momento el peligro de morir, o cuando revive en Putney.

Sir Lawrence, levantando la vista, replicó:

—¿De veras?

—Tennyson, Browning, Wordsworth, Swinburne... La poesía les era connatural; *ils vivaient, mais si peu*.

—¿No le vendría bien, para el cultivo de la poesía, una tercera condición?

—¿Cuál?

—Cómo se lo diría yo... Una cierta agitación cerebral relacionada con las mujeres.

El rostro de Desert, contrayéndose, parecía oscurecer.

Michael introducía en ese momento su llave en la cerradura de la puerta delantera de su casa.

II

EL HOGAR

La casa de South Square, en Westminster, donde se instaló el nuevo matrimonio Mont, al volver de su luna de miel por España hacía dos años, podría calificarse de emancipada. Era la obra de un arquitecto que hubiera soñado construir un edificio moderno perfectamente antiguo o un edificio antiguo perfectamente moderno. De ahí que no siguiera ningún estilo ni tradición reconocida, construida sin prejuicios estructurales; pero se empapó con tan particular rapidez en el fango de la metrópoli, que su piedra podía, con todos los respetos, compararse a la de Wren. Ventanas y puertas tenían en la parte superior un arco de poca curvatura. El tejado, de suave color rosa, oblicuo y elevado, era casi danés, viéndose en él dos ventanitas muy monas, que daban la impresión de albergar en su interior a domésticos de regular estatura. Había habitaciones a ambos lados de la puerta principal, ancha, adornada con laureles dispuestos en macetas negras y doradas. Era una casa de grandes proporciones, y la escalera, sencilla, pero espaciosa, arrancaba del extremo más lejano de un zaguán, que podía contener un buen número de sombreros, abrigos y tarjetas. Tenía cuatro cuartos de baño; en la planta baja, sin embargo, no había ni sótano. Tuvo no pequeña parte en su adquisición el instinto para la vida hogareña de los Forsyte. Soames la compró, todavía sin decorar, para su hija, en aquel momento psicológico que se produjo cuando el estallido de la inflación y el aire que ésta tenía dentro se escapaba del globo del comercio mundial. Fleur se puso inmediatamente en contacto con el arquitecto —elemento que Soames no había podido soportar jamás—, decidiendo no dar cabida en su casa más que a tres estilos: el chino, el español y el suyo propio. La sala, situada a la izquierda de la puerta de entrada, la más amplia de la casa, era de estilo chino: zócalos de marfil, piso de cobre, calefacción central y candelabros de cristal tallado. Había cuatro cuadros, todos de estilo chino, la única escuela que todavía no había llamado la atención en las aficiones pictóricas de su padre. La chimenea, ancha, espaciosa, estaba provista de murillos de estilo chino también, que descansaban sobre ladrillos del mismo color. Los adornos de seda eran, en su mayor parte, de color verde jade. Había igualmente dos magníficas y antiguas vitrinas de té, compradas con el dinero de Soames en Jobson —ninguna ganga—. Lo que no

había era piano, parte por reservarse para instrumentos notoriamente orientales, parte porque hubiera ocupado demasiado espacio. Fleur lo quería más para sus aficiones de coleccionista que para mobiliario o *bibelots*. Desgraciadamente, no era china la luz, a que se daba entrada por ventanas situadas en ambos extremos. A veces se entretenía en aquella sala pensando de qué manera agruparía a los invitados, para obtener un conjunto más chino, sin que resultara incómoda; cómo aparentaría estar al tanto del movimiento literario y político; cómo se las compondría para aceptar todos los obsequios de su padre, sin hacerle ver que su gusto no tenía el sentido del porvenir; sobre el modo de captarse la simpatía de Sibley Swan, el nuevo astro literario, sin desoír tampoco a Gurdon Minho, el antiguo; de cómo Wilfrid Desert se iba enamorando demasiado de ella. Al mismo tiempo se preocupaba de su regio estilo en el vestir y de la razón por qué Michael tendría unas orejas tan extravagantes. Algunas veces también permanecía en aquella estancia sin pensar en nada absolutamente, presa de no sabía qué inquietud.

Estaba sentada ante una mesita de laca encarnada, terminando un excelente té, cuando entraron los tres. Solía hacerse servir el té bastante temprano para poderlo tomar sola, pues aún no había cumplido los veintiuno y era éste el momento que dedicaba a pensar en su juventud. Junto a ella, apoyándose sobre las patas traseras, permanecía *Ting-a-ling*, apoyando las delanteras, de color tigre, sobre una banqueta china, con su hocico negro y también atigrado, apuntado hacia arriba, ensimismado en su filosofía canina.

—¡Vamos. *Ting!*... ¡Por ahora, has terminado, hermoso!

La expresión de *Ting-a-ling* contestó:

«Pues entonces acaba tú también. No me estés torturando.»

El animalito tenía un año y tres meses, y lo había comprado Michael, después de verlo en el escaparate de una tienda en Bond Street, en el vigésimo cumpleaños de Fleur, hacía once meses.

Dos años de vida matrimonial no habían hecho crecer su corto cabello, castaño oscuro; en cambio, sí habían puesto algo más de decisión en sus rápidos labios, algo más de tentación en sus ojos de blancos párpados y cejas oscuras, algo más de gracia y flexibilidad en sus movimientos, algo de turgencia en senos y caderas, de color en sus mejillas no tan redondeadas y de dulzura en la voz que se hacía un poco más acariciadora.

En pie, tras la bandeja, presentaba su brazo, blanco y redondo, sin pronunciar palabra. No era partidaria de saludos y despedidas innecesarios... Tendría que usarlos con excesiva frecuencia, y cumplía mejor su cometido con la mirada, el apretón de mano y una ligera inclinación de su cabeza hacia un lado.

Moviendo en torno la mano que acababan de estrecharle, dijo:

—Acerquen sus sillas. ¿Quiere usted leche? ¿Azúcar, Wilfrid? *Ting* ha comido demasiado...; no le den nada más. Dame las cosas, Michael. Estoy enterada de cuanto ha ocurrido en la reunión del Snooks. Supongo, Michael, que no saldrás a pedir votos por los laboristas... Sería un desatino. Si alguien intentara influir sobre mí en favor de los unos, votaría por los otros.

—Sí, querida. Pero tú no eres como la generalidad de los electores.

Fleur le miró. Muy bien contestado. Observando que Wilfrid se mordía los labios, que sir Lawrence no le quitaba ojo, que ella estaba enseñando excesivamente su pierna sedosa y advirtiendo sus tazas de té, negras y amarillas..., con un solo gesto lo arregló todo. A un movimiento rápido de sus blancos párpados, Desert dejó de morderse los labios; a un movimiento suave de sus piernas sedosas, sir Lawrence apartó sus ojos de Wilfrid. Recogiendo sus tazas, dijo:

—¡Supongo que no soy lo suficientemente moderna!

Desert, que revolvía el contenido de su taza blanca y negra con una reluciente cucharita, dijo, sin levantar la cabeza:

—Cuanto más antigua, tanto más moderna entre los modernos.

—¡Poesía barata! —dijo Michael.

Y cuando éste se llevó a su padre a ver las nuevas caricaturas de Aubrey Greene, Fleur dijo:

—Hágame el favor de explicar sus palabras de antes. Wilfrid.

La voz de Desert parecía trémula de temor.

—¿Qué importancia tiene eso? No me agradecería perder el tiempo en ello.

—Pero yo quiero saberlo. ¡Me cayeron como si fueran una reprobación!

—¿Reprobarla a usted? ¿Yo? ¡Fleur!

—¡Entonces, déme su explicación!

—Pues con esas palabras quería significar que usted posee todas las inquietudes y talentos de los modernos; pero que aún les aventaja en una cosa, Fleur...: en el poder de trastornarle a uno la cabeza. Y la mía está ya trastornada. Usted lo sabe.

—¿Qué le parecería a Michael eso... de su mejor amigo?

Desert, se dirigió rápidamente hacia las ventanas.

Fleur cogió a *Ting-a-ling* en su regazo. Había recibido otras veces confesiones por el estilo; tratándose de Wilfrid, sin embargo, la cosa era seria. ¡Naturalmente, estaba satisfecha de poseer el corazón de Wilfrid! Pero ¿dónde iba a colocarlo, para que pudiera ser ella sola quien le contemplase? Él era

inescrutable..., con sus extravagancias. Tenía ella algún temor, no por él, sino por esa cualidad de él. Wilfrid, volviendo a la chimenea, dijo:

—Es feo, ¿verdad? Ponga ese diablo de perro en el suelo, Fleur, que no me está dejando contemplar su cara. Si estuviera usted enamorada de veras de Michael, juro que me conduciría de otra manera; pero no es así; usted lo sabe.

Fleur repuso fríamente:

—Poco enterado está usted: estoy enamorada de Michael.

Desert se rió espasmódicamente...

—Sí, pero no con el verdadero amor.

Fleur levantó la cabeza.

—Lo suficiente para que él pueda considerarle en posesión segura.

—¡Una flor que no puedo arrancar!

Fleur asintió.

—¿Segura completamente? ¿Segura, segura?

Fleur miró; sus ojos, más suaves, y los párpados, excesivamente blancos, cayendo sobre ellos..., asintió.

Desert prosiguió calmamente:

—En el momento en que lo crea, me iré a Oriente.

—¿A Oriente?

—No está tan visto como irse a Occidente, y, sin embargo, el viaje es muy parecido. No se regresa.

Fleur pensó:

«Oriente. ¡Cómo me gustaría conocer el Oriente! Lástima que no pueda hacerlo también... ¡Lástima!»

—No me guardará usted en su jardín zoológico. No andaré alimentándome de migajas, por los alrededores. Conoce de sobra mi sentimiento... Como sea, tiene que producirse la explosión.

—¡Yo no he tenido la culpa!

—Sí; usted se ha adueñado de mí para incorporarme a su colección, igual que se apodera de cuantos se le acercan.

—No sé qué quieren decir sus palabras.

Desert, inclinándose, se llevó violentamente a los labios la mano de Fleur.

—No se enoje conmigo; soy muy desdichado...

Fleur abandonó su mano a los ardientes labios de Wilfrid.

—Lo siento, Wilfrid.

—No se preocupe. ¡Me iré!

—¿Pero vendrá a cenar con nosotros mañana?

Desert exclamó furiosamente:

—¿*Mañana*? ¡No, por Dios! ¿De qué se cree que estoy hecho? —y soltó impetuosamente su mano.

—No me gusta la violencia. Wilfrid.

—Bien. Adiós. Será mejor que me vaya.

Las palabras *Y será mejor que no vuelva* temblaron en los labios de ella, pero no llegó a pronunciarlas. ¡Separada de Wilfrid, su vida perdería algo de calor! Le dijo adiós con un movimiento de la mano. Ya estaba fuera. Oyó cerrarse la puerta. ¡Pobre Wilfrid!... ¡Era agradable pensar en una llama en que poder calentarse las manos! Agradable, pero bastante horroroso. Y de repente, soltando a *Ting-a-ling*, se levantó y se puso a pasear por la sala. ¡Mañana! ¡El segundo aniversario de su boda! La embargaba un dolor, pensando en lo que habría podido ser... Pero tuvo poco tiempo para pensarlo..., y ella lo acertó más todavía. ¿Qué se gana con pensar? Una sola vida, repleta de gente, de cosas que hacer y desear —una sola vida únicamente lejos de... una cosa que... ¡vaya!—, si alguno la consigue, no la conserva mucho. Dos lágrimas que asomaron a sus párpados se secaron antes de caer. ¡Sentimentalismo! ¡No! ¡La última cosa del mundo, la ofensa imperdonable! ¿Cómo distribuiría a los invitados mañana? ¿Y quién sustituiría a Wilfrid, si no iba... el tonto? ¿Un día, una noche..., cuál era la diferencia? ¿A quién pondría a su derecha y a quién a su izquierda? ¿Era más distinguido Aubrey Greene o Sibley Swan? ¿Eran los dos tan distinguidos como Walter Nazing y Charles Upshire? Cena de doce, exclusivamente literatos y artistas, exceptuando a Michael y Alisen Charwell... ¡Ah! Puede ser que Alison lograra que asistiera Gurdon Minho; era precisamente un escritor de la escuela antigua, un vaso de vino añejo para provocar la efervescencia. No le publicaban sus obras *Danby* y *Winter*, pero era íntimo amigo de Alison. Dirigióse rápidamente a una de las antiguas vitrinas de té y la abrió. Dentro había un teléfono.

—¿Puedo hablar con Lady Alison?... La señora de Michael Mont... Sí... ¿Eres tú, Alison? ¡Te habla Fleur! Wilfrid no podrá reunirse mañana con nosotros por la noche... ¿Te sería posible llevar a Gurdon Minho?... No lo conozco, naturalmente; pero tal vez le interese. ¿Lo intentarás?... ¡Excelente si lo consigues! ¿No te ha producido inquietud la reunión del Snooks? El Baronet dice que, ahora que se han dividido, se van a comer los unos a los otros... ¿Me dirás algo esta noche sobre lo del señor Minho? ¡Gracias, muchas gracias! ¡Adiós!

Y a falta de Minho, ¿quién? Su pensamiento vagaba por los nombres de su libro de direcciones. Una invitación con tanta premura debía dirigirse a una persona que no exigiera las reglas de la etiqueta, y, en tal caso, debía recurrir a una de las amistades de la señora Alison también, ya que ninguna de las amistades de Michael podría librarse de Sibley Swan y Nesta Gorse, con sus violentas invectivas... Respecto a los Forsythe, estaban fuera del caso; tenían algunos de ellos su peculiar ironía agripunzante; sin embargo, no eran modernos, modernos en el verdadero sentido. Además, ella les veía poco, lo menos que le era posible... Estaban pasados de moda, pertenecían al período dramático; no tenían la más elemental noción de la vida sin principio ni fin. ¡De ninguna manera! Si no aceptaba Minho, la invitación debía recaer sobre un músico, cuyas composiciones fueran jeroglíficos con un destello de cirugía; o quizá fuera mejor un psicoanalista. Sus dedos pasaban páginas, hasta que dieron con dichas condiciones. ¿Hugo Solstis? Podía ser; pero ¿y si se le ocurría darles a conocer una composición reciente?... Sólo quedaba Grand, el gran amigo de Minho, y esto supondría el peligro de que se encerraran los dos en su despacho. Mejor sería Gerald Hanks —él y Nesta Gorse se lanzarían a fantasear—, y si así era, nada se perdería en ello. Sí; en lugar de Gurdon Minho, Gerald Hanks; éste quedaría libre y podría colocarlo entre Alison y Nesta. Cerrando el libro, se dirigió de nuevo a su canapé verde jade y, sentándose, se quedó contemplando a *Ting-a-ling*. Los ojos del animalito, grandes y abultados, brillantes, negros y muy expresivos, miraban hacia atrás. Fleur pensó: «No quiero que Wilfrid deje de venir a la cena.» De toda la multitud de gente que entraba y salía de acá, de allá y de todas partes, nadie le interesaba. ¡Insensible para ellos e insensible para todo! ¡Todo horrorosamente divertido y todo horrorosamente necesario! Ahora que... sólo... ¿qué?

¡Voces! Michael y el Baronet regresaban. Éste había advertido la turbación de Wilfrid. Era un viejo Baronet observador. Fleur no estaba totalmente tranquila en presencia del Baronet, inquieto y enigmático, en cuyo interior había algo indefinido y ancestral —casi como *Ting-a-ling*—, bastante escudriñador y calificándola siempre de moderna y voluble. Estaba dominado por sus ideas y sólo alcanzaba lo que le permitían sus normas pasadas de moda, pero era capaz de profundizar en las cosas de una manera desconcertante. Y, no obstante, la admiraba... Ella se daba cuenta, sí.

¡Bueno! ¿Qué le habían parecido las caricaturas? ¿Debería publicarlas Michael con o sin rótulos impresos? ¿No le habría parecido extraordinariamente cómico el dibujo cubista, titulado *Naturaleza muerta*, que ridiculizaba al Gobierno, y, sobre todo, el melón que representaba al primer ministro? Tenía la seguridad de que su contestación se reduciría a uno de sus husmeos habituales; mas en vez de contestarle, sir Lawrence habló de la colección de caricaturas electorales de su padre. Fleur no tenía interés en saber nada del padre del Baronet; había sido un hombre tan distinguido, que su trato debía resultar

soberanamente aburrido; hacía todas sus visitas a caballo y llevaba los pantalones sujetos con correas a los zapatos. Con lord Charles Cariboo y el marqués de Forfar fueron los últimos partidarios de visitar de esa manera. Si no fuera por esa costumbre, el público se habría olvidado de ellos por completo. ¡Pero si el concierto que daba Hugo comenzaba a las ocho y cuarto y aún tenía que probarse el vestido y ocuparse de catorce cosas diferentes! ¿Por qué le sobraría siempre tanto tiempo a la gente de la última generación? E, inclinándose de repente, miró al suelo. *Ting-a-ling* estaba lamiendo el suelo.

—¡No, malo; eso no! —le dijo ella, tomándolo en sus brazos.

Acabó, por fin, el discurso y el Baronet se marchó, repasando sus recuerdos. Fleur esperó al pie de la escalera hasta que Michael hubo cerrado la puerta después de salir su padre; luego subió con rapidez. En su habitación, encendió todas las lámparas. ¡Aquí sí que dominaba su estilo preferido!... Una cama, que no lo parecía, y un sin fin de espejos. La yacija de *Ting-a-ling* estaba colocada en un ángulo, y el animalito podía contemplarse desde allí convertido en tres. Echándole al suelo, le dijo:

—¡Ahora, quieto!

La actitud de éste para con los otros perros era, desde hacía mucho, indiferente; aunque de su misma raza y color, carecían de olfato y de la facultad de lamer con sus lenguas... No se podía esperar nada de ellos; eran criaturas apocadas, remedadoras hasta lo increíble.

Quitándose el vestido, Fleur sostenía el nuevo con la barbilla.

—¿Puedo besarte? —dijo una voz.

Y la imagen de Michael se vió en el espejo detrás de la proyección de la figura de ella.

—¡Pero, hombre, si no me queda tiempo! ¡Ayúdame a vestir! —metiéndose el vestido nuevo por la cabeza—. Abróchame estos cierres de arriba. ¡Oh!..., ¿te gusta? ¡Oye, Michael! Puede que Gurdon Minho venga mañana a cenar con nosotros... Wilfrid no puede. ¿Has leído sus obras? Siéntate y dime algo sobre ellas. Son todas novelas, ¿no? ¿Y de qué tipo?

—Pues verás, se trata de un autor cuyas obras dicen siempre algo. Sus gustos son buenos. Por supuesto, es un poco romántico.

—¿No habré hecho algún disparate?

—Ni mucho menos. Ha sido una magnífica idea. El defecto de los nuestros está en que hablan mucho y no dicen nada. No perdurarán.

—Pues perdurarán precisamente por eso mismo que acabas de decir. No pasarán de moda.

—¿Lo crees? ¡Dios nos tenga de su mano!

—Wilfrid perdurará.

—Es que Wilfrid canta emociones, odios, lástimas y necesidades, a veces por lo menos. Cuando esto ocurre, sus obras son magníficas. Pero cuando no, sus poemas son de nada..., como los otros.

Fleur se acomodó las hombreras de su ropa interior.

—Entonces, Michael, si es como tú dices..., los equivocados son los míos.

Michael se sonrió con cierta mofa.

—¡Querida mía! Los cultivadores de la actualidad están siempre en la razón; lo único que hace falta es estar alerta y evolucionar con el ritmo conveniente.

—¿Crees, pues, que Sibley no perdurará?

—¿Sibley? ¡Claro que no!

—¡Tan convencido como está él de que todos los demás o están ya muertos o morirán! ¡Como crítico es, sin duda, muy notable!

—Si no me considerara yo mejor juez que Sibley, abandonaba mañana mismo la editorial.

—¿Tú... mejor que Sibley Swan?

—Desde luego, mi juicio es superior. ¿Cómo no? Su crítica se ciñe nada más que a dar una opinión vulgar sobre la impaciencia que le producen los demás, a quienes ni siquiera lee. Pasa los ojos sobre una cuartilla de cada autor y ya está exclamando: «¡Qué muchacho! Aburre, o es moralista, o es sentimental..., o también pasado de moda, o escribe necedades...» ¡Le he oído lo mismo docenas de veces! Esto tratándose de autores que todavía viven; en cambio, cuando se trata de los ya muertos, la cosa es completamente distinta. Ensalza y canoniza a los difuntos; así ha conquistado su fama. En literatura hay siempre un Sibley. Es un claro ejemplo de cómo se hace uno un público. Ahora que, en cuanto a su perdurabilidad, desde luego que no. Ni por equivocación: no tiene genio creador.

Fleur se había desorientado en esta discusión. ¡Oh!, el vestido le sentaba maravillosamente— ¡su línea era perfecta!—. ¡Tenía que quitárselo! ¡Antes de vestirse debía necesariamente escribir cuatro letras!

Michael seguía perorando.

—¡Créeme. Fleur! Los hombres verdaderamente grandes, ni hablan, ni hacen corrillo... Llevan su barca por corrientes secundarias, que son precisamente las que alimentan la corriente principal. Indudablemente, esto es un proverbio o una paradoja; pero ¿son paradojas los proverbios, o proverbios las paradojas?

—Oye, Michael: si te hallaras en mi lugar, ¿dirías a Frederick Wilmer que la semana próxima fuera a almorzar con Humbert Marsland?

—Marsland es una gran persona y Wilmer un verdadero botarate... ¡No sé!

—Habla en serio, Michael; jamás quieres ayudarme en mis pequeños asuntos... ¡No me arrugues los hombros!

—Pues bien; no lo sé. Yo no valgo para esas cosas. Marsland pinta molinos, abismos y no sé qué más... Dudo que se preocupe del porvenir... Es casi un Mateo Maris, fuera de lo corriente. Si te figuras que le agradaría encontrarse con un vertiginista...

—No te he preguntado si le agradaría a Marsland darse de narices con Wilmer; te pregunto si a Wilmer le gustaría verse con Marsland.

—Wilmer diría solamente: me complace la señora Mont, da una excelente comida. Un vertiginista necesita alimentarse; de otra manera, su cabeza no funcionaría.

La pluma de Fleur, con una caligrafía poco legible, dibujaba los últimos rasgos. Luego murmuró:

—Creo que Wilfrid nos ayudará... Tú no estarás allí; uno..., dos..., tres. ¿Y mujeres?

—Para pintores, guapas y llenitas... Nada de intelectuales.

Fleur, incomodada, dijo:

—Llenitas, no las encuentro... ¡No están de moda! —y su pluma prosiguió escribiendo:

Querido Wilfrid:

El próximo miércoles, almuerzo; irán Wilmer, Marsland y dos señoras. No deje de asistir.

Atentamente,

Fleur.

—Pero, Michael, tu barba pincha como un cepillo de limpiabotas.

—Lo siento, querida; tus hombros deberían ser menos delicados. ¿Sabes que papá, cuando veníamos para acá, dió un consejo a Wilfrid?

Fleur dejó de escribir.

—¡Oh!

—Le recordó que el amor es una buena condición para un poeta.

—¿Y a qué vino eso?

—Sencillamente, porque Wilfrid se lamentaba de que actualmente no daba pie con bola.

—¡Qué tontería! ¡Si sus obras últimas son las mejores!

—¡Yo pienso como tú! Puede ser que se haya anticipado al consejo. ¿Sabes tú algo?

Fleur volvió los ojos hacia el rostro de él, que estaba a su espalda. ¡Absurdo! Su expresión era natural, franca, inconsciente; un poco parecida a la de un fauno de orejas apuntadas, labios trémulos y de nariz movediza.

Le dijo reposadamente:

—Si tú no lo sabes...; entonces ¿quién?

Un husmeo vino a interrumpir la contestación de Michael. Levemente apoyado en sus extremidades, *Ting-a-ling*, estirado y de escasa altura, se interpuso entre ellos, alzando su negro hocico. «Mi ascendencia es larga — parecía decir —; pero mis patas son cortas... ¿Qué tal?»

III

MUSICAL

Conforme a un alto principio normativo, Fleur y Michael Mont asistieron al concierto de Hugo Solstis, no con la finalidad de divertirse, sino porque conocían a Hugo. Estimaban, además, que Solstis, inglés de procedencia ruso-holandesa, era uno de los restauradores de la música inglesa, imprimiendo a la misma una amplia libertad de melodía y de ritmo, a la vez que de encantos literarios y matemáticos. No se podía asistir a un concierto de esta escuela sin emplear, a la salida, el término «interesante». Tampoco era posible el sueño con esta música de la restauración británica. Fleur, amante empedernida del sueño, no lo había intentado jamás. Michael sí lo había hecho, pero luego protestaba de parecerse a uno de esos dormilones de la estación del ferrocarril de Lieja. Esta vez ocupaban los asientos de pasillo del anfiteatro, sobre los cuales Michael tenía una especie de monopolio natural. Allí, tanto Hugo como sus colegas, podrán verla, uniéndose al movimiento restaurador de la música inglesa. Desde allí, además, era fácil escurrirse por el pasillo y cruzarse un «interesante» con los melómanos patilludos o descansar unos momentos sacando un cigarrillo de la pitillera de oro, regalo de bodas de la prima Imogen Cardigan. Con sinceridad, Fleur tenía un sentido natural del ritmo, que le producía cierta desazón durante los largos e «interesantes» desarrollos, que ponían de manifiesto el caer y levantarse del compositor de su lecho de espinas. Íntimamente amaba la melodía, y la imposibilidad de manifestarlo, sin perder su dominio, con Solstis, Baff Birdigal, MacLewis, Clorane y otros músicos de la restauración, abrumaba a veces hasta el límite a una naturaleza que tenía

también su lado espartano. Ni siquiera lo confesaría a Michael, dato muy elocuente, ya que éste, con su innata falta de respeto para con las personas, acrecentado por su permanencia en las trincheras y su experiencia editorial, diría: «¡Bah! ¡Déjalo!» o «¡Está bebido!», a pesar de que sabía que especialmente Michael podía resistirlo mejor que ella, por una disposición más literaria y por la indiferencia de sus pies para el baile.

Los primeros compases de la nueva obra de Solstis, *Fantasmagoría Piamontesa*, que deseaban especialmente conocer, se iniciaron con un redoble de cuerdas, que hicieron exclamar a Michael, a los oídos mismos de su esposa: «Tres grandes muebles moviéndose simultáneamente sobre un piso entarimado.»

En la sonrisa que se le escapó a Fleur, se descubría por qué su matrimonio no era intolerable. ¡A pesar de todo, Michael era un simpático muchacho! Devoción y mercurio —hilaridad y lealtad— combinados, apasionaron y conquistaron su corazón, que ya se había otorgado por sí mismo antes de conocerle. Una conquista sin pasión hubiera resultado aburrida; pasión sin conquista, hubiera sido irritante. En este momento, Michael le llevaba ventaja. Con las manos sobre las rodillas, aguzando el oído, brillándole los ojos de admiración por Hugo y con la lengua contra el carrillo, escuchaba la obertura de un modo que admiraba a Fleur. La obra sería «interesante»... Entonces era muy corriente en ella dejarse llevar por su observación exterior y su estimación interna. L. S. D., el gran dramaturgo, estaba al lado opuesto; ella no le conocía todavía. Con el cabello erizado, su aspecto era imponente. Y los ojos de Fleur empezaron a imaginárselo en su piso de cobre, ante un cuadro chino. ¿Y más allá?... ¡Ah, sí! ¡Gurdon Minho! ¡Qué raro que asistiera a un espectáculo tan moderno! Su perfil era bastante romano... ¡De la época de Aurelio! Luego, saltándose toda esta antigüedad, pensando con complacencia que mañana, a la misma hora, podría haberlo conquistado para su colección, recorrió con sus ojos detalladamente toda la concurrencia, rostro por rostro, pues no pensaba olvidar ni una sola celebridad.

«El vaivén de muebles» había cesado ya.

—¡Interesante! —murmuró una voz sobre sus hombros.

¡Aubrey Greene! Falaz, un poco pardo, con pelo rubio y sedoso, peinado hacia atrás, ojos verdosos, sonreía, y su sonrisa daba a entender siempre que se daba cuenta de Fleur. Pero, al fin y al cabo, era un caricaturista.

—¡Sí, en efecto, es interesante!

Greene desapareció... Podía haber estado más tiempo. Ahora no le quedaba bastante para encontrar a otro, antes que empezaran las canciones de Birdigal. En ese momento se presentó el cantante Charles Powls. Gordo y suficiente, apareció conduciendo al pequeño Birdigal hacia el piano.

¡Qué acompañamiento más flexible, maravilloso, encantador!

El hombre gordo y suficiente empezó a cantar. ¡Qué diferente el canto del acompañamiento! Cada nota retumbaba en el plexo solar y eso impedía que Fleur escuchara con agrado. Birdigal debió escribir la canción horrorizado ante la posibilidad de que alguien pudiera considerarla «vocal». ¡Vocal! Fleur sabía lo contagiosa que era la palabra. Se propagaría como el sarampión, y Birdigal dejaría de existir. Pero era «interesante». Michael exclamaba:

—¡Oh Dios mío!

¡Tres canciones! ¡Powls estaba maravilloso y cumplido! ¡No había una nota que pareciera musical! El pensamiento de Fleur se fué a Wilfrid. Entre todos los poetas jóvenes, el derecho de opinar le estaba reservado a él, esto le situaba en una posición tal que, más que en la literatura, parecía sobresalir en la vida misma. Además, había militado activamente en la guerra, era descendiente de Lord Mullyon, y era probable que alcanzara un primer premio por su Copper Coin. Si Wilfrid la abandonara, sería como si se desprendiera del cielo una estrella y viniera a caer sobre su suelo de cobre. ¡Wilfrid no tenía derecho a desertar! ¡Debía aprender a dominarse, apartándose de pensar en la materia! ¡No! Fleur no podía consentir el alejamiento de Wilfrid; en su vida no podía tolerar más sollozos, más pasiones dolorosas, más *cul de sacs*, más recuerdos del ayer. Ya lo había experimentado todo; la ponía en guardia un dolor profundo.

Birdigal saludaba. Michael dijo:

—¡Salgamos un momento! ¡Lo que sigue no se merece la pena!

¡Ah! ¡Oh! Beethoven. ¡Pobre viejo Beethoven! ¡Tan pasado de moda, después de tanta celebridad!

El pasillo y el restaurante de más allá hervían con el bullicio del movimiento restaurador. Jóvenes de uno y otro sexo, con rostros y cabezas de carácter inquieto, se cruzaban el vocablo «interesante». Hombres de gran prestancia, como toreros en espera de su turno, impedían la circulación. Fleur y Michael lograron adelantar algo y, apoyados sobre la pared, encendieron un cigarrillo cada uno. Ella fumaba muy delicadamente un diminuto cigarrillo, en una elegantísima boquilla de ámbar; parecía preocuparse más de contemplar el humo que de producirlo. Formábanse corrillos, a través de los cuales se podría ver hasta mucho más allá de esta función —uno no podía saber lo que habría en ellos—; por ejemplo, el círculo en que se desenvolvía Alison Charwell, político-literario, de gustos universales, pero conforme lo describía Michael: «Persuadido, igual que un sistema sanitario, de que era el único del mundo. Esto, si se fija la atención en el modo con que cada uno escribía sus libros de memorias acerca de los demás.» «Tal vez —pensaba ella— hasta lleguen a criticar que las mujeres fumemos en lugares públicos.» Pero haciéndose delicadamente iconoclasta, Fleur no olvidaba jamás que sus pies pisaban por lo

menos en dos mundos. Mientras permanecía estacionada allí, observando a derecha e izquierda, advirtió que en la pared de enfrente había un caballero cubriéndose el rostro con el programa. «Wilfrid, que no quiere verme», pensó. Mortificada como un niño a quien le quitaran una perra, dijo:

—Allí está Wilfrid. ¡Vete a buscarle, Michael!

Después de cruzar, Michael tocó la manga de su mejor amigo. Desert descubrió su rostro, contrariado. Ella vió cómo encogía sus hombros, dándose la vuelta, para confundirse entre la gente. Michael volvió.

—Wilfrid está de mal humor esta noche; dice que no se halla en condiciones de entrar en la sociedad humana... ¡Es muy raro este muchacho!

¡Qué necios eran los hombres! Porque Wilfrid era su amigo; Michael no sospechaba nada, y ¡qué suerte! ¡Wilfrid, indudablemente, no quería verla! ¡Bien; ella lo vería! Y dijo:

—Estoy cansada, Michael; vámonos a casa.

La mano de él se deslizó por su brazo.

—De veras que lo siento. ¡Vámonos!

Se detuvieron unos instantes ante una puerta que había quedado sin cerrar, contemplando a Woomans, el director, dirigiendo la orquesta.

—Mírale —dijo Michael—; dirige como si estuviera suspendido de un ventanal italiano, al aire las piernas y los brazos. Y fíjate en Frapka y su piano... ¡Es un conjunto turbulento!

Oyóse un ruido raro.

—¡Demonios! ¡Es melodía! — exclamó Michael.

Un empleado musitó a su oído:

—Voy a cerrar la puerta, caballero.

Fleur dirigió una rápida mirada a L. S. D., que estaba sentado muy tieso, como su cabello, y con los ojos cerrados. La puerta se cerró y salieron al vestíbulo.

—Espera, querida. Voy a parar un «taxi».

Fleur metió la barbilla en su abrigo de pieles. El aire del Este era frío.

A su espalda oyó una voz.

—Bien, Fleur. ¿Debo marcharme a Oriente?

¡Wilfrid! Con el cuello del abrigo hasta las orejas, un cigarrillo entre los labios, las manos en los bolsillos y los ojos devoradores.

—¡Es usted soberanamente tonto, Wilfrid!

—Como usted quiera. ¿Me voy a Oriente?

—No; el domingo por la mañana, a las once, en el *Tate*. Allí hablaremos.

—*Convenu!* —y Wilfrid se fué.

Cuando Fleur se encontró repentinamente sola y así, experimentó la primera sensación de realidad. ¿Es que Wilfrid, realmente, no se iba a dejar dominar? Acercóse un «taxi» y Michael la llamó; Fleur entró en él.

Cuando pasaban entre un oasis, apasionadamente deslumbrador, de jóvenes mujeres, que exhibían ante el interesado londinense el alma del desnudo parisiense, sintió que Michael se inclinaba hacia ella. Desde luego, si su intención era conservar a Wilfrid, tenía que ser amable con Michael. Pero...

—¡Michael, no me beses en Piccadilly Circus!

—Perdona, preciosa... No es lo más indicado... Pero quería haber pasado por el otro lado del Parthenaeum.

Fleur recordaba cómo Michael había dormido en un sofá español en la primera quincena de su luna de miel; cómo insistía siempre en que ella no se gastara todo en él, sino que le dejara ofrecerle lo que él quisiera, a pesar de que ella tenía dos mil libras al año y él sólo mil doscientas; lo nervioso que se ponía ante un insignificante catarro de ella... y su puntualidad a la hora del té... ¡Sí; un buen muchacho! ¿Se le destrozaría el corazón si ella se marchara a Oriente o a Occidente?

Acurrucada junto a él, ella misma se quedaba sorprendida de su cinismo.

En el recibidor encontró un telefonema que decía:

Sírvanse decir a la señora Mont Que Gurdon Minho ha aceptado.

Lady Alison.

—Qué satisfacción. ¡Una verdadera antigüedad! Dió las luces de su habitación y estuvo admirándola unos instantes. ¡Verdaderamente lindísima! Un ligero husmeo en el ángulo... *Ting-a-ling* reflejando en su piel lustrosa el amarillo de la luz, descansaba sobre un almohadón negro, como un león chino en miniatura; limpio, presumido y fresco, después de haber tomado el aire en la barandilla del Square.

—¡Ya te veo! —le dijo Fleur.

El animalito permaneció inmóvil; sus ojos, negros y redondos, contemplaban a su dueña desnudándose. Cuando ésta volvió del baño, estaba retorcido, hecho una bola. Fleur pensó: «¡Qué raro! ¿Cómo sabe que Michael no vendrá?» Y deslizándose en la cama tibia se encogió también, y se durmió.

Durante la noche, contra su costumbre, se despertó. Un quejido —largo, misterioso, lastimero, que subía de alguna parte del río, acaro de los suburbios— le trajo el recuerdo, punzante, doloroso, de su luna de miel... Granada: sus techos intensamente negros, el marfil, el oro; la oración del sereno y las expresiones de la carta de Jon:

*Voz de la noche que grita en la vieja y durmiente
ciudad española, oscura bajo las estrellas blancas...*
¿Qué dice esa voz con su clara, permanente, angustia?
¿Es el guardián que narra su cuento antiguo de paz?
¿O es un bandolero que asusta con su canto a la luna?
*¡No! Es el triste de ausencia, que su alma solloza
estas palabras: «¿Hasta cuándo?»*

¿Era sueño o realidad? ¡Jon, Wilfrid, Michael! ¡Qué terrible es tener corazón!

IV

UNA CENA

Lady Alison Charwell, nacida Heathfield, hija del primer conde de Campden, y esposa de Lionel Charwell, K. C., tío lejano de Michael, era una deliciosa dama inglesa, formada en un círculo que se consideraba como el alma de la sociedad. Pletórico de inteligencia, de gusto, de energía, de dinero, y bañado por la sangre azul, políticamente legal, de sus antepasados, este círculo conservaba sus tradiciones, distanciándose, no obstante, del *Snooks* y de las lúgubres guaridas del nacimiento y del privilegio.

Era alegre, encantador, cómodo y frívolo, y, según Michael, sus componentes «eran, estética e intelectualmente, unos *snobs*, tal como lo oyes, Fleur; pero no se darán cuenta jamás de ello. Se creen los amos del mundo; ágiles, sanos, a la moda, cultos, inteligentes; son incapaces de encontrar a nadie que se les parezca siquiera: Pero, tenlo bien entendido, su imaginación es corta... Toda su energía cabe en un bote de conservas. Si vemos sus libros, todos tratan de algo: filosofía, espiritismo, poesía, pesca o de ellos mismos; hasta sus sonetos languidecen antes de llegar a los veinticinco. Lo saben todo, lo conocen todo, excepto el mundo que se aparta de su círculo. Naturalmente..., trabajan y se las arreglan; pueden hacerla, ya que nadie tiene sus cerebros, su potencia y su buen gusto. Dan vuelta tras vuelta en torno a su distinguido

círculo vicioso. ¡Para ellos es el mundo..., y podría estar peor! Han patentado su propia edad de oro, pero con sesos de mosquito, después de la guerra».

Alison Charwell —en este mundo tan vigorosamente alegre, libre y confortable— vivía a un tiro de piedra de la casa de Fleur, en un edificio arquitectónicamente tan hermoso como el que más en Londres. A sus cuarenta años, contaba con tres hijos y una envidiable belleza, algo marchita por su actividad mental y corporal. Entusiasta y enamorada de Michael, no obstante las extrañas opiniones de éste, la aventura de su matrimonio le irritó desde el primer momento. Pero Fleur era tan refinada, tenía una inteligencia natural tan ágil..., que, al fin, valía la pena el trato con la nueva sobrina. Pero, aunque Fleur era adaptable y asimiladora, no había sido asimilada; seguía aguijoneando la curiosidad de lady Alison, acostumbrada exclusivamente a los espíritus selectos y un tanto interesada en el contacto con la Nueva Era, cuando se hallaba en las habitaciones de Fleur. Notaba allí cierta falta de respeto que, sin tomarla demasiado a pecho, le llamaba la atención. En esta casa se imaginaba ser un cero a la izquierda. ¡Era muy estimulante!

Al recibir la llamada telefónica de Fleur acerca de Gurdon Minho, se puso en comunicación con el novelista. Le conocía, aunque poco; bien no le conocía nadie, al parecer; amable, correcto, retraído, bastante sincero y sobrio, pero con una sonrisa desconcertante, unas veces irónica, otras, amigable. Sus obras eran ya punzantes, ya sentimentales. En ambos casos le gente le atacaba, aunque, según parecía, no le hacía mella.

Le llamó por teléfono.

—¿Le gustaría asistir mañana a una cena en casa de su sobrino Michael Mont y enfrentarse con la generación modernista?

Su contestación fué bastante aguda:

—¡Con mucho gusto! ¿Etiqueta completa o traje oscuro?

—¡Etiqueta, creo! ¡Qué feliz me hace su amabilidad! Mis sobrinos se alegrarán muchísimo. Celebran el segundo aniversario de su boda.

Colgó el auricular pensando: «¡Estará ocupado en algún nuevo libro sobre el modernismo!»

Conocedora de su responsabilidad, acudió a la cita con anticipación. Tratábase de una gran velada, sobre todo en esta oportunidad, en que sólo abrigaba en su interior el sentimiento de aventura, ahora agradable, después de un día de agitación con motivo de la reunión del *Snooks*. El único que la recibió fué *Ting-a-ling*, de espaldas al fuego, sin más cortesía que una mirada de las suyas. Tomando asiento en el canapé verde jade, dijo:

—Pues bien, ¿no me conoces aún, después de tanto tiempo?

La mirada brillante en los ojos negros de *Ting-a-ling* decía: «Prodigas tus visitas aquí... Son muchas las cosas que se prodigan. Nada nuevo sobre el futuro.»

Lady Alison se dejó arrastrar por un alud de pensamientos. ¡La nueva generación! ¿Estaría bien que sus hijas pertenecieran a ella? Deseaba hablar sobre ello con mister Minho... Habían sostenido un interesante diálogo en Beechgroves, antes de la guerra. Hacía ya nueve años... Sybil contaba entonces nada más que seis; Juana, sólo cuatro. ¡Cómo pasaba el tiempo y cambiaban las cosas! ¡Una nueva generación! ¿Y cuál es la diferencia? «Creo que nosotros teníamos más tradición», se dijo para sí.

Un ligero ruido le hizo apartar los ojos de la punta de sus pies. Era *Ting-a-ling* que, cual si aplaudiera, meneaba el rabo de un lado a otro, sobre la alfombra al pie de la chimenea. La voz de Fleur exclamó a su espalda:

—¡Oh querida, me he retrasado una enormidad! Te agradezco mucho que hayas hecho venir a mister Minho. Confío en los buenos modales de todos. No obstante, le colocaré entre las dos; a él le he reservado el extremo de arriba, y a Michael, el de abajo, entre Paulina Upshire y Amabel Nazing. A tu izquierda, Sibley, y a mi derecha, Aubrey; luego, Nesta Gorse y Walter Nazing; frente a éstos, Linda Frewe y Charles Upshire. Doce. Los conoces a todos. ¡Ah! ¡Y no te preocupe que los Nazing y Nesta fumen entre plato y plato! Amabel lo hará; es de Virginia... ¡La reacción! Supongo que llevará la ropa suficiente. Michael dice con frecuencia que, si la lleva, es por equivocación; ahora que el hecho de haber invitado a mister Minho me pone un poco nerviosa. ¿Viste la parodia de Nesta en el *Ramillete*? Maravillosamente cómica, chica; iba dirigida sin embudos a L. S. D. Y tú, mi *Ting*, ¿vas a quedarte para verlos a todos? ¡Mejor será que te apartes, si no quieres que te pisoteen! ¿Verdad que es muy chino?... Es el complemento de la habitación.

Ting-a-ling colocó su hocico entre las patas, tendido en el centro de un almohadón verde jade.

—¡El señor *Gurding Minner*!

El famoso novelista era de aspecto pálido y sereno. Estrechando las dos manos que le tendían, miró a *Ting-a-ling* y le dijo:

—¡Espléndido! ¿Qué tal, caballere?

Ting-a-ling permaneció impasible. Su silencio parecía significar; «¡Caballero, usted me toma por un vulgar perro inglés!»

—¡El señor y la señora Walter Nazon, y la señorita Linda Frow!

Entró primeramente Amabel Nazing, alabastro claro desde su rubio cabello hasta los quince centímetros de lustrosa espalda, limitada por su cintura; alabastro cubierto desde los diez centímetros bajo la rodilla hasta la lustrosa

punta de su zapato. En este momento el novelista dió, maquinalmente, fin a su diálogo con *Ting-a-ling*.

Luego, Walter Nazing, mucho más alto que su esposa. Llevaba un cuellecito con rayas negras, y su rostro, modelado hacía ya muchos años, tenía un ligero parecido con el de Shelley. Respecto de sus producciones literarias, se susurraba que unas veces eran muy semejantes a las poesías de aquel bardo, y otras se parecían a la prosa de Marcel Proust, «buen copión», como diría Michael.

Linda Frewe, presentada inmediatamente por Fleur a Gurdon Minho, era una escritora acerca de cuyas obras resultaba difícil que estuvieran de acuerdo dos personas en el mismo salón. Sus libros *Nimiedades* y *El caballero furioso* habían dividido por completo las opiniones. Para unos, genio; para otros, vaciedad; en todo caso dichos libros suscitaban siempre interesantes debates sobre si un poco de locura aumentaba o disminuía el valor del arte. Ella hacía poco caso de la crítica... y seguía escribiendo.

—¿El señor Minho? ¡Qué interesante! ¡No he leído nada de usted!

Fleur suspiró suavemente.

—¿Cómo? ¿No conoces tú los gatos descritos por el señor Minho? ¡Pero si son maravillosos! Señor Minho, voy a presentarle ahora a la señora Nazing. Amabel..., el señor Gurdon Minho.

—¡Oh! ¡El señor Minho! ¡Qué encantada! ¡Ansiaba conocerle desde que tengo dientes!

Fleur oyó que el novelista respondía pausadamente:

—«Pudo ansiarlo por más tiempo» —y pasó a saludar a Nesta Gorse y Sibley Swan, que entraban discutiendo, como si pasaran la vida en un pugilato acerca de L. S. D. Nesta, procurando dominar su violencia—; Sibley, afirmando que el genio había muerto con la Restauración. ¡Este muchacho era listo!

Con la aparición de Michael, seguido de los Upshire y de Aubrey Greene, a quienes había encontrado en el *hall*, la reunión estaba completa.

Fleur amaba la perfección y aquella velada era una especie de pesadilla. ¿Era un éxito? Evidentemente, de toda la reunión, Minho era la persona menos brillante; hasta Alison estaba más acertada en sus palabras... Y, no obstante eso, ¡tenía un cráneo tan distinguido! Fleur estaba deseando que no se marchara temprano. Con toda seguridad, alguno estaría preparado para exclamar, antes que la puerta se cerrara tras él: «¡Gastado!» o «¡Gordo y calvo!» Era tiernamente agradable, como si se esforzara en despertar cariño, o que, al menos, no le despreciaran demasiado. Y sin duda había en él algo más de lo que se puede captar con el sentido del oído. Después del cangrejo *soufflé*, parecía hablar a Alison. Fleur hizo por escuchar.

—La juventud se siente... la corriente principal de la vida... No tiene lo que pretende. Glorificamos el pasado y el porvenir. ¡Eso mismo! En cambio, la vida contemporánea no tiene utilidad terrenal alguna... Sólo nos queda el consuelo de pensar que algún día seremos anticuados, como Congreve, Sterne, Defoe..., y tendremos de nuevo nuestra oportunidad. ¿Por qué esto? ¿Qué es lo que les aparta de la corriente principal? ¡Oh! Probablemente la saciedad... Periódicos..., fotografías. No ven la realidad de la vida..., sólo la conocen por referencias..., por reproducciones; todo es burdo, impúdico, venal... La juventud dice: «¡Afuera con ello; debemos poseer el pretérito o el futuro!»

Tomó algunas almendras y Fleur observó cómo sus ojos se detenían en la parte elevada de Amabel Nazing. Allá abajo, la conversación tomaba los caracteres de un partido de fútbol: nadie conservaba la pelota más tiempo que para una patada. Daba de cabeza en cabeza y, después de cada vuelta, se abstenía uno, sacaba un cigarrillo y lanzaba una nube de humo azul a través de la mesa, desnuda ya de su mantel. Fleur disfrutaba con el esplendor de su habitación española: con su suelo de azulejos, porcelanas representando frutos de vivo colorido, pieles labradas, objetos de cobre y el Goya de Soames encima del diván moruno. Daba cabezazo a la pelota, cuando le llegaba el turno, pero sin iniciar asunto alguno. Su gracia peculiar consistía en darse cuenta de todo al momento. «La señora Mont había advertido» los desatinos brillantes de Linda Frewe, los alfilerazos provocativos de Nesta Gorse, las iluminadas insinuaciones de Aubrey Greene, los desconcertantes golpes de Sibley Swan, las pequeñas y frías audacias americanas de Amabel Nazing, los curiosos destellos de erudición de Charles Upshire, las subversivas contradicciones de Walter Nazing, a Paulina Upshire con sus embrollos críticos, los hondazos y puyazos felices de Michael, sin olvidar la vivacidad erudita de Alison, ni los silencios de Gurdon Minho. A todos los tuvo presentes, los descubrió, conservando su vista y oídos fijos en la pelota de la conversación, para que no diera en el suelo y se quedara parada. Brillante velada; pero ¿había sido un éxito?

En el canapé verde, cuando había desaparecido el último invitado, y mientras Michael acompañaba a Alison a su casa, recordó la frase de Minho: «La juventud... no tiene lo que pretende.» ¡No! Las cosas no estaban bien distribuidas.

—Verdad que no, ¿*Ting*?

Pero *Ting* estaba cansado y sólo movía una de sus orejas. Fleur suspiró, apoyándose en el respaldo. *Ting-a-ling*, desperezándose, puso sus patas delanteras en la cadera de su ama y contempló su cara.

—Mírame —parecía decir—. Yo me encuentro divinamente; tengo lo que pretendo y pretendo lo que tengo. Ahora quiero irme a acostar.

—¡Pues yo no! —dijo Fleur, inmóvil.

—¡Al menos, aúpame! —replicó *Ting-a-ling*.

—Bueno —dijo Fleur—. Supongo..., es una buena persona; pero no la que corresponde, *Ting*.

Ting-a-ling se acomodó, por sus propias fuerzas, sobre los brazos desnudos.

—Perfectamente —parecía decir—. Fuera de China existe demasiado sentimentalismo y otras cosas por el estilo. ¡Vamos!

V

EVA

Las habitaciones del honorable Wilfrid Desert estaban situadas enfrente de la exposición de pintura, junto a la calle Cork. Como era el único varón de la aristocracia que escribía versos dignos de publicarse, las había escogido más para retiro que por razones de comodidad. Su mobiliario, a pesar de todo, no estaba desprovisto del buen gusto y lujo habitual en las casas nobles de Inglaterra. Cuando Wilfrid se trasladó allí se necesitaron dos camiones guardamuebles para contener el mobiliario heredado de lord Mullyon, noble de Cornualles. Pero eran muy raras las veces que se le encontraba en su nido, lo cual evidenciaba que era un pájaro raro, a causa de su especial y privilegiada situación entre los escritores jóvenes, debida a su peregrina reputación. Seguramente ni él mismo sabía apenas dónde pasaba el tiempo o dónde trabajaba, ya que se hallaba atacado por una especie de *claustrofobia* mental, de una especie de temor de verse asediado por la gente. Al declararse la guerra acababa de salir de Eton; al acabarse la misma este joven tan viejo, poéticamente hablando, contaba veintitrés años. Su amistad con Michael empezó en el hospital, languideció y se reanimó por sí misma repentinamente, cuando en 1920 Michael ingresó en la casa Danby y Winter, editores, de la calle Black. Covent Garden. El atolondrado entusiasmo del prematuro editor se había volcado hacia la poesía de Desert. Con esto se apagaron las discusiones en torno a los poemas de autores faltos de protección, debido a la conformidad de la casa ante las insistencias de Michael. La embriaguez mutua del primer libro que Wilfrid había escrito y primero que Michael había patrocinado, fué coronada con la boda de este último. ¡El mejor amigo! Desde aquel momento hasta donde Desert había podido sujetarse estaba ligado con esta pareja; y, para hacerle justicia hasta pasado un mes no se dió cuenta de que la atracción no la ejercía Michael, sino Fleur. Desert jamás hablaba de la guerra; era imposible saber directamente de él los efectos que en él había producido y que hubiera podido resumir así; «He vivido tanto tiempo entre el horror y la muerte; he visto hombres de tan distintas condiciones en la contienda; puse en mi mente esperanzas de tal magnitud que jamás podrá dar hospitalidad al más leve respeto a las teorías, promesas, convenciones, criterios éticos y principios. He aborrecido a demasiados hombres encenagados en sí mismos, mientras yo me

revolvaba en el lodo y en la sangre. La ilusión desapareció. Ninguna religión, ninguna filosofía me satisfarán. Palabras y sólo palabras. Todavía estoy en mi juicio, sin que tenga que agradecerse a nadie; todavía soy capaz —lo siento— de apasionarme; aún puedo morder y sonreír; conservo aún los sentimientos de camaradería de las trincheras, pero no sé si real o ficticia. Soy peligroso, pero no tanto como los que comercian con palabras, principios y teorías, en todos los campos de fanática idiotez con que se explotan el trabajo y el sudor del prójimo. La guerra ha logrado en mí una cosa: convertir la vida en una comedia. Réirme de ella, ¡no puedo otra cosa!»

El viernes por la noche, al salir del concierto, se fué andando a su casa. Entregado al reposo, sobre un cómodo sillón monacal del siglo XVI, restaurado con almohadones y seda del siglo XX, con las manos en la nuca, se dió a pensar: «Esto no puede seguir así. Esta mujer me ha fascinado. Para ella esto no es nada, mas para mí es un infierno. Esto acabará el domingo... Persia es un buen lugar. Lo mismo Arabia: ¡hay sangre y arena! ¡Ella es incapaz de renunciar a nada por mí! ¡Cómo se ha incrustado en mi ser! Por el encanto de sus ojos y cabello, por sus andares, por la dulzura de su voz, ¡por su fuego, por su gracia y por su color! ¡Fleur no pretenderá imposibles por mí! ¿Qué hacer, pues? ¿Esperar la muerte junto a su chimenea china y su perrito chino y luchar con el dolor de no poderla estrechar entre mis brazos y besarla? ¡Preferiría hallarme de nuevo entre los alemanes y el peligro de las granadas! ¡Domingo! ¡Con lo que les gusta a las mujeres prolongar la agonía! Esta tarde volveremos a las andadas: «¡Qué desconsiderado, yéndose, cuando su amistad es tan estimable para mí! ¡Quédese y sea mi gato domesticado. Wilfrid! ¡Por favor, hombre, no sea usted tan terco!» Y, vive Dios, ¡que lo soy!»

Cuando en aquella galería, asilo del arte británico, los dos jóvenes se encontraron aquella mañana del domingo, tan accidentalmente, frente a Eva, oliendo las flores del jardín del Edén, había también allí seis obreros de varia y descompuesta indumentaria, sin que ninguno de ellos pudiera observar lo más mínimo. Y en realidad, aquella entrevista no tenía nada de expresivo. Dos jóvenes de los que dicen haber perdido la ilusión, recriminándose a cuenta del pasado. Desert, con su discurso de a tanto la línea, su sonrisa y su indiferencia, de corte perfecto, no dejaba ver las torturas de su corazón. Se mantenía firme en su máxima: «¡Melodrama, nunca! Esto es todo.» Y Fleur pensaba en su interior: «Si logro mantenerle en este estado de serenidad, no le perderé, pues no se iría sin un arrebató.»

No fué hasta que se hallaron por segunda vez ante Eva cuando él dijo:

—Fleur, no sé por qué me pidió usted esta entrevista. Sencillamente, estamos haciendo el tonto, sin beneficio alguno. Me hago cargo de sus

sentimientos. Según su manera de ver, soy un trozo de «Ming»⁵ que usted no quiere perder. Pero no es auténtico y esto es todo.

—¡Qué terrible es usted, Wilfrid!

—Bien. ¡Aquí nos despedimos! ¡Un apretón de manos!

Sus ojos estaban hermosísimos, sombríos, trágicos sobre la sonrisa de sus labios... Ella dijo, temblando:

—No... sé... ¡No sé, Wilfrid! ¡Deme usted tiempo! No puedo resistir verle infeliz. ¡No se vaya! Puede que yo... ¡tampoco fuera feliz! ¡No lo sé!

Por el interior de Desert cruzó el pensamiento: «No puede conformarse; no sabe cómo hacerlo.» Y lo expresó dulcemente así:

—No sea tonta; sólo quince días bastarán para que lo olvide todo. Le mandaré algo para que se consuele. ¿Y por qué no podría irme a China? Tan bueno es un país como otro. Y podría enviarle un trozo de «Ming» auténtico, de mejor barro que yo.

Fleur dijo enérgicamente:

—Me insulta. ¡No lo haga!

—Pues perdóneme. No quisiera dejarla enojada.

—¿Qué quiere de mí?

—¡Oh, no! ¡Nada! Es esta la segunda vez... Además desde el viernes estoy pensando en lo mismo. No quiero nada, Fleur, salvo una bendición de su mano. ¡Démela! ¡Vamos!

Fleur se llevó la mano a la espalda. ¡Aquello era un calvario! La tomó por un gatito caprichoso, de sangre fría, que juega con un manjar que no le apetece.

—¿Cree usted que estoy hecha de hielo? —dijo apretando entre los dientes el labio superior—. Pues no. ¡No es así!

Desert la miró. En su mirada se manifestaba su gran tormento.

—No era mi deseo herirla en su amor propio —dijo—. Rompamos con todo, Fleur. Esto no lleva a nada bueno.

Fleur volvió el rostro y puso sus ojos en la Eva, hembra de aspecto robusto, sin prejuicios, ansiosa, saturándose en el aroma de las flores. ¿Por qué no podría ella librarse también de prejuicios y aceptar cuanto se le ofreciera? En el mundo no hay tanto amor como para dejarlo pasar sin olerlo, ¡sin arrancarlo! ¡Marcharse! ¡Irse a Oriente! Naturalmente, ¡ella jamás obraría de manera semejante! Pero quizá... ¡No! ¿Por qué inquietarse por el uno o por el otro, si realmente ninguno de los dos le inspiraban amor?

⁵ Porcelana china. (*N. de los T.*)

Bajo sus párpados entornados, blancos con cejas negras, observó la expresión de Wilfrid, que permanecía más quieto que las mismas estatuas. Y de repente dijo:

—Será un idiota si se marcha. ¡Espere!

Y sin una mirada, sin añadir palabra, se alejó, dejando a Desert sin aliento, frente a la Eva ansiosa.

VI

EL VIEJO FORSYTE Y EL VIEJO MONT

Al abandonar la galería, Fleur, violentamente desconcertada, casi fué a pisar los pies de una figura demasiado familiar, que estaba admirando un *Alma Tadema*, con una especie de ansiedad canosa, cual si pensara en la inestabilidad del mercado.

—¡Papá! ¿Tú en la ciudad? Vente a almorzar conmigo; tengo que irme a casa inmediatamente.

Colgándose de su brazo y metiéndose entre él y la Eva le guió al exterior, pensando: «¿Nos habrá visto? ¿Era posible que nos viera?»

—¿Llevas la suficiente ropa? —gruñó Soames.

—¡Uf!... De sobra.

—¡Eso decís siempre las mujeres! ¡Con este airecillo y el cuello así! ¡No sé..., no sé!

—¡Pues así voy bien, papaíto!

Los ojos grises de su padre la examinaron de arriba a abajo.

—¿Qué estabas haciendo aquí? —le preguntó. Y Fleur pensó; «Bendito sea Dios... que no ha visto nada. De lo contrario, no preguntaría» Y le contestó:

—Lo mismo que tú. Me interesa el arte.

—Bueno; estoy en la calle Green con tu tía. Este viento de Levante me ha atacado el hígado. ¿Cómo sigue tu... Michael?

—¡Bien, algo desalentado! Anoche tuvimos una cena con invitados.

¡Aniversario! El realismo de un Forsythe se reveló en su interior y clavó sus ojos en los ojos de su hija. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y dijo:

—Esto es para ti.

Fleur percibió un objeto plano, envuelto en finísimo papel rosa.

—¿Qué es?

Soames lo metió de nuevo en su bolsillo.

—Después lo veremos. ¿Almorzará alguien con nosotros?

—El Baronet, nada más.

—¡El viejo Mont! ¡Cielos Santos!

—¿No te agrada el Baronet, papá?

—Sí, no me desagrada, pero no estamos de acuerdo en nada.

—Yo creí que simpatizabais mucho sobre el estado de las cosas.

—Él es un reaccionario —dijo Soames.

—¿Y tú qué eres, hermoso?

—¿Yo? ¿Pues qué quieres que sea yo?— Con estas palabras rubricaba aquella indiferencia que, mientras más envejecía, más se acrecentaba junto con la convicción de que era la única actitud digna de una persona sensata.

—¿Y mamá cómo sigue?

—Parece que bien. Apenas la veo...; tiene a su madre en casa y andan siempre de callejeo.

Soames no aludía jamás a madame Lamotte como abuela de Fleur, pues cuanto menos tuviera que ver su hija con su parentela francesa, tanto mejor.

—¡Ah! —exclamó Fleur—. ¡Allí están *Ting-a-ling* y un gato!

Ting-a-ling estaba en la calle, sujeto a las manos de una sirvienta por una cadena, recibiendo el bautismo diario de aire; husmeaba furiosamente, tratando de alcanzar a un gato, encaramado en una cerca, dando saltos que el negro animalito contemplaba ojo avizor y con el espinazo encorvado.

—¡Démelo, Elena! ¡Vente con mamá, pequeñín!

Desde luego, si *Ting-a-ling* acudió fué porque no podía escapar y hubo de resignarse erizando el pelo, resoplando y volviendo la cabeza hacia atrás.

—Me gusta verte tranquilo —dijo Fleur.

—Mantener un perro como éste es tirar el dinero —comentó Soames—. Mejor te procurabas un «bulldog», que durmiera en el zaguán. Los saqueos de casa no tienen fin. A tu tía le robaron el picaporte.

—Yo no dejaría a *Ting* ni por un centenar de picaportes.

—Ya verás como algún día te lo roban; es de muy buena raza.

Fleur abrió la puerta delantera.

—¡Oh! —exclamó—. ¡El Baronet ya está aquí!

Un sombrero lustroso descansaba sobre un arca de mármol, regalo de Soames, construida para conservar la ropa y desesperar a la polilla. Puso su sombrero junto al otro, y los contempló. Eran demasiado iguales para

comentarlo: lisos, lustrosos y con la misma marca en el interior. Él volvió a usar sombrero de copa a partir del fracaso de la huelga general y de carbones de 1921, cuando su instinto le hizo prever que las revoluciones estarían arrinconadas bastante tiempo.

—Ahora —dijo— vamos a ocuparnos de esto—. Y sacó el paquetito rosa.

—No sé qué harás con ello, pero aquí lo tienes.

Era un trozo de ópalo maravillosamente tallado y coloreado, circundado por un anillo de pequeños brillantes.

—¡Oh! —exclamó Fleur—. ¡Qué preciosidad!

—Venus flotando sobre las olas, o algo parecido —explicó Soames—. Algo raro. Acércate a la luz.

—Pero es muy lindo. Voy a ponérmelo en seguida.

¡Venus! Si papá supiera... Para ocultar sus sentimientos rodeó el cuello de Soames, sintiendo éste el roce de las mejillas de su hija sobre su tez cuidadosamente afeitada, con característica impasibilidad. ¿Para qué demostraciones, si los dos sabían que el cariño de él doblaba el de ella?

—Póntelo, pues, y veamos el efecto— dijo.

Fleur, ante un espejo barnizado con laca, se lo puso al cuello.

—¡Una verdadera joya! ¡Gracias, papá! Sí; tu corbata está impecable. Me gusta este ribete blanco en el chaleco. Deberías llevarlo siempre que vistieras de negro. Ahora ven conmigo— y le llevó a su cuarto chino. No había nadie.

—El Baronet debe estar arriba con Michael, hablando de su nueva obra.

—Pero ¿sigue escribiendo a sus años? —dijo Soames.

—Claro que sí: tiene un año menos que tú.

—¡Pero yo no escribo! ¡No llega a tanto mi tontería! ¿No tienes algún amigo de esos modernistas?

—Nada más que uno; Gurdon Minho, el novelista.

—¿De la nueva escuela?

—¡Qué va! Sin duda has oído hablar de Gurdon Minho: es más viejo que un cerro.

—Para mí todos me son iguales —murmuró Soames—. ¿De buena reputación?

—Hasta creería que su renta es mayor que la tuya. Es casi un clásico: sólo le falta la muerte.

—Buscaré alguna de sus obras para leerla. ¿Qué nombre has dicho?

—Compra *Peces grandes y pequeños*, de Gurdon Minho. ¿Te acordarás? ¿No? ¡Oh! ¡Aquí los tenemos! ¡Mira, Michael, un regalo de papá!

Le tomó la mano y la llevó al ópalo de su cuello... «Que vean los dos cuán amigos somos», pensaba... Aunque su padre no la había visto en el museo con Wilfrid, su conciencia le estaba diciendo: «afianza tu respetabilidad, pues no sabes ciertamente el apoyo que necesitarás el día de mañana.»

Y miró a ambos por el raballo del ojo. Las conversaciones entre el «viejo Mont» y el «viejo Forsythe», según calificaba a su padre el Baronet en sus conversaciones con Michael, siempre le habían dado risa, aunque jamás se había explicado el motivo. El Baronet estaba al corriente de todo, pero su conocimiento estaba sujeto con firmeza y estrictamente expresado por una mente aferrada al siglo XVIII. Su padre conocía nada más que lo que le era ventajoso, pero su conocimiento no estaba sujeto ni se sometía a ninguna expresión determinada. Aunque procedía de la última parte del período Victoriano, no le molestaba aprovecharse de períodos posteriores semejantes. El viejo Mont tenía fe en la tradición; el viejo Forsythe, ninguna. La perspicacia de Fleur había adivinado hacía tiempo entre ambos una diferencia favorable a su padre. Y, no obstante, la conversación del viejo Mont era mucho más actual, más ágil, aguda, expresiva y rica de detalles; la del viejo Forsythe, estrecha y positiva. Realmente, hallándose los dos tan bien conservados no era posible decidir cuál de los dos era un ejemplar mejor para un museo.

Desde luego, no hubo apretón de manos, sino que Soames se limitó a hablar del tiempo. Y casi al mismo tiempo pasaron los cuatro a ocuparse de aquella comida dominguera, de la cual, a fuerza de persistente voluntad, había logrado finalmente Fleur excluir el carácter británico. *Cocktails* de langosta, unos cuantos hígados de pollo a la sartén, una tortilla al ron y un postre que pareciera todo lo español posible.

—He estado en la Tate —dijo Fleur—. Me parece conmovedor.

—¿Conmovedor? —objetó Soames, con un resoplido.

—Fleur quiere decir que contemplar una galería de arte inglés antiguo es igual que ver una exposición de *bebés*.

—No lo comprendo —replicó Soames con sequedad—. Se ven allí obras verdaderamente buenas.

—Pero aún no bien desarrolladas, señor.

—¡Ah! ¡Vosotros, los jóvenes, confundís esta extravagante erudición con la madurez!

—No comprendes el sentido de las palabras de Michael, papá. Es evidente que a la pintura británica no le ha salido aún la muela del juicio. Puedes ver la diferencia en un instante, comparándola con la pintura continental.

—A Dios debemos agradecerse —observó sir Lawrence—. Lo maravilloso del arte de esta nación está en su inocencia. Somos políticamente el país más viejo del mundo, estéticamente el más joven. ¿Qué le parece a usted, Forsyte?

—A mi entender, Turner es lo bastante clásico y erudito —respondió brevemente Soames—. ¿Piensa ir al consejo de la P. P. R. S, el martes?

—¿El martes? ¿No íbamos a ir de caza, Michael?

—Yo dejaría esto para otra ocasión —murmuró Soames—. Se trata de aprobar un informe.

Le habían nombrado consejero de esta pujante entidad, la *Providential Premium Reassurance Society*, por influencia del viejo Mont y, a decir verdad, no ocupaba este cargo con gran satisfacción. Aun cuando el promedio de riesgos era lo más digno de confianza del mundo, había ciertas circunstancias que avivaban su inquietud. Miró a su alrededor. ¡Vaya corto entendimiento el de este Baronet, duro de mollera y cejijunto... como su hija, que le estaba mirando. Y de repente añadió:

—No me siento muy a gusto allí. Si me hubiera dado cuenta de cómo ese Elderson manejaba el cotarro, difícilto que me hubieran cogido en el Consejo.

Pareció que una mandíbula del viejo Mont iba a separarse de la otra.

—¡Elderson! —dijo—. Su abuelo fué agente electoral del mío en los tiempos de la Ley de Reforma; le hizo ganar la elección más sucia que se haya dado jamás, comprando los votos de todos y besando a las mujeres de todos los granjeros. ¡Grandes días aquellos, Forsyte, grandes días!

—Y pasaron —dijo Soames—. Es expuesto depositar tanta confianza en el juicio de un hombre como lo hacemos con Elderson; no me gusta este seguro al extranjero.

—¡Mi querido Forsyte, Elderson es una cabeza de primera! Le conozco de toda la vida; estuvimos juntos en Winchester.

Soames suspiró profundamente. Su intranquilidad descansaba precisamente en gran parte en esta contestación del viejo Mont. ¡En el Consejo, todos ellos habían estado también juntos en Winchester! ¡Era una maldita casualidad! Todos eran tan honorables que no se atrevían a examinarse mutuamente, ni su plan colectivo. ¡El miedo de aparentar mutua desconfianza era peor que el miedo de error o fraude! Y era natural, ya que la desconfianza entre sí era un mal inmediato, y son los males inmediatos, Soames lo sabía muy bien, los que deben evitarse. Pero aquella singular propensión, heredada de su padre James, de permanecer despierto entre dos y cuatro, cuando la crisálida del tenue recelo se transforma definitivamente en la mariposa del pánico, había despertado su inquietud. La P. P. R. S, era una institución tan imponente y había estado en ella tan poco tiempo, que hubiera parecido presunción suya

oler a gato encerrado; además, si se denunciaba el gato encerrado a ciegas, tendría que abandonar el Consejo y con él las mil libras anuales que percibía. Pero si realmente el gato existía, ¿qué hacer? ¡He ahí el conflicto! ¡Y aquí estaba el viejo Mont hablando de caza y de su abuelo! ¡Tenía una cabeza demasiado pequeña! Y asaltado por el pensamiento de que «aquí no hay nadie, ni mi propia hija, capaz de hablar de nada en serio», permaneció en silencio. Un leve roce sobre el codo le llamó la atención. ¡Era esa ridiculez de perro, sentado en una silla entre él y su hija! ¿Es que esperaba que le diera algo? ¡Algún día le saltarían los ojos de la cabeza! Y le dijo—: Bien, ¿qué quieres?—. ¡Y de qué manera le miraba el animalito con aquellos ojos que parecían botones de bota! —Toma —le dijo—, dándole una almendra—. Eso no te lo comes.

Y *Ting-a-ling* se lo comió.

—Le gustan muchísimo, papá ¿Verdad, monín, que te gustan las almendras?

Ting-a-ling dirigió la mirada a Soames, en quien anidaba una extraña sensación. «Pero este animalito me quiere —pensó—; siempre me está mirando.» Tocó la nariz del perro con la punta de los dedos. *Ting-a-ling* se los lamió blandamente con su lengua rizada y negruzca.

—¡Pobre muchacho! —musitó Soames involuntariamente, mirando al viejo Mont.

—No haga usted uso de lo que he dicho.

—Pero, mi querido Forsythe... ¿A qué se refiere?

¡Dios del cielo! ¡Y él formaba parte de un Consejo con un hombre así! Dios sabrá por qué aceptó, si no necesitaba dinero ni molestarse más. Tan pronto como él entró en el Consejo, Winifred y otros de su familia habían comprado acciones para neutralizar el impuesto sobre la renta —acciones preferentes al 7 por 100, y las ordinarias, al 9—, en vez del seguro cinco, con que no habían podido menos que conformarse hasta entonces. ¡Él había sido siempre un guía tan seguro y tan valioso en el mundo monetario! ¡Verse así molestado a su edad! Sus ojos buscaban consuelo en el ópalos del cuello de su hija, ¡cuello magnífico, joya magnífica! ¡Sí! ¡Al parecer era bastante dichosa y había olvidado sus locuras de hacía dos años atrás! Era un motivo de alegría. Lo que le hacía falta ahora era un chiquillo que la defendiera y la sustrajera a esa turba modernista de pintores, músicos y escritores de a cinco la línea. Una partida de golfantes, sin duda alguna, ¡pero ella tenía tan poca cabeza!... Si venía un hijo estaba dispuesto a aumentarle la dote en veinte mil libras más. A su madre esto le sería indiferente, esclava del buen método francés de restringir la circulación del dinero. Pero Fleur, hasta donde él podía saber, cortaba el vestido a la amplitud del paño. ¿De qué trataban ahora? Hasta sus oídos había llegado el

nombre *Goya*. ¿Una nueva biografía de él? ¡Vaya! Esto confirmó su convicción de que Goya había alcanzado la cúspide del triunfo.

—Creo que voy a desprenderme de éste —dijo, indicando el cuadro—. Ya tenemos un *argentino* aquí.

—¿Desprenderse del *Goya*? —Era Michael el que hablaba—. ¡Con lo envidiado que es usted ahora!

—No puede uno poseerlo todo —dijo Soames.

—Es que esta copia que tenemos de «La Nueva Vida» ha de ser de primera clase. «Propiedad de Soames Forsythe, caballero». De todos modos, dejemos primero que salga el libro.

—En qué quedamos, Forsythe: ¿materia o forma?

¿Se estaba burlando este Baronet de la cabeza pequeña?

—No tengo lugar a propósito para guardarlo —dijo.

—Usted no; pero nosotros sí —replicó Michael—. Podría cederlo a Fleur, si a usted le parece.

—Bien —dijo Soames—. Veremos si merece la pena—. Y miró a su hija.

Fleur se sonrojaba raras veces, pero tomó a *Ting-a-ling* y se levantó de la mesa española. Michael siguió su ejemplo.

—El café, en la otra habitación —dijo.

El viejo Forsythe y el viejo Mont se levantaron también, sacudiéndose sus respectivos bigotes.

VII

EL VIEJO MONT Y EL VIEJO FORSYTE

Las oficinas de la P. P. R. S, no estaban muy lejos del Colegio de Armas. Soames, que sabía que allí, y a bastante precio, habían sido comprados por su tío Swithin, allá por la mitad del pasado siglo, «tres rodajas rojas a derecha de un campo de gules» y «una cresta de faisán», miraba desdeñosamente el edificio, hasta hacía casi un año, cuando se impresionó por el apellido Golding en un libro que había cogido distraídamente en el Círculo Connoisseurs. Consistía el tema en demostrar que William Shakespeare era realmente Eduardo de Vere, conde de Oxford. La madre del conde fué una Golding, ¡lo mismo que la madre de Soames! La coincidencia le impresionó y siguió la lectura. La obra le dejó perplejo en torno al punto central, pero con una curiosidad perfectamente definida acerca de si era o no de la misma sangre de Shakespeare. Aunque el conde no hubiera sido el poeta, estimaba que debía darse crédito al relato, pues, por todo lo que había podido averiguar, Oxford fué un muchacho algo malo de carácter. Nombrado consejero de la P. P. R. S, poco después, pasando cada

martes ante el colegio, pensaba: «No voy a invertir una fortuna, pero algún día podré hacer averiguaciones.» Después de haber entrado allí era asombroso ver cómo le traía de preocupado el asunto. La averiguación de la ascendencia de la madre de Oxford fué tanto como una investigación policíaca, aproximadamente con las mismas derivaciones e igualmente costosa. Una vez en el palenque, la tenacidad de un Forsythe no soportaba quedarse a oscuras acerca de la madre de Shakespeare de Vere, aunque después resultara un pariente colateral. Por desdicha, no le fué posible llegar más allá de un William Goulding, Ingerer — fuera eso lo que fuere, le atemorizaba averiguarlo —, que databa de los tiempos de Cromwell. Aún quedaban cuatro generaciones por descubrir y estaba perdiendo el dinero y las esperanzas de ganar nada con aquello. Por ello miraba con desprecio al recoleto edificio, cuando pasaba ante él en dirección al Consejo del martes, después del almuerzo en casa de Fleur. Dos madrugadas más de persistente desvelo le habían hecho proseguir adelante en sus dudas y resolverse a saber su situación en el asunto de la P. P. R. S.; el recuerdo súbito de que gastaba dinero aquí, allá y en todas partes, cuando existía una posibilidad, aunque remota, de responsabilidad financiera en alguna otra parte, excitó más sus nervios, ya alterados por otras contrariedades. Prescindiendo del ascensor y subiendo lentamente los tramos de la escalera, por decimoquinta vez volvía a enfrentarse con sus compañeros de Consejo. El viejo lord Fontenoy estaba, naturalmente, allí por causa de su nombre; acudía pocas veces y era lo que actualmente se ha dado en llamar un parásito. El presidente, sir Luke Sharman, parecía estar preocupado siempre de que no le tomaran por judío. Su nariz era recta, pero sus párpados hacían dudar; su apellido impecable, pero su nombre sospechoso; su voz era tranquilizadamente áspera, pero sus ropas tenían una sospechosa tendencia al lustre. En conjunto, un hombre en el cual, aunque sagaz, no podía confiarse, según el sentir de Soames, en que aplicara toda su mente a otra cosa que a la preocupación de su origen. Por lo que concierne al viejo Mont, ¿qué utilidad reportaba en un Consejo un noveno Baronet? Guy Meyricke, consejero real, el último de los tres que habían estado «juntos», era un buen sujeto para la curia, pero sin tiempo para los negocios y sin sentido de los mismos. Quedaba aquel cuáquero convertido. Cuthbert Mothergill, cuyo apellido había sido el emblema de la integridad triunfante por todo el siglo pasado, de tal manera que la gente elegía a los Mothergill para los Consejos casi mecánicamente; era bastante sordo, un vejete limpio, totalmente inofensivo, pero nada más. Una partida de gente muy honorable, pero superficial. ¡Nadie de ellos ponía su talento en el negocio! A todos los tenía Elderson metidos en el bolsillo, excepto tal vez Sharman y él, que vivía en la incertidumbre. ¡Y, tal vez, el propio Elderson, tipo inteligente, algo artista, gerente desde el principio y con el negocio en la punta de los dedos! ¡Sí! ¡Ésta era la desgracia! ¡El prestigio de un conocimiento superior, años de éxito!... ¡Todos inclinaban ante él la cabeza y le daban carta blanca! La dificultad con un hombre de esta índole estribaba en que, si una vez admitía que había cometido

un error, la leyenda de su infalibilidad quedaría destruida. Soames tenía suficiente infalibilidad propia para darse cuenta de la soberbia que al otro impelía a recaer en el error. Diez meses antes, cuando entró en el Consejo, todo marchaba viento en popa; los cambios se hallaban en el punto más bajo, de modo que todos pensaban en la política de «reaseguro de contratos extranjeros», que Elderson había iniciado, aproximadamente un año antes, y se presentaban con la subida de los cambios como un rayo fulgurante en la cumbre de las posibilidades. Y ahora, al cabo del duodécimo mes, Soames sospechaba que no sabía dónde se hallaban, y la junta de accionistas había tenido lugar hacía, seis meses. Acaso ni siquiera lo sabía Elderson; o de lo contrario se quedaba con datos que debían extenderse a toda la dirección y no sólo a él.

Entró en el salón del Consejo sin una sonrisa. Ya estaban todos allí, hasta lord Fontenoy y el viejo Mont; éste se había privado de la caza. Soames tomó su asiento cerca de la chimenea. Mirando a Elderson, vió con claridad de relámpago la firmeza de la situación del individuo y con la misma diafanidad la debilidad de la P. P. R. S. A causa de la oscilación de los cambios, jamás les era dado conocer exactamente su responsabilidad; aquello realmente era un juego de azar. Mientras escuchaba las actas y demás rutinas propias del caso, apoyando la barbilla en la mano, dejó que los ojos viajaran de rostro en rostro: el viejo Mothergill, Elderson, Mont al lado opuesto; Sharman en la presidencia, Fontenoy, Meyricke, de espaldas a él; en una palabra, el Consejo decisivo del año. ¡Él no podía, no debía ponerse en una situación dudosa! Tratándose de la primera junta general a la cual asistiría, no debía enfrentarse con los accionistas sin saber a ciencia cierta donde se hallaba. Miró de nuevo a Elderson; su cara sudorosa, su cabeza calva, bastante a la manera de Julio César, no revelaba nada ni de irregularidad ni de excesivo optimismo; en realidad se parecía bastante al viejo Nicolás Forsythe, cuyos negocios habían sentado cátedra en la antepenúltima generación. Cuando acabó su discurso el director-gerente, Soames, dirigió su mirada a la cara rojiza del soñoliento Mothergill, y dijo:

—No estoy conforme con que este estado de cuentas dé idea de nuestra situación real. Mi deseo sería que el Consejo se aplazara hasta el próximo martes, señor presidente, y que durante esta semana cada consejero fuese informado con toda exactitud acerca de los pormenores de la contratación de operaciones extranjeras que no venzan en este ejercicio económico. Observo que están involucrados en una estimación de nuestra responsabilidad general. Esto no me satisface. Deberían ser considerados aisladamente. Volviendo sus ojos fijos en Elderson hacia el viejo Mont, prosiguió: —A no ser que se opere un cambio favorable en el Continente, lo cual no preveo, sino todo lo contrario, opino decididamente que estas contrataciones, dentro del año venidero, nos meterán en un callejón sin salida.

Restregones de pies, movimientos de piernas, carraspeos y cuanto acompaña a un sentimiento de agravio saludaron a las palabras «callejón sin salida», y una especie de satisfacción infatuó a Soames: les había echado un jarro de agua fría, les había hecho participar del recelo que le estaba atormentando a él.

—Siempre habíamos tratado nuestros contratos desde un punto de vista general, señor Forsyte.

¡Bravo muchacho!

—Y en mi opinión, equivocadamente. La contratación con el extranjero es un sistema nuevo. Sólo puedo decir que, en vez de pagar dividendo, procedería reservar el beneficio de este ejercicio para protegernos de una pérdida segura en el año próximo.

Se repitieron los restregones y murmullos de antes.

—¡Pero, señor mío, eso es absurdo!

El *bulldog* que Soames llevaba dentro resopló:

—¡Eso lo cree usted! —dijo—. ¿Es que no se me van a facilitar esos detalles?

—El Consejo, como es natural, puede conocer los detalles que desee. No obstante, permítaseme observar, dada la índole del asunto, que esto puede ser cosa de apreciación. Se ha adoptado siempre un procedimiento tradicional.

—Ésta es una cuestión opinable —dijo Soames— y, a mi modo de ver, deberá conocerse la opinión del Consejo en pleno, después de una minuciosa discusión de las cifras verdaderas.

Hablaba el viejo Mont.

—Pero, querido Forsyte, estudiar cada uno de los contratos nos ocuparía una semana y no conduciría a nada práctico; se podría promediar.

—Lo que se ha omitido en estas cuentas —dijo Soames— es la proporción relativa entre el riesgo interior y el exterior, algo vital, dado el presente estado de cosas.

Tomó ahora la palabra el presidente.

—Supongo, Elderson, que no habrá inconveniente en satisfacerle. De todos modos, sin embargo, señor Forsyte, jamás podríamos justificar el sacrificio del año actual por eventualidades que esperamos no se producirán.

—No sé —dijo Soames—. Estamos aquí para dictaminar conforme a nuestro sentido común y debemos contar con absoluta libertad para ejercerlo. Éste es mi punto de vista. No tenemos información suficiente.

El «bravo muchacho» hablaba de nuevo:

—El señor Forsythe parece insinuar una falta de confianza en la dirección, agarrando al toro por los cuernos... ¿no es así?

—¿Se me va a facilitar esta información?

La simpática voz de Mothergill se alzó en el silencio:

—Tal vez podríamos aplazar el Consejo, señor presidente; si es necesario, yo asistiré a él. Es muy probable que estemos todos presentes. Los tiempos son muy especiales y no debemos cargar con un riesgo innecesario. El sistema de contratos extranjeros es, indudablemente, nuevo para nosotros. Hasta el momento no tenemos motivos para estar descontentos de los resultados y tengo la seguridad de que todos tenemos absoluta confianza en el juicio de nuestro gerente; pero, puesto que el señor Forsythe ha pedido esos detalles, creo que tal vez deban sernos facilitados. ¿Qué opina usted, mi lord?

—La semana próxima no podré asistir. Estoy de acuerdo con el señor presidente en que no debemos involucrar el dividendo del corriente ejercicio en este balance. De nada sirve llamar la tempestad cuando hay calma, ¿Cuándo se darán a conocer las cuentas, señor Elderson?

—Normalmente, al finalizar la semana.

—Pero estos tiempos no son normales —añadió Soames—. Hablando llanamente: si no se me facilitan estos informes, someteré a ustedes mi dimisión.

Vió claramente lo que pasaba por las mentes de todos. Un novato imponiéndoseles de esa manera... De buena gana aceptarían su dimisión... Pero sería engorroso, precisamente antes de la junta general de accionistas, si no podían alegar aquello de que «tiene la esposa enferma» o algo para salir del paso, cosa que él pondría buen cuidado en evitar.

El presidente dijo fríamente:

—Bien, pues; aplazaremos el Consejo hasta el próximo martes. ¿Podrá prepararnos esas cifras, Elderson?

—Desde luego.

En la mente de Soames brilló una idea: «Debería solicitar un examen por separado.» Pero miró en torno. Iría tal vez demasiado lejos, si su intención era permanecer en el Consejo... y no quería dimitir. ¡Después de todo, era buena cosa y, además, mil libras al año! ¡No! ¡No! ¡No convenía exagerar la nota!

Al salir paladeaba perplejo su triunfo, sin seguridad alguna de haber hecho algo bueno. Su actitud no había hecho más que doblar la de aquellos que «habían estado juntos» en torno a Elderson. La debilidad de su situación consistía en que no tenía más motivo para defenderla que su intranquilidad, la cual, después de examinada, se reducía simplemente a una sensación de falta

de examen para quedarse satisfecho. Pero no podía haber dos directores gerentes, ¡debía tener confianza en su gerente-director!

A su espalda chilló una voz:

—Bien, Forsyte. Nos dejó aturridos con su observación. Que yo recuerde, es la primera vez que en un Consejo ocurre semejante cosa.

—Están ustedes dormidos —dijo Soames.

—Sí; generalmente duermo allí la sienta. Hace allí un calor insoportable. Hubiera preferido dedicarme a mis chochas. Van altas, a pesar de estar tan poco avanzada la temporada.

Este Baronet chillón era incurablemente frívolo.

—Óigame usted, Forsyte; quería consultarle una cosa. Toda esta general aversión a tener hijos y lo demás me tiene preocupado. No somos la familia real; ¿no cree, usted, lo mismo que yo, que va siendo hora ya de que tengamos movimiento de herederos?

Naturalmente que lo creía Soames; pero no se hallaba dispuesto a reconocer algo tan poco delicado acerca de su propia hija.

—¡Sobra tiempo! —murmuró.

—Ese perro no me gusta, Forsyte.

Soames le miró.

—¡El perro! —dijo—. ¿Y qué tiene que ver el perro con ello?

—Prefiero un niño a un perro. Los perros y los poetas distraen a las mujeres jóvenes. Mi abuela tenía cinco hijos antes de cumplir los veintisiete años. Era de los Montjoy; usted las recordará: las siete hermanas Montjoy; excelentes nodrizas y todas ellas hermosas. El viejo Montjoy tuvo cuarenta y siete nietos. Hoy día no se puede llegar a ese número, Forsyte.

—El país está sobrepoblado —observó ceñudamente Soames.

—Estamos en un error. Menos para ellos, más para nosotros. Es un asunto casi por legislar aún.

—Háblele a su hijo —dijo Soames.

—¡Ah! Nos creen pasados de moda. No podemos alegar un sólo argumento en favor de la existencia. ¡Es difícil, Forsyte, muy difícil!

—No les falta nada; tienen cuanto necesitan —dijo Soames.

—No basta, querido Forsyte, no basta. La condición del mundo influye en los nervios de la juventud. Inglaterra está en bancarrota —dicen— y Europa también. ¡Está en bancarrota el cielo y también el infierno! El porvenir está en el

aire, y en el aire no se puede engendrar; yo, al menos, lo dudo: las dificultades son considerables.

Soames husmeó.

—¡Con que sólo los periodistas quisieran imponer silencio a sus malditas plumas! —dijo, puesto que iba recobrando más y más cada vez, con el decrecimiento de la alarma en la prensa diaria, el antiguo y santo sentimiento forsyteano de seguridad—. Lo único que debemos hacer —añadió— es conservarnos libres de Europa.

—¡Conservarnos libres y proteger nuestras fronteras! Creo, Forsythe, que usted ha puesto el dedo en la llaga. Mantenernos en buenas relaciones con Escandinavia, Holanda, España, Italia, Turquía, todas las naciones exteriores a que podamos llegar por mar. Y dejemos que los demás caminen por sí solos a su destino. ¡Una idea excelente! ¡Cómo cascabeleaba el hombre!

—No soy político —dijo Soames.

—¡Mantenerse en las fronteras! La nueva fórmula. ¡A lo que hemos llegado sin darnos cuenta! Y por lo que atañe al comercio, decir que no podemos pasar sin comerciar con esta o la otra nación, es una tontería, mi querido Forsythe. El mundo es grande. ¡Ya lo creo que podemos!

—No sé nada de eso —dijo Soames—. Lo único que sé es que debemos abandonar el seguro de los contratos extranjeros.

—¿No podríamos limitarnos a las naciones de nuestro círculo? En vez de un *balance sin limitaciones*, atengámonos a un *balance limitado*. Realmente es una inspiración.

Fastidiado por lo de inspiración, dijo Soames, acelerando el paso:

—Le dejo aquí; voy a casa de mi hija.

—¡Ah! Pues yo, a la de mi hijo. ¡Mire a esos pobres diablos!

Bajando por el Embankment en Blackfriars, una banda de obreros sin trabajo se arrastraba lúgubrementemente con huchas para limosnas.

—¡La revolución en germen! ¡Siempre hay algo que se olvida, Forsythe, y es una gran pena!

—¿Y qué es ello? —dijo Soames con malhumor.

Este tío le iría sermoneando durante todo el camino hasta casa de Fleur.

—Asee a los trabajadores, póngales ropas limpias y de colores agradables, enséñeles a hablar como usted y como yo y se acabará el odio de clases. Es cosa de sentimientos. ¿No compartiría usted mucho mejor una habitación de dormir con un peón calderero, bien aseado y pulcro en el vestir, que hablara y oliera

como usted, que no con un logrero que omitiera las haches y le asfixiara con su opónach?⁶ ¡Naturalmente que sí, hombre!

—Nunca lo he probado —dijo Soames—; por tanto, no lo sé.

—¡Es usted pragmatista! Pero créame, Forsyte, si los obreros se ocuparan de su limpieza y educación en vez de su política y burda economía, la igualdad se implantaría en nada de tiempo.

—No me interesa la igualdad —dijo Soames, cuando tomaba el billete para Westminster.

La voz chillona le seguía al entrar en el ascensor del Metro.

—Igualdad estética, Forsyte; si la tuviéramos, arrinconaría el deseo de todas las demás. ¿No ha topado nunca con un profesor pobre que quisiera ser rey?

—No —dijo Soames, abriendo su periódico.

VIII

BICKET

Bajo su apariencia de descuidada irresponsabilidad, el carácter de Michael Mont se había hecho de más peso durante dos años de sujeción y continuidad. Consciente desde los primeros momentos de su nueva vida de que con Fleur sufriría, y admitiendo por entera la verdad a medias que dice: *Il y a toujours un qui baise, et l'autre qui tend la joue*, había realizado verdaderos y notables esfuerzos de carácter doméstico; a pesar de todo, no pedía equilibrar el balance con su vida pública o editorial. El lado humano de su ocupación era demasiado pesado para compensar el financiero. Danby y Winter, sin embargo, andaban en completo acuerdo con él, sin dar señales del desastre que les había pronosticado Soames cuando le comunicaron los principios que su yerno proyectaba introducir en el negocio. Tanto en la vida editorial como en otras profesiones, Michael había visto posible trabajar confiando hondamente en una base de principios. ¡El campo estaba tan sembrado de realidades humanas, vegetales y animales...!

Esta misma tarde del martes, después de discutir ampliamente el precio de estas positivas realidades, papel y tela, estaba escuchando atentamente las quejas de un dependiente a quien se había cazado con cinco ejemplares de *Copper Coin* en el bolsillo del gabán, con evidente intención de apropiarse de ellos.

El señor Danby le había despedido —no desmentía que intentaba venderlos—. ¿Qué habría hecho el señor Mont en su lugar? Se hallaba en

⁶ En el original, "oponax", "resina aromática similar a la mirra". (Nota de la revisora)

descubierto con el casero y su esposa necesitaba una alimentación buena, después de una pulmonía... Lo necesitaba irremisiblemente. «¡Por Dios! — pensó Michael—. ¡Sería yo capaz de robar una edición entera para alimentar a Fleur, después de una pulmonía!»

—Y yo no puedo vivir con mi salario, con lo cara que está actualmente la vida. No puedo, señor Mont. ¡Ayúdeme usted!

Michael dió media vuelta en su sillón giratorio.

—Pero óigame, Bicket: si le consentimos robar impunemente, todos los dependientes harán lo mismo, y si esto sucede, ¿cuál será la suerte de Danby y Winter? La miseria. Y si sobreviene la miseria, ¿qué va a ser de todos ustedes? A la calle. Pues es mucho mejor que vaya uno a la calle y no todos... ¿No le parece?

—Sí, señor, comprendo su punto de vista; es razonable; pero no se puede vivir de la razón; es ésta lo último que consulta uno cuando se halla hambriento. Ruéguele al señor Danby que me perdone.

—El señor Danby ha sostenido siempre que el empleo de dependiente empaquetador debe ocuparlo una persona de especial confianza, ya que resulta imposible vigilarle a todas horas.

—Sí..., lo tendré en cuenta para lo futuro; pero con la cantidad de gente sin empleo, me será imposible colocarme sin referencias. ¿Qué será de mi mujer?

Para Michael, esto era tanto como decirle: «¿Qué será de Fleur?» Se puso a pasear por la habitación, mientras el joven Bicket le contemplaba con grandes ojos lastimeros. De pronto adoptó una actitud reposada, y con las manos metidas en los bolsillos y los hombros levantados, dijo:

—Se lo pediré, pero no creo que acepte; alegrará que no es buen ejemplo para los demás. Usted se adueñó de cinco ejemplares, y eso es muy sintomático, ¿sabe usted? Significa que no era la primera vez, ¿verdad?

—Pues bien, señor Mont; siempre que usted interceda por mí, no me duele confesarlo: antes me había apoderado de algunos volúmenes más, y gracias a ello, pude conservar a mi esposa con vida. Usted no puede hacerse idea de lo que es una pulmonía para los pobres.

Michael se pasó los dedos por entre los cabellos.

—¿Qué edad tiene su esposa?

—Nada más que veinte años, ¡una criatura!

Veinte años, ¡igual que Fleur!

—Voy a decirle lo que yo haría en su caso, Bicket; hablaría con el señor Desert; si él intercede por usted, quizá se conmueva el señor Danby.

—Muchas gracias, señor Mont; es usted un caballero, así lo dicen todos.

—¡Oh! ¡No hay de qué! Pero óigame antes... Usted contaba con esos cinco ejemplares. Acepte esto en compensación y procúrese lo que haga falta a su esposa. Sólo le ruego, por lo que más estime, que no se lo diga al señor Danby:

—¡Señor Mont, el mundo entero no sería bastante para que yo le engañara! Ni una palabra saldrá de mis labios. Y en cuanto a mi mujer... ¡Bien!

Un husmeo, un restregón de pies. Michael estaba solo, con las manos más metidas en los bolsillos y los hombros más levantados. Y de súbito echó a reír. ¡La piedad! ¡La piedad era una tontería! Tenía gracia. Estaba recompensando a Bicket por haber robado ejemplares de *Copper Coin*. Apoderóse repentinamente de él el deseo de seguir al dependiente y comprobar qué hacía con las dos libras, comprobar si la pulmonía era real o una ficción del cerebro escondido tras aquellos ojos llenos de amargura. ¡Pero no podía ser! Llamaría, en vez de eso, por teléfono a Wilfrid, encargándole que hablara con el señor Danby. ¡Su intervención propia no daría resultado! ¡Había abusado tanto del recurso! ¡Bicket! Nadie sabe nada de nadie; la vida es honda y tenebrosa y lleva al precipicio. ¿Qué es honradez? ¡La opresión de la vida contra un poder de resistencia; el resultado de esa lucha, cuando el último triunfa, eso es la honradez!; Pero ¿por qué resistir? ¡Ama al prójimo como a ti mismo, pero no más! ¿Y no resultaba mucho más complicado para Bicket, con dos libras a la semana, amarle a él, que para él amar a Bicket, con veinticuatro?...

—Oye... ¿Eres tú, Wilfrid? Aquí. Michael... Uno de nuestros dependientes ha robado ejemplares de *Copper Coin*. ¡Al pobre le han despedido! Me agradecería que intercedieras por él... El viejo Danby no me haría caso... Sí, tiene esposa. La misma edad que Fleur... Pulmonía, dice. No reincidirá, por lo menos contigo; será un seguro de gratitud recíproca. ¿Cómo? Gracias, hombre, te lo agradezco mucho... Así, pues, ¿entrarás a verme? Podremos ir a casa juntos... ¡Bien, pero, de todos modos, entra! ¡Adiós!

¡Buen muchacho el pobre Wilfrid! Un verdadero buen muchacho en el fondo. Pero... ¿en el fondo de qué?

Colgando de nuevo el auricular, Michael se quedó de súbito envuelto en una nube de visiones, esencias y sonidos, tan ajenos a los principios de su firma que le hicieron abandonar su costumbre de rechazar al momento los originales que trataran de ellos. Podía la guerra haber acabado, pero seguía todavía en su intimidad y en la de Wilfrid. Sirviéndose de una comunicación interior, dijo:

—¿Está el señor Danby en su despacho? ¡Bien! ¡Si ven que se dispone a salir avísenme inmediatamente!

Entre Michael y su socio, éste de más años, había un abismo de separación no menos profundo que dos épocas diferentes, pero compensado por la edad intermedia y el temperamento conciliador de Winter. Nada tenía Michael que

alegar contra Danby, excepto que siempre pretendía tener de su lado la razón. Felipe Norman Danby, de Sky House, Campden Hill, era un hombre sesentón y de regular familia, con una frente elevada, inclinado el cuerpo, adelantándose con relación a las piernas, y de expresión calmada y reflexiva. Sus ojos se aproximaban bastante el uno al otro y su nariz era muy delgada; no obstante, su aspecto era simpático en su despacho de holgadas proporciones. Se ocupaba en buscar la solución adecuada en un asunto relativo a la propaganda cuando Wilfrid Desert, entró en la estancia.

—¡Hola, señor Desert! ¿En qué puedo serle útil! ¡Siéntese!

Desert no se sentó, mirando los grabados, mirando los dedos, mirando al señor Danby, y luego dijo:

—El hecho es que yo desearía que perdonara usted a ese pobre dependiente, señor Danby.

—¿Qué dependiente? ¡Ah, sí! ¡Bicket! Se lo habrá dicho Mont, ¿no?

—Sí; tiene a su joven esposa enferma de pulmonía.

—Todos recurren a nuestro buen amigo Mont con una u otra historieta, señor Desert; tiene un corazón muy blando. No puedo, sin embargo, atender su súplica. Se trata de una falta sumamente insidiosa. Hace mucho tiempo que veníamos persiguiendo una *filtración*.

Desert permanecía apoyado en la chimenea, contemplando el fuego.

—Bien, señor Danby —dijo—. Su generación puede ser indulgente con los débiles en literatura, pero en la vida son ustedes muy duros. La nuestra no se ocuparía de los primeros, pero nos llevamos una diferencia infinita en lo que concierne a la vida.

—No creo que seamos duros —dijo el señor Danby—, sino simplemente justos.

—¿Es usted ministro de justicia?

—Eso creo.

—Pues vaya a hacer cuatro años de experiencias al infierno y vuelva luego a su ministerio.

—Ciertamente, no veo la relación. En todo caso la experiencia que usted ha sufrido, señor Desert, ha tenido como efecto torcer las interpretaciones.

Wilfrid se volvió y le miró.

—Permítame que se lo diga, pero es todavía más difícil estar sentado aquí y ser justo. La vida es un purgatorio bastante duro para todos, salvo un treinta por ciento de ciudadanos.

El señor Danby sonrió.

—Pero es que, sencillamente, no sería posible proseguir el negocio sin exigir escrupulosa honradez en todos. No distinguir entre la honradez y la deshonra estaría muy mal. Usted lo sabe de sobra.

—Yo no sé nada de sobra, señor Danby, y desconfío de los que dicen lo contrario.

—Pero estaremos de acuerdo en que hay reglas que se deben observar, si es que la Sociedad ha de seguir funcionando.

Desert se sonrió también.

—¡Oh! ¡Al infierno con las reglas! Hágalo como un favor a mí; yo soy el autor del libro desgraciado.

El rostro del señor Danby no reflejaba lucha alguna con su interior; pero sus ojos profundos cobraban algo de brillo.

—Me agradaría mucho, pero éste es un asunto... de conciencia, si usted quiere. No haré la denuncia; pero es preciso despedirle, esto es todo.

—Bien. ¡Adiós! —y salió.

Michael permanecía en el pasillo, vacilando entre la duda y la esperanza.

—¿Qué hay?

—Todo inútil. Es demasiado justo.

Michael se estrujó los cabellos.

—Espérame dos minutos en mi despacho, mientras se lo comunico a ese desdichado; luego, saldremos juntos.

—No —dijo Desert—; llevo otro camino.

No el hecho de que se fuera por otro camino, que casi siempre lo hacía, sino algo en el tono de la voz y en la expresión de su rostro preocupó a Michael cuando bajaba la escalera para hablar con Bicket. ¡Wilfrid era un muchacho singular; era imposible comprenderle de pronto!

Abajo preguntó:

—¿Ha salido Bicket?

—No, señor; allí está.

Allí estaba con su andrajoso gabán, con su cara pálida y chupada, con sus ojos desproporcionadamente grandes y sus hombros caídos.

—Lo siento, Bicket. El señor Desert ha hablado, pero en vano.

—¿De veras?

—No se desanime. Algo encontrará.

—Temo que no. Le doy las gracias con todo mi corazón; lo mismo al señor Desert. ¡Buenas noches, y usted lo pase bien, señor!

Michael le contempló, saliendo a lo largo del pasillo y le vio perderse en la calle con niebla.

—¡Es gracioso! —dijo, y se rió...

La natural sospecha de Michael y de su socio de que se había inventado una historieta era, realmente, infundada; ni lo de la esposa ni lo de la pulmonía eran exageraciones; y al tomar en dirección a Blackfriars Bridge, Bicket no pensaba ni en su depravación ni en la forma en que le había tratado el señor Danby, sino en lo que debía decirle a ella, su esposa. Como es natural, no debía confesarle que le habían cogido robando; debería decir que la causa del despido era «haber discutido con su jefe inmediato»; pero ¿qué pensaría ella de él, cuando para ellos todo dependía de que no discutiera con su superior? Era éste uno de esos casos de tristeza tal, que día tras día había acudido al trabajo como sintiendo que dejaba la mitad de su ser en la habitación donde ella se encontraba, y cuando, por fin, el médico le dijo: «Ahora ya está bien, pero ha quedado muy débil; debe usted cuidarla y alimentarla bien», su ansiedad cobró bríos y tomó la resolución de acabar con todo. En el curso de las tres semanas siguientes distrajo dieciocho *Copper Coin*, incluidos los cinco que habían descubierto en su gabán. Había preferido la obra del señor Desert, porque se vendía fácilmente, y ahora lamentaba no haber escogido otro autor. ¡Se había portado tan bien el señor Desert! Se detuvo en el ángulo del Strand y contó su dinero. Con las dos libras que le había dado Michael y su semana, su capital ascendía a setenta y cinco chelines, y entrando en una tienda, compró una jalea de carne y una lata de alimento Benger, que podía prepararse con agua. Con los bolsillos abultados, montó en un autobús, que le llevó hasta la esquina de su callejuela, hacia el lado de Surrey. Su mujer y él ocupaban las dos habitaciones de la planta baja, por las cuales pagaban ocho chelines semanales, adeudando ya tres semanas. «Será mejor que lo pague —pensó—, para contar con un techo que nos cobije hasta que ella esté mejor.» También le ayudaría, para dar la noticia, presentarle un recibo de alquiler y un poco de buen alimento. ¡Qué suerte habían tenido, evitando los críos! Buscó el sótano. Su casera estaba lavando la ropa de la semana. Totalmente sorprendida ante un tal pago completo y voluntario, hizo un alto en su tarea y le preguntó por su esposa.

—Mejorando, gracias.

—Vaya, me alegro. Esto será un alivio para usted.

—Desde luego —dijo Bicket.

La casera pensó: «Está más delgado que el papel de seda; con esos ojos me recuerda a los camarones antes de cocerlos.»

—Aquí tiene sus recibos, y muchas gracias. Siento haberme excitado un poco, pero los tiempos son difíciles.

—Desde luego —dijo Bicket—. ¡Hasta la vista!

Con el recibo y la jalea de carne en la mano izquierda, abrió la puerta de la habitación delantera.

Su mujer estaba sentada ante un fuego raquítrico. El cabello negro, ondulado, formando bucles en las puntas, le había crecido durante la enfermedad; cuando ella volvió la cabeza, sonriendo, él adelantó. A Bicket no era ésta la primera vez que aquella sonrisa le había parecido extraña, casi patética, misteriosa, como si contemplara cosas visibles sólo para ella. Su nombre era Victorina, y le dijo:

—¡Hola, Vic! Esta jalea es bastante buena y he pagado ya el alquiler.

Sentóse en uno de los brazos de la silla, colocando ella su mano sobre las rodillas de él. Su brazo delgado surgía pálido de su bata oscura.

—¡Bien, Tony!

Su semblante raquítrico y escuálido, con aquellos enormes ojos negros de cejas correctamente formadas, era de aquellos que miraban de tal manera que, cuando le contemplaba a uno así, le cautivaba en seguida. A él le había cautivado ahora, y le dijo:

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien, mucho mejor, y juntó sus labios con los suyos. El beso fué largo, pues en él iban todos los sentimientos que no había podido manifestar ni a ella ni a otras personas durante las tres últimas semanas. Se sentó de nuevo «casi agotado», mirando el fuego, y dijo:

—Noticias no muy buenas, Vic; me han despedido.

—¡Oh! ¡Tony! ¿Por qué?

Bicket tragaba saliva.

—La verdad es que el negocio va muy flojo y reducen personal.

Había tomado la resolución de dejarse ahorcar antes que confesar la verdad.

—¡Dios mío! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

La voz de Bicket se endureció.

—No te preocupes; algo encontraré —y se puso a silbar.

—Pero a ti te gustaba este empleo.

—¿Cómo? Me gustaban algunos compañeros; pero el empleo, ¿por qué? ¿En qué consistía? En liar libros y empaquetarlos durante el día entero, en un

sótano. Vamos a comer algo y nos acostaremos temprano, que, ahora que he acabado con todo, tengo sueño para una semana.

Mientras preparaba la cena para los dos, ayudado por ella, se abstenía a propósito de contemplar su rostro, por temor a que le «cautivara otra vez». Hacia un año que se habían casado, después de conocerse en un tranvía; él le llevaba ocho, y había pertenecido durante la guerra a servicios auxiliares. No obstante, ella le debía querer; de lo contrario, no le habría mirado de esa manera.

—Siéntate y prueba esta jalea.

Él comió nada más que pan con margarina y cacao; casi nunca tenía apetito extraordinario.

—¿Quieres que te diga lo que me gustaría? —dijo—. Pues... marcharnos a Australia Central. Ahí tenemos un librito que habla sobre ese país; dicen que hay mucha actividad. A mí me agrada un poco de sol. Creo que si gozáramos del sol, íbamos a doblar nuestro tamaño. Me gustaría ver el color de tus mejillas, Vic.

—¿Y cuánto cuesta el viaje?

—Bastante más de lo que pueden ganar nuestras manos. ¡Ésa es la dificultad! Pero he estado pensando. ¡Inglaterra está casi hecha polvo! Hay demasiados como yo.

—No —dijo Victorina—; no hay bastantes.

Bicket miró su cara y rápidamente su plato.

—¿Por qué te encaprichaste conmigo?

—Pues... porque, porque no piensas primero en ti, por eso.

—Antes de conocerte, no era así; pero por ti lo haría todo, Vic.

—Entonces, come un poco de esta jalea; es excelente.

Bicket movió negativamente la cabeza.

—¿Si cuando despertáramos pudiéramos hallarnos en Australia Central! —dijo—. Pero la verdad es que nos despertaremos en esta habitación miserable y estrecha. No nos preocupemos. Conseguiré una colocación y todavía ganaré el dinero suficiente para irnos allá.

—¿Y no podríamos ganarlo en las carreras de caballos?

—Bien... Yo tengo en total cuarenta y siete chelines, y si los perdemos, ¿qué vamos a hacer? ¡No, no! Debo buscarme un empleo.

—Tus ex jefes te darán una buena recomendación, ¿verdad?

Bicket se levantó y recogió su plato y su vaso.

—Seguramente..., pero de este empleo... ¡Hay tantos!

¿Confesar la verdad? ¡Jamás! ¡Ni aunque le asparan!

En su cama, demasiado ancha para uno, pero no lo suficiente para dos, descansaba él tendido, con los cabellos de Victorina rozando su boca, pensando en si debía ponerse en comunicación con el Sindicato y cómo debía hacerlo, para colocarse. Y, pasando las horas en esta preocupación, optó por no seguir ese camino. Para que le pasaran el subsidio por paro forzoso había que comunicar al Sindicato la causa... ¡Que se fastidien los Sindicatos! Él no tenía por qué darles explicaciones. Él sabía el motivo que le indujo a apoderarse de los libros, pero esto no le interesaba a segundas personas. Nadie se daría cuenta de lo que había sufrido viendo a su mujer tan pálida, débil y fatigada. ¡Tomaría una resolución por su exclusiva cuenta! ¡Con millón y medio sin trabajo! Cuando menos contaba con qué pasar una quincena y algo vendría; podría jugar uno o dos chelines en las carreras y ganar algún dinero... ¡Quién sabe! En su sueño, ella dió una vuelta. «Sí —pensó él—, volvería a hacerlo otra vez.»

Al día siguiente, después de andar algunas horas, se quedó estacionado en la calle gris, bajo el cielo gris occidental, ante un escaparate con cristales que protegían un surtido de frutos, mazos de maíz, trozos de metales y brillantes mariposas azules, en la bien imitada luz de oro de la Australia en propaganda. Para Bicket, que jamás había salido de Inglaterra y muy pocas veces de Londres, aquello era tanto como hallarse a las puertas del Paraíso. La atmósfera de sus oficinas no era ya tan dorada y la cantidad de dinero que se necesitaba era considerable; pero se acercó al Paraíso, tomando unos folletos de propaganda que casi abrasaron sus manos; tal era su ardor comunicativo.

Más tarde, él y ella, sentados en el mismo sillón —ventajas de ser delgados—, se inclinaban sobre las encantadas páginas y aspiraban su embeleso.

—¿Crees que es verdad todo esto, Tony?

—Con que lo sea el treinta por ciento, tengo bastante. Sea como sea, hay que irse ¡Dame un beso!

El zumbido de los tranvías y carruajes llegaba desde la esquina de la calle principal, y el ruido de los cristales de las ventanas, azotados por el viento de Levante, aumentaba sus ansias de escapar hacia aquel paraíso iluminado con gas.

IX

CONFUSIÓN

Michael se dirigió a su casa dos horas más tarde que Bicket. El señor Danby se mantenía en su rectitud habitual: ¡si no podían confiar en los dependientes, era preferible cerrar el negocio! Lejos de la mirada de Bicket, Michael dudaba.

¡Quién sabe si ni siquiera era casado! Y en seguida ocupó el lugar de sus dudas acerca de la moralidad de Bicket el comportamiento extraño de Wilfrid. El bueno de Wilfrid se había mostrado raro y abrupto en las tres últimas veces que le había visto. ¿Sería que su pensamiento estaba absorto en la poesía?

Halló a *Ting-a-ling* al pie de la escalera, en una actitud conservadora. «No subo —parecía decir— hasta que alguien me lleve; hoy es más tarde que de costumbre.»

—¿Dónde está tu ama, pequeña bestia heráldica?

Ting-a-ling resopló; «Qué bien harías —parecía decir— si me subieras; son tan pesadas estas escaleras.»

Michael lo cogió.

—Vamos a ver dónde está ella.

Oprimido por un brazo más duro que el de su ama, *Ting-a-ling* miraba con sus cristalinos ojos negros y el penacho que brotaba de su rabo le temblaba. Al llegar a la habitación, Michael le dejó en el suelo tan distraídamente que se fué a su rincón con el rabo entre las piernas y allí se acomodó malhumorado.

Se acercaba la hora de la cena y Fleur no llegaba. Michael repasaba esquemáticamente los planes que su esposa habría podido realizar. Hoy había invitado a almorzar a Humbert Marsland y a aquel vertiginista... ¿Cómo se llamaba? Había necesitado recurrir a procedimientos violentos para deshacerse de este último. Los vertiginistas, como la leche, producen ácido carbónico en los pulmones. Las siete y media. ¿Qué pasaba esta noche? ¿No iban a asistir a la representación de una obra de L. S. D.? No; era para mañana. ¿Nada en proyecto? De ser así, ella hubiera limitado en lo posible su tiempo de ociosidad. Él, humildemente, se hacía esta reflexión. Michael, a pesar de que no se hacía ilusiones, no se tenía por una vulgaridad, dotado nada más que de cierta actividad redentora, y, naturalmente, de un afecto hacia ella. Llegaba incluso a reconocer que su cariño era una debilidad que le impulsaba a dar de lado a inquietudes que en principio rechazaba. Averiguar, por ejemplo, por Coaker o Philips, su criado y camarera, a qué hora había salido ella, estaba en completa oposición con ese principio. La condición del mundo era tal que Michael se preguntaba constantemente si valía la pena ocuparse de sus asuntos personales; pero, por otra parte, también era tal la condición del mundo, que algunas veces los asuntos personales parecían lo único de que valía la pena preocuparse. Y, de hecho, sus asuntos eran Fleur, y se ocupaba demasiado de ella; temía enojarla.

Entró en el cuarto ropero y se desabrochó el chaleco.

«Pero no —pensó—; si me encontrase vestido, se daría cuenta de su retraso.» Y abrochándose de nuevo el chaleco, se dirigió a la planta baja. Coaker estaba en el *hall*.

—El señor Forsythe y sir Lawrence estuvieron aquí a eso de las seis. La señorita había salido. ¿A qué hora quiere que sirva la cena?

—A las ocho y media. No creo que tengamos que salir.

Entró en el salón, y sin prestar atención a aquella soledad china, echó las cortinas hacia un lado. La plaza estaba solitaria y fría, oscura y ventosa, y pensó: «Bicket, pulmonía. Confío en que habrá llevado el abrigo de pieles.» Tomó un cigarrillo y lo volvió a dejar. Si ella le viera en la ventana, le creería preocupado, y subió las escaleras para comprobar si se había llevado el abrigo.

Ting-a-ling, todavía echado, le saludó, rindiendo armas con la cola, reprimiendo su contrariedad. Michael abrió su ropero. ¡Sí, lo tenía! ¡Bien! Olfateó a su alrededor. Vió que *Ting-a-ling* salía al trote, al tiempo que la voz de ella decía:

—¡Hola, querido!

Deseando Michael que le dirigiera la misma expresión, apareció por la parte posterior del ropero. ¡Cielos santos! ¡Si estaba hermosa así, sonrosada por el viento! Se quedó anhelante y silencioso.

—¡Hola, Michael! Me he retrasado mucho. Estuve en el círculo y he venido andando.

Michael advirtió que se callaba algo en la frase. También calló él, y dijo:

—Estaba mirando si te habías llevado el abrigo de pieles. Hace mucho frío. Tu padre y el mío han estado aquí y se han ido en ayunas.

Fleur se quitó el abrigo, dejándolo en la silla.

—Estoy cansada. Tus orejas están muy bien esta noche así mirando al cielo, Michael.

Michael se arrodilló, rodeándole la cintura con sus brazos. En los ojos de ella había una expresión extraña, escrutadora, que le dejaba en suspenso, un poco alarmado.

—Si enfermaras de pulmonía —le dijo—, perdería el juicio.

—¿Y por qué voy a caer enferma?

—No ves la relación, pero es mejor; no te interesaría. ¿Es que vamos a salir esta noche?

—¡Claro que sí! Hoy celebra Alison su recepción mensual.

—¡Oh! ¡Pero si estás cansada, como dices, podríamos dejarlo!

—¿Qué dices? ¡Imposible! Va a ir gente de todas clases.

Suavizando sus palabras, él asintió:

—¡Perfectamente! ¿Etiqueta?

—Sí; chaleco blanco. Me gustas con él.

¡Gracioso diablillo! Le estrechó la cintura y se levantó. Fleur le acarició la mano y él, reanimado, se fué a su gabinete.

Fleur permaneció, no obstante, sentada todavía cinco minutos, por lo menos, no precisamente «presa de emociones encontradas», sino de una real y profunda confusión. En la hora que había transcurrido, dos hombres habían hecho lo mismo con ella: arrodillarse a sus pies y entrelazar sus dedos por detrás de su talle. Indudablemente, había llegado demasiado lejos visitando a Wilfrid. Realmente se dió cuenta en el preciso momento de llegar allí que le faltaba en absoluto preparación para entregarse a lo puramente físico. Verdad que Wilfrid no había hecho más que Michael; pero ¡cielos santos!, había visto el fuego con que estaba jugando y pudo comprender cuanto sufría él. Le prohibió terminantemente decir una sola palabra a Michael; mas su intuición le hacía ver que, en una lucha de lealtad a lealtad, no podía confiar en nada. Confusa, asombrada, emocionada, no podía evitar una ardiente satisfacción por verse tan amada al mismo tiempo por dos hombres, sin experimentar la más mínima curiosidad por el desenlace. Suspiró. Su colección de experiencias había aumentado, pero no podía prever cómo podría continuarla sin que quebrara la colección y, tal vez, la coleccionista también.

Después de sus palabras a Wilfrid frente a Eva: «Será un idiota si se marcha. ¡Espere!», sabía que dentro de poco él esperaría algo. Con frecuencia éste la había invitado a su casa para que le aconsejara acerca de su mobiliario. Un mes, una semana antes se hubiera presentado allá sin pensarlo dos veces, y luego habría discutido acerca de su mobiliario con Michael. Pero ahora lo pensó una infinidad de veces, y, a no ser por el aroma de la comida y el sentimiento, debido a su amistad con la vertiginista Amabel Nazing y con Linda Frewe, de que los escrúpulos de cualquier clase son chocherías y que la «realidad» se constituye de toda suerte de sensaciones, es muy probable que aún lo estuviera pensando. Cuando éstos la abandonaron, respiró profundamente y tomó el auricular del teléfono del cajón de la vitrina de té.

Si Wilfrid estaba a las cinco y media, ella iría a ver su mobiliario.

Su contestación: «¡Dios mío! ¿De veras?» la dejó perpleja. Pero abandonando la duda con el pensamiento de «Seré parisiense a lo *Proust*», salió en dirección a su Círculo. Tres cuartos de hora sin otro estimulante que tres tazas de té chino, tres números atrasados de *El Espejo de la Moda* y tres fotografías rancias de tres personalidades fallecidas, la habían sacado de su casa un cuarto de hora antes de lo convenido.

Wilfrid estaba en el peldaño más alto, en pie, con la puerta de entrada abierta, pálido como un alma en pena. Tomando su mano gentilmente, la condujo al interior. Fleur pensó con un ligero estremecimiento: «¿Sucederá aquí

lo mismo que en *Du Côté de chez Swan?*»⁷. Soltando su mano, Fleur empezó a evolucionar en torno al mobiliario, examinando sus piezas una por una.

Tratábase de un mobiliario de antiguo estilo inglés, muy señorial, piezas orientales del Primer Imperio aquí y allá, coleccionado todo por alguno de los Desert de antaño, errante o allegado a la Corte francesa. No sabía si sentarse, temiendo que él pusiera en juego los procedimientos de los libros románticos; tampoco se hallaba en disposición de proseguir la tensa conversación de la *Tate Gallery*. El mobiliario no le interesaba y lo miraba sólo cuando él no la miraba a ella. Estaba segura de que no seguía el juego como *La Garonne* y *Amabel Nazing*, y de que se hallaba ante el peligro real de salir sin haber añadido nada a sus sensaciones.

Y no podía evitar su preocupación por Wilfrid. Sus ojos mostraban deseo; era una pena ver sus labios. Cuando al fin, cansada de mobiliario, tomó asiento, él se echó a sus pies. Medio hipnotizada, con las rodillas contra el pecho de Wilfrid, tan segura de sí misma como cabía desear, sentía en realidad la tragedia de todo: el horror que él sentía de sí mismo, su pasión por ella. Esto era aflictivo, intenso; no era como ella lo había supuesto; no era de actualidad. ¿Y cómo podría salir de allí sin más amargura para él y para sí misma? Cuando salió, después de un beso recibido, pero no contestado, comprendió que había vivido un cuarto de hora de vida real y no estaba totalmente segura de que le hubiera gustado... Pero ahora, fuera ya de peligro, en su propio cuarto, arreglándose para la recepción en casa de Alison, notaba curiosidad por lo que hubiera sentido si las cosas hubieran llegado hasta donde era lógico esperar, siguiendo el curso de las aludidas obras románticas modernas. Con toda certeza, ella no había experimentado ni una décima parte de los pensamientos y emociones que se le hubieran atribuido en cualquier obra literaria atrevida. O era desilusionante o, de lo contrario, ella era defectuosa y Fleur no podía tolerar sentirse defectuosa. Y, empolvándose suavemente los hombros, llevó su pensamiento a la recepción de Alison.

* * *

Aunque a lady Alison le gustaba de cuando en cuando un encuentro ocasional con la nueva generación, los Aubrey Greene y Linda Frewe de su ambiente no destacaban mucho en sus reuniones. Nesta Gorse asistió una vez, pero un legista y dos políticos literatos, que estuvieron junto a ella, protestaron después. Por lo visto, había producido rasgaduras en la indumentaria de su amor propio. Sibley Swan hubiera sido recibido con agrado, por su defensa del pasado, pero en la actualidad simulaba haberle vuelto la espalda y lo miraba

⁷ Novela de M. Proust, de moda hace algunos años. (*N. de los T.*)

con desprecio. Por tanto, cuando Fleur y Michael entraron, no se hallaba reunida allí la *intelligentsia*, sino sólo la sociedad intelectual. La conversación tenía todo el esplendor del *savoir faire* incidental para hablar sobre arte y letras, de todos esos que, según Michael, «no tenían afortunadamente nada *a faire*».

—Pero es igual —dijo al oído de Fleur—. Son éstos los que consolidan la fama de artistas y escritores. ¿Cuál es el acontecimiento de esta noche?

Esta vez era el debut en Londres de una señora que cantaba canciones populares de los Balcanes. Pero en un rincón, a la derecha, había cuatro mesas preparadas para el bridge. Estaban ya todas ocupadas. Entre los que todavía permanecían escuchando a derecha e izquierda, estaban un Gurdon Minho, un pintor societario y su señora y un escultor en busca de trabajo. Fleur, situada entre lady Feynte, la esposa del pintor y el propio Gurdon Minho, empezó a planear una evasión. Allí, sí, ¡allí estaba el señor Chalfont! Fleur en casa de lady Alison, excelente juez de *milieu*, no desperdiciaba el tiempo con artistas y escritores; podía encontrarlos en todas partes. Había captado intuitivamente a la mayor celebridad políticoliteraria y deseaba asegurársela. Absorta en esta idea de asegurarse al señor Chalfont, no se daba cuenta del drama que se estaba desarrollando al margen de sus previsiones.

Michael, poco dispuesto a discusiones y altercados, se hallaba en la parte superior de la escalera. Apoyado en la balaustrada, pálido, con su largo chaleco blanco y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, observaba las convulsiones y movimientos del cuello blanco de Fleur y escuchaba las canciones balcánicas con una especie de confusión en su cerebro. La palabra *Mont* le dejó perplejo. Abajo estaba Wilfrid. Hacía tiempo que Wilfrid no le había tratado de esa manera.

—¡Baja!

A mitad de la escalera había un busto de Lionel Charwell, K. C., por Boris Strumolowski, en el estilo que éste había adoptado cínicamente, cuando June Forsythe dejó de prestar apoyo a su genio, auténtico y no recompensado. Aquel año, apenas se le había destacado de los otros bustos de la Academia y la pequeña Charwell se entretenía en enyesarle el bigote.

Al lado de esta figura estaba Desert, apoyado en la pared, con los ojos cerrados. Su aspecto era un enigma para Michael.

—¿Qué pasa, Wilfrid?

Desert no se movió.

—Es preciso que lo sepas: estoy enamorado de Fleur.

—¡Cómo!

—¡No me gustan los tapujos! ¡Soy tu rival! ¡Lo siento, pero es así! ¡Puedes declararme la guerra!

Tenía el rostro pálido como la muerte y se le crispaban los músculos. A Michael se le crisparon la mente y el corazón. Vaya un momento terrible, insólito y tremendamente brutal. ¡Su mejor amigo! ¡Su mejor compañero! Buscó instintivamente la pitillera y se la ofreció instintivamente a Desert. Instintivamente ambos tomaron un cigarrillo y se lo encendieron uno a otro. Luego dijo Michael:

—¿Fleur... lo sabe?

Desert afirmó con un movimiento de cabeza.

—Lo que no sabe es que soy yo quien te lo comunica..., nunca me lo hubiera permitido. Hasta este momento no puedes censurarla de nada —y todavía, con los ojos cerrados, añadió—: ¡No he podido evitarlo!

Éste era el pensamiento subconsciente del propio Michael. ¡Naturalmente! ¡Naturalmente! Sería tonto no comprender aquello. Luego, guardándose algo en su intimidad, dijo:

—Te has portado muy honradamente previniéndome. Pero ¿no vas a alejarte?

Haciendo un ligero esfuerzo, Desert se encogió de hombros.

—Quería, pero no parece posible.

—¿Crees que no? No lo comprendo.

—Si estuviera seguro de que no tendré alguna oportunidad... Pero no sé — y miró de súbito a Michael—. Oye, Michael: es inútil que queramos disfrazar la realidad. Mi estado de desesperación es tal que, si pudiera, te la quitaría.

—¡Cielos santos! —exclamó Michael—. ¡Es lo último!

—Sí. Ciertamente. Pero cuando te veo marchándote a casa con ella y me doy cuenta de lo desesperado que esto me pone...

—Bien —dijo Michael—. Puesto que no estamos viviendo una novela de Dostoievsky, supongo que no tendrás nada más que decirme.

Desert abandonó la pared y descansó su mano en el busto de Lionel Charwell.

—Por lo menos comprenderás que me he salido de mi camino, tal vez con perjuicio mío, revelándotelo. No he bombardeado sin declarar la guerra.

—No —dijo Michael, tétrico.

—Puedes entregar mis libros a cualquier otro editor.

Michael se encogió de hombros.

—Buenas noches —dijo Desert—. Siento haber sido tan directo.

Michael miró, erguido, el rostro de su «mejor compañero». Su expresión de amargo dolor no era engañosa. Hizo medio gesto con la mano, pronunció a medias el nombre «Wilfrid», y, viendo a Desert descender las escaleras, él subió a donde estaba.

De nuevo en su sitio, apoyado contra la balaustrada, intentó convencerse de que la vida es cosa de risa, pero no pudo. Su situación exigía una astucia de serpiente, una fortaleza de león y la delicadeza de la paloma; pero estaba seguro de que no poseía estas tres cualidades proverbiales. Si Fleur le amase tanto como la amaba él, sentiría para con Wilfrid una verdadera compasión. Pero no era así.

¡Oh, no era así! ¡Era, por otra parte, tan natural enamorarse de Fleur! Había en Michael una virtud —si podía calificarse de virtud tener una moderada opinión de sí mismo y una disposición para considerar elevadamente a sus amigos—: había considerado elevadamente a Desert y, ¡oh rareza!, todavía no le consideraba un ser ruin. Era el amigo que trataba de injuriarle moralmente, enajenarle el cariño o, más honradamente hablando, la tolerancia de su mujer. A pesar de todo, no le consideraba un canalla. Ya sabía que una tal suavidad no era lo indicado, pero las doctrinas del libre pensamiento y de la libertad de contrato no eran para Michael simples categorías literarias, sino que formaban parte de su naturaleza. Hacer uso de la fuerza, aun cuando lo deseara, no le era posible. Y le roía el alma algo muy parecido a la desesperación, viendo las simpáticas coqueterías de Fleur con el célebre Gerald Chalfont. ¿Y si le abandonaba por Wilfrid? Pero de seguro que no... Su padre, su hogar, su perrito, sus amistades, su colección, ¿lo dejaría, lo abandonaría todo? Pero supongamos que se quedara con todo, incluso con Wilfrid. ¡No! No lo haría. Sólo por un segundo turbó esta posibilidad la natural lealtad de su mente.

Pero ¿qué debía hacer? ¿Hablarle, poner en claro el asunto? ¿O esperar y observar? ¿Esperar qué? Sin espiar deliberadamente, no podía ver. Desert seguramente no volvería a su casa. ¡No! O claridad completa, o bien no decirle nada, aunque esto último equivaldría a poner la cabeza bajo la espada de Damocles. ¡De ninguna manera! ¡Claridad completa! Y no hacer nada que pudiera parecer una trampa para cazar a nadie. Se pasó la mano por la frente y la encontró mojada. ¡Si pudiera hallarse en casa, libre de este berreo y lejos de estos botarates! ¿Podía ir y llevársela? Imposible sin un motivo. Su cerebro luchaba por encontrar ese motivo. Pero ¡tenía que morderse los labios! El canto cesó. Fleur miró a su alrededor. ¡Ahora le haría una seña! Pero no hizo falta; ella iba a su encuentro. Michael no pudo reprimir un cínico pensamiento. «Han conquistado al bueno de Chalfont.» La amaba, pero conocía sus pequeñas debilidades. Subió ella las escaleras y se colgó de su brazo.

—Ya tengo bastante, Michael. Vámonos, si no tienes inconveniente.

—Inmediatamente —dijo Michael—. Antes que nos vean.

Al aire frío de fuera, pensó: «¿Le hablaría ahora o en su habitación?»

—Creo —dijo Fleur— que se sobreestima al señor Chalfont. No despierta en realidad más que el bostezo. La semana próxima irá a comer con nosotros.

«¡En aquel momento, no; en su habitación!»

—¿A quién crees que podemos invitar para estar con él, además de Alison?

—¡A nadie demasiado dado al *jazz-band*!

—Claro que no; pero debe ser alguien interesante, Michael. ¡Vaya una molestia! Algunas veces pienso que no vale la pena.

El corazón de Michael permanecía quieto. ¿Era esto un augurio, una expresión de *lo primitivo* que se sobreponía en su adorada cultivadora de las artes sociales? Una hora antes habría respondido:

«¡Tienes razón, querida; en realidad no vale la pena!» Pero ahora, un leve signo de cambio era un mal presagio. Y deslizó su brazo bajo el de ella.

—¡Ea! No te preocupes. Sea como sea, ya encontraremos los personajes más a propósito.

—Un «ministro chino» me gustaría —murmuró Fleur—, con Minho y el Baronet. Cuatro caballeros, dos señoras. Muy agradable. Se lo diré al Baronet.

Michael había abierto la puerta principal. Ella entró. Él se detuvo un momento contemplando las estrellas, los plátanos y una figura inmóvil de hombre, con el cuello alzado hacia los ojos y el sombrero calado. «¿Wilfrid? —pensó—. ¡España! ¿Por qué España? Y todos los desgraciados que sufren... ¡El corazón! ¡Maldito sea!» Y cerró la puerta.

Pero pronto tuvo que abrir otra y no con menos entusiasmo. Fleur estaba sentada en el brazo de un sillón, mirando el fuego, con un pijama de oscuro azul de espliego que solía ponerse. Michael permaneció contemplándola y contemplando también más allá su propia imagen, en uno de los cinco espejos, con su pijama pierrot, blanco y negro, que ella le había comprado. «Personajes de una comedia —pensó—. ¡Personajes de una comedia! ¿Era esto real?» Adelantó, y fué a sentarse en el otro brazo del sillón.

—¡Al diablo con todo! —murmuró—. Me gustaría ser Antínoo —y dejándose caer del brazo al sillón mismo para no ver la cara de su esposa en el caso de que ella quisiera ocultarse ante él—. Wilfrid me lo ha dicho todo —dijo pausadamente.

Ya lo había soltado. ¿Qué pasaría ahora? Vió cómo la sangre enrojecía las mejillas y la nuca de Fleur.

—¡Oh! ¿De qué..., qué quieres decir, qué te ha dicho?

—Pues que está enamorado de ti, nada más. No hay más que decir, ¿verdad? —y colocando sus pies sobre el sillón rodeaba con las manos sus propias rodillas curvadas. Ya había dirigido una pregunta. ¡Qué amargura! ¡Qué amargura! Y cerró los ojos.

—Claro —dijo Fleur muy despacio—; no hay más que decir. Si Wilfrid prefiere ser tan tonto.

¡Preferir! La palabra no parecía muy exacta para uno cuya «tontería» era tan frecuente, tan permanente. Y, caso curioso, su corazón no se sobresaltaba. Y con toda seguridad debía de haberse sobresaltado después de las palabras de ella.

—¿No hay más que hablar de Wilfrid, entonces?

—¿No hay más? No lo sé.

¡Ah! ¿Quién es capaz de saber nada cuando domina la pasión?

—Bien —dijo él, dominándose a duras penas—. No olvides que te amo con locura.

Vió que le temblaban los párpados y los hombros.

—¿Y por qué voy a olvidarlo?

Amargo, cordial, simple, y ¿qué más? Repentinamente, las manos de Fleur le rodearon y llegaron hasta sus orejas. Cogiéndolas con fuerza, le miró y se echó a reír. Y otra vez su corazón no quería sobresaltarse. Si ella no le ponía un anillo en la nariz..., y él la estrechó contra sí en la silla. Azul de espliego, blanco y negro en confusión..., ella le devolvió un beso. ¿Salía del corazón? ¿Quién lo sabía? Michael, no.

X

MUERTE DE UN GRAN AFICIONADO A LOS CABALLOS

Soames, defraudado por la ausencia de su hija, dijo:

—Me esperaré— y tomó asiento en el centro del canapé verde jade, sin darse cuenta de *Ting-a-ling*, que estaba junto al fuego, soñando en las atenciones que le había prodigado Amabel Nazing, la cual le había considerado «un poco, demasiado astuto». Ensimismado, con una rodilla sobre la otra y una arruga entre los ojos, pensaba en Elderson y en la condición humana y en cómo siempre había algo que preocupaba. Y mientras más pensaba, más se maravillaba de cómo había entrado a formar parte de un Consejo que tuviera que ver lo más mínimo con contratos extranjeros. Todo el primitivo sentido común que en el siglo XIX había consolidado la prosperidad británica, toda la filosofía de los Forsythe de dedicarse a lo suyo sin arriesgarse a nada, el individualismo cerrado de la nación que rehusaba meter al país en camisa de

once varas, ocultaba en su intimidad una silenciosa manifestación. La Gran Bretaña seguía políticamente una táctica errónea, explorando e influyendo sobre el continente, y la P. P. R. S, seguía, financieramente, un procedimiento equivocado al hacer seguros fuera de Inglaterra. El instinto especial de su casta ansiaba el regreso al camino recto y privado. No mezclarse de ninguna manera en lo que uno no podía controlar. El viejito Mont había dicho: «Mantener el cinturón defensivo.» Nada de eso: cuidarse de lo que a cada uno corresponde. Ésta era la fórmula real. Notó algo en su pantorrilla; *Ting-a-ling* le estaba husmeando los pantalones.

—¡Oh! —dijo Soames—. ¿Eres tú?

Colocando sus patas delanteras contra el canapé, *Ting-a-ling* lamió el aire.

—¿Qué te coja? —preguntó Soames—. Eres demasiado largo.

Y de nuevo sintió el calor de los lamidos del perro.

«Hay algo en mí que le llama la atención» —pensó, cogiéndole por el pellejo del cogote y levantándole para dejarle sobre un almohadón. «Usted y yo», parecía decir con los ojos el animalito. ¡Pequeña rareza! Los chinos sabían dónde estaban: ¡se habían preocupado de lo suyo durante quinientos años!

«Dimitiré», pensó Soames, pero ¿y Winifred, Imogen y algunos Roger y Nicolás, que invirtieron dinero en la empresa, precisamente porque él era uno de sus consejeros? Le hubiera gustado que no le siguieran como un rebaño. Abandonó el canapé. No le agradaba esperar; llegaría andando hasta la calle Green y hablaría en seguida con Winifred. Que vendiera inmediatamente, aun cuando las acciones habían sufrido una ligera baja. Y, sin despedirse de *Ting-a-ling*, salió.

En el curso de todo el año último había disfrutado de la vida. El tener donde ir a descansar, encontrando una cierta simpatía, por lo menos una vez a la semana, como en otros tiempos en casa de Timoteo, era una incalculable ventaja para su espíritu. Al dejar su hogar, Fleur se había llevado gran parte de su corazón; pero a Soames le resultó casi más ventajoso visitar su corazón una vez por semana que tenerle siempre a su lado. Había otras razones que contribuían además a su tranquilidad. Ese diabólico extranjero, Prósper Profond, se había ido no sabía dónde, y su esposa, a partir de entonces, estaba menos nerviosa y era menos sarcástica. Se había dado a una cosa que llamaban Coué, y se encontraba mucho más gorda. Usaba frecuentemente el coche. En total: era mucho más doméstica que antes. Entonces se reconcilió también con Gauguin; un pequeño auge de este pintor le había convencido de que todavía valía la pena y había comprado tres cuadros más. ¡Gauguin volvería a cotizarse bien! Soames casi sentía su profecía acerca de esta segunda revalorización, porque el pollastre le había conquistado por completo. Su color, cuando uno se había acostumbrado a él, era muy atrayente. Sobre todo un cuadro sin

significación alguna, por lo que él podía observar, tenía la peculiaridad de no dejarle a uno separar los ojos. Soames hasta se sentía preocupado pensando que tendría que abandonarlo por un precio lucrativo. Por otra parte, se sentía tan a gusto disfrutando de haberse rejuvenecido para Annette, saboreando más lo que comía, mientras sus pensamientos vagaban casi con complacencia en el estado monetario. La libra subía de valor; el trabajo, tranquilo.

Y ahora que se habían apagado los fuegos fatuos podían esperarse algunos años de sólida administración conservadora. Y pensar, como lo hacía mientras cruzaba el parque de Saint James, con dirección a la calle de Green, que había tenido la mala idea de poner el pie en una empresa que no podía controlar, le ponía... Bueno, como si tuviera el demonio en el cuerpo.

En Piccadilly paseaba a lo largo del lado del parque, dirigiendo su ojeada habitual al Iseum Club. A través de los cortinajes corridos brillaban destellos de luz continua y suave, y ello le recordaba que alguien había dicho que Jorge Forsythe estaba enfermo. En realidad no le había visto en el mirador desde hacía varios meses. Sí, Jorge había bebido y comido siempre con exceso. Cruzó la calle y se detuvo en la puerta del Club, y un presentimiento súbito, no sabía cuál, un ansia de pasado, una especie de nostalgia, le obligó a detenerse y subir las escaleras.

—¿Está en el Club el señor Jorge Forsythe?

El conserje le miró. Era un hombre de cara larga y cabello gris, con el cual había él trabado conocimientos allá por el año ochenta.

—El señor Forsythe —dijo— está gravemente enfermo. Según dicen, no lo contará.

—¿Cómo? —exclamó Soames—. Nadie me lo ha comunicado.

—Está muy grave, en realidad; muy grave del corazón.

—¡El corazón! ¿Dónde vive?

—En sus habitaciones, señor. Aquí mismo, al doblar la esquina. Se dice que los médicos le han desahuciado. Aquí vamos a echarle de menos. Hace cuarenta años que le conozco. Era de la vieja escuela y un gran entendido en vinos y caballos. No podemos ser eternos, dicen; pero jamás pensé que nos pudiera abandonar. Demasiada sangre, señor; esa es la causa.

Sorprendido, Soames recordó que nunca había sabido dónde vivía Jorge, acostumbrado a verle siempre en el mirador de arriba.

—Haga el favor de decirme el número de sus habitaciones —dijo.

—Belville Row, número once, señor; mucho deseo que le encuentre mejorado. Créame; echaré de menos sus bromas, lo digo de veras.

Doblando la esquina hacia Belville Row, Soames hizo un rápido cálculo. Jorge andaba por los setenta y seis, sólo un año menos que él. Era algo anormal, si es que efectivamente se hallaba *in extremis*. Éste era el resultado de una vida desordenada. «Siempre de francachela, Jorge. ¿Cuándo fué que le hice el testamento?» Por lo que recordaba, había dejado el dinero a sus hermanos; no podía dejarlo a otro. En Soames despertaba el sentimiento de parentesco; Jorge y él nunca habían andado de acuerdo: temperamentos opuestos, pero habría que enterrarle, y ¿quién cuidaría de ello, sino Soames, que a su edad había tenido que enterrar a tantos Forsyte? Recordaba el apodo que Jorge le aplicó una vez: «Empresario de pompas fúnebres.» ¡Hum! ¡Aquí había justicia poética! ¡Belville Row! ¡Ah! Número once, ¡una casa con todo el aspecto de cobijar a un solterón! Y poniendo su mano en el timbre, pensó: «¡Mujeres! ¿Qué ha hecho Jorge durante toda su vida respecto a las mujeres?»

La llamada del timbre fué atendida por un hombre que vestía una corta chaqueta negra, el cual le saludó con una especie de turbada reticencia.

— ¿Cómo sigue mi primo el señor Forsyte?

El hombre frunció sus labios.

— No se espera que pase de esta noche, señor.

Soames sintió algo, como si su chaleco le apretara ligeramente.

— ¿Tiene conocimiento?

— Sí, señor.

— ¿Quiere pasarle mi tarjeta? Es probable que le agrade verme.

— ¿Quiere usted pasar y esperar?

Soames entró en una habitación baja, con zócalo de madera hasta la altura del pecho de un hombre, y lo que quedaba de pared adornada con litografías. ¡Jorge coleccionista! ¡Jamás Soames hubiera supuesto en él una afición semejante! De las paredes, por donde vagaba la vista, pendían litografías de color y en negro, viejas y nuevas, representando el deporte de las carreras y su anejo juego monetario. Apenas si quedaba al descubierto una pulgada de pared roja. Dispuesto a examinar las litografías, por lo que pudieran valer, Soames advirtió que no estaba solo. En la semioscuridad, sentada en un sillón de brazos extraordinariamente altos, apoyando en uno de éstos su codo y el rostro oculto en un pañuelo, junto al fuego, había una mujer. Soames la miró y las ventanas de su nariz se dilataron con un furtivo resoplido. «No es una verdadera dama — pensó —. Apuesto diez contra uno que vendrán complicaciones.» La apagada voz del hombre de la chaqueta corta dijo:

— Haga el favor de pasar, señor.

Soames se pasó la mano por la cara y siguió.

La habitación donde entró ahora era un curioso contraste. La totalidad de uno de sus tabiques estaba ocupada por un mueble de grandes proporciones, dotado de cajones y vitrinas. Además de esto no había otra cosa que un tocador con su equipo de plata, un radiador eléctrico encendido en la chimenea y, al frente, una cama. Sobre la chimenea, un simple cuadro, hacia el cual dirigió Soames maquinalmente los ojos. ¡Cómo! ¡Chinesco! Un alborozado mono, visto lateralmente, sosteniendo la corteza de un fruto estrujado en su mano extendida. Su cara patilluda, con ojos pardos, casi humanos, miraba, a su espalda. Pero ¿qué diablo había inducido a su primo, de tan escaso sentido artístico, a comprar semejante cosa y ponerla frente a su cama? Se volvió y miró al que la ocupaba. «El único deportista de la partida», según le denominaba Montague Dartie en sus buenos tiempos, estaba perfilando su abultada forma bajo una fina colcha. Transformó a Soames la contemplación de aquella cara familiar, de color bobino, pálida e hinchada como la luna, con círculos rugosos alrededor de los ojos, los cuales conservaban todavía aquella sonrisa burlona. Una voz ronca y apagada, pero con el característico timbre de los Forsythe, dijo:

—¡Hola, Soames! ¿Vienes a tomarme la medida para el ataúd?

Soames rechazó la suposición con un gesto de su mano; se hallaba cohibido contemplando al trapisondista de Jorge. Jamás habían andado de acuerdo, pero...

Y con voz clara, sin emoción alguna, dijo:

—Bien, hombre; todavía te vas a poner bien. ¡No eres viejo! ¿Se te ofrece algo que yo pueda hacer por ti?

Una sonrisa burlona convulsionó los labios exangües de Jorge.

—Hazme un codicilo. En el cajón del tocador encontrarás papel.

Soames tomó una hoja de papel del Iseum Club. De pie, en la mesa, escribió con su pluma estilográfica las palabras que abren un codicilo, y dirigió de nuevo su mirada a Jorge. Las palabras salieron con gruñona fruición.

—Mis tres jamelgos, al joven Val Dartie, puesto que es el único Forsythe que distingue un caballo de un burro —una risita ahogada resonó en los oídos de Soames—. ¿Qué has escrito?

Soames leyó:

Por el presente, lego mis tres caballos de carrera a mi deudo Valerio Dartie, de Wansdon, Sussex, porque tiene un especial conocimiento en caballos.

De nuevo la risita burlona.

—Siempre serás un humorista sardónico, Soames. Continúa: A Milly Moyle, Claremont Grove 12, doce mil libras, libres de derechos reales.

Soames se detuvo el tiempo de un silbido.

¡La mujer de la habitación contigua!

La burla de los ojos de Jorge se transformó en reflexiva tristeza.

—Es mucho dinero —no pudo menos de observar Soames.

Jorge emitió un débil murmullo colérico.

—Escribe eso o se lo dejo todo.

Soames escribió.

—¿Nada más?

—Nada más; léelo.

Soames leyó. Otra vez oyó la risita burlona.

—Eso es una píldora. No permitas que lo publiquen los periódicos. Di a aquel hombre que entre, y tú y él podéis actuar de testigos.

Antes que Soames llegara a la puerta, ésta se abrió y entró el hombre.

—El cura..., señor, acaba de llegar —dijo con voz angustiada—. Dice que si desea usted verle.

Jorge volvió su rostro; sus ojos carnosos centelleaban.

—Dele usted recuerdos —dijo—; y dígame que ya nos veremos en el entierro.

El hombre hizo una reverencia y se retiró. Hubo un momento de silencio.

—Ahora —dijo Jorge— que vuelva a entrar. No sé cuándo van a bajar la bandera.

Soames indicó al hombre que entrase. Cuando el codicilo quedó firmado y el hombre hubo salido, habló Jorge:

—Llévatelo y ocúpate de que llegue a manos de ella. En ti puedo confiar; en esto quiero hacerte justicia, Soames.

Soames guardó el codicilo en su bolsillo, presa de una rara sensación.

—¿Te gustaría verla otra vez? —dijo.

Jorge le miró durante un largo rato antes de contestar.

—No. ¿Para qué? Dame un cigarro de aquel cajón.

Soames tiró del cajón.

—¿Puedes fumar? —dijo.

Jorge se sonrió.

—Jamás en mi vida he hecho lo que debía; no voy a empezar, ahora. Córdalo.

Soames cortó el extremo del cigarro. «No le voy a dar lumbre —pensó—; no puedo cargar con la responsabilidad.» Pero Jorge no pidió fuego. Estaba completamente inmóvil; el cigarro, sin encender, en sus labios pálidos; los párpados, arqueados sobre sus ojos.

—Adiós —dijo—. Me voy a echar un sueñecito.

—Adiós —dijo Soames—. Espero que..., que... pronto...

Jorge abrió de nuevo los ojos; fijos, tristes, burlones, aparentaban apagar la ficción de la esperanza y del consuelo. Soames volvió la espalda rápidamente y salió. La mujer estaba todavía en el recibidor, en la misma actitud; en el aire, el mismo perfume. Soames recogió el paraguas que había dejado allí y desapareció.

—Éste es el número de mi teléfono —dijo al criado, que esperaba en el pasillo—. Téngame al corriente.

El hombre saludó, inclinándose.

Soames volvió una esquina, dejando Belville Row. Jamás había estado en presencia de Jorge sin verse objeto de sus bromas. ¿Se había reído de él ahora? ¿Era quizá el codicilo su última broma? Si esta tarde no hubiera él acudido, ¿habría testado una tercera parte de sus bienes fuera de la familia, a favor de aquella mujer perfumada del sillón de respaldo alto? Soames tuvo un sentimiento de misterio. ¿Cómo podía bromear un hombre a las mismas puertas de la muerte? En cierto modo, era heroico. ¿Dónde le enterrarían? Alguien lo sabría, Francis o Eustacio. Y ¿qué pensarían cuando se enteraran de lo de la mujer de la silla, de las doce mil libras? ¡Bah! «Si pudiera adueñarme de aquel mono blanco lo haría —pensó de repente—. Es una buena adquisición.» Los ojos del mono, el fruto estrujado... ¿Era la vida una farsa punzante y Jorge un pensador más profundo que él? Llamó al timbre de la calle de Green.

La señora Dartie lo sentía mucho, pero la señora Cardigan la había invitado a cenar y a ocupar el cuarto lugar en la mesa.

Soames se fué a cenar solo. Allí, en la pulimentada mesa donde comió tantas veces Montague Dartie, si no se durmió por completo, allí cenó y pensó. «En ti puedo confiar; en esto quiero hacerte justicia, Soames.» Estas palabras le halagaban y le dolían. ¡Las profundidades de aquella broma sardónica! ¡Hacerle blanco de una ofensa contra la familia y constituirle en emisario de la misma! ¡Jamás habría dado Jorge doce mil libras por una mujer oliente a pachulí! ¡De ninguna manera! ¡Era una burla final de la familia de los Forsythe, del mismo Soames! ¡Ah! Los que le injuriaron y se mofaron de él: Irene, Bosinney, el viejo y

el joven Jolyon, y actualmente Jorge, uno a uno habían pagado su tributo al destino. ¡Muertos, moribundos o en la Columbia Británica! De nuevo contempló los ojos de su primo, fijos, tristes, burlones, sobre aquel cigarro apagado. ¡Pobre diablo! Levantóse de la mesa y apartó nerviosamente los cortinajes hacia uno de los lados. La noche era fría y hermosa. ¿Qué le pasaba a uno... después? Jorge solía decir que en una existencia anterior había sido cocinero de Carlos II. Pero la reencarnación era una necedad, teoría de cerebros débiles. A pesar de todo, si fuera posible, se alegraría uno de quedarse. ¡Quedarse, y quedarse junto a Fleur! Pero ¿qué ruido era ese? ¡Un gramófono sonando en la cocina! ¡Cuando los gatos salen, los ratones se divierten! ¡Todo el mundo es igual: tomar todo lo que se puede, a cambio de lo menos posible! ¡Bien, fumaría un cigarrillo! Tomando lumbre de una vela: Winifred cenaba a la luz de candelabros, *era la moda*. Pensó: «¿Tendría todavía el cigarro entre los dientes? ¡Era un guasón Jorge; toda la vida había sido un guasón!» ¡Contemplaba una espiral de humo, formada por sí misma, intensamente azulada: jamás tragaba el humo! ¡Sí! ¡Evidentemente Jorge había vivido demasiado de prisa, o, de lo contrario, no moriría veinte años antes de lo que le correspondía! ¡Pero era así! Y deseó la compañía de un gato para conversar con él. Y tomó la pequeña escultura de un animalito, que descansaba en la chimenea. La había llevado su sobrino Benedict de un bazar oriental, un año antes de la guerra; tenía ojos verdes. «Esmeraldas no serán —pensó Soames—; acaso alguna piedra barata.»

—¡Le llaman al teléfono, señor!

Se dirigió al *hall* y tomó el auricular.

—¡Diga!

—El señor Forsythe ha muerto, señor...; dice el doctor que mientras dormía.

—¡Oh! —dijo Soames—. ¿Tenía un cig...? Muchas gracias —colgó el auricular.

¡Había muerto! Y, con un movimiento nervioso, palpó el bolsillo interior de su chaqueta, pensando en el codicilo.

XI

VENTURA

Durante una semana, vió Bicket que su posibilidad de empleo se le escapaba como una anguila y era fugaz como una golondrina, siempre fuera de su alcance. Una libra para su manutención y tres chelines apostados a un caballo; en resumidas cuentas, todo lo que poseía se reducía a veinticuatro chelines. Se había levantado tiempo del sudeste y Victorina había salido por primera vez. Esto aligeraba su cerebro de algunas preocupaciones; pero la idea fija de su cesantía, ese come come de poseer los medios indispensables para la existencia, una protesta, una ansiedad agónica le roían las mismas raíces de su

espíritu. Si no lograba procurarse un empleo para dentro de una semana o dos, no le quedaba otro recurso que una casa de misericordia o el gas. «El gas — pensó Bicket—. Si ella lo quiere, yo también. Estoy harto. Después de todo, ¿qué? En sus brazos no me importaría.» No obstante, el instinto de que no era tan fácil como parecía exponer la nariz al gas le inspiró una gran idea en aquella noche del lunes. Aquel muchacho de los globitos para niños..., en la calle Oxford... ¿Por qué no? Tenía suficiente capital para lanzarse con ello a la ventura y para esto no se necesitaba el permiso de venta ambulante. Su cerebro, activo como el de una ardilla al amanecer, había preferido la grande e incalculable ventaja de los globos de color a todas las otras formas de comercio. A nadie pasaba desapercibido el hombre que los vendía. ¡Todos lo contemplaban con su manojito de radiantes esferas danzando delante de él en el aire! Según le habían dicho, el beneficio no era muy aceptable: un penique por cada globo de seis peniques, un penique por cada tres globos de a dos peniques; con todo, el que los vendía vivía, y probablemente se lo habría presentado como un negocio miserable por temor a que su ocupación se extendiera por demasiado atractiva. Sobre el puente, allí mismo, en el tráfico..., no; sería mejor en la parte alta de St. Paul. Conocía un lugar en que podría estar metido uno o dos metros, como aquel muchacho en la calle de Oxford. Pero la mujer, que dormía a su lado, no sabía nada de eso. Nada debería saber hasta después de tirar el dado. Significaba arriesgar hasta el último penique. Para subvenir a una vida mísera, habría que vender diariamente...; bueno, a lo menos tres docenas de los grandes y cuatro de los pequeños, que alcanzaría un beneficio de veintiséis chelines por semana, a no ser que el muchacho aquel le hubiese engañado. Con el beneficio de este trabajo ¿qué difícil sería trasladarse a Australia! Y no era lo que se dice una buena carrera. ¡Vaya un golpe para Victorina! Pero era preciso jugarse el todo por el todo, o morirse de hambre. Lo probaría, y en las horas libres se lanzaría a la caza de una colocación.

Así, pues, nuestro pequeño capitalista, con cuatro docenas de globos grandes y siete docenas de los pequeños en un cajón de mano, dos chelines en el bolsillo y muy poca cosa en el estómago, ocupó su puesto en Saint Paul, a las dos de la tarde del día siguiente. Sin precipitarse, infló y ató los cuellos de dos globos grandes y tres pequeños —anaranjado, azul y verde— hasta que flotaron en el aire. A continuación, con el olor a goma pegado en las ventanas de las narices y los ojos ávidos, permaneció al borde de la acera, contemplando el paso de la multitud. Le satisfacía ver que casi todo el mundo se volvía para mirarle; pero fué un guardia la primera persona que le habló, y en la siguiente forma:

—Me parece que no puede estar usted aquí.

Bicket no respondió; tenía la garganta seca. Había oído hablar de los guardias. ¿Se había situado equivocadamente para trabajar? De pronto, tragando saliva, dijo:

—Déme usted oportunidad de ganarme la vida, señor guardia. Estoy hecho polvo. Si estorbo, me pondré donde usted quiera. Este negocio es nuevo para mí, y todo lo que tengo en el mundo, fuera de mi mujer, son dos chelines.

El guardia, un hombre corpulento, le miró de los pies a la cabeza.

—¡Bien, bien! ¡No le voy a molestar, si nadie protesta!

La mirada de Bicket le manifestó su agradecimiento.

—Estoy muy agradecido —dijo—. Hágame el favor de aceptar uno para su pequeña.

—Le compraré uno, para estrenarle —dijo el guardia—. Dentro de una hora termino el servicio, téngalo preparado; uno de los grandes, anaranjado.

Se fué. Bicket podía verlo vigilando. Él se mantuvo quieto en su puesto, lindante con el arroyo. Sus grandes ojos se pegaban en cada rostro que pasaba; y ahora y luego, sus ojos tocaban su mercancía nerviosamente. ¡Si Victorina le viera! Su espíritu se sublevaba. ¡Pero, por Dios! ¡Fuera como fuera, acabaría con todos para marcharse luego hacia el sol, hacia una vida que fuera vida!

Había estado allí cerca de dos horas, cambiando un pie por otro, y había vendido cuatro grandes y cinco pequeños: el beneficio era de seis peniques, cuando Soames pasó en dirección al Consejo de la P. P. R. S. Atraído por un tímido murmullo de «Globos, caballero... La mejor calidad», miró a su alrededor, desviando su vista de la contemplación de St. Paul, arraigada costumbre de toda su vida, y se detuvo con extraña sorpresa.

—¿Globos? —dijo—. ¡Para qué quiero yo un globo!

—Les gustan a los niños, caballero. No ocupan espacio en el bolsillo del chaleco.

—Sí; pero yo no tengo niños —dijo Soames.

—Pues para los nietos, señor.

—Tampoco tengo nietos.

—Pues, usted perdone.

Soames le dirigió una de esas miradas rápidas, con las cuales acostumbraba a ondear el carácter de los indigentes. «¡Un pobre hombre inofensivo!»

—Vaya, déme dos. ¿Cuánto valen?

—Un chelín, caballero; y muchas gracias.

—Puede quedarse con la vuelta —dijo Soames apresuradamente, y siguió su camino asombrado. Pero ¿por qué diablos había comprado aquello y por más del doble de su valor? No lo podía comprender. No podía recordar otro episodio semejante en toda su vida. ¡Singularísimo! Y de pronto comprendió el

por qué. El hombre había sido humilde, blando, era preciso estimularle en estos días de bravuconería comunista. ¡Después de todo, aquel hombre estaba del lado del capital; algo había invertido en aquellos globos! ¡Negocio! Y levantando su vista hacia St. Paul, metió aquellos pegajosos objetos en el bolsillo de su gabán. ¡Alguien los iba a descubrir y quedaría maravillado de su ocurrencia! ¡Pero... otras cosas le preocupaban más!

Sin embargo, Bicket, engreído, le siguió con la mirada. Más del doscientos cincuenta por ciento de beneficio por los dos, esto era ya algo. Su apreciación de que por allí no pasaban bastantes mujeres cambió un poco. ¡Después de todo, ellas conocían el valor del dinero, no daban chelines extras! ¡Si tan sólo pasaran algunos más de esos millonarios de sombrero lustroso!

A las seis, con un beneficio de tres chelines y ocho peniques, al cual Soames había contribuido con la mitad, empezó a añadir los suspiros de satisfacción de los globos al desinflarse a los suyos. Deshinchándolos con solícito cuidado, contemplaba cómo una a una se iban empequeñeciendo sus abigarradas esperanzas y las iba colocando en su cajón de mano. Acomodándolo al fin bajo su brazo, agitó sus cansadas piernas hacia el puente. En un día completo podía ganar entre cuatro y cinco chelines... Bien; iría resistiendo y, mientras tanto, algo saltaría. De todos modos era dueño de sí mismo, sin que tuviera que rendir cuentas ni a un patrono ni a un sindicato. Esta realidad le produjo cierta satisfacción; pero a esto se sumó la sensación de no haber comido desde el desayuno.

«Quizá era algún magnate de la ciudad —pensaba—; según dicen, se alimentan de sopa de tortuga.» Ya cerca de su casa se preguntaba nerviosamente: ¿Qué debía hacer con el cajón? ¿Cómo evitar que Victorina se enterara de que se había hecho empresario y que se pasaba el día en el arroyo? ¡Qué mala suerte! ¡Ella estaba en el balcón! Era preciso atronar la situación con buen semblante. Y entró en su habitación silbando.

—¿Qué es esto, Tony? —le dijo ella, señalando el cajón de mano.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo—. ¡Una idea colosal! ¡Mira!

Y tomando un globo de los del cajón, lo infló. Soplabla con una intensidad que todavía no había empleado en aquella tarde. Le habían dicho que aquellos globos se ensancharían hasta alcanzar dos metros de diámetro. Y si alcanzaban tal dimensión, su situación mejoraría. Bajo la influencia de su soplo, el globo ocultó a Victorina y la habitación, hasta que sólo hubo en la misma el globo de aire teñido. Apretando su boca con el pulgar y el meñique, lo sostenía, diciendo:

—¡Ahí lo tienes! ¡No es poco por seis peniques, mujer! —y lo contemplaba. ¡Oh! ¡Ella estaba llorando! Abandonó el maldito globo; éste descendió hacia el suelo, hasta que, un poco arrugado, descansó en la deslucida alfombra. Y abrazando los hombros alzados de ella, le dijo, descorazonado—: Anda, no seas

así. No pretendas luchar con el pan y el hambre. Ya vendrá una colocación. Esto es solamente para nuestro sustento. Por ti haría cosas mucho peores. Anda, prepara mi té; tengo apetito después de haber soplado tanto.

Ella cesó de llorar, le miró y no dijo nada. ¡Eran misteriosos aquellos ojazos suyos! Hubiera dicho uno que estaba pensando. ¿Pero en qué? Bicket no podía decirlo. Bajo el estímulo del té, Bicket llegó a enorgullecerse de su nueva profesión. Ser dueño de sí mismo. Salir cuando le diera la gana y retirarse cuando le pareciera, o quedarse en la cama con Vic, si a él le parecía. ¡Esto era mucho! Y así se apoderó de Bicket algo verdaderamente nacional, algo de libertad y despreocupación, ofendiéndole el trabajo ordinario, disfrutando de un torrente de actividad lo mismo que de un momento de ocio, suspirando por la independencia... Algo que explicaba la vida del país, la infinidad de tiendas sin importancia, los intermediarios, trabajadores de ocasión, tramposos, gentes dueñas de su alma en su vida desahogada y a la cual le importaban un bledo las consecuencias...; algo inherente a la nación y a la raza antes de que los sajones llegaran con su conciencia e industria y se filtraran en ella...; algo que llevaba a confiar en lo de inflar y desinflar globos; algo de grandes esfuerzos sin alimento... ¡Sí! Todo este *algo* triunfaba sobre el arenque y el té de Bicket, bueno y fuerte. Prefería vender globos a estar empleado empaquetando libros, y que Vic lo tuviera muy en cuenta. Y, cuando ella pudiese trabajar de nuevo, vivirían magníficamente, y no pasaría mucho sin que tuvieran ahorrado lo suficiente para escapar de allí, hacia aquel país de donde llegaban las mariposas azules. Y habló de Soames. Unos cuantos magnates más sin chiquillos, pongamos dos por día, añadirían quince chelines por semana al beneficio legal. ¡Vaya! ¡En menos de un año tendrían el dinero necesario! Y una vez fuera, Victorina aumentaría como uno de aquellos globos, sería de doble volumen, y sus mejillas se colorearían hasta poder imponerse sobre aquel naranja o *magenta*. Bicket, repleto de aire, se transfiguró. Y la joven, su esposa, le contemplaba con sus grandes ojos y casi no hablaba; pero no volvió a llorar o, mejor dicho, a derramar más agua, caliente o fría, sobre el vendedor de globos para niños.

XII

CIFRAS Y HECHOS

Con la excepción del viejo Fontenoy, ornamental en ausencia y en presencia, el Consejo estaba nuevamente reunido en pleno. Soames, consciente de que «este muchacho», Elderson, se había captado la simpatía, estaba dispuesto para lo peor. Las cifras estaban ante ellos, aparentando descubrir un estado de cosas que hubiera sido perfecto en el caso de que, dentro de seis meses, no se provocaran disturbios violentos en los cambios monetarios. La relación entre los negocios en el extranjero y los del país era de dos a siete; las operaciones con Alemania, que constituían el mayor volumen de negocios con el extranjero, estaban presentadas como muy beneficiosas, según observaba

Soames; pero habría que incluirlas entre las de los países semiquebrados y con una valorización depreciada.

En el silencio reinante, mientras cada consejero examinaba las cifras, Soames se dió más clara cuenta del dilema que se le presentaba. Estas cifras, en realidad, no justificarían la retención del dividendo correspondiente al último ejercicio. Pero, suponiendo que sobreviniera otra complicación con el continente y que hubieran de responder de la gran masa de sus operaciones exteriores, ello acabaría con todos los beneficios de los negocios del interior en el próximo año y aún más.

Y su intranquilidad acerca de Elderson se fundaba en un imponderable, en algo que no podía descifrar: era intuitiva, quizá necia.

—Bien, señor Forsythe —hablaba el presidente—; aquí tenemos las cifras. ¿Está usted satisfecho?

Soames levantó la cabeza; había tomado una resolución.

—Daré mi conformidad al reparto del dividendo de este año con la condición de que abandonemos en el futuro los negocios exteriores, pero en absoluto.

Los ojos del director gerente, duros y fulgurantes, chocaron con los suyos y se volvieron luego hacia el presidente.

—Me parece que esto es algo parecido al pánico —dijo—; las operaciones extranjeras son las que nos han elevado este año la tercera parte del beneficio.

El presidente pareció recoger las expresiones de sus codirectores antes de decir:

—Pero, señor Forsythe, no hay nada actualmente en la situación exterior que dé un motivo claro para alarmarse. Admito que debemos estar prevenidos...

—No puede ser —intervino Soames—. Han transcurrido cuatro años desde el armisticio, y estamos más desorientados que entonces. Si me hubiese enterado de que nos dedicábamos a asuntos así, no habría entrado en el Consejo. Debemos abandonarlos.

—Éste es un punto de vista extremado y no es asunto que podamos resolver en un momento.

El murmullo de asentimiento, la expresión ligeramente irónica del semblante de «este muchacho», concitaron la tenacidad de Soames.

—¡Pues bien! Si ustedes no están dispuestos a decir a los accionistas en el informe que abandonamos los negocios con el exterior, entonces me abandonan a mí. Debo conservar mi libertad de someter la cuestión a la Junta general—. No le pasó desapercibido un movimiento de intranquilidad en los ojos del gerente; había dado en el blanco.

El presidente exclamó:

¡Nos pone usted la pistola al pecho!

—Soy responsable ante los accionistas —dijo Soames— y cumpliré mi deber para con ellos.

Todos nos encontraremos en las mismas circunstancias, señor Forsythe, y espero que todos cumpliremos con nuestro deber.

—¿Por qué no limitamos nuestra actividad extranjera a los pequeños países ya que es bastante segura su moneda?

¡El viejo Mont y su precioso «círculo»!

—No —dijo Soames—. Es preciso que volvamos a la seguridad.

—¿Espléndido aislamiento, Forsythe?

—La impertinente interposición estaba muy bien durante la guerra, pero en la paz: política o negocios, esta interferencia a medias no es recomendable. No está nuestro alcance el control de la situación en el extranjero.

Observó a su alrededor y se dió cuenta al instante de que, con estas palabras había puesto el dedo en la llaga. «Voy a mantenerme firme en ese punto», pensó.

—Me sería grato, señor presidente —hablaba el gerente—, hacer un comentario. La actividad con el extranjero fué de mi iniciativa y creo poder enorgullecerme de que hasta el momento haya producido utilidades. Pero, puesto que un miembro del Consejo se acoge a un punto de vista tan opuesto a su continuación, en realidad no hago presión alguna sobre el Consejo de Administración para que se prosiga. Los tiempos son inseguros y como es natural existe un riesgo, por más prudentes que sean nuestros cálculos.

«¿Pero qué le pasa a ése? —pensó Soames—. ¿Por qué se vuelve así atrás?»

—Apreciamos mucho su flexibilidad, señor presidente; podemos decir que esa es una delicadeza de nuestro director gerente.

Rompió el silencio la voz bastante bronca del presidente.

—Esto es algo muy serio. Lástima que no esté presente lord Fontenoy.

—Si yo debo suscribir la Memoria —dijo brevemente Soames—; es preciso que se resuelva hoy. Me he decidido. Ustedes harán lo que les parezca mejor.

Pronunció las últimas palabras como si estuviera molesto... Era muy poco agradable representar el papel de descontento. Un momento de silencio, y después la discusión tomó aquel tono de volubilidad que acaba por suavizar la violencia de una decisión impuesta. Así pasó un cuarto de hora, hasta que el presidente dijo:

—Acordamos, pues, caballeros, que la Memoria incluirá la notificación de que, en vista de la inseguridad del Continente, abandonamos por el momento los riesgos extranjeros.

Soames había ganado. Satisfecho y preocupado, salió solo.

Había manifestado carácter; el respeto de ellos para con él había subido. Esto era patente; la simpatía por él, si la habían tenido, la había perdido. No lo sabía. Pero ¿por qué Elderson había cambiado en redondo? Se acordó del movimiento de disgusto marcado en sus ojos ante la idea de someter la cuestión a la Junta general.

Esto se había logrado. Pero ¿por qué? ¿Estaban falseadas las cifras? ¡Seguramente que no! Eso era demasiado, teniendo en cuenta la existencia de peritos contables. Si Soames tenía fe en algo, era en una revisión oficial de cuentas. Sandis y Jevon eran de una garantía absoluta. No podía haber falseamiento de cifras. Levantó sus ojos, hasta ahora fijos en el pavimento. La cúpula de St. Paul difuminaba el cielo de la tarde... No podía inspirarle. Deseaba ardientemente poder hablar con alguien, pero no encontraba a nadie y aceleró la marcha entre la multitud presurosa. De pronto ya mano en las profundidades del bolsillo de su gabán se puso en contacto con una sustancia pegajosa y extraña. «Tienen gracia estas cosas», pensó. ¿Las tiraría? ¡Si tuviera algún niño en casa para llevárselas! Debía procurar que Annette hablara a Fleur. Conocía las consecuencias de las malas costumbres por su propia experiencia de muchos años.

¿Y por qué no podía hablarle él mismo? Aquella noche iba a pasarla en su casa. Pero aquí vino a turbarle el desconocimiento del espíritu de los jóvenes; ¡Esa gente joven! ¿Qué pensaba y sentía en realidad? ¿Tenía razón el viejo Mont? ¿Habían renunciado a todo interés por las cosas que no fueran actuales, desechando toda idea de continuidad y progreso? Verdaderamente, Europa se hallaba en un callejón sin salida. Pero veamos la situación desde después de las guerras napoleónicas. No podía acordarse de su abuelo, ya que el pobre viejo murió cinco años antes de haber nacido él, pero recordaba perfectamente cómo la tía Ana, nacida en 1791 solía hablar de «aquel terrible Bonaparte» (nosotros le llamábamos Boney) y cómo el padre de aquélla podía lograr el 10 por 100 de su dinero y la impresión que causaron «aquellos cartistas» a las tías Julita y Ester, aunque esto ya sucedió más tarde. Pero, a pesar de todo, veamos la era Victoriana, una edad de oro; las cosas valían la pena de coleccionarse y valía la pena tener niños. ¿Por qué no podía repetirse aquello? Los valores del Tesoro habían ganado constantemente desde que murió Timoteo. Aunque hubieran desaparecido el cielo y el infierno, éste no podía ser el motivo; ninguno de sus tíos había creído ni en uno ni en otro y todos habían hecho fortuna y habían tenido familia, salvo Timoteo y Swithin. ¡No! ¡No era la falta de cielo o infierno! Pero entonces, ¿cuál sería el motivo del cambio, si era cambio en realidad? Y de

repente, éste se reveló a Soames. ¡Ahora hablaban demasiado, demasiado y demasiado de prisa! Habían agotado el interés por esto, por aquello, o por todo. Se comían la vida y tiraban la corteza y... y... ¡claro que sí; debía comprar aquel cuadro de Jorge!... ¿Tenía la gente joven más cabeza que la generación suya? Y si realmente era así, ¿por qué? ¿Por la comida? Aquel *cocktail* de langosta que Fleur les dió el domingo pasado lo había comido, pero le resultó sumamente desagradable. Y, sin embargo, no le despertó las ganas de hablar. ¡No! ¡No podía creer que fuera la comida! Podría ser la cabeza. ¿Dónde estaban ahora los cerebros que igualaran a los Victorianos Darwin, Huxley, Dickens, Disraeli, el mismo Gladstone? Pero si él recordaba jueces y abogados que parecían gigantes comparados con los contemporáneos, así como también recordaba que los jueces de su padre James, durante su juventud, le parecían a él gigantes comparándolos con los de los buenos tiempos de Soames. De acuerdo con esta teoría, la inteligencia declinaba invariablemente. Debía, pues, atribuirlo a algo más. Había una teoría denominada psicoanálisis, la cual, hasta donde él podía comprender, atribuía las acciones de las gentes a lo que les alimentaba, ni a eso de saltar de la cama con el pie izquierdo, sino a alguna impresión recibida en el pasado remoto y enteramente olvidada. ¡El subconsciente! ¡Chifladuras y microbios! El hecho era que la generación actual no digería. Su padre y sus tíos todos se quejaban del hígado, pero éste no había tenido trascendencia; no necesitaban vitaminas, dientes artificiales, remedios mentales, periódicos, psicoanálisis, espiritismo, control de nacimiento, osteopatía, radiotelefonía y otras tantas cosas más. «¡Máquina! —pensó Soames—. Ésta es la causa; no me extrañaría.» ¿Cómo creer en nada, si todo gira tan vertiginosamente? Si ni siquiera podemos contar los polluelos cuando corren, ¿por qué lanzarnos a tan tremenda velocidad? ¡Pero Fleur tenía una buena cabeza! «¡Sí! —murmura— y dientes franceses; ella podía digerirlo todo. ¡Dos años! La advertiré antes de que se arraigue en ella esa costumbre. ¡Su madre se dió la suficiente prisa en ello!» Y, dándose cuenta de que pasaba ante el Círculo de los «Connoisseurs», entró en él.

El portero salió de su garita. Un caballero le esperaba.

—¿Qué caballero? —preguntó Soames, volviéndose de un lado.

—Creo que es su sobrino, señor; el señor Dartie.

—¡Val Dartie! ¡Hum! ¿Dónde está?

—En el saloncito, señor.

El saloncito (toda la comodidad que se consideraba merecían los que no eran «Connoisseurs») estaba al extremo de un pasillo, sin elegancia alguna, como si el Club dijera; «¡Véase lo que no forma parte de nosotros!» Soames entró y vió a Val Dartie fumando un cigarro y contemplando absorto el único objeto de interés: su propia imagen reflejada en el espejo que estaba sobre la chimenea.

Jamás había visto a su sobrino sin extrañarse de que no le dijera: «Oiga, tío Soames, estoy en las últimas.» ¡La cría de caballos para carreras! ¡No podía tener más que un solo final!

—Bien —le dijo—. ¿Cómo sigues?

La cara del espejo se volvió, transformándose en el cogote de una cabeza rapada y cenicienta.

—¡Perfectamente, gracias! Y parece que tú también, tío Soames. Lo único que quería preguntarte es: ¿Debo admitir los tres jamelgos del viejo Jorge Forsyte? ¡Son malos a más no poder!

—¡A caballo regalado no le mires el diente! —dijo Soames.

—Sí —dijo Val—; pero están tan roñosos. En cuanto pague los derechos reales de la herencia, los coloque en una cuadra y los venda, no me van a quedar ni seis peniques. Uno de ellos se cae con mirarlo y los dos restantes son cortos de resuello. El pobrecito los conservaba porque no había podido desprenderse de ellos. Deben andar allá por los quinientos años.

—Creí que eras aficionado a los caballos —dijo Soames—. ¿No los puedes atender?

—Sí —dijo Val fríamente—; pero tengo que ganarme la vida. No se lo he dicho a mi mujer por temor a que me sugiriera eso mismo. Si los vendo estoy seguro que lo creeré un sueño. No sirven ya más que para el matadero. ¿No podría escribir a los albaceas, diciéndoles que no soy lo suficientemente rico para admitirlos?

—Desde luego —dijo Soames, y las palabras «¿Cómo sigue tu esposa?» agonizaron en sus labios sin llegar a ser pronunciadas. Era la hija de su enemigo, el joven Jolyon, que estaba ya muerto, pero el hecho quedaba.

—Lo haré, pues —dijo Val—. ¿Y cómo fué el entierro?

—Algo muy sencillo; no me dió trabajo alguno—. El tiempo de los entierros había pasado a la historia. Ni caballos, ni flores, ni plumajes... Un furgón automóvil, una par de coches o algo parecido era todo el homenaje que se tributa actualmente a los difuntos. ¡Otra particularidad de la época!

—Pasaré esta noche en la calle de Green —dijo Val—. Supongo que no quedarás allí, ¿verdad?

—No —dijo Soames, y no le pasó desapercibida la satisfacción en el rostro de su sobrino.

—A propósito, tío Soames, ¿me aconsejas que adquiera acciones de la P. P. R. S.?

—Todo lo contrario. Voy a aconsejar a tu madre que las venda. Puedes anunciarle que mañana la visitaré.

—Pero ¿por qué? Creí...

—No deben importarte mis razones —dijo brevemente Soames.

—¡*So long*, pues!

Y, cambiándose un apretón de manos, su sobrino se retiró.

So long! Una expresión vieja, de cuando la guerra de los bóers, a la cual no había podido acostumbrarse, pues no tenía un significado a su alcance. Entró en la biblioteca. Había allí numerosos «Connoisseurs», sentados y de pie, y Soames, el menos sociable de los hombres, buscó la soledad de una ventana con el alféizar. Se sentó, se suavizó la uña de uno de sus dedos, valiéndose de otra, y meditó sobre la materialidad de la vida. En fin de cuentas, ¿qué perseguían la totalidad de las cosas? ¡Ahí estaba Jorge! Había vivido una vida fácil, no había trabajado nunca. ¡Ahí estaba él! ¡Había realizado una obra inmensa! Y a la corta o a la larga sería enterrado igualmente, y es probable que transportándolo en un furgón automóvil. Ahí estaba su yerno, el joven Mont, rebosante de palabrería sobre Dios sabe qué cosas y aquel muchacho de las mejillas lánguidas, que por la tarde le había vendido los globos. Y el viejo Fontenoy y más allá aquel camarero y los que trabajan y los que no hacen nada, los que viven en el Parlamento y los curas en el púlpito... ¿qué perseguían todos? Allá estaba el viejo jardinero, allá abajo, en Mapledurham, pasando su rodillo sobre el césped una y otra vez, semana tras semana y, si no lo hiciera, ¿cómo estaría el césped? ¡La vida era esto: el jardinero pasando su rodillo sobre el césped! Pongamos que hubiera otra vida; no lo creía, pero aunque sólo fuera así, por argumentar; aquella vida debería ser exactamente lo mismo. Pasar el rodillo sobre el césped, para conservarlo limpio de hierba, ¿Qué finalidad tenía quitar la hierba? Consciente de su pesimismo, se levantó. Sería mejor que volviera a casa de Fleur... De seguro que se estaba vistiendo para la cena. Supongamos que significara algo esto de vestirse para la cena; en resumidas cuentas, era igual que escardar la hierba: uno salía sin que le diera el rodillo, luego sin vestir, y así sucesivamente.

Y esto infinidad de veces para mantenerse en un grado, ¿de qué?... y ¿por qué ese grado?

Doblando por South Square, chocó con un joven que miraba hacia atrás, como si estuviera pendiente de una persona de la cual acabara de separarse. Indeciso en si debía dar o recibir excusa. Soames permaneció quieto.

El joven dijo ásperamente: «¡Perdone, caballero!» y siguió su camino. Un muchacho trigüeño, simpático, con una mirada hambrienta, aunque claramente se veía que su hambre nada tenía que ver con su estómago. Murmurando «No hay de qué», Soames siguió adelante y tocó el timbre de la casa de su hija. Le abrió ella misma. Todavía llevaba sombrero y pieles. Acababa de entrar. Aquel joven irrumpió de nuevo en la imaginación de Soames. ¿La habría dejado allí?

¡Vaya un atrevimiento! Indudablemente le tenía que hablar. ¡Si estuviera hecha una cualquiera!

No obstante, al decir «Buenas noches», abandonó la idea... Michael había ido a un mitin de un candidato laborista. ¡Como si no encontrara algo mejor en qué ocuparse!

—Óyeme, hija: hace ya dos años que estás casada y supongo que te preocuparás del porvenir. Se dicen muchas tonterías acerca de los niños; pero en realidad la cosa es mucho más sencilla. Espero que lo creas así.

Fleur, arrellenada entre los almohadones del canapé, columpiaba una pierna. Sus ojos se intranquilizaron algo, pero su color no cambió.

—Claro que sí —dijo—; pero no tengo prisa, papá.

—Bien; tú no ignoras —dijo Soames— que los franceses y la familia real acostumbran a tenerlos pronto. Pueden ocurrir muchas cosas, y así se evitan prejuicios. Hija mía, tú tienes muchos atractivos y no me gustaría que te entregaras demasiado a frivolidades. Tienes amistades de todos los tipos.

—Sí —dijo Fleur.

—Te llevas bien con Michael, ¿verdad?

—¡Oh, sí!

—Entonces, ¿por qué no...? Debes tener en cuenta que tu hijo será un gran señor, heredero de un título.

En estas palabras se destacaba su aversión instintiva hacia los títulos y banalidades de esa naturaleza.

—Puede no ser un varón —dijo Fleur.

—Eso, a tu edad, es muy fácil de arreglar.

—Es que no quiero una colección, papá. Uno o dos, a lo sumo.

—Yo —dijo Soames— casi preferiría una hembra algo parecida a... pues bien, algo parecida a ti.

La mirada de ella, enternecida, volaba tan pronto del semblante de su padre a sus pies, como del perro a la habitación entera.

—¡No sé! Es una esclavitud, hasta cierto punto, da la sensación de que está una cavándose la fosa.

—No exageres —murmuró Soames, persuasivo.

—Sí, para los hombres eso es muy fácil.

—Sin ti, tu madre no hubiera hecho nada —y el recuerdo de lo cerca que su madre había estado de no poder hacer nada, teniéndola a ella, de cómo, si no

hubiera sido por él, la vida de Annette hubiera sido un desorden, le redujo a la silenciosa contemplación del pie inquieto.

—Bueno —dijo por fin—; creo que debo decírtelo. Yo... yo deseo tu dicha con todo mi corazón.

Fleur se levantó y le besó en la frente.

—Lo sé, papá —dijo ella—. Soy muy egoísta. Lo pensaré. En realidad... ya había reflexionado sobre ello.

—¡Muy bien —dijo Soames—, muy bien! Ya sé que tienes una buena cabeza; esto es un gran consuelo para mí. ¡Buenas noches, hija!

Y subió en dirección a su lecho. Si había una finalidad en algo, ésta consistía en la perpetuación de uno mismo, aun cuando esto, naturalmente, era ya la contestación de la pregunta formulada. Tal vez —se decía para sí mismo— debía preguntarle si aquel joven... pero no; era mejor dejar que los jóvenes se arreglasen por sí solos. La realidad era que él no lo comprendía. Su mirada descansó sobre el envoltorio de papel que contenía... aquellos objetos que había comprado. Los había sacado del bolsillo de su gabán para deshacerse de ellos. Pero, ¿cómo? Si los echaba al fuego, apestarían. Permaneció en su tocador y, cogiendo uno de ellos, lo contempló. ¡Dios del cielo! Y de pronto, limpiando la boquilla con el pañuelo, empezó a inflarlo. Sopló hasta cansarse y, después, apretando el escape del aire, cogió un poco de algodón del que usaba para los dientes y lo tapó. El globo estaba preparado. Lo golpeó con un gesto de impaciencia y voló, purpúreo y fantástico, hasta que cayó sobre el lecho. ¡Hum! Hizo lo mismo con el otro, morado y verde. ¡Demonios! ¡Si alguien entrase y le sorprendiese! Abrió la ventana, y uno tras otro, los empujó hacia la noche y cerró. Estarían allá, en la oscuridad flotante. Una sonrisa nerviosa estremeció sus labios. Las gentes los verían por la mañana. ¡Bueno! Pero ¿qué iba a hacer él con objetos semejantes?

XIII

NERVIOSISMO

Michael había asistido al mitin del candidato laborista, en parte porque le agradaba, y en parte también por sentimiento de camaradería para con el viejo Forsythe, a quien la conciencia le acusaba siempre de haber robado. Su padre político era siempre muy bueno para con Fleur y a Michael le gustaba que el pobre viejo la pudiera tener con él, cuando sus ocupaciones se lo permitieran.

En un distrito donde no había tradeunionistas apenas, el mitin sería uno de aquellos que permitían a los intelectuales del partido no preocuparse gran cosa. Siendo el sentimiento pura debilidad y la defensa mera condescendencia, podía uno esperar sanos discursos sobre economía, que dejaran a un lado los factores desacreditados, tales como la naturaleza humana. Michael estaba acostumbrado

ya a oír menospreciar a muchos, que propugnaban cambios, siendo la naturaleza humana tan constante, y menoscar a otros por sentir compasión; él sólo sabía que uno no tenía más remedio que tener una economía. Y, fuera como fuera, esta clase de elocuencia era preferible a las subversivas arengas del Norte o del Parque, que suscitaba en uno un desagradable espíritu de clase.

Cuando llegó, el mitin estaba en su apogeo; el candidato se ensañaba contra las falacias de un capitalismo que, a su modo de ver, había originado la guerra. En previsión de otro conflicto, debía cambiarse por un sistema que garantizara que las naciones no carecían de demasiadas cosas. El individuo —decía el candidato— era, por todos los conceptos, superior a la nación de la cual formaba parte, y el problema a resolver consistía en proporcionar unas condiciones económicas que permitieran al individuo obrar libremente en su superioridad innata. Sólo de esta forma —decía— se eliminarían todos esos movimientos y conmociones de las masas que ponían en peligro la sana razón del mundo. Hablaba bien; Michael escuchaba murmurando de un modo que casi se le podía oír, hasta que se dió cuenta de que estaba pensando en sí mismo, en Wilfrid y en Fleur. ¿Procedería jamás él tan libremente en su superioridad innata que no le hiciera desear demasiado a Fleur? Y ¿quería él ser así? No lo quería. Pero esto era tanto como meter la naturaleza humana en los razonamientos del orador.

¿No deseamos todos algo en demasía? ¿No era esto natural? Y si era así, ¿no existiría un excesivo deseo colectivo, concentración del deseo fundamental de mantener la cabeza fuera del agua? Le parecía que el razonamiento del candidato se enfriaba súbitamente, que perdía toda vivacidad vital, que era un discurso de banquete modesto. Contempló con atención el semblante dudoso, inexpresivo, astuto, del orador. «Insustancial», pensó y cuando «el individuo» se sentó, se levantó él y abandonó el salón.

Aquel asunto de Wilfrid le había torturado terriblemente. Intentaba alejarlo de su pensamiento cuanto le era posible; intentaba reírse de ello, pero continuaba consumiéndose interiormente en su confianza de seguridad y de dicha. ¡Su esposa y el mejor amigo! ¡Cien veces se convencía a sí mismo de tener confianza en Fleur! Pero Wilfrid era mucho más atractivo que él y Fleur merecía lo mejor de todo. ¡Además, Wilfrid debía sufrir y tampoco era éste un pensamiento alegre! ¿Cómo acabar con todo, recobrar la paz de su cerebro él, el otro y Fleur? No había sabido nada más y no cabía preguntar. No había medios posibles de manifestar ansiedad. En conjunto, todo era «enigmático» y, por lo que él podía ver, debía permanecer así; no se podía hacer otra cosa que disimular más, portarse con ella todo lo bien que le fuera posible e intentar no sentir amargura por Wilfrid. ¡El infierno!

Dobló hacia Chelsea Embankment. El cielo era aquí oscuro, ancho y radiante de estrellas. El río era ancho, oscuro y centelleante con los rayos

oleaginosos de los faroles del Embankment. La anchura de todo le inspiraba descanso. ¡Así era la vida! Un mundo alegre, extravagante, difuso; dulce y amargo juego de azar inmensamente intrigante, sin que interesaran los naipes que se descubrían a cada momento. En las trincheras pensaba: «Cuando salga de aquí, ya no me preocuparé nada»; ahora recordaba pocas veces haberlo pensado. El cuerpo humano se renovaba por sí solo —según decían— en siete años. En tres años, su cuerpo no sería el de las trincheras, sino un cuerpo de tiempo de paz con un complejo de acabamiento. ¡Si Fleur quisiera decirle claramente lo que sentía, lo que hacía con Wilfrid, pues, sin duda, algo estaba haciendo! ¿Y la poesía de Wilfrid? Su pasión abominable —como el Baronet supuso— se expresaría en poesía. Y si ocurría así, ¿quién iba a publicársela? ¡Vaya un asunto! ¡Ea!, la noche era hermosa y lo principal es no comportarse como un bruto. ¡Admirar la belleza y no ser un bruto! ¡No quedaba —como no fuera reírse— el lado cómico! ¡Suceda lo que suceda, conservar el buen humor! Y Michael, bajo los plátanos deshojados a medias, como plumeros levantados en la sombra, buscaba el lado alegre de su situación. No lo encontró. Parecía no haber nada divertido en el amor. Tal vez algún día dejaría de amar; pero no mientras ella le tuviera colgando de un hilo. ¿Es que lo hacía a propósito? ¡No! Simplemente, Fleur no podía ser una de esas mujeres que tienen a sus maridos hambrientos y les dan de comer sólo cuando quieren vestidos, pieles, joyas. ¡Sería repugnante!

Ante sus ojos aparecía Westminster. ¡Sólo las diez y media! ¿Y si tomara un coche y se dirigiera a casa de Wilfrid con la intención de saber algo por él? Sería lo mismo que hacer retroceder la saeta de un reloj en su tic-tac acompasado. ¿Qué utilidad reportaría decirle: «Tú amas a Fleur; no lo hagas», o que Wilfrid se lo dijera a él? O decirle: «después de todo, yo fui el primero, tengo derecho de prioridad». ¡Quizá por pura casualidad, pero realmente era así! ¡Y no sería eso lo malo! ¡Ya no era una novedad para ella; en él ahora no había nada inesperado! Y él y ella habían convenido infinidad de veces en que la novedad era la sal de la vida, la esencia del interés y el drama. ¡Ahora la novedad estaba en Wilfrid! ¡Oh, Dios! ¡La posesión de la mujer distaba mucho de ser asunto meramente legal! Dando la vuelta al Embankment, se acercaba a su casa, bella parte de Londres; bella plaza; todo era bello, salvo esa infernal complicación. Algo blando como una gran hoja rozó por dos veces su oreja. Se volvió extrañado; estaba en un lugar desierto, no había árbol alguno por allí. En la obscuridad flotaba un objeto esférico; intentaba agarrarle a tientas. ¿Qué era? ¡Un globo de niño! Le aprisionó entre sus manos; bajo el poste de un farol le pareció verde. ¡Rarísimo! Levantó la vista. ¡Dos ventanas iluminadas, una de ellas la de Fleur! ¿Era la burbuja expelida de su propia felicidad? ¡Morboso! ¡Gran tonto! ¿Un juguete escapado de las manos de un, niño? Lo retenía cuidadosamente. Se lo enseñaría a ella. Metió la llave en la cerradura.

Oscuridad en el *hall*. Ya estaba ella arriba. Subió, meciendo el globo entre los dedos. Fleur estaba ante un espejo.

— ¿Pero qué traes ahí? — dijo ella.

La sangre volvió al corazón de Michael. ¡Era curioso cómo le había atemorizado la idea de que ella tuviera que ver algo con ese encuentro!

— No sé, querida; cayó sobre mi sombrero; debía venir del Cielo — y golpeó el globo suavemente.

El globo flotó, descendió, botó por dos veces y descansó.

— Eres un niño. Michael. Me figuro que lo habrás comprado.

Michael se acercó más y se quedó completamente inmóvil.

— ¡Cielos santos! ¡Y qué desgracia estar enamorado!

— ¡Eso lo crees tú!

— *Il y a toujours un qui baise et l'autre qui ne tend pas la joue!*

— ¡Pero yo sí!

— ¡Fleur!

Fleur se sonrió.

— *Baise*, anda!

Michael, abrazándola, pensó: «¡Soy de ella; hace conmigo lo que quiere, de ella no sé nada!»

Y sintió un ruido débil... de *Ting-a-ling* oliendo el globo.

Segunda Parte

I

EL MARCO BAJA

El estado del mundo había alterado más y más cada vez los nervios de Soames, desde la Junta general de la P. P. R. S. Ésta transcurrió con aquella variedad que desde mucho tiempo había observado él en reuniones semejantes: una perorata insustancial del presidente; jabón de dos accionistas veraces; vinagre de otros accionistas que no lo eran tanto, y la habitual tontería acerca del dividendo. Entró decepcionado y salió más decepcionado todavía. Cuando Soames se grababa una idea en el cerebro, la abandonaba con más lentitud con que los gusanos el queso. ¡Las dos séptimas partes de los contratos extranjeros, casi en su totalidad alemanes! ¡Y el marco seguía depreciándose! Y la depreciación empezó en el momento que decidió apoyar el dividendo. ¿Y por qué? ¿Qué se estaba fraguando? Contra su costumbre, se dedicó a escudriñar cuidadosamente en las columnas políticas de su periódico. Siempre había desconfiado de los franceses, especialmente desde su matrimonio en segundas nupcias; los franceses seguirían el juego del diablo, o él se equivocaba mucho. Observaba que sus periódicos no perdían oportunidad para atacar el sistema inglés: ¡Creían poder componer siempre la música a que había de bailar Inglaterra! ¡Y el marco, y el franco y todas las demás divisas depreciándose! Y, aún cuando en la mente de Soames se daba aquella satisfacción de que con un pedacito de papel de su país podía adquirir una buena cantidad de papel extranjero, sentía también una preocupación que le volvía como tonto e irreal todo, firme como estaba en la certidumbre de que iba ganando terreno, de que la P. P. R. S, no pagaría dividendo el próximo año. La P. P. R. S, era una gran entidad; si no se pagaba dividendo esto sería señal, y no despreciable, de una mala dirección. El seguro era una de las pocas cosas de este mundo de Dios que podía y debía practicarse sin riesgo alguno. Sin esta condición, jamás habría entrado a formar parte del Consejo. ¡Y ver que el seguro no se había practicado así y esto era por su culpa! ¡Bien! Había logrado que Winifred vendiera, aun cuando las acciones habían perdido algo. «Creí que se trataba de algo seguro — decía ella lamentándose—. Es una gran pena perder dinero.» Y ella obedeció. Si aquellos que le siguieron, los Roger y los Nicholas, no vendían también... ¡Pero era de su incumbencia ocuparse de ello! ¡Él ya había procurado que Winifred les pusiera al corriente! Respecto de él mismo, no tenía más acciones que las inherentes a su cargo y la pérdida de uno o dos dividendos no perjudicarían a quien, como él, resultara más que compensado con sus honorarios. No sentía, por lo tanto, intranquilidad interior, sino un sentimiento por un estado de cosas relacionadas con el extranjero y por el desprestigio que esto significaba para su reputación.

Las navidades transcurrieron tranquilamente en Mapledurham. Él detestaba las navidades y si las guardaba se debía a que su esposa era francesa y la fiesta nacional de ella era el día de año nuevo. No podía uno ir tan lejos, guardando esa fiesta y fomentando una costumbre extranjera. Pero Navidades, sin un chiquillo en el hogar... Todavía recordaba el acebo y las flores navideñas de su niñez, las reuniones familiares y cómo le disgustaba que no se encontrara algo simbólico: el dedal o el anillo, en vez del chelín. Jamás aceptó la tradición de *Santa Claus* en Park Lane, tanto porque sabía quién era el vejete, cuanto porque ya no era cosa reciente. Emilia, su madre, se había cuidado de ello. Sí; y por cierto que ese William Goulding, había batido de tal manera a esos tíos del Colegio «Herald», que Soames había abandonado sus indagaciones... Eso no era más que inducirle a gastar su dinero en una satisfacción sentimental que no cristalizó. Ese cabeza pequeña del viejo Mont se jactaba de su abolengo. ¡Razón de más para no tener antepasados de qué jactarse! Los Forsythe y los Goulding eran una buena raza inglesa; eso era lo que importaba. Y si Fleur y su, hijo, dado que naciera uno, tenían sangre francesa..., bien; ahora ya no tenía remedio.

Tocante a la llegada de un nieto, Soames sabía lo mismo que en octubre. Fleur había pasado las Navidades con los Mont; no obstante, había prometido pasar unos días con ellos, y su madre debería aprovechar la oportunidad para hacerle unas preguntas.

El tiempo era apacible en extremo; tanto que Soames salió de pesca en una batea. Quería pescar percas y albures, pero lo que de cuando en cuando picaba era un pescado más basto, denominado escarcho, que actualmente no servía ni para la servidumbre. Sus ojos grises se deslizaban desde la superficie gris del agua hasta el firmamento gris, mientras en su mente el marco se desvalorizaba. Éste se derrumbó como un trasto viejo en ese 11 de enero, en que los franceses avanzaron, ocupando el Ruhr. En su desayuno dijo a Annette:

—¡Tu pueblo está loco! ¡Fíjate en el marco ahora!

—¿Y qué me importa el marco? —contestó ella ante su café—. Lo que me interesa es que no vuelvan a mi tierra. Espero que habrán de sufrir un poco lo que hemos sufrido nosotros.

—Tú —dijo Soames— jamás has sufrido nada.

Annette se puso la mano allí donde Soames dudaba muchas veces que hubiese un corazón.

—Sufrí aquí —dijo ella.

—Pues no me he dado cuenta. Jamás te faltó lo necesario para vivir. ¿Qué crees tú que será de Europa en los treinta años próximos? ¿Qué va a ser del comercio británico?

—Los franceses vemos lo que tenemos delante de los ojos —dijo Annette con vehemencia—. Entendemos que los vencidos deben mantenerse siendo los vencidos, o de otra manera se tomarían la revancha. Vosotros, los ingleses, sois tan chapuceros...

—¡Nosotros, chapuceros! —replicó Soames—. Hablas como un niño. Una gente tan chapucera, ¿podría haber conquistado nuestra situación en el mundo?

—Eso lo debéis a vuestro egoísmo. Sois fríos y egoístas.

—Fríos, egoístas y chapuceros... al mismo tiempo no pegan. Explícate de nuevo.

—Vuestra chapucería está en vuestro entendimiento y en vuestra conversación; es vuestro instinto el que os da el éxito, y vuestro instinto inglés es frío y egoísta, Soames. Todos vosotros sois una mezcla de hipocresía, estupidez y egoísmo.

Soames tomó un poco de mermelada.

—Bien —dijo—. ¿Y qué sois vosotros los franceses? Cínicos, avarientos y rencorosos. Así como los alemanes son sentimentales, tercos y brutos. Todos podemos hablar mal los unos de los otros. Nada puede arreglarnos, si no es conservarnos alejados. Y esto es lo que los franceses no queréis hacer. El cuerpo de Annette se estiró.

—Cuando uno se halla ligado a una persona, como yo a ti, Soames, o sea como nosotros los franceses estamos ligados con los alemanes, es preciso ser emperador o vasallo.

Soames dejó su tostada.

—¿Y tú te crees emperador en esta casa?

—Sí, Soames.

—Entonces, mañana mismo puedes volverte a Francia.

Las cejas de Annette se arquearon burlonamente.

—Esperaré un poco, monín; todavía eres demasiado joven.

Pero Soames estaba ya lamentando su exabrupto; a su edad no estaba bien un disturbio semejante y dijo más tranquilo:

—El acuerdo es la base de la vida entre individuos y naciones. No podemos meter las manos en el fuego cada quinquenio.

—Eso es muy inglés —observó Annette—. Nosotros, los demás no sabemos nunca lo que vais a hacer los ingleses. Esperáis siempre a ver hacia qué lado saltará la liebre.

Por más simpatía que sintiese Soames hacia una condición semejante, la hubiera negado en todo momento... Reconocer el espíritu oportunista era cosa que no hacía nadie. Pero con la caída del marco, como una carretada de ladrillos, estaba sulfurado hasta el extremo de sostener con aprobación este modo de ser.

—¿Y por qué no hemos de hacerlo? ¡Precipitarse en las cosas que luego se habrían de abandonar! Y, mira, no quiero discutir: franceses e ingleses ni se han compenetrado ni se compenetrarán jamás.

Annette se levantó.

—Dices la verdad, amigo. *Entente, mais pas cordiale*. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Irme a la ciudad —dijo Soames malhumorado—. Tu simpático Gobierno ha puesto el negocio en un callejón sin salida, con toda el alma.

—¿Pasarás allí la noche?

—No lo sé.

—*Adieu* pues, *jusqu'au revoir!* —y desapareció.

Soames se quedó pensativo ante su mermelada, con la depreciación del marco en la cabeza, contento de haber acabado con la simpática figura de su esposa, puesto que en ese momento no estaba de humor para soportar las intemperancias francesas. Se apoderó de él un irrefrenable deseo de decirle a alguien: «ya se lo predije»; sin embargo, tuvo que esperar a ver si encontraba a alguien a quien poderlo decir.

Hacía un día espléndido, nada de frío y, tomando su paraguas, por precaución, se dirigió a la estación.

Durante el viaje, en el coche, se hablaba de la ocupación del Ruhr. Soames, enemigo de discusiones públicas, escuchaba defendido por su periódico. La opinión unánime era sorprendentemente igual a la suya. Cuando era contraria para los hunos⁸, magnífico; cuando era contraria para el Gobierno británico, pésimo; cuando el amor al comercio británico era fuerte y el odio a los hunos era momentáneamente débil, entonces más mal que bien. Fué recibida con acusada frialdad una observación francófila, relativa a que los franceses procedían rectamente, asegurándose a toda costa. En Maidenhead subió un caballero a quien Soames relacionó automáticamente con el disturbio. Tenía abundante cabello gris, rostro rojizo, ojos inquietos, cejas movedizas; pasados cinco minutos, preguntó con voz airosa si se sabía algo de la Sociedad de las Naciones. Viendo confirmada su sospecha, Soames miró por el ángulo de su periódico. De seguro que este individuo saldría con alguna que otra sandez. ¡Y fué así! «La cuestión —dijo el recién llegado— no está en si los alemanes reciben

⁸ *Hunos*, término equivalente en Inglaterra a *boches*: en Francia, éstos, alemanes. (*N. de los T.*)

un puñetazo en los ojos, los ingleses uno en el bolsillo o los franceses uno en el corazón, sino en si el mundo debe tener paz y buena voluntad.» Soames bajó su periódico. Decía el orador: «Si queremos paz, debemos ahogar los intereses individuales y pensar en aras de un interés colectivo. ¡El bien de todos es el bien de uno!» Soames conoció rápidamente el paño. Esto podía ser, pero el bien de uno no era el bien de todos. Comprendió que, si no andaba con cuidado, el individuo se percataría de su actitud. El caballero le era completamente extraño y, por otra parte, de una discusión jamás saldría nada bueno. Desgraciadamente, su silencio en medio de la opinión general de que la Liga de las Naciones «no era humana», pareció motivar que el recién llegado le mirase como un «simpatizante». ¡El individuo no le perdía de vista! Levantar nuevamente el periódico le pareció excesivamente descortés y su situación iba siendo cada vez más falsa cuando el tren paró en Paddington. Se apresuró a tomar un coche. A su espalda decía una voz:

—¡Vaya una cuadrilla, señor! Me alegra que usted haya comprendido mi punto de vista.

—¡Perfectamente! —dijo Soames—. ¡Taxi!

—Si la Liga de las Naciones no interviniera, iríamos a parar a los infiernos.

Soames dió vuelta a la manilla de la portezuela del taxi.

—¡Perfectamente! —repitió—. ¡Al Poultry! —y subió.

No se iba a dejar llevar por aquel individuo. ¡Era más incendiario que una tea!

Ya en el coche, se le manifestó el alcance de su turbación. Había dicho al Poultry, una dirección que «Forsythe, Bustard y Forsythe» habían abandonado cuando, veintidós años atrás, se asociaron con Cuthcott, Holliday y Kingson, convirtiéndose en «Cuthcott, Kingson y Forsythe». Enmendando el error, permaneció sentado, con el cuerpo inclinado hacia adelante, taciturno. ¡La depreciación del marco! Para el país era una seguridad, sí; pero cuando dejaran de pagar el próximo dividendo. ¿Podían confiar en que los accionistas culparan a los franceses, en vez de dirigir sus iras contra el Consejo? ¡Muy dudoso! Los consejeros debían estar prevenidos. Pero esto podía afirmarse de los otros consejeros, no de él; éste era un proyecto que personalmente jamás habría abordado. Si pudiera nada más que discutir el asunto con alguien, pero el viejo Gradman no calaba hasta las profundidades que él. Y al llegar a su oficina, observó con cierta impaciencia a aquel viejo caballero inalterable, sentado en su sillón giratorio.

—¡Oh, señor Soames! Le esperaba esta mañana. Ha estado aquí un joven de la P. P. R. S, preguntando por usted. No ha querido decirme qué le traía, alegando que se trataba de algo confidencial. Ha dejado el número de su teléfono.

—Bien —dijo Soames.

—Se trata de un muchacho muy joven empleado en la oficina.

—¿Qué aspecto tenía?

—Un muchacho agradable y muy aseado. Me ha producido una impresión muy favorable; se llama Butterfield.

—Bien, pues llámele y dígame que estoy aquí —y dirigiéndose al balcón, permaneció allí, mirando a una pared completamente vacía.

Su despacho, dispuesto para un socio que no vive la actividad del negocio, estaba situado en la parte de atrás, libre de estorbos. ¡Un joven! ¡La visita era algo singular! Y dijo por encima de su hombro:

—Gradman, no se retire cuando venga; no le conozco de nada.

El mundo cambiaba, las gentes se morían, el marco bajaba; pero permanecía allí Gradman, personificación fiel y gris de la servidumbre y la integridad: un áncora.

La voz áspera y afable de Gradman decía:

—Las noticias francesas, señor Soames, no son satisfactorias. Son una partida de atolondrados. Recuerdo a su padre, el señor James, al llegar a la oficina el día en que se declaró la guerra francoprusiana; entonces se hallaba en su plenitud, no pasaba de los sesenta. Pues recuerdo exactamente sus palabras: «Ya lo ves —dijo—: yo ya se lo decía.» Y todavía están en las mismas. Realmente se llevan como perro y gato.

Soames, que había dado media vuelta, volvió a contemplar el vacío. ¡El pobre viejo Gradman se pasaba de moda! ¿Qué diría cuando se enterase que habían asegurado valores extranjeros? Estimulado por la presencia de la anticuada figura de Gradman, su entendimiento se dilató con inusitada libertad. Tal vez aún viviría otros veinte años. ¿Qué ocurriría en ese período? ¿Dónde estaría la vieja Inglaterra al finalizar el mismo? «A pesar de cuanto digan los periódicos —pensaba—, no somos tan necios como parecemos. ¡Si tan sólo nos fuera posible conducirnos sin emprender negocios ruinosos y pagar lo que fuese!»

—¡El señor Butterfield, señor!

—¡Hum!

Este joven se había presentado rápidamente. Protegido por el franco y amable saludo de Gradman, le dirigió una mirada escrutadora. El joven vestía un traje impecable, cuello vuelto y el sombrero en la mano; era un muchacho, al parecer, modesto. Soames afirmó con la cabeza:

—¿Es usted quien quiere verme?

—A solas, si es posible, señor.

—El señor Gradman, aquí presente, es mi mano derecha.

La voz de Gradman, áspera y sincera, añadió:

—Puede hablar sin ambages. Nada pasará de estas paredes, joven.

—Pues bien: soy empleado de las oficinas de la P. P. R. S. El hecho es que una sencilla circunstancia ha traído a mis manos una información, y mi conciencia no está tranquila. Sabiendo que usted, señor, es abogado, he preferido acudir a usted, más que al presidente. Como hombre de leyes, usted me dirá: ¿Estoy obligado a la Sociedad antes que a nada por estar empleado en ella?

—Desde luego —dijo Soames.

—No me agrada dar este paso y espero que comprenderá que no me impulsa ningún motivo personal. Lo hago sólo porque creo que debo hacerlo.

Soames le miró fijamente. Los ojos del joven, aunque grandes y expresivos, le impresionaron por su semejanza con los de un perro.

—¿Qué pasa, pues? —dijo.

El joven se humedeció los labios.

—Nuestros seguros con Alemania, señor.

Soames alzó las orejas, ya naturalmente bastante pronunciadas.

—Es un asunto muy grave —prosiguió el joven—, y no sé hasta dónde puede afectarme; el hecho es que esta mañana he oído una conversación privada.

—¡Ah! —dijo Soames.

—Sí, señor. Comprendo muy bien su extrañeza. Pero las primeras palabras lo aclararon todo. Después de haberlo oído, era imposible descubrirme. Supongo que estará usted de acuerdo conmigo.

—¿Y entre quienes tenía lugar la conferencia?

—Entre el gerente y un tal Smith, aunque me parece, por su pronunciación, que tiene un apellido bastante menos inglés. Este hombre es el que ha intervenido como agente en la mayoría de los negocios alemanes.

—¿Cuáles fueron sus palabras?

—Pues bien, señor: hablaba el gerente y después dijo ese Smith: «Eso mismo, señor Elderson, pero no le hemos pagado una comisión en vano en todas esas operaciones; si el marco llega a la total bancarrota, usted tendrá que procurar que su Sociedad lo haga bueno para nosotros.»

El fuerte deseo de lanzar un silbido que experimentaba Soames, quedó cortado al ver el semblante de Gradman. La boca del pobre viejo se había abierto en el nido de su barba corta y pardusca; sus ojos miraban como los de un perro faldero y dejó escapar un prolongado «¡Oh!»

—Sí —prosiguió el joven—; fué una sorpresa.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó sutilmente Soames.

—En el antedespacho, entre el despacho del director y el salón del Consejo. Acababa de recoger unos papeles en el salón del Consejo y la puerta del gerente estaba abierta como dos centímetros. Naturalmente, conozco bien las voces.

—¿Y después?

—Oí al señor Elderson: «¡Calle! ¡No hable tan alto!», y de nuevo me escurrí del salón del Consejo. Aquello era más que suficiente. ¡Se lo aseguro, señor!

La sospecha y la suposición llenaban la mente de Soames. ¿Estaba diciendo la verdad este joven? Un hombre como Elderson, ¡el peligro era monstruoso! Y si era verdad, ¿cuál era la responsabilidad de los consejeros? Pero ¿había pruebas? Miró al joven, cuyo rostro estaba trastornado y pálido, aunque sus ojos no vacilaran. ¡Si pudiera amedrentarle! Y dijo astutamente:

—Ahora tenga mucho cuidado con lo que dice. Es una cuestión extremadamente grave.

—Lo sé, señor; si me hubiera dejado guiar por mi interés, no hubiera dado este paso. No soy de los que gozan traicionando a los demás.

Las palabras parecían sinceras. Pero Soames no abandonó su prevención.

—¿Ha tenido usted algún tropiezo en la oficina?

—No, señor; puede usted informarse. Nada he tenido contra el señor Elderson, ni él ha tenido nada contra mí.

Soames pensó de repente: «¡Dios del cielo! ¡Me lo ha venido a contar a mí y en presencia de un testigo! ¡Y un testigo que he puesto yo mismo!»

—¿Tiene algún motivo —dijo— para suponer que ellos estaban enterados de la presencia de usted allí?

—Creo que no les era posible.

El contenido de estas noticias era más alarmante a cada segundo. Parecía como si el destino, de que se había librado durante toda su vida, le hubiese asestado súbitamente un golpe, a pesar de su guardia cerrada. No obstante, no era cosa de acobardarse... ¡Lo pensaría con calma!

—¿Está usted dispuesto, si es necesario, a repetirlo todo ante el Consejo?

El joven se apretó las manos, retorciéndoselas.

—La verdad, señor, preferiría no hacerlo; pero si usted quiere que sea así, creo que estoy en el deber de hacerlo. Estoy seguro y confío que guardará este asunto para usted sólo; quizá no sea cierto..., pero, en este caso, ¿por qué el señor Elderson no le dijo: «¡Fuera de aquí, embustero!»...?

¡Cabalmente! ¿Por qué no lo dijo? Soames emitió un gruñido de profunda contrariedad.

—¿Nada más? —dijo.

—No, señor.

—Muy bien. ¿Lo ha dicho usted a alguien?

—No, señor.

—Pues no diga nada y déjelo de mi cuenta.

—Como usted quiera, señor. Buenos días.

—¡Buenos días!

No. ¡Muy mal día! No le producía la satisfacción más mínima el cumplimiento de su profesión en torno a Elderson. ¡Ninguna!

—¿Qué le ha parecido ese joven, Gradman? ¿Miente?

Gradman, en la cúspide de su extrañeza, se frotaba su nariz tan grande como lustrosa.

—A no ser que usted, señor Soames, tenga mejor golpe de vista, a mí me ha ofrecido una impresión dudosa. Pero no alcanzo a ver lo que el joven ganaría con eso.

—Ni yo; pero eso no se sabe nunca. Lo difícil será obtener una prueba. ¿Puedo proceder sin ella?

—Es delicado —dijo Gradman.

Y Soames ya sabía que rechazaba su pregunta. Cuando Gradman calificaba un asunto de delicado, quería expresar que caía dentro de las cosas especiales, acerca de las cuales debía esperar instrucciones. ¡Hasta temía dar su opinión! ¿Pero es que la tenía? Bueno, eso no podía saberlo. El pobre viejo estaría pensando en ello hasta el día del juicio final.

—No procederé con precipitación —dijo, casi con enojo—; no puedo prever el desenlace de esto.

Cada hora que pasaba confirmaba esta frase. Durante el almuerzo, la pizarra de su Club de la City mostraba el constante descenso del marco... hacia incógnitas profundidades. ¡No podía imaginarse cómo podían hablar del golf con este asunto en la cabeza!

«Es preciso que vaya a ver a este socio —se dijo para sí mismo—. Estaré en guardia. Él puede darme un rayo de luz.» Aguardó a las tres y se fué a la P. P. R. S.

Al entrar en las oficinas, se dirigió al salón del Consejo. El presidente estaba conversando con el gerente. Soames tomó asiento sigilosamente para escuchar, y mientras tanto observó el semblante del individuo. No le decía nada. ¡Y qué tontas eran las gentes al decir que la cara es el espejo del alma! De esta manera sólo podía descubrirse el alma de un perfecto idiota. Y aquí tenía un hombre de cultura y experiencia, un hombre que conocía todos los resortes de la vida comercial y de la alta sociedad. Su calva, sus limpias facciones, demostraban nada más que el efecto de la mortificación lógica del fracaso en su proyecto. El descenso del marco había ya extinguido cualquier posible beneficio para el próximo ejercicio semestral. Si la desdichada moneda no se restablecía, llevarían a costas un peso muerto con el seguro alemán... ¡En realidad, era criminal no haber establecido un límite de responsabilidad! ¿Y quién había podido prever este loco asunto del Ruhr, o adivinar la excesiva confianza de sus colegas en el maldito hombre? Las palabras «delito de negligencia» aparecieron grabadas ante sus ojos. ¡Si se presentara una demanda contra el Consejo! ¡Delito de negligencia! ¡A su edad y con su reputación! La cosa era clara como la luz del día. ¡El individuo había recibido su comisión para omitir el límite de responsabilidad! Probablemente el 10 por 100 en la totalidad de las operaciones. ¡Su ganancia se remontaría a miles! Era necesario estar loco para arriesgarse de esa manera. Pero Soames se levantó y volvió la espalda, dándose cuenta de que su fantasía se precipitaba. ¡Convenía fomentar el miedo, hacer vacilar el dominio del director! Volviéndose de nuevo, dijo:

—Pero, señor gerente, ¿qué demonios estaba pensando usted cuando autorizaba tales contratos sin límite de responsabilidad? ¡Un hombre de su experiencia! ¿Qué razones tenía para proceder así?

Una ligera contracción de sus ojos, una leve compresión de sus labios. Había recalcado la palabra «razones», pero el individuo se había hecho el desentendido.

—Señor Forsythe: en primas tan elevadas como las que establecimos, no era viable una limitación de responsabilidad. Todo ha tenido un desarrollo infame y creo que debemos considerarlo como una mala suerte.

—Desgraciadamente —dijo Soames—, en el seguro propiamente regulado no hay nada que se parezca a la suerte, según veremos, o yo estoy muy equivocado. ¡Nada me extrañaría que se demandara al Consejo por delito de negligencia!

¡Esto había llegado a *cabrear* al presidente! ¿Cabrear? ¡No era ésa de las expresiones que se usaban hoy en día! Tal vez quería decir lo contrario. Uno jamás podía saberlo. Pero respecto a Elderson, Soames, al parecer, veía que

disimulaba un cierto aturdimiento. Era inútil querer sonsacar nada de un individuo semejante. Si la sospecha era fundada, el hombre tenía que estar completamente desesperado, dispuesto a todo y para todo. Y como sea que para Soames el lado desesperado de la vida: las verdaderas dificultades, las situaciones imposibles, que exigen una mano maestra, habían sido siempre evitados por las costumbres de una naturaleza prudente, le era ahora imposible imaginarse el estado mental de Elderson, o su línea de conducta, si era culpable. Por tanto, él se limitaba a pensar en si el individuo llevaría consigo un veneno, o si estaba provisto de un revólver, como en las películas. En su conjunto, la cosa era bastante desagradable, demasiado fastidiosa para palabras. Y sin decir más, se fué, sin otro resultado que la noticia de que la responsabilidad en el asunto alemán, después de la depreciación del marco, ascendía a unas 200.000 libras. Hizo rápidamente un balance de la fortuna de sus compañeros de Consejo. El viejo Fontenoy estaba siempre ahogado; el presidente, un secreto impenetrable; Mont era un hacendado con tierras depreciadas e hipotecas por su reducido valor; el viejo Cosey Mothergill no tenía más que su nombre y sus honorarios de consejero; Meyricke debía tener una buena renta, pero se iba como venía, como pasaba con la mayoría de estos grandes consejeros dispendiosos y engreídos. ¡Entre todos ellos no había un hombre verdaderamente rico, excepto él! Cubrió cabizbajo lo largo de su carrera. ¡Compañías públicas! ¡Sistema absurdo! Uno tenía que depositar su confianza en alguien y ¡aquí estábamos! ¡Era aterrador!

—¡Globos, caballeros, colores preciosos, tres metros de diámetro! Llévese uno, caballero.

—¡Buen Dios! —exclamó Soames—. ¡Como si no tuviera bastante con el globo pinchado de los negocios alemanes!

II

VICTORINA

La venta de globos aflojó mucho durante todo diciembre; apenas se notaba movimientos de compradores, incluso en las últimas semanas de Navidad, y por consiguiente, la Australia Central, estaba, como siempre, muy lejos de los Bicket. La joven Victorina, restablecida hasta cierto punto, no había sido readmitida en su empleo en el departamento de blusas de la Boney Blayds y Co. Le habían dado algún trabajo para coser, pero no últimamente, y ella había ocupado el tiempo en buscarse una colocación más segura. Su preocupación — lo había sido siempre— era su rostro. No era cosa corriente. Las gentes no sabían qué hacer con una joven de su apariencia. ¿Por qué dar empleo a quien sin calidad alguna de riqueza, linaje, moda o habilidad (por lo que ellos alcanzaban), les hacía sentirse ordinarios? Puesto que el interés dramático, por esencial que fuera para Fleur y Michael, no era algo primordial en la

manufactura o venta de blusas, en el despacho de calzado, poner direcciones en sobres, componer coronas para entierro y las demás ambiciones de Victorina. ¿Qué había detrás de aquellos ojazos y aquellos labios silenciosos? Aquello era una preocupación de los Boney Blayds y Co, y de todos los demás ramos del comercio mayorista. A una muchacha humilde, nacida en Putney, no se le ocurrió echar mano a sus oficios fantásticos, comparsa de cines o maniquí.

Cuando Bicket se marchaba por las mañanas, con su cajón de mano y sus globos todavía sin inflar, ella se quedaba mordiéndose el dedo, como si buscara un camino para evadirse de esta insegura lucha por la existencia, que tenía a su marido delgado como un palo, aburrido como una ostra, raquítico como un gorrión sin cola y el cual, sin hacer caso del orgullo de su casta, se dedicaba a una ocupación que no le proporcionaba más que lo justo para vivir bajo techo. Hacía tiempo que ambos se habían convencido de que los globos no tenían porvenir; eran nada más que un presente mísero. Y la silenciosa y pasiva Victorina no podía menos de ahogarse en fiero disgusto. Necesitaba mejorar la situación en beneficio suyo y de él, principalmente de él.

La mañana del desastre del marco, se vistió con su chaqueta de terciopelo y el sombrerito (lo más estimable que quedaba en su ropero): había tomado una resolución. Bicket no mencionaba jamás su antigua colocación y su esposa adivinaba sutilmente una razón fuera de lo común para haberla perdido, ¿Por qué no intentar que se la dieran de nuevo? Él decía con frecuencia: «El señor Mont es un caballero y una especie de socialista: estuvo en la guerra; no es un tipo presumido.» ¡Si ella pudiera encararse con este *fenómeno*! Con la emoción de la esperanza y la osadía grabadas en sus lívidas mejillas, se saturó de su figura valiéndose de los cristales de los escaparates del Strand. Su terciopelo verde jade siempre sería agradable para quien supiera distinguir de colores, pero su falda negra..., aunque tal vez los remiendos y el lustre no se verían, si permanecía detrás del mostrador. ¿Tendría la suficiente audacia para decir que iba a buscar un manuscrito original? Y lo ensayó, con los labios silenciosos, corrigiendo su pronunciación: «¿Tendría la amabilidad de decir al señor Mont si puede recibirme? Es sobre un original.» Eso mismo, y luego le preguntaría: «¿Su nombre, por favor?» «¿La señora Bicket?» No. ¡Jamás! «¿La señorita Victorina Collins?» Todas las autoras usaban sus nombres de muchachas solteras. Eso mismo: Victorina. Pero Collins no sonaba bien. Sin embargo, nadie sabía cuál era su apellido de familia. ¿Por qué no escoger uno? Esto era bastante frecuente. Y lo buscó. Que fuera algo italiano, como..., como... No les había dicho la casera, cuando alquilaron la habitación: «¿Su esposa es italiana?» ¡Ah!, Manuelli. Este, sin duda, era italiano. ¡Era el apellido de aquel hombre que vendía mantecados en la calle Little Ditch! Y prosiguió practicando silencio. ¡Si tenía la suerte de ver al señor Mont!

Entró temblando. Todo se desarrolló como lo había previsto, incluso la corrección de su pronunciación, hasta que tuvo que esperar la contestación que

debía darle el tubo de comunicación interior, disimulando entre tanto sus manos en sus guantes extremadamente viejos. ¿La señorita Manuelli tenía concebida alguna entrevista? No se encontraba su original.

—No —dijo Victorina—. Todavía no lo he mandado. Necesitaba verle antes.

El joven del mostrador la miraba con insistencia. Se dirigió de nuevo al tubo y habló desde allí.

—Haga el favor de esperar un minuto. La secretaria del señor Mont baja para atenderla.

Victorina inclinó la cabeza hacia su abatido corazón. ¡Su secretaria! De esa manera no llegaría hasta donde deseaba. Y de pronto la embargó el temor de su ficción. Pero la misión de Tony, de pie en su esquina, *englobado* hasta los ojos, tan como le había visto a hurtadillas más de una vez, robusteció su desesperación.

Una voz de joven dijo:

—¿La señorita Manuelli? ¿Soy la secretaria del señor Mont! ¿Tal vez podría comunicarme el objeto de su visita?

Era una joven de fresco semblante, cuyos ojos la examinaron de pies a cabeza. Suavizando su duro acento, dijo:

—¡Oh! Precisaba hablar con él.

La mirada escrutadora se detuvo en su cara.

—Si quiere usted subir conmigo, veré si puede recibirla.

Victorina estaba sentada, sola e inmóvil, en un pequeño recibidor cuando divisó la cara de un joven que se adelantaba a la puerta, y oyó las palabras:

—¿Quiere usted pasar?

Tomó aliento y entró. Una vez en la *audiencia* que le habían concedido, llevó sus ojos desde Michael a su secretaria y a Michael otra vez, reprochándole a su juventud y caballerosidad el valor de negarle una entrevista confidencial. De pronto, Michael pensó: «Supongo que se tratará de una petición de dinero, ¡Pero qué cara tan interesante!» La secretaria, frunciendo los labios, salió de la habitación.

—Bien, señorita... ¿Señorita Manuelli?

—Manuelli, no. Usted dispense. Soy la señora Bicket. Mi marido estaba empleado aquí.

«¡Cómo! ¡El muchacho que se apoderó de *Copper Coin!*» ¡Vaya! ¡El cuento de Bicket, esposa, pulmonía! Su aspecto demostraba que la había tenido.

—Él habla a menudo de usted, caballero; y, por favor, no tiene trabajo. ¿No podría admitirle aquí? Ahora vende globos allí, cerca de St. Paul; con ese negocio no se gana nada y nosotros quisiéramos irnos a Australia. Me he enterado de que él se pone nervioso y que a veces trata mal a las gentes...; pero si pudiera usted colocarle de nuevo aquí...

¡No! ¡No lo sabía!

—Lo siento mucho, señora Bicket. Me acuerdo muy bien de su marido, pero no tenemos lugar para él. ¿Se ha restablecido usted ya?

—Sí, pero no encuentro trabajo.

¡Y qué rostro para una cubierta! ¡Una especie de Monna Lisa, de Leonardo de Vinci! ¡Una novela de Storberty! ¡Ah!

—Bien, yo hablaré con su esposo. ¿Se prestaría usted a servir de modelo a un artista para la cubierta de un libro? Su tipo es precisamente el que necesita un amigo mío. ¿No conoce usted las obras de Aubrey Greene?

—No, señor.

—Son excelentes: a pesar de su estilo decadente, son magníficas. ¿No tiene reparo en ser modelo?

—No tengo reparo en hacer lo que sea, con tal de ganar dinero. Pero será mejor que no le diga a mi marido que he venido a verle. Tal vez no le agradaría.

—Bien; simularé un encuentro casual. ¿Dice que está cerca de St. Paul? Desde luego, aquí no hay probabilidad alguna. Además, me tenía dicho que con lo que le dábamos aquí no tenía bastante.

—Cuando yo estaba enferma.

—Claro que era diferente. Bueno; voy a hacerle una nota para el señor Greene. ¿Quiere usted sentarse un momento?

Mientras ella esperaba, Michael le dirigió una mirada furtiva. En realidad, su rostro lánguido, de ojos grandes, con su oscuro cabello negro, ondulado y formando bucles en las puntas, era extraordinariamente interesante; acaso excesivamente anémico y delicado para el público... Pero ¡qué caramba! ¡No podía dársele siempre al público unos ojos de azul brillante, un cabello trigueño y unas mejillas de amapola! «No es una belleza —escribió— para el gusto corriente; pero es tan interesante en sus detalles que realmente podría llegar a ser una Beardsley o una Dana.»

Cuando ella, después de hacerse cargo de la nota, se hubo retirado, Michael llamó a su secretaria.

—No, señorita Perren, no me sacó nada. Un tipo interesante, ¿verdad?

—Me figuré que le gustaría verla. ¿Verdad que no se trataba de una escritora?

—Ni pensarlo.

—Supongo que le habrá concedido lo que deseaba.

Michael se sonrió.

—En cierto modo, señorita Perren, en cierto modo. Se imagina usted que yo soy tonto de capirote, ¿no es así?

—Tengo la seguridad de que no; lo que creo es que tiene el corazón demasiado blando.

—Michael se pasó los dedos por el pelo.

—¿Le sorprendería si le dijera que he hecho un buen negocio?

—Mucho, señor Mont.

—En ese caso, no se lo diré. Cuando se le pase el berrinche, termine esa carta a mi padre sobre *Duet*: «Sentimos que por el actual estado del negocio no nos sea posible encontrar motivos que nos aconsejen la reedición del diálogo entre ese par de diablillos. ¡Con él ya hemos perdido dinero!» Naturalmente que usted lo pondrá más suave..., y ahora podríamos añadir algo para animar al pobre viejo. ¿Qué le parece esto?; «Cuando los franceses recobren su sentido y los pájaros inicien su canto; abreviando: cuando llegue la primavera..., esperamos tomar en consideración de nuevo con ocasión de..., de...», ¿de qué, señorita Perren?

—«De la experiencia que habremos ganado.» ¿Omitiré lo de los pájaros y de los franceses?

—Perfectamente. «De usted, attos. Danby y Winter.» ¿No cree usted, señorita Perren, un nepotismo escandaloso que traiga su libro aquí?

—¿Qué quiere decir nepotismo?

—Pues aprovecharse de su hijo. Jamás ha ganado ni seis peniques con uno de sus libros.

—Se trata de un escritor muy distinguido, señor Mont.

—Y su distinción la pagamos nosotros. Bien; es un pobre Baronet. Eso es todo su quehacer antes del almuerzo, que deseo le aproveche. ¿Verdad que la figura de aquella joven tampoco era vulgar? Delgada, pero su línea completamente vertical. Señorita Perren: tengo vivos deseos de hacerle una pregunta: ¿Por qué las jóvenes modernas andan formando una curva, con la cabeza inclinada hacia adelante? No va a dar la casualidad de que todas estén constituidas así.

Las mejillas de la secretaria se arrebolaron.

—Hay una razón para ello, señor Mont.

—¡Bien! ¿Y cuál es?

Las mejillas de la secretaria siguieron arrojándose.

—No sé si puedo realmente...

—¡Bueno! ¡Perdone! Se lo preguntaré a mi mujer. Ahora que ella es también de línea muy recta.

—Pues mire, señor Mont: se supone que la espalda de las jóvenes no tiene nada de particular; pero, naturalmente, algo tiene y no puede producir su efecto verdadero, a menos que curven el tórax y adelanten la cabeza. Eso lo han aprendido de los figurines y maniqués.

—Lo comprendo —dijo Michael—. Pero es ya lo último... ¿No es así?

—Sí; yo no lo apruebo.

—¡Claro que no!

La secretaria bajó los párpados y se retiró.

Michael tomó asiento y dibujó en su secante una cara. No era la de Victorina...

* * *

Victorina, provista de la nota para Aubrey Greene, almorzó, como de costumbre, un vaso de café con un pastel, y tomó el metro para Chelsea. No había conseguido su propósito, pero aquel caballero se había mostrado amable y se sentía muy animada.

En la puerta del estudio se encontró con un joven que metía la llave en la cerradura. Era un joven muy elegante, con traje gris ahumado; la cabeza, sin cubrir, brillante y tenso el pelo, impecablemente peinado hacia atrás y con una voz suave.

—¿Modelo? —dijo.

—Sí, señor. Traigo una nota para usted de parte del señor Mont.

—¿De Michael? ¡Pase usted!

Victorina le siguió. Allí era todo «medio» verdemar; era una estancia alta, con vigas y una claraboya en el centro; muchísimos dibujos y pintura en las paredes. Preocupó a Victorina el cuadro en un caballete, que representaba a dos señoras con sus vestidos deslizándose. Se dió cuenta de que los ojos del caballero, verdemar como las paredes, resbalaban de arriba a abajo por todo su cuerpo.

—¿Está usted dispuesta a servir de modelo, para lo que sea? —le preguntó.

Victorina contestó maquinalmente:

—Sí, señor.

—¿Quiere usted quitarse el sombrero?

Victorina se lo quitó y agitó su cabello.

—¡Ah! —exclamó el caballero—. Me deja maravillado.

Victorina se preguntaba por qué.

—¿Quiere usted subir al estrado y sentarse?

Victorina, vacilante, miró a su alrededor. Pareció volar una sonrisa hacia la frente del caballero y sobre su cabello brillante y escurridizo.

—¿Es ésta quizá la primera vez que va usted a servir de modelo?

—Sí, señor.

—Mejor —y le señaló una pequeña plataforma.

Sentóse allí Victorina en una vieja silla de roble.

—Parece que tiene frío.

—Sí, señor.

Él se dirigió a un armario y volvió con dos copitas de un licor marrón.

—¡Acepte una copita de Grand Marnier!

Viendo ella que él se la tomaba de una vez, hizo lo mismo. Era dulce, fuerte, muy agradable, y la obligó a saborearla.

—¿Un cigarrillo?

Victorina tomó uno de la pitillera que él le presentó y lo puso entre sus labios. Él le dió fuego. Y de nuevo voló una sonrisa sobre su cráneo.

—Observo que traga usted el humo —le dijo—. ¿Dónde nació?

—En Putney, señor.

—Muy interesante. Quédese un minuto quieta. Esto no es tan malo como que le extraigan a uno una muela, pero se necesita más tiempo. Lo principal es resistir el sueño.

—Sí, señor.

Tomó un gran trozo de papel y un poco de una sustancia oscura y empezó a dibujar.

—Oiga —dijo él—, señorita...

—Collins, caballero; Victorina Collins.

Un secreto instinto le hizo dar su nombre de soltera. Así parecía más profesional.

—¿Está usted libre? —el hizo una pausa y de nuevo la sonrisa brilló sobre su cabello esplendente—: ¿O tiene otra ocupación?

—Actualmente, no, señor. Estoy casada y nada más.

Después de esto, el caballero permaneció en silencio durante un rato. Era interesante verle tomando una vista, trazando un rasgo en el papel y volviendo a tomar otra vista. Centenares de miradas, centenares de rasgos. Por fin dijo:

—¡Bien! Ahora descansaremos. El cielo la ha enviado, señorita Collins. Venga y caliéntese.

Victorina se acercó al fuego.

—¿Sabe usted algo de expresionismo?

—No, señor.

—Pues bien: equivale a no preocuparse del exterior, para que llegue a expresar espontáneamente el interior. ¿Lo entiende?

—No, señor.

—¡Bien! ¿Creo que dijo usted que posaría... del todo?

Victorina miró al brillante y pálido caballero. No sabía lo que quería decir; pero comprendía que se trataba de algo extraordinario.

—¿Del todo qué?

—Desnuda.

—¡Ah! ¿Así? —y señaló con la mirada el cuadro de las dos señoras.

—No; a usted no la trataría *clubísticamente*.

Un lento rubor encendía por momentos la languidez de sus mejillas. Pausadamente dijo:

—¿Significa esto más dinero?

—Claro; el doble... o tal vez más. Si no le agrada, no quiero que lo haga. Puede pensarlo y decírmelo en la próxima sesión.

Ella levantó de nuevo los ojos y dijo:

—Muchas gracias, caballero.

—¡Perfectamente! Pero haga el favor de no llamarme caballero tan a secas.

Victorina se sonrió. Era la primera vez que lo lograba plenamente, y el efecto que le produjo fué extraño. Él dijo precipitadamente:

—¡Por Dios! Cuando usted se sonríe, la veo *impresionísticamente*, señorita Collins. Si ha descansado ya, siéntese de nuevo.

Victorina ocupó de nuevo su puesto.

El caballero tomó otro trozo de papel.

—¿No podría usted pensar en algo que la mantuviera sonriente?

Ella negó con la cabeza. Verdaderamente era así.

—¿En nada cómico, en absoluto? Por ejemplo: ¿Supongo que usted no amará a su esposo?

—¡Oh, sí!

—Pues bueno; piense que no.

Victorina lo intentó; pero no podía imaginarse a Tony más que vendiendo globos.

Eso no resulta —dijo el caballero—. ¡No piense en él! ¿Ha visto usted alguna vez *L'apres-midi d'un Faune*?

—No, señor.

—Pues bien; tengo una idea. *L'apres-midi d'une Dryade*. Usted no debe preocuparse en absoluto por lo del desnudo. Es completamente impersonal. Piense en el arte y en los quince chelines diarios. ¡Espectros de Nijinsky, ahora lo veo todo!

Mientras hablaba, sus ojos iban desde ella hacia ella, y su lápiz, del papel hacia el papel. En el interior de Victorina comenzó a fermentar una especie de embriaguez. ¡Quince chelines diarios! ¡Mariposas azules!

El silencio era profundo. Los ojos y las manos de él se apartaban y volvían a su trabajo. En el rostro de Victorina se esbozaba una tenue sonrisa. Estaba calculando el dinero que podría ganar.

Al fin, los ojos y las manos de él cesaron en sus movimientos y se quedó contemplando el papel.

—Basta por hoy, señorita Collins. Ahora tengo que pensar de nuevo... ¿Quiere dejarme sus señas?

Victorina tuvo un rápido pensamiento.

—Escríbame a la lista de correos, por favor, caballero. No quiero que mi marido sepa que yo..., yo...

—¿Se adscribe al arte? ¡Bien! Déme el nombre de la estafeta.

Victorina se la dió y se puso el sombrero.

—Hora y media, cinco chelines; muchas gracias. Y mañana a las dos y media, señorita Collins... No me llame caballero.

—Muchas gracias, ca...

Mientras esperaba su autobús, al aire helado de enero, el desnudo le pareció imposible a Victorina. ¡Sentarse, sólo con la piel, ante un caballero extraño! ¡Si Tony se enterara! Otra vez el lento rubor quemó la languidez de sus mejillas. Montó en el autobús. ¡Pero quince chelines diarios! ¡Seis días por semana... eran cuatro libras con diez! En cuatro meses podría ganarse su pasaje. Eran muchas las que debían haber hecho lo mismo, a juzgar por los cuadros que había visto allí. Tony no debía enterarse de nada, ni de que tan sólo sirviera de modelo su cara. ¡Era tan nervioso y estaba tan enamorado de ella! Su imaginación se exaltaría; ella le había oído decir que los artistas eran unos sinvergüenzas. Pero este caballero se había portado muy correctamente, aunque al parecer se reía de todo. Le hubiera gustado ver el dibujo. Acaso lo vería ella misma en una exposición el día menos pensado. Pero sin... ¡oh!, y de repente pensó; «¡Si como un poco más así estaré también hermosa!», y, como para escapar de un pensamiento tan atrevido, dirigió la mirada al rostro de enfrente... Tenía dos papadas, estaba inmóvil, era suave, tranquilo y sonrosado, y sus ojos respondieron a su mirada. ¡Las gentes pensaban, pero ella no podía adivinar en qué! Y la sonrisa, que Aubrey Greene deseaba en su modelo, se le dibujó en el rostro.

III

MICHAEL ANDA Y HABLA

La cara que Michael dibujó empezó siendo la de Victorina y acabó siendo la de Fleur. Si físicamente Fleur se mantenía recta, ¿por qué no podía ser tan recta moralmente? Esta misma reflexión, vuelta contra sí, le hacía considerarse un grosero. No veía cambio en sus movimientos externos y se abstenía lealmente de toda pesquisa sobre movimientos que no podía ver. Pero su atención, siempre a la expectativa, le hizo advertir en ella cierto cinismo, como si estuviera constantemente dominada por la creencia de que todos los valores son iguales, sin que ninguno de ellos se destacara considerablemente.

Aunque Wilfrid estaba en Londres, ni se dejaba ver ni se hablaba de él. Su *motto* parecía ser: «Ojos que no ven, corazón que no siente.» Mas para Michael no era verdad; Wilfrid llenaba su pensamiento de una manera constante. Si Wilfrid no veía a Fleur, ¿cómo podría sufrir un tan terrible tormento? Si Fleur no quería que Wilfrid se quedase, ¿por qué no le había mandado fuera? Además, le era sumamente difícil ocultar a los demás que él y Desert ya no eran amigos. Se veía frecuentemente acosado por el deseo de ir a verle y sonsacarle algo, pero cedía de nuevo. O no había nada fuera de lo que él ya conocía, o, si lo había, Wilfrid no lo iba a decir. Michael aceptaba esto

resignadamente. ¡Uno no debía abandonar jamás a una mujer! Pero no quería oír mentir a un camarada de guerra. No había hablado una palabra de esto con Fleur, ya que, en su opinión, las palabras no conseguirían otra cosa que poner en peligro la escasa intimidad que había entre ellos. Las Navidades, pasadas en la casa solariega de los antepasados de Mont, transcurrieron entre cacerías en los bosques. Fleur le acompañó y permaneció a su lado en el último recorrido del segundo día, llevando a *Ting-a-ling* de su mano sujeto con una cadena. Pero el perro chino se había excitado muchísimo, dando saltos a cada pájaro que caía, y completamente impasible al estampido de las escopetas. Michael, bastante mal tirador, temiendo errar el tiro, vió el rostro ávido de Fleur, emergiendo de una piel gris, contorsionada su figura a fuerza de tirar de *Ting-a-ling*. La caza era algo nuevo para ella, y cuando más disfrutaba era bajo el estímulo de la novedad. A Michael hasta le gustaban sus «¡Oh Michael!» a cada vez que fallaba el tiro. Ella había sido el éxito de la fiesta, lo cual significaba que casi no la había visto, salvo por la noche, en que podía ver su cabeza soñolienta sobre la almohada: pero, al fin y al cabo, allí, él no había sufrido con una intranquilidad recóndita.

Después de dar los últimos toques a las ondas del cabello de la cara dibujada en su secante, se levantó. La joven había dicho cerca de *St. Paul*. En un paseo podría echar un vistazo a Bicket. Así se le podría ocurrir algo. Ajustándose el cinturón de su gabán azul, salió ligero y vivaz, con el corazón algo dolorido.

Mientras en aquel día, radiante y alegre, paseaba hacia el Este, nada le causaba más extrañeza que el hecho de encontrarse vivo, bien y con trabajo. ¡Eran tantos los que estaban muertos, enfermos o sin ocupación! Entró en Covent Garden. ¡Asombroso lugar! Una naturaleza humana que, década tras década, pudiera conservar Covent Garden, no estaba en peligro de ser aniquilada por sus muchas calamidades. Un lugar alentador; después de haber paseado por allí no era posible que uno tomara las cosas demasiado a pecho. En esta isla cuadrada, limitada al Oeste por editoriales; al Este, por la Opera, y al Norte y Sur, por torrentes de humanidad, se reunían los vegetales de toda la tierra y los frutos de todo el mundo. Entre carros que descargaban montones de papel y paja, entre tipos que parecían arrancados de un dibujo, Michael avanzó y percibió el olor peculiar, nada fétido, de Covent Garden. Jamás había visto, ni aun en la guerra, un lugar tan excesivamente falto de forma. ¡Extraordinariamente inglés! Nadie aparentaba fijarse en el suelo... Carreteros, cargadores, dependientes de editoriales y los vendedores del interior de los puestos parecían estar fuera de contacto con el sol, el viento, el agua, la tierra o el aire. ¡Todos, tipos ciudadanos! Y, ¡cosa extraña!, sus caras apenas asomaban, se ensuciaban, se entumecían y se quebraban en toda clase de inarmónicos gestos. ¿Cuál era el tipo inglés en toda esta variedad infinita de desproporciones? ¡Ni tan sólo existía! Se dirigió hacia las frutas, montones

colorados, quietos y brillantes, extranjeros, de la tierra del sol, todas esferas del mismo tamaño y color. La boca se le hacía agua a Michael. «¡El sol tiene algo de maravilloso!» —pensó—. «En realidad tiene que ser así» Fijémonos en Italia, en los árabes, en Australia... Los austríacos proceden de Inglaterra y, sin embargo, ¡véase ahora su tipo! Es igual al de los londinenses, pero sólo por su carácter. Cuanto más regulares son las formas y facciones de una persona, ésta es tanto más egoísta. ¡Las uvas parecen terriblemente satisfechas comparadas con las patatas!

Salió de allí pensando todavía en los ingleses. ¡Bien! Actualmente constituían una de las razas más bajas y perversas del mundo; mas, a pesar de todo, ¿existía una raza que pudiera comparárseles en buen humor y arrestos? ¡Y ellos necesitaban a las otras razas en sus ciudades negras de humo y en su clima, marcado ejemplo de admiración del carácter inglés contemporáneo al medio ambiente! «¡Entre mil, distinguiría a un inglés —pensaba—; y con todo, físicamente, ahora no existe un tipo general!» ¡Qué gentes tan asombrosas! ¡Tan feos en su conjunto, y cultivando flores de una gran belleza y vástagos tan raros como aquella señora Bicket; tan poco imaginativos en conjunto, pero con un tan crecido número de poetas! ¿Qué tal le sentaría al viejo Danby cuando Wilfrid llevara su libro a otro editor; o que diría él, el amigo íntimo de Wilfrid, al pobre Danby? ¡Ah! Ya sabía qué le diría:

—Sí, señor; pero usted debió complacerle en su petición acerca de aquel desventurado que robó *Copper Coin*. Desert no ha olvidado su negativa.

¡Eso era una bofetada al pobre Danby y a su eterna rectitud! *Copper Coin* había sido algo desacostumbradamente bueno. El siguiente sería tal vez algo desacostumbradamente mejor. El libro era una prueba de lo que él, Michael, decía siempre: «El período de la insustancialidad terminaba. Las gentes deseaban vida otra vez. Sibley, Walter Nazing, Linda, cuantos no tenían nada que decir, salvo que estos eran superiores a los demás, tenían ya tomada la medida para sus ataúdes. Probablemente ellos no sabrían cuándo iban a estar dentro. ¡Proseguirían estirando sus narices y mirando por debajo de las mismas!»

«Ya estoy harto de todos ellos», pensó Michael. «¡Si Fleur pudiera darse cuenta de que mirar por debajo de la nariz es señal de inferioridad!» Y de pronto se quedó dudando sobre si ya lo comprendía. Wilfrid era el único de la partida con quien ella se compenetraba; los demás estaban allí, ¡bueno!, porque ella era Fleur, y a su alrededor se congregaba lo más moderno. Cuando un día no muy lejano ya no fuesen modernos, ella los abandonaría a todos. Pero no a Wilfrid. No; estaba seguro de que ni había dejado a Wilfrid, ni lo dejaría.

Miró hacia arriba, ¡Ludgate Hill! ¿Cerca de Saint Paul... vendiendo globos? ¡Y allí, seguramente, estaba el desgraciado!

Bicket estaba deshinchando los globos para dejar el puesto e irse a tomar una taza de cacao. Michael, al recordar que debía fingir un encuentro casual, se detuvo un momento, preparando las expresiones de sorpresa. ¡Lástima que el pobre muchacho no pudiera convertirse en una de esas formas coloreadas y volar sobre Saint Paul hacia San Pedro! Mientras estrujaba el aire de los globos, parecía como triste. El recuerdo fustigaba duramente el cerebro de Michael. ¡Globos... en la plaza! ¡Primero de noviembre! ¡Noche hermosa y alegre! ¡Maravillosa! ¿Iba tal vez la suerte en aquellos globos? ¡Fleur! Se adelantó, y con voz asombrada exclamó:

— ¿Pero es usted. Bicket? ¿Se dedica usted a esto ahora?

Los grandes ojos de Bicket le miraron por encima de un globo morado, de los de a seis peniques.

— ¡Señor Mont! Muchas veces he pensado en que me gustaría volverle a ver.

— Lo mismo que yo, Bicket. Si no tiene nada que hacer, véngase a almorzar conmigo.

Bicket acabó de desinflar los globos y, cerrando la tapa de su cajón, exclamó:

— ¿Lo dice usted de veras?

— ¡Claro! Me había propuesto ir a tomar algún marisco.

Bicket alzó el cajón.

— Voy a dejar esto al barrendero.

Lo hizo y vino a ponerse al lado de Michael.

— ¿Se gana dinero con este negocio, Bicket?

— Nada más que para vivir miserablemente, señor.

— ¿Nos quedamos aquí? Vamos a pedir ostras.

La pálida lengua de Bicket recogió un poco de saliva arrinconada en su boca.

Michael se sentó en una mesita cubierta con una tela blanca de hule y provista de vinagreras.

— Dos docenas de ostras y sus aditamentos; luego, dos lenguados y una botella de Chablis. Pronto.

Cuando el camarero hubo desaparecido, Bicket exclamó con simplicidad:

— ¡Caramba!

— Sí; este es un mundo de risa, Bicket.

—Realmente, es así. Este almuerzo no me extrañaría que le costase una libra. Si yo gano veinticinco chelines por semana, eso es todo.

—Ésa es la cuestión. Bicket, yo me trago la conciencia a diario.

Bicket movió la cabeza negativamente.

—No, señor; si tiene usted dinero, gástelo. Yo haría lo mismo. Si puede, sea feliz; no son muchos los que pueden serlo.

El camarero empezó a servirles ostras. Las llevaba recién abiertas, en grupos de tres. Michael las saboreaba; Bicket se las tragaba enteras. Habían vaciado doce conchas, cuando éste exclamó:

—Éste es el error que cometen los socialistas, señor. No hay cosa que me dé más aliento que ver a otras personas gastando dinero. Con un poco de suerte, todos podemos conseguirlo. Dicen que con todo el dinero del mundo repartido tocaríamos a una libra diaria cada uno. Esta teoría no me convence. Prefiero tener menos con la esperanza de poseer más. Quite usted la aventura, y la vida será un fracaso. ¡La vida es cuestión de suerte!

—Fuiste casi tú quien me decidió a ser capitalista, Bicket.

Un color vivo apareció en aquella cara pálida de grandes ojos, después de la copa de verdoso Chablis.

—Me gustaría que estuviera aquí mi mujer, señor. Ya le hablé de ella y de su pulmonía. Ya se encuentra bien, pero un poco delgada. Ella es el premio que me ha tocado. No me gustaría un mundo sin premio. Si todo fuese pura conciencia y conforme a los méritos, yo no la habría conseguido. ¿No le parece?

«Lo mismo que yo» —pensó Michael, dibujando otra vez mentalmente aquella cara.

—Todos tenemos nuestras aspiraciones; las mías son mariposas azules y la Australia Central. Los socialistas no me ayudarán a ir allá. Sus ideas del paraíso se concretan a Europa.

—¡Es un asco! —dijo Michael—. ¿Más mantequilla, Bicket?

—Muchas gracias.

El silencio no fué roto durante un tiempo, pero los lenguados, sí.

—Y ¿por qué se dedicó usted a los globos?

—Porque se hacen propaganda por sí solos y no es necesario anunciar.

—Estaba asqueado de nuestra propaganda, ¿verdad?

—¡Pues bien! Sí. Solía leer todas las cubiertas, ¡puede usted creerme! Me asombraba la enorme cantidad de obras maestras.

Michael se pasó la mano por el pelo.

—¡Cubiertas! La misma mujer besada por el mismo joven con el mismo rostro pulcramente afeitado. ¿Pero qué le vamos a hacer, Bicket? Al comprador le gusta así. Precisamente esta mañana he intentado romper con esas costumbres... Veremos el resultado. «Pero tú no conviene que lo veas — pensó—. ¡Si Fleur fuera en la cubierta de una novela!...»

—Antes de dejar la editorial —dijo Bicket—, me había fijado en la tendencia que ustedes tenían a llenar las cubiertas con barrancos o paisajes, con dos muñecos sentados en la arena o en la hierba, y mirándose, como si el uno no supiera qué hacer con el otro.

—Sí —murmuró Michael—. Fué un intento. Suponíamos que no era vulgar. Pero pronto acabamos con el aguante de la clientela. ¿Qué vamos a pedir ahora, queso?

—Gracias; he comido mucho, pero no voy a decirle que no.

—Dos *Stiltons* —dijo Michael.

—¿Sigue bien el señor Desert?

Michael enrojeció.

—¡Oh! ¡Muy bien!

Bicket enrojeció también.

—Me gustaría..., me gustaría que le hiciera saber que fué casual que yo me encariñara de su libro. Lo sentiré por toda mi vida.

—Yo creo —dijo Michael, reposadamente— que siempre es casual que nos enamoremos de lo ajeno. Nunca quisiéramos hacerlo.

—No, señor; no estoy de acuerdo. Media humanidad está formada por aves de presa, pero yo no soy de esa condición.

En Michael, la lealtad le inducía a observar. «¡Tampoco yo!» Ofreció su pitillera a Bicket.

—Muchas gracias, señor.

Sus ojos se arrasaban, en lágrimas, y Michael pensó: «¡Vaya! Esto se pone sentimental. ¡No falta más que darnos un besito y separarnos!» Y llamó por señas al camarero.

—Déme su dirección, Bicket. Si puede serle útil, tengo algo de ropa interior para usted.

Bicket escribió su dirección en el reverso de la cuenta, y dijo, titubeando:

—Y la señora Mont, ¿tiene algo que no le sirva? Mi mujer tiene aproximadamente la misma talla que yo.

—Creo que sí. Ya le enviaremos algo —observó cómo temblaban los labios de aquel desgraciado, y alargó el brazo para alcanzar su gabán—. Si se presenta la oportunidad de colocarle, ya le avisaré. Adiós, Bicket, y buena suerte.

Dirigiéndose hacia el Este, porque Bicket se dirigió hacia el Oeste, se repitió a sí mismo el estribillo; «¡La compasión es una flaqueza, la compasión es una flaqueza!» Luego, montando en un autobús, fué hasta más allá de St. Paul. Con cautela, «tomando vistas», como decía el viejo Forsythe, pudo ver cómo Bicket inflaba globos; poco se veía de su cara o fisonomía detrás de aquella esfera roja. Mientras se acercaba a la calle Blake, se sintió dominado por una invencible repugnancia al trabajo, dejándose llevar hasta más allá de Trafalgar Square. Bicket le había trastornado. El mundo era con frecuencia casi insoportable a fuerza de alegre. ¡Bicket, Wilfrid y el Ruhr! «¡El sentimiento es una debilidad; la compasión, una flaqueza!» Bajó del autobús y cruzó por los leones hacia Pall Mall. ¿Debía dirigirse al «Snooks» y preguntar por el Baronet? Era inútil; allí no encontraría a Fleur. Y esto era lo que realmente deseaba: ver a Fleur durante el día. ¿Pero dónde? Podría encontrarla en todas partes y esto no determinaba lugar alguno.

Estaba inquieta. ¿Tenía él la culpa? Si él fuese Wilfrid, ¿estaría ella inquieta? «Sí —pensó resueltamente—; Wilfrid también estaba inquieto.» Todos, todos los que él conocía estaban dominados por la inquietud. Por lo menos, todos los jóvenes, tanto en la vida como en las letras. ¡Fíjense en sus novelas! Entre veinte, apenas una tenía tranquilidad; ninguna de ellas tenía calidades para que el lector encontrara el libro como un refugio. Se disparaban, salían a chorro, se arrastraban y se echaban encima, impetuosas, violentas como motocicletas ¡e inteligentes! ¡Qué cansado estaba de la inteligencia! Algunas veces solía coger un original y llevárselo a casa, para que Fleur le diera su opinión. Recordaba que una vez le había dicho: «Michael, esto es como la vida misma: se precipita, corre, no se detiene en detallar nada. Claro que el autor no quiso hacer una sátira; pero, si lo publicas, te aconsejo que anuncies: «Una sátira punzante contra la vida moderna» en la parte exterior de la cubierta.» Y siguieron su opinión, anunciando: «Una maravillosa sátira sobre la vida moderna.» ¡A Fleur le ocurría lo mismo! Podía ver la precipitación; pero, como el autor de la maravillosa sátira, no se daba cuenta de que también ella se precipitaba y vacilaba..., ¿o se daba cuenta tal vez? ¿Sabía que se agitaba en la vida como una llama en el aire?

Estaba en Piccadilly, y de pronto se acordó de que hacía mucho tiempo que no visitaba a su tía. Tal vez estuviera ella allí. Dirigióse, pues, a la calle Green.

—¿Está en casa la señora Dartie?

—Sí, señor.

Michael olfateó. Fleur se perfumaba, pero no pudo captar esencia alguna que no fuera la del incienso. Winifred quemaba sahumerio cuando recordaba que producía una atmósfera distinguida.

—¿Su nombre, caballero?

—Mont. ¿No está aquí mi esposa?

—No, señor. Sólo está la señora Val Dartie.

¡La señora Val Dartie! ¡Sí, ya recordaba! Bonita mujer, pero no para sustituir a Fleur. No obstante, ya comprometido en su visita, siguió a la fámula.

Michael encontró a tres personas en el salón. Era una de ellas su padre político, de semblante incoloro y meditabundo, contemplando desde un sillón imperial las alas de unas mariposas, conservadas en un vaso, sobre una mesa escarlata de forma circular. Winifred había restaurado los decorados imperio de su casa, revistiéndola más en consonancia con la época. Saludó a Michael con efusión modernista. Su visita era de agradecer, tan ocupado como andaba con todos esos jóvenes poetas.

—He pensado —dijo— que *Copper Coin*, ¡vaya título más bonito!, es un librito la mar de interesante. Opino que el señor Desert es muy inteligente. ¿Qué hace ahora?

—¡No lo sé! —contestó Michael.

Y se dejó caer en un canapé al lado de la mujer de Val. Desconocedor de las disensiones familiares de los Forsyte, no pudo apreciar la satisfacción con que era recibido. Soames dijo algo sobre los franceses, se levantó y se dirigió al balcón. Winifred le siguió. El tono de sus palabras parecía confidencial.

—¿Cómo sigue Fleur? —dijo a Michael su vecina.

—Muy bien, gracias.

—¿Le gusta a usted su casa?

—Muchísimo. ¿Por qué no viene a verla?

—No sé si Fleur...

—¿Por qué no?

—¡Oh! ¡Bien!

—¡Ella estará encantada!

Parecía que ella le miraba con más interés del que él merecía, como si intentara descubrir algo en su semblante, y él añadió:

—Usted pertenece a nuestra familia, tanto por sangre como por matrimonio, ¿no es verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿qué dificultad hay?

—¡Oh, nada! Tenga la seguridad de que la visitaré. Sólo que... ¡ella tiene tantas amistades!

Michael pensó: «¡Me resulta simpática esta mujer!»

—Pues mire —dijo él—: esta tarde he venido aquí pensando en encontrar a Fleur. Me gustaría que ella trabara amistad con usted. Entre el desbarajuste que la rodea, apreciaría a una persona reposada.

—Muchas gracias.

—¿No ha vivido usted nunca en Londres?

—A partir de los seis años, no.

—Me gustaría que ella pudiera descansar... Es una lástima que no tengamos un de... desierto a mano⁹. —Había tartamudeado; ¡la palabra tenía tanto parecido con otra!... Desconcertado, miró las mariposas—. Hace poco he estado hablando con un pobre desgraciado, que lanza un S. O. S, a la Australia Central. Pero ¿qué opina usted? ¡Tenemos un alma que salvar!

—Antes lo creía así, pero ahora no estoy seguro. Hay algo reciente que me ha impresionado.

—Y ¿qué es ello?

—Pues veré; observo que todos aquellos que carecen de proporción, que tienen la nariz torcida hacia un lado, los ojos saltones o incluso un brillo especial en la mirada, creen siempre en el alma; en cambio, parece que realmente no les interesa a los bien proporcionados o que no tienen caracteres físicos prominentes.

Las orejas de Michael se movieron.

—¡Cielos santos! —dijo—. ¡Es un magnífico pensamiento! Fleur es deliciosamente proporcionada..., no parece preocuparse. Yo no lo soy, y me preocupa de verdad. Las gentes de Covent Garden deben tener alma en su inmensa mayoría. ¿Cree usted entonces que el alma es el resultado de una tuerca suelta en el organismo, una especie de conciencia resultante del mal funcionamiento de una pieza?

—Exacto: es lo que se denomina poder físico; casi tengo la certeza.

—Pero oiga: ¿está usted fuera de peligro? Según su teoría, vivimos en una era pletórica de alma. Yo debo preocuparme por mi familia. Pero ¿y la suya?

—¡Los Forsythe! ¡Oh! Ellos son sumamente proporcionados.

⁹ Observe el lector que juega con el apellido de Wilfrid: Desert. (*N. de los T.*)

—Estoy de acuerdo. Según he podido ver, no tienen nada que sobresalga. Los franceses también están admirablemente forjados. Es verdaderamente una gran idea, pero muchos la verán por el lado contrario. Dirán que es el alma la que produce la desproporción, haciendo brillar los ojos, torciendo la nariz y todo lo demás. Cuando el alma es pequeña no trata de salirse del cuerpo. Lo pensaré. Gracias por la idea. Venga a hacernos una visita. ¡Adiós! No es necesario que interrumpa el diálogo del balcón. Tenga la amabilidad de decirles que he tenido que irme.

Después de estrechar una suave mano enguantada, y habiendo recibido y contestado una mirada sonriente, salió pensando: «¡Que se vaya el alma a la porra! ¿Dónde está su cuerpo?»

IV

EL CUERPO DE FLEUR

El cuerpo de Fleur, en realidad, se hallaba momentáneamente en una de esas situaciones difíciles que constantemente están amenazando al espíritu amante de rectitud. De hecho estaba en brazos de Wilfrid; por lo menos, lo suficientemente para obligarla a exclamar:

—No, Wilfrid, tú me prometiste ser bueno.

Para Fleur, habituada a patinar sobre una endeble capa de hielo, era un evidente y distinguido tributo a su dominio el que la palabra «bueno» tuviera todavía un significado. Durante once semanas justas, este joven había danzado al borde de la realización de sus proyectos y, todavía en este momento, estaba separado de ella por dos manos cerradas presionando fuertemente su pecho y por la palabra «bueno»; y esto al cabo de quince días sin haberla visto.

Una vez pronunciadas aquellas palabras, él la soltó, casi violentamente, y se sentó en un mueble. Sólo el temor de una segunda recriminación impedía que exclamase: «¡Esto no puede continuar, Fleur!» ¡Ella lo sabía! ¡Y, sin embargo, proseguía! Eso era lo que le tenía lleno de asombro. ¿Podía insistir —como un pobre desdichado—, diciéndose a sí mismo y a ella: «¡Ahora o nunca!?» ¡Cuando no era ahora ni nunca! El conocimiento subconsciente de que hasta lograr la palabra «ahora» Fleur no comprendería su propio estado de ánimo era lo único que le había impulsado a continuar la danza. Sus sentimientos eran tan vehementes que casi la aborrecía por su indecisión. Y no estaba en lo justo. No era precisamente indecisión. Fleur deseaba la espléndida magnificencia y la ilusión que el afecto de Wilfrid proporcionaba a su vida, pero sin peligro y menoscabo. ¡Qué natural! Su espantosa vehemencia era la causa de toda la inquietud. ¡Si él amaba apasionado no era ni por su capricho ni por su culpa! Pero..., era tan delicioso y natural inspirar pasión; y, desde luego, en su interior sentía que no estaba en situación de oponer reparo a un amor, sobre todo desde que la vida, por peculiares circunstancias, le debía uno.

Ya libre, ella se tranquilizó y dijo:

—Hablemos juiciosamente. ¿Qué estaba usted escribiendo?

—Esto.

Fleur lo leyó. Sonrojándose y mordiéndose los labios, dijo:

—Esto es terriblemente amargo.

—Es terriblemente real. ¿No le pregunta *él* alguna vez si me ve?

—Nunca.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Que contestaría si lo hiciera?

Fleur se encogió de hombros.

Desert dijo pausadamente:

—Sí; ésa es su actitud, y, Fleur, así no podemos seguir.

Él estaba en pie cerca del balcón. Ella dejó las cuartillas sobre el pupitre y se le acercó. ¡Pobre Wilfrid! Ahora que estaba tranquilo, lo sentía.

De repente él exclamó:

—¡Alto! ¡No se mueva! *Él* está abajo, en la calle.

Ella, retrocediendo, balbució:

—¡Oh, Michael! Pero ¿cómo..., cómo puede haberlo sabido?

Desert dijo irónicamente:

—¿Tan poco le conoce usted? ¿Cree que estaría *él* aquí, si supiera que está usted?

Fleur se sintió desairada.

—¿Por qué está aquí, pues?

—Probablemente quiere verme. Tiene aspecto de no haberse decidido. No tema la tormenta; no le dejarán pasar.

Fleur se sentó; sentía debilidad en las piernas. De pronto, el hielo parecía ser espantosamente endeble; el agua, espantosamente fría.

—¿Le ha visto *él*? —dijo ella.

—No.

Un pensamiento cruzó como un relámpago por el interior de Wilfrid: «Si yo fuera un canalla, podría obligarla sin más que mover un dedo. Lástima que uno

no sea un canalla..., por lo menos en momentos como éste... ¡Las cosas serían mucho más fáciles!»

— ¿Dónde está ahora?

— Se va.

Ella, profundamente aliviada, dijo suspirando:

— Es muy raro, ¿verdad, Wilfrid?

— ¿Va a suponer usted que él está tranquilo?

Fleur se mordía los labios. Él se burlaba porque ella ni amaba ni podía amar a ninguno de los dos. Pero era injusta. ¡Había podido amar, había amado! Michael y Wilfrid... ¡podían irse al diablo!

De pronto exclamó:

— Me gustaría no haber venido nunca aquí. ¡Jamás volveré!

Él se dirigió a la puerta y la abrió.

— Tiene usted razón.

Fleur permaneció inmóvil, con el mentón en su cuello de pieles, mirándole al rostro con sus ojos diáfanos; sus labios eran tercos y rebeldes.

— Usted cree que soy una fiera descorazonada —dijo pausadamente—. Pues, ahora sí que lo soy. ¡Adiós!

Él ni le ofreció la mano ni pronunció palabra; solamente inclinó la cabeza. Tenía los ojos sumamente trágicos. Trémula de contrariedad, Fleur salió. Oyó cómo se cerraba la puerta mientras bajaba las escaleras. Al llegar abajo vaciló un momento. ¡Si Michael volviera! Casi al frente quedaba aquel Museo donde se encontró por vez primera con él... y con Jon. ¡Cruzaría la calle en dirección allá! Si le encontrara vagando alrededor de la callejuela, podría decirle tranquilamente dónde había estado. ¡No se le veía! Cruzó rápidamente la calle para entrar en la puerta de enfrente. Iban a cerrar dentro de un minuto... ¡a las cuatro en punto! Pagó un chelín y entró. Por lo que pudiera ocurrir, debía echar una ojeada a la Exposición. Dió vueltas y más vueltas; ¡Era una Exposición exclusivamente de Claud Brains! Dió otro chelín por un catálogo y lo leyó mientras salía. «Número siete. Mujer que sospecha.» Esto se lo dijo todo, y con el corazón más aligerado, después de un examen superficial de la Exposición, salió y tomó un «taxi». ¡Llegar a casa antes que Michael! Se sentía aliviada, casi alegre. ¡Y todo por patinar sobre hielo endeble! No se sentía tranquila del todo. Wilfrid debía marcharse. ¡Pobre Wilfrid! Pero no debía escarnecerla; ¡qué sabía él de ella! Nadie sabía sus cuitas. Se hallaba sola en el mundo. Deslizó su llave en la cerradura de la puerta del recibidor. Michael no estaba. Se sentó en el salón, cerca del fuego, y tomó el último libro de Walter Nazing. Leyó una página tres veces. Y cada vez le encontraba menos sentido; un autor de la

categoría de esos que deben leerse a galope y tirarlo para que una primera impresión inspiradora no se pierda en el sentimiento del vacío. Pero los ojos de Wilfrid habían hecho irrupción entre ella y las palabras escritas. ¡Lástima! ¡Nadie la compadecía! ¿Por qué ella tenía que compadecerle? La compasión era una tontería, según Amabel. La situación requería una firmeza de acero templado. ¡Pero los ojos de Wilfrid! Bueno... ¡ya no volvería a contemplarlos! Bellos ojos cuando sonreían o cuando, con más frecuencia, la miraban con el deseo, como ahora entre ella y las frases de este libro. «Solamente y con egoísmo delicado deseaba más que con violencia a aquella que, acomodada y hermosa en la rosada concha de su ambiente social...»

¡Pobre Wilfrid! ¡La compasión era tontería, pero había orgullo! ¿Decidía ella que se marchara, pensando «haber jugado con él» sólo por vanidad, como acostumbraban las mujeres americanas, según decía Walter Nazing? ¡Era realmente así! ¡No estaría mal en su punto y resultaría verdaderamente dramática si una llegara hasta lo último, como se decía comúnmente sólo, por una vez! ¿No sería esto algo en cuyo recuerdo ambos podrían deleitarse después: él en ese Oriente, del cual hablaba siempre, y ella en este Occidente? La proposición tuvo un momento de éxito en este organismo llamado Fleur, demasiado bien proporcionado para tener alma, según la teoría que estaba profundizando Michael. Como todos los éxitos, éste no perduró. En primer lugar: ¿le agradecería? No lo creía; sin sentir amor, con un hombre tenía ya bastante. En segundo lugar, cabía el peligro de caer en poder de Wilfrid. Era un caballero, pero apasionado. ¿Consentiría en bajar la copa, después del primer sorbo? Pero más que nada prevalecía en ella una duda física sobre las dos o tres semanas últimas, de las cuales esperaba una demostración, y esto la había puesto en guardia. Estaba de pie y se pasó las manos por todo el cuerpo, con repugnancia ante el pensamiento de que Wilfrid hiciera, lo propio. ¡No! ¡Cultivar su amistad, su admiración, pero jamás a este precio! De pronto se le imaginó como una bomba estallando en su suelo de cobre; corrió, fantaseando, lo estrujó y lo arrojó a la plaza... ¡Pobre Wilfrid! ¡La compasión era tontería! Pero ella también podía compadecerse de mí misma si perdía también aquel ideal de moderna feminidad, que una tarde le describió Marjorie Ferrar, ídolo de los «panjuerguistas» y cuyos cabellos rubios dorados causaban tanta admiración: «Mi ambición, *amigueta*, es ser la perfecta esposa de un hombre, la perfecta amante de otro y la perfecta madre de un tercero, todo al mismo tiempo. Eso es perfectamente posible; lo hacen en Francia.»

¿Pero era tan perfectamente posible, aunque la compasión fuese una tontería? ¿Cómo ser perfecta con Michael, si el más simple desliz le revelaría que era perfecta con Wilfrid? ¿Cómo ser perfecta con Wilfrid, si cada vez que lo fuese con Michael atravesaría una flecha el corazón de Wilfrid? Y si... su duda física se convirtiera en realidad, ¿cómo sería una perfecta madre en esa

certidumbre, si estaba atormentando a dos hombres, mintiéndoles como una cantinera de cuartel? ¡No era, pues, tan perfectamente posible! «¡Si pudiera ser francesa por completo!», pensó Fleur.

El ruido de la puerta la sobresaltó... La razón de que ella no fuera completamente francesa entraba en la habitación. Miraba gravemente, como si hubiera pensado en demasía. La besó y se sentó, taciturno, junto al fuego.

—¿Te quedas esta noche, papá?

—Si puedo —murmuró Soames—. Esos negocios...

—¿Nada desagradable, querido?

Soames levantó la cabeza, casi sobresaltado.

—¿Desagradable? ¿Por qué desagradable?

—Me lo figuré, por la expresión de tu cara.

Soames refunfuñó:

—¡Ese Ruhr! Te traigo un cuadro. ¡Es chino!

—¡Oh, papá! ¿Es bonito?

—No lo es —dijo Soames—; es un mono comiendo fruta.

—¡Qué alegría! ¿Dónde lo has dejado? ¿En el recibidor?

Soames afirmó.

Quitándole su envoltura, Fleur llevó el cuadro al salón y, colocándolo sobre el canapé verde jade, se distanció y lo contempló. El gran mono blanco, sus ojos castaños inquisitivos, como si de súbito hubiera desviado su interés hacia el fruto en forma de naranja que tenía en su mano crispada, el fondo grisáceo, las cortezas vacías de su alrededor —brillantes salpicaduras sobre un fondo fantástico de color— la impresionaron en seguida.

—Pero, papá, esta es una obra maestra. Estoy segura de que pertenece a una época de maravilloso esplendor.

—No sé —dijo Soames—. Pero debo preocuparme de cosas chinas.

—Pero no debías dármelo, papá... es fácil que tenga algún valor. Debías conservarlo en tu colección.

—Ni siquiera sabían lo que tenían —añadió Soames—, y una leve sonrisa iluminó sus facciones. He dado trescientas libras por él. Aquí estará más seguro.

—Claro que estará seguro; pero, ¿por qué más?

Soames se volvió hacia el cuadro.

—No puedo decirlo. De esto podrían deducirse otras cosas.

—¿De qué, papá?

—¿Vendrá esta noche el viejo Mont?

—No. Está todavía en Lippinghall.

—Bien, no importa.

Fleur le cogió una mano y se la estrechó.

—Dímelo, papá.

El corazón de Soames palpitaba halagado. ¡Era extraño que ella quisiera saber qué le preocupaba! Pero su sentido de lo recto y el miedo de propagar su alarma le impidieron contestar.

—No puedes comprender nada —dijo—. ¿Y dónde vas a colocarlo?

—He pensado que aquí; pero debemos esperar a Michael.

Soames murmuró:

—Acabo de verle en casa de tu tía. ¿Es éste el modo de preocuparte por su negocio?

«Tal vez —pensó Fleur— venía de regreso de la oficina. ¡La calle Cork queda más o menos en el trayecto! Si ha seguido hasta su final, habrá pensado en Wilfrid; acaso estuviera esperando verle para hablarle de libros.»

—¡Oh! ¡Aquí tienes a *Ting*! ¡Hola, pequeño!

El perro chino, que entró como guiado por la Providencia, al ver a Soames se sentó rápidamente, levantado el hocico y los ojos fulgurantes. «La expresión de su rostro» —parecía manifestar— «me agrada. Pertenece al pasado y podríamos entonar juntos el mismo himno.»

—Es simpático este chuchó —dijo Soames—; no me olvida.

Fleur se levantó.

—Ven a ver el nuevo mono, rico.

—No se lo dejes lamer.

Sujeto fuertemente por su collar verde jade y frente a una extraña pieza de seda, oliendo a pretérito, *Ting-a-ling* levantó su cabeza todo lo que pudo, para contestar dilatando las aberturas de su hocico, y apareció su diminuta lengua, saboreando las emanaciones de su tierra.

—¿Verdad, pequeño, que se trata de un mono muy bello?

—No —dijo *Ting-a-ling* muy claramente— ¡Déjame en el suelo!

Otra vez en el suelo, buscó en el cobre un blanco entre dos alfombras y lo lamió pausadamente.

—Señorita... ¡El señor Aubrey Greene!

—¡Hum! —gruñó Soames.

El pintor entró rápido y acalorado, echándose el pelo hacia atrás y con sus verdes ojos dilatados.

—¡Ah! —exclamó, señalando al suelo—. Por esto es por lo que vengo.

Fleur siguió su dedo con asombro.

—¡*Ting* —dijo Fleur severamente—, estate quieto! Va a lamer el cobre, Aubrey.

—Es perfectamente chino; los chinos hacen todo lo que nosotros evitamos.

—Papá, Aubrey Greene; Aubrey, papá acaba de traerme este cuadro. ¿No le parece una joya?

El pintor permaneció quieto. Sus ojos se serenaron y dejó de echarse el pelo hacia atrás.

—¡Puah! —exclamó.

Soames se levantó. Esperaba una petulancia; pero en el tono de él reconoció algo reverencial, si no de admiración.

—¡Por Dios! —prosiguió Aubrey Greene— ¡Esos ojos! ¿De dónde ha sacado esto, caballero?

—Pertenece a un primo mío... Un hombre aficionado a caballos. Era ésta la única pintura que poseía.

—¡Bravo por él! Debía ser hombre de gusto.

Soames le miró. La idea de que Jorge hubiera tenido buen gusto le dejaba casi atónito.

—No —replicó en un destello de inspiración—; lo que de este cuadro le gustaba a él es que mirándolo se siente uno molesto.

—¡Eso precisamente! No recuerdo haber visto jamás una sátira tan penetrante contra la vida humana.

—No estoy de acuerdo —dijo secamente Soames.

—¿Y por qué? ¡Es una alegoría perfecta, caballero! Come el fruto de la vida, tira la cáscara y déjate aprisionar haciendo esto. Cuando los ojos de un mono están quietos son la encarnación de la tragedia humana. ¡Fíjese! Se figura que en el más allá hay algo y está triste y enojado por no poderlo alcanzar. Este cuadro debería ser expuesto en el Museo Británico, con una inscripción que dijera: «La civilización aprisionada.»

—Pues no será así —dijo Fleur—. Quedará aquí, llamándose: «El mono blanco».

—¡Eso mismo!

—El cinismo —dijo Soames ásperamente— no conduce a parte alguna. Si usted hubiese dicho «El modernismo aprisionado»...

—¡Exacto, caballero! Pero ¿por qué limitarse? Usted no considerará en serio esta época como peor que las demás.

—¿Que no? —dijo Soames—. A mi entender, el mundo alcanzó su grado máximo allá por el ochenta, y no volverá a recobrarlo jamás.

El pintor le miraba.

—Esto es sumamente interesante. Por esa fecha yo no había nacido y usted tendría aproximadamente mi edad actual. Seguramente creyó en Dios y viajó en diligencia.

¡Diligencia! La palabra despertó en Soames un recuerdo que parecía apropiado al caso.

—Sí —dijo—, y puedo referirle una historia de aquellos días que en los actuales no tiene semejante. Siendo yo joven y encontrándome en Suiza con mi familia, dos de mis hermanas comían cerezas. Después de comerse media docena se dieron cuenta de que tenían gusanos. Un alpinista inglés que vió el asco que sentían, se comió el resto, aproximadamente dos libras: gusanos, huesos y todo, sólo para tranquilizarlas. Ésa era la clase de hombres de aquella época.

—¡Oh! ¡Papá!

—¡Caramba! ¡Con eso se debió morir!

—¡No —dijo Soames—, precisamente no! Se llamaba Powley; usaba patillas.

—Y ahora que hablamos de Dios y de diligencias, ayer vi un anticuado cabriolé.

«Mejor fuera que hubiese visto a Dios», pensó Soames, pero no lo dijo; evidentemente, esta salida le sorprendió; no era precisamente cosa que él viese con frecuencia.

—Puede que usted no lo sepa, caballero; pero hay mucha más fe que antes de la guerra... se ha descubierto que no somos sólo materia.

—¡Oh! —exclamó Fleur—. Ahora me hace usted pensar en una cosa, Aubrey. ¿Conoce usted algún *medium*? ¿Podría venir alguno aquí? En nuestra propia casa, con Michael detrás de la puerta, se podría tener la seguridad de que no había trampa. ¿Dan algún resultado las sesiones de magia negra? Según dicen son espeluznantes.

—¡Espiritismo! —dijo Soames—. ¡Hum! —. En media hora no podía haberse expresado con más claridad.

Los ojos de Aubrey Greene se fueron hacia *Ting-a-ling*.

—Veré lo que puedo hacer para mañana, si me presta su pequinés una hora aproximadamente por la tarde. Se lo devolveré en propia mano, con toda clase de atenciones.

—¿Y para qué lo necesita?

—Michael me ha enviado hoy una modelo espléndida. Pero, ¿sabe usted?, no puede sonreírse.

—¡Michael!

—Sí; es algo completamente nuevo y tengo un proyecto.

Su sonrisa es como la luz del sol en un valle italiano; pero cuando le dicen que se sonría, no puede. Se me ha ocurrido que tal vez pueda lograrlo su perrito.

—¿Podré ir y verla? —preguntó Fleur.

—Sí; llévelo mañana; aunque, si logro persuadirla, será al desnudo.

—¡Oh! ¿Me permitirá usted una *séance*, si le dejo a *Ting*?

—Sí.

—¡Hum! —repitió Soames—. ¡*Séance*, sol italiano, el desnudo! Era ya la hora de ir a ver de nuevo a Elderson y dejar de tocar el violón, mientras Rema estaba ardiendo.

—Buenas tardes, señor Greene —dijo—. No me queda tiempo.

—¡Bien, perfectamente, caballero!

—Perfectamente —dijo Soames, imitándole en su interior, y salió.

Sola con su cuerpo, Fleur repitió el paseo de sus manos alrededor del mismo. Aquello del «desnudo» era un recuerdo de los peligros de una conducta dramática.

V

EL ALMA DE FLEUR

¡Señorita! La esposa de Val Dartie.

Un nombre que no podía ser mixtificado ni por su lacayo Coaker, la afectó como un dedo aplicado de repente a la punta del nervio ciático. ¡Holly! No la había visto desde el día en que no se casó con Jon. ¡Holly! Un alud de recuerdos: ¡Wansdon, los Downs, los pozos de cal, los manzanos, el río, el matorral de Robin Hill! ¡No! No era una satisfacción ver a Holly, pero dijo:

—¡Gracias por la visita!

—Esta tarde he encontrado a tu marido en la calle de Green. Él me invitó a que os visitara. ¡Qué casa tan preciosa!

—¡*Ting!* ¡Anda, ven, que te presentaré! Éste es *Ting-a-ling*. ¿Verdad que es precioso? Está algo disgustado por causa del nuevo mono. ¿Cómo está Val? ¿Y qué tal por Wansdon? Era un lugar maravillosamente tranquilo.

—Un buen remanso. No me cansa.

—¿Y... —dijo Fleur, con una sonrisa ligera— Jon?

—Cultiva melocotones en la Carolina del Norte. La Columbia Británica no le sentó bien.

—¡Oh! ¿Y se ha casado?

—No.

—Seguramente se casará con una americana.

—No ha cumplido todavía los veintidós.

—¡Dios mío! —exclamó Fleur—. ¿Y yo sólo veintiuno? Me siento como si tuviera cuarenta y ocho.

—Consecuencias de llevar una vida tan agitada y de tratar tantas gentes...

—Sin llegar a conocer a nadie.

—¿Lo dices en serio?

—No... No es eso. Quiero decir que todos nos llamamos por los nombres de pila, pero *après...*

—Tu marido es muy simpático.

—Sí, es muy bueno Michael. Y June, ¿qué tal?

—La vi ayer; por supuesto, tiene otro pintor. Claud Brains. Creo que lo que llaman un vertiginista.

Fleur se mordió el labio.

—Sí, abundan mucho. Pero supongo que June se figurará que es el único.

—¡Claro! Ella le cree un genio.

—Es maravillosa.

—Sí —dijo Holly—. Es la criatura más leal que habrá en el mundo, mientras el mundo exista. Le ocurre lo mismo que en la cría de pollo, que, cuando crecen, se marchan. ¿Has visto alguna vez a Boris Strumolowski?

—No.

—Pues no le veas.

—Conozco un busto suyo del tío de Michael. Está hecho bastante a conciencia.

—Sí, June consideró que lo había hecho sólo por el metálico, y él no se lo perdonó jamás. ¡Y naturalmente que era eso! Tan pronto como su cisne gana dinero, se busca otro pato negro. Es extraordinaria.

—Sí —murmuró Fleur—. June me ha resultado simpática siempre.

Otro alud de recuerdos —de una pastelería, del río, del comedorcito de June, de cuando en la calle de Green cambió su vestido de novia bajo la mirada imponente de los ojos azules de June. Tomó el cuadro del mono y lo levantó.

—¿No es un pintura de la vida? —¿Se habría expresado en esas palabras si Aubrey Greene no lo hubiera hecho? La frase parecía a propósito para el momento.

—¡Pobre mono! —dijo Holly—. Siempre he tenido gran compasión de los monos. Pero estimo que éste es admirable.

—Sí. Voy a colocarlo aquí mismo. Si puedo procurarme otro, la habitación quedará completa... Pero como las gentes se interesan tanto por las cosas chinas... Esto fué una ganga, ¿sabes? Alguien que murió... Jorge Forsythe, el de las carreras...

—¡Oh! —dijo Holly quedamente. Y recordó los ojos burlones de su pariente en el templo, cuando la boda de Fleur, y oyó otra vez sus cuchicheos guturales: «¿Resistirá toda la carrera?» «¿La resistiría aquella linda jaquita?» «Me gustaría que pudiera descansar. ¡Con que sólo tuviéramos un desierto cercano!» ¡Vaya! No podía dirigir una pregunta tan íntima y Holly recurrió a una observación de carácter general.

—Fleur: todos vosotros, gente moderna, ¿qué pensáis actualmente de la vida? Cuando uno no forma parte de vuestro corrillo y ha vivido veinte años en el África del Sur, se siente al margen de todo.

—¡La vida! ¡Oh! Sabemos que se dice que es un enigma, pero nosotros ya no nos preocupamos de ella. Como no creemos en la perdurabilidad de las cosas, preferimos pasar el rato lo mejor posible. Pero no sé si sabemos la manera de lograrlo. Nos limitamos a divagar y esperar. Desde luego, hay arte, pero la mayoría de nosotros no somos artistas; además, nosotros nos ocupamos del expresionismo, del cual Michael dice que no tiene perspectiva; yo creo que no tiene nada. Me trato con un número considerable de escritores y pintores; se supone que son muy divertidos.

Holly escuchó perpleja. ¿Quién podía figurarse lo que esta muchacha *veía*? ¡Podía ver equivocadamente, pero de todos modos estaba viendo!

—Sí; ya sé. Pero ¿os divertís?

—¡Vaya! Yo disfruto coleccionando cosas bonitas y gentes interesantes. Me gusta conocer todo lo nuevo y que merece la pena, o que al menos lo parece de momento. Pero la dificultad está precisamente aquí: nada perdura. Tú ya debes saber que no soy de los «panjuerguistas», ni de los nuevos creyentes.

—¿Los nuevos creyentes?

—¡Oh! ¡Lo ignoras! Es una especie de cura de fe que practica uno mismo, pero no aquella antigua del «¡Buen Dios, Dios bueno!», sino una especie de mezcla de fuerza de voluntad, psicoanálisis y la creencia de que por la noche todo irá muy bien, si uno quiere que así sea. Debes haber tropezado alguna vez con ellos. Lo practican con una seriedad terrible.

—Lo sé —dijo Holly—; les brillan los ojos.

—Sí... Pero no creo en ellos; no creo en nadie, o, por lo menos, no creo mucho en nadie. ¿Cómo puede una creer?

—¿Y qué opinas de las gentes sencillas y del trabajar duro?

Fleur suspiró.

—No sé. Puedo decir respecto de Michael, que no está mal. Vamos a tomar el té. *¿Ting, al té?* —Y después de dar las luces, tocó el timbre.

Cuando la inesperada visita se dió por terminada, permaneció sentada frente al fuego. ¡Hoy, que había estado tan cerca de Wilfrid! ¡Y Jon no estaba casado! Esto era extraordinario. Es que en la vida las cosas no ocurrían lo mismo que en los libros. De todas maneras, ¡el sentimiento era una tontería! ¡Al diablo con él! Se sacudió el cabello hacia atrás y, procurándose clavos y martillo, procedió a colgar el mono blanco. Colocado entre las dos vitrinas para el té, con sus figurillas de color de concha de perla, estaría de maravilla. Ya que no podía ser con Jon, ¿qué le importaban Wilfrid o Michael, ambos o ninguno? ¡Comer la naranja y tirar la corteza! Y de pronto se dió cuenta de que Michael estaba en la habitación. Había entrado sigilosamente y permanecía ante el fuego, a su espalda. Le dirigió una rápida mirada y dijo:

—Ha venido a verme Aubrey Greene, con motivo de una modelo que le has mandado; y Holly, esposa de Val Dartie, me ha dicho que te ha visto. ¡Oh! Y mira qué nos ha traído papá. ¿Verdad que es magnífico?

Michael no hablaba.

—¿Te ocurre algo, Michael?

—No, nada—. Se dirigió hacia el mono. Ahora, desde su espalda. Fleur examinaba su perfil. El instinto le descubría un cambio. En resumidas cuentas, ¿la había visto entrar o salir de casa de Wilfrid?

—¡Un gran mono! —dijo—. Oye: ¿Tienes ropa vieja que puedas dar a la mujer de un desgraciado: algo que no esté en muy buen uso?

Ella contestó maquinalmente:

—¡Desde luego! —mientras su cabeza indagaba furiosamente.

—¿Quieres preparármelo, pues? Yo voy a hacer un paquete para él... Podremos mandarlo junto.

Sí. Estaba muy cambiado, como si su primavera se hubiera marchitado. Se sintió invadida por una especie de *malaise*. ¡Michael, sin estar alegre! Era como apagarse el fuego en un día de frío. Y, acaso por primera vez, se dió cuenta de que la alegría de Michael era de importancia capital para ella. Observó cómo cogía a *Ting-a-ling* y se sentaba. Y, acercándose a su espalda, se inclinó hasta que su cabello rozó con la mejilla de él. En vez de corresponder a esta manifestación, él permaneció inmóvil, mientras el corazón de ella recelaba.

—¿Qué te pasa? —dijo, acariciándole.

—¡Nada!

Le asió por las orejas.

—Pues yo sé que sí. Supongo que te habrás enterado de mi visita a casa de Wilfrid.

—¿Por qué no? —respondió él, impasible.

Ella le dejó y se puso en completa posición vertical.

—Fué sólo para decirle que no podía verle más.

A ella esta media verdad le pareció entera.

Súbitamente, él levantó los ojos; en su rostro se dibujó un estremecimiento. Le cogió la mano.

—Bien, Fleur. Puedes hacer lo que quieras, ya lo sabes. Esto es lo único leal. Yo... he comido demasiado.

Fleur retrocedió hasta el centro de la habitación.

—Eres un ángel —dijo muy quedamente y se retiró.

En el piso de arriba se dedicó a buscar las prendas de vestir, con el alma aturdida.

VI

MICHAEL COMPRENDE

Después de las pesquisas en la calle de Green, Michael había vuelto hacia Piccadilly y, obedeciendo al mismo impulso que congrega a las gentes en torno a los centros de perturbación, se dirigió luego a la calle de Cork. Estuvo parado en el callejón de Wilfrid durante un minuto.

«No», pensó al fin; «apuesto diez contra uno que él no está en casa y, si estuviera, de veinte probabilidades, existe una de que con ello no iba a ganar más que algún daño».

Se dirigía a pasos lentos hacia la calle de Bond, cuando una señora diminuta y ágil, procedente del callejón, que leía mientras andaba, le alcanzó y tropezó con él.

—¿Por qué no mira usted dónde pisa? ¡Ah! ¿Es usted? ¿No es usted el joven que se casó con Fleur Forsyte? Yo soy su prima June. Me parece haberla visto hace un instante. —Y movió su mano, ocupada por un catálogo, con un gesto que recordaba el temblor de las alas de un pájaro—. Sí; frente a mi Sala de Exposiciones. Entró en una casa, de lo contrario la hubiese parado... Me hubiera gustado mucho volverla a ver.

¡Entró en una casa! Michael buscó su pitillera. Apretándola fuertemente, levantó su vista. Los ojos azules de la diminuta señora escudriñaban minuciosamente su rostro con una curiosa sencillez.

—¿Son ustedes felices?

La frente de Michael se empapó de un sudor helado. Un sentimiento de turbación general invadió el cerebro de ambos.

—¿Cómo decía, por favor? —murmuró.

—Supongo que lo serán ustedes. Ella debía haberse casado con mi hermano pequeño..., pero creo que esto no será un obstáculo para su felicidad. Ella es angelical.

Esta confesión, hecha en un momento de turbación general de sus sentidos, le aturdió de tal manera que pareció que ella se sintió un poco consciente de haberla producido. Él notó su crujir de dientes y dijo vagamente:

—Su hermano pequeño... ¿Quién es?

—¡Cómo! Pues Jon. ¿No conoce usted a Jon? ¡Claro! Él era demasiado joven y ella también. Pero se querían como dos tórtolos; fue una disensión familiar lo que impidió la boda. ¡Vaya! ¡Todo pasó! Yo asistí a la boda de ustedes. Espero que serán felices. ¿No ha visitado usted la exposición de Claud Brains en mi galería? Es un genio. Tenía la intención de tomar aquí unas pastas. ¿Quiere acompañarme? Debe conocer sus obras.

Ella se detuvo en la puerta de una repostería. Michael colocó su mano en el pecho.

—Gracias —dijo—. He terminado hace un momento de tomar un buen almuerzo; dos, en realidad. ¡Excúseme!

La diminuta señora le alargó su mano libre.

—¡Perfectamente! ¡Adiós, joven! Tanto gusto en verle. No es usted una belleza, pero su rostro me resulta agradable. Dele mis recuerdos a aquella niña. No deje de ver a Claud Brains. Es un verdadero genio.

Inmóvil, como un mármol, frente a la puerta la vió cómo daba la vuelta y entraba, con un movimiento confuso, como si volara, originando un revuelo entre los que se hallaban sentados dentro de la repostería. Siguió, luego, adelante, con el cigarrillo sin encender en los labios, aturdido como un boxeador después de un fuerte golpe que le obliga a caer hacia un lado y de otro que le vuelve a su posición normal.

Fleur visitando a Wilfrid, actualmente en sus habitaciones y tal vez en sus brazos. Gimió. El gemido hizo revivir en su interior una juventud bien conservada. ¡Nunca! ¡Jamás podría consentirlo! ¡Tendría que separarse! ¡Se había imaginado a Fleur honesta! ¡Una doble vida! La noche anterior ella la había sonreído. ¡Oh, Dios! Se precipitó al otro lado de Green Park. ¿Por qué no había esperado que cayera algo y le aplastara? Y Jon... el hermanito de esa lunática... ¡Una disensión familiar! Él no era más que una prenda de segunda mano, admitido sin amor alguno; ¡un repuesto! Ahora se acordaba de una noche en Mapledurham y de unas palabras de Fleur: «Vuelve cuando se pueda conseguir mi deseo.» ¿De modo que ese era el deseo que ella no había podido conseguir? ¡Un repuesto! «¡Espléndido!», pensaba: «¡Oh! Maravilloso.» ¡Así ya no le extrañaba! ¿Qué le podía interesar él? Un hombre u otro, ¿qué más daba? ¡Pobre desgraciado! ¡Jamás le había dicho una sola palabra de esto; jamás había respirado! ¿Por qué? ¿Por delicadeza o por traición? «No» —pensó—; «si me lo hubiera confesado, pero hubiera sido lo mismo; la habría aceptado a cualquier precio. El no comunicármelo fué una delicadeza suya». Pero, ¿cómo era posible que nadie le hubiera puesto al corriente? ¿Una disensión de familia? ¡Los Forsyte! No conocía más que al viejo Forsyte, y el viejo Forsyte era más reservado que una caja de caudales. ¡Sí! ¡Había comprendido! Y gimió de nuevo en los sombríos rincones del Parque. Se destacaba el Buckingham Palace, opaco, majestuoso y lúgubre. Por fin, dándose cuenta de su cigarrillo, se detuvo para encender un fósforo y aspiró el humo hasta las profundidades de sus pulmones; ésta fué la primera señal de resignación.

—¿Podría darnos un cigarrillo, caballero?

Una figura sombría, de rostro humilde y triste, estaba junto al monumento a Australia, tan descorazonadoramente exuberante.

—¡Por supuesto! —dijo Michael—. ¡Ahí van todos! —y vació su pitillera en las manos del mendigo—. Puede quedarse también con la pitillera, recuerdo de Westminster; le darán por ella treinta chelines. ¡Buena suerte! —y aceleró sus pasos. Un débil «¡Gracias, caballero!» le persiguió en vano. ¡La compasión era una debilidad! ¡El sentimiento era una tontería! ¿Seguiría a casa a esperar que Fleur... hubiera terminado y regresara? ¡No! Andando todo lo de prisa que

podía, se dirigió a Chelsea. Tiendas iluminadas, la holgada y melancólica Eaton Square, Chester Square, Sloane Square, King's Road... ¡Más allá... más allá! ¡Eso era peor que las trincheras, mucho peor! ¡Eran los celos que le flagelaban y aguijoneaban! ¡Sí! Y lo sentía mucho más después del segundo golpe. Era menos mortificante saber que Fleur había estado o estaba enamorada quizá de su primo. Wilfrid tampoco era nada para ella. ¡Pobrecita desgraciada! «¡Bien! ¿Cuál será el juego ahora?», pensó. ¿El juego de la vida, borrascoso, violento? ¿Cuál será? ¿Qué hacían sus camaradas en la guerra? Con un esfuerzo llegó a considerarse absolutamente insignificante; inyectó en su naturaleza una dosis de pasividad y de fatalismo, del «¿Quién muere, si Inglaterra vive?», de aquella frase tan alta que quería ser un consuelo. ¿Era diferente a los juegos de la vida? Podía ser una tontería aquello de «Herido, pero no vencido»; pero cuando a uno lo maltrataban no debía dejarse acorralar. La colectividad era grande el individuo minúsculo. ¿Debían la pasión y los celos destruir totalmente la resistencia al juego, tal como desearía Nazing, Sibley y Linda Frewe? ¿Estaba en desuso el término *caballero*? ¿Realmente? ¿Se guardaban las formas o se descendía al nivel de la riña y el puntapié al estómago?

«No sé —pensó—, no sé lo que haré cuando la vea; francamente, no lo sé.» ¡Azul de acero del ocaso, plátanos desnudos, río anchurosos, viento helado! Y retrocedió hacia su casa. Abrió temblando la puerta delantera; entró temblando en el salón.

Cuando Fleur subió, dejándole sólo con *Ting-a-ling*, él no supo si creer en sus palabras o no. ¡Si había conservado el secreto por todo aquel tiempo, podía continuar haciendo lo mismo! ¿Había ella comprendido el alcance de sus palabras: «Puedes hacer lo que quieras, eso es lo más leal»? Las pronunció mecánicamente, pero eran razonables. Si nunca le había amado, ni siquiera un poco, él no tenía derecho alguno ni ahora ni nunca a esperar nada; había estado siempre en la situación del que recibe una limosna. Nadie podía obligar a una persona a que continuara haciendo limosna. Y nada obligaba a seguir aceptándola... ¡excepto el dolor del querer, el dolor, el dolor!

—¡Tú, pícaro duende! ¡Sapito afortunado! ¡Dame algo de tu tranquilidad..., átomo de la China!

Ting-a-ling levantó sus ojos de botón de bota. «Cuando tengas una civilización tan larga como la mía», parecía decir. «Entre tanto, ráscame el pecho.»

Y mientras rascaba aquella piel amarillenta, Michael pensaba: «¡Hay que tener ánimos!» El hombre en el Polo Sur, cuando sobreviene el primer temporal de nieve, no canta: ¡*Debo regresar a casa!* ¡*Debo regresar a casa!*, ¡sino que lo aguanta! ¡Anda, adelante!» Puso a *Ting-a-ling* en el suelo y se dirigió a su gabinete. Estaban allí los originales, acerca de los cuales los crítico de Danby y Winter, en su informe, habían dicho: «No hay probabilidad de negocio, pero se

trata de un ejemplar de legítimo mérito, que merece ser estudiado.» Correspondía a Michael hacer este estudio; el trabajo de Danby consistía en rehusar el negocio con las palabras: «Escríbasele (a él o a ella) una carta atenta, digan que nos ha interesado muchísimo, que lamentamos no dar con la forma...; esperamos que nos concederá el privilegio de estudiar su próximo trabajo, etc. ¡Y al diablo!».

Encendió su lámpara de lectura y tiró de un original que ya había empezado:

«¡No hay retirada! ¡No hay retirada! Han de vencer o morir quienes no tienen posibilidad de retirada.»

Todo lo que pasó por su mente fué el estribillo de los lacayos negros de una opereta titulada «Polly». ¡Ea! ¡Debía leerlo! Terminó el capítulo. Ahora lo recordaba. Todo este original trataba de un hombre que, siendo muchacho, se había impresionado tanto viendo a una doméstica mudándose de ropa en una habitación cercana a la suya, que su vida matrimonial era una lucha continua para no ser infiel a su esposa con las fámulas de su casa. Éstas habían descubierto su lado flaco y él se disponía a hacer una confesión sincera del mismo. El resto del original trataría de cómo se las arregló para llevar a cabo su propósito. Se ocupaba de todos los preciosos detalles corporales, que en la actualidad resulta tímido y Victoriano olvidar. ¡Una muestra palpable de laboriosidad, pero una pérdida de tiempo si seguía adelante con ella! Freud incomodaba enormemente al viejo Danby; y por una sola vez Michael no tuvo inconveniente en darle la razón. Abandonó de nuevo el libro. ¡Las siete! ¿Diría a Fleur lo que sabía sobre su primo? ¿Por qué? ¡Ya no tenía remedio! ¡Si tan sólo le dijera la verdad en lo de Wilfrid! Se dirigió a la ventana. Estrellas arriba, franjas abajo... franjas de patios y jardines posteriores.

«¡No hay retirada! ¡No hay retirada! ¡Han de vencer o morir quienes no tienen posibilidad de retirada!»

Dijo una voz:

— ¿Cuándo regresa tu padre?

¡Caramba! ¡El viejo Forsythe!

— Creo que mañana. ¡Pase! Creo que usted no conoce mi escondite.

— No — dijo Soames —. ¡Cómo! Caricaturas. ¡Las colecciones!... ¡Vaya una cosa!

— Pero no modernas..., sino un arte renovado.

— Ridiculizar a los vecinos; a mí jamás me preocuparon. Prosperan cuando el mundo se ha sumido en la confusión y se ha dejado de mirar directamente al porvenir.

—¡Francamente! Tiene razón —dijo Michael—. ¿Por qué no se sienta?

Soames se sentó, cruzando las piernas, según su costumbre. Débil, e incoloro, reservado: ¡un libro sellado, preciosamente encuadernado! ¿Cuál era su lado flaco? Fuera el que fuera, jamás lo había manifestado. Ni cabía imaginárselo siquiera.

—No me voy a deshacer de mi Goya —dijo de improviso—; considera que es de Fleur. Si yo realmente supiera que os interesa el porvenir, haría mayor provisión. Me parece que los derechos reales de sucesión van a ser altísimos dentro de pocos años.

Michael frunció el ceño.

—Me gustaría que se diera usted cuenta de una vez para siempre de que cuanto hace por Fleur, lo hace para Fleur. Siempre que quiera puede ser epicúreo; pero generalmente me contento con pan y en los días festivos un poco de queso.

Soames le miró astutamente.

—Lo sé —dijo—. Siempre tuve la seguridad de ello.

Michael hizo una reverencia.

—Creía que, con la actual desvalorización de la tierra, tu padre se habrá perjudicado enormemente.

—Sí; pero habla de dedicarse a negocio de jabones o automóviles. Pero no me extrañaría que repitiera la hipoteca y lo retrasara.

—Un título sin solar —dijo Soames— no es cosa natural. Sería mejor esperar a mi muerte, por si dejo algo. Pero escucha lo que voy a decirte; es cosa que me tiene preocupado: ¿Es que no sois felices los dos, que no procuráis tener hijos?

Michael titubeó.

—No creo —dijo suavemente— que hayamos tenido nunca discusión o cosa que se le parezca. He estado, mejor dicho, estoy locamente enamorado de ella; pero usted sabe mejor que yo que sólo se me dejaron las migajas.

—¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—La señorita June Forsyte... ¡Hoy mismo!

—¡Esa mujer! —dijo Soames—. Siempre ha de meter la pata en todo. Fué cosa de chiquillos... bastantes meses antes de vuestra boda.

—De chiquillos, pero honda —añadió Michael.

—Honda... ¿Es que las cosas pueden ser hondas en esa edad? ¿Honda? — Soames hizo una pausa—. Eres un buen muchacho; siempre lo he creído así. Ten paciencia; mira al más allá.

—¡Si puedo, lo haré! —dijo Michael, muy quieto en su silla.

—Ella lo es todo para mí —murmuró Soames precipitadamente.

—Y para mí, lo cual no suaviza la cuestión.

La arruga de entre las cejas de Soames se marcó más profundamente.

—Tal vez no. ¡Pero aguarda! ¡Tan dulcemente como quiera, pero espera! Es joven. Cambiará de conducta; el asunto no es grave.

Michael pensó: «¿Estará enterado de lo otro?»

—También tengo yo mis preocupaciones —continuó Soames—; pero no son nada en comparación de lo que sufriría si se la perjudicase.

Michael sintió un impulso insólito de simpatía por aquella encanecida y serena figura.

—Haré todo lo posible —dijo sosegadamente—; pero, naturalmente, yo no soy un Salomón.

—Seguramente que no —dijo Soames—; pero, de todas maneras, un chiquillo... ¡Bien! Un chiquillo sería una especie de segur... —tartamudeó; no era ésta la palabra precisa...

Michael se estremeció.

—Sobre esto nada puedo decir.

Soames se levantó.

—No —dijo reflexivamente—. Supongo que no. Llegó la hora de vestirse.

Vestirse, cenar, y si se cenaba, acostarse luego, ¡acostarse para soñar! ¡Y cuántos sueños podían venir después!

Dirigiéndose a su habitación, Michael se encontró con Coaker; el hombre parecía contrariado.

—¿Qué sucede Coaker?

—El perrito, señor. Se ha puesto enfermo en el salón.

—¡Demonios!

—Sí, señor; parece que alguien lo dejó solo allí. El animal es muy sentido, señor. Siempre lo digo: es un perrito muy importante.

Durante la cena, Soames, como asaltado por el remordimiento de haberle recomendado y cedido dos pinturas valoradas en algunos miles de libras, le endilgó un discursito, parecido al de su tío James en sus buenos tiempos. Habló

de los franceses, de la baja del marco, de la buena cotización de los valores de la deuda, de la obstinación de Dumetrius, el negociante en cuadros, acerca de un Constable de paisaje celeste, que Soames quería y Dumetrius no, lo cual no impedía que pidiese por él un precio que Soames no quería pagar. Habló de las dificultades que preveía en los Estados Unidos con motivo de su *preciosa* Ley Seca. Eran unos tercios. Cuando emprendían un proyecto, seguían adelante contra viento y marea. No trataba de eso porque él hubiera sido un bebedor extraordinario, sino porque deseaba saber si le estaba permitido hacerlo. Los americanos querían que supiera que no estaba permitido, y ¡eso era una tiranía! ¡Eran unas gentes absolutistas! No le iba a sorprender que allá se diera a beber todo el mundo. También habló sobre la Liga de las Naciones; precisamente aquella misma mañana la había ensalzado un hombre. Era una idea anodina, sólo iban a gastar dinero y llegaría a arreglar sólo aquellas cosas que se hubieran arreglado por sí mismas, pero jamás harían nada importante, como exterminar el bolchevismo y los gases asfixiantes, quedando así demostrada su vaciedad. El discursito fué casi un «record» para un hombre habitualmente taciturno, y resultó de gran utilidad para la joven pareja que sólo quería que continuara hablando, para poder ellos pensar en otras cosas. La indisposición de *Ting-a-ling* fué el otro único objeto de consideración. Fleur la atribuía al suelo de cobre. Soames, a que había comido algo en la plaza; los perros siempre andaban rastreando. Michael sugirió que se trataba sólo de una indisposición china; una protesta porque nadie se preocupaba de su capacidad. En la China, cuatrocientos millones de habitantes se preocupaban mutuamente de su capacidad propia. ¿Qué podía, pues, esperarse de un chino, colocado de súbito en el desierto de Gobbi? Con toda seguridad que se pondría enfermo.

«¡No hay retirada! ¡No hay retirada! ¡Han de vencer o morir quienes no tienen posibilidad de retirada!»

Cuando Fleur les dejó, ambos se dieron cuenta de que no podían soportarse de nuevo tan pronto, y Soames dijo:

—Tengo que hacer algunos números... Iré a mi habitación.

Michael se puso en pie:

—¿Quiere usted disponer de mi guarida?

—No —dijo Soames—. Necesito concentrarme. Da las buenas noches a Fleur de mi parte.

Michael se quedó fumando sobre las figuras de porcelana que representaban frutos de españoles. ¡Ese, mono blanco no podría comerse esos frutos y tirar la corteza! ¿Serían de porcelana los frutos de su vida en el futuro? ¿Vivir con Fleur en la misma casa como un extraño? ¿Vivir con Fleur, como actualmente, sintiéndose forastero o, peor aún, como un forastero inoportuno? ¿Huir y alistarse en el Cuerpo de Aviación o en la Institución para el

salvamento de niños? ¿Cuál de las tres soluciones deploraría menos? La ceniza de su cigarro se prolongaba, caía y se formaba de nuevo; los frutos de porcelana se burlaban de él con su viveza y brillo; Coaker asomó la cabeza y la volvió a retirar. (El señorito estaba preocupado: ¡buen hombre el señorito!) En alguna parte, en cualquier parte, esperaba la decisión, pero no la de él, sino la de Fleur. Su mente era demasiado corta y miserable para poder discurrir; ella podría hacerlo con la tuya. Ella, por sí sola, había tomado una decisión absurda con Wilfrid, con ese primo, con sus propios actos y sentimientos. Sí; la decisión llegaría, ¿y cuál sería su importancia en un mundo en que la compasión era ceniza y sólo contaba una filosofía china?

Pero no se pondría enfermo en el salón; probaría a mantenerse íntegro, aunque no hubiera nadie para darse cuenta de su integridad...

* * *

Estaba dormido y su habitación a oscuras, o casi a oscuras. Cerca de su lecho, algo blanco. Un delicado calor suave y fragante; a su lado, una voz débil que decía:

—¡Soy yo; deja que venga a tu cama, Michael!

¡Como un niño, igual que un niño! Michael tendió sus brazos. La blancura y el suave calor reposaron en ellos. Los bucles ocultaban su boca, y aquella voz susurró a su oído:

—¿Verdad que no habría venido aquí, si... hubiera habido algo?

El corazón de Michael, feroz, confuso, palpité contra el de ella.

VII

«TOTALMENTE»

Bien alimentado, Tony Bicket estaba de buen humor en esa bella tarde; los globos le habían dejado libre y se dirigía a casa, sonriente como un conquistador.

Victorina también tenía las mejillas arreboladas. Desquitábanse de la historia de la tarde de él con el cuento de la de ella. Una falsedad por una verdad..., ni una palabra sobre Danby y Winter, el caballero de la sonrisa insinuante el Grand Mainier, o el «desnudo». No estaba apesadumbrada. Éste era su secreto y su sorpresa: sí, siendo modelo, al desnudo o de otra forma (aún no lo tenía decidido), podía ganar el dinero para su pasaje, pues le diría que lo había ganado en las carreras. Esa noche ella le preguntó:

—¿Estoy muy delgada. Tony? —le dirigió varias veces la misma pregunta—. Me gustaría mucho ponerme gorda.

Bicket, lamentando todavía que ella no le hubiera acompañado en aquel almuerzo, le dijo que estaría muy pronto tan gorda como la manteca. No le dijo cómo.

Sañaron los dos con mariposas azules y despertaron bajo la luz deficiente del gas, con un desayuno de cacao y pan con mantequilla. ¡Dichosa niebla! Bicket desapareció a los ojos de Victorina antes de alejarse ocho metros de la puerta. Ella volvió a su habitación con el corazón amargado por un temor. ¿Quién iba a comprar globos en día de niebla? Estaba resuelta a todos los sacrificios antes que abandonar a Bicket a la intemperie en los días de tormentas. Desnudándose, se lavó intensamente para el caso de..., no hacía mucho que había terminado, cuando la casera le anunció que estaba un muchacho con un recado. Traía éste un enorme paquete con la dirección siguiente: «Señor Bicket.»

Había dentro una nota. Ella leyó:

Querido Bicket: Ahí van las ropas. Espero que le serán útiles.

Suyo,

Michael Mont.

Temblándole la voz, dijo al muchacho:

—Gracias. Está bien. Toma dos peniques.

Apenas su silbido se perdió en la niebla, ella se echó precipitadamente sobre aquellas prendas. Los sexos estaban separados por un papel de seda. Un traje azul, un sombrero de pana, unos zapatos marrón, tres pares de calcetines con dos agujeros, cuatro camisas, sólo algo rozadas en los puños; dos corbatas blancas y negras, seis cuellos no muy nuevos, algunos pañuelos, dos camisetas de invierno, dos pares de calzoncillos y un gabán marrón con cinturón y dos o tres manchas insignificantes. Tomando el traje azul, lo examinó; sólo necesitaba acortar unos cuatro centímetros las mangas y los pantalones. Hizo con todo ello un montón y volvió temblorosa sus ojos hacia los tesoros contenidos bajo el papel de seda. Un vestido de punto marrón, con botoncitos amarillo..., sin mancha alguna, sin arrugas. ¿Cómo se podía despreciar una cosa así? Un sombrerito de terciopelo marrón, con una pequeña borla de pluma marrón dorada. Se lo probó inmediatamente. Un par de corsés rosa, muy poco deteriorados también, los cuales subían unos seis centímetros del talle y bajaban tan sólo diez del mismo, con sus cintas rosa y las correspondientes ligas. ¡Un verdadero sueño! No pudo resistir el deseo de admirarlo en su cuerpo. Dos

pares de medias marrón; unos zapatos del mismo color; dos combinaciones y una camisa de punto. Una blusa con una rasgadura en una manga, una falda de hilo color lila, lavada ya alguna vez; unas bragas rosa pálido y, en último lugar, un abrigo marrón casi negro, largo, cómodo y agradable, con botones de azabache y seis diminutos pañuelos en el bolsillo. Una delicada esencia arrebató sus sentidos: ¡geranio!

Su fantasía se fué de un brinco al porvenir. ¡Vestida, su ajuar completo, equipada: mariposas azules, el sol! ¡Sólo faltaba el dinero para el pasaje! Y de pronto se vió completamente desnuda ante el caballero de los ojos resbaladizos. ¿Qué importaba? ¡La cuestión era ganar dinero!

Durante el resto de la mañana, trabajó afanosamente, acortándole el traje a Tony, zurciendo los calcetines, volviendo los puños desgastados de la camisa. Comió una galleta, bebió otro vaso de cacao: quería engordar, y se ocupó del roto de la blusa de seda blanca. ¡La una! Presa de gran pánico, se desnudó una vez más, poniéndose otra combinación, un par de medias y el corsé... Luego, una especie de superstición la detuvo en su tarea. ¡No! El vestido suyo y su sombrero, ¡como ayer! Lo otro lo guardaría hasta... Apresuróse hacia el autobús, sufriendo alternativamente ora el frío, ora el calor. Tal vez le ofrecerían otra copita de aquel licor angélico. Si pudiera llegar al momento culminante con la cabeza algo turbia, sin que nada le importara...

Estaban dando las dos cuando llegó al estudio y llamó. La temperatura era muy agradable y alta, mucho más alta que el día antes, y lo que esto significaba la impresionó de súbito. Junto al fuego estaba una dama con un perrito.

—La señorita Collins; la señora Moni. Nos presta su perrito, señorita Collins.

La dama, casi de su misma edad y tan hermosa, le ofrecía su mano. ¡Geranio! Era, pues, ella, cuya ropa...

Aceptó su mano, pero no pudo decir palabra. Si esta señora iba a quedarse allí, sería totalmente imposible. Delante de ella, tan espléndidamente vestida...

¡Oh! ¡No!

—Vamos, *Ting*, pórtate bien y sé todo lo gracioso que puedas. Adiós, Aubrey. Buena suerte para el cuadro. Buenas tardes, señorita Collins; a la fuerza tiene que resultar maravilloso.

¡Se fué! Se perdía la esencia de geranio. El perrito husmeaba en la puerta. El caballero insinuante sostenía dos copitas en su mano.

—¡Ah!

Pensó Victorina y bebió la suya de un sorbo.

—¿Verdad, señorita Collins, que ahora no le va a dar vergüenza? Allí dentro lo encontrará todo preparado. En realidad, no tiene importancia. Necesitaré que usted se eche de cara, aquí precisamente, los codos en el suelo, la cabeza levemente levantada y algo vuelta hacia acá; el cabello, todo lo suelto que pueda y sus ojos contemplando este hueso. Usted deberá imaginarse que es un fauno o cosa por el estilo. El perro le ayudará cuando se coloque frente a él. Un fauno, ¿eh? ¡No lo confunda con un pavo!

—Sí —dijo Victorina débilmente.

—¿Quiere otra copita?

—¡Sí; hágame el favor!

Y él se la dió.

—Lo comprendo perfectamente; pero, en realidad, ya lo sabe usted, es absurdo. Eso mismo, ante un médico, lo haría usted sin reparo. Mire: voy a dejar esta campanilla en el suelo. Cuando esté en posición, agítela ligeramente y entonces vendré yo. Eso la animará un poco.

Victorina murmuró:

—Es usted muy amable.

—Nada de eso; es naturalidad. Y ahora, ¿quiere usted prepararse? La luz no va a durar siempre. Convinimos quince chelines diarios.

Victorina le vió desaparecer tras el biombo y miró a la campanilla. ¡Quince chelines!, ¡y quince chelines!, ¡y quince chelines! ¡Muchos, muchos quince chelines...! Pero no servir de modelo más veces que Tony permanezca en pie ofreciendo globos. Y, como herida por este pensamiento, descendió maquinalmente del estrado y entró en la habitación de las modelos. También aquello era cómodo y cálido; sobre una silla había una bata de seda verde. Se quitó el vestido. De nuevo la impresionó la belleza del corsé rosa. Tal vez al caballero le gustaría... ¡No! ¡Esto sería todavía peor! Llegó hasta ella un rumor... de *Ting-a-ling* que protestaba de su soledad. Si no se daba prisa, ¡jamás se decidiría! Se desnudó apresuradamente y se quedó mirándose en el espejo. ¡Si esa imagen endeble, blanca como el marfil, pudiese dirigirse sola al estrado y quedarse ella donde estaba! ¡Oh! ¡Era horroroso, horroroso! No, ¡no era posible! ¡No podía ser! Volvió a coger su última pieza. ¡Quince chelines! ¡Pero quince chelines! Hirió su retina una visión feroz y torturadora. ¡Una cúpula gigantesca y un insignificante Tony, con pequeños, diminutos globos en una mano extendida! Algo frío y duro se coaguló en su corazón, como los carámbanos en las ventanas. Si eso era todo lo que podían hacer por él los demás, ella podía mucho más y mejor. Dejó caer la última pieza y confundida, aterida, se adelantó para el «desnudo». *Ting-a-ling* refunfuñó sobre su sueño. Alcanzó la campanilla y se echó al suelo de cara, como le habían indicado, los pies

cruzados y en el aire. Reposando la barbilla en una mano, agitó la campanilla. El sonido que produjo no podía compararse con el de las otras campanas y el perrito ladró; su expresión era cómica.

—¡Perfectamente, señorita Collins! ¡Conserve esa posición!

¡Quince chelines! ¡Y quince chelines!

—Solamente estire un poco más los dedos del pie izquierdo. Muy bien. El tono de su piel es perfecto. ¡Pero, cielos, uno tiene que andar antes de correr! El dibujo es terrible, señorita Collins; debería poderse pintar directamente con pincel; el escultor puede valerse de un cincel, al menos cuando es un Miguel Ángel. ¿Qué edad tiene usted?

—¡Veintiún años! —dijeron unos labios, que a Victorina le parecieron muy lejanos.

—Pues yo, treinta y dos. Se dice que nuestra generación nació tan vieja que ya no puede serlo más. Sin ilusiones. ¡Bueno! Que yo recuerde, nunca he creído en nada. ¿Y usted?

Los sentidos y razonamiento de Victorina estaban extraviados, pero eso no tenía importancia, pues él proseguía:

—Ni siquiera creemos en nuestros antepasados. Pero empezamos a copiarlos de nuevo. ¿Conoce usted un libro titulado *La tortuga sollozante*, que tanto interés ha despertado? Sterne puro, muy bien imitado; pero puro Sterne, demostrando su autor una mentalidad irónica. Esto es más claro que el agua, señorita Collins; nosotros también hacemos algo por el estilo, y es mala señal; con esto voy a superar a Pierre Cosimo. Haga el favor de levantar la cabeza un centímetro más. ¡Gracias! ¡Conserve ese rizo sobre el ojo! Y dígame: ¿Es usted de sangre italiana? ¿Cuál es el apellido de su madre?

—Brown.

—¡Ah! No se puede estar nunca seguro con los Brown. Podía haber sido Brune o Bruno. Pero con toda probabilidad fué íbera. Posiblemente todos los habitantes de Bretaña que los sajones dejaron vivos se apellidaron Brown. Pero todo esto es una estupidez. Retrocediendo hasta Eduardo el Confesor, señorita Collins, sólo treinta generaciones, cada uno de nosotros cuenta con mil setenta y cuatro millones, quinientos setenta y tres mil novecientos ochenta y cuatro antepasados, y la población de esta Isla era entonces inferior a un millón. Hemos nacido de un mismo tronco, igual que los caballos de carreras, pero sin ser tan hermosos como ellos, ¿verdad? Señorita Collins, tenga la seguridad de que usted tiene mucho que agradecer; igual que la señora Mont. Es bella, ¿verdad? Fíjese en este perro.

Ting-a-ling, cruzadas las patas delanteras y con el hocico arrugado, miraba realmente como si le dominara la impresión de que Victorina era otro hueso.

—Es simpático —dijo, y de nuevo su voz era muy lejana.

Si se lo pidieran, ¿se prestaría la señora Mont a lo que ella estaba haciendo? Estaría muy linda. Pero ella no necesitaba los quince chelines.

—¿Está usted cómoda en esa postura?

—Sí, gracias.

—¿No siente frío?

—No, gracias.

—Muy bien. Un poquito más levantada la cabeza.

Poco a poco fué desapareciendo de Victorina el sentimiento de horror de su inusitada situación. Tony jamás lo sabría. Y si lo supiera, no podría molestarse. Cada vez estaría más dispuesta a lo mismo: ¡quince chelines y quince chelines! Esto sería muy fácil. Contemplaba el movimiento ágil de los dedos y el humo azul del cigarrillo. También miraba al perrito.

—¿Quiere descansar? Ha olvidado la bata allí; voy por ella.

Con aquella bata de seda verde, forrada a maravilla, se sentó en el borde del estrado, apoyando los pies en el suelo.

—¿Un cigarrillo? Voy a preparar un poco de café turco. Entre tanto, puede usted pasearse.

Victorina obedeció.

—Parece usted escapada de un sueño, señorita Collins. La pintaré a lo Mateo Maris, vistiendo esta bata.

Aquel café, que no se parecía a ninguno que antes hubiera tomado, le dió una impresión de bienestar, y exclamó:

—Esto no es como el café.

Aubrey Greene levantó las manos.

—Ahora lo ha dicho. Los británicos constituyen una gran raza; nada podrá exterminarlos. Si ello fuera posible, haría tiempo que les habría aniquilado su café. ¿Quiere más?

—Sí; hágame el favor.

¡Una taza podía contener tan poco!

—¿Dispuesta otra vez?

Echóse y dejó que la bata cayera por sí sola.

—Muy bien... Déjela ahí. Está usted echada sobre el césped y el verde me ayuda. Lástima que sea invierno... Habría alquilado un lugar al raso.

Descansando sobre el césped, quizá también habría flores. Ella estaba enamorada de las flores. De niña acostumbraba a echarse sobre el césped, haciendo coronas de margaritas en el patio trasero de la casa de su abuela en Norbiton. Actualmente iba allá a pasar quince días... ¡Le gustaba tanto el campo! Pero allá andaba siempre vestida. Hubiera sido más bello sin ropa... ¿Habría flores en la Australia Central? Si había mariposas, también debía haber flores... ¡Ella y Tony en el sol, como en el jardín del Paraíso!...

—Muchas gracias; por hoy estamos libres. Medio día, diez chelines. Mañana por la mañana, a las once. Es usted una modelo de primera, señorita Collins.

Mientras se ponía el corsé rosa, Victorina se sentía satisfecha. ¡Ya estaba hecho! ¡Tony no lo sabría jamás! La idea de que nunca lo llegaría a saber la hacía feliz. Y otra vez desvestida del «desnudo», salió.

Aubrey Greene estaba en pie ante su obra.

—Todavía no está, señorita Collins —le dijo—; no quiero decepcionarla. Esta cadera está demasiado alta. Mañana la corregiremos. Perdona que no le ofrezca mi mano, la tengo llena de yeso. ¡*Au revoir!* ¡A las once! Y ya no necesitaremos a ese *personaje*. No; ¡usted ya no lo necesita!

Ting-a-ling parecía decidirse a seguir la dirección del hueso más grande. Victorina salió sonriendo.

VIII

SOAMES TOMA CARTAS EN EL ASUNTO

Soames, sentado junto a la chimenea, hasta que el Big-Ben dió las once, se había ensimismado. Sus reflexiones culminaron en la decisión de hablar acerca de todo este asunto con el viejo Mont. Aunque algo superficial, era un caballero, y la cuestión, delicada. Metióse en la cama y se durmió, pero a las dos y media se desveló. ¡Ya estábamos otra vez! «No quiero preocuparme de esto», pensó, y en el mismo instante volvió a las andadas. En su larga vida de asuntos monetarios, jamás le había ocurrido cosa semejante. Totalmente conforme con la Ley, ésta, tan a menudo apartada de la integridad, había sido el *sine qua non* de su carrera. Decían que la honradez era la mejor norma. Un hombre, aun adaptándose perfectamente a la Ley, todavía sería culpable, pero la culpabilidad normal en un hombre de negocios no era lo mismo que la cárcel o el Tribunal de quiebras; y el fin perseguido por un hombre que observara perfectamente la Ley era únicamente librarse de una de esas dos situaciones. Y hasta el presente, él no había encontrado dificultad. ¿Qué más correspondía hacer a un consejero sino percibir sus honorarios y tomar el té? Ésta era la cuestión. Y si faltaba a sus deberes, ¿hasta dónde era él responsable? Era deber de un consejero ser perfectamente sincero. Pero si era perfectamente sincero, no

podía ser consejero. Esto era muy natural. En primer lugar, vendría obligado a decirle a los accionistas que no hacía otra cosa que percibir sus honorarios. Pues... ¿qué hizo él en los consejos a que perteneció? Sentarse, firmar, hablar un poco y aceptar lo que las normas generales del negocio aconsejaban que se aceptase. ¿Presentó alguna vez una iniciativa? ¡Sí! Pero de Pascuas a Ramos. ¿Calculó algo? No; leía los cálculos. ¿Comprobó los cobros y pagos? No; ya se cuidaban de ellos los inspectores. Había una organización. Palabra consoladora, pero, para ser perfectamente sincero, la primera preocupación de un consejero debía ser dar de lado a la organización existente. Por ejemplo, ¡en su propio caso! Si hubiera cumplido con su deber, debía haber acabado con ese seguro exterior, del cual desconfió instintivamente tan pronto como lo conoció, esto es al cabo de un mes de su nombramiento de consejero, o bien dimitir el cargo, si eso le fallaba. Y no lo hizo. ¡Parecía que las cosas mejoraban! ¡No era el momento, y otras razones por el estilo! De haber cumplido con su deber, como un consejero perfectamente sincero, la verdad es que jamás hubiera sido consejero de la P. P. R. S., pues, en tal caso, habría examinado el programa de la Sociedad mucho más cuidadosamente de lo que lo hizo antes de aceptar un puesto en el Consejo. Pero ¿y los nombres, y el prestigio, y el «a caballo regalado no le mires el diente»?... Para ser perfectamente sincero, debía enviar ahora a los accionistas una circular en estos términos: «Mi *laissez faire* les ha costado doscientas mil libras y pico. He depositado esta suma en manos solventes a nombre de ustedes, y voy a llevar a los Tribunales al resto del Consejo para que paguen la parte proporcional que les corresponde.» Pero no tenía el propósito de hacerlo porque..., ¡bueno!, porque no se acostumbraba y los demás consejeros no lo aprobarían. En resumen: se debería aguardar hasta que los accionistas se enteraran, lo cual no era de esperar. En realidad, esto era seguir los procedimientos de un Gobierno: confundir las cosas y procurar lo más posible para uno mismo. Soames, algo tranquilizado, pensó en Irlanda: el último Gobierno había originado el disturbio, y finalmente se había acreditado acabando con lo que no debió haber acontecido jamás. Lo mismo que con la Paz, la Flota Aérea, la Agricultura y Egipto..., los puntos más importantes que había que tratar; cada vez armaban más embrollos. ¿Pero lo había reconocido? ¡Claro que no! Uno no lo reconocía. En todo caso decía: «Razones políticas obligaban a proceder así», o, todavía mejor, se callaban y se confiaba en el carácter inglés. Descansando su barba en la sábana, Soames sintió una satisfacción momentánea. El Gobierno anterior no se había preocupado de nada, ¡quién!, estaba convencido de ello. Con los ojos fijos en las brasas agonizantes de la chimenea, reflexionó sobre las desigualdades e injusticias de la vida. Pensaba en los políticos y comerciantes, cuyas existencias se deslizaban en la maroma y se les condecoraba por ello. Jamás habían levantado una paja del suelo. Y verse él mismo en la maroma, por primera vez en cuarenta años y sufriendo enormemente. Se rindió culto al arte de tapar los ojos al público, un culto perfecto de soslayar las responsabilidades en actos administrativos; pero

allí estaba él, un hombre de mundo, un hombre de leyes, ignorante de dichos cultos, y... satisfecho de ello. Por precaución innata y por un cierto orgullo, que le daba un toque de simpatía, Soames se separó de la honradez de manga ancha que dirigía los asuntos del pueblo británico. Era, y siempre había sido terco e inflexible en todo lo que se relacionaba con dinero. El dinero era dinero, una libra era una libra, y no había modo de fingir lo contrario, conservando la propia reputación. Se levantó, bebió un poco de agua, respiró profundamente y paseó. ¿Quién era el que había dicho que nada le había quitado jamás cinco minutos de sueño? De seguro, aquel socio debía tener la circulación de un buey, o el modo de ser del Barón Munchausen. Cogió un libro. Pero su pensamiento revoloteaba sólo en torno al valor realizable de su fortuna. Aparte de sus cuadros, calculó que ésta no sería inferior a las doscientas cincuenta mil libras y no estaba más que Fleur, la cual, por otra parte, ya estaba más o menos prevenida. Su esposa contaba con su dote y con ésta podía vivir cómodamente en Francia. Y él, ¿qué importaba? Una habitación en su Club, cerca de Fleur. ¡sería igualmente feliz, tal vez más! Y de pronto, se dió cuenta que había encontrado el camino para poner fin a su ansiedad y preocupación. Suponiendo las cosas traídas por los cabellos, enfrentándose con la pérdida de su fortuna, había conjurado al diablo. El libro *La tortuga sollozante*, del cual no había leído ni una sola palabra, se le cayó de las manos: estaba durmiendo...

La reunión con el viejo Mont tuvo lugar en el Snooks, inmediatamente después de almorzar. La pizarra del *hall*, en la cual había fijado la mirada al entrar, le evidenciaba una nueva y acusada baja del marco. En este momento pensó: «¡Esto va a la bancarrota!»

Sentado allí, paladeando el café, el Baronet miró a Soames con una vivacidad casi ofensiva. ¡Apostaba dos contra uno que éste no se había dado cuenta de nada! «¡Bueno! —pensó Soames—. ¡Como decía el tío Jolyon, voy a asombrar sus nervios débiles!»

Y empezó sin preámbulos: —¿Cómo sigue usted, Moni? El marco no vale nada. Hágase cargo de que, con la idea preciosa de Elderson, en la F. P. R. S, hemos perdido aproximadamente un cuarto de millón. No me extrañaría que se nos persiguiera, por afrontar un riesgo injustificado. Pero lo que me trae a visitarle es otro asunto —aquí relató la entrevista con el empleado Butterfield, clavando sus ojos en las pestañas de su interlocutor y acabando con las palabras—: ¿Qué le parece?

Sir Lawrence, cuyos pies sacudían todo su cuerpo, se caló el monóculo.

—Eso es una alucinación, querido Forsyte. Conozco a Elderson de toda mi vida. Estuvimos juntos en Winchester.

¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Oh, Dios! Soames dijo pausadamente:

—Eso no significa nada. Uno que estuvo conmigo en Marlborough huyó con todo el dinero de su Regimiento y con la mujer de su coronel, e hizo fortuna en Chile, dedicándose a la conserva de tomates. La cuestión es ésta: si el relato de ese joven es cierto, estamos en una ratonera. Esto va mal, Mont. ¿Quiere usted tantearle y ver qué nos dice? A usted no le agradaría que se propagara una historia de ese tipo acerca de su persona. ¿Quiere que vayamos los dos?

—Sí —contestó rápidamente sir Lawrence—. Tiene usted razón. Iremos los dos Forsyte. No me gusta, pero iremos. ¡Debe saberlo!

—¿Ahora?

—Ahora.

Tomaron con solemnidad sus sombreros de copa y salieron.

—Es preferible tomar un taxi, Forsyte.

—Sí —dijo Soames.

El coche siguió la carrera con lentitud al pasar por los leones, y luego se dirigió por el Embankment. Los ocupantes, lado por lado, mantenían invariablemente sus narices hacia adelante.

—Estuvimos de caza juntos, hará aproximadamente un mes —dijo sir Lawrence—. ¿Conoce usted el himno que dice: «¡Oh, Dios!, ayuda nuestra en el pasado»? Es precioso, Forsyte.

Soames no respondió. ¡El tipo empezaba a gorjear!

—Pues lo cantamos ese domingo —prosiguió sin Lawrence—. Elderson tenía muy buena voz, cantaba solo. Actualmente es una bocina, pero todavía la modula bien —y soltó su risita chillona.

«¿Es posible —pensó Soames— que este hombre hable alguna vez en serio?», y dijo:

—Si averiguamos que lo de Elderson es cierto y lo ocultamos, corremos el peligro de acabar en la cárcel.

Sir Lawrence se reajustó el monóculo.

—¡Demonio! —dijo.

—¿Llevará usted la conversación —preguntó Soames—, o lo haré yo?

—Será mejor que lo haga usted, Forsyte. ¿Será necesario que hagamos venir a ese joven?

—Veremos —dijo Soames.

Subieron a las oficinas de la P. P. R. S, y entraron en la sala del Consejo. No había fuego y la mesa estaba sin preparar; un empleado viejo y arrastrándose como una mosca en un cristal llenaba los tinteros con un gran frasco.

Soames se dirigió a él.

—Diga al gerente que tenga la amabilidad de venir a hablar con sir Lawrence Mont, y el señor Forsythe.

El viejo empleado pestañeó, dejó el frasco y salió.

—Ahora —dijo Soames en voz baja— tenemos que conservar nuestra entereza. Como es natural, lo negaré.

—Eso espero, Forsythe, eso espero. Elderson es un caballero.

—No hay mentiroso peor que un caballero —murmuró Soames para sí.

Después de esto, se quedaron callados, con los gabanes puestos, ante la chimenea apagada, contemplando sus sombreros de copa puestos uno junto a otro encima de la mesa.

—Un minuto —dijo de pronto Soames y, cruzando la habitación, abrió una puerta de enfrente.

Allí, como dijo aquel joven, había una especie de saloncito entre la sala del Consejo y el despacho del gerente, con una puerta al extremo, que comunicaba con el pasillo principal. Retrocedió, cerró la puerta y, reuniéndose de nuevo con sir Lawrence, volvió a la contemplación de los sombreros.

—El escenario es exacto —dijo con melancolía.

La aparición del gerente fué marcada por la caída del monóculo de sir Lawrence y una sacudida en el ojal de su chaqueta. Con americana negra, recién afeitado, con ojos grises bastante abultados en su parte inferior, algo sonrojado, con cada cabello en su lugar en una cabeza calva y ovalada, labios comprimidos y sonriente alternativamente, el director le recordó ridículamente al tío Nicolás en la mitad de su vida. El tío Nick era un hombre listo, el más listo de Londres, y, sin embargo, nadie había atacado su honradez. Pasó por Soames una angustia de duda y adversión. Parecía monstruoso lo que tenía que decir a un hombre de su edad y casta. ¡Pero los ojos de Butterfield, tan honrados y fieles!... ¿Era posible que hubiera inventado algo semejante? Dijo bruscamente:

—¿Está cerrada aquella puerta?

—Sí. ¿Nota usted corriente? —dijo el gerente—. ¿Quiere que encendamos fuego?

—No, gracias —contestó Soames—. El hecho es, señor Elderson, que ayer un joven de la oficina me vino con algo muy raro. Mont y yo suponemos que es necesario que usted se entere.

Soames, acostumbrado a escudriñar en los ojos de las gentes, notaba como una impresión de película (de las que pasan por los ojos de los loros), cruzando los de Elderson. Pero esta desapareció pronto, si es que en realidad había existido.

—Claro que sí.

Brevemente, con el poder que fluía de sus nervios y casi palabra por palabra, Soames repitió una historia que se había aprendido de memoria, durante las horas de desvelo. Y acabó diciendo:

—Indudablemente, usted deseará que venga ese joven. Se llama Butterfield.

En el curso del relato, sir Lawrence no hizo otra cosa que mirarse las uñas; ahora intervino:

—Era nuestro deber comunicárselo, Elderson.

—Naturalmente.

El gerente se dirigía hacia el timbre. Se avivaba el color rosa de sus mejillas; sus dientes descubiertos le daban un aspecto enigmático.

—Diga al señor Butterfield que entre.

Siguió un minuto de despreocupación. Luego entró el joven, simpático, correcto, con los ojos fijos en la cara del director. Soames tuvo un momento de arrepentimiento: Este joven tenía la vida en sus manos, como uno de los del gran ejército que tenía como base de su vida la represión de los impulsos y la respetabilidad y siempre cien probabilidades de tener que buscarse otro trabajo al menor descuido.

¿Cuál era aquel cuento referido por aquel actor provinciano que tanta gracia le hacía al tío Jolyon? «Como un lívido mártir en su camisa de fuego.»

—¿De manera, señor Butterfield, que usted se ha permitido emplear su imaginación en torno a mi persona?

—¡No, señor!

—¿Mantiene usted, pues, esa fantástica historia de haber oído algo involuntariamente.?

—Sí, señor.

—En tal caso, sus servicios ya no nos interesan. ¡Buenos días!

Los ojos fieles del joven buscaron el rostro de Soames; se contrajo un nervio de su garganta; sus labios se contrajeron sin emitir sonido alguno. Se volvió y se fué.

—Ya va servido —dijo el gerente—. No encontrará otro empleo.

El rencor de estas palabras afectó a Soames lo mismo que el olor de la grasa rusa. Y al mismo tiempo pensaba: «Eso vale la pena meditarlo.» Sólo que, inocente o culpable, y jugándose el todo por el todo, Elderson habría sido igualmente drástico. ¿Cuál era el caso?

El gerente prosiguió.

—Caballeros, les doy las gracias por haberme advertido del caso. Hacía tiempo que le tenía la vista encima a ese muchacho. Mala persona en todos los aspectos.

Soames dijo displicentemente:

—Pero ¿qué se figura usted que iba a ganar con eso?

—Había previsto el despido y creyó mejor buscarlo.

—Lo comprendo —contestó Soames.

En realidad no era así. Su pensamiento se había retrotraído a su despacho, con Gradman rascándose la nariz, moviendo la cabeza negativamente, y Butterfield diciendo: «No, señor; yo nada tengo contra el señor Elderson, y él nada tiene contra mí.»

«Será necesario que me informe más sobre este joven», pensó.

Otra vez se interpuso la voz del gerente.

—He estado pensando, señor Forsythe, en lo que dijo usted ayer sobre una posible denuncia por negligencia, formulada contra el Consejo. Nada de eso: el proyecto se sometió por completo a los accionistas en dos Juntas generales y fué aprobado sin comentario alguno. Los accionistas son tan responsables como el Consejo.

—¡Hum! —murmuró Soames, tomando su sombrero—. ¿Se viene conmigo, Mont?

Como si lo hubieran llamado desde larga distancia, sir Lawrence se caló de nuevo su monóculo.

—Ha sido cosa muy desagradable —dijo—. Usted nos perdonará, Elderson. Era necesario que usted lo supiera. No creo yo que ese joven esté en sus cinco sentidos; tiene una mirada extraña; pero, naturalmente, no podíamos dejarlo pasar. Adiós, Elderson.

Poniéndose simultáneamente las chisteras, salieron los dos. Anduvieron un poco sin hablar. Luego, sir Lawrence dijo:

—¿Butterfield? Mi cuñado tiene al encargado de los jardineros que se apellida igual; un buen muchacho. ¿Debemos ocuparnos de ese muchacho, Forsythe?

—Sí —contestó Soames—. Déjelo de mi cuenta.

Me agrada mucho. El hecho es que cuando se ha sido compañero de colegio de un hombre, uno tiene reparo...

Soames dió rienda suelta a una explosión súbita:

—Me parece que hoy día no se puede uno fiar de nadie. Eso viene de... ¡bueno! No sé de donde viene, ni de qué viene. Pero todavía no he terminado con este asunto.

IX

AL ACECHO

El Hotch-Potch Club se remontaba al año 78 del pasado siglo. Fundado por un grupo de jóvenes fervientes, sociólogos y políticos, como una morada a propósito para arder sin hacer llama, hasta que adquirieran relieve para ingresar en el seno del Snooks, los liberales, los Wayfarers, Burton, Ostrich Feather y otras entidades más permanentes, este Club había logrado, gracias a un *chef* distinguido de sus primeros tiempos, una estabilidad y una distinción propias. Conservaba aún alguna relación con su nombre y ésta era la atracción que ejercía sobre Michael; pertenecía a él toda clase de gentes. Desde Walter Nazing y los jóvenes semiescritores y los defensores del teatro, que iban a Venecia y hablaban de los encantos del cortejo amoroso en góndola y de cómo debía hacerse el amor; desde éstos hasta semigenerales con el cabello tieso, que habían pertenecido a consejos de guerra y mataban impunemente por la debilidad momentánea de la naturaleza humana; desde Wilfrid Desert (que ahora no acudía), hasta Mauricio Elderson en el salón de juego, podía encontrar allí a todo el mundo y tomarle el pulso al modernismo. Éste era su quehacer en el fumador del Hotch-Potch en la penúltima tarde, antes que Fleur hubiese acudido a su lecho, cuando le notificaron: «En el recibidor hay un señor Forsythe que pregunta por usted. No el socio que hemos tenido durante muchos años hasta su muerte; su primo, me parece.»

Dándose cuenta de que sus ocasionales compañeros no serían el «sueño» de su suegro, ni él el de ellos, Michael salió, y encontró a Soames en la báscula.

—Mi peso no cambia —dijo, alzando los ojos—. ¿Y Fleur?

—Muy bien. Gracias.

—Estoy en la calle Green. Me trae aquí el asunto de un joven, a ver si tenéis para él una vacante en tu oficina... Está fuerte en números.

Soames le siguió y miró a su alrededor.

—Entre, entre —dijo Michael, llevándole a una reducida habitación.

—¿Cómo llamáis a esta habitación? —preguntó.

—«La sepultura.» Es elegante y tranquila. ¿Quiere un poquito de jerez?

—¿Jerez? —repitió Soames—. Vosotros, los jóvenes, creéis que habéis inventado el jerez; en mis mocedades, nadie pensaba en cena sin copa de jerez seco para la sopa y otra de dorado jerez añejo para los dulces. ¡Jerez!

—¡Le creo totalmente! En realidad no hay novedad alguna. Venecia, por ejemplo, ¿no estaba de moda también entonces? ¿Y la nobleza y las monarquías? Todo es un ciclo. Y qué... ¿han despedido a ese joven?

Soames le miró.

—Sí, le han despedido. Se llama Butterfield y necesita empleo.

—Eso es muy corriente; se reciben demandas a diario; no quiero presumir, pero nuestro negocio es muy especial. Se relaciona con libros.

—Le creo capaz, ordenado y atento. No sé qué más se puede pedir en un empleado. Tiene buena caligrafía y, por lo que he podido ver, dice la verdad.

—Desde luego, esto interesa —dijo Michael—. Pero ¿sabe también mentir? Porque es muy probable que se necesiten más viajantes para vender ediciones especiales y cosas por el estilo. ¿Quiere darme más detalles sobre él? Todo cuanto sea humano puede redundar en su beneficio. Esto lo desprecia el viejo Danby, pero él no sabrá una palabra.

—¡Hum! ¡Bien! Cumplió con su deber, sin mirar a sus conveniencias; tanto que a ello debe su ruina. Es casado y tiene dos hijas.

—¡Caramba! Si le doy empleo, ¿no irá a cumplir otra vez con su deber?

—Hablo en serio —replicó Soames—. No se me va del pensamiento.

—Sí —dijo Michael reflexionando—. En tal caso, lo primero que se le puede ocurrir es lanzarle al de otro. ¿Podría verle?

—Le he dicho que fuera a tu casa, para hablar contigo, después de la cena. Creí que preferirías verle en particular antes de someterlo a examen para la oficina.

—Muy bien pensado. Pero me gustaría saber una sola cosa. ¿No cree usted que yo debería saber, confidencialmente, el deber que cumplió? No veo cómo podría interesarme por él sin ese detalle, ¿no le parece?

Soames miró a la cara a su yerno, que estaba con la boca abierta... Por enésima vez le inspiró cierta simpatía y confianza; tal era la honradez que aparentaba.

—Bueno —dijo, dirigiéndose a la puerta para convencerse de que no se transparentaba—; es un asunto de denuncia por calumnia; de modo que, tanto por ti como por mí, procurarás mantenerlo secreto —y en voz baja le refirió los hechos. Acabó diciendo—: Como esperaba, el joven fué a verme de nuevo esta mañana. Está preocupado, como es lógico. No quiero dejarlo abandonado. Sin más información, no sé qué hacer: si seguir adelante o dejarlo. Además... — Soames titubeó; acogerse a una razón poderosa le era repulsivo—. Yo... Esto es muy duro para el pobre. Ganaba trescientas cincuenta libras.

—¡Sí, muy duro! —dijo Michael—. ¡Oiga!: Elderson es socio de este Club...

Soames, sospechando de nuevo, miró hacia la puerta. Como seguía siendo opaca, añadió:

—Es el mismo diablo. ¿Le conoces?

—He jugado con él al *bridge* —contestó Michael—. Algún dinero me ha ganado; es un jugador maravilloso.

—¡Ah! —exclamó Soames; él no había jugado jamás a los naipes—. No puedo colocar a ese muchacho en mi casa, por razones que saltan a la vista; en ti puedo confiar.

Michael se pasó la mano por el pelo.

—Estoy contento... Protección al desgraciado... Pero también me gustan las pesquisas. Esta noche le veré y le pondré al corriente de los puntos que calza su honradez.

Soames asintió. «¡Dios del Cielo! —pensó—. ¡Y qué manera de hablar!...»

La entrevista le sirvió a Michael de excelente oportunidad para disiparle sus preocupaciones. Por temperamento se hallaba ya del lado del joven Butterfield, y, encendiendo un cigarrillo, se dirigió al salón de juego. Se sentó junto a la chimenea y se sintió impresionado: la estancia era cuadrada; en ella había tres mesitas de juego, colocadas de esquina contra las paredes, con tres ángulos de jugadores de naipes.

Michael pensó: «Si el cuarto jugador se sentara debajo de la mesa, se completaría la regla. El cuarto jugador es el que rompe el cuadro.» Y con una especie de sobresalto observó que Elderson era un cuarto jugador. Perspicaz e impasible, se ocupaba en aplicar su cortaplumas a la punta de un cigarro. ¡Qué lástima! ¡Los rostros eran libros sellados! Cada uno con páginas y más páginas de pensamientos recónditos, intereses, proyectos, extravagancias, pasiones, esperanzas y temores; y luego venía la muerte implacable y arrebatada a una criatura, como a una mosca de la pared, y nadie podía ya contemplar su perfecto y pequeño mecanismo trabajando sin cesar para sus propios fines, en su peculiar aislamiento y particular importancia; nadie podía averiguar si era un trozo de actividad grata o repugnante. ¡Era difícil adivinar! ¡Los había de todas castas! Elderson, por ejemplo, ¿era una porción impura o no pasaba de un cordero de Dios que no lo parecía? «Sea lo que sea —pensó Michael—, me parece un mujeriego. Pero ¿por qué?» Y alargó sus manos hacia el fuego, sin que él le viera, frotándose las, al mismo tiempo como una mosca saliendo de la miel. Si uno no era capaz de saber qué pasaba por el pensamiento de su propia mujer, en su propia casa, ¿cómo diablos podía leer en el pensamiento de un extraño, siendo este uno un trozo de los más perfectos del mecanismo humano, un inglés, un hombre de negocios? ¡Si la vida no fuera más que como *El Idiota* o *Los hermanos Karamazov*, y todo el mundo llevase los recónditos corazones en las puntas de las lenguas! ¡Con que sólo las salas de juego de los clubs sufrieran un

ataque de epilepsia en su composición! Pero ¡nada, nada! El mundo estaba lleno de secretos maravillosos, que, sin motivos o razones para que se manifestaran, todos mantenían latentes.

Entró un lacayo, miró el fuego, permaneció un momento tieso como una cigüeña, esperando un recado para salir, *staccato*; fastidiado por el murmullo de la conversación, se volvió y se retiró.

¡Mecanismo! ¡Mecanismo en todas partes! Artificios tan completos para alejarle a uno de la vida, que ya parecía no haber vida de que alejarse.

«Todo esto —pensó— es como un individuo que se dirige a sí mismo una carta certificada. Y tal vez es mejor que sea así. ¿Es buena la vida? ¿Lo es? ¿Será necesario que vuelva a verla otra vez en crudo?»

Ahora Elderson estaba sentado y Michael podía ver perfectamente la parte posterior de su cabeza. No revelaba nada.

Pensó: «Yo no soy detective; pero la forma de su cabello, completamente cerrado por la parte de atrás, debe significar algo.» Y, apartándose de la chimenea, se fué a su casa.

Durante la cena su mirada se detuvo una vez en Fleur y esto no le pareció bien. ¡Acecho! Y, con todo, ¿cómo no intentar conocer los pensamientos y sentimientos de la que le tenía su corazón como un acordeón, haciéndole crujir y gemir a su capricho?

—Ayer vi la modelo que enviaste a Aubrey —dijo ella—. ¡No dijo nada acerca de las ropas, pero parecía tan...! ¡Y qué cara, Michael! ¿Cómo diste con ella?

Un pensamiento asaltó a Michael: «¿Habré despertado sus celos?» Y esto le dejó perplejo. Era un pensamiento vulgar, ¡soez! Y contestó:

—Estuvo a verme. Es mujer de un pobre dependiente que se aficionó a adueñarse de... libros. Ahora vende globos; necesitan dinero irremisiblemente.

—Ya comprendo. ¿Sabes que Aubrey quiere pintarla al desnudo?

—¡Cáspita! ¡No! Me figuré que estaría bien para una cubierta... ¡Tal vez debiera evitarlo!

Fleur se sonrió.

—Significa más dinero y, al parecer, es ella la que decidirá. A ti te da lo mismo, ¿verdad?

¡Otra vez aquel pensamiento! ¡De nuevo vuelta atrás!

Él opuso:

—Es que su marido es un pobre desgraciado y... no quiero tener remordimientos.

—Es seguro que no se lo diré.

Lo dijo ella con tanta naturalidad, tan simplemente, que las palabras descubrieron una verdadera actitud mental de ella. Una no decía a su compañero lo que podía atormentarle al pobrecito desdichado. Por el movimiento de sus blancos párpados vió Michael que también ella se daba cuenta de su indiscreta revelación. ¿Debía continuar diciéndole que June Forsythe se lo había contado todo..., todo? Pero ¿con qué objeto, a qué fin? ¿Cambiaría esto las cosas, haciendo que ella le amara? ¿Lograría algo, además de atormentarla; y además de confirmarle en la creencia de que iba a perderlo todo por querer forzar su confianza? ¡No!

Era mejor adoptar la norma del secreto, que ella había manifestado de manera inconsciente: morderle y sonreírle. El murmuró:

—Me temo que la va a encontrar muy flaca.

Los ojos de ella estaban fijos y brillantes; y otra vez se vió atormentado por aquel soez pensamiento: «¿Habré despertado sus...?»

—Sólo la he visto una vez —añadió—, y entonces iba vestida.

—No tengo celos, Michael.

«No —pensó él—; tanto como desearía que los tuviera.»

Las palabras: «Un joven, que se llama Butterfield, desea verle», fueron como una llave en la cerradura de un calabozo.

El joven que se llamaba Butterfield estaba en el *hall* mirando a *Ting-a-ling*.

Michael pensó: «A juzgar por sus ojos, es más perro que ese diminuto *Djinn*.»

—Suba a mi despacho —dijo—: aquí hace frío. Mi suegro me ha dicho que usted necesita trabajo.

—Sí, señor —dijo el joven, siguiéndole por la escalera.

—Siéntese —añadió Michael, y le dió un cigarrillo—. Y vamos al asunto. Estoy enterado del enredo. A juzgar por su bigote, estuvo en la guerra como yo. Pues dígame, como entre camaradas: ¿su historia es honrada?

—¡Es la verdad de Dios, señor! Más cuenta me tendría que no lo fuera. Nada he ganado con ello y lo he perdido todo. Hubiera sido más ventajoso para mí haberme callado la boca. La palabra de mi jefe vale más que la mía, y yo me quedé en la calle. Y era este mi primer empleo después de la guerra, de modo que por más que haga no lograré buenas referencias.

—Tiene mujer y dos niños, ¿verdad?

—Sí; y mis escrúpulos acaban de arrojarlos a la miseria. Tengo la seguridad de que será ésta la última vez que hago semejante cosa. ¿Qué me importaba a

mí si defraudaban a la Sociedad? Mi mujer tenía toda la razón; fui un loco, señor.

—Probablemente —dijo Michael—. ¿Sabe usted algo de libros?

—Sí; soy un buen tenedor de libros.

—¡Santo Moisés! ¡Nuestro cometido es que los tengan otros, venderlos! Somos editores. Pensábamos poner un viajante más. ¿Es persuasivo su lenguaje?

El joven sonrió levemente.

—No lo sé, señor.

—Bien, mire usted —dijo Michael, dejándose dominar por la expresión de sus ojos—: todo depende de una pauta. Pero, como es natural, esta tiene que aprenderse. Presumo que no es usted aficionado a la lectura.

—Pues no, señor, no mucho.

—Acaso sea esta una buena condición. Debería ocuparse en convencer a los desgraciados que venden libros de que todos, y cada uno de los de su lista, pongamos unos treinta y cinco, son necesarios en grandes partidas a su comercio. Es una suerte que no tenga que ir contra su conciencia, pues realmente muchos de esos libros no lo serán. Seguramente no hay donde pueda recibir lecciones de persuasión, pero puede imaginarse lo que es ésta y, si le parece bien llegarse por aquí esta semana, durante una o dos horas, le pondré al corriente sobre los autores, preparándole para presentarse a San Pedro.

—¿A San Pedro, señor?

—Sí, el hombre de las llaves; afortunadamente es el señor Winter, no el señor Danby. Creo que podré inducirle a que le coloque por un mes de prueba.

—Tenga la seguridad, caballero, de que haré todo lo posible. Mi mujer entiende de libros y podrá ayudarme mucho. No puedo expresarle mi gratitud por su amabilidad. La realidad es que el hallarme sin colocación me crea un gran conflicto; con dos chicos, no me ha sido posible ahorrar nada; es como si para mí hubiera llegado el fin del mundo.

—Bien, pues hasta mañana a las nueve de la noche; yo le colocaré. Me parece que su cara se presta para ese empleo, si da con la pauta. En realidad, de veinte libros no hay más que uno que sea necesario; el resto son lujos. Su cometido consistirá en hacer creer que son necesarios diecinueve y que el vigésimo es un lujo necesario. Pasa lo mismo que con los comestibles y las ropas y todo lo demás de la civilización.

—Sí; lo comprendo.

—Pues bien. Adiós, y buena suerte.

Levantóse Michael, tendiéndole su mano. El joven la aceptó, correspondiendo con un leve saludo, raro y reverencioso. Un minuto después se encontraba en la calle, y Michael, en el *hall*, pensaba: «La compasión es una tontería. ¡Me olvidé en absoluto de que mi misión era acechar!»

X

UNA CARA

Cuando Michael se levantó de la mesa, Fleur se había levantado también. Pasaba de dos días que había salido de casa de Wilfrid y no había recobrado su tranquilidad. La tormenta quebraba la paz de su espíritu; las guirnaldas de raras flores londinenses que daban colores a sus mejillas parecían mustias, ajadas. Cuando de los sobresaltos de la calle Cork se encaminó directamente a los sobresaltos de su propio salón, esas tres horas; la habían trastornado de tal forma que desde entonces no podía fijar su atención en nada. La herida que Holly había hecho sangrar de nuevo ya casi había vuelto a cicatrizar. Un león muerto es una borrosa figura al lado de un asno vivo. Pero ella no podía recuperar, ¿qué? ¿qué? Ésta era su preocupación. Durante dos días enteros había estado intentándolo. Michael seguía siendo un extraño, Wilfrid seguía perdido, Jon seguía enterrado en vida y no se divisaba nada nuevo bajo el sol. Lo único que le causó satisfacción en el curso de estos dos melancólicos, desilusionadores días, fué el nuevo mono blanco. Cuanto más lo miraba, más chino le parecía. Él resumía la verdad satírica, que ella quizá tenía en el subconsciente, de que todas sus pequeñas y modernas frivolidades, agitaciones y tendencias al futuro demostraban que ella no creía más que en el pretérito. El tiempo se había desbordado y había que volver al pasado en busca de una fe. Como un pez pequeño, extraído de una bahía cálida, sorprendiéndose del agua fría y extraña, Fleur se sintió invadida de una sutil nostalgia.

Sola con sus sentimientos, miraba los frutos de porcelana de su habitación española. ¡Brillaban fríos e imposibles de gustar! Cogió uno. ¿Era el símbolo de un fruto pasional! ¡Ay! ¡Pobre pasión! Levemente estremecida, lo abandonó con un débil golpe en la pirámide. ¿Había cegado a Michael con sus besos? ¿Cegarle, a qué, a su propia incapacidad para la pasión?

«Pero yo no soy incapaz —pensó—. No lo soy; algún día se lo demostraré, tengo que demostrárselo a todos.» Y levantó sus ojos hacia el Goya, colgado en el muro opuesto. ¡Qué expresión más cautivadora en la pintura, qué fuerza de vida en los ojos negros de una dama tan disipada! ¡Ella sabría lo que quiso, y de seguro que lo consiguió! Nada de compromiso e incertidumbre en *ella*, ninguna acrobacia en torno a la vida, maravillándose de su significado y de si valía la pena una vida miserable ¡por sólo el placer de vivirla!

Fleur colocó sus manos allí donde desaparecía la carne y se iniciaba su vestido. ¿No era tan firme y ardiente, sí, y diez veces más bella que aquella

linda dama española, de aspecto tentador, con los ojos y el maravilloso encaje? Y, dando la espalda al cuadro, se dirigió al *hall*. ¡La voz de Michael y otra voz! ¡Bajaban! Cruzó hacia el salón y cogió el manuscrito de un libro de poemas, acerca de los cuales debía dar su opinión a Michael. Se sentó, sin leer, preguntándose si entraría él. Oyó cerrarse la puerta delantera. ¡No! ¡Había salido! ¡Una satisfacción, pero estremecedora! Michael no se sentía alegre y contento en casa. Si eso iba a continuar era abrumador. Se inclinó e intentó leer. ¡Qué poemas más aburrido, en verso libre, vacío, introspectivos, todo sobre el estado de ánimo del autor! ¡Ninguna elevación, ninguna elevación! ¡Futilezas! ¡Le parecía haberlo leído una docena de veces! Descansaba completamente inmóvil, escuchando el chirrido y chisporroteo de los troncos ardiendo. ¡Si la luz no estorbara, podía dormir! La apagó y volvió al canapé. ¡A la luz del fuego, contemplarse a sí misma, sentada allí, como la imagen de un cuadro; se veía solitaria, bella, conmovedora, teniéndolo todo y sin poseer nada! Sus labios se fruncieron. ¡Hasta podría ver su ingratitud de niña mimada! Y lo que era peor, podría verse ella misma contemplándolo, un triple alambicado modernismo, sutilmente dotado de compartimientos seguros, en el cual ella no podía sumergirse. ¡Si al menos llegara algo del más allá frío e inhóspito, superior a la inmensidad y dureza de un Londres, cuyas flores había arrancado! La luz del fuego, tenue, incierta, exploraba los rincones en su habitación chinesca, como en un escenario, en uno de esos pasajes seductores y misteriosos donde uno espera el episodio siguiente del enredo al son de panderetas Alargó la mano y cogió un cigarrillo. Ella misma pudo verse cómo lo encendía y expeliendo el humo, medio curvados sus dedos, separados sus labios, su brazo blanco y cilíndrico. ¡Era muy decorativa! ¡Bien! Pero ¿no era eso lo que interesaba? ¡Ser decorativa y rodearse de pequeños adornos; ser bella en un mundo que no era bello! En *Copper Coin* había un poema que trataba de una estancia a la luz de las llamas y una maltrecha Colombina ante el fuego y un Arlequín revolotean al exterior, como «el espectro de la rosa», y, de pronto, sin darse cuenta previa mente, Fleur sintió un dolor en el corazón. Le dolía horriblemente y, deslizándose al suelo frente a las llamas, acomodó su cara contra *Ting-a-ling*. El perro chino irguió la cabeza; sus ojos negros eran cárdenos al resplandor de la lumbre.

Le lamió las mejillas y retiró su hocico. ¡Uf! ¡Polvos! Pero Fleur yacía como muerta. Y se vió ella misma, tendida, la curva de su cadera, el brillo castaño de su cabello corto; escuchó los latidos persistentes de su corazón. ¡Levantarse! ¡Salir! ¡Hacer algo! Pero ¿qué, qué es lo que valía la pena hacer? ¿Qué es lo que tenía algún significado? Vióse ella misma haciendo cosas, cosas extravagantes: cuidando a mujeres enfermas, atendiendo a niños pálidos, perorando en el Parlamento, montando en una carrera de obstáculos, arrancando nabos con calzones cortos. ¡Decorativa! Y permanecía tendida, completamente inmóvil, atada por los filamentos de su propia visión. Mientras ella se viese a sí misma no haría nada, lo sabía, puesto que nada valía la pena de ser hecho. Y le parecía,

mientras permanecía tan inmóvil, que el no verse sería peor que nada. Y sintió que sentir esto era saberse enjaulada para siempre.

Ting-a-ling gruñó, volviendo el hocico hacia la ventana. Parecía decir: «Aquí estamos bien; pensamos en el pasado. No nos importa lo de fuera. Haga el favor de marcharse, ¡lo que sea, ahí fuera está!» Y gruñó de nuevo, con un murmullo hondo, continuo.

—¿Qué pasa, *Ting*?

Ting-a-ling se levantó sobre sus patas delanteras, señalando la ventana con el hocico.

—¿Quieres que te lleve a tu paseo?

—No —decía su gruñido.

Fleur lo cogió.

—¡No seas tonto! —y se dirigió a la ventana.

Las cortinas estaban corridas, lujosas, chinescas, opacas, rechazando la noche. La mano de Fleur las abrió ligeramente y retrocedió sobresaltada. Había una cara en el cristal, con los ojos cerrados, con la frente apretada contra el mismo, como si hubiera permanecido allí largo rato. En la oscuridad se mostraba sin rasgos característicos, vagamente pálida. Sintió que el cuerpo del perro se ponía tieso bajo su brazo, sintió su silencio. Su corazón se hinchaba. Estaba cadavérico; una cara sin cuerpo.

De pronto, el rostro se apartó, los ojos se abrieron. Ella vió el semblante de Wilfrid. ¿Podía haberlo visto, podía haberlo visto atisbando desde la habitación oscura? Completamente estremecida, cerró del todo los cortinajes. ¿Hacerle señas? ¿Dejar que entrase? ¿Salir a su encuentro? ¿Decirle que se marchara? Su corazón latía furiosamente. ¿Cuánto tiempo habría estado allí, como un fantasma? ¿Qué quería de ella? Dejó caer a *Ting-a-ling* de un golpe seco y se oprimió la frente con las manos, intentando ahuyentar la confusión de su cerebro. Y de súbito avanzó y abrió los cortinajes. ¡Ninguna cara! ¡Nada! ¡Se había marchado! La plaza oscura, ventosa, ¡ni un alma en ella! ¿Es que había estado él allí o su rostro era creación de su fantasía? ¡Pero, *Ting-a-ling*! ¡Los perros no tenían fantasía! Éste se había ido cerca del fuego y allá se había acomodado.

«No es mi culpa —pensó apasionadamente—. ¡De ninguna manera! Yo no quería, que me amara. ¡Sólo quería su... su...!» Y de nuevo se dejó caer ante las llamas. «¡Ah, *Ting*, ten un poco de corazón!» Pero el perro chino, pensando en el golpe seco, no dió respuesta alguna...

XI

EL SOMBRERO DE TRES PICOS

Tras darse cuenta de que no había realizado su propósito acerca del joven Butterfield, Michael permaneció perplejo en el *hall*. Por fin, no subió las escaleras, sino que salió calmadamente. Anduvo a lo largo del edificio del Parlamento y hacia la parte alta del Whitehall. En Trafalgar Square se acordó que tenía padre. El Baronet podía hallarse en el Snooks, en el café, o en El Aeroplano, y con el pensamiento «estará en su reposo» buscó el lugar más moderno de los tres.

—Sí; sir Lawrence Mont está en el salón de descanso.

En efecto, estaba allí, con las piernas cruzadas y un cigarrillo entre las yemas de los dedos, esperando a alguien para charlar un rato.

—Hola, Michael. ¿Podrías decirme por qué vengo aquí?

—Para esperar el fin del mundo. ¿No es eso?

Sir Lawrence se sonrió y dijo:

—Es una idea. Cuando los firmamentos hagan zozobrar la civilización, éste será el lugar mejor informado de Londres. El deseo de presenciar la muerte es tal vez, Michael, la pasión más arraigada en nuestros seres. Sentiría mucho que me enviaran al otro barrio, especialmente después del almuerzo; pero sobre todo me molestaría no poder sobrevivir a la próxima lucha; será maravillosa. Porque, después de todo, las incursiones aéreas eran muy divertidas.

Michael suspiró.

—Sí —dijo—, la guerra nos acostumbró a pensar en el milenio; pero como entonces ésta terminó, nos dejó con el milenio auestas. Ahora no seremos felices hasta que lo logremos. ¿Puedo tomar uno de tus cigarros?

—¡Oh! ¡Mi querido hijo! He estado releendo a Frazer. Es extraordinaria la antigüedad de la superstición, ahora que hemos alcanzado la verdad definitiva: la ilustración jamás puede prevalecer.

Michael, que estaba encendiendo su cigarrillo, le interrumpió.

—¿Piensas así de veras?

—¿Qué otra cosa puede pensar uno? ¿Quién puede oponer una duda razonable, ahora que, con el auxilio de la mecánica, el cerebro del hombre debe ser su destrucción? Es conclusión inevitable, deducida de los hechos recientes. ¡*Per ardua ad astra!* «Por las asperezas, hasta las estrellas».

—Pero ¿ha sido siempre igual y seguimos viviendo?

—Así lo dicen, pero yo tengo mis dudas. Me imagino, Michael, que en realidad estamos muertos. Me imagino que sólo vivimos en el pasado. No creo, ¡de ninguna manera!, no creo que pueda decirse de nosotros que esperamos un futuro. Hablamos de él, pero no puedo pensar en modo alguno en que lo esperemos. Sacamos inconscientemente nuestras conclusiones de nuestras protestas. Por el embrollo que hemos originado durante los diez últimos años, podemos imaginarnos el embrollo, que le superará mucho, durante los treinta próximos. El hombre puede probar que el asno no tiene más que una pata trasera exclusivamente, pero al final de la discusión el asno seguirá teniendo cuatro patas.

De pronto Michael se sentó y dijo:

—Eres un perverso, atrevido Baronet.

Sir Lawrence se sonrió.

—Me gustaría pensar que los hombres creen en la humanidad y todas esas cosas; pero, como sabes, no es así: creen en lo nuevo y en abrirse paso. Con raras excepciones, son todavía monos, particularmente en el campo científico; y, cuando se pone pólvora en mano de monos y se les da fuego, ellos se exterminan los unos a los otros para ver la comedia. Los monos pueden vivir tranquilos sólo cuando se les priva de los medios de no estarlo.

—¡Es fuerte eso! —exclamó Michael.

—No lo es más de lo que la ocasión exige. He estado meditando. Un socio de esta casa conoce una estratagema que vale por veinte de cualquiera de las que se utilizaron en la guerra; es un hombre de mucho talento, extraordinario. El Gobierno no le pierde de vista. Prestará su concurso a los otros hombres de talento de Francia, Alemania, América y Rusia para hacer historia. Entre todos harán algo verdaderamente grande, algo que dará al traste con todas las demás hazañas del hombre con sombrero de tres picos¹⁰. Sí, Michael, sí; el invento del *Homo Sapiens* es el sombrero de tres picos.

—Perfectamente —dijo Michael—. Y ¿qué le vas a hacer?

Sir Lawrence parpadeó.

—¿Hacer, has dicho? ¿Qué quieres que haga? ¿Puedo salir y cogerle a él y al Gobierno por los fondillos de los pantalones? ¿Y hacer lo mismo con todos los hombres de talento y los Gobiernos de otros países? No. Todo lo que puedo hacer es fumarme un cigarro y decir: «¡Qué Dios os bendiga, alegres caballeros, y no consintáis que nada os descorazone!» De todas maneras, harán lo que les plazca, Michael; pero, según el curso natural de las cosas, cuando lo hagan, yo ya habré muerto.

¹⁰ Se refiere a Napoleón. (*N. de los T.*)

—¡Pues yo no! —dijo Michael.

—No, querido; pero piensa en las explosiones, en los horrores y en la hediondez. ¡Vive Dios! Tú todavía tienes algo para que vivir. Algunas veces desearía tener tu edad, y otras —sir Lawrence encendió de nuevo su cigarro—, no. También pienso algunas veces que ya he tenido bastante con mis pretensiones y que ya no me queda otra cosa que morir como un caballero.

—¡Vaya una jeremiada, papá!

—Bien —prosiguió sir Lawrence retorciéndose el diminuto bigote grisáceo—; mejor que me equivoque. Pero nos precipitamos en un estado de cosas en el cual, para matar a millones de hombres, bastará simplemente con apretar unos botones. ¿Qué razón existe para suponer que nuestros golpes de benevolencia se multiplicarán a tiempo para evitar el uso de esos monumentales juguetes de destrucción?

—Cuando uno sabe poco, imagina terrores.

—¡Excelente! ¿De dónde has sacado eso?

—De una vida de Cristóbal Colón.

—¡Pobre Cristóbal Colón! Muchas veces me he dejado llevar por el deseo de que no hubiese sido tan endiabladamente indagador. Estábamos mejor en las épocas de ignorancia. Habría que oponer algo al descubrimiento de los yanquis.

—Bien —contestó Michael—; todo se arreglará. Cambiando de tema, ¿podrías decirme algo acerca del asunto de Elderson? Acabo de ver al empleado; no me parece capaz de haber inventado semejante historia.

—¡Ah! Pero si Elderson pudiera cometer tamaña villanía, ¡bueno!, entonces ya nada podría extrañarme. Esto es un enredo. Tan diestro como era para el *cricket*. Él y yo les dábamos cincuenta y cuatro a los de *Eton*. Te lo ha dicho el viejo Forsythe, ¿no?

—Sí; me pidió que buscara un empleo para el muchacho.

—Butterfield. Pregúntale si es pariente de Butterfield el jardinero. Sería una referencia para calificarle. ¿Verdad que el viejo Forsythe es bastante molesto?

Leal a Fleur, Michael disimuló.

—No; los dos nos llevamos bien.

—Es recto, lo admito.

—Sí —añadió Michael—, muy recto.

—Pero algo reticente.

—Sí —afirmó Michael.

Al llegar a este punto guardaron silencio, como si buscaran terrores en el más allá. Y pronto Michael se levantó.

—Las diez dadas; será mejor que me vaya a casa.

Cuando regresaba, por el mismo camino de ida, no podía pensar en otra cosa que en Wilfrid. ¿Qué era lo que no daría él por oírle decir: «¡Está bien, hombre; está bien, hombre; ya todo pasó!», para poder estrecharle de nuevo su mano? ¿Por qué se dejaría uno sorprender por esa fatal enfermedad llamada amor? ¿Por qué se dejaba uno empujar por ella casi hasta la locura? Decían que el amor era una medida de la naturaleza contra los terrores del Baronet, contra los hombres de talento. Un impulso tenaz para que la raza no se extinguiera. Si esto era verdad, ¡era prosaico! No es que le interesara que Fleur tuviera hijos. ¡Pobre criatura! ¡Era raro cómo la Naturaleza desbarataba sus planes! Pero se excedía un poco a sí misma, ¿verdad? Tal vez el Baronet tenía razón: los chiquillos pasarían pronto de moda. Un paso más lo lograría. ¿Quién iba a tener chiquillos por el mero placer de verlos reventados, envenenados, muertos de hambre? ¡Insistirían unos pocos fanáticos; el resto del mundo sería estéril! ¡El sombrero de tres picos! Instintivamente, Michael se enderezó el suyo, disponiéndose a pasar por debajo del Big Ben. Había llegado al centro de la plaza del Parlamento, cuando una figura, que venía hacia él, se desvió repentinamente a la izquierda y se dirigió hacia Victoria. Alta, con una oscilación en su modo de andar. ¡Wilfrid! Michael se quedó inmóvil. ¡Venía de South Square! Y de repente le persiguió. No corría, pero andaba con suma rapidez. La sangre le golpeaba en las sienes y se sentía confundido hasta un grado insoportable. Wilfrid tenía que haberle visto, o, de lo contrario, no habría torcido su camino y no se alejaría como un demonio. ¡Atroz! ¡Atroz! Él no avanzaba, Wilfrid le llevaba ventaja; para alcanzarle tendría que correr. Pero en este momento irrumpió en el interior de Michael una especie de exaltación. ¡Su mejor amigo, su esposa! Había un límite. Uno debía tener el orgullo de no mezclarse en ello. ¡Que siguiera el otro su camino! Se detuvo, observó cómo se esfumaba la veloz figura y se volvió lentamente hacia su casa, abatida su cabeza bajo el sombrero, ahora de tres picos. Andaba con una calma completa y con una sensación de acabamiento. ¡Era inútil hacer de ello un romance! ¡No inquietarse, pero no retroceder! A los trescientos metros antes de llegar a su casa se daba cuenta de la gigantesca magnitud de los edificios y de la pequeñez del hombre. ¡Y qué estos enanos hubieran construido ese monstruoso edificio, iluminado de tal modo que brillaba como un enorme bloque resplandeciente, cuyo reflejo tenía el color del firmamento! ¡Y qué asunto más vasto esta actividad enana! ¡Era absurdo pensar que su amor por otro enano tenía alguna importancia! Dió la vuelta a su llave en la cerradura, se quitó su sombrero de tres picos y entró en el salón. A oscuras. ¿Solo? No. ¡Ella y *Ting-a-ling* yacían en el suelo, delante del fuego! Él tomó asiento en el canapé y notó inmediatamente que temblaba y sudaba como si hubiera fumado un cigarro demasiado fuerte.

Fleur se había incorporado y le miraba, con las piernas cruzadas. Él esperó a sentirse mejorado de su temblor. ¿Por qué no hablaba ella? ¿Por qué estaba sentada allí, a oscuras? «Ella lo sabe —pensó—; los dos sabemos que esto es el fin. ¡Oh, Dios! ¡Permíteme que me porte como un caballero!» Tomó un almohadón, lo puso a su espalda, cruzó las piernas y se apoyó. De súbito le sorprendió su propia voz:

—¿Puedo hacerte una pregunta, Fleur? ¿Y vas a contestarme con la pura verdad?

—Sí.

—Pues allá va: Sé que no me amabas al casarte conmigo. No creo que me ames ahora. ¿Quieres que me vaya?

Pareció que pasaba un largo rato.

—No.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no.

Michael se levantó.

—¿Vas a contestarme todavía a otra pregunta?

—Sí.

—¿Estuvo aquí Wilfrid esa noche?

—Sí... no. Esto es...

Sus manos se crisparon juntamente; él vió los ojos de ella fijos en los suyos y los mantuvo.

—¡Fleur, no!

—No es mi culpa. Estuvo allí, en aquella ventana. Vi su cara, ¡eso es todo! Su cara, sí. ¡Oh, Michael! ¡No seas duro conmigo esta noche!

—¡Duro! ¡Duro! El corazón de Michael se quedaba entumecido con esa extraña palabra.

—Está bien —balbuceó—. Siempre que me digas qué es lo que quieres.

Completamente inmóvil, Fleur dijo:

—Quiero que me confortes.

¡Ah! ¡Ella sabía bien lo que debía decir, cómo debía decirlo! Y arrodillándose a su lado, empezó a confortarla.

XII

CAMINO DE ORIENTE

No permaneció mucho rato de hinojos antes que los dos reaccionaran. Estar allí, arrodillado, confortando a Fleur, le producía un creciente malestar.

Esta noche la creía, como no la había creído hacía ya muchos meses. Pero, ¿qué hacía Wilfrid? ¿Por dónde andaría? La cara en la ventana, ¡cara sin palabras, sin intento de llegar hasta ella! Michael sentía dolor en ese órgano irrefrenable, el corazón. Retirando sus brazos, se levantó.

—¿Quieres que me entere de lo que hace? Si todo ha terminado, él podría... podría yo...

Se levantó Fleur también. Ahora tenía bastante calma.

—Sí; yo voy a acostarme—. Llevando en brazos a *Ting-a-ling*, se dirigió a la puerta; su rostro, entre la piel castaña del perro y la suya, era pálido, muy apacible.

—Pues, sí, Michael —añadió—; ésta es mi segunda falta; supongo que significa...

Michael emitió sonidos inarticulados. Sacudimientos de emoción, creciendo y decreciendo en torbellino, le privaban del uso de la palabra.

—La noche del globo —decía ella—. ¿Te importa?

—¿Importarme? ¡Por Dios! ¡Importarme!

—En ese caso, me alegro. A mí tampoco. ¡Buenas noches!

Ella había desaparecido. Sin motivo que lo determinara, Michael pensó: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios.» Y se quedó congelado, vencido por una incontrastable sensación de rigidez. ¡Un niño! Era como si la nave de su ser, sacudida y lanzada, se quedara clavada súbitamente, sujeta por el ancla. Se volvió y corrió los cortinajes. ¡Noche estrellada! ¡Qué mundo más bello! ¡Ideal, ideal! ¡Y Wilfrid! Y apretó su rostro contra los cristales. Por fuera lo había hecho Wilfrid. Si cerraba los ojos, podía verlo. ¡Pero eso no estaba bien! ¡Perro perdido, hombre perdido! S. O. S. Se dirigió al *hall* y sacó el abrigo más grueso del arca de mármol, desesperación de las polillas. Paró el primer «taxi» que pasaba.

—¡Calle de Cork! ¡Rápido!—. ¡Una aguja en un pajar! ¡Las once y cuarto en el Big Ben! El profundo sosiego de todo su ser le parecía brutal en el traqueteo del coche. ¡Salvación! Había llegado; tenía una extraña certeza de ello, ahora que veía a Fleur rodeada de pronto por una luz poderosa, definida bajo sus graciosos visajes. ¡Familia! ¡Continuidad! ¡Hasta ahora le había sido imposible sujetarla, puesto que él no era de los suyos! Pero su hijo podría lograrlo, ¡y lo

lograría! Y quién sabe si al final incluso él mismo podría esperar algo. Porque la amaba tanto que ¡ya no cabía más! Wilfrid y él eran unos asnos; estaban fuera de onda, ¡fuera de tono con el tiempo!

— ¡Aquí estamos, caballero! ¿Qué número?

— Muy bien. Espere. ¿Un cigarrillo?

Con otro en sus labios reseco, avanzó por el callejón.

Luz en las habitaciones de Wilfrid. Llamó. Se abrió la puerta, y el rostro del criado de Wilfrid miraba hacia adelante.

— ¿Qué desea usted?

— ¿Está el señor Desert?

— No, señor. El señor Desert acaba de salir para Oriente. El buque sale mañana.

— ¡Oh! — dijo Michael estupefacto —. ¿De dónde?

— De Plymouth. El tren sale de Paddington a media noche. Todavía puede encontrarle.

— Esto ha sido muy de repente — observó Michael —. Nunca...

— No, señor. El señor Desert es hombre de resoluciones súbitas.

— Bien, gracias. Intentaré alcanzarle.

Otra vez en el coche, con las palabras; «Paddington, ¡a toda prisa!» Pensó: «¡Un hombre de resoluciones súbitas!» ¡Perfectamente! Recordó lo excesivamente repentino de aquella entrevista junto al busto de Lionel Charwell. Súbita su amistad, súbita su ruptura, súbitos hasta los poemas de Wilfrid, vástagos de un alma súbita. Mirando por una y otra ventanilla de su coche traqueteante, rechinador, Michael parecía tener el baile de San Vito. ¿Estaba loco? ¿No podía dejar aquel asunto en paz? ¡La compasión era una tontería! ¡Sin embargo, con Wilfrid se iría una parte de su propio corazón y, a pesar de todo, le gustaría que éste se enterase! ¡Altos de la calle Brook, Park Lane! Las calles solitarias, la noche fría, los plátanos sombríos, destacándole en la luz sobre un azul oscuro. Y Michael pensó: «Viajamos. ¿Cuál será el final? ¿La meta? ¿Cumplir cada uno con su cometido y sin preocuparse? ¿Pero cuál es mi cometido? ¿Cuál el de Wilfrid? ¿Dónde estará su fin ahora?»

El coche se deslizó en el declive de la estación y le llevó hasta debajo de la marquesina. Las doce menos diez minutos y un largo tren en el andén número uno.

«¿Qué hago? — pensó Michael —. ¡El tren va lleno hasta los topes! ¿Examinaré coche por coche? ¿Puede pasarse uno sin...? ¡Tontería!»

¡Marinos! Si no borrachos, tan cercanos a la borrachera que no se notaba la diferencia. ¡Ocho minutos todavía! Comenzó a andar pausadamente a lo largo del tren. No había pasado cuatro ventanillas cuando dió con su presa. Desert estaba sentado, dando la espalda a la locomotora, en el ángulo más próximo de un primera desocupado. En su boca, un cigarrillo sin encender, su cuello de pieles levantado hacia los ojos y éstos clavados en un periódico sin abrir en sus rodillas. Estaba sentado e inmóvil; Michael se paró a contemplarle. Su corazón latía furiosamente. Encendió una cerilla, avanzó dos pasos y dijo:

—¿Fuego, amigo?

Desert levantó la vista hacia él.

—Gracias —contestó, y tomó la cerilla. A la llama, su rostro era sombrío, convulso; sus ojos, profundos, oscuros, cansados. Michael se apoyó en la ventanilla. Ninguno de los dos hablaba.

—Si viaja, ocupe su asiento, caballero.

—No —dijo Michael. Su interior parecía revolverse por completo.

—¿A dónde te diriges? —le dijo de pronto.

—A Jericó.

—¡Por Dios, Wilfrid! ¡Lo siento!

Desert se sonrió.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Sí; es verdad. ¡Ea! ¡Las manos!

Desert ofreció la suya.

Michael la estrechó fuertemente.

Sonó un silbido.

Desert se levantó rápidamente y se dirigió a la percha del equipaje. Sacó de su maletín un paquete.

—Oye —dijo—. Ahí van esos garabatos. Publícalos, si son de tu agrado.

Unas palabras salieron de la garganta de Michael.

—¡Gracias, amigo! ¡Esto es magnífico! ¡Adiós!

Una especie de belleza iluminó el rostro de Desert.

—¡Hasta la vista! —le dijo.

El tren se movió. Michael retiró los codos; completamente estático, veía cómo se llevaban la inanimada figura a lo largo, fuera. Uno tras otro fueron pasando ante él los coches atestados de marineros, asomando, chillando, cantando, agitando pañuelos y botellas. Ahora pasaba el furgón... la luz trasera

extendiéndose... una mancha roja... hacia Oriente... Se iba... se iba... Ya estaba fuera.

Y esto era todo... ¿verdad? Se metió el paquete en el bolsillo del abrigo. Ahora, de nuevo con Fleur. Así era el mundo: la carne de uno era veneno para otro. Se pasó las manos por los ojos. Los diablillos estaban llenos de... ¡tontería!

Tercera Parte

I

LUNES DE PASCUA

El lunes de Pascua de Pentecostés había originado la tradicional invasión por la multitud de Hampstead Heath y, entre la muchedumbre que se dirigía allí, había dos que intentaban ganar dinero por la mañana y gastarlo por la tarde.

Tony Bicket, con sus globos y con su esposa, tomó el Metro de Hampstead muy temprano.

—Ya verás —decía él—, a las doce ya no tendré existencias y podremos divertirnos después.

Apretándole el brazo, Victorina palpaba, por encima de su vestido, un bulto insignificante, precisamente sobre su rodilla derecha. Allí, metidas en la parte superior de la media, guardaba cincuenta y cuatro libras. Ahora no sentía gran antipatía por los globos. Ellos le proporcionaban el alimento cotidiano, hasta que ella hubiera logrado reunir las pocas libras que faltaban para su pasaje. Tony seguía creyendo todavía que iba a lograr su salvación con los dichosos globos... Era «Tony el confiado», puesto que los beneficios eran tan insignificantes que apenas podían mantener sus cabezas a flote. Y ella se sonreía. Su secreto le permitía mirar con indiferencia el deshonor de la venta ambulante. Ya tenía preparada su historia. Por el periódico de la noche y por su trato en los autobuses con los aficionados a la fiesta nacional, había adquirido la necesaria información acerca de las carreras. Hasta había conversado acerca de ello con el mismo Tony, erudito de callejón en esta materia. Había inventado anticipadamente todos los detalles de su suerte imaginaria: una libra ganada cosiendo blusas imaginarias y apostada al ganador de las dos mil guineas, poniendo la cantidad obtenida en otra apuesta menos importante; esto con el auxilio de un tercer ganador, que aún no había elegido, le proporcionaba las ganancias imaginarias hasta las sesenta libras que necesitaba, las cuales tendría ahorradas bien pronto a cuenta del «desnudo». Esta historieta se la soltaría a Tony dentro de una o dos semanas, describiéndole maquinalmente la jugada de la gran suerte, que le había callado hasta tener reunida la totalidad del dinero. Si él la miraba con demasiada dureza, apoyaría su frente contra los ojos de él y le besaría en los labios hasta lograr confundirle. Y en la mañana siguiente, al despertar, tomarían los pasajes. Éste era el plan de Victorina con cinco billetes de diez libras y cuatro de una en su media, sujeta por la liga de seda rosa.

Hacía tiempo que «la tarde de una dríada» estaba terminada y el cuadro se hallaba expuesto en la Dumetrius Gallery, juntamente con otras obras de Aubrey Greene. Victorina había pagado un chelín por verlo; había permanecido

unos minutos contemplando furtivamente aquel cuerpo blanco, destacándose entre las hierbas y las flores silvestres aquel rostro vuelto, como si dijera: «Conozco un secreto.»

—Aubrey Greene es un genio... ese rostro es maravilloso. — Sobresaltada y escondiendo el suyo, Victorina se retiró.

Desde el día en que acudió temblando a las puertas del estudio de Aubrey Greene, siempre había tenido trabajo. Éste la había pintado tres veces — ¡siempre correcto, siempre exquisito, un verdadero caballero!—. Y le había proporcionado recomendaciones. Unos la pintaron vestida, otros a medio vestir y otros al desnudo, lo cual, con el dinero en el escondrijo de su media y Tony sin sospechar, ahora ya no la preocupaba. No todos habían sido correctos: algunos se habían extralimitado; pero ella los había dominado al principio. El acceder hubiera sido reunir más rápidamente el dinero necesario... ¡Pero eso...! ¡Tony! De esta manera, dentro de quince días, habría ganado la partida. Y con frecuencia, cuando regresaba a su casa, se detenía en aquel escaparate con frutos, maíz y mariposas azules... Los dos estaban sentados el uno al lado del otro en el atestado vagón del tren. Bicket, con el cajón en las rodillas, deliberaba sobre cuál sería el punto estratégico para su negocio. Por fin dijo:

—El mejor lugar es la parte superior del Estanque. Las gentes tendrán entonces más dinero que cuando bajen hacia los columpios y los cocos; y tú puedes sentarte en una silla, cerca del estanque, como si fuera la playa. No me harás falta hasta que haya vendido todos los globos.

Victorina le apretó el brazo.

A lo largo del estanque y en los brezales, a Norte y Sur, se agitaba la multitud festiva, alegre, llevando consigo sus paquetes con la merienda. Animados por la alegría, los pequeñuelos, las piernas delgadas, grises y blancas, huesudas, alborotaban y corrían. Parejas de ancianos, con los estómagos vacíos, avanzaban lentamente, lívidos sus rostros por el cansancio de la cuesta. Los jóvenes y muchachas eran pocos, pues, buscando una diversión más loca, se habían metido en los brezales. En los bancos, en las sillas de lona verde o madera pintada, descansaban centenares de personas contemplando sus pies, imaginando que se hallaban junto a las olas del mar. De vez en cuando pasaban tres asnos, arreados por detrás, meciendo sus cargas a lo largo de la orilla del estanque. Los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías. Mujeres obesas y enigmáticas adivinaban el porvenir. Los policías permanecían cínicamente a su lado. Y un hombre discursaba y saludaba con su sombrero a la concurrencia.

Tony Bicket preparó su cajón. Su voz cockney, persuasiva y algo bronca, ofrecía sin interrupción su multicolor mercancía. ¡Esto sí que era un buen negocio! ¡Había animación! Y de vez en cuando dirigía la mirada a través de la

muchedumbre, allá hacia el estanque, donde Victorina estaría, sentada en una silla de lona, con un aspecto muy diferente de todas las demás... ¡Lo sabía!

—¡Globos! ¡Bonitos globos! ¡Seis por un chelín! ¿Uno grande, señora? Sólo seis peniques. ¡Vea su tamaño! ¡Compren, compren! ¿Uno para el nene?

Aquí no había *magnate*, pero abundaban los que estaban dispuestos a gastarse el dinero en un trozo de esplendor.

Faltaban cinco minutos para el mediodía, y su cajón había quedado sin un solo globo. ¡Con seis lunes de Pascua por semana haría su fortuna! Con el cajón del brazo empezó a dar la vuelta al estanque. Los chiquillos estaban bien, pero, ¡vive Dios!, qué pálidos y delgados. Si él y Vic tuvieran uno... ¡pero no! ¡Hasta que se encontraran allá! Un niño sonrosado y regordete, cazando mariposas azules y besándole el sol. Caminaba lentamente a lo largo de las sillas situadas alrededor del extremo del estanque. Ella estaba apoyada en el respaldo, elegante, cruzadas las piernas y con medias marrones, mostrando hasta las rodillas, y zapatos del mismo color con las lengüetas fuera... ¡Cielo santo! Era una divinidad, tal como estaba allí ¡en su mundo propio! Bicket notó que se le oprimía la garganta. ¡Quería muchas cosas para ella!

—¡Hola, Vic! Traigo cuartos.

—Estaba pensando en Australia.

—¡Ah! ¡Todavía nos falta mucho! No te preocupes... Ya los he vendido todos. ¿Qué hacemos ahora? ¿Paseamos por la arboleda o nos vamos derecho a los columpios?

—A los columpios —contestó Victorina.

El valle de Heath tenía un aire de rapsodia. Fluía allí la muchedumbre en corriente lenta y silenciosa, escuchando la algarabía de los vendedores en los quioscos de los propietarios de columpios y de los vendedores de coco. ¡Cocos, cocos! ¡A penique el trozo! ¿Quién sube al columpio? ¡Mantecados, mantecados! ¡Plátanos exquisitos!

En el gigantesco tiovivo, bajo su vasto toldo, los treinta asientos pendientes de cadenas estaban ocupados por muchachas y muchachos. En torno a la música, lenta o vertiginosamente, abarcando toda la extensión de la cadena, los cuerpos se echaban hacia atrás y las piernas hacia adelante, se apagaban las risas y los gritos, las caras se ponían graves y asustadas y las manos se agarraban fuertemente a las cadenas. Más de prisa, más de prisa... y luego más despacio, más despacio, hasta pararse completamente, y la música cesaba.

—¡Dios mío! —murmuró Victorina—. ¡Vamos, Tony!

Entraron en la cerca y tomaron sus asientos. El aspecto de Victorina era inmejorable. Emparejó sus pies instintivamente y, asiéndose a la cadena con firmeza, inclinó su cuerpo al movimiento. Sus labios se abrieron.

—¡Oh! ¡Tony!

De prisa, de prisa... ¡todos los nervios y sentidos entregados a ese movimiento! ¡O-o-h! Qué agradable era ¡volar, como lo hacía, dando vueltas sobre el mundo! ¡De prisa, de prisa! Lentamente, más lento, y la bajada a tierra.

—¡Esto es gloria, Tony!

—¡Qué sensación más rara por dentro cuando uno se siente mecido por fuera!

—Me gustaría llegar hasta el techo... ¿Vamos a probarlo otra vez?

—¡Desde luego!

Y lo volvieron a probar dos veces más. ¡La mitad de la ganancia en los globos! ¿Pero, qué importaba? Él disfrutaba contemplando el rostro de Vic. Después de esto se comieron seis trozos de coco y, acto seguido, un mantecado cada uno; luego, cogidos del brazo, buscaron un lugar para el almuerzo. Después de los sándwiches y la cerveza, ese era el rato que más alegría proporcionaba a Bicket; la cabeza reclinada en el pecho de ella y disfrutando en la contemplación del cielo azul, fumaba su cigarrillo. Permanecieron así largo tiempo, hasta que por fin él se levantó.

—¡Ahora vamos a echar un vistazo al baile!

En el cercado de césped, rodeado por la senda, unas dos docenas de parejas se balanceaban a los acordes de una banda.

Victorina le tiró del brazo.

—¡Me gustaría dar unas vueltas!

—¡Pues, vamos! —dijo Bicket—. Ese pobre cojo me guardará el cajón.

Entraron en la pista.

—¡Cógeme fuerte, Tony!

Bicket obedeció. Nada le resultaba más de su agrado; y sus pies se movieron rítmicamente hacia uno y otro lado. No avanzaban mucho; daban vueltas, hacía tiempo, sin preocuparse de formas.

—Bailas muy bien, Tony.

—¡Y tú, una barbaridad! —balbuceó Bicket.

Durante los intervalos miraban ansiosos al cojo; luego volvían a bailar hasta que la banda cesó por completo.

—¡Oh! —exclamó Victorina—. ¡En el barco también se baila!

Bicket apretó su talle.

—Todavía voy a encontrar una solución, Victorina; aunque tenga que robar a un Banco. No hay nada que yo no sea capaz por ti.

Y Victorina se sonrió. Ella ya había hecho algo.

La muchedumbre, con rostro sudoroso, cansados, alegres, mal oliente, paseaba por un campo de batalla, totalmente sembrado de envoltorios, cáscaras de plátanos y periódicos. Bicket dijo:

—Vamos a merendar y a montar otra vez en el tiovivo; luego nos iremos a la arboleda.

Allá, en el extremo más lejano, había infinidad de parejas. El sol caminaba lentamente hacia el ocaso. Victorina y Bicket, sentados debajo de un arbusto, contemplaban el crepúsculo. Una brisa suave mecía entre susurros las hojas de abedul. Aquí el murmullo humano era casi imperceptible. Todo parecía estar dispuesto para el silencio, para esperar la oscuridad en la quietud. Algún espía sigiloso pasaba y atisbaba de vez en cuando.

—¡Qué zorros! —decía Bicket—. ¡Me gustaría romperles las narices!

Victorina suspiró y le apretó estrechamente.

En este momento alguien tañía un banjo; una voz cantaba. La oscuridad se extendía, pero hacia un punto debía levantarse la luna, puesto que a lo largo del suelo se divisaban pequeñas sombras.

Hablaban cuchicheando; levantar la voz parecía incorrecto, como si la arboleda estuviera encantada. Hasta sus cuchicheos eran acompañados. Caía el relente, pero no parecía molestarles. Permanecían sentados tranquilamente, las manos entrelazadas, rozando las mejillas. Bicket tuvo un pensamiento. ¿Era esto poesía? ¡Sí; lo era! La oscuridad despedía ahora un pálido dentello de plata; se oía el eco de los cantares de un beodo en el Camino de los Españoles, el zumbido de los carruajes trasnochadores, regresando del Norte y, de pronto, el canto de un búho.

—¡Dios santo! —exclamó temblando Victorina—. ¡Un búho! Solía oírlo en Norbiton. ¡Ojalá no traiga mala suerte!

Bicket se levantó y, desperezándose, estiró sus nervios.

—Vámonos —dijo—. Hemos pasado un buen día. Ahora podrías cogerte un catarro.

Cogidos del brazo, abandonaron lentamente la oscuridad de la arboleda..., sintiendo satisfacción por las lámparas y la calle y la concurrida estación, como si hubieran disfrutado demasiado de la soledad.

Acurrucados en el coche del Metro, Bicket hojeó ligeramente las páginas de un periódico olvidado. Pero Victorina, que estaba sentada, pensaba en tantas cosas que era como si no pensase en nada. Los columpios y la arboleda

lúgubrementemente oscura, y el dinero de su media. Se extrañaba de que Tony no lo hubiera notado cuando crujió... Aquel no era lugar seguro para guardarlo. ¿Qué estaba mirando él, con la vista tan concentrada? Levantando la cabeza leyó: *La tarde de una Dríada*. El notable cuadro de Aubrey Greene, expuesto actualmente en las *Galerías Dumetrius*.

Su corazón dejó de latir.

—¡Caramba! —dijo Bicket—. Se parece mucho a ti.

—¿A mí? ¡Qué va!

Bicket se acercó más al periódico.

—¡Vaya si se parece! Te digo que es clavado. Voy a recortarlo. Me gustará ver ese cuadro.

El rubor, producido por un corazón que ahora latía demasiado de prisa, ascendió a sus mejillas.

—Esto no es decente —dijo ella.

—¡Claro que no! Pero es exactamente igual. Hasta tiene tu sonrisa.

Doblando el periódico, empezó a recortarlo. Los finos dedos de Victorina oprimían los billetes debajo de su media. Observó calmamente:

—Es extraordinario que haya en el mundo personas tan semejantes.

—Jamás pude imaginarme otra mujer como tú. Charing Cross; tenemos que transbordar.

Precipitándose a lo largo de los prolongados pasillos, ella deslizó su mano en el bolsillo de Bicket y muy pronto volaron hacia atrás unos recortes de periódico, mientras seguía a su marido entre la aglomeración de viajeros. ¡Con que sólo no recordara el lugar de la Exposición!

Durante la noche se despertó y pensó:

—No me importa... Voy a ganar lo que falta del dinero... ¡Eso es todo!

Pero su corazón latía fuertemente, cómo el de uno de cuyos pies hollaron de súbito el borde estremecedor de un pantano.

II

TRABAJO DE OFICINA

Michael estaba sentado, corrigiendo las pruebas de *Counterfeits*, el libro que le había confiado Wilfrid al partir.

—¿Puede usted recibir a Butterfield?

—Sí.

La palabra Butterfield despertaba en Michael un alborozado y extraño orgullo. El joven desempeñaba con éxito creciente las funciones para las cuales fué admitido a prueba hacía cuatro meses. El jefe de los viajeros le calificaba de «un hallazgo». Después de Copper Coin, era éste el éxito más agradable de Michael. El comercio no compraba, pero Butterfield vendía libros, o, por lo menos, así se decía; al parecer, estaba dotado del don de inspirar confianza en lo que no la merecía. Danby y Winter incluso habían de confiarle la venta de aquella edición encuadernada en piel, «edición limitada», del *Duet*, con la cual esperaban recuperar las pérdidas de la edición corriente. Actualmente se ocupaba en las visitas de una lista de nombres, considerados como probables patrocinadores de la pequeña grande obra. Este sistema de visitar a particulares lo había sugerido el propio Butterfield. Éste había dicho a Michael:

—Mire: tengo algunos conocimientos sobre el sistema de Coué. Pues bien: en el comercio no tiene aplicación, puesto que allí no hay lugar para la fe. ¿Qué puede esperar uno? Compran siempre a la vista de las ventas realizadas. Entre veinte comerciantes no encontrarán uno solo que compre para el porvenir. Pero a los particulares, especialmente a las damas, puede uno sugerirle una idea, como hace Coué: convencerle de que, día tras día, el autor se va superando en todos sus aspectos. Y apuesto diez contra uno que a la próxima visita habrá esto penetrado en su subconsciente, particularmente si se les coge después del almuerzo o de la cena, cuando están algo amodorrados. Deme el tiempo necesario y voy a colocar esta edición.

—Bien —había contestado Michael—; si usted, Butterfield, puede lograr la confianza en el futuro de mi padre, le daremos más del diez por ciento.

—Naturalmente que podré; eso no es más que cuestión de fe.

—Una fe que usted no tiene, ¿no?

—Pues bien, hablando con sinceridad, en el autor no; pero tengo fe en inspirar la fe de otros en él; esto es lo positivo.

—Sí, vaya... el arte del juego de los tres naipes: inspirar la confianza que uno no tiene de que el naipe está allí, y así lo tomarán. Sí... La desilusión no es inmediata; probablemente usted saldrá de la casa a tiempo. ¡Adelante, pues!

El joven Butterfield se había sonreído.

La parte de satisfacción en el orgullo que el nombre inspiraba a Michael se debía a que el viejo Forsythe decía siempre que ignoraba (no podía afirmar) que fuera verídica la historia del joven sobre Elderson, y lo había dejado en suspenso...

—Buenos días. ¿Puede concederme cinco minutos?

—Entre, Butterfield. ¿Victorioso con *Duet*?

—No, señor; he colocado cuarenta. Me trae otro asunto.

Mirando si estaba cerrada la puerta, el joven se acercó.

—Estoy siguiendo la lista por orden alfabético. Ayer me ocupé de la E —su voz bajó de tono—. El señor Elderson.

—¡Eh! —exclamó Michael—. Puede pasarlo por alto.

—Pues no lo he pasado.

—¡Cómo! ¿Se ha encarado con él?

—Sí, señor. Anoche.

—¡Vaya valor, Butterfield! ¿Qué pasó?

—No di mi nombre para la presentación; sólo la tarjeta de la casa.

Michael no dejaba de ver una malicia muy humana en la voz y semblante del joven.

—¿Y...?

—El señor Elderson estaba algo mareado por el vino. Así me pareció, y di principio a la entrevista como si jamás le hubiera visto. Lo que me maravilló fue que él adoptó idéntica actitud.

—¿Y no le echó a usted a la calle?

—¡Nada de eso! Al instante me dijo: «Anóteme para dos ejemplares.»

Michael se sonrió.

—Estarían ambos nerviosos...

—No, señor; este es el caso. Al señor Elderson le sorprendió mucho. Desde luego no le sentó muy bien.

—No lo comprendo —replicó Michael.

—No le sentó bien que yo esté empleado en su Editorial. ¿No sabe él que usted es socio de la misma y yerno del señor Forsyte?

—¡Claro!

—¡Pues bien! ¿Ve ahora la relación? Dos consejeros que creen en mí, y no en él. Por esto no le pasé por alto. Me imaginaba que iba a sorprenderle. Por casualidad, cuando salía, vi su cara reflejada en el cristal de enfrente. Tenga la seguridad de que se molestó soberanamente.

Michael se mordió el dedo índice, experimentando por Elderson una punzada de simpatía, la misma que hubiera sentido por una mosca con el primer hilo de telaraña en su pata trasera. Y dijo:

—Gracias, Butterfield.

Tan pronto como el joven hubo desaparecido. Michael se entretuvo en pinchar su secante con una plegadera. ¿Qué clase tan curiosa de sensación era

ésta? ¿O era tal vez un mero sentimiento de camaradería para con los *casados*, un estremecimiento por la manera de ser uno sorprendido?, puesto que, seguramente, era ésta una prueba real que debería transmitir a su padre y al viejo Forsythe. Los nervios de Elderson debían estar atrofiados, o de lo contrario hubiera exclamado: «¡Ea! ¡Imprudente sinvergüenza! ¡Salga usted de aquí!» Evidentemente era éste el único saludo de un inocente y el único recomendable de un culpable. ¡Bueno! Los nervios, hasta los más privilegiados, fallaban de vez en cuando. Como demostración, la prueba que estaba corrigiendo:

EL CONSEJO DE GUERRA

*Mirad: yo fui hecho de carne y hueso
igual que vosotros, y no para estar
metido en barro hasta los mismos sesos
¡Probadlo una vez y podréis apreciar!
Sí, señorones del Estado Mayor:
Cuando sintáis lo que yo aquel día,
tendréis una idea de lo que es horror
y derecho a imponer condena impía:
«Lleovadle a fusilar sobre la nieve,
matadle por cobarde; quien desea
servir su Patria y Rey nunca debe
flaquear cuando el nervio le flaquea».*

¡El bueno de Wilfrid!

—¿Qué hay señorita Perren?

—La carta para sir James Foggart, señor Mont; me encargó que se lo recordara. ¿Y quiere recibir a la señorita Manuelli?

—Señorita Manu... ¡Ah! ¡Sí!

La joven esposa de Bicket, cuyo rostro habían puesto en la cubierta de la novela de Storbart, ¡la modelo de Aubrey Greene!... Michael se levantó, pues la joven ya estaba en su despacho.

«Recuerdo ese vestido —pensó—. Jamás fué del agrado de Fleur.»

—¿En qué puedo serle útil, señora Bicket? ¿Cómo sigue su esposo?

—Bien, señor.

—¿Globos todavía?

—Sí.

—Todos somos globos, señora Bicket.

—Usted dispense...

—Sí... somos globos en el aire. ¿No es esto? Pero usted no ha venido por ese asunto.

—No, señor.

Un leve rubor se inició en aquellas mejillas pálidas; sus dedos estaban metidos en las puntas de sus guantes desgastados; sus labios temblaban, pero los ojos estaban fijos... ¡En realidad, una joven extraordinaria!

—¿Recuerda usted que me dió una tarjeta para el señor Greene?

—Sí; y he visto el resultado: es maravilloso, señora Bicket.

—Sí; pero los periódicos lo han publicado... Mi marido lo vió anoche en ellos y, como es natural, ignora que soy yo.

¡Cáspita! ¿Por qué había mezclado a esta joven en ese embrollo?

—He ganado mucho dinero con ello; casi lo suficiente para nuestro pasaje a Australia; pero tengo miedo. Él me dijo: «¿No es igual a ti?» Yo destrocé el periódico, pero ¡supongamos que recuerde la galería y vaya a ver el cuadro!... ¡Es algo más que igual a mí! Puede que vaya a hablar con el señor Greene. De manera que... ¿Tendría usted inconveniente en prevenir a dicho señor, pidiéndole que, si va, diga que se trata de otra?

—¡Claro que no! —dijo Michael—. ¿Pero cree usted que Bicket lo va a sentir mucho, considerando lo que usted ha logrado? Ésta puede ser una ocupación absolutamente decente.

Las manos de Victorina se colocaron sobre su pecho.

—Sí —dijo sinceramente—; yo he sido completamente decente. Y, si lo he hecho, ha sido por lo mucho que deseábamos marcharnos y porque no podía resistir verle en el arroyo, vendiendo globos en la niebla. Pero ahora estoy muy preocupada.

Michael la miró.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¡El dinero es cosa mala!

Victorina se sonrió débilmente.

—La necesidad de él sí que lo es; lo sé por experiencia.

—Y ahora, ¿cuánto le falta, señora Bicket?

—Nada más que diez libras.

—Pues yo se las voy a dar.

—¡Oh! ¡Gracias! Pero no es eso... Puedo ganarlas fácilmente. Ahora ya estoy acostumbrada... ¡Unos días más, no importa!

—¿Pero cómo le va a decir que ha ganado ese dinero?

—Le diré que lo he ganado en las apuestas.

—Eso huele mal —observó Michael— Mire usted: diga que acudió a mí y que yo se lo he prestado. Si Bicket me lo pagase desde Australia, siempre me sería fácil acreditarlo en cuenta en un Banco de allá. La he puesto hasta cierto punto en un compromiso y quisiera sacarla del atolladero.

—Todo lo contrario. Usted me ha hecho un gran favor. No quiero mezclarle en este asunto, ni que diga falsedades por mi culpa.

—Eso no me trae molestia alguna, señora Bicket. Puedo mentir hasta donde haga falta, cuando ello no implica peligro. Lo principal es que ustedes se marchen cuanto antes. ¿Hay muchos cuadros más de usted?

—¡Oh! ¡Sí! Una infinidad... Tal vez usted no los reconociera. Son tan francos y divertidos...

—¡Ah! Lo comprendo... ¡Aubrey Greene la ha representado al vivo!

—Sí..., según Tony, es exacto, lo mismo que yo.

—¡Perfectamente! Hablaré con Aubrey. Le veré a la hora del almuerzo. Aquí tiene las diez libras. ¿Conformes, pues? Acudió usted a mí... ¿No es eso? Diga que tuvo una idea colosal. Lo comprendo todo. Usted lo haría todo por él y él lo haría todo por usted ¡Muy bien, muy bien! ¡No llore!

Victorina sollozaba fuertemente. Su mano, metida en el gastado guante, devolvía el apretón.

—Si me hallara en su lugar, se lo diría esta misma noche —le dijo Michael—. Así acabaría todo de una vez.

Así que hubo salido ella, él pensó: «¡Creo que Bicket no irá a imaginarse que yo haya exigido nada a cambio de esas sesenta libras!» Y llamando con el timbre repitió los pinchazos en el papel secante.

—A sus órdenes, señor Mont.

—Ahora continuaremos, señorita Perren.

Querido sir James Foggart: Hemos prestado la mayor atención a su muy interesante obra. Aun cuando opinamos que los puntos de vista, excelentemente expuestos acerca de las actuales circunstancias de Bretaña en relación con el resto del mundo, son de gran valor para toda..., todas... las personas que piensen, no creemos

que las haya en número suficiente..., suficiente... para poder publicar el libro sin pérdida. La... tesis referente a que Bretaña debe buscar su salvación por medio del reajuste de mercado, población, importación y exportación, dentro del Imperio, descrita en un lenguaje tan sincero, tememos que se ganaría el enojo de todos los partidos políticos; tampoco creemos que su plan de emigración en grandes proporciones de jóvenes de uno y otro sexo, antes que sean pervertidos por la vida ciudadana inglesa, consiga otro aspecto que no sea la irritación de toda clase trabajadora, que nada conoce de las condiciones del exterior de su país y es contraria en absoluto a exponer a sus hijos a los azares de otro.

—¿Pondré esto, señor Mont?

—Sí... Pero suavícelo un poco. La...

Finalmente, su opinión respecto de la tierra, diciendo que ésta debe utilizarse para el cultivo doméstico, actualmente es tan poco común, que opinamos que su libro encontraría la hostilidad de la Prensa, salvo los reaccionarios y conservadores y unos cuantos inteligentes

—¿Así, señor Mont?

—En un período de cambios o transiciones, esto puede dejarlo, señorita Perren. Y la trivial irrealidad de los pensamientos que hace tiempo han fracasado —consérvelo casi igual—. Cualquier proyecto pasado en el porvenir y que demore su fruto por veinte años, debe ser extraordinariamente impopular. Por todas estas razones, usted comprenderá cuán necesario es para usted..., usted... buscar otro editor. Para abreviar, nosotros no estamos dispuestos a afrontar el riesgo. Con..., con —ponga lo que quiera—. Querido sir James Foggart, estamos siempre a sus órdenes.

Danby y Winter.

—Cuando lo tenga corregido, señorita Perren, entre, que lo firmaré.

—Sí. Ahora que, señor Mont..., creí que usted era socialista. Esto casi parece, ¿me dispensará la pregunta?

—Señorita Perren, me sorprendió últimamente ver que habían desaparecido todas las clasificaciones. ¿Cómo puede ser clasificado un hombre en un período en que todo está en el aire? Fíjese en los liberales. No pueden hacerse idea perfecta de la situación por el libre cambio; tampoco los laboristas, por el tributo sobre el capital; e igualmente en los conservadores por el proteccionismo. ¡Todos están obsesionados por los juegos de palabras! Sir James

Foggart tiene toda la razón, pero no le hará caso nadie. Si alguien publica su libro, será tirar papel. Actualmente, señorita Perren, el mundo es irreal, y de todos los países, el más irreal es el nuestro.

— ¿Por qué, señor Mont?

— ¿Por qué? Pues porque, con el más pegajoso de todos los temperamentos nacionales, persistimos en aquello que se hizo más para nosotros que para los demás. Sea como sea, no habría dejado esta carta para mí, si no hubiera querido proporcionarme un rato de diversión. ¡Oh! Y ahora que nos ocupamos de esto... Tengo que rechazar la nueva obra de Harold Master. Están equivocados, pero no la quieren.

— ¿Por qué no, señor Mont? ¡*La tortuga sollozante* fué un éxito loco!

— Es que en este nuevo libro, Master se deja arrastrar por una idea que le fuerza a decir irremisiblemente algo extraordinario. Según Winter, cuantos han elogiado *La tortuga sollozante* como una obra excelente, se sentirían decepcionados con esta otra; y el señor Danby califica el libro de ultraje a la naturaleza humana. Hay, pues, que rechazarlo. Vamos a redactar la carta:

Mi querido Master: En el alborozo de su tema, seguramente usted no ha podido darse cuenta de que lo echaba lodo a perder. En La tortuga sollozante se sintió usted a tono con la mitad de la orquesta, y aun..., aun... con la parte más ruidosa.

Se mostró usted admirablemente arcaico y con una firme sangre fría. Pero ¿qué ha hecho ahora y dónde ha ido a parar? ¡Tomar al último isleño de las Marquesas y trasladarlo a la ciudad de Londres! ¡El argumento es una sátira punzante, una crítica de la vida real! Yo tengo la seguridad de que usted no quería descender, ni menos aún anclar en la realidad; pero el tema le ha arrastrado. La sangre fría y la crueldad fría, como usted no ignora, son cosas muy diferentes, eso sin aludir a su renuncia forzada al clasicismo. Como es natural, opino, personalmente, que esta obra suya es mucho mejor que La tortuga sollozante, que constituyó un negocio halagador, aunque no tanto como para envanecerse. Pero yo no soy el público ni la crítica. Los jóvenes y los débiles se molestarán por su falta de modernismo, dirán que moraliza; los viejos y los ricos le calificarán de mordaz y destructor, y la masa del público se tomará en serio a su isleño de las Marquesas y le mirará con ojeriza, porque le sitúa en plano superior al suyo. Como comprenderá, la perspectiva no es satisfactoria. ¿Cómo quiere usted que obtengamos un éxito con semejante libro? ¡En consecuencia, no lo publicaremos! Éste es el veredicto de la firma. No estoy de acuerdo con él; yo lo lanzaría al mercado mañana mismo; pero cuando lo disponen Danby y Winter, debe ser así. Por todo lo cual, sintiéndolo personalmente mucho, le devuelvo lo que verdaderamente es una obra maestra.

Siempre suyo,

Michael Mont.

— ¿No le parece, señorita Perren, que esto no necesita corrección?

— Creo que sería difícil.

— Bien, pues corrija la otra. Ahora voy a llevar a mi mujer a ver un cuadro: volveré a las cuatro, poco más o menos. ¡Ah! Si viniera un joven apellidado Bicket, que antes estuvo empleado aquí, y quisiera verme, háganle subir; pero quiero que se me avise antes. Prevenga a los de abajo.

— Perfectamente, señor Mont. ¡Oh! ¿No fué la señorita Manuelli la modelo para la cubierta de la novela de Storberty?

— Sí, señorita Perren; fué un descubrimiento exclusivamente mío.

— Tiene un aspecto muy interesante, ¿verdad?

— Temo que sea única.

— Creo que eso no debe preocuparle.

— Eso depende... —dijo Michael, y pinchó su papel secante.

III

«LA TARDE DE UNA DRIADA»

Fleur estaba disimulando graciosamente la mayor parte de lo que Michael llamaba el *Undécimo Baronet*, esperado para dentro de unos meses. Parecía adaptarse en cuerpo y alma a la apacible y silenciosa formación del heredero. Michael sabía que, desde un principio, siguiendo las instrucciones de su madre, había influido sobre el sexo de éste, repitiéndose todas las noches antes de dormirse y todas las mañanas al despertarse las palabras: *Día tras día, en todos sus aspectos, se hace más y más varón*, para contagiar al subconsciente, que en opinión de todo el mundo, regía el curso natural de los acontecimientos, absteniéndose, además, de las palabras: *Tendré un niño*, ya que éstas, por reacción, según pensaban todos, producirían el efecto contrario. Michael notaba que ella se iba pareciendo cada vez más a su madre, como si el lado francés o más humano de ella se hubiera reservado el trabajo que había de hacerse con el cuerpo. Iba con frecuencia a Mapledurham, en el coche de Soames, y su madre la visitaba a menudo en South Square. El simpático aspecto de Annette, con su particular tendencia al encaje negro, era siempre agradable a Michael, que no olvidaba el apoyo que prestó a su causa, cuando ésta era una esperanza perdida. Aunque ahora sólo se sentía en el umbral del corazón de Fleur y preparándose para ganar terreno con el *undécimo Baronet*, su espíritu se hallaba mucho más tranquilo desde que Wilfrid se había ido. Y con una especie de

embozado arrobamiento, veía cómo ella se constituía en el centro de un proceso indefinido, en una realidad siempre actual.

Acompañados por el propio Aubrey Greene, salieron de South Square inmediatamente después del almuerzo, para ver la exposición en la Dumetrius Gallery.

—Aubrey, esta mañana me ha visitado su *driada* —dijo Michael en el coche—. Quiere que le pida a usted que ponga una verja, para el caso de que su marido se le presentara acusándole de haberla pintado. Parece que él ha visto una reproducción del cuadro.

—¡Hum! —murmuró el pintor—. ¿Debo hacerlo, Fleur?

—¡Claro que sí, Aubrey!

La sonrisa de Aubrey se deslizó de ella hacia Michael.

—¡Bien! ¿Y cómo se llama?

—Bicket.

Aubrey Grenne fijó sus ojos en el espacio y murmuró lentamente:

Un joven marido feroz, llamado Bicket,
dijo: «Vuélvase, que le pegue una patada;
usted ha pintado a mi esposa
en desnudez escandalosa,
jugando con mi honor como quien juega al cricket.»

—¡Oh! ¡Aubrey!

—No es broma —dijo Michael—. Hablo en serio. Se trata de una muchacha muy valerosa. Ha ganado el dinero necesario, salvando su honorabilidad.

—Por lo que a mí afecta, puedo decir que sí.

—Ciertamente, así lo espero.

—¿Por qué, Fleur?

—¡Porque usted no es una sirena, Aubrey!

—Pero es un hecho que ella excitó mi sentido estético.

—¡Eso no la habría salvado de muchos estetas! —murmuró Michael.

—Además, es de Putney, y esa gente...

—Ésta sí que es una razón convincente. Así, pues, ¿echará mano de la verja si se le presenta Bicket?

Aubrey se puso la mano sobre el corazón y dijo:

—Hemos llegado.

Para comodidad del undécimo Baronet, Michael había preferido la hora en que los clientes de Aubrey Greene estaban todavía almorzando. Un muchacho melenudo y tres muchachas vistiendo de verde pálido eran los únicos que paseaban por entre los cuadros; el pintor les condujo inmediatamente ante su obra maestra, permaneciendo todos durante algunos minutos en conveniente parálisis. Prorrumpir en elogios inmediatamente no era del caso; demorar demasiado las palabras, también sería una falta de táctica; hablar con estudiada compostura, chocaría; murmurar con frialdad, «¡excelente, realmente excelente!», sería inútil. Decir llanamente: «Bueno, amigo; hablando con sinceridad, ¡no me gusta!», licitaría su enfado.

Por último, Michael pellizcó suavemente a Fleur, y ésta dijo:

—Realmente, es un cuadro encantador, Aubrey, y, por lo menos, extraordinariamente exacto...

—Evidentemente, así es. Has logrado tu objeto plenamente. Por lo menos, aseguro que Bicket lo reconocería en seguida.

—¡No importa! —murmuró el pintor—. ¿Qué te parece el tono de color?

—Muy bueno; la carne especialmente; ¿no lo crees tú. Fleur?

—Sí; pero la sombra de aquel lado, en la parte baja, la hubiera preferido algo más intensa.

—¿Sí? —interrogó el pintor—. ¡Quizá!

—Tú has interpretado el espíritu —dijo Michael—. Pero debo advertírtelo, puesto que te favorece... Esto tiene mucho sentido. No sé cómo te tratará la crítica.

Aubrey se sonrió.

—Y lo peor de todo es que fué ella quien me indujo a esto. Tener una idea es fatal.

—Particularmente no estoy de acuerdo. ¿Y tú, Fleur?

—Claro que tampoco; sólo que uno se lo calla.

—Antes lo hacíamos, en vez de bajar la cabeza, en el Café Crillon. Para mí, el cabello está bien, y también los dedos del pie... Cuando uno los mira, parecen retorcerse.

—Y es un consuelo no tener que ver cubos abigarrados en vez de piernas. Los asfódelos me recuerdan mucho una de las flores de *La Virgen de las Peñas*, de Leonardo.

—Todo el cuadro es, en conjunto, *leonardista*, amigo... Vamos a dejarlo.

—¡Oh, Aubrey! Papá ha visto el cuadro. Creo que está entusiasmadísimo. Le impresionó bastante lo que dijo usted sobre nuestro mono blanco. ¿Lo recuerda?

Aubrey Greene levantó sus manos.

—¡Oh! ¡El mono blanco! ¡Quién fuera capaz de pintarlo! Come el fruto de la vida, tira la corteza y pregunta con sus ojos el significado de todo.

—¡Una moraleja! —exclamó Michael—. ¡Alerta, amigo! ¡Bueno! Nuestro taxi corre... Vamos, Fleur, dejemos a Aubrey con su conciencia.

Otra vez en el coche, él cogió su brazo.

—¡El pobre desventurado Bicket! Supón que yo me presentara a ti tal cual él lo hará con su esposa.

—Yo no habría parecido tan bella.

—¡Oh! ¡Sí, más bella! Aunque, en realidad, ella lo es mucho.

—En tal caso, ¿por qué ha de importarle esto a Bicket en estos tiempos de emancipación?

—¿Por qué? ¡Por Dios, mujer! No vayas a suponer que Bicket... Quiero decir que nosotros, los emancipados, acostumbramos a pensar que somos el mundo... ¡Pues no! Somos una excrecencia insignificante y turbulenta. Hablamos como si hubiesen desaparecido todos los prejuicios y valores antiguos; pero no han desaparecido, como tampoco han desaparecido las hileras de torres y casitas grises.

—¿A qué viene esta explosión, Michael?

—Querida, es que estoy agobiado con la actitud de nuestra gente. Si la emancipación fuera verdadera, se podría estar conforme con la misma; pero es que no lo es. No hay un diez por ciento de diferencia entre la actualidad y hace treinta años.

—¿Cómo lo sabes? Tú no vivías entonces.

—No; pero leo los periódicos, hablo con el hombre de la calle, observo las caras de la gente del pueblo. Los nuestros se creen el tapete de la mesa, cuando son nada más que las franjas. ¿No sabes que son sólo ciento cincuenta y cinco mil los habitantes de este país que han oído una sinfonía de Beethoven? ¿Cuántos piensas tú que son los que creen al pobre Beethoven pasado de moda?

Acaso cinco mil entre cuarenta y dos millones. ¿Qué es esto para la emancipación?

Dándose cuenta de que los párpados de su esposa se habían bajado, se detuvo:

—Michael: he pensado cambiar los cortinajes de mi habitación por otros azules. Ayer, en los almacenes Harton's, vi el color adecuado. Dicen que el azul produce ciertos efectos sobre el cerebro; los actuales cortinajes son demasiado chillones.

¡El undécimo Baronet!

—Como gustes, querida. Pon el techo azul, si eso ayuda también.

—¡Oh! ¡No! Pero quizá cambie también la alfombra; en Harton's hay unas de un azul cielo encantador.

—Cómpralos pues. ¿Quieres que vayamos ahora? Luego puedo volver a la oficina en el Metro.

—Sí, acaso sea mejor. Podrían llevárselos.

Michael asomó la cabeza a la ventanilla.

—¡Hacia Harton's, haga el favor! —y, cubriéndose de nuevo, la contempló.

¡Emancipada!

IV

LA TARDE DE BICKET

Precisamente en aquel momento, Bicket entraba en su comedor y depositaba su caja de mano. Durante toda la mañana, al socaire de St. Paul, había revivido la fiesta del segundo día de Pascua. Cansado de pies y piernas de una manera excepcional, experimentaba también un hormigueo en su pensamiento. Se había prometido echar una mirada mitigadora de cuando en cuando a lo que parecía ser igual a una fotografía de Vic en persona ¡Y la reproducción se le había extraviado! Y esto sin que hubiera sacado nada de sus bolsillos; sólo había colgado su chaqueta. ¿Se habría perdido, tal vez, entre la aglomeración de la estación, o había dejado abierto su bolsillo, extraviándose en el coche? Y al mismo tiempo necesitaba ver el original. Recordaba que la galería empezaba por una D y a la hora del almuerzo se gastó un penique para ver de encontrar el nombre. Era extranjero, ¡estaba seguro! El cuadro era un desnudo. ¡Ah! ¡Dumetrius!

De regreso a su puesto, tuvo un poco de suerte. «Aquel magnate», al cual hacía meses que no había visto, pasó por allí. Al instante le dijo intuitivamente:

—Espero que siga usted bien. Nunca he olvidado su amabilidad.

El «magnate», que había estado mirando hacia arriba, como si viera una urraca en la cúpula de St. Paul, se detuvo como atacado por un calambre.

—¿Qué amabilidad? —dijo—. ¿Qué es eso? ¡Ah, globos! De nada me sirvieron.

—Tengo la seguridad de ello —contestó humildemente Bicket.

—Pues bien, tenga usted —dijo el «magnate»—; no espere que se repita.

¡Media corona! ¡Una media corona entera! Los ojos de Bicket seguían la apresurada silueta. «Buena suerte», se dijo quedamente para sí mismo, y empezó a recoger su cajón. «Me iré a casa para dar descanso a mis pies y luego me iré con Vic a ver ese cuadro. Será curioso, ¡los dos contemplándolo!»

Pero ella no estaba en casa. Se sentó y fumó un cigarrillo. Le molestaba su ausencia en la primera tarde que desperdiciaba. ¡Claro que no era justo que ella se estuviera encerrada en casa todo el día! Sin embargo... Esperó veinte minutos y seguidamente se vistió con el traje y con los zapatos de Michael.

«Voy a verlo solo —pensó—. Valdrá la mitad. La entrada seguramente costará seis peniques.»

Le cobraron un chelín, ¡un chelín! ¡Una cuarta parte de lo que ganaba en un día, para ver un cuadro! Entró allí cohibido. Había damas perfumadas, hablando con correcta pronunciación, pero que distaban mucho de la belleza de Victorina. Una de ellas dijo a su espalda:

—¡Mirad! ¡Aquí tenemos al propio Aubrey Greene! Y aquel es el cuadro que le ha dado tanta fama: *La tarde de una dríada*.

Pasaron delante de él y allá se dirigieron. Bicket las siguió. Al extremo de la sala, entre sus vestiduras y catálogos, contempló el cuadro. Su frente se cubrió de un débil sudor. Casi en tamaño natural, entre flores y hierbas silvestres, el rostro de ella sonreía a su alrededor, ¡la misma imagen de Vic! ¿Era posible que hubiese otra tan igual en el mundo? Le ofendía este pensamiento, como se ofende un coleccionista al dar con el duplicado de un ejemplar que creía en su exclusiva propiedad.

—Es un cuadro espléndido, señor Greene. ¡Vaya un tipo!

Un joven, con la cabeza erguida y el pelo hacia atrás, contestaba:

—Un hallazgo, ¿verdad?

—¡Oh! ¡Perfecto! ¡Tan espiritual como la ninfa de un bosque; igualmente misteriosa!

¡Ésa era la palabra que correspondía a Victorina! ¡Eso era profanarla! ¡Yaciendo allí para que todo el mundo la contemplara, sólo porque alguna bestial mujer era de su misma estructura! Una especie de rabia invadió la garganta de Bicket y le abrasó las mejillas; esto acompañado de una suerte de

celos naturales. ¡Ese pintor! ¿Por qué había de meterse a pintar a una mujer tan igual a Vic, a una mujer que no tenía escrúpulo de permanecer en esta forma? ¡Al diablo ellos y su conversación sobre claroscuros y paganismo y sobre un estúpido Leonardo! ¡Al infierno con su pronunciación correcta y sus pequeñeces! Intentó salir y no pudo, fascinado por aquella efigie, que se asemejaba tan misteriosamente a algo que había creído exclusivamente suyo. Era tonto preocuparse por una *coincidencia*, pero sentía la tentación de romper el cristal para hacer añicos aquel cuerpo. Las damas y el pintor se retiraron, dejándole solo ante el cuadro. Solo, ya no concedía tanta importancia a la cosa. El rostro expresaba dolor, soledad, tormento, mientras sonreía. ¡A uno le dejaba embelesado, sí! «Bueno —pensó Bicket—, me iré a casa con Vic. Después de todo, me alegro de no haberla llevado a verse a sí misma. Si yo fuera un magnate, compraría la profanación para quemarla.»

Y allí, en el *hall*, se encontró con su propio «magnate», que estaba hablando con un judío. Bicket se detuvo, presa de una extraña sensación.

—Es un nombre que se va cotizando, señor Forsyte —oyó decir al judío—. ¡Su precio es cada día más elevado!

—Sí, Dumetrius, pero en la actualidad no es del gusto general; en una palabra, es demasiado perfecto.

—Mire, señor Forsyte: para usted, rebajaré el diez por ciento.

—Con un veinte, trato hecho.

Los hombros del judío se levantaron por encima de las orejas, ¡y vaya una sonrisa!

—¡El quince, señor Forsyte!

—Bien, me ha vencido, Dumetrius; pero mándelo al domicilio de mi hija en South Square; ya conoce usted el número. ¿Cuándo cierran?

—Pasado mañana.

¡Perfectamente! La falsificación de Victorina había pasado a manos de aquel «magnate», ¿verdad? Bicket profirió un murmullo salvaje y salió.

Andaba algo trastornado. ¿Se había preocupado sin motivo? Tal vez no era ella. ¡Pero saber que otra mujer podía sonreír como ella, tener un pelo negro y corto, con bucles en los extremos, de línea exacta!... Y contemplaba el rostro de cuantas mujeres salían a su paso, ¡tan diferentes, tan poco parecidas a Vic!

Al llegar a su casa, ella estaba en el centro de la estancia, con los labios aplicados a la boquilla de un globo. En torno suyo, en el suelo, sobre las sillas, en la mesa, encima de la chimenea, reposaban las formas hinchadas a su soplo; uno tras otro habían ido escapando de sus labios, eligiendo su lugar para el descanso: índigo, verde, naranja, morado, azul, daban vida con su color al

reducido y mísero espacio. ¡Todos los globos al aire! Y allí, vistiendo las mejores ropas, estaba ella, sonriendo, misteriosa, excitada.

—¿Qué es esto! —preguntó Bicket.

Levantando su falda, Victorina sacó algunos billetes arrugados de la parte superior de su media y se los mostró.

—¡Mira! ¡Sesenta y cuatro libras, Tony! Ya lo he reunido todo. Podemos emigrar.

—¿Cómo?

—Tuve una buena idea... Visité al señor Mont, que nos regaló la ropa, y nos lo adelanta. Más tarde podremos pagárselo. Qué maravilla, ¿verdad?

Los ojos de Bicket estaban asustados como los de un conejo; observó su sonrisa, su excitada emoción y se adueñó de su cuerpo un extraño sentimiento, como si todo esto fueran señales de su engaño. ¡No era Vic! ¡No! Súbitamente sintió que sus brazos le rodeaban, sintió sus labios sobre los suyos. Lo hacía con tal fuerza que no podía moverse. La cabeza le daba vueltas.

—¡Por fin! ¡Por fin! ¿No es esto encantador? ¡Bésame, Tony!

Bicket la besó. Su vértigo era real. Sin embargo, debajo ¡cuánta irrealdad, disimulada por el momento!...

Fué antes de la noche, o por la noche, cuando se presentó la primera duda; como una sombra incisiva, enervante, misteriosa... Luego, al amanecer, huroneando en su alma, crispándole. ¡El dinero..., el cuadro..., el periódico extraviado..., aquel sentimiento de irrealdad! ¡La historia que le había soltado! ¿Eran posibles semejantes cosas? ¿Por qué el señor Mont había adelantado el dinero? Que le había visitado era cierto: el despacho, la secretaria; no era posible confundir la descripción de aquella señorita Perren. ¿Por qué sentía, pues, esa terrible duda? ¡El dinero, tanto dinero! No, con el señor Mont, no, ¡jamás! ¡Era un caballero! ¡Oh! ¡Qué grosero era pensar así de Vic! Volvióse e intentó dormir. Pero ¿dormir con tal pensamiento? ¡No! El rostro de ella entre los globos, la manera de esconderle los ojos y volver la cabeza, para que no pudiera pensar ni entrar en el asunto y sonsacarle... Acosado por pensamientos turbios, por dolores, dudas, emociones de esperanza y visiones de Australia, Bicket despertó macilento.

—Bien —dijo, tomando su cacao y pan con margarina—. Inevitablemente tengo que ver al señor Mont —y de pronto añadió—: ¿Vic? —mirándole fijamente a la cara.

Ella correspondió, mirándole también fijamente, sí, fijamente. ¡Oh! ¡Verdaderamente era un grosero!...

Cuando salió, Victorina se quedó inmóvil, con las manos apretadas contra su pecho. Había dormido menos que él. Quieta, como un ratón, había pensado y repensado: «¿Le he engañado? ¿Es cierto? Y si no..., ¿qué?» Sacó los billetes, con los cuales había comprado —¿o vendido?— su felicidad, y los contó una vez más. Pero en su interior ardía el sentimiento de la injusticia. ¿Era su gusto presentarse así ante los hombres? ¿No le había dado todo esto mucho que hacer? Podía haber conseguido las sesenta libras de aquel escultor tres meses antes; estaba loco por ella. Y resistió; sí; no cedió. Tony no podía censurarla, incluso sabiéndolo todo. Lo había hecho por él..., ¡sí!..., ¡principalmente por él, que estaba vendiendo globos, día tras día, expuesto a todas las inclemencias atmosféricas! A no haber sido ella, estarían todavía encallados, con otro invierno ante los ojos y la falta de trabajo, o, al menos, así lo decían los periódicos, de mal en peor. ¡Permanecer de nuevo aguantando lluvias y vientos! ¡Uf! Sus pulmones respiraban con violencia aún; y siempre estaba afónico. Y esta habitación tan reducida y la cama tan estrecha, que no les permitía el más ligero movimiento por temor a despertarle... ¿Por qué Tony dudaba de ella? Puesto que él dudaba, lo sabía; lo había visto en el modo con que dijo «¿Vic?». ¿Le convencería el señor Mont? ¡Tony era terco! Inclino un poco la cabeza. ¡La injusticia de las cosas! Unos lo tenían todo al alcance de su mano, como esa bella esposa del señor Mont. Y si una intentaba encontrar un nuevo camino para una oportunidad, daba de cabeza con..., ¡con esto! Echóse el pelo hacia atrás. Tony debía confiar, ¡estaba obligado! ¡No, no! Y con el afán de vencer y llevar adelante su felicidad, sacó su antiguo baúl metálico y empezó a colocar todos sus enceres en el interior del mismo.

V

MICHAEL ACONSEJA

Michael estaba todavía sentado, corrigiendo las pruebas de *Counterfeits*. Excepto de *a Jericó*, no había dirección donde poder mandarlas. El Oriente era inmenso, y Wilfrid no había dado señal alguna. ¿Pensaría ahora Fleur en Wilfrid? Tenía la impresión de que no. Y Wilfrid... Bueno, probablemente la estaba olvidando. Hasta la pasión necesita algún apoyo.

—Un señor Forsythe desea verle.

¡Vaya extraño visitante!

—¡Ah! Que pase.

Entró Soames con aire de recelo.

—¿Es éste tu despacho? —dijo—. He venido a comunicarte que he comprado aquella pintura del joven Greene. ¿Tienes lugar a propósito?

—¡Claro que sí! —contestó Michael—. Es maravillosa, ¿verdad?

—Bien —murmuró Soames—; para estos tiempos, sí. Ganará fama.

—Se trata de un entusiasta admirador del *Mono Blanco*, que usted nos regaló.

—¡Ah! El aspecto chinesco me ha preocupado. Si prosigo en las adquisiciones... —Soames hizo una pausa.

—Es un antídoto, ¿verdad? ¡Aquel *Paraíso terrenal!* ¡Y sus gansos..., al parecer sin preocuparse de que uno les cuente las plumas... ¿No es así?

Soames no contestó; evidentemente estaba pensando: «¿Cómo demonios los dejé pasar cuando aparecieron en el mercado?» Acto seguido, levantando el paraguas, como señalando el comercio de libros, preguntó:

—Y el joven Butterfield, ¿qué tal?

—¡Ah!, pensaba decírselo. Estuvo ayer aquí y me dijo que dos días antes había visto a Elderson. Fué a venderle un ejemplar de la edición reducida de la obra de mi padre. Elderson, sin objetar lo más mínimo, se quedó con dos.

—¡Al diablo con él!

—Butterfield salió con la impresión de que su visita le había molestado. Como es natural. Elderson sabe que yo formo parte de esta casa y que soy yerno de usted.

Soames frunció el ceño.

—Aunque parezca que los perros duermen... —dijo—, mi confianza no es completa. Bien, ahora voy a ocuparme de ese asunto.

—Mencione el libro y vea cómo le sienta a Elderson. ¿No quiere usted uno? Su nombre está en la lista. E, F... Debe tocarle hoy la visita de Butterfield. Voy a ahorrarle su negativa. Aquí lo tiene, un libro espléndidamente encuadernado. Una guinea.

—*Duet* —leyó Soames—. ¿De qué trata? ¿Música?

—No precisamente. Algo así como una cita de gatos entre los espectros de G. O. M, y Dizzy.

—No soy partidario de la lectura —dijo Soames, y sacó un billete—. ¿Por qué no lo vendéis a una libra? Ahí va el chelín.

—Muchas gracias. Tengo la seguridad de que mi padre quedará muy satisfecho cuando sepa que usted lo compró.

—¿De veras? —preguntó Soames con una leve sonrisa—. ¿Hacéis algo aquí?

—Sí, siempre intentamos ganar algún penique.

—¿Y qué ganáis?

—Yo particularmente, unas quinientas al año, poco más o menos.

—¿Nada más?

—Eso, y dudo si valgo más de trescientas.

—¡Hum! Me figuraba que habías dejado tu socialismo.

—Y creo que lo he hecho. No estaba conforme con mi posición.

—No —dijo Soames—. Fleur seguirá bien.

—Sí, perfectamente. Debe saber que practica el método de *Coué*.

Soames le miró fijamente.

—Cosa de su madre —dijo—. Ella dispone. ¡Adiós! ¡Oh! Tú debes saberlo: ¿qué significa la expresión *llegar a cabrear*?

—¿Llegar a cabrear? ¡Oh! Provocar el enojo; creí que usted sabía de lo que se trataba... Es palabra anterior a mis tiempos.

—¡Ah! —exclamó Soames—. Entonces la he interpretado bien.

Se volvió. Su espalda era gallarda y distinguida. Desapareció por el pasillo y con él pareció que se desvanecía el sentido de definición.

Michael recogió las pruebas y leyó dos poemas. ¡Amargos como la quina! ¡Rebosaban inquietud, anhelo hasta más allá de las palabras! ¡Nada chinesco en ellos! Después de todo, los anticuados, como el viejo Forsythe, y su padre en otro aspecto muy diferente, tenían un ancla de sujeción. «¿A qué se debe eso? —pensó Michael—. ¿Cuál es nuestro error? Somos rápidos y hábiles, muy seguros y descontentadizos. ¡Si por lo menos hubiera algo que nos entusiasmara o nos *cabreara*! Hemos vuelto la espalda a la religión, a la tradición, a la propiedad, a la compasión, y en su lugar hemos puesto... ¿qué? ¿Belleza? ¡No! ¡Véase a Walter Nazing y el Café Crillon! Sin embargo..., ¡seguramente perseguimos algún fin! ¿Un mundo mejor? Parece que no. ¿Una vida futura? Supongamos que hubiera de *examinar el espiritismo*, como diría el viejo Forsythe. Pero... la mitad en este mundo, la mitad en el otro, ¡seguramente que los espíritus tienen menos tranquilidad que nosotros!»

¿Hacia dónde, hacia dónde, pues, se movía todo?

«¡Que se estrelle! —pensó Michael, levantándose—. Vamos a ver si dicto un anuncio.»

—¿Quiere pasar, señorita Perren? Para el nuevo libro de Desert, periódicos comerciales: «En breve, Danby y Winter pondrán a la venta *Counterfeits*, por el autor de *Copper Coin*, el perdurable éxito de la última temporada editorial» Señorita Perren, ¿han sido muchos los editores que han proclamado lo mismo y para muchos libros del corriente año? «Estos poemas evidencian la brillantez de temperamento y una realización técnica superior al primer volumen del joven autor.» ¿Qué le parece?

—Brillantez de temperamento, señor Mont. ¿Cree usted que está bien?

—No. Pero ¿qué voy a decir? «¿Toda la congoja y todo el pesimismo?»

—¡Oh! ¡No! Pero podría decir: «Toda la brillantez de dicción, la rareza y variedad de estilo».

—Bien. Sin embargo, la tarifa será más elevada. Ponga: «Toda la brillante rareza»; este reclamo les sorprenderá de una vez. «La rareza» no obsesiona, pero no la alcanzamos. La exageración, sí; pero no la rareza.

—Seguramente el señor Desert la alcanza...

—Sí; alguna que otra vez, pero quizá sea el único. Para ser raro es necesario tener narices, y usted disculpe la frase, señorita Perren.

—Ciertamente, señor Mont. Ese joven Bicket está esperando para verle.

—¿Ah, sí? —dijo Michael, sacando un cigarrillo de su pitillera—. Déjeme tiempo para apretarme el cinturón y mándelo aquí, señorita Perren.

«La mentira benévola —pensó—. ¡Vamos por ella!»

La entrada de Bicket en una estancia donde su última aparición había sido tan dolorosa, tuvo lugar con cierta estolidez. Michael estaba fumando de espaldas al fuego; Bicket daba la espalda a un montón de novelas modernas, con las palabras: «Esta grandiosa novela nueva» sobre las mismas. Michael saludó con la cabeza.

—¡Hola, Bicket!

Bicket inclinó su cabeza también.

—Supongo que sigue usted bien, señor.

—Perfectamente, gracias —y se hizo el silencio.

—Bien —dijo Michael, por fin—. Presumo que ha venido por el pequeño préstamo que hice a su esposa. No se preocupe, no me corre prisa.

Mientras hablaba, se dió cuenta de que el infeliz estaba dominado por una gran desesperación. Sus ojos tenían una expresión peculiarísima, aquellos ojazos de camarón, que parecían estar pidiendo un préstamo de tranquilidad. Se apresuró a añadir:

—Yo también creo en Australia. Opino que ha estado usted sumamente acertado, y cuanto antes emigren, ¡mejor! Al parecer, ella no es muy fuerte.

Bicket tragaba saliva.

—Señor —dijo—, usted se ha portado conmigo como un caballero y es muy duro expresar lo que siento.

—¡No lo diga!

La sangre de Bicket se agolpó en sus mejillas; efecto raro en aquel rostro demacrado.

—No es lo que usted se imagina —dijo—. Vine para que me diga la verdad.

De súbito y con energía sacó de su bolsillo algo que Michael reconoció que era la cubierta rasgada de una novela.

—Eso lo tomé al entrar, abajo, de un libro del mostrador. ¡Diga! ¿Es ésta mi esposa? —y alargando los brazos, le presentaba el papel.

Michael, consternado, se apoderó de la cubierta de la novela de Storbart. Usar de la mentira piadosa, a que ya estaba determinado, era una cosa... Negar esto era otra totalmente diferente.

Bicket le dió poco tiempo.

—Por la cara le conozco que es ella —dijo—. ¿Qué significa todo esto? Quiero la verdad..., debo conocerla. Todo esto me tiene loco. Si esta es su cara, entonces es su cuerpo aquel de la Galería... Aubrey Greene, la misma firma. ¿Qué significa todo? —su rostro se había transformado terroríficamente; su pronunciación vulgar era categórica—. ¿Qué farsa ha estado ella representando? Quiero saberlo todo antes de salir de aquí.

Los pies de Michael se juntaron. Dijo reposadamente:

—Conténgase, Bicket.

—¡Contenerme! ¿Se contendría usted si su mujer...? ¡Todo ese dinero! Usted no se lo adelantó; dárselo, tampoco... ¡Jamás! ¡No me diga lo contrario!

Michael había fijado su línea de conducta. ¡Fuera mentiras!

—Le presté diez libras para cubrir lo que faltaba. ¡Esto es todo! Lo demás se lo ganó honradamente, y usted debería estar orgulloso de ella.

La boca de Bicket se abrió.

—¿Orgulloso? ¿Y cómo lo ha ganado? ¡Orgulloso! ¡Dios mío!

Michael dijo fríamente:

—Como modelo. Yo mismo le di una recomendación para mi amigo, el señor Greene, el día que usted almorzó conmigo. Supongo que habrá oído hablar de modelos, ¿no?

Las manos de Bicket rasgaron la cubierta, y los trozos cayeron al suelo.

—¡Modelos! —exclamó—. ¡Pintores, sí! He oído hablar de ellos. ¡Marranos!

—No más que usted, Bicket. Hágame el favor de no insultar a mi amigo. Repórtese y tome un cigarrillo.

Bicket rechazó la pitillera que le ofrecía.

—Yo..., yo la adoraba —dijo apasionadamente—. ¡Haber hecho esto conmigo! y su pulmón exhaló una especie de sollozo.

—Usted la adoraba —replicó Michael, haciendo hincapié en esta frase—. Y cuando hace por usted lo que puede, la abandona..., ¿verdad? ¿Piensa tal vez que lo hacía por su gusto?

Bicket se tapó el rostro súbitamente.

—¿Qué sé yo? —murmuró detrás de sus manos.

Una ola de compasión inundó a Michael. ¡Compasión! ¡Tontería!

Dijo secamente:

—¿Recuerda lo que hizo usted por ella?

Bicket descubrió su cara y miró ferozmente.

—¿Se lo ha dicho tal vez?

—No; pero aseguro que lo haré si usted no entra en razón.

—¡Qué me importa si lo hace ahora! ¡Prestarme a que todo el mundo la vea en esta forma! ¡Sesenta libras! ¡Honradamente! ¿Usted se figura que voy a creérmelo! —su voz expresaba su desolación.

—¡Ah! —exclamó Michael—. No lo cree sencillamente porque es un ignorante, tan ignorante como el marrano del cual habla. Una muchacha puede hacer lo que ella hizo y ser perfectamente honrada, como no tengo la menor duda de que ella lo es. Sólo tiene que admirarla y ver la forma cómo habla de todo esto. Lo hizo porque no podía sufrir viéndole a usted vendiendo globos. Lo hizo por librarle del arroyo y buscar la alegría de ambos. Y ahora que lo ha conseguido, usted cocea de esa forma. ¡Olvídelo todo, Bicket, sea caballero! Suponga que yo la pongo al corriente de lo que usted hizo por ella... ¿Cree que se retorcerá y chillará? ¡Le digo que no! Aquello fué sumamente humano en usted, y esto es sumamente humano en ella, ¡no lo olvide!

De nuevo Bicket tragaba saliva violentamente.

—Sí; todo esto está muy bien; pero no le ha sucedido a usted —replicó, taciturno.

Michael se sintió, en el acto, afligido. ¡No! ¡No le había sucedido! Y todas sus dudas respecto a Fleur en los días de Wilfrid le estaban atormentando.

—Mire usted, Bicket —dijo—. ¿Duda del cariño de su esposa? Aquí radica todo. Sólo la he visto dos veces, pero no comprendo cómo puede hacerlo. Si ella no le apreciara, ¿cómo iba a desear marcharse a Australia, cuando sabe que aquí puede ganar mucho dinero y divertirse lo que quiera? Por mi amigo Greene puedo responder... Es decente en extremo y sé que ha jugado limpio.

Pero al escudriñar en el rostro de Bicket, pensó: «Todos los demás a quienes sirvió de modelo, ¿fueron tan extremadamente decentes?»

—¡Oiga, Bicket! Todos tenemos alguna turbación, y es ésta la prueba a que estamos sometidos. Debe confiar en ella; no le queda otro recurso.

—¡Hacer una exposición de ella, para que todo el mundo la contemple!— parecería como si las palabras sostuvieran una lucha en su flaca garganta—. Ayer vi cómo un frescote magnate compraba el cuadro.

Michael no pudo disimular una sonrisa al oír una semejante descripción del viejo Forsythe.

—En realidad, fué adquirido por mi suegro, como un obsequio a nosotros para adornar nuestra casa. Y tenga en cuenta, Bicket, que se trata de una obra excelente.

—¡Ah! —exclamó Bicket—. ¡Una obra excelente! ¡Dinero! Es el dinero que la ha comprado. ¡El dinero lo compra todo! Compraría el corazón de su propio pecho.

Y Michael pensó: «No puedo hacerle más consideraciones. ¿Qué vale la emancipación? ¡Él nunca ha oído hablar de los griegos! Y, siendo así, le parecería que se trata de una partida de forasteros libertinos. ¡Debo abandonar mi empeño!» Y de pronto vió cómo fluían las lágrimas de aquellos ojos de cangrejo, goteando por sus cóncavas mejillas.

Muy turbado, dijo precipitadamente:

—Cuando esté allí, no pensará más en esto. ¡Déjelo todo, Bicket! ¡Sea un hombre! Ella lo hizo con buen fin. Si yo estuviera en lugar de usted, jamás le dejaría entender que estaba enterado de todo. Lo mismo haría ella, si yo le dijera que usted se apoderó de los ejemplares de *Copper Coin*.

Bicket cerró los puños; la acción era curiosa, entre las lágrimas; luego se volvió y salió sin decir palabra.

«Bueno —pensó Michael—; ¡evidentemente que aconsejar no es mi fuerte! ¡Infeliz!»

VI

SEPARACIÓN

Bicket andaba casi a ciegas a lo largo del *Strand*. De temperamento naturalmente bueno, una tal tempestad de nervios le hacía sentirse enfermo y le trituraba el cerebro. La luz del sol y el movimiento le habían devuelto la luz de sus facultades. Había logrado la verdad. Pero ¿era la verdad completa y nada más que la verdad? ¿Podía ella haber ganado todo ese dinero sin...? Si pudiera creer esto, tal vez lejos de esta tierra, donde todo el mundo, por un chelín, podía

contemplarla desnuda, podría olvidar. ¡Pero todo ese dinero...! Y, aun admitiendo que lo hubiera ganado todo *honradamente*, como había dicho el señor Mont... ¿cuántos días había permanecido expuesta a los ojos de cuántos hombres? Andaba, hablando solo, por las calles. El pensamiento de ir a su casa, encontrarse con ella, provocar una escena y de lo que podría llegar a saber por esta escena, era insoportable. No obstante, él creía que debía hacerlo. Allí, debajo de St. Paul, en el arroyo, ofreciendo globos, lo hubiera soportado mejor. Por primera vez en su vida era un hombre desahogado, un florido «magnate» sin otra preocupación que adelantar y tomar el billete hacia las rojizas mariposas. ¡Y esta ociosidad se debía a lo que un hombre incapaz de librarse de sus pensamientos no podía soportar! ¡Hubiera preferido apoderarse del dinero del cajón de una tienda! Prefería esa intranquilidad de conciencia al agujeroneo profundo de esos endemoniados celos. «¡Sea un hombre!» ¡Esto se decía fácilmente! «¡Repórtese! ¡Ella lo hizo por su bien!» ¡Sería mejor que no lo hubiera hecho! ¡El puente de Blackfriars! ¿Zambullirse y poner fin en el lodo del fondo? Sin embargo, uno tiene que subir tres veces, y le pescarían con vida y le perseguirían por ello... No resolvería nada... Ni el placer de pensar que Vic comprendería la importancia de lo que había hecho, cuando identificara el cadáver. ¡La muerte era la muerte y jamás podría saber lo que ella pensaría *post mortem*! Cruzó el puente a duras penas, la vista fija hacia adelante. ¡La calle Little Ditch! ¡Cómo aceleraba el paso en esta dirección, cuando ella estaba enferma de pulmonía! ¿Se repetiría esta inquietud? Pasó a largos pasos la última ventana y entró.

Victorina estaba todavía agachada sobre el baúl marrón. Se enderezó, y en su semblante apareció una mirada fría, cansada.

—Bien —dijo—. ¡Por fin te veo!

En esa reducida habitación, dos pasos eran suficientes para Bicket. Los dió y descansó su mano en sus hombros. Su rostro era sombrío, sus ojos, tan grandes y lastimeros, buscaron los de ella.

—Sé que te has expuesto para que todo Londres te vea. Lo que quiero saber... ¡es lo demás!

—¡Lo demás! —dijo ella. Esto no era una pregunta: era una repetición en una voz que no tenía, al parecer, significado alguno.

—¡Ah! —exclamó Bicket rudamente—. ¡Lo demás, venga!

—Si te figuras que lo hay, ¡hemos terminado!

Bicket separó sus manos.

—¡Por Dios! No seas enigmática. ¡Estoy desesperado!

—Lo comprendo —dijo Victorina—, y comprendo también una cosa: que no eres lo que me había imaginado. ¿Crees que aquello constituyó un deleite

para mí? —levantándose el vestido, sacó los billetes—. Toma. Puedes marcharte a Australia, solo.

Bicket añadió rudamente:

—¿Dejándote con los malditos pintores?

—Dejándome sola. ¡Son para ti!

Pero Bicket se apoyó contra la puerta, mirando, horrorizado, los billetes.

—¡No los quiero!

—Pues yo tampoco. ¡Los gané para librarte de tu miseria!

Hicieron una gran pausa. Los billetes permanecían entre ambos, sobre la mesa, un algo rizados y grasientos... Lo que tanto había anhelado, el medio de su liberación, de su mutua felicidad en el país del sol. Allí estaban; ninguno los quería. ¿Qué hacer entonces?

Bicket, por fin, rompió el silencio con áspero acento:

—¡Vic, júrame que jamás permitiste que te tocaran!

—¡Sí; eso lo puedo jurar!

Y, diciéndolo, pudo sonreír con su particular sonrisa. ¡Cómo creerle, después de haberle ocultado el secreto durante tantos meses y engañándole al final! Se dejó caer en una silla cercana a la mesa y apoyó la cabeza en sus brazos.

Victorina volvió a su tarea y empezó a atar el baúl con una cuerda. Al ruido del estaño, él levantó la cabeza. ¡En este momento, en realidad, era ella la que quería marcharse! Veía su vida devastada, vacía como una cáscara de coco en el valle de Hampstead, y toda su dureza se evaporó, alejándose de su espíritu vulgar. Bajo sus ojos se deslizaron unas lágrimas.

—Cuando estabas enferma —dijo él— robé por ti. Por ello me despidieron.

Ella se volvió en redondo.

—Tony... ¡No me lo habías dicho! Y ¿qué es lo que robaste?

—Libros. Toda tu sobrealimentación la pagaron los libros.

Ella le miró durante un largo minuto y luego alargó sus manos, sin proferir palabra. Bicket las apretó.

—Ya nada me preocupa —dijo él—. ¡Así, pues, ayúdame mientras me quieras, Vic!

—Lo mismo te digo. ¡Oh! ¡Marchémonos de aquí, Tony! ¡Esta mísera habitación, esta mísera tierra! ¡Abandonémoslo todo!

—Sí —contestó Bicket, y colocó las manos de Victorina en sus ojos.

VII

SONDEO DE ELDERSON

Cuando Soames abandonó a Danby y Winter, su pensamiento estaba oscilando entre Elderson y el Mono Blanco. Como Fleur había previsto, jamás olvidaba las palabras de Aubrey Green acerca de ese trozo de salvajismo procedente de la catástrofe de Jorge Forsythe. «Come el fruto de la vida, tira la corteza y déjate sorprender haciendo esto.» Esta moraleja tenía también su aplicación en el campo de los negocios.

El país vivía todavía de su capital. Con el fracaso de los transportes y los mercados europeos, se estaban importando alimentos que no podrían pagar. Según su opinión, se verían sorprendidos, y no tardando mucho. El crédito británico gozaba de muy buena fama, era la maravilla del mundo y..., etc., pero no era posible vivir indefinidamente de la maravilla. ¡Con el colapso de los fletes, las pérdidas de las entidades mercantiles en todo el país y los enjambres de parados, atravesaban una situación *espléndida!* Incluso los seguros se iban a resentir, en breve, de las circunstancias. Tal vez Elderson lo había previsto y se dedicaba exclusivamente a aprovisionar su nido. Pero si iban a sorprenderle a uno, ¿por qué preocuparse de la honradez? Era este un cinismo tan patente que Soames lo despreciaba con todo lo que su ser tenía de Forsythe. Sin embargo, el pensamiento, volviendo otra vez, se detenía. ¿Por qué preocuparse de la previsión, de la economía e integridad en una quiebra general? Los mismos conservadores detestaban llamarse conservadores, como si la palabra implicara ridículo, sabiendo que ya no quedaba nada por conservar. «Come el fruto, tira la corteza y déjate sorprender haciendo esto.» El joven artista había dicho una gran cosa, sí; y su pintura era notable, ¡aunque Dumetrius la había valorado en exceso, como era su costumbre! ¿Dónde la colocaría Fleur? En el salón; no le extrañaría. Allí había buena luz; y la clase de gente que les visitaba no se asustaría por el «desnudo». ¡Era curioso dónde iban a parar todos los desnudos! ¡Jamás se veía un desnudo, igual que el asno muerto del proverbio! Momentáneamente, Soames tuvo la visión de asnos moribundos, que, juntamente con cuadros al desnudo, pasan vertiginosamente al margen del mundo. Rechazando tan extravagante visión, levantó los ojos el tiempo preciso para contemplar a Saint Paul, tan grande como la vida. ¡Hoy no estaba allí aquel pobrecito desventurado de los globos! Bueno; nada le importaba. Tangencialmente, sus pensamientos se fueron hacia el objeto de su peregrinación; la P. P. R. S, y su balance semestral. Por iniciativa suya, se habían abandonado los grandes negocios alemanes, con una pérdida de doscientas treinta mil libras. Interinamente no se pagaría dividendo y aún quedaría un descubierto a cuenta del ejercicio del próximo semestre. ¡Bueno! Una muela picada era mejor extraerla en el acto y acabar con ella; los accionistas tendrían seis meses para habituarse a la anomalía antes de la Junta general. Él mismo se

había habituado ya a ella, y ellos harían lo propio con la ayuda del tiempo. Si no se les atemorizaba, los accionistas no eran malos, ¡eran enormemente pacientes!

En la sala del Consejo, el mismo viejecito llenaba los tinteros con el frasco grande.

—¿Está el gerente?

—Sí, señor.

—Dígale que le espero, hágame el favor.

El viejo empleado se retiró. Soames miró el reloj. ¡Las doce! Una débil flecha de luz solar cortaba el suelo y la parte baja del muro interior. En la estancia no había más ser viviente que una moscarda, ni otro ruido que el *tic-tac* del reloj; ni siquiera un periódico. Soames contempló la moscarda. Recordaba que en su infancia prefería las moscardas y moscardones a las moscas corrientes, por su brillo chillón. Era eso una lección. Las cosas de apariencia, las personas de brillo eran peligrosas. Por ejemplo, el Kaiser y ese poeta italiano..., ¿cómo se llamaba? ¡Y ese fuego fatuo que los mismos despedían! No le extrañaría que Elderson fuera brillante en su vida privada. ¿Por qué no venía? ¿Era el encuentro con el joven Butterfield lo que le hacía tardar? La moscarda, arrastrándose por el cristal, subía, retrocedía luego y volvía a subir; los rayos solares avanzaban a lo largo del suelo. Todo era permanente en el salón del Consejo, como si englobara el principio del seguro: «Manténganse las cosas tal como se encuentran.»

«No voy a dejar que se me queden los pies aquí para siempre», pensó Soames, y se dirigió hacia el balcón. En esta ancha calle, que conducía al río, el sol iluminaba a unos cuantos peatones y un carro de cervezas; pero a lo largo de la arteria principal, en el extremo, el tráfico era abundante y confuso. ¡Londres! ¡Una ciudad gigantesca! ¡Y toda asegurada! «¿Cómo sería dentro de treinta años?», se decía.

¡Pensar que existiría Londres, sin que él pudiera sobrevivir para poderlo contemplar! ¡Lo sentía por la metrópoli y lo sentía por él mismo! Hasta el viejo Gradman habría desaparecido. Suponía que las compañías de seguros velarían por la ciudad, pero no lo sabía. Y, de pronto, se dió cuenta de Elderson. La figura del socio era sumamente elegante, vistiendo traje completo y una flor en el ojal.

—¿Contemplando el futuro, señor Forsythe?

—No —contestó Soames. ¿Cómo podía ese socio adivinar sus preocupaciones?

—Muy satisfecho por su visita. Me da oportunidad de expresarle mi gratitud por el interés que se toma por la casa. Es raro. Es tan solitario el trabajo de un gerente...

¿Se burlaba de él? En conjunto, su aspecto era arrogante y ágil. Habitualmente un hombre jovial despertaba sospechas en Soames, pues, por lo general, alguna razón motivaba la jovialidad.

—Si todos los consejeros fuesen tan concienzudos como usted, podría uno dormir tranquilo. No tengo reparo en decirle que la cooperación que recibí del Consejo antes que usted formara parte del mismo era, ¡bueno!, para desatenderla.

¡Adulación! ¡El socio debía perseguir algo!

Elderson continuó:

—Puedo confesar a usted lo que no podría confesar a los demás: no estoy muy satisfecho de los negocios, señor Forsyte. Inglaterra está muy cerca de descubrir la realidad de la situación.

Ante la confirmación de sus propias preocupaciones, Soames reaccionó.

—A nada conduce llorar antes de recibir el golpe —dijo—. Nuestra divisa todavía tiene cotización. Podemos resistir muy bien.

—Me temo que estamos en un atolladero. Si no se toman medidas severas vamos a quedarnos en él. Y lo severo supone desorganización y años de restricciones antes de cosechar el fruto.

¿Cómo podía hablar así este individuo y parecer al mismo tiempo tan brillante y atractivo como un penique recién acuñado? Esto le confirmaba en su teoría de que a Elderson le importaba un ardite lo que pudiera suceder. Y Soames resolvió rápidamente probar un cañonazo.

—Ahora que hablábamos de años de restricciones: vine a decirle que debemos convocar una Junta de accionistas para tratar de las pérdidas de los negocios alemanes —lo dijo mirando al suelo, y, acto seguido, levantó la mirada con rapidez. El resultado fué descorazonador. Los ojos grises y brillantes del gerente chocaron con los suyos sin el más leve parpadeo.

—Estaba esperando eso de usted —dijo.

«¡Qué me vas a decir!» —pensó Soames, pues en este preciso instante no se le había ocurrido otra cosa.

—Seguramente debería convocarse —prosiguió Elderson—; pero me temo que el Consejo no lo aprobará.

Soames detuvo las palabras: «Tampoco yo.»

—Ni los accionistas, señor Forsyte. Al cabo de una gran experiencia he llegado a la conclusión de que para los accionistas es tanto mejor cuanto menos se les ponga ante las narices una contrariedad.

—Es posible —contestó Soames, arreciando en su contrariedad—; pero de eso tiene la culpa el vicio de no afrontar las cosas.

—Creo, señor Forsyte, que no tendrá que acusarme de no afrontar las cosas relativas al futuro.

¡El futuro! Pero ¿qué demonios significaba esta palabra?

—Bien; lo discutiré en el próximo Consejo —dijo.

—Perfectamente —dijo el gerente—. ¿Verdad que no hay cosa más terrible que tener una idea en la cabeza?

Otra vez aquella burla indefinible, como si pretendiera disimular la risa. Soames miró maquinalmente los puños de su interlocutor, listados de azul, pulcramente almidonados, con su chaleco de Holanda y su corbata de ojo de pájaro, ¡un verdadero *dandy*! ¡Le dispararía el segundo cañonazo!

—Hablando de otra cosa... Mont ha escrito un libro. He adquirido un ejemplar.

¡Ni un parpadeo! Tal vez descubriría algo más su dentadura ¡postiza, indudablemente!

—Pues yo me quedé con dos... ¡Pobrecito Mont!

Soames se sentía como derrotado. Este tipo iba armado como un crustáceo, barnizado como una mesa española.

—Bueno —dijo Soames—; es preciso que me vaya.

El gerente le presentó la mano.

—Adiós, señor Forsyte. Le estoy muy agradecido.

El socio le estaba realmente dando un apretón. Soames salió confundido. ¡Era tan raro que le apretara la mano! Sin embargo, puede que se tratara del complemento de una comedia representada a maravilla. ¡No podía decirlo! En realidad no se sentía tan dispuesto como antes a convocar a los accionistas. ¡No, no! Había disparado la escopeta para levantar la caza; pero había fallado. ¡Sin embargo, el tiro de Butterfield había dado en el blanco! Si Elderson era inocente, debía haber acudido al descaro que significaba la visita del joven. ¡A pesar de todo, no era posible que fallara una jugada de tal naturaleza, por el mero hecho de fastidiarle! ¡No! Todo era inútil, como se decía actualmente. Como antes, estaba muy lejos de tener una prueba de culpabilidad y, hablando claramente, satisfecho de ello. Un semejante escándalo no podía tener otra efectividad que enlodar la casa. Consejeros, incluso. ¡La gente era tan poco escrupulosa! Jamás se detenía a pensar o prorratear su tanto de culpa. ¡Era preciso vigilarles con gran tiento y proseguir como exigía el caso! Era inútil alborotar. Cuando estaba más enfrascado en la meditación y en el progreso, oyó una voz que le decía:

—¡A propósito, Forsyte! ¿Lleva usted mi camino?

—No lo sé —dijo Soames.

—Voy hacia el *Aeroplane Club* a almorzar.

—¿En ese lugar tan modernista?

—Progresando, ¿sabe usted, Forsyte?, progresando.

—Acabo de ver a Elderson. Ha comprado dos ejemplares de su libro.

—¡Caramba! ¡Pobrecito muchacho!

Soames se sonrió ligeramente.

—Él le aplicó a usted ese mismo calificativo. ¿Y se imagina quién se los vendió? El joven Butterfield.

—¿Aún respira ése?

—Esta mañana, por lo menos, sí.

El rostro de sir Lawrence sufrió una contracción.

—He estado pensando, Forsyte. Me han dicho que Elderson mantenía a dos mujeres.

Soames fijó la vista. La idea era interesante. Si esto era cierto, era la llave de todo.

—Según mi mujer, Forsyte, sobra una. ¿Qué opina usted?

—¿Yo? —dijo Soames—. Lo único que yo digo es que el tipo es más fresco que un pepino. Yo me quedo aquí. Adiós.

Uno no podía aprovechar un átomo con este Baronet; no se tomaba nada en serio. ¡Dos mujeres! ¡A la edad de Elderson! ¡Vaya una vida! Siempre hubo hombres parecidos, no satisfechos con una sola a la vez..., viviendo en peligro. Esto, para él, era un misterio. Por más que indagara e indagara en muchachos de esta índole, ¡no se les descubría nada! ¡Pero los había! Cruzó el *hall* y entró en la sala donde almorzaban los *connoisseurs*. Tomando el menú en la mesa de servicio, encargó una docena de ostras; pero, de pronto, acordándose de que el mes no tenía *r*, las sustituyó por un lenguado frito.

VIII

LA FUGA

No, querida; ¡la Naturaleza no «existe»!

—¿Qué quieres decir, Michael?

—Bien; fijate en las novelas que tratan de la Naturaleza. No pasan de ser un producto calcado en los paisajes de Cornualles o en los pantanos del Yorkshire... ¿No has estado nunca en un pantano de Yorkshire? Le dan a uno ganas de salir corriendo. ¡El tizón de Dartmoor! ¡Caramba! Dartmoor, de donde

nos llegan las pasiones... ¿Has estado en Dartmoor? Pues ten por seguro que ellos no. Y ¿qué me dices de los mares del Sur? ¡Oh la la! Y los poetas, la escuela chapucera y embrollona, no se acercan mucho a la Naturaleza. Seguro que en esto les lleva ventaja la estúpida escuela pueblerina. Después de todo, el viejo Wordsworth hizo Naturaleza. Claro que la Naturaleza modesta, con ene minúscula; pero lo otro..., la Naturaleza que ahora nos dan es algo peor, está adulterada y embotellada. La verdadera no es bastante moderna para el estilo contemporáneo.

—¡Oh! ¡Perfectamente! Michael, podríamos irnos al río. Tomaremos el té en The Shelter.

Llegaban casi al lugar llamado por Michael la *residencia apacible*, cuando Fleur, adelantándose y tocándole la rodilla, dijo:

—No soy ni la mitad de buena que tú te mereces, Michael.

—¡Qué cosas dices, vida mía! Yo creo todo lo contrario.

—Sé que soy egoísta; sobre todo, ahora.

—El único culpable es el undécimo Baronet.

—Sí; es una gran responsabilidad. No deseo más sino que sea como tú.

Michael, deslizándose en el desembarcadero, contrajo sus orejas y tomó asiento al lado de ella.

—Si es como yo, le voy a rechazar. Pero los varones se parecen más a las madres.

—Me refiero al carácter. Deseo ardientemente que sea alegre, sin inquietudes, y con la convicción de que la vida merece la pena.

Michael contempló sus labios... Estaban temblando. El sol de la tarde había bronceado sus mejillas, e inclinándose hacia ella, puso su cara sobre la suya.

—Será un nene hermoso, tengo la seguridad.

Fleur movió la cabeza.

—No le quiero codicioso y ensimismado; ya sé que esto es cosa de mi sangre. Presiento que es feo, pero no lo puedo remediar. ¿Cómo te las arreglas tú para no serlo?

Michael se pasó la mano libre por el cabello.

—¿No te molesta el sol, querida?

—No. Te lo pregunto en serio, Michael. ¿Cómo?

—Pero si lo soy, tal vez es debido a lo mucho que te quiero. De esto nada puede curarme —y alentado por una ligera presión de la mejilla de ella, prosiguió—: ¿Recuerdas una noche que bajaste al jardín, hallándome yo aquí

mismo, en una lancha? Cuando desapareciste, yo me quedé aquí para despejar la cabeza... Estaba desesperado, perdida toda esperanza en el mundo...— interrumpió su relato. ¡No! No quería recordar; se trataba de aquella noche, en que ella le había dicho: «¡Vuelve cuando sepa que no puedo obtener mi deseo!» ¡El primo desconocido!

Fleur dijo pausadamente:

—Me porté muy mal contigo, Michael; pero era muy desgraciada. Aquello ya pasó. Por fin pasó a la historia; ahora nada hay que sea malo, excepto mi propia naturaleza.

Consciente de que sus sentimientos no estaban a la altura del momento, Michael dijo:

—¡Oh! Si eso es todo...

Dirigiéronse del brazo al patio. Nadie en casa... Soames, en Londres; Annette, de excursión.

—¿Quieres que tomemos el té en la terraza? —dijo Fleur.

Allí sentados, Michael, feliz como no recordaba haberlo sido nunca, concedía un cierto valor a la Naturaleza, a los rayos del sol hacia su ocaso, a la esencia de claveles y rosas y a los suspiros de los tiemblos. Los mimados palomos de Annette arrullaban y, al otro lado del río, ondeante y tranquilo, se destacaban las copas de los álamos a lo largo de la orilla opuesta. Pero el placer que le producía todo era sólo debido a que se hallaba al lado de su niña, gozando en acariciarla y contemplarla; y, además, porque ésta era la primera vez que ella no deseaba separarse y marcharse con otro o cosa por el estilo. Era curioso que hubiera algo fuera de uno mismo, que quitara al mundo toda su importancia, que le absorbiese a uno completamente... ¡Y que este ser fuera su misma esposa! ¡Muy curioso, si se consideraba quién era ese ser! Oyó que ella decía:

—Como sabes, mamá es católica; claro que, viviendo aquí con papá, ha abandonado sus devociones. En este aspecto no se preocupó mucho de mí. ¿Sabes en qué estaba pensando, Michael? Con *él*... ¿qué camino vamos a seguir?

—Dejaremos que lo decida por sí mismo.

—No sé. Debe enseñársele algo, porque irá a la escuela. En realidad, los católicos encuentran provecho en su religión.

—Sí; su fe es ciega. Actualmente es el único camino lógico.

—Opino que al que no tiene religión no puede interesarle nada.

Michael retuvo las palabras: «Podríamos educarle como un adorador del sol», y dijo, en lugar de esto:

—Me parece que cualquiera que sea la educación que le demos, sólo la conservará hasta que pueda razonar por sí mismo; llegado el momento, se acogerá a la que más le agrade.

—Y tú, Michael, ¿en qué crees? Eres tan bueno como no hay otro.

—¡Por Dios! —exclamó Michael, extrañamente sorprendido—. ¿De veras?

—En serio, Michael, ¿en qué crees?

—Pues, mira, querida: doctrinalmente, en nada..., lo cual significa que no tengo religión alguna. Estimo que uno debe representar la comedia... Pero esto es ético...

—Pero ¿no será una desventaja no poder confiar más que en sí mismo? Si por medio de una creencia se puede conseguir algo, uno debe acogerse a la misma.

Michael se sonrió, pero no por fuera.

—Puedes hacer lo que quieras con el undécimo Baronet, que yo lo aprobaré. A pesar de todo, por lo que se refiere a su educación, me parece que ha de ser bastante escéptico.

—Pues no quiero que lo sea. Prefiero que sea optimista, convencido y entusiasta de todo. El escepticismo no trae más que intranquilidad.

—Nada de mono blanco en él, ¿verdad? ¡Ah! ¡Admirable! Creo que está en el ambiente de nuestro tiempo. Enseñarle únicamente la vida de los demás tan joven como sea posible, hasta castigándole, si es necesario.

Fleur le dirigió una mirada diáfana y se rió.

—Sí —dijo—. Mamá lo intentó, pero papá se opuso.

No volvieron a casa hasta después de las ocho.

En el *hall* dijo Michael:

—O tu padre o el mío está aquí. Hay aquí un sombrero prehistórico.

—Es el de mi padre. Tiene forro gris. El del Baronet es rojo.

Soames, en efecto, fué descubierto en la estancia china, con una carta abierta y *Ting-a-ling* a sus pies. Sin hablar palabra, alargó la carta a Michael.

No tenía fecha ni dirección. Michael leyó:

Querido señor Forsyte:

Tendrá usted la amabilidad de comunicar al Consejo, en su reunión del martes, que estoy en camino de la inmunidad por las consecuencias de cualquier peccadillo del cual pueda ser culpable. Cuando usted reciba la presente, ya estaré allí. Siempre he creído que

el secreto de la vida, lo mismo que el del negocio, está en conocer el momento en el cual uno no puede detenerse. Será inútil perseguirme, puesto que mi persona no será capturable, como legalmente deben expresarse ustedes, y no he dejado atrás propiedad alguna. Si su objeto era cogermé desprevenido, no le puedo felicitar por su táctica. Si, por el contrario, inspiró usted la visita de aquel joven como un aviso de su persistencia en el asunto, me complace añadir nueva gratitud a la que ya le expresé cuando, hace unos días, me visitó.

Considéreme, querido señor Forsythe, fiel y s, s.,

Robert Elderson.

Michael dijo jocosamente:

—¡Dichosa libertad! Ahora se sentirá usted más seguro.

Soames se pasó la mano por la cara, evidentemente borrando su expresión.

—Luego hablaremos de esto —dijo—. El perro me ha hecho compañía.

—Fleur está un poco cansada —dijo—. Estuvimos en el río y hemos tomado el té en The Shelter. *Madame* no estaba allí. Vamos a cenar en seguida, Fleur.

Fleur había cogido a *Ting-a-ling* y apartaba su cara de la ávida lengua del animalito.

—Siento haberte hecho esperar, papá —murmuró por detrás de la piel amarilla—. Sólo voy a lavarme; no me cambiaré.

Cuando ella hubo salido, Soames alargó el brazo por la carta.

—¡Vaya un enredo! —murmuró—. ¡No sé dónde vamos a ir a parar!

—Pero ¿no se acaba ya con esto?

Soames le miró. ¡Estos jóvenes! Aquí estaba él, ante un escándalo público, que no sabía hasta dónde podía llegar..., hasta la pérdida de su reputación en la urbe, tal vez la pérdida de su fortuna. ¡Y se lo tomaban como si nada! Ningún sentido de responsabilidad en ellos... ¡Ninguno! Toda la inclinación de su padre a ver las cosas por el lado peor, todo el nerviosismo pesimista de James se le habían despertado en la hora que acababa de pasar en el Club de los *Connoisseurs*, donde le habían entregado la carta. Sólo la reserva exterior de la generación siguiente a James le libraba de hacer una manifestación de sus temores, ahora que Fleur no estaba allí.

—¿Está en la ciudad tu padre?

—Creo que sí.

¡Bien! Eso no le consolaba. Ese pobre Baronet era tan irresponsable... ¡Meterle en ese Consejo! Todo provenía de codearse con gente educada en una empedernida ligereza, sin comprensión alguna del dinero.

—Ahora que Elderson ha huido —dijo—, todo debe hacerse público. Aquí está su confesión en mis manos...

—¿Por qué no la inutiliza y hace ver que Elderson ha muerto tísico?

La imposibilidad de sacar nada serio de este joven afligió a Soames lo mismo que la digestión de un manjar pesado.

—¿Crees que esto sería honrado? —dijo ceñudamente.

—Lo siento —dijo Michael, sereno—. ¿Puedo hacer algo?

—Sí; abandonar tu ligereza y procurar que Fleur ignore el asunto.

—Así lo haré —dijo Michael gravemente—. Se lo prometo. Lo ocultaré como un secreto infranqueable. ¿Qué actitud tomará usted?

—Pues será preciso convocar a los accionistas y enterarles de este comportamiento reprobable. Seguramente lo van a tomar por el lado malo.

—No alcanzo a comprenderlo. ¿Cómo podían evitarlo ustedes?

Soames resopló.

—En la vida no existe relación alguna entre las recompensas y los méritos. Si la guerra no te ha enseñado esto, nada podrá lograrlo.

—Bueno —dijo Michael—. Fleur va a bajar en seguida. Perdona un minuto; continuaremos luego.

La continuación no tuvo lugar hasta que Fleur se hubo ido a la cama.

—Apostaría —dijo Michael— a que mi padre está ahora en *The Aeroplane*. Suele ir allí a meditar sobre el fin del mundo. ¿Quiere que lo llame por teléfono, si es mañana el Consejo?

Soames afirmó. Durante la noche él no pegaría ojo. ¿Con qué derecho podía hacerlo el viejo Mont?

Michael se dirigió al aparato de la vitrina de té.

—¿Baronet? Te habla Michael. El viejo For..., mi suegro, está aquí; ha recibido una píldora... No; Elderson. ¿Quieres venir y oír lo que te dice?... Viene. ¿Nos quedamos aquí o vamos a mi gabinete?

—Aquí —murmuró Soames, con los ojos puestos en el mono blanco—. No sé dónde vamos a parar —añadió de repente.

—Si lo supiéramos, nos moriríamos de aburrimiento.

—Habla por ti mismo. ¡Cuánta irrealidad! No sé a dónde lleva.

—Tal vez haya algo que no es ni cielo ni infierno.

—¡Un hombre de *su* edad!

—La misma que mi padre; fué una mala vendimia. Si hubiera usted estado en la guerra habría adquirido alientos sin límite.

—¡Realmente! —exclamó Soames.

—Sacó el fuelle del carro..., lo admito; pero, ¡vive Dios!, le dió a uno idea del coraje, cuando uno alcanza la orilla.

Soames le miró. ¿Le estaba dando el joven una conferencia contra el pesimismo?

—¡Fíjese en el joven Butterfield, el otro día —prosiguió Michael—, subiendo la cuesta hacia Elderson! ¡Fíjese en la chica que sirvió de modelo para el desnudo del cuadro que adquirió para nosotros! Es la mujer de un dependiente que teníamos y al que le dió por robar libros. Ganó, desnuda, una suma de dinero y jamás se dejó seducir. Con lo ganado marcharon a Australia. Si... Y fíjese en el mismo desgraciado de su marido: robó para salvar la vida de ella después de una pulmonía y descendió hasta vender globos en el arroyo.

—No sé de qué estás hablando —dijo Soames.

—¡Coraje, sólo coraje! Dijo usted que no sabíamos dónde íbamos a parar. Pues bien: contemple a los sin trabajo. ¿Hay otro país en el globo donde sean tan pacientes como aquí? A veces me siento muy orgulloso de ser inglés... ¿Usted no?

Las palabras agitaron algo profundo en Soames; pero, lejos de exteriorizarlo, siguió contemplando el mono blanco. ¡La triste melancolía en los ojos de aquella criatura, intranquila, inhumana, pero humana! «En ellos no hay inocencia —pensó Soames—. Creo que esta es la razón de todo.» ¡Y Jorge había elegido el cuadro para colocarlo frente a su cama! Sí, Jorge tuvo coraje..., se burló hasta de su último suspiro. ¡Jorge era un inglés! ¡Todos los Forsythe eran ingleses! El viejo tío Jolyon y su proceder con los accionistas; Swithin, rígido, entumecido, fantástico, acomodado en un sillón demasiado pequeño en casa de Timoteo; se imaginaba que oía otra vez su peculiar expresión: «Esos caballeretes»...; y el tío Nicolás, de quien inmerecidamente era imagen Elderson, vivaz, en todas partes y muy sensual, pero muy por encima de la simple sospecha de deshonor. ¡Y el viejo Roger, con su chifladura por el carnero alemán! ¡Y su propio padre, James..., cómo había aguantado, alto, débil como una caña, pero aguantó y aguantó! ¡Y Timoteo, que murió a los cien, protegido por sus títulos amortizables! A pesar de sus cómicos procedimientos, todos esos individuos ingleses tenían valor y fortaleza. Y aquí emergió en Soames una especie de fuerza de voluntad atávica. Él lo vería, como lo verían los demás... ¡Y esto era todo!

El roce de las ruedas de un «taxi» le distrajo de su ensimismamiento. Había llegado el viejo Mont, de puntillas y, sin duda alguna, ligero de cascos, como de costumbre. Y, alargándole la carta de Elderson, en vez de la mano, dijo:

—La escapada de su maravilloso camarada escolar.

Sir Lawrence la leyó toda y silbó.

—¿Qué le parece a usted, Forsythe?... ¿Constantinopla?

—Es más probable Montecarlo —replicó Soames melancólicamente—. Una comisión secreta... no es delito de extradición.

Le complacían algo las contracciones de esa cara del Baronet... Con todo, el pobre parecía lamentarlo.

—Forsythe: opino que la huida ha sido provocada por el deseo de escapar de sus mujeres.

¡Era incorregible el viejo! Soames se encogió de hombros, casi con violencia.

—Sería mejor que profundizara en el problema —le dijo—. Eso es avivar el fuego.

—Pero seguramente, Forsythe, que esto está así desde que los franceses ocuparon el Ruhr. Elderson se ha marchado; pues nombramos otro. ¿Qué más se puede hacer?

Soames se sentía como si se hubiera extralimitado en su propia honradez. Si un hombre honorable, un noveno Baronet, no podía comprender las complicaciones de la confesión de Elderson, ¿dónde se hallaban todos? ¿Era necesario un escándalo y un alboroto? ¡Sabía Dios que él no lo deseaba! Dijo gravemente:

—Ahora tenemos plena evidencia de un fraude: *sabemos* que Elderson fué ilegalmente retribuido por aceptar negocios que han causado una gran pérdida a los accionistas. ¿Cómo podemos ocultar estos hechos?

—El daño está ya hecho, Forsythe. ¿Qué vamos a lograr publicándolo?

Soames frunció el ceño.

—Nuestra posición es fiduciaria. Yo no voy a correr el riesgo del encubrimiento. Si lo encubrimos, somos responsables del hecho. La cosa podría respirar en el momento menos pensado.

Si esto era precaución en vez de honradez, no lo podía remediar.

—A ser posible, no me gustaría publicar el nombre de Elderson... Estuvimos juntos...

—¡Sí, ya sé! —contestó Soames secamente.

—Pero ¿qué peligro hay en que la cosa respire, Forsyte? Elderson no lo dirá; tampoco el joven Butterfield, si usted se lo advierte. Los que pagaron la comisión es seguro que guardarán el secreto. Y fuera de nosotros, los tres que estamos aquí, nadie más lo sabe. Después de todo, de nada nos hemos aprovechado.

Soames permanecía callado. La argumentación era plausible. ¡Claro que era injusto en absoluto que hubiera de ser castigado por culpas de Elderson!

—¡No! —dijo repentinamente—. ¡Eso no! Apártese de la ley y verá cómo no es posible decir a dónde se llega. Los accionistas han sufrido esta pérdida y tienen derecho a saber cuánto saben los consejeros. Acaso existan algunos medios de restitución de los cuales podamos servirnos. Nosotros no podemos juzgar. Tal vez tengan un remedio contra nosotros mismos.

—Si es así, Forsyte, me pongo a su lado.

Soames se sentía disgustado. A Mont, que no tenía en cuenta las costas, no le importaba expresarse con cierta galantería; al conocerse éstas, si se originaban, caerían no sobre Mont, cuyas fincas estaban reiteradamente hipotecadas, sino sobre él, cuya propiedad estaba disponible.

—Bueno —dijo con frialdad—; acuérdesse de esto mañana. Voy a acostarme.

En su ventana abierta del piso superior no se sentía virtuoso, pero disfrutaba de una apacible tranquilidad... ¡Había prevalecido su procedimiento, y esto era lo que deseaba!

IX

A SOAMES NO LE IMPORTA

Durante el mes siguiente a la carta de Elderson, Soames envejeció más de treinta días. Había impuesto su proyecto de descubrir la situación en un Consejo vacilante —la Junta general estaba convocada—, y, lo mismo que veintitrés años antes, cuando perseguía el divorcio con Irene, debía encararse con el ojo público; por tanto, ahora sufría, noche y día, el temor de un juez tan exigente. Según un proverbio francés: *Les absents ont toujours tort!*, pero Soames tenía graves dudas acerca de ello. Elderson no asistiría a la Junta de accionistas; pero, a no ser que se equivocara mucho, él, que tenía que asistir, estaría allí para recibir el reproche. No se podía confiar en los franceses. Esto, su ansiedad por Fleur y su recelo por el ojo público hacían que comiera poco, durmiera mal y se sintiera muy deprimido. Annette le había recomendado que consultara a un doctor; tal vez por eso mismo no lo hizo. Soames confiaba en ellos cuando se trataba de los demás; pero con él —decía— jamás habían hecho nada, quizá porque no había motivo para ello.

Habiendo desconfiado de sus recomendaciones y viéndole cada día menos sociable, Annette le dió un libro sobre el sistema de Coué. Después de haberlo

paseado durante todo el día, le hubiera gustado olvidarlo en el tren; pero, por más extravagante que fuera la teoría, de uno u otro modo se había contagiado. La practicaba Fleur y a uno no le costaba un céntimo: ¡algún provecho debió reportar! ¡Realmente era así! Aquella noche, después de decirse a sí mismo veinticinco veces que mejoraba y que mejoraba, se durmió tan tranquilamente que Annette, en la habitación contigua, no pudo conciliar el sueño. Al desayuno le dijo:

—¿Sabes, amigo, que esta noche has estado roncando y no me has dejado oír el canto del gallo?

—¿Y qué falta te hacía? —replicó Soames.

—Ninguna... Me es igual, si has pasado buena noche. ¿Fué mi querido Coué quien te proporcionó el descanso?

Soames soslayó la contestación, o temeroso de concederle demasiado mérito a Coué o de concedérselo a ella; pero se sentía influenciado por un poder, como si no le importara lo más mínimo lo que el público pudiera decir acerca de él.

«Esta noche lo repito» —pensó.

—Has de saber, Soames —dijo Annette—, que eres el temperamento adecuado para Coué. Cuando te cures de esa preocupación, vas a engordar.

—¡Engordar! —exclamó Soames, mirando las curvas de su esposa—. Primero me dejaba la barba.

Gordura y barba estaban asociadas con los franceses. Tendría que tomar sus precauciones, si proseguía practicando... ¿cómo debería llamarlo uno? *Payasada* no era el término adecuado para estimular el proceso, aunque exigiera hacer veinticinco nudos en un trozo de cuerda: ¡esto era muy francés, como rezar el rosario! Él había llevado la cuenta con los dedos. La posesión de aquella influencia le acompañó en todo su camino hacia Londres; tenía la convicción de poder afirmar que el hijo de Fleur nacería felizmente, y, por lo referente a la P. P. R. S. ..., apostaba diez contra uno que su nombre no sería aludido en ningún procedimiento.

Después de un almuerzo temprano y veinticinco convicciones más durante el café, se dirigió a la City.

Este Consejo, celebrado exactamente una semana antes que la Junta extraordinaria de accionistas, era algo parecido a un ensayo de vestuario. Debían prepararse los detalles de la prueba y Soames tenía especial interés en que se mantuviera una cierta impersonalidad. Sostenía en su tesis que no se hiciera público que la historia del joven Butterfield y la carta de Elderson habían sido cosas exclusivamente suyas. La frase a usar debía ser: «Un miembro del Consejo.» No veía la necesidad de ir más allá. Como era natural, las

explicaciones corresponderían al presidente y al consejero de más edad, lord Fontenoy. No obstante, pudo ver cómo el Consejo creyó que el más indicado para llevar el asunto adelante era él. «No hay otro —decían— que pueda poner de manifiesto una preocupación más personal, la convicción necesaria.» El presidente haría una breve introducción y luego llamaría a Soames, para que expusiera lo que sabía. Lord Fontenoy era enfático.

—Es asunto de usted, señor Forsyte. A no ser por usted, Elderson estaría hoy aquí. Usted se mezcló en sus asuntos desde el principio hasta el fin, y, ¡a fe!, que lo hizo usted en hora mala. Todo esto es muy molesto. Era un hombre muy inteligente y vamos a echarle de menos. Le falta mucho a su sustituto para llegar a su categoría. Si ganó secretamente algunos miles, los tomó de los alemanes.

¡Vaya parásito! Soames contestó fríamente:

—¿Y el cuarto de millón que ha hecho perder a los accionistas por culpa de esos algunos miles? Una futesa, ¿no es cierto?

—También podía habérselos ganado; y lo hizo en el primer año. Todos apoyamos a veces a los que pierden.

Soames examinó todos los semblantes. No apoyaban esta actitud descarada, pero en todos, excepto tal vez el viejo Mont, vió un reproche a su comportamiento. Al parecer, decía: «Hasta que vino usted, no ocurrió nada semejante.» Había dado al traste con su comodidad: por ello no les era simpático. Y ¡qué injustos eran! Les dijo ferozmente:

—Me lo dejan todo a mí, ¿no? ¡Muy bien!

Qué quería lograr, si pretendía lograr algo, no lo sabía; pero es el caso que hasta aquel *parásito* estuvo luego más correcto. A pesar de todo salió del Consejo completamente descorazonado. Allí le tendríamos el jueves próximo, abandonado al ojo público.

Después de pasar a preguntar por Fleur, que, muy decaída, guardaba cama, regresó a su casa con el pensamiento de haber sido víctima de una traición. Le parecía que no podía confiar en Coué, a pesar de los veinticinco nudos. Por más ayuda que esto le prestara, su hija, su reputación y probablemente su fortuna no estaban, al parecer, dispuestas a someterse al dominio del subconsciente. Durante la cena estuvo silencioso y luego subió a su galería de cuadros, para pensar con calma las cosas. Por espacio de media hora estuvo de pie cerca de la ventana abierta, sólo con aquella tarde de verano; y cuanto más tiempo permanecía allí, más claramente comprendía que las tres cosas eran una sola. A no ser por su hija, ¿qué le importaban su reputación y su fortuna? ¡Su reputación! Tontos de capirote... si no podían ver que se preocupaba de la honradez sólo porque contaba con algo; ¡peor para ellos! Su fortuna... ¡Bueno! Sería mejor dotar más a Fleur y a su criatura, por lo que pudiera suceder; otras

cincuenta mil. ¡Ah! ¡Si ésta hubiera pasado ya por el trance! ¡Ya era hora de que Annette fuera allí para asistirle! Se empleaba algo como anestésico... ¡No podía pensar en que la tuvieran sufriendo!

La tarde se apagaba lentamente; el sol se ocultaba tras los árboles que le eran familiares. Las manos de Soames, apoyadas en el alféizar de la ventana, estaban humedecidas por el relente. Soames aspiraba la suavidad de las hierbas y del río. El cielo había palidecido y se iniciaba la oscuridad; aparecieron las estrellas. Había vivido allí largo tiempo, durante la niñez de Fleur..., los mejores años de su vida; con todo, vender la finca no causaría dolor en su corazón. Su corazón estaba en Londres. ¿Vender? ¡Esto sería tener más miedo que los perros! ¡No, no! ¡No lo haría! Dejó la ventana y, dando las luces, inició el milésimo primer viaje hacia los cuadros. Sin malgastar su dinero en favoritos de moda, había hecho buenas adquisiciones desde la boda de Fleur. También había realizado buenas ventas. Los cuadros de su galería, si no se equivocaba, valían de setenta a cien mil libras; y con el beneficio de la venta que hacía de cuando en cuando, venían a costarle no más allá de veinticinco mil. No era mal resultado de su debilidad humana, ¡sin contar con su complacencia en el negocio! Claro que podía haberse dedicado a algo más... mariposas, fotografías, arqueología o primeras ediciones; otra afición en que uno pudiera confiar que le empujaran otros para sacarle rendimiento; sin embargo, jamás lamentó haber elegido la pintura. ¡Claro que no! ¡Con ella podía alardear más de su dinero, había más crédito, más beneficio y más riesgo! Este pensamiento le sobresaltó; ¿se habría acogido a la pintura por el riesgo? El riesgo nunca le había llamado la atención; por lo menos hasta ahora no se había dado cuenta. ¿Tenía parte en ello su *subconsciencia*? Se sentó de súbito y cerró los ojos. Otra vez a probar la cosa; por la mañana, sin preocuparse, estuvo muy satisfecho; ¡no recordaba haberse hallado igual en otros tiempos! Siempre creyó que preocuparse era una necesidad; ¡prevenirse contra lo peor! ¡Pero la preocupación era el desgaste, no cabía duda, el desgaste! ¡Cerremos la luz! Decían en ese libro que uno debía abandonarse. Soames, despojado de su realidad, en su cómoda silla, permanecía muy quieto en el salón, ahora oscuro y sombrío, con la luz de las estrellas entrando por todos los resquicios. A las palabras; «Más y más gordo», se levantó un murmullo débil en sus labios inquietos. «No, no —pensó—; jesto es una equivocación!» Y volvió a murmurar. Las puntas de sus dedos iban doblándose, y continuaba... continuaba: «Mejor y mejor.» Con que sólo... Sus dedos cesaron de contar; su cabeza gris cayó en la subconsciencia. Y la furtiva luz de las estrellas espolvoreó también sobre su figura un poco de irrealidad...

X

PERO NO SE ARRIESGA

Michael no conocía la City y, animado por el espíritu de los antiguos cartógrafos: «Cuando nada se conoce se imaginan terrores», emprendió su

camino por las cercanías de Poultry, en dirección a las oficinas de Cuthcott, Kingson y Forsythe. Como que había almorzado con Sibley Swan en el café «Crillon», su aspecto era taciturno.

Había conocido a todos los allí presentes, siete muchachos todavía más modernos que Sib, con la sola excepción de un ruso, tan moderno que ni siquiera hablaba francés y nadie podía conversar con él. Michael había visto cómo lo echaban todo por tierra y cómo el ruso cerraba los ojos, como un niño enfermo, a cada nombre de persona viva que oía mencionar... «¡Adelante!», pensó; varios de sus favoritos cayeron en la *melée*. «Hiere y estoquea. El éxito te espera al final de la jornada.» No obstante, refrenó sus ímpetus hasta el momento de su salida. Levantándose dijo:

—Sib, todos esos individuos están muertos. ¿Será prudente tenerlos aquí, con tiempo tan caluroso?

—¿Qué es eso? —exclamó Sibley Swan, en medio del casi penoso silencio de aquellos individuos.

—Quiero decir... que están vivos..., y por lo mismo ¡*deben* ser condenados!

—Y esquivando un chocolate que le lanzaron y que fué a dar contra el ruso, buscó la puerta.

Ya fuera, murmuró: —¡En realidad, buenos chicos! No son capaces ni de la mitad de lo que se imaginan. Dar en las narices del ruso... vaya un golpe más humano. ¡Uf! ¡Qué calor!

En ese primer día del *match* entre Eton y Harrow se había acumulado todo el insufrible calor de un verano fresco y caía sobre Michael en el imperial de un autobús del Bank; caía sobre sombreros de paja y sudorosos rostros demacrados, sobre interminable hilera de otros autobuses, gentes de negocios, policías, dependientes en las puertas de sus comercios, vendedores de periódicos, cordones para zapatos y juguetes, procesiones de carros y coches, rótulos y cables, sobre el babel de la aglomeración más imponente del mundo, apretadamente apiñada por un invisible instinto, sin que sobrara espacio para un pelo de punta. Michael lo contemplaba y dudaba. ¿Era posible que cada cual, persiguiendo su objeto, absorto en sus asuntos, pudiera comportarse así? Un hormiguero no estaría más repleto o, al parecer, más confuso. Los cables se cruzaban, se cruzaban, se cruzaban... Una maraña intrincadísima, diría uno; y, no obstante, la vida, el orden necesario para la vida ¡de alguna manera existía! «¡La vida ciudadana —pensó— es un milagro fantástico!» Y, repentinamente, le pareció como si éste se acabara, aniquilada por la máquina de algún super Sibley Swan; pues estaba a la entrada de un *cul-de-sac*. A uno y otro lado había casas bajas, recién pintadas de color de ante, extraordinariamente iguales; al extremo, otra casa del mismo color, más igual, si cabe, y, hasta llegar a la misma, un pavimento gris virgen, sin huellas de caballos ni de bencina; nada de

carruajes, gatos, coches, policías, vendedores ambulantes, moscas o grupos. Ninguna señal de vida humana, a no ser por los rótulos de firmas legales a derecha e izquierda de cada puerta.

«Cuthcott, Kingson y Forsyte, Notarios: Piso primero.»

«¡Rule Britania!», pensó Michael, subiendo por los anchos peldaños de piedra.

Cuando entró en la estancia, a que fué conducido, vió a un caballero viejo, con cara de pocos amigos, redonda la barba tordilla, vistiendo chaqueta de alpaca negra y un holgado chaleco de Holanda, rodeando su cintura también holgada; el caballero se levantó de su sillón giratorio.

—¡Oh! —exclamó—. Supongo que es usted don Michael Mont. Le estaba esperando. No tardará mucho el señor Forsyte. Acaba de salir hasta la esquina. Su esposa seguirá bien, ¿no?

—Gracias.... Tanto como bien...

—Lo comprendo; le tiene a usted preocupado. Tome asiento. ¿Le interesará quizá leer el formulario?

Obligado de esta manera. Michael tomó unas hojas de papel de barba, alargadas por una mano carnosa, y tomó asiento frente a su interlocutor. Con un ojo fijo en el viejo caballero y otro en los pliegos, leyó sin inmutarse.

—Esto parece significar algo —dijo al terminar.

Observó que la boca producía una abertura en la barba del viejo, como si en una mosca apareciera una boca de rana; y se apresuró a rectificar su error.

Calcular lo que va a suceder, si no sucediera otra cosa, debe ser muy parecido al cometido de un apostador de oficio en las carreras de caballos.

Se dió cuenta al momento de que no había tenido éxito. Aquí hubo un gruñido áspero:

—No perdemos el tiempo aquí. Perdome; estoy muy ocupado.

Michael permanecía sentado, contemplando, compungido, cómo el viejo repasaba una larga página de números. Era exactamente igual que uno de esos perros viejos, que permanecen ante las puertas principales, cuidando que las gentes se mantengan a cierta distancia del edificio y atisbando el menor peligro. No habían pasado cinco minutos de perfecto silencio, cuando entró Soames.

—¿Estás aquí? —dijo.

—Sí; creía que sería mejor acercarme a la hora que usted me señaló. ¡Vaya habitación más fresca!

—¿Has leído esto? —preguntó Soames, indicando el formulario.

Michael afirmó.

—¿Lo has comprendido?

—Hasta cierto punto, supongo que sí.

—El interés de estas cincuenta mil —dijo Soames— es de Fleur hasta que su primogénito, si es varón, llegue a los veintiuno, a partir de cuyo momento el capital será íntegramente de éste. Si es hembra, Fleur se queda, mientras viva, con la mitad de la renta, y la otra mitad deberá hacerse efectiva a la muchacha. Cuando tenga los veintiuno o se case, y el capital de esa mitad corresponderá al hijo o hijos legales de ésta, por partes iguales, a su mayoría de edad o cuando contraigan matrimonio. La otra parte del capital va destinada a Fleur y podrá disponer del mismo a voluntad, o acatar las leyes *ab intestato*.

—Lo hace usted maravillosamente claro —dijo Michael.

—¡Espera! —dijo Soames—. Si Fleur no tiene hijos...

Michael le miró.

—Todo es posible —continuó Soames gravemente—, y he experimentado que son las contingencias imprevistas las que acontecen. En tal caso, la renta será totalmente suya y suyo el capital, para que haga con él lo que guste al momento de su muerte. A falta de esto, pasa al pariente más próximo. Luego contiene provisiones contra los anticipos, y lo de costumbre.

—Así, pues, ¿tendrá ella que hacer nuevo testamento? —preguntó Michael, notando que le sudaba la frente.

—Si no lo quiere hacer, no es necesario. Su testamento actual ya la pone a cubierto.

—¿Y yo tengo que hacer algo?

—No. He querido enterarte de mi proyecto antes de firmarlo; sólo eso. Gradman, ¿quiere darme la escritura y llamar a Wickson?

Michael vió cómo el viejo sacaba de un cajón un precioso pergamino, sellado y adornado con inscripciones de cobre, y cómo, mirándolo con cariño, lo colocaba delante de Soames. Cuando él hubo salido de la habitación, dijo Soames en voz baja:

—Esta Junta del jueves... ¡No sé... no sé! Pero, pase lo que pase, según tengo entendido, esto será válido.

—¡Es usted muy bueno!

Soames cabeceó, mientras probaba su pluma.

Me temo que he molestado a su viejo empleado —dijo Michael—. Me es extraordinariamente simpático, pero, inopinadamente, le he comparado a un apostador de carreras.

Soames se sonrió y dijo:

—Gradman es un *carácter*. En la actualidad no hay muchos.

Michael estaba maravillado. ¿Se podía ser un carácter antes de los sesenta?... A mitad de esta reflexión, volvió el *carácter* acompañado de la pálida figura de un caballero vistiendo de oscuro.

Levantando su nariz, Soames dijo acto seguido:

—Esto es una previsión para mi hija después de su matrimonio; la emito como acto propio y formal.

Firmó el pie de la frase y se levantó.

El pálido caballero y Gradman hicieron lo mismo a su vez, y el primero salió de la habitación. El silencio era absoluto.

—¿Me necesita para algo más? —preguntó Michael.

—Sí; quiero que veas cómo lo deposito en el Banco, juntamente con la escritura del matrimonio. No volveré, Gradman.

—Adiós, señor Gradman.

Michael oyó la respuesta del viejo Gradman, cuya barba estaba medio oculta en el cajón donde depositaba el formulario, y siguió a Soames.

—Ésta fué mi morada habitual —dijo Soames cuando caminaban a lo largo de Poultry— y, antes que mía, de mi padre.

—Tal vez fuera esto una genialidad —dijo Michael.

—En el Banco encontraremos a los depositarios, ¿los recuerdas?

—Son primos de Fleur, ¿verdad?

—Primos segundos; el primogénito joven Roger, y el joven Nicholas. Los elijo muy tiernos. El muy joven Roger fué herido en la guerra... No hace nada. El muy joven Nicholas está en la curia.

Las orejas de Michael se aguzaron.

—¿Y cuáles serán sus sucesores? El futuro joven Roger será casi insultante, ¿verdad?

—Con la actual elevación de los impuestos —dijo Soames— no los habrá. No podría soportarlo; es un muchacho muy formal. ¿Qué nombre vais a poner a tu niño, suponiendo que lo sea?

—Pensamos en Cristóbal, por Saint Paul y Colón. Fleur le quiere fuerte... Yo, descubridor.

—¡Hum! ¿Y si resulta niña?

—¡Oh! ¡Si es niña..., Ana!

—Sí —contestó Soames—. Muy bien. Aquí les tenemos.

Habían llegado al Banco y, al entrar, vió Michael a dos Forsythe que oscilaban entre los treinta y los cuarenta años, cuyos barbudos rostros recordaba vagamente. Escoltados por un hombre con botones dorados en su uniforme, entraron todos en una habitación, donde un hombre sin botones presentaba una caja japonesa. Uno de los Forsythe la abrió con una llave. Soames murmuró una fórmula y depositó la escritura. Después que él y el Forsythe más barbudo hubieran cambiado unas observaciones con el director acerca de la comisión bancaria, se dirigieron todos al vestíbulo y se separaron con las palabras; «Bien, adiós.» En el estrépito y barullo de la calle, Soames dijo:

—Me parece que ahora *él* cuenta ya con una previsión. ¿Para cuándo lo esperáis exactamente?

—Precisamente dentro de una quincena.

—¿No tienes confianza en... en un anestésico?

—Me gustaría —dijo Michael, sintiendo de nuevo el sudor de su frente—. Fleur está muy tranquila... Practica Coué mañana y noche.

—¡Cómo! —exclamó Soames. No descubrió que él también lo hacía, ya que esto habría revelado su nerviosismo—. Si vas a casa, te acompaño.

—¡Bueno! —exclamó Michael.

Encontró a Fleur acostada, con *Ting-a-ling* a los pies del sofá.

—Tu papá está aquí, querida—. Ha rubricado el futuro con otras cincuenta mil. Creo que le gustará notificártelo.

Fleur se movió con inquietud.

—Luego, Michael, si no cesa el calor, esto será molestísimo.

—Cesará, nenita. Dentro de tres días vamos a tener tormenta.

Cogiendo a *Ting-a-ling* por la barbilla, hizo que levantara su hocico.

—¿Qué vamos a hacer, pequeñuelo?

—Se ve que algo le preocupa.

—Es un animalito muy inteligente, ¿verdad?

—*Ting-a-ling* resopló.

—¡Michael!

—Di, querida.

—¡Es extraño! Me parece que ahora nada me preocupa.

—Será el calor.

—No; creo que es debido a que esto es tan largo. Todo está listo y ahora lo encuentro estúpido. Una persona más en el mundo y otra fuera del mismo... ¿Qué importa?

—¡No digas eso! Claro que importa. ¡Extraordinariamente!

—¡Un mosquito más en el baile, una hormiga más para moverse!

Michael repitió angustiado:

—No digas eso, Fleur. No es más que un capricho.

—¿Se ha publicado ya el libro de Wilfrid?

—Mañana.

—Siento mucho haberte dado tan mal rato entonces. Sólo deseaba no perderle. Michael le cogió la mano.

—Tampoco lo deseaba yo... ¡Dios lo sabe! —dijo.

—Supongo que no habrá escrito.

—No.

—Bueno; creo que ahora estará tranquilo. Todo pasa.

Michael puso la mano en su mejilla.

—Yo temo que sí —dijo.

La mano se deslizó cerca de sus labios.

—Besa a papá de mi parte y dile que bajaré a tomar el té. ¡Oh! ¡Siento tanto calor!

Michael vaciló un momento y luego salió. ¡Maldito calor, trastornarla así!

Encontró a Soames de pie, contemplando al mono blanco.

—Si estuviera en tu lugar —murmuró—, descolgaría esto, hasta que hubiera pasado todo.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido Michael.

Soames frunció el ceño.

—¡Esos ojos!

Michael se acercó al cuadro. ¡Sí! ¡Era una bestia *obsesionante*!

—Sin embargo, es una obra extraordinariamente buena.

Soames cabeceó.

—Artísticamente, sí. Pero en estos momentos debes tener cuidado con lo que ella vea.

—Creo acertada su idea. Vamos a quitarlo.

—Voy a ayudarte —dijo Soames, sosteniendo el marco del cuadro.

—¿Lo tienes seguro? ¡Va, pues! ¡Ahora!

—Puedes decirle que yo quería tener una opinión sobre su época —dijo Soames cuando el cuadro descansaba en el suelo.

—No se puede dudar sobre la misma, ¡la actual!

Soames miró.

—¿Cómo? ¡Oh! ¿Verdaderamente...? ¡Ah! No permitas que se entere de que lo tenemos en casa.

—No; voy a guardarlo bajo llave—. Michael cogió el cuadro—. ¿Quiere abrirme la puerta?

—Estaré de vuelta a la hora del té —dijo Soames—. Así parecerá que yo me lo he llevado. Más tarde podrás colocarlo de nuevo.

—Sí. ¡Pobre bruto! —dijo Michael, llevando el mono hacia el limbo.

XI

CON «N» MINÚSCULA

Por la noche del lunes siguiente de meterse en cama Fleur. Michael y Soames estaban sentados escuchando el ruido de Londres, que entraba en el salón chino por las ventanas abiertas a causa del calor insostenible.

—Dicen que la guerra mató el sentimiento —dijo Soames de súbito—. ¿Es esto verdad?

—En cierto aspecto, sí. Experimentamos entonces tanta realidad que ya no queremos más.

—No estoy de acuerdo.

—Quería decir que solo la realidad nos hace sentir realmente. De modo que si uno imagina que la realidad no existe, no tiene necesidad de sentir. Esto es posible hasta cierto límite.

—¡Ah! —exclamó Soames—. Su madre llega esta mañana para quedarse aquí. Mi Junta en la P. P. R. S, es a las dos y media. ¡Buenas noches!

En la ventana, Michael sintió el calor acumulado en la oscuridad de la plaza. Cayeron algunas gotas templadas en su mano extendida. Pasó un gato por debajo del poste de un farol y se perdió en la sombra tan densa que parecía incivilizado.

Rara pregunta la del viejo Forsythe sobre el sentimiento; era extraño que se lo hubiera preguntado. «¡Hasta cierto límite! Pero ¿no rebasamos todos ese límite?», pensó. Por ejemplo, Wilfrid y él mismo... Después de la guerra consideraron que era una blasfemia admitir la importancia de las cosas, salvo el

comer y el beber, puesto que mañana morirían; hasta individuos como Nazing y Master, que no habían estado en la guerra, lo habían creído así desde entonces. Bueno, pero a Wilfrid la herida se le había producido, la herida en el alma y él la tenía en el corazón; y apostaría algo, salvo unos cuantos que tendrían la sangre de horchata, todos lo sentirían en el alma o en el corazón, tarde o temprano. ¡Porque él debía sobrellevar con júbilo la pena y el peligro de Fleur en vez de ella! Sin embargo, si nada tenía importancia, ¿por qué lo sentía así?

Abandonando la ventana, se apoyó contra el barnizado respaldo del canapé verde jade y miró el espacio de pared limitado por las dos vitrinas para el té. ¡Buena idea tuvo el viejo de quitar el mono blanco! Tenía poder el bruto, símbolo de la condición del mundo; ¡las creencias anuladas, desaparecida la fe!

¡Y por cierto que no eran sólo los jóvenes, sino también los viejos tenían ese temperamento! El viejo Forsythe o, de lo contrario, ¿no se habría amedrentado por esos ojos del mono! Sí, y su propio padre y Elderson y todos los demás. Jóvenes y viejos, ¿en nada había una creencia verdadera! Y, sin embargo, en Michael surgía una sublevación zumbando como una bandada de perdices. ¡Claro que importaba que alguna persona o algún principio distintos de uno mismo fueran de más valor que la propia persona! ¡Sí, importaba! El sentimiento, pues, no estaba muerto, ¡ni la fe, ni la creencia, que era lo mismo! Sólo cambiaban de cáscara, ¡laboraban por convertirse de crisálida en mariposas, tal vez! Fe, sentimiento y creencia se habían escondido bajo tierra, pero estaban allí, incluso en el viejo Forsythe y en él mismo. Estaba en buena disposición para colgar de nuevo el mono blanco. No era conveniente exagerar su importancia... ¡Cielos santos! ¡Vaya fulgor! ¡Una dentada lista de luz viviente había desgarrado la oscuridad de la noche! Michael cruzó la estancia para cerrar las ventanas. Un estrépito ensordecedor de truenos se disparó por encima de su cabeza y abajo caía una lluvia vertiginosa, formando riachuelos. Vió un hombre corriendo, negro, igual que una sombra a través de una mampara azul; le vió al fulgor del relámpago, súbitamente cárdeno, insignificante, con semblante ansioso, como si estuviera diciendo: «¡Ea, que me mojó!» ¡Otro furioso estampido!

«¡Fleur!», pensó Michael, y, cerrando la última ventana, se apresuró a subir las escaleras.

Estaba sentada en la cama, atemorizado su rostro joven y redondo.

—«¡Brutos!», pensó Michael, confundiendo en su mente cielos y escopetas. «¡La han despertado!»

—¡No temas, mi niña! ¡Sólo se trata de otra pequeña cox del verano! ¿Estabas durmiendo?

—¡Soñaba!—. Notó cómo la mano de ella se asía a la suya, vió cómo su rostro tomaba la expresión de como si la hubieran pellizcado, con una especie de rabia. ¡Vaya suerte más infernal!

—¿Dónde está *Ting*?

En el rincón no estaba.

—Seguramente debajo de la cama. ¿Quieres que te lo coja?

—No. Déjale quieto. La tempestad no le gusta.

Apoyó su cabeza contra el brazo de Michael y éste llevó su mano hasta alcanzar sus orejas.

—Jamás me han gustado los truenos —dijo Fleur—, y ahora me hacen daño.

El rostro de Michael, rozando el pelo de Fleur, sufrió las contracciones de un cariño sin igual. Uno de esos estampidos que parecen estallar sobre la cabeza empujó la cara de ella contra su pecho; él, sentándose en la cama, la acogió solícito y muy cerquita.

Un «Deseo que termine» salió débilmente de su boca.

—Pronto, querida. ¡Vino tan repentinamente!—. Pero él ya sabía que no se refería a la tormenta.

—Si salgo de todo, voy a ser muy diferente contigo, Michael.

La ansiedad acompañaba siempre a tales acontecimientos, pero esta expresión: «Si salgo de todo» sobresaltó por completo el corazón de Michael. Era increíble que una muchacha joven y bella estuviera expuesta al peligro de desaparecer; ¡era dolorosamente increíble que ella lo temiese! Él no se había dado cuenta de ello. Tal era su calma... sin dar importancia al hecho.

—No digas eso —murmuró él—. Claro que saldrás bien del trance.

—Tengo mis temores.

Estas palabras, pronunciadas ligeramente y sin respirar casi, hirieron terriblemente a Michael. ¡La naturaleza, con *n* minúscula, forzando el temor en esa chiquilla amada por él de modo tan extraordinario! ¡La Naturaleza atormentando con su impío clamor esta pobre cabecita!

—Con un anestésico no vas a darte cuenta de nada; pasará en un santiamén, como la lluvia.

Fleur soltó su mano.

—Si ha de perjudicar al pequeño, no lo admito. ¿Es cosa buena?

—Creo que sí, querida. Lo averiguaré. ¿Qué te hace dudar?

—El que no sea natural. Quiero seguir el cauce normal. Coge mi mano fuertemente, Michael. Tu... No voy a hacerme la tonta. ¡Oh! Alguien llama. Mira quién es.

Michael abrió un poco la puerta. Soames estaba allí, no al natural, sino en albornoz azul y pantuflas granate.

—¿Está bien? —murmuró.

—Sí, sí.

—Durante la tempestad no debería estar sola.

—Claro que no. Yo dormiré en el sofá.

—Si necesitas algo, llámame.

—Perfectamente.

Los ojos de Soames examinaron la habitación. Formábase una cuerda en su garganta, como si tuviera frases por pronunciar y no pudieran salir. Movi6 la cabeza y se volvió. Su delgada silueta, más prolongada que de costumbre, desapareció a lo largo del pasillo, más allá de los dibujos japoneses con que les habían obsequiado. Después de cerrar la puerta, Michael se quedó contemplando el lecho. Fleur se había echado; sus ojos, cerrados; sus labios, moviéndose. Retrocedió de puntillas. La tormenta, moviéndose hacia el Sur, roncaba como gimiendo. Michael observó el temblor de sus párpados; sus labios permanecían quietos; luego se movieron otra vez. «¡Coué!», pensó.

Echóse en el sofá, a los pies del lecho, donde pudiese incorporarse y verla. Lo hizo infinidad de veces. Ahora la tormenta era débil, los relámpagos imperceptibles. Michael cerró los ojos.

Un apagado rumor final le hizo levantarse para contemplarla una vez más, erguida su cabeza entre los almohadones, cerca de la luz, previamente amortiguada. ¡Juvenil, juvenil! ¡Sin color, como una flor de cera! ¡Sin proyecto alguno en su cerebro, sin temor, apacible! Si pudiera permanecer así y despertar cuando ya hubiera pasado todo. Dejó de mirarla. Pero en el extremo opuesto también estaba ella, sombría, reflejada en un espejo, y también a la derecha. Ella estaba a su alrededor, en toda la estancia, como el espíritu huésped de su corazón.

Ahora la quietud era completa. Por entre los cortinajes azules podía divisar algunas estrellas. El *Big Ben* dió la una.

Él se había dormido, o amodorrado tal vez; había soñado un poco. Le despertó un tenue rumor. Con el rabo caído, un perrito amarillo, bajo e insignificante, cruzaba la estancia, dirigiéndose al ángulo más lejano. «¡Ah! — pensó Michael, cerrando nuevamente los ojos —: ¡Eres tú!»

XII

LA ODISEA DE UN CONSEJERO

Al día siguiente, cuando Michael llegó al «Aeroplane Club», donde, elegantemente vestido, le esperaba su padre, no pudo menos de pensar: «¡El bueno del Baronet se ha vestido con las mejores galas para la guillotina!»

—La sangre correrá por esa tubería —dijo—. El viejo Forsyte está muy tranquilo esta mañana, pero no presume.

—¡Ah! ¿Cómo está el viejo Forsyte? ¿Valiente?

—Eso no se lo he preguntado. ¿Cómo se siente usted?

—Exactamente lo mismo que antes del *match* entre Eton y Winchester.

Una vez acomodados, sir Lawrence continuó:

—Recuerdo haber asistido a la vista de un hombre acusado de asesinato en Colón; el pobre estaba muy triste. Creo que mi momento histórico favorito es aquel en que Walter Raleigh¹¹ pidió una segunda camisa. A pesar de todo, no se ha llegado a una conclusión acerca de si los cortesanos de aquel entonces padecían miseria. ¿Qué vas a pedir tú?

—Buey frito, nueces y un pastelillo de fruta.

—Excelente para el carácter. Yo voy a tomar *curry*; aquí lo preparan de una manera muy parecida al «Bombay». Mucho me temo que nos van a destronar, Michael. *Nous sommes trahis!* solía ser la disculpa de los franceses; pero me parece que deberá ser también la nuestra. La Prensa amarilla ha establecido una diferencia.

Michael cabeceó.

—Así lo decimos; pero no nos comportamos como si fuera cierto.

—Ahondas demasiado. Parece que este *curry* está muy bueno... ¿No quieres variar tu menú? Lord Fontenoy viene algunas veces aquí; es un hombre vacío por completo. Se lo va a tomar en serio, si nos acompañan a la puerta.

—¡Vaya una broma! —exclamó Michael de súbito—. Los títulos degeneran todavía. No puede tenerse confianza alguna en su capacidad para el negocio.

—Es el carácter, querido..., la caballerosidad inglesa de antaño. A pesar de todo, hay algo en él.

—Supongo que esto será un caso de idiosincrasia en los accionistas. Sus padres les enseñan un lord cuando son jóvenes.

¹¹ Favorito de la reina Isabel, caído en desgracia y decapitado. (*N. de los T.*)

—Accionistas —dijo sir Lawrence—. La palabra tiene alcance. ¿Quiénes son ellos, qué son ellos y cuándo son ellos?

—Esta tarde lo sabremos —contestó Michael—, y crea que los voy a ver muy bien.

—No te permitirán la entrada, querido.

—¿No?

—Naturalmente.

Michael frunció el ceño. Y preguntó:

—¿Qué periódico dejará, con seguridad, de ser representado allí?

—*La campiña* —contestó sir Lawrence—. *El caballo y el perro* y *La Revista de los jardineros*.

—Asistiré por ellos.

—Espero que nos vean sucumbir honrosamente —dijo sir Lawrence con repentina gravedad.

Tomaron un coche juntos en dirección a la Junta, pero se separaron antes de llegar al edificio.

Michael recapacitó bien lo de la Prensa y se apostó en el pasillo, donde esperó una oportunidad. Pasaron ante sus ojos hombres gordos, con trajes oscuros, cuyo aspecto daba a entender de una manera palpable que habían comido rodaballo, salsa y queso. Observó que todos entregaban una papeleta al portero. Él pensó: «Voy a entregarle también un papel y me cuelo.» Esperando hombres todavía más gordos, se protegió entre dos de ellos y avanzó hacia la puerta con un prospecto de Counterfeits en su mano izquierda. Entregándolo transversalmente por encima del hinchado pecho de su vecino, se encontró rápidamente en un escaño. Vió la cara del portero vigilando a la puerta. «¡No, amigo! —pensó Michael—. ¡Si pudieras distinguir a un zoquete de un accionista, no ocuparías este empleo!»

Ante él encontró una convocatoria y, manteniéndola al nivel de sus ojos, observó otras cosas. El salón le pareció imitación de una sala de espera de una estación, habilitado para sala de conciertos. Había un estrado con una larga mesa y, detrás de la misma, siete sillas desocupadas y siete tinteros con siete plumas de ave, colocadas verticalmente. «¡Plumas de ave! —pensó Michael—. ¡Simbólico! ¡Supongo que todos usarán estilográfica!»

En el centro del extremo posterior del estrado había una puerta y una mesa debajo de la misma, en la cual había cuatro hombres sentados, atareados con libros de notas. «La orquesta», pensó Michael. Desvió su atención hacia las ocho o diez hileras de accionistas. Parecían lo que eran, aunque él no podía descifrar qué. Sus rostros estaban moldeados con una infinidad de moldes, pero todos

parecían esperar algo que no podían conseguir. ¿Qué clase de vida llevaban, o qué clase de vida les llevaba a ellos? La mayoría con bigote.

Sus vecinos de derecha e izquierda eran los mismos con quienes se había colado; ambos tenían lóbulos carnosos en sus orejas y cuellos todavía más anchos que sus respectivos cogotes rectilíneos. Estaba bastante impresionado. Alguna que otra señora y algún cura acá y allá. No había conversación, lo cual indicaba que no se conocían unos a otros. Un perro cualquiera en cualquier lugar hubiera humanizado el momento. Cuando estaba enfrascado en la contemplación del color verde con topos de chocolate y fondo de oro, se abrió la puerta del extremo del estrado y entraron siete caballeros con americana negra, tomando asiento detrás de sus plumas de ave, después de un ligero saludo. Le dieron la impresión de gente disponiéndose a montar a caballo o a tocar el piano. Tales eran sus movimientos para dar con la comodidad que deseaban en sus sillas. Ese, el de la derecha del presidente, debía ser lord Fontenoy; su rostro estaba tan lleno de rasgos que casi no se le veía. Seguía luego una cara descendiente en línea recta del Gobierno de 1850, redonda y colorada, con nariz alta, boca pequeña y diminutas patillas blancas; mientras que el extremo derecho estaba ocupado por un rostro cuyos ojos parecían preocuparse en la contemplación de una carrera celebrada más allá del muro, detrás de Michael. «¡Legal!», pensó. Desvióse de nuevo su examen hacia el presidente. ¿Elegido? ¿Lo era, o no lo era? Un hombre con barba, algo más atrás, a la izquierda del presidente, leía con voz monótona y rápida un libro. Ése debía ser el secretario, disparando las actas anteriores; y, claro, frente a ése, estaba el nuevo gerente, a cuya izquierda descubrió Michael a su propio padre. Las oscuras cejas se levantaban ligeramente sobre el ojo derecho de sir Lawrence, mientras que su boca se torcía debajo de la separación de su diminuto bigote. Su aspecto era casi oriental, vivaz, pero tranquilo. Sostenía el monóculo de aro de concha con el índice y el pulgar de su mano izquierda. Michael se dijo: «No está del todo en situación. ¡Pobre Baronet!» Ahora quedaba por examinar al último de la partida. El viejo Forsythe estaba sentado exactamente como si estuviese solo en el mundo; con una parte de su boca un poco hacia abajo y una ventana de su nariz un poco hacia arriba, le pareció a Michael que se hallaba a una distancia maravillosa; sin embargo, no estaba ausente del cuadro. Esa límpida figura, de la cual sólo una bota daba señales de vida, mantenía intensa concentración en su interior, todo respeto por el procedimiento, a pesar de sentir un extraño desprecio por el mismo; era comparable a una estatua de la realidad en la cual uno viera muy poca realidad. «Me corta la digestión —pensó Michael—, pero, ¡vive el Cielo!, no puedo dejar de admirarle a medias!»

En este momento se había levantado el presidente. «Lo es —se dijo Michael—; no lo es, sí, no, ¡no podía decirlo!» A duras penas pudo atender al discurso del presidente, preguntándose si lo era por elección o no, a pesar de tener la seguridad de que esto no le importaba en absoluto. El presidente

peroraba con firmeza. Michael, distraído, sólo cazó palabras sueltas. La situación europea... proyectos mal dirigidos... franceses... completamente inesperado... una vez descubierta la situación... circunstancias desgraciadas que luego conoceréis... el porvenir de esta gran sociedad... ninguna razón hace dudar...

«Aceite —pensó Michael—; es él... sin embargo...»

—Ahora voy a rogar a uno de nuestros consejeros, el señor Forsythe, que les exponga directamente este desgraciado asunto.

Michael vió cómo Soames, pálido y circunspecto, sacaba una cuartilla de su bolsillo de pecho y se levantaba. ¿Estaba en situación?

—Voy a descubrir los hechos sucintamente —dijo con una voz que recordaba a Michael el vino maduro, añejo—. El once de enero último recibí la visita de un empleado de la Sociedad...

Conocedor de antemano de estos hechos, Michael no prestó gran atención a los mismos, observando los gestos de reacción de los accionistas. No vió ninguno, y de súbito se preguntó por la razón de sus bigotes. No podían confiar en sus bocas. El carácter se manifestaba por la boca. Surgieron los bigotes, cuando la gente dejó de decir como el viejo duque: «¡Piénsese lo que se quiera de mi carácter!» Claro que las bocas habían intentado hacerse valer de nuevo antes de la guerra; pero ahora, con coroneles, accionistas y la clase trabajadora, tenían poca oportunidad, ¡o ninguna! Oyó decir a Soames: «En tales circunstancias llegamos a la conclusión de no poder hacer otra cosa que esperar y ver.» Michael advirtió un pequeño movimiento sobre los bigotes, como el del viento sobre la hierba.

«Una frase equivocada —pensó—; todos hacemos lo mismo, pero no podemos sufrir que se nos advierta.»

—Sin embargo, hace seis semanas —oyó entonar a Soames— un incidente, inesperado, al parecer, avisó al gerente de que sir Lawrence y yo sospechábamos todavía, puesto que recibí una carta del mismo aceptando prácticamente que había recibido comisiones secretas por las operaciones alemanas y pidiéndome que informara al Consejo de su huida al extranjero sin dejar bienes detrás de sí. Nos hemos ocupado minuciosamente del último apartado. En tales circunstancias, no nos quedaba otro camino que reunirles y descubrirles lo ocurrido.

La voz que no había variado un ápice terminó su recitado; y Michael vio a su suegro regresar a su retiro. No inspiraba mayor impresión de soledad una cigüeña dirigiendo su pico al nido ajeno. «¡Demasiado parecido a la primera parte de la batalla de Jutlandia! —pensó—. Mencionó todas las pérdidas, y ni siquiera una vez dió la nota humana.»

Siguió un intervalo como los que preceden al cierre de una valla, hasta que alguien dió con una puerta. Michael volvió a dirigir una mirada rápida a los rostros de los consejeros. Sólo uno daba señales de vida. Ocultábaselo con un pañuelo. El peculiar ruido de sonarse la nariz rompió el hechizo. Acto seguido se levantaron dos accionistas, uno de ellos el vecino de la derecha de Michael.

El señor Sawdry tiene la palabra —dijo el presidente, y el otro accionista se sentó.

Después de un sonoro carraspeo, el vecino de Michael volvió su rostro hinchado y rojizo hacia Soames.

—Desearía saber por qué no comunicó eso al Consejo inmediatamente después de saberlo.

Soames se levantó rápidamente.

—¿No sabe usted que tamaña acusación, a menos que pueda mantenerse en firme, constituye causa criminal?

—Pero se habría guardado secretamente.

—Los consejeros, quizá; pero cualquier indiscreción nos habría hecho responsables. Fué un caso de palabra contra palabra.

—¿Acaso el señor Mont querrá intervenir en el asunto?

El corazón de Michael empezó a latir. De pie, la figura de su padre tenía un aspecto de desenvoltura.

—Usted recordará, caballero —dijo—, que el señor Elderson disfrutó muchos años de nuestra confianza; era un caballero y, hablando para mis adentros, un antiguo discípulo, tratándose del cual preferí, con natural lealtad, confiar en sus palabras, mientras guardaba el asunto en mi mente.

—¡Oh! —exclamó el vecino de Michael—. ¿Y qué dice el presidente a eso de mantenerlo todo en la oscuridad?

—Caballeros, todos estamos muy satisfechos de la actitud de nuestros codirectores en una situación tan delicada. Tenga usted a bien recordar que la desgracia de este seguro funesto ya se había consumado; de manera que no era necesario apresurarse.

Michael vió cómo enrojecía el cuello de su vecino.

—No estoy de acuerdo —dijo—. Esperar y ver... Podíamos haber recuperado la comisión, si se le hubiera perseguido con rapidez —y se sentó.

Aún no estaba acomodado cuando debutó el accionista perturbador.

—El señor Botterill tiene la palabra —dijo el presidente.

Michael vió una cabeza inclinada y estrecha, con dos cavidades en un cogote cabelludo, sobre una espalda doblada ligeramente, como si auscultara un pecho.

—Echo de ver, pues —dijo—, que los dos consejeros representan la actitud del Consejo y que éste estaba satisfecho de que un gerente, del cual se sospechaba, continuara en su puesto. El caballero del extremo, a su izquierda, el señor Forsythe, me parece, nos ha hablado de un incidente inopinado. Sin él, todavía estaríamos quizá en las manos de un individuo sin escrúpulos. Los síntomas de este caso no son tranquilizadores. Al parecer, ha habido exceso de confianza; un reciente ejemplo de ello debe estar en nuestro pensamiento. Evidentemente, el proyecto de asegurar en el extranjero fué iniciativa del gerente para fines particulares. En este seguro hemos experimentado una severa pérdida, y, para nosotros los accionistas, la cuestión debe consistir en si un Consejo que depositó la confianza en un individuo de tal índole, ratificándosela después de sus sospechas, es la gente adecuada para dirigir esta importante entidad.

Michael sufrió un gran sofocón en el curso de la perorata anterior. «El viejo Forsythe tenía razón —pensó—. Después de todo, estaban a la última.»

Aquí notó un crujido en el asiento de su vecino de la izquierda.

—El señor Tolby tiene la palabra —dijo el presidente.

—Caballeros, éste es un asunto muy grave. Propongo que se retire el Consejo y nos deje solos para deliberar.

—Me adhiero a la proposición —dijo el vecino de la derecha de Michael.

Explorando la perspectiva del Consejo, Michael vió un destello de reconocimiento en el solitario rostro del extremo y le saludó con una sonrisa.

Hablaba el presidente.

—Caballeros, si éste es su deseo, estamos muy satisfechos de acatarlo. Los que estén de acuerdo con la proposición, ¿quieren levantar las manos?

Se levantaron todas las manos, menos las de Michael y las de dos mujeres, cuya conversación animada les había impedido seguir el curso del debate, y las de un accionista, tan inmóvil que parecía muerto.

—¡Aprobada! —dijo el presidente, y abandonó el sitio.

Michael vió a su padre sonriendo mientras hablaba con el viejo Forsythe. Ambos estaban en pie. Salieron todos y se cerró la puerta.

«Tengo que aguantarme, pase lo que pase —pensó Michael—, si no quiero que me echen por la ventana.»

—La Prensa —oyó decir a alguien— tiene que retirarse también.

Los cuatro individuos de la Prensa, en un movimiento simultáneo, cerraron sus cuadernos de apuntes. Desaparecida su vana repugnancia, se manifestó un movimiento general en los accionistas, como el de los patos perseguidos por un galgo. Michael comprendió en seguida la razón. Todos se daban mutuamente la espalda. Un accionista decía:

—Tal vez el señor Tolby, que propuso la retirada, podría actuar de presidente.

El vecino de Michael empezó a respirar profundamente.

—Perfectamente —dijo—. El que desee hablar, que tenga la bondad de guiñarme el ojo.

Desde este momento, cada uno comenzó a hablar con su vecino, como para llegar silenciosamente a un acuerdo antes de hablar. El señor Tolby respiraba con tal ánimo, que Michael notó una positiva corriente.

—¡Ea! Caballeros —dijo de súbito—. Esto no marcha bien. No queremos ser formales en exceso, pero debemos mantener una especie de orden. Yo mismo voy a encauzar la discusión. No era mi deseo hablar descarnadamente ante el Consejo, por no herir susceptibilidades. Sin embargo, tal como dijo aquel caballero, cuyo nombre no recuerdo: «Es necesario que nos protejamos contra los estafadores y contra la apatía.» Todos sabemos lo que sucedió días atrás y lo que sucederá de nuevo en otras sociedades, si nosotros, los accionistas, no vigilamos. Lo que digo, pues, en primer lugar, es: Que nunca debieron negociar con los alemanes. En segundo lugar digo que demostraron poco talento para juzgar. Y, en último término digo que todos estaban compenetrados con exceso. Opino que debemos proponer un voto de censura.

Las exclamaciones de: *¡Bien, bien!*, mezcladas con murmullos indeterminados fueron debilitados por una enérgica voz que decía: *¡No!*, procedente del accionista que parecía muerto. El corazón de Michael se iba con éste, tanto más cuanto más muerto parecía, a la negativa siguió la intervención del accionista delgado, de aspecto simpático con pequeño bigote gris. Empezó diciendo:

—Caballeros: si me excusan, diré que la proposición me parece una justicia muy precipitada. Me gustaría saber cómo habrían tanteado ustedes una situación semejante, si hubieran sido consejeros. Es muy fácil condenar a los demás.

—¡Bien, bien! —decía Michael, asombrado de su propia voz.

—Cuando pasa algo de esta índole —continuaba el accionista de aspecto simpático—, es muy cómodo, culpar a los directores; pero, poniéndome en el lugar de los consejeros, me gustaría que me dijeran en quién debe confiar uno, si no en su propio gerente. Por lo que afecta al proyecto de seguro extranjero,

nos fué sometido a examen en dos Asambleas generales; por espacio de dos años nos hemos metido en el bolsillo los beneficios. ¿Hemos levantado jamás nuestra voz en contra?

El accionista muerto profirió un ¡*No!* tan fuerte, que a Michael casi se le cayó la cabeza.

Levantóse para contestar el accionista con cuello y cogote semejantes a los de un médico.

—Discrepo del que me precede en el uso de la palabra en el diagnóstico del caso. Admitamos cuanto dice y examinemos extensamente el asunto. Una comida se prueba comiéndola. Cuando un Gobierno se equivoca en la orientación de algo, el cuerpo electoral se manifiesta en la oposición cuando sufre las consecuencias. Ésta es una comprobación muy sana en la administración; puede que sea precipitada, pero es el menor entre dos males. El Consejo garantiza su actitud; cuando pierde algo, debe pagarlo. Creo que el señor Tolby, nuestro presidente formulario, no estuvo en consonancia con su cargo al proponer un voto de censura. Si es así, celebraré hacerlo yo mismo.

Esta vez el ¡*No!* del accionista muerto fué tan estentóreo, que se hizo una pausa en la sala para dejarle hablar; sin embargo, él continuó inmóvil como antes. Los dos vecinos de Michael estaban en pie. Se saludaron mutuamente por encima de su cabeza y el señor Tolby tomó asiento.

—El señor Sawdry tiene la palabra —dijo.

—Caballeros y señoras —dijo el señor Sawdry—. Estamos en un caso delicado. Los consejeros que estaban al corriente de lo del gerente deben salir; pero podemos conformarnos con esto. El caballero que está frente a mí continúa diciendo que no. Que haga el obsequio de exponernos su punto de vista.

—¡*No!* —exclamó el accionista muerto con menos vehemencia.

—Si un hombre no puede exponer su punto de vista —prosiguió el señor Sawdry yo creo que tiene el deber de no interrumpir.

Un accionista de primera fila se volvió completamente en redondo de tal manera que enfocaba toda la asamblea, y dijo:

—Opino que prolongar esta discusión es perder tiempo; evidentemente estamos divididos en dos, o en tres opiniones tal vez. La totalidad de los negocios de nuestro país se lleva actualmente bajo un sistema de delegación; puede que esté bien, puede que esté mal, pero es así. Uno debe confiar en alguien. En este caso particular, hasta ahora no podemos desconfiar del Consejo; y, según veo, el Consejo no tenía razón previa para desconfiar del anterior gerente. Creo que ahora es una extralimitación proponer nada en concreto como un voto de censura; juzgo que sería mejor llamar al Consejo y

pedirle la garantía que puede aportar contra una repetición de algo semejante en el futuro.

El alboroto que saludó este moderado discurso causó tal confusión, que Michael no pudo darse cuenta del efecto que realmente produjo. No sucedió lo mismo con la siguiente peroración. Venía de un accionista de la derecha, con cabello rojizo, cejas claras, bigote escaso y de color de hierro viejo.

—No me opongo a que entre el Consejo —dijo con voz muy burlona— ni a la aprobación de un voto de censura en su presencia. Hay una cuestión por nadie aludida, o fea, que si les echamos, podríamos exigir responsabilidades por esta pérdida. La cosa no es clara, pero hay muchas probabilidades. Sin embargo, si no les echamos, es natural que no podremos aprovechar la oportunidad, aunque lo quisiéramos.

La impresión producida por este discurso fué muy diferente a la producida por cualquiera de los otros. Siguió un silencio como si por fin se hubiera dicho algo de mucha importancia. Michael miraba al señor Tolby. Los ojos del caballero gordo, claros, muy salientes, estaban extraordinariamente reflexivos. Michael pensó: «La trucha, cuando atisba una mosca de mayo, tiene el mismo aspecto.» De pronto, el señor Tolby se puso en pie.

—Perfectamente —dijo—. ¡Que pasen, pues!

—¡Sí! —dijo el accionista muerto.

No había discusión.

Michael vió que alguien se levantaba y subía al estrado.

—¡Que se comunique a la Prensa! —ordenó el señor Tolby.

XIII

SOAMES EN JAQUE

Cuando se cerró la puerta detrás de los consejeros, al retirarse, Soames buscó un balcón, lo más lejos posible de donde había tomado el almuerzo antes de la junta.

—Guisados de entierro, ¿verdad, Forsythe? —dijo una voz a su oído—. Me parece que nos van a dar el despido. El pobre Mothergill está muy apurado. ¡Creo que debía pedir otra camisa!

La tenacidad de Soames se revolvía en su interior.

—Se necesita mucha valentía —musitó—. El presidente no es un hombre a propósito para el caso. ¡Sombras del tío Jolyon! ¡Él habría acabado pronto con esto! Hacía falta una mano maestra.

—¡Forsythe, usted nos ha prevenido contra la lealtad! ¡Esto no es corriente! ¡Ah! ¡Fontenoy!

Soames se dió cuenta de que existían caracteres muy por encima del suyo.

—Bien, señor Forsythe; espero que se sentirá satisfecho. ¡Vaya atolladero en que nos ha metido! Si yo hubiera estado en lugar del presidente, no me habría retirado. ¡Vigile a los perros, Mont! ¡De lo contrario, van a acorralarle! Me gustaría hallarme entre ellos con un látigo; iba a enseñarles a esos dos demonios con cara de mona lo que les corresponde... Si usted, Forsythe, no tiene algún recurso, estamos perdidos.

—¡Y qué recurso quiere que tenga! —dijo Soames fríamente.

—Fué usted quien puso ese maldito guiso en el fuego; pues usted debe sacarlo. ¡Yo no puedo sufrir la pérdida de mis honorarios!

Soames oyó que sir Lawrence murmuraba: «¡Crudo, mi querido Fontenoy!», y dijo con malicia:

—¡Puede usted perder más que los honorarios!

—¡Imposible! Pueden apoderarse mañana mismo de Eaglescourt y me librarán de una pérdida —de pronto una ráfaga de sentimiento quemó los ojos del viejo—. El país le pone a uno entre la espada y la pared; le desuella hasta dejarle en los puros huesos y quiere que se le presten los servicios gratuitamente. ¡Imposible, Mont, imposible!

Soames se despidió; sentía manifiesta aversión a las habladurías, como el que está frente a una tumba abierta viendo cómo bajan lentamente un ataúd. ¡Su inefabilidad se perdía, se perdía... No se hacía ilusiones. Los periódicos lo publicarían todo y desaparecería para siempre su reputación de juicio sano. ¡Qué amargo! Ya no dirían los Forsythe: «Soames dice...» El viejo Gradman no le seguiría jamás con ojos de perro fiel, regañando algunas veces, pero siempre sometido a su infalibilidad. El pobre viejo lo sentiría mucho. Sus amistades comerciales, aunque no muchas actualmente, ya no le mirarían con envidioso respeto. ¡Se preguntaba si las repercusiones de esto llegarían hasta Dumetrius y el mercado de pinturas! Su único consuelo era: ¡Fleur lo ignorará! ¡Fleur! ¡Ah! ¡Si su tormento hubiera terminado felizmente! Por un momento su pensamiento no se ocupó de otra cosa. Luego la actualidad, como un torbellino, volvió a adueñarse de él por completo. ¿Por qué todos hablaban como si en la estancia hubiera alguien de cuerpo presente? ¡Bueno! ¡La que estaba de cuerpo presente era su infalibilidad! La pérdida monetaria, esto parecía ser secundario, remoto, increíble, como la vida futura. Mont había dicho algo acerca de la lealtad ¡Él sabría lo que la lealtad tenía que ver con esto! Sin embargo, si pensaban que él iba a mostrar algo de cobardía, estaban equivocados de medio a medio. Un agrio coraje se acumulaba en su cerebro, accionistas, consejeros... Le importaba un bledo que ladraran y amenazaran con los puños; él no se dejaría dominar. Oyó una voz que decía:

—¿Quieren ustedes pasar, caballeros?

Reintegrándose a su silla, delante de la pluma de ave sin usar, se dió cuenta del silencio... Los accionistas aguardaban a los consejeros, éstos a los accionistas. «¡Me gustaría hallarme entre ellos con un látigo!» Extravagante frase en boca de aquel parásito, pero expresiva, ¡hasta cierto punto!

Por fin, el presidente, cuya voz recordaba a Soames una ensalada al natural, con su correspondiente aceite, dijo irónicamente:

—Bien, caballeros. Esperamos su venia.

Aquel individuo regordete, de rostro rojizo, vecino de Michael, se levantó, abriendo su boca de mono.

—Abreviando, señor presidente: no estamos satisfechos; pero antes de tomar una resolución, deseamos oír lo que ustedes tengan que decirnos.

Precisamente debajo de Soames, alguien se puso en pie y añadió:

—Desearíamos conocer las garantías que pueden ofrecernos, para precavernos en el futuro contra semejantes casos.

Soames vió sonreír al presidente... ¡El individuo no tenía solidez!

—Caballero, en realidad —dijo—, ¡absolutamente ninguna! Puede usted suponer que si hubiéramos sabido que el gerente no era acreedor a nuestra confianza, no le habríamos mantenido un minuto más en el cargo.

Soames pensó: «Eso no va... ¡Se ha retractado!» ¡Sí, y el individuo de la cara de mono lo había visto!

—¡Ésta es precisamente la cuestión! —exclamó—. Dos de entre ustedes lo sabían, y, no obstante, el socio continuó meses y meses haciendo de las suyas, defraudando todo lo que pudo a la Sociedad.

Ahora gañían todos, uno tras otro:

—¿Y sus palabras de antes, pues?

—Ustedes admitieron responsabilidad colectiva.

—Dijeron que estaban muy satisfechos con la actitud de sus codirectores en este asunto.

¡Vaya partida de perros!

Soames vió cómo el presidente inclinaba la cabeza como para negarlo; el viejo Fontenoy murmuraba; Mothergill, hinchaba las narices; Meyricke, encogía sus hombros puntiagudos. De pronto le interrumpieron su examen... Sir Lawrence estaba en pie.

—¡Permítanme unas palabras! Hablando en nombre propio, me hallo en la imposibilidad de aceptar la oferta generosa del presidente de apoyar la responsabilidad que recae evidentemente en mi persona. Si cometí un error de

juicio no descubriendo nuestras sospechas, debo cargar con la culpa, y espero que la situación quedará aligerada si presento mi dimisión a la Junta.

Soames vió cómo saludaba suavemente, colocaba su monóculo en sus ojos y se sentaba de nuevo.

Sus palabras fueron saludadas por un murmullo. ¿Aprobación, sorpresa, deprecación, admiración? Lo había hecho bizarramente. Soames no confiaba en la bizzarria... En ella había siempre un destello de pavo real. Se sentía extrañamente salvaje.

—Al parecer —dijo, levantándose—, soy el otro consejero acusado. ¡Muy bien! Tengo plena conciencia de no haber hecho otra cosa que cumplir con mis deberes desde el principio hasta el fin en este enredo. Tengo la seguridad de no haber cometido error de juicio y considero injusto que deba ser por ello castigado. Mi preocupación y ansiedad han sido suficientes para que los accionistas no deban convertirme en víctima propiciatoria, los mismos accionistas que aprobaron el proyecto sin un murmullo, antes que yo formara parte del Consejo y que ahora protestan porque han experimentado pérdidas en el mismo. Si el proyecto ha sido abandonado, me lo deben a mí; a mí lo deben, también, si no tienen, a una persona fraudulenta por gerente, y si hoy han sido convocados para emitir su opinión en este asunto, tienen que agradecermelo a mí. No es mi intención demostrar remordimiento. Pero hay otro aspecto de la cuestión. No estoy dispuesto a continuar prestando mi colaboración a gente que no la aprecia. No tengo paciencia para soportar la actitud que han adoptado esta tarde. Si alguno de los presentes considera que le he perjudicado, que presente la denuncia contra mí. Hasta me complacerá llevarla al Parlamento. Toda mi vida he estado familiarizado con la City, pero no estoy habituado a tropezar con sospechas e ingratitudes. Si éste es un ejemplo de los procedimientos actuales, ya he tenido bastante familiaridad con la City. No presento mi dimisión a la Junta; dimito.

Saludando al presidente y retirando su silla, se dirigió ferozmente a la puerta, la abrió y desapareció.

Buscó su sombrero. ¡No abrigaba la más mínima duda de que había asombrado sus débiles nervios! ¡Esos tíos de cara de mona se habían quedado con la boca abierta! Le habría gustado ver lo que dejaba atrás, pero no andaba de acuerdo con su dignidad abrir de nuevo la puerta. En vez de esto, tomó un *sándwich* y empezó a comérselo de espaldas a la puerta, con el sombrero puesto. Hacía muchos meses que no se había sentido tan bien. Una voz dijo:

—Y lo demás no le interesó ya. ¡Forsythe, no tenía idea de que usted fuera orador! ¡Les dió usted en los ojos! Jamás he estado en una Junta tan borrascosa. Usted ha salvado al Consejo, centrando en su persona todo el resentimiento. ¡Ha estado muy valiente, Forsythe!

—Nada de eso. ¿Se ha retirado usted también?

—Sí. Forcé mi dimisión. Cuando he salido, el individuo del rostro rojizo proponía un voto de confianza para el Consejo..., y lo aprobarán, Forsythe, lo aprobarán. Claro que se habló un poco de la responsabilidad financiera...

—¿De veras? —dijo Soames, con sonrisa de burla—. Ese gallo no va a aguantar varas. Lo único que podían hacer era reclamar contra el Consejo, por haber iniciado el seguro extranjero *extra vires*; si afianzan al Consejo, después de haber debatido el asunto en la Junta, están perdidos. Indudablemente, no podrán proceder ni contra usted ni contra mí, por no haber descubierto nuestras sospechas.

—Eso me consuela, lo confieso —dijo, suspirando, sir Lawrence—. ¡Ha pronunciado usted el mejor discurso de su vida, Forsythe!

Ciertamente convencido de ello, Soames lo negó con la cabeza. Aparte del horror de verse en letras de molde, empezaba a notar que había sido algo extravagante. ¡Siempre era una equivocación perder el equilibrio! Se dibujó en sus labios una débil sonrisa de amargura. Nadie, ni el mismo Mont, comprendería cuán injustamente había sido tratado.

—¡Bueno! —dijo—. Me voy.

—Pues yo... parece que me quedo y esperaré el cañonazo.

—¿El cañonazo? Nombrarán a otros dos y se les va a caer la baba. ¡Accionistas! ¡Adiós! —y se dirigió hacia la puerta.

Al pasar por el Banco de Inglaterra, creía que andaba separado de su vida. Su talento, su juicio, su manera de proceder en los asuntos ¡difamados! No les gustaba; ¡bueno, los dejaría! ¡Sorprenderle entrometido en el futuro! ¡Era muy natural en el actual estado de cosas! ¡De manos a boca, y los hombres juiciosos eran enviados al diablo! ¡Los hombres para los cuales una libra era una libra y no un trozo de papel! Los hombres que sabían que el bien del país consistía en la dirección estricta, recta de sus propios asuntos. Ya no eran necesarios. Serían retirados uno a uno, como él, cediendo a su lugar a los fuegos fatuos, revolucionarios, hombres inquietos y vivos, pero sin escrúpulos, como Elderson. ¡Estaba en el ambiente! Ninguna cantidad de deseo de comer un dulce y conservarlo podría llenar el vacío de la honradez corriente.

Dobló hacia Poultry, sin llegar a comprender por qué tomaba ese camino. Bien podría decirle a Gradman que en el porvenir debía hacer uso de su propio juicio. Se detuvo un segundo a la entrada del callejón, como si deseara afianzar su pensamiento. ¡Abandonaría los negocios, los privados inclusive! No tenía noción de haber sido objeto de escarnio en la familia. Pero una oleada súbita de recuerdos hizo que el corazón se le cayera hasta los pies. ¡Vaya cantidad de escrituras realizadas, de arrendamientos renovados, de edificios vendidos, de

aportaciones decididas en aquella estancia posterior! ¡Qué tesoro de tranquila satisfacción en los bienes perfectamente administrados! ¡Ah! ¡Bien! Continuaría en la administración de los suyos. Respecto de los de los demás, ahora deberían preocuparse los propios interesados. ¡Pasarían buenos ratos en ello, con el espíritu predominante en la actualidad!

Subió pausadamente los peldaños de piedra.

Ya en el repositorio de los asuntos de Forsyte se encontró no con Gradman, sino con lo que no era corriente: con un melón grande y maduro, con su envoltorio de paja, sobre la mesa grande y succulenta. Soames olfateó. Oía deliciosamente. Lo alzó a la luz. Su color amarillo verdoso, las mallas de su corteza... ¡Chinesco totalmente! ¿Tiraría también el viejo Gradman la corteza, como aquel mono blanco?

Todavía lo tenía en el aire, cuando dijo una voz:

—¡Oh! Hoy no le esperaba, señor Soames. Estaba a punto de salir; mi esposa tiene una pequeña reunión.

—Ya lo veo —dijo Soames, depositando el melón sobre la mesa—. De momento, no debe usted hacer nada; sólo he venido para que presente mi dimisión de los asuntos de los Forsyte.

La cara del viejo era tan digna de estudio, que no pudo disimular una sonrisa.

—Puede usted dejarme lo de Timoteo; pero lo demás, no. El joven Roger podrá ocuparse de ellos. No tiene nada que hacer.

Un compasivo y ceñudo:

—¡Dios mío! No les va a sentar bien —irritó a Soames.

—Han de aceptarlo así. Quiero descansar.

No deseaba explicar los motivos... Gradman podía enterarse por medio del *Financial News*, o de otra manera.

—Así no le veré tan a menudo, señor Soames; lo de Timoteo no exige trabajo. ¡Dios mío! Estoy trastornado. Y la administración de su hermana, ¿no se la reserva usted?

Soames miró al pobre viejo y la compasión se agitó en su interior, como siempre, al menor signo de aprecio.

—¡Bueno! —dijo—. Me quedaré con ella. Como es natural, conservaré también mis asuntos. Buenas tardes, Gradman. Éste es un melón excelente.

No esperó más palabras. ¡Pobre viejo! ¡De todas maneras, no podía durar mucho más, por más firmeza que aparentase! ¡Sí, les sería difícil componérselas sin él!

Al llegar a Poultry, decidió dirigirse a la calle de Green, para ver a Winifred, añorando de manera curiosa y extraña la proximidad de Park Lane, la seguridad de otros tiempos, la eflorescencia privada de su juventud bajo los auspicios de James y Emily. Ahora, para él, sólo Winifred representaba el pasado; su firme naturaleza no cambiaba, por más que se diera a la moda.

La sorprendió tomando té chino, algo rejuvenecida por su indumentaria... Pero ¿qué podía hacer? ¡Los otros tés eran *ordinarios!* Había tomado afición a un loro. Los loros estaban de moda otra vez. El pájaro armaba un alboroto ensordecedor. Fuera por influjo de esto o del té chino (que elaborado, según la costumbre inglesa, con la marca especial que los chinos cultivaban para los estómagos extranjeros, siempre trastornaba a Soames), el caso es que bien pronto le había contado toda la historia.

Una vez terminada, Winifred le dijo, consolándole:

—Bien, Soames; te has portado admirablemente; ¡muy bien les está!

Consciente de que su relato contenía la verdad, lo que no ocurría en los periódicos, Soames dijo:

—Esto está muy bien; pero la versión de los periódicos será muy diferente.

—Pero si nadie los lee. A mí no me preocuparían. ¿Prácticas Coué? Vaya un tipo más desahogado, Soames; fui a una de sus últimas conferencias. Algunas veces resulta aburrido, pero es la última moda.

Soames asentía en su interior; jamás confesaba una debilidad.

—¿Y cómo sigue Fleur con su pequeña preocupación? —preguntó Winifred.

«¡Pequeña preocupación!», decía el eco de una voz sobre su cabeza. ¡Ese pajarraco! Estaba agarrado a los cortinajes de brocado, moviendo su cuello arriba y abajo.

—*Polly* —dijo Winifred—, ¡no seas malo!

—¡Soames! —parloteó el pájaro.

—Yo se lo he enseñado. ¿Verdad que es simpático?

—No —contestó Soames—. Yo le enjaularía. Te va a estropear los cortinajes.

De pronto revivió en él la vejación de la tarde. ¿Qué era la vida, toda entera, si no un incesante cotorreo? ¿Qué veía la gente de la verdad real? ¡Sólo imitarse unos a otros, como aquella partida de accionistas, o inspirarse en el *Diario de las mentiras!* ¡Por cada persona que descubriera un camino, la seguirían cien como un rebaño!

—¡Querido, vas a quedarte a cenar aquí! —dijo Winifred.

¡Sí, cenaría allí! ¿No tendría ella un melón, por casualidad? No le llamaba ir a South Square y cenar frente a su esposa. Apostaba diez contra uno a que Fleur no bajaría a la mesa y Michael... ya estaba allí por la tarde y lo había presenciado todo; no quería revolver el asunto.

Estaba lavándose las manos para cenar, cuando una voz le dijo del exterior:

—Le llaman al teléfono, señor.

Por el cable era transmitida la voz, tensa y ruda, de Michael:

—¿Es usted?

—¡Sí, dime!

—Se trata de Fleur. Empezó a las tres de la tarde. He estado buscándole.

—¿Qué? —gritó Soames—. ¿Cómo? ¡En seguida!

—Dicen que va normalmente. Pero es terrible. Según dicen, ahora ya no se hará esperar —la voz se perdió.

—¡Dios mío! —exclamó Soames—. ¡Mi sombrero!

En la puerta de salida le preguntó la muchacha:

—¿Regresará usted para la cena?

—¡La cena! —murmuró Soames, y desapareció.

Precipitadamente, casi corriendo, sus ojos buscaban un coche. ¡No había ninguno! ¡Ninguno, naturalmente! Con una temperatura agradabilísima, después del temporal de la noche, frente al Iseum Club pudo conseguir uno. ¡Qué tormenta! ¡Ya podía preverlo! ¡Diez días antes de tiempo! ¿Cómo diablos no se había ido derecho a casa o, por lo menos, telefonar desde donde se encontrase? Todo lo que había ocupado su cerebro durante la tarde se había ido como el humo. ¡Pobrecita! ¡Pobrecita! ¿Y lo del anestésico? ¿Por qué no había podido él estar allí? Claro que podía... ¡La Naturaleza! ¡Maldita sea! Naturaleza... ¡Como si no pudiese dejarla a ella sola!

—¡De prisa! —dijo, adelantándose—. ¡Doble tarifa!

Pasó por los *Connoisseurs*, y el Palacio, y el Whitehall; pasó por todos los recintos de donde era excluida la Naturaleza. Soames estaba sentado en la profundidad de sus remotas ilusiones, confuso, conteniendo su respiración. Pasó por el *Big Ben* ¡a las ocho! ¡Cinco horas! ¡Cinco horas de tormento!

—¡Que se acabe pronto! —murmuró en voz alta—. ¡Que se acabe pronto, Dios mío!

XIV

TORMENTO

Cuando su suegro, después de saludar al presidente, se retiró, Michael refrenó un fuerte deseo de gritar: «¡Bravo!» ¿Quién se iba a imaginar que dejaran salir así al viejo? Les había dado una buena lección. Siguió un delicioso intervalo de verdadero griterío, antes que su vecino, el señor Sawdry, se hiciera oír:

—Ahora que ha dimitido el consejero complicado, me es grato proponer un voto de confianza para el resto del Consejo.

Michael vio levantarse a su padre, algo afectado y sonriente, y, saludando al presidente, dijo:

—Yo también doy mi dimisión por aceptada; si me lo permiten, me uniré a la retirada del señor Forsyte.

Alguien decía:

—Me adhiero al voto de confianza.

Y, rozando las rodillas del señor Sawdry, Michael buscó la puerta. Desde allí pudo ver cómo casi todas las manos se habían levantado a favor del voto de confianza y pensando: «Se la han pegado a los accionistas», salió del edificio. La delicadeza le impidió ir al encuentro de los dos. Habían salvado su dignidad; pero los perros se quedaban con lo demás.

Dándose prisa hacia el Oeste, meditaba sobre las rudas reglas de la Justicia. Los accionistas, como era natural, estaban ofendidos. Y debía pagarlo, alguien, para satisfacer su deseo de equidad. Se las dieron con el viejo Forsyte, que era el menos culpable de todos; puesto que si el Baronet llega a callarse, también le hubieran incluido en el voto de confianza. Todo era muy natural y muy ilógico. ¡Y eran ya las cuatro!

¡*Counterfeits!* Todo su antiguo aprecio para con Wilfrid crecía en este día de su publicación. Debía hacer cuanto estuviera en su mano por su libro. ¡Pobrecito! Sencillamente, no debía ser un fracasado.

Después de visitar dos importantes librerías, se dirigió a su Club y se encerró en la cabina del teléfono. En otros tiempos «tomaban coches y hacían visitas». El teléfono era más rápido, ¿verdad? Con un sin fin de humillaciones, siguió la pista de Sibley, Nazing, Upshire, Master y media docena más de elegidos. Pulsó la cuerda más fácil para conmoverles. El libro, dijo, estaba llamado a trastornar las viejas fórmulas; necesitaba que los intelectuales redoblaran un poco el tambor. A cada uno de ellos le dijo que era el único cuya recomendación podía ser eficaz: «Si no ha profundizado el libro, supongo que lo hará, ¿verdad, amigo? Naturalmente que su opinión es la que vale.» Y a

todos les decía, además: «No me importa nada que no se venda; lo que quiero es que el pobre Wilfrid consiga lo que merece.» Y realmente era así. Durante esa hora, en la cabina del teléfono, el editor estaba lejos de Michael; el que estaba allí y trabajaba de lo lindo era el amigo. Salió de allí agotado, corriéndole el sudor sobre la frente; y eran las cinco y media.

«Una taza de té..., y a casa», pensó. A la seis alcanzó su puerta. *Ting-a-ling*, absolutamente insignificante, estaba acobardado en el rincón opuesto del *hall*.

—¿Qué pasa, amigo?

Le dió la respuesta un ruido en el piso superior, que le enfrió la sangre... Un gemido confuso, prolongado.

—¡Oh, Dios! —exclamó, y subió la escalera rápidamente.

Annette salió a su encuentro en la puerta. Se dió cuenta de que ella hablaba en francés, de que le decía *mon cher*, de las palabras *vers trois heures*... «Dice el doctor que no nos preocupemos..., todo va bien.» De nuevo, el gemido y la puerta se cerró a sus narices; ella había desaparecido. Michael permaneció en pie en la alfombrilla, empapado en sudor completamente frío, que manaba de todo su cuerpo, y clavándose las uñas en las palmas de las manos.

«Así es como uno se convierte en padre —pensó—. Así es como yo fui hijo.» ¡Esos gemidos! No podía sufrir estar allí, ni podía sufrir alejarse. Y quizá todavía tardaría horas. Permaneció repitiéndose para sí mismo: «¡Cuán fácilmente se decía! ¡Qué poco contenido tenía esto!» Su cerebro, su corazón latiendo por un alivio, dieron con el más raro alivio que pudiera ocurrírsele. Suponiendo que el pequeño que iba a nacer no fuera suyo..., que fuera..., que fuera de Wilfrid, ¿qué habría experimentado aquí, fuera de la puerta? ¡Era tan fácil..., tan fácil que hubiera sucedido así, ahora que no se respetaba nada! Nada, excepto..., sí, aquello que uno aprecia más que sí mismo..., sólo aquello de la habitación contigua, el gemido. No pudo sufrirlo allí, y bajó. Cruza que te cruza el suelo entarimado, en la boca un cigarrillo, andaba a grandes trancos en una agonía revolucionaria. ¿Por qué tenía que ser así el nacimiento? Y la respuesta fué: ¡No, en la China no es así! Comulgar con el credo de que nada importa y, luego, sentirse sublevado de esta forma. Lo que nace con tanto dolor, ¡debe importar, debe importar! ¡Uno debía comprenderlo! En el cerebro de Michael cesó la meditación; permaneció escuchando aterrorizado. ¡Nada! No podía resistirlo aquí abajo y se fué de nuevo arriba. Al principio, ningún ruido; luego, otro lamento. Esta vez se dirigió a su estudio y se paseó alrededor de su habitación, examinando las caricaturas de Aubrey Greene. Ni siquiera las vió y, de pronto, pensó en el viejo Forsythe. Debía avisársele.

Llamó a los *connoisseurs*, a los *reformistas* y al Club de su padre, por si habían salido los dos después de la Junta. Fracasó en todas partes. Eran las siete y media. ¿Cuánto tiempo más duraría el jaleo? Se dirigió de nuevo a la puerta

del dormitorio; no pudo oír nada. Volvió a bajar al *hall*. *Ting-a-ling* se había echado cerca de la puerta de entrada. «¡Está cansado!», pensó Michael, inclinándose y vaciando maquinalmente el buzón de correspondencia. ¡Sólo una carta, letra de Wilfrid! Llévose la al pie de la escalera y la leyó con sólo la mitad de su cerebro; ¡la otra mitad andaba vagando inquieta por el piso superior!

Querido Mont: Mañana emprendo una travesía por la Arabia. He pensado que te gustaría saberlo, para el caso de que Arabia acabe conmigo. He recobrado mis sentidos. Este aire es demasiado transparente para el sentimentalismo, y la pasión se marchita presto en el destierro. Siento mucho haberte causado un disturbio tan grande. Cometí un error regresando a Inglaterra después de la contienda y dedicarme a escribir futilidades para lindas muchachas y gentes de letras. Pobre Old England; está predestinada a una hora mala. Saluda a ella de mi parte; lo mismo te digo. Tuyo siempre,

Wilfrid Desert.

P. D. — *Si has publicado lo que te dejé al salir, mándame los derechos por medio de mi padre.* — W. D.

La mitad del cerebro de Michael pensó: «¡Éste es aquél! ¡Y el libro saliendo hoy a la calle!» ¡Cosa rara! ¿Tenía razón Wilfrid, era una banda inútil toda la partida de escritores? ¿Laboraban todos por la decadencia de Inglaterra? ¿Debían todos montar camellos y cabalgar al atardecer? Sin embargo, en los libros había amenidad y consuelo y eran necesarios. Inglaterra debía progresar, ¡progresar! «¡No retroceder, no retroceder, pues deben morir o deben vencer los que atrás no vuelven!...» ¡Cielos santos! ¡Ya estaba otra vez allí! Había subido de nuevo las escaleras, tapados sus oídos y aturdidos sus ojos. El ruido cesó. Annette salió a su encuentro.

— ¡Su papá, *mon cher*; mira si encuentras a su papá!

— ¡Lo he intentado! ¡Imposible! — murmuró Michael.

— Inténtalo en la calle Green..., la señora Dartie. ¡*Courage!* Todo normal, ahora falta muy poco.

Después de haber llamado a la calle de Green y finalmente contestado, se sentó, dejando la puerta de su estudio abierta, y esperó a que llegara el viejo Forsythe. La mitad de su vista comprobó el agujero de una quemadura en la pierna izquierda de sus pantalones... Ni siquiera había notado el olor; ni siquiera recordaba si había fumado. Tenía que dominarse para cuando llegara el viejo. Oyó una llamada en el timbre de la puerta.

—¿Bien? —preguntó Soames.

—Todavía, no. Végase a mi estudio. No tardará.

El uno al lado del otro, subieron al piso. Aquella cabeza adornada de gris, con la profunda arruga entre sus ojos y éstos mirando como compasivos, fortificaron a Michael. ¡Pobrecito viejo! ¡También debía sufrir! ¡Ambos estaban en la cumbre de la desesperación!

—¿Quiere una copita? Aquí tengo coñac.

—Sí —dijo Soames—. Lo que sea.

Con las copas en sus manos, levantadas a medias, escucharon, alzaron sus brazos y ¡bebieron! Eran autómatas, como dos muñecos movidos por el mismo cordón.

—¿Un cigarrillo? —dijo Michael.

Soames afirmó.

Encendidos sus cigarrillos, al momento de colocárselos en sus respectivos labios, escucharon, fumaron, retiraron sus cigarrillos, expelieron el humo, Michael apretaba el brazo derecho contra su pecho; Soames, el izquierdo. Así, los dos de lado, formaban un molde.

—¡Es duro de sufrir! ¡Cuánto lo siento!

Soames cabeceó. Sus dientes crujían. De pronto sus manos se soltaron.

—¡Escucha! —exclamó—. ¡Ruidos, diferentes, confusos!

La mano de Michael se agarró a algo, lo estrujó fuertemente; era algo frío, delgado: la mano de Soames. Permanecieron así sentados, dándose la mano, mirando hacia el pasillo, sin saber los dos por cuánto tiempo.

De pronto, el pasillo se ensombreció; apareció una figura gris: ¡Annette!

—¡Todo bien! ¡Un niño!

XV

CALMA

A la mañana siguiente, al despertar de un sueño profundo, el primer pensamiento de Michael fué éste: «¡Fleur ha vuelto!» Y entonces lo recordó todo. A su *¿se puede pasar?*, musitado a la puerta, respondió una enfática afirmación de la enfermera.

En medio de una excitada expectación, tuvo bastante modernismo para pensar: «¡Basta de emoción forzada! ¡Vete rápidamente a tomar tu desayuno!»

En el comedor, Soames no estaba animado a comerse un huevo sin cáscara que le habían servido. Cuando entró Michael, levantó la vista y escondió su

rostro tras la copa. Michael lo comprendió perfectamente: ¡habían estado sentados, dándose las manos! También vio que el periódico que tenía a su lado era de carácter financiero.

—¿Habla de la Junta? ¡Su discurso debe estar completo!

Con un leve rumor raro, Soames le alargó el periódico. Los títulos decían: «Junta borrascosa. Dimisión de dos consejeros. Un voto de confianza.» Michael leyó hasta llegar a:

«El señor Forsythe, el consejero complicado en el asunto, en un discurso de alguna extensión, dijo que no pretendía demostrar remordimiento. Censuró el comportamiento de los accionistas; no estaba acostumbrado a que se sospechara de él. Presentó la dimisión.»

Michael dejó el periódico.

—¡Qué barbaridad! —dijo—. *Complicado, sospecha.* ¡Vaya algarabía!

—¡Periódicos! —murmuró Soames, y siguió desayunando.

Michael se sentó y quitó la piel de un plátano. «Nada le sentará mejor que su muerte comercial —pensó—. ¡Pobrecito!»

—Pues bien —dijo—. Yo estuve allí, y lo único que puedo decir es esto: usted y mi padre fueron las únicas personas que me inspiraron respeto.

—¡Eso! —dijo Soames, y abandonó su cuchara.

Michael comprendió que quería estar solo y, tragándose el plátano, subió a su gabinete. Esperando que le llamaran, se puso en comunicación con su padre.

—¿Nada malo a causa de ayer?

La voz de sir Lawrence se oía clara y débil, bastante aguda.

—Más pobre y más sabio. ¿Cómo va la cosa?

—Perfectamente.

—Mi cariño para ambos. Tu madre quiere saber si tiene pelo.

—Todavía no lo he visto. Ahora lo veré.

En aquel momento Annette le hacía señas desde el pasillo.

—*Mon cher*, quiere que le lleves el perrito.

Con *Ting-a-ling* debajo del brazo y andando de puntillas, entró Michael. ¡El undécimo baronet! No parecía ser gran cosa debajo de la cabeza de ella inclinada sobre él. Y, seguramente, su cabello era más tupido. Avanzó hacia el lecho y la tocó reverencialmente.

Fleur levantó la cabeza y le enseñó al bebé, chupándose vigorosamente su diminuto dedo.

—¿No se parece a un mono? —preguntó su débil voz.

Michael afirmó. Indudablemente, un mono; pero un mono blanco; ¡ésa era la cuestión!

—¿Cómo sigues, mi niña?

—Ahora bien, pero antes... —aspiró un poco de aire y sus ojos se oscurecieron—. ¡Mira, *Ting!*

El perro chino, las ventanas de cuya nariz se movían delicadamente, retrocedió debajo del brazo de Michael. Su aspecto revelaba una inteligente censura. «Cachorros —parecía decir—, también los hacemos en China» ¡Pronóstico reservado!

—¡Y qué ojos! —dijo Michael—. No necesita que le digamos que el doctor lo ha traído de Chelsea.

Fleur se rió débilmente.

—Suéltale, Michael.

Michael obedeció y el perro se fué a su rincón.

—No puedo hablar —dijo Fleur—; pero tengo unas ganas locas de hacerlo, como si hubiera estado muda durante muchos meses.

«Lo mismo he observado yo —pensó Michael—; estaba fuera, fuera, en alguna parte, pero absolutamente lejos.»

—Me encontraba como oprimida, Michael. Meses de no ser una misma.

Michael dijo suavemente:

—¡Sí! El proceso sigue al tiempo. ¿Tiene cabello? Mi madre desea saberlo.

Fleur le mostró la cabeza del undécimo *baronet*, cubierta de un oscuro vello.

—Como mi abuela. Pero se aclarará un poco. Sus ojos serán grises. ¡Oh! Y ¿no has resuelto nada sobre los padrinos, Michael? Naturalmente, que Alison..., ¿pero el padrino?

Michael divagó un poco antes de contestar.

—Ayer recibí una carta de Wilfrid. ¿Te gustaría que lo fuera él? Todavía está allí, pero en la iglesia yo podría sustituirle.

—¿Está bien otra vez?

—Así lo dice.

No pudo interpretar la expresión de sus ojos, pero sus labios se contrajeron levemente.

—Sí —dijo—; y creo que uno será suficiente, ¿no te parece? Los míos jamás me dieron nada.

—Uno de los míos me regaló una Biblia y el otro me regañó. Wilfrid, pues.

Y se inclinó sobre ella.

Sus ojos parecían que le hacían objeto de una pequeña apología irónica. La besó en el pelo y se retiró de prisa.

Soames estaba a la puerta, esperando su turno.

—Sólo un minuto, caballero —le dijo la enfermera.

Se dirigió a la cabecera del lecho y, desde allí, miró a su hija.

—Querido papá —oyó Michael que decía ella.

Soames sólo le tocó la mano; afirmó, como dando su conformidad al chiquillo, y retrocedió de espaldas; pero Michael vió en el espejo sus labios temblando.

De nuevo en la planta baja, experimentaba el más intenso deseo de romper a cantar. Pero no venía a cuento, y, entrando en el salón chinesco, permaneció mirando a fuera la plaza iluminada por el sol. ¡Dios Santo! Es buena cosa la vida. ¡Dijeran lo que dijeran, uno no podía emprender con ellos a porrazos! Levantando sus narices, podían enfocar la vida y mirarla por debajo de las mismas; podían apoyar el futuro y el pasado...; ¡pero a él, que le dieran el presente!

«¡Voy a colocar otra vez el mono blanco! —pensó—. ¡Emplazo al bruto a que me desaliente!»

Se dirigió a un armario de debajo de las escaleras y, cubierto con tres pares de cortinajes protegidos contra la polilla, sacó el cuadro. Lo mantuvo a cierta distancia, a la luz débil. ¡Qué ojos los de aquella criatura! ¡En aquellos ojos radicaba todo! Y murmuró:

—¡No me importa, hijo! ¡Arriba te vas! —y se lo llevó al salón chinesco.

Soames estaba allí.

—Voy a entronizarlo de nuevo.

Soames afirmó.

—¿Quiere usted sostenerlo, mientras yo engancho el alambre?

Soames sostenía el cuadro.

Descendiendo al suelo, Michael dijo:

—¡Muy bien! —y retrocedió.

Soames se le acercó. El uno junto al otro, contemplaron el mono blanco.

—No será feliz hasta que lo logre —dijo al fin Michael—. Lo único que hay, es que no sabe qué.

INTERLUDIO
CORTEJO SILENCIOSO

En febrero de 1924, Jon Forsythe, convaleciente aún, se hallaba sentado en el salón de un hotel de Camden, en Carolina del Sur, leyendo la Prensa, precisamente un linchamiento.

Tras de él, sonó una voz:

—¿Quieres venir a la excursión que vamos a hacer a esos cerros, hoy?

Alzando la cabeza, vió a un amigo suyo, un joven llamado Francis Wilmot, que venía de una zona más al Sur.

—Hombre, sí, con mucho gusto... ¿Quiénes vais?

—Pues el señor Pulmore Hurrison y su mujer, y el novelista inglés ese, Gurdon Minho, y las chicas esas, las Blair, con unos amigos de ellas, y mi hermana y yo. Si quieres, puedes ir a caballo, si tienes gana de hacer ejercicio.

—Muy bien; han traído esta mañana caballos nuevos, de Columbia.

—¡Formidable! Mi hermana Ana y yo iremos también a caballo y una o dos de las Blair. Los Hurrisons pueden llevar a los demás.

—Fíjate —dijo Jon—: es un caso terrible de linchamiento.

El joven interlocutor de Jon se recostó en la ventana. Jon admiró su cara, como de marfil, de ojos y cabello negros, de nariz y labios delgados, y admiró la facilidad de sus movimientos.

—Vosotros, los ingleses, os asombráis cuando leéis un caso de linchamiento. No tenéis planteado el problema negro ni cuando estáis en Southern Pines, y menos aún en Carolina del Norte.

—No, y yo no pretendo ser un entendido en la cuestión. Pero no comprendo por qué los negros no pueden ser tratados como los hombres blancos. Puede haber casos en que sea necesario pegar tiros, pero es inexplicable para mí como podéis defender esas acciones pseudolegales del populacho. Si un hombre delinque, hay que juzgarle con toda clase de garantías.

—No podemos tomarnos esa molestia.

—Pero si un hombre no es juzgado debidamente, ¿cómo se puede saber si es culpable?

—Bueno; pero es mejor que muera un negro de cuando en cuando, aunque sea inocente, que dar ocasión con tolerancias al peligro de nuestras mujeres.

—Pues yo creo que matar a un hombre por una cosa que no ha hecho es peor que todo.

—En Europa puede ser; pero aquí, no. Aquí somos menos minuciosos.

—¿Qué piensan en el norte de los linchamientos?

—Jalean un poco la cosa y ponen el grito en el cielo. Pero si aquí tenemos los negros, allí tienen los indios, y no me cabe duda de que usan procedimientos expeditivos con ellos también.

Jon Forsythe echó atrás su mecedora, dando a su rostro un aire de extrañeza.

—Me parece que hay demasiado espacio en este país —dijo Francis Wilmot—. Un hombre tiene toda clase de oportunidades para escapar. Por eso, cuando llegamos a una decisión, tomamos la ley en nuestras manos.

—Bueno; que en cada país se las compongan a su modo... Y ¿qué son esos montes donde vamos de excursión?

—Unos boscajes que los indios dicen tienen miles de años de existencia. ¿Conoces a mi hermana? Ha llegado anoche mismo.

—No, no la conozco. ¿A qué hora salimos?

—A mediodía. Hay una hora de camino antes de llegar.

Y así, a mediodía, Jon, con traje de montar, se dirigió al grupo de cinco caballos que estaban dispuestos, pues más de una de las Blair había preferido montar. Salió, pues, con ellas, y con Wilmot y su hermana, que iban en cabeza.

Las Blair eran jóvenes y bonitas, con esa belleza americana, vigorosa y grata, a que ya se había acostumbrado en los dos años y medio que había pasado en los Estados Unidos. Al principio marcharon en gran silencio; después, en gran conversación. Montaban a horcajadas y muy bien. Supo Jon que ellas, así como los señores Hurrison, organizadores del paseo, vivían en Long Island. Le preguntaron muchas cosas de Inglaterra, y Jon, que había salido a los diecinueve años de allí, hubo de inventar muchas respuestas. Y empezó a mirar con deseo de juntárseles a Wilmot y a su hermana, que parecían marchar en silencio muy comfortable. Iban entre pinares, de pinos escasos y distanciados, y sobre su suelo bastante arenoso. La luz del sol era clara y caliente, y el aire, todavía fresco. Jon montaba un caballo bayo muy joven y gozaba la sensación del primer día de salud recobrada.

Las hermanas Blair querían conocer su opinión sobre el novelista inglés: estaban muertas de gana de ver a un hombre ilustre de verdad. Jon sólo había leído uno de sus libros, y de los personajes que aparecían en él sólo se acordaba de un gato. Las Blair no habían leído ninguno; pero habían oído decir que los gatos del autor eran «demasiado astutos».

Francis Wilmot, deteniendo la marcha, señaló un montículo que, verdaderamente, no parecía hecho por Natura. Se pararon los demás, lo miraron un par de minutos en silencio, lo proclamaron «interesantísimo» y prosiguieron. En un claro, los ocupantes de dos «autos» estaban desembarcando comida. Jon, al atar los caballos junto a los de Wilmot y su hermana, fué presentado.

—Mi hermana. El señor Forsyte...

Ella miró a Jon y Jon la miró a ella. Era esbelta hasta la delgadez, pero indudablemente fuerte; llevaba un chaquetón y pantalones marrón oscuro, y, bajo un sombrero de fieltro marrón también, se le veía el pelo negro y ondulado. Tenía la cara pálida, aunque tostada, y expresaba como un ansia contenida por algo; su frente, amplia y limpia, armonizaba con la nariz recta y con los labios descoloridos de su boca amplia. Pero lo que sorprendió a Jon fueron los ojos de la muchacha, que eran los que él pensaba que tendría exactamente una ninfa de las aguas. Eran de firme mirar y oscuros; y, si tal vez poseían una ligerísima bizquera, Jon no lo podía decir, pero en todo caso era algo que los hacía más bellos. Se sintió tímido. Ninguno de los dos dijo palabra alguna.

Francis Wilmot exclamó:

—Me parece que tengo hambre.

Y echaron a andar hacia donde habían dejado las cosas de comer.

Jon dijo de pronto a la muchacha:

—Creo que acaba usted casi de llegar, señorita Wilmot.

—Sí, señor Forsyte.

—¿De dónde viene?

—De Naseby. Está entre Charleston y Savannah.

—¡Ah Charleston! ¡Me gustó mucho Charleston!

—Pues a Ana le gusta más Savannah— dijo Francis Wilmot.

Ana asintió con un gesto. No era muy comunicativa, por lo que parecía, aunque su voz había sonado muy agradable en lo poco que había hablado.

—Se tiene impresión de soledad donde vivimos nosotros —dijo Francis—. Casi todos son negros por allí. Ana no había visto ningún inglés casi.

Ana sonrió. Jon sonrió también. Y ninguno de los dos prosiguió con el tema. Y llegaron al sitio donde estaban dispuestos los comestibles, preparados en la cantidad necesaria para obligar al máximo ejercicio mandibular y digestivo. La señora Pulmore Hurrison, dama de unos cuarenta años, poco más o menos, y de facciones muy marcadas, estaba sentada con los pies vueltos hacia arriba; junto a ella, Gurdon Minho, el novelista inglés, tenía las piernas en posición algo más académica; más allá había numerosas muchachas que se sentaban sin ocultar en absoluto sus bonitas piernas; el señor Pulmore Hurrison, algo aparte, adaptaba exactamente su boca a la boca de una botella. Jon y los Wilmots se sentaron también. La parte más interesante de la excursión había comenzado.

Jon se dió pronto cuenta de que todo el mundo estaba esperando con impaciencia que Gurdon Minho dijera algo más trascendente que «Sí», «Ya lo creo», «Ah...» o «Ya, ya». Pero esto no sucedía. El afamado novelista parecía seguir con atención casi dolorosa lo que decían los demás, y después de escuchar a cada uno, caía en una especie de coma. Jon sintió herido su sentimiento patriótico, pues él estaba, si cabía, incluso más callado. Se daba cuenta de que entre las tres Blair y sus dos amigas se estaba forjando una especie de conspiración para obligar a hablar a los silenciosos ingleses. Y la también silenciosa hermana de Francis Wilmot era un descanso para él, pues se daba cuenta de que ella no tenía ni condiciones ni deseo de entrar en la conspiración. Se refugió en mostrarse amable pasando a unos y otros las vituallas que necesitaban, y, cuando el proceso de llenar los estómagos hubo terminado, se sintió más tranquilo. Las excursiones eran como los días de Navidad: mejores en el futuro y en el pasado que en el presente. Tras el normal rato de estar separados por sexos, los cestos fueron cerrados y recogidos, y todos volvieron a sus vehículos. Los dos coches partieron para ver otro de aquellos cerros tan interesantes. Francis Wilmot y dos de las señoritas Blair decidieron volverse para ver un partido de polo. Jon preguntó a Ana qué le parecía mejor hacer. Y ella eligió ir también al cerro.

Montaron sus caballos y echaron por el sendero, en silencio, hasta que Jon dijo:

— ¿Le gustan a usted las excursiones?

— Pues, la verdad es que no.

— A mí tampoco. ¿Y montar a caballo?

— Eso me gusta más que nada en el mundo.

— ¿Más que bailar?

— Desde luego. ¿Y a usted le gusta montar a caballo y nadar?

— ¡Ya lo creo! —y se quedó callado.

— ¿Qué está usted pensando?

— Me parecía que era usted buena nadadora.

— ¿Por qué?

Jon dijo con embarazo:

— Por sus ojos.

— ¿Por mis ojos? ¿Es que son ojos de pez?

Se echó Jon a reír.

— Nada de eso. Son como los de una sirena.

—No sé si eso es precisamente un piropo.

—Sí que lo es.

—Es que yo creía que las sirenas no eran personas respetables.

—¿Las sirenas? Son respetabilísimas: Un poco tímidas.

—¿Hay muchas en Inglaterra?

—No creo. Al menos yo no he visto nunca ninguna.

—Entonces, ¿cómo sabe usted cómo tienen los ojos?

—No es que lo sepa... Es una suposición.

—Por lo visto ha recibido usted una gran educación clásica, ¿No es así la educación en Inglaterra?

—No, nada de eso...

—Y ¿qué le parece América, señor Forsyte?

—Me gusta mucho. Pero, a veces, siento nostalgia.

—A mí me encantaría viajar.

—¿No ha salido de aquí nunca?

Negó con un gesto, diciendo:

—Siempre he estado en casa, atendiendo las cosas. Pero creo que tendremos que vender nuestra casa... El algodón ya no rinde nada.

—Yo cultivo melocotones cerca de Southern Pines, en Carolina del Norte, ya sabe... Eso sí rinde ahora.

—¿Vive usted allí solo?

—Con mi madre.

—¿Es también inglesa?

—Sí.

—¿No tiene usted padre?

—Murió hace cuatro años.

—Francis y yo somos huérfanos hace diez.

—Me gustaría que vinieran ustedes a pasar unos días con nosotros. A mi madre le encantaría.

—¿Se parece a usted?

Jon rió.

—No. Ella es hermosa.

Ana le miró, y después sus labios sonrieron.

—Me gustaría ir; pero Francis y yo no podemos ausentarnos de casa a la vez.

—Pero —dijo Jon— ahora han salido a la vez.

—Nos volvemos mañana; yo tenía gana de ver Camden.

Y sus ojos volvieron a mirar detenidamente a Jon.

—¿Por qué en vez de eso no se viene usted con nosotros? Le gustaría a usted nuestra casa. Es muy antigua. A Francis le encantaría que viniera.

—¿Sabe usted siempre lo que le gustaría a su hermano?

—Creo que sí.

—Pues estaría muy bien. Pero ¿usted quiere de verdad que vaya?

—De verdad que sí.

—A mí me gustaría mucho. Me fastidian los hoteles. Quiero decir... Bueno; ya me entiende —pero al afirmar esto, le entró la casi seguridad de que ella no le entendía.

Espoleó ella un poco su caballo, poniéndolo al trote.

A lo largo de las avenidas de pinos viejísimos el sol caía fuerte y les daba en los ojos; un aliento cálido ascendía de las agujas de los pinos, de la resina y de la hierba; el camino era arenoso y blando, y los caballos corrían contentos. Jon se sentía feliz. Aquella muchacha tenía unos ojos extraños, atrayentes, y montaba incluso mejor que las Blair.

—Los ingleses montarán bien a caballo, supongo, ¿no? —le dijo.

—La mayoría, cuando es que montan; pero hoy ha decaído mucho la equitación.

—Me encantaría ver Inglaterra; nuestra familia vino de Inglaterra en mil setecientos, del Worcestershire. ¿Sabe dónde está eso?

—En el Oeste —dijo Jon—. No se puede usted imaginar cómo es aquello. Es un país frutal, muy hermoso, con casas de grandes maderos, pastos, huertos, bosques, montañas siempre verdes. Una vez fui allí de excursión con un compañero de colegio.

—¿Qué bonito debe de ser! Nuestros antepasados eran católicos. Vivían en un sitio llamado Naseby; por eso llamamos nosotros a nuestra casa Naseby también. Pero mi abuela era criolla francesa de Luisiana. ¿Es verdad que los ingleses piensan que los criollos tienen sangre negra?

—Somos una gente muy ignorante —dijo Jon—. Yo sé que los criollos son los descendientes de las viejas familias francesas y españolas. Ustedes, los dos hermanos, parecen tener sangre francesa.

—Sí, Francis sí. ¿No le parece a usted que nos hemos pasado del sitio? Creo que habremos andado unas cuatro millas, y sólo teníamos que haber andado dos.

—Y ¿qué importa? El otro cerro que hemos visto era una cosa bastante vulgar.

Sonrieron los labios de la joven. Parecía no reírse jamás.

—¿Qué indios hay por aquí? —preguntó Jon.

—Pues no sé... Semínoles, tal vez. Pero Francis dice que esos cerros han contemplado toda la historia de América. Y ¿cómo es que ha venido usted a América, señor Forsythe?

Jon se mordió los labios. Dar la verdadera razón —disgustos familiares, amores contrariados—, no era posible.

—Primero fui a la Columbia Británica, pero allí no me fué muy bien. Después oí hablar de los melocotones de Carolina del Norte.

—Pero ¿por qué se marchó de Inglaterra?

—Pues por ver mundo.

—Sí —dijo ella. Y fué una palabra llena de comprensión, con la que Jon quedó plenamente satisfecho, pues demostraba que no había comprendido nada. El recuerdo de su primer amor no le perseguía ya. Por lo menos no le había perseguido en un año o más. Había estado muy ocupado con sus melocotones. Además, Holly había escrito que Fleur había tenido un niño. Dijo de pronto —: Creo que debiéramos volvernos... ¡Se está casi poniendo el sol!— y el sol, en efecto, estaba ya muy por debajo de la línea de las copas de los árboles.

—¡Sí que es verdad!...

Dió Jon vuelta a su corcel.

—Vamos a galopar, que en media hora estará ya oscuro. Y no hay luna hasta muy tarde.

Galoparon desandando lo andado. El sol se ponía más de prisa aún de lo previsto, el aire se hacía helado, y la luz del cielo, gris. Jon paró de repente.

—Lo siento muchísimo, pero me parece que no estamos siguiendo el camino que trajimos cuando veníamos. Me parece que nos hemos desviado a la derecha. Todos estos senderos se parecen mucho, y los caballos vinieron ayer de Columbia y no conocen el país mejor que nosotros.

La chica se echó a reír.

—Entonces, ¿nos hemos perdido?

—Lo que no tiene gracia, en estos bosques sin fin...

—Es una verdadera aventura...

—Sí, pero usted va a coger frío. Hace un frío muy bueno, caray...

—Y usted no está repuesto del todo aún...

—Sí; estoy bien ya. Aquí hay otro sendero que va hacia la izquierda. ¿Seguimos por el que traemos o tomamos éste?

—Vamos a tomar éste.

Siguieron al trote. Estaba ya demasiado oscuro para galopar, y pronto les fué imposible hasta el trote. Y el sendero hacía vueltas y revueltas.

—Mira que tiene gracia esto... —dijo Jon—. Lo siento mucho —y miró a la muchacha, que cabalgaba a su lado, y pudo darse cuenta de que sonreía.

—Pues sí, tiene gracia...

Se alegró él de que ella pensara así, pero no le encontraba gracia ninguna.

—He sido tonto. Su hermano se incomodará conmigo.

—No, pues estando con usted...

—Con que tuviéramos una brújula... A este paso nos vamos a pasar la noche en danza. ¡Y aquí hay otra bifurcación! ¡Nos vamos a divertir!

Y en el momento de decir estas palabras, el último resto de luz desapareció; casi no se veía a dos metros de distancia. Se acercó a ella lo que pudo, y ella le tocó la manga, diciendo:

—No se preocupe, que eso nos estropea la aventura.

Sujetando las riendas, le cogió la mano y se la apretó.

—¡Es usted maravillosa, señorita Wilmot!

—Mire; vamos a hablarnos de tu. Cuando dos personas atraviesan juntas semejante aventura deben abandonar los formalismos.

—Muchas gracias, Ana. Yo me llamo Jon, sin «h»..., abreviatura de Jolyon.

—Jolyon..., Jon. Es bonito.

—Pues Ana ha sido siempre mi nombre favorito. ¿Le parece que nos paremos hasta que salga la luna?

—¿A qué hora sale?

—A las diez, más, o menos, juzgando por ayer. Y es casi llena. Pero todavía no son las seis.

—Vamos a seguir por donde quieran los caballos.

—Muy bien. Pero si van a algún sitio, creo que será hacia Columbia...

Siguieron, al paso, por el estrecho sendero. Ya estaba totalmente oscuro. Jon dijo:

—¿Tiene usted frío? Casi sería mejor que fuera andando. Yo iré delante. Procure no perderme de vista.

Siguió delante, pero pronto desmontó, sintiendo frío también. Bajo los árboles infinitos había un silencio profundo y ni rastros de claridad.

—Ahora sí siento frío. Voy a desmontar —dijo la voz de Ana.

Habían marchado así una media hora, llevando los caballos de las riendas y casi a palpones, cuando Jon dijo:

—¡Mire! Aquí hay una especie de claro. Y ¿qué es eso oscuro de la izquierda?

—Pues un cerro de esos.

—¿Cuál será? ¿El que vimos antes, el que íbamos a ver, o ninguno de los dos?

—Creo que será lo mejor que nos paremos aquí hasta que salga la luna. Entonces podremos ver cuál es, y orientarnos.

—Bien pensado. Voy a atar los caballos y buscaremos un sitio abrigado. Hace frío.

Ató los caballos a soco del viento, y cuando acabó de hacerlo se encontró a la muchacha a su lado.

—Hay mucha humedad —le dijo.

—A ver si damos con un agujerito y nos sentamos dentro.

La cogió del brazo y echaron a andar junto al escarpado cerro.

—Aquí —dijo Jon de pronto— han estado excavando. Esto está muy al resguardo —y tocó el suelo con la mano. Estaba bastante seco—. Vamos a sentarnos y a hablar.

El uno junto al otro, con las espaldas apoyadas contra la pared de la excavación, encendieron cigarrillos y quedaron escuchando el silencio. A no ser por los resoplidos y los golpes de pezuña de los caballos, no hubiera habido el más leve sonido en la oscuridad. Los árboles estaban demasiado separados para ser arpa del viento, y nada, aparte de ellos y de sus cabalgaduras, parecía vivir allí. Un rocío de estrellas en el cielo negrísimo y las sombras altas y difuminadas de los árboles era todo lo que podían ver. ¡Ah!... Y el resplandor momentáneo de los cigarrillos que les iluminaba de cuando en cuando el rostro.

—Temo que nunca me perdone usted esto —dijo Jon tétricamente.

—¿Por qué no? ¡Si lo estoy pasando muy bien!...

—Es usted muy amable. Pero debe sentir un frío terrible. Mire: póngase mi chaqueta.

Había empezado a quitársela, cuando ella le dijo:

—Si se la quita, salgo corriendo por el bosque y me pierdo de verdad.

Jon volvió a ponérsela.

—Podía haberme perdido con una de las hermanas Blair.

—¿Le hubiera gustado más?

—Por usted, desde luego. Por mí, claro que no..., ¡ni hablar!

Intentaban mirarse el uno al otro, y por eso las puntas de sus cigarrillos se tocaban casi. Jon, viendo los ojos de Ana, sintió el impulso de pasarle al brazo por la cintura. Parecía la cosa natural y adecuada al momento, pero, no...

—Tome usted un poco de chocolate —dijo ella.

Jon comió muy poco. ¡El chocolate debiera ser para ella!

—Esto es una verdadera aventura. ¡Está oscurísimo! Yo sola me hubiera asustado... Hay aquí algo misterioso...

—Los espíritus de los indios muertos hace siglos —dijo Jon—. La cosa está en que yo no creo en espíritus.

—Ya creería usted si hubiera tenido una niñera negra.

—¿Usted la ha tenido?

—Sí... Tenía una voz suave como un melón pasado... Ahora tenemos un negro, que de muchacho fué esclavo. Es el negro mejor del mundo... Casi tiene ochenta años, con el pelo todo blanco, como de algodón.

—Su padre no estaría en la guerra civil, ¿verdad?

—No... Pero estuvieron mis dos abuelos.

—Y... ¿cuántos años *tienes tú*, Ana?

—Diecinueve.

—Yo, veintitrés.

—*Háblame de tu casa en Inglaterra.*

—Ahora no tengo —y comenzó con una edición revisada y abreviada de su vida, y le parecía que escuchaba maravillosamente. Después, le pidió que, en correspondencia, le contara su historia de ella, y mientras la oía se preguntaba si le gustaba o no su voz. Se detenía y se alargaba en algunas palabras, pero era

suave y vivaz en la emisión. Y cuando hubo terminado con su sencillo cuento, se hizo el silencio de nuevo, que, después, Jon interrumpió:

—Son ahora las siete y media nada más. Voy a ver si los caballos están bien; usted podría echarse un sueñecito.

Anduvo alrededor del cerro hasta que llegó donde los caballos y se paró un poco a acariciarles y hablarles. Un sentimiento de cordialidad y fuerza protectora se iba desarrollando en su interior. Aquella era una chica simpática y valiente, con un rostro que recordaría siempre y que tenía mucho detrás de él. De pronto oyó su voz, baja y como si no quisiera ser una llamada:

—¡Jon!, ¡Jon!

El desanduvo, a tientas, su camino. Tenía ella los brazos tendidos.

—Esto está temeroso... ¡Dan escalofríos con ese ruido tan raro!

—Es que se ha levantado algo de viento. Vamos a sentarnos espalda contra espalda, así estará usted caliente. O mejor, yo me siento contra la pared y usted se reclina sobre mi hombro, a ver si duerme. No tardaremos mucho en poder andar con la luna.

Adoptaron las posturas sugeridas, descansando ella la espalda sobre el costado de él, y la cabeza, sobre su hombro.

—¿Está a gusto?

—Ya lo creo; se me han quitado los escalofríos. ¿Peso mucho?

—Nada —dijo Jon.

Fumaron y hablaron un poco más. Las estrellas brillaban más que antes y sus ojos estaban más acostumbrados a la oscuridad. Ambos agradecían el calor mutuo que se comunicaban. Jon se deleitaba con el olor, como de heno, que se desprendía del cabello de su compañera, que casi rozaba su nariz. El silencio se iba prolongando, mientras el sentimiento de cordialidad y protección se acentuaba en el alma de Jon más y más. Le hubiera gustado ceñirla con sus brazos y acercarla más a él. Pero, naturalmente, no lo hizo. Era ya mucho lo que tenía que hacer: quedarse quieto, soportándola y dándole calor, despersonalizarse totalmente... Desde que salió de Inglaterra ésta era la primera vez que se había sentido inclinado a abrazar a nadie; tanto había sufrido en su primer amor... El viento se hizo más fuerte, cantó por un rato su canción en las ramas de los árboles, y murió después. La tranquilidad fue mayor que nunca hasta entonces. Él estaba muy despierto y le extrañaba que ella se hubiera podido dormir, pues sin duda estaba dormida, tan inmóvil. Las estrellas hacían guiños y Jon las contemplaba. Empezó a dolerle todo el cuerpo, del peso que soportaba, y de pronto se dió cuenta de que ella estaba tan despierta como él. Volvió lentamente la cabeza hasta que él pudo verle los ojos, profundos, atrayentes.

—Peso mucho —dijo, queriéndose levantar. Pero él la sujetó.

—No pesa nada. Si está bien así, siga sin preocuparse.

Volvió a descansar la cabeza en la postura anterior, y continuó la vigilia silenciosa. Hablaron algo ahora, de cosas sin importancia, y Jon pensó: «Es raro..., uno puede vivir meses tratando a la gente y no conocerla ni la mitad de lo que se la puede conocer en un rato como éste.»

Y otra vez volvieron a dar en silencio largo y profundo; pero esta vez, el brazo de Jon rodeaba los hombros de ella, y así se encontraban más cómodos los dos. Y Jon empezó a desear que no saliera la luna. ¿Desearía ella lo mismo? No lo sabía, pero el caso es que la luna, sin importarle nada, avanzó en su órbita y lanzó su luz. Pues estaba ya allí, en la copa de un árbol, acechando, palpando el terreno, acariciando las ramas con su mano blanca...

—¡La luna! —dijo él. Ella ni se movió, y el corazón de él latió apresurado: ¡Ella tampoco deseaba que saliera la luna! Y poco a poco la luz insinuada se hizo luz plena, y se lanzó entre los troncos de los árboles, invadiéndolo todo hasta que se vieron el uno al otro con facilidad. Y siguieron sentados, sin moverse, temerosos de romper el encanto. La luna se hacía más poderosa y dominadora y esparcía su triunfo, alta ya sobre los árboles.

Jon pensó: «¿Y si la besara?»; pero inmediatamente abandonó la idea. Tal vez no lo deseara. Pero como si hubiera adivinado su pensamiento, volvió lentamente la cabeza y miró a Jon en los ojos. Él le dijo:

—Es que... *estás* bajo mi protección...

Ella respondió con un suspiro, y se levantó. También él, y estiraron los miembros entumecidos y se quedaron contemplando el bosque bañado en luz blanca y misteriosa.

—¡Ana! ¡Éste es el cerro! Y aquí está el sendero por que vinimos. Ya podremos volver fácilmente.

Murmuró ella:

—Sí —. Y fué un sonido que él no supo interpretar. Se encaminaron a sus caballos, los desataron en llegando, y montaron.

Jon dijo:

—Esto es una cosa que merece la pena recordar.

—Sí. Yo la recordaré siempre.

Y casi no se hablaron, como no fuera para consultarse el camino; pero esto pocas veces fué necesario, y trotaron. Al fin llegaron al campo de polo del hotel.

—Tú entra en seguida a tranquilizar a tu hermano. Mientras tanto, yo voy a dejar los caballos y subiré después.

Cuando entró al salón, Francis Wilmont, todavía en traje de montar, estaba solo. Su expresión de rostro era extraña, no precisamente hostil, pero tampoco amistosa.

—Ana se fué a su cuarto —dijo—. Me parece que no tienes mucho sentido de la orientación. Me has hecho pasar un malísimo rato.

—Lo siento, lo siento de verdad...—dijo Jon humildemente—. No pensé que los caballos eran nuevos en el país.

—¡Muy bien! —dijo Wilmont, encogiéndose de hombros. Jon le miró a hurtadillas.

—¿No pensarás que me perdí a posta? Porque parece que lo piensas...

Volvió Wilmont a encogerse de hombros.

—Perdóname —le dijo Jon—. Pero me parece que olvidas que tu hermana es una señorita, y que nadie se porta como un canalla cuando está con una señorita.

Francisco Wilmont no respondió; se acercó a la ventana y se quedó mirando afuera, y Jon empezó a encolerizarse. Se sentó en el brazo de un sofá, sintiéndose de repente muy cansado, y mirando al suelo. ¡Maldito bobo! ¿Había regañado a su hermana? ¡Si lo hubiera hecho...! Pero una voz sonó tras él:

—No, no he pensado mal de ti. Lo siento, hombre... Desde luego que me asusté, y por eso... ¡Chócala!

Jon le apretó la mano impulsivamente, y ambos se miraron cara a cara, con lealtad.

—Estarás cansado. Un trago te vendrá bien. Vamos a mi cuarto, que tengo una botella. Ana ya bebió.

Subieron. Jon se sentó en la única silla y Francis en la cama.

—Me ha dicho Ana que te ha invitado a venir a casa con nosotros, mañana. Debes animarte y venir.

—Puedes creer que me gustaría muchísimo.

—Pues hecho...

Bebieron. Hablaron un poco y fumaron.

—Buenas noches —dijo Jon de repente—. Si no me marchó, me quedo dormido aquí mismo.

Volvieron a darse la mano, y Jon se marchó a su dormitorio. Inmediatamente se durmió.

Al día siguiente, los tres, por Columbia y Charleston, llegaron a casa de los Wilmot. Estaba junto a un río rojizo, con algodones alrededor y con campos

donde crecían los robles, húmedos y melancólicos, festoneados con musgo de Florida. Las viejas habitaciones de los que fueron esclavos se conservaban aún, pero sólo se utilizaban como perreras. La casa, de dos pisos, tenía dos escaleras de madera, una por cada ala del edificio, conduciendo al amplio porche cubierto de enredadera florida. Las escaleras necesitaban una mano de pintura; dentro, las habitaciones daban las unas en las otras y estaban adornadas con viejos retratos de los Wilmot y De Frevilles que fueron; los sirvientes negros danzaban de un lado para otro y hablaban su lengua dulce y pegadiza.

Jon era más feliz que nunca lo fuera desde que desembarcó en el Nuevo Mundo, hacía ya tres años y medio. Por las mañanas salía con los perros a tomar el sol, o trataba de escribir poesía, pues los dos Wilmot estaban muy ocupados. Tras de almorzar salía, a caballo, con los dos hermanos o con Ana sólo. Por la tarde tomaba lecciones de ukelele, que ella le daba, junto a la chimenea, encendida con buenos troncos, o escuchaba hablar de los problemas del cultivo del algodón a Francis con quien se encontraba en magníficas relaciones desde aquel breve instante de animosidad.

Con Ana hablaba poco; parecían haber vuelto al silencio que guardaban cuando estaban sentados junto a la pared de la excavación en el cerro. Pero él la observaba; la miraba siempre, tratando de sorprender una mirada de los ojos graves y atrayentes, de ella. Cada vez más le parecía una chica distinta a cuantas hasta la fecha había visto: más rápida, más callada, con más «fondo»... Y los días pasaban bajo el cálido sol y en el olor nocturno de los leños quemados; y los días de vacación llegaron a su término. Ya sabía tocar el ukelele, y los dos cantaban a su son: melodías negras, canciones de óperas cómicas y otras obras inmortales. Llegó el último día, y Jon se sintió deprimido. Al otro, temprano, volvería a sus melocotones, en Southern Pines... Y durante el último paseo a caballo que dió con Ana, el silencio era ya excesivo y nada normal, y ella ni siquiera le miró una vez. Jon subió, de regreso, a cambiarse de ropa, con el corazón dolorido. Ahora sabía que él querría llevársela y que ella no querría ir con él. Y él echaría mucho de menos la mirada de aquellos ojos. Estaba sediento del deseo de besarla. Bajó triste, y se sentó en la butaca frente a la chimenea, acariciando la cabeza de un perro y observando cómo se iba haciendo oscuro en la habitación. Tal vez ni siquiera vendría a cantar con él por última vez. Quizá todo quedara reducido a una cena *á trois* sin la menor oportunidad de decirle que la quería y de escucharle que ella no le quería a él... Y pensó tristísimo: «Yo tengo la culpa... Me da miedo tontamente de hablar. He perdido la oportunidad.» La habitación se quedó a oscuras hasta que no había en ella nada visible, aparte del fuego de la chimenea, y el perro se echó a dormir. Jon cerró también los ojos. Así le parecía más fácil esperar lo peor... Cuando volvió a abrirlos de nuevo, ella estaba allí, de pie, con un ukelele en cada mano.

— ¿Quieres tocar, Jon?

—Sí —dijo él—. Vamos a tocar por última vez. Y cogió su ukelele.

Ella se sentó en la alfombra, junto al fuego, y empezó a afinar el instrumento. Jon se deslizó también, junto al perro, y el perro se marchó.

—¿Qué cantamos?

—Yo no quiero cantar, Ana. Canta tú y yo te acompaño.

¡Y no le miraba! ¡Ni le miraría ya más! Todo había acabado... ¡Qué estúpido había sido!

Ana cantó. Cantó un cantar que hablaba de las montañas de España. Jon hería, trémulo, las cuerdas, y la melodía le hería a él el corazón. Cantó Ana la canción y luego la volvió a cantar, y sus ojos giraron. ¡Santo Dios, si le estaba mirando! Tenía que hacer que no se daba cuenta. Era maravillosa..., aquella mirada larga sobre el ukelele... Entre ambos estaban los dos ukeleles. Soltó Jon el antipático instrumento. Y arrastrándose sentado por el suelo, se le acercó y le pasó un brazo por la esbelta cintura. Sin decir una palabra, descansó ella la cabeza sobre su hombro, como lo había hecho cuando estaban al pie del cerro. Inclínó él la cabeza, llegando la mejilla a rozarle a ella el pelo. Olía a heno, como entonces. Y como entonces volviera la cabeza a la luz de la luna, la volvió otra vez. Pero ésta, Jon la besó en los labios.

LIBRO SEGUNDO
LA CUCHARA DE PLATA

«Mas, ¡ay!, vivimos sobre espinas»

(Cuento de invierno.)

Primera Parte

I

LLEGA UN EXTRANJERO

EL joven que, a fines del mes de septiembre de 1924, bajaba de un «taxi» frente a una casa de South Square (Westminster) era tan discretamente norteamericano, que el chófer dudó un momento antes de cobrarle el doble de lo marcado por el taxímetro. Pero el joven no vaciló, por su parte, ni un momento en rechazar el abuso.

—¿Es que no sabe leer lo que marca? —dijo con suavidad—. Aquí tiene cuatro chelines.

Y, volviéndole la espalda, se quedó mirando la casa ante la cual se había apeado. Era la primera casa particular inglesa en que se disponía a entrar, y la idea le causaba cierto malestar, como el de un hombre que ha de separarse de una tradición familiar. Comprobando con una carta el número que, grabado en cobre pálido, aparecía sobre la puerta, murmuró: «No cabe duda que es aquí»; y llamó resueltamente al timbre.

Mientras esperaba que abrieran, advirtió la absoluta tranquilidad que le rodeaba, apenas turbada por las campanadas de un reloj que marcaba las cuatro, diríase que con la voz misma del tiempo. Resonando aún la última campanada, se entreabrió la puerta, y apareció en el umbral un hombre medio calvo.

—¿Qué desea el señor?

El joven se quitó el sombrero de fieltro de su morena cabeza.

—¿Vive aquí la señora de Michael Mont?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted pasarle mi tarjeta y esta carta?

—Míster Francis Wilmot, Naseby, S. C. ¿Tiene el señor la bondad de esperar aquí?

Al trasponer la puerta de la habitación que le indicaban, a la derecha, Francis Wilmot sintió algo así como una sacudida junto al suelo y unos dientes menudos que se le prendían a una pantorrilla.

—¡Dandie! —gritó la voz del hombre calvo—. ¡Condenado! Dispense el señor, pero este perro es realmente una fiera con los extraños. ¡Quieto...! Una vez le arrancó una media entera a una señora...

Francis Wilmot miró con interés a un perrito de pelaje gris plata y nueve pulgadas de altura por casi otras tantas de anchura, que le miraba, a su vez, con unos ojos relucientes, enseñándole los dientes, muy blancos y parejos.

—Es por el niño —explicó el hombre calvo, señalando a una especie de nido sobre el suelo, junto a la chimenea, a la sazón sin encender—. Cuando está con el niño, no consiente que nadie se acerque. Pero, por lo general, se contenta con olerle a uno. De todos modos hará usted bien en no acercarse al niño. La señora estaba aquí hace un momento... Voy a subirle la tarjeta.

Francis Wilmot tomó asiento en una silla, en el centro de la habitación, vigilado por el perro, que permaneció poco tiempo entre él y el niño.

Mientras llegaba la señora Mont, el mozo miró cuidadosamente en torno tuyo. Las paredes de la sala estaban pintadas de un oro suave, con el que armonizaba el techo, de matiz plateado. Un clavicordio, grácil fantasma dorado de un piano, se alzaba a un extremo de la estancia. Lámparas de cristal, cuadros de flores y el retrato de una dama, de cuello plateado y dorados chapines, decoraban los muros. También eran plata y oro las cortinas. Y si la alfombra, deliciosamente blanda bajo sus pies, era de tono argentado, los muebles eran, a su vez, de madera sobredorada.

El joven experimentó de pronto la nostalgia del hogar. Se sintió trasportado al amplio gabinete de la vieja mansión «colonial», a orillas de un río solitario de la Carolina del Sur, todo él de un matiz rojizo. *In mente*, vió una vez más el retrato de su bisabuelo Francis Wilmot, comandante realista en la guerra de la Independencia, con su casaca roja, de cuello hasta las orejas. Todos decían que era exactamente como la imagen que él veía cada mañana en el espejo, cuando se afeitaba: el mismo cabello oscuro y lacio, echado sobre la sien izquierda; la misma nariz estrecha y los mismos labios; la misma mano afilada y morena sobre el puño de la espada y sobre el mango de la navaja; los mismos ojos pardos, de mirar entornado y fijo... Con los ojos del recuerdo veía el joven a los negros y mulatos trabajando en los campos de algodones, bajo un sol, como no había encontrado otro desde que salió de allí; y se veía caminando con su perdiguero a lo largo de los pantanos, donde los musgos de la Florida festoneaban los altos troncos doloridos; y su pensamiento se detenía, una vez más, en la cuestión del patrimonio de los Wilmot, arruinado en la guerra civil y todavía en extremo precario, aunque precioso para él, que vacilaba entre continuar la lucha en su defensa o venderlo de una vez al yanqui de Charleston, que lo quería para refugio de sus ocios durante los fines de semana y que lo mejoraría hasta el punto de dejarlo desconocido. ¡Qué solitario estaría todo aquello ahora que Ana se había casado con aquel joven inglés Jon Forsythe, marchándose luego hacia el Norte, a Southern Pines! Y pensó un instante en su hermana, ya perdida para él, morena, pálida, llena de vida y energía... Sí; esta habitación, con su perfecta belleza, superior a cuanto había visto hasta entonces

en salones —lo único que, si acaso, sobraba era el perro—, suscitó en él la nostalgia del hogar. Y no pudo menos de exclamar entre dientes, como para sí:

—¡Es la habitación más bonita que he visto en mi vida!

—¡Y el cumplido más sincero que he sorprendido jamás!

Una mujer joven, de ondulada cabellera castaña, coronando un rostro de cremosa blancura, labios sonrientes, nariz corta y recta y unos párpados blanquísimos, de pestañas oscuras, a cuya sombra se abrían dos ojos color de avellana, le miraba desde la puerta. Dirigiéndose en seguida hacia él, le tendió graciosamente la mano.

Francis Wilmot se inclinó ceremoniosamente sobre ella:

—¿Mistress Michael Mont?

—¿De manera que Jon se casó con su hermana? ¿Es bonita ella?

—Sí, realmente es muy bonita.

—Espero que el nene no le habrá molestado.

—En absoluto.

—Me alegro. En cambio, me han dicho que *Dandie* le mordió a usted...

—¡Bah!, estoy seguro de que no ha pasado de la epidermis.

—¡Ah!, ¿no ha mirado usted? Pero no tema; *Dandie* está sanísimo... Bueno, siéntese y cuénteme de su hermana y de Jon. Supongo que harán una pareja perfecta...

Francis Wilmot se sentó.

—Eso creo. Jon es un muchacho excelente, y Ana...

Un leve suspiro le dejó en silencio.

—Me alegro. Jon dice en su carta que es felicísimo... Bueno, tiene usted que quedarse con nosotros. Pero conste que gozará de toda su libertad. Hágase cuenta de que está en un hotel.

Los ojos pardos del joven sonrieron.

—¡Es usted muy amable! Ésta es la primera vez que he cruzado el charco, ¿sabe usted? La guerra terminó demasiado pronto...

Fleur sacó al bebé de su nido.

—Puede usted acercarse; éste no muerde. Mire usted; ya tiene dos dientes; pero no se corresponden... ¿no es así como dicen por allá?

—¿Cómo se llama?

—Kit... de Cristóbal. Afortunadamente estuvimos de acuerdo respecto del nombre. Michael, mi marido, estará al llegar. Ha tenido que ir al Parlamento,

¿sabe? El lunes empiezan las sesiones... Sí, Irlanda, naturalmente. Ayer mismo llegamos de Italia. ¡Qué maravillosa es Italia! Tiene usted que verla.

—Usted perdone, ¿es el reloj del Parlamento ese que se oye tan fuerte?

—Sí, el *Big Ben*. Es la encargada de darles la hora. Michael dice que el Parlamento es la rémora mayor del progreso que ha podido inventarse jamás. Este año, con nuestro primer Gobierno laborista, ha sido especialmente interesante... ¿No le parece conmovedora esa manera que tiene el perro de mirar a mi nene? ¡Y que tiene unos dientes terribles!, ¿sabe?

—¿De qué casta es?

—Un *Dandie Dinmont*. Antes teníamos un *pekinés*. Fue una tragedia espantosa. Figúrese que tenía la manía de meterse con los gatos. Un día se encontró con uno que sabía defenderse y se le tiró a los ojos... Se quedó totalmente ciego... y que no hubo más remedio que...

El joven vió los ojos de mistress Mont demasiado brillantes de súbito, y exclamó, con un compasivo chasquido de lengua:

—¡Qué horror!.

—Tuve que cambiar completamente esta habitación. Antes estaba en estilo chino. Me recordaba demasiado...

—Pues lo que es a este otro, le aseguro a usted que no habrá gato...

—Por fortuna, se ha criado con gatos. Lo compré por sus patas... tiene tan arqueadas las delanteras, que apenas puede correr, de manera que se acomoda muy bien al paso del cochecito del nene. ¡A ver, *Dan*, enseña esas patitas!

Pero el *Dandie* sacudió la cabeza, con un gruñido de indudable negativa.

—Tiene un carácter tremendo, ¿sabe? Cuando dice que no... Bueno, cuénteme usted: ¿qué es de Jon actualmente? ¿Es todavía inglés?

El joven comprendió que, al fin, había dicho algo que realmente le interesaba y tenía cierta importancia para ella.

—Lo es; pero es un chico inmejorable.

—¿Y su madre? Antes era muy bonita.

—Y lo sigue siendo.

—Sí, realmente, no hay motivo para que hubiera dejado de serlo. De todos modos, ya tendrá el pelo gris, ¿no?

—Efectivamente. ¿Es... que no le es simpática a usted?

—¡Con tal que no le dé por tener celos de su hermana y de usted!

—Me parece que es un poco injusta con ella.

—Sí, posiblemente.

Inmóvil, con el niño en los brazos, el rostro de mistress Mont se endureció bruscamente. El joven, percatándose de que los pensamientos de ella iban mucho más lejos que los de él, se puso en pie.

—Cuando le escriba usted a Jon —exclamó ella, de pronto—, dígame que me alegro muchísimo y que le deseo mucha suerte. Así no tendré que escribirle personalmente... ¿Tiene usted inconveniente en que le llame por su nombre de pila: Francis?

Francis Wilmot se inclinó cortésmente.

—¡Por Dios, señora; encantado!

—Pero usted, a su vez, tendrá que llamarme Fleur. Después de todo, somos casi parientes, ¿no le parece a usted?

El joven sonrió, rozando apenas el nombre con sus labios.

—¡Fleur! ¡Un nombre precioso!

—Su habitación estará lista para cuando usted vuelva. Tendrá usted su cuarto de baño propio, como es natural.

Francis posó levemente los labios sobre la mano tendida.

—Es maravilloso —dijo—. Cuando usted entró me hallaba en un momento de nostalgia de la patria; realmente, aquí echo mucho de menos el sol.

Al salir miró un instante hacia atrás. Fleur había vuelto a dejar el niño en la cuna, y estaba inmóvil, con los ojos fijos en el vacío.

II

CAMBIOS EN LA CASA

La causa de la transformación del salón chino de Fleur había sido, sin embargo, algo más que la muerte de un perro. El día de su cumpleaños, cuando Michael llegó por la noche a su casa, le había dicho:

—¿Sabes, mi niña? He dejado la editorial. Con ese vejistorio de Danby siempre encima de uno... Realmente no era carrera.

—¡Pero, Michael! Ya verás cómo te aburres a más no poder.

—Entraré en el Parlamento. Después de todo, no tiene nada de particular, ni es una profesión tan opuesta a la editorial...

Había hablado en broma; pero seis días después comprendió que se lo habían tomado en serio.

—Tenías razón, Michael. Realmente, es lo más indicado para ti. Tú tienes ideas...

—Las de los demás.

—Y don de palabra. No te costará el menor trabajo destacar en el Parlamento.

—Pero cuesta mucho dinero, hija mía.

—No importa; ya he hablado con papá. Se ha quedado sorprendido, pues nunca ha habido un Forsythe en el Parlamento, ¿sabes? Pero cree que me dará brillo y que es todo para lo que sirven los *baronets*.

—Sí..., hay que buscarse escaño.

—También he sondeado a tu padre acerca de eso. Él hablará a quien sea preciso. Parece que buscan gente joven.

—A propósito, ¿a qué partido perteneceré? ¿Cuáles serán mis ideas políticas?

—¡Pero, hijo mío...! A los treinta años era hora de que lo supieras.

—Desde luego, liberal, no. Pero ¿soy conservador o laborista?

—¡De aquí a las próximas elecciones tienes tiempo de pensarlo!

Al día siguiente, afeitándose, mientras ella estaba en el baño, se hizo una leve cortadura y dijo:

—En realidad, la cuestión territorial y la de falta de trabajo son las únicas que me interesan. Soy foggartista.

—¿Cómo?.

—Sí, hija, el libro del viejo sir James Foggart. Tú también lo leíste.

—¿Yo? No.

—Pues tú lo dijiste.

—Sí..., hay que decir que se ha leído todo.

—No tiene importancia... Su mirada está fija en el 1944, y su política, de acuerdo con ella. Seguridad en el aire, en tierra y emigración infantil; equilibrio de la oferta y la demanda dentro del Imperio; recuperación de nuestras pérdidas en Europa; y la aceptación de un presente peor en beneficio de un futuro mejor: tales son los principios fundamentales de su programa político. En una palabra, todo lo no popular y se considera imposible.

—Pero no tienes necesidad de exponer todo eso hasta que no hayas conseguido tu acta. De todas maneras, me parece que tendrás que presentarte con los conservadores.

—¡Qué preciosa estás!

—Por otra parte, si la consigues, podrás permitirte el lujo de no estar conforme con nadie. Eso te dará una cierta situación desde el primer momento.

—¡Qué agudísima idea! —murmuró Michael.

—Podrías lanzar eso que decías antes... el foggartismo. Supongo que ese Foggart no estará completamente loco, ¿verdad?

—Tal vez demasiado cuerdo; cosa que, por otra parte, viene a ser lo mismo. Resulta que hemos fijado una escala de salarios más elevada que ningún otro país, salvo los Estados Unidos y los Dominios, que ya no podemos rebajarla; en realidad, nos estamos agrupando con los países nuevos. Foggart es partidario de que produzcamos en cuanto sea posible las substancias alimenticias para nuestro consumo y que enviemos a las colonias la infancia de nuestras ciudades, antes de que se perviertan e inutilicen, hasta que la demanda colonial absorba nuestra producción. Por descontado que nada de esto es practicable sin una sincera y leal colaboración entre todos los Gobiernos del Imperio.

—Pues, mira; todo eso, expuesto de esa manera, parece muy sensato.

—Como tú sabes, le publicamos el libro nosotros; claro está que por su cuenta. En su opinión, no se trata más que de creer con firmeza. Un nuevo ejemplo de «la fe mueve montañas». Pero la verdad es que, a pesar de su indudable fe proselitista, las montañas, por ahora, no dan señales de moverse.

Fleur se puso de pie, disponiéndose a salir de la bañera.

—Perfectamente —declaró—. Está todo resuelto. Tu padre dice que podrá conseguirte un acta como conservador. Y, conforme te decía, nadie te obliga a exponer antes tus ideas. Como sea, estoy segura de que te espera una magnífica carrera parlamentaria.

—Gracias, amor mío. ¿Quieres que te ayude a secarte?

Pero antes de cambiar su salón chino, Fleur había esperado a que Michael se encontrara cómodamente sentado en la Cámara, formando parte de una Comisión *soi-disant* interesada en los problemas agrícolas. Prefirió para el decorado una mezcla de estilo Adam y Luis XV. Michael lo bautizó; «el locutorio bimetálico» y se llevó El Mono Blanco a su gabinete. El pesimismo del bruto no cuadraba bien, a su parecer, con la vida política.

Fleur había abierto su *salón* con una reunión en febrero. El espíritu mundano había desaparecido con la *débâcle* liberal, y el corrillo político legal de lady Alison ya no contaba. El momento era de gentes más vulgares. Sus veladas del miércoles eran juveniles, representando a la edad madura su suegro, dos embajadores de tercera clase y Pevensey Blythe, el director de *La Vanguardia*. Tan diferente de su estilo literario que, con frecuencia, le tomaban por un Primer Ministro de las Colonias, Blythe era un hombretón barbudo, de ojos grises, siempre inyectados de sangre, que expresaba su sapiencia en párrafos

casi ininteligibles. «Lo que piensa Blythe hoy, el Partido Conservador *no* lo pensará mañana», se solía decir de él. Entre sus otros detalles personales debe anotarse la voz delgada y el uso constante del pronombre indeterminado.

—Uno camina dormido —acostumbraba a decir, acerca de la situación política—, y se despierta sin ropa.

Decidido partidario del libro de sir James Foggart, que definía como «la obra maestra del arcángel ciego», le encantaba la música de clavicordio y era inapreciable en el salón de Fleur.

Despreocupada de la poesía y de la música moderna, sin que le importara un bledo tanto Sibley Swan como Walter Nazing o Hugo Solstis, Fleur podía dedicar gran parte de su tiempo a su hijo, el undécimo *baronet*. Éste representaba para ella la realidad de las cosas. Michael podía defender teorías póstumas y el partido laborista podía cobijar esperanzas predatorias; para ella, el 1944 traería la mayoría de edad del undécimo *baronet*. Que Kit heredara una Inglaterra digna de vivir en ella tenía más profundo valor que todos aquellos proyectos que continuamente se presentaban en la Cámara de los Comunes, para que luego se quedaran sin llevarlos a cabo. Así, por ejemplo, todas esas casas que se trataba de construir... sí, de seguro que la cosa estaría muy bien; pero tampoco era dudoso que no urgía demasiado mientras Kit conservara el castillo de Lippinghall y la casa de South Square, en Londres. Pero, por descontado, Fleur no expresaba en alta voz estas convicciones un tanto cínicas, que ni siquiera se declaraba abiertamente a sí misma en su fuero interno. Por lo eternas, de labios afuera, sus ideas eran siempre de una perfecta ortodoxia, al servicio del supremo dios Progreso.

La paz del mundo, la higiene, el comercio y el remedio del paro preocupaban a todos, fuera cualquiera el partido, y Fleur se dejaba arrastrar por la corriente; pero, mejor que Michael y sir James Foggart, el instinto le decía que la famosa consigna «cómete el pastel y consévalo», que entrañan todos los partidos, no era ya tan «magnífica» como pudiera aparecer a simple vista. Con tal de que Kit, tuviera su «pastel», no había para qué preocuparse de lo demás, aunque, naturalmente, había que disimularlo. Mariposeando a través de su salón, de persona en persona, siempre encantadora, embelesaba a todos con su gracia, su sentido común y su flexibilidad. Asistía frecuentemente a la Cámara y, a pesar de que no prestaba atención apenas a los discursos, captaba, no obstante, por una especie de séptimo sentido (ya que, si las mundanas, en general, tienen seis sentidos, Fleur de seguro que tenía siete), cuanto requería para el buen gobierno de su salón: los altibajos del barómetro gubernamental, los lugares comunes y los moldes de la política; y, sobre todo, los atisbos de la personalidad, de la trastienda del hombre que en sí llevaba cada uno de los parlamentarios. Vigilaba la carrera de Michael atentamente, con la mirada celosa de la madrina que regala a un ahijado un devocionario con pastas en

marroquín azul, esperando que de esa manera ha de recordar algún día la existencia de tal libro. No obstante haber concurrido asiduamente a la Cámara en la primavera y el verano, Michael no había pronunciado una palabra, actitud aprobada por ella hasta esa fecha, al mismo tiempo que con la atención y voluntad que le escuchaba en casa sus discursos, le animaba a darse cuenta de sus convicciones e ideas foggartistas. Además, si el foggartismo era la única solución firme del paro, como decía Michael, nadie más foggartista que ella, confirmándole, como le confirmaba, su sentido práctico que el único peligro verdadero para el porvenir de Kit estaba precisamente en aquel mal nacional. Suprimáse la falta de trabajo, y nadie tendría motivos ni tiempo para disturbios. Sin embargo, las críticas a que sometía, de vez en cuando, al foggartismo no parecían estar fuera de camino:

«Hijo mío, ¿hay acaso país que sacrifique su presente a su futuro?»; o bien: «¿crees tú que la vida del campo es realmente mejor que la de la ciudad?»; o bien: «¿te imaginas tú enviando a nuestro Kit, al cumplir sus catorce, a sabe Dios qué absurdo rincón del mundo?»; o «¿crees tú que lo aceptarán las ciudades?» Estas críticas, sin embargo, tenían la ventaja de arraigar más las convicciones de Michael y de elevarle a tal elocuencia que Fleur se aseguraba cada vez más de su porvenir parlamentario. ¿Es que no iban a hacer Par al viejo sir Giles Snoreham, nada más que por haber llevado toda su vida sombrero de copa y haber propugnado durante toda su vida la vuelta de los coches de punto? Sombreros, flores en el ojal, unos lentes... todas estas y otras muchas menudencias, de posible valor y significación en la política, agitaba Fleur en su cerebro.

—Unos lentes de cristal sin graduar no te harían el menor daño a la vista, Michael; y no cabe duda que te darían cierta prestancia...

—Pues para nada le han servido a mi padre. De seguro que no le han hecho vender ni tres ejemplares de sus libros. No; si triunfo, será por la palabra.

Mas, a pesar de todo, ella seguía aconsejándole que siguiera guardando silencio.

—Es preciso esperar el momento oportuno. Estos laboristas no durarán un año.

—¿Por qué no?

—Pues porque cada día están más engraidos y de peor talante. No se dan cuenta de que están en el Poder nada más que por condescendencia; y, cuando se está en tales condiciones, se debe ser agradable a todos, so pena de que se cansen de uno. Tan pronto como ellos se vayan, subirán al Poder los conservadores y, probablemente, permanecerán en él bastante tiempo. Tendrás unos cuantos años para permitirte el lujo de ser disidente y, cuando caigan, es lo más seguro que ya tengas un título. Por el momento, debes mantenerte en

contacto con tus electores; no se debe olvidar jamás que en el Parlamento se está representando a un distrito.

Michael, en vista de ello, dedicó la inmensa mayoría de sus fines de semana de aquel verano en mantener el contacto con sus electores de Mid-Bucks, mientras que Fleur los pasaba consagrada al undécimo *baronet*, en casa de su padre, a los alrededores de Mapledurham.

Desde que había sacudido de sus pies el polvo de la ciudad, a partir del asunto de Elderson y la P. P. R. S., Soames, realmente, se había hecho demasiado campesino para un Forsythe. Había comprado algunos prados al otro lado del río y unas cuantas vacas de Jersey. No es que pensara en montar una granja, ni mucho menos, ¡valiente disparate!, pero le divertía pasar el río en su batea, para ver ordeñar las vacas. Había mandado construir también varios invernáculos para melones. El melón inglés era superior a todos los demás, y cada año, a partir de su enlace con una francesa, le hacía aficionarse más a no comer otros productos que los naturales cultivados por su mano. Cuando Michael entró en el Parlamento, Fleur le había enviado un ejemplar del libro de James Foggart: *La crítica situación de Inglaterra*, al recibir el cual había dicho a Annette:

— ¡No sé qué se figurará que voy a hacer con este mamotreto!

— Pues leerlo, Soames; eso me supongo, por lo menos.

Soames, hojeándolo, resopló:

— ¡Dios sabe de qué tratará todo esto!

— No te preocupes, lo venderé en mi tómbola. Así lo aprovechará alguien que sepa leer inglés.

A partir de este instante, Soames se entregó, de manera casi inconsciente, a leer el libro. Como a casi todo el mundo, lo mismo individuos que colectividades, le daba su revolcón, la lectura empezó a interesarle, sobre todo aquel capítulo en que combatía la resistencia del trabajador a separarse de sus hijos a una edad determinada. Sin haber salido jamás de Europa, Soames tenía una idea bastante vaga de ciertos países, como el África del Sur, Australia, Canadá y Nueva Zelandia; pero aquel viejo Foggart, según parecía, había estado en todos ellos y sabía de qué hablaba. Lo que decía acerca del desarrollo de estos países parecía, realmente, muy sensato. Los que emigraban allá, prosperaban rápidamente, llegando a ricos a la edad en que Inglaterra andaba todavía repartiendo paquetes, tan pronto trabajando, como parados, víctimas señaladas y presa segura de la falta de trabajo y del comunismo. ¡Qué emigración, pues! La idea tenía ya cierto atractivo para los ingleses de raza. Le pareció de perlas también a Soames cuanto allí se decía sobre la necesidad de producir sus artículos alimenticios y la seguridad de Inglaterra en el aire... Pero he aquí que, paulatinamente, sin saber cómo, empezó a sentir cierta aversión

hacia el libro. Aquel individuo era, en verdad, excesivamente jeremíaco. Y se quejó a Fleur de que el «mamotreto» en cuestión no tratara más que de fantasías. No, nada de aquello era realizable. ¿Qué decía sobre ello el viejo Mont?

—No ha querido leerlo; dice que no conoce en vano al viejo Foggart.

—¡Hum! —exclamó Soames—. En ese caso, no me sorprendería que, después de todo, tuviera algún valor. (Aquel cabeza de chorlito de Baronet estaba tan anticuado.) De todos modos, esto prueba que Michael se ha separado de los laboristas.

—Michael dice que los laboristas, en cuanto se hayan dado cuenta de lo que significa, acabarán aceptando el foggartismo.

—¿Cómo es eso?

—Cree Michael que el foggartismo beneficia a los laboristas más que a nadie. Según él, uno o dos de sus jefes comienzan a percatarse de ello, y los demás, con el tiempo, no tendrían más remedio que seguirles.

—Malo; si empiezan a digerirlo los jefes, la tropa no lo tragará jamás.

Y Soames permaneció durante dos minutos como transportado. ¿Había proferido una sentencia profunda, o...?

La llegada de Fleur con el undécimo *baronet*, en el fin de semana, le resultaba sumamente agradable. Aun cuando al principio había sufrido algo como desilusión, porque el nieto no había sido hembra (un décimo *baronet* estaba demasiado ligado a los Mont), al cabo de los meses empezó a encontrar en él un «mocosito simpático»; y, de todas maneras, tenerlo en Mapledurham era evitar que estuviera en Lippinghall. Claro está que a veces le disgustaba ver al chiquillo tan rodeado de mujeres; sin duda, había algo de excesivo en la maternidad. Ya lo había advertido en Annette y ahora lo observaba también en Fleur. ¡Acaso fuera algo peculiar del carácter francés! Él, por su parte, no recordaba tales aspavientos en su madre, aunque la verdad es que no podía conservar ningún recuerdo de su primer año. Un día, viendo absortas en la contemplación del nieto a madame Lamotte, a Annette y a Fleur —tres generaciones de maternidad reunidas ante aquel personaje diminuto y gordinflón—, no le había quedado otro camino que buscar refugio en su batea e irse a pescar lo que por anticipado sabía que no se iba a comer nadie.

Cuando terminó de leer el libro de sir James Foggart había llegado a su fin también el desagradable verano de 1924, empujado por un mes de septiembre más desagradable aún. Los días suaves y dorados, abriéndose paso a través de la bruma, que constela con gruesas gotas de rocío las telarañas de los dinteles, no llegaron este año. Llovió y tuvo el río una avenida tan anormal que los periódicos, extrañamente vacíos al principio, se llenaron después con noticias

sobre el verano más húmedo «que se había conocido en treinta años». Apacibles, teñidas del verdor de los juncos y de las sombras de los árboles, las aguas del río corrían interminablemente entre los húmedos céspedes de Soames y las mojadas praderas. No hubo setas. Las moras sabían a lluvia. Soames presumía de saber, por el sabor de una sola, cómo había sido el año. A despecho de todo, se encontraba de mejor humor que lo estuviera de quién sabe cuándo. Los laboristas habían llegado al Poder, aunque lo ejercieran con bastante cortedad, y el mundo no se había venido abajo. Obligado a prestar atención al panorama político, se dedicaba a hacer profecías en la mesa, durante el desayuno. Tales profecías variaban conforme a las últimas noticias; pero, como se olvidaba siempre de las que no se cumplían, Annette podía siempre asegurar que «ya se lo había dicho él». Ahora que ella maldito el caso que le hacía, entretenida «como mujer, en sus tómbolas de caridad, en sus mermeladas, paseos en automóvil, compras en Londres, té, reuniones»; y, no obstante, su tendencia a engordar, todavía notablemente agraciada. Jack Cardigan, el marido de su sobrina Imogen, le había regalado a Soames, al cumplir éste sus setenta y nueve años, un juego de mazas de *golf*, cosa que le había dejado más estupefacto que cualquiera otra de su vida. ¿Qué diablos iba a hacer él con esas mazas de *golf*? Annette, con aquella vivacidad de pensamiento francesa, que tanto le había desazonado, se permitió sugerirle que lo más propio era usarlas. ¡Tenía unas ocurrencias! ¡A su edad iba él...! Pero es el caso que un fin de semana, por el mes de mayo, vino el donador en persona, acompañado de Imogen, y, colocando una bola sobre una topinera, la hizo cruzar el río de un solo golpe.

—Te apuesto una caja de puros, tío Soames, a que no haces lo mismo de aquí al lunes, que yo me vaya.

—Yo no apuesto jamás —repuso Soames—. Ni fumo.

—Pues ya es hora de que empieces a hacer una y otra cosa. Mira, nos vamos a pasar el día de mañana aprendiendo a dar a la bola conforme a las reglas del *golf*.

—¡Absurdo!

Y, sin embargo, aquella noche, en su habitación, se había pasado un buen rato, en pijama, balanceando los brazos como lo había hecho Jack Cardigan. Al día siguiente logró mandar a las mujeres de excursión, con almuerzo: él no podía consentir en modo alguno que se riesen de él durante el aprendizaje. En realidad, pocas horas tan enojosas en su vida como las que siguieron. El momento cumbre fué aquel en que, por fin, logró dar a la bola, mandándola al río, a tres yardas de la otra orilla. Y lo peor fué que al día siguiente tenía tales agujetas en los brazos y en la espalda, que Annette tuvo que friccionárselos hasta hacerle exclamar:

—¡Cuidado, que me arrancas la piel!

Pero el espíritu del juego había prendido en él. Después de haber estropeado algunos trozos de sus céspedes, ingresó en el Club de Golf más cercano, practicando asiduamente, durante la hora del almuerzo, sin otra compañía que la de un muchacho encargado de recoger las bolas. Persistió en su afán con peculiar tenacidad, hasta que finalmente, en julio, se creyó con cierta pericia. En ese momento intentó la conquista de Annette, haciéndola ver lo mucho que el *golf* contribuiría a hacerla bajar de peso.

—*Merci*, Soames —fué la contestación—. No tengo ningún interés en convertirme en una de esas *misses* inglesas, más lisas que una tabla, lo mismo por detrás que por delante.

Annette era reaccionaria, «como su país», y Soames que, en el fondo, sentía cierta simpatía por las curvas, no insistió. Según pudo descubrir, el *golf* estimulaba suavemente su hígado y su carácter. Sus mejillas empezaron a sonrosarse. Al día siguiente de su primera partida con Jack Cardigan, que, no obstante la considerable ventaja, le venció no menos que por nueve puntos, Soames recibió una caja de puros. Qué pretendía con ello el remitente es cosa que Soames no pudo imaginar, por más que reflexionó sobre ello. Pero no tardó en descubrir, poco después, una noche, sentado junto al ventanal de su galería de cuadros, con uno de los puros entre los dientes. ¡Cosa extraña! no le mareó lo más mínimo. Por el contrario, le produjo una sensación bastante parecida a la que experimentaba después de «practicar Coué», método relativamente anticuado, desde que un norteamericano, según decía su hermana Winifred, había encontrado otro procedimiento más eficaz. Sin embargo, sospechando que su familia estaba en connivencia con Jack Cardigan, no se atrevió a entregarse abiertamente a la nueva sensación fuera de su galería de pinturas; y así fué cómo el fumar puros tomó el carácter de vicio secreto. Por descontado que al terminarse la caja regalada por Jack Cardigan, vinieron a reemplazarla otras. Sólo cuando descubrió que hacía semanas que Annette y Fleur y otras varias personas estaban enteradas, quebrantó su regla, manifestando, también en público, que su vicio de ahora eran los cigarrillos.

—Hijo mío —le manifestó Winifred, cuando vino a sentarse a su lado—: todo el mundo dice que eres otro hombre.

Soames arqueó las cejas. Él no había notado el menor cambio.

—Este Cardigan —añadió— es un muchacho muy simpático... Voy a cenar a casa de Fleur y me quedaré a dormir allí. Acaban precisamente de llegar de Italia. El Parlamento reanuda sus sesiones el lunes.

—Sí —contestó Winifred—, siempre tan excéntricos. ¡Mira que reunirse durante las vacaciones de verano!

—¿Y qué quieres? ¡Irlanda! —concluyó gravemente Soames—. ¡Otra vez la eterna discusión!

Pero, ¡qué se le iba a hacer! Siempre había sido así y así sería siempre.

III

MICHAEL CONSULTA UN HORÓSCOPO

Michael había vuelto de Italia ansioso de una vida tranquila y apacible, resultado normal de los viajes por el Mediodía. Campesino por inclinación, pues se había criado en el campo y, no obstante, preocupado por el problema de la falta de trabajo y por el ideario foggartista, como solución más segura de aquél, todavía no había adquirido ninguna chifladura suplementaria en la Cámara, y se contentaba con comer tranquilamente el pan del Estado, pan casi sin mantequilla, desde luego, sin hacer nada a cambio del mismo. No es extraño, por tanto, que sintiera deseos de conocer la situación exacta en que se encontraba y lo que la misma podría durar.

Decidido a «consultar este horóscopo», como habría dicho el viejo Forsythe, salió aquel mismo día de la Cámara, después de examinar la correspondencia acumulada que allí le esperaba, camino de la Redacción del destacado semanario *La Vanguardia*, cuartel del ampuloso Pevensey Blythe; tostado por el sol de Italia y enmagrecido por la cocina italiana, iba con paso ligero y alegre, pensando en un sin fin de cosas. Cuando bajaba por el Embankment, donde una bandada de pájaros —¿acaso también sin trabajo?— posados en los árboles, parecían meditar igualmente sobre su situación presente y lo que les podría durar, Michael sacó una carta del bolsillo, para releerla una vez más.

«112, Sapper's Row, Camden Town.

Honorable señor: Siendo joven, como usted lo es, según el Who's Who, creo que no permanecerá insensible a los sufrimientos ajenos. Austríaca de nacimiento, estoy casada hace años con un alemán, actor, y actor inglés, ya que sus padres fallecidos, le trajeron a Inglaterra muy niño. Durante la guerra fué internado, como los demás alemanes, quedando su salud quebrantada en tales términos que, atacado por una neurastenia aguda, no ha podido trabajar en nada desde entonces. Con anterioridad a la guerra, siempre estuvo contratado y disfrutábamos de una posición relativamente desahogada; pero gran parte del dinero que habíamos logrado ahorrar se nos fué cuando yo hube de quedarme sola con el niño; lo demás se lo llevó la T. P., que no nos devolvió casi nada, por no ser ingleses ninguno de los dos. Y lo poco que pudimos salvar se ha gastado totalmente en medicinas, en pagar nuestras deudas y en enterrar a nuestro hijo, que, afortunadamente, se nos murió, pues aunque yo, como es natural, le quería más que a nada en el mundo, la vida que actualmente llevamos no es la más a propósito para un niño. Al presente, vivimos de mis trabajos de aguja, pero esto, cuando más nos produce, es una libra por semana, a veces nada. En los teatros no quieren ya contratar a mi marido, porque de su enfermedad le han quedado unas sacudidas o temblores bruscos, que ellos atribuyen al alcohol, como si el infeliz tuviera dinero para ello. No sabemos

adónde dirigirnos, ni qué hacer. Tal es la razón, honorable señor, de que haya llegado a creer que tal vez usted pudiera hacer algo en favor nuestro ante la T. P. En ésta han sido muy amables con nosotros; pero nos responden que ellos tienen que atenerse a las órdenes recibidas y no pueden hacer nada. O tal vez usted pudiera obtener para mi marido algún trabajo al aire libre, que, al parecer de los médicos, es lo que le conviene. Ni en Alemania ni en Austria tenemos ya a quién dirigirnos, pues no nos queda en ninguno de dichos países nadie de la familia. Supongo que nuestra situación será la misma de otros incontables desgraciados; me he atrevido, no obstante, a dirigirme a usted esperando que tal vez podrá ayudarnos, pues, como es natural, de ser posible, desearíamos seguir viviendo y actualmente apenas puede decirse que comemos. Suplicándole me perdone la libertad que me he tomado, quedo suya preocupada y humilde servidora,

Anna Bergfeld»

«¡El Señor los ampare!», pensó Michael, poco convencido, bajo uno de los plátanos que circundan el Obelisco de Cleopatra. Pues, según sus luces, ¡qué iba a interesarse Dios por el destino de unos extranjeros (¡y boches, a mayor abundamiento!) en Inglaterra! Y desde luego que no iba a intervenir arbitrariamente el Todopoderoso en la espuma de las olas levantadas por la administración de las Esferas. Dios era, para Michael, un monarca de soberanía estrictamente limitada por su propia constitución.

Metióse de nuevo la carta en el bolsillo. ¡Pobre gente! Pero, verdaderamente, con 1.200.000 y pico de obreros ingleses parados, debido principalmente a ese maldito Káiser y su chifladura naval... Porque si el tal y su camarilla no hubieran comenzado en 1899 la competencia de armamentos navales, es seguro que Inglaterra hubiera podido permanecer al margen de todo aquel enredo y, casi seguro también, que no se hubiera planteado dicho enredo.

Doblando la esquina de la estación del Temple, subió hacia las oficinas de *La Vanguardia*. Se hallaba ligado a este semanario hacía ya años. *La Vanguardia* lo sabía todo y sabía valerse para dar la impresión de que nadie sabía más que él; de ahí que pareciera más concienzudo y autorizado que ningún otro semanario. Sin defender oficialmente a ningún partido, podía permitirse el lujo de protegerlos a todos. Sin el morbo imperialista, se atribuía conocimientos especiales acerca de las cuestiones relativas al Imperio. Sin nada de literatura, se afanaba con deleite especial en bajarle los humos a la *gens* literaria, aspecto que, en sus tiempos de editor, había tenido en repetidas ocasiones oportunidad de comprobar. Jactándose de un profundo respeto a las Iglesias y a la Ley, se manifestaba partidario de dar a cada una lo que le correspondía. Especialmente aficionado al teatro, tomaba a este respecto una actitud algo irlandesa. Pero, con preferencia tal vez a todo ello, en nada se destacaba más que en la detracción de las reputaciones políticas, manteniéndolas en su lugar y haciendo ver que este

lugar se encontraba por debajo del que ocupaba *La Vanguardia*. De sus artículos de fondo, además, fluía ese «espíritu santo» del conocimiento infuso, expresados en párrafos fuera del alcance del nivel medio de comprensión, sin el cual ciertamente ningún periódico de tal índole podía esperar que realmente se le tomara en serio.

Michael subió los escalones de dos en dos, hasta el umbral de la amplia sala cuadrada, en el momento en que mister Blythe, de espaldas a la puerta y empuñando una regla, señalaba con ésta un mapa desplegado ante sí.

—Esto es un mapa apícola —se explicaba a sí mismo mister Blythe—; el más apícola de cuantos he visto, realmente.

Michael no pudo reprimir un ligero carraspeo, que hizo volverse inmediatamente hacia él los ojos redondos, saltones y epilépticos de mister Blythe.

—¡Hola! —exclamó, provocativamente—. ¿Es usted? El Departamento de Colonias ha preparado estos mapas con la especial finalidad de resaltar las localidades más adecuadas para el establecimiento de los colonos. ¡Y pensar que se han olvidado de Baggersfontein, la más importante de todas, desde el punto de vista apícola!

Michael se sentó sobre la mesa.

—He venido a ver qué piensa usted de la situación. Mi mujer dice que los laboristas no durarán ya mucho.

—Su mujer es encantadora —aseveró mister Blythe—. Pero los laboristas sobrevivirán a la cuestión de Irlanda, a la cuestión rusa y seguirán tirando en precario, como hasta ahora. No es discreto, realmente, vaticinar su fenecimiento. El miedo de los presupuestos puede hacerles durar hasta febrero. Cuando se haya extinguido el olor del unto ruso, vamos a suponer que allá por noviembre, habrá llegado el momento indicado para un movimiento táctico en el Parlamento.

—¡Oh!; ese primer discurso es mi pesadilla —exclamó Michael—. ¿Cómo, realmente, lanzar yo solo el *foggartismo*?

—Para entonces habremos podido dar ya la impresión de un cierto volumen de opinión.

—Y ¿lo habrá en realidad?

—Naturalmente que no.

—¿Entonces? —pareció desalentarse momentáneamente Michael—. Y, a propósito, ¿qué actitud adoptaremos en lo referente al Libre Cambio?

—Nos declararemos partidarios de él y proseguiremos con los aranceles.

—¡Dios y Mammón!

—No cabe, por el momento, otra solución en Inglaterra, Mont. Además que no será ninguna novedad. Fíjese usted en los liberal-unionistas, los conservador-socialistas y... y...

—Y los demás contubernios —concluyó sarcásticamente Michael.

—¡Qué le vamos a hacer! El foggartismo es un fin, no un medio; el Libre Cambio y el Proteccionismo son medios, y no esos fines en que los han convertido los políticos.

Acuciado por el término «políticos», Michael abandonó su asiento de sobre la mesa. Verdaderamente empezaba a sentir cierta simpatía por aquellos infelices. La opinión pública suponía que los intereses del país les tenían completamente despreocupados y que iban siempre a la rastra de los acontecimientos, sin ser capaces ni de preverlos ni prevenirlos. Ahora bien: ¿quién podría realmente decir lo que conviene al país entre tantas nubes de palabrería? Ni siquiera el viejo Foggart, pensaba a veces Michael.

—Usted sabe, Blythe —comenzó a explicar éste—, que los políticos no prevenimos los acontecimientos, sencillamente porque sabemos que no es posible. Cada elector se cree que su beneficio personal es el beneficio del país, interesándose realmente sólo por aquellas cuestiones que a él particularmente le atañen. Si el foggartismo, aunque sea sólo transitoriamente, supone un alza en el coste de la vida y la separación de los hijos de las familias obreras, precisamente al llegar a la edad en que podrían empezar a ganar un sueldo, todo ello con miras a un futuro a quince o veinte años vista, ¿cree usted realmente que el programa contará con muchos adeptos?

—Mi joven amigo —repuso míster Blythe—: nuestro cometido es precisamente la conversión del prójimo. Actualmente nuestros tradeunionistas desprecian el mundo exterior. No lo han visto jamás. Su filosofía se halla encerrada dentro de sus infectos callejones. Pero cinco millones de libras destinadas a enseñar un poco de mundo, mediante la organización de viajes circulares, a cien mil trabajadores, harían el milagro en el plazo de cinco años. Inculcaría en las clases trabajadoras el deseo ardiente de crearse un lugarcito al sol en el planeta. El mundo, en fin de cuentas, es de sus hijos. Pero ¿quién podrá censurarlos por el hecho de que todavía no se hayan enterado?

—Pero algunos —dijo Michael— ya piensan en ello. Y ¿qué pensará el Gobierno?... ¿Puedo llevarme sus mapas?... A propósito —prosiguió, desde la puerta—, ¿sabe que hay ya algunas sociedades que se ocupan del envío de los muchachos fuera?

—Sí —gruñó míster Blythe—. ¡Un magnífico negocio! Unos cuantos cientos de muchachos con buen resultado, y no habrá ejemplo más convincente de lo que podría llegar a ser. Multiplíquese por cien y ya está lanzada la cosa. Al fin, no se puede llenar un cubo con una cuchara de té. ¡Hasta la vista!

Siguiendo por el Embankment, se preguntaba Michael para sus adentros si sería en realidad compatible con el apasionado amor a la patria la intención de impulsar a gran parte de sus compatriotas a que la abandonaran. Pero el estado de congestión de las ciudades, con su fealdad ahumada y sucia; esos niños sin un horizonte de superación desde su cuna; esos enjambres de desdichados sin trabajo, malviviendo de la caridad pública, y cuya situación, dentro del actual estado de cosas, apenas si ofrecía una débil esperanza de arreglo; toda esa confusión e inestabilidad... ¿iba a ser tal vez el estado permanente del país en que uno había nacido y en que estaban enclavados casi todos sus intereses, empezando por los afectivos? Alzando los ojos hacia las torres de Westminster, vió un momento el sol poniéndose tras ellas. Y empezaron a desfilar ante él las mil cosas familiares de su pasado: árboles, campos y arroyos, torres, iglesias, puentes; los rebaños, los pájaros cantores, los búhos, grajos y cornejas de Lippinghall; los arbustos, las flores, los líquenes y aves, con sus leves diferencias de sus congéneres extranjeros; los aromas de Inglaterra, las brumas inglesas, el césped inglés; los huevos con manteca, el buen humor pesado, la moderación, la intrepidez; el olor de la lluvia, los manzanos floridos, el brezo y el mar. ¡Su país y su raza! Que, fundamentalmente, nada sería capaz de destruir. Llegó a la torre del Reloj. Imponente y delicada, cual una filigrana, levantábase la gigantesca construcción más bella de lo que la moda del momento concedía. ¿Se tejía realmente en ella la trama de la vieja Inglaterra? ¿O no se hacía tal vez otra cosa que obra de *camouflage*, un biombo destinado a ocultar a la vieja Inglaterra?

Una voz familiar vino a interrumpir sus meditaciones:

—¿Qué cosa tan monstruosa y tan enorme!

Y Michael vió a su suegro con la cabeza levantada hacia la estatua de Lincoln.

—¿Por qué diablos se les ocurriría ponerla allí? —prosiguió Soames—. En fin de cuentas, no es de un inglés.

Y andando al lado de Michael:

—¿Fleur, bien?

—¡Magníficamente! Italia le ha sentado a las mil maravillas.

—¡Hum!... —resopló Soames—. Son gente demasiado farandulera. ¿Visteis la catedral de Milán?

—Sí. Es casi lo único que no nos gustó.

—¡Hum!... Su endemoniada cocina me tenía siempre con flatos, cuando estuve en el año ochenta y dos. Supongo que habrá mejorado a partir de entonces. ¿Cómo está el niño?

—Excelente.

Soames emitió un nuevo resoplido de satisfacción, al doblar la esquina de South Square.

—¿Qué es eso?

Frente a la puerta de los Mont se distinguía a un joven, maleta en mano, llamando al timbre, dos baúles de aspecto bastante asendereado y un «taxi» que se disponía a dar la vuelta.

—No sé decirle a usted —murmuró Michael—. Como no sea el ángel Gabriel...

—Seguramente se ha equivocado de casa —interpretó Soames, avanzando.

Pero, precisamente en ese instante, el joven desaparecía en el interior. Soames se dirigió hacia los baúles. «Francis Wilmot, S. S. *Amphibian*», leyó.

—¡Hum!... Indudablemente se trata de un error.

IV

PURA CHARLA

Cuando entraron, Fleur volvía ya de acompañar al joven hasta su habitación. Totalmente vestida para la cena, su indumentaria era todo lo ligera que prescribía la moda y sus cabellos estaban cortados en melena.

—Por favor, hija mía, aunque no sea más que por darme gusto, no lo hagas —le había suplicado Michael cuando surgió la moda de la melena—. Piensa lo áspera que te va a quedar la nuca para besarte.

—Hijo mío —había contestado ella—, ¡qué se le va a hacer! Dices siempre lo mismo a cada moda nueva, como si estuviera en mi mano poder complacerte.

Ella había sido una de las primeras en cortarse el pelo, pero estaba alerta ya para ser una de la primera docena de elegantes que volvieran a dejárselo crecer, cuando sonara la hora. Marjorie Ferrar, «la niña mimada de los panjuerguistas», según la llamaba Michael, tenía ya más de una pulgada. Y realmente sería muy desagradable que Marjorie Ferrar le llevase a una la delantera...

Acercándose a su padre, explicó:

—He invitado a pasar unos días en casa a un joven americano, papá; Jon Forsythe se ha casado allá con su hermana. ¿Sabes que estás muy moreno, mi vida? ¿Cómo está mamá?

Soames se quedó contemplándola sin decir palabra.

Y Fleur pasó por uno de esos instantes de desconcierto en que el mudo silencio de él parecía acusar el voluble afecto de ella. «No estaba bien —pensó ella— que la mirara de esa manera; como si en aquella vieja historia de Jon no hubiera sufrido ella más que él. ¡Si ella podía tomarlo ahora un poco a broma,

con más razón podía él! En cuanto a Michael, ni una palabra, ¡ni siquiera un chiste!» Fleur se mordió los labios, agitó su melena corta y pasó al «locutorio bimetálico».

La cena empezó con una sopa, y Soames lamentando que sus vacas no fueran de raza Hereford. En los Estados Unidos seguramente que tendrían infinidad de Hereford. ¿No?

Pero Francis Wilmot creía que predominaban en la actualidad los Holstein.

—¡Holstein! —repitió Soames—. En mi juventud no se conocía esa raza. ¿Qué color tienen?

—Varios —repuso Francis Wilmot—. La hierba inglesa es realmente maravillosa...

—Demasiado húmeda en mis prados —rectificó Soames—. Claro que estamos a orillas del río.

—¿Del Támesis? ¿Qué anchura vendrá a tener normalmente?

—¿Por allí? Pues... unas cien yardas, a lo sumo.

—¿Y mucha pesca?

—Mucha.

—Y seguramente que el agua será trasparente y no rojiza. Allá, en los Estados del Sur, nuestros ríos son de color arcilla. Y el arbolado será aquí de sauces, álamos, olmos...

Soames estaba sumamente perplejo. No había estado jamás en los Estados Unidos; pero no cabía duda que sus naturales, aunque pertenecieran, desde luego, a la especie humana, eran bastante raros, con más rostro que facciones, con la cabeza muy echada hacia la espalda y los hombros demasiado cuadrados para ser reales. La voz les salía de la nariz con un gangue inconfundible; pronunciaban las palabras *very* y *America* de un modo que él había tratado en vano de imitar; su dólar estaba demasiado alto, y todos ellos tenían coche automóvil; despreciaban a Europa, y venían, sin embargo, a ella en grandes manadas; se llevaban a su tierra todo lo que podían; hablaban constantemente, sin dejar la palabra a nadie, y tenían prohibido beber alcoholes... Pero este mozo no era nada de todo eso. Bebía jerez y no hablaba más que cuando le hablaban; sus hombros parecían normales; tenía más facciones que cara y su voz no era chillona. Tal vez, por lo menos, despreciaría a Europa.

—Supongo —exploró— que Inglaterra le parecerá muy pequeña...

—No, señor. Londres es muy grande; y seguramente que tienen ustedes el campo más delicioso del mundo.

—¡Sí, no está mal! —concedió Soames.

Vino luego el rodaballo y un silencio, que apenas logró interrumpir un leve rascar al pie del respaldo de la silla.

—¡Este perro!... —exclamó Soames, tomando un poco de pescado que había desechado a un lado del plato.

—¡No, no, papá! No quiere más que percatarse de que te has dado cuenta de él.

Soames extendió un dedo y el *dandie* vino a su lado.

—No come nunca en la mesa —prosiguió Fleur—; pero no quiere pasar desapercibido.

Una pequeña bandada de perdices, debidamente guisadas, apareció sobre la mesa.

—¿Hay algo que le interese ver de un modo especial en Inglaterra, míster Wilmot? —preguntó Michael—. Aunque tengo que advertirle que ya no queda casi nada típico que no hayan visto ustedes en América. Hasta para la calle Regent llega usted demasiado tarde.

—Me gustaría ver los alabarderos, la Exposición Canina, de Cruft, y los pura-sangre de carreras; y el Derby, naturalmente.

—Pero el Derby no se corre hasta el próximo junio... fecha en que seguramente ya no estará aquí —repuso Soames.

—Mi primo Val le enseñará algunas cuerdas de carreras —dijo Fleur—. Es el marido de la hermana de Jon, ¿sabe?

Apareció una bomba.

—De esto creo que tienen ustedes en América bastante más que por aquí —observó Soames.

—No; en el Sur no somos nada aficionados a los helados; tenemos, en cambio, una cocina regional bastante sabrosa.

—¡Ah, sí! He oído hablar de las tortugas...

—¡Oh! Esos son manjares que no llegan hasta donde yo resido. Yo vivo bastante apartado, ¿comprende?, y tengo mucho que trabajar. Desde luego, nuestra instalación es muy sencilla, sin pretensiones de ningún género; pero tengo unos mulatos que guisan bastante bien... Gente ya vieja, que conocía a mis abuelos. El negro a la antigua es muy escaso; pero no tiene rival.

¡Un hombre del Sur!

Soames había oído siempre que los del Sur eran unos caballeros. Recordaba también el caso del *Alabama*, y a su padre diciendo: «Ya lo dije yo», cuando el Gobierno tuvo que presentar sus excusas por lo sucedido.

En medio del sabroso silencio que acompañó a las huevas de pescado en tostada se pudo percibir claramente el rítmico golpeteo de las patitas del *dandie* sobre el entarimado.

—Es lo único que le vuelve loco —explicó Fleur—. ¡*Dan!* Con tu amo, *Dan*. Dale un pedacito, Michael.

Y le obsequió con una sonrisa a la que Michael no contestó.

Durante su viaje por Italia, con Fleur embelesada por la novedad, por el sol, por la agitación, dispuesta a seguirle a todas partes, dócil a sus caricias, Michael había disfrutado en realidad su luna de miel, gozando por primera vez desde su matrimonio de la sensación de ser el compañero elegido de su adorada. Y he aquí que ahora llegaba este extraño, trayendo consigo el recuerdo de que realmente no era más que un segundo plato, o el segundo violín, como si se dijera, de aquel primo y primer novio; y, por más que intentaba evitarlo, no podía menos de sentir como si de nuevo le retiraran la copa de los labios. Porque, si Fleur había invitado a su casa a aquel joven, era ni más ni menos que porque venía de un pasado de ella, en que él no había contado para nada. Y, sin devolver la sonrisa a Fleur ni levantar los ojos del plato, dió al *dandie* unos fragmentos de su manjar favorito.

Soames se ocupó nuevamente de romper el silencio.

—Tome usted un poco de nuez moscada, míster Wilmot. El melón sin nuez moscada...

Cuando Fleur se levantó de la mesa, Soames la siguió a la sala, en tanto que Michael se llevaba al joven americano a su despacho.

—¿Conoce usted a Jon? —preguntó Francis Wilmot.

—No; no tuve ocasión...

—Es un muchacho excelente, y un poco poeta. Por cierto que se dedica al cultivo de unos melocotoneros magníficos.

—¿Será ésa su ocupación, ahora que se ha casado?

—Seguramente.

—Entonces ¿no piensa volver a Inglaterra?

—Este año, no. Tienen allí una casa preciosa..., perros, caballos. Organizan también cacerías. Tal vez el año que viene traiga a mi hermana a dar una vuelta por Europa.

—¡Ah! —exclamó Michael—. Y usted, ¿piensa quedarse mucho tiempo?

—¿Yo? Tengo que volver para Navidad. Pero antes me gustaría ver Roma y Sevilla, y también me gustaría hacer una visita a la antigua cuna de mi familia, en el condado de Worcester.

—¿Cuándo se trasladaron a América?

—En tiempos de Guillermo y María. Eran católicos. ¿Es interesante el condado de Worcester?

—Desde luego; especialmente en primavera. Abunda mucho la fruta.

—¿Se cultiva entonces algo todavía en el país?

—Poco.

—Eso me pareció desde el tren, viniendo de Liverpool. Vi mucha hierba, eso sí, y dos o tres carneros; pero no vi a nadie trabajando. Aquí todo el mundo vive en las ciudades, ¿no es verdad?

—Generalmente, así es... Tiene usted que venir a la finca de mi padre, donde todavía se cultivan alguna que otra col y zanahorias.

—Es lástima —lamentó Francis Wilmot.

—Ciertamente. Durante la guerra empezamos a sembrar trigo. Pero tan pronto como terminó, las cosas volvieron a estar como estaban... si no peor.

—Y eso, ¿por qué?

Michael se encogió de hombros:

—Culpa, en gran parte, de los políticos. Así que suben al Poder, maldito lo que se ocupan del problema agrario; en cambio, cuando están en la oposición, lo toman como arma de combate. Lo de siempre. Al terminar la guerra teníamos la potencia aérea más fuerte y mejor organizada de todo el mundo, y la agricultura empezaba a restablecerse. Pero bastaron unos meses para acabar con lo hecho... Es trágico. ¿Qué cultivan en la Carolina?

—En donde vivo yo, algodón. Pero actualmente cuesta mucho trabajo sacar algún producto líquido de ese cultivo. Han subido tanto los jornales...

—¿También por allí?

—Desde luego. ¿Permiten ustedes a los extranjeros asistir a las sesiones del Parlamento?

—Naturalmente. ¿Le interesaría oír algunos de los debates sobre la cuestión irlandesa? Puedo proporcionarle a usted una invitación para la galería de extranjeros distinguidos.

—Es interesante; yo creía que los ingleses eran muy secos y ceremoniosos; y realmente, es maravilloso hasta dónde le hacen ustedes sentir a uno como si estuviera en su propio país... Ese señor viejo, ¿es su padre político?

—Sí.

—Es un señor muy simpático. ¿Banquero?

—No. Pero ahora que me hace usted pensar en ello, debería serlo.

Los ojos de Francis Wilmot, en su paseo en torno a la habitación, vinieron a caer sobre *El mono blanco*.

—¡Qué cuadro tan extraordinario! —exclamó—. ¿Habría posibilidad de adquirir otro cuadro del mismo autor? Me gustaría llevárselo de regalo a Jon y a mi hermana.

—Temo que no sea posible —contestó Michael—. Se trata de una pintura Chink..., aunque no de la mejor época; pero debió venir a Occidente hará por lo menos quinientos años...

—¡Ah! Es indudable que tenía gran sentido de los animales.

—A nuestro modo de ver, tenía gran sentido de los hombres.

Francis Wilmot se quedó algo perplejo.

—Es indudable —diagnosticó Michael— que en este joven hay algo poco accesible a la ironía.

—De modo que usted tiene interés en ver la Exposición canina de Cruft, ¿no? —preguntó—. ¿Es muy aficionado a los perros?

—Pienso llevarme de aquí un sabueso para Jon y una pareja para mí. Me gustaría tener cría de ellos.

Michael se recostó en su sillón, aspirando glandes bocanadas de humo. Para Francis Wilmot, pensó, el mundo es cosa nueva la vida corre sobre buenas llantas hacia una meta apetecible. En Inglaterra, en cambio...

—¿Qué buscan ustedes, los americanos, en la vida? —preguntó bruscamente.

—Pues... supongo que el éxito, el triunfo..., por lo menos en el Norte.

—*Nosotros* lo buscábamos también en mil ochocientos veinticuatro —afirmó Michael.

—¿Si? ¿Y ahora?

—Ahora, logrado el éxito, empezamos a preguntarnos si no habrá sido precisamente nuestra ruina.

—Pero nosotros —agregó Francis Wilmot—, tenemos muy escasa densidad de población, comparados con ustedes...

—Ahí está la cuestión —concluyó Michael. Aquí, todos los sitios están ya ocupados y son muchos los que tienen que sentarse sobre sus rodillas... Bueno, ¿quiere usted otro cigarro, o prefiere que vayamos al salón con Fleur?

V

FUERA DEL CUADRO

Si la Providencia estaba satisfecha de Sapper's Row, barrio de Camden Town, es seguro que no podría decirse lo mismo de Michael. ¿Qué justificación podían tener aquellas hileras gemelas de casas de tres pisos, mugrientos como cuellos de camisas lavadas en Italia? ¿Qué incomprensible esclavitud al negocio podría hacer que estos míseros tenduchos a ras de tierra hicieran otra cosa que perder dinero? ¿Quién por diversión o por interés iba a desviarse hacia aquellos andurriales, distanciándose de la calle contigua, la principal del barrio, siempre desbordante y surcada de tranvías y oliendo tan tenazmente a pescado frito, gasolina y ropa vieja? Hasta los niños, engendrados con heroica constancia en los pisos segundos y terceros buscaban la alegría de la vida fuera de sus recintos, pues en Sapper's Row no les era posible correr ni quedarse con la boca abierta ante los cartelones de los cines. Carros de mano, bicicletas, camionetas destartaladas y taxis extraviados integraban todo el tráfico, mientras la belleza del paisaje era proporcionada en su totalidad por unos cuantos geranios en tiestos y algún que otro gato barcino. Sapper's Row, decayendo progresivamente, llevaba vida lánguida y mortecina.

Michael venía de su Extremo Oeste y contrariando a sus principios. Aquí estaba la Inglaterra hacinada en su aspecto más siniestro y allí estaba él, que propugnaba una reducción de su población, a punto de visitar a unos extranjeros sumidos en la miseria, con la sola finalidad de ayudarles a seguir viviendo. De paso, echó una ojeada sobre dos o tres tiendas. ¡Ni un alma! ¿Qué era mejor? ¿Que estos tenduchos estuvieran repletos o desiertos? Llegó por fin al número 12 y, mirando hacia arriba, sus ojos fueron a chocar con un rostro que miraba hacia abajo. Blanco como la cera y de una expresión atónita, aparecía sobre dos manos ocupadas en coser una prenda de vestir. «Ésa —pensó— debe ser mi *desgraciada humilde* y su aguja.» Entró en la tienda de abajo, una peluquería, con una palangana sucia junto a un espejo polvoriento, toallas sospechosas, unos frascos y un par de sillas desvencijadas. En mangas de camisa, cabalgando sobre una de las sillas, leyendo el *Daily Mail*, se hallaba un individuo indefinible, de mejillas pálidas y chupadas, bigote retorcido, cabellos largos y lacios y los ojos profundos y trágicos, de un filósofo.

— ¿Corte de pelo, caballero?

Michael negó con la cabeza.

— ¿Viven aquí míster y mistress Bergfeld?

— Arriba, último piso.

— ¿Por dónde se sube?

— Por aquí.

Una puerta con cortina, una escalera y, al final de ésta, una puerta, ante la cual se detuvo Michael, dudando. Su conciencia le repetía, como un eco, el comentario de Fleur a la carta de mistress Bergfeld: «Sí, muy bien; pero ¿de qué sirve realmente...?», cuando la puerta se abrió, dándole la impresión de tener delante de sí a un cadáver, que hasta ese extremo era pálido y desencajado el rostro.

—¿Mistress Bergfeld? Soy Mont. Si mal no recuerdo, usted me escribió.

La mujer temblaba hasta tal punto, que Michael temió fuera a desmayarse.

—Usted me perdonará si me siento, caballero...

Y mistress Bergfeld se dejó caer sobre una esquina de la cama. La estancia se hallaba limpia; pero, aparte la cama, no había en ella más que un lavabo de hierro, un tiesto de geranios, un pequeño baúl con unos pantalones encima, cuidadosamente doblados, en una percha, un sombrero de mujer y una silla, cubierta en ese momento por la costura, junto a la ventana.

Después de unos instantes, la mujer se puso nuevamente en pie. No aparentaba más de treinta años, delgada, de formas correctas, y su rostro ovalado, sin otro color que el de los ojos sombríos, hacía pensar más bien en Rafael que en Sapper's Row.

—Me parece que veo un ángel —dijo—. Usted me perdonará, caballero...

—Un ángel muy raro, mistress Bergfeld. ¿No está su marido?

—No, señor. Fritz ha salido a dar una vuelta.

—Entonces, mistress Bergfeld, dígame usted. Si yo les pagara el pasaje para Alemania, ¿se irían ustedes?

—No nos sería posible conseguir el pasaporte. Fritz está aquí hace ya veinte años, sin haber vuelto a Alemania, por lo cual ha perdido su nacionalidad alemana; además de que, naturalmente, allí no quieren gente como nosotros.

Michael se pasó la mano por la cabeza, indeciso.

—¿De dónde son ustedes?

—De Salzburgo.

—¿Y no podrían volver allí?

—Nos gustaría, desde luego; pero ¿qué haríamos allí? En Austria está ahora todo el mundo en la miseria y no nos queda ningún pariente. Aquí tenemos, al menos, mi costura.

—¿Y qué le produce por semana?

—A veces, una libra; otras, quince chelines. El pan y el alquiler de la habitación.

—¿Y no les sería posible obtener el subsidio?

—No, señor. No estamos inscritos.

Michael sacó de la cartera un billete de cinco libras y los dejó con su tarjeta encima del lavabo.

—Me ocuparé de ello, mistress Bergfeld. ¿Podría su marido ir a verme?

Y salió precipitadamente, al ver que ella se ponía como la grana.

Pasando de nuevo por la puerta con cortina, vió al peluquero lavando la palangana.

—Qué ¿los encontró el señor?

—A la señora solamente.

—¡Ah!, es gente que ha conocido tiempos mejores. El marido es un cliente muy especial; por lo pronto puede afirmarse que no está en su sano juicio. Quería trabajar aquí conmigo, pero yo mismo voy a tener que dejar el negocio.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Tengo que respirar aire puro... No tengo más que un pulmón y este oficio no me va nada bien. No me queda más remedio que buscar otra cosa.

—Empeño nada fácil en estos tiempos.

El peluquero se encogió de hombros y explicó:

—He sido peluquero desde niño, salvo el tiempo de la guerra. ¡Y pensar que he venido a parar a este tabuco, después de donde he estado! La guerra me ha hecho cisco.

Y se retorció lastimeramente el delgado mostacho.

—¿No ha conseguido usted el subsidio?

—Ni un penique. Lo que me hace falta a mí, para seguir tirando, es un puesto al aire libre.

Michael lo observó un instante, de pies a cabeza. Enclenque, de menos que mediana inteligencia, con un solo pulmón...

—Pero ¿entiende usted algo de las faenas del campo?

—Ni palabra. Pero no me queda más remedio que encontrar algo al aire libre o diñarla.

Sus ojos trágicos y sabios escudriñaban en el rostro de Michael.

—De veras que lo siento extraordinariamente —dijo Michael—. Adiós.

El peluquero respondió al saludo con un ligero movimiento espasmódico.

Saliendo de Sapper's Row a la calle principal, animada y ruidosa a cualquier hora del día, Michael iba pensando en la perorata de una comedia que había visto años atrás: «La situación del pueblo deja mucho que desear. Yo romperé una lanza en su favor en la Cámara. Yo haré que...» ¡La situación del pueblo! ¡Problema inabordable! ¡La divertida peladilla de unas cuantas noches de sueños el esqueleto en una alacena bien cerrada, el extraño y enervante aullido de un perro hambriento! Y, tal vez, nadie menos preocupado en toda Inglaterra por ello que aquellos seiscientos esforzados varones que tomaban, juntamente con él, asiento en la Cámara. Su misión, pues, era precisamente mejorar la situación del pueblo, y esto bastaba para quitarles la sensación de pesadilla. Desde Oliverio Cromwell, cerca de dieciséis mil representantes del país se habían reunido allí, con anterioridad a ellos, con la misma finalidad. Ahora bien, ¿se había conseguido algo? ¡Sí, sí! ¡Conseguido...! Pero esto no estorbaba para que ellos trabajaran realmente para lograrlo, mientras que los demás se contentaban con mirar y con decir de qué manera habían de hacerlo...

De este modo iba pensando, cuando una voz le dijo:

—¿No podría proporcionarme un empleo, caballero?

Michael apresuró instintivamente el paso, pero se detuvo en seguida. Observó que el individuo que le había dirigido la palabra no se había dado cuenta de su muestra de debilidad y estaba con los ojos en el suelo; en vista de ello, volvió.

Una cara redonda y pastosa, como una empanada de ternera, con unos ojos negros y opacos le esperaban al borde de la acera. Vestido decentemente, no obstante lo raído de su traje, sereno y turbado a la vez llevaba el emblema de los ex combatientes.

—¿Se dirigía usted a mí? —preguntó Michael.

—Sí, señor; usted sabrá dispensar si, no conociéndole, haya osado..., pero las palabras se me escaparon de la boca inopinadamente...

—¿Sin trabajo?

—Sin trabajo. Y en una situación muy apurada.

—¿Casado?

—Viudo, con dos hijos.

—¿No recibe el subsidio?

—Sí; pero ya estoy harto de él, y... para lo que sirve...

—¿Estuvo en la guerra?

—Sí, en Mesopotamia.

—¿Qué clase de empleo busca usted?

- El que sea; tanto me da.
- Déme su nombre y dirección.
- Enrique Boddick, Waltham Buildings, noventa y cuatro. Gunnersbury.

Michael tomó nota.

- No puedo prometerle nada —advirtió.
- No importa, señor.
- En todo caso, buena suerte. ¿Un puro?
- Muchas gracias, señor; y buena suerte *también*.

Michael saludó, prosiguiendo su camino; tan pronto como se halló fuera del alcance de los ojos de Enrique Boddick, tomó un taxi. Con poco más de todo esto hubiera acabado perdiendo la suave sensatez, sin la cual no es posible sentarse en «esa Cámara»...

«Se vende o se alquila», oía repetidamente, cuando pasaba por la plaza de Portland, recobrado ya su equilibrio mental.

Aquella misma tarde llevó a Francis Wilmot a la Cámara y, dejándole junto a la escalera de extranjeros distinguidos, se dirigió a su escaño en el salón.

Como jamás había estado en Irlanda, el debate apenas tenía para él contacto con la realidad. No obstante, le parecía ver en él como un ejemplo de las dificultades y tropiezos con que había de chocarse en este mundo para llegar a un acuerdo. Casi todos los discursos ponían de relieve la capital necesidad de llegar a una solución, pero declaraban al mismo tiempo rotundamente la imposibilidad de «volver» sobre tal o cual aspecto o factor, que se opongán a dicha solución. No obstante, para un debate sobre Irlanda, las cosas discurrían con una relativa serenidad; y muy poco después saldrían todos para registrar los votos, con que se contaba de antemano... Michael recordaba la emoción con que había escuchado los primeros debates, a raíz de su admisión; la impresión que cualquiera de los discursos le produjera de tener que convertir forzosamente a alguien a algo; la repugnancia con que se había visto obligado a reconocer que allí nadie se convertía nunca a nada. Alguna fuerza incontrastable, más fuerte que la elocuencia, por sorprendente y sincera que ésta fuera, movía toda aquella maquinaria. Incuestionablemente, la ropa se lavaba en otra parte; allí solamente se la aireaba un poco antes de ponérsela. Esto sin contar que hasta que la gente lograba traducir su pensamiento en palabras, no se sabía lo que en realidad pensaban; y, a veces, aun después de haberlo hecho. Y por enésima vez, Michael sentía una extraña sensación de debilidad en las piernas. Dentro de pocas semanas le tocaría levantarse a él, sostenido por ellas... Le otorgaría, la Cámara su «habitual indulgencia», o diría; «Un nene más, tratando de enseñar a andar a su abuela. ¡A callar!»

Michael miró alrededor suyo.

Sus colegas, diseminados por toda la sala, aparecían sentados en todas las actitudes posibles. Elegidos por el pueblo, confirmaban la teoría de que la naturaleza humana no cambia, o bien lo hace tan lentamente que el proceso queda inadvertido... ¿No había visto acaso él a sus prototipos en las estatuas romanas, en las pinturas medievales?... «Vulgares, pero agradables», pensó, repitiendo inconscientemente la descripción que Jorge Forsythe hiciera de sí mismo en sus días de esplendor. Pero ¿se tomarían realmente en serio a sí mismo, como en los tiempos de Burke y aun de Gladstone?

Las palabras *habitual indulgencia* le sacaron de su abstracción. Indudablemente que se trataba de un discurso de debut... ¡Ah!, sí; el miembro por Cornmarket. Michael se quedó escuchando. Expresándose con mesura y claridad, el orador parecía sugerir que la doctrina de «haz con tu prójimo lo que desearías que los demás hiciesen contigo» no debería echarse por completo en olvido, ni siquiera tratándose de Irlanda; pero el discurso se prolongaba..., se prolongaba excesivamente..., y Michael observó que la Cámara empezaba a impacientarse. ¡Ay, pobre hermano!, pensó, al tiempo que el orador se sentaba precipitadamente. Le sucedió en el uso de la palabra un hombre de figura espléndida, felicitando a su honorable amigo por su discurso, tan inteligente como bien dicho..., aunque, ¡lástima!, no tuviera nada que ver con el asunto de que se estaba tratando.

Michael se escabulló de la sala lo más sigilosamente que le fué posible. Recogiendo a su «extranjero distinguido», se dirigió a pie con él hacia South Square.

Francis Wilmot estaba poco menos que entusiasmado.

—Ha sido algo estupendo —afirmó—. ¿Quién era aquel caballero entre cortinas?

—El presidente.

—No, no; me refiero al que no hablaba.

—Exacto, el presidente. El honor de la Cámara, como si dijéramos, su más alta dignidad.

—Deberían de sostenerlo con oxígeno; aquello está muy ahogado y seguramente que le entrará sueño. Sobre todo me gustó mucho el que habló el último. Debería ir a América; sus ideas eran muy amplias. Y, como usted sabe, allí somos muy idealistas.

—El idealismo que les mantiene a ustedes fuera de la Liga de las Naciones, ¿no? —preguntó Michael sonriendo.

Francis Wilmot se volvió hacia él con cierta sequedad y repuso vivamente:

—En fin de cuentas, somos igual que los demás pueblos, así que se escarba un poco en la superficie.

—Exactísimo —asintió Michael—. El idealismo es un producto accesorio de la geografía... La bruma que se levanta a cierta distancia de la costa. Cuanto más lejos se está del fondo de las cosas, menos se siente la necesidad de su percepción inmediata. Nosotros somos veinte millas marítimas más idealistas que los franceses, en lo que atañe a la situación de Europa. Y ustedes, tres mil millas marítimas más idealistas que nosotros. Pero cuando se trata de los negros, nosotros somos tres mil millas más idealistas que ustedes, ¿no cree?

Francis Wilmot frunció sus ojos pardos, en un esfuerzo de comprensión.

—Sí —dijo al fin—; en los Estados Unidos, mientras más al Norte se va, tanto se es más idealista en la cuestión de los negros. Ana y yo hemos vivido siempre entre negros y jamás hemos tenido ningún motivo de queja; los queremos y ellos, a su vez, nos quieren; pero apuesto a que tomaría parte en el linchamiento del negro que osara ponerle la mano encima a mi hermana. He hablado más de una vez de ello con Jon. Éste no acaba de comprender y opina que un hombre de color debería ser tratado exactamente igual que un blanco; pero es porque no conoce todavía lo que es la vida en los Estados del Sur. Su espíritu está todavía a tres mil millas marítimas de distancia.

Michael permaneció en silencio. Algo se encogía dentro de él a la sola mención de un nombre, que seguía escribiendo con *h* intercalada.

Francis Wilmot prosiguió, pensativamente:

—En todos los países hay, no obstante, unos cuantos justos, con los que no reza esa teoría de usted; pero los demás, me atrevo a asegurarlo, tenemos todos los defectos inherentes a la naturaleza humana.

—Ya que hablamos de la naturaleza humana —exclamó Michael—, aquí viene mi suegro.

VI

SOAMES, EN GUARDIA

Prolongando su visita de fin de semana, Soames había pasado la tarde en el Parque Zoológico, cuidando que sus sobrinos nietos, los hijos de Cardigan, no se acercaran demasiado a las jaulas de los monos y gatos. Después de dejarlos en el *hall* de Imogen, se había ido a dormir a su club, hasta que, hojeando de prisa su diario de la noche, había tropezado, en la sección de «Se dice», en el suelto siguiente:

«Hay rumores de que se está preparando una sorpresa para las próximas sesiones parlamentarias en las reuniones de los miércoles de una distinguida dama, cuyo domicilio no dista mucho de Westminster. Su marido, un futuro

baronet, hasta hace poco muy relacionado con el mundo de la literatura, será, al parecer, el encargado de lanzar en el Parlamento un programa político bajo la etiqueta de *Foggartismo*, nombre tomado del libro de sir James Foggart titulado *La crítica situación de Inglaterra*. Atribúyese esta graciosa asonada a un espíritu fantasioso que se halla al frente de un conocido semanario. Veremos adónde va a parar todo esto. Entre tanto, la activa dama no desaprovecha oportunidad de afianzar su salón sobre la curiosidad que suscitan todos los filibusterismos políticos.»

Soames se frotó los ojos; después volvió a leer aquellas líneas cada vez con más irritación. «La activa dama no desaprovecha oportunidad para afianzar...» ¿Quién habría escrito aquello? Se metió el periódico en el bolsillo, ¡el primer hurto de su vida!, y durante todo el tiempo que tardó en cruzar el Parque de San Jaime, a la luz difuminada del ocaso, no cesó de pensar en aquel anónimo comunicado. La alusión le parecía inconfundible y, además, maligna. Faltaba poco para que la hubieran llamado *snob* con todas sus letras. A pesar de que, por otra parte, acaso el epíteto *snob* no fuera tan injurioso... En estos pensamientos iba sumido, cuando aparecieron a su lado, como por escotillón, Michael y Francis Wilmot.

—¿Qué tal? ¿Cómo va eso? —le dijo Michael.

—¡Hombre —exclamó Soames—, precisamente deseaba hablar contigo! Está fuera de duda que tenéis algún traidor en vuestro campo.

Y, sin la menor intención de ello, clavó una mirada iracunda en Francis Wilmot.

—Pero ¿de qué se trata? —preguntó Michael, así que llegaron a su despacho.

Soames le tendió el periódico, doblado por la columna en que venía la noticia.

Michael leyó aquellas líneas y no pudo evitar una mueca.

—El que ha escrito esto ha asistido a vuestras reuniones —dijo Soames—; la cosa está bien clara. El problema está en saber quién puede ser.

—Seguramente una mujer.

—¿Cómo! ¿Quiere eso decir que hay mujeres que se atreven a escribir semejantes atrocidades?

Michael no contestó. Indudablemente, el viejo Forsythe estaba sumamente anticuado.

—¿Crees tú que me revelarían quién ha sido si yo fuera a preguntarlo a la Redacción? —inquirió Soames.

—Creo que no, por fortuna.

—¿Qué quieres decir con ese «por fortuna»?

—La Prensa, ¿sabe?, es algo así como una sensitiva. Acaso no lograra usted otra cosa que hacerla replegarse y callarse. Eso sin tener en cuenta que se pasa la vida diciendo a la gente cosas agradables, que mal haya lo que se merecen...

—Pero esto... —empezó a decir Soames, deteniéndose a tiempo de cambiar su frase—. ¿Quieres decir que debemos quedarnos como si nada?

—¡Qué remedio!

—Fleur tiene mañana una de sus reuniones.

—Efectivamente.

—Pues bien: me quedaré para asistir a ella y estaré alerta.

Michael vió, de súbito, a su suegro como a un hombre sin etiqueta en una exposición de regalos de boda.

Sin embargo, a pesar de su aparente indiferencia, la flecha había dado en el blanco. El hecho, perfectamente conocido por él, de que su amada tenía espíritu de coleccionista y revoloteaba, sugestivamente, rebosante de seducciones entre los posibles objetos de colección, no había sido para él hasta el momento más que motivo de indulgente sorpresa. Mas ahora, de súbito, le parecía algo más que una graciosa debilidad. La rapidez con que podía dirigir a uno y otro lado su sonrisa, como accionada por un muelle escondido en la melena; los graciosos movimientos de cortesía de aquel cuello tan delicioso y tan exhibido; el inteligente vagar de aquellos ojos magníficos, tan bien disimulado, aunque no lo bastante, sin embargo; el aleteo de los azulados párpados, las manos expresivas, apresando (si es que podía calificarse de esa manera un tan dulce y tan blando asimiento) su carrera..., todo ello le dolía, repentinamente, a Michael. Pero si ella hacía todo aquello, lo hacía por él y por Kit. Las mujeres francesas, según decían, cooperaban con sus maridos en la carrera familiar. Indudablemente, era la sangre francesa que había en ella. O, acaso, también cierto idealismo, el deseo de tener y de ser lo mejor del ramillete en que se estaba incluido, fuera cual fuese. Así pensaba con toda lealtad Michael. Pero sus ojos inquietos vagaban de rostro en rostro, en el curso de la reunión del miércoles siguiente, tratando de descubrir las señales de posible rechifla.

Soames siguió otro método. Su espíritu, en realidad, no sentía el interior agobio de las corrientes que complican el espíritu de una persona que se acuesta todas las noches con el objeto de su crítica. En su opinión, no había motivo alguno para que Fleur no conociera a todos los artistas, diputados laboristas, pintores, embajadores, jóvenes mentecatos y hasta gente de pluma que estimara por conveniente. Mientras más elevada era su posición, era menos probable (pensaba con cierta ingenuidad) que le dieran un sablazo o la implicaran en un escándalo. Su hija valía tanto o más que todos ellos y su

profundo orgullo paterno y personal se sentía herido en lo más vivo al solo pensamiento de que los demás pudieran creer que Fleur tenía que hacer un esfuerzo y desvivirse para reunir a toda aquella gente en su casa. Después de todo, no era ella la que iba detrás de ellos, sino todo lo contrario. En pie bajo el Fragonard que le había regalado, con sus cabellos grises y su bigote recortado, cuidadosamente afeitado, con el mentón bien saliente y la mirada un tanto vaga, como el que ha visto mucho encontrando muy poco de interesante, Soames habría podido pasar muy bien por uno de los embajadores de Fleur.

Una mujer joven, de cabellos entre dorados y rojizos, ya una pulgada más largos que lo oficial de la melena, vino a detenerse precisamente de espaldas a él, acompañada de un hombre meliflúo que se pasaba restregándose constantemente las manos, cual si estuviera lavándose las manos. Soames pudo oír, letra a letra, toda la conversación.

—¡Qué divertida está Mont!, ¿verdad? Mírela usted ahora con «don Fernando»: cualquiera diría que para ella no hay ya otra persona, en el mundo. Pero ¡ah!, allá viene el joven Rashly, y ¡adiós don Fernando! ¡Fíjese cómo corre a su encuentro! Es una *snob* de cuerpo entero. Ahora que si se figura que esto es un *salón*, está muy equivocada. Para crear un salón se necesitan personalidad e ingenio y cierto espíritu *m'enfichiste*¹², de que la Mont carece en absoluto. Y, además, después de todo ¿qué es la Mont?

—¿Dinero? —preguntó el meliflúo.

—No tanto. Michael, además, está tan chiflado con ella que va a acabar tonto del todo. Aunque esto debe ser también efecto de la Cámara. Por cierto, ¿no les ha oído hablar del foggartismo? Un nuevo programa político: todo subsistencias, niños y futuro; la quintaesencia misma de la estupidez.

—La manía de la novedad —dictaminó el meliflúo— es el vicio de nuestra época.

—Verdaderamente, es que resulta insufrible oír a una advenediza así hablando a tontas y a locas de esa majadería de foggartismo. ¿Conoce usted el libro?

—Por encima. ¿Y usted?

—¿Yo? ¡No hay cuidado! Lo siento por Michael. Esta *snob* le está poniendo en ridículo.

Cercado, sin escape, en aquel rincón, Soames había empezado a resoplar ruidosamente. Al sentir los efectos de este fuelle, pensando que sería una corriente, la dama se volvió instintivamente encontrándose con un par de ojos tan grises, tan fríos, en medio de una cara tan contraída que, casi sin darse cuenta, se retiró unos pasos.

¹² En el original, "don't care a damn", "me importa un bledo". (Nota de la revisora)

—¿Quién era ese tipo viejo? —preguntó el melifluo—. Me ha clavado sus ojo de manera que me ha dado frío.

El melifluo pensó que se trataría tal vez de un pariente pobre, pues realmente parecía como si no conociera a nadie.

Pero Soames ya se había ido derecho a Michael.

—¿Quién es esa mujer del pelo rojo?

—Marjorie Ferrar.

—Es una traidora. ¡Échala de casa!

Michael se quedó con la boca abierta.

—Pero... si la conocemos mucho... Es una hija de lord Charles Ferrar, y...

—¡Échala de casa! —insistió Soames.

—Pero ¿cómo sabe usted que es una traidora?

—Acabo de oírle emplear las mismas palabras del periódico y otras peores aún.

—¡Pero es nuestra invitada!

—¡Valiente invitada! —gruñó Soames entre dientes.

—No es posible poner en la puerta de la calle a una persona a que se ha invitado. Además es nieta de un marqués y la niña mimada de los panjuerguistas... ¡Menudo escándalo que se iba a armar!

—¡Pues que se arme!

—No volveremos a invitarla y, por el momento, es todo lo que cabe hacer...

—¿Sí? —exclamó Soames.

Y dejando a su yerno con la palabra en la boca se dirigió hacia el objeto de su denuncia. Michael le siguió hondamente preocupado. No había visto jamás enseñar los dientes a su suegro... Llegó a tiempo de oírle decir, con voz mesurada, pero claramente perceptible:

—Ha sido usted muy amable, señora, llamando *snob* a mi hija en su propia casa.

Michael vió el blanco cuello, sombreado por lo que fué melena, volverse y engallarse un tanto y entornarse los ojos azules en actitud insolente; oyóla, en seguida, reír, con una risita estridente, y a Soames que decía:

—Es usted una traidora; tenga la bondad de retirarse.

No escapó al incidente ni una sola de la media docena de personas que estaban en torno. ¡Maldición! Y él, como dueño de la casa, obligado a hacer

algo... Adelantándose, pues, pasó su brazo por el de Soames, para apartarlo de allí, y dijo:

—¡Por Dios, papá! Esto no es una Conferencia de la Paz.

Hubo un silencio espantable; salvo las manos pálidas del hombre melifluo, que no cesaba de lavarse, nada se movía en el grupo, como si estuviera petrificado.

—No sé quién es este individuo —manifestó—; pero de todos modos es un embustero.

—Estoy seguro de que no.

A un extremo del grupo estaba un joven moreno, cuyos ojos no se apartaban de Marjorie Ferrar, que también tenía los suyos clavados en él.

Y de pronto, Michael vio a Fleur, muy pálida, en pie justamente al lado de él. ¡Era seguro que lo había oído todo! Pero, sonriendo, agitó la mano, como para imponer silencio, al mismo tiempo que anunciaba:

—Madame Carelli va a tocar.

Marjorie Ferrar prosiguió su camino hacia la puerta, seguida del hombre melifluo, cuyas manos no cesaban de frotarse, cual si quisiera lavarse de toda culpa en aquel incidente. Soames, como un perro tozudo y desconfiado, iba tras ellos, seguido a su vez por Michael. Las palabras «qué divertido» revolotearon un instante a sus espaldas con una risita burlona. En seguida, ¡pam!, y la puerta y el incidente quedaron cerrados.

Michael se enjugó la frente. Una mitad de su cerebro, seguramente la de detrás, admiraba el comportamiento de su suegro; la otra mitad pensaba: «¡Buena la ha hecho el viejo!» Volvió a la sala. Fleur estaba en pie junto al clavicordio, como si nada hubiera pasado. Pero Michael pudo observar que sus dedos estaban crispados sobre su vestido; y se sintió cordialmente apenado. Esperó, algo trémulo, a que sonara el último acorde.

Soames había subido arriba. Frente a «El Mono Blanco», en el despacho de Michael, reflexionó sobre su conducta. No; no sentía lo más mínimo lo que había hecho. ¡Vaya una arpía la tal pelirroja! «¡Una *snob* de cuerpo entero!» «¿Dinero? No tanto.» ¡Sí!, ¿eh? «¡Una advenediza así!» ¿Nieta de un marqués aquello? Pues bien: fuera lo que fuere, lo cierto es que él había puesto en la calle a aquel pendón insolente. Todo lo que había de recio en sus nervios, de mordaz en su sangre, todo lo que se rebelaba contra los privilegios y la soberbia de los grandes, el espíritu heredado de sus antepasados, bullía en ese momento en su interior. ¿Qué era, en fin de cuentas, la aristocracia, para permitirse aquellos humos? ¿Una banda de mequetrefes! La mitad de ellos descendientes de unos pillos, que habían amontonado cuanto tenían mediante abusos y despojos. ¡Y que uno de esos se atreviera a llamar a su hija, ¡su hija!, una advenediza y una

snob! Él, por su parte, no movería un dedo ni cruzaría de acera a acera para conocer aunque fuera al duque de los Siete Cuadrantes en persona; pero si a Fleur le resultaba divertido rodearse de esta gente, ¿por qué no iba a hacerlo? Su sangre pareció congelársele de súbito. ¿Iría ella a decir que él le había estropeado su *salón*? Pues bien, tanto peor; la cosa ya no tenía solución; él, en cambio, tenía la conciencia bien tranquila y estaba seguro de que era mucho mejor no haberse andado con rodeos y haber desenmascarado a tiempo a la traidora. De esa manera, por lo menos sabían todos a qué atenerse. No obstante, «me parece que será mejor no esperarla» —pensó—. ¡Una tempestad en un vaso de agua!»

La leve pulsación del clavicordio vino hasta él, en el rellano de la escalera, esperando para trepar hasta su cuarto. Comenzaba a preguntarse si estas reuniones dejarían dormir al niño, cuando un gruñido de malhumor a sus pies le hizo dar un salto. ¡Ah!, era el perro, echado a la puerta del niño. ¡Lástima que no hubiera estado antes abajo! ¡Cómo le hubiera gustado verle clavar sus dientes en la pantorrilla de aquel espantajo de pelo colorado! Prosiguiendo la subida, echó una mirada a la puerta del cuarto de Francis Wilmot, que quedaba frente a la del suyo.

El joven americano debió oír también algo de la escena; pero por descontado que no sería él quien le hablase sobre el particular bajo ningún pretexto; no estaría bien, ni sería digno por su parte. Y cerrando su puerta a la música del clavicordio, Soames cerró también sus ojos, una vez más, todo cuanto pudo.

VII

VIGILIA

Michael no había visto nunca llorar a Fleur, y al verla ahora, cruzada sobre la cama, ahogando sus sollozos con el edredón, experimentó una sensación muy parecida al pánico. Pero cuando empezó él a acariciarle los cabellos, dejó de llorar y se quedó inmóvil.

—¡Vamos, vamos! —la animó dulcemente—. No se debe hacer caso de esas tonterías. Si no lo eres, ¿por qué ha de importarte que lo digan?

Fleur hizo un esfuerzo y se incorporó, quedando sobre el lecho con las piernas cruzadas, con el rostro encendido y arrollado por las lágrimas, y el cabello en desorden.

—¿A quién le importa, en último término, lo que es? Lo importante es la etiqueta que le ponen a uno.

—Pues ya le hemos puesto nosotros a ella la etiqueta de «traidora».

—¡Como si eso arreglara las cosas! Todos hablamos mal de los demás a sus espaldas. ¿Quién se preocupa de ellos? Pero yo, ¿cómo voy a continuar

viviendo en Londres si todo el mundo hace burla de mí y piensa que soy una *snob* ridícula? Como es natural, ella, para vengarse, lo irá vociferando por todo Londres. ¿Con qué cara voy a continuar yo celebrando mis reuniones?

¿Lo sentía por la carrera de él o por la de ella? Michael pasó al otro lado del lecho y, de pie tras ella, la cogió cariñosamente por la cintura, tratando de consolarla.

—No se debe dar importancia a lo que la gente dice, nena. Tarde o temprano hay que hacer frente a las cosas.

—No se trata de hacer frente a las cosas. Si los demás no me creen buena, será inútil que yo me esfuerce en serlo.

—Es que no debe importarnos más que la opinión de aquellas personas que realmente nos conocen.

—Nadie conoce a nadie —repuso Fleur, ceñuda—. Mientras más nos quieren, menos nos conocen y menos importa lo que piensan.

Michael separó sus brazos de la cintura de ella, que permaneció en silencio tan prolongado que Michael volvió al otro lado del lecho, para ver si podía deducir algo de la expresión de su rostro, que apoyaba entre las manos. La gracia de su cuerpo en aquella actitud era tal que Michael sintió un dolor lacerante en sus sentidos. Y puesto que sus caricias no habían logrado más que molestarla, la conciencia de esto acrecentó su dolor.

—La odio —exclamó al fin Fleur—. Y si me fuera dado causarle algún daño, se lo haría.

También a él le habría gustado causarle algún daño a la «niña mimada de los panjuerguistas», pero no le alivió oír a Fleur expresar este sentimiento, que, por lo demás, era bastante más significativo en labios de ella que en los de él, de una singular ineficacia cuando llegaba el caso de dañar al prójimo.

—Bueno, vida mía —dijo al fin—. ¿Te parece que durmamos? Ya verás cómo mañana, después de haber dormido, ves las cosas de otro modo.

—Dije antes que no celebraría más reuniones; pero, a pesar de todo, quiero proseguirlas. ¡No faltaba más!

—¡Bravo! —asintió Michael—. Jamás debemos dejarnos acobardar.

Fleur se echó a reír: un ruido estridente y extraño en el silencio de la noche. Sin saber por qué, aquella risa desazonó de singular manera a Michael.

En toda la casa fué una noche de vigilia. Soames tuvo sus temblores de las tres, que el tabaco y el ejercicio al aire libre, a que le obligaba el *golf*, habían logrado vencer en los últimos tiempos. Por si fuera poco, aquel maldito reloj de pared se encargó de sobresaltarle de hora en hora; y, entre las tres y las cuatro,

un ruido furtivo, como de alguien que anduviera por la casa, acabó de estropearle la noche.

Producía este ruido, en realidad, Francis Wilmot. Desde su impulsiva negación de que Soames fuera un embustero, el joven había sentido un extraño estado de ánimo. Como Soames suponía, también él había oído a Marjorie Ferrar despellejando a la dueña de la casa; pero en el instante mismo de su refutación, como Saulo cuando se disponía a rebelar a los cristianos, se había sentido atacado de ceguera. Aquellos ojos azules, lanzando sobre los de él la luz del reto, habían acabado con un resplandor que parecía decir: «¡Joven, me gusta usted!» Todo esto, aunque ya del pasado, seguía aferrado a su recuerdo. Aquella ninfa esbelta y cimbreante, de cabellos de oro rojizo y su tez blanca, sus ojos azules rebosantes de osadía, sus labios rojos de alegría desbordante, su cuello blanco y fragante como un pinar al sol..., todo en ella era obsesionante. Él había estado pendiente de ella en toda la velada; pero era misterioso, en realidad, cómo le había dejado impresa su imagen en los sentidos en aquel interminable instante hasta el punto de que no le dejaba conciliar el sueño. Sin haber sido presentado, sabía que se llamaba Marjorie Ferrar, nombre que hubo de parecerle «precioso». A fuer de campesino, y con escaso conocimiento de las mujeres..., pero indudablemente ella era muy distinta de todas las mujeres que había conocido hasta entonces. ¡Y pensar que se había atrevido a darle un mentís en su propia cara! Esto le produjo tal desasosiego, que se bebió toda la botella de agua que había sobre la mesilla de noche, y vistiéndose de nuevo, bajó la escalera. Pasando por delante del *dandie*, que se agitó como gruñendo: «¡Esto es muy raro! ¡Pero yo conozco estas pantorrillas!», llegó hasta el *hall*, vagamente iluminado por una claridad lechosa que caía de la cristalera. Con un cigarrillo encendido en los labios, se sentó sobre el mármol del sarcófago de los abrigos. Como el mármol estaba frío, se levantó a poco y, encendiendo la luz, vió la guía de teléfonos colgada junto al aparato. Maquinalmente buscó la letra F. ¡Allí estaba ella! «Ferrar, Marjorie. 3, River Studios, Wren Street.» Después de apagar la luz, abrió la puerta y se deslizó a la calle. Conocedor del camino del río, se dirigió hacia allá.

Era aquella hora en que, profundo, rendido, reposa su cabeza sobre la almohada y podía percibirse hasta el vuelo de una mariposilla. Al aire libre y claro, limpio de humos, Londres dormía a la luz de la luna. Puentes, torres, aguas, todo plateado, como alejado del hombre. Incluso las casas y los árboles disfrutaban, solitarios, de su hora de luna y parecían murmurar con Francis Wilmot aquella estrofa de «El viejo marinero», que dice:

Eres, Sueño, dulce cosa;

de todos los hombres calma.

Gracias, Madre del consuelo,

*que lo enviaste del Cielo,
dándole paz a mi alma.*

Vagó sin rumbo por la orilla del río. Nunca antes en su vida había paseado a tales horas por una gran ciudad. Ni una pasión despierta, ni un pensamiento de lucro; la prisa dormida y el miedo quieto; indudablemente aquí y allá alguien se revolvería en su lecho; tal vez alguien expirara. Abajo, sobre el agua, gabarras y barcasas descansaban sombrías y abandonadas, con sus pilotos rojos; los faroles alumbraban sin objeto a lo largo del Embankment, como si hubieran sido libertados. El hombre estaba ausente. Sólo él, en toda la ciudad, en pie y haciendo... ¿qué? Astuto y temerario por temperamento en los trances de acción, carecía el joven americano de sentido crítico y seguramente que no consideró ridículo deambular así, a aquellas horas de la noche, ni siquiera cuando se dió cuenta de súbito de que, si lograra localizar *sus* ventanas, podría dormir. Al pasar frente a la Tate Gallery, divisó a un ser humano, con una fila de botones iluminados por la luna.

—Si es tan amable, oficial —dijo, acercándose—; ¿dónde está la calle Wren?

—Todo seguido, la quinta a la derecha.

Francis Wilmot prosiguió su camino. La «tierna» luna empezaba a declinar, las estrellas cobraban más brillo y los árboles ya tiritaban. Encontrada la calle, según le habían indicado, bajó toda la manzana; pero le sirvió de poco: la oscuridad era demasiada para leer ni números ni nombres.

Cruzándose en aquel momento con otra figura humana con botones, se arriesgó a decir:

—Usted dispense, oficial: ¿hacia dónde queda River Studios?

—Ha pasado usted por frente: la última casa a la derecha.

Francis Wilmot volvió sobre sus pasos. Era allí, pues, en aquella casa... Quedóse un rato inmóvil, contemplando las ventanas. Era muy posible que ella estuviera detrás de cualquiera de ellas... Bueno; ya la había «localizado»; ya no le quedaba nada que hacer. Por lo menos aquella noche... Volvióse a paso largo hacia South Square, con el viento que empezaba a levantarse. Subió furtivamente, igual que había bajado, las escaleras, pasando de nuevo junto al *dandie*, que volvió a levantar la cabeza gruñendo: «¡Hum!... ¡Todavía más misterioso; pero las mismas piernas!» Tan pronto como se acostó, se durmió con el sueño de plomo de un niño.

VIII

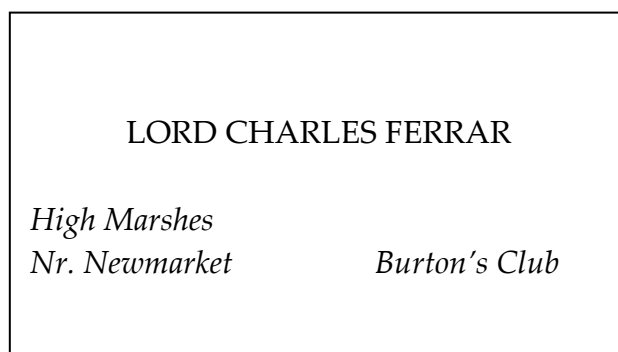
VUELTAS AL ASUNTO

La reserva general manifestada durante el desayuno sobre el incidente de la víspera no tranquilizó gran cosa a Soames, puesto que la presencia del joven americano impedía, naturalmente, la discusión abierta del asunto; todos, sin embargo, pudieron darse cuenta de que Fleur estaba muy pálida. Además, aquella mañana, apenas se hubo despertado, Soames se sintió acosado por ciertas preocupaciones de carácter legal. ¿Podía uno llamar impunemente «traidora», aunque fuera a un pingo pelirrojo, delante de una docena de personas? En la duda, se fué nada más terminar el desayuno, a ver a su hermana Winifred y le refirió toda la historia.

—No me extraña, hijo mío —comentó Winifred—; según mis informes, esa muchacha es de lo más desvergonzado. Su padre, ¿sabes?, era el dueño de aquel caballo que fué derrotado por aquel otro caballo francés...; bueno, nunca logro acordarme de su nombre, en aquella carrera del premio no sé cuántos, en el concurso..., ¡vaya!, ¿cuál era aquel concurso?...

—No entiendo ni sé nada de carreras —manifestó Soames.

Pero aquella misma tarde, estando en el club de los *Connaisseurs*, le pasaron la siguiente tarjeta:



Flaqueáronle, por unos instantes, las piernas a Soames; pero viniendo en su ayuda el vocablo *snob*, fué capaz de contestar secamente:

—Haga pasar usted a ese señor a la sala de visitas.

Y, puesto que no había que apurarse por aquel individuo, terminó de tomar tranquilamente su té antes de encaminarse a aquel lugar.

En el centro de la sala de visitas estaba esperando en pie un caballero alto, delgado y muy tieso, con el bigote altivamente cepillado hacia arriba y con monóculo tan bien encajado en la órbita derecha que parecía parte natural de ella. Sus mejillas, curtidas y flacas, estaban surcadas por numerosas arrugas, y

su espesa cabellera era gris sobre las sienes. A Soames no le costó el menor esfuerzo encontrarlo antipático desde el primer momento.

— ¿Míster Forsyte, supongo?

Soames afirmó con la cabeza.

— Perfectamente; usted dirigió anoche palabras insultantes a mi hija, en presencia de varias personas.

— Palabras que estaban más que justificadas.

— ¿Quiere eso decir que no estaba usted borracho?

— En absoluto — afirmó Soames.

Sus palabras precisas y cortantes parecieron desconcertar al visitante, que se retorció unos instantes el bigote, frunció el entrecejo y, al fin, dijo:

— Tengo los nombres de las personas que le oyeron. Hará usted, pues, el favor de escribir separadamente a cada una de ellas, retirando sin reservas ni reticencias todas aquellas palabras.

— No haré tal cosa.

Hubo un corto silencio.

— Según mis noticias, es usted abogado, ¿no es así?

— Procurador.

— En ese caso, usted conoce las consecuencias de su negativa.

— Si su hija quiere acudir a los tribunales, tendré mucho gusto de encontrarme allí con ella.

— ¿Se niega usted, por consiguiente, a retractarse?

— Rotundamente.

— Entonces, buenas tardes.

— Buenas tardes.

Por cualquier insignificancia, Soames, que iba sintiendo erizársele las púas del lomo, hubiera emprendido a golpes con el tipo; no obstante, se retiró ceremoniosamente a un lado de la puerta, para dejarle paso. ¡Bestia insolente! Estaba oyendo todavía la voz del viejo Jolyon, calificando a algunos individuos de la generación joven (joven en su época, allá por el ochenta y pico) de «leguleyos picapleitos». Comprendió, sin embargo, que sería preferible saber a ciencia cierta a qué atenerse. Indudablemente el viejo Mont estaría al tanto de cuanto se refería a aquel individuo. ¿Por qué no ir a verle?

Cuando llegó a «El Aeroplano» se encontró, no sólo con sir Lawrence Mont, muy serio por cierto, sino también con Michael, que desde luego había ya

referido a su padre cuanto había pasado la noche anterior. Esto fué un descanso para Soames, que se dolía demasiado de los insultos a su hija para poder hablar serenamente de ellos. Ciñéndose, pues, a la visita que acababa de recibir, terminó con estas palabras:

—Ese sujeto... Ferrar... ¿qué posición tiene?

—¿Carlitos Ferrar? Debe dinero a todo el mundo, tiene algunos caballos excelentes y tira muy bien.

—No me dió la impresión de un *gentleman* —dijo Soames.

Sir Lawrence frunció el entrecejo, como reflexionando si debía oponerse a semejante observación acerca de un hombre que tenía antepasados, formulada por otro que no los tenía.

—Y su hija —prosiguió Soames— no es una señora.

Sir Lawrence movió ligeramente la cabeza.

—Un poco exagerado, Forsythe, un poco exagerado. Pero no le falta razón, hay algo extraño en esa familia. El viejo Shropshire es un viejo encantador, que pasó por encima de su generación; pero eso es..., eso es... Su tía...

—Me llamó abogado —afirmó Soames, con una sonrisa lúgubre—, y ella me llamó embustero. No sé qué será peor...

Sir Lawrence, acercándose a un balcón, miró a la calle. Soames llegó a comprender que aquella cabeza estrecha, que remataba aquel dorso derecho y esbelto, contaba más que la suya propia en este asunto. Aquí se las había uno con gentes que decían y hacían lo que les venía en gana, sin importarles un bledo las consecuencias. Este mismo viejo *baronet* había sido educado, indudablemente, de ese modo y debía saber por experiencia propia lo que era oportuno en tales casos.

Sir Lawrence se volvió hacia él.

—Indudablemente puede armarle a usted un proceso, Forsythe; el incidente fué demasiado público. ¿Qué pruebas tiene usted?

—Mis propios oídos.

Sir Lawrence echó una rápida ojeada a las orejas de Soames, como para comprobar su capacidad.

—¡Hum!... ¿Y nada más?

—Este suelto del periódico.

—Sobornará al periódico. ¿Qué más?

—El tipo con quien conversaba.

—Felipe Quinsey —dijo Michael—. No confíe mucho en él.

—¿Qué más?

—Pues... —añadió Soames, apurando los medios—, ese joven americano, que estaba al lado, y que, de seguro, debió oírlo todo.

—¡Ah! —exclamó sir Lawrence—. Eso ya es algo. Pero tenga cuidado de que no lo soborne también. ¿Es eso todo?

Soames afirmó con la cabeza. Verdaderamente ahora que se ponía a pensar en ello, no le parecía gran cosa.

—Dice usted que ella le llamó embustero... ¿Y si se tomara la ofensiva?

Hubo un silencio. Luego, Soames:

—¿Contra una mujer? ¡No!

—Bien, Forsythe, bien. Después de todo, disfrutan aún de sus privilegios. Está bien; pues en ese caso, sólo cabe esperar hasta ver por dónde salta la liebre. «¡Traidora!» Supongo que sabrá lo que cuesta la palabrita.

—Lo que valga —repuso Soames—, es lo menos; si no fuera por la publicidad...

Su fantasía, desbordada ya, le iba pintando todos los horrores del suceso. Se veía ante el tribunal repitiendo las calumnias y maldades de aquella arpía, lanzando al público y a los diarios la palabra *snob* referida a su propia hija; porque, después de todo, aquella era su única defensa. Ciertamente era penoso...

—¿Qué dice Fleur? —preguntó de pronto a Michael.

—Guerra a muerte.

Soames dió un brinco en la silla.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Qué femenino es eso! Por fortuna para ellas, carecen en absoluto de imaginación.

—Eso creí yo al principio; pero ya no estoy muy seguro. Fleur dice que, si no se ataca inmediatamente a fondo a Marjorie Ferra, ésta lo contará a todo el mundo a su manera, inventando lo que le venga en gana..., sin tener en cuenta que mientras más pública sea la cosa menos daño hará.

—Creo —manifestó sir Lawrence, volviendo a su sillón— que será mejor que vaya a ver al viejo Shropshire. Mi padre y él cazaron juntos la becada de Albania, en el cincuenta y cuatro.

Soames no veía ciertamente qué relación podía tener una cosa con otra, pero no se abstuvo de contradecir aquella proposición. Un marqués era algo así como un duque rebajado; pero, así y todo, y a pesar de lo democrático de la época, podía suponerse que tendría alguna influencia.

—Tiene ya ochenta años —prosiguió sir Lawrence— y sufre de reuma intestinal; no obstante, está más tieso que un huso.

Compensación ésta sobre la cual, en comparación con los otros dos males: los años y el reuma intestinal, Soames se permitió ciertas dudas.

—Bien; no podemos dormirnos sobre las pajas, Forsythe. Voy ahora mismo a ver a Shropshire.

Separáronse en la calle, tomando sir Lawrence hacia el Norte; esto es, hacia el barrio de Mayfair.

El marqués de Shropshire estaba en ese momento dictando una carta para el Consejo de su distrito, invitándoles a poner por obra aquel punto de su programa de toda su vida, según el cual debía electrificarse todo. Uno de los primeros en aceptar la electricidad, se había mantenido fiel a la misma durante sus años de optimismo y buen humor. Bajito, con aspecto de pájaro, vistiendo un traje de mezclilla¹³ peluda, corbata de punto azul pasada a través de una sortija, resplandecientes las mejillas, con el blanco bigote y la barba bien peinados, paseaba de un lado a otro, deteniéndose de cuando en cuando en su actitud favorita: un pie sobre una silla, el codo sobre la rodilla y el mentón en la mano.

—¡Ah, el joven Mont! —exclamó—. Siéntese, por favor.

Sir Lawrence tomó una silla, se sentó, cruzó las piernas y trenzó las puntas de sus dedos. Le hacía gracia que a los sesenta y seis años, aproximadamente, le llamaran todavía «el joven Mont».

—¿Qué? ¿Algún otro de sus excelentes libros?

—No, marqués.; he venido a pedirle consejo.

—¡Ah! Permítame un momento. Prosiga, míster Mersey:

De este modo ahorrarán ustedes tres mil libras por lo menos al año a sus contribuyentes, beneficiarán grandemente al campo eliminando el humo de cuatro sucias chimeneas y se granjearán la gratitud y los parabienes de su seguro servidor,

SHROPSHIRE.

—Gracias, míster Mersey. Y ahora, usted me dirá, querido Mont.

Viendo la espalda del secretario hasta que desapareció y los ojos del anciano par que se fruncían maliciosamente, como quien ya no se sorprende de nada, sir Lawrence, con sus lentes entre el pulgar y el índice, comenzó:

¹³ En el original *tweed* (muy diferente de la mezclilla) (nota de la revisora)

—Pues bien, vea usted de qué se trata, marqués: su nieta y mi nuera se disponen a irse a la greña.

—¿Marjorie? —preguntó el viejo, dejando caer hacia un lado su cabeza, como lo hiciera un pájaro—. ¡Ah, no! Cruz y raya. Una muchacha encantadora... para verla; pero... ¡cruz y raya! ¿Qué ha hecho ahora?

—Ha llamado *snob* y advenediza a mi nuera; y el padre de mi nuera la ha llamado entonces traidora en su misma cara.

—¡Hombre audaz! —dijo admirativamente el marqués—. Hombre audaz. Y ¿quién es?

—Se llama Forsyte.

—¿Forsyte? —repitió el anciano—. ¿Forsyte? Me suena ese nombre..., pero ¿de qué? Ésa es la cuestión... ¡Ah, sí! Forsyte y Treffry, los grandes importadores de té. A mi padre se lo enviaban directamente de su almacén... ¡Ah, hoy ya no se puede contar con un té como aquél! ¿Es él el...?

—Tal vez algún pariente. Éste es un procurador... retirado; se le conoce principalmente por su colección de cuadros. Hombre de posibles ¹⁴y de una gran probidad.

—¿De veras? Y su hija ¿es verdaderamente una *snob*?

Sir Lawrence sonrió.

—Es una criatura encantadora y aficionada a la sociedad. Muy bonita, además. Y una madre entrañable. Por línea materna es de sangre francesa.

—¡Oh! —exclamó el marqués—. ¡Francesa! ¡Encantadoras las francesas, sin duda alguna!... Y bien, ¿qué quiere usted que yo haga?

—Que hable a su hijo Charles.

El viejo retiró su pie de la silla y se puso totalmente erguido. Su cabeza negaba, moviéndose ligeramente de un lado a otro, con un temblor continuo.

—Me he fijado como norma no hablar jamás a Charles —dijo gravemente—. Hace seis años que no nos cruzamos palabra.

—Perdóneme entonces, marqués. Yo desconocía ese extremo. De veras que lamento haberle importunado...

—No, no, de ninguna manera; yo le recibo siempre con agrado. Si me encuentro con Marjorie, veré si... Pero mi querido Mont, ¿qué hacer con estas jóvenes de hoy? Ni el más elemental sentido de la responsabilidad social, ni la menor firmeza en sus propósitos, ni cabello ya, ni formas siquiera... A propósito, ¿se ha enterado del proyecto hidráulico del Severn? —y le tendió un

¹⁴ En el original "of some substance"

folleto—. Años hace que les vengo insistiendo sobre las innumerables ventajas. Mis minas de carbón, entre otras muchas, se beneficiarían con esa instalación de energía eléctrica; se podrían explotar en excelentes condiciones... Pero es inútil, no hay modo de convencerlos. Indudablemente necesitábamos tener por aquí a unos cuantos americanos.

Sir Lawrence se había puesto en pie; el sentido de solidaridad social del viejo le dominaba una vez más, llevándole por caminos tanto utópicos como interesantes, según el punto de vista; pero que en aquel momento distaban mucho de coincidir con el camino del *baronet*.

—Adiós, marqués, hasta la vista —dijo, tendiéndole la mano—. Encantado de verle tan sano y fuerte como de costumbre.

—Adiós, mi querido Mont; disponga siempre de mí y envíeme otro de sus interesantes libros.

Un fuerte apretón de manos, y del terno de mezclilla se desprendió un intenso olor a carbón. Sir Lawrence, mirando hacia atrás, pudo ver al viejo de nuevo en su actitud favorita, con el pie en la silla y el mentón en la mano, leyendo ya el folleto. «¡Un chico! —pensó—, como diría Michael. Pero ¿qué habrá hecho Charles Ferrar para que lleven seis años sin cruzarse palabra? El viejo Forsythe debería saberlo...»

En ese momento el viejo Forsythe y Michael cruzaban el parque de San Jaime, en dirección a casa.

—Respecto de ese joven americano —dijo Soames—, ¿qué piensas tú que ha podido impulsarle a tomar cartas en este asunto?

—Pues... no sé, a punto fijo; ni merece la pena indagarlo.

—Naturalmente —contestó Soames, de malhumor. Y en realidad, le resultaba repulsivo a él tratar con un americano sobre una cuestión de dignidad personal.

—¿Se emplea allá, en los Estados, la palabra *snob*?

—No tengo seguridad; pero, en todo caso, la caza de celebridades, que se presenta como una de las formas más acusadas del *snobismo*, es allí una forma de idealismo. Les acucia el deseo de relacionarse con las personas que consideran superiores a ellos. El sentimiento más bien es laudable.

Soames no estaba conforme; pero le fué difícil encontrar la razón. Había sido para él una especie de principio cardinal no reconocer a nadie superioridad sobre él y sobre su hija, y nadie hablaba de sus principios cardinales. En verdad, es que tal sentimiento había arraigado tan profundamente en él que ni se había dado cuenta del mismo.

—Desde luego —afirmó— que si él no lo hace, no seré yo el que saque la conversación... Y, volviendo a esa joven, ¿qué se podría hacer? Supongo que pertenecerá a alguna pandilla...

—La de los panjuerguistas...

—¿Los panjuerguistas?

—Sí: una pandilla que tiene por lema divertirse a toda costa, sea como sea... Naturalmente que no tienen la más mínima significación. Pero Marjorie Ferrar está muy en el candelerero. Pinta algo, tiene cierto ascendiente sobre la Prensa, baila, caza, es un poco actriz, se mete en todas partes, no hay fin de semana elegante en que no figure... Los fin de semana son lo peor, porque, como la gente no tiene nada que hacer, se dedica a hablar... ¿Ha estado alguna vez en un fin de semana?

—¿Yo? —exclamó Soames—. ¡Santo Dios..., no!

Michael no pudo contener una sonrisa. La incongruencia no podía en realidad ir más lejos.

—Entonces tenemos que organizarle uno en Lippinghall.

—¡Oh, no! ¡Muchas gracias!

—Tiene usted mucha razón; no hay nada más aburrido. Pero son, hasta cierto punto, las covachuelas de la política. En opinión de Fleur, me son muy convenientes... Lo malo es que Marjorie Ferrar conoce a todas nuestras amistades y a muchas más. No carece de dificultades esto.

—Yo que vosotros, seguiría como si nada hubiera ocurrido —dijo Soames—. Pero ¿y ese periódico? Sería conveniente avisarles que esa mujer es venenosa.

Michael se quedó contemplando un momento a su suegro con una ligera expresión de humor.

Al entrar en casa encontraron al criado en el *hall*.

—Hay ahí un hombre, que dice llamarse Bugfill, y pregunta por el señor.

—¡Ah, sí! ¿Adónde lo hizo pasar, Coaker?

—Pues, sin saber qué hacer con él (tiene un temblor que le sacude de pies a cabeza), le he dejado en pie en el comedor.

—Con su permiso —dijo Michael a Soames.

Éste pasó al «locutorio», donde encontró a su hija con Francis Wilmot.

—Míster Wilmot nos deja, papá. Llegas con el tiempo justo para decirle adiós.

Si había momentos en que Soames se sentía cordial era en estos. Realmente él no tenía nada contra el joven americano; hasta podía decirse que le resultaba

simpático; pero el dejar de ver a una persona era, hasta cierto punto, un descanso. En este caso, además, estaba la cuestión de si había oído o no; y, en caso afirmativo, qué era lo que había oído. Tenerlo constantemente alrededor de uno, sin saber a qué atenerse, habría sido realmente una tentación constante a conceder una tregua a la propia dignidad, interrogándole sobre la cuestión...

—Hasta la vista, pues, míster Wilmot —dijo efusivamente—. Si le interesa a usted la pintura... —haciendo una breve pausa; alargando, luego, la mano, concluyo—: debería usted pasar por el Museo Británico.

Francis Wilmot estrechó fuertemente la mano que se le tendía.

—Muchas gracias. Ha sido para mí un honor conocerle a usted, míster Soames.

Éste empezaba a preguntarse por qué, cuando el joven, volviéndose hacia Fleur prosiguió:

—Desde París escribiré a Jon y le enviaré sus recuerdos. Ha manifestado usted para conmigo una amabilidad que jamás podré agradecerle bastante. Recibiré una verdadera alegría teniéndoles a usted y a Michael conmigo, si se deciden alguna vez a cruzar el Océano; y si llevan consigo al perrito, les aseguro que me honraré mucho dejándole morderme de nuevo la pantorrilla.

E inclinándose sobre la mano de Fleur, desapareció, dejando a Soames sumido en la contemplación de la coronilla de su hija.

—Esta marcha me parece algo súbita —dijo, cuando se hubo cerrado la puerta ¿Le habrá picado alguna mosca?

Fleur se volvió hacia él y le preguntó fríamente:

—¿Por qué armaste anoche aquel jaleo, papá?

La injusticia de su ataque era tan evidente que Soames tuvo que morderse el bigote. ¡Como si le hubiera sido posible evitarlo, oyendo insultarla como la insultaron!

—¿Qué crees que hemos salido ganando con ello?

Soames, que no tenía de ello ni la más leve noción, no intentó nada para ilustrarla. Sólo sintió que algo le dolía dentro.

—Me parece tener la sensación de que ya no podré mirar a la gente a la cara. Claro que, a despecho de todo, lo haré. Si soy una *snob* y una advenediza, lo seré del todo y hasta el fin. Lo único que desearía es que se te quitara de la cabeza que todavía soy una niña, incapaz de defenderme por mí sola.

Soames no replicó, inmóvil y en silencio, dolido hasta la suela de sus zapatos.

Fleur le fulguró una mirada y dijo:

—Lo siento, pero no puedo evitarlo; sentirse en ridículo y ver que todo nuestro trabajo se viene a tierra es muy desagradable.

Y salió precipitadamente de la sala.

Soames se dirigió vacilante, maquinalmente, al balcón y se quedó en él, mirando, sin ver, a la calle. A pesar de ello, se percató de un «taxi» con equipaje que se ponía en marcha y de cómo unas palomas revoloteaban, picoteaban un momento en el suelo y volvían a volar; vió a un hombre besar a una mujer en la penumbra y a un policía deteniéndose a encender su pipa; vió, en total, unas cuantas cosas humanas e interesantes, y oyó al Big Ben dar la hora... Nada de aquello, sin embargo, tenía el más mínimo interés para él, ni paró un solo instante su atención. Con los ojos muy abiertos en realidad no veía más que una cuchara de plata. Él mismo se la había puesto a Fleur en la boca cuando ésta nació...

IX

GALLINAS Y GATOS

El individuo que había sido pasado al comedor, y que se llamaba Bugfill, según el criado, se hallaba todavía en pie. Algo más viejo que Michael, con cierta inclinación a las patillas, cabello oscuro y un rostro pálido, animado por la viveza algo mecánica habitual a tantos actores, pero nueva para Michael, con una mano asía el borde de la mesa, y con la otra, un flexible de anchas alas. La expresión de sus ojos, con grandes ojeras amoratadas, era tal que Michael hubo de decirle sonriendo:

—¡Por Dios, míster Bergfeld, que no soy empresario! Tome asiento y fume.

Silenciosamente, con forzada sonrisa, el visitante tomó la silla y el cigarrillo que le ofrecían. Michael a su vez se sentó también, pero sobre la mesa.

—Por lo que me ha dicho mistress Bergfeld, usted atraviesa un momento un tanto difícil...

—Desesperado —confirmaron los labios temblorosos.

—¿El nombre y la falta de salud, acaso?

—Sí, señor.

—Y qué ¿le agradaría a usted una ocupación en el campo? En realidad, por mucho que he pensado no se me ha ocurrido cosa muy brillante; pero, de todos modos, reflexionando, anoche, tuve una idea... ¿Qué le parecería a usted la cría de aves de corral? Según parece, hoy se dedica a eso mucha gente...

—Si tuviera aún mis ahorros...

—Sí; su señora me habló ya sobre el particular. Si usted quiere, haré por informarme, aunque mucho me temo...

—¡Ha sido un verdadero robo!

La sumamente ingrata fonación, con algo de granizo, trajo inmediatamente al pensamiento de Michael la razón por qué tantos empresarios se habían negado a contratar a su poseedor.

—Sí —concedió, con ánimo conciliador—, lo de siempre: desnudar a un santo para vestir a otro. Esa cláusula del tratado fué, incuestionablemente, un resto de auténtica barbarie, presénteselo como se quiera. Pero, después de todo, lo hecho no tiene remedio, y de nada sirven lamentaciones, ¿no cree?

Pero el visitante se había puesto en pie.

—¡Despojar a los civiles, para pagar a los civiles! ¿Por qué no tomar entonces la vida de un civil por cada civil muerto? ¿Qué diferencia habría? ¡Y que esto lo haga Inglaterra, la nación que más se ha preciado de respetar al individuo! ¡Es abominable!

Michael empezó a ver que míster Bergfeld estaba sacando las cosas de quicio.

—Olvida usted —no pudo menos de argüir— que la guerra nos hizo volver momentáneamente a todos a la barbarie y que puede decirse que no hemos salido todavía de ella. Además que, y usted lo sabe, fué su país el que puso la chispa en el polvorín... Pero, volviendo a lo nuestro, ¿qué le parece a usted mi proyecto de avicultura?

Bergfeld pareció esforzarse rudamente para dominarse.

—Por mi mujer —dijo—, haría todo lo que fuera preciso. Pero si no lograra la devolución de mis ahorros, ¿cómo iba a empezar?

—Quién sabe... Es posible que yo pudiera ayudarle a iniciar el negocio... Por cierto que el peluquero que vive en el bajo de su casa busca también una ocupación en el campo. A propósito, ¿cómo se llama?

—Swain.

—¿Se lleva usted bien con él?

—Es muy engreído, pero somos buenos amigos.

Michael bajó de la mesa.

—Pues bien, déjeme pensarlo con más sosiego. Creo que podremos hacer algo —y le tendió la mano para despedirse.

Bergfeld la estrechó en silencio y sus ojos recobraron la expresión con que al principio se fijaron en Michael.

«Este individuo —se dijo Michael—, si no logra salirse un poco de sí mismo, acabará suicidándose el día menos pensado.»

Habiéndole acompañado hasta la puerta, permaneció unos minutos viendo alejarse al desdichado actor alemán, sintiendo como si la penumbra del crepúsculo la produjeran todas aquellas tenebrosas historias que éste, y el peluquero y el ex combatiente que se le había acercado en medio de la calle habían insinuado en su oído y en su alma... Sí; Bart le prestaría aquella parcela de terreno que tenía en la otra punta de Lippinghall, y él compraría una de las casetas portátiles que el Ministerio de la Guerra vendía en buenas condiciones, y con los Bergfeld, el peluquero y Boddick organizaría una pequeña granja avícola. Ellos cortarían en el soto la madera necesaria para construir por sí mismos los gallineros. Después de todo, sería producir artículos alimenticios; ¡un experimento foggartista! Fleur se reiría de él. Pero ¿existía en la actualidad algo de que uno no pudiera reírse?... Por último, se volvió al interior. Fleur estaba en el *hall*.

—Francis Wilmot se ha marchado, ¿sabes? —dijo.

—¿Y por qué?

—Se ha ido a París.

—¿Sabes, por fin, qué oyó anoche?

—No creerás que se lo haya preguntado.

—Desde luego que no —se excusó humildemente Michael—. Bueno, subamos a ver a Kit; creo que es ya la hora del baño.

En efecto, el undécimo *baronet* se hallaba ya en su baño.

—Está bien —dijo Fleur a la niñera—; acabaré yo de bañarle.

—Lleva tres minutos en el baño, señora.

—En ese caso, no está todavía bastante cocido —comentó Michael.

Para no tener más que catorce meses, este pequeñuelo en cueros tenía un vigor realmente increíble; todo él, de pies a cabeza, era ruido y movimiento. Parecía prestar sentido a la vida. Su vitalidad era absoluta y no relativa. Sus chillidos, sus brinco y la agitación frenética de sus pies y manos tenían tal júbilo de la danza de un mosquito o las acrobacias de un grajo en el aire. Daba las gracias no por lo que habría de recibir más adelante, sino por lo que en el momento estaba recibiendo. Blanco como un pichón, con los deditos de los pies sonrosados, con los ojos y el cabello más oscuro que habría de serlo después, quería cogerlo todo; el jabón, la toalla, las manos de su madre... Lo único que en realidad parecía faltarle era un rabo. Michael lo contemplaba meditabundo. ¿Cómo debería criar a este muñeco, que había nacido con todo lo que podía desear al alcance de su mano? ¿Estarían capacitados para criarlo ellos, que, como todas las gentes de clase elevada de su generación, habían nacido emancipados, de padres hechos a la idolatría de la Libertad? Poseedores desde la cuna de cuanto cabía desear, hasta el extremo que para descubrir algo fuera

de sus posibilidades tenían que devanarse los sesos, acostumbrados a salirse siempre con la suya, la guerra había venido a poner límites a un tal estado de cosas; más aún, extremándolo en sentido contrario, había producido un desorden y un desenfreno terribles. Por otra parte, para quienes, como Fleur, habían nacido a la conciencia del mundo después de la guerra, el relato de ésta no había logrado otra cosa que aminorar el respeto que podía tenerse por los ideales más altos de la vida. Muerto el espíritu de veneración, desaparecido radicalmente el espíritu de sacrificio, con las costumbres buenas enterradas, exacerbado el sentimiento y el porvenir en el aire, no podía extrañar que la vida moderna fuera una danza de mosquitos, tomada burlescamente en serio. Éstas eran las reflexiones de Michael, junto al baño, envuelto en la niebla del vapor de agua, frunciendo sin darse cuenta el entrecejo a su vástago. ¿Estaba uno capacitado para ser padre, sin fe? Aunque evidentemente, la gente buscaba de nuevo una fe en qué apoyarse. Claro que, infortunadamente, tenían que incubarla tan de prisa que se corría el riesgo de engordar el huevo mucho antes de que saliera el pollo. ¡Demasiado conscientes!, pensó. «¡Aquí está el peligro!»

Fleur acababa de secar al undécimo baronet y estaba empolvándolo. Sus ojos parecían traspasarle la piel, para percatarse de su estado de salud interna. Michael la contemplaba, mientras ella iba tomando sucesivamente pies y manos, examinando una a una cada uñita, embelesada en su examen, sin darse cuenta de su momentánea devoción. Y dolido por la dificultad de sentir, como miembro del Parlamento, una emoción semejante, hizo una mueca al nene y salió de la habitación.

Ya en su despacho, tomó el volumen de la Enciclopedia Británica correspondiente al título Avicultura. Leyó lo que allí se decía acerca de las diversas razas de gallinas: Leghorns, Orpingtons, White Sussex, Bramaputras, etc.; pero, en realidad, poco más o menos se quedó como antes. Recordando que si se coloca el pico de una gallina sobre una raya trazada con tiza blanca en el suelo, la gallina se figura que está sujeta a dicha raya y no osa separar el pico de ella, sintió deseo de que alguien trazara una raya por el estilo junto al pico suyo. O ¿no podría, tal vez, suplir a esa raya el foggartismo? De pronto dijo a su lado una voz:

—Dile a Fleur que me voy a casa de su tía.

—¿Nos deja usted?

—Sí; aquí estoy demás.

—¿Y no se va a despedir de Fleur?

—No —repuso Soames.

¿Qué tripa se le había roto al viejo Forsythe?

—Dígame una cosa: ¿Sabe usted si se puede ganar algún dinero con la avicultura?

—En la actualidad no se puede ganar dinero con nada.

—Pues el impuesto sobre la renta aumenta en rendimiento.

—Sí —asintió Soames—; una equivocación, sin duda; a no ser que se haga deliberadamente trampa.

—Pero no iré a creer usted que la gente vaya a declarar una renta superior a la real, ¿no?

Soames frunció los ojos, algo perplejo. Por grande que fuera su pesimismo en aquel momento, no se atrevía a pensar tan mal del género humano.

—Deberías procurar que Fleur no fuera por ahí despellejando a ese pendón pelirrojo —exclamó—. Como nació con una cuchara de plata en la boca, cree que puede hacer lo que le venga en gana.

Y Michael se quedó solo.

¡Una cuchara de plata en su boca! ¡Qué *à propos*!

* * *

Después de dejar al niño en su cuna, Fleur se dirigió al escritorio de marquetaría que se hallaba en el reducido santuario que, en otros tiempos, se habría designado con el nombre de *boudoir*. Meditabunda, permaneció quieta unos minutos ante él. ¿Cómo había podido su padre hacer aquello tan en público? ¿Por qué no vio que, mientras las cosas no se hacen públicas, no tienen vida y que tan pronto como se publican, demuestran una terrible vitalidad?

Deseosa de desahogar su corazón con alguien y decir a la gente qué pensaba de Marjorie Ferrar, Fleur escribió tres cartas: una a lady Alison y dos a señoras del grupo que oyó la difamación de la noche anterior. La tercera carta terminaba así:

Una mujer semejante, que, aparentando amistad, se introduce en casa de una, para despellejarla en cuanto vuelve las espaldas, es una perfecta víbora. No acabo de comprender cómo la sociedad la soporta, pues la verdad es que en ella no hay una sola buena cualidad, ni el más elemental sentido de la decencia. Y respecto de sus atractivos... ¡alabado sea Dios!

Pero quedaba todavía Francis Wilmot, y Fleur no había dicho todo lo que quería.

Mi querido Francis —escribió, pues—: Siento mucho, en realidad, que se haya ido usted tan de súbito. A esto se debe que no haya podido darle las gracias por la defensa que hizo de mí anoche. Verdaderamente, Marjorie Ferrar ya se pasa de la raya; pero en la sociedad londinense no se hace ya caso de murmuraciones. Tenga la seguridad de que ha sido para mí una gran satisfacción conocerle. No nos eche en olvido y venga a verme cuando regrese de París.

Suya afectísima,

FLEUR MONT

En adelante no concurrirían más que hombres a sus reuniones. Pero ¿estarían éstos dispuestos a venir si no había mujeres? Además de que también algunos hombres, como Felipe Quinsey, eran sabandijas de la peor especie. Esto sin contar que con ello aparentaría estar realmente herida en lo vivo... ¡No! Proseguiría como hasta ahora, como si nada hubiera ocurrido; a lo más, evitaría a algunas «pécoras» declaradas. Aunque, ¿quién no lo era? Salvo Alison y algunos pesos pesados, como míster Blythe, y unos cuantos embajadores de tercer orden y de tres o cuatro políticos serios, no podía tener confianza en nadie. El ser «pécora» estaba de moda. Todo el mundo arañaba al prójimo las espaldas y, al menor descuido, hasta la cara. ¿Quién estaba libre, en la sociedad, de arañazos, y quien, a su vez, no arañaba? Por otra parte, el no arañar un poco ¡era terriblemente aburrido! Ella no podía imaginarse una vida sin arañazos, a no ser, tal vez, en Italia. ¡Aquellos frescos de Fra Angélico en el monasterio de San Marcos! Ése era un hombre que indudablemente no había arañado. ¡Oh, y aquél San Francisco predicando a los pájaros, entre flores, con el sol, la luna y las estrellas por parientes cercanos! ¡Santa Clara! ¡Santa Flora, hermanita menor de San Francisco! ¡Ah, no ser mundana; ser buena, sencilla y santa! ¡Vivir para hacer la felicidad de los demás! ¡Qué nuevo! ¡Y qué divertido! Siquiera por una semana, pues, realmente, por más tiempo... Descorriendo las cortinas, miró un momento hacia la plaza.

Dos gatos, con el espinazo muy alzado, esbeltos, deliciosamente gráciles, bajo la luz de un farol, se contemplaban atentamente, uno frente a otro. De pronto dejaron oír unos aullidos pavorosos y fueron todo garras. Fleur corrió de nuevo la cortina.

X

DEFECCIÓN DE WILMOT

Más o menos a la misma hora, Francis Wilmot estaba sentado en el salón del Hotel Cosmópolis. Llevaba un rato allí, cuando se puso bruscamente en pie.

En el centro del *parquet*, ondulante y resbaladiza, avanzando y retrocediendo, girando y contorsionándose entre los brazos de un hombre con cara de máscara, estaba la mujer que, por sentimiento de lealtad hacia Fleur y Michael, le había hecho huir a París. ¡El destino! Pues no podía saber él que ella acostumbraba a venir a aquel hotel casi todas las tardes, a las horas de baile. Ella y su acompañante eran, incuestionablemente, la pareja más destacada; y, aficionado a la danza, Francis Wilmot comprobó que el espectáculo que estaba contemplando se salía de lo corriente. Cuando se detuvieron, muy cerca de él, no pudo menos de exclamar, con su pronunciación suave y despaciosa:

—¡Maravilloso! Eso es bailar...

—¿Cómo le va, míster Wilmot?

¿Es posible? ¡Luego ella sabía su nombre! Había llegado el momento de mostrar su lealtad... Pero ella se había dejado caer en una silla junto a él.

—¿Conque me creyó usted anoche una traidora?

—En efecto.

—¿Y por qué, si se puede saber?

—Porque la oí a usted llamar *snob* a la persona en cuya casa se encontraba.

Marjorie Ferrar dejó escapar una provocadora sonrisita.

—¡Pero, mi joven amigo, si no llamara uno a sus amistades cosas peores que ésa! Claro está que mi intención no era que me oyera usted, ni aquel absurdo personaje de la barbilla.

—Era su padre —contestó gravemente Francis Wilmot—. Como es lógico, se sintió herido.

—¡Qué le vamos a hacer! Lo siento.

Y una mano sin guante, tibia, pero seca, vino a posarse sobre la suya. Y ya se había retirado, al cabo de un instante, cuando Francis Wilmot sentía todavía una extraña comezón en su mano y en todo el brazo.

—¿Baila usted?

—Sí; pero no seré de los que se atrevan a bailar con usted.

—¡Pues no le queda otro remedio!

Francis Wilmot sintió que su cabeza empezaba a darle vueltas y que poco después su cuerpo empezaba a dar vueltas también.

—Baila usted mejor que los ingleses, salvo los profesionales —dijeron los labios de ella, a seis pulgadas de los suyos.

—Muchas gracias; es usted muy amable, señora.

—¿No sabe usted cómo me llamo? ¿O es que usted llama siempre «señora» a las mujeres?

—Sé cómo se llama usted, y donde vive. Esta madrugada, a las cuatro, estuve a menos de seis yardas de usted.

—¿Y qué andaba usted haciendo por allí?

—Nada. Sencillamente, pensé que me agradaría estar cerca de usted, y fui...
Marjorie Ferrar comentó, como para sí misma:

—La frase más bonita que he oído en mi vida. Venga a tomar el té a casa mañana.

Volviendo sobre sus pasos, tirándose a un lado, esforzándose cuanto le era posible, Francis Wilmot manifestó, pausadamente:

—Tengo que irme a París.

—No tema usted, que no me lo voy a comer.

—No tengo miedo, pero...

—Bueno; le espero mañana, sin falta.

Y volviéndose a su acompañante de la cara de máscara, le dirigió una última mirada por encima del hombro.

Francis Wilmot se secó la frente. ¡Una experiencia desconcertante! Otro golpe a la idea preconcebida de una raza amiga de la etiqueta y estirada. Si no supiera él que era hija de un lord, la hubiera tenido por norteamericana. ¿Volvería a sacarle a bailar? Pero no. Marjorie Ferrar abandonó el salón sin volver a mirarle siquiera.

Un joven a la moda, típico, en una palabra, se habría envanecido. Ahora, que él no era nada de eso. Seis meses de prácticas para la aviación en 1918, un viaje a New York y unas cuantas excursiones a Charleston y Savannah no le habían sacado de campesino con una tradición de buenos modales, de trabajo ordenado y vida sencilla. Las mujeres, que había conocido muy pocas, le merecían todos los respetos. Juzgaba de ellas por su hermana, o por las amigas de su difunta madre, en Savannah, todas ya entradas en años. Una señora del Norte le había dicho a bordo que las jóvenes del Sur juzgaban de la vida por el número de hombres que caían en sus redes, trazándole un diseño sumamente divertido de las muchachas del Sur. Todo esto cogió de sorpresa a este joven sudista. Ana no era así; ni había tenido, realmente, oportunidad para ello, pues se había casado a los diecinueve años con el primer hombre que le había revelado sus sentimientos.

El correo de la mañana le trajo la esquila de Fleur. «¡La raya!» ¿De qué raya se pasaba Marjorie? Se sintió indignado. No se fué a París, y esa tarde, a las cuatro, estaba en casa de Marjorie Ferrar.

Esta, con una bata azul celeste, estaba en su estudio, raspando un cuadro con un cuchillo. Una hora más tarde. Francis Wilmot era su esclavo. La Exposición Canina de Cruft, los Beefeaters, el Derby..., ni el recuerdo de su deseo de ver todo esto le quedaba; en Inglaterra ya no le interesaba más que una cosa; Marjorie Ferrar. Puesto a no recordar, ni siquiera recordaba en qué sentido se deslizaba el río, siendo una verdadera casualidad que tomara hacia el Este, en vez de hacia el Oeste. ¡Oh, sus cabellos, sus ojos, su voz...! Todo él estaba pletórico, rebosante de ella. Estaba de acuerdo en que era una insensatez; pero no le importaba. Más allá no había ir al hombre... De repente pasó ella junto a él en un automóvil descubierto, conducido por ella misma, hacia un ensayo teatral. Le saludó agitando una mano; y la sangre se le agolpó al corazón bruscamente, para dejarlo vacío al otro instante. Su cuerpo entero tembló de pies a cabeza, y su cara se quedó pálida. Y, al perderse de su vista el *auto*, se sintió también perdido, como rodeado por un mundo de sombras, gris y desierto. ¡Ah!, allí se divisaba el Parlamento. Y un poco más allá el único rincón de todo Londres adonde habría podido ir a hablar de Marjorie Ferrar y donde ésta se había portado precisamente mal. Pero su deseo de defenderla, de pasar de «la raya», era superior a todo. Comprendía hasta la saciedad cuán importuno sería hablar a Fleur de su enemiga, pero todo era preferible a no hablar de ella. Dirigióse, pues, a South Square y llamó decididamente al timbre.

Fleur estaba en su salón, si no comiendo precisamente pan y miel, por lo menos tomando su té.

—¿Cómo? ¿Todavía en Londres? ¡Magnífico! ¿Una taza de té?

—Acabo de tomarlo —repuso Francis Wilmot, enrojeciendo notablemente—. Lo he tomado con ella.

Fleur se quedó por un momento con la boca abierta.

—¡Ah! —exclamó, al fin, riendo—. ¡Qué interesante! ¿Dónde le cazó a usted?

Sin reparar en la intención que implicaba, Francis Wilmot advirtió lo que había de mortal en aquellas palabras.

—Estaba en el *the dansant* de mi hotel ayer por la tarde. Baila maravillosamente. Me parece, en realidad, una mujer extraordinaria, y me agrada saber qué quería decir usted con aquello de que «pasaba de la raya»...

—Igual que me gustaría a mí saber la razón de esta *volte face* desde el miércoles por la noche.

Francis Wilmot sonrió:

—Se han portado ustedes tan bien conmigo que me gustaría que volvieran a ser amigos de ella. Tengo la seguridad de que no pensaba lo que dijo aquella noche.

—¿De veras? ¿Se lo ha dicho ella?

—¡Psh!... no, exactamente. Pero sí que no era su intención que la oyeran.

—¡No!, ¿eh?

Francis Wilmot se quedó mirando el rostro sonriente de Fleur, sabedor, tal vez de los abismos que aquella sonrisa ocultaba, pero juvenilmente, americanamente inconsciente de cualquier obstáculo serio a su interés por arreglar las cosas.

—Me duele pensar que ustedes dos se hayan declarado la guerra. ¿Le agradecería venir a mi hotel para encontrarse con ella y hacer las paces?

Los ojos de Fleur le midieron lentamente de pies a cabeza.

—Según creo usted tiene algo de sangre francesa, ¿no es así?

—Sí. Mi abuela es de origen francés.

—Bien; pues yo tengo más que usted; y los franceses, como sabe, no perdonan fácilmente, ni se convencen a sí mismos de lo que desearían o les convendría creer...

Francis Wilmot se puso de pie y habló con cierto imperio.

—En ese caso espero de su amabilidad que me explique lo que quería decir en su carta.

—¿Sí? ¿Se refiere a eso de la «raya»? La cosa es bien sencilla, mi joven amigo. ¿Qué otra raya, si no la de la perfección? ¿No es usted mismo, acaso, una prueba patente de ello?

Dándose cuenta de que se burlaban de él y con sentimientos encontrados, Francis Wilmot se dirigió hacia la puerta.

—Adiós —dijo—. Supongo que usted no tendrá ya interés en verme...

—Adiós —repuso Fleur.

Y Francis Wilmot salió desconcertado, más abatido y solitario aún que a su entrada. Nadie tenía ya que pudiera servirle de mentor y que le amonestara cuando fuera menester. En esta ciudad no había ni rectitud de vida ni sencillez. La gente no decía lo que pensaba; y su deidad... ¡tan misteriosa y laberíntica como los demás! Todavía más..., mucho más..., pues ¿qué importaban ya los demás?

XI

SOAMES VISITA A LA PRENSA

Soames había llegado a casa de su hermana, sumido en profunda perturbación.

Hubiera sido ya bastante para preocuparle que Fleur tuviera una enemiga declarada en sociedad; pero que, además de eso, le hiciera responsable a él de lo sucedido, le parecía la más tremenda de las injusticias..., especialmente teniendo en cuenta que era muy probable que Fleur tuviera la razón.

Unas horas bajo el influjo tranquilizador del sentido común de Winifred Dartie y de una taza de su café turco, que, aun cuando siempre se ganaba todos sus anatemas como «un verdadero veneno para el hígado», tomaba siempre con agrado, fueron bastante para afianzar en el espíritu de Soames la consoladora idea de la tempestad en el vaso de agua.

—Pero ese suelto del periódico —manifestó, a pesar de todo— lo tengo clavado aquí, como una espina...

—No cabe duda que todo ello es muy desagradable, lo reconozco, Soames; pero yo en tu lugar no le daría importancia. La gente está ya acostumbrada a esta clase de chismorreos periodísticos y no les hace maldito el caso. Saben de sobra que no son otra cosa que un pasatiempo...

—¡Bonito pasatiempo! Y dicen que los tales periódicos tienen un millón de lectores...

—¿Y qué? Además de que en el suelto no se da nombre alguno.

—No importa; esos politicastros y mequetrefes del gran mundo se conocen unos a otros —aseveró Soames.

—Sí, hijo mío —insistió Winifred, con su voz tranquila, tan hogareña y tan sedante—; pero en la actualidad nadie toma nada en serio.

Winifred tenía mucha razón. Tanta, que Soames se fué a la cama muy reanimado.

Pero su alejamiento de los negocios había operado en Soames una transformación más honda de lo que él mismo hubiera creído. Sin asuntos profesionales en que gastar la facultad de preocuparse, heredada de James Forsyte, tendía a atraer y acariciar en secreto cuantos motivos de inquietud se presentaban. Cuanto más rumiaba aquel dichoso suelto, tanto más se sentía inclinado a un coloquio amistoso con el director del periódico. Si lograba poder decir a Fleur: «Ya está todo arreglado con esa gente; no volverán a rechistar», tenía la seguridad de que su enfado con él acabaría en el acto. Si no se lograba obligar a la gente a que pensara bien de su hija en privado, se impediría, por lo menos, que se manifestara públicamente la malevolencia. Ya era algo, después de todo.

Aparte su poca afición a verse en ella, la opinión de Soames acerca de la Prensa, en sus líneas generales, no era ni mucho menos desfavorable. Leía diariamente el *The Times*, que también había leído su padre, y hasta podría decirse que se había criado al son de su doblar y desdoblar cotidiano. Un

excelente periódico, sin duda, y con una abundancia de noticias que justificaba sobradamente su precio. Soames se había acostumbrado a mirar con respeto sus artículos de fondo; y si, a veces, sus extensos suplementos le habían parecido excesivos, era evidente que se trataba de un periódico de gente bien. Annette y Winifred preferían *The Morning Post*, que también era un periódico de personas decentes, aunque sus ideas fueran un poco raras. No es que las ideas raras no fueran cosa respetable; pero, realmente, Soames no les profesaba una gran afición. En cuanto a los restantes periódicos, su conocimiento se limitaba a que, por regla general, las titulares eran un tanto mayores y algo más cortos sus sueltos o informaciones. Tomada globalmente, por otra parte, la Prensa le parecía lo que a la mayoría de sus compatriotas: una institución; con sus virtudes y sus vicios, si se quiere, pero a la que no quedaba otra solución que resignarse.

Serían aproximadamente las siete de la tarde cuando Soames llegó a la calle Flete.

Encontrada la Redacción del *Evening Sun*, dió su tarjeta al portero, manifestando su deseo de ver al director. Después de unos instantes de contemplación de su sombrero de copa, le condujeron por un pasillo hasta un reducido locutorio. En seguida vendría a verle uno de los redactores.

—¿Uno de los redactores? No, no; a quien yo quiero ver es al director — afirmó Soames.

Infortunadamente, en ese momento el director estaba ocupado. ¿No podría volver a una hora más propicia?

—No — dijo Soames rotundamente.

—¿No tendría tampoco la bondad de indicar el motivo de su visita?

Pero Soames tampoco tuvo esa bondad.

En vista de ello y en desesperación de causa, el portero inspeccionó de nuevo su sombrero de copa y desapareció.

Soames esperó un cuarto de hora, siendo llevado al cabo a una sala todavía más reducida, donde un señor de gafas, de aspecto jovial, hojeaba un volumen de recortes.

Al entrar Soames, le miró, casi sin levantar la cabeza; tomó la tarjeta de sobre la mesa y leyó:

—Míster Soames Forsyte, ¿no?

—¿Es usted el director? — preguntó Soames.

—Uno de los directores. Tome asiento, por favor, y dígame en qué puedo servirle.

Impresionado por un cierto espíritu de celeridad que parecía flotar en el ambiente y deseando causar la mejor impresión en su interlocutor, Soames no se sentó, limitándose a sacar de su cartera el nefando recorte.

—Por pura casualidad ha venido a parar a mis manos este suelto, publicado en su número del jueves pasado...

El señor jovial se llevó el recorte a los ojos, pareció rumiar unos instantes el sentido del suelto y, al fin, preguntó:

—¿Y bien?

—¿Tendrá la bondad de decirme quién es el autor?

—Lo siento, pero no podemos revelar el nombre de nuestros colaboradores anónimos.

—Está bien. Realmente, no es necesario. Sé ya quién lo ha escrito.

El señor jovial abrió un instante la boca, como si fuera a decir: «Entonces, ¿por qué demonios lo pregunta?»; pero, en vez de pronunciar estas palabras, prefirió cerrar la boca.

—Lamento decirle —prosiguió Soames— que este suelto alude claramente a mi hija, mistress Michael Mont, y a su marido.

—¿De veras? Sabe usted, entonces, algo más que yo. Aunque, en fin de cuentas creo que la cosa no tiene la más mínima importancia. No pasa de una simple chismorrería inofensiva...

Soames se le quedó mirando de hito en hito. Este hombre era, en verdad, excesivamente optimista.

—¿Le parece a usted eso? —exclamó, al fin, secamente—. ¿Le gustaría a usted, por consiguiente, que hablasen de una hija suya como de una *snob*?

—¿Y por qué no? Ese término no tiene nada de injurioso. Además de que no se menciona nombre alguno.

—¿Escriben, entonces, ustedes en su periódico para que los lectores ni siquiera sospechen lo que quieren decir? —insistió, sutilmente, Soames.

—A veces no hay más remedio que hablar en chino —asintió sonriente, el codirector—. Pero temo que sea usted demasiado susceptible...

He ahí un aspecto de la cuestión que Soames no había previsto. Resultaba, por tanto, que antes de conminar a este tipo a que el periódico no recayera en la ofensa, tenía que demostrarle que había tal ofensa. Mas, para llegar a este resultado, tendría forzosamente que explicar el sentido del suelto.

—Perfectamente —dijo—, puesto que usted, sin duda, no advierte por sí mismo el lado desagradable de este enredo, es vano que yo trate de esclarecerse. Me contentaré, por tanto con rogarle que en adelante no

publique más sueltos de este tipo. Por otra parte, puedo asegurarle que el autor de estas líneas escribió impulsado por una malevolencia de carácter personal...

El señor jovial volvió a levantar los ojos de su volumen de recortes.

—Jamás lo hubiera dicho. Usted sabe que, en el mundo político, la gente se pasa la vida tirándose puntadas y no se andan con eufemismos. Yo le aseguro que, como chismografía, es de lo más inocente.

Ante aquellas dos barreras del «susceptible» y de los «eufemismos» a Soames no le quedó otra solución que manifestar duramente:

—Todo ello es absolutamente despreciable.

—¡Qué duda cabe! Bueno, míster Soames... celebro haberle conocido.

Y el jovial codirector se abismó definitivamente en su libro de recortes.

¡Incuestionablemente que este tipo era de corcho! Los dedos de Soames se crisparon sobre el ala de su sombrero de copa. ¡Había llegado el momento de demostrar a aquel individuo quién era él! ¡Ahora, o nunca!

—Perfectamente —declaró, marcando bien cada una de las palabras e irguiéndose cuanto lo permitía su estatura—. Perfectamente. Pero si la autora de ese suelto cree que le está permitido dar suelta impunemente a sus malos humores, le aseguro a usted que se equivoca de medio a medio.

Y se detuvo un instante, esperando el efecto de sus palabras. Pero el efecto no llegó.

—¡Buenos días!

Y Soames, girando sobre sus talones, salió majestuosamente de la sala.

La entrevista no había sido, realmente, todo lo amistosa que él se había imaginado. Las palabras de Michael: «la Prensa es una sensitiva» se le vinieron al recuerdo. Bien miradas las cosas, lo mejor sería no dar cuenta a nadie de esta entrevista.

Dos días después, hojeando *Evening Sun* en los *Connaisseurs*, entrevió la palabra «foggartismo». ¡Hum! ¡Un artículo de fondo!

De todas las panaceas actualmente en curso entre los jóvenes dados a la política, ninguna tan absurda, quizá, como la titulada «foggartismo». Relativamente a este específico contra la supuesta dolencia nacional, no vendrá mal, sin duda, que expliquemos, siquiera en sus líneas generales, su naturaleza, antes de que sus inventores lo lancen al mercado. Fundado en la obra de sir James Foggart, *La crítica situación de Inglaterra*, el principal artículo de fe en este absurdo credo parece ser la depauperación de las fuerzas vivas o reservas humanas del país. Según sus profetas, habría que enviar a los más apartados rincones del Imperio a la mayor parte de nuestros adolescentes, tan pronto como acabasen sus estudios, a fin de que, al cabo de veinte años, la demanda de

nuestros dominios equilibrase la potencia de producción de la Gran Bretaña. Por lo que respecta a la evidente imposibilidad de integrar esa masa a la vida de los dominios, dada la lentitud de su actual desenvolvimiento, y a la pérdida que significaría para el país esta corriente emigratoria de trabajo y de material humano, nada nos dice la nueva doctrina, cuya incongruencia está en cabal consonancia con su nombre de «foggartismo»¹⁵.

Al lado de esta acrobacia de la emigración, ya que no se merece otro apelativo su índole sensacionalista, se encuentra en el nuevo credo cierta propaganda agrícola, de vuelta a la tierra. Según parece, la piedra angular de todo este edificio es el supuesto de la imposibilidad en que el actual patrón de vida y de salarios en Inglaterra nos sitúa de cualquier intento de competir con la industria alemana, ni de restablecer nuestra actividad comercial en Europa. Probablemente es la primera vez que se acomete en este país una tal inversión de nuestra supremacía industrial. Pero mientras más pronto se convenzan estos arribistas de nuestra política de que el contribuyente inglés, bastante más sensato de lo que, al parecer, muchos le suponen, ni siquiera se avendrá a tomar en serio un tan disparatado programa, más pronto abocará éste al aborto, a que, fatalmente, está destinado.

Por mucho que Soames hubiera considerado a *La crítica situación de Inglaterra*, está fuera de duda que jamás habría podido acusársele de algo tan absurdo como su adhesión al «foggartismo». Más aún, si el referido «foggartismo» abortaba al día siguiente, según acababan de pronosticar, de seguro que no sería él quien lo lamentara. Incluso, conocida su desconfianza por las teorías y las ideas (pragmatismo auténticamente inglés), no dejaría de celebrar, para sus adentros, que Michael se viera libre, a tan poco precio, de un sambenito semejante. A pesar de todo, sin embargo, le desasosegaba la idea de que aquel artículo pudiera tener en el mismo la causa. ¿No podría ser ésta, en realidad, la natural reacción, la automática respuesta de aquel jovial plumífero?

No; decididamente, no hablaría aquella noche de su visita a la Prensa, en la mesa de Fleur.

Un sombrero extraño en el sarcófago fué el anuncio de que había un cuarto comensal. Y, en efecto, estaba allí míster Blythe, con un *cocktail* en la mano y una aceituna en la boca, conversando con Fleur, acurrucada sobre un almohadón, junto al fuego.

—Creo que ya conoces a míster Blythe, papá...

¡Otro director de periódico! Soames tendió su mano cautelosamente.

Míster Blythe se tragó la aceituna y dijo:

—No tiene la menor importancia...

¹⁵ Juega el autor con el término *fog* —niebla, bruma— (*Nota de los traductores*)

—Por lo que a mí toca —agregó Fleur—, estimo que lo mejor sería no hacerles caso; de esa manera se darán cuenta antes del ridículo en que se han puesto...

—¿Opina así también su marido?

—No; Michael está furioso.

Y todos se volvieron a mirar a Michael, que entraba en aquel momento.

A la verdad, la sola expresión de su rostro era ya impresionante.

En su opinión, había que recoger el guante y devolver golpe por golpe; de otra manera, podían ya ir preparándose para cerrar el establecimiento. El país les había dado, después de todo, un puesto en el Parlamento para que expusieran sus personales puntos de vista y no los de la calle Fleet. Si estaban realmente convencidos de que la política de Foggart era el único recurso para acabar con la crisis del trabajo y salvar al país del desastre que le amenazaba, su obligación era decirlo así, dejando a un lado a cualquier periodicucho que opinara lo contrario. Tenían de su parte al sentido común, y éste, bien manejado, acababa por imponerse siempre. La oposición al «foggartismo» estribaba, en realidad, en el intento de imponer al obrero salarios más bajos y más horas de trabajo, aún cuando no se atrevieran a manifestarlo claramente. ¡Podían los periódicos hacer todos los pinitos que les diera la gana! Él se apostaba lo que quisieran a que antes de seis meses el público se familiarizaba con el «foggartismo», que los periódicos andaban ya metidos en descaradas contradicciones, afirmando, además, que ya lo habían dicho ellos desde un principio. Y volviéndole, de súbito, hacia Soames:

—Supongo que, al fin, no habrá ido usted a pedir explicaciones sobre ese dichoso suelto.

Soames, tanto en su vida privada como en la profesional, se había comportado siempre de manera que, incluso entre la espada y la pared, jamás tuviera que decir categóricamente una mentira. Mentir no era inglés, ni siquiera de buena educación. Por ello, sin alzar los ojos del suelo, pausadamente:

—¡Hum!... me contenté con manifestarles que no me era desconocido el nombre de la autora...

Fleur frunció el entrecejo; míster Blythe, alargando la mano, tomó una almendra salada.

—¿No se lo dije a usted? —repuso Michael—. Esta gente contesta siempre con una coz. La Prensa tiene de su dignidad un concepto tremendo; el más insignificante paso de los demás se expone a pisarle un callo. ¿No es eso, míster Blythe?

Míster Blythe asintió gravemente:

—Es, mi joven amigo, una institución netamente humana. Prefiere censurar a que la censuren.

—Creí —dijo fríamente Fleur— que habíamos quedado en que, en adelante, me ocuparía yo de mis propios asuntos.

La discusión volvió, por su cauce normal, al «foggartismo»; pero Soames se quedó un tanto cabizbajo. Efectivamente, a partir de aquel momento no volvería a mezclarse en nada que no le tocara a él directamente. Después, como todos los que aman, sintió la amargura de su destino. Después de todo, no había intervenido más que en lo que le tocaba directamente: el buen nombre de Fleur, su felicidad. ¡Y pensar que ella le guardaba rencor por ello! Cesto que contenía todos sus huevos, tendría ya que ir hasta el postrero de sus días con toda clase de precauciones, manteniéndolo en equilibrio, para no malograr su único tesoro.

Fleur les abandonó a los postres, después del Oporto, que sólo mística Blythe saboreaba como un sibarita. Soames percibía alguna que otra palabra suelta, por las cuales llegó a percatarse de que aquel corpulento correligionario se disponía a atacar de frente en *La Vanguardia* la semana próxima, en tanto que Michael esperaba la primera oportunidad para revelarse en la Cámara. Mas apenas distinguía nada en aquella bruma de palabras. Cuando se levantaron de la mesa. Michael dijo:

—Me voy.

—Nosotros vamos un rato a la Cámara. ¿No quería usted quedarse con Fleur?

—No —manifestó Soames—; prefiero retirarme.

Michael le miró fijamente un instante.

—Voy a decirle que usted se va.

Soames habíase puesto ya el abrigo y abría la puerta, cuando un suave olor a jabón de violetas invadió su olfato. Un brazo desnudo había rodeado al mismo tiempo su cuello y un cuerpo se apretaba blandamente contra su espalda.

—Perdón por haber sido tan antipática, papá.

Soames movió la cabeza en silencio.

—No, no —insistió la voz—, no es posible que te vayas así.

Y Fleur se deslizó entre él y la puerta. Sus ojos claros se miraron en los de él; sus dientes relucieron, muy blancos.

—¡Anda, no seas rencoroso! ¡Di que me perdonas!

Y sus labios se posaron en la nariz de Soames.

—¡Así! ¡Y ahora a dormir bien! ¡Tú sabes lo mal criada que estoy!

Soames la apretó convulsamente un instante entre sus brazos, abrió la puerta y salió sin una palabra.

Al pie del Big Ben, los vendedores de periódicos voceaban las últimas noticias, noticias políticas sin duda. La caída de aquellos infortunados laboristas, seguramente. Algún director de periódico mal intencionado los habría llevado a ese trance. Pero allá ellos, después de todo. Si unos caían, otros subirían luego. Todo ello le pareció completamente extraño y sumamente lejos. Sólo ella, sólo ella importaba.

XII

MICHAEL PIENSA

Michael y míster Blythe se dirigieron al Parlamento y lo encontraron alborotado. El liberalismo había sido rechazado y el laborismo caía por su peso.

En la plaza del Parlamento, una enorme multitud contemplaba al Big Ben, esperando sensaciones.

—Yo no entro —dijo Michael—. Esta noche no habrá división. Las elecciones generales son cosa hecha. Quiero pensar.

—Yo voy a subir un rato —dijo míster Blythe.

Y se despidieron, volviendo Michael a perderse en las calles. La noche era clara y Michael sentía quería oír la voz de su país. Pero... ¿dónde? Sus compatriotas estarían ahora discutiendo este «pro» y aquel «contra», lamentando cada uno su resentimiento personal. Aquí se hablaría del impuesto sobre la renta, allí del subsidio; sonarían los nombres de los jefes de partido, el vocablo *comunismo*... Mas en ninguna parte hallaría el eco de la inquietud, de la angustia que latía en todos los corazones. Ahora vendrían los conservadores — como Fleur había predicho—. El país se agarraría a la fórmula vacía de «un Gobierno fuerte y estable». Pero ¿sería capaz un Gobierno fuerte y estable de cortar la gangrena en auge, la falta de equilibrio en las altas esferas? ¿Podría calmar el dolor enervante que todos sentían y nadie expresaba?

«Estamos corrompidos —pensaba Michael— por nuestra pasada prosperidad. Nunca lo confesaremos, ¡jamás! Y, a despecho de todo, lo llevamos en la sangre, en los huesos.»

Inglaterra, con cuchara de plata en la boca y ya sin dientes para sostenerla ni voluntad para apartarse de ella. Y sus auténticas cualidades, ¡su valor latente, el poder de tomar las cosas con una sonrisa, la falta de nervios e imaginación!, convertidas ahora poco menos que en vicios, con perpetuar la creencia de que Inglaterra podría pasar por el fango, sin esfuerzo para no mancharse..., y cada

año con menos oportunidad de recuperarse del choque, con menos tiempo para el ejercicio de las virtudes inglesas.

«La lentitud en el progreso —pensaba Michael— es un defecto grave en 1924».

Con estos pensamientos, volvió hacia el East. Era la hora en que la gente está en los teatros y el Gran Parásito, como le llamaba sir James Foggart, yacía inerte y brillante. Michael recorrió la animada calle Fleet, en toda su longitud, hasta la City, tan febril durante el día, tan silenciosa durante la noche. Aquí dormitaba la riqueza de Inglaterra después de la orgía diurna. Aquí tenían su raíz la armazón y los hilos del crédito inglés. Y todo ello fundado ¿en qué? En sustancias alimenticias y materias primas, de las cuales Inglaterra, sin defensa suficiente en el aire, podría ser privada con que sólo estallara una nueva guerra; en el laborismo, demasiado ancho aún para las botas europeas. Y, sin embargo, este crédito estaba todavía muy encumbrado. Cubriendo con su pabellón tanta angustia; cubriéndolo todo..., salvo, tal vez, las penalidades de los acreedores al subsidio con su promesa de pago. Con su crédito, Inglaterra podría todavía comprarlo todo..., todo, menos un poco de tranquilidad para su corazón.

Michael seguía andando, por Whitechapel, todavía iluminado y animado, hasta llegar a Mile End. Las casas eran allí bajas, como para dejar a sus moradores ver mejor las estrellas que no podían alcanzar. A Michael le parecía allí que cruzaba una frontera. Diríase que en aquel punto empezaba una raza distinta, otra Inglaterra; pero tan feliz y confiada, tan apática como la Inglaterra de la calle Fleet y de la City. ¡Sí, o acaso más! Porque la Inglaterra de Mile End sabe que, cualquiera que sea su sentimiento, no puede influir en la política del país. Milla tras milla, las calles bajas, grises, interminables, seguían hasta el campo desierto. Michael no continuó por ellas; vió un cine abierto y entró en él.

La cinta estaba muy avanzada. Sentada frente al traidor y atada a su caballo salvaje, la heroína cruzaba lo que Michael supuso, agudamente, que sería el hipódromo de la Compañía filmadora. Cada diez segundos, el caballo de la protagonista dejaba paso a John T. Bronson, gerente de las Minas de Cobre de Tucsonville, que devoraba la carretera en su Packard de sesenta caballos, para cortarle el camino al traidor y a su presa antes que llegaran al río Pima. Michael observaba a los espectadores. ¡Botaban de emoción! «¡Un Gobierno fuerte y estable» para ellos!... Poca cosa al fin. No podía bastarles. Vió caer al caballo, alcanzado por un disparo de John T. Bronson, y en la pantalla aparecieron las palabras: «Pete, el Velludo, se desespera... ¡Pero no la tendrás, malvado Pete!» ¡Naturalmente! Ahora la tiraba al río y el epígrafe decía: «John Bronson nada.» ¡Allá va! ¡Ahora la coge por el pelo que flota! Pero Pete, el Velludo, echa rodilla a tierra en la orilla. Una rociada de balas en el agua. A través de los hermosos hombros de la heroína, perforados por los proyectiles, casi se ve el paisaje. ¿Qué ruido es ése? ¡Ah, sí! John T. Bronson, que rechina los dientes.

Saca de su gorra la pistola automática (¡todavía seca..., a Dios gracias!). «¡Mucho ojo, Pete!» Una bocanada de humo. Pete chilla y muerde la arena... Diríase que va a devorar el desierto. «¡Pete, el Velludo, ha recibido su merecido!» Música lenta..., más lenta todavía. John T. Bronson levanta la figura de la joven, que empieza a reanimarse. Permanecen abrazados sobre la orilla del Pima, mientras el sol se pone. «¡Por fin salvada, mi dulce amor!»

«¡Pom, pom! ¡Tiros y más tiros!», pensó Michael, volviendo a la luz de la noche. Volvamos a la Tierra. «Labra los campos y siembra»..., pero ¿cuándo podrían ellos lograr esto?

Y volvió de nuevo al West, ocupando un asiento en la imperial de un autobús, junto a un hombre cuyos vestidos estaban manchados de grasa. Fueron en silencio hasta que Michael dijo:

— ¿Qué le parece a usted la situación política?

El presunto fontanero replicó sin volver la cabeza:

— Creo que se mantiene más de lo justo.

— Deberían haber combatido en Rusia, ¿no cree?

— ¡Rusia!... Tampoco ese gallo entrará en el picadero. No..., deberían durar hasta la primavera y luchar para hacer un buen presupuesto.

— ¿Emisión de valores?

— ¡Desde luego!

— Pero ¿qué clase de política le parece a usted que puede resolver el problema del paro?

La boca del hombre se movió, bajo el espeso bigote, como paladeando una nueva idea.

— ¡Bah! Estoy harto de política. Hoy se trabaja..., mañana no. ¿Qué utilidad reporta una política que no puede dar trabajo permanente?

— Tiene usted razón.

— ¡Las reparaciones! —prosiguió el vecino de Michael—. *Nosotros* nada sacaremos con las reparaciones. Los obreros de todos los países deben estar unidos.

Y miró a Michael, a ver cómo le sentaba *aquello*.

— Muchísima gente de buena fe pensaba así antes de la guerra, y ya ve usted lo que pasó.

— ¡Ah! —exclamó el hombre—. ¿Y qué hemos sacado de ello?

— ¿No ha pensado usted en emigrar a los Dominios?

El hombre negó con la cabeza.

- No me gusta lo que sé de australianos y canadienses.
- Usted es un inglés de cuerpo entero..., como yo.
- Eso es —repuso el hombre—; hasta la vista, *mister*— y se bajó.

Michael siguió, hasta que el autobús le dejó de nuevo en el Big Ben. Eran cerca de las doce. ¡Otra elección! ¿Podría sufrirlo por segunda vez, sin descubrir el verdadero color de sus ideas? No abrigaba la más ligera esperanza de hacer ver claramente el foggartismo en tres semanas, ni siquiera a un campesino de su distrito electoral. Si a partir de este momento hasta las elecciones hablaba de sus teorías, los demás sólo creerían que propugnaba puntos de vista extremos, dentro del marco imperialista..., cosa que, en fin de cuentas, era la verdad. Jamás podría decir al elector que, en su opinión, Inglaterra seguía un camino equivocado..., un camino insostenible. Jamás podría importunar al votante vulgar diciéndole: «Comprenda usted que no hay esperanza alguna de mejora en los diez años próximos, y que, mientras tanto, tenemos que hacer frente a la tormenta y pagarlo todo más caro, de modo que, de aquí a veinte años, estemos a salvo del hambre probable y podamos sostenernos dentro del Imperio.» No; esto no podía hacerse. Igual que tampoco podía decirle a su partido: «Amigos míos: Soy el representante de una política que hasta el momento no tiene más seguidor que yo.»

¡No! Si quería volver a levantarse, tenía que sacar los antiguos alientos de su pecho. Pero ¿es que pensaba levantarse otra vez? Pocas personas tan escasamente vanidosas como Michael... Él, por lo menos, se consideraba a sí mismo como un «peso pluma». Pero había metido en su gorra esta abeja de la política, y mientras más viviera él, tanto más zumbaría ella, y su zumbido sería como la voz que clama en el desierto. Desierto que era su propio país. Taparse los oídos a este zumbido; volver la espalda a *mister* Blythe; acallar sus convicciones y, a pesar de ello, permanecer en el Parlamento..., eran cosas que no podía él hacer. Esto volvía a ser como en la guerra, una vez metido en ello, no se podía salir. Y él estaba dentro, empeñado en algo más hondo que las componendas de los partidos políticos. El foggartismo presentaba soluciones concretas para los problemas de Inglaterra; podía lograr un Imperio equilibrado e independiente; alcanzar la seguridad en el aire y librar a la ciudad y al campo en la debida proporción de los parados. ¿Era todo ello un sueño sin esperanza? ¡Aparentemente, sí!

«Bueno —pensó Michael, metiendo la llave en la cerradura—; pueden llamarme loco todo lo que quieran; yo no me quejaré.» Subió a su habitación y se asomó a la ventana.

La ciudad ruidosa murmuraba todavía; el cielo estaba débilmente coloreado por el reflejo de un millón de luces. Se divisaba una cúpula; algunas estrellas; las hojas de los árboles de la plaza pendían lacias, sin que el viento las agitara. Noche tranquila y bochornosa. Michael recordó la tarde del último raid

aéreo de la guerra. Lo había contemplado por tres interminables horas desde el hospital donde se hallaba convaleciente.

«Somos todos unos locos no renunciando a la lucha en el aire —pensaba—; pero si no se renuncia, yo votaré por una gran armada aérea, ya que para nosotros todo depende de librarnos de los ataques por el aire. Hasta los más prudentes deben verlo así.»

Debajo de su ventana se habían parado dos hombres a conversar. Uno de ellos era el vecino de al lado.

—Acuérdate de lo que te digo —decía éste—; las elecciones traerán un enorme cambio.

—Puede ser; pero ¿para qué nos servirá? —replicaba el otro.

—Deja andar solas a las cosas; ellas se arreglarán por sí mismas. A mí me ofende toda esta deprimente parlanchinería. Un chelín fuera del impuesto de la renta y ya verás.

—Pero ¿y cómo se va a arreglar el problema de la tierra?

—¡Bah! ¡Dichoso problema de la tierra! Déjala andar por sí sola, que eso es lo que en realidad quieren los agricultores. Mientras más vueltas se le da, peor.

—¿Dejaremos entonces crecer la hierba bajo nuestros pies?

El vecino se echó a reír.

—Precisamente. Lo que uno pudiera hacer... el país no lo querría. Buenas noches.

Sonó una puerta; rumor de pasos, luego. Pasaba un auto; sobre el rostro de Michael voló una mariposa. «¡El país no lo querría!» ¡Política, política! ¿Qué se podía hacer si no bostezar mentalmente, encogerse de hombros y esperar la suerte? ¿Qué más se podía hacer? «¡El país no lo querría!» Y el Gran Ben dió las doce.

XIII

EL PLEITO EMPIEZA

En toda humana colmena se dan personas con el destino de servir de blanco de las murmuraciones; acaso tengan un magnetismo que atrae las lenguas de los demás, o viven su vida de forma chocante. A este grupo pertenecía Marjorie Ferrar, una de las muchachas de quien más se hablaba en Londres. Cualquiera cosa que le aconteciese era en el acto objeto de la murmuración de esa colección de gentes activas y ociosas, a que llamamos sociedad. Así, pues, se supo con toda rapidez que Marjorie Ferrar había sido expulsada de un salón. Las cartas de Fleur en torno a ella pasaron a ser el tema de la murmuración más corriente. Claro que los motivos de la expulsión

variaban desde la estricta verdad hasta la leyenda, según la cual Marjorie había arrebatado a Michael de los brazos de su esposa.

Los orígenes de los litigios son pocas veces tan sencillos como parecen y, cuando Soames llamaba a este caso «una tormenta en un vaso de agua», acaso hubiera tenido razón si lord Charles Ferrar no estuviera cargado de deudas hasta el extremo de suspender la asignación de su hija; y también, si un futuro miembro del Parlamento, representante de una villa escocesa —sir Alejandro MacGown—, no anduviera tras ella desde hacía tiempo con proposiciones de matrimonio. Una fortuna estimable hecha negociando con el cáñamo, una reputación parlamentaria creciente, un físico aceptable y un carácter decidido no habían ayudado en doce meses las pretensiones de sir Alejandro lo que ayudó en una sola noche la suspensión de la asignación paterna.

Marjorie Ferrar era, desde luego, una de esas criaturas capaces de obtener dinero en cualquier aprieto; pero hay momentos en que es preciso reflexionar concienzudamente, según el tipo de aprieto de que se trate. En proporción con su edad y su sexo, Marjorie estaba tan atrapada, en cuanto a dinero, como su mismo padre, y la suspensión de la remesa habitual era la gota que hacía rebosar el vaso. En un momento de desaliento, había consentido en un noviazgo que aún no se había hecho público. Cuando el incidente en casa de Fleur llegó a oídos de sir Alejandro, éste se fué indignado a casa de su prometida. ¿Qué podía hacer él por ella?

—Naturalmente, nada. ¡No seas tonto, Alejandro! ¿Quién se preocupa de eso?

—Es algo monstruoso. Déjame que vaya a arrancarle a ese bribón la satisfacción que nos debe.

—Mi padre ha ido y no se la ha arrancado. Tiene una casa en la que se puede clavar clavos.

—Vamos a ver, Marjorie; es necesario hacer público nuestro compromiso matrimonial y, por lo mismo, yo tengo que hablar con ese hombre. No me agrada que siga rodando esa bola.

Marjorie Ferrar movió la cabeza.

—¡Oh, no, querido! Como novio... estás aún a prueba. Y en cuanto a la bola, no me importa un bledo.

—Pues a mí, sí; e iré a casa de ese hombre mañana mismo.

Marjorie observó el rostro de su novio: sus oscuros y ardientes ojos, su negro y rizado cabello, su poderosa mandíbula. Se estremeció ligeramente y dijo:

—No harás eso, Alec, o perderás la partida. Mi padre quiere que le demande judicialmente. Dice que obtendré daños y perjuicios.

El escocés que había en MacGown aplaudió la idea; el enamorado, en cambio, se descorazonó.

—Pudiera ser muy desagradable para ti —murmuró—; a no ser que ese bruto tema verse ante un Tribunal.

—Naturalmente que lo temería; tengo todas las pruebas en mi poder...

MacGown la asió fuertemente por los hombros y le dió un beso.

—Si no cede, le trituraré los huesos.

—¡Por Dios, querido! Te prevengo que tiene cerca de setenta años.

—¡Hum!... ¿No anda en el asunto cierto joven?

—¿Michael? ¡Oh no! Michael es adorable. No quiero que le rompas un solo hueso.

—¡Claro! —dijo MacGown—. Deja que empiece con su precioso «foggartismo». ¡Bonito disparate! ¡Me lo comeré crudo!

—¡Pobrecito Michael!

—También tengo noticias de un muchacho americano.

—¡Bah! —dijo Marjorie, desasiéndose de los brazos de Alejandro—. Ése es ave de paso... Ni siquiera pienso en él.

—¿Tienes abogado?

—Todavía no.

—Te enviaré el mío. Les hará sudar.

Marjorie se quedó pensativa, así que él la hubo dejado, desconfiando de su estremecimiento anterior. ¡Si por lo menos no estuviera tan atrapada! Había aprendido durante aquel mes de noviazgo secreto que, al norte del río Tweed, lo mismo que en el sur, corría el adagio «nada por nada y sólo algo por seis peniques». Su novio le había dado muchos besos y una joya que ella no se atrevía a enseñar a «su tío». Parecía ya lógico el compromiso de casarse con él. La perspectiva no era, hasta cierto punto, repulsiva, ya que Alejandro era todo un hombre y el padre de Marjorie se ocuparía de que su hija se casara en unas condiciones tan liberales como las de su política. Tal vez la consigna de la joven: «vivir audazmente», tendría más fácil realización con él que sin él. Descansando inmóvil sobre la *chaise-longue*, Marjorie pensaba en Francis Wilmot. Aunque no se pudiera pensar en él como marido, sería encantador como amante; ingenuo, cándido, desconocido en Londres, locamente enamorado, singularmente atractivo, con su figura esbelta, con sus ojos oscuros, su simpática sonrisa... Excesivamente anticuado en su lenguaje, le había sugerido ya que deseaba casarse con ella. ¡Era un chiquillo! Pero mientras no estuvo lejos, Marjorie no empezó a comprender que era superior a ella. ¿Mucho? ¡Quién sabe! Ella vivía

por adelantado, *audazmente*, con Francis Wilmot. Entretanto, aquel juicio por calumnia era una complicación. Y, arrancándose tal idea del pensamiento, Marjorie pidió su caballo, se cambió de vestido y se fué al paseo. Cambiado su traje de nuevo, se dirigió al hotel Cosmópolis, y bailó con su novio en pruebas y con Francis Wilmot. Cambiando su indumentaria una vez más, asistió a un estreno; compartió, después, una cena con el actor protagonista de la obra y sus compañeras y a las dos en punto se metió en la cama.

Como sucede con muchas reputaciones la de Marjorie recibía mucho más de lo que merecía. Si uno profesa el credo de la tolerancia, será tolerado por los crédulos. Realmente, ella sólo había tenido dos aventuras amorosas que rebasaron los límites del decoro; había estado sólo una vez enferma a consecuencia de fumar opio y había aspirado cocaína nada más que una vez, para tener una sensación nueva. Jugaba discretamente, sobre todo en las carreras de caballos; bebía con gran moderación y tenía la cabeza firme; fumaba, como es natural, pero siempre cigarrillos de los más puros que podía encontrar y siempre con boquilla. Había aprendido la manera más sugestiva de bailar, y bailaba así, aunque sólo una vez entre mil. Saltaba muy pocas veces un obstáculo o valla de cinco barrotes y esto solamente en caballos que conociera bien. Leía, desde luego, para saber, pero nada «exagerado». Había volado solamente hasta París. Conducía bien un automóvil, pero jamás ponía en peligro su vida y pocas veces la del público. Tenía una salud magnífica y, en la intimidad, se cuidaba. Solía dormirse a los diez minutos de meterse en la cama, y, cuando llegaba sin dormir hasta la media noche, se quedaba en cama hasta medio día. Estaba iniciada a la perfección en el teatro más avanzado, pero lo tomaba conforme venía. Su libro de poesías, que había sido sumamente elogiado por venir de una clase social que se supone poco poética, era verdaderamente notable, no tanto por la irregularidad de pensamiento cuanto por la irregularidad de metro. En definitiva, Marjorie tenía fama de realizar exactamente su expresión favorita: «Toma la vida con las dos manos y devórala.»

Ésta es la razón por qué el abogado de sir Alejandro MacGown estaba, a la mañana siguiente, sentado al borde de su silla en el estudio de Marjorie y miraba fijamente a la muchacha. Conocía su fama mejor que sir Alejandro. Los abogados, señores Settlewhite y Stark, solían informarse bien de un asunto antes de tomarlo a su cargo. ¿Hasta dónde resistiría el fuego de una damisela de aspecto tan atractivo y fama tan creciente? Por lo que se refiere a las costas, tenían la garantía de sir Alejandro, y el término «traidora» era un principio bastante aceptable para fundar la querrela; pero en estos casos de palabras contra palabras era difícil predecir resultados.

El aspecto de Marjorie impresionó favorablemente a míster Settlewhite. La joven mundana o parlotearía ante el Tribunal o él era mal adivino. Su rostro, sus facciones no eran las que él había temido que pudieran indisponerla con el

Jurado. ¡No! Era una bella joven de hermosos ojos azules y cabellera a la moda. Si la querrela estaba bien fundada, todo iría bien. Marjorie Ferrar, por su parte, observaba aquel rostro que la miraba cual si quisiera arrancarle los hechos de sus manos. De cara larga, con profundos ojos grises bajo largas pestañas oscuras, tenía su cabello y su ropa conservados de un modo raro en un hombre de sesenta años.

—¿Qué quiere usted que le diga, míster Settlewhite?

—La verdad.

—Claro. Pues veré: yo le estaba diciendo a míster Quinsey que míster Mont quiere formar un salón sin tener las cualidades necesarias para ello, cuando el viejo que me oyó debió creer que yo insultaba a su hija.

—¿Nada más?

—Puede ser que haya dicho también que Fleur es aficionada al incienso..., porque lo es, en efecto.

—Sí; pero en ese caso, ¿por qué él la llamó *traidora*?

—Porque se trataba de su hija, que me había invitado a su casa.

—¿Querrá míster Quinsey dar testimonio de lo que usted dice?

—¿Felipe Quinsey? ¡Oh sí! Desde luego. Lo tengo en el bolsillo.

—¿Oyó alguien más cómo usted la criticaba?

Marjorie vaciló un segundo.

—No.

«Primera mentira» —pensó míster Settlewhite con leve sonrisa, entre benigna y sarcástica.

—¿No estaba allí también un americano? —preguntó.

Marjorie Ferrar se echó a reír.

—De todos modos, ése no dirá nada.

—¿Un admirador?

—No. Se vuelve a América.

«Segunda mentira —pensó míster Settlewhite—; pero las dice bien.»

—Supongo que lo que usted desea es una satisfacción o disculpa, que pueda usted enseñar a las personas que oyeron los insultos y a quienes podemos dirigirnos, ¿no es así?

—Sí; cuantos más, mejor.

«Ahora dice la verdad» —pensó de nuevo míster Settlewhite.

— ¿Está usted mal de dinero?

— No puedo estar peor.

Mister Settlewhite se puso las manos sobre las rodillas y echó hacia atrás su delgado cuerpo.

— ¿Quiere usted que eso se diga ante el Tribunal?

— No; a pesar de que tal vez resultara divertido.

Míster Settlewhite sonrió otra vez.

También sonrió Marjorie Ferrar.

— Lo pondré todo en sus manos — dijo.

— Todo no, mi querida cliente. En fin, la complaceremos y a ver por dónde salta la liebre; pero tenga en cuenta que ese hombre es abogado y tiene dinero.

— Creo que le disgustará que salgan a relucir cosas de su hija ante un Tribunal.

— Sí — dijo míster Settlewhite secamente —. A mí también me disgustaría.

— Ella, como usted sabe, es un poco *snob*.

— ¿Eh? ¿Empleó usted esa palabra, por casualidad?

— No, no; estoy bien segura de ello.

«Tercera mentira — se dijo míster Settlewhite —, y ahora no tan bien dicha.»

— Eso cambiaría el aspecto de la cuestión. ¿Tiene usted plena seguridad?

— Tanto como plena...

— Él asegura que usted lo dijo.

— Sí; pero yo le llamé embustero.

— ¡Ah! ¿Y le oyeron los demás?

— Puede ser.

— Sería muy importante eso.

— De todas maneras, no creo que él diga ante el Tribunal que yo la llamé *snob*.

— Eso es muy agudo, miss Ferrar — dijo míster Settlewhite —. Creo que nos entenderemos.

Y con una última mirada, disimulada por sus largas pestañas, el abogado, erguido y circunspecto, se dirigió a la puerta.

Tres días después, Soames recibía una carta del abogado. Éste le exigía una satisfacción formal, y terminaba con las palabras; «...de no acceder a ella, se

elevaría la querrela a los Tribunales». Dos veces en su vida se había visto Soames en demandas judiciales; una de ellas por incumplimiento de contrato; otra, por divorcio. ¿Y ahora iba a ser por calumnia? A su parecer, en todos los casos había salido él perdiendo. Claro que no pensaba dar satisfacciones. Bajo la amenaza directa, se sentía más tranquilo. No tenía de qué avergonzarse. Llamaría otra vez traidora a aquella mujer y se pagaría este lujo, si era necesario. Su pensamiento volvió hasta sus años juveniles, en que, siendo bisoño en la abogacía, había hecho la defensa de su tío Swithin contra un compañero del Club Walpole. Swithin había llamado públicamente al otro «insignificante mequetrefe de párroco». Ahora recordaba el partido que había podido sacar de la expresión «insignificante mequetrefe», demostrando que la altura del demandante era de cinco pies cuatro pulgadas; su profesión, la iglesia, y su costumbre, recaudar dinero con el pretexto de proveer de ropas menores a los naturales de las islas Fiji. El Jurado había tasado en diez libras la expresión «insignificante mequetrefe», y Soames había creído siempre que tenían la culpa las ropas menores.¹⁶ El tío Swithin le había invitado después a cenar, dándole jamón de York con salsa de vino de Madeira y su especial Heidsieck. Jamás había convidado a nadie a un menú mejor. ¡En fin...! Hay murmuradores capaces de hacer añicos una reputación, especialmente cuando tienen la suya ya destrozada. Pero tal vez a última hora se pudiera llegar a un arreglo, si se quería... De todas maneras, no era fácil que Fleur fuera arrastrada como testigo o cosa parecida.

Por ello, Soames se sintió como herido por el rayo cuando una semana después Michael le llamó por teléfono a Mapledurham para decirle que Fleur había sido obsequiada con una querrela por difamación, según constaba en carta, que contenía, entre otras expresiones, las de «perfecta víbora» y «falta de moral».

Soames se quedó helado.

—Ya te dije que no le permitieras seguir insultando a esa mujer.

—Lo sé; pero es que Fleur no me consulta a cada carta que escribe a una amiga.

—¡Valiente amiga! —dijo Soames, todavía por teléfono—. ¡Y un bonito obsequio!

¹⁶ En el original falta el texto *"His Counsel had made great game of them--Bobstay, Q. C. There were Counsel in those days; the Q. C.'s had been better than the K. C.'s were. Bobstay would have gone clean through this 'baggage' and come out on the other side"*. Teniendo en cuenta que "baggage" se está traduciendo como "traidora", el párrafo se podría traducir como «Su Consejero, Bobstay, Consejero de la Reina, había hecho mucho juego con ellos. Había Consejeros en aquellos días, el Consejero de la Reina había sido mejor que el Consejero del Rey. Bobstay habría ido derecho a través de este "traidora" y salido por el otro lado». (Nota de la revisora)

—Sí, señor; estoy verdaderamente dolido. Fleur está agotada por completo para la lucha; no quiere ni oír hablar de dar explicaciones.

Soames gruñó de tal manera que, a cuarenta millas, resonó en el oído de Michael su gruñido.

—¿Qué debemos hacer, entre tanto?

—Déjalo de mi cuenta —dijo Soames—; subiré esta noche. ¿Tiene ella prueba en qué fundar esas palabras?

—Ella dice...

—No —le interrumpió bruscamente Soames—. No me lo digas por teléfono.

Y descolgó el aparato. Salió al prado. ¡Las mujeres! ¡Las niñas mimadas! Creían que podían decir cuánto les apetecía y así lo hacían en efecto, hasta que chocaban con otra mujer... Se detuvo junto al embarcadero y miró al río. El agua corría en aquel lugar limpia y clara. Y corría..., corría, cauce abajo, hacia Londres, para ensuciarse en la ciudad. ¡Qué febril, qué fatídico asunto le esperaba allí! Era preciso partir y prepararlo todo contra aquella víbora de Marjorie Ferrar. ¡Sería necesario meterle miedo! ¡Y era muy desagradable! Pero lo daría todo por bien empleado, con tal que Fleur no se viera precisada a comparecer ante un Tribunal. ¡Espantosa mezquindad! Comidilla social, de la que nada se saca si no dolor y degradación. Es como la guerra, en la que se puede salir victorioso y tener que sentir para siempre, o ser derrotado y tener todavía más que sentir. Y todo por un mal carácter... ¡Celos y mal genio! Nada más.

En la melancólica luz otoñal, percibiendo el olor del primer fuego de hojarasca encendido por su jardinero, Soames se sentía moralizador. Recordaba a su yerno empeñado en hacer algo útil en el Parlamento, en crearse un nombre para el bebé; pensaba en Fleur, comenzando a establecerse, a rodearse de un ambiente social... Y ahora había ocurrido aquel incidente y todos los murmuradores socarrones de la alta sociedad les estarían mordiendo con sus dientes... ¡dado que les quedaran dientes para morder! Observó su sombra sobre la silla, grotescamente estirada hacia el agua, como si quisiera beber en el río. Todo es grotesco, si bien se mira. La sociedad, Inglaterra, Europa..., sombras que se acometen y luchan, tomando *poses*; todo el mundo haciendo tiempo hasta que venga otro Diluvio Universal. ¡Hum!... Miró hacia el río... Allá iba su sombra, sumergiéndose en el agua delante de él. Y todos ellos acabarían en aquella masa de agua fría, si no ponían fin a sus pendencias. Volviéndose bruscamente, entró en su huerto. Allí nada era irreal; había muchas cosas que sembrar..., cañas, frutas... ¿Cómo empezar ahora a investigar el pasado de aquella muchacha, de aquella Marjorie? ¿Dónde estaría? ¡Esas endemoniadas muchachas que son como chispas saltarinas, como estrellas fugaces! Todas

tienen una historia, sin duda; pero el punto concreto y definitivo de su inmoralidad, aunque de dominio público, no puede saberse cuando hace falta. A la gente no le agrada comprometerse. Es peligroso. Muy peligroso y nadie se atreve. ¡Chismorrerías!

Y entre sus alcachofas, aprobando *in mente* a quienes no se meten en cuentos ni en vidas ajenas, reprobando a los que se complacían en contarlos, Soames decidió que era preciso contarlos. La hoguera hecha de hojas secas ardía sin llama; las alcachofas daban mal olor; el sol se escondía tras el alto muro de ladrillos, desgastado por cincuenta años de intemperie. Todo estaba silencioso y frío, menos su corazón. Ahora Soames disfrutaba paseando frecuentemente, por la mañana o por las tardes, entre sus hortalizas... Estas, por lo menos, eran algo real, algo reposado, que, además, se podía comer. Tenían mejor sabor que las de la tienda y resultaban más económicas. Acaso representaban instintos atávicos en este bisnieto de *Forsythe el Grande*, postrero de la larga línea de los Forsythe agricultores. Mientras más viejo se iba haciendo, tanto más se dedicaba a la provisión de vegetales. Cuando Fleur era una cosita menuda y delicada, solía hallarla, de vuelta de la City, sentada entre girasoles y groselleros, jugando con su muñeca. Una vez, al quitarle del pelo una abeja, ésta le había picado. Los años más felices de su vida tuvieron lugar antes que ella creciera y se entregara a estos desagradables comadreos de sociedad, recibiendo en su casa a pécoras que la desprestigiaban. ¡Satisfacciones! ¡Disculpas! Al parecer, Fleur no quería oír hablar de semejantes cosas. Tenía razón, desde luego. Pero tener razón y verse obligado a presentarse ante los tribunales es una de las cosas más ingratas que se puede sufrir. Los tribunales no tienen otra finalidad que torturar a quienes tienen razón en los divorcios, en los incumplimientos de contrato, en la difamación y en todo lo demás. Los que no tienen razón se escapan al sur de Francia, claro está, y, si comparecen, se encogen de hombros y que pague el contrario las costas. ¿No había tenido que pagarlas él en su pleito contra Bosinney? Y en el proceso de su divorcio, cuando él lo demandó, ¿no se habían ido Irene y el joven Jolyon de viaje por Italia? Y, a pesar de todo, Soames no podía resignarse a la idea de ver a Fleur rebajándose ante aquella furia de pelo rojizo. Entre las sombras crecientes del crepúsculo, su resolución se afianzó. Era preciso buscar pruebas contundentes, que asustaran a aquella mujer, hasta dejar que el asunto cayera por su peso, como fruto maduro... ¡No había otro recurso!

XIV

OTROS CONSIDERANDOS

EL Gobierno había recuperado su estabilidad —nadie conocía la causa— y Michael se sentó para redactar su discurso. ¿Cómo decir bastante sin decir nada? Y luego de escribir decididamente: «Electores de Mid Bucks», permaneció inmóvil durante unos instantes, como hombre que ha hecho una buena comida. «Si —escribía lentamente—; si el distrito me elige de nuevo

como su representante, yo haré todo lo posible, dentro de mis facultades, por el país. Juzgo como puntos de la máxima urgencia, a tratar inmediatamente por la política inglesa, la limitación de armamentos —y, si esto no fuera realizable, la seguridad de Inglaterra mediante el aumento de nuestras fuerzas aéreas—; el incremento de la agricultura nacional; la eliminación del paro por la creciente emigración a las colonias y el mejoramiento de la higiene pública, adecentando los suburbios y desplazando el humo de las fábricas. Si soy reelegido, lucharé resuelta y eficazmente por realizar estos proyectos, procurando en todo caso no herir puntos de vista distintos del mío. En mis alocuciones tendré especial cuidado en dar a ustedes ideas concretas de lo que pienso, someténdome a sus apelaciones.»

¿Se atrevería a dejar las cosas así? ¿Cabe poner sobre el tapete una carta que no implique la condenación del partido contrario ni elogio del propio? ¿Lo autorizaría su Comité? ¿Lo admitirían los electores? Bueno..., si a su partido no le agradaba el programa, podían echarlo abajo y a él también; ahora que... no les quedaría ya tiempo para encontrar otro candidato.

Al partido no le hizo gracia, en realidad, pero se lo tragó, y el discurso, ilustrado con un retrato del propio Michael, que parecía el de un peluquero, se publicó. Y desde este momento se vió metido en una batalla, que, igual que todas, empezaba en lo general y terminaba en lo particular.

En la primera oportunidad, al domingo siguiente en Lippinghall, expuso su plan avícola, fijando los lugares para los gallineros e indicando cómo podía llevarse el agua. El colono parecía aburrido. A su modo de ver, con aquello no se haría más que tirar dinero. ¿Llevar allí a «unos individuos de la ciudad»? ¿Quién les iba a enseñar el oficio? Él no tenía tiempo. Iba a ser todo inútil.

—El hombre de ciudad no se acostumbra a la tierra, señorito.

—Eso se dice; pero ya ve usted, Tutfield, se trata de tres infelices, dos de ellos ex combatientes, y tiene usted que ayudarme a ponerlos en marcha. Usted mismo dice que la comarca daría buenos resultados en avicultura, pero que no se hace en ello lo que se debe. Bowman sabe bastante de gallinas; póngale en este negocio, para que adiestre a sus paisanos. Sea bueno y preocúpese de ello; creo que a usted no le agradaría ser, también, un «parado».

El colono tenía debilidad por Michael, a quien conocía desde los primeros pasos de su carrera política. Él sabía adónde iría a parar aquella aventura; pero si *master* Michael quería malgastar el dinero de su padre, él nada tenía que ver en ello. Únicamente dijo que él conocía a un individuo que tenía una choza en venta como a unas diez millas de distancia, y que en los matorrales había bastante leña.

El martes siguiente a la caída del Gobierno, Michael se encaminó a la ciudad y convocó a sus protegidos. Al otro día se presentaban los tres, a quienes

hizo ocupar otras tantas sillas en torno a la mesa del comedor. En pie, bajo el cuadro de Goya, como un general que va a puntualizar un plan de ataque que los presentes han de ejecutar, Michael expuso su proyecto. Aquellas tres caras se mostraron poco expresivas: los tres hombres nada convencidos. Bergfeld era el único que entendía algo de lo que hablaban, y su rostro el que reflejaba más dudas.

—Desconozco en absoluto —prosiguió Michael— cuál es su modo de pensar sobre esto. Lo único que sé es que todos me piden trabajo: dos de ustedes, al aire libre, y usted, Boddick, donde sea y como sea, según me expresó.

—Efectivamente, señor —dijo Boddick—, acepto lo que sea.

Michael le calificó en el acto como el mejor de los tres.

Los otros se quedaron en silencio hasta que Bergfeld dijo:

—Si tuviera mis ahorros...

Michael le atajó rápidamente:

—El capital lo pongo yo; pongan ustedes tres la inteligencia y el trabajo. El negocio es casi seguro que sólo dé para ir viviendo; pero espero que será una vida sana. ¿Qué dice usted, míster Swain?

El peluquero, más sombrío que nunca en la espléndida sala de estilo español de Fleur, sonrió.

—Todo esto es muy amable por su parte. No tengo inconveniente en hacer la prueba. Ahora que solamente quisiera saber quién dirigirá el trabajo.

—Será un trabajo de cooperación, míster Swain.

—¡Ah! —dijo el peluquero—. Lo estaba suponiendo. Pero he conocido muchos ensayos de este sistema, y se acaba siempre en un grupo que se come al resto.

—Pues bien —dijo en seguida Michael—, lo dirigiré yo. Y si alguno de ustedes se encuentra con arrestos para ampliar el trabajo, que lo haga. De todos modos, yo haré que me entreguen la granja, que la dispongan, y dentro de un mes comenzaremos.

Boddick, levantándose, preguntó:

—Todo está muy bien, pero ¿y mis hijos?

—¿Cuántos son, Boddick?

—Dos niñas, de cuatro y cinco años.

—¡Ah es verdad! —Michael había olvidado este detalle—. Nos ocuparemos de ese asunto.

Boddick se pasó la mano por el pelo, estrechó la mano de Michael y salió. Los otros dos permanecieron en pie.

—Adiós, míster Bergfeld; adiós, míster Swain.

—Si fuera posible...

—¿Podría hablar con usted un minuto?

—Lo que tengan que decirme —contestó Michael astutamente—, será mejor que me lo digan el uno en presencia del otro.

—Yo estoy tan acostumbrado a la peluquería...

—«Infeliz», pensó Michael. Y dijo: Pues vaya, bien; le buscaremos un tipo de aves que necesiten peluquero.

El hombre sonrió de mala gana.

—Los pobres no tienen elección —exclamó.

—Yo quería preguntarle —intervino Bergfeld— qué sistema adoptaremos.

—Es cosa que debe meditarse. Tengo aquí dos libros sobre Avicultura; pueden leer cada uno y decidir.

Vió que Bergfeld tomaba los dos libros, sin que su compañero protestara. Observándoles al salir a la plaza, pensó:

«¡Curiosa pareja! Si no trabajan, no será porque yo no les haya dado una oportunidad.»

Un joven que estaba en la acera se acercó.

—¿Míster Michael Mont, miembro del Parlamento?

—En efecto.

—¿Está en casa la señora Mont?

—Eso creo. ¿Qué desea usted?

—Debo verla personalmente.

—¿De parte de quién?

—Se trata de una demanda judicial. De los señores Settlewhite y Stark.

—¿Modistos?

El joven sonrió.

—Pase —dijo Michael—. Veré si está en casa.

Fleur estaba en el salón oro y plata.

—Un joven desea verte, de parte del modisto, querida.

—¿La señora Mont? Se trata de una demanda judicial de Ferrar contra Mont... por difamación. Buenos días, señora.

Durante las horas, de cuatro a ocho, que Soames tardó en llegar de Mapledurham, Michael sufrió más que Fleur. Presenciar tranquilamente una demanda judicial, llevada con toda la habilidad científica de la curia inglesa contra su mujercita, era un cuadro aterrador y no reportaba satisfacción para Michael que Marjorie Ferrar apareciera también en el palenque, expuesta a las miradas de todos. Por ello se quedó desconcertado cuando oyó decir a Fleur:

—Pues bien, si Marjorie quiere que se la ponga en evidencia, será. Sé que en noviembre último huyó a París con Walter Nazing, y todo el mundo sabe que fué durante un año la amante de Bertie Curfew.

Una causa mundana... ¡Apetitosa comidilla para todos los canes hambrientos de la alta sociedad: basura para todos los moscardones de las calles..., y Fleur metida en todo ello! Michael esperó a Soames impacientemente. A pesar de que la causa de todo este enredo había sido la indignación del viejo Forsythe, Michael se agarraba a él como a un ánclora de salvación. El viejo era experimentado, con criterio y voluntad; él, Michael, salvo sufrirlo todo con una mueca, no sabía qué hacer. Con los ojos clavados en el único espacio — escasamente un pie cuadrado— de la pared del estudio, libre de la correspondiente caricatura enmarcada, pensaba sobre la profunda barbarie de la vida. Esa noche misma se comería él en la cena una langosta que había sido cocida viva a fuego lento. La limpieza de aquel estudio la había hecho una mujer de servicio, cuya madre había muerto de cáncer, cuyo hijo había perdido una pierna en la guerra, y que estaba tan extenuada que él mismo se sentía enfermo con sólo pensar en ella. Los Bergfelds, Swains y Boddicks del mundo —los Camden Towns y Mile Ends—, las devastadas regiones de Francia, las rocosas aldeas de Italia... Y, sobre todo ello: ¡qué delgada corteza de aristocracia! Miembros del Parlamento y damiselas elegantes, como él y como Fleur, sonriendo tontamente y comiendo con cuchara de plata y, a veces, dejando sonrisa y cuchara para arañarse como gatos furiosos.

«¿Qué pruebas habría tenido ella para fundamentar sus palabras?» Michael escarbó en sus recuerdos. Aquello iba a ser un verdadero *bluff*. Que Walter Nazing y Marjorie Ferrar hubieran huido juntos a París no tenía importancia, a su modo de ver. Hoy todavía se puede viajar emparejados en absoluta impunidad; respecto de lo que después hubiera podido ocurrir en la gran conejera de Ultramancha... ¡Psh! Lo de Bertie Curfew ya era otra cosa. Unos amores que duran un año es probable que lleven consigo alguna llama. Michael conocía de sobra al dinámico director de la «Non Plus Ultra Play Society», cuyo escudo era una cigüeña tragándose a una rana. Un joven larguirucho, de larga cabellera brillante, peinada hacia atrás, y también largos antecedentes; una amalgama extraña de entusiasmo y desdén, con tránsitos muy rápidos del uno

al otro. La hermana de éste, a quien siempre llamaba *la pobre Norah*, valía diez veces más, en opinión de Michael. Tenía la regencia de una «Casa de los Niños», en Bethnal Green, y unos ojos que ahuyentaban la mezquindad y la maldad.

El Gran Ben dió ocho campanadas; el *dandie* ladró, y Michael supo que Soames había llegado.

Muy silencioso durante la comida, inició la discusión en torno a una botella de Madeira Lippinghall, pidiendo ver la demanda judicial.

Cuando la trajo Fleur, se quedó hipnotizado.

«Pobre viejo —pensó Michael—. Piensa en su pasado.»

—¿Y bien, papá? —dijo, al fin, Fleur.

Igual que si volviera de un lejano y fantástico tribunal de justicia, volvió los ojos al rostro de su hija.

—Supongo que tú no te morderás la lengua, ¿no?

Fleur movió su ahora larga melena.

—¿Lo quieres tú?

—¿Puedes mantener tus pruebas? No debes fiarte de habladurías... Ésas no son pruebas.

—Sé que Amabel Nazing vino a decirme en aquella oportunidad que no le importaba que Walter huyera a París con Marjorie, pero que le molestaba que no se lo hubiera comunicado con tiempo, para poder irse también a París con alguien.

—Se la podría citar como testigo —dijo Soames.

Fleur movió la cabeza.

—Amabel no traicionará a Walter ante un tribunal.

—¡Hum! ¿Qué más sabes de miss Ferrar?

—Todo el mundo conoce sus relaciones con Bertie Curfew.

—Sí —intervino Michael—, pero entre «todo el mundo conoce» y «fulano dice» media un abismo.

Soames asintió.

—Lo que ella pretende es sacarnos dinero —explicó Fleur—. Está siempre atrapada. ¡Maldito lo que a ella le preocupa lo que la gente diga de su moralidad! Desprecia la moral..., como todas las de su clase.

—¡Ah! ¡Su moral! —dijo Soames, suspirando profundamente. Y le parecía estar escuchando en ese momento, en un jurado, al fiscal que definía el

moderno concepto de la moral—. Puede ser que no sea necesario meterse en detalles personales.

Michael se puso en pie de un salto.

—¡Vive Dios! que ha dado usted en el clavo, papá. Si le es posible conseguir que esa mujer confiese que ha leído ciertos libros, que ha visto o actuado en ciertas funciones, que ha bailado ciertos bailes, lucido ciertos vestidos...

Pero se dejó caer de nuevo en el asiento. ¿Y si el abogado de su enemiga hacia a Fleur las mismas preguntas? La moda no permitía privarse de determinados usos en nombre la moral... ¿Quién sería actualmente capaz de figurar escandalizándose de las nuevas costumbres?

—¿Qué, pues? —dijo Soames.

—Es que nuestro punto de vista no es el mismo que el de un jurado inglés, papá... Aunque tampoco creo que estén de acuerdo precisamente el de usted y el nuestro.

Soames miró a su hija. Comprendía perfectamente. Lengua desatada, temor de parecer fuera de moda, cartas endiabladas, costumbres corrompidas, modales... Sin embargo, ningún jurado podría mirarla a la cara sin... ¿Quién sería capaz de permanecer impasible al súbito alzarse de aquellos blancos párpados? Fleur, además, era madre y la otra no; o, si lo era... no debía serlo. Aferróse a esta idea. Un abogado inteligente podría convertir el proceso en una acusación contra la sociedad disoluta y contra la moderna inmoralidad, incluso soslayando el sacar a pública plaza la vida privada de una mujer.

—Dame los nombres de las personas que trata, de sus libros, diversiones, dancing-clubs que frecuenta y demás —dijo Soames—. Buscaré el mejor abogado del Foro.

Michael se levantó de aquel consejo íntimo con el espíritu algo más confortado. Si el asunto se podía llevar de lo particular a lo general, si en vez del ataque a la conducta de Marjorie Ferrar, la defensa podía combatir sus teorías, el conflicto no sería tan grave. En el *hall*, Soames le llamó, aparte.

—Necesito todos los informes que puedas conseguir sobre ese hombre y sobre ella.

El rostro de Michael reveló desaliento.

—No he logrado obtener nada; no puedo proporcionarle nada.

—Tenemos que asustarla —dijo Soames—. Si esto se logra, probablemente podré llegar a un acuerdo particular, sin necesidad de presentarle excusas ni darle satisfacciones.

—Sí, comprendo; usted quiere usar esos informes fuera del Tribunal, no dentro.

Soames asintió.

—Les diré que nos justificaremos. Dame la dirección de ese mozo.

—Macbeth Chambers, Bloomsbury. Cerca del Museo Británico. Pero tenga presente que sacar a relucir los trapos de miss Ferrar ante el Tribunal será tan perjudicial para nosotros como para ella.

Soames asintió de nuevo.

Cuando Fleur y su padre salieron, Michael encendió un cigarrillo y volvió al salón bimetálico. Se sentó al clavicordio. Este instrumento armaba poco ruido y, por tanto, se podía tocar sin miedo de despertar al undécimo baronet. De una canción española, elegida tres años antes, durante su luna de miel, y cuyo primitivismo sedaba siempre su espíritu, sus dedos se fueron a

*Yo he ganado una corona, tú has ganado una corona,
todos los hijos de Dios han ganado una corona;
no todos los que hablan del Cielo van a él.
Todos los hijos de Dios han ganado coronas.*

Las lámparas de cristal de las paredes le daban su reflejo. De niño le habían gustado mucho los colores de los candelabros de la tía Pamela, en las estancias artesonadas de la casa de Brook Street, y de los que tanto se habían reído después los demás y él mismo. Pero ahora, los candelabros estaban nuevamente de moda, y la tía Pamela había muerto.

Ella ganó una corona y él ganó una corona...

—¡Maldita melodía!: *Auprès de ma blonde —il fait bon— fait bon —fait bon;
Auprès de ma blonde, il fait bon dormir...*

Su *blonde*, por cierto no muy rubia, estaría ahora en la cama. Era hora de subir a su habitación. Pero Michael seguía tocando el clavicordio, mientras su pensamiento vagaba... de la avicultura a la política, del viejo Forsythe a Fleur, al «foggartismo» y a la hija de Ferrar, como si se hallara dando vueltas en un remolino, con la cabeza a flote. ¿Quién había dicho que el punto de arranque para la perfecta modernidad era un cambio de sentimientos: el renacimiento de la fe en los valores reales y el convencimiento de que una vida mejor es inasequible? ¡«Mejor vida»! ¿Privilegio, tal vez, del clero? No ahora,

ciertamente. La humanidad tenía que salvarse a sí misma. ¡Salvarse! ¿Y en qué consistía eso, al fin, si no en la expresión de la «voluntad de vivir»? Pero ¿querría la humanidad seguir viviendo como hasta ahora? He ahí el problema. Michael dejó de tocar y se quedó escuchando en silencio. Ni siquiera el tic-tac de un reloj; el tiempo en los salones es poco hospitalario y, fuera, Inglaterra dormía. El deseo de vivir inglés, ¿era tan poderoso como antes, o a fuerza de querer hacer sensible la vida se la había debilitado? Los ingleses habían chupado tanto tiempo de su cuchara de plata que, ante la amenaza de tener que servirse de una cuchara de hueso, preferían retirarse de la mesa.

«No lo creo —pensó Michael—. No lo creo. Pero ¿adónde vamos? ¿Adónde van los hijos de Dios? ¡A la cama, por lo que veo!»

Y sonó la una en el *Big Ben*.

Segunda Parte

I

EL DISCURSO DE MICHAEL

Cuando Michael se levantó en el nuevo Parlamento para rendir cuentas de sus tímidos esfuerzos iniciales, tocaba a su fin el debate sobre el discurso de la Corona.

El joven parlamentario tenía algunas notas en sus manos y ni una sola idea en la cabeza. Su corazón latía y le flaqueaban las rodillas. El programa político que él debía poner de relieve, si no era nuevo en sus conceptos, hacía referencia a un método y perseguía una meta tan por encima de la opinión vulgar, que no se podía esperar otra cosa que risa. Su teoría vendría a ser como la semilla arrastrada por el viento a un jardín tan exuberante de vegetación que ni un solo hueco diera la bienvenida propicia a su germinación. Hay una planta china que, si echa raíces una vez, no se puede arrancar y se propaga hasta cubrirlo todo. Michael deseaba la suerte de esta planta china para el foggartismo. Pero no esperaba sino lo que había visto en Monterrey, después de la guerra, en su viaje alrededor del mundo. La casualidad había empujado hasta aquella playa de California la simiente del tejo japonés. Los oscuros arbustos habían luchado en apretada formación por abrirse paso tierra adentro, hasta una distancia de varias millas. Este batallón no avanzaría un paso más desde el momento que la vegetación indígena se había alzado conscientemente contra él; pero el bloque permanecía firme en su puesto, como curioso y aguerrido invasor.

Había ensayado tanto el primer período del discurso Michael que ni la vaciedad de su mente ni la sequedad de su boca eran capaces de evitar por completo que lo emitiera. Tirándose del chaleco y echando hacia atrás la cabeza, empezaba lamentando que el discurso de la Corona no revelara una política coherente y sustancial, como la que se necesitaba para salvar al país de la presente plaga del paro y del exceso de población. Económicamente hablando, cualquier interpretación precursora del curso de los acontecimientos, debería preocuparse de situar de una manera definitiva a Inglaterra en la órbita del ancho mundo, al otro lado de los mares — («¡Oh! ¡Oh!»), algunas risitas irónicas, repentinas y prematuras despejaron la mente de Michael y dilataron sus labios en un gesto que daba a su semblante cierto atractivo—. Resumió:

«Oradores de todos los bandos de la Cámara, ocupándose del grave problema del paro, habían creído en la plena recuperación del comercio europeo, éstos por un sistema, aquéllos por otro. No obstante reconocer la superioridad de dichos oradores, él deseaba modestamente hacerles comprender que no es posible comerse el pastel y conservarlo. (*Risas.*) ¿Propugnaban ellos que se bajaran los salarios y se aumentaran las horas de la jornada, o, por el contrario, estimaban que los salarios debían subirse y reducir

las horas de trabajo? No; indudablemente no habían incurrido en semejante temeridad. Inglaterra, que quería desembarazarse sola de los parados por los medios sugeridos, era la única nación importante del universo que se veía obligada a comprar unas siete décimas partes de sus alimentos y cuya población se aglomeraba en las ciudades en sus seis séptimos. La nación utilizaba a aquellos seis séptimos de población en producir artículos, a veces demasiado caros, para los mercados de los países europeos, y, a pesar de ello, se veía obligada a vender un exceso suficiente sobre los intercambios normales del comercio para mantener a sus productores. (*Una risa.*) Si; esto era una broma pesada, (*Una voz: «¡Ha olvidado usted el negocio de los transportes!»*) Michael aceptó la enmienda del honorable miembro de la Cámara y expresó su satisfacción de que dicho miembro se mostrara tan optimista sobre el futuro de dicho negocio. Él, por su parte no lo veía tan próspero.»

Cuando llegó a este punto de su discurso, Michael mismo sintió que se apoderaba de él un súbito deseo de tirar por la borda el foggartismo y sentarse. La glacial atención con que le escuchaban, las sonrisas a medio esbozar, la expresión que se marcaba en el rostro de un cercano ex primer ministro se conjuraban contra su serenidad. «¡Oh, qué joven eres! ¡Qué joven todavía! — parecían decirle—. Nosotros, ocupamos estos escaños desde antes que tú te pusieras pantalones.» Y él estaba de perfecto acuerdo. Pero había que proseguir... Fleur estaba en la tribuna de señoras, el viejo Blythe en la de extranjeros distinguidos... y en su corazón había algo inquebrantable. Cogiendo las notas en su mano, continuó:

«A despecho de la guerra, y a consecuencia de la misma, la población de las islas había crecido en dos millones. La emigración había bajado de trescientos mil a cien mil. ¿Podía este estado de cosas remediarse con el simple sistema de recuperar íntegramente el mercado europeo, que, a todas luces, manifestaba síntomas de no dejarse recuperar? ¿Qué otra alternativa quedaba, pues? Era de temer que algunos, no muchos, de los honorables miembros del Parlamento conocieran el tratado de sir James Foggart, titulado «La crítica situación de Inglaterra». («*Que se oiga eso, que se oiga*», desde un banco laborista.) Recordaba él haber leído en cierto órgano de la Prensa —aunque más valdría decir en cierto armonium, ya que no era un instrumento de voces muy potentes— (*risas*), que jamás se había practicado una política más absurda ni tan abocada a la consunción total inglesa. («*¡Bravo, bravo!*») Sin duda alguna, el foggartismo era lo suficientemente osado, lo suficientemente loco, para poner sus ojos en el porvenir, para ser radical y pedir al país que afrontase la situación con todas sus consecuencias.»

Cercano a la cúspide de su discurso, con la pública profesión de fe temblándole ya en los labios, Michael se sintió acosado por un repentino pensamiento: «¿Es todo como yo lo creo, o soy un solemne ignorante?» Tragando saliva, enérgicamente y tendiendo los ojos ante sí, prosiguió:

«El foggartismo desprecia las medidas superficiales para pueblos que se encuentran en la situación del nuestro; pide al país que fije la fecha —de aquí a veinte años, por ejemplo; un minuto en la vida de una nación—, y trabaje denodadamente y coherentemente hasta esa fecha. Pide, sobre todo, que se reconozca la necesidad real de convertir al Imperio británico, con sus incalculables recursos en su mayor parte latentes, en una unidad que se baste a sí misma. Los imperialistas preguntarán: ¿Y qué novedad hay en todo esto? La novedad está en el alcance y en el procedimiento. El foggartismo apremia al pueblo inglés para que se familiarice con el imperialismo, mediante la organización de viajes y propaganda en gran escala. Por este procedimiento, cabría organizar una bien ordenada emigración desde las islas. Desde luego, viene resultando inútil, como muy bien saben los honorables miembros, enviar a los Dominios a personas mayores, de condiciones adecuadas y en número conveniente, ya que los habitantes de las ciudades, de gustos y costumbres ciudadanas, de salud y potencia física estropeadas por la vida de la ciudad, son de poco rendimiento en las colonias, al par que los pocos que aún quedan en los campos no deben ser expatriados. El foggartismo, en cambio, llevaría fuera, en número suficiente, niños y niñas entre catorce y dieciocho años. La Cámara tiene conocimiento de que ya se han llevado a efecto experiencias en este campo con notable éxito, aunque los referidos ensayos hayan sido como una gota de agua en el Océano. Es asunto éste que puede ser tratado exclusivamente como se trataban las cosas durante la guerra. El desarrollo de la emigración infantil debe realizarse en la misma escala y con igual energía a la que se practicó en la fabricación y distribución de municiones, después que cierto honorable miembro de la Cámara hubo apoyado su centuplicación. A pesar de que esta idea, claro está, sería estéril sin la buena voluntad, sin la cooperación y la energía de los Dominios, yo estimo que la posibilidad de esta cooperación no cae fuera de lo que cabe esperar. La franca hostilidad de los nativos de las colonias contra los inmigrantes ingleses obedece a la justa desconfianza sobre la utilidad de los adultos procedentes de nuestro país. Tan pronto como traten con una juventud dúctil, tal desconfianza desaparecerá. Los mercados de esos extensos países nuevos pueden compararse, en realidad, a la bola de nieve; cada leve «¡Muy bien!», con perdón de la Cámara, recoge otra leve aprobación y de esa manera no hay límite a la acumulación de posibilidades, si se empieza debidamente y el plan es apoyado y dirigido por personas competentes.» «¡Habla por los codos!», dijo alguien detrás de Michael. Éste hizo, desconcertado, una pausa; después, intentando reanudar el hilo, prosiguió: «Para dejar una obra de esta magnitud sin hacer, es mejor no hacerla. No obstante, durante la guerra, cuando se llegaba a la convicción de que algo era necesario, *se hacía*, y había siempre hombres que la llevaran a cabo. Yo me permito hacer notar a la Cámara que la situación actual de nuestro país reclama esfuerzos casi tan poderosos como entonces.»

Se percató de que algunos miembros de la Cámara le escuchaban ahora atentamente y, respirando hondamente, prosiguió:

«Pasando por alto a Irlanda (*Una voz: «¿Por qué?»*), porque prefiero no tocar lo que no quiere ser tocado (*Risas*), la actual relación de población blanca entre la Gran Bretaña y el resto del Imperio es de cinco a dos. En veinte años, la emigración infantil en gran escala, llegaría a nivelar esta proporción; el carácter netamente británico del Imperio se consolidaría para siempre y la oferta y la demanda entre la madre patria y las colonias se igualaría. (*Una voz: «¡Las colonias se aprovisionarían en ese caso a sí mismas!»*) El honorable miembro que ha interrumpido me permitirá que dude de que sea así, por lo menos en bastante tiempo. Tenemos la salida en la maquinaria de manufactura. Naturalmente, pueden pasar cinco, siete, diez años antes de que el trabajo llegue en Inglaterra a la situación de la anteguerra; pero ¿pueden ustedes indicarme otro plan que realmente aligere el problema del paro? Yo me inclino a los salarios altos y a la reducción de las horas de jornada. Creo que el *standard* en Inglaterra y en los países nuevos, aunque mucho más elevado que el europeo, es sólo un mínimo aceptable, y, en ese caso, ni siquiera llega a esto; yo quiero salarios mejores y todavía menos horas de trabajo, pues que la necesidad es común entre los obreros, en cualquier parte que ondee al viento el pabellón británico («¡Bravo, bravo!») No es cosa de retroceder ante esta necesidad ni cabe siquiera suponer que retrocedamos. El equilibrio de oferta y demanda dentro del Imperio es el único camino para preservar y mejorar los medios de vida que actualmente se consideran de primera necesidad. Es tal el cambio del mundo, que el aforismo: «Compra en el mercado más barato y vende en el más caro», ha pasado a la historia, al menos en Inglaterra. El librecambio no fué jamás una razón... («¡Oh, oh! ¡Bravo, bravo! Risas.)...», por lo menos, es una razón hermana de la conveniencia. (*Risas.*) Pero no voy a detenerme en esto...» (*Una voz: «¡Más vale!»*).

Michael pudo ver de dónde salía esta voz; provenía de debajo de un mostacho recortado en una cara moreno rojiza, que le miraba desde el banco de los liberales. No podía casarla con ningún nombre, pero la expresión poco cortés que manifestaba le causaba cierto malestar. En fin... ¿dónde iba? ¡Ah, sí!

«Hay otro punto importante en el programa de Foggart: Inglaterra, como se halla, débilmente protegida en el aire y lamentablemente desprovista de producción alimenticia, es una tentación constante para la agresividad de las demás naciones. Y en este punto tengo que pedir la venia de la Cámara para referirme a la eterna Cenicienta... o, más claramente, a la Tierra. El discurso de la Corona no ha dado a este respecto otra orientación que el anuncio de una próxima convocatoria de una Conferencia en que entren todos los intereses. Está bien; pero sin una cláusula taxativa en el programa de todos los partidos políticos de unirse para una rigurosa y duradera política de rehabilitación, tal Conferencia está destinada al fracaso y aquí, otra vez el foggartismo («¡Oh, oh!»)

entra y dice: «Dicta tu política agraria y *no la cambies*. Que sea tan sagrada para todos, como lo es en América la ley seca.» (*Una voz*: «¡Y tan endiablada!» *Risas*.) Sí: sagrada y endiablada; algo que suena a título de novela de Dostoievski. (*Más risas*.) Y no llegaremos a parte alguna sin esa endiablada santidad. En nuestro país la política depende, no sólo de la prosperidad de los granjeros, terratenientes y labradores, aun cuando ésta sea deseable e importante, sino que también en ella se cifra la verdadera independencia de Inglaterra si infortunadamente sobreviniera una nueva guerra en las actuales circunstancias. En una determinada política agraria descansa la única esperanza de evitar la constante depreciación del tipo nacional. El foggartismo postula que establezcamos nuestra política agraria de modo que, en diez años, podamos aumentar hasta un sesenta por ciento nuestra producción alimenticia. Las estadísticas hechas durante la guerra evidenciaron que, en momentos de apuro, se puede incrementar hasta un ochenta y dos por ciento; y las medidas adoptadas entonces duraron lo suficiente para demostrar que dicho presupuesto era real. ¿Por qué se abandonaron luego estas medidas? ¿Por qué se volvió de aquel gran paso a la hierba y la cizaña? Lo que hace falta es una confianza absoluta en cada ramo de la agricultura nacional, y sólo una política que ofrezca garantías para un largo período puede engendrar tal confianza.»

Michael hizo una pausa. Cerca de él, un honorable miembro bostezó; también se oyeron pasos. Otro ex primer ministro entraba; se iban varios miembros; él no tenía nada nuevo que decir acerca de «la Tierra». ¿Se agarraría al aire, tercera tabla de salvación del programa Foggart? ¡El caso es que tampoco había nada nuevo en el aire! Además de que tendría que entrar con un prefacio, pidiendo la abolición de la guerra aérea o, cuando menos, la reducción de armamentos. Esto le llevaría mucho tiempo. ¡Era mejor dejarlo! Y se apresuró a proseguir:

«¡La emigración! ¡La Tierra! El foggartismo pide para ambas cosas la misma intensa atención que se otorgó a las medidas excepcionales durante la guerra. Yo me considero muy honrado de que se me haya permitido atraer la atención de todos los partidos hacia este gran tratado (y se enfrentó con la predisposición a los ¡*Oh, oh!* de los muy honorables miembros), hacia este gran tratado de sir James Foggart. Así como me disculpo ante la Cámara por la extensión de mi discurso.»

Después de haber hablado tres minutos, se sentó. Respiró, mientras un honorable miembro se levantaba.

—Es mi deber felicitar al representante de Mid-Bucks, pues, a pesar de su conocimiento de las nubes y su ruego Luis-Carroliano de menos pan y más impuestos, no deja de ser un expresivo y bien compuesto primer esfuerzo oratorio. Pero el representante de Tyne y Tees hizo, al iniciarse el debate, cierta alusión al partido al cual tengo el honor de pertenecer, y...

«Exacto» —pensó Michael. Y después de oír el discurso siguiente, sin alusión alguna al suyo, se ausentó de la Cámara.

II

CONSECUENCIAS

Mientras caminaba hacia su casa, sentía el corazón y la cabeza más ligeros. Le quedaba, sin embargo, todavía una molestia, una leve carga. Valía más no prestarle atención. Recordó el primer discurso, del representante de Cornmarket. Él, cuando menos, se había detenido hoy apenas había empezado a inquietarse la Cámara. Se sentía febril y con hambre. Los cantantes de la Opera engordan cantando; pero los miembros del Parlamento adelgazan. «Un baño le vendría bien», pensó.

Hallábase otra vez a medio vestir, cuando entró Fleur.

—¡Has estado magnífico, Michael! Pero ¡ese bestia!...

—¿Quién?

—Ese tal Mac Gown.

—¿Sir Alejandro Mac Gown? ¿Qué le ocurre?

—Mañana lo verás. Ha dado a entender que tú tenías interés en la venta del libro de Foggart, pues eres uno de sus editores.

—¡Es el colmo!

—Y todo lo demás de su discurso ha sido un ataque formidable contra el tuyo. ¿Le conoces?

—¿A Mac Gown? No. Es diputado por una villa escocesa.

—Indudablemente que es un enemigo. Blythe está contentísimo de ti y furioso contra Mac Gown; lo mismo que Bart. Jamás le he visto tan enfadado. Debías escribir al *Times* explicando que, después de haber sido elegido, no has tenido intereses en «Danby y Winter». Bart y tu madre vendrán a comer. ¿Sabías que ella estaba conmigo?

—¿Mamá? Si no puede ver la política...

—Lo único que se le ocurrió decir fué: «Me gustaría que Michael se echara el pelo hacia atrás antes de empezar a hablar. Me gusta más con la frente descubierta.» Y cuando Mac Gown se sentó, dijo: «La cabeza de ese hombre, querida mía, es completamente recta por detrás y tiene enormes los lóbulos de las orejas. ¡Me agradaría estar casada con él!» Y mientras lo decía, se calaba sus gemelos de teatro.

Cuando el matrimonio bajó, sir Lawrence y lady Mont estaban ya en el pequeño salón, tiesos como cigüeñas, no precisamente sobre una pata, sino

colocados frente a frente, desde luego con una gran distinción. Echándole el pelo hacia atrás a Michael, lady Mont le besó en la frente y, bajo las arqueadas cejas, sus ojos turturinos se clavaron en la cabeza de su hijo. Lady Mont, por sus curvas, era una pequeña normanda y parecían arqueadas hasta sus palabras. Se la consideraba una divinidad druídica, aunque no demasiado terrible.

—Pero ¿cómo has podido resistir allí toda la sesión, mamá?

—Hijo mío; estaba muy agitada. Me estaba molestando aquel hombre vestido de yute. ¿De dónde has sacado tanta ciencia, hijo mío? Fué un discurso muy razonable.

Michael sonrió.

—¿Qué te ha parecido?

Sir Lawrence hizo una mueca.

—Has hecho el *enfant terrible*, hijo. A medio partido no le ha parecido bien tu discurso, porque no había pensado en ello; y al otro medio, porque había pensado en ello; y al otro medio, porque había pensado *demasiado*.

—¿Cómo! ¿«Fogartistas» de corazón?...

—Desde luego, aunque no oficialmente. No debes sacar a relucir tus convicciones en público; eso no se hace.

—¿Qué habitación tan linda! —dijo lady Mont—. La última vez que estuve aquí era un gabinetito chino. Por cierto, ¿dónde está *El Mono Blanco*?

—En el estudio de Michael, mamá. Nos cansábamos de él. ¿Le gustaría ver al nene antes de comer?

Solos, Michael y su padre contemplaron un mismo objeto: una caja de rapé Luis XV, elección de Soames.

—¿Le darías importancia, en mi lugar, a las insinuaciones de Mac Gown, papá?

—¿Se llama así... aquel rufián peludo? Desde luego.

—¿Y cómo?

—Desmintiéndole.

—¿Particularmente, en la Prensa o en la Cámara?

—De esos tres modos. Particularmente le llamaría embustero. En la Prensa emplearía la expresión: «imprudente omisión de la verdad». Y en el Parlamento mostraría gran sentimiento de que le hubieran informado tan mal. Y para acelerar el *crescendo* podrías añadir que por menos de eso se le ha roto la cara a cualquiera.

—Entonces, ¿crees tú —dijo Michael— que la gente puede creer infundio semejante?

—La gente, hijo mío, creará todo lo que signifique corrupción de la vida pública. Es una de las tendencias más acusadas de la naturaleza humana. Este interés por la integridad de los hombres públicos sería algo admirable, si no lo tuvieran también con suma frecuencia los tan faltos de integridad que no pueden creer que los demás lo sean.

Sir Lawrence hizo una mueca, pensando en la P. P. R. S.

—Y, hablando de todo, ¿cómo es que no estaba hoy en la Cámara el viejo Forsyte?

—Le ofrecí un puesto, pero me contestó que no había estado en la Cámara desde que Gladstone promovió el Home Rule, y eso por no tener una pelea con su padre.

Sir Lawrence se afianzó los lentes.

—No veo claro.

—Es que su padre tenía un pase y no quiso desperdiciarlo.

—¡Ah, ya! Fué una nobleza del viejo Forsyte.

—Dijo que Gladstone había estado muy ampuloso.

—¡Oh, sí! En aquella época los discursos eran mucho más largos. Tú has consumido tu turno muy rápidamente, Michael. Cualquiera diría que tenías práctica... Por cierto que tengo algunas noticias para el viejo Forsyte. Shropshire no se habla con Charlie Ferrar, porque así se lo impuso como condición el viejo la tercera vez que tuvo que pagarle sus deudas, para evitar escándalos, por temor a ser esquilado otra vez. Pero el caso no parece tan terrible como esperábamos. ¿Qué tal va esa causa?

—Últimamente se hablaba de iniciar lo que ellos llaman «interrogatorio».

—Sí, ya sé. Te hablan de modo que es imposible coordinar nada. Te preguntan después y tú contestas de la misma manera. Todo ello en beneficio de los abogados. ¿Qué tenemos para comer?

—Fleur me tenía dicho que echaría la casa por la ventana el día que yo pronunciara mi discurso.

Sir Lawrence suspiró:

—Lo celebro. Tu madre ha vuelto a la afición a las vitaminas. Comemos exclusivamente zanahorias, por lo general crudas. La sangre francesa que corre por nuestras venas es algo estupenda... Procura no aficionarse demasiado a la comida. ¡Ah! Aquí vienen.

Es sabido que las mesas de las personas que se declaran indiferentes a las manifestaciones de la Prensa se ven cubiertas todos los días con todos los periódicos de la mañana cuando sospechan que pueden hablar de ellas. En el caso de Michael se había gastado, por lo menos, un chelín. De trece diarios, sólo cuatro hacían mención de su discurso. El *Times* lo reproducía (hasta con las risas) con respetuosa y condensada exactitud. El *Morning Post* recogía tres párrafos de sentido imperialista, bajo el título «Un discurso que promete». El *Daily Telegraph* decía: «Entre otros oradores, figuraba mister Michael Mont». Y el *Manchester Guardian* subrayaba: «El representante de Mid-Bucks, en su discurso de «debut», ha propugnado la emigración infantil a los Dominios.»

Al discurso de sir Alejandro MacGown se le dedicaba la atención que se merecían sus muchos años de actuación en el Parlamento. Pero sin hacerse eco de su insinuación. Michael volvió al *Hansard*¹⁷. Ahora le parecía su discurso bastante más lógico que lo que él mismo había esperado. Cuando bajó Fleur, Michael estaba todavía leyendo el discurso de MacGown.

— Dame café, querida.

Fleur le sirvió el café y se apoyó en su hombro.

— El tal MacGown pretende a Marjorie Ferrar — dijo —. Lo recuerdo ahora.

Michael revolvió el café.

— ¡Que se vayan al diablo! La Cámara está por encima de tales pequeñeces.

— No, no. Ahora recuerdo que me lo dijo Alison..., pero ayer no caí en ello. ¿No es un discurso indignante?

— Aún podía ser peor — dijo Michael, sonriendo.

— «Como socio de la editorial que dió a luz ese libro singular, está interesado indudablemente en darlo a conocer al público y, por tanto, podemos percatarnos del motivo de tal entusiasmo...» ¿No te hace hervir la sangre?

Michael se encogió de hombros.

— ¿No te indignas, Michael?

— Amor mío, yo estuve en la guerra. ¿Qué te parece que diga ahora en el *Times*?

— «Señor: ¿me será permitido distraer su valiosa atención (esto es segurísimo) en beneficio de la opinión pública (esto deja la cuestión en el terreno impersonal) para... ¿eh?... para...»

«Para manifestar a usted que sir Alejandro Mac Gown, en su discurso de ayer, incurrió en mentira al sugerir que yo estuviera interesado en la venta del libro de sir James Foggart»

¹⁷ Diario de Sesiones del Parlamento inglés.

—Es exacto —añadió Michael—, pero no lo publicarán. ¿Qué te parece esto otro?

...Para llamar su atención sobre un error emitido en el discurso pronunciado ayer por sir Alejandro Mac Gown. La verdad (siempre útil) es que mis intereses de toda clase en la casa editorial que publicó el libro de sir James Foggart cesaron aun antes de ser miembro del último Parlamento y, por consiguiente, en manera alguna estoy interesado en imponerlo al público, según sir Mac Gown tuvo la amabilidad de sugerir. No me atrevo a suponer que haya pretendido perjudicar mi honor (hay que sacar a plaza el honor), pero sus palabras podrían interpretarse en ese sentido. El interés mío por dicho libro es, sencillamente, interés por «la crítica situación» de Inglaterra.

Sinceramente, etc.»

—¿Qué tal?

—Excesivamente blando. Además, yo no diría que creo sinceramente que la situación de Inglaterra es crítica. Eso es una tontería, o, por mejor decir, una exageración.

—Muy bien —dijo Michael—; en su lugar diré «el estado del país». En la Cámara me levanto hasta un punto de orden. Y en el pasillo probablemente hasta el desorden. Pero ¿qué dirá el *Evening Sun*?

El *Evening Sun*, que compró Michael camino de la Cámara, traía un artículo de fondo titulado: «Otra vez el foggartismo». Empezaba así:

«Un joven, optimista diputado por Mid-Bucks, suscitó ayer las risas con su disparatada política del llamado foggartismo, a que hemos aludido algunas veces en estas columnas...», y continuaba así en veinte líneas del más acusado menosprecio. Michael dió el periódico al portero.

En la Cámara, notando que Mac Gown estaba presente, aprovechó la primera ocasión para levantarse.

—Me levanto —dijo— para deshacer un error que se deslizó en el debate de ayer, y que se refiere al honor de mi persona. El honorable miembro representante de Greengow, afirmó en su discurso...—. Y leyó acto seguido el párrafo del *Hansard*—. Efectivamente, fui socio de la casa editorial que publicó el libro de sir James Foggart, en agosto de 1923, pero abandoné toda relación con la referida editorial en octubre de aquel mismo año, antes de tomar asiento en este lugar. No tengo, pues, ningún interés, ni económico ni de ninguna otra índole, en difundir el libro, salvo, como es natural, mi gran deseo de ver adoptados sus principios.

Tomó asiento después de oír algunos aplausos, y sir Alejandro Mac Gown se levantó. Michael vió nuevamente en su rostro la expresión nada cortés que había advertido en él durante su discurso.

—Supongo —dijo sir Alejandro— que el honorable representante de Mid-Bucks no sintió por su propio discurso el suficiente interés para quedarse a oír mi réplica. No puedo admitir que mis palabras tuvieran la segunda intención que él les atribuye. Dije, y lo repito, que uno de los editores del libro debe estar necesariamente interesado en difundir la teoría que le impulsó a publicarlo y en verla aceptada por el público. El honorable miembro se ha puesto una venda que no le correspondía.

Y se volvió a Michael, rojo y provocativo.

Michael se volvió a levantar.

—Me complace que el honorable miembro haya desvanecido una sospecha o segunda intención que otras personas, fuera de mí mismo, habían dado a sus palabras.

Y a los pocos minutos, con extraña unanimidad, ambos dejaban la Cámara.

Es frecuente que los periódicos traigan relatos de cómo mister Swash, el honorable miembro representante de Topcliffe, llamó a mister Buckler, el honorable miembro por Footing, algo poco parlamentario (*¡orden, orden!*) y cómo mister Buckler contestó a mister Swash en forma aún peor (*¡bravo, bravo!* y *¡orden, orden!*), y cómo mister Swash alzó los puños (*clamores*) y mister Buckler se lanzó sobre el escaño y tiró algunos papeles (*¡orden, orden, orden!*).

Refieren, igualmente, la confusión originada y nos informan de qué modo mister Swash o mister Buckler fué llevado, sin dejar de vociferar, fuera de la Cámara, por el ujier de servicio, lo mismo que otros edificantes detalles. El choque entre Michael y sir Alejandro siguió otro camino. Obedeciendo a un elemental instinto de corrección, se dirigieron los dos al lavabo; y hasta encontrarse allí no se fijaron el uno en el otro. Ante un toallero, dijo Michael:

—Ahora, señor mío, tal vez quiera usted decirme por qué se ha portado usted como un canalla. Tenía usted idea perfecta de la intención que ponía en sus palabras.

Sir Alejandro se volvió, empuñando un cepillo.

—¡Ahí va mi respuesta! —exclamó, dando a Michael un puñetazo en la oreja.

Vacilando, tambaleándose, Michael replicó al azar con un directo, que fué a dar a sir Alejandro en la nariz. Los movimientos, a partir de aquí, se hicieron más rápidos e intensos. Michael era alto; sir Alejandro, corpulento; ninguno de los dos mostraba puños muy diestros en la lucha. Ésta fué interrumpida, a poco, por el diputado por Washbason, que se retiraba. Al salir de prisa recibió a la vez un puñetazo en un ojo y otro en el estómago, que le dejaron desvanecido. El que gritó ahora, claro está, fué el diputado por Washbason, cuyas expresiones

fueron bastante más fuertes que lo que podía esperarse en tan honorable *gentleman*.

—No sabe cuánto lo siento —dijo Michael—. El inocente lleva siempre la peor parte.

—¡Me he lucido, por intentar separarles! —resopló el representante por Washbason.

Michael hizo una mueca, y sir Alejandro exclamó:

—¡Váyase usted al diablo!

—¡Son ustedes un par de groseros! —repuso el diputado por Washbason—. ¿Cómo diablos hablaré esta tarde?

—Si entra vendado —dijo Michael, lavándole con agua fría el ojo herido—, y pretexto un accidente de automóvil, le escucharán con atención, y la Prensa le tratará bien. ¿Quiere usted que le vende con el forro de mi corbata?

—¡Deje usted mi ojo en paz —rugió el diputado por Washbason—, y márchese antes de que yo pierda la calma!

Michael se abrochó el cuello del abrigo, que le había desabrochado la mano de sir Alejandro, y vió en el espejo que su oreja estaba muy colorada y su mano manchada de sangre. La nariz de su contrincante estaba sangrando todavía. En vista de esto, Michael se alejó.

«Por suerte, estábamos metidos ahí —pensó, saliendo al aire libre de Westminster—. Me parece que no voy a decir nada de esto.»

Le hormigueaba la oreja y se sentía mal de cuerpo y de espíritu. ¡El foggartismo redentor convertido en una pendencia de W. C.! Empezaba a dudar de su vocación. Pero ni siquiera el diputado por Washbason había salvado su dignidad y, por tanto, era fácil que la Prensa no publicara el incidente.

Yendo para su casa se encontró con Francis Wilmot, que iba hacia West.

—¡Hola!

Francis Wilmot alzó los ojos hasta él y pareció dudar.

Tenía el rostro más delgado, más hundidos los ojos y había desaparecido su sonrisa habitual.

—¿Cómo se encuentra mistress Mont?

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Divinamente —repuso Francis Wilmot—. Dígale a Fleur que he recibido carta de su primo Jon. Están muy bien. Se alegraron mucho de que yo hubiera visto a Fleur y le envía cariñosos recuerdos.

—Gracias —contestó Michael con sequedad—. Venga a tomar el té con nosotros.

El joven agitó la cabeza.

—¿Se ha herido esa mano?

Michael se sonrió.

—No; lo que se ha herido es cierta nariz...

Francis Wilmot sonrió con tristeza.

—Cómo me gustaría hacer otro tanto. ¿De quién era esa nariz?

—De un tal Mac Gown.

—¡La misma que quisiera romper yo!

Y en seguida, como desconcertado por su propia franqueza, dió media vuelta y se alejó, dejando para Michael que deshiciera el misterio.

Los periódicos de la mañana siguiente no hicieron referencia alguna a la efusión de sangre del día anterior. Nada más que un breve relato, según el cual el diputado por Washbason se hallaba en cama, a consecuencia de un fuerte resfriado. Los periódicos conservadores guardaban prudente silencio en torno al foggartismo; pero los órganos de la Prensa, liberal el uno y el otro laborista, sí que publicaban breves artículos de fondo, a que Michael prestó cierta atención.

El diario liberal decía: «El debate sobre el discurso de la Corona ha producido un esfuerzo que merece, por lo menos, una mención. La política aludida por el representante de Mid-Bucks bajo el rótulo de Foggartismo, nombre derivado de su autor, el veterano James Foggart, tiene un lado digno de elogio en los tiempos turbulentos de nuestros días, en que se buscan remedios de curandero para la situación política. Nada, sin embargo, se aparta tanto del ideario liberal y, por consiguiente, no puede prometerse, ni por un momento siquiera, el apoyo de los liberales sinceros. El peligro está en su llamamiento a los conservadores. El pesimismo lleva fatalmente hacia un determinado tipo de ideas. La situación de Inglaterra no es en verdad crítica, y de ninguna manera justifica tan descabellado e histórico apartamiento de nuestra política tradicional. No se puede, sin embargo, disimular el hecho de que algunos llamados pensadores acarician desde tiempo la idea de instaurar un «espléndido aislamiento», cuya base es, «admitanlo o no», la destrucción del Libre Cambio. El joven diputado por Mid-Bucks esgrimió, por un momento, en su discurso, el argumento del liberalismo, arrojándolo luego, tal vez porque le resultaba demasiado pesado. Pero, visto en sus propios elementos, es un camino para la eliminación del Libre Cambio y una bofetada a la Sociedad de las Naciones.»

Michael dejó escapar un suspiro y proyectó sus ojos sobre el artículo del diario laborista, que venía firmado y daba una nota más humana:

«De esa manera, nuestros hijos se verán alejados de nosotros, en las antípodas, tan pronto como sepan leer y escribir, con el objeto de que los capitalistas se vean libres de la amenaza de los parados. Nada conozco de sir James Foggart; ahora bien, si sus doctrinas son las vertidas ayer en el Parlamento por un miembro del grupo agrario, la persona del anciano caballero rezuma a prusianismo. No es difícil imaginar lo que el obrero pensará durante su almuerzo. Probablemente sus pensamientos serán epilogados por las palabras: «¡Al diablo el Foggartismo!» De ninguna manera sir James Foggart; el laborismo inglés dará solución a sus problemas, y se reserva para él y para sus hijos todas las dificultades del país. No nos conviene su solución, sir James Foggart.»

«Ésta es la pura verdad —pensó Michael—. La política no ha debido jamás confiar en mí. Blythe ha debido elegir a un laborista.»

¡El Foggartismo convertido así en fantasma aterrador por los celos, por el odio de clases, por los partidos... Y Michael creyó ver al foggartismo rondando por los alrededores de la Cámara y por los pasillos de la Prensa, sin ser jamás admitido y aceptado en carne y hueso.

—¡No importa! —murmuró—. Yo le seré fiel. Si soy loco, seré por lo menos un loco apasionado. ¿Verdad, Dan?

Y *Dandie*, levantando la cabeza de entre sus patas, le dirigió una mirada húmeda y brillante.

III

MARJORIE FERRAR RECIBE

Francis Wilmot siguió su camino a Chelsea. Estaba citado con la Vida. Enamorado hasta la punta de los cabellos y anticuado hasta pensar en el matrimonio, pasaba los días enteros persiguiendo a unas faldas con más frecuencia ausentes que presentes. Su ingenuo entusiasmo había logrado de Marjorie Ferrar la revelación de su compromiso con Mac Gown. La joven se lo había soltado lisa y llanamente: quería dinero, estaba sumida en deudas y no podía vivir lejos de Londres.

Francis Wilmot le había ofrecido, sin vacilar, toda su fortuna. Pero ella la había rechazado con estas palabras:

—Pobre amigo mío, no he llegado todavía a ese extremo.

Tal vez a punto de escapársele de los labios: «Espera a que esté casada», la expresión de Francis la contuvo. Era un hombre primitivo; jamás llegaba a comprender su ideal; el ideal de perfección como «esposa de uno, amante de

otro y madre de un tercero», todo en un tomo. Lo conservaba, pues, dándole únicamente esperanzas de que desearía a Mac Gown, atento a tenerle a su lado cuando estaba ausente Mac Gown y lejos cuando Mac Gown estaba presente. Iban dos veces en que no había podido tenerlos separados; momentos penosos, que la obligaron a permanecer después en el lecho más de lo acostumbrado. Porque, en realidad, se sentía atraída por aquel joven que le ofrecía un amor, un sabor nuevo. La encantaban sus ojos oscuros, su desmañada gracia, la manera con que le crecía el pelo oscuro y fino sobre su cuello esbelto y bien colocado. Le seducían su voz y su modo de hablar algo fuera de la actualidad. Y, rara cosa, adoraba, además, su lealtad. Le había instado por dos veces para que explorara si Fleur estaría dispuesta a rebajarse y pagar. Y otras tantas veces se había negado él, diciendo:

—Se han portado muy bien conmigo y jamás me allanaría a referirte lo que dijeran, aunque lo supiese.

Marjorie se hallaba ahora pintando el retrato de Francis, de modo que el lienzo, apenas cubierto de pintura, era testigo de sus entrevistas casi cotidianas, que se verificaban de tres a cuatro de la tarde, cuando empezaba a oscurecer. Eran los momentos en que Mac Gown dedicaba a sus obligaciones en la Cámara. El cuello bajo de la camisa abierta favorecía a Francis Wilmot. Le gustaba a Marjorie contemplarle, sentado indolentemente en un diván, siguiéndola con los ojos; le gustaba pasar junto a él y advertir el temblor de sus dedos, cuando rozaban su falda o su manga; el brillo de sus ojos y la expresión de su rostro cuando ella se apartaba. La fe de aquel joven en ella era increíble, hasta imprudente. Despreciaba las conveniencias; y, a pesar de todo, tener que preocuparse de ellas ante él le causaba cierto placer. La hacía sentirse buena y pura. ¡No se debe escandalizar a los niños!

Aquel día, esperando a Mac Gown a las cinco, se sintió desasosegada, aún antes de que el joven entrara diciendo:

—Me he encontrado con Michael Mont. Llevaba una mano ensangrentada. ¿A que no sabes de quién?

—¿De Alec acaso?

Francis Wilmot le sacudió las manos.

—No llares Alec en mi presencia a ese hombre.

—Mi querido pequeño, eres excesivamente sensible. Supongo que habrán tenido un altercado... He leído sus discursos. Pero ¿no llevaba Michael un ojo amoratado? ¿No? ¡Cáspita! Al..., quiero decir, *ese hombre* debe estar trastornado. ¿Era fresca la sangre?

—Sí —asintió sombríamente Wilmot.

—En ese caso no vendrá hoy. Siéntate y déjame trabajar en serio por lo menos una vez.

Pero él, de rodillas, le rodeó el talle con sus brazos:

—¡Marjorie, Marjorie!

Esta discípula del Placer ante el mundo moderno y burlón se sentía, a pesar de ello, afectada de una profunda piedad hacia él y hacia sí misma. Era duro no poder proponerle la fuga; no poder ir en busca del anillo y de la licencia de matrimonio, o lo que a él le pareciera, y acabar de una vez. Ella, realmente, no estaba tan dispuesta a acabar sin anillo ni licencia... Ya que se debe siempre conservar la cabeza. Marjorie había visto cansarse a un amante; conservó la cabeza y le alejó antes que él llegara a comprenderlo; se cansó igualmente de otro, conservó la cabeza y siguió adelante hasta que él se cansó también. La mundana joven había visto cómo sus favoritos decaían; conservando su cabeza les había ayudado a caer; había visto volverse contra ella las cartas en el juego y había dejado de jugar antes que su montón de naipes se acabara. Todo estaba en dar tiempo al tiempo..., y había vuelto a recobrar su cetro de modernidad.

Marjorie, por consiguiente, besó desde arriba la cabeza de Francis, apartando sus manos y rogándole que fuese bueno. Luego musitó a su oído todo lo que sentía haber pasado la primavera de su vida.

—Entretenme mientras pinto —le dijo—. Estoy aburrida hoy.

Y Francis Wilmot, como un espectro, hizo por divertirla.

Según algunos, una nariz que ha sangrado de un golpe se hincha menos durante la primera hora que después. Por ello, sir Alejandro Mac Gown se presentó en casa de Marjorie Ferrar a las cuatro y media para anunciarle que no podría ir a las cinco. Se había ido directamente desde la Cámara llevando una compresa de hielo junto a la nariz. Creído, por lo que Marjorie le había dicho, en que aquel joven americano estaba en París, se quedó hecho una estatua, mirando asombrado al joven, sin corbata y con el cuello desabrochado. Francis Wilmot se levantó del diván no menos silencioso. Marjorie Ferrar dió una pincelada en el lienzo.

—Ven, Alec, y mira; empiezo ahora la sesión.

—No, gracias —repuso Mac Gown.

Guardándose la corbata en el bolsillo, Francis Wilmot se despidió y se fué hacia la puerta.

—¿No quiere tomar el té con nosotros, míster Wilmot?

—Creo que no; gracias.

Luego de haber salido el joven. Marjorie Ferrar observó la nariz de su prometido. Estaba fuerte y dura y, a pesar de ello, no se diferenciaba mucho de lo normal.

—Y ahora me vas a decir —gruñó Mac Gown—, ¿por qué me has mentado acerca de ese joven estafalario? ¿No me habías dicho que estaba en París? ¿Quieres acaso jugar conmigo, Marjorie?

—Desde luego. ¿Por qué no?

Mac Gown se acercó hasta colocarse a su alcance.

—¡Baja ese pincel!

Marjorie lo levantó y, como una saeta, el pincel dió en la pared opuesta.

—Quiero que dejes de pintar ese cuadro y que no veas más a ese individuo. Está enamorado de ti.

La había cogido por las muñecas. Ante expresión tan airada como la de su prometido, Marjorie retrocedió.

—¡Suéltame! ¡Y querrás todavía que te considere un caballero!

—No; soy nada más que un hombre.

—Un hombre fuerte y silencioso... como el protagonista de una novela anodina. Siéntate y no seas absurdo.

El duelo entre los ojos pardos y llameantes y los azules y fríos duró un interminable minuto. Después, sir Alejandro la soltó.

—Recoge ese pincel y dámelo.

—¡No sería yo, si lo hiciera!

—En ese caso daremos por roto nuestro compromiso. Si eres tan anticuado, de nada voy a servirte. Tú necesitas una mujer que, como presente de boda, te regale un látigo.

Mac Gown se echó las manos a la cabeza.

—Te quiero demasiado para ser razonable.

—Entonces recoge ese pincel.

Mac Gown lo recogió.

—¿Qué tienes en la nariz?

Mac Gown se pasó la mano por la parte herida.

—Choqué contra una puerta.

Marjorie Ferrar se echó a reír.

—¡Pobre puerta!

Mac Gown la miró ingenuamente asombrado:

—No he conocido otra mujer tan dura de corazón. Sólo por lo mucho que te amo he podido no advertirlo.

—Ese amor no ha mejorado, ni tu carácter ni tus palabras, querido; pero has sido valiente al venir hoy.

Mac Gown emitió algo como un gemido:

—No podía menos de venir; tú lo sabes.

Marjorie Ferrar volvió el caballete con el lienzo contra la pared y se recostó junto a él.

—Ignoro lo que piensas sobre nuestra felicidad futura, Alec, pero me parece que tus aspiraciones son muy pobres. ¿Quieres *whisky* con soda? Está en aquel mueblecito. ¿Mejor té? ¿Nada? Será mejor que nos entendamos, Alejandro. Dado que me casara contigo, cosa muy dudosa, no he de cambiar de vida. Recibiré a los amigos que me plazca; y lo mismo hasta que me case. Si te desagrada, estás a tiempo de dejarlo.

Marjorie vió los puños cerrados y las muñecas temblorosas de su prometido. ¡Le iba a costar su trabajo ser una perfecta esposa para él! Si en vez de él conociera a un hombre de auténtico valer; y si por lo menos tuviera camisa que ponerse... Si Francis Wilmot tuviera dinero y no viviera en aquel lejano país de donde viene el algodón y donde cantan los negros en el campo; donde los ríos son rojos y el musgo de Florida festonea los pantanos y el sol quema; donde crece la vid y los sinsontes cantan mejor que los ruiseñores... Así era, al menos, el sur de Carolina a través del entusiasmo con que se lo había pintado Francis Wilmot. Un mundo que no era su mundo y que él describía con sus ojos clavados en los de Marjorie Ferrar. ¡El sur de Carolina! ¡Imposible! Era tanto como pedirle que se volviera tan anticuada como sus abuelas.

Mac Gown se acercó a ella.

—Perdóname —exclamó—. Lo siento, Marjorie.

Ella se encogió de hombros, sobre los cuales puso sus manos sir Alejandro. La besó en la boca y se retiró.

Marjorie se sentó en su silla favorita, indiferente, columpiando un pie. Se sentía como una niña que ha roto su muñeca y dentro de la cual no ha encontrado más que serrín. La vida, en realidad, es un aburrimiento. Una especie de *tándem*, cuyo conductor no cesara de dar vueltas; o como el partido de *croquet* de Alicia en el País de las Maravillas, que Marjorie había leído en los campos de ranúnculos de «High Marshes», no hacía todavía veinte años..., que ahora le parecían veinte siglos.

¿Qué deseaba, en realidad? ¿Dejarse ya de hombres, de facturas y trampas, o encontrar eso suave que algunos llaman amor? Fuera esto lo que fuera, ella no lo había sentido jamás. En su vida todo había sido vestirse, pasear y bailar... ¡y no pagar los vestidos! Llamó para que le trajeran lo necesario, preparó un *cocktail* con mucho brandy, lo cubrió de nuez moscada y se lo bebió.

VI

«FONS ET ORIGO»

Dos días después, por la mañana, Michael recibió dos cartas. Una de ellas traía sello de Australia, y decía así:

Muy señor mío: Espero que estarán bien, tanto usted como su esposa, he pensado que tal vez le agradara saber cómo nos hallamos. Al cabo de dos años y medio aquí, no tenemos casi nada que contar. Respecto de Australia, no se atan aquí los perros con longaniza. El clima es bueno cuando no demasiado seco o demasiado húmedo; a mi mujer le sienta bastante bien; pero, señor mío, tocante a eso de hacer fortuna... que se lo cuenten a su abuela... Tiene gracia la gente de aquí; nosotros no parecemos ser de gran utilidad... ni ellos tampoco. Nos llaman Pommies y nos tratan como si nos tomáramos una libertad con venir a su espléndido país. Por ello deseo con frecuencia volver a la patria. Mi mujer dice que aquí vivimos con más comodidad, pero yo no lo veo tan claro. De todas maneras son muchas las falsedades que corren en torno a la emigración. Por mi parte, señor, no he olvidado sus bondades. Mi esposa envía sus recuerdos a usted y a su señora.

Su servidor,

ANTONIO BICKET.

Michael, con la carta en la mano, podía representarse con toda exactitud a su autor; el delgado rostro, los ojos saltones, sus dos orejas; una silueta típica de las calles de Londres detrás de sus globos de color, ¡Un mísero avechicho donde quiera que se hallara; él y todos los otros incontables como él, incapaces de adaptación! ¡*Pommies!* ¡Está bien! Pero él no les recomendaba la emigración; se la recomendaba exclusivamente a aquellos que aún eran susceptibles de formación. ¡De seguro que los australianos no impondrían un tal estigma a los niños! Michael abrió la otra carta.

ROLL MANOR

Mr. Huntingdon.

Mi querido señor: El desaliento que venía sufriendo desde la publicación de mi libro ha sido aminorada en parte por sus amables alusiones al mismo en el Parlamento, como igualmente por su defensa de mi teoría. Soy ya viejo y no puedo ir a Londres por ahora, aunque ello me proporcionaría el placer de conocerle. Si viene alguna vez por aquí, me hará feliz acompañándome a comer, o a cenar, si es por la noche, según más le convenga.

Con cariñosos saludos, fielmente suyo,

JAMES FOGGART.

Se la leyó a Fleur.

—Si vas, querido, te aburrirás soberanamente.

—Debo ir —dijo Michael—. *Fons et Origo!*

Y escribió que iría a tomar el *lunch* al día siguiente.

Salió a esperarle a la estación un vehículo, tirado por un caballejo, como él no había visto jamás. El hombre de la librea verde, a cuyo lado se sentó, se lo explicó de la siguiente manera:

—Sir James, señor, ha creído que le agradaría contemplar el paisaje; por ello le ha enviado el coche T.

Era un día gris, de finales de otoño, apacible, en que las escasas hojas que aún quedan en los árboles cuelgan mustias, esperando a que se las lleve el viento. La carretera encharcada olía a lluvia; de los rastrojos levantábanse las cornejas, sorprendidas por el ruido de los cascos del caballo, y el suelo recién arado de los campos relucía mezclado de barro. Los chopos daban espiritualidad al llano y las tejas rojizas de las granjas le infundían cierto ambiente doméstico.

—Ése es el castillo, señor —dijo el cochero, indicando con la fusta.

Entre un huerto y un macizo de olmos, con nidos de cornejas, indudablemente, vió Michael una gran casa baja, de ladrillos bastante carcomidos por el tiempo y cubierta por una enredadera ya sin hojas. No lejos, graneros, dependencias accesorias y el muro de una huerta. El coche dobló un recodo y entró en una avenida de árboles, llegando de repente frente a la casa, escasamente protegida por una puerta baja. Michael tiró del cordón de una vieja campana de hierro. Su largo eco trajo a la puerta a un hombre, que, arrugando la cara, dijo:

—¡Mister Mont! Sir James le está esperando. Por aquí, señor.

Cruzando un *hall* anticuado, de techo bajo, con agradable olor a leña ardiendo, Michael llegó a una puerta que el hombre de la cara arrugada cerró en sus narices.

¡Sir James Foggart! ¿Tal vez un viejo aldeano, de altas botas, patillas grises, de rostro limpio y acusadas facciones en que se marcaban las huellas del tiempo? ¿O bien uno de esos John Bull que aún quedan, de cuello corto, cuadrado y pesadote, con gorro de borla blanca en la cabeza?

El hombre de la cara arrugada abrió la puerta y dijo:

—Sir James quiere verle, señor.

En una estancia amplia, ante el fuego de un gran hogar y rodeado de gran cantidad de libros, hallábase un viejo imponente, grises la melena y la barba, cual un sobrenatural león inglés, vestido a la antigua, con chaqueta de terciopelo ribeteada de blanco. Intentó levantarse, al parecer.

—Por favor, no se mueva, señor —dijo Michael.

—Con su venia no lo haré. ¿Ha tenido buen viaje?

—Magnífico.

—Tome asiento. Me emocionó grandemente su discurso. ¿Era el primero...?

Michael se inclinó.

—Espero que no será el último.

Su voz era sonora y profunda; sus ojos miraban, escrutadores, como desde el fondo de un matorral: que así eran de espesas las cejas y hasta tan arriba llegaba la barba en las mejillas. El espeso cabello gris se rizaba sobre la frente y caía sobre el cuello del batín. Era un viejo primitivo, pero culto. Michael se sintió profundamente impresionado.

—Desde que publicamos su libro —dijo—, he pensado por adelantado en este momento, señor.

—Estoy recluso. Ahora no salgo en absoluto. En verdad es que me interesa no ver... muchas cosas que me desagradan. Escribo y fumo mi pipa. Llame al timbre y almorzaremos. ¿Quién es ese sir Alejandro Mac Gown? Se merece un puñetazo en mitad de la cabeza.

—Ya lo ha recibido, señor —dijo Michael.

Sir James Foggart se echó hacia atrás, soltando una carcajada. Su risa era amplia y profunda, levemente hueca, cual si resonara dentro de un trombón.

—¡Magnífico! ¿Y qué tal les pareció a esos señores su discurso? Antes conocía yo a muchos diputados, seguramente padres o abuelos de los actuales.

—¿Cómo puede saber usted tan a maravilla lo que Inglaterra necesita, señor —preguntó dulcemente Michael—, si ahora no sale en absoluto de casa?

Sir James Foggart señaló con su larga y delgada mano cubierta de vello una mesa llena de libros y revistas.

—Leo —dijo—. Leo cuanto se publica. Conservo mi vista tan buena como antes..., y he visto mucho en mis buenos tiempos.

Y se quedó en silencio, cual si estuviera viendo de nuevo aquel «mucho».

—¿Continuará usted su libro?

—¡Hum! Escribiré algo más para que puedan leerlo cuando yo me haya ido. Tengo ya ochenta y cuatro años, ¿comprende?

—Me extraña —dijo Michael— que no hayan venido periodistas.

—Sí; vinieron ayer; tres, en diferentes trenes. Unos muchachos muy corteses; pero llegué a ver que no entendían a este viejo. Son excesivamente avanzados, ¿no?

En aquel momento se abrió la puerta, y el hombre de la cara arrugada adelantó, seguido de una doncella y de tres gatos. Pusieron una bandeja sobre las rodillas de sir James y otra sobre una mesita, delante de Michael. En cada una de las bandejas había una perdiz con patatas picadas, espinacas y salsa de pan. El hombre de las arrugas llenó el vaso de sir James con agua de cebada; el de Michael, con vino claro, y se retiró. Los tres gatos, todos romanos, empezaron a restregarse, ronroneando alto, contra los pantalones de sir James.

—No le molestarán los gatos, ¿verdad? ¡Hoy no hay pescado, mininos! Michael tenía apetito y dió fin a su perdiz. Sir James repartió la mayor parte entre los gatos. Entonces se les sirvió ensalada de frutas, queso, café y cigarros, y se retiró todo, menos los gatos, que se acostaron, enroscados, junto al fuego.

Entre el humo de los cigarros, Michael contemplaba a la fuente y origen de su política, anhelante y dudoso sobre si sería capaz de continuar manando. ¡Era tan viejo! A pesar de todo, había que achicar la bomba.

—¿Conoce usted a Blythe, el director de *La Vanguardia*? Es su apoyo más fuerte; yo soy nada más que su intérprete.

—Conozco su periódico; el mejor de los semanarios; él, en cambio, se pasa de listo...

—Pues que se me ofrece esta ocasión —dijo Michael—, ¿le disgustaría que le hiciera una o dos preguntas?

Sir James miró la punta encendida de su cigarro. «¡Fuego en el frente!»

—En primer lugar, señor: ¿puede Inglaterra vivir separada de Europa?

—¿Puede, tal vez, vivir *con* Europa? Las alianzas basadas en promesas de ayuda que no llegan a cumplirse son menos que nada.

—Pero pongámonos en el caso de que Bélgica fuera nuevamente invadida... o que lo fuera Holanda.

—Sería, seguramente, el único caso. Eso se sobreentiende. Que Europa conozca lo que Inglaterra hará o no hará en tal caso es muy importante, joven. Y los otros países no tendrán jamás ese conocimiento. ¡*Pérfida Albión!* ¿No es eso? A pesar de ello esperamos hasta el último momento para definir nuestra política. ¡Qué error! Damos la sensación de estar cumpliendo una condena, como ahora, con nuestro sistema democrático.

—Me gusta eso —dijo Michael... que no cumplía tal condena—. ¿Y qué me dice del trigo? ¿De qué manera estabilizaría usted su precio para que fomentase la intensificación de su cultivo?

—¡Ah! He ahí mi tema favorito. Estamos necesitando un empréstito sobre el trigo, míster Mont, y el control del Gobierno. Cada año, el Gobierno podría comprar por anticipado el sobrante de lo que necesita y almacenarlo; se fijaría luego para los granjeros ingleses un precio que les reportara un pingüe beneficio y se tasaría para el público a un precio medio entre los dos. Así veríamos muy pronto que nuestras tierras producían trigo y no tardaríamos en admirar la resurrección de la agricultura.

—¿Y no subiría el precio del pan con eso?

—No.

—Pero se necesitarían legiones de trabajadores.

—Tampoco. Bastaría la actual maquinaria, organizada como es debido.

—¿Con cargo al Estado, señor? —preguntó tímidamente Michael.

La voz de sir James tronó:

—Tratándose de un caso excepcional..., básico, ¿por qué no?

—Totalmente de acuerdo —dijo Michael, apresuradamente—. Jamás se me había ocurrido, pero ¿por qué no? Y ahora hablemos de la oposición que se hace en nuestro país a la emigración infantil. ¿Será causa de ello el cariño que los padres tienen a sus hijos?

—Más bien, el miedo de perder sus jornales.

—De todas maneras —murmuró Michael—, cualquiera se resistiría a perder, aun para su bien, a un hijo de quince años.

—Acaso, la naturaleza humana es egoísta, joven. Se aferra a los hijos, aunque los esté viendo sufrir con sus propios ojos; aun dándose cuenta de que se avecinan tiempos peores que los nuestros, que ya son bastante malos... Es la naturaleza humana, como usted dice razonablemente.

Michael, que no recordaba haberlo dicho, se quedó algo desconcertado.

—La emigración infantil requeriría muchísimo dinero y bastante organización.

Sir James acarició a los gatos con su pie, calzado con zapatillas.

—¡Dinero! Hay todavía una enorme cantidad de dinero mal empleado. Bastaría con un empréstito de cien millones —cuatro millones y medio anuales— para enviar a los Dominios cien mil niños por año. En cinco años habríamos resuelto el problema del paro.

Dió un leve golpe en el cigarro, cuya ceniza se desparramó por su chaqueta de terciopelo.

—«Que se cree él eso» —dijo Michael para sus adentros, tirando la ceniza del suyo en una taza de café—. Pero claro está que a estos niños, así enviados, se los cuidaría de una manera conveniente y se les darían oportunidades, ¿no?

—Se comenzaría gradualmente; poder es querer, joven.

—¿Y no se aglomerarían allí también en las ciudades?

—Enseñadles a amar la tierra y dádsela.

—Dudo que eso bastara —dijo osadamente Michael—. El magnetismo de las ciudades es incontrastable.

Sir James asintió con un gesto.

—La ciudad no es dañina mientras no se extralimite, como sucede aquí. Los que vayan allí a las ciudades, acrecentarán la demanda de nuestros productos.

—«Bien— pensó Michael—, voy progresando. ¿Qué le preguntaré ahora?»

Y miró a los gatos, que se revolvían, inquietos. Michael levantó los ojos. ¡Sir James Foggart estaba dormido! Así, dormido, estaba más imponente que nunca, acaso demasiado imponente, ya que sus ronquidos estremecían la amplia sala. Los gatos se enroscaron, escondiendo más sus cabezas. Olía ligeramente a quemado. Michael cogió un cigarro de la alfombra. ¿Qué haría ahora? ¿Esperar a que su interlocutor se despertara, o marcharse? ¡Pobre viejo! El Foggartismo no le había parecido jamás a Michael tan absurdo como allí, en el santuario de su fuente y origen. Tapándose los oídos, permaneció inmóvil. Los gatos se marcharon uno tras otro. Michael miró su reloj.

«Perderé el tren», pensó. Y se acercó de puntillas hasta la puerta, tras una teoría de gatos en dispersión. Era como si el Foggartismo, ¡o lo poco que le quedaba de vida!, estuviera roncando.

—Adiós, señor —dijo muy bajito.

Y salió. Y tomó el camino de la estación, cabizbajo. ¡El Foggartismo! Aquel amplio programa se basaba, al parecer, en el supuesto de que los seres humanos pueden ver dos pulgadas más allá de sus narices. Pero ¿cabía este supuesto? Y, dado que sí, ¿estaría realmente Inglaterra tan sobrepoblada y tan dominada por la ciudad? Para un hombre capaz de ver lejos y de comprender las cosas (y que, no obstante, se dormía sobre su visión) había nueve (si no noventa y nueve) que

sólo podían tener una visión inmediata y parcial... y de estarse ante ella bien despiertos. ¡La política práctica! La consabida respuesta: «¡Oh! ¡Ah, el joven. Mont no es un político práctico!» Un juicio tal era la muerte política... Y Michael, en el coche del tren, con los ojos resbalando sobre la suave hierba británica, se sentía como un hombre sobre el cual todos los demás van amontonando tierra. Los pelícanos que chillan en las tierras inhóspitas, ¿lo hacen irónicamente? ¡Hierba, hierba, hierba!¹⁸.

¡Hierba y ciudades! Y, con la cabeza inclinada sobre su gruesa chaqueta Michael se quedó tan dormido como sir James Foggart.

V

SIGUE LA CAUSA

Cuando Soames dijo «déjame a mí», quería decir eso precisamente; ahora que, francamente, resultaba fastidioso que, si las cosas se ponían mal, tuviera que arreglarlas él y nadie más que él.

Para estar más cerca del asunto, vivía en la calle Green con su hermana Winifred Dartie. Conversando con su sobrino Val, la primera noche aprovechó la oportunidad para preguntarle si sabía algo sobre Charles Ferrar.

—¿Te interesa saber algo, tío Soames?

—Cualquier cosa que no sea buena. Me han dicho que no se habla con su padre.

—Bueno —dijo Val—. Es opinión general que ganará el Lincolnshire con un caballo que no pudo ganar el Cambridgeshire.

—No veo la relación.

Val Dartie le miró de reojo. No parecía dispuesto a meterse en murmuraciones.

—El caso es que se verá obligado bien pronto a dar un *coup*, o fastidiarse.

—¿Nada más?

—Nada. Sólo que es uno de esos tipos que están que se deshacen con uno mientras le necesitan, y le vuelven la espalda cuando no les hace falta.

—Eso me pareció por su aspecto —dijo Soames—. ¿Te tratas con él?

—Sí; le vendí un *Torpedo*, además de un *Banshee*.

—¿Te pagó?

—Sí —dijo Val con una sonrisa—, y el *Torpedo* no salió bueno.

¹⁸ En inglés, «*Grass, grass, grass!*», que semeja el grito del pelícano.

—¡Hum! Supongo que después no se mostraría muy amable. ¿No sabes nada más?

Val asintió. Sabía más, si a las hablillas puede llamárselas *más*. Pero lo que se dice al desgair en el club, entre el humo del cigarro de los hombres distinguidos, no vale como argumentos para los oídos de los abogados.

Para ser un viejo hombre de mundo, Soames tenía conocimiento muy escaso de que en esa alta esfera llamada sociedad todos y cada uno son calumniados cotidianamente, lo que no les quebranta hueso alguno; desconocía cómo calumniadores y calumniados comen juntos y juegan al *bridge* en la misma mesa, poseídos de los mejores sentimientos mutuos y con la buena intención de despellejarse unos a otros, tan pronto como hubieran doblado la esquina. Noticias tan geniales y tremebundas no trascienden a las gentes ajenas a sus círculos, y Soames no sabía, en realidad, por dónde iniciaría su investigación.

—¿Podría invitar a ese míster Curfew a tomar el té? —dijo a Fleur.

—¿Para qué, papá?

—Para sondearle.

—Pensé que de esas cosas se ocupaban los detectives.

Soames cambió de color. Desde que, habiendo empleado los servicios de míster Polteed, en París, hacia principios de siglo, había sido encontrado en la alcoba de su esposa, la palabra *detective* le causaba dolor de estómago. Pero, después de todo, ¿qué podía intentarse aquí, sin detectives?

Una noche, habiéndose marchado Winifred al teatro, Soames se acomodó con su habano en la boca a meditar. Michael le había proporcionado una serie de obras teatrales, así como novelas de ideas avanzadas que la gente moderna leía, admiraba y discutía. Una de aquellas obras se titulaba *Canthar*, por Perceval Calvin. Marchó a buscar el libro a su cuarto y lo hojeó debajo de la lámpara. Luego de leer las primeras páginas, en las que no observó nada de particular, empezó por el final y leyó al revés. De esta manera podía pasar mejor por alto lo que no tuviera importancia, y cada pasaje erótico, a los cuales llegó inmediatamente, le llevaba, sin notarlos, al anterior. Así llegó hacia la mitad de la obra, antes de haber leído la portadilla.

¿De dónde procedían autor y editor? ¡Ah! el libro había sido impreso en el extranjero. Soames respiró con cierta libertad. Aun cuando todavía no había cumplido los sesenta y nueve años y no era precisamente juez ni ocupaba cargo de jurado ni cualquier otro profesional que le hiciera sentirse obligado a escandalizarse, se sintió por otra parte agitado. Si las mujeres leían cosas como aquella, es que en realidad no había hoy diferencia alguna entre las mujeres y los hombres. Tomó el volumen de nuevo y siguió leyendo,

ininterrumpidamente hasta el comienzo. Únicamente le interesaban los párrafos eróticos. El resto le parecía inconexo y vago. Se detuvo a meditar. ¿Para qué diablos se había escrito aquella novela? Para hacer dinero sin duda. Pero ¿existiría algún otro propósito velado? ¿Sería el autor uno de esos artistas que profesan la teoría de que para dar vida —¿no es ésa la palabra?— a sus engendros, deben describir una por una sus visitas a los dormitorios y algo más?... «El arte por el arte» o... el naturalismo... ¿No era así como ellos lo denominaban? En la ya relativa experiencia yerma de Soames, la vida no consistía solamente en visitar dormitorios, y por esto mismo se negaba a admitir que aquel libro fuese la vida, la vida entera, únicamente la vida. «Calvin es un crustáceo, papá —le había dicho Michael al devolverle la novela—. Opina que la gente no puede llegar a la virtud sino después de no haberla practicado; por esto nos muestra a su héroe y a su heroína llegando por grados a la virtud.» «Están en la luna», caviló Soames. De todas maneras, ya se vería lo que un jurado inglés decía de todo aquello. Pero ¿cómo conseguir un testimonio de que tanto aquella mujer como las de su clase habían leído con delectación tal libro? Y entonces le vino a mentes una idea tan luminosa que tuvo que reflexionar profundamente antes de tomarla en consideración. Estos avanzados jóvenes de hoy poseen un gran amor propio; aquellos que no comparten sus ideas son unos «antiguallas» o «carcamales». Suponiendo que esta obra fuera atacada por la Prensa, probablemente se enfurecerían, y si su furia podía ser estampada en letras de molde, ¿no sería esto una prueba utilizable de su concepto acerca de la moralidad? ¡Hum! Ello constituiría una bonita jugarreta. Pero antes de nada, ¿cómo podría él demostrar que Marjorie Ferrar había leído aquella obra? Y mientras planeaba *in mente*, Soames tuvo otra idea brillante. Acordóse del joven Butterfield, que le había ayudado a probar la culpabilidad de Elderson en el asunto de la P. P. R. S. y que debía a la influencia de Soames su colocación en la editorial de Danby y Winter. ¿Por qué no podría utilizarle? Michael siempre decía que el chico le estaba reconocidísimo. Y ocultando bajo su brazo el título del libro, no fuera a toparse con algún criado, Soames marchó a meterse en su alcoba.

Su último pensamiento de aquella noche tuvo visos de diagnóstico.

«En mi juventud, cuando encontrábamos un libro como éste, lo leíamos y nos callábamos; ahora, según parece, la gente se vanagloria de haberlo leído y aun pretende haber hecho bien.»

A la mañana siguiente telefoneó a Danby y Winter desde los Connoisseurs, y pidió hablar con mister Butterfield.

—Dígame.

—Habla mister Forsyte. ¿Me recuerda?

—Naturalmente, señor.

—¿Podría acercarse un momento esta misma mañana al Club de los Connoisseurs?

—Ya lo creo, señor. ¿Qué le parece a las doce y media?

A Soames, que era reservado y severo respecto a toda materia sexual, le desagradaba bastante tener que hablar con aquel joven de un libro «inmoral». No tenía otra salida, a pesar de todo, e inmediatamente que llegó su visitante, y luego de estrecharle la mano, entró de lleno en el asunto.

—Es algo muy confidencial, míster Butterfield.

Butterfield, cuyos ojos perrunos habían chispeado con el apretón de manos, contestó:

—Bien, señor. No he olvidado todo lo que han hecho ustedes por mí, señor. Soames le enseñó el libro.

—¿Conoce usted esta obra?

Butterfield sonrió ligeramente.

—Sí, señor. Está editada en Bruselas. Se cotiza a cinco libras el ejemplar.

—¿La ha leído usted?

El mozo sacudió la cabeza.

—No se me ha puesto a tiro.

Soames se tranquilizó.

—Muy bien, pues no la lea. Sin embargo, óigame un momento. ¿Podría usted comprar diez ejemplares a costa mía y remitirlos a las personas cuyos nombres le daré? En realidad son personas más o menos relacionadas con las letras. Dentro puede usted colocar unas breves líneas, de forma que se indique que es un obsequio o cosa así; pero sin mencionar nombres.

El joven Butterfield dijo suplicante:

—Su precio sube continuamente. Le va a costar sesenta libras.

—No me importa.

—¿Quiere usted que se le dé bombo a la obra?

—¡No, por Dios! Creo tener mis buenas razones para hacer todo esto...; sin embargo, no es cuestión de entrar ahora en ellas.

—Comprendido. Desea usted que esos libros lleguen a su destinatario, como... maná.

—Eso mismo —dijo Soames—. Creo que muchos editores envían frecuentemente obras de dudoso éxito, a aquellas personas que opinan puedan apoyarles. Pero existe, además, otra cosa. Después de una semana, ¿podría

usted visitar a aquellas personas a quienes hayamos enviado los libros y ofrecerles un ejemplar, como si fuera usted un agente de librería? Deseo estar seguro de que han llegado a su destino y han sido leídos. Naturalmente, usted no de su nombre. ¿Quiere hacer esto por mí?

Los ojos del joven Butterfield chispearon nuevamente.

—Sí, señor. Es mucho lo que le debo a usted, señor.

Desvió Soames sus ojos de él; no le gustaban aquellas continuas muestras de gratitud.

—Entonces, aquí tiene usted la lista de nombres con sus direcciones. Para empezar, le extenderé un cheque y ya me dirá usted si ha tenido que pagar algo más.

Se sentó, en tanto que el joven Butterfield examinaba la lista.

—Veo que he de visitar a una señora, señor.

—Sí. ¿Le molesta?

—No, señor. En absoluto. Hoy día se escribe mucha literatura avanzada para las señoras.

—¡Hum! —replicó Soames—. Supongo que el negocio irá bien...

—Magnífico, señor. Yo sentí mucho que míster Mont nos abandonase; sin embargo, desde entonces cada vez nos va mejor.

Soames alzó una ceja. Aquella afirmación venía a confirmar una de sus más antiguas sospechas. Cuando el joven se hubo ido, tomó en sus manos el *Canthar*. ¿Sería capaz él de escribir un ataque formal en la Prensa contra la obra bajo el seudónimo de *Pater Familias*? No..., para esto se necesitaba una persona ducha en aquella clase de trabajos. Asimismo, para enardecer aun más los espíritus, necesitaba una firma de prestigio. No le parecía indicado pedir a Michael que le indicase a alguien; pero de fijo que el viejo Mont sabría de algún miembro del *Parthenaeum* que pudiese ejecutar dignamente el encargo. Envió a buscar un pedazo de papel de envolver, tapó cuidadosamente la portada con él, introdujo el libro en el bolsillo de su gabán y salió camino del *Snooks*.

Encontró a sir Lawrence disponiéndose a almorzar, y se sentaron juntos. Luego de estar seguro que el camarero no observaba por encima de su hombro, Soames, que no había abandonado el libro, lo puso sobre la mesa y dijo:

—¿Ha leído usted esto?

Sir Lawrence gimoteó:

—Pero mi querido Forsythe, ¿a qué viene esa morbosa curiosidad? Todo el mundo lo ha leído. Opinan que es indecente.

—Así, pues, ¿no lo ha leído usted? —preguntó Soames, firme en sus trece.

—Aún no; sin embargo, lo leeré si quiere usted prestármelo. Ya estoy harto de que la gente se divierta preguntándome si he leído ese libro tan inmundo. No está bien eso, Forsyte. ¿Le gustó a usted?

—Lo he leído superficialmente —dijo Soames, echando una mirada furtiva a su alrededor—. Sin embargo, tengo un motivo. En cuanto usted lo haya leído, se lo diré.

Un par de días después, en el club de los Connoisseurs, sir Lawrence se lo devolvió.

—Helo aquí, mi querido Forsyte. ¡Jamás he sentido mayor alegría desprendiéndome de un libro! ¡Ha sido un constante suplicio el miedo de que me viera alguien leyéndolo. Perceval Calvin: *quel sale Monsieur!*

—¡Eso mismo! —prorrumpió Soames—. Ahora deseo que alguien se meta con el libro.

—¿Usted? ¿Saúl entre los profetas?... ¿También usted? ¿Y a qué viene ese repentino celo?

—Por... todo lo contrario —replicó Soames, sentándose encima del libro. Explicó sus motivos y acabó diciendo—: Pero, sobre todo, no diga nada a Michael ni a Fleur.

Sir Lawrence escuchó con su retorcida sonrisa.

—Comprendido —repuso—, comprendido. Es usted un hombre muy hábil, Forsyte. Desea usted que le busque un hombre cuya firma sirva de capote. No puede ser un novelista, porque se creería en su resentimiento... lo que probablemente sería verdad, porque el libro se vende como rosquilla. ¡Ah!..., me parece, amigo Forsyte, que he dado con la mujer.

—¿Una mujer? —inquirió Soames—. No le harán el menor caso.

Sir Lawrence le guiñó el ojo libre del monóculo.

—Quizá tenga usted razón. Solamente hoy se hace caso a aquellas mujeres que son más complacientes para uno que para los demás. En fin, lo haré yo mismo y firmaré: *Un padre ofendido*.

—Creo que necesita una firma de prestigio.

—Nuevamente tiene usted mucha razón. Forsyte: es lo que se necesita.

—Penetraré en el Parthenaeum y veré si queda alguien vivo.

Dos días más tarde Soames recibía esta nota:

THE PARTHENAUM.

Viernes.

Mi querido Forsythe: Hallé a nuestro hombre. Es el director de The Protagonist, y firmará con su propio nombre. Y lo que aún es más valioso, le he puesto en el buen camino. Tuvimos una discusión muy viva. Él deseaba tratarlo de haut en bas, como si fuera la obra de cualquier muchacho indecoroso. Sin embargo, yo le dije:

«La obra es sintomática; trátela seriamente; demuestre que es representativa de un orden de ideas, de una deliberada actitud literaria y efectúe una llamada a censura.» Así, pues, nuestro hombre ha dejado a su esposa y se ha llevado el libro al campo; lo hará en su fin de semana. Admiro, querido Forsythe, su línea defensiva: es sutilísima. Pero si usted me deja, le diré que tiene más importancia evitar que el asunto llegue a los tribunales que obtener un veredicto favorable, en caso de que sea visto.

Soy sincero de usted,

LAWRENCE MONT.

Estaban tan de acuerdo el modo de pensar de Soames con el contenido de esta carta que, marchándose a Mapledurham, pasó las dos tardes siguientes dando vueltas de arriba abajo con un hombre que le desagradaba y jugando a la pelota, a fin de apaciguar sus nervios.

VI

MICHAEL VA A BETHNAL GREEN

El sentimiento de depresión con que regresó Michael de la visita a la fuente y origen de sus teorías fué mitigado en parte por las numerosas cartas recibidas de gentes, la mayoría jóvenes, pero de distintas clases sociales. Todas eran cartas tan sinceras como serias. Y le hicieron pensar si, al fin y al cabo, los políticos prácticos no son demasiados frívolos y tan confiados como los gerentes de los *music-halls*, que protegen a su público cuidadosamente contra el buen gusto propio. También le hicieron entrever, la posible existencia en el país, de un sentimiento que no estaba en realidad representado en el Parlamento, ni siquiera en la Prensa. Entre las cartas recibidas había una que decía:

Sunshine House.

Bethnal Green.

Apreciable míster Mont: He leído con verdadero placer en el Times la reseña de su discurso. Y acto seguido he adquirido el libro de sir James Foggart. No se puede usted hacer idea de lo doloroso que es para nosotros, todos aquellos que tratamos de hacer el bien a los niños, el saber que al acabar su vida escolar, nuestros esfuerzos han de ser destruidos y reducidos a la nada. Aquí tenemos una ocasión excelente de ver cuál es en realidad para mi niño la vida en Londres. Es alentador ver el amor de las madres para sus pequeños, aun cuando ellas lleven una vida llena de privaciones. Sin embargo,

advertimos multitud de ocasiones que, al llegar los chicos a los diez o doce años, su cariño toma forma distinta. Opino que entonces son las oportunidades comerciales del niño las que se tienen únicamente en cuenta. Cuando el dinero entra por la puerta, el cariño desinteresado sale por la ventana. Quizá se trate de un sentimiento natural, pero es muy triste, pues generalmente son mezquinas las oportunidades comerciales; y, a veces, la vida ulterior de un chico es por completo arruinada y sacrificada al egoísmo de ganar unos pocos chelines. Tengo la esperanza y deseo con verdadero fervor, que salga algo bueno de su generosa llamada. ¡Pero van tan lentas las cosas! Me complacería que viniera a vernos a nuestra casa. Los chicos son adorables, y aquí tratamos de proporcionarles sol y alegría.

Sinceramente, su atenta,

NORAH CURFEW.

¡La hermana de Bertie Curfew! Con seguridad aquel caso no podría llevarle a nada; pero reconocido por aquel estímulo, y en busca de luz para el Foggartismo, tomó la decisión de ir. Quizá Norah Curfew admitiría a las pequeñas Boddicks. Sugirió a Fleur la idea de que le acompañase, pero ella temía coger algo contagioso para el undécimo *baronet*. Michael tuvo que marcharse solo.

La casa, cuyo frente estaba situado en el lugar denominado Bethnal Green, consistía en tres pequeños pabellones convertidos en uno, con sus tres pequeños patios empedrados y enrejados, que debían servir para el recreo de los niños. Sobre el dintel de la puerta se leían las prometedoras palabras: *Sunshine House*¹⁹, en áureo letrero de gran tamaño. Las paredes eran de un color crema, y de alegre cretona las cortinas. Michael fué recibido en el vestíbulo por la misma Norah Curfew. Alta, espigada, esbelta, echado hacia atrás su cabello oscuro, dejando al descubierto su pálido rostro, tenía los ojos pardos, claros, francos y luminosos.

«¡Caramba! —se dijo Michael, estrechando su mano—. Es encantadora y viste muy bien. Un alma elevada, seguro.»

—Ha sido usted muy atento en venir, míster Mont. Permítame que le enseñe la casa. Éste es el cuarto de jugar.

Michael penetró en el cuarto, de una gran limpieza, y evidentemente formado por algunos aposentos convertidos en uno sólo. Seis pequeños, vestidos de hilo azul, jugaban sentados en el suelo. Al aproximárseles Norah los chicos se abrazaron a sus rodillas. Quitando a una nenita, Michael los halló bastante feos.

¹⁹ «Casa del Sol brillante.»

—Éstos son nuestros pensionistas. Los otros sólo vienen al salir del colegio. Hemos tenido que restringir su número a cincuenta, y aun con bastantes estrecheces. Necesitamos fondos para poder adquirir las dos viviendas vecinas.

—¿Trabajan aquí muchas personas?

—Media docena. Dos de nosotras guisamos; otra lleva la contabilidad, y el resto lava, remienda, juega, canta, danza y ejecuta en general toda clase de cosas. Dos de nosotras vivimos aquí.

—No veo sus arpas ni sus diademas angélicas.

Norah Curfew se echó a reír.

—Las tenemos empeñadas —contestó.

—¿Y el problema religioso? —inquirió Michael, cavilando en el futuro del undécimo *baronet*.

—Generalmente le damos de lado. Como puede usted ver, ningún chico tiene más de doce años, y las ideas religiosas se inician a los catorce, con el sexo. Únicamente tratamos de enseñarles a ser afectuosos y alegres. El otro día estuvo a vernos mi hermano. Siempre se está riendo de mí; sin embargo, va a dar una representación para nosotras, y todos los beneficios serán para la casa.

—¿Qué obra quiere representar?

—Me parece que se llama *The Plain Dealer*. Dice que siempre ha deseado representarla con un buen fin.

Michael quedóse de una pieza.

—¿Conoce usted *The Plain Dealer*?

—No. Es de algún autor de la Restauración, ¿verdad?

—De Wycherley.

—¡Oh, sí!

Sus ojos seguían siendo tan claros como el alba, y Michael se dijo:

«¡Pobrecilla! No me incumbe meterme en su forma de conseguir dinero, pero me parece que el señorito Bertie le quiere gastar una broma pesada.»

—Me gustaría venir un día con mi mujer —dijo—. Le encantarán las cortinas y las paredes. Y además quisiera pedirle un favor: ¿No habría sitio para dos niñas más? Aun cuando nosotros abonaremos su pensión. Su padre está en una situación digna de lástima; yo trato de darle algún empleo en el campo. Además no tienen madre.

En la límpida frente de Norah Curfew apareció una arruga, y en sus ojos, una anhelante mirada de hacer el bien más allá de sus posibilidades y de su bolsillo; una mirada que, según Michael, merecía un nimbo.

—Habremos de admitirlas —repuso—; ya nos las arreglaremos como podamos. ¿Cómo se llaman?

—Boddick... No sé sus nombres de pila. Yo les conozco por su edad: Cuatro y cinco.

—Déjeme su dirección. Yo misma iré a verlas y, si no padecen alguna enfermedad contagiosa, serán admitidas.

—Es usted un verdadero ángel —dijo Michael con sencillez.

Norah Curfew se sonrojó y abrió una puerta.

—¡Qué bobada! —dijo aun más sencillamente; y siguió—: Éste es nuestro comedor.

No era muy espacioso, y en él había una joven que escribía a máquina y que se quedó quieta, con los dedos encima del teclado, mirando en torno suyo; otra muchacha batiendo huevos en una fuente, que dejó de leer un libro de poesías; y una tercera que parecía practicar un ejercicio físico, y que se paró con los brazos extendidos.

—Os presento a míster Mont —dijo Norah Curfew—. Es el señor que pronunció en el Parlamento aquel magnífico discurso. Mis compañeras, miss Betts, miss La Fontaine y miss Beeston.

Las jóvenes se inclinaron, y la que seguía batiendo huevos exclamó:

—¡Fué un discurso muy valiente!

Michael se inclinó a su vez.

—Me temo que ha sido predicar en el desierto.

—¡Oh, no dude usted que dará resultado, míster Mont! Dijo usted lo que está pensando muchísima gente.

—¡Ah! —dijo Michael—. Como ven ustedes, pensamientos demasiado profundos.

—Pero... tome usted asiento.

Se sentó Michael en el extremo de un sofá azul turquesa.

—Yo nací en el África del Sur —dijo la que batía los huevos—, y sé lo que significa el esperar.

—Aquel día mi padre estaba en los Comunes —añadió la muchacha de la gimnasia, cuyos brazos se habían bajado a lo largo de su hermosa figura—. Se quedó asombrado. Desde luego, le estamos reconocidas.

Michael las miró una por una.

—Supongo que si no tuvieran ustedes fe en tales cosas no harían todo esto. No supondrán que sea buena la situación de Inglaterra, ¿verdad?.

—¡Oh, no! ¡Dios mío! —exclamó la muchacha que estaba sentada frente a la máquina de escribir—. No hay más que vivir entre los pobres para darse cuenta.

—Ni los pobres tienen todas las virtudes, ni los ricos todos los defectos... ¡Valiente bobada! —interrumpió la muchacha de los ejercicios físicos.

Michael musitó suavemente:

—No pensaba en eso. Solamente me pregunté si hay algo que se cierne amenazadoramente sobre nuestras cabezas.

—¿Quiere usted decir... los gases asfixiantes?

—Acaso, en parte..., y asimismo un sentimiento de pesadumbre al contemplar a las gentes marchitarse en las ciudades; y una ligera idea de que el progreso se esfuma...

—Yo, en verdad, no sé —replicó la batidora de huevos, que era morena y bonita—. Durante la guerra no pensaba lo mismo. Pero Europa no es el mundo. Ni siquiera es importante. El sol apenas brilla allí, de todas maneras.

Michael asintió.

—Al fin de cuentas, si llega el caos y nos destrozamos unos a otros, Europa sólo significará otro desierto de las dimensiones del Sáhara, y la pérdida de una serie de gentes, evidentemente en pésimas condiciones para la vida. Para el resto del mundo sería una gran lección, ¿no les parece? Por fortuna los otros continentes están lejos unos de otros.

—¡Por fortuna! —exclamó Norah Curfew.

Sonrióse Michael.

—En fin, no puede uno por menos de encontrarse a gusto en este ambiente. Yo les admiro enormemente que hayan abandonado todo por venir a hacer esta buena obra.

—¡Tonterías! —respondió la joven de la máquina de escribir—. ¿Qué es lo que hemos dejado nosotras?... ¡la inútil vida de las solteras! Durante la guerra nos acostumbramos a ser útiles.

—Y si se trata de admiración —dijo la que batía huevos—, nosotras le admiramos a usted más por su discurso en el Parlamento.

Nuevamente se sonrió Michael.

—Miss La Fontaine, la llaman en la cocina.

La batidora de huevos se dirigió hacia la cocina.

—¿Sabe usted, batir huevos? No tardo ni un minuto —dijo; y dando a Michael la fuente y el tenedor, desapareció.

—¡Qué vergüenza! —dijo Norah Curfew—. Haga el favor; yo lo haré.

—No faltaba más —dijo Michael—; batiendo huevos puedo competir con cualquiera. ¿Qué les parecería a ustedes mandar a los chicos a otro país a los catorce años?

—Naturalmente que tendrá usted que sufrir una gran oposición —dijo la joven de la máquina de escribir—. Le llamarán inhumano y otras cosas por el estilo. Pero tenerlos aquí es mucho más inhumano.

—La verdadera causa —dijo Norah Curfew—, aparte del dinero que puedan ganar, es la idea de la fusión de clases. Además el Imperialismo es impopular.

—¡Claro que lo es! —musitó la joven de los ejercicios físicos.

—Sin embargo —dijo la mecanógrafa—, esto no es Imperialismo, ¿verdad, míster Mont? Lo que se procura es que los Dominios tengan los mismos derechos que la madre patria.

Michael afirmó.

—Por algo se dice *Commonwealth*: Bien común.

—Eso no será obstáculo para que, con el espectro del Imperialismo, se disimule la verdadera razón de la oposición, que es el miedo a perder los salarios de los chiquillos —dijo la joven de los ejercicios físicos.

Inmediatamente entre las tres chicas se entabló una larga controversia acerca del efecto que los salarios de los niños podían tener en el presupuesto de la clase proletaria. Michael seguía batiendo huevos, y escuchaba. Sabía perfectamente que aquel era un punto de la mayor trascendencia. Sacó la impresión de que, al parecer, los chicos ganaban más de lo que costaba el mantenerlos; pero era harto difícil el predecir qué pasaría con el tiempo, pues ello causaría un exceso de población parada, además de la gran vergüenza de estropear el futuro de los hijos, para favorecer el presente de los padres. La reaparición de la batidora de huevos puso fin a la disputa.

—Empiezan a venir, Norah —dijo.

La muchacha de los ejercicios físicos desapareció, y Norah Curfew preguntó:

—¿Míster Mont, le gustaría verlos ahora?

Michael la siguió. Iba cavilando:

«Me gustaría que Fleur estuviera aquí. Estas chicas parecen verdaderamente tener fe en las cosas.»

Los niños iban entrando uno detrás de otro. Llegaban del colegio al igual que un extraño enjambre, mezcla de anemia y de vida, de dinamismo y

docilidad. Inconscientes como cachorros, pero mucho más viejos que su edad; y, a pesar de todo, semejaban no haber pensado nunca más allá de sí mismos.

Cada movimiento, cada acción, parecía que iba a ser la última. Era excesiva su rapidez. Muchos de ellos llevaban algo de comer en una bolsa de papel o envuelto en un papel de periódico. Hablaban mucho y nunca reían. A Michael le pareció su acento deplorable. Sólo resultaban agradables a la vista seis o siete entre ellos, pero la mayoría demostraban tener buen carácter; ninguno daba señales de egoísmo. Sus movimientos eran hartos nerviosos. Junto a Norah Curfew y a la joven de los ejercicios físicos, se conducían tumultuosos, pero obedecían sin chistar, engullían con desgana y jugaban con el gato. Michael estaba fascinado. Acompañándolos llegaban cuatro o cinco madres, que tenían algo que preguntar o botellas que llenar. También ellas parecían estar en buenas relaciones con las muchachas. En aquella casa había desaparecido la diferencia de clases. Únicamente existía la personalidad. Michael notó que los niños contestaban a su sonrisa, y las mujeres, no. Aunque sí sonreían a Norah Curfew y a la muchacha de los ejercicios físicos. Preguntábase Michael si, de haber conocido su discurso aquellas madres, le hubieran dicho algo de lo que pensaban.

Norah Curfew le acompañó hasta el umbral.

—¿Verdad que son una preciosidad?

—Me temo que si los viera a menudo acabaría por desertar del Foggartismo.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Porque el Foggartismo les crea hombres y mujeres, dueños de sí mismos.

—¿Quiere usted decir que esto les estropea?

Sonrióse Michael.

—En las cucharas de plata hay algo peligroso. En fin, aquí está mi cuota de entrada —y le entregó todo el dinero que llevaba encima.

—¡Oh, míster Mont! No era esto... lo que nosotras...

—Está bien; devuélvame seis peniques, pues de lo contrario tendría que ir andando hasta mi casa.

—Es usted muy bueno. No deje de venir alguna vez; y, por favor, no abandone el Foggartismo.

Pensando en los ojos de Norah, Michael llegó hasta el tren, y ya en su casa, dijo a su mujer:

—Es preciso que vengas y veas aquella casa. Es de una perfecta pulcritud e impera en ella un elevado espíritu. Me ha confortado de una manera extraordinaria. Norah Curfew es una magnífica muchacha.

Fleur le contempló a través de sus largas pestañas.

—¿Ah, sí? —dijo—. Pues ya iré.

VII

CONTRASTES

El terreno que se extendía más allá del seto, en Lippinghall, consistía en unos diez acres de hierba rala entre pedruscos, con una tapia alrededor, para mostrar que era un coto privado. Exceptuando un primer experimento realizado con varias cabras y abandonado a causa de que nadie quería beber su leche en una región no acreditada como productora de materias lácteas, aquel terreno jamás se había utilizado. Al llegar diciembre, este precario lugar del patrimonio de sir Lawrence Mont sufría una activa explotación. Junto al matorral habíase construido una vivienda, y un acre, por lo menos, estaba transformado en un verdadero fangal. A su vez, el seto había sido talado y la maleza clareaba por infinidad de sitios, a causa del saqueo llevado a cabo por Henry Boddick y otro individuo, que cortaban y amontonaban sin ninguna consideración cuanta madera caía en sus manos. Madera que gradualmente iba rechazando el contratista encargado de construir los gallineros y el granero. Por lo que respecta a la incubadora, por el momento, era nada más que una profecía. La obra avanzaba con bastante lentitud, pero existían esperanzas de que, poco después del nuevo año, podría rogarse a las aves que iniciasen sus operaciones. Michael entre tanto había decidido que era preferible para la colonia terminar los trabajos más pesados y guarecerse en la casa. Después de hacer una conveniente requisa en el mobiliario de Manor House, y de enviar gran cantidad de comestibles, lámparas de aceite y jabón, Michael Mont instaló a Boddick a la izquierda de la vivienda, señaló el centro para los Bergfelds, y la derecha, para Swain. El mismo Michael se encontraba presente cuando el auto de Manor House les llevó desde la estación. El día lóbrego comenzaba a enfriar, los árboles goteaban, las ruedas del coche salpicaban agua y barro... Desde la puerta de la vivienda. Michael los vio descender del coche, y pensó que en su vida había contemplado gente tan estrafalaria.

Bergfeld fué el primero que bajó; como no tenía más que un traje —el que llevaba puesto— mostraba a tres leguas lo que era: un actor sin contrato. Detrás venía la señora Bergfeld; como no tenía abrigo, también parecía lo que era: una mujer casi helada. Swain llegaba el último. En su tétrico semblante no había ni siquiera un gesto de desprecio; sin embargo, miró en torno suyo como si dijera: «¡Mi sombrero!»

Boddick estaba distraído, con una especie de presciencia.

«Él —pensó Michael— es mi única satisfacción.»

Haciéndoles entrar en la cocina de la casa, les obsequió con unos termos de café caliente, un pastel y una botella de ron.

—No saben ustedes lo que lamento el que las cosas sigan aún tan atrasadas, pero creo que la cabaña es seca y aquí hay muchas mantas. Estas lámparas de aceite apenas dan olor... Usted que estuvo en la guerra, míster Swain, se hallará dentro de poco tiempo como en su casa. Usted, mistress Bergfeld, me parece que tiene frío. Échese un poco de ron en el café..., lo hacíamos siempre para trepar a la trinchera.

Todos se echaron ron en el café, lo cual produjo sus efectos. Las mejillas de la señora Bergfeld se tiñeron de carmín, y sus ojos parecieron más luminosos y oscuros. Swain quedó de acuerdo en que la vivienda «estaba bastante bien»; Bergfeld inició un discurso, que Michael interrumpió:

—Boddick conoce todos los trucos. Y yo no quiero perder el tiempo. Tengo el tiempo contado para enseñarles la casa.

Mientras el tren se dirigía a la capital, Michael pensaba que él sí que había dejado a su pelotón a punto de trepar a la trinchera. Aquella misma noche él cenaría en grata sociedad, en un lugar donde había luz y calor, joyas y bellos cuadros, vino y conversación. Y el precio del cubierto de aquella comida hubiera podido mantener por lo menos durante quince días a uno de «sus protegidos»; al tiempo que ninguno de los invitados tendría para ellos, ni para ninguno de su clase, un solo pensamiento. Pero si se hubiera atrevido a hablar a Fleur de semejante contraste, ella de seguro le hubiera contestado:

«Querido, esto se parece a un libro de Gurdon Minho...; te estás volviendo sentimental.» Se encontraría idiota a sí mismo. Y ¿lo sería efectivamente? O, por el contrario, él contemplaría la diminuta y distinguida cabecita de su mujer, pensando: «He aquí una salida demasiado fácil, amor mío, para los que tienen la cabeza tan pequeña como tú.» Y entonces los ojos de Michael, siguiendo su peregrinación hasta la nivea garganta y todos los múltiples encantos de toda la femenil figura, harían hervir su sangre, y cegarían su cerebro, y la frase —casi una blasfemia— no saldría de su boca. Y Michael se sentiría dominado por un sentimiento de suprema felicidad.

Pero ahora, con sus profundas teorías acerca del Foggartismo, la avicultura y todo lo demás, a veces Michael sentíase asaltado por la austera idea de si su mujercita no tendría ninguna. Y con la sabiduría nacida del amor, comprendía también que nunca las tendría. Ella era... como era. Y únicamente podía ser transformada por la ficción del deseo de popularidad. ¡Gran negocio para la heroína de su propia ambición, de su propio interés, ir a interesarse por seres que nada poseían! Pero Fleur, al menos, disfrazaba con cierta gracia su egoísmo; y, además, adoraba a Kit... ¡Ah! Pero Kit era un trocito de ella misma...

Por todo esto, Michael no habló de sus infelices protegidos cuando se dirigían al banquete de Eaton Square. En cambio, recibió una lección completa acerca de la Alteza Real cuyo nombre figuraba en la invitación, y pudo maravillarse de los conocimientos de Fleur.

—Demuestra mucho interés por los asuntos sociales —le dijo ella—. Y sobre todo Michael, acuérdate de no sentarte hasta que te lo indique, de no levantarte antes que ella y de llamarla siempre *madame*.

Michael hizo una mueca.

—Supongo que todos serán nobles...; está bien, unos presuntuosos. ¿Para qué diablos habremos sido invitados?

Pero Fleur permanecía callada, pensando en la manera más graciosa de hacer su reverencia. Su Alteza mostróse muy amable. La comida fué breve, pero magnífica, y servida en platos de oro a una velocidad que daba la impresión que no había tiempo que perder. Fleur tomó buena nota de esta moda nueva. Personalmente conocía a cinco de las docenas de invitados, y al resto le conocía vagamente de contemplarlo en las revistas ilustradas. En más de una ocasión los había admirado en las carreras de caballos, fotografiados con sus hijos o sus perros, a punto de partir para las colonias o de consultar un horóscopo... Su rápido instinto le hizo comprender al momento por qué causa habían sido invitados Michael y ella ¡el discurso!... Como un ejemplar nuevo del Parque Zoológico, Michael era entonces objeto de la curiosidad general. Vió cómo algunas personas señalaban en su dirección, sentado frente a ella, entre dos damas cubiertas de carne y de perlas... Fleur, tan bonita como excitada, coqueteó con el almirante que tenía a su diestra, y con el subsecretario, que se sentaba a su izquierda. Animóse el almirante, y el subsecretario, demasiado joven para emocionarse, quedó frío.

—Un poco de sabiduría es peligrosa, Mrs. Mont —dijo éste, al final de sus pocas frases.

«¿Dónde habré oído yo esto? —pensó Fleur—. ¿Acaso en la Biblia?»

El subsecretario se acarició el mentón.

—Quizá los que como yo tenemos que trabajar en departamentos ministeriales, sabemos demasiado; por el contrario, su esposo no sabe, ciertamente, lo bastante. El foggartismo es una idea divertida..., pero nada más.

—¡Veremos! —respondió Fleur—. ¿Qué me dice usted a esto, almirante?

—¡El Foggartismo! Y ¿qué es eso? ¿Un nuevo tipo del rayo de la muerte? Conocí ayer a una persona —¡palabra, Mrs. Mont!— que poseía un rayo que atravesó tres bueyes, una pared de nueve pulgadas de espesor y aún conmocionó a un burro que estaba al otro lado de la pared. Y esto utilizando únicamente una cuarta parte de su fuerza.

Dirigió Fleur una rápida mirada hacia el subsecretario, que le daba la espalda ligeramente, y aproximándose al almirante, musitó:

—No sabe lo que me gustaría que le causara usted una conmoción al burro ese de mi otro lado... Ciertamente la necesita, y yo no tengo un espesor de nueve pulgadas.

Sin embargo, antes de que el almirante hubiera podido utilizar su rayo mortífero, Su Alteza se había levantado.

En el salón a donde se retirara, Fleur conversó brevemente, por unos momentos, pero aprendió mucho, y, cuando su anfitrión dirigiéndose a ella dijo:

—Querida; Su Alteza Real...

Fleur le siguió con todos los nervios en punta.

Una mano franca y sencilla acariciaba el sofá, junto a ella. Fleur se sentó, y una voz franca y sencilla dijo:

—¡Qué discurso tan interesante el de su marido! A mí me pareció verdaderamente estimulante.

—Sí, madame —respondió Fleur—, estimulante...; pero, según dicen, nada más.

Una leve sonrisa jugueteó en los labios y maquillaje de Su Alteza Real.

—Quizá, quizá. Su marido ¿pertenece al Parlamento hace mucho tiempo?

—Solamente lleva un año.

—¡Ah! Me agrada el interés que se toma por la infancia.

—Algunas personas lo traducen como si se propusiera realizar un nuevo tipo de esclavitud infantil.

—¡Oh! ¿De veras? ¿Tienen ustedes hijos?

—Sólo uno —contestó Fleur; y sinceramente añadió—: Debo confesar que no me separaría de él cuando tuviera catorce años.

—¡Ah! ¿Hace mucho tiempo que está casada?

—Cuatro años.

En aquel momento Su Alteza vió a alguien, con quien deseaba hablar, y tuvo que interrumpir su conversación, lo cual hizo muy gentilmente, dejando a Fleur con la impresión de haberla decepcionado a causa de su escasa descendencia.

Ya en el coche, camino de su casa, atravesando la noche nebulosa, Fleur sentíase ardiente y excitada. Michael también.

— ¿Qué te pasa, Michael?

La mano de Mont se posó en la rodilla de Fleur.

— ¡Perdóname, querida! En realidad... cuando uno piensa en ello... ¿Eh?

— ¿En qué? Durante esta velada has sido el verdadero objeto de toda curiosi..., de todo interés.

— No es más que un juego, ¡darían cualquier cosa por una novedad!

— La Princesa habló muy afablemente de ti.

— ¿Ah, sí? ¡Pobre señora!; claro que hay que acostumbrarse a todo...

Fleur soltó la carcajada. Michael siguió:

— Cualquier nueva idea es acogida y glosada por todo el mundo. Nunca entra más allá de la frente, y la cabeza se cansa de tantos comentarios, mientras su verdadera sustancia se desvanece.

— No siempre es así, Michael. Por ejemplo, tenemos el libre cambio y el sufragio femenino.

Michael apretó la rodilla.

— Todas las mujeres me dicen: «¡Oh, que interesante, míster Mont; en verdad es emocionante!» Y los hombres: «Buen trabajo, amigo Mont; pero no es propio de un político práctico.» Y yo, únicamente puedo contestarles: «Más grandes cosas se hicieron durante la guerra.» ¡Caramba, cuánta niebla!

El coche caminaba a paso de tortuga y por las ventanillas apenas se distinguían las pálidas luces de la calle, brotando lentamente una tras otra. Michael abrió una de las ventanillas y echó una mirada hacia fuera.

— ¿Dónde estamos?

— ¡Quién lo sabe!

Michael tosió, cerró la ventanilla y volvió a estrecharse contra Fleur.

— Por cierto que Wastwater me preguntó si había leído *Canthar*. Dice que el *The Protagonist* ha publicado una reseña que lo deja muy mal parado respecto a la moral, como es natural. Causará el efecto normal...: aumentar la demanda.

— Dicen que es una novela interesantísima.

— Horriblemente inoportuna. No es apta para menores, y a los adultos les dice cosas de las que ya están al cabo de la calle. No comprendo que pueda ser defendida.

— Pues lo será, amor mío. Si puede atacarse, también podrá defenderse.

—Sib Swan no quiere ni oír mentarlo. Opina que es una verdadera suciedad.

—¡Oh, sí! Sin embargo, Sib está perdiendo clase...

—Verdaderamente... —respondió Michael meditabundo—. ¡Demonios!..., qué rápidamente van las cosas..., excepto en política... y cuando hay niebla.

El coche había vuelto a detenerse; Michael abrió nuevamente la ventanilla.

—Me he extraviado, señor —habló con voz gutural el cochero—. Ya debíamos estar cerca del Embankment. ¡Pero maldita sea! No puedo encontrar la vuelta.

Michael se abotonó el gabán. Cerró de nuevo la ventanilla y salió por la portezuela. Sin otra vida que el continuo sonar de los «claxons», la noche parecía dormir. En los pulmones de Michael se filtró la niebla negruzca, acre y fría.

—Yo andaré junto a usted; aquí está la acera. Vaya usted despacio hasta que encontremos el río o a un guardia.

El coche marchaba lentamente, y Michael, a su lado, iba buscando con el pie el bordillo de la acera.

La voz aflautada de un ser invisible habló:

—¡Esto es terrible!

—En efecto, lo es —respondió Michael—. ¿Dónde estamos?

—En el siglo veinte y en plena civilización...

Michael se echó a reír, para arrepentirse de ello: la niebla sabía a basura.

—Tengamos compasión de la policía —dijo la voz—. Toda la noche entre esta neblina...

—Magnífico cuerpo el de nuestra policía —contestó Michael—. ¿Dónde se encuentra usted?

—Aquí. ¿Y usted?

Era la situación exacta. La pálida luz de una lámpara destelló por encima de la cabeza de Michael. El coche se detuvo.

—Si pudiéramos siquiera oler el edificio del Parlamento —dijo el cochero—; deben estar cenando.

—Escuche —dijo Michael—: suena el *Big Ben*. Y suena a nuestra izquierda.

—No; detrás de nosotros.

—No es posible..., o tendríamos que estar ya en el río; como no fuera que haya dado usted la vuelta completa.

—¡Sabe Dios las vueltas que he dado! —exclamó el cochero, estornudando—. En mi vida he visto noche igual.

—Únicamente existe una solución: continúe marchando despacio hasta que topemos con algo. A ver... con suavidad...

Siguió andando el coche, y Michael continuó de pie buscando la acera.

—¡Cuidado —advirtió—, tenemos un coche delante!

Hubo un suave choque.

—¡Cuidado! —prorrumpió una voz—. ¿Dónde van ustedes? ¿No pueden ver por dónde van?

Michael se puso a un lado de lo que parecía ser otro vehículo.

—¡Chocar marchando a ese pasito! —gruñó el otro cochero—. Y con luna llena, por añadidura.

—Crea que lo siento en el alma —dijo Michael—; me parece que no hay ningún desperfecto. ¿Tiene usted alguna idea del rumbo que llevamos?

—Todas las tabernas están ya cerradas..., ¡maldita suerte! Sin embargo, hay un cochino coche delante de mí, con el que he chocado tres veces seguidas sin causarle efecto alguno. Creo que el cochero debe estar muerto. ¿Quiere usted echar un vistazo?

—¡Aquí! ¡Aquí!

Michael caminó en línea recta. Sin embargo, en aquel preciso momento se encontró rodeado por la más completa oscuridad. Avanzó cuatro pasos para avisar al cochero que parara, y se cayó de la acera. Levantándose dió una rápida vuelta. Caminando hacia la derecha por la acera comprendió que se había despistado. Deteniéndose, llamó.

—¡Eh!

Y otro imperceptible ¡Eh! le respondió; ¿pero desde dónde? Volviéndose, creyendo que había sido desde atrás, volvió a llamar. No obtuvo la más pequeña respuesta. Seguro que Fleur estaría asustadísima. Gritó de nuevo. Media docena de lejanos «¡Ehs!» le respondieron; alguien junto a él preguntó:

—¿No sabe usted dónde está?

—Yo no. ¿Y usted?

—¿Pero en qué piensa? ¿Ha perdido usted algo?

—Sí, mi *taxi*.

—¿Dejó usted algo en él?

—A mi mujer.

—¡Caray!, de seguro no volverá esta noche a encontrarla.

Una risa apagada, espectral, obsesiva, dejóse oír. Por un instante se hizo más densa la niebla. Michael permaneció inmóvil.

«No pierdas la cabeza —pensó—; aquí está el bordillo; deben de estar delante o detrás de mí..., si es que no he doblado una esquina.» Marcho en línea recta. Nada. Volvió sobre sus pasos. Nada. —«¿Qué demonios he hecho?»—. Un sudor frío le empapó la frente. Fleur estaría realmente asustada. Y las palabras de su discurso le vinieron a flor de labios. —«El desplazamiento del humo de las factorías.»

—¡Hola! —prorrumpió una voz—. ¿Podría usted darme un pitillo, jefe?

—Le daré todos los que llevo, y además media corona, si me ayuda a buscar un *taxi* cerrado con una señora dentro. ¿En qué calle estamos?

—No me lo pregunte. Esta noche se han vuelto locas las calles.

—¡Oiga! ¡Escuche! —dijo de pronto Michael.

—Es verdad. Alguien está llamando bajito.

—¡Eh! —gritó Michael—. ¡Fleur, Fleur!

Le pareció oírla a su derecha, a su izquierda, detrás, delante. Luego escuchó la persistente llamada del claxon del *taxi*.

—Ahora sí que los tenemos —dijo la sombra cercana—. Por aquí, jefe; vaya despacio y cuidado con mis callos.

Michael dejó cogerse por el gabán.

—Parece la tierra de nadie en el humo de un bombardeo —dijo su guía.

—Verdaderamente. ¡Eh! ¡Ya voy!

El claxon se oyó a la distancia aproximada de un par de metros. Una voz exclamó:

—¡Oh. Michael! —y su cara tocó la de Fleur por la ventanilla del *taxi*.

—Amor mío, sólo un instante. Amigo, aquí está lo prometido, y muchas gracias. Deseo que llegue a su casa sin novedad.

—Peores noches que ésta he pasado. Gracias, jefe. Mucha suerte para usted y para la señora—. Se oyó el ruido de unas pisadas que se alejaban, y, a través de la niebla, la exclamación: —¡Adiós!

—Sin novedad, señor —dijo la opaca voz del cochero—. Ya sé dónde estamos.

Primera a la derecha, segunda a la derecha... seguiré la acera hasta llegar. Creí que había desaparecido el señor.

Michael penetró en el *auto* y estrechó a Fleur contra sí. Fleur exhaló un profundo suspiro y quedó inmóvil.

—No hay nada que asuste tanto como la niebla —se disculpó Michael.

—Creí que algún *auto* te había atropellado.

Michael se sentía hondamente conmovido.

—De veras lo siento, pequeña. Y pensar que tendrás en la garganta esta horrible niebla. En cuanto lleguemos a casa la cuidaremos. Ese pobre diablo debe haber sido soldado. Es sorprendente la forma con que los ingleses conservan su buen humor y no pierden nunca la cabeza.

—Pues yo sí la perdí.

—Pues ya has vuelto a encontrarla —respondió Michael, apretando su cabeza contra la de Fleur, procurando ocultar la emoción que sentía—. Después de todo, la niebla es nuestra áncora. Inglaterra sobrevivirá mientras tengamos niebla.

Sobre los labios de Michael, se posaron los de Fleur. Él era de Fleur, y ella no podía consentir que se le perdiera entre la niebla o entre el Foggartismo. Y entonces Michael dejóse llevar de la emoción.

El cochero estaba ante la abierta portezuela.

—Aquí es, señor. Estamos en su calle. Quizá conozca usted su propia casa.

Michael balbuceó, aún aturdido por el beso de su mujer:

—¡Estupendo! —La niebla en aquel sitio era menos densa; la tan conocida configuración del arbolado le guiaba—. La tercera casa a mano derecha.

Allí estaba la tan deseada, con los arbustos de laurel en las cubas que le servían de macetas, iluminados por la luna. Introdujo el llavín en la cerradura.

—¿Quiere usted un trago? —preguntó.

El cochero carraspeó:

—No le diré que no, señor.

Michael le trajo una bebida.

—¿Tiene que ir muy lejos?

—Junto al puente de Putney. A su salud, señor.

Michael contempló su rostro macilento mientras bebía.

—Siento que haya usted de volver a hundirse en esa niebla.

El conductor le devolvió el vaso.

—Gracias, señor. Estoy muy bien ahora. Continuaré bordeando el río por Fulham Road. Es imposible que me extravíe dentro del casco de Londres. Me

equivocué queriendo acortar el camino, en vez de continuar por la calle principal. Espero que la señora se encontrará mejor. Cuando desapareció usted se asustó mucho. Estas nieblas no son para la gente...; deberían ocuparse de esto en los Comunes.

—Deberían, sí —respondió Michael, alargándole una esterlina—: buenas noches y mucha suerte.

—¡Vaya un viento perro! —dijo el cochero, poniendo en marcha al coche—. Buenas noches, señor, y muchas gracias.

—Gracias a usted —respondió Michael.

El coche echó a andar lentamente y en seguida se perdió en la oscuridad. Michael penetró en su salón estilo español. Bajo el cuadro de Goya, Fleur hacía hervir el agua en una tetera de plata, y quemaba pastillas aromáticas simultáneamente. Qué contraste con el mundo exterior... con la negrura, el frío, los riesgos de fuera. En aquella habitación, a media luz, junto a aquella bella mujer, ¿por qué pensar en peligros, vagas formas y gritos casi imperceptibles?

Encendiendo su cigarrillo sorbió la bebida que Fleur le había entregado por el asa de plata de la taza, aproximándosela a los labios.

—Creo que deberíamos comprar un coche, Michael.

VIII

REUNIENDO PRUEBAS

EVIDENTEMENTE, el director de *The Protagonist* se había divertido tanto, que ello le movió a hacer copartícipes de su propia diversión a una buena cantidad de personas.

—Amigo Forsyte —dijo sir Lawrence— no existe cosa más interesante en el East que ver cómo se castiga a un muchacho. La única diferencia entre East y West es que los chicos del East se ofrecen inmediatamente para volver a ser castigados. No creo que mister Perceval Calvin haga igual.

—Si se defiende —respondió Soames con pesimismo—, otros no podrán defenderse.

A la espera, leyendo diariamente las cartas firmadas: «Una madre de tres hijos»; «Roger Northampton»; «Victoriana; Alys St. Maurice»; «Plus Fours»; «Arthur Whiffkin»; «Sportsman si no Gentleman», y «Pro Patria», que venían a decir, en su casi totalidad, lo mismo: «No puedo decir que haya leído todo el libro, mas sí lo suficiente para poder...»

Transcurrieron cinco días antes de que llegaran verdaderas defensas del caso. En primer lugar se recibió una carta, firmada por «*Swishing Block*», en la que, después de comentar el hecho de que toda una escuela literaria hubiera

sido atacada por el director de *The Protagonist*, en su atenta recensión del 14 del corriente, se hacía observar, con la satisfacción consiguiente, que los discípulos habían aguantado el castigo sin murmurar; ni el más ligero comentario de protesta había surgido entre la apostólica grey.

—Amigo Forsythe —dice sir Lawrence, entregando la carta a Soames—, éste es mi propio anzuelo, y si no los atrae esto..., nada habrá que los atraiga.

Pero claro que los atrajo. En la edición siguiente de dicho periódico, y en la columna dedicada a la correspondencia se publicó una carta del gran novelista L. S. D. que ponía los puntos sobre las íes. El libro en cuestión podía ser Arte o no serlo; él no lo había leído; sin embargo, el director de *The Protagonist* manejaba la pluma como un pedante. Era tonto pretender que la literatura llevase eternamente un refajo de franela. Debajo de las faldas de esta carta, la defensa se movilizó con fuerza, tal como Soames había previsto. Entre los defensores figuraban cuatro de los diez señores a quienes el joven Butterfield había provisto de ejemplares. Sobre sus firmas auténticas escribieron que *Canthar* era, sin ningún asomo de duda, «literatura» excelente, y que era muy de lamentar que hubiera personas en nuestro siglo que pensaran aún que la literatura tenía algo que ver con la moralidad. O la labor literaria debía hacerse desde el punto de vista estético, o no hacerse de ninguna forma. El arte es arte, y la moral, moral, sin que puedan juntarse polos tan dispares, ni encontrarse jamás. Era horrendo que una obra como *Canthar* hubiera de aparecer editada en el extranjero. ¿Cuándo llegaría el día en que Inglaterra fuera capaz de reconocer la genialidad, allí donde la hallara?

Soames recortó una carta detrás de otra, y las fué coleccionando en un cuaderno. Ya tenía lo que buscaba y ya no le importaba el resto de la controversia. También había recibido una nota del joven Butterfield.

Señor:

Visité a la señora que usted ya sabe, el pasado lunes y tuve la fortuna de poder hablar con ella misma. Cuando le presenté el libro pareció molesta: «Esta obra —me dijo— la he leído hace ya algunas semanas.» «Está apasionando mucho a la opinión, madame» le respondí. «Ya lo sé», contesto. «Entonces debe quedarse con un ejemplar, puesto que el precio sube rápidamente, y dentro de nada tendrá un valor mucho más elevado». «Ya poseo el libro», dijo. Y como me había mandado usted para esto, no insistí más sobre el asunto. Supongo que he cumplido sus deseos. Pero si puedo serle útil en alguna cosa más, tendré gran satisfacción en ello, ya que debo mi actual posición enteramente a su protección.

Soames no sabía..., mas en lo que respecta al futuro era probable que tuviera que poner al muchacho en camino... Ahora quedaba la cuestión del teatro. Interrogó a Michael.

—¿Todavía trabaja Marjorie en el teatro ultramoderno que dijiste?

Michael dejó escapar un respingo:

—Lo ignoro, pero me puedo enterar.

Las pesquisas revelaron que Marjorie tenía a su cargo el papel de Olivia, en la obra *The Plain Dealer*, que iba a montar Bertie Curfew.

—*The Plain Dealer*? —inquirió Soames—. ¿Es una obra vanguardista, no?

—Sí, señor. Escrita hace doscientos cincuenta años...

—¡Ah! —dijo Soames— desde luego, en aquellos tiempos eran unos mal educados. Pero ¿cómo sigue ella representando si han terminado sus relaciones con el actor?

—¡Bah! Porque son muy desaprensivos... Espero que no llevará esto al juicio, ¿verdad?

—No lo sé aún. ¿Cuándo se estrena la obra?

—El siete de enero.

Soames, ya en la biblioteca de su club, tomó las obras de Wycherley. Quedó muy decepcionado en las primeras páginas de *The Plain Dealer*, mas, conforme adelantaba, le parecía mejor, y pasó un buen rato tomando notas de lo que Jorge Forsyte habría llamado «trozos sin desperdicio». Ahora sabía que en aquel teatro se representaban toda clase de obras. Estupendo. Había pasajes que harían poner los pelos de punta a cualquier jurado inglés. Entre *Canthar* y la comedia creyó que tenía una respuesta directa a cualquier demanda hecha por Marjorie y sus amigos con respecto a su concepto de la moralidad. Los viejos instintos profesionales se despertaron en él. Se había dirigido a sir James Foskisson, consejero del reino, no porque personalmente le considerase de valía, sino para evitar que lo tomase la parte contraria. En el cargo de pasante utilizaría al joven Nicholas Forsyte, no porque lo juzgara capaz de grandes hazañas, sino porque creía que el asunto, sino había que pasar a manos del jurado, siempre quedaría mejor guardado en la familia.

Aquella misma tarde vino a ratificar su decisión una conversación que sostuvo con Fleur.

—¿Qué fué de aquel chico americano? —preguntó.

Fleur sonrió con acritud.

—¿Francis Wilmot? ¡Oh! Está *chalado* por Marjorie Ferrar.

—¿Chalado? —inquirió Soames—. ¡Qué expresión!

—Es americana, papá.

—Con que enamorado, ¿eh?... Supongo que eso no significará nada...

—Esperemos que no, por su bien. Marjorie, según me han dicho, va a casarse con sir Alejandro Mac Gown.

—¡Ah!

—¿Te contó Michael que le había propinado un puñetazo en las narices?

—¿Cuáles...? ¿A quién...? —preguntó Soames vacilando—. ¿A la nariz de quién?

—De Mac Gown, papá, y le salió sangre, como a cualquiera.

—Pero ¿por qué demonios hizo tal cosa?

—¿No recuerdas su discurso sobre Michael?

—¡Ah! —dijo Soames—. Cuestiones parlamentarias..., pero eso no es nada. Siempre se comportan como criaturas mal criadas. ¿Y dices que va a casarse con él? ¿Habrá sido ese Mac Gown el verdadero causante de todo este lío?

—No; la causante ha sido ella.

Encogiéndose de hombros, Soames pasó por alto la afirmación. Comprendió la hostilidad de mujer a mujer. Siempre, eternamente el problema del huevo y la gallina... Sentimientos políticos y sentimientos sociales; ¿Quién podría saber cuál había originado a cuál? De todas maneras había algo interesante: Miss Ferrar iba a casarse... De verdad. Durante un buen rato estuvo meditando el asunto y luego decidió acercarse a casa de Settlewhite y Stark. Si hubiera sido una firma de dudosa reputación, un consorcio de abogados, de esos que toman en sus manos causas célebres, ni se le hubiera pasado por la mente el ir a visitarles; pero estos jurisconsultos eran de alta categoría, tenían fama de personas muy serias y además poseían estrecha relación con la aristocracia.

No les escribió, sino que cogió su sombrero y dirigióse desde el Club de los *Connoisseurs* a sus oficinas en King Street, St James. El paseo le hizo recordar viejos tiempos... A cuántas entrevistas parecidas había ido o había hecho ir a sus adversarios. Jamás le había gustado llevar a los tribunales asuntos que podían arreglarse fuera de ellos. Y siempre se había aproximado a hacer negociaciones, dejando a un lado todo apasionamiento, y como si debiera encontrarse con un contrincante en la misma posición: dos máquinas calculadoras, que vivían de las fragilidades humanas. No se hallaba hoy en esta situación y, consciente de su inferioridad, se detuvo a contemplar las pinturas y dibujos de la tienda colindante a Settlewhite. ¡Ah! Allí estaban las pruebas primeras de los aguafuertes de Roussel en la Exposición del Príncipe Consorte, de la que el viejo Mont le había hablado. El viejo Mont tenía buena vista para los grabados. ¡Ah!

También se podía admirar allí un Fred Walker bastante bueno. Mason y Walker... Aún no estaban fuera de su alcance. Y la misma sensación que siente un hombre que oye trinar un mirlo en un árbol en flor, fué la que excitó la sangre en las venas de Soames. ¡Cuánto tiempo hacía ya que no había adquirido ningún cuadro! En seguida que saliera de aquel maldito asunto podría dedicarse a estas cosas. Apartando la vista del escaparate y exhalando un hondo suspiro, penetró en el estudio de Settlewhite y Stark.

El despacho del cabeza de firma estaba situado en la primera planta, y el director general se encontraba de pie donde suelen hallarse los cabezas de firmas.

—¿Qué hay, míster Forsythe? Desde el caso de Bobbin versus, S. W. no nos habíamos vuelto a ver. Debió ser por el 1900.

—Fué en 1899 —contestó Soames—. Usted defendía a la Compañía.

Míster Settlewhite le ofreció un asiento.

Acomodándose, Soames echó una ojeada a la figura que estaba frente a la chimenea. ¡Hum! Largas piernas, largas pestañas, rostro de barbilla saliente..., un hombre de su mismo calibre, educación y honradez. No había que andarse con vueltas en el asunto.

—Este caso —dijo— es una nadería. ¿Qué quiere que hagamos?

Míster Settlewhite arrugó el entrecejo.

—Eso depende de lo que quiera usted proponerme, míster Forsythe. Mi cliente ha sido gravemente injuriada.

Soames sonrió con acritud.

—Ella empezó. Y a fin de cuentas, ¿en qué se basa? Cartas particulares remitidas a amistades íntimas de mi hija y escritas en unos instantes de natural enojo. Me sorprende que una firma del prestigio de la de ustedes...

Sonrió míster Settlewhite.

—No se preocupe de halagar a mi firma. Me sorprende que usted haya tomado la defensa del asunto en nombre de su hija, puesto que no puede estar en antecedentes... ¿Viene a ofrecernos una satisfacción?

—Satisfacciones —dijo Soames— me parece que es a su cliente a quien en verdad corresponde darlas.

—Si ese es su punto de vista me temo que sea inútil el prolongar esta discusión.

Soames le observó atentamente.

—¿Cómo creen ustedes demostrar los daños y perjuicios? Su cliente pertenece a una sociedad de conducta algo más que dudosa.

Míster Settlewhite continuó sonriendo.

—Según tengo entendido, está prometida con sir Alexander Mac Gown — dijo Soames.

Míster Settlewhite se mordió los labios.

—En fin, míster Forsythe, si usted ha venido a ofrecerme satisfacciones y una suma digna de ser tomada en consideración como arreglo, quizá podamos seguir hablando. De lo contrario...

—Como hombre comprensivo — dijo Soames —, ya sabe usted que estos líos de sociedad son fruta podrida y no pueden traer sino gastos y disgustos y un día de jolgorio para los murmuradores de la ciudad. Por mi parte estoy dispuesto a dar por un arreglo hasta mil libras. No puedo ni pensar en nada que se asemeje a una satisfacción. Quizá una mutua declaración de sentimiento por lo sucedido..., pero una satisfacción, repito, no hay que pensar...

—Tal vez pudiéramos aceptar mil quinientas libras... La injuria a mi cliente ha circulado mucho. Pero es de todo punto indispensable, además, una satisfacción.

Soames, pensando en la injusticia de todo aquello, permanecía inmóvil. ¡Mil quinientas libras!, ¡sería monstruoso! Sin embargo, las pagaría, aun cuando sólo fuera porque Fleur no tuviera que presentarse ante un tribunal. En cuanto a humillarse, Fleur no consentiría, ni él podía obligarla a que lo hiciera. Asimismo no tenía ganas tampoco de ver a su hija humillada. Se levantó.

—Considere usted, míster Settlewhite, que si lleva este caso a los tribunales se le presentarán en contra más cosas de las que usted espera. A pesar de todo, este asunto me es tan enojoso que estoy dispuesto a satisfacerle la cantidad que me pide, aun con el pleno convencimiento de que un jurado no nos condenase ni a un penique. Y por lo que se refiere a una satisfacción, quizá se podría buscar una fórmula. (¿Por qué demonio sonreía siempre aquel individuo?) Algo así como «de veras lamentamos las injurias que se han cruzado...» que firmarían ambas partes.

Míster Settlewhite se acarició la barbilla.

—Está bien. Someteré a la consideración de mi cliente su oferta. Deseo tanto como usted ver arreglado este asunto, no porque tema el resultado — ¡oh, no!, pensó— Soames, sino porque estos casos, como usted sabe muy bien, no son nada edificantes.

Y le alargó la mano.

Soames la estrechó con frialdad.

—Comprenderá usted que he propuesto esto «sin ninguna prevención» — terminó, y se marchó... «Cogerá el dinero», pensó. ¡Mil quinientas libras de su

dinero gastadas en aquella mala pécora, sólo por haberse él permitido decirle que lo era!..., y todo su trabajo a la búsqueda de pruebas, malgastado, perdido. Por un instante se arrepintió de su gran afecto hacia Fleur. En verdad que era una locura quererla tanto. Su corazón dió un salto. ¡Gracias a Dios que todo se había arreglado!

Se acercaba Navidad. No le asustaba, por otra parte, el no haber recibido respuesta. Fleur y Michael estaban en Lippinghall con los baronets noveno y undécimo. Annette y él tendrían a Winifred y los Cárdigan en *El Refugio*. No recibió contestación alguna hasta el 6 de enero, de los señores Settlewhite y Stark:

Distinguido señor: Con referencia a su visita del día 17 último, sometimos su oferta a la consideración de nuestra cliente, y hemos de comunicarle que está dispuesta a aceptar la suma de mil quinientas libras (1.500) y una satisfacción debidamente firmada por su cliente, cuyo borrador le adjuntamos.

Somos sinceramente de usted,
SETTLEWHITE Y STARK.

Soames abrió ávidamente el borrador que incluían. Decía así:

«Yo, Fleur Mont, retiro las palabras referentes a miss Marjorie Ferrar, y que estaban contenidas en mis cartas que dirigí con fecha 4 de octubre a Mrs. Ralph Ppynrrryn y Mrs. Edward Maltese. Por lo tanto he de ofrecer mis más completas excusas y mi expresión de sentimiento por haberlas escrito.» (Firmado.)

Dando un empujón tan violento que casi hizo caer la mesita en que tenía preparado el desayuno, Soames se levantó:

—¿Qué te ocurre, Soames? —preguntó Annette—. ¿Has vuelto a quebrarte la dentadura? No deberías masticar con tanta fuerza.

—¡Mira esto!

Annette leyó.

—¿Y le darías a esa mujer mil quinientas libras? ¡Tú estás loco, Soames! Yo no le daría ni mil quinientos peniques. Si la pagas se lo irá contando a sus amistades, con lo que le habrán dado mil quinientas satisfacciones. Realmente me extraña en ti, Soames. Un hombre de negocios, un hombre inteligente: ¿y aún no conoces un poco el mundo? Por cada libra que la das, Fleur se traga sus palabras.

Sonrojóse Soames. Aquella manera de expresarse... ¡Era tan francesa y tan verdadera! Los franceses no tienen el menor sentido de los compromisos sociales... Sólo les interesa el dinero.

—Está bien —respondió—; de todas maneras éste es el final, Fleur no querrá firmar. Y yo retiraré mi ofrecimiento.

—Así lo creo. Fleur es muy lista. Y ante el tribunal estará muy mona. Me parece que esa mujer se va a arrepentir de haber nacido. ¿Por qué no la mandas vigilar? No sé por qué tienes delicadeza con mujeres de su ralea...

En un instante de debilidad, Soames había contado a Annette lo del libro y la comedia, pues no pudiendo referírselo a Fleur ni a Michael, sentía la necesidad de contárselo a alguien. Por lo tanto, le había dejado *Canthar*, diciendo:

—No te aconsejo que lo leas; es un estilo muy francés...

Un par de días más tarde, Annette se lo devolvió, diciendo:

—No tiene nada de francés: Es verdaderamente repugnante. Vosotros, los ingleses, sois groseros, no tenéis imaginación. Es una obra sencillamente repulsiva... y nada más. ¡Eres muy anticuado, Soames! ¿Por qué dices que este libro es muy francés?

Soames, que realmente no sabía por qué lo había dicho, murmuró:

—Ya ves que no se puede editar en Inglaterra—. Y con las palabras Bruselas, Bruselas; está editado en Bruselas... zumbando en sus oídos, había tenido que salir del aposento. ¡No conocía pueblo más susceptible que el francés! La observación de Annette sobre la vigilancia de Marjorie no fué echada en saco roto. ¿A qué andarse con pamplinas, cuando todo dependía de atemorizar a aquella mujer?, y al llegar a Londres, Soames visitó un despacho que no era el de mística Polteed, dando instrucciones para seguir y averiguar pretérito, presente y futuro de Marjorie Ferrar.

La contestación a Settlewhite y Stark, además, fué concisa, terminante y escrita en papel con membrete de su casa.

6 enero 1925.

Apreciables señores:

Obra en mi poder su atenta carta de ayer. Por lo que veo su cliente ha rechazado mi proposición, la cual, como ustedes saben, fué hecha sin ninguna prevención, y a la que desde este momento retiro in toto.

Suyo affmo.

SOAMES FORSYTE.

Lo sentirían de veras si no se equivocaba. Y volvió a leer las palabras «retiro *in toto*», que le divirtieron. Ahora iría en busca de *The Plain Dealer*.

La agrupación teatral *Ne Plus Ultra* tenía un exterior oscuro, un vestíbulo de aspecto fúnebre, un olor particular y un escenario en forma de delantal. Música no había. Se oyeron tres golpes antes de levantar el telón. Tampoco había candilejas. La decoración era muy peculiar. Soames no pudo apartar la vista de ella, hasta que durante el primer entreacto, por la conversación, pudo entender su finalidad, conversación que sostenían dos personas sentadas a su espalda:

—Lo verdaderamente notable de ese decorado es que no se necesita mirarlo. ¿Comprende usted? Es lo más avanzado que hasta ahora se ha hecho.

—Más avanzados están en Moscú.

No creo; Curfew estuvo allí y volvió fascinado de la manera que recitan sus papeles.

—¿Es que sabe ruso?

—No; pero no es necesario. Con el tono basta. Me parece que están representando esta comedia bastante bien. Una comedia así no podría ser representada si se hiciera demasiado caso de las palabras.

Soames, que había inútilmente intentado penetrar el sentido de las palabras —para esto, sencillamente, se había acercado allí—, se volvió a mirar a los dos que hablaban. Eran dos jóvenes pálidos, que sin el menor azoramiento continuaron su diálogo.

—Curfew realiza un magnífico trabajo. Él es quien anima a los otros.

—Por lo que veo tienen a Marjorie Ferrar para el papel de Olivia.

—No comprendo por qué continúa dando papeles a una principiante como ella.

—La taquilla, querido amigo; Marjorie atrae a la gente elegante...

—Pues me parece que trabaja muy regularmente.

—Hizo un buen papel; el de joven muda en cierta obra rusa. Pero, aunque la maten, no sabe recitar. No da ningún sentido, ningún ritmo a las frases.

—Pero es bonita, ¡psé!

En aquel instante volvió a levantarse el telón, y como aún no había hecho su aparición en escena Marjorie Ferrar, Soames se vió obligado a permanecer bien despierto. Realmente fuese porque ella no supiera «recitar ni dar un buen ritmo a sus frases», fuera por el sentido del deber, Soames estaba bien despierto siempre que ella permanecía en escena. Y, cuando tenía algo atrevido que decir, tomaba buena nota de ello; desde luego pasó una tarde muy agradable y se marchó tan campante. En su coche ensayó mentalmente el papel de sir James Foskisson como temible acusador.

—Según tengo entendido, señorita, representó usted el papel de Olivia en una comedia llamada *The Plain Dealer*, que fué representada por la agrupación *Ne Plus Ultra*. ¿Y le parece correcto a usted decir que tal papel es el de una mujer honorable? Es cierto que en la susodicha comedia figuran estos párrafos (aquí cita de los párrafos sin desperdicio...). Y esto: ¿No le hizo meditar algo, señorita? Creo que no llamará usted inmoral a este pasaje. ¿No...? ¿A que no estaba en sus cálculos el ofender los honestos oídos del auditorio decente? No; es muy natural. Pero lo que pasa, en realidad, es que usted no tiene, con referencia a la moral, el mismo concepto que yo; y aún me atrevería a decir que el mismo concepto que el que tienen los señores del jurado. No, no. Y la escena escabrosa no se negó usted con el director a representarla; ni suplicó que se pasara por alto. ¿A qué no? Está muy bien. Supongo que el director de escena era míster Curfew. ¿Sí?; pues entonces, estando usted en..., en tan buenas relaciones con el director, podía haberle dado su opinión. Por cierto que... tengo idea de que, durante el año mil novecientos veintitrés se... veía usted casi todos los días; bueno, digamos tres o cuatro veces por semana con este caballero. ¿Y aún tiene usted la desfachatez de decirle que no le era posible manifestarle que una joven honorable y correcta como usted no podía representar semejantes escenas?... ¡Es natural! A pesar de todo, el jurado formará su opinión sobre tal contestación. Usted no es una profesional, ¿verdad?... No tiene necesidad para vivir de lo que gana en las candilejas; no está, por tanto, obligada a ejecutar lo que le ordene. No, no, y siendo así, todavía tiene usted el valor de venir aquí y pedir daños y perjuicios bajo el alegato de que en cierta carta personal se ha dicho que carece usted de sentido moral:. Pero... ¿es que quizá lo posee usted?, y etcétera, etcétera, etcétera. ¡Oh, no! ¡Indemnización! ¡Daños y perjuicios! No cobraría ni un penique.

IX

«VOLTE FACE»

Teniendo a sir Alexander MacGown y a Francis Wilmot en juego; asistiendo a invitaciones de fin de semana y a otras reuniones; jugando mucho al *bridge* con la esperanza de poder ganar lo bastante para sus gastos diarios; yendo a cazar cuando podía y ensayando su papel de Olivia, Marjorie Ferrar había ya casi olvidado el juicio, cuando le fué presentada por los señores Settlewhite y Stark el ofrecimiento de mil quinientas libras. El dinero arreglaría sus más perentorios apuros, podría respirar y hacer planes para el porvenir.

El viernes anterior a Navidad recibió esta carta cuando se encontraba a punto de ir en busca de su padre cerca de Newmarket, y apuradamente escribió a los abogados, manifestándoles que pasaría a hacerles una visita el lunes, de vuelta a su casa. Al día siguiente, por la tarde, consultó el asunto con su padre. Lord Charles opinaba que si el viejo Forsythe daba mil quinientas libras era porque tenía verdaderos deseos de arreglar el caso. Y bastaría insistir un poco

para que también diera una satisfacción. El lunes, lord Charles quiso enseñar a Marjorie sus jacas.

Por tanto, Marjorie no regresó a la ciudad hasta el día 23 de diciembre, y halló las oficinas de los abogados cerradas, a causa de las vacaciones de Navidad. No se le había pasado por la mente que los picapleitos pudieran tener vacaciones. El día de Navidad marchóse también ella, a fin de pasar diez días fuera de Londres; por tanto, no pudo ir a visitarles hasta el día 4 de enero. Settlewhite estaba aún en el Sur de Francia, pero míster Stark la recibió. Míster Stark no estaba muy al tanto del asunto; pero convino que el consejo de lord Charles era puesto en razón; y propuso a su cliente escribir aceptando las mil quinientas libras si a ellas se sumaba una satisfacción. Siempre se estaba a tiempo de aceptar una fórmula conciliatoria. Pero de todas maneras era preferible sacar el mayor jugo.

No sin cierto recelo Marjorie Ferrar aceptó.

De vuelta de la *matinée* el día 7 de enero, cansada y engréida por los aplausos y, sobre todo, por las palabras de Bertie Curfew: «Has estado muy bien, querida», mientras la antigua mirada chispeaba en sus pupilas, Marjorie tomó un baño caliente; terminaba de salir de él, cuando le fué anunciada por su doncella la visita de míster Wilmot.

—Que aguarde un momento, Fanny; estaré con él antes de veinte minutos.

Febril y suave, como si estuviera a punto de tener una crisis nerviosa, se vistió rápidamente, se perfumó el cuello y las manos con esencia de azahar y se dirigió al estudio. Entró sin hacer el menor ruido. El joven americano, en el centro de la habitación y de espaldas a la puerta, por lo visto, no la había oído. Acercóse algunos pasos más y esperó, para ver el efecto que le causaba su perfume, Francis estaba en pie, inmóvil como el borriquillo oriental que con las orejas gachas espera con paciencia que sus doloridas espaldas sean nuevamente cargadas de peso. E inesperadamente, dijo:

—¡No puedo más!

—¡Francis!

Volvióse el joven.

—¡Oh, Marjorie! —dijo—, no te había oído.

Y, cogiéndole las manos, se cubrió el rostro con ellas.

Por un momento, Marjorie se encontró presa. Lograr que aquella boca que le besaba las manos con desesperados besos se posara en triunfal llamarada sobre sus labios hubiera sido fácil, si él hubiera sido hombre moderno y sin prejuicios; si no la hubiera halagado tan sutilmente su forma anticuada de amarla; si a su vez; ella hubiera sentido por él algo más —o quizá algo menos— que aquella ráfaga de pasión. ¿Sentiría ella, por fin, las sensaciones de una joven

sencilla en su primer idilio?... ¿Aquel algo que echaba de menos...? Sentáronse en el sofá, muy juntos. Marjorie le miró a los ojos. Asomaba en ellos una dulzura de fábula, como el despertar de una mañana de primavera... ¡Francis y ella! Un par de chiquillos en una floresta, solos lejos del mundo. ¡Marjorie se dejó subyugar por la pureza del pensamiento; voluntariamente se asía a algo deliciosamente nuevo! ¡Pobre chico! Qué delicioso sería tener compasión de él, verlo por fin feliz, darle palabra de matrimonio y convencerse de que iba a cumplirla. ¿Cuándo? ¡Oh! Cuando él quisiera, pronto, muy pronto; cuanto antes, mejor. Casi inconsciente de que estaba representando el papel de ingenua, se dejó conducir por su alegría y su sorpresa. Francis pasaba del infierno al cielo; y continuaba siendo el joven fino y delicado de siempre. ¡Era maravilloso! Una hora permanecieron juntos..., una hora de memorable fragancia. Mas de pronto Marjorie recordó que a las ocho y media debía salir, a fin de cenar con unos amigos. Cerrando los ojos aproximó sus labios a los de Francis. En su mente, tumultuosamente, contrarios pensamientos se cruzaban. ¿Tendría que estropearlo todo, asegurándose de él, al estilo moderno? ¿Qué era para él su imagen sino una sombra, un engaño? Contempló sus ojos llenos de turbación; sintió la fiebre de sus manos. Ante los ojos de Marjorie parecía hundirse algo. Se incorporó.

—Ahora, querido, debes de marcharte.

Una vez que se hubo ido, Marjorie se quitó el vestido y se cepilló cuidadosamente el cabello, que, en el espejo parecía más dorado que rojizo. Algunas cartas sobre su tocador llamaron su atención. La primera contenía una factura; la segunda, otra factura; la última decía:

Distinguida señorita:

Lamentamos manifestarle que Cuthcott, Kingson y Forsythe han rehusado dar la satisfacción que les pedíamos, y su oferta, verbal ha sido retirada in toto. Así, pues, suponemos que usted desea que el proceso siga su curso. Abrigamos la esperanza de que ambas partes reflexionen bien antes de llevar el caso ante los tribunales. Sus atentos y affmos. ss. ss.,

SETTLEWHITE y STAHK.

Dejóse caer en una silla y permaneció rígida, contemplando una dura línea que se marcaba al lado derecho de su boca y otra más profunda todavía en el izquierdo.

Francis Wilmot, alejándose, pensaba en compañías de navegación y camarotes de lujo, registros civiles y anillos de desposada. Y ahora creía haber sabido siempre que ella era «lo bastante buena» para desposarse con aquel

hombre a quien no quería. Él la haría la reina de Carolina del Sur, bien seguro estaba. Pero si a ella no le gustaba Carolina, se desprendería de la vieja casa y se marcharían a vivir a donde ella dijera... A Venecia, puesto que le había oído decir que Venecia era una maravilla; o Nueva York, o Sicilia; no le importaría vivir con ella donde fuera. El mismo Londres, con su viento seco y frío, le parecía bello. Para él ya no era un conglomerado gris y real lleno de sombras, sino una ciudad en la que se podían adquirir anillos y pasajes. El viento cortaba como un cuchillo, y él no lo sentía... ¡Aquel pobre hombre de MacGown!, ni en pintura podía verle, ni siquiera pensar con serenidad en él, y a pesar de todo, sentía pena, con la idea de que iba a quitarle la miel que tenía tan próxima a los labios. Y aquellas largas jornadas, aquellas semanas y meses que él había pasado volando en torno de la llama, con las alas quemadas y caídas, se le representaban como ascensión natural de su alma, hacia el paraíso. Veinticuatro años, su edad... y la de ella; todavía una eternidad de dicha ante ambos. Se la imaginaba a la puerta de su casa... ¡Caballos, un coche sería mejor que el viejo Ford! Y los negros la adorarían... Tan blanca y tan aristocrática. ¡Hablar con ella entre las azaleas de primavera, cuyo perfume le parecía aspirar; mas no...: era la fragancia de las manos que le habían tocado. Tembló Francis Wilmot, reanudando su marcha debajo de los árboles desnudos, voló, a través del viento frío del East. Por encima de él refulgían las estrellas de una noche cruel.

Apenas llegó a su hotel, le entregaron una tarjeta de visita.

—Un caballero desea verle, mister Wilmot.

Sir Alexander MacGown estaba sentado en un rincón del salón y estrujaba su sombrero entre las manos. Se incorporó y dirigióse a Francis Wilmot, erguido y con paso firme.

—Hace tiempo que quiero venir a verle, señor Wilmot.

—Muy bien. ¿Puedo ofrecerle un *cocktail* o una copa de jerez?

—No, agradecido. ¿Supongo que está usted enterado de mi próxima boda con miss Ferrar?

Aquel rostro agresivo, con el bigote tieso y los ojos refulgentes, hizo revivir en Francis todo el odio que antes sentía; ya no tenía compasión de su rival.

—Entonces tiene usted que comprender que no me hacen maldita la gracia sus continuas visitas a miss Ferrar. En nuestro país no es de caballeros hacer el amor a una mujer que está prometida.

—Eso —respondió Francis Wilmot fríamente— es miss Ferrar quien tiene que decirlo.

El rostro de MacGown pareció congestionarse más.

—Hace mucho tiempo le habría prohibido el acercarse a ella si no hubiera sido usted americano.

Francis Wilmot se inclinó.

—Muy bien. ¿Acaso viene usted a prohibírmelo ahora?

—Permítame que eluda la respuesta.

MacGown se aproximó a Francis Wilmot.

—Ya le dije —añadió— que si vuelve a verla ande con cuidado.

—Gracias. Lo tendré en cuenta —respondió suavemente Francis Wilmot. Durante un instante permaneció MacGown indeciso. ¿Llegarían a las manos? Las de Francis Wilmot se habían metido en los bolsillos.

—Bueno, ya está advertido —concluyó MacGown, y le volvió la espalda.

—Buenas noches —dijo Francis Wilmot a aquella espalda cuadrada.

Había sido cortés y educado. Sin embargo, odiaba a aquel individuo. ¡Cómo le odiaba! Si hubiera sido por el triunfal júbilo que sentía en su interior, habría provocado una pelea.

X

FOTOGRAFÍAS

Obligado a tomar parte en las cacerías anuales de Navidad en Lippinghall, Michael encontró allí a dos políticos prácticos y a un miembro del Gobierno. En el fumador, donde iban a descansar los caballeros y, en ocasiones, también las señoras, desde los viejos y cómodos sillones de cuero, se charlaba poco y no tan duramente como los foggartistas suponían. Sin embargo, en aquellas charlas de media hora o breves minutos, Michael pudo captar nuevos puntos de vista acerca de las realidades políticas y aprender a respetar a los políticos prácticos. Incluso durante las vacaciones se levantaban temprano, velaban hasta altas horas de la noche, escribían cartas, examinaban proposiciones y se sumergían en la profundidad de los Libros Azules. Eran fuertes, engullían con apetito, bebían licor varonilmente y jamás parecían cansados. Afeitados siempre con cierta meticulosidad, tenían un aspecto muy sano y se divertían riéndose de su mala puntería en la caza. El miembro del Gobierno jugaba al golf, como es natural, y Fleur era su más asiduo acompañante. Michael aprendió su lección: tener en el cerebro tantos asuntos que en realidad no hubiera nada en él; carecer de tiempo para acariciar proyectos, fantasías y sentimientos...; marchar hacia adelante, sin preocuparse del final a que llegaría.

Por lo que se refería al Foggartismo, no le tomaban el pelo —al estilo de *The Evening Sun*—; únicamente preguntaba lo mismo que Michael se había preguntado varias veces: «Muy bien; pero ¿cómo va a ser desarrollado ese plan? La idea podría ser magnífica si no atentaba al bolsillo de las gentes. Es inaceptable cualquier aumento en el precio de las cosas; el país está ya de sobra esquilado. Y el Foggartismo tiene necesidad de dinero para todo. En vano

será que usted jure hasta volverse loco que dentro de diez o veinte años se quintuplicaran los beneficios; nadie querrá oírle. Será inútil decir que sin esta solución vamos hacia la ruina; como ya estamos acostumbrados, algunos creen que ya hemos llegado a ella y le fastidia que se les repita continuamente. Otros, en especial los fabricantes, creen lo que quieren y no pueden sufrir a quien les diga que vamos hacia el caos, sea cual fuere la razón porque se les diga. Hable usted de inyectar nueva savia al comercio, de rebajar los impuestos u ofrezca salarios más crecidos; hable de la igualdad de capitales, y conforme con el partido, crearemos que usted ha conseguido su objeto; hasta que nos encontremos que no ha sido así; sin embargo, usted habla de menos comercio, del aumento de las contribuciones, mirando hacia un lejano porvenir mejor. ¡Dios santo! En política pueden barajarse las cartas, pero nunca se deben hacer cuentas. La gente se mueve únicamente buscando inmediatos beneficios, o, como ya hizo en la guerra, bajo la amenaza de un peligro inminente. Habrá usted de prescindir de gran parte de todo sensacionalismo.»

En concreto, todos eran inteligentes y fatalistas.

Michael comprendió mejor, después de estas tranquilas charlas, la profesión de político. Se sintió hondamente atraído hacia el miembro del Gobierno; de modesta personalidad, de agradables modales, tenía ideas de buena administración y sacaba buen provecho de ellas, para mejorar su labor. Sí además tenía otras, se las guardaba. Parecía ser un admirador devoto de Fleur y sabía escuchar mejor que los otros dos. También dijo algunas cosas que los otros no habrían dicho.

—Tal vez parezca tan fuera de lugar lo que nosotros hagamos, que provoque una gran discusión en la Prensa, bajo cuya «tapadera» nos sea factible introducir algunas medidas radicales, que el pueblo tragará antes de darse verdadera cuenta de lo que significan.

—¡Los periódicos! La Prensa —dijo Michael— no sé en qué nos ayuda.

—Pues es la única voz que escucha la gente. Si usted pudiera hacerse con los periódicos más vocingleros, quizá podría seguir adelante su Foggartismo con el éxito asegurado. Lo que en realidad se alza ante ustedes es el escaso nivel mental del pueblo que jamás se ha elevado un milímetro por lo menos en ciento cincuenta años. Esta mentalidad únicamente puede ver la prosperidad de Inglaterra en términos industriales y comerciales. Y, desde luego, en el pueblo la esperanza no muere: Nunca gustará oír hablar de calamidades. Algunos creen inocentemente que puede continuarse por una eternidad el viejo sistema y cada día ser más prósperos. Yo, personalmente, no le creo así. Es posible que multitud de las cosas que el viejo Foggart defiende puedan, poquito a poco, ser adoptadas, como también la emigración infantil, si viene la necesidad práctica y absoluta de ella. Pero cuando llegue esto, no se le llamará Foggartismo. ¡Es la mala suerte del inventor! Ningún mérito tendrá por haber sido el primero en

predecir lo que ha de pasar; y cuando la hora llegue —acabó el ministro sombríamente—, es probable que sea ya demasiado tarde para adoptar sus medidas.

Aquel mismo día, al recibir la petición de una interviú para una agencia de Prensa, cuyo representante decían que vendría en el momento que a él mejor le conviniera, Michael combinó su plan y preparó una bien trabajada exposición de su fe foggartista. El representante de la Prensa era un fotógrafo, y uno de los retratos que hizo bajo el título de «El diputado por Mid-Bucks, exponiendo su teoría del Foggartismo a nuestro colaborador» fué el único recuerdo de la interviú. Sin embargo, la cámara trabajó de firme. Tomó un grupo familiar frente a la puerta del castillo: «De derecha a izquierda, míster Michael Mont, M. P., Lady Mont, Mrs. Michael Mont, sir Lawrence Mont, *baronet*.» Luego retrató a Fleur: «Mrs. Michael Mont acompañada de Kit y *Dandie*», tomó el ala jacobina del edificio; retrató al ministro fumando su pipa y «disfrutando las vacaciones navideñas». Retrató un rincón del muro del parque: «En el parque», y después almorzó. Después del almuerzo, fotografió toda la casa y a todos los invitados: «En la residencia señorial de sir Lawrence Mont, en Lippinghall Manor Bucks. Con el ministro y Lady Mont, a su derecha, y la mujer del ministro, a la izquierda de sir Lawrence.» Esta «foto» habría salido mejor si *Dandie*, involuntariamente postergado, no hubiera hecho una rápida e inesperada carrera que terminó en colisión contra el trípode de la cámara. También tomó una fotografía de Fleur sola: «Mrs. Michael Mont, encantadora dama de la alta sociedad.» Según le habían dicho, Michael Mont estaba haciendo un experimento práctico.

Michael contestó sonriendo:

—Bueno; si no le importa caminar un poco...

Marcharon hacia el soto. La colonia estaba en su estado normal; Boddick, con dos peones del contratista que lo animaban, trabajaba en la construcción de la incubadora. Swain leía el *Daily Mail* echando un pitillo; Bergfeld permanecía sentado con la cabeza entre las manos y Mrs. Bergfeld hacía la colada. La máquina sacó tres fotografías, y al darse cuenta Michael de que Bergfeld empezaba a temblar sugirió al fotógrafo que quizá perdería el tren. En seguida se tomó la fotografía final, en la que aparecía Michael en el umbral de la cabaña. Se sirvió un par de tazas de té en la Manor y marchó.

Aquella noche al ir a retirarse Michael se aproximó el mayordomo.

—Ese hombre... Boddick está en la despensa, señor. Me temo que haya sucedido algo.

—¡Oh! —exclamó instintivamente Michael.

En aquel sitio, en el que Michael había pasado en su infancia horas tan felices, se encontraba Boddick con el pálido rostro perlado en sudor, y los ojos oscuros chispeantes por la fiebre.

—El alemán se las *ha pirado*, señor.

—¿Se ha marchado?

—Se ha ahorcado. Su pobre mujer está en un lastimoso estado. He cortado la cuerda y he enviado a Swain a la población.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Se ha ahorcado!; mas ¿por qué?

—Durante estos últimos días estaba muy raro y esta misma tarde, con la visita del fotógrafo, se ha trastornado del todo. ¿Podría usted venir, señor?

Juntos salieron; Boddick llevaba una linterna y seguía contando la historia:

—En cuanto se marchó usted esta tarde, empezó a temblar y a decir que le habían tomado el pelo. Yo le dije que no fuera idiota, pero él continuó rezongando. Cuando volví a la hora de merendar, aún temblaba y hablaba sin cesar de su honorabilidad y de sus ahorros; Swain parecía ya cansado de sus quejas y mistress Bergfeld, pálida como una sombra, estaba acurrucada en un rincón. Le dije a Swain que cerrara el pico, y al cabo de un rato, el buen *Fritz* se calmó, viniendo a sentarse, encorvado, según tenía por costumbre hacer durante horas seguidas. Y mistress Bergfeld hizo el té. Me quedaban aún por efectuar algunas cosas por lo que, después de tomar el té, salí de la choza. Al regresar, ya cerca de las siete, le hallé nuevamente discutiendo. Mrs. Bergfeld lloraba de una manera que partía el alma. «¿No comprendes —dije al alemán— que estás entristeciendo a tu mujer?» Henry Boddick me respondió: «No tengo cosa alguna que decir contra ti que has sido siempre tan bueno conmigo; pero ese Swain²⁰ —añadió— es digno de su nombre.» Y diciendo esto, agarró el cuchillo del pan. Se lo quité y le hable calmosamente y conservando la serenidad. «¡Ah! —dijo—; es que tú no tienes dignidad.» Swain le contemplaba haciendo ese guiño que suele hacer con la boca. «¡Dignidad! —exclamó—. ¡Valiente bobada! ¿Qué derecho tienes a tener dignidad?» Al fin, viendo yo que así no íbamos a adelantar nada, me llevé a Swain a tomar unos vasos a la taberna. Cuando regresamos, a eso de las diez, Swain se fué derecho a la cama y yo al comedor, en donde encontré a su mujer sola. «¿Se fué a dormir?» —le pregunté—. «No —me dijo—; ha ido fuera a ver si toma un poco el aire.» Y añadió: «¡Oh, Henry Boddick! No sé lo que voy a hacer con él.» Durante un buen rato estuvimos sentados, hablándome ella de las preocupaciones de su esposo y de todas sus rarezas. Es una buena mujer Mrs. Bergfeld. Hasta que de repente me dijo: «Amigo Boddick: estoy asustada. ¿Por qué no vendrá?» Juntos salimos en su busca, y ¿dónde creerá usted que le encontramos? ¿Sabe usted ese

²⁰ En alemán, Swaine significa *puerco*.

árbol grande que íbamos a talar? A su lado había una escalera y a su alrededor una cuerda. Sin duda alguna subió los tramos a la luz de la luna, se ató la cuerda al cuello y saltó; y allí estaba, a seis pies del suelo, tieso como un pajarito. Desperté a Swain y entre ambos lo llevamos a la casa. ¡Vaya un susto! Yo lo siento por la pobre mujer..., aunque realmente creo que es mejor que haya muerto. De todas formas no podía aguantar esta vida. ¡El hombre de la máquina fotográfica hubiera dado cualquier cosa por poder sacar en su diario lo que nosotros contemplamos a la luz de la luna!

«¡El Foggartismo en acción! — se dijo Michael con amargura—. Así acaba la primera lección.»

A la pálida luz de la luna, y azotada por el viento cruel, la choza aparecía muy triste. En el interior, mistress Bergfeld estaba junto al cadáver, tendido sobre la mesa, con el rostro cubierto por un pañuelo. Michael puso su mano en el hombro de la mujer. Ella le lanzó una terrible mirada, inclinó de nuevo la cabeza y sus labios empezaron a moverle. «Ora —pensó Michael—. ¡Claro, es católica!» Llamó a Boddick aparte.

—No deje que la mujer vea a Swain. Yo le hablaré.

Cuando llegaron la policía y el forense, Michael llamó al peluquero, cuyo pálido rostro tenía un aspecto espectral a la luz de la luna. Parecía estar muy abatido.

—Sería mejor que pasara la noche en mi casa, Swain.

—Bien, señor. Tenga usted la seguridad que nunca quise hacer daño a ese pobre infeliz. Pero me molestaba..., y yo también tengo mis penas. Era insoportable el ver cómo monopolizaba la desgracia. Me marcharé tan pronto como hayan terminado las diligencias. Si no veo pronto el sol, estaré tan muerto como él.

Michael se tranquilizó. Así se quedaría tranquilo Boddick. Al fin, cuando acompañado de Swain llegó a su casa, Fleur dormía. No la despertó para darle la mala noticia, pero durante bastante rato permaneció inmóvil, tratando de calentarse y pensando en el gran obstáculo que es la naturaleza humana para su propia salvación, y mezclándose a la visión de la desgraciada mujer del alemán, junto al helado cuerpo de su esposo, le aguijoneaba el deseo hacia el cálido cuerpo juvenil que estaba junto a él.

Las fotografías fueron providenciales. Durante tres días no podía cogerse ningún periódico que no contuviera alguna referencia ilustrada de «La tragedia en una finca de Buckinghamshire.» «Un actor alemán que se ahorca.» «El drama de Lippinghall.» «Fin trágico de un experimento social.» «Derecha e izquierda: Mister Michael Mont, diputado por Mid Bucks; Bergfeld, el actor alemán que ha puesto fin a su vida; mistress Bergfeld, su esposa.»

El *Evening Sun* narraba el asunto en tono más bien contristado que colérico: «El suicidio del actor alemán en la finca de sir Lawrence Mont, en Lippinghall, tiene una cierta moraleja grotesca. El desdichado parece haber sido uno de los tres parados, elegidos por el joven representante de Mid Bucks, que ha llegado rápidamente a la celebridad con su discurso sobre el Foggartismo, para servir de objeto a un experimento práctico de esta teoría. No está muy clara la razón que le llevó a elegir a un alemán para ayudar a los ingleses en la vuelta al cultivo de la tierra. Sin embargo, el accidente nos demuestra en términos generales la profunda inconveniencia de todos los intentos llevados a cabo por *amateurs* para dar solución a este problema, y la futilidad de pretender resolver la crisis de paro, mientras toleramos todavía entre nosotros a numerosos extranjeros que quitan el sustento de la boca al proletariado de Inglaterra.» La misma edición traía un corto artículo subtítulo «El extranjero entre nosotros». Las diligencias estuvieron concurrendísimas. Todo el mundo sabía que en la choza vivían tres hombres y una mujer. Se esperaban resultados sensacionales. Se produjo una desilusión general cuando las indagaciones no descubrieron nada de carácter sexual.

Fleur volvió a la ciudad con el undécimo *baronet*. Michael se quedó en el campo hasta después de las exequias, que tuvieron lugar en un cementerio católico, a varias millas de distancia. En el cortejo iba al lado de Henry Boddick, detrás de mistress Bergfeld. Una lluvia fina y helada caía de un cielo del mismo color que las lápidas, sobre el que se destacaban los cipreses. Michael había encargado una gran corona, que debía ser depositada en la tumba. Al verla, pensó: «Primero el cuerpo humano; luego, la tierra; encima, flores... ¡Progreso! ¡Quién lo sabe!»

Habiendo conseguido que Norah Curfew tomase a Mrs. Bergfeld como cocinera de Bethnal Green, el mismo Michael la llevó a Londres en el coche de su padre. Durante el largo trayecto, nuevamente volvió a sentir sensaciones que no había experimentado desde la guerra. Los corazones humanos, disfrazados por distintas circunstancias, educaciones, intereses, acentos, razas y clases, quedaban todos al descubierto, igualados por el rasero del dolor, del amor, del odio, de la risa. Sin embargo, ¡qué pocas veces quedaban al desnudo! La vida era una cosa muy encubierta, hartamente compleja..., cosa conveniente desde luego..., ya que el esfuerzo de la sinceridad era demasiado doloroso. Realmente sintióse infinitamente aliviado al ver el rostro de Norah Curfew y escuchar sus alegres palabras dirigidas a mistress Bergfeld.

—Pase, amiga mía: tomará una taza de té.

Norah era de esas personas que entran en un corazón sin causar pena ni vergüenza.

Al llegar Michael a su casa, Fleur estaba en el salón. Rodeaban su cuello ricas pieles hasta las mejillas, brillando como si volviera del frío exterior.

—¿Has salido, amor mío?

—Sí..., yo... —y contemplándole de un modo peculiar, se detuvo y dijo—; ¿Has terminado ya con ese desgraciado asunto?

—Sí. ¡A Dios gracias! He dejado a la pobre viuda con Norah Curfew.

Fleur sonrió.

—¡Ah, sí! ¡Norah Curfew! Vive para todo el mundo, menos para ella, ¿verdad? —dijo con reticencia.

—Así es —respondió Michael con aspereza.

—¡La «nueva Eva»! Nosotras estamos pasando rápidamente de moda.

Michael le cogió la cara entre las manos.

—¿Qué te ocurre. Fleur?

—Nada.

—Te pasa algo.

—Es que algunas veces llega una a cansarse de verse excluida de todo asunto serio; como si no tuviera otra cosa que hacer que cuidar a Kit y mostrarme atractiva.

Lastimado y confundido, Michael dejó caer los brazos. Verdaderamente no había consultado a su mujer con respecto a sus infelices protegidos; estaba seguro de que aquello sólo la molestaría o la haría reír. Hubiera dicho que aquello no valía para nada..., y, ¿había valido en verdad?

—Siempre que desees tomar parte en cosas mortales no tienes más que manifestármelo, Fleur.

—¡Bah! No quiero intervenir en tus cosas. Yo también tengo las mías. ¿Has tomado el té?

—Dime lo que te pasa.

—Ya me lo has preguntado, querido, y ya te he dicho que nada.

—¿Me das un beso?

—¿Cómo no? Pero he de bañar a Kit. ¿Quieres subir?

Cada puñalada era más profunda. Indudablemente era una crisis espiritual, y él no sabía cómo sortearla. ¿Qué deseaba Fleur? ¿Que él la admirase, que la deseara? ¿Quizá que reconociera su interés en... los problemas del país? ¡Es natural!; pero ¿acaso sentía ella tal interés?

—Bueno —dijo Fleur—, yo voy a tomar el té de todas formas. ¡La «nueva Eva»! ¿Es dramática?

¿Tendría celos? Era absurda la idea. Michael respondió tranquilamente:

—No te comprendo, Fleur.

Fleur levantó la cabeza y le miró con ojos transparentes.

—¡Señor, Señor! —dijo Michael; y salió de la habitación.

Subió y fué a sentarse frente al *Mono Blanco*. En aquella estratégica postura podía entender mejor al eje de su vida doméstica. Lo primero tenía que ser Fleur..., ante todo Fleur. Ningún objeto de su colección podía vivir su propia vida y le entristecía la amargura de este pensamiento.

¡No, no! La complejidad en Fleur era aquella cuchara de plata que había llegado a ser cosa tan natural en su boca. Le causaba acritud, resentimiento, saber que él tenía intereses en los que ella no figuraba antes que nada; o quizá se resentía porque estos intereses de él no eran también los de ella. Y esto, si se pensaba bien, era algo que decía mucho en favor de ella. Estaba molesta consigo misma a causa de su egocentrismo. ¡Pobre criatura! «He de tener cuidado —se dijo Michael— o, de lo contrario, llegaré a crear un asunto de novela moderna en tres partes.» Y su pensamiento desvióse naturalmente hacia esa ciencia que clasifica síntomas como si fueran raíces. Recordaba en cierta ocasión, que de niño, su institutriz lo había encerrado y desde entonces él tenía pánico a los encierros. Los psiquiatras dirían que esto es debido a la acción de la institutriz. Mas no era esto; a multitud de chiquillos no les hubiera importado un bledo tal cosa; era causa de una predisposición suya, anterior a la acción. Cogió la fotografía de Fleur, que estaba sobre su mesa: adoraba aquel semblante; siempre lo adoraría. ¡Qué importaba si tenía defectos! También él los tenía... ¡e innumerables! Aquello era una comedia... y no debía de convertirse en tragedia. De seguro que también ella tenía un sentido humorístico. ¿Lo tenía realmente, o no lo tenía? Michael escudriñó el bello rostro que tenía entre sus manos...

Pero... como les ocurre a muchos maridos, quería hacer un diagnóstico sin tener conocimiento de todas las realidades.

Fleur se había hastiado de Lippinghall, y hasta el añadir un ministro a su colección le había aburrido. En obsequio a Michael, había ocultado su hastío; pero este sacrificio pedía un desquite. Y la joven volvió a su casa en actitud de antagonismo concreto contra los asuntos públicos. Esperaba aliviarse comprándose uno o dos sombreros, y con este fin se dirigió a Bond Street. En la esquina de Burlington Street, un joven se descubrió, saludándola al paso.

—¡Fleur!

¡Wilfrid Desert! ¡Muy flaco y muy quemado!

—¡Eres tú!

—Sí; acabo de llegar. ¿Qué tal Michael?

—Muy bien. Está en los Comunes.

—¡Válgame Dios! Y tú, ¿cómo estás?

—Ya lo ves. ¿Qué tal lo has pasado?

—Muy bien; estoy aquí como ave de paso. Oriente me atrae.

—¿Vendrás a visitarnos?

—Me parece que no. El gato escaldado, ya sabes...

—Sí, ya; pero estás muy tostado...

—En fin... ¡Adiós, Fleur! Estás igual... Acaso un poco más mona. Si encuentro en algún sitio a Michael.

—¡Adiós!

Fleur continuó su camino, sin volver la cabeza, y luego sintió no haberse cerciorado de si Wilfrid Desert lo había hecho.

Había desdeñado a Wilfrid... por Michael, y él ahora lo olvidaba todo. ¡Realmente era demasiada abnegación!

Serían las tres, cuando recibió una carta: «En propia mano y aguardar contestación».

Rompió el sobre, que llevaba el membrete del hotel Cosmópolis.

Distinguida señora:

Esperamos nos dispensará la molestia, pero nos encontramos en un conflicto. Mister Francis Wilmot, un joven caballero americano que se hospeda aquí desde el pasado octubre, se halla enfermo —lamentamos decírselo— de pulmonía. La impresión del médico es bastante alarmante. En tales circunstancias, hemos juzgado oportuno echar un vistazo a su equipaje, a fin de comunicar su estado a las amistades del paciente. Lo único que hemos podido hallar ha sido una tarjeta de usted. Nos hemos atrevido, pues, a suplicarle nos ayude en este caso.

Quedamos de Usted affmos. s. s.,

POR LA GERENCIA,

Fleur miró fijamente la ilegible firma, y sus pensamientos fueron amargos. Jon le había enviado a Francia, como mensajero de su dicha, y su enemiga se lo había quitado... Sin embargo, entonces... ¿por qué no lo cuidaba aquella mosquita muerta? En fin... ¡Pobre chico!, enfermo en aquel hotel tan grande, sin un alma compasiva a su lado...

—Búsqueme un «taxi», Coaker.

Camino del hotel, se sintió un tanto conmovida en su papel de «Ángel consolador».

Dió su nombre en conserjería y le acompañaron a la habitación 209. Había una camarera en el aposento. El médico había dado las oportunas órdenes para que viniera una enfermera, pero aún no había llegado.

Francis Wilmot yacía en la cama, muy congestionado, y apoyado en varios almohadones; tenía cerrados los ojos.

—¿Hace mucho tiempo que está enfermo?

—Hace ya varios días que no se encuentra bien, señora; mas hasta hoy, no nos hemos percatado de su verdadera gravedad. Sin duda ha descuidado su enfermedad. ¡Dice el médico que se va!... ¡Da lástima el pobre señor! Como usted verá, está muy mal.

Los labios de Francis Wilmot se movieron; indudablemente deliraba.

—Váyase y traiga un té con limón poco cargado y lo más caliente que pueda. ¡Rápido!

Apenas se hubo marchado la camarera, Fleur colocó su mano fresca sobre la frente de Francis.

—No es nada, amigo mío... ¿Te duele mucho?

Los labios de Francis Wilmot dejaron de moverse y levantó hacia ella sus ojos como dos carbunclos.

—Si me curas —dijo—, te odiaré. ¡Sólo deseo morir..., y cuanto antes, mejor!

Fleur apoyó su otra mano sobre aquella frente que le chamuscaba la piel. Los labios del enfermo volvieron a moverse silenciosamente. Aquel inarticulado murmullo, incomprensible, la atemorizaba; pero permaneció inmóvil a su lado, cambiando continuamente la mano que apoyaba en su frente, hasta que volvió la camarera con el té.

—Señorita, ha llegado ya la enfermera; subirá dentro de un momento.

—Eche el té en la taza. Vamos, Francis, un sorbo.

Sus labios bebieron un poco, musitaron, volvieron a beber... Fleur devolvió la taza y se apartó un poco. Los ojos del enfermo volvieron a cerrarse.

—¡Oh, señora! —murmuró la camarera—. ¡Qué pena de caballero! ¡Tan joven! ¡Tan simpático!

—¿Qué temperatura tenía?

—Creo haberle oído decir al médico que más de cuarenta grados. Aquí está la enfermera, señora...

Fleur fué a la puerta a su encuentro.

—No es un caso corriente —explicó a la enfermera—; se trata de un paciente que *desea* morir. Alguna contrariedad amorosa, indudablemente. ¿Desea que me quede a ayudarla?

Tan pronto como le hubieron inyectado contra la pulmonía, Fleur se dispuso a marcharse, demorándose para mirar al enfermo. Las espesas y largas pestañas se apretaban entre sus párpados, cándidos como los de una criatura.

En la puerta la camarera le tocó en el brazo.

—Encontré esta carta. ¿Debo mostrársela al doctor?

Fleur leyó:

Mi pobrecito amigo:

Ayer nos conducimos como dos locos. Ya sabes que fué un disparate. Por fortuna mi corazón no se rompe fácilmente... ni el tuyo tampoco, aun cuando creas otra cosa cuando recibas esta carta. Lo que has de hacer es volver a tu sol y a tus negros y olvidarme a mí. Yo no podría seguirte en tu destino. He de seguir con mi escocés, según el camino trazado. ¿Para qué vamos a continuar jugando a los niños inocentes que se aman...? Uno de ellos es tu apenada (por el momento)

MARJORIE.

«Te lo digo muy sinceramente...: no vengas más a verme; sufrirías—. M.»

—¡Exactamente! —dijo Fleur—, lo que yo le decía a la enfermera. Guárdela para devolvérsela... si se restablece. Si no se cura, quémela. Mañana volveré —y mirando a la camarera, añadió con una débil sonrisa—: ¡Yo no soy esa mujer!

—¡Oh, no, señora..., señorita! ¡Ya se ve! ¡Pobre señor! ¿No se puede hacer nada?

—No lo sé. No creo.

Con un momentáneo impulso de venganza, Fleur ocultó a Michael todas estas cosas. ¿Acaso no tenía él su vida privada; esto es, su vida pública, sólo para él?...

Luego de haberse marchado Michael de su lado con aquel significativo «¡Señor, Señor!», Fleur se asomó al balcón. ¡Era una casualidad haber vuelto a ver a Wilfrid! Su alma no se había conmovido en lo más mínimo, pero la torturaba ignorar si aún tendría poder para atraérselo. Afuera la calle aparecía tan oscura como aquella noche en que Wilfrid escapara hacia Oriente; la noche en que ella contempló su cara apoyada en aquel mismo cristal que en aquel momento tocaban sus dedos.

¡No, no! Ella no deseaba llevarlo a aquel estado nuevamente; no quería ser igual que Marjorie Ferrar..., que la había imitado a ella. Si Wilfrid, en lugar de marcharse a Oriente, hubiera preferido agarrar una pulmonía como el infeliz Francis, ¿qué hubiera hecho ella? ¿Dejarlo morir desesperado?... Y ahora, después de haber leído aquella carta, ¿qué debía hacer? ¿Decírselo a Michael? No, no se lo diría, ya que él se empeñaba en juzgarla frívola e irresponsable... ¡Tenía que darle una lección!... Y a la hermana de Francis, a la esposa de Jon, ¿debería enviarle un cablegrama?... La dolencia iba hacia una rápida crisis, había dicho la enfermera, y sería imposible llegar a tiempo desde América. Fleur se volvió de cara a la chimenea. ¿Qué clase de mujer sería la esposa de Jon? ¿Otra «nueva Eva» como Norah Curfew..., o quizá una muchacha arquetípicamente americana, de esas que sacan el mejor partido de todo?... Aun cuando en América también querrían estar a la moda...

Si ésta no viniera de París...

¡París!... ¡Ana Forsythe!... Frente al tembloroso fuego de la chimenea, Fleur se estremeció.

Subió a su habitación, se despojó del sombrero, y escudriñó su imagen reflejada en el espejo. Su rostro aparecía redondo y sonrosado, sus ojos transparentes, su frente sin una arruga, el cabello estirado sobre la cabeza... se lo aflojó un poco y se dirigió al cuarto de su hijo.

El undécimo *baronet* dormitaba, viviendo con expresión resuelta su vida privada. Al lado de la cuna estaba *Dandie* con el hociquillo apoyado en el piso, y el ama, cosía junto a la mesa. Frente a ella veíase una revista ilustrada, con una fotografía que llevaba el siguiente pie; «Mrs. Michael Mont, en compañía de Kit y *Dandie*.»

— ¿Qué le parece, ama?

— Sencillamente horrible, señora. Kit ha salido con una mirada tan fija... ¡parece atontado!...

Fleur tomó la revista; sus ojos vivaces habían visto otra fotografía de su interesante persona. «Mrs. Michael Mont, la joven y bella damita londinense, de quien se asegura comparecerá pronto en un caso judicial.» Y un poco más arriba todavía, otra fotografía, con el epígrafe pertinente: «Miss Marjorie Ferrar, la brillante nieta del marqués de Shropshire, cuyo compromiso matrimonial con sir Alexander MacGown, miembro de los Comunes, se ha anunciado oficialmente.» Fleur arrojó al suelo la revista.

XI

SOMBRA

Aquella comida, de la que Marjorie Ferrar tan de repente se había acordado, era una invitación de MacGown, y cuando la muchacha llegó al restaurante en que debían encontrarse, él ya la aguardaba en el *hall*.

—¿Y los demás, Alec?

—No hay nadie más —respondió MacGown.

Marjorie se echó atrás.

—No puedo cenar a solas contigo en un sitio como éste.

—Había invitado a los Ppynrryngs, mas no han podido venir.

—Entonces me iré a mi Club.

—No, por Dios, Marjorie. Cenaremos en un reservado. Aguárdame aquí dentro mientras lo arreglo.

Con un leve encogimiento de hombros, Marjorie entró en un saloncito. Una mujer, cuyo rostro le pareció familiar, entró perezosamente, la contempló y perezosamente volvió a salir; el viejo reloj dió una hora; al resplandor de la brillante luz, las paredes de tonos grisáceos resplandecieron suavemente, y Marjorie Ferrar miró sin ver..., todavía tenía presente el rostro de éxtasis de Francis Wilmot.

—¡Ya está! —dijo MacGown—. Sube esta escalera y entra en la tercera puerta a mano derecha. Yo subiré dentro de un instante.

Marjorie había representado una comedia, había pasado una hora emocionante, y sentía apetito. Por lo menos, podría comer antes de representar la siguiente escena. Y mientras sorbía el mejor *champan* que MacGown podía adquirir, hablaba, escudriñando los ardientes ojos de su enamorado. Aquel semblante rojizo y moreno, cuadrado; aquellos cabellos lisos y aquella fuerte figura... ¡qué contraste con el pálido rostro y la esbelta figura de Francis! Éste era un hombre, y cuando quería, sabía ser hasta un hombre agradable. Con él podría poseer lo que quisiera..., excepto lo único que Francis podía darle. Y debía de decidirse entre uno y otro; no podía quedarse con ambos, como más de una vez había imaginado. En cierta ocasión, había cruzado la peligrosa orilla de Helvellyn, con un abismo a cada lado de sus plantas y ella en medio, dudando en cual caer. No había caído entonces..., y creía que tampoco caería ahora. No caería..., si sabía conservar la cabeza.

Después de servido el café, Marjorie, fumando un cigarrillo, se sentó en el sofá. Su conocimiento de los reservados le había demostrado que se encontraba

en este instante tan a solas con su prometido como el dinero de él lo consentía. ¿Cómo se comportaría con ella él enamorado MacGown?

El enamorado MacGown arrojó su cigarro y se sentó junto a Marjorie. Éste era el momento adecuado para levantarse y manifestarle que ya no le consideraba su prometido. Los brazos de MacGown la rodearon. Sus labios buscaron la cara de ella.

—Ten cuidado con mi vestido; es el único que tengo algo pasable.

Y de repente, no porque oyera rumor alguno, sino porque sus sentidos no estaban tan perdidos como los de él, advirtió que en la puerta aparecía una nueva figura. Se oyó una voz de mujer.

—¡Oh, perdón!; creí... —y se marchó.

Marjorie Ferrar irguióse rápidamente.

—¿Vistes a esa mujer?

—Sí, ¡maldita sea!

—Estoy convencida de que se me vigila.

—¿Cómo dices?

—No la conozco y, sin embargo, creo conocerla perfectamente. Me ha mirado con gran atención mientras esperaba abajo.

MacGown volvióse rápidamente hacia la puerta. ¡No había nadie! Cerróla nuevamente y se volvió hacia Marjorie.

—¡Demonio! Me parece que esa gente..., pero esto tiene que terminarse, Marjorie. Mañana mismo mando la noticia de nuestro próximo enlace a la Prensa.

Marjorie Ferrar, apoyando los codos en la chimenea, escudriñó su propio semblante en el espejo. «¡No tenía sentido de la moral!» Y ¿qué importaba eso? Si pudiera decidirse a contraer con Francis un matrimonio secreto y terminar con todo... ¡Facturas, picapleitos, Alec! Y el sentimiento de libertad que había en su interior se sublevó. ¡Qué desvergüenza! ¡Vigilarla, seguirla! ¡No, no! No podía consentir que Fleur..., aquella pequeña *snob* y aquel vejestorio de la papada...

MacGown levantó la mano de Marjorie hasta sus labios y esta leve caricia la emocionó.

—Está bien —convino—, quizá sea lo mejor.

—¡Gracias a Dios!

—¿Crees de veras que el casarte conmigo me obligará a la gratitud?

—Por casarme contigo iría hasta el infierno.

—¿Y luego? Está bien, no olvides que somos personajes importantes..., bajemos a bailar.

Bailaron durante una hora. Marjorie no consintió que MacGown la llevase a su casa, y, sola en su «taxi», lloró. Apenas llegada a su habitación escribió a Francis y volvió a salir para echar la carta. ¡Las estrellas crueles, el viento cruel, la noche cruel!..., y el rumor casi imperceptible que hizo su carta al caer en el buzón la hizo sonreír. ¡Habían jugado como dos críos! ¡Qué divertido! Sin embargo, todo había terminado. «Siga la danza.»

¡Qué extraordinario el efecto de una breve nota de sociedad en la Prensa! Como al descubrimiento de un pozo de petróleo, el crédito de Marjorie se elevó hasta el cielo. El correo diario no traía ya facturas de sus vestidos, sino solicitudes de peleteros, floristas, peluqueros, plumistas y fotógrafos. Londres se le ofrecía por entero. Para escapar de aquel cínico alud pidió cien libras prestadas y voló a París. Allí, todas las noches fué al teatro, mudó su peinado según el modelo al último grito, se encargó vestidos, fué a comer a sitios conocidos solamente por un grupo selecto y vivió, en fin, a la altura del nombre que le habían dado en casa de Michael. A pesar de todo, su corazón soportaba una carga. Regresó unas semanas después y echó al fuego la avalancha de cartas que la esperaban. Por fortuna, la mayoría de las cartas de felicitación contenían, casi unánime, esta frase: «Como tendrás tanta correspondencia, no te molestes en contestar.» Así fué. La temperatura era tibia; montó a caballo en el *Row*. Preparóse para la temporada de caza; la víspera de su partida recibió una carta anónima.

Francis Wilmot está muy grave, con pulmonía, en el hotel Cosmópolis. No hay esperanzas de que sobreviva.

Su corazón latió con violencia inusitada, flaqueáronle las rodillas, tembló su diestra, que sostenía la carta..., a pesar de todo no perdió la cabeza. La letra era la de aquella insignificante *snob*. ¿Acaso Francis era quien la hacía remitir aquella nota? ¿Era una llamada del americano? ¡Pobre chico! Y ahora que iba a sucumbir, ¿debía ella ir a verle? ¡Ella odiaba tanto la muerte!... ¿Querían decir aquellas líneas que en su mano estaba el salvarle? Y si no era esto, ¿qué querían decir? Pero la indecisión no era propia de su carácter. Diez minutos más tarde cogía un «taxi», y diez minutos después llegaba al hotel. Alargando su tarjeta, dijo:

—¿Habita aquí, según creo, un tal míster Wilmot?... Es pariente mío; acabo de saber que está muy grave. ¿Puedo subir y hablar con la enfermera?

El conserje miró la tarjeta y después, inquisitivamente, el rostro de la joven. Tocó un timbre, y dijo:

—Efectivamente, señora... Oiga, usted..., acompañe a esta señora a la habitación doscientos nueve.

Conducida por un botones subió en el ascensor. Anduvo todo el largo pasillo alfombrado de una tira color gris pálido entre paredes grises también; pasaron, una tras otra, multitud de puertas de color crema, bajo la claridad de la luz eléctrica. Marjorie llevaba inclinada la cabeza.

El botones llamó con los nudillos a una puerta.

La puerta se abrió, y tras ella apareció Fleur.

XII

HUNDIMIENTO

Francis Wilmot, aunque discretamente americano, según la opinión de Soames, parecía tener la pasión nacional de la rapidez.

Un par de días después de la primera visita de Fleur, había llegado a la crisis, acercándose a ella con rapidez igual que la del hombre que marcha hacia su enamorada. Como en comparación con el instinto vital el deseo humano es limitado, nuestro hombre fracasó en su deseo de morir.

Fleur, que había sido llamada por teléfono, volvió a su casa muy reanimada por las frases del médico: «Vamos por buen camino, si podemos inyectar a nuestro paciente un poco de ánimo.» Pero en realidad aquella era la verdadera dificultad. Durante tres tardes, Fleur vió que su absoluta indiferencia parecía ir en aumento.

Y al cuarto día, después de haber pasado a su lado una hora, la más terrible ansiedad se apoderó de ella al verle abrir los ojos.

—¿Qué hay, Francis?

—Pese a todo..., me moriré.

—No digas eso..., no es digno de un americano. Ya no te mueres.

Sonrió Francis y volvió a cerrar los ojos. Entonces Fleur tomó una resolución. Al día siguiente el enfermo estaba casi de la misma forma: más muerto que vivo.

Mas Fleur estaba más tranquila. Su emisario le había manifestado que miss Ferrar estaría en su casa hacia las cuatro. Ya habría recibido la carta, pero ¿iría?

¡Qué poco conocemos a las personas, aun cuando se trate de nuestros adversarios!

Cuando el *botones* llamó a la puerta, Francis estaba sumergido en un hondo sopor, pálido y sin fuerzas. Pasando a la salita, Fleur cerró tras de sí la puerta del dormitorio y abrió la de la entrada. ¡Ella había venido!

Había cierto matiz dramático en aquel encuentro de dos enemigas declaradas, que ninguna de las dos se dió cuenta en aquel instante. Únicamente sentían algo terriblemente forzado. Por un momento permanecieron contemplándose frente a frente. Entonces Fleur dijo:

—Está muy débil. ¿Quieres sentarte, mientras voy a decirle que has venido?

Dejándola sentada en el sitio que tiempo atrás solía ser ocupado por las ropas de Francis, Fleur se dirigió al dormitorio y cerró de nuevo la puerta tras sí.

—Francis —dijo—: cierta persona está ahí y espera verte.

Francis Wilmot no se movió; mas sus ojos se abrieron y la miraron con rara fijeza. Parecióle entonces a Fleur los ojos que anteriormente había conocido, como si en todos aquellos días hubiesen permanecido apagados y alguien, de pronto, les hubiera aplicado una cerilla.

—¿Me comprendes lo que deseo decirte?

—Sí; pero si antes no valía lo bastante para ella..., menos valdré ahora. Manifiéstale que por mí, terminó aquella locura.

Una sensación extraña subió hasta la garganta de Fleur.

—Y dale las gracias por haber venido —añadió Francis Wilmot; y nuevamente volvió a cerrar los ojos.

Fleur retornó a la antesala. Marjorie Ferrar estaba en pie, apoyada contra la pared y con un cigarrillo sin encender entre los labios.

—Te agradece el que hayas venido; mas no quiere verte. Lamento haberte hecho venir.

Marjorie Ferrar tiró su cigarrillo. Fleur pudo observar cómo sus labios temblaban.

—¿Sanará?

—No lo sé. Pero así lo creo... ahora. Dice que para él terminó aquella locura.

Los labios de Marjorie Ferrar se endurecieron. Abrió la puerta y, volviéndose rápidamente a Fleur, preguntó:

—¿Quieres hacer las paces?

—No —respondió Fleur.

Por un momento reinó una absoluta inmovilidad; entonces Marjorie Ferrar lanzando una breve carcajada desapareció.

Fleur volvió junto a Francis. Estaba dormido. Al día siguiente estaba ya mejor. Tres días después, Fleur suspendió sus visitas: Francis iba camino de una curación rápida. Fleur se había dado cuenta de que «una sombra» la seguía a

todos los sitios. ¡Se la vigilaba! ¡Qué risa! Y qué fastidio de no poderse lo contar a Michael; aún duraba la nube, y no había vuelto a hablarle de nada.

El mismo día en que cesaron sus visitas al hotel, Michael penetró en su habitación en el momento en que ella se arreglaba para la cena. Llevaba en la mano una revista.

— Escucha esto — dijo leyendo.

*Cuando al juicio de Dios los burros presenten
burros de España, Sicilia, de Suez,
si sucede que a Él le despierten,
no es fácil que duerma otra vez.*

*No dulce paja, que Dios creó para ellos,
sino palos y carga, insultos sonoros
les dieron, sin pensar que dulces y bellos
Dios los hizo para estar en Sus coros.*

*Que arrepentido alguien llegue a suspirar,
burros de Siria, de Grecia, de Hedjaz,
que pronto en el juicio se dé en proclamar:
«Criaturas de Dios, descansad ahora en paz».*

— ¿De quién es eso?

— De Wilfrid — respondió Michael sin mirarla—. Le encontré en el club Hotch-Potch.

— ¿Qué tal está?

— Muy bien.

— ¿No le has invitado a venir?

— No. De nuevo regresa a Oriente.

¿La estaba sondeando? ¿Sabría que ella ya le había visto?

— Me voy a casa de papá, Michael. Ya me ha escrito dos veces.

Michael aproximó a sus labios la mano de Fleur.

—Está bien, querida.

Sonrojóse Fleur.

Diversas confidencias pugnaban por subir a su garganta. Al día siguiente se marchó con Kit y *Dandie*. Difícilmente podría seguirla su «sombra» a *El Refugio*.

Annette se había marchado también a pasar un mes en Cannes con su madre, y Soames se enfrentaba a solas con el invierno británico. No le daba la menor importancia, puesto que el caso de su hija estaba en lista y dentro de pocas semanas le llegaría el turno. Lejos de la influencia de su francesa, volvía otra vez a pensar en comprometerse y pagar si era necesario. La nueva del próximo enlace de Marjorie Ferrar con Alexander MacGown había variado la situación por completo. Ante los ojos de un jurado británico, la personalidad de una joven casquivana, de conducta poco edificante, y la personalidad de dicha joven, prometida públicamente a un miembro del Parlamento, poseedor de buena fortuna y buen apellido, no eran la misma cosa, bajo ningún concepto. Ahora tratarían con la futura Lady MacGown, y nada —Soames lo sabía— es tan fiero como un hombre en vísperas de su casamiento. Difamar a su prometida sería como aproximarse a un perro hidrófobo.

Cuando Fleur le contó lo de su «sombra», Soames quedó meditabundo. Era precisamente la contravenganza que había temido..., y no podía decirle a su hija: «Ya te lo dije»..., porque en realidad no le había dicho nada. Le había suplicado con urgencia que viniera a pasar con él unos días, pero sin decirle qué interés le movía a ello. Lo único que pudo saber a través de las confidencias de Fleur fué que, desde su estancia en Lippinghall, no había nada sospechoso en su conducta..., menos aquellas visitas al Hotel Cosmópolis. Mas ya eran suficientes. ¿Quién iba a suponer que Fleur visitara al enfermo únicamente por caridad? Esta causa no era excusa, que digamos, muy normal para un jurado. Soames se quedó de piedra cuando Fleur le manifestó que Michael no estaba en antecedentes. ¿Por qué no se lo había dicho?

—No me sentía con ánimos para decírselo.

—¿Ánimos?... ¿No comprendes en qué situación te has colocado? ¡Corres a la cabecera de un enfermo... sin que se entere tu esposo!

—Sí, papá; pero es que ¡estaba muy grave!

—Lo creo —manifestó Soames—; pero también lo están muchísimas personas.

—Además, Francis estaba perdidamente enamorado de ella.

—¿Y crees que lo reconocería públicamente si se lo pidiéramos?

Fleur permaneció en silencio, pensando en el semblante de Francis Wilmot.

—¡No sé, no sé! —respondió al fin—. ¡Qué mal cariz tiene esto!

—Naturalmente que tiene mal cariz —dijo Soames—. ¡Es que has tenido alguna pelea con Michael!

—Pelea precisamente no. Pero como él no me cuenta ninguna de sus cosas...

—¿Qué cosas?

—¿Cómo puedo saberlas yo, si no me las cuenta, papá?

Soames rezongó:

—¿Supones que de saberlo le hubiera molestado que fueras a cuidar de Francis?

—Naturalmente que no. Le hubiera molestado que no fuera. Siempre ha, simpatizado con Francis.

—Entonces —respondió Soames—, o él, o tú, o ambos, tendréis que mentir y declarar que Michael conocía tus visitas. Voy a verle. A Dios gracias, podremos demostrar lo de la enfermedad. Y si cojo a alguien que te esté espionando aquí en Mapledurham...

A la mañana siguiente fué a ver a Michael. Estando cerrado el Parlamento, se dirigió al Club Hotch-Potch. Aquel lugar no le gustaba, ya que su imaginación siempre le unía a su finado primo el joven Jolyon, y por ello dijo a Michael en seguida:

—¿Quieres que vayamos a alguna otra parte?

—Bien, señor. ¿Adónde le gustaría ir?

—A tu misma casa, si puedes darme hospedaje por una noche. Deseo hablar un rato contigo.

Michael le miró de reojo.

—Ahora —dijo Soames después de haber comido—, cuéntame lo que te ocurre con Fleur. Ella se lamenta de que no le dices ninguna de tus cosas.

Michael miró meditabundo su copa de Oporto.

—El caso es —respondió lentamente—, yo tendría gran placer en contárselas...; sin embargo, supongo que no le interesarán. Ella cree que los asuntos públicos carecen de importancia...

—¡Asuntos públicos! Pero si yo me refiero a los particulares...

—Yo no tengo asuntos particulares. ¿Supone usted que ella se figura que tengo alguno?

Soames acabó de escudriñarle.

—No sé, no sé —dijo—; ella me habló de «tus cosas»...

—Pues ya se puede usted quitar de la cabeza esas *cosas...*, y también de la de ella.

—¡Hum! De todas maneras, el resultado ha sido que Fleur fué, sin decirte ni pío, al Hotel Cosmópolis visitar a ese joven americano que estaba enfermo de pulmonía.

—¿A Francis Wilmot?

—Si ahora ya está bien. Y eso que no es lo que importa. Lo que importa es que Fleur ha sido espiada por alguien.

—¡Dios nos valga! —musitó Michael.

—Sí. ¡Dios nos valga! Esto ocurre por no contarle tus cosas a tu mujer. Las mujeres son muy caprichosas..., no les gusta que las traten así.

Michael dejó escapar un gruñido:

—Póngase usted en mi papel, señor. Tengo que ocuparme de la situación del país y demás historias a causa de mi profesión...; sin saber cómo, uno se entusiasma... Y a Fleur todo esto le parece una lata. Yo lo comprendo; y cuanto más me entusiasmo, más miedo tengo de aburrirla sintiéndome incapaz de hablar de otra cosa que de eso. En cierto modo, está celosa.

Soames se rascó el mentón. La situación del país era un pretexto original. El mismo estaba muchas veces de mal humor a causa de la situación del país...; mas como origen de rencillas entre marido y mujer, le parecía demasiado trivial. ¡En su juventud él había conocido otras causas!

—Pues no debéis permitir que eso siga adelante —dijo—. ¡Es una tontería!

Michael se puso en pie.

—¡Tonterías!... No sé por qué; pero a mí lo que ahora ocurre me parece igual de importante que estar en guerra. Y los hombres tenían entonces que abandonar a sus mujeres.

—Y las mujeres lo aguantaban porque el país estaba en peligro.

—¡Ah!... Y ahora, ¿no está acaso en peligro?

A Soames le pareció casi inmoral —dado su eterno horror a las frases hechas— que un muchacho hablase de aquel modo. Michael era, sin ningún género de duda, un político; pero los políticos estaban allí para mantener al país en paz, no para abrir antiguas cicatrices y discutir estupideces.

—Cuando conozcas un poco más la vida... —respondió—, sabrás que si uno se empeña en inquietarse, nunca le faltan causas. Sin embargo, en realidad no es para tanto...; la esterlina sube. Además, no importa lo que le digas a Fleur..., con tal que le digas algo.

—Fleur es lista, señor —respondió Michael.

Soames quedó sorprendido. No podía negarlo, y respondió:

—En fin..., los asuntos nacionales son demasiado abstrusos; no vamos a pretender que una mujer se interese por ellos.

—Pues numerosas mujeres se interesan...

—¡Bah! ¡Pedantuelas!

—No, señor; la «nueva Eva».

—¡Hum! ¿Esa? Si quieres probar tu interés por el país, pon un impuesto sobre las medias de seda y verás lo que ocurre.

Michael se echó a reír:

—Sugeriré eso del impuesto.

—Si aguardas —continuó Soames— a que la gente, hombres o mujeres, vaya a cambiar, conforme con tu plan foggartista, vas listo...

—Todos me dicen eso. Y como no me gusta recibir también en casa esas duchas de agua fría (pues con las de fuera tengo bastante), es por lo que no molesto con mis cosas a Fleur.

—Mira, si deseas seguir mi consejo, emprende algo práctico e inmediato: el problema del tráfico o el franqueo postal...; déjate de pesimismo; la gente que promete cosas a largo plazo no inspira mucha confianza en nuestro país. De todas maneras, tendrás que asegurar que estabas enterado de las visitas de Fleur a ese joven americano.

—Naturalmente, señor. Mujer y marido son carne y uña. Pero ¿va usted a consentir acaso que seamos un número de circo en los tribunales?

Soames quedó silencioso. No quería consentirlo; mas ¿y si ellos lo hacían sin su consentimiento?

—No puede dejarse ningún cabo suelto —replicó—. Ese hombre es escocés. ¿Por qué le pegaste en la nariz?

—En primer lugar, porque él empezó pegándome una torta. Claro que, como dice el Evangelio, era una gran ocasión para ofrecerle el otro carrillo; pero no me di cuenta entonces.

—Tú le dirías algo gordo...

—Nada más que bicho indecente. Como usted sabe, sugirió en el Parlamento que mi discurso tenía un motivo interesado.

Soames abrió unos ojos tamaños. ¡En realidad aquel chico se tomaba demasiado en serio a sí mismo!

—¡Tu discurso! Te tienes que quitar de la cabeza la idea de que lo que hagas o digas va alterar en algo las cosas.

—Así, pues, ¿cuál es el fin de mi entrada en el Parlamento?

—Pues... te has embarcado en la misma nave que muchos. El país es como un árbol. Puedes contribuir a que esté bien cuidado; pero llevado de tu amor, no puedes quitarle las raíces para ver si están sanas.

Michael le contempló impresionado.

—En los asuntos públicos —explicó Soames— todo consiste en mantenerse con la cabeza serena y no hacer nada más que aquello a que se está obligado.

—¿Y cómo puede uno controlar su visión de lo que el país necesita?

—Con el sentido común sobra. Piensa que es imposible poseerlo todo.

Y, levantándose, comenzó a examinar el Goya.

—¿Adquiriría usted otro Goya, señor?

—Ni lo pienses; si compro más cuadros, lo haré de la escuela inglesa.

—¿Es acaso patriotismo?

Soames le arrojó una penetrante mirada.

—No es patriotismo el andar enredando —dijo—. Y debes recordar otra cosa, y es que en el extranjero satisface saber que tenemos complicaciones internas. No es conveniente discutir nuestras cosas en voz alta.

Michael se acostó, llevando en la mente estas palabras. Recordó que, al regresar de la guerra, pensaba: «Si hay otra, nada ni nadie podrá inducirme a ir.»

Pero ahora, si ésta era otra guerra..., él sabía muy bien que volvería. Así, pues, ¿al viejo Forsythe le parecía que su política... consistía en enredar? ¿Era en realidad el Foggartismo una patraña? ¿Debía abandonarlo todo y ocuparse del estado del tráfico? ¿Era todo irreal? No era irreal su cariño por Fleur. Sentía hambre de ella; de tenerla a su lado nuevamente... ¡Y ahora Wilfrid había regresado!... ¿Qué tontería era arriesgar su dicha con Fleur, por..., ¿por qué? El *Punch*, aquella misma semana, le representaba en una caricatura, agarrado sonriente, a la espesa niebla que le envolvía. La vieja Albión, como el viejo Forsythe, no gustaban de teorías. El consciente esfuerzo por mejorar la situación nacional parecía afectación..., ¡afectación!... La idea le parecía inquietante. Saltó del lecho y se dirigió a la ventana. ¡Niebla! ¡Y, en la niebla, todo sombras!; entre ellas, la más insignificante, la de un político poco práctico, tomando con demasiado calor las cosas. ¡Una! ¡Dos! ¡El Big Ben!... ¡Cuántos corazones habría embargado de desilusión! ¡Qué cantidad de sueños habría frustrado con su medida resonante! ¡Únete a los mejor trajeados... y deja que el país lama su cuchara de plata!...

Tercera Parte

I

EL NÚMERO DE CIRCO

Soames, que había sido aficionado al circo en su infancia, los encontraba ahora casi detestables, dada su periodicidad. Jubileos y *Pageants*, la función del alcalde, *Earl's Court*, *Olympia*, *Wembley...*, todos ellos le disgustaban igualmente. Le era imposible aguantar el ver al público con la boca abierta ante estas cosas. El disfraz le parecía sinónimo de papanatismo y la excitación colectiva de la masa una extravagancia que ofendía su honda independencia. Aun cuando no era muy versado en Historia, tenía una ligera idea de que los países aficionados al circo estaban en completa decadencia. Las exequias de la reina Victoria le habían impresionado hondamente, pues aquel día flotaba en el ambiente algo sentimental...; mas desde entonces ahora las cosas habían ido de mal en peor. Ahora todo se tornaba en circo, farsa. Un individuo cualquiera no podía cometer un crimen sin que el país entero —incluso él mismo— mirase los periódicos por encima del hombro de la gente. Y en cuanto a los partidos de fútbol y otras competiciones deportivas, llegaban a interrumpir no sólo el tráfico, sino el curso normal de las conversaciones; tanto absorbían a la opinión pública.

Desde luego, los circos tenían una utilidad bien patente. La de mantener tranquila a la gente. La violencia contenida es, indudablemente, un valioso principio político; no es posible mirar y derramar sangre simultáneamente; y cuanto más tiempo transcurre, la gente, atontada en filas, viendo cómo se hacen daño los demás, menos se tomará el trabajo de hacer el daño por sí misma y más tranquilamente podría dormitar Soames por la noche. Pero la captura de sensaciones, en su opinión, había llegado a constituir una enfermedad real, y nadie, en tanto que estuviera en su mano evitarlo, habría de contagiarse.

A medida que transcurrían las semanas y los juicios en lista se iban viendo, el número de circo que se pretendía hacer del caso de su hija le parecía más monstruosamente absurdo. Sentía Soames una verdadera antipatía por los escoceses —por los *Scotchmen* que ahora se denominaban asimismo *Scotsmen*, en la creencia que esto les favorecía—; eran testarudos, jamás daban su brazo a torcer y él nunca hubiera podido aprobar en otras personas una cualidad que en él era natural. Además, ¡eran tan..., tan expansivos...; unas veces corteses, otras ásperos..., extravagantes! Hacia la mitad de marzo, con la causa fechada para verse a la siguiente semana, Soames dió un paso decisivo y penetró en la antesala de la Cámara de los Comunes. No había comunicado a nadie su decisión de efectuar esta última intentona, porque le parecía que todos —Annette, Michael y aun la misma Fleur— habían hecho lo imposible para evitar la oportunidad de llegar a un arreglo.

Después de entregar su tarjeta, esperó durante un largo rato en aquel majestuoso lugar. «Hacer antesala» era una frase hecha que conocía, pero nunca como entonces había comprendido la pérdida de tiempo que significaba. Las estatuas le consolaron en parte: sir Stafford Northcote..., he aquí un robusto mozo; en las comidas de los viejos Forsyte del siglo XVIII se había distinguido mucho como fiel aficionado a las costillas de carnero. También encontró allí a Gladstone, solamente tolerado en escayola, o lo que fuera aquello. Claro que aquél podía, en realidad, desagradar, pero no inspirar desdén, como alguno de aquellos jóvenes modernos. Estaba Soames absorto ante lord Granville cuando, al fin, pudo oír estas palabras:

—Sir Alexander MacGown —y contempló a un individuo de faz apoplética, tieso cabello negro y retorcido mostacho, que se aproximaba a él con una tarjeta en la diestra.

—¿Míster Forsyte?

—Sí, yo soy. ¿No podríamos ir a otro sitio cualquiera más reservado?

Afirmó el escocés y le llevó hasta un saloncito, a través de un pasillo.

—Usted me dirá.

Soames acarició su sombrero.

—Este asunto —dijo— debe ser tan desagradable para usted como para mí.

—¡Ah! ¿Es usted el individuo que ha tenido la amabilidad de llamar traidora a mi prometida?

—Efectivamente.

—Pues no comprendo cómo tiene usted la desfachatez de presentarse ante mí.

Soames se mordió los labios.

—Hablé así ante la provocación que me hizo su *fiancée* de llamar *snob* a mi hija en su misma casa. ¿Quiere usted que este enojoso asunto se haga público?

—Si se figuran, tanto usted como su hija, que pueden seguir llamando víbora, traidora e indecente a la dama con quien voy a casarme, están ustedes en la más grande equivocación de su vida. Una pública satisfacción ante los tribunales es el único camino que les queda.

—Jamás conseguirá usted eso. Ya sería otra cosa una mutua satisfacción en privado. En lo que respecta a daños y perjuicios...

—¡Al demonio los perjuicios! —gritó MacGown violentamente y con gran satisfacción por parte de Soames.

—Está bien —replicó—; lo siento por ella y por usted.

—¿Qué diablos quiere usted decir, señor?

—Ya lo sabrá usted al final de la semana próxima..., a menos que entre tanto rectifique su punto de vista. Si vamos al tribunal, nos justificaremos.

El escocés enrojeció de tal manera que Soames temió por un instante que le diera una apoplejía.

—Convendría que tuvieran ustedes mucho cuidado con lo que dicen ante los tribunales.

—Hacemos caso omiso de amenazas cuando comparecemos ante un tribunal.

MacGown apretó los puños.

—Realmente —dijo Soames— es una verdadera lástima que yo no tenga su misma edad. ¡Usted lo pase bien!

Y salió andando delante del escocés. Otra vez se encontró ante las frías estatuas. La suerte estaba echada y únicamente podía hacer que aquel violento mozo y su bella novia tuvieran que arrepentirse de haber nacido. Salió a la fría niebla de Westminster. ¡Soberbia, temperamento, mal genio! Antes de confesar su error, aquellas gentes consentirían en convertirse en un número de circo y ser objeto de la murmuración, del escarnio y de la burla de la mitad de Londres. Para reivindicar su honor, aquel escocés arrastraría por el barro el de su joven prometida. Y ante la idea de si sería justo arrastrarlo o no, Soames quedó meditabundo. Si no lo hacía, ella podía quedar triunfante, y si intentaba hacerlo, sin llegar a convencer al Jurado, los daños y perjuicios aumentarían enormemente hasta llegar a varios miles de libras. Comprendió que era en todo punto necesario adoptar una resolución. ¡Había estado tan seguro de que el asunto no llegaría a los tribunales!... ¡Las cuatro! Acaso buena hora para ver a sir James Foskisson. Hablaría por teléfono con el joven Nicholas para que le preparase una entrevista inmediata, y si Michael estaba en South Square, le llevaría con él...

En su despacho, Michael había contemplado con lúgubre placer un dibujo de Aubrey Greene, que le representaba. Sobre una pierna, como Guy en su obra *Non sense*, de Edward Lear, se le veía sollozando desesperadamente, mientras una sonrisa maquiavélica se dibujaba en el horizonte. La palabra *Foggartismo* salía de su boca como el humo de un cigarro. Sobre un agujero, en el centro, un cuerpo rechoncho sostenía la cara vuelta y las garras unidas aplaudiendo a míster Blythe. Era devastador en idea y en realización; algo, no ya malévolo, sino casi criminal. El semblante de Michael había sido retratado con una beatífica expresión, en éxtasis, como si estuviera de sobremesa, gozando con el sonido de su misma voz. ¡Ridículo, harto ridículo! Ni un amigo, ni un artista, podía observar que la máxima crueldad residía en lo merecido que tenía aquel ridículo. A través de toda la caricatura, parecía escrita la palabra nimiedad.

Michael recordaba las frases de Fleur, al principio: «Y cuando caigan los conservadores, tú alcanzarás tu título.» Fleur había nacido realista. Desde un principio había previsto en él al excéntrico tocando pintolescamente su ingenua pandereta. ¡Admirable criatura! Nadie hubiera podido apreciarla tan hondamente como su misma víctima. Pero ¿por qué se carcajearían todos del Foggartismo? ¿Por qué? ¿Por qué, entre tantas personas que andaban con naturalidad, él saltaba como si fuera un grillo? ¿Por qué aquello parecía un fuego fatuo a un país, capaz de encontrar su rata a través de la niebla? Verdaderamente, él era un verdadero trastornado en sus anhelos y preocupaciones. Y... justamente en aquel momento apareció Soames.

—He ido a ver a ese escocés —dijo—, y sigue en sus trece de llevar el asunto a los tribunales.

—¡Oh, no! ¡No es posible, señor! Siempre creí que usted se mantendría al margen.

—Sólo una satisfacción pública les calmaría, y Fleur de ninguna manera puede darla, porque la razón le asiste. ¿Puedes acercarte conmigo a ver a sir James Foskisson?

La habitaciones del joven Nicholas Forsythe estaban situadas en los Paper Buildings. Agradable, suave y ya cuarentón, en diez minutos les resolvió todas las posibles dudas.

—Parece contento con la perspectiva de que nos fastidiemos —murmuró Michael mientras, iban a ver a sir James.

—Es un pobre diablo —replicó Soames—; pero es muy meticuloso. Foskisson se ocupará del caso personalmente.

Después de que transcurrieran los minutos necesarios para que el afamado consejero real se enterase por el joven Nicholas de lo que se trataba, Soames y Michael fueron conducidos a presencia de un caballero de cabeza grande, ornada con grises patillas y un luminoso cerebro. Desde que lo había elegido, Soames no había perdido de vista al gran jurisconsulto; había visto cómo hacía sus apelaciones al Jurado con aire de escrupulosa equidad. Escasas personas —estaba convencido, y no entre los Jurados— podían colocar en un aprieto a sir James Foskisson. Admirador de sus triunfos Soames, en especial en los casos relacionados con la moral o con la nacionalidad..., nadie tan apto como él para obtener que se declarase indeseable a un alemán, a un ruso, etc.; de cerca, sus patillas le daban una intensa respetabilidad. Difícilmente se le hubiera podido suponer bailando, jugando o en la cama. Pese a su gran experiencia, tenía fama de no dejar ningún cabo suelto; se podía confiar en que al dirigirse al tribunal conocía ya la mitad de los hechos, sea cual fuese la causa de que se tratara, y el resto lo iba recogiendo por el camino, o por lo menos nunca demostraba desconocerlo. El joven Nicolás, sabedor de todos los antecedentes, había sido

incapaz de trazar la línea de conducta a seguir. Sir James, por el contrario, parecía conocer ya lo suficiente. Deslizándose la mirada de sus vivos ojos de Soames a Michael, dijo:

—Evidentemente, se trata de un caso piripintado para un arreglo amistoso.

—¡Claro! —dijo Soames.

Y había algo en la inflexión de su voz que atrajo la atención de sir James.

—¿Lo han intentado ustedes?

—He llegado hasta el último extremo.

—Perdone, señor Forsyte; pero ¿a qué llama usted el último extremo?

—Mil quinientas libras y mutuas satisfacciones. Ellos aceptarían el dinero, desde luego; pero quieren también una pública satisfacción.

El gran abogado apoyó la barbilla en la mano.

—¿Intentó usted la satisfacción pública sin el dinero?

—No.

—Pues yo lo intentaría. MacGown es muy rico. La sombra y la sustancia, ¿no? Las expresiones que han dejado caer en las cartas son muy fuertes. ¿No le parece, míster Mont?

—Pero no tanto como las que ella usó contra mi mujer.

Sir James Foskisson miró al joven Nicolás.

—Vamos a ver, vamos a ver —dijo—; ella le llamó...

—*Snob* y cazadora de celebridades —replicó Michael fríamente.

Sir James balanceó su cabeza como si fuera una balanza.

—Inmoral, traidora, víbora. ¿Le parecen a usted palabras más suaves?

—Pero no ponen en ridículo, como las otras. En sociedad, lo verdaderamente trascendental es el ridículo.

Sir James bocetó una sonrisa.

—Pero al Jurado le tiene sin cuidado la sociedad, mister Mont.

—Mi esposa no está dispuesta a dar satisfacciones, a menos que antes haya expresión de arrepentimiento por la parte contraria. Ni yo creo que deba darlas.

Sir James Foskisson pareció respirar con alivio.

—En tal caso —replicó— habremos de pensar si conviene usar las pruebas de los detectives. Si las usamos, necesitaremos citar, como testigos, al portero y a los criados de mister... Curfew.

—Eso mismo —dijo Soames—. Es lo que queríamos decirle.

Lo que era igual que decir: «La conferencia se inicia ahora.»

Sir James repasó durante cinco minutos las pruebas aportadas por los detectives.

—Si esto se confirma, aunque sea en parte —consideró al fin—, ganaremos nosotros.

Michael se había aproximado a la ventana. Los árboles del parque estaban en flor. Algunas palomas picoteaban sobre la hierba. Oyó a Soames que decía:

—Debo advertir a usted que han estado vigilando a mi hija. Naturalmente que no hay nada que decir de ella, excepto algunas visitas a un chico americano gravemente enfermo de pulmonía en el Cosmópolis.

—Visitas de las que estoy enterado y apruebo —saltó Michael, sin volverse.

—¿Podríamos citarlo?

—Me parece que aún está en Bournemouth. Pero está enamorado de miss Ferrar.

Sir James volvióse hacia Soames.

—Si no se trata de conseguir un arreglo, haremos mejor en ir directos al bulto. Porque todo eso de libros, representaciones y clubs nocturnos es demasiado vago...

—¿Ha leído usted la escena oscura de *The Plain Dealer*? —inquirió Soames—. ¿Y esa novela titulada *Canthar*?

Todo eso está muy bien, mister Forsythe; pero no es posible que un Jurado decida sobre bases tan inconcretas.²¹

—Me horroriza —dijo— meterme en la vida privada de miss Ferrar.

—Indudablemente; pero ¿acaso no desea usted ganar el juicio?

—Sí, pero no de esa forma. ¿No podríamos ir al juicio, pagar y no decir nada?

Sir James Foskisson sonrió y miró a Soames: «En realidad —pareció decir—, ¿para qué me ha traído usted a este mocito?»

Soames, a su vez, permanecía absorto en sus pensamientos.

—Lo del piso de Curfew es muy arriesgado; si fracasamos en eso, podía ser cuestión de veinte mil libras lo menos. Seguramente, y por descontado, que ellos piensan llamar a mi hija, y yo he de evitarlo a toda costa. Yo creía que usted podía convertir el caso en una acusación contra la moralidad moderna.

²¹ En el original falta el texto "*Michael had come back to his seat.*", "*Michael había vuelto a su asiento.*" (Nota de la revisora)

Sir James Foskisson se movió inquieto en su asiento y las azules pupilas de sus ojos se acercaron cual punta de alfileres. Después de hacer tres ligeras inclinaciones con la cabeza, igual que si hubiera visto al Espíritu Santo, preguntó al joven Nicolás.²²

—Seguramente el jueves. El juez será Brane.

—Muy bien. El lunes volveremos a vernos. Buenas tardes.

Y quedó sumergido en una inmovilidad de la que se sintieron incapaces de sacarle Soames y Michael.

Silenciosos salieron, en tanto que el joven Nicolás se extendía en divagaciones sobre el mefistofélico sir James.

Camino de la estación del Temple, Michael musitó:

—Es lo mismo que si nos hubieran dicho: «¡Esto es cosa hecha!» ¿No es eso? Ahora voy a leer *The Outpost*. Cuando vea usted a Fleur, ¿le contará lo que ha pasado?

Soames hizo un gesto afirmativo. No sabía cómo se las arreglaban, pero siempre le tocaba a él la parte más ardua.

II

«NO LO CONSEGUIRÁN»

Mister Blythe, en la Redacción de *The Outpost*, acaba de conversar con uno de esos grandes hombres de negocios que tan honda huella dejan en cuantos oyen sus opiniones en estricto tono privado. Sir Thomas Lockit, precisamente no tenía el monopolio ni el control de las manufacturas británicas. En realidad daba la impresión de que debía monopolizarlas; tan positivos eran sus conocimientos y tan grave su énfasis. El país, a su modesto entender, debía adoptar la postura sostenida antes de la gran guerra. Todo dependía del carbón, del problema de las siete horas de trabajo diarias que, según él, «no conseguirían». Un chelín, quizá dos chelines de aumento en el coste de la hulla. Europa no podía ser privada de la producción británica. Escasas personas conocían los geniales pensamientos de mister Lockit; sin embargo, la mayoría de aquellos que les conocían se felicitaban extraordinariamente.

Mister Blythe, a pesar de todo, se mordía un dedo y escupía el resultado.

—¿Quién era ese tipo del bigote grisáceo? —interrogó Michael.

—Lockit. «No lo conseguirán.»

—¡Ah! —replicó Michael sorprendido.

²² En el original falta el texto "*When shall we be reached?*", "*¿Cuándo llegaremos?*" (Nota de la revisora)

—Cada vez se convence uno más, querido Mont, de que las personas realmente peligrosas no son aquellos políticos que piden las cosas con pública pasión; esto es, suave y pausadamente; sino los grandes financieros que desean las cosas con pasión particular, estentórea y rápidamente. Únicamente ellos se entienden, y si nosotros no les hacemos caso, arruinarán al país.

—¿Qué es lo que hacen ahora?

—Nada por el momento; mas algo están tramando. En Lockit, por ejemplo, se ve la futilidad de la decisión férrea. «No conseguirán», lo que está por completo fuera de su voluntad el impedir. Por él el obrero quedaría derrotado y se le haría trabajar como un negro, por pura necesidad. Y, frente a esto, tendríamos la guerra civil. Admito que algunos obreros sean tan malos como él; desean destruir a todo el mundo. Y esto es, un fastidio. Si nos empeñamos en nuevas luchas industriales, ¿cómo podremos avanzar con el Foggartismo?

—Mucho he pensado con respecto a la situación del país —replicó Michael— ¿No estamos desperdiciando el tiempo, amigo Blythe? ¿Puede conducir a algo el decir a una persona que ha perdido un pulmón y lo que necesita es otro nuevo?

Míster Blythe infló un carrillo.

—Verdaderamente —arguyó—. El país tuvo cien años magníficos; desde Waterloo a la guerra, para sumirse en el estado actual. Hoy sigue una línea de conducta tan firme, unas costumbres tan seguras, que nadie, ni publicistas, ni políticos, ni hombres de negocios, pueden pensar, sino de una forma muy restringida, en su reumático industrialismo. El país, en aquellos cien años buenos, superó sus más halagüeñas realizaciones, y ahora necesitaría cincuenta años más para volver a recobrar el verdadero nivel. El mal está en el hecho, que no llegaremos a conseguir la tranquilidad durante los próximos cincuenta años. Un pinchazo u otro (guerra con Turquía o Rusia, trastornos civiles, por no decir nada de otras borrascas generales) puede derribar las bases de un bien establecido plan en cualquier instante. Hemos nacido en una época turbulenta de la historia; estamos convencidos de ello y, conforme con ello, vamos vegetando.

—Entonces ya está bien —gruñó Michael sombríamente, recordando lo que el ministro le había dicho en Lippinghall.

Míster Blythe infló el otro carrillo.

—¡Nada de apostasías, jovencito! En el Foggartismo encontramos ante nosotros las más halagüeñas perspectivas, y hemos de unirnos para darles la forma más idónea; la mejor que podamos. Hemos ensanchado la capacidad de los viejos moldes.

—¿Ha visto usted ese dibujo de Aubrey Greene?

—Lo he visto.

—Muy bien, ¿verdad? Sin embargo, lo que yo en realidad he venido a decirle es que nuestra brutal causa por difamación se verá la próxima semana.

Míster Blythe movió las orejas.

—Lo lamento —dijo—; se gane o se pierda esa causa, nada hay que perjudique a la vida pública como las complicaciones íntimas. Pero usted no dejará que vaya a los tribunales, ¿verdad?

—No podemos hacer nada por impedirlo, pero nuestro abogado se limitará a un ataque a la moralidad moderna.

—No se puede atacar a aquello que no existe —replicó mister Blythe.

—¿Quiere usted decir —respondió Michael con una mueca— que no se ha dado usted cuenta de lo que es la moral moderna?

—Cierto que no. Defínala usted, si le es posible.

—«No seas idiota, no seas anticuado», ésa es la definición.

Míster Blythe rezongó:

—La antigua definición era: «Procede como un caballero.»

—Efectivamente; pero en la mentalidad moderna no existe ese animal bípedo.

—Pero algo queda. Recuerde que al hombre del Neanderthal llegaron a reconstruirle a partir de medio cráneo.

—No puede utilizarse un término, el término *caballero*, que induce a burla, amigo Blythe.

—¡Ah! —replicó míster Blythe—. El defecto más gordo de su generación, muchacho, es la reacción epidérmica ante el ridículo y el miedo a resultar medieval. Eso es propio de cerebros enfermizos.

Michael hizo un gesto.

—Ya lo sé. Vamos a la Cámara. Va a tratarse el proyecto de electrificación de Parsham. Esto nos dará alguna luz sobre la crisis de trabajo.

Cuando se separó de míster Blythe, en el pasillo de la Cámara, Michael halló a su padre acompañado de un señor ya venerable, bajito y de cuidada barba gris.

—¡Oh, Michael! Te hemos estado buscando. Marqués, tengo el gusto de presentarle a mi prometedor hijo. El marqués desea interesarte en el asunto de la electrificación.

Michael se descubrió.

—¿Querría usted acompañarme a la sala de lectura, señor?

Sabía que se trataba del abuelo de Marjorie Ferrar. Aquello podría ser útil. En un extremo apartado del salón, iluminado de manera que ninguna persona pudiera observar cómo otra leía, se acomodaron formando triángulo.

—¿Sabe usted algo de electricidad, mister Mont? —Preguntó el marqués.

—No, señor, excepto que sería conveniente tener algo más de luz en esta habitación.

—Y en todas partes, mister Mont. He podido leer sus teorías acerca del Foggartismo, y permítame usted que le diga que es posible se trate de la futura política; pero nada podrá hacerse mientras ustedes no electrifiquen el Reino Unido. Yo quisiera que empezaran por apoyar el proyecto presentado acerca de Parsham.

Y, con clarividencia insinuante, procedió a oscurecer la mente de Michael.

—Comprendo perfectamente, señor —dijo Michael al fin—. Mas este proyecto aumentará el paro.

—Sólo durante una temporada.

—Sin embargo, yo me pregunto si debemos aceptar calamidades, aunque sea temporalmente. He encontrado numerosas dificultades en interesar al pueblo por el porvenir... Por lo visto a usted le parece el presente tan importante...

Sir Lawrence gimoteó.

—Hay que tomarse cierto tiempo y hacer publicidad, marqués. Pero, querido, mientras el Foggartismo permanezca en la cuadra, hay que cabalgar otro corcel.

—Ya me han aconsejado que acometa el problema del tráfico o el del franqueo postal. Y a propósito: nuestra causa irá a los tribunales la próxima semana.

Las enmarañadas cejas de sir Lawrence se fruncieron.

—¡Ah! —observó—. ¿Recuerda usted, marqués? El lío ese, de su nieta y de mi nuera. Ya le hablé a usted de ello.

—¿Algo sobre caza de celebridades? ¡Una difamación!, ¿no? —preguntó el abuelo—. Mi tía...

En tanto que Michael trataba de averiguar si esta palabra era una interjección o el principio de un recuerdo, su padre interrumpió:

—¡Ah, sí! Fué un caso francamente interesante, marqués. Está incluido en las memorias de Betty Montecourt.

—Los juicios por difamación —siguió el marqués— tenían cierto sabor en nuestro tiempo. Los insultos de que se querellaban eran algo así como: «Con el miriñaque esconde sus piernas torcidas.»

—Si pudiéramos hacer algo por evitar el escándalo —murmuró Michael—, tendríamos que hacerlo ahora mismo. No tenemos tiempo que perder.

—¿No podría usted intervenir, señor? —preguntó sir Lawrence.

La barba del marqués inició un temblequeo.

—Por los periódicos he sabido que mi nieta va a casarse con un individuo llamado MacGown, miembro de esta Cámara. ¿No es así?

—Seguramente —replicó Michael—. Pero he tenido un lío gordo con él. Yo creo que sería mucho más sencillo que se entendiera usted con ella.

El marqués se levantó.

—Mañana la invitaré a desayunar. Soy enemigo de la publicidad. En fin, tengo la esperanza de que votará usted ese proyecto, mister Mont, y que pensará en la cuestión de electrificar el país. Tenemos necesidad de jóvenes que tomen con interés las cosas. Ahora me voy a la galería de los lores. ¡Hasta luego!

Cuando hubo desaparecido, Michael dijo a su padre:

—No lo conseguiré; pero no sabe usted lo que me gustaría que invitase a Fleur a desayunar también. En esta querrela existen dos partes.

III

SOAMES REGRESA A SU CASA

Mientras Soames permanecía sentado con una de las partes en el salón de Fleur, ella le escuchaba en silencio, pero con expresión de testarudo resentimiento. ¿Qué sabía su padre de la humillación y desaliento que había tenido que sufrir ella? ¿Acaso podría decir él, ante el tribunal, que el canto arrojado se había estrellado contra el reflejo de su misma imagen? ¿Podría admitir que las palabras *snob* y cazadora de celebridades le habían llegado hasta el alma? Jamás podría él saber el insulto espiritual que ella había recibido, el repentino apagamiento de su propia importancia, así como el esfumarse de aquella esperanza, de aquel anhelo de elevarse, de ser, de figurar, tan necesario hoy día para todos. Inquieto por la expresión que veía en la cara de su hija, e interesado por los problemas prácticos de aquel número de circo que se desplegaba ante su vista, al mismo tiempo que meditaba desesperadamente, queriendo encontrar la manera posible de mantenerla fuera de él, Soames se hallaba como un pez fuera del agua.

—Te sentarás enfrente, junto a mí —dijo—. Me vestiré de manera que no llame la atención. ¿Deseas que asista tu madre?

Fleur se encogió de hombros.

—Me da igual —dijo Soames—. Pero si desea venir, tal vez sea mejor. Brane no es un juez guasón, gracias a Dios. ¿Has estado alguna vez en un juicio?

—No.

—Lo más importante es que te estés tranquila y no te preocupes por nada. Todos estarán a tu espalda, menos el jurado... Que en realidad no tiene nada de particular. Si los miras, no te sonrías.

—¿Por qué? ¿Son acaso peligrosos, papá?

Soames pasó por alto su ligereza.

—Llevaré un sombrero pequeño. Michael se sentará a tu izquierda. ¿Habéis arreglado ya eso de... no contaros vuestras cosas?

—Sí.

—Me parece que no deberías volver a hacer cosas así. Michael te quiere mucho.

Fleur afirmó.

—¿No tienes otra cosa que decirme? Ya sabes que estoy... muy preocupado por ti.

Incorporó Fleur, yendo a sentarse en el brazo de la butaca que ocupaba su padre, quien, al instante, sintió una sensación de alivio.

—Ahora, realmente, no me preocupo. El daño ya está hecho y sólo espero darle un mal rato a esa...

A Soames, que tenía el mismo deseo, le extrañó algo verla así expresando.

Poco después se despidió de Fleur y fué en busca de su automóvil para emprender el triste regreso a Mapledurham. La noche de primavera era fría y Soames subió los cristales. En un principio pensó poco, y luego aún menos. Había pasado una mala tarde y le agradaba ahora el suave perfume que Annette había vertido en el automóvil. La ruta le era suficientemente conocida para transportar sus ideas más allá de lo estupendo que era ver el mundo tan lleno de gente de seis a siete de la tarde. Se adormecía, se despertaba y volvía a dormir. ¿Dónde estaba ahora?... ¡Ah, sí!, en Slough... Había estado allí en el colegio, con el joven Nicolás y St. John Hayman, antes de ir a Marlborough, y después de aquella época habían ido otros jóvenes Forsytes. ¡Hacía ya cerca de sesenta años! Recordaba su primer día... Cuando era un muchacho inexperto, con su sombrero nuevecito y llegó junto con un cajón que su madre le había atiborrado de cosas de comer, después de bendecirlo con aquellas palabras: «Allí, querido Summy, esto te hará muy popular.» Él había contado con tener provisiones suficientes para varias semanas; pero apenas enseñó unas pocas de ellas a sus condiscípulos, éstos tomaron la caja al asalto, sugiriéndole la gran

idea de zampárselo todo. En veintidós minutos, veintidós muchachos habían aumentado literalmente de peso, y él, mientras hacía el reparto, se había visto obligado a comer menos que nadie. Únicamente le había quedado un paquete de galletas, apolilladas, cosa que jamás le había hecho gracia. Luego, otros tres chicos que le reprocharon de su idiotez, por haber permitido a los primeros que se zamparan todo tan vorazmente, en vez de reservar algo para ellos, le obligaron, como novatada, a poner su cabeza, para sentarse uno tras otro encima de ella. Su popularidad duró exactamente veintidós minutos, y jamás hubo señal de que volviera. Desde entonces fué enemigo declarado del comunismo.

Saltando un tanto en su mullido asiento, recordó a su primo St. John Hayman, cuando le arrojó a un seto y le dejó allí un eterno minuto. ¡Qué bestias eran aquellos chicos! Por un instante agradeció a Michael que tratara de alejarlos de Inglaterra. Y, sin embargo..., todavía guardaba algunos agradables recuerdos de todos ellos. Su colección de mariposas, por ejemplo, recordaba cómo había vendido dos ejemplares de «Red Admirals» a otro chico, por un chelín y tres peniques. ¡Retornar a la infancia! ¡Caramba, caramba! Tirar guisantes con una cerbatana a los pasajeros de un tren en marcha; beber jerez, ajenjo, y volver a su casa con un premio ganado por haber recitado doscientos versos de *The Lady of the Lake*, mucho mejor que Borrowings, alias «tarta de cereza». ¿Qué habría sido de Borrowings, alias «tarta de cereza», aquel chaval que disponía de tanto dinero en el colegio que su padre quebró? ¡«Tarta de cereza», Borrowings!

Slough se perdió en el horizonte.

Ahora estaban en plena campiña; hizo descender el cristal para disfrutar un poco de la brisa. Hasta él llegó el perfume de los árboles y de la hierba. ¡Llevar a los chicos fuera de Inglaterra! Al otro lado de los mares, en aquellas grandes extensiones sonaban raras expresiones, también allí se oían, en verdad. También aquí se oían, en verdad. La dicción correcta era algo que se cuidaba mucho en Slough... Menos entre aquellos muchachos que la tenían bastante defectuosa. Recordaba la primera vez que sus padres —James y Emilia— fueron a verle; eran muy distinguidos (antes que este vocablo pasase a ser legendario), resaltaban, en ellos, patillas y miriñaque; por cierto que aquellas malas bestias de sus compañeros hicieron algunas observaciones ofensivas. ¡Sí, sí; echarlos de Inglaterra!... Sin embargo, en aquellos días, los muchachos no hubieran tenido a donde ir. Soames aspiró profundamente el olor del mar. Decían que Inglaterra estaba cambiada, podrida, tal vez hecha una perfecta calamidad. ¡Bah!, todavía olía igual. Su tío abuelo Simón, hermano de Forsyte el Grande, había marchado de niño a las Barbadas, y... ¿se había vuelto a saber algo de él?; por lo menos él, no. El joven Jon Forsyte y su madre —su primera, infiel, y aún no completamente olvidada mujer— se marcharon a los Estados Unidos, y ¿se volvería a tener noticias de ellos? Era de esperar que no. ¡Inglaterra! Cualquiera

día, cuando tuviera tiempo, y el auto estuviera libre, iría junto a las riberas del Devon, donde estaban los lares de los Forsytes. De sobra comprendía que allí no habría ya nada suyo, y por eso a nadie hablaría de su viaje; pero indudablemente la tierra conservaría algún sabor..., y allí también habría una lápida...; ¡chaladuras! Los hoteles, los *cottages* y las gramolas estropeaban el río. Era cosa rara que a Fleur no le hubiera gustado nunca el río. Tal vez porque era demasiado lento... Hoy todo era seco y rápido, al estilo de América. Pero ¿existiría fuera de Inglaterra algún río comparable con el Támesis? ¡No no! En ninguna parte podía crecer una hierba tan verde, tan luminosa, tan espesa, donde poder sentarse a contemplar las vacas y los grandes chopos y los álamos... Nada tan seguro y tranquilo para ser cada uno dueño de sí mismo y pensar en Constable, en Masón y Walker...

El automóvil chocó suavemente con algo y se detuvo. ¡El maldito Riggs, siempre estaba dando topetazos! Miró. El chófer se había apeado, y estaba mirando atentamente el guardabarros.

—¿Qué ocurre? —preguntó Soames.

—Me parece que es un cerdo, señor.

—¿Dónde?

—¿Voy a verlo o sigo andando?

Soames miró en torno suyo. No había ninguna vivienda a la vista.

—Será mejor que se cerciore...

El chófer desapareció detrás del vehículo. Soames continuó sentado. Jamás había tenido cerdos. Decían que era un animal bastante limpio. Sin embargo, la gente no trataba al cerdo como debía. ¡Qué tranquilidad, qué reposo! Ni un coche en el camino; en la quietud, en el silencio, la brisa parloteaba con las zarzas. Empezaban a verse algunas estrellas.

—Es un cerdo, señor. Todavía respira.

—¡Ah! —exclamó Soames. Está bien; si un gato tiene siete vidas, ¿cuántas tendría un cerdo? Acordóse de la única adivinanza que solía oír a su padre: «Si sardina y media cuesta tres peniques y medio, ¿cuál será el precio de tantas sardinas?» Aun cuando era entonces muy pequeño, se había dado verdadera cuenta de lo tonto que era...—. ¿Dónde está?

—En la cuneta, señor.

Un cerdo era propiedad ajena; pero si se quedaba en la cuneta, nadie se daría cuenta del atropello, por lo menos hasta que él pudiera llegar a su casa.

—¡Vámonos! —gritó—. ¡No! ¡Espera un momento! —y abriendo la portezuela bajó del auto. Al fin y al cabo, el pobre bicho estaba en peligro—. Enséñamelo —dijo; y se aproximó a donde le señalaba el chófer.

Allí, en la cuneta, un bulto oscuro lanzaba débiles y cavernosos ronquidos, como, los de un hombre que dormita en el sillón de su club.

—Debe de ser de alguna de esas granjas que hemos ido dejando atrás — explicó el chófer.

Soames contempló al cerdo.

—¿Tiene algo roto?

—No, señor. El guardabarros está en perfecto estado. Ha sido un choque de suerte.

—Digo el cerdo.

El chófer tocó con el pie al animal. El cerdo chilló y Soames tembló. ¡Podía oírlo alguien!, y aquel demonio de chófer llamando la atención... Sin ninguna perspicacia. Pero ¿es que sin tocarlo puede saberse si un cerdo tiene o no algún hueso roto? Soames se aproximó, y vio los ojillos del animal; cierta simpatía se despertó en su alma. ¡Quizá tenía una pata rota! El chófer volvió a darle un puntapié. El cerdo dejó oír un lamento detestable, e incorporándose, chillando y gruñendo, echó a correr. Soames regresó a su asiento.

—¡Vámonos! — dijo —. ¡Los cerdos no piensan más que, en sí mismos! Y los labriegos son tan malos como ellos y tan poco complacientes con los automóviles.

Naturalmente que él no estaba muy seguro de que no les asistiera la razón... ¡Destrozaban tanto! Desde la alfombrilla en que descansaban sus pies, los ojillos del cerdo parecían mirarle. ¿Se decidiría a poner algunos en los prados de su propiedad, a la otra orilla del río?

¡Comer el tocino propio, y curar los propios jamones! Al fin y al cabo, no dejaba de ser importante poseer cerdos pulcros y bien alimentados. Aquella obra del viejo Foggart decía que Inglaterra debía intensificar su producción alimenticia y poseer cierta autarquía por si llegara otra guerra. Aspiró profundamente... Olor a hornada. ¡Todo dispuesto ya! ¡Todavía se hacía pan en Inglaterra! Los países extranjeros aumentaban su capacidad alimenticia... Sin embargo, no hay carne como la carne inglesa; no hay cereal como el trigo inglés. Y por lo que respecta a las patatas, no se encontraba ni una decente en Italia ni en Francia. ¡Y ahora se quería firmar un tratado comercial con Rusia! Con aquellos bolcheviques, que detestaban a Inglaterra... ¡Comerse sus huevos y su trigo; gastar sus pieles y sus grasas!... El coche hizo un viraje, hundiéndole de lado en los almohadones. ¡La iglesia del pueblo!... Aquel maldito Riggs siempre esquivando algo... Pequeña, pero bonita, la iglesia, con su bajo campanario y sus arbustos... Esto sí que no se podía ver fuera de Inglaterra: lápidas, inscripciones, árboles de hoja perenne y verde... Por cierto, que eso le recordaba... Algún día le habrán de enterrar a uno... Aquí tal vez. Entonces...

¡nada de flores! Solamente su nombre: Soames Forsyte, esculpido en áspera piedra, como en aquella tumba de Highgate, donde él se había sentado... Y no habría necesidad de grabar «Aquí descansa...» ¡Naturalmente que descansaría! En cuanto a cruz, no sabía qué hacer. Lo más probable era que se la pusieran, sin contar con su gusto. Le gustaría yacer en un rincón, lejos de la gente... Debajo de un manzano u otro árbol frondoso... Cuanto menos se acordaran de él, mucho mejor. Quitando a Fleur, naturalmente... ¡Y ella tendría tantas cosas en que pensar!

El automóvil subió la última cuesta, hasta llegar al nivel del río. Soames lo vió fluir, en la oscuridad, entre los chopos, como el espíritu de Inglaterra que corriera escondido... El coche penetró en la avenida y se paró ante la puerta. Soames pensó que no le diría nada a Annette de que la causa iba a ir a los tribunales... Ella no podía sentir como él... ¡Carecía de nervios!»

IV

CUESTIONARIO²³

El enlace de Marjorie Ferrar se había fijado para la Pascua florida; la luna de miel, en Lugano; la residencia, en Eaton Square; el *trousseau*, en «Clotilde»; la asignación para alfileres, en dos mil libras anuales; el cariño de la novia..., en nadie. Cuando he aquí que un día recibió un aviso telefónico: «¿Podría ir a almorzar a casa de Shropshire?» Se inmutó. ¿Qué le sucedería al abuelo?

Sin embargo, a las doce y media del día siguiente, Marjorie penetraba en la mansión ancestral, dejando casi todos sus cosméticos y pinturas en el tocador de su cuarto. El marqués, que leía el periódico frente a una estufa eléctrica, arrojó sobre ella su luminosa y astuta mirada:

—Bueno, Marjorie, ¿nos sentamos o prefieres almorzar de pie? Tenemos sopas, huevos, pescado... ¡Ah!, y uvas. Nos tratan bien... ¿Querrás servir el café?

—Y tú, ¿qué deseas, abuelo?

—Gracias, gracias. Yo pasearé por la habitación e iré picando aquí y allí. Con que... te casas, ¿eh? ¿Un buen matrimonio?

—Eso dicen.

—No ignoro que él está en los Comunes. ¿Supones que podrías interesarlo en el proyecto de electrificación de Parsham?

—¡Oh, sí! Se interesa mucho por la electricidad.

—¡Ah! Hombre sensato... Supongo que tendrá obras, talleres... ¿Están electrificados?

—Me parece que sí.

²³ En el original "Catechism". (Nota de la revisora)

El marqués le lanzó otra mirada.

—No tienes ni la menor idea —replicó—. Sin embargo, eres encantadora. Por cierto, ¿qué se dice de una causa por difamación?

¡Debiera haberlo esperado! El abuelo era un rato listo. ¿Qué ignoraría?

—Supongo que no te interesará, abuelo.

—No estoy de acuerdo contigo. Mi padre y el viejo sir Lawrence Mont fueron grandes amigos. ¿Por qué os empeñáis en sacar a relucir los trapos sucios ante un jurado?

—Yo no me empeño.

—¿Acaso no eres tú la demandante?

—Sí.

—Pues ¿de qué te quejas?

—De que han hablado mal de mí.

—¿Quién?

—Fleur Mont y su padre.

—¡Oh! ¿Y qué diablos han dicho?

—Que no tengo sentido de la moral.

—Pero... ¿acaso lo tienes?

—Como la mayoría de las personas.

—¿Y nada más?

—Que soy una perfecta víbora y una serpiente de cascabel.

—No me gusta eso. Y ¿por qué lo dijeron?

—Sólo porque me oyeron llamarle a ella *snob*; lo que en realidad es.

El marqués, que había acabado con su racimo de uvas, colocó un pie en una silla, el codo sobre la rodilla, la barba en la mano, y comentó:

—Actualmente, Marjorie, ninguna deidad preside nuestra sangre. Sin embargo, para algo somos nobles; es una gran equivocación olvidarlo.

Marjorie quedó muy sorprendida. Todos respetaban bastante al abuelo, hasta su mismo hijo, con quien no se hablaba. Pero... oírle manifestar que ella era noble *para algo* era demasiado grotesco. ¡Todos aquellos melindres estaban muy bien para el abuelo, a su edad, y con su carecía de tentaciones! Además ella, a causa de la vanidad de las instituciones inglesas, ella no podía poner en juego su nombre. Aun cuando lo sintiera profundamente —por Lord Charles y por Lady Ursula— no podía someterse, le disgustaban las ceremonias...

Deseaba pasar por una bohemía. Además, ella «era para algo»: para no ser torpe ni trasnochada.

— Está bien, abuelo; yo quise arreglarlo, pero ella se negó... ¿Café?

— Sí, café. Pero dime: ¿estás contenta de ti misma?

Marjorie Ferrar le aproximó una taza.

— No. ¿Quién puede estarlo?

— Tiras con bala... —replicó el marqués—. Según tengo oído, vas a disfrutar de una buena posición social. Eso significa poder... Y has de saberlo usar, Marjorie. Él es escocés, ¿verdad?... Y... ¿le quieres?

Nuevamente la aguda mirada la envolvió.

— A veces.

— Ya lo veo. Has de tener cuidado con tu pelo rojo. El cabello rojo es valiosísimo en ocasiones. En el *Match* de Eton y Harrow, o en las conversaciones de sobremesa; pero no te dejes llevar por él después de tu matrimonio. ¿Dónde vas a vivir?

— En Eaton Square. Y en una posesión de Escocia, también.

— Electrifica tus cocinas. Las mías ya son eléctricas. Disipan el mal humor del cocinero y se guisa mucho mejor. Pero volvamos a esa causa. ¿No podrías decirle que te arrepientes?... ¿Para qué gastar el dinero en picapleitos?

— Ella desea que yo sea la que primero dé satisfacciones. Y yo deseo que sea ella.

El marqués tomó su café de un sorbo.

— Así, pues, ¿qué podemos hacer? Me enoja el sensacionalismo, Marjorie. Acuérdate del escándalo del otro día. Cualquier nota de ese tipo en la actual sociedad, es un remache más para nuestro ataúd.

— Si deseas que hable con Alec...

— ¡Hazlo! ¿Es pelirrojo?

— No; tiene el pelo negro.

— ¡Ah...! ¿Qué preferirías como regalo de boda?... ¿Encajes?

— ¡No! Ya nadie lleva encajes.

Miróla el marqués, inclinando la cabeza. «No puedo colocar esos encajes», parecía decir.

— Acaso preferirías un filón de carbón. Electrificado a lo mejor daría dinero en seguida.

Marjorie Ferrar soltó una carcajada.

—Ya sé que andas apurado, abuelo. No quiero un filón, gracias. Resultan demasiado caros. Me basta con tu bendición.

—Me pregunto —dijo el marqués— sino se podrían negociar las bendiciones. A tu tío Dangerfield le ha dado por la agricultura, y me está arruinando. Si por lo menos se pudiera hacer crecer el trigo por la electricidad... sería la única forma de mantenerlo a sus precios actuales. En fin, si has acabado de almorzar, hasta luego. Tengo que irme a trabajar.

Marjorie Ferrar, que en verdad empezaba a almorzar, apretó la mano de su abuelo. Era un buen viejo, aunque demasiado rápido...

La misma tarde, en un palco del St. Anthony, halló una ocasión propicia para abordar el asunto, al hacer MacGown referencia a la visita de Soames.

—¡Oh, Alec! ¿Y por qué no has acabado ya con este asunto? Mi abuelo también está contra mí, a causa de eso.

—Lo acabaré mañana, si ellos dan explicaciones —replicó MacGown—; pero es de todo punto indispensable una satisfacción de su parte.

—¿Y qué dirán de mí, Alec? No quiero servir de blanco a los cotilleos.

—Mira, hay cosas que no se pueden pasar por alto; el comportamiento de esa gente ha sido infame.

Con un irresistible impulso, Marjorie preguntó:

—¿Cómo supones tú realmente que soy, Alec?

MacGown apoyó su diestra en el brazo desnudo de la muchacha.

—No «supongo cómo eres»; «sé cómo eres».

—¿Cómo?

—Desafiadora.

¡Extraño juicio! Curiosamente halagador por una parte... Sin embargo...

—¿Quieres decir que me gusta sacar de las casillas a la gente, hasta que cree que soy... lo que no soy? Pues suponte —sus pupilas desafiaron a las de MacGown— que lo soy verdaderamente.

MacGown apretó el brazo que tenía sujeto.

—No lo eres..., ni quisiera oírtelo decir. Sé lo que son murmuraciones, y no ignoro lo que se habla de ti. Por eso hay que enseñar a los que gustan de la difamación, que no puedan practicarla como si tal cosa.

Marjorie Ferrar volvió la vista hacia la naturaleza muerta del telón echado, sonrió, y dijo:

—Querido, eres peligrosamente provinciano.

—Sigo la línea más recta, donde la encuentro.

—Efectivamente; pero en Londres no se encuentra en ningún sitio. Habrás de cambiar de modo de ser, Alec, o sufrirás mucho a causa mía.

—Pues creo en ti más que tú misma.

Marjorie se alegró verdaderamente que en aquel momento preciso se levantara el telón, pues estaba confusa y algo emocionada.

En lugar de afirmarle en su deseo de abandonar el litigio, esta breve conversación le dió la sensación que justamente de esta causa dependía la suerte de su matrimonio. Alec sabría entonces a qué atenerse, y ella lo mismo. Saldrían a relucir preciosos pecadillos de su vida, y, o bien él no se casaría con ella, o, si se casaba, no lo haría engañado por las apariencias. ¡Adelante, pues! Claro que la aguardaban momentos aburridísimos: principalmente el cuestionario legal preparatorio por el que habría de pasar. Por ejemplo; ¿qué efecto produciría en sus amistades y conocidos aquellas cartas? Bajo el punto de vista de su recitación, el asunto era muy trascendental. Pero ¿cómo lo sabría?... Dos damas le habían rehusado ya sus invitaciones del fin de semana; una de ellas era un empingorotada condesa, y la otra una millonaria canadiense, casada con un *baronet* venido a menos. Hasta entonces no se le había pasado por mientes a Marjorie que tal pudiera ser la razón; pero bien podía haber sido... Aparte de ellas, Marjorie ignoraba lo que pensaban de ella...; quizá se hiciera lo humanamente posible para presentarla ante el Jurado como un caso de inocencia ultrajada. ¡Dios, Dios! ¿Y si a ella le daba por declarar su verdadera fe ante el Jurado, y los dejaba a todos con la boca abierta? Su verdadera fe; mas... ¿cuál era?... Jamás abandonar a un amigo; no desechar a ningún nombre; no apurarse por nada; hacer las cosas llevando la contraria a los demás; estar siempre resuelta a todo; no ser grotesca ni cursi. En total: un torbellino... ¡Bueno! Ahora era preciso no perder la cabeza...

V

AQUEL DÍA

Aquel día, Soames se levantó en Green Street con cierta inquietud febril. ¿Por qué no era ya el día siguiente?

Su idea de presentar la defensa atacando a la moralidad moderna había sido confirmada en nuevas entrevistas con el joven Nicholas y con sir James Foskisson. Foskisson evidentemente iba a poner todo su entusiasmo en aquello... acaso la había hecho sufrir algún disgusto; y sí lo tomaba de modo semejante al viejo Bobstay, que ahora, a los ochenta y dos años, acababa de publicar sus Memorias, aquella desvergonzada, perdería la serenidad y quedaría en completa evidencia. La tarde anterior, Soames había tenido una

entrevista con el juez Brane, de la que había salido bastante satisfecho; el docto juez, aunque más joven que él, era lo suficiente anticuado para la época.

Luego de cepillarse los dientes, de colocarse los postizos y lustrar bien sus cabellos, Soames dirigióse a la habitación vecina, y dijo a Annette que regresaría tarde. Annette parecía siempre muy joven en la cama, y esto, aunque constituyera una satisfacción para él, no podría perdonárselo del todo a su mujer. Cuando él falleciera, tal vez dentro de quince años, ella no tendría más de los sesenta, y quizá podría acaso vivir aún veinte más.

Incorporóse lo suficiente para advertir:

—Tienes tiempo de sobra para alborotar en la Audiencia, Soames.

Annette se volvió del otro lado y Soames volvió a su habitación y echó un vistazo por el balcón. El aire olía a primavera. ¡Indignante! Se duchó y afeitó cuidadosamente —no quería ir con un corte en la barba—, y volvió al aposento de Annette, a fin de vigilar que no se pusiera ninguna prenda llamativa. La halló en ropa interior color de rosa.

—Yo de ti, me vestiría de negro —dijo Soames.

Annette le contempló de soslayo por encima de su espejo de mano.

—¿A quién quieres que fascine, Soames?

—Esa gente arrastrará a sus amistades; personas conspicuas, de seguro.

—No tengas miedo; no trataré de parecer más joven que mi hija.

Soames volvió a salir.

¡Aquella francesa! Tenía que reconocer que poseía muy buen gusto para vestir... Apenas acabó de almorzar, marchó a casa de Fleur. Winifred e Imogen se ocuparían de Annette. También ellas iban al juicio. ¡Como si hubiera algo agradable en este maldito asunto!

Tocado con su sombrero de copa deambulaba por Green Park repasando una y otra vez sus pruebas. No había aún yemas en los árboles —era un año tardío— y la Real Familia estaba aún fuera de la capital. Al pasar por delante de Palacio pensó: «¡Qué populares son...!» Suponía que debía gustarles contemplar frente a ellos aquel gran grupo escultórico Imperio, todo músculos y carne, y enormes animales..., nada moderno en esto, como tampoco en el monumento conmemorativo a Alberto; cosas de las que ahora huía toda la gente..., pero cosas que hablaban de paz y de abundancia. Al llegar a Westminster, atajó, a través de un penetrante olor a freiduras de pescado, yendo a parar a North Street, entre cuyas placenteras casitas alza su torre la esbelta iglesita de Wren. Aun cuando nunca Soames entraba en una iglesia que no fuera la de San Pablo, hallaba como una especie de confortación admirando sus exteriores. Las iglesias eran sólidas y se mantenían firmes; jamás parecía preocuparse de lo que la

gente dijera de ellas. Sintióse un poco mejor al penetrar en South Square. En el vestíbulo, *Dandie* le salió al encuentro. El afecto de *Dandie* le conmovía siempre agradablemente, aunque era poco aficionado a los perros... Le complacía más que aquel diminuto bichejo chino *Ting-a-ling*, que antes habían poseído. Este perro, por lo menos, tenía carácter, carácter tenaz y dominante, del que hubiera conseguido poco toda una tribuna de testigos. Apartando la mirada del perro, Soames contempló a Michael y a Fleur, que ascendían la escalinata. Después de examinar con rapidez el terno marrón y la corbata moteada de Michael, sus ojos se detuvieron en el rostro de su hija. Estaba pálida, pero bien arreglada, sin nada excesivamente moderno, gracias a Dios. Ni *rouge*, ni polvos, ni *rimmel* en los ojos; muy bien caracterizada para su papel. Vestía un traje negro, también de muy buen gusto, que indudablemente le había sido difícil hallar en su ropero. El deseo de que Fleur no estuviera nerviosa aquel día se sobrepuso en Soames a toda otra preocupación.

—¡Verdadero perfume primaveral! —comentó—. ¿Nos vamos?

En tanto buscaban un coche, Soames intentó tranquilizarla.

—Ayer fui a visitar a Brane; ha cambiado mucho desde que nos conocimos. Yo fui uno de sus primeros procuradores.

—He aquí una desventaja, señor. ¿No le parece?

—¿Por qué?

—Porque temerá aparecer agradecido.

¡Este Michael! ¡Tan charlatán como siempre!

—Nuestros jueces —replicó— son buena gente, vistos en conjunto.

—Probablemente. ¿Sabe usted si lee con frecuencia, señor?

—¿Qué quieres decir... con eso de *si lee*!

—Si lee novelas. Nosotros, en los Comunes, apenas las leemos.

—Sólo las mujeres leen novelas —respondió Soames. Y echando una mirada al vestido de Fleur, decidió—: Tendrás necesidad de una piel. Ese vestido es muy ligero.

En tanto que ella iba a buscar la piel. Soames preguntó a Michael:

—¿Qué tal ha descansado?

—Mucho mejor que yo, señor.

—Eso es tranquilizador. Ya está aquí el coche. Y, sobre todo, ten cuidado con el escocés ese.

—¿No sabe usted que todos los días le veo en los Comunes?

—¡Ah, sí! —replicó Soames—, no me acordaba. Supongo que allí no os ocuparéis de nada de esto.

Y cogiendo a su hija del brazo, la llevó hasta el coche.

—Me gustaría saber si el viejo Blythe comparecerá —oyó decir a Michael al pasar frente a las oficinas de *The Vanguard*. Fué la primera observación que hizo durante el corto trayecto, y, no habiendo obtenido respuesta, fué también la última.

El Palacio de Justicia aparecía en su aspecto habitual, y mucha gente, vestida de negro y de azul, se precipitaba dentro.

—¡Maldita cueva! —musitó Michael.

Soames desaprobó la comparación dando un golpe con el codo a su yerno... Para él, aquel sitio, con sus escaleras ocultas, sus oscuros pasillos y las voces que de cuando en cuando se oían, era un terreno casi familiar.

Todavía era bastante temprano y subieron lentamente por la escalera. En realidad todo aquello era una solemne tontería. Allí estaban, tanto ellos como los miembros de la parte contraria, para obtener ¿el qué? Soames estaba asombrado de sí mismo por no haber insistido en que Fleur diera una satisfacción. Si se hubiera tratado de otra, le hubiera parecido muy natural...; mas en el caso de su hija, le parecía ahora haberse comportado estúpidamente. Hizo apresurar el paso a Fleur, pese a todo, entre los calmosos paseantes, funcionarios, testigos y demás. Unas palabras dichas en voz baja a un ujier, y se hallaron dentro, acomodados en su sitio. El joven Nicholas ocupaba ya su puesto y Soames se acurrucó de tal manera que no se veía otro bulto que el de sir James cuando apareció entre ellos. Por un instante, volvió a recordar el pretérito, como pudiera haberlo hecho un jugador retirado de *criquet*, que cogiera de nuevo su bastón. Contempló al público por encima del hombro del viejo Nicholas.

Efectivamente, había venido muchísima gente. No podía ser de otra forma... tratándose de aquella desvergonzada que vivía siempre de cara al público. Había un gran derroche de elegancia. De todos modos ya llegarían más. Se volvió de pronto; la tribuna del Jurado se llenaba..., se llenaba de gentes de aspecto vulgar. ¿Por qué sería que los Jurados siempre los constituían tipos vulgares? Él jamás había sido jurado. Contempló a Fleur. Estaba allí sentada, meditando no se sabía el qué. En cuanto a Michael, sus oídos parecían muy atentos. En aquel instante vió a Annette. Sería mejor que no fuera a sentarse allí, porque cuantos más de la familia estuvieran juntos, más llamarían la atención. En consecuencia, agitó su mano hacia ella y le señaló un sitio detrás. ¡Ah!, se marchaba. La acompañaban Winifred e Imogen; allí estarían a sus anchas. Y de pronto, junto con su abogado y MacGown, muy vivaz y animada, apareció la demandante. ¡Pues no estaba sonriendo, la desvergonzada! Tratando de no

mirarla de frente, Soames pudo ver cómo se acomodaba unos seis pies más allá. ¡Ah!, en aquel momento llegaba la defensa, Foskisson y Bullfry, juntos y obesos como especuladores. Pronto se estarían llamando uno a otro «mi querido amigo» y tratando de cortarse mutuamente el cuello. Pensó si tal vez habría sido mejor dejar a Foskisson que defendiera a la parte contraria y encargar la propia a Bullfry, aquel feo y anchote, pero hábil y competente abogado. Soames y Michael teniendo entre los dos a Fleur, y a su espalda, a Foskisson y su pasante. Settlewhite y el escocés con la desvergonzada entre los dos, y detrás, Bullfry y su pasante... ¡Sólo faltaba el juez para terminar el cuadro! ¡Al fin llegó! Soames, cogiendo del brazo a Fleur, la hizo levantar. ¡Bow! ¡Aquí! Un lado del semblante de Brane parecía más abultado que el otro. Soames pensó si padecería dolor de muelas y si esto podría afectar la marcha de la causa.

Ahora empezaría la retahíla de costumbre, sobre tal y cual vista; las que se verían en la semana siguiente, etc., etc.; esto ya había acabado, y el juez volvía de un lado para otro la cabeza como para cerciorarse de que el campo estaba preparado convenientemente. Entonces Bullfry se levantó:

—Con la venia de Su Señoría...

En la forma de costumbre empezó, y con la barroca descripción de costumbre acerca de la personalidad de la demandante: nieta de un marqués, prometida de un futuro *premie...*, preeminente figura en los más brillantes círculos sociales..., dotada de un espíritu elevado, quizá de una intelectualidad demasiado elevada... ¡en fin! La corriente y académica descripción del defensor. ¡Maldito desharrapado!... El Jurado no debía olvidar que trataba, por ambas partes, con miembros de la más alta sociedad, así como también debía recordar que las mismas palabras tienen idénticos significados y consecuencias, sea cual sea la sociedad en que se profieran. ¡Hum! Hizo una ligera referencia al incidente acaecido en el salón de Fleur; reducida, por supuesto... ¡Ah! Una alusión a su propia persona... Hombre de posición y de prestigio; e inmediatamente se leyeron las cartas infamantes. Un golpe de efecto... ¡Ciertamente muy bien preparado! Aquellas cartas obligaban a la querellante a tomar enérgicas medidas...

—Y ahora he de llamar a Mrs. Ppynrryn.

—¿Cómo escribe usted ese nombre, míster Bullfry?

—Con dos pees, dos íes griegas, dos enes y dos erres, señor juez.

—Está bien.

Soames contempló a la poseedora de aquel nombrecito. Bella mujer, de tipo moderno y vestida al último grito. Escuchó con atención su declaración; la explicación que daba de lo sucedido en el salón de Fleur parecía estrictamente sincera. Había recibido la carta infamante un par de días después y creyó un deber de amistad informar a miss Ferrar. Comprendía que aquel incidente y

aquellas cartas habían perjudicado a miss Ferrar. No en vano pertenecía a la alta sociedad. Muchas personas habían hablado de ella; era un incidente público que había apasionado a la opinión. Había enseñado su carta a Mrs. Maltese, quien, a su vez, le mostró la que ella misma había recibido. Y el asunto había sido el tema de todas las murmuraciones.

Ahora Bullfry se sentaba y se levantaba Foskisson.

Soames dobló su atención. ¡A ver cómo se portaba el hombre!... ¡La forma en que expusiera los hechos era tan importante! Bueno; él había podido ver cosas peores. Foskisson tenía la mirada clavada en el espacio mientras interrogaba la dejaba caer de repente sobre la testigo, esperando la respuesta; la boca, un tanto abierta, como si fuera a comérsela; la lengua, visible de cuando en cuando sobre el labio inferior, y la mano, desocupada, se agarraba a algo invisible por debajo de la toga.

—Ahora, Mrs... Ppynrryn, este incidente, como mi buen amigo lo ha definido, sucedió en casa de Mrs. Mont, ¿no es así? Y ¿cómo se encontraba usted allí? Se encontraba en calidad de amiga. ¡Como una amiga! ¿Es que quizá tiene usted algo que decir contra Mrs. Mont? Indudablemente que no. ¿Cómo, pues, creyó usted conveniente y caritativo para la demandante y para otras personas fomentar este pequeño incidente, poniendo en ello toda su habilidad?

Todos los ojos estaban fijos en él.

—Mire: si una amiga mía recibiese una carta como ésta, hablando de mí, me gustaría que se me dijera por qué, quien la escribió, me insultaba.

—¿Aun cuando su amiga conociera ya el insulto y fuera a su vez amiga de la que escribió la carta?

—Naturalmente.

—¡Por Dios, señora! ¿No será mejor decir que el aspecto sensacional de esta pequeña querrela le pareció una oportunidad demasiado buena para renunciar a ella? ¡Tan fácil como hubiera sido destruir la carta y no hablar de ella a nadie! No querrá usted decir que le hizo pensar mal de miss Ferrar, pues usted ya la conoce demasiado bien, ¿no es verdad?

—Así es.

—Está bien; como amiga de ambas partes, usted sabía que las frases cruzadas no fueron sino tonterías que no había que tomar en serio.

—Naturalmente que no.

—Si eran palpablemente falsas, ¿podían perjudicar en algo el buen nombre de miss Ferrar?

—Yo creo que sí.

—No, ciertamente con usted..., ya que usted era su amiga.

—Conmigo claro que no.

—Pues otros no hubieran conocido nunca tales frases de no haber sido por usted. En fin, señora, que gozó usted con el caso, ¿no es cierto?

—¿Que gocé? No por cierto.

—Dice usted que juzgó su deber divulgar la carta. ¿Es que no goza usted cumpliendo su deber?

La palabra que asomaba a los labios de Soames murió en ellos.

Ahora descendía Foskisson y subía Bullfry.

—Por consiguiente, Mrs. Ppynrryn, su experiencia, como la de casi todos nosotros, no tan perfecta acaso como la de mi docto amigo, es que, en ocasiones, el cumplimiento del deber resulta un tanto penoso.

—Sí.

—Muchas gracias. ¡Mrs. Edward Maltese!

Durante el interrogatorio a que fué sometida esta otra dama, que era fuerte y morena, Soames trató de apreciar el efecto producido por Fleur y por la desvergonzada en los cuatro únicos hombres del Jurado, cuyas pupilas parecían susceptibles de apreciar la belleza femenina. De todas maneras no se había llegado a un resultado definitivo, cuando sir James Foskisson se levantó para preguntar, a su vez, a la testigo.

—Dígame, Mrs. Maltese: Entre las acusaciones de la demandante, ¿cuál le parece más grave?

—La palabra *traidora* de mi carta y la expresión *serpiente de cascabel* de la carta de Mrs. Ppynrryn.

—¿Le parecen estas expresiones más graves que las otras?

—Sí.

—He aquí algo que puede ayudarnos, señora. ¿El círculo social a que usted pertenece no es acaso el mismo al que pertenece la demandante?

—Pues no exactamente.

—Esfera distinta, ¿eh?

—Sí.

—Ahora dígame usted en qué esfera, en la de usted o en la de la demandante diría usted que el insulto *no tiene el menor sentido de la decencia* aparecería como el más o el menos condenable.

—No se lo puedo decir.

—Únicamente quiero su opinión. ¿Opina usted que su sociedad es tan avanzada como la de Mrs. Ferrar?

—Tal vez no.

—Es cosa sabida que ella se mueve en una sociedad muy libre y complaciente, ¿no es así?

—Creo que sí.

—Sin embargo, la sociedad de usted es bastante avanzada...; quiero decir que no es usted una *trasnochada*.

—¿Que no es «qué», sir James?

—*Trasnochada*, señor juez. Es una expresión que se usa mucho en la sociedad moderna.

—¿Qué significa eso?

—Que no es pazguata, gazmoña y anticuada, señor juez.

—Ya.

—Bueno; le preguntaba si era usted una *trasnochada*...

—No, señor juez; me parece que no.

—A mí también me lo parece —continuó sir James—; así que, no siéndolo, no le molestaría que le dijera: «Querida, careces del sentido de la decencia.»

—No... si me lo dijeran en forma tan amable.

—Entonces, Mrs. Maltese, esta expresión dicha tan amablemente, o al revés, ¿contiene alguna censura para sus amigas?

—Al revés, sí, señor.

—¿Debo deducir por ello que el concepto de la moral, de la decencia, es igual en su esfera que en la del señor juez?

—¿Cómo ha de responder a eso la testigo, sir James?

—Permítame su señoría: quiero decir si en su esfera causa extrañeza o escándalo que los matrimonios se divorcien o que las parejas que no lo son se vayan juntos a París o a donde les dé la gana, a pasar una semana.

—¿Escándalo?, ¿extrañeza? Porque una no tenga estómago para hacer una cosa así, no le debe escandalizar.

—En total, que a usted no le escandaliza.

—A mí no me escandaliza nada.

—Si tal ocurriera sería usted una *trasnochada*, ¿no es así?

—Tal vez.

—Está bien; entonces, dígame: si tal es la opinión de su círculo social y declara usted que, a pesar de todo, es menos libre que el de la demandante, ¿cómo es posible que las palabras *no tiene el menor sentido de la decencia* hayan podido causarles algún daño?

—Nuestro círculo social no es todo el mundo.

—No. Admito que únicamente una pequeña parte del mundo vive en su círculo; mas pueden decirme, usted o la demandante, si se preocupan de algo...

—¿Cómo puede la testigo, sir James, decir si la demandante se preocupa?

—Entonces, ¿puede usted decirme si se preocupa de la gente que no pertenece a su círculo social?

Por dos veces Soames movió la cabeza. Aquel hombre era un «hacha». Sus ojos se detuvieron en Fleur, que contemplaba a la testigo; una ligera sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Personalmente, yo no me preocupo de lo que digan o piensen, aun en mi mismo círculo.

—¿Quiere usted insinuar que tiene un carácter más individualista que el de la demandante?

—Digo que tengo el mismo.

—¿Es miss Ferrar notoriamente individualista?

—Sí.

—Gracias, Mrs. Maltese.

Ahora subía Bullfry y bajaba Foskisson.

Con la venia de Su Señoría, voy a llamar a la demandante.

Soames descruzó sus piernas.

VI

EN LA TRIBUNA.

Marjorie Ferrar subió a la tribuna, no nerviosa precisamente, pero sí muy peripuesta. La Prensa daría cuenta al día siguiente de su negro atavío con apliques en chinchilla y su negro sombrero favorecedor. Besó el aire ante la Biblia, exhaló un hondo suspiro y se volvió cara a mister Bullfry. Durante la última quincena le había contrariado cada vez más la manera que esta causa había llegado a preocuparla. Ella la había iniciado y en aquel momento se encontraba absolutamente despojada de toda iniciativa. Efectivamente había hecho el descubrimiento de que cuando la maquinaria de un juicio se pone en marcha, más que oprimir el botón de marcha lo que se requiere es saber detener sus revoluciones. Esperaba que Alec y los abogados fueran bien, si todo iba mal.

La consoló la voz de mister Bullfry, debidamente timbrada. Sus preguntas eran familiares, y a cada respuesta su confianza crecía y su misma voz resonaba más clara y agradable a sus propios oídos. Sentíase cómoda de pie y procuraba que su figura apareciese lo más ingenua posible. Le pareció que su papel interesaba al juez, al jurado y a todos los presentes, a los que veía de una manera vaga. ¡Si aquella insignificante *snoob* no hubiera estado sentada allí, sin expresión alguna entre ella y el tribunal! Cuando al fin tomó asiento mister Bullfry y se levantó sir James Foskisson, Marjorie casi sucumbió al deseo de empolvase la nariz. Oprimiendo fuertemente la balaustrada que tenía delante, resistió a la tentación; y mientras el abogado recogía sus papeles y se cruzaba la toga, el primer temblor de la mañana recorrió su espinaza. Menos mal que al hablar, el abogado podía mirarla.

— ¿Ha tomado usted parte alguna vez en alguna causa, miss Ferrar?

— Nunca.

— ¿Tiene usted presente lo que ha jurado?

— Lo tengo.

— Ha dicho usted a mi docto amigo que no guardaba animosidad alguna contra Mrs. Mont. Tenga la amabilidad de leer este párrafo señalado en *Evening Sun* del 3 de octubre pasado. ¿Lo redactó usted?

Como si terminara de salir desde un invernadero al helado viento Norte, Marjorie sintió cierto frío. ¿Entonces lo sabían todo?

— Sí; yo lo redacté.

— Como usted sabe, termina así: «Entre tanto, la emprendedora dama no desaprovecha oportunidad de afianzar su salón sobre la curiosidad que siempre suscitan todos los filibusterismos políticos.» Se refiere a Mrs. Mont, ¿no es así?

— Sí.

— Para tratarse de una amiga, no es muy amable, ¿eh?

— No hay en ello nada malo.

— ¿Le hubiera gustado que lo escribieran refiriéndose a usted?

— Si yo hubiera hecho lo que ella no me hubiera extrañado que lo hicieran.

— Ésa no es una contestación convincente; mas permítame que le pregunte: ¿Le hubiera gustado a su padre leer eso acerca de su hija?

— Mi padre jamás lee esa columna del periódico.

— Entonces, ¿le sorprende que el padre de Mrs. Mont la leyera? Y a propósito: ¿Suele usted redactar muchos de esos amables párrafos, en la Prensa, refiriéndose a sus amigas?

—No muchos.

—Pero si alguno de vez en cuando, ¿verdad?, y ellas, ¿siguen siendo sus amigas?

—En sociedad no es fácil saber quién es amiga y quién no lo es.

—Estamos de acuerdo, miss Ferrar. Admite usted que ha hecho una o dos críticas —según creo, estas fueron sus palabras— con respecto a Mrs. Mont, en su misma casa: ¿Suele usted ir a muchas casas para poner de vuelta y media a sus dueñas?

—No; más, en todo caso, no espero que me estén escuchando detrás de las puertas.

—Entendido; mientras no sea usted descubierta, todo va bien: ¿No es eso? Ahora vamos a ver: En el primer miércoles del pasado octubre, hablando usted con ese caballero Philip Quinsey, ¿utilizó usted la palabra *snob* aplicándola a la anfitriona?

—Me parece que no.

—Haga memoria. Ya ha oído la declaración de Mrs. Ppynrrryn y Mrs. Maltese. Esta última dice, recuérdelo bien, que míster Forsyte, padre de Mrs. Mont, dijo a usted en aquella ocasión: «Ha llamado usted *snob* a mi hija en su propia casa, señorita... Es usted una traidora; haga el favor de retirarse.» ¿No es así la versión exacta?

—Es probable.

—¿Quiere usted insinuar que míster Forsyte inventó la palabra *snob*?

—Digo que pudo equivocarse.

—La palabra *snob*, ¿verdad que no es muy amable? ¿No existió otra razón para que él la llamara traidora?

—Mis observaciones no fueron entendidas por él. Exactamente no recuerdo lo que dije.

—Bueno, ¿quiere usted que llamemos a mister Forsyte para hacerle recordar con exactitud lo que dijo? Yo, desde luego, puedo asegurarle que usted la llamó *snob*, no sólo una, sino dos veces durante su breve charla.

—Ya le he dicho que no recuerdo. Él hizo muy mal en escuchar.

—¡Perfectamente!, ¿se alegra entonces usted de haber escrito la nota del periódico sobre Mrs. Mont, así como de las palabras desagradables que a sus espaldas le dedicó en su propio salón?

Marjorie Ferrar apretó la balaustrada, hasta que la sangre le hormigueó por las palmas de las manos. La voz del abogado era inflexible.

—Y, a pesar de todo, miss Ferrar, parece que usted protesta de que los demás en justo desquite, digan de usted cosas ofensivas. ¿Quién le aconsejó que trajera este asunto a los tribunales?

—En primer lugar, mi padre; luego, mi prometido.

—¿Qué es sir Alexander Mac Gown? ¿Frecuenta los mismos círculos sociales que usted?

—No; él más bien frecuenta los círculos políticos.

—Muy bien; y él, ¿ignora las normas de conducta que imperan en los círculos de usted?

—Los distintos círculos sociales no son tan definidos como para eso.

—Siempre se aprende algo nuevo, miss Ferrar. Mas dígame: ¿Sabe usted qué idea tienen los círculos políticos de sir Alexander sobre la moral y la conducta individual?

—No es fácil saber que existe poca diferencia con la que tienen mis propios círculos.

—¿Quiere usted decir, miss Ferrar, que existen políticos, rebosantes de responsabilidad, que puedan alimentar una idea tan falaz y ligera como usted, de la moralidad y la conducta privada de cada cual?

—¿Quién le ha dicho a usted, sir James, que la idea de la moral que sustenta la señorita sea ligera y falaz?

—En cuanto a la conducta privada, con la venia de Su Señoría, creo que sus respuestas han demostrado la ligereza con que juzga las obligaciones en que incurre todo aquel que acepta una hospitalidad, por ejemplo. Y ahora hablemos de la moral.

—Creo que mejor haría usted exponiendo sus conclusiones. ¿Qué tienen que ver los políticos con todo esto?

—Quiero decir, Señoría, que esta dama da transcendencia a palabras que un hombre público o un ciudadano cualquiera podría hallar ofensivas, pero de las que ella pronuncia de acuerdo con sus ideas, no puede ofenderse.

—Para eso tiene usted que demostrar cuáles son sus ideas. Siga usted.

Marjorie Ferrar, por un momento tranquilizada, recuperó un tanto de su serenidad. ¡Sus ideas!

—Dígame, miss Ferrar. Ahora que todos sabemos el significado de la palabra *trasnochado*: ¿Son los hombres públicos más trasnochados que usted?

—Ellos dicen serlo.

—¿Los cree usted hipócritas?

—No me ocupo de ellos.

—¿Aunque va usted a contraer matrimonio con uno de ellos?... Usted se queja de la frase «No tiene el menor sentido de la decencia». ¿Ha leído usted la novela *Canthar*?

Y el letrado tenía en la mano el libro.

—Creo que sí.

—¿No está usted segura?

—La he leído por encima.

—Recogiendo la crema del libro, ¿eh? Lo habrá leído lo suficiente para formarse una opinión. ¿No es así?

—Sí.

—¿Está usted conforme con el punto de vista expresado en esta carta dirigida a un periódico?: «Ese libro rompe con la estupidez británica, que condena cualquier obra de arte franca y sin velos.» ¿Le parece eso bien dicho?

—Sí, odio a la opinión pública.

—*Canthar* es, sin ningún género de duda, Literatura. Esta palabra está escrita con ele mayúscula. ¿Cree usted también que es Literatura?

—Literatura, sí. Tal vez no gran literatura.

—¿Pero supone usted que está bien que haya sido publicada?

—No veo por qué no lo había de estar.

—¿Sabe usted que esta novela no está editada en Inglaterra?

—Lo sé.

—Mas ¿opina usted que debería editarse aquí?

—Claro que no es un libro para todos.

—Haga el favor de no irse por la tangente. En su opinión, ¿debería publicarse la novela *Canthar* en Inglaterra? Medítelo bien, miss Ferrar.

¡Aquel bestia no perdonaba nada! No se le escapó que ella titubeaba un momento para comprender adonde quería conducirla.

—Sí; opino que la literatura debe ser libre.

—Y si esta novela se publicase aquí, ¿no aprobaría usted su prohibición?

—No.

—¿No aprobaría usted la prohibición de ningún libro, por razones de índole moral?

—No puedo decirlo sin conocer el libro en cuestión. La gente no está obligada a leer todo lo que se publica, como usted muy bien sabe.

—¿Y cree usted que su punto de vista sobre este asunto es el mismo que el de los hombres públicos y los ciudadanos vulgares?

—No; creo que no lo es.

—Pero numerosas amistades suyas compartirán estos puntos de vista.

—Lo espero así.

—Una opinión contraria sería trasnochada. ¿No lo cree así?

—Si le gusta llamarlo así... Pero no es ésa la palabra exacta que yo utilizaría.

—¿Qué palabra utilizaría usted, miss Ferrar?

—Yo suelo decir que sería *gagá*.

—Me temo que la explicación de esa palabra al Jurado nos lleve mucho tiempo.

—No por mi parte, sir James. Me es perfectamente familiar. Significa *chochez*.

—La ley es omnisciente, Señoría. Entonces, miss Ferrar, cualquiera que no comparta su opinión y la de muchas de sus amistades sobre el tema de este libro, ¿será una persona *gagá*?²⁴

—Desde el punto de vista estético, naturalmente.

—¡Ah, la estética! Ya sabía que llegaríamos a ella. Supongo que usted no relacionará el arte con la vida.

—No.

—Sin embargo, ¿no cree usted que tiene alguna influencia sobre la vida?

—No debería tenerla.

—Cuando un autor usa como tema de su libro una inmoralidad patente, dándole toda importancia y todo énfasis, ¿supone usted que no ejercerá ningún efecto en los lectores, aun cuando éstos sean muy jóvenes?

—No puedo contestar por los demás; en mí, desde luego, no lo ejercería.

—En realidad, ¿es usted inasequible a influencias extrañas?

—No sé lo que me quiere usted decir con eso.

—Lo que dice usted del divorcio entre el arte y la vida, ¿no es hablar por hablar?

²⁴ En el original falta el texto "*that is to say, in his or her dotage?*", "*es decir, en su senectud*". (Nota de la revisora)

—Ciertamente que no.

—Déjeme planteárselo de otra forma: ¿Es posible para los que creen en la moral corriente mantener sus ideas de que el arte no ejerce ninguna influencia sobre la vida?

—Posiblemente... Siempre que sean personas de cultura.

—¡Cultura! Y usted, a su vez, ¿cree en la moral corriente?

—No acabo de penetrar lo que usted define por moral corriente.

—Voy a decírselo, miss Ferrar. Defino por moral corriente, por ejemplo, que las mujeres no tengan *liaisons* antes de su matrimonio ni después de él.

—¿Y los hombres?

—Gracias en su nombre: voy a hablar de los hombres. Y que los hombres no las tengan, por lo menos después.

—Yo no definiría a esto moral corriente de ninguna manera.

Después de ceder a su irónico impulso, comprendió que había cometido una torpeza. Su Señoría se había vuelto hacia ella, preguntándole:

—¿Debo entender que usted cree que es moral en las mujeres tener *liaisons* anteriores a su matrimonio, y en hombres y mujeres tenerlas después?

—Admito que esa es la moral corriente, señor juez.

—No le pregunto sobre la moral corriente; le pregunto si, según su punto de vista, esto es moral.

—Yo creo que a mucha gente le parece correcto, aunque no lo confiese.

En seguida se dió perfecta cuenta del movimiento producido en el jurado y en la tribuna. Sir Alexander dejó caer su sombrero. Una nariz sonándose estrepitosamente rompió el silencio; el rostro del consejero real Bullfry desapareció de su vista. Marjorie sintió que la sangre afluía a sus mejillas.

—Tenga la amabilidad de contestar a mi pregunta. ¿Usted cree que eso es correcto?

—Yo... Creo que... depende.

—¿De qué?

—De... De las circunstancias..., del ambiente..., carácter..., de muchas cosas, en fin.

—En usted, por ejemplo, ¿sería correcto?

Marjorie Ferrar permaneció inmóvil.

—No puedo contestar a esa pregunta, señor juez.

—Diga usted mejor... que se niega a contestarla.

—Quiero decir que ignoro cómo contestarla.

Y, con idéntica sensación que le hubiera producido el pasar por una capa de hielo que podía romperse, vio asomar nuevamente entre los pliegues de su pañuelo el semblante de Bullfry.

—Muy bien. ¡Siga usted, sir James!

—Sea como sea, debemos entender, miss Ferrar, que los que creemos que esas son inmoralidades e irregularidades somos unos hipócritas, según usted.

—¿Por qué no han de ser sinceros?

Ahora él la miraba. A ella no le gustaba nada aquel modo de mirar.

—Antes de que termine esto verá usted como lo soy, miss Ferrar.

—¿Trae hecho su plan?

—Créame, señorita. Le conviene dejar las ironías para otro sitio. Según usted, ¿no existe peligro alguno en leer un libro como *Canthar*?

—No debería haberlo.

—¿Quiere usted decir que no lo habría si todos estuviéramos tan estéticamente, tan educados, por ejemplo..., como usted? Mas ¿lo estamos acaso?

¡Maldito bruto! Marjorie respondió tranquilamente.

—No.

—Luego, el peligro existe realmente. Pero eso le tiene a usted sin cuidado. No propongo, señor juez, que lea esta repugnante novela. Debido seguramente a su escandalosa reputación, se cotiza a cerca de nueve libras el ejemplar. Y me atrevo a decir que este dato es por sí mismo una respuesta a la opinión de la demandante de que el llamado arte no tiene influencia sobre la vida. Hemos hecho el considerable dispendio de comprar algunos ejemplares, y suplicamos que durante el intervalo del almuerzo, el Jurado lea algo así como una docena de pasajes, que hemos marcado de antemano.

—¿Tiene usted un ejemplar para mí, sir James?

—Sí, señor juez.

—¿Y otro para míster Bullfry?... Si oigo risas, despejaré la sala. Siga usted.

—¿Conoce usted la asociación teatral *Ne Plus Ultra*, miss Ferrar? Tiene por objeto representar obras muy avanzadas, según tengo entendido.

—Obras... avanzadas o no, yo no lo sé.

—Obras rusas y de nuestros dramaturgos de la Restauración.

—Sí.

— ¿Ha tomado usted parte en esas representaciones?

— En ocasiones.

— ¿Recuerda usted una comedia titulada *The Plain Dealer*, escrita por Wycherley, que se representó el siete de enero pasado? ¿Tenía usted a su cargo el papel de Olivia?

— Sí.

— ¡Bonito papel!

— Un papel precioso.

— Yo he dicho ¡bonito papel!

— Pero a mí no me gusta esa expresión.

— Demasiado inocente, ¿no? ¿Era su papel el de una mujer honrada?

— No.

— Hacia el final, ¿no es excesivamente atrevida? Me refiero a la escena oscura.

— No sé si es atrevida.

— De todas maneras, usted no dudó ni un instante en representar ese papel. ¿No le molestó dicha escena?

— No comprendo por qué me habría de molestar. Si me hubiera molestado, no hubiera actuado.

— ¿Actúa usted por dinero?

— No; por mera afición.

— Entonces puede usted rechazar un papel cuando quiera.

— Si lo hiciera así, jamás me ofrecerían otro.

— Le suplico que no me conteste con evasivas. Representó el papel de Olivia, no por dinero, sino por afición. ¿Le gustó representarlo?

— Bastante.

— He de rogar al Jurado, Señoría, que lea por encima la escena oscura de *The Plain Dealer*.

— ¿Quiere usted decir con eso, sir James, que la mujer que representa un papel inmoral carece de moral? Esto echaría abajo muchas excelentes reputaciones.

— No, Señoría. Quiero decir que hay una señorita tan celosa de su buen nombre ante la sociedad, que entabla una causa por difamación, porque en una carta privada se ha dicho que carece de moral; y al mismo tiempo, esa señorita lee y aprueba libros como *Canthar* y representa papeles como el de Olivia en *The*

Plain Dealer y vive en un círculo social que realmente no conoce el significado de la palabra moral, y que mira a la moral, en fin, como nosotros la gripe. Por lo que yo considero que la expresión «no tiene el menor sentido de la moral», que aparece en la carta de mi cliente, resulta, más que nada, un verdadero cumplido.

— ¿Cree usted que se escribió como cumplido?

— Eso no, Señoría.

— Está bien. Usted quiere que el Jurado lea la escena en cuestión. Van ustedes a tener trabajo durante el almuerzo, señores. Siga, sir James.

— Ahora debo recordar, miss Ferrar, que mi docto colega aludió al hecho de estar usted prometida a un acaudalado y respetado miembro de los Comunes. ¿Cuándo se iniciaron sus relaciones con él?

— Hará unos seis meses.

— Supongo que no tendrá usted secretos para él.

— No sé si debo contestar esa pregunta.

— No sé si ella debe, sir James...

— Me alegra infinito esa resistencia, Señoría.

¡Irónico bestia! Como si la gente no tuviera secretos para los demás.

— Su compromiso matrimonial no se hizo público hasta enero, ¿no es así?

— Efectivamente.

— ¿Debo suponer que hasta esa fecha no estuvo usted segura de su propia voluntad?

— Suponga lo que crea más conveniente.

— Ahora permítame que la pregunte, miss Ferrar: ¿Ha entablado usted esta demanda para defender su buen nombre... o porque estaba usted apurada de dinero?

Nuevamente afluyó la sangre a las mejillas de Marjorie.

— No.

— ¿Estaba usted apurada cuando la entabló?

— Sí.

— ¿Mucho?

— No más que lo había estado en otras ocasiones.

— ¿Me permite manifestar que debía usted una gran cantidad de dinero y que sus acreedores la apremiaban?

—Como usted quiera.

—Me satisface que lo confiese, miss Ferrar. De otro modo hubiera tenido yo que probarlo. Y ¿no ha entablado usted este juicio en el deseo de poder satisfacer algunas de sus deudas?

—No.

—¿Se dió usted cuenta a principios de enero de que le sería difícil obtener alguna suma por retirar su querrela?

—Me parece que me hablaron de una oferta.

—Y ¿por qué no la aceptó usted?

—Porque Mrs. Mont se negó a dar la satisfacción que yo exigía.

—¡Exactamente! Y ¿no fue una casualidad que precisamente entonces se decidiera a contraer matrimonio con sir Alexander MacGown?

—¡Una casualidad!

—Me refiero al anuncio de su próximo enlace.

¡El muy bestia!

—No tiene nada que ver una cosa con otra.

—¡Es natural! Por tanto, cuando entabló usted la demanda no le importaba un pito que la gente pensara si tenía moral o no.

—La entablé principalmente porque Mrs. Mont me llamó *víbora y serpiente*.

—Le ruego que conteste a mi pregunta.

—A mí no me preocupaba ni poco ni mucho, pero si preocupaba a mis amigos.

—Es raro, siendo su concepto de la moral parecido al de usted... Y completamente acomodaticio.

—Sin embargo, el de mi prometido no es así.

—¡Ah! Eso no. Ya dijo usted que no era de su mismo círculo social. Pero el resto de sus amigos piensan como usted. Y usted no se avergüenza de su cómoda filosofía, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿por qué avergonzarse por ellos?

—¿Cómo puedo yo saber la filosofía de mis amigos?

—¿Cómo puede ella saberlo, sir James?

—Con la venia de Su Señoría... ¡Muy bien, miss Ferrar! Creo que querrá usted mantener sus puntos de vista. Permítame concretar su filosofía en cuatro

palabras. Usted cree, ¿no es así?, en la plena expresión de su independencia y considera su deber romper con todo convencionalismo, llamado moral, que pueda estorbarle.

—No he dicho jamás que tuviera una filosofía.

—Por favor, no eluda la respuesta.

—No suelo eludir nada.

—Lo celebro. ¿Cree usted ser el único juez de su conducta?

—Sí.

—Pero usted sola no piensa así, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Es el punto de vista, en efecto, de lo que podríamos llamar vanguardia de la sociedad moderna: vanguardia a la que usted pertenece y a la que se siente orgullosa de pertenecer. Y en esta esfera de la sociedad, en tanto usted no quebrante la verdadera ley, piensa y se comporta como le place, ¿verdad?

—Siempre no actuamos según nuestros principios.

—Efectivamente; pero entre sus amigos, aun cuando no siempre se actúe de acuerdo con él, se tiene por principio juzgar por uno mismo y hacer lo que convenga, sin reparar en convencionalismos, ¿no es eso?

—Probablemente.

—Y viviendo en ese círculo social y teniendo semejantes ideas, ¿es usted tan osada que piensa que las palabras «no tiene el menor sentido de la moral» le dan derecho a exigir una indemnización?

La voz de Marjorie sonó con acritud.

—Yo tengo mi moral. Acaso no sea igual que la de usted, pero vale tanto como ella, tal vez más. En todo caso yo no soy hipócrita.

Nuevamente le vió mirarla con ojos centelleantes, y comprendió que había cometido una nueva torpeza.

—Dejemos aparte mi moral, miss Ferrar; pero avancemos un poco en lo que usted llama la suya. Con sus mismas palabras: ¿Depende de las circunstancias, del ambiente y del temperamento, que usted se ajuste o no a las reglas corrientes de la moral?

Mordiéndose los labios, Marjorie quedó silenciosa.

—Tenga la bondad de contestarme.

Ella inclinó la cabeza.

—Sí...

—Muy bien.

El abogado hizo una pausa, revolviendo sus papeles, y Marjorie retrocedió. Había perdido la serenidad y se la había hecho perder a él. A toda costa debía conservar ahora su cabeza firme. En este momentáneo intento de hilvanar sus ideas, reparaba en todo: expresiones, gestos, ambiente, la curiosa y dramática expresión de más de un centenar de caras inmóviles. Vió a una señora entre el Jurado; vió al juez romper la punta de una plumilla con los ojos vueltos a otra parte, como si buscara algo que corriera por la sala; vió, allá abajo, el labio colgante de mister Settlewhite; la cara de Michael, vuelta hacia ella en duro gesto; la máscara de Fleur Mont, llenas de rubor las mejillas; los puños apretados de Alec y sus pupilas fijas en ella. En todo aquello había algo intensamente cómico. Si, por lo menos, ella fuese del tamaño de Alicia en *El País de las Maravillas*, y pudiera unirlos a todos en su mano y apretarlos como a una baraja... Tan expresivos, tan inmóviles todos, a merced de ella. Aquella bestia irónica había terminado el manoseo de sus papeles, y se aproximaba de nuevo.

—Ahora escuche con atención, miss Ferrar: Su Señoría le dirigió hace unos instantes una pregunta, de modo general, que usted no pudo contestar. Dígame si, «para usted, es correcto tener —aquí Marjorie pudo ver a Michael cubrirse el semblante con las manos—, si ha tenido usted, en fin, alguna *liaison*».

Y en el timbre de su voz, en la expresión de su cara, se veía perfectamente que el abogado conocía alguna *liaison* de la demandante.

Entre la espada y la pared, Marjorie no tenía pared en qué apoyarse.

Transcurrieron diez, veinte, treinta segundos... Juez, Jurado, ¡aquel viejo lagarto con la mano bajo los faldones de su toga y los ojos desviados! ¿Por qué no arrojó aquel indignado ¡no!, que había ensayado tanto? Pero ¿y si él tenía pruebas..., como dijo que las tenía de las deudas?

—Tómese tiempo para pensar su respuesta, miss Ferrar; usted conoce, por supuesto, lo que es una *liaison*.

¡El muy bestia! A punto de negar, Marjorie pudo ver a Michael inclinarse hacia su abogado y musitar: «¡Deje eso!» Y luego, la insignificante *snob* la miró y la escudriñó con expresión astuta y despectiva. «Escuchen ahora su mentira», parecía decir. Y Marjorie contestó vivamente.

—Creo insultante esta pregunta.

—¡Vamos, miss Ferrar! Después de lo que aquí ha dicho..., después de lo que...

—Después de todo eso, no contestaré.

—¿No contestará usted?

—No.

Un murmullo persistente alzóse en el público.

—Muchas gracias, miss Ferrar.

¿Podía oírse acento más irónico? El bestia se sentó.

Marjorie Ferrar quedó en pie, retadora, pero sin tierra bajo sus plantas. ¿Y ahora? Los de su parte le hacían señas; descendió de la tribuna y, pasando ante su adversarios, volvió a ocupar su asiento, junto a su prometido. ¡Qué sofocado y rígido estaba! El juez habló:

—Queda suspendida la vista para el almuerzo, míster Bullfry.

Levantándose, salió, seguido del Jurado. El murmullo de la sala se convirtió en sonora charla. Marjorie se levantó. Míster Settlewhite le dirigía en aquel momento la palabra.

VII

«HARTA»

Conducida por su abogado a un pequeño cuarto cuyo fin era servir de refugio a los testigos, Marjorie Ferrar miró al letrado con ansiedad.

—¿Y bien?

—Una desacertada negativa, miss Ferrar; muy desacertada. Me temo que su efecto haya sido desastroso para el Jurado. Si pudiéramos dejarlo aquí, sería mejor.

—Para mí, me es igual.

—En tal caso, permítame que lo arregle. Veré a sir Alexander y míster Bullfry en seguida.

—¿Cómo podré salir sin que me molesten?

—Por esa escalera. Encontrará usted algún coche en Lincoln's Inn Fields. Y ahora dispéñeme, miss Ferrar —y con una leve y grave inclinación de cabeza el letrado se retiró.

Marjorie Ferrar no cogió coche alguno. Se fué andando. Si era verdad que su última contestación había sido fatal, de un modo general, estaba contenta de su comportamiento. No había mentido, y, no sólo había hecho frente a aquel «bestia sarcástico», sino que en muchos momentos le había dado lo que merecía. ¿Y Alec? Bueno; ¡qué le iba a hacer! Había insistido demasiado en que el caso fuera a los Tribunales; ahora que había ido, debía estar contento... Adquirió un periódico y penetró en un restaurante, y allí pudo leer una descripción de su persona, acompañada de su fotografía. Tomó un buen almuerzo y siguió su paseo por Piccadilly.

Penetró en el parque, y sentada bajo un árbol, que empezaba a florecer, inspiró tranquilamente el humo de su pitillo. El Row estaba casi desierto. Escasas personas, de poca o ninguna significación social, ocupaban unas cuantas sillas. Una amazona enseñaba a un niño a llevar su *poney* al trote. Únicamente algunos gorriones y una paloma parecían prestarle atención. El aire olía a primavera. Permaneció sentada durante algún tiempo con la grata sensación de que nadie en el mundo sabía dónde se encontraba. Era extraño, bien pensado, que millones de personas, saliendo diariamente de sus casas, talleres u oficinas para dirigirse a otra parte, estuvieran tan perdidas para el mundo como las piedras que se tiran a un estanque... ¿No sería desagradable desaparecer así, para siempre, y probar el encanto de la vida incógnita? Bertie Curfew marchaba nuevamente a Moscú; ¿y si le acompañase en calidad de secretaria y *bonne amie*? ¡Bertie Curfew..., ella había fingido estar cansada de él! Y ahora su pensamiento le puso cara a cara con el futuro. ¡Alec! ¡Explicaciones! ¡Qué dura era la palabra! Alec tenía una lista de sus deudas y había prometido pagarlas como regalo de bodas. ¿Y si no había boda? A Dios gracias, ella tenía algo de dinero contante y sonante. Se lo había ganado, el día anterior, la yegua de cuatro años, tan cuidadosamente criada en las cuadras de su padre... Venció a una jaquita por una buena distancia. Marjorie se incorporó y vagó por el parque, dilatando su busto (en desafío a la moda masculinizante, que, por fin, empezaba a decrecer) para respirar el aire suave a pleno pulmón.

Saliendo del parque se dirigió a la estación de South Kensington y adquirió un periódico de la última edición. Éste contenía un relato completo de la vista bajo llamativos titulares: «Ataque a la moralidad moderna.» «Miss Marjorie Ferrar, ante el Tribunal.» Era gracioso estar allí, leyendo aquellas frases entre gentes que leían lo mismo sin distinguirla a ella de Eva..., como no fuera por el traje. Siguiendo su camino hacia Wren Street, giró el llavín en la puerta y vio un sombrero. ¡Ya le aguardaban! Se detuvo por un momento, y pálida bajo los polvos, como si hubiera sufrido mucho, penetró en el estudio.

MacGown estaba allí, sentado, sosteniéndose la cabeza con las manos. Sintió compasión de él; era demasiado ancho, demasiado fuerte, tenía demasiada vitalidad para aquella actitud. MacGown levantó la cabeza.

—¿Qué hay, Alec?

—Dime la verdad, Marjorie. Esto es un tormento.

Aun cuando había sido tan poco razonable no atendiendo a sus prevenciones, Marjorie casi envidiaba la hondura de su pena. Pero replicó con ironía:

—¿No decías conocerme mejor que yo misma?

Con la misma voz opaca, él repitió:

—¡La verdad, Marjorie, la verdad!

Pero ¿por qué había ella de confesarle nada? ¿Tenía acaso él algún derecho sobre su pasado? Sus derechos se limitaban al porvenir. La eterna cuestión...: los hombres esperan de las mujeres más de lo que ellos están dispuestos a dar. La perenne desigualdad de sexos. Pero esto significaba algo en los tiempos en que las mujeres tenían hijos y los hombres no; pero ahora que las mujeres sabían todo lo concerniente al sexo, y sólo tenían chiquillos cuando querían, y aún no siempre, ¿por qué habrían de ser más libres los hombres?

Y replicó con lentitud:

—A cambio de tus aventuras, podré contarte las mías.

—¡Por amor de Dios, no te burles de mí! Estas últimas horas han sido para mí un verdadero suplicio.

Su cara evidenciaba sus palabras. Marjorie respondió con sentimiento:

—Ya te advertí que me perjudicarías, Alec. ¿A qué ese empeño en llevar el caso a los Tribunales? Te hice caso..., y ahora no te gusta.

—Entonces ¿es verdad?

—Sí; ¿por qué no?

MacGown exhaló un gemido, retrocediendo hasta que su espalda chocó con la pared, como si temiera perderse en medio de la habitación.

—¿Quién fué él?

—¡Oh, no!, eso no te lo puedo decir. Y tú, ¿has tenido muchas aventuras?

Él no prestó la menor atención a su pregunta. ¡No le diría nada! Sabía perfectamente que ella no le amaba y estas cosas únicamente importan cuando se ama. En fin..., su agonía, al fin y al cabo, era un tributo a ella.

—Tú estás muy bien sin mí —habló Marjorie lúgubrementemente.

Y sentándose, prendió lumbre a un pitillo. ¡Una escena! ¡Qué cosa tan poco elegante! ¿Por qué no se iba? Hubiera preferido verle enfurecido, antes que ciego, mudo y sordo como se encontraba.

—¿Fué aquel americano?

Ella no pudo contener la carcajada.

—¡Oh, no! ¡Pobre chico!

—¿Cuánto tiempo duró?

—Cerca de un año.

—¡Dios mío!

MacGown se precipitó hacia la puerta. ¡Si por lo menos la abriera y se largara!

—¡No sabía que fuese tan violento! ¡Parecía trastornado! ¡Pasiones *transnochadas*!

Abrió la puerta bruscamente y se marchó.

Ella se tendió en el diván todo lo larga que era: no estaba lo que se dice hastiada ni desesperada, sino en actitud de completa indiferencia. ¡Qué idiota y qué anticuado! ¿Por qué no sería como ella: libre de prejuicios, acomodaticia, y tomase la vida tal como le venía? ¡Prejuicios, pasiones, principios, compasión!...; cosas tan pasadas de moda como los vestidos que ella usaba cuando era sólo una cría. ¡Bueno! ¡Que fuera con Dios! Hubiera sido terrible vivir bajo el mismo techo, compartir el mismo lecho con un hombre tan lleno de primitivismo, que hubiera sido capaz de rechazar a su mejor amigo por celos hacia su mujer. ¡Vivir con un hombre que tomaba tan en serio la existencia! La vida era un pitillo, que se fumaba y se arrojaba en seguida; una danza que había que bailar. ¡Siga, siga la danza! Sí... Sin embargo, ahora no podría dejarle que pagase sus deudas, aun cuando él así lo deseara. Marido y mujer, ella le hubiera pagado con su cuerpo; así, no. ¡Oh! ¿Por qué no moriría alguien que le dejase alguna herencia? ¡Qué lata! Y continuó inmóvil, escuchando los ruidos callejeros de aquella hora: los «taxis» bordeando el río, el perro de al lado ladrando al cartero, el cojo mutilado que acudía la mayoría de las tardes a tocar su instrumento. Esperaba los chelines de Marjorie. ¡Pobre hombre! Tendría que levantarse y dárselos. Se acercó a la ventana y repentinamente echóse hacia atrás. ¡Francis Wilmot estaba en la puerta, con el brazo levantado para llamar! ¿Otra escenita? ¡No, por cierto!, era demasiado. Sonó la campanilla. No había tiempo de decir «no está en casa». Bueno; que fueran llegando todos y se arrojaran sobre su pasado, como las moscas sobre un panal.

—Míster Francis Wilmot.

Allí estaba, largo como la vida que estuvo en trance de perder; un poco más delgado solamente.

—¿Qué hay Francis? Suponía que para ti había terminado *aquella locura*.

Francis Wilmot aproximóse a ella y cogió su mano gravemente.

—Mañana mismo me embarco.

¡Embarcar!, sí; esto podía suceder perfectamente. Ahora no le parecía él — no un joven pálido, demacrado, de cabello y ojos oscuros y escasa vitalidad.

—Leí los periódicos vespertinos y pensé que acaso quisieras verme.

¿Se burlaba de ella? Pero no sonreía; en su voz no había amargura y, aun cuando la miraba fijamente, no se leía en su mirada cuál eran sus verdaderos sentimientos.

—¿Crees que te debo algo? Reconozco que me porté muy mal contigo.

La expresión del americano pareció indicar que le había dado una bofetada.

—¡Por Dios, Francis! No me digas que has venido por caballerosidad. Eso sería la mar de divertido.

—No te comprendo. He venido simplemente porque supuse que al no contestar a cierta pregunta que te hacían sobre un asunto... amoroso, sería tal vez por mí.

Marjorie Ferrar lanzó una histérica carcajada.

—¡Don Puntilloso! ¿Por ti? No, querido.

Francis Wilmot retrocedió e hizo una leve inclinación.

—No debería haber venido —dijo.

Y ella sintió un repentino retorno al antiguo sentimiento por aquella débil y original figura con su buena gracia y sus ojos oscuros.

—Nuevamente soy libre, Francis.

Tras un largo intervalo, se sucedió otra leve inclinación. Era una franca retirada.

—Entonces, ¡por amor de Dios!, márchate —dijo ella—. ¡Estoy harta! —y le volvió la espalda.

Cuando Marjorie se volvió a mirarle, Francis ya se había marchado. Esto la sorprendió. Aquel hombre era una nueva y extraña variedad humana o, quizá, una variedad prehistórica desenterrada. No tenía ni la más ligera idea de la vida..., era anticuado, pasado de moda, *a faire rire*. Y recostándose en la tumbona, retornó a sus cavilaciones. Bueno; su valor no le había abandonado. Al día siguiente recibía Bella Magussie, en cuyos salones podía encontrar algún idiota. ¡Todo el mundo estaría allí..., y también ella!

VIII

FANTOCHES

Al oír Michael las palabras «no contestaré», después de observar la abstraída mirada de sir James Foskisson, se volvió rápidamente hacia ella. Esto equivalía a decir: «Sí, he tenido una *liaison*». El juez, al igual que todos los presentes, miraba a la demandante. ¿No acudiría Bullfry en su ayuda? ¡No! Vió que, únicamente, le hacía señales para que abandonase la tribuna. Michael se incorporó un poco al pasar Marjorie por delante de él. ¡Demonio! Lo lamentaba, sobre todo por MacGown. Allí estaba el desdichado, sentado, con todas las miradas fijas en él, tieso y colorado como un pavo.

¿Y Fleur? Michael la miró. Ligeramente sonrojada, cruzadas sobre la falda sus enguantadas manos y fijos los ojos en el suelo. ¿La habría ofendido su intento de interrumpir al abogado? Pero ¿cómo no iba a inspirarle simpatía la

«niña mimada de los panjuerguistas» en tan grave apuro? ¡Fleur debía de haberlo comprendido así! La sala iba despejándose. «¡Buenos pájaros estaban hechos muchos de aquéllos!» Michael pudo ver a su madre, a su tía, a su prima y al viejo Forsythe charlando con Foskisson. ¡Ah! Ya había acabado. Ahora decía: «Podemos marcharnos». Le siguieron a lo largo del pasillo, escalera abajo, y, al fin, a la calle.

—Tenemos tiempo para tomar algo —dijo Soames—. Entremos aquí.

Se instalaron en uno de los departamentos sin techo de un famoso salón con suelo de madera.

—Tres chuletas, de prisa —pidió Soames; y contemplando fijamente las vinagreras, añadió—: Ya tiene esa desvergonzada lo que la estaba haciendo falta desde hace mucho tiempo. Van a ponerla como hoja de perejil. Ya he dicho a Foskisson que puede arreglar las cosas de manera que cada parte pague sus costas. Es más de lo que merecen.

—No debió hacer nunca aquella pregunta, señor.

Fleur hizo un gesto brusco.

—¿De veras, Michael?

—Sí, querida. Estamos conformes en que hizo mal. Lo que no acabo de comprender es cómo Bullfry no acudió en su ayuda.

—Lo que deseaba era que acabase el interrogatorio; el mismo juez la hubiera preguntado en seguida. ¡Un verdadero fracaso, gracias a Dios!

—Luego ¿hemos ganado? —preguntó Fleur.

—Tan seguro como que yo no soy holandés —replicó Soames.

—Yo no estoy tan seguro —murmuró Michael.

—Te digo que todo ha terminado. Bullfry no seguirá de ningún modo.

—Yo no quería decir eso, señor.

Fleur preguntó ásperamente:

—Entonces, ¿qué es lo que quieres decir, Michael?

—¿Por qué?

—¡Da igual! Ya sabes que me equivoco en todo. ¿Salsa, señor?

—Sí. Éste es el único lugar de Londres donde dan buenas patatas. ¡Camarero, tres vasos de oporto, rápido!

Transcurrido un cuarto de hora de intensa masticación, regresaron todos al Palacio de Justicia.

—Aguardarme aquí —dijo Soames en el vestíbulo—. Voy a subir a husmear.

En aquel amplio recinto, en que la estatura de hombre era cosa insignificante, Fleur y Michael permanecieron un buen rato sin hablar.

—Miss Ferrar no pudo darse cuenta de que yo le indicaba a Foskisson que no siguiera —dijo él, por fin—. Sin embargo, debía esperarse la pregunta. Yo no pude menos de tener compasión de ella.

—Tú tienes compasión hasta de una pulga que te pique, Michael. ¿Por qué dices que no esperabas que nos perdonaran?

—¡Bah! El drama está a su lado y el drama es lo que importa. Además, la inminencia de su boda...

—La boda se deshará.

—Precisamente; y si se deshace la boda, ella despertará simpatía y lástima, mientras que si no se deshace, quien despertará lástima será él; nunca nosotros... Por otra parte, ella defendió lo que todos sustentamos hoy.

—Habla por ti. Eso lo sustentarás tú.

—Bueno. ¿No deseamos siempre que todo el mundo sea libre?

—Sí; pero ¿hay alguna relación entre lo que decimos y lo que hacemos?

—No —dijo Michael.

En aquel momento regresó Soames.

—¿Qué pasa, señor?

—Como supuse, Bullfry se ha dado perfecta cuenta de la situación. Han cedido. Es una victoria moral.

—Muy moral precisamente, no, señor.

—De todas maneras, costará algún dinero —dijo Soames, observando a Fleur—. Tu madre está disgustadísima; no tiene sentido de la proporción. Foskisson ha demostrado una gran habilidad consiguiendo hacer perder la serenidad a esa mujer.

—También él la perdió al final. Supongo que esa es su excusa.

—Bueno —replicó Soames—. Ya hemos terminado. Tu madre se ha ido en el coche; nosotros cogeremos un «taxi».

Regresando a South Square precisamente por el mismo camino, reinó en el coche el mismo silencio. Cuando poco después se dirigió Michael al Parlamento vió los titulares: «Causa, por difamación, en la alta sociedad.» «La nieta de un Par y el abogado.» «Una dramática vista.» «La moral moderna.»

¿Habría acabado todo? ¡No! Para la publicidad todo empezaba ahora. ¡Moral! ¿Cuál era su verdadero significado? ¿Quién la poseía, y para qué servía a sus poseedores? ¿Cómo podría él contestarse a sí mismo esta pregunta? ¿Y quién podría contestársela actualmente? ¡Ni él, ni Fleur, ciertamente! En la causa habían asumido el papel de la Inquisición, y ¿cuál era su postura ahora? ¡Falsa, por no decir odiosa! Penetró en la Cámara; pero por más que lo intentó, no pudo fijar su atención en el debate sobre la integridad de los alimentos, y nuevamente salió de allí. Con indefinible deseo de encontrarse con su padre, descendió por Whitehall; caminando rápidamente, llegó hasta el club de los *Snooks*, pasó el *Aeroclub* y, por fin, entró en el Partenon, como último recurso. Sir Lawrence estaba en un rincón de un salón reservado, leyendo la vida de lord Palmerston. Contempló a su hijo.

—¡Ah, Michael! No se le hace justicia al viejo Palm. Fué un hombre sin tacha, que trabajó como un negro. Pero no debemos charlar aquí —e indicó a un individuo que parecía escucharles.

—Vamos a dar una vuelta antes de que a ese viejo le dé un ataque. Aquí los libros están para disimular; en realidad, esto es un dormitorio.

Se fueron, comentando las incidencias de la mañana.

—¿Foskisson? —preguntó sir Lawrence, penetrando en el Green Park—. Era un simpático chico cuando dejé de tratarle en Winchester. Ser inflexible, bajo el punto de vista de la profesión, mala cosa es para el carácter de un hombre; clérigos, policías, abogados, todos sufren de esta enfermedad. A los jueces, dignidades de la iglesia y altos personajes no les va tan mal; estos sufren a causa de ellos, cuando han perdido la conciencia.

—Ha asistido mucho público —dijo Michael tétricamente—. Y la Prensa trae columnas y más columnas del asunto.

—Tenía que ser así —y sir Lawrence señaló el agua—. Esos pájaros me recuerdan la China. Por cierto que ayer encontré a tu amigo Desert en el *Aeroclub*. Está más interesante ahora que ha abandonado a las Musas por el Oriente. Todos debíamos abandonar algo. Ahora ya soy demasiado viejo, pero si hubiera dejado a tiempo mi título nobiliario, habría podido llegar a ser un titiritero.

—¿Y qué nos recomiendas a los miembros del Parlamento? —inquirió Michael con un visaje.

—Las comunicaciones, querido. Ya lo sabes, siempre adelante: darse cierto pisto, levitones, perros que te salen a recibir entre ladridos, ninguna iniciativa y charla en todas las puertas. Y, otra cosa, ¿has visto a Desert?

—Sí; le he visto.

Sir Lawrence cerró los ojos.

—La voluntad de los dioses —dijo— no suele manifestarse dos veces hacia una misma dirección.

Michael se sonrojó. ¡No aguardaba aquella aguda observación de su padre! Sir Lawrence movió su bastón.

—Ese Boddick que llevaste allá —habló— ha convencido a sus gallinas de que deben poner: comeremos muchos huevos.

Michael advirtió su reticencia; pero, en cierto modo, aquella alusión inesperada a su pasada crisis doméstica despertó el sentimiento, por tanto tiempo albergado en su pecho como una serpiente, de que se fraguaba una nueva tormenta que debía ser afrontada rápidamente.

—¿Quieres venir a tomar el té, papá? Kit tenía esta mañana dolor de encías. ¿Qué tal va tu último libro? ¿Lo anuncia debidamente el viejo Danby?

—No —respondió sir Lawrence—. No; es tan maravillosamente prudente, que el libro está casi muerto.

—Sea como fuere, no te puedes dar idea de cuánto me alegro de no estar con él —replicó Michael enfáticamente—. Supongo, papá, que ya que este asunto ha concluido no tendrás ninguna indicación que hacerme.

Sir Lawrence contempló por un momento a una garza real.

—Cuando salgas victorioso —dijo por fin—, ¡humíllate. Michael! Los triunfos de la moral son susceptibles de retrocesos a quienes los consiguen.

—Así lo creo, y Dios es testigo que no quiero tener ese triunfo. Mi suegro opina que mi tropiezo con MacGown fué la única causa de que el asunto fuera llevado ante los Tribunales.

Sir Lawrence dejó escapar un gemido.

—¡El impuesto de lujo! En todas partes existe... Me parece que no te acompaño, Michael; probablemente estará allí el viejo Forsythe. Tu madre posee una fórmula estupenda contra el dolor de encías de los críos; cierta vez casi te salvó la vida. Ya te lo diré por teléfono desde Mount Street. ¡Adiós!

Michael contempló a la débil, casi fantasmal, figura de su padre, que se alejaba. ¿Tendría disgustos particulares? Si así era, lo disimulaba muy bien. ¡El viejo *baronet*! Y se dirigió hacia South Square.

Soames salía en aquel instante.

—Fleur está muy nerviosa —le explicó en la puerta—. Es la reacción natural. Dale esta noche un papelito de las sales esas, y ten cuidado. Yo de ti no mencionaría la cuerda en casa del...

Michael entró. Fleur, en el salón, estaba junto a la ventana abierta.

—¡Ah! ¿Eres tú? —preguntó—. Kit se ha puesto muy bien. Llévame al Royal esta noche, Michael. Y si en cualquier otra parte hay algo divertido, vamos allí, por el amor de Dios. Estoy harta de solemnidades. ¡Ah! Francis Wilmot vendrá a despedirse. He recibido su tarjeta y dice que ya está restablecido.

Junto a ella, en la ventana, Michael aspiró el perfume de la húmeda hierba. Un viento sudeste azotaba sesgadamente las casas, y el último rayo de sol acariciaba el suelo, los capullos y las ramas. Un mirlo cantaba; en una esquina, un organillo tocaba *Rigoletto*. Sintió contra su hombro la suavidad del de Fleur y bajo sus labios el contacto cálido y suave de su mejilla.

Cuando Francis Wilmot les dejó aquella noche, después de la cena en el Royal. Fleur dijo a Michael:

—¡Pobre Francis! ¿Has visto alguna vez en una persona un cambio tan radical? Me alegro de que vuelva a su casa, a su río, a sus misterios. Bueno, ¿me llevas a alguna parte?

Michael le puso el abrigo.

—Vamos a Great Itch. Es donde encontraremos juerga más segura.

Al salir de su juerga, la noche era suave. En lo alto, los letreros luminosos anunciaban en letras rojas y verdes: «Los neumáticos Tomber dan seguridad y velocidad.» «El Milkoh es la felicidad de las madres.» A través de Trafalgar Square, llegaron a Whitehall, todo claro de luna y piedra de Portland.

—¡Fantástica noche! —exclamó Fleur—. Con esta luna parecemos *fantoques*.

Michael la cogió por la cintura.

—¡Estate quieto! —dijo ella—. Figúrate que te vea algún miembro del Parlamento.

—Lo encontraría muy natural. ¡Qué bonita, qué sustancial estás hoy!

—¿Crees tú? Los *Fantoques* no tienen sustancia.

—Pues entonces dame sombra.

—La sustancia está en Bethnal Green.

Michael dejó caer su brazo.

—¡Vaya rara idea!

—Yo también tengo intuición, Michael.

—Porque yo admire a una mujer buena, ¿no puedo amarte?

—Yo nunca seré buena; no hay bondad en mí.

—Para mí, sí eres buena.

—Te expresas muy bien. Esta noche la plaza está bonita. Abre nuestra casa de muñecas.

El vestíbulo estaba sumido en la oscuridad; únicamente un débil resplandor atravesaba la gruesa persiana. Michael, al despojarla de su abrigo, se arrodilló y notó cómo los dedos de ella se hundían en su pelo. Eran dedos verdaderos, reales, como real era cuanto aprisionaban sus brazos en aquel momento. Únicamente el alma se le escapaba. ¿El alma?

—¡*Fantoches!* —repitió su voz, suave e irónica—. Y ahora, vamos a dormir.

IX

TIRANTEZ EN CASA DE MRS. MAGUSSIE

Existen reuniones sociales, políticas, de propaganda; y existen reuniones como la de casa de Mrs. Magussie. Angloamericana por su nacimiento, dueña de cuantiosas rentas, de una intachable viudez y de gustos universales, la palabra anfitrión encontraba su más alto exponente en ella. La gente podía morir, casarse y nacer con impunidad mientras se encontrara preferentemente en su casa, una de las más grandes y distinguidas del Mayfair. Si invitaba a un doctor, era para presentarle a otro doctor; si iba a la iglesia, era para reunir después, a la hora del almuerzo, al canónigo Forant y al deán Kimble. Sus invitaciones tenían impresas las palabras «para encontrar a...», y nunca puso «Me»; no era nada egoísta. De cuando en cuando armaba un verdadero jaleo, porque de vez en vez surgía esa persona útil, cuyo nombre debe conocer todo el mundo, desde los poetas a los prelados. Era su íntimo sentir que a la gente le gustaba conocer a cualquiera que fuese suficientemente distinguido, y en esto residía su éxito, porque a su casa iban sin excepción cuantos lo eran. Sus dos maridos murieron después de conocer a casi todo el mundo. Los dos habían sido muy distinguidos y se habían conocido antes en su casa; y no quiso aceptar a un tercero porque la sociedad estaba perdiendo sus normas y ella andaba demasiado ocupada. Los burlones sonreían al oír el nombre de Bella Magussie; pero ¿qué hacer sin ella, que asumía las funciones cohesivas del hormigón? Sin ella, los obispos anglicanos no hubieran podido acercar sus mejillas a las de las bailarinas, ni el espíritu de los secretarios de la Cámara se fecundaría con la desordenada charla de los dramaturgos. De no haber sido por su cara, los investigadores de la antigua civilización beluchistana jamás se hubieran encontrado con los niveladores de la moderna civilización londinense. Ni tampoco era fácil que las estrellas de la Corte se hubieran encontrado con las de los *cabarets*: *Madame* Nemesia o Top Nobby; en ninguna otra parte hubiera podido cenar una bailarina rusa con sir Walter Peddell M. D., F. R. S. T. R.; P. M. V. S.; «R. I. P.», como decía Michael. Y ni aun teniendo la más bonita colección de huevos de ánade, se habría encontrado ocasión de estrechar la mano del gran economista indio sir Banerjee Bath Babore. La casa de Mrs.

Magussie, en fin, era una casa importante, y el estirado rostro de la dama, moviéndose como guardián de un principio fundamental sobre las fuentes de la celebridad, se había marchitado por una noble causa. ¿Encontrar... o no encontrar? Ella contestaba de una vez para siempre a dicha pregunta..

El hallazgo, presentado en la primera gran recepción de 1925, fué el famoso violinista italiano Luigi Sporza, que acababa de dar su famosa vuelta al mundo, habiendo conseguido el *record* de tocar, en la mitad de tiempo, más que dos músicos juntos de los que le habían precedido. El prodigioso hecho había sido contado con gran riqueza de detalles por la Prensa de todos los países...: los cinco violinistas que había dejado exhaustos en su intento de acompañarle, la invitación que había recibido para presidir una República sudamericana, el barco especial que había fletado para asistir a una cita en Norteamérica, y su desvanecimiento en Moscú, después de sus interpretaciones de Brahms y de Beethoven; la chacona de Bach y otras diecisiete piezas. En este año de gran esfuerzo quedó establecida su fama, poca gente le conocía como artista, pero como atleta le conocía todo el mundo.

Al ascender por la escalinata central, Michael y Fleur pudieron ver a un hombre «robusto como un toro», según murmuró Michael, cuya mano estrechaban todos los circunstantes uno tras otro, retirándose después con expresión dolorida.

—Únicamente Italia puede producir hombre como este —explicó Michael al oído de Fleur—. Salúdale de palabra. Si te estrecha la mano, te la hará polvo.

Mas Fleur ya se había adelantado.

—Cuidado, que está hecho de la materia más dura que he conocido —continuó murmurando Michael.

Pero no estaba bien que su mujer dejase de estrechar la mano de una celebridad por dura que fuese. Ni el más ligero rasgo de su semblante encantador tembló al contacto de las manos del atleta que oprimían las suyas, mientras las pupilas de artista, semejantes a las de un fatigado minotauro, contemplaban la espigada figura con un destello de interés.

«¡Enorme bestia!» —pensó Michael, mientras retiraba su mano. Y se dirigió con Fleur a un lugar más agradable. Desde la vista judicial del día anterior y su consecuente publicidad por los periódicos, Michael había guardado sus inaceptables prevenciones para sí mismo; no sabía casi, si en esta recepción, Fleur iba a poner deliberadamente a prueba su situación, o si, sencillamente, sin ir más allá en sus pensamientos, gozaba de hallarse entre la multitud. ¡Y qué multitud!

En la gran sala con columnas, miembros del Parlamento, poetas y músicos, prodigaban irónicas sonrisas, como si dijeran: yo lo haría mucho mejor; pares, cirujanos, bailarines, pintores, dirigentes laboristas, jugadores de *criquet*,

críticos, abogados, señoras a la moda, y señoras *demodées*; toda persona mortal o inmortal que Michael conociera o dejase de conocer, se hallaba allí. Se dió cuenta cómo se fijaban en todo el gentío los ojos de Fleur, activos y punzantes como abejas, bajo los párpados que él había besado la noche anterior. Envidió su curiosidad social; vivir en Londres sin esa curiosidad era como ir hacia el mar y no bañarse. Le parecía que Fleur pensaba serenamente a cuál de las personas que allí conocía había de interpelar primero; y cuáles entre las que allí no conocía desearían primero hablar con ella. «Quiera Dios que no tenga que sufrir ningún desaire» —se dijo, y apenas la vió entablar conversación con alguien, se retiró detrás de una columna. Una vocecilla chilló tras él:

—¡Bien, amigo Mont!

Míster Blythe se apoyaba en su misma columna, con los ojos tímidamente abiertos.

—Vengase conmigo; estas abejas están muy activas —dijo.

—¿Estuvo usted ayer en el Palacio de Justicia? —inquirió Michael.

—No —replicó Mr. Blythe—, mas lo he leído todo; quedaron ustedes muy bien.

—Mejor, ella.

—¡Hum! —replicó míster Blythe—. Y a propósito... *The Evening Sun* esta tarde vuelve a meterse con nosotros; nos compara con gatos jugando con sus colas. Ha llegado la hora de su segundo discurso, amigo Mont.

—Ahora me ocuparé de la agricultura.

—¡Ya! La compra y el control del trigo por el Gobierno. El uso de la fuerza de la actual maquinaria. Y no más funcionarios que los absolutamente necesarios.

—Amigo Blythe —preguntó repentinamente Michael—, ¿de dónde es usted?

—De Lincolnshire.

—Luego, ¿es usted inglés?

—Inglés de pura cepa —replicó míster Blythe.

Yo también, y también el viejo Foggart. Lo he comprendido en su libro. Es una gran suerte, porque es probable que se nos ataque por falta de patriotismo.

—Ya se nos ataca —respondió míster Blythe—. Se dice que somos de esas gentes que no encuentran nada bueno en su propio país. Pájaros que ensucian su propio nido, burguesía que no está satisfecha hasta que haya rebajado a Inglaterra ante los ojos del mundo. ¡Derrotistas!... Pesimistas. Supongo que a usted no le importará esto.

—Desgraciadamente, sí —dijo Michael—. Y me hiere en lo más profundo; es terriblemente injusto. No puedo sufrir la idea de que Inglaterra se encuentre en un conflicto algún día.

Las pupilas de míster Blythe giraron.

—Inglaterra trabaja cuanto puede para no llegar a eso si nosotros pudiéramos evitarlo.

—Si yo llegase a conseguir algo —murmuró Michael—. Pero siempre que quiero conseguir algo siento el deseo de que la tierra me trague.

—¡Tierra! ¡Qué tontería! Lo que usted necesita, querido Mont, es hierro, y a propósito de hierro: aquí tiene usted a su reciente adversaria. Ella sí que es de acero. ¡Mírela usted!

Michael pudo ver a Marjorie Ferrar apartándose del enorme italiano, vestida con un traje color verde mar y llevando muy alta la cabeza dorado rojiza. Se sentó en una butaca, a corta distancia de Fleur, y dejó vagar su mirada de aquí para allá. Evidentemente, se colocaba allí en estudiada actitud de desafío.

—He de irme con Fleur.

—Le acompaño —dijo míster Blythe—. Y Michael le dirigió una mirada de gratitud.

Aquello hubiera sido muy interesante para una persona menos interesada en el asunto que Michael. La larga y aguda nariz de la sociedad podía verse allí husmeando con delicadeza y rastreando de un sitio para otro como la trompa de cualquier elefante tratando de recoger el resoplido de lo escandaloso. Los labios sonreían, moviéndose junto a los oídos; los ojos se volvían de una destacada personalidad a otra célebre figura; aparecían pequeñas arrugas de reflexión en todas las frentes, como si bajo los perfumados cabellos, el cerebro trabajara en elegir. Marjorie Ferrar permanecía sonriente y orgullosa; Fleur se expresaba haciendo girar a una flor que tenía en la mano; y ambas procuraban darse la mayor importancia posible. Así se inició una batalla sin visible declaración de guerra, y en la que ambas contrincantes no aparentaban haberse dado cuenta la una, de la presencia de la otra. Míster Blythe resultó verdaderamente oportuno al colocarse entre las dos. Alto y obeso, constituía un hermoso biombo de gran efecto. Sin embargo, Michael, al otro lado de aquel biombo, podía contemplar y darse triste cuenta de todo. La gran Nariz Social se prepararía para aspirar todo el aroma. Las mentes para hacer su elección. La balanza parecía no inclinarse a un lado ni a otro. Y entonces, con la inevitable lentitud de una ola, la marea de las preferencias sociales pareció alejarse de Fleur para rodear a su rival. Michael conversaba; míster Blythe volvía la vista usando el pronombre impersonal con cierta pasión. Fleur reía, charlaba, retorció la flor. Unos metros más allá, Marjorie Ferrar aparecía rodeada de una pequeña

corte. Las gentes, ¿la compadecían, la admiraban, le daban su aprobación, simpatizaban con ella...? ¿O tal vez era que acaso desaprobaban a él y a Fleur? ¿O acaso que la «niña mimada de los panjuerguistas» era siempre la figura más relevante? Michael observaba cómo Fleur palidecía, cómo su risa se iba haciendo más nerviosa, y el manoseo de la flor se convertía en convulsivo; pero no se atrevía a proponer la retirada, porque ello hubiera significado su reconocimiento de la derrota de Fleur. En las caras vueltas hacia ella, la expresión se hacía cada vez más clara. Sir James Foskisson había cumplido tal vez demasiado bien su cometido; con su propia rectitud había esclavizado a sus clientes. Y ahora se encontraba en mejor situación aquella libertina que los que la condujeron a la picota. Y Michael pensó: «Después de todo, es natural: ¿por qué ese individuo no tomaría mi consejo de dejarnos pagar y quedar todos contentos?»

En aquel instante advirtió junto al gigantesco italiano a un joven alto, peinado hacia atrás, que se miraba las puntas de los dedos. ¡Demonio! ¡Si era Bertie Curfew y detrás de él, aguardando turno para ser presentado, estaba el mismísimo MacGown! La ironía de los dioses se manifestaba. Con la cabeza levantada, aplacando sus doloridos dedos, Bertie Curfew pasó por delante de ellos y se perdió en el grupo que circundaba a su primer amor. Marjorie le concedió un estudiado saludo indiferente. Mas la fina nariz social se agitaba ya, husmeando, al notar la aparición de MacGown. Había cambiado mucho; parecía sombrío, hosco, gris. El gigantesco italiano había encontrado por una vez su igual; MacGown se unió también a la multitud.

Un extraño silencio fué seguido de una explosión de charlas y de carcajadas. Luego llegó la dispersión. En grupos de dos y de tres, los invitados se fueron marchando, a fin de dejar solos a MacGown y a su prometida. Michael se volvió a Fleur:

—Vámonos.

En el coche, al regreso, reinó el más absoluto silencio. Michael se había agotado en el campo de batalla y necesitaba de refuerzos espirituales para continuar disimulando. Sin embargo deslizó su mano buscando las de ella, que no le devolvieron la presión. La carta que acostumbraba a jugar en los momentos apurados —el recuerdo del undécimo baronet— le había fallado durante el último trimestre; a Fleur parecía desagradarle en absoluto que se introdujera el tema de Kit como una panacea. La siguió hasta el comedor, con el corazón angustiado y aturdido. Nunca la había visto tan bonita como con aquel vertido color perla, sencillo y ajustado. Fleur se sentó a la mesa, y él frente a ella, con la frígida sensación de aquel que no encuentra palabras para convencer de la verdad. ¡Maldito lo que le importaba la derrota social!; pero, ¡en cambio, ella!...

De pronto la oyó decir:

—¿Y a ti no te importa?...

—Por mí... ni un bledo.

—¡Claro! Tú tienes tu Foggartismo y tu Bethnal Greene.

—Basta que estés preocupada, Fleur, para que yo también lo esté.

—¡Pues lo estoy!

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No quiero aumentar tu convencimiento de que soy una *snob*.

—Nunca he creído tal cosa.

—¡Michael!

—¿No sería mejor que me indicaras lo que tanto te ofende de esa palabra?

—Tú lo sabes muy bien.

—Sé que te gusta rodearte de gente y que la sociedad piense bien de ti. Eso no es ser *snob*.

—Sí; tú eres muy bueno. Pero no admiras esas cosas.

—Te admiro a ti.

—Querrás decir que me deseas. Tu admiras a Norah Curfew.

—¡Norah Curfew! Por mí se puede morir mañana...

En la expresión de Fleur, él vió que le creía.

—Si no es ella la que te admira, por lo menos te admira lo que ella representa. Todo aquello que yo no poseo.

—Yo admiro en ti infinidad de cosas —replicó Michael con fervor—. Tu inteligencia, tu *flair*; admiro tu ternura con Kit y con tu padre; admiro tu decisión y tu manera de aguantarme.

—No, no. Yo te admiro a ti mucho más que tú a mí. Sin embargo, ya sabes que soy incapaz de mostrar devoción.

—¿No se lo demuestras a Kit?

—No demuestro interés más que por mí misma... ¿No es eso lo que tú opinas?

A través de la mesa, él le cogió la mano.

—Estás enferma, querida.

—No; veo demasiado claro para estar enferma.

Reclinada para atrás, y sobre su blanca y torneada garganta, reflejándose la luz con tonalidades de alabastro; de vez en cuando la agitaban pequeños movimientos espasmódicos.

—Michael, deseo que me lleves a dar la vuelta al mundo.

—¿Y dejarías a Kit?

—Es todavía demasiado pequeño para darse cuenta. Además, mamá le cuidaría.

Si iba tan lejos en sus proyectos, era cosa que tenía ya pensada.

—Pero tu padre...

—Aún no es muy viejo... y además tendrá a Kit.

—Acaso en agosto...

—No; quiero ahora.

—Sólo tendrías que esperar cinco meses. En las vacaciones tendremos tiempo de sobra para viajar.

Fleur le miró con fijeza.

—¿Ves? Ya sabía yo que el Foggartismo te importaba más que tu mujer.

—Sé razonable, Fleur.

—Cinco meses... ¡con lo que siento aquí! —y se llevó la mano al pecho—. Hace ya cerca de seis meses. No te das cuenta de que no puedo resistir más...

—Pero Fleur, es una cosa tan...

—Sí; siempre es enojoso preocuparse por una derrota, ¿verdad?

—Pero... hija mía...

—¡Ah! Si tú pudieras comprender...

—Lo comprendo perfectamente... Esta noche estoy tan trastornado como tú. Pero creo que lo que debes hacer ahora es mostrarte indiferente, y ya verás como todos vuelven a ti como moscas a la miel. Eso sería escapar, Fleur.

—No —replicó Fleur con frialdad—. No es eso. Yo no me pongo dos veces en la misma situación. Si así lo deseas, me quedaré, para que se rían de mí.

Michael se levantó.

—Tú crees que no me intereso por este asunto. Pues sí que me intereso, Fleur, y bien te lo he demostrado. ¡Pero no me mires así, por Dios! ¡Es horrible!

—También puedo ir sola, si me dejas; sería más emocionante.

—¡Absurdo! ¡Cómo ibas a poder! Esta noche estás mal, pequeña. Mañana todo te parecerá diferente.

—¡Mañana, mañana! no, Michael; el desaire ha sido hoy; si tú te empeñas, pronto serán mis funerales.

Michael se puso en pie. Sin ningún género de duda, Fleur sentía lo que estaba diciendo. Él debía recordar toda la energía que había desplegado como elegante ama de casa; cómo había trabajado para formar su «salón» de celebridades y cómo había brillado entre ellas. Y ahora ¡su castillo de naipes se desbarataba! Era terrible. Más. ¿Le haría realmente bien recorrer mundo? Sí. Su instinto acertaba. Él también había ido a correr mundo; ninguna otra cosa podría hacer tanto bien; ninguna cosa como el viajar proporciona el olvido de los demás y de uno mismo. Primero, Lippinghall, la mansión de su padre, el mar durante cinco meses hasta que llegasen las vacaciones. ¡Que nadie le recordara aquella maldita causa! Fleur precisaba de algo que le devolviera su pérdida importancia. ¿Pero cómo podría él marcharse antes de las vacaciones? La débil y solitaria planta del Foggartismo, sin el riego y el cuidado de su único jardinero, se marchitaría hasta las raíces, si es que las tenía en realidad. Ahora parecía que empezaba a despertar cierto interés; aquí y allí se notaba cierto movimiento; éste o aquel miembro de la Cámara lo sacaban a relucir. En la misma dirección se reunían esfuerzos privados. El tiempo pasaba. El Big Ben no daba tregua; los parados eran más y más cada día; se debilitaba el comercio; nuevas perturbaciones industriales se preparaban, y la esperanza se impacientaba. Además: ¿qué diría ahora Blythe si desertaba?

—Concédeme una semana de tiempo —musitó—. No es cosa fácil; he de pensarlo.

X

BORRÓN Y CUENTA NUEVA

Cuando se acercó a ella MacGown, Marjorie Ferrar se dijo: «¿Estará enterado de lo de Bertie?» — Aun reciente su triunfo sobre la insignificante *snob*, agitada por la repentina aparición de su pasado, cara a cara con su presente, no estaba en plena posesión de su cabeza. Después de pasar a un vacío saloncito lateral, contempló a MacGown.

—En fin, Alec, nada ha cambiado. Mi pasado es hoy tan negro como ayer. Lamento de veras habértele ocultado. En realidad te lo confesé mil veces; únicamente tú no quisiste entenderme.

—Porque era mi tormento, Marjorie. ¡Dime, dímelo todo!

—¿Quieres gozarte en ello?

—Dímelo todo y aún me casaré contigo.

Ella meneó la cabeza.

—¡Casarnos! ¡Oh, no! Yo no vuelvo a salir de mi abismo. Siempre fué un absurdo. Jamás te amé, Alec.

—Luego, ¿le amabas todavía... a él?

—Basta. ¡Alec, basta!

MacGown llevóse las manos a la cabeza, que inclinó. Marjorie sintió sincera lástima hacia él.

—Créeme que lo lamento mucho. Has de terminar conmigo. Nada más.

Se volvió para retirarse, pero la pena que leyó en su cara la detuvo. No se había dado ella exacta cuenta... ¡Aquel hombre se consumía! Le dijo, con rapidez:

—No puedo casarme contigo; pero quisiera pagarte de alguna manera...

Él la miró.

Temblando aún, bajo aquella mirada, Marjorie se encogió de hombros y se alejó; ¡qué hombres tan anticuados! Verdaderamente que era suya la culpa por haber salido del delicioso círculo social en que no se tomaba nada demasiado en serio. Caminó sobre el encerado suelo, consciente de que todos los ojos se fijaban en ella; se deslizó ante la dueña de la casa, y un momento después se encontraba en un coche.

Durante largo rato estuvo desvelada, pensando. Aún sin que la noticia se publicara, la devolución de los regalos haría correr el rumor por todo Londres y atraería sobre ella un verdadero aluvión de facturas. ¡Cinco mil libras! Se levantó y desdobló la lista de sus deudas, copia de la que poseía Alec. ¡Tal vez quisiera él pagarlas todavía! Al fin y al cabo, la culpa de todo la tenía él, por haberse empeñado en hacerla ir a los Tribunales. Aquí sus pupilas parecían perseguirla. ¡No había ni que pensarlo! Temblando levemente se introdujo en la cama. Acaso por la mañana tendría una inspiración, y tuvo tantas, durante la noche, que no pudo dormir. ¿Irse a Moscú con Bertie Curfew? ¿El teatro? ¿América y el cine? ¿O las tres cosas? Al fin logró conciliar el sueño, para despertar pálida y ojerosa. Entre su correo había una carta de Shropshire House.

Querida Marjorie:

Me gustaría verte esta mañana, si no tienes otra cosa que hacer.

Te quiere,

SHROPSHIRE.

¿Qué sucedería? Se contempló al espejo y comprendió que debía retocarse un poco. A las once ya estaba en Shropshire House. Arriba, en su cuartito de trabajo, estaba el marqués entre una pequeña selva de trastos. En mangas de camisa observaba a través de una lupa algo, al parecer inexistente.

—Toma asiento, Marjorie —dijo—; dentro de un minuto estoy contigo.

No se veía sitio alguno donde poder sentarse, como no fuera en el suelo, por lo que Marjorie permaneció en pie.

—Lo esperaba —dijo como para sí el marqués—; estos italianos están equivocados.

Dejando la lupa, se pasó la mano por los plateados cabellos, y se atusó su revuelta barba en punta. Luego, mirando lo que tenía entre los dedos, lo revolvió, se rascó la oreja y dijo:

—Se han equivocado; no hay reacción.

Volviéndose, finalmente, hacia su nieta, restregóse los ojos hasta hacerlos penetrantes como alfileres.

—Nunca habías estado aquí. Siéntate en esa ventana.

Se sentó de espaldas a la luz, en un ancho poyete que recubría una especie de batería.

—De manera que: ¿por fin presentaste la demanda, Marjorie?

—No tuve otro remedio.

—Pero, ¿por qué?

El viejo estaba en pie, la cabeza un tanto inclinada hacia un lado, las mejillas muy encendidas y los ojos muy penetrantes. Ella pensó: «De todas maneras, soy su nieta. Yo me lanzo.»

—Si te interesa, por la decencia más elemental, abuelo.

Como tratando de entenderla, el marqués frunció el entrecejo.

—Leí tu declaración —dijo—; si te refieres a eso...

—No; quiero decir que deseaba saber qué terreno pisaba.

—Y lo conseguiste.

—¡Ya lo creo!

—¿Por fin te casas?

¡De veras era listo el viejo!

—No.

—¿Por tu causa o por la de él...?

—Él dice que se casaría conmigo si lo confesara todo; pero no me da la gana.

Avanzó el marqués dos pasos, colocó un pie sobre una caja de embalaje y adoptó su actitud favorita. Aquella mañana llevaba una chalina de seda roja, que flotaba deshecha; sus pantalones eran de un azul verdoso, y su camisa, de un verde azulado. Parecía maravillosamente vivaz.

—¿Tendrías que confesar mucho?

—Bastante.

—Está bien, Marjorie; ya sabes lo que te dije.

—Sí, abuelo; pero conmigo no cuenta. Yo no represento nada.

—¡Ah! Tú eres una excepción en tu clase..., por fortuna. Más una excepción que perjudica.

—Si los demás nos juzgaran mejor que ellos, acaso; pero actualmente no es así, abuelo.

—Eso no es del todo justo —le interrumpió el marqués—. Y ahora, ¿qué sientes?

—Es conveniente un poco de sacrificio, abuelo.

—Divirtiéndote más que de costumbre, ¿no? Entonces, ¿se deshizo tu boda?

—Eso es.

—¿Tienes deudas?

—Sí.

—¿Cuánto debes?

Vaciló Marjorie Ferrar. ¿Se comprometería diciéndolo?

—Sin mentir, Marjorie.

—Unas cinco mil libras.

El anciano par hizo un gesto con los labios y dejó escapar un silbido de tristeza.

—Es una buena cantidad, naturalmente; todo a causa de mis relaciones.

—Sé que tu padre ganó una carrera el otro día.

¡Aquel viejo no ignoraba nada!

—Sí; pero creo que ya se ha gastado el dinero.

—No podía ser de otra manera —replicó el marqués—. ¿Y qué piensas hacer ahora?

Sintió un vivo deseo de responderle: «¿Y tú?», pero se contuvo y explicó:

—Tengo la idea de dedicarme al teatro.

—Bien; supongamos que esto sea conveniente. ¿Sabes declamar?

—No soy que digamos una Eleonora Duse.

—¿Una Eleonora Duse?... —y el marqués agitó la cabeza—. Habría que retroceder hasta la Ristori para hallar buenos artistas. ¡La Duse! Gran talento, en verdad, pero siempre igual. Entonces: ¿No te decides a casarte? La miró fijamente: —Supongo que haces bien. ¿Tienes una lista de tus deudas?

Marjorie Ferrar miró en su bolso.

—Aquí la tengo.

Pudo ver a su abuelo arrugar la nariz, pero no pudo saber si era a causa del perfume o a causa del contenido de la lista.

—Tu abuela —dijo— gastaba aproximadamente la quinta parte de lo que tú gastas, en trajes que necesitaban acaso tantos metros como media docena de los tuyos. Hoy no lleváis nada de ropa encima, y además pagáis por ella un dineral.

—Cuando más pequeña es una prenda, abuelo, más habilidad necesita su hechura.

—¿Devolviste los regalos?

—Ya los tengo empaquetados.

—Devuélvelos todos —dijo el marqués; no debes guardar nada que él u otro te hayan dado.

—Claro que no.

—Si te he de hablar francamente —dijo repentinamente— tendría que desprenderme del Gainsborough.

—¡Oh, no!

Un retrato de la abuela cuando era niña, hecho por Gainsborough, ¡una maravilla! Alargó la mano para coger la lista. Sosteniéndola aún en su mano el anciano colocó el pie en el suelo y escrutó la cara de su nieta, con sus ojos ágiles y penetrantes.

—El problema, Marjorie, es saber hasta qué punto es posible hacer un convenio contigo. ¿Tienes una palabra que comprometer?

—Supongo que sí. Depende naturalmente de lo que tenga que prometer. Pero no quiero que vendas el Gainsborough, abuelo.

—Por desgracia —explicó el marqués—, tu tío Dangerfield no me dejará gran cosa. La culpa es mía, por tener hijos pródigos. Los de otras personas no lo son hasta tal punto...

Marjorie esbozó una sonrisa.

—Atravesamos tiempos difíciles —siguió el marqués—. Las tierras cuestan dinero; las minas cuestan dinero; Shropshire cuesta dinero; ¿y dónde está el dinero? Poseo un invento que podía ser mi fortuna, pero nadie me hace caso.

¡Pobre viejo... a su edad! Marjorie suspiró, diciendo:

—No quisiera apurarte con mis problemas, abuelo. Ya veré de arreglarme sola.

El viejo dió algunos pasos, algo inciertos, y ella pudo advertir que calzaba chinelas rojas sin tacón. Se paró de pronto, como un único punto brillante entre el desbarajuste de la habitación.

—Volviendo a lo que hablábamos, Marjorie: si para ti el único fin de la vida es divertirme, ¿cómo puedes prometer nada?

—¿Qué deseas que prometa?

Aproximóse el viejo, inclinándose por un momento sobre ella:

—Pareces tener en la cabeza, además de pelo, algo de substancia: ¿Crees que, en realidad, podrías ganarte la vida?

—Lo creo; tengo muchas amistades.

—Si te libero de estas deudas, ¿me darás tu palabra de pagar al contado en adelante? No me digas que sí ahora y te vayas derecha a comprarte una serie de tonterías. Necesito de ti la palabra de una verdadera dama..., si es que sabes lo que es eso.

Incorporóse Marjorie.

—Me parece que hablas con mucha razón, pero no consentiré que pagues mis deudas, si ha de ser a costa de desprenderte del Gainsborough.

—Deja eso por mi cuenta. Quizá pueda reunir el dinero sin necesidad de vender la pintura. ¿Lo prometes?

—Sí, prometo.

—¿Con ánimo de cumplir?

—Sí; con ánimo.

—Bueno; eso ya es algo.

—¿Deseas algo más, abuelo?

—Deseaba pedirte que no enfangues más nuestro apellido; pero ya supongo que esto sería pedir que atrasaras el reloj. El espíritu del tiempo, digo de la época, es mi enemigo.

Desviando las pupilas de su abuelo, Marjorie echó una mirada a través de la ventana. ¡El espíritu de la época! Algo que estaba muy bien, pero que él no podía saber en qué consistía. ¡Enfangar el apellido! ¿Por qué, ni en qué? Por el

contrario, ella había elevado el apellido familiar; lo había sacado de un empolvado mueble, para convertirlo en moneda circulante. Para leer algo que a ella se refiriera, la gente se ponía de pie. ¿Hacía acaso lo mismo para leer algo del abuelo? Pero él jamás lo comprendería. Entonces musitó:

—Está bien, abuelo. Procuraré satisfacerte. Es probable que me marche a América.

Chispearon los ojos del marqués.

—¿A lanzar la moda de buscarse un marido yanqui? Creo que aún no existe...; búscate uno que se interese por la electricidad, y tráemelo para acá. Para un americano habría aquí grandes cosas que hacer. En fin, me quedaré esta lista y procuraré anularla, sea como sea. Sólo una cosa, Marjorie... tengo ochenta años, y tú... ¿Cuántos?... ¿Veinticinco?... No vayas tan a prisa por la vida; cuando tengas cincuenta estarás terriblemente aburrída, y no hay mayor aburrimiento que una persona aburrída. ¡Adiós!

Y le tendió la diestra. Ella exhaló un largo suspiro. ¡Libre!

Y tomando la mano de su abuelo, se la llevó a los labios. ¡Oh! Él la escudriñaba atentamente... ¿Se le habrían despintado los labios? Salió precipitadamente. ¡Pobre viejo! ¡Qué bueno era quedándose con aquella lista! Ahora: ¡Borrón y cuenta nueva! Iría en seguida a buscar a Bertie Curfew, para que le ayudase a empezar. ¡Oh, la expresión de las pupilas de Bertie, la noche anterior!

XI

LA MANTA A LA CABEZA

Durante su período de incertidumbre, Michael no tomó postura alguna, ni dijo palabra; la cosa era bastante grave. Acaso Kit despejase el malhumor de Fleur, o quizá ella encontraría otras dificultades a su partida; por ejemplo, su padre. La absoluta separación, sin embargo, de toda actividad social por su parte —Fleur no hacía ni recibía invitaciones, no asistía a ninguna fiesta, ni siquiera hablaba de ellas— durante aquella memorable semana, demostró que realmente el hierro candente del desdén había chamuscado su espíritu. No se mostraba áspera, pero sí muda e indiferente; miraba continuamente a su marido con expresión preocupada, y le lanzaba de vez en cuando una mirada de resentimiento, como si estuviera segura de su negativa. Por otro lado, Michael no podía pedir consejo a nadie. Porque, para cualquiera que hubiera vivido el episodio, la actitud de Fleur parecía incomprensible y casi ridícula. Él no debía ponerla en evidencia; no quería ni aun hablar con el viejo Blythe hasta haber decidido por sí mismo. Para complicar más este conflicto de su mente continuaba albergando en ella la duda habitual de si su persona era o no imprescindible para el Foggartismo. ¡Si por lo menos pudiera enfocar los

acontecimientos con serenidad! No tenía ni siquiera el consuelo de creer que una decidida negativa hiciera mella en Fleur; ella suponía que la carrera política de su marido era una vanidad, que sólo podía servir para hacerle figurar; mas que no tenía verdadera trascendencia para el país. Poseía el cinismo político de la mujer corriente. Únicamente lo que amenazaba a la propiedad, o la tranquilidad de Kit, podía conmoverla. Michael comprendía que su dilema era risible. ¡El futuro de Inglaterra en lucha con el presente de una joven esposa mortificada en su orgullo social! Pero, al fin, sólo sir James Foggart y el viejo Blythe enlazaban seriamente el Foggartismo con el futuro de Inglaterra; y si él ahora se marchaba de viaje, aún ellos dos perderían su fe.

En la última mañana de aquella terrible semana, Michael todavía dudando, atravesó el puente de Westminster y entró en el centro de la barriada de Surrey. La conocía poco, y paseó por ella con cierto interés. Allí, según recordaba, habían vivido los Bickets; los Bickets, que habían fracasado allí, y que, por lo visto, estaban también fracasando en Australia. Calleja tras calleja; hogar de todos los Bickets de Londres. Era necesario ayudarles en seguida, ayudarles asiduamente, ayudarles antes de que se convirtieran en Bickets inútiles al agro; hacer de ellos hombres y mujeres, dueños de sí mismos; darles aire y darles sol...; dar una ocasión a esta gente, la gente más decente del mundo. Viviendas feas, tiendas feas, tabernas feas. ¡No! ¡Eso no podía ser! Había que conservar la estética en todas partes. La estética no decaía nunca en la Cámara, como tampoco el sentimiento tal como lo entendían en aquella: «Fibra británica» — «Patriotismo», «Imperio», «Índole moral»—. Las cosas materiales y el poder productivo, unidos a los clichés sentimentales. Se paró en el umbral de una escuela para oír el murmullo de la pedagogía. ¡La raza inglesa, con todo su valor, su sentido del humor y su paciencia, encerrada en aquellas callejuelas!

Sintió un repentino anhelo por el agro. Recordó su motocicleta. Desde que era miembro del Parlamento no había subido en una máquina, temeroso de echar a perder su dignidad. Pero ahora deseaba correr un poco...; esto quizá le inspirase una resolución.

Fleur no estaba en casa, ni la comida preparada; tomó, pues, unas lonchas de jamón, y a las dos de la tarde se marchó.

Rabioso y despechado recorrió el camino real de Chiswick, Slough y Maidenhead; cruzó el río y marchó hacia Reading. Al llegar a Caversham cruzó otra vez el río y corrió hacia Pangbourne. Dejó la *moto* en un seto y se lanzó a fumar una pipa. ¡Qué calma! ¡Qué serenidad! El río, entre los pelados álamos, tenía una tranquila tonalidad grisácea. Cogió una ramita y la metió dentro de la cazoleta de la pipa, antes de pensar en ella el tabaco. La carrera le había sentado bien; ahora tenía la cabeza más ligera. ¡La guerra! Cuando la guerra carecía de dudas y vacilaciones; pero entonces... no tenía a Fleur. Además, aquel era un caso claro, clarísimo. Y, por el contrario, ahora, en el dilema de

permanecer o marcharse, Michael parecía presagiar todo el futuro de su vida matrimonial. La resolución que ahora tomase afectaría a lo que todavía podía durar más de medio siglo. ¡Poner la mano en el arado y retirarla al primer tropiezo era vergonzoso! Se puede arar con torpeza o en la penumbra; pero es preferible arar con luz débil que sin ninguna; hacer un surco irregular que no hacer ninguno. El Foggartismo era el mejor camino que entreveía, y por él tendría que seguir. ¡El futuro de Inglaterra! Un mirlo trinoó en el matorral. ¡También se burlaba! Como acostumbraba decir el viejo Blythe, había que hacerse fuerte ante las burlas. Con seguridad Fleur suponía incapaz de actuar con libertad y con decisión; pues debía pensar que si quería que él siguiera en el Parlamento —y esto sí que ella lo quería—, debía continuar el plan trazado; porque, a pesar de todo, ella era su mujer, y su amor propio y su dignidad iban unidos a los suyos.

Observó con atención el humo de su pipa y las bajas nubecillas grises que formaban las vacas Herefords, de blanca faz; pacían más allá del río, y un hombre con una caña, cebada con «asticot», pescaba. Tomó una ramita y le dió vueltas, admirando el aterciopelado gris amarillento de sus hojas. Sentía en su corazón una gran calma, pero, a pesar de todo, su tristeza no le abandonaba. ¿Cómo dar gusto a Fleur? A menos de dos millas de aquel río la había hecho el amor —¡amor!, ¡qué rara le sonaba esta palabra!—; la había cortejado, si no precisamente conquistado. Y ahora estaba enojada con él. Bueno, en su mano estaba el que esto trajera o no un grave disgusto para ambos. Y le pareció que debía contárselo al viejo Forsythe...

Cuando oyó el ruido de la motocicleta de Michael, Soames se ocupaba en colgar el Fred Walker, que acababa de comprar en la galería vecina al despacho de Settlewhite y Stark, en recuerdo de la liberación, del superado fastidio de aquella dichosa causa, y de su afición por la escuela de pintura británica. ¡Fred Walker! Era un pintor a la antigua; a él y a Mason les habían sucedido una docena aproximada de nuevas escuelas. Pero —igual que los viejos violines, con idéntica llama de antaño— allí estaban, como estupendas curiosidades, por las que siempre se puede exigir una buena cantidad.

Habiendo descolgado un Courbert de la primera época, Soames estaba de pie, en mangas de camisa, con un rollo de alambre en la mano, cuando entró su yerno.

—¿De dónde vienes? —preguntó con sorpresa.

—Pasaba por aquí cerca, en mi *moto*. Veo que sostiene usted su promesa acerca de la escuela inglesa.

Soames juntó el alambre.

—No estaré satisfecho —dijo— hasta que encuentre un antiguo Crome; fué el mejor paisajista inglés.

—Es raro ese Crome, ¿verdad?

—Sí; por eso lo quiero, precisamente.

La sonrisa de Michael parecía adivinar su pensamiento: «Querrás decir que por eso lo consideras el mejor.» Pero pasó inadvertida a Soames, que estaba torciendo el cabo del alambre.

—Hace ya tiempo que no veo sus cuadros, señor. ¿Puedo echar un vistazo?

Mirándole de soslayo, Soames recordó su aparición allí cierto domingo de verano, después de haber visto a Fleur en la Galería, junto a Cork Street. ¿Hacía únicamente cuatro años? ¡Pues parecía un siglo! El muchacho de entonces se había estropeado más de lo que era de suponer; parecía más viejo, menos jovial; un simpático chico, sin embargo, gracias a su buena cuna y a la guerra.

Y, de repente, notó que Michael, a su vez, le miraba con atención. Sin duda, deseaba algo; de no ser así no habría ido. Quiso recordar cuándo le había visitado alguien que no quisiera algo; pero no pudo encontrar ningún caso. ¡Era tan lógico!

—¿Buscas algún cuadro que haga juego con tu Fragonard? —preguntó—. Ahí, en esa esquina, hay un Chardin.

—No; no, señor; ha sido usted ya demasiado generoso con nosotros.

—¿Qué tal está Fleur?

—De ella venía a hablarle. Está terriblemente agitada.

Soames miró a través de la ventana. ¡La primavera se retrasaba aquel año!

—¡No debía estarlo, ahora que terminó el juicio!

—Por eso precisamente, señor.

Soames trató de entender el pensamiento de Michael.

—No te entiendo.

—Ahora se nos desdeña.

—¿Cómo? ¿Acaso no ganasteis el juicio?

—Sí; sin embargo, la gente se resiente ante la superioridad moral.

—¿Y eso qué? ¿Quién?... ¿La superioridad moral... se resiente?

—Foskisson nos hizo polvo con su golpe teatral. Ya le dije a usted que me lo temía. Es la idea de estar en ridículo la que obsesiona a Fleur.

—¿Fleur en ridículo? ¿Quién tiene el valor de...?

—Atacar a la moral moderna está muy bien en los jueces, en los jurados y en otras personas profesionalmente rectas; pero en la actual sociedad, en que se vanaglorian de falta de prejuicios, es quedar en ridículo.

—¡La sociedad! ¡Ah!

—Sí, señor; pero en ella tenemos que vivir. A mí, después de quedar en ridículo yo con el Foggartismo nada me importa ya; pero Fleur es desgraciada. Y, si se piensa bien, ello es muy natural... La sociedad es su diversión, su juguete.

—Debería tener más juicio —replicó Soames. Pero él estaba también bastante preocupado. ¡Primero tratarla de *snob*, y ahora desdeñarla!

—Con el asunto del actor alemán que se ahorcó en Lippinghall —siguió Michael—, mi Foggartismo y el asunto Ferrar, nuestra dicha matrimonial se resquebraja. Fleur está tan desanimada que desea que la lleve a dar la vuelta al mundo.

Una bomba que hubiera explotado en el palomar no hubiera producido mayor consternación a Soames. ¡La vuelta al mundo! Oyó a Michael que musitaba:

—Y tiene razón; sería lo más conveniente para ella. Pero yo no puedo dejar mis asuntos hasta las vacaciones. Tengo un cargo y tengo que trabajar en él mientras esté abierto el Parlamento.

—¡La vuelta al mundo!

Michael siguió:

—Hasta hoy no he podido tomar una resolución. Si me marchara, me consideraría a mí mismo un desertor. Y esto, en el futuro, no nos favorecería a ninguno de los dos. Fleur no lo sabe todavía.

El palomar de Soames volvió a su tranquilidad cuando oyó que Michael no se la llevaría hasta Dios sabía cuándo.

—Me parece —explicó Michael lentamente, con tono doctoral y como haciendo un diagnóstico— que Fleur desea algo dramático. ¡La vuelta al mundo a los veintitrés años! Ella cree estar, socialmente, fuera de combate.

—Pero ¿piensa dejar al chico?

—Eso le da a usted idea, señor, de lo desesperada que está. Me gustaría infinito poder acompañarla.

Soames le contempló fijamente. ¿Esperaría Michael que él hiciera algo? ¡La vuelta al mundo! ¡Qué locura!

—Tengo que verla —dijo—; ¿quieres dejar la máquina en la cochera y acompañarme en el *auto*? Antes de un cuarto de hora estoy listo. Arriba puedes tomar el té.

A solas con el Fred Walker, todavía sin colgar, Soames miró sus cuadros. Los vió ahora con nueva claridad, con mirada más aguda, y una especie de

punzada en el corazón como si..., ¡bueno!, le parecían estupendos, bastante mejores de lo que él nunca creyera. Por el contrario, Fleur se había dedicado a coleccionar gente, y ahora había perdido toda su colección. ¡Pobre niña! Una locura, por supuesto... Como si las personas proporcionasen alguna satisfacción. ¿Y si le llevase aquel Chardin? Era un magnífico Chardin. Dumetrius le había cobrado demasiado; pero si a ella le gustaba... Descolgó el cuadro, y con él bajo el brazo, descendió por la escalera.

Poco se habló en el coche durante el trayecto, aparte de ciertas alusiones a las nuevas gracias del undécimo baronet y a la lamentable costumbre de la Policía, que obligaba a los automóviles a rodar lentamente por la nueva calzada para facilitar el tráfico. Serían ya las seis, cuando llegaron a South Square. Desde después de la comida, Fleur no había regresado, y ambos se sentaron con cierta inquietud a esperarla. *Dandie*, que había bajado a investigar la posibilidad de unas piernas nuevas, volvió a subir en seguida, y la casa quedó en absoluta calma. Michael miraba continuamente a su reloj.

—¿No tienes idea a dónde ha ido? —preguntó finalmente Soames.

—No tengo ni la menor idea, señor; lo más detestable de Londres es su modo de tragarse a las personas.

Había empezado a pasearse, lleno de nerviosismo, y Soames que, sintiendo deseos de hacer igual, ya pensaba decirle: «¡Estate quieto!», oyó gritar a Michael, que miraba por la ventana.

—¡Ya está aquí! —y corrió hacia la puerta principal.

Sentóse Soames, con el Chardin apoyado contra el respaldo de la silla.

Estuvo esperando durante un largo rato. Pasaban los minutos lentamente y nadie aparecía.

Finalmente reapareció Michael. Su semblante tenía un aspecto extraordinariamente grave.

—Está arriba, en su gabinete, señor. La encuentro excesivamente agitada. ¿Le sería gran molestia subir?

Soames cogió el Chardin.

—Vamos. Es la primera puerta a la izquierda, ¿no?

Ascendió lentamente, un tanto desconcertado, y penetró en el gabinete, sin aguardar respuesta a la suave llamada hecha en la puerta.

Sentada ante el *bureau* de sándalo estaba sentada Fleur, con la cabeza entre las manos. Su pelo brillaba bajo la luz, despeinado con cierta naturalidad. Parecía no haberse dado cuenta de la entrada de Soames. Aquella contemplación de la vida privada afectó a Soames, desacostumbrado a dar o a recibir exhibiciones del íntimo sentir. Permaneció vacilante ante el umbral.

¿Tenía derecho a sorprenderla así, con las orejas tapadas y en honda actitud de dolor? Se hubiera marchado, para regresar de nuevo; mas le interesaba demasiado todo aquello. Y, aproximándose, tocó con un dedo el hombro de Fleur, diciéndole:

— ¿Estás cansada, hija mía?

Fleur irguió la cabeza; su cara parecía extraña, ajada; no semejaba la misma. Soames dijo la frase que acostumbraba a decirle cuando era una niña.

— ¡Mira lo que te traigo!

Levantó el Chardin, que ella apenas miró, y esto le hirió sobremanera. ¡Al fin y al cabo valía algunos centenares de libras! Palidísima, ella había cruzado sobre el pecho los brazos, como queriendo cerrarse a toda expansión. Soames entendió los síntomas. ¡Una crisis espiritual! Aquello que a él le había parecido toda su vida una cosa absurda; algo así como un ataque de apendicitis que no quiere tener el decoro de retrasarse.

— Michael —explicó— me ha manifestado que tienes deseos de dar la vuelta al mundo.

— Sí, pero como él no puede, no hay más que hablar.

Si hubiera respondido: «Sí; ¿y por qué no puede llevarme?», Soames, automáticamente, hubiera compartido la oposición de su yerno. Mas las palabras de su hija despertaron su natural debilidad. ¡Allí estaba su pobrecita hija... sin poder conseguir el deseo de su alma!

Dejando el Chardin en el suelo, empezó a pasear sobre la mullida alfombra.

— Dime —dijo, parándose—, ¿en dónde sientes esa pena?

Fleur se sonrió.

— En la cabeza, en los ojos, en los oídos y en el corazón.

— ¡Qué asuntos —musitó Soames— tendrán que mirar siempre estos políticos, que no pueden separar de ellos sus narices!

Y volvió a sus paseos por el gabinete. Todas aquellas personas modernas, alocadas, que de vez en cuando había tenido que aguantar en su casa, parecían envolverle ahora, sonriendo, levantadas las cejas, como un grupo de duendecillos burlones. El deseo de darle su sitio —¡gente superficial!— apoderóse de él sobre toda prudencia.

— No veo manera de poder llevarte yo —murmuró, parándose de pronto.

¿Qué estaba diciendo? ¿Quién le había pedido a él que la llevara? Las pupilas de Fleur, muy abiertas, se posaron en su padre.

— Naturalmente que no, papá.

¡Naturalmente que no! Él no comprendía.

—Ya me iré haciendo a la idea de que la gente se ría de mí.

—Soames rezongó:

—No sé por qué causa no puedo ir contigo —dijo—. Hay mucha gente que da la vuelta al mundo.

La palidez de Fleur había desaparecido.

—Pero tú no, querido; sería una gran molestia para ti. Eres muy bueno solamente en pensarlo. Pero no he de consentirlo. ¡A tu edad!

—¿A mi edad? —preguntó Soames—. Pues no soy tan viejo.

—No, no, papá; me someteré a mi destino.

Sin pronunciar palabra, Soames dió otro paseo. ¡Someterse al destino ella!

—¡Pues no me da la gana! —gritó—. Si las gentes no se comportan como es debido contigo, ya les enseñaré yo que...

Levantóse Fleur, respirando fuertemente, entreabiertos los labios y encendidas las mejillas. Así estaba también el día de su primera fiesta, sosteniendo su vestido para que él lo contemplara.

—Iremos —decidió Soames firmemente—. ¡No admito discusiones! Es cosa hecha.

Los brazos de Fleur abarcaron amorosamente el cuello de su padre; la nariz de Soames se humedeció levemente. ¡Qué bobada! Como si...

Aquella noche desabrochóse los tirantes en un singular estado de ánimo. ¡Iba a dar la vuelta al mundo! ¡Qué cosa más rara! Sin embargo, había derrotado a aquel jovencito... Se les iría a reunir en agosto, donde quisiera que estuviesen. ¡Dios, Dios! ¡Tal vez fuera en China! ¡Qué cosa tan maravillosa! Y Fleur, mostrándose cariñosa como una gatita... La letra de una festiva cancioncilla que había oído en su infancia a un clérigo, cantaba ahora en su interior.

Yo vi Madagascar. Jerusalén.

Y Norte y Sudamérica...

¡Sí! ¡Ciertamente! Sus cosas, por fortuna, estaban en perfecto orden. No tenía nada que hacer en los negocios de Timoteo o Winifred, únicos que ahora tenía entre manos; mas, de todas maneras, ignoraba cómo irían sin él las cosas.

En cuanto a Annette... no lo sentiría demasiado, eso por descontado. Era difícil que alguien se preocupase de su partida, quitando a Winifred, en cierto modo. Había, empero, una intangible presencia de Inglaterra que turbaba sus

pensamientos antes de dejarlo todo durante largos meses. Las rocas blancas de Dover quedarían allí inmutables, y el río correría aún entre las praderas, cuando él volviera..., si volvía alguna vez. Se tropezaba la gente con tantas cosas en el mundo —microbios, insectos, serpientes—, que jamás sabía uno dónde se había metido. Sin embargo, era maravilloso ver a Fleur despreocupada. Y con qué interés lo contemplaría todo..., porque lo más seguro era que no dejaran de ver nada. Andar por entre personas que contemplan las cosas, boquiabiertos, era algo irresistible para él, mas ¡no tenía otro remedio! ¡Ah! ¡Qué descanso cuando Michael se les reuniera! Aunque, por otro lado, también le seducía la idea de tener a Fleur para él solo. ¡Hacía ya tanto tiempo que no la tenía! Claro que ella trabaría amistad con todo el mundo, y él se vería obligado a poner buen semblante a Tom, a Dick y a Harry. Una miradita a Egipto; después a la India, la China y el Japón, y luego por aquella atareada y bullanguera América..., la tierra de Dios, según decían los americanos. Fleur tenía ya trazado el itinerario. A Dios gracias no había mentado a Rusia; ni siquiera lo había propuesto...; según decía, allí todo estaba destrozado. ¡El comunismo!, y ¡quién podía predecir lo que pasaría en su propio país antes de que regresaran! A Soames le parecía que también Inglaterra iba a quedar destrozada, si él se marchaba. Pero, en fin, él había dado su palabra de llevarla, y ella había llorado de alegría ¡Psch! Abrió la ventana, y, envolviéndose en el batín que guardaba en casa de Fleur para aquellas raras ocasiones que se quedaba con ellos, se inclinó hacia fuera para respirar la suave brisa. No le parecía ver la plaza de Westminster delante de sí, sino su río y sus álamos bajo la luna llena, como luminoso testigo. Toda la belleza reposada que jamás había sabido expresar, la florida paz que había sentido durante treinta años, penetrándole en todo su ser... lo echaría de menos, indudablemente; el perfume de la hierba, el canto del río bajo el viento, el rumor de la fresa del molino, las estrellas...; claro que también allí a donde iba había estrellas..., pero no estrellas de Inglaterra. ¿Y la hierba...? En aquellas grandes extensiones no había, según decían, hierba. Aquel año se retrasaba la floración; no podría ver los capullos antes de marchar. En cuanto a la leche, estaba perdida. Esto le hizo recordar que el vaquero, con toda seguridad, dejaría que las vacas perdieran la leche. ¡Era un salvaje aquel chico! Tendría que prevenir a Annette. Las mujeres no parecen darse cuenta de que las vacas no pueden dar leche mucho tiempo seguido, si no se las cuida debidamente. Si por lo menos tuviera en el campo a un hombre en quien confiar, como tenía en la ciudad al viejo Gradman... ¡Hum! Cuando supiera la noticia, el viejo Gradman abriría unos ojos tamaños. Aquel sí que era en verdad un pedazo de la vieja Inglaterra..., y ya no duraría mucho. Sería extraño regresar y no encontrar ya al viejo Gradman. ¡Una... dos... tres... once! ¡Aquel reloj! Otras veces ya le había desvelado; a pesar de todo era un buen reloj antiguo. Aquel chico, su yerno, continuaría sentándose debajo de él²⁵. ¿Habría

²⁵ Se refiere al famoso Big-Ben, el reloj del Parlamento británico, y al que Galsworthy ya se ha

algo verdadero en los impulsos que le llevaban a sentarse allí, o todo sería ganas de charla? Sea como fuere, hacía perfectamente en continuar al pie del cañón. Pero... ¡cinco meses lejos de su mujer! ¡He aquí un gran peligro! «¡Juventud es substancia!» El viejo Shakespeare conocía el mundo. Bueno, bueno. Con peligro o sin peligro, tenía que ser. Al fin y al cabo, Fleur poseía una buena cabeza, y Michael un buen corazón. Fleur tenía también un buen corazón, ¡no quería él que dijeran lo contrario! Sentiría dejar al niño cuando llegase la hora; aún no se había dado entera cuenta. Soames sintió en su interior un curioso dilema. Entre la esperanza de que Fleur, al fin, desistiese de hacer el viaje y el miedo que esto sucediera. ¡Qué divertido!, sus costumbres, sus comodidades, sus propiedades..., todo estaba allí llamándole, y él... se liaba la manta a la cabeza. ¡Absurdo! Y a pesar de todo...

XII

ENVÍO

¡Cinco meses, por lo menos, lejos de Fleur!

El extraordinario comportamiento de Soames había asombrado realmente a Michael. Y, sin embargo, aun después de llegar a semejante crisis en su vida matrimonial, lo más serio, acaso, era lo referente a la vida diaria. Quizá lejos de allí llegase Fleur a sentirse afligida como él, por una perspectiva más amplia; acaso perdería su idea presente de que el mundo se compone de unas cinco mil personas de ideas modernas, de las que ella conocía, todo lo más, quinientas. Fleur fué quien le empujó hacia el Parlamento; y hasta que fuera arrojado de allí como un fracasado, habrían de verificar juntos el camino hacia la cumbre de los grandes ideales. En aquella quincena anterior a la partida, Michael sufrió y se mantuvo sonriente; reconocido a que ella se mostrase la «gatita cariñosa», que decía su padre. Sus nervios habían permanecido en tensión desde el otoño, por culpa de aquella desdichada causa. ¿Qué más natural, ahora, que esta reacción? Por lo menos se mostraba con él pródiga de besos; gran consuelo mientras durase. Una o dos veces la sorprendió mirando con ojos húmedos al undécimo baronet; otra vez, al despertar por la mañana, observó huellas de lágrimas en sus mejillas. Estas muestras eran una preciosa garantía de que pensaba regresar. Había instantes en que los temores danzaban como una pesadilla en torno suyo. ¡Qué bobada! Iba con su padre, personificación de la prudencia y del cuidado. Pero, ¡quién hubiera dicho que el viejo Forsythe se arrancara así de su solar! También él dejaba una esposa, aunque Michael no le viera señales de pesadumbre. Era harto difícil conocer los sentimientos del viejo Forsythe, quitando los concernientes a su hija. Ahora continuamente preguntaba sobre etiquetas de equipajes, e insectos. Se había comprado un chaleco salvavidas, y otro para Fleur. Michael sostuvo con él una conversación trascendente:

referido varias veces. (Nota de los traductores)

—Te agradecería —dijo Soames— que cuidases un poco a mi mujer y vigilaras que no se metiese en un lío con el asunto de las vacas. Su madre se quedará con ella, pero ¡son tan raras las mujeres! Se portará estupendamente con el niño. ¿Cómo andas de dinero?

—Perfectamente, señor.

—Bien; si, de todas maneras, necesitas algo para un buen fin vete a ver a la City al viejo Gradman; no te habrás olvidado del viejo Gradman.

—Sí; y temo que él tampoco me haya olvidado.

—No importa; es un hombre fiel —y Michael le oyó suspirar—. También quisiera que, de cuando en cuando, te dieras una vuelta por la calle Green. Tu tía política tal vez sienta un poco mi ausencia. Ya le daré noticias de Fleur; ahora que existe la radiotelegrafía, ella deseará saber a menudo de su hijo. Por cierto que estoy tomando mucha quinina. Fleur dice que es conveniente para el mar. También me han dicho que no hay nada mejor que el champán para el mareo.

Y ahora..., aunque tú sabes más de eso, yo te pediría que no insistieras mucho con tus opiniones en el Parlamento. Es gente que se hastía pronto. A fines de agosto te esperamos en Vancouver; para esta fecha, Fleur estará ya aburrida de viajar. Le causa ilusión en especial Egipto y el Japón, pero no sé por qué, creo que va a ser demasiado viaje.

—¿Va usted bien preparado para cruzar el mar Rojo? Yo llevaría también un salakof.

—Ya tengo uno —replicó Soames—. Son demasiado grandes y pesados.

Y mirando con rapidez a Michael, añadió; —Yo la cuidaré a ella, y espero que tú también te cuides.

Michael le comprendió.

—Sí, señor; y le quedo muy reconocido. Comprendo que para usted ha de ser un enojoso esfuerzo.

—Confiemos en que le hará mucho bien a ella y en que el niño no note la falta.

—No la echará de menos si yo puedo evitarlo.

Soames, que estaba sentado frente al *Mono Blanco*, pareció quedar en éxtasis. Finalmente, agitándose en su silla, dijo:

—La guerra lo ha dejado todo muy inseguro. Yo creo que la gente tiene fe en algo, pero no caigo en qué.

Michael sintió por estas palabras un gran interés.

—¿Quiere decirme, señor, qué es lo que cree usted?

—Lo que fué suficiente para mis padres es suficiente para mí. La gente espera hoy demasiado. No encuentra interés en vivir.

«Interés en vivir». La expresión era una buena síntesis. ¿Estaría en ella la solución a todas las dudas modernas?

La última noche, el último beso y el triste camino hasta el muelle en el coche de Soames. ¡Únicamente Michael iba a despedirlos! El triste embarcadero y el río gris; el bullicio del equipaje y las embarcaciones abarrotadas... Un instante doloroso. Doloroso aún para ella, según imaginó Michael. Y después, los largos y desconcertantes minutos de espera en el barco; y la iniciación de Soames en sus resistentes, brillantes y extrañamente perfumados misterios. Y la tétrica sonrisa que había que conservar, y las bromas insulsas que había que gastar; y después aquel instante, cuando, apartándose a un lado, ella se estrechó contra su pecho y le dió un largo beso.

—Adiós, Michael; no será por mucho tiempo.

—Adiós, amor mío; cuídate mucho. Tendrás cuantas noticias pueda enviarte. No estés preocupada por Kit.

Michael apretó los dientes, y los ojos de Fleur —él lo pudo ver perfectamente— se humedecieron.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Regresó a la lancha; la banda de agua grisácea se ensanchó cada vez más entre él y el barco; entre la hilera de personas que se llevaba la mole, apareció la cara de Fleur bajo el sombrero de fieltro y ondeante su mano. Más lejos, a la izquierda, estaba el viejo Forsythe, solitario..., retirado, a fin de que ellos pudieran despedirse. Alto, quieto, con su bigote gris, muy emocionado, absorto y solitario, como pudiera estarlo un pájaro que llegase a una playa ignorada desde muy lejos, y contemplando la tierra que dejaba. Les vió cada vez más y más pequeños, borrosos luego, y desaparecieron al fin.

Durante el camino de vuelta a Westminster, Michael fumó pitillo tras pitillo y leyó repetidamente el mismo titular del periódico: «Robo en Highgate. El ladrón consigue escapar.»

Directamente marchó al Parlamento. Permaneció durante toda la tarde sentado, escuchando e interviniendo de cuando en cuando, con unas palabras, en un debate sobre educación. ¿Qué posibilidad —qué posibilidad terrena— podía tener en aquel sitio su ideal, su querer coger la luna con las manos, pues se hallaba todavía con lenta discrepancia, como si Inglaterra fuera aún la Inglaterra de 1906? ¿Dónde la opinión que acerca de él formaban sus compañeros era: «Un chico simpático, pero chalado»? ¡Unidad nacional!... ¡Movimiento nacionalista! ¡Adelante y sin miedo! El país, en realidad, no

deseaba aquello. Se llamaba a una puerta que todos decían era necesario abrir, mas por la que ninguno debía entrar, y entre él y los restantes oradores Michael veía una gran banda de agua; la cara de su mujer, bajo un sombrero de fieltro, se confundía con el diputado por Washbason; el rostro del viejo Forsythe, encima de la borda del buque, aparecía, de pronto, entre los *líderes* laboristas. Y todos los rostros se desvanecían confusamente en un río gris sobre el que volaban las gaviotas.

Al salir, halló un semblante que tenía más realidad. La cara de MacGown. ¡Horrible! Ninguno de los personajes de aquella comedia había experimentado semejante cambio. *Multum ex parvo! Parvum ex multo*²⁶. Era esa la comedia moderna.

Marchando a su casa para ver a Kit y mandar un radiograma a Fleur, Michael pasó frente a unos músicos, que tocaban cuatro instrumentos con espantosa furia. Eran robustos de cuerpo y vestían ropas andrajosas. «¡Por Júpiter! —pensó Michael—. ¡Me suena la cara de ese chico! Es probable que estuviera en mi compañía en Francia.» Y le observó hasta que los inflados carrillos se desinflaron. ¡Sí; efectivamente! ¡Desde luego era un buen chico! Todos habían sido buenos. En realidad habían hecho maravillas. Y allí estaban, entregados al frío del abandono. Aunque cada cual creía tener su remedio y todos valían, tanto unos como otros, cada cual podía solamente seguir su propia fe..., y si el futuro era incierto y el destino se volvía de espaldas... ¡Bueno, pues que se volviera!

¡Qué vacío tan enorme en la casa! Mañana, Kit y el perro marcharían en el automóvil a *El Refugio*, y aun sería más grande el vacío. De aposento en aposento, Michael trataba de recoger algún fragmento de visión y de perfume de Fleur. ¡Qué desolación! Su despacho y su guardarropa eran los únicos lugares que no habían sufrido cambio alguno. Bien. Viviría en ellos.

Fué al cuarto del niño y abrió con suavidad la puerta. Todo era allí blancura; el perro estaba tendido sobre su argentado lomo; la chimenea chisporroteaba; los dibujos de las blancas paredes, elegidos tan cuidadosamente para cuando el undécimo baronet pudiera entenderlos...; dibujos ligeramente cómicos, naturalmente. El alto y brillante guardafuego, la luz traspasando la tela rutilante de color... ¡Un delicioso cuartito! El ama, vestida de azul, en pie y de espaldas a la puerta, no se había percatado de su entrada. El undécimo baronet estaba sentado a la mesa, en su silla alta de niño, y en su cara, bajo los rizos castaños, aparecía un ligero ceño, mientras su débil manecita sostenía una cuchara de plata, con la que daba pases frecuentes a una taza que tenía delante.

Michael oyó decir al ama:

²⁶ «¡Grandiosidad de lo insignificante!: ¡Insignificancia de lo grandioso!»

—Ahora que mamá se ha marchado de viaje, tienes, Kit, que comportarte como un hombrecito, y aprender a usar la cuchara.

Michael miró a su hijo meter la cara en el tazón y arrojar al aire parte de su contenido.

—No; así no es..., así no se hace.

El undécimo baronet repitió su proeza, buscando el aplauso con premeditada sonrisa.

—¡Ah! ¡Malo!

—Ah... a —dijo el undécimo baronet, golpeando con la cuchara.

Y el contenido se derramó inútilmente.

—¡Pero qué niño tan malo!

—*¡Inglaterra, mi Inglaterra!* —musitó Michael—, como dijo el vate²⁷.

²⁷ Shakespeare: *Richard II*.

INTERLUDIO
LOS QUE PASAN

En Washington, distrito de Columbia, brillaba el sol de otoño, y todo lo que no era siemprevivas o piedra en el cementerio de Rock Creek, brillaba también. Ante la estatua de Santa Gaudencia estaba Soames Forsyte sentado encima del abrigo, apoyado en un respaldo de mármol y gozando de la soledad y de los rayos de sol que pasaban entre los cipreses.

Ya había estado allí, con su hija y su yerno, la tarde anterior, y se había quedado prendado del lugar. Además del atractivo que siempre encontraba en un cementerio, aquella estatua despertaba en él al entendido en arte que llevaba dentro. No podía comprar la escultura, pero era innegablemente una obra de arte: no recordaba que estatua alguna le hubiera hecho sentirse tan *en su casa* como aquélla. La gran figura de bronce verdoso de aquella mujer sentada y con pliegues en su amplia falda, parecía llevarle a encontrarse en el mismo fondo de su propia alma. El día anterior, en compañía de Fleur, Michael y de otras personas, todas admiradas como él, no había apreciado en la escultura otra cosa que su perfección técnica; pero ahora, a solas, podía deleitarse en sus propias sensaciones. Algunos llamaban a la estatua *Nirvana*; otros, *El monumento de Adams*. Fuera como fuese, era lo mejor que había encontrado en América, lo que le proporcionó más placer, a pesar de toda el agua que había visto en el Niágara y de los rascacielos de New York. Tres veces había cambiado de sitio en su asiento de mármol y cada una había experimentado sensaciones nuevas. Desde donde la veía ahora, la mujer de bronce estaba más allá del dolor. Tenía gesto de aceptarlo todo, un gesto más frío y profundo que la misma muerte, notabilísimamente logrado. ¡La muerte! ¡Había algo grande en la muerte! Se acordó de su padre, James, un cuarto de hora después de morir, con un gesto en la cara como de la persona que al fin... le han dicho todo...

Una hoja de roble cayó en su regazo, y otra sobre una de sus rodillas. Soames no se las sacudió. Era fácil no moverse frente a aquella estatua. Debieran hacer que América entera se sentase allí una vez a la semana.

Se levantó, se acercó a la estatua, y delicadamente tocó un pliegue del bronce verde, como preguntándole la posibilidad de la nada eterna.

—Tengo una hermana que vive en Dallas. Se casó con un ferroviario de allí, siendo todavía muy jovencita. Texas es un estado maravilloso... ¡Mi hermana se ríe cuando alguien dice que el clima de Texas no es el mejor del mundo!

Soames retiró la mano del bronce y volvió a su asiento. Dos personas ancianas y flacas, de elevada estatura, estaban entrando en el santuario. Se dirigieron al centro y se quedaron paradas. Pronto dijo una de ellas: «¡Bueno!...», y se salieron de nuevo por la otra puerta. Un poco de viento que se levantó barrió unas hojas hacia el pie de la escultura. Soames se encaminó

lentamente hacia la parte opuesta. Desde allí, la estatua era otra vez mujer de nobilísimo aspecto. Y se sentó inmóvil, en la actitud del pensador, con la parte inferior del rostro oculta en la mano.

Aunque estaba muy tostado y de aspecto sanísimo, solía considerarse como gastado a causa de aquel viaje alrededor del mundo que acabaría dos días después al embarcar en el *Adelphic*. Estos tres días de correr por Washington eran la última gota de agua en el vaso rebosante, y pensaba que los soportaría bien. La ciudad era agradable. Tenía hermosos edificios y muchísimos árboles. Además, no tenía el ajetreo de New York, y había casas donde la gente podría vivir tranquila, pensaba él. Desde luego, la ciudad estaba llena de americanos, pero eso era inevitable. Se sentía tranquilo respecto a Fleur; había superado aquel desagradable «asunto Ferrar», parecía en las mejores relaciones con Michael y mostraba deseos de volver a su hijo y a su hogar. En resumen, Soames experimentaba una sensación de culminación y de paz, un sentimiento de que su virtud había tenido correspondencia y, sobre todo, la seguridad de que pronto volvería a percibir el olor de la hierba inglesa y a ver correr su río. Hasta pudiera ser que Annette se alegrara de volver a verle... Le había comprado en New York una pulsera de esmeraldas verdaderamente hermosa. A tal cúmulo de sentimientos gratos, aquella estatua de *Nirvana* estaba dando el felicísimo toque final.

—Ya hemos llegado, Ana.

Una voz inglesa y dos personas jóvenes que se acercaban... Seguramente escogían aquel sitio para charlar. Se disponía a levantarse, cuando oyó a la muchacha, con acento americano, pero con una voz suave y curiosamente íntima, decir:

—Jon, esto es grandioso. Me abrumba, me oprime...

Por el gesto de la mano, vió Soames que le oprimía a aquella americana en el mismo sitio que le oprimía a él.

—Inmovilidad eterna. Me pone triste, Jon.

En el instante en que el brazo del joven se deslizaba bajo el de ella, Soames le vió la cara. Y la suya casi desapareció tras de una mano, con la rapidez del rayo. ¿Jon? Jon era lo que había querido decir... Aquel era el joven Jon Forsythe, no le cabía la menor duda. Y la muchacha sería su mujer, la hermana de aquel americano, de Francis Wilmot... ¡Qué lamentable casualidad! Recordaba perfectamente el rostro del joven, aunque le había visto tan sólo en aquella Sala de Exposiciones, cerca de la calle Cork, y un poco después en la pastelería, y un instante nada más cuando bajó a Robin Hill a rogar a su ex esposa que permitiera a su hijo que se casara con su hija... Nunca había recibido una negativa con mayor satisfacción. Y, sin embargo, el dolor de notificar a Fleur la negativa había persistido en su memoria como un rescoldo vivo, quemante y

doliente entre las cenizas del tiempo. Tras su sombrero calado y la pantalla de su mano, Soames se aseguró.

El joven estaba en pie, con la cabeza descubierta, como en reverencia a la estatua. Tenía aspecto forsyteano, a pesar del mucho cabello. Había oído decir que era poeta... La cara no estaba mal: tenía lo que la gente llamaba «encanto»; los ojos, un tanto hundidos, como los del viejo Jolyon, su abuelo, y del mismo color gris oscuro. Aquel aire distinguido de la cabeza, sin duda le provenía de su madre. Pero la mandíbula era mandíbula Forsythe. Miró Soames después a la muchacha. Era de buena estatura, morena clara, cabello oscuro y ojos negros; el cuello lo tenía bonito, y en su modo de parar había distinción; de gran esbeltez, tenía una gran figura. Pero ¿cómo habría podido quererla aquel chico después de Fleur? Desde luego, para ser americana tenía mucha naturalidad. Y era un poco como una ninfa, con una especie de secreto en su aspecto general.

Nada en América había chocado tanto a Soames como la falta de recogimiento, de intimidad. Si uno necesitaba quedarse a solas, tenía que descolgar el teléfono y meterse en el baño. Como no fuera así, le llamaban a uno, aunque estuviera durmiendo para preguntar si era casa de los señores de Newberg. Las casas, además, no estaban separadas las unas de las otras, ni siquiera por carreteras. En los hoteles, todas las habitaciones daban en otras, y lo más fácil del mundo era encontrarse con una reunión de banqueros en el *hall*. Y las cenas... Las cenas no tenían la menor intimidad tampoco. Fuese uno donde fuese a cenar, siempre lo mismo: *cocktail* con langosta, sábalo, pavo, espárragos, ensalada y helado; buenos platos, sin duda. Pero nada familiares, nada íntimos, si bien uno aumentaba de peso.

Los dos jóvenes estaban hablando; recordó la voz del muchacho.

—Es la mayor cosa hecha por el hombre de América, Ana. Nosotros no tenemos nada tan bueno. Me hace sentirme sediento de grandiosidad... Tendremos que ir a Egipto.

—¿Cómo le gustaría a tu madre, Jon! Y a mí también...

—Vamos ahora a verla desde este otro lado.

Soames se levantó rápidamente y salió de allí. Aunque no le habían reconocido, se había puesto nervioso. Un encuentro molesto y peligroso. Había viajado seis meses para restablecer la paz espiritual de Fleur, y ahora que estaba tranquila, no iba a consentir que se quebrantara otra vez por ver a su primer amor. Bien sabía él lo que le quebrantaba el ver a Irene. Sí; también estaría allí Irene, como si lo viera... Pero Washington era una ciudad grande, ¡No había tanto peligro! Aquella tarde iban a ir a Mount Vernon, y al día siguiente, por la mañana temprano, se marchaban... Cerca del cementerio estaba su taxi esperándole. Alguno de aquellos coches sería de la pareja que acababa de ver; y los miró de reojo. Le entró cierto miedo, cierta esperanza, de ver en uno de ellos

a la persona que en otra vida había visto a diario, esperando siempre aquello, que no le podía dar... Pero no. No había más que chóferes; ¡chóferes con sus *Yeahs* y sus *Yeps!*, pues los americanos ya no dicen *Yes*. Y entrando en su taxi, ordenó:

- Hotel Pótomac.
- ¿Hotel Potómac?
- Si le gusta más así...

El chófer hizo un guiño y cerró la portezuela tras Soames. ¡Qué América! ¡Cuánto coche! Pero a él no le importaba nada, pues ya se marchaba de allí. Claro, con tanto espacio, había distancias enormes... Por eso había tanto coche. ¡Y tantos periódicos! Y la gente era muy amable y muy acogedora. Él había invitado a algunos americanos a ver sus cuadros si iban a Inglaterra. También había buenos cuadros allí, incluso cuadros chinos; y muchos edificios altísimos; y el aire era muy estimulante. Él no podría vivir allí, aunque por unos días era un buen tónico. «No puedo figurarme a *ésta* viviendo aquí», pensó de repente. No había en el mundo persona más recogida en sí misma. ¡Tan poca intimidad, tanta publicidad, tantos periódicos! Y un pensamiento repentino le alarmó: Allí todo salía en la Prensa. A lo mejor habían publicado su llegada...

Al llegar al hotel, fué en seguida al puesto del *hall*, donde vendían periódicos, pasta para los dientes, dulces para estropearlos..., dientes postizos tal vez... ¿Lista de recién llegados? Allí estaba: «Hotel Potomac: Señor y señora de Cyrus K. McGunn; señoritas de Errick; señor H. Yellam Roof; señor Semmes Forsyth; señor y señora De Munt.» ¡De tamaño natural, pero afortunadamente con poco parecido! ¡Forsyth! ¡Munt! Los periódicos no decían nunca la verdad... «Semmes...» Nadie le reconocería seguramente. Y encaminándose al *bureau*, volvió el registro hacia él. ¡Naturalmente! Él había escrito los nombres con toda claridad. Menos mal, pues de no ser así, se hubieran equivocado y hubiesen tomado los nombres bien. Y volviendo la hoja, leyó: «Señor y señora de Jolyon Forsythe.» ¡Estaban allí! ¡En el mismo hotel! Habían llegado un día antes... Y en cabeza de página, con varios días de anticipación: «Señora Irene Forsythe.» Su mente trabajó con increíble rapidez. Tenía que hacer algo inmediatamente. ¿Dónde estarían Fleur y Michael? Habían estado con él el día anterior en la Galería Freer. ¡Hermoso museo! No había visto nunca nada mejor. También habían ido al monumento a Lincoln, y a aquella torre gris a que no había querido subir. Aquella mañana habían dicho que irían al museo Corcoran, donde había una exposición conmemorativa. Ya sabía él lo que era eso, pues había visto muchas exposiciones conmemorativas inglesas: todos los pintores a la moda un día, y un resultado muy triste para expresarse en palabras. Y preguntó al empleado:

- ¿Hay por aquí un restaurante donde se coma bien?

—¡Ya lo creo! En Filler's guisan perfectamente...

—Muy bien. Si mi hija y su marido llegan, tenga la bondad de decirles que les espero en Filler's a la una.

Y volviendo al puesto de antes, compró localidades para la ópera, para que tuvieran que marcharse por la tarde. Diez minutos más tarde se acercaba al museo Corcoran. Desde Filler's se irían derechitos a Mount Vernon; cenarían en el hotel antes de la ópera, y por la mañana se largarían en el primer tren... No quería correr ningún peligro. ¡Si quisiera Dios que los pescase en el Corcoran!

Al llegar, compró mecánicamente un catálogo y echó escaleras arriba. Empezó por el final. ¡Allí estaban! ¡Junto al cuadro aquel del sol poniente! Seguro de haberles visto, pero no tan seguro de que ellos no le calaran a él — ¡Fleur era tan avispada! —, Soames se puso a hacer que miraba los cuadros. Cosas modernas, a la moda de aquellas extravagancias francesas que Dumetrius le había enseñado en Londres hacía seis meses. Como se había figurado, un lote bastante flojito. Todos los cuadros podían haber salido de la misma mano. Vió cómo Fleur tocaba el brazo de Michael y se reía. ¡Qué bonita estaba! ¡Qué lástima tener otra vez que deshacer sus planes! Se les acercó por detrás. ¡Caramba! ¡Aquel sol poniente tenía cara de hombre! Con aquella pintura moderna se llevaba uno cada sorpresa...

Y dijo:

—Me entraron ganas de venir a echar una mirada por aquí. Vamos a comer a Filler's. Dicen que se come mejor que en el hotel. Desde allí podemos ir a Mount Vernon. Y he sacado localidades para la ópera también...

Pero dándose cuenta del escrutinio a que le estaba sometiendo Fleur, se quedó mirando el cuadro. Sentía desasosiego.

—¿Son mejores los cuadros más antiguos? —preguntó.

—Precisamente estaba Fleur diciendo cómo le dará a la gente por pintar así...

—¿Por pintar así?

—Si... Si echa usted una mirada general, verá cosas *buenas*...

—Los cuadros buenos nunca se exhiben en estas exposiciones —dijo Soames—. Presentan lo que encuentran. Ryder, Innes, Whistler, Sargent... Los americanos han tenido buenos pintores.

—Desde luego. Pero ¿de verdad quieres verlo todo, papá? Yo estoy muerta de hambre —dijo Fleur.

—No... Después de la escultura de Santa Gaudencia, no tengo ganas de ver majaderías. Vamos a almorzar.

II

¡Mount Vernon! ¡La situación era notable! ¡Qué colorido de árboles, qué escarpaduras cubiertas de hierba, y al fondo el Potomac! Hasta Soames confesaba que aquel río amplio y azul era más imponente que el Támesis. Y allá arriba, la casa blanca y baja, llena de dignidad y de intimidad también, sólo quebrantada por la presencia de turistas, de aspecto casi inglés y que valía a Soames para creer que no estaba por completo fuera de su patria. Comprendía que al amigo George Washington le gustara aquello; a cualquiera le hubiera gustado. La casa de lord John Russell, en la colina de Richmond, era algo muy parecido, excepto, claro, en que se asomaba a un río menos ancho y en que allí faltaba la sensación que se tenía siempre en Norteamérica y Canadá de que se intentaba y se intentaba llenar el enorme espacio disponible sin jamás conseguirlo... Fleur estaba como loca, y el joven Michael había manifestado su opinión de que aquello era «absolutamente cumbre». El sol le calentaba los carrillos en el momento de echar la última mirada al panorama antes de entrar en la casa. No se olvidaría de aquello... ¡América no se había construido, toda ella a toda velocidad! Entró en el *hall* y pasó, meditabundo, a las habitaciones de la planta baja. Estaba muy bien aquello. Todo era auténtico, sin duda, de siglo y medio atrás, como lo que Soames había visto en las muchas medias horas que había perdido en las tiendas de antigüedades de Taunton y Tunbridge Wells. Pero demasiado «George Washington» por todas partes... El jarro de George Washington, el baño de pies de George Washington, su carta a tal o cual, y el encaje de su cuello, y su espada, y su escopeta, y todo lo que le perteneció... Era inevitable.

Aislado de la multitud de visitantes, aislado incluso de su hija, Soames se movía por allí, cubierto, como por una capa, por su hábito de coleccionista de admirar las cosas en silencio, pues le disgustaba que sus juicios fueran tomados por opiniones baratas de un indocumentado. Escaleras arriba, había llegado al dormitorio donde George Washington muriera, y estaba mirándolo por la reja, cuando oyó algo que casi le heló la sangre; las mismas voces que había oído por la mañana frente a la estatua de Santa Gaudencia... ¿Estaba Fleur allí también? Afortunadamente, no. Michael decía:

—Buen gusto tenían entonces, buen gusto...

Y Jon Forsythe contestaba:

—¡Y todo hecho a mano, ya ve usted!

Soames echó a correr, empujó a una señora gorda, retrocedió tambaleando y echó escaleras abajo. Si Fleur no estaba con Michael, se habría incorporado al grupo del cicerone. Tenía que llevársela mientras los otros estaban arriba, fué lo que se le ocurrió. No era probable que los dos jóvenes ingleses se comunicaran sus nombres, y si lo hacían, tenía que apoderarse de Michael inmediatamente.

Pero ¿cómo delatar a Fleur? Sí; allí estaba ella hablando con el cicerone, frente a la flauta de George Washington, puesta sobre el clavicordio de George Washington en la sala de música de George Washington... Y Soames sufría intensamente. Mucho le molestaba estar enfermo, pero más le molestaba fingir estarlo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? No podía acercarse a su hija y decirle: «Ya estoy hasta la coronilla de esto; vámonos.» Y tragando saliva, se llevó la mano a la cabeza, y se dirigió al clavicordio.

—¡Fleur! —dijo. Y sin esperar a que ella le preguntara nada, añadió—: No me encuentro bien. Voy a meterme en el coche.

Aquellas palabras tenían que ser muy sorprendentes, procediendo de persona tan poco dada al melodrama como Soames.

—¡Papá! ¿Qué te pasa?

—No sé... Déjame que me coja de tu brazo.

Era desagradabilísimo, por todo. Camino del coche, aparcado a la entrada, el susto de Fleur era tan grande que Soames estuvo a punto de abandonar su astucia. Pero tuvo aún fuerza de voluntad para murmurar:

—Creo que me he excedido en moverme por aquí. O tal vez sean las comidas, que no me sientan. A ver si sentándome en el coche se me pasa...

Para su gran descanso, Fleur se sentó junto a él, sacó su botella de sales y se la dió a oler, a la vez que enviaba al chófer a buscar a Michael. Soames se sintió emocionado, si bien molesto por tener que oler las sales, que eran demasiado fuertes.

—No creo que sea nada —murmuró.

—Mejor será que nos volvamos, rico mío, y que te acuestes en seguida.

No tardó Michael en venir corriendo. También él patentizó lo que a Soames le pareció sentimiento sincero. El coche se puso en marcha. Soames se reclinó con su mano en la de Fleur, y con ojos y boca muy apretados, pensando que tal vez se sentía mejor que se hubiera sentido en toda su vida. Antes de llegar a Alejandría abrió la boca para decir que les había estropeado la excursión; que deberían regresar por Arlington y que él se quedaría en el coche mientras ellos lo visitaban. Fleur quería marchar directamente, pero él insistió. Cuando llegaron a aquella otra casa, también blanca y hermosa, situada en una ladera y dando al río, casi le dió un ataque pensando que tal vez Jon Forsythe había tenido idea de hacer la misma visita. Y se sintió enormemente descansado cuando sus hijos regresaron al coche diciendo que era bonito, pero que no se podía comparar a Mount Vernon: las columnas de la entrada eran demasiado poco esbeltas, Y cuando el coche marchaba ya atravesando los hermosos bosques, abrió Soames los ojos definitivamente.

—Parece que me encuentro ya mejor. Esto debe de ser el hígado...

—Deberías tomarte una copita de brandy, papá. A ver si nos dan algo con una receta de un médico.

—¿Médico? No hace falta. Cenamos en nuestras habitaciones y ya nos traerá brandy el camarero, que algo tendrán aquí.

¡Cenar en sus habitaciones! Había sido una idea feliz...

En la sala que tenían se echó en el sofá, conmovido y lleno de agradecimiento, pues Fleur le arreglaba los almohadones, amortiguó la luz de la lámpara y se puso a leer cerca de él, mirándole frecuentemente por encima del libro para ver cómo estaba. No se acordaba de haber notado en ocasión alguna tales demostraciones de verdadero cariño. Llegó a pensar: «Me convendría ponerme malo de cuando en cuando.» Pero no, pues si alguna vez se quejaba en su casa, inmediatamente Annette aseguraba estar ella mucho peor.

Muy cerca, en el saloncito frente a la escalera, sonaba un piano.

—¿Te molesta esa música, papá?

Le vino un pensamiento al instante: «¡Irene!». Si fuera ella y Fleur fuese a pedirle que dejara de tocar, se presentaría la complicación máxima...

—Pues no... Más bien me agrada —dijo apresuradamente.

—Toca muy bien.

¡Como tocaba Irene! Recordó que June solía alabar su ejecución; recordó cómo había cogido a aquel Bosinney escuchándola en el salón de Montpellier Square, con aquella mirada de gato furioso que el hombre tenía; recordó cómo ella dejaba de tocar cuando él entraba en la casa..., tal vez por consideración, tal vez pensando que era perder tiempo y arte tocando ante él. ¿Por qué dejaría siempre de tocar? ¡No lo sabía, no había sabido nunca nada de Irene! Pero aquello pertenecía a otra vida y no había que darle más vueltas. Cerró los ojos y vió a Irene en su vestido de noche verde esmeralda en el *hall* de Park Lane, en la primera fiesta familiar tras su luna de miel, esperando que le pusiera el abrigo. ¿Por qué se presentaban tales cuadros cuando se tenían los ojos cerrados? Y vió también a Irene cepillándose el pelo..., que ahora lo tendría gris claro. Si él tenía setenta años, ella debería tener casi sesenta y dos. ¡Cómo pasaba el tiempo! Pelo *feuille morte*, que la pobre tía Julita solía decir, orgullosa de haber captado la expresión, y los ojos tan aterciopelados... Es que era hermosa y elegante de verdad... ¿Quién sabe si...? Tal vez, si él hubiera sabido expresar bien sus sentimientos... ¡Si hubiera sabido música! ¡Tal vez sí...! ¡Tal vez... narices...! ¡No había que darle vueltas, vaya! ¡Y estar allí! ¡Allí precisamente, con tantos hoteles como habría! ¿Es que no tenía derecho a olvidar?

Fleur se levantó para hacer el equipaje y vestirse. Subieron la cena. Michael dijo que había encontrado una pareja muy simpática en Mount Vernon. Ella americana y él inglés.

- A él, Mount Vernon le hacía sentir nostalgia.
—Y ¿cómo se llama ese inglés, Michael?
—Pues no sé, no se me ocurrió preguntarle. ¿Por qué?
—Por nada... Pensé que os habríais presentado.

Volvió Soames a respirar. Había visto a Fleur aguzar el oído... Como se presentara la menor oportunidad, sus sentimientos por el hijo de Irene volverían a inflamarse. ¡Por lo visto iba en la sangre!

—Bright Markland —dijo Michael— ha estado profetizando sobre el futuro de América, y es muy optimista en sus esperanzas porque quedan todavía muchos granjeros y mucha gente en los campos; ha profetizado también sobre el futuro de Inglaterra..., y también es optimista, eso que no queda casi nadie en el campo.

—¿Quién es Bright Markland? —murmuró Soames.

—El redactor-jefe de nuestro *Scrutator*. Jamás se ha visto mejor ejemplo viviente de optimismo o de ciencia de estimar buenos los dos resultados posibles de las cosas.

—Tenía la esperanza —dijo Soames fatigosamente —que el ver estos nuevos países te llevaría a pensar que hay cosas buenas en los viejos...

Michael se echó a reír.

—No hay que molestarse en convencerse de eso, señor. Pero yo pertenezco a la llamada clase afortunada, y usted también, creo yo.

Soames se le quedó mirando. Aquel joven se iba haciendo sarcástico...

—Muy bien —dijo—. Me alegraré de volver a Inglaterra. ¿Tenéis listo el equipaje?

Ya estaba todo preparado, y en vista de eso pidió por teléfono un «taxi» que les llevara a la Ópera. Para que no se entretuviesen en el *hall*, bajó con ellos a despedirlos. Después subió en el ascensor, suspirando descansado.

III

Se quedó junto a la ventana, contemplando los altos edificios, las luces, los coches que corrían por la calle y el claro cielo estrellado. Ahora se sentía realmente cansado; otro día de ajetreo y no necesitaría fingir enfermedad. El asunto se había salvado por un pelo; ya estaba impaciente por hallarse en la seguridad de su casa. Y también aquello, tenía gracia... ¡Estar bajo el mismo techo que aquella mujer! No había pasado una noche bajo el mismo techo que ella desde aquel terrible día de noviembre del ochenta y siete, cuando daba vueltas y vueltas por Montpellier Square, lleno de agonía mortal, y se encontró en la puerta de su casa con el joven Jolyon. Un enamorado muerto y el otro en

el umbral... Aquella noche, ella se había escapado, y desde entonces jamás el mismo techo les había cubierto. Volvía a oír su música, suave e insinuante. ¿Sería ella? Para escapar al sonido entró en su cuarto y recogió sus cosas. No tardó mucho, pues no tenía con él más que una maleta. ¿Se acostaría? Sería para no dormir..., pues estaba muy excitado. Si fuera ella, sentada al piano, a pocos metros de distancia... ¿Cómo estaría? Siete veces..., no, ocho la había visto desde aquella lejana noche de noviembre: dos en su piso de Chelsea; después, junto a aquella fuente del Bosque de Boulogne; en Robin Hill, cuando lanzó su ultimátum contra ella y el joven Jolyon; en el funeral de la Reina Victoria; en el campo de cricket de Lord; otra vez en Robin Hill, cuando fué a intentar algo por el amor de Fleur, y en la Sala Goupenor, cuando salía ella. Podía recordar cada encuentro en sus menores detalles, hasta el ligero movimiento de su mano enguantada del último, mientras sus labios sonreían levemente.

Y Soames se estremeció. Hacía demasiado calor en aquellas habitaciones americanas. Volvió a su saloncito; ya habían recogido la mesa y le habían llevado el periódico de la noche. Pero como si nada: nunca encontraba nada en aquellos periódicos. A tanta distancia del pasado, en tiempo y en espacio, ¿qué es lo que sentía por ella? ¿Odio? La palabra era demasiado fuerte. No se odia a las personas que no se tiene cerca. Además, él nunca la había odiado. Ni siquiera cuando comprendió que le era desleal. ¿Desprecio? No. Le había hecho sufrir demasiado para que pudiera despreciarla. No sabía, no sabía lo que sentía por ella... Y empezó a recorrer la habitación a grandes pasos, y, una vez o dos, se paró junto a la puerta para escuchar la música, lo mismo que se pararía para oír un prisionero a la puerta de su celda. ¡Era indigno! Y se tumbó cuan largo era en el sofá. Pensaría en sus viajes. ¿Había disfrutado viajando? Una larga visión de cosas nuevas, y... agua, mucha agua. Pero todo se había desarrollado según su programa, excepto en China, donde habían estado lo más posible, a causa de la situación. La Esfinge y el Taj Mahal, el puerto de Vancouver y las Montañas Rocosas, habían aparecido y desaparecido rápidamente ante sus ojos, como jugando al escondite. Y ahora..., aquella música... ¿Sería *ella*? ¡Qué raro! Pensaba que el hombre solo pasa por una estación de verdadero ardor. Todo lo demás que sucedía fuera de ese lapso de tiempo era solamente templado, y tal vez de no ser así, la caldera estallaría. ¿Podría volver a pasar por las emociones primeras de cuando la conoció? De ninguna manera. Y, sin embargo... Se levantó. La música proseguía; pero cuando parase, el intérprete —o la intérprete— ya no estaría al alcance de su mirar. ¿Por qué no pasar ante el saloncito —pasar tan solo— y echar una mirada? Si fuera *ella*, bueno, probablemente había perdido su aspecto, la belleza que tanto daño le había hecho a él. Recordaba la posición del piano. Sí: quien tocara estaría de perfil a él. Abrió la puerta. La música fué más potente, y él avanzó furtivo. Sólo el ancho del cuarto de su hija le separaba del salón, abierto frente a la escalera. No había nadie en el pasillo, ni siquiera un botones. Lo más

fácil es que fuera alguna americana o, tal vez, la mujer de Jon... Pero no... Había algo, algo en aquella música que no le permitía dudar. Y tapándose con el periódico vespertino, echó a andar. Tres columnas, con los espacios correspondientes entre ellas, separaban el salón del corredor, sustituyendo lo que Soames echaba tan de menos en América: la cuarta pared. Tras la primera columna, se detuvo. Una alta lámpara de pie, con pantalla color naranja, iluminaba el teclado, y proyectaba su luz sobre teclas, partitura y la mejilla y el pelo de la ejecutante. ¡Era ella! Aunque había supuesto que aquel cabello sería ya gris, el contemplarlo sin una hebra del oro de antaño le afectó extrañamente. Curvada, suave, brillante, aquella cabellera cubría su cabeza como un casco de plata. Llevaba vestido de noche, y Soames percibía que los hombros, cuello y brazos eran todavía redondos y bellos. Su torso se movía cadenciosamente al ritmo de la música. Llevaba un vestido de color heliotropo. Soames permaneció tras la columna mirando, con la mano sobre la cara, no fuera ella a volverse de repente. No tenía percepción: la película del recuerdo se desarrollaba demasiado rápida ante su mente. Desde la primera visión que tuvo de ella en aquel salón de Bournemouth hasta la última de la Sala Goupenor, la larga sucesión de hechos y sentimientos pasó por él en su calor, su frío y su amargura; la larga lucha de los sentidos, el gran fracaso del espíritu; el largo dolor de su pasión y su largo período de adaptación a la frialdad e indiferencia... Lo que menos deseaba allí, en pie tras la columna, era hablar con ella, y, sin embargo, no podía separar sus ojos de Irene. De pronto, dejó de tocar. Incliniéndose hacia adelante, cerró su música y alargó el brazo para apagar la lámpara. Su cara quedó a plena luz, y, retirándose silenciosa y rápidamente, Soames la vió, todavía bella, quizá más bella que antes, un poco gastada tal vez, de forma que los ojos parecían más negros y más grandes que antaño, quizá más suaves en su mirar bajo las cejas negras todavía. Y de nuevo le asaltó el pensamiento: «He aquí una mujer que nunca he conocido.» Con una especie de furia llegó a sus habitaciones. ¡Ah! Ella había tenido siempre muchos defectos, pero el mayor de todos era aquel insondable misterio, que nadie sería capaz de penetrar.

Se sentía ahora mortalmente cansado, y entrando en su dormitorio, desnudóse apresuradamente y se metió en la cama. Deseaba con toda su alma estar a bordo, bajo la bandera británica. «Soy viejo —pensó de repente— Viejo.» Aquella América era demasiado joven para él, tan llena de energía, y esforzándose por alcanzar fines que él no podía ni ver. Los países de Oriente habían sido otra cosa. Pero con todo, él no tenía más que setenta años. Su padre había vivido hasta los noventa; el viejo Jolyon, hasta los ochenta y cinco; Timoteo, un siglo..., y así todos los viejos Forsytes. A los setenta años, ellos *no* jugaban al golf, y, sin embargo, eran más jóvenes, sobre todo más jóvenes de lo que él se sentía aquella noche. El ver a aquella mujer le había..., le había... ¡Era viejo!

«Pero no voy a volver a sentirme viejo —pensó—. Y si vuelvo a sentirme, consultaré con alguien.» Los médicos tenían unas cosas de los monos que injertaban. Pero él no probaría. ¡Estaba bueno, aquello de los monos! Y ¿por qué no de cerdos o de tigres? ¡Adelante, a vivir otros diez o quince años! Para entonces, en Inglaterra ya sabrían dónde estaban... Aquella exacción de capitales ya habría estallado y él sabría lo que iba a dejar a Fleur. Y vería a su nieto, hecho un hombrecito, ir al colegio. ¿A qué colegio iría? ¿A Eton? No..., el joven Jolyon había ido allí. ¿A Winchester, el colegio de los Mont? Tampoco, si podía evitarlo. Harrow estaba a mano. O a su propio colegio, Marlborough... Tal vez le vería jugar en Lord. ¡Pero faltaban quince años para que Kit pudiera jugar en Lord! Pero daba lo mismo. Lo que él necesitaba era algo en que esperar, algo a que agarrarse. Si uno no tenía eso, se sentía viejo, y si uno se siente viejo, es viejo de verdad, y el fin no tarda en presentarse. ¡Qué bien había envejecido *aquella* mujer! ¡Ella!... Además tenía sus cuadros; habría que dedicarse más asiduamente a ellos. ¡La Galería Freer! Dejaría sus cuadros al país y su nombre perviviría. Era una satisfacción. Pero ella... ¡Ella no moriría nunca!

Sonó la llave de la luz.

—¿Estás ya dormido, papá?

¡Fleur se había acordado de él y había venido a verle!

—¿Cómo te encuentras, rico?

—Estoy bien, pero cansado. ¿Qué tal la ópera?

—Medianita.

—He dicho que nos llamen a las siete. Desayunaremos en el tren.

Su hija le besó en la frente. ¡Si aquella mujer...! Pero nunca, nunca... le había dado ella un beso...

—Buenas noches, papá; que duermas bien.

Se apagó la luz y Fleur se fué. Tenía sueño. Pero en aquella casa... ¡Sombras!... ¡Sombras!... Pasado..., presente... al piano, junto a su cama..., pasando, pasando. Y allí, tras ellas, la gran estatua de bronce, la mujer de los ojos cerrados, cerrados a todo, contemplando la eternidad... Y un ronquido se escapó de la garganta de Soames.

LIBRO TERCERO
EL CANTO DEL CISNE

*«Somos de la sustancia
de que los sueños son; y nuestra vida breve»*

(La Tempestad)

A. F. N. Doubleday

Primera Parte

I

FUNDACIÓN DE LA CANTINA

En la sociedad moderna la sucesión de acontecimientos asegura la formación de un vacío en la memoria de la gente; así, el asunto judicial de Fleur con Marjorie Ferrar y su resultado estaba casi olvidado en la primavera de 1926. Además ella no dió a la capacidad de recuerdo de la sociedad oportunidad alguna de ocuparse de ella, pues tras su vuelta al mundo, se despertó su interés por el Imperio..., inclinación tan poco a la moda que hacía que nadie compartiese con ella la dulzura y el gusto de la nueva tendencia.

Coloniales, americanos y estudiantes hindúes, gente que nadie podía sospechar fueran seres agradables a quienes hacer la corte, encontrábanse unos con otros en el «salón bimetálico», y eran encontrados todos «muy interesantes» por Fleur, especialmente los hindúes, tan flexibles y enigmáticos que ella no sabía si le servían de entretenimiento o ella les servía de entretenimiento a ellos.

Dándose cuenta de la naturaleza esencialmente áspera del foggartismo, buscaba una segunda cuerda que pudiera mantener firme el prestigio parlamentario de Michael; y con su conocimiento de la India, donde había pasado seis semanas de su viaje, creía que tal amarre podía ser la defensa de la libre entrada de los indios en Kenya. En sus conversaciones con los estudiantes indios, había aprendido que era imposible caminar en una dirección a menos de saber qué dirección era la que se quería seguir. Aquellos jóvenes podían ser complicados y poco prácticos, meditabundos y reservados, pero al menos parecían convencidos de que las moléculas de un organismo importaban menos que el organismo en su totalidad. O sea, que ellos importaban menos que la India. Parecía que Fleur había encontrado una fe..., nueva e «intrigante» situación espiritual. Mencionó el hecho a Michael.

—Todo eso está muy bien —le había él respondido—. Pero nuestros amigos indios no han vivido cuatro años en las trincheras ni aguantado el miedo correspondiente por causa de su fe. De ser así, no tendrían la idea de que importa tanto esa fe como ellos creen que importa. Y si se empeñan en eso, es que su sensibilidad está embotada. Ése es el efecto que la guerra nos ha producido a los europeos que hemos estado en ella.

—Eso no hace la fe menos interesante —dijo Fleur con sequedad.

—Pues muy bien, hija mía. Los profetas de un futuro mejor nos llaman cosas por tener poca fuerza espiritual. Pero ¿es que se puede tener fe en una vida que hace de quienes la profesan víctimas por millones? Di que yo te lo digo: la era victoriana alimentó grandes cantidades de fe barata y fácil, y nuestros amigos indios están en el mismo caso... Su India se ha hecho imposible

desde el Motín²⁸, y eso que fué solamente un levantamiento superficial. Así, te aconsejo que no les hagas demasiado caso.

—Si no les hago; pero me gusta ver cómo creen que están sirviendo a la India.

Y ante la sonrisa de su marido, frunció el ceño ella, pues comprendía que Michael pensaba que lo único que quería era ampliar su *colección*.

El padre de Michael, que había hecho verdaderamente algunos estudios de orientalismo, abrió los ojos de asombro ante la noticia de las nuevas amistades de Fleur.

—Mi mejor amigo de la infancia —decía el día primero de mayo— es Juez en la India. Lleva allí cuarenta años. Cuando llevaba dos, me escribió que empezaba a conocer a los indios. Cuando llevaba diez, decía conocerlos completa y totalmente. Ayer tuve una carta suya, en la que me dice que, tras cuarenta años, no los conoce en absoluto. Y lo mismo de poco nos conocen ellos a nosotros. Oriente y Occidente... La sangre circula de distinta manera.

—Y esos cuarenta años, ¿no habrán alterado la circulación de tu amigo?

—Ni pizca —replicó sir Lawrence—. Una alteración profunda lleva no cuarenta años, sino cuarenta generaciones. Dame otra tacita de tu cafetito turco, hija, que está muy bueno. ¿Qué dice Michael de la huelga general?

—Que el Gobierno no se moverá, a menos que la T. U. C.²⁹ retire el anuncio de huelga.

—¡Exactamente! La circulación de sangre inglesa va a tener un buen trastorno.

—Las simpatías de Michael están con los mineros.

—Y las mías también, amiguita. Buena gente los mineros, pero padecen la maldición de sus líderes. Los propietarios de minas están en el mismo caso. Entre unos jefes y otros van a machacarle las narices al país. ¡Mal producto el carbón! Nos ensucia la cara y ahora va a enturbiarnos la mirada. Y me marchó, hija... Muchos besos a Kit, y dile a Michael que no pierda la cabeza.

Eso era precisamente lo que Michael trataba de hacer. Cuando la «Gran Guerra» estalló, aunque tenía exactamente la edad justa para combatir, era demasiado joven para apreciar el fatalismo que poco a poco se apodera del alma humana en los momentos de crisis. Ahora lo apreciaba ante la «Gran

²⁸ El Motín empezó en mayo de 1857 con la sublevación de algunos regimientos de Cipayos, pagados por los británicos, y gran parte de la artillería. Fué sofocado durante el verano del mismo año por las tropas inglesas e indias leales, en la región del Alto Ganges. (*Nota de los traductores*)

²⁹ Sindicato Minero de las Trade Unions. (*Nota de los traductores*)

Huelga», junto con el peculiar valor que el hombre da al guardar las formas. Se daba cuenta de que las dos partes en conflicto habían manifestado su intención de no ceder en nada; pero, eso sí, se escucharían y se prestarían oídos en todo lugar y momento; percibía también que los gritos de guerra: «Más horas y menos jornal», o «Ni un minuto más ni un céntimo menos», perdían belicosidad, pero ganaban en firmeza. Y ahora, con la impaciencia mal disimulada de su naturaleza práctica, Michael observaba las tentativas de solución que los británicos medios, en cuyas manos estaban las escasas probabilidades de arreglo existentes, realizaban sobriamente. Cuando en aquel lunes memorable, no solamente las caras de los caballeros que lanzaban gritos de guerra, sino también las de los ingleses típicos, reflejaron la necesidad urgente de guardar las formas, comprendió que no había nada que hacer. Y de vuelta de la Casa de los Comunes, a medianoche, se quedó mirando fijamente el rostro de su esposa dormida. ¿Despertaría a Fleur para decirle que el país se «había liado la manta a la cabeza», o la dejaría dormir? ¿Por qué estropear la belleza de su sueño? Ya se enteraría de todo, y muy pronto por cierto. Además, ella no tomaría la cosa en serio. Entró en su cuarto de vestirse y se quedó mirando por la ventana a la calle oscura. ¡Una huelga general dentro de pocas horas! ¡Buena prueba para el carácter inglés! Pero ¿qué pensar del carácter inglés? Hacía años que Michael iba dando paso a la sospecha de que sus apariencias eran un tanto engañosas; que los miembros del Parlamento, los aficionados al teatro, las señoras agitadas con vestidos bien ceñidos a sus agitados cuerpos, los generales imponentes amigos del sillón, los poetas mimosos y mimados, los sacerdotes en sus púlpitos, los anuncios de la calle y, sobre todo, la Prensa, no representaban la opinión nacional. Si los periódicos también iban a la huelga, se tendría alguna posibilidad de ver el verdadero carácter británico; a causa de la Prensa, nadie había podido verlo ni percibirlo durante la guerra, al menos en Inglaterra. En las trincheras, sí..., allí sí se había visto bien claro: sentimientos y odio, previsión y desorganización habían sido «tabú» en aquellos años; y con humor agrio, el inglés había «tirado adelante», al desnudo y sublime, en el fango y en la sangre, en el hedor de los cadáveres y en el ruido de los bombardeos, durante toda la horrorosa pesadilla... El humor desafiador del inglés, que mejoraba cuando empeoraban las cosas, tendría —lo veía claramente— ocasión de mostrarse de nuevo. Y retirándose de la ventana, se desvistió y volvió al dormitorio.

Fleur estaba despierta.

—¿Qué hay, Michael?

—Tenemos huelga.

—¡Vaya una lata!

—Sí. Tendremos que arreglarnos las cosas nosotros mismos, como podamos.

—Entonces ¿para qué han nombrado esa comisión y para qué han pagado esos subsidios, si no ha servido para nada?

—Pues está claro, hija: para nada...

—¿Por qué no pueden llegar a un acuerdo?

—Porque tienen que guardar las formas. El guardar las formas es el motivo de todo en el mundo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Por guardar las formas estalló la guerra; y esta huelga también es por eso; si no se guardaran las formas, tal vez no existiría vida sobre la tierra a estas fechas.

—¡No seas absurdo!

Michael la besó.

—Supongo que tú tendrás que hacer algo —dijo Fleur ya medio dormida. En la Cámara no habrá mucho que hablar mientras esto dure.

—No; nos sentaremos y nos miraremos ceñudos los unos a los otros, y usaremos la palabra *fórmula* a intervalos frecuentes.

—Quisiera que tuviéramos un Mussolini.

—Pues yo, no. Un Mussolini sale muy caro a fin de cuentas. Mira lo que pasó en Méjico con Díaz, o con Lenin en Rusia, o con Napoleón en Francia, o con Cromwell en Inglaterra mismo³⁰.

—Carlos Segundo —murmuró ella con la boca sobre la almohada —era un encanto³¹.

Siguió Michael despierto un rato; se durmió un poco y volvió a despertarse. ¡Guardar las formas! Nadie haría nada que pudiera descomponerlas. Y casi una hora estuvo meditando el modo de salvarlas todas, hasta que se quedó dormido

³⁰ Oliverio Cromwell nació en Huntington en 1599. Durante la Gran Guerra civil acaudilló el ejército del Parlamento como lugarteniente y en especial su famosa caballería —los *ironsides*—. En Naseby, el 14 de junio de 1645, destruyó el ejército realista, lo que fué el golpe de gracia, pues con la capitulación de Oxford el 24 del mismo mes del año siguiente, terminó prácticamente la guerra. En agosto de 1647, Cromwell asumió el Poder. Fué nombrado lord protector de Gran Bretaña, Irlanda y Escocia. Tras la segunda guerra civil, murió en el ejercicio de su dictadura, en 1685. (Nota de los traductores)

³¹ Tras la segunda guerra civil, decidida victoriosamente por Cromwell en la batalla de Presten, fué juzgado, condenado a muerte y decapitado Carlos I. El mismo poder parlamentario llamó después a su hijo Carlos II, que vivía exilado en Holanda, ya que la situación de Inglaterra era caótica por las continuas luchas entre los vencedores. Quizá lo más importante del reinado de Carlos II (para el lector español) es que casó con Catalina de Braganza, poniéndose de parte de los portugueses y en contra de España. Y desde entonces las relaciones de Portugal e Inglaterra han venido siendo casi las mismas durante tres siglos. (Nota de los traductores)

hasta las siete, que se despertó con la sensación de que había perdido el tiempo. Bajo la apariencia de interés por el país y demostraciones de deseos de hallar una «fórmula», desarrollaban su juego egoísta muchos intereses particulares y muchos prejuicios. Como antes de la guerra, existía un gran deseo de humillar y dejar en ridículo al adversario, de guardar las formas a expensas de los demás.

Salió a la calle inmediatamente después de desayunar. La gente y los coches iban en riada por el puente de Westminster; no había autobuses ni tranvías, pero numerosos camiones llenos o vacíos iban por todas partes. Habían salido ya algunos «especiales» y la gente parecía ir a una fiesta, con gran jovialidad en apariencia. Michael se dirigió a Hyde Park. Durante la noche había florecido aquel ordenado conjunto de camiones, de tiendas y de latas... En medio de toda la apatía mental e imaginativa que había producido la gran crisis nacional, ¡qué gran demostración de sentido práctico y de energía! «Dicen que no sabemos organizarnos —pensó Michael—. Pero sí que sabemos..., después que las cosas ya han sucedido.»

Se dirigió a una gran estación ferroviaria. Estaba rodeada ya, pero algunos trenes funcionaban con obreros voluntarios. Danzando por allí, habló con algunos de ellos. «Caramba...» —pensó—. «Esta gente tiene que comer. ¿Qué tal estaría montar una cantina?» Y volvió, apresurado, a South Square.

Fleur no había salido.

—¿Quieres ayudarme a montar una cantina para los voluntarios del ferrocarril?

Vió que le venía a la boca la frase: «Es un trabajo difícil, ¿verdad?», y se apresuró a decir:

—Será un trabajo enorme, y habrá que buscar gente que nos ayude a nosotros. Tal vez le interese a Norah Curfew y a sus amigos de Bethnal Green. Pero sobre todo lo que hace falta es tu organización y tu cabeza.

Sonrió Fleur y dijo:

—Muy bien.

Cogieron su coche —regalo de Soames a su regreso del viaje alrededor del mundo— y fueron de casa en casa, cogiendo, trayendo y llevando gente. Reclutaron a Norah Curfew y su *gang*³² en Bethnal Green, y durante este primer encuentro de Fleur con la mujer que había considerado sospechosa de ser su rival, Michael comprendió que ella, en cinco minutos, había juzgado a Norah demasiado «buena» para ser peligrosa. Las dejó en South Square dedicadas a tratar de temas culinarios y salió para intentar socavar la oposición natural de los elementos oficiales. Y ésta era como un tendido de alambre espinoso en una noche de ataque en el frente. Atajó mucho y llegó a los Comunes. La casa estaba

³² *Gang*: pandilla, banda; de ahí *gángster*. (Nota de los traductores)

llena de «fórmulas» no formuladas aún; era el lugar menos agradable que había visto en el día. Todos hablaban de «amenaza a la Constitución». El Gobierno había puesto la cara más larga que podía, y nada podía hacerse —decía— como no se guarden las formas. Las expresiones «libertad de Prensa» y «a boca de cañón» se empleaban hasta la tautología. Se tropezó con el señor Blythe, meditando en el *hall* sobre el descenso circunstancial de su amado semanario, y le llevó a South Square a «tomar un bocado» a las nueve. Fleur iba a hacer lo mismo. Según el señor Blythe, la solución estaba en «formar un grupo» de personas que pensarán bien.

—Precisamente Blythe; pero ¿qué es pensar bien cuando se trata de hablar?

—Todo eso lo resuelve el foggartismo —dijo el señor Blythe.

—¡Oh! —dijo Fleur—. Ya tengo ganas de que dejen ustedes eso. Nadie tendría nada que oponerles, pero es como si pidiesen a la gente de hoy que viviera como San Francisco de Asís.

—Mi querida señora... Si San Francisco de Asís hubiera hablado como usted, hoy no hablaríamos nosotros, ni nadie, de San Francisco de Asís.

—¿Y quiere usted decirme si aunque hablemos de él le seguimos en algo? Hoy es meramente una curiosidad. Todas esas grandes figuras han quedado en curiosidad. Mire a Tolstoi. Y mire cuánta gente hay que siga a Cristo de veras...

—Creo que Fleur tiene razón, Blythe.

—¡Qué herejía!

—Mire, Blythe; los últimos días he estado mirando los canalillos de las aceras, y he llegado a la conclusión de que sirven más que el foggartismo. Observe usted la de niños que juegan en los canalillos y comprenderá que son algo poderosamente atractivo. Mientras un niño pueda jugar en un canal que lleve a una alcantarilla, jamás lo abandonará por nada. Y tienen una influencia civilizadora enorme. Tenemos más alcantarillas que ningún país y más niños criados junto a ellas que nadie; y somos el pueblo más civilizado del globo. Esta huelga va a demostrarlo. Habrá menos sangre y más buen humor que podría haber en sitio alguno. Y eso gracias a las alcantarillas.

—¡Renegado! —dijo el señor Blythe.

—Sí —dijo Michael—. El foggartismo, como religión, es la sobreexpresión de una verdad nacional. Hemos hecho grandes intentos; pero dígame usted, ¿a cuánta gente hemos convertido?

—A nadie —dijo el señor Blythe— Pero si no podemos arrancar a los niños de las alcantarillas, el foggartismo dejará de existir.

Michael hizo un gesto, pero Fleur le atajó:

—Lo que no ha existido nunca, no puede dejar de existir. ¿Vienes a ver las cocinas conmigo, Michael? Han quedado sucísimas. ¿Cómo haríamos desaparecer los montones de escarabajos que hay?

—Buscaremos un flautista de Hamelín, un hombre que los lleve a su triste hado.

Llegaron al sitio donde iba a instalarse la cantina, y allí se los reunió Ruth La Fontaine, del *gang* de Norah Curfew, y bajaron a la oscura y maloliente cocina. Michael encendió una cerilla, y a su luz encontró la llave de la luz eléctrica. Sorprendidos por su claridad inesperada, un enjambre de escarabajos repugnantes empezó a moverse por el suelo, paredes y mesas. Michael tuvo el suficiente control de sus nervios para mirar a los otros tres a la cara: Fleur se estremecía; el señor Blythe abría la boca de asombro, y la linda Ruth La Fontaine sonreía nerviosa. Sintió que los dedos de Fleur se clavaban en su brazo.

—¡Qué asco!

Los insectos habían encontrado sus agujeros o se habían tranquilizado; aquí y allá, uno grandote, aislado, parecía observar a sus compañeros.

—¡Fíjate tú! —exclamó Fleur—. ¡Y aquí se ha estado guisando durante años! ¡Pero qué asco!

—Pues después de todo —dijo Ruth La Fontaine con una risita acompañada de temblor nervioso—, no son tan re-repugnante-tes como los chinchines.

El señor Blythe daba fuertes chupadas a su cigarro. Fleur murmuró:

—¿Qué haríamos, Michael?

Estaba pálida y respiraba jadeante. Michael pensaba: «Esto es demasiado. No puedo permitir que ella...» Pero de repente, la vió coger una escoba y lanzarse a matar una cucaracha enorme que había en la pared. En un instante, todos estaban golpeando, barriendo, abriendo ventanas...

II

ALGUIEN LLAMA POR TELÉFONO

Winifred Dartie no había recibido el *Morning Post*. A sus sesenta y ocho años, no seguía con atención los sucesos que habían determinado la huelga general. Los periódicos decían muchas cosas absurdas, y ella no sabía nunca que sería mentira o verdad. Además, esa gente de las Trades Union se metían tanto en todo que le hacían perder la paciencia. Por otra parte, el Gobierno siempre acababa haciendo algo. Siguiendo, sin embargo, los consejos de su hermano Soames, había llenado el sótano de carbón y la despensa de comestibles, y a las

diez de la mañana del segundo día de huelga estaba sentada cómodamente al teléfono.

—¿Eres tú, Imogen? ¿Vais a venir a buscarme Jack y tú esta tarde?

—No, mamá. Jack está movilizado, claro... A las cinco entra de servicio. Además, dicen que cerrarán los teatros. Iremos más tarde...

—Bueno, hija, bueno... Pero ¡qué complicaciones más grandes! ¿Cómo están los niños?

—Contentísimos. También quieren ser «especiales». Les he hecho sus brazaletes y todo. ¿Crees tú que en el departamento de niños de Harridge tendrán porritas de juguete?

—Seguro que las harán, si esto sigue así. Hoy iré yo por allí. Y lo sugeriré. Estarían monísimos, ¿verdad? ¿Estás bien de carbón?

—Pues mira, Jack dice que no debemos acaparar... Está muy patriótico.

—Bueno, hija, pues adiós. Un besito a los nenes.

Estaba pensando a quién llamaría después, cuando el teléfono sonó.

—¿Dígame?

—¿El señor Val Dartie vive ahí?

—No. ¿Quién habla?

—Me llamo Stainford. Soy un antiguo compañero de colegio. ¿Podría darme usted sus señas, por favor?

¿Stainford? No le recordaba nada.

—Yo soy su madre. Mi hijo no vive en Londres, pero creo que no dejará de venir por aquí. ¿Quiere que le dé algún recado?

—Pues no, muchas gracias. Lo que quería era verle. Ya llamaré otra vez, muchas gracias.

Winifred colgó el auricular.

¡Stainford! La voz era distinguida. Confiaba que no sería nada referente a dinero... Era raro, pero con mucha frecuencia la distinción estaba relacionada con el dinero o, mejor dicho, con la falta de dinero. En los viejos días de Park Lane habían notado que muchas personas distinguidas habían terminado en la bancarrota o en los tribunales de divorcio. Emilia —su madre—, no había sabido resistirse nunca a la distinción. Así le había pasado con Monty..., pues llevaba unos chalecos... ¡y unas gardenias!, y conocía también todo lo que era elegancia..., que era irresistible. Ahora no lamentaba haberse casado con él. Sin él no hubiera tenido a Val, ni a los dos niños de Imogen, ni a Benedicto (casi coronel), aunque ahora casi nunca le veía, como vivía en Guernsey, criando

pepinos y lejos del impuesto sobre la renta. Podían decir lo que quisieran de la época, pero entonces se vivía mejor y el impuesto era de un chelín, y a la gente le parecía mucho. La gente ahora danzaba y hablaba mucho, pero era para disimular que no era tan *chic* como antes, ni tan a la moda.

Volvió a sonar el teléfono: «Conferencia de Wansdon, no se retire.»

— ¡Hallo! ¿Eres tú, mamá?

— ¡Val! ¡Qué alegría!... ¿Pero has visto tú qué huelga ésta?

— Es un absurdo. Oye: vamos a ir a Londres.

— Muy bien, hijo. Pero ¿por qué? Yo creo que estaríais mucho mejor en el campo.

— Holly dice que tenemos que hacer algo. ¿Quién te piensas que volvió anoche? ¡Su hermano, Jon! Dejó a su mujer y a su madre en París. Dice que echa de menos la guerra y que no quiere perderse ésta. Han estado viajando todo el invierno... Por Italia, Egipto y esos sitios... Se habrán cansado de América, digo yo. Y dice que quiere hacer algo sucio..., manejar un motor o cosas así. Esta tarde llegaremos al Bristol.

— ¡Oye, pero venid aquí!... Yo tengo de todo lo necesario...

— Es que está Jon... Yo no sé si...

— Pero si es un chico muy simpático, ¿no?

— El tío Soames no está contigo, ¿verdad?

— No, no... Él está en Mapledurham. Oye, a propósito: te han llamado por teléfono, un tal Stainford.

— ¿Stainford? ¡Hombre, Aubrey Stainford!... No le he visto desde Oxford.

— Dijo que volvería a llamar.

— Pues me gustaría volverle a ver. Bueno, pues si no te importa cargar con nosotros, mamá, iremos. Pero con Jon también. No podemos dejarle... Después de seis años de no verse con su hermana, están los dos la mar de cariñosos y sin quererse separar. Pero no molestará mucho. Estará fuera todo el día...

— Pues muy bien, hijo. ¿Cómo está Holly?

— Perfectamente.

— ¿Y los caballos?

— Muy bien. Ahora he comprado un potro de dos años, que ya verás... Hasta Goodwood no correrá, pero entonces tiene que ganar.

— Muy bien, hijo, muy bien. Oye, pero ¿no irás a hacer algún esfuerzo con tu pierna?

—No... Guiaré un autobús o algo por el estilo. Además, no va a durar nada esto, ya lo verás. El Gobierno está preparado.

—¡Ay!, hijo, no sabes lo que me alegro... Es terrible para la *season*. Tu tío estará muy disgustado.

Un sonido ininteligible. Después, la voz de Val otra vez:

—Oye, Holly dice que ella también tiene que hacer algo... Podías preguntarle a Mont, que está muy relacionado. Y nada, en seguida nos veremos.

Dejó el teléfono, y no había hecho Winifred más que levantarse de la silla cuando volvió a sonar otra vez.

—¿Señora Dartie? ¿Eres tú, Winifred? Aquí Soames... ¿Qué te dije yo...?

—Sí, hijo, es un fastidio. Pero Val dice que acabará muy pronto.

—Y él, ¿qué sabe de eso?

—Es muy listo...

—¿Muy listo? Sí... Voy a casa de Fleur.

—Pero ¿por qué, Soames? Yo más bien hubiera...

—Tengo que estar al pie del cañón, en caso de... accidentes. Además, ya no podré disponer del coche. Le va a sentar bien a ese pájaro de Riggs que le movilicen.

—De aquí puede salir algo, puede salir algo...

—¿Tú crees?

—Sin bromas. Todo por lo de los subsidios.

—Pero este verano me dijiste que...

—No saben prever las cosas. Y Annette quiere irse a Francia con su madre. No seré yo quien se lo impida. No puede danzar por ahí estando así las cosas. Hoy la llevaré a Dover y mañana estará allí.

—¿Convendría vender, Soames?

—Nada de eso.

—La gente está lanzada. Val va a guiar un autocar. ¡Ah!, y mira tú, Soames. Aquel chico, Jon, está aquí. Ha dejado a su mujer y a su madre en París, y él viene a hacer de cargador.

Un sonido extraño y después:

—¿Y por qué es tan tonto? ¡Cuánto mejor seguir fuera de Inglaterra!

—Claro... Oye, yo creo que Fleur...

—No vayas a meterle embrollos en la cabeza, ¿eh?

—¡Qué cosas tienes, Soames! ¿Entonces nos veremos? Pues adiós.

El pobre Soames siempre tan preocupado por Fleur... Jon Forsythe y ella...; sí..., pero ¡hacía ya tanto tiempo! ¡Cosas de chiquillos! Y Winifred sonrió, sentándose muy derecha. Aquella huelga era, verdaderamente, muy «interesante». Mientras no tiraran piedras a las ventanas..., pues, naturalmente, el suministro de leche seguiría como siempre, que el Gobierno siempre se preocupaba de eso. Y los periódicos..., bueno, no eran indispensables. Sería muy agradable tener en casa a Val y a Holly. Y con la huelga, ya tenían de qué hablar; no había habido nada tan «interesante» desde la guerra. Y obedeciendo un oscuro impulso de hacer algo, volvió Winifred al teléfono.

—Déme Westminster 0000... Señora de Mont... ¿Fleur? Tía Winifred al habla. ¿Cómo estás, querida mía?

La voz que le contestó tenía aquel gracioso modo de cortar las palabras que tanta gracia hacía a Winifred, que en su juventud tenía un hablar lento y meticuloso que quitaba toda vivacidad y emoción. Todas las jóvenes del día hablaban como Fleur, como si hubieran descubierto que la vieja manera de usar el inglés era decaída y lenta y se hubieran propuesto reanimar y vivificar el idioma.

—Perfectamente bien, gracias. ¿Puedo servirte en algo, tía?

—Sí, hija mía. Tu primo Val y Holly van a estar conmigo mientras dure la huelga. Y Holly, aunque yo lo creo innecesario, quiere hacer algo. Ella ha pensado que tal vez Michael podría buscarle...

—Sí, muy bien. Hay montones de cosas. Hemos puesto en marcha una cantina para los obreros ferroviarios; tal vez le interese colaborar.

—Pues creo que estaría muy bien eso.

—No tan bien, tía, no tan bien. Es cansadísimo.

—Pero no puede durar mucho... El Parlamento tendrá que hacer algo para arreglarlo. Tiene que ser un descanso tener todas las noticias de primera mano. ¿Puedo, entonces, mandarte a Holly?

—Pues claro que sí, tía. Será muy útil. Creo que por sus años, mejor será que se encargue de la cosa de suministros, en vez de estar en pie, sirviendo. Yo me entiendo con ella muy bien, y eso es lo importante: tener gente que se entienda uno bien con ella, y no armar líos. ¿Sabes algo de papá?

—Sí; mañana se irá a tu casa.

—Pero ¿por qué?

—Dice que tiene que estar al pie del cañón, por si acaso...

—¡Qué bobada! Pero no importa. Así tendremos dos coches. Holly llevará el suyo también. Val dice que va a guiar un autobús, y el joven..., bueno, eso es

todo... Muchos besos a Kit. Hay unos montones enormes de latas de leche en el Parque, dice Smithers. Esta mañana fué a Park Lane a echar una mirada. Todo esto es muy emocionante, ¿no te parece?

— En el Parlamento dicen que significará otro chelín en el impuesto...

— ¡Dios mío!...

En este momento dijo una voz:

— ¿Han contestado?

Y colocando el receptor, Winifred volvió a sentarse, satisfecha. ¡Park Lane! Desde la vieja casa..., la casa de su juventud, se tendría una vista excelente de todo... ¡Aquello era el cuartel general! ¡Qué horrible hubiera sido para el viejo ver aquello! ¡James!... Parecía volverle a ver, con su toquilla sobre los hombros y la nariz pegada al cristal de la ventana, tratando de compensar con la evidencia de sus ojos grises el hábito fatal que habían formado de no decirle nunca nada. Todavía le quedaba a ella algo del vino de su padre. Y Warmson, el viejo criado, todavía tenía *La Paloma* en el río, en Mouslbridge. Y siempre le enviaba un queso de Stilton por Navidad, con una nota que detallaba la exacta cantidad del viejo oporto de Park Lane con que había de rociarlo. Su última carta terminaba así:

Me acuerdo mucho del señor, y de lo que le gustaba bajar a la bodega a buscar el vino. Y sobre el vino, señora, temo que no sea ya lo que solía ser. Mis saludos más respetuosos al señorito Soames. ¡Dios mío, cuánto tiempo ha pasado desde que entré por primera vez en Park Lane!...

Su seguro servidor,

George Warmson.

P. S.: Aposté una librita al potro aquel que crió el señorito Val, haga el favor de decírselo, y me salió bien.

Era el criado de los buenos tiempos. Ahora ella tenía a Smither, de Timoteo. La cocinera había muerto misteriosamente, al menos a juicio de Smither. «Y fué de tristeza, señora; de tristeza de no tener ya al señorito Timoteo.» Smither era una especie de eso que hay en los barcos, de sobrecargo, o como se llamase; y lo hacía muy bien, sobre todo si se tenían en cuenta sus años, que deberían andar por los sesenta a buen seguro. El seguir con la familia era una satisfacción para la pobre. Era ocho años más joven que Winifred, que, como buena Forsyte, a todos consideraba jóvenes, dándose así una plataforma sobre que establecer la seguridad de su eterna juventud. También era una satisfacción para ella tener

en su casa a alguien que recordase a Mont en su juventud. ¡Montague Dartie, muerto ya hacía tanto tiempo, que tenía un don de perfección! ¡Pobre Monty querido! ¿Sería verdad que hacía ya cuarenta y siete años que se había casado con él y había ido a vivir a la calle Green? ¡Qué bien se habían conservado aquellas sillas de raso! Entonces se hacían las cosas bien, pues la gente pensaba en su trabajo y no en el «cine». Y Winifred, que no había tenido que pensar nunca en trabajo alguno, suspiró. Todo había sido maravilloso... Y si arreglaban aquello de la huelga, la próxima «season» también lo sería. Ya tenía abonos para la mar de cosas. Ya nadie tenía sillas como aquellas, pues la gente prefería butacas para repantigarse, y estaban todos tan inquietos que las destrozaban. Verdaderamente que aquellas sillas habían salido muy buenas...

III

RETORNO

Jon Forsythe, al desembarcar en Newhaven, en el último barco, y tras cinco años y medio de ausencia, tuvo unas sensaciones muy particulares. Todo el camino en coche hacia Wansdon lo pasó en una especie de ensueño excitado. ¡Inglaterra! ¡Qué maravilloso blanco y qué maravilloso verde! ¡Y qué impresión sentía de haber estado allí todo aquel tiempo! Los pueblecitos de las laderas, los viejos puentes, el ganado... Y el canto del cuco, que no había oído en seis años... El poeta que llevaba en él, un tanto dormido últimamente, se despertó. ¡Qué encantador era su viejo país! Ana se volvería loca de satisfacción... ¡Era todo tan bonito! Cuando hubiera terminado la huelga general, la traería con él y le enseñaría todo; mientras tanto, mejor estaba con su madre en París, y él también tendría mayor libertad para dedicarse al trabajo que encontrara. Se acordaba de aquella parte del camino, y de Chanctonbury Ring más arriba, y su paseo desde Worthing. Se acordaba muy bien... ¡Fleur! Su cuñado, Francis Wilmot, había regresado de Inglaterra con mucho que contar de Fleur: era una mujercita muy moderna y atractiva, y tenía un niño. ¡Cuán profundamente puede uno enamorarse y cuán completamente dejar de sentir el amor! Recordando cuáles habían sido sus sentimientos antaño, era extrañísimo, pero agradable, no desear con ansiedad sino ver a Holly y a Val.

Aparte de un telegrama de Dieppe no les había dado ningún otro aviso de su llegada; pero seguramente estarían en casa, pues no podían dejar abandonados los caballos. Le gustaría ver la cuadra de Val y, si era posible, dar un paseo a caballo antes de emprender el trabajo de obrero voluntario. ¡Qué bien si Ana estuviera con él y pudieran hacer aquel paseo juntos! Y pensó en su primer paseo a caballo con Ana, en Carolina, en aquel paseo del que no se habían escapado a los efectos... ¡Allí estaba la casa! Y a la puerta, Holly en persona... Y a la vista de su medio hermana, esbelta y morena, con un vestido color lila. Jon tuvo la dolorosa visión de su padre en la horrible tarde en que murió, en aquel viejo sillón de Robin Hill. ¡Qué bueno era su padre con él!

—¡Jon! ¡Qué alegría verte!

Y recordó que su hermana siempre le había besado en la frente... No había cambiado nada. Y era mejor una medio hermana que una hermana de padre y madre. Con las hermanas del todo, es casi inevitable el reñir.

—¡Qué lástima que no hayas traído a tu mujer y a tu madre! Pero quizá sea mejor así, hasta que terminen estas complicaciones. Sigues pareciendo inglés, Jon; y tienes una boca tan simpática y tan grande como siempre. Oye: ¿por qué los americanos y los marinos tendrán siempre la boca tan pequeña?

—Será por tradición, o por sentido del deber. ¿Y cómo está Val?

—¡Oh, Val está muy bien! Y no has perdido la sonrisa. ¿Te acuerdas de tu antiguo cuarto?

—¡Ya lo creo! ¿Y tú cómo estás, Holly?

—Vaya, tirando... Me he hecho escritora, Jon.

—¡Formidable!

—No, nada de eso... Mucho trabajo y ninguna recompensa.

—¡Ah!...

—El primer libro era demasiado apagado para llegar a nada. Una especie de *Una granja en África*, sin adornos espirituales, no sé si te acuerdas...

—Sí, sí... Pero yo siempre dejo también los adornos aparte.

—Sí, hemos heredado de papá nuestra enemistad por los adornos, Jon. Me dijo a mí una vez: «Todo terminará en que llamemos a la materia espíritu, y al espíritu, materia.»

—Pero no... A la gente le gusta separar las cosas. Oye: me acuerdo exactamente de todos los detalles de esta habitación. ¿Cómo están los caballos? Me gustaría verlos y montar un poco mañana.

—Iremos tempranito a verlos en sus ejercicios. Ahora sólo tenemos tres potros de dos años, pero uno de ellos promete mucho.

—Muy bien... Y después tengo que ir y buscarme un trabajo algo fuerte y sucio, si es posible. Me gustaría encargarme de un motor y tener que echarle carbón con la pala. Siempre he deseado saber lo que pensarán los paleros.

—Nosotros vamos también a trabajar en lo que podamos. Estaremos en casa de la madre de Val. ¡Qué contenta estoy de verte, Jon! Dentro de media hora podremos cenar.

Jon se entretuvo unos momentos en el balcón. Aquel huerto en plena floración, no matemáticamente plantado, como sus melocotoneros de Carolina, acabados de vender, era tan grato de contemplar como aquella noche, ya tan

lejana, en que anduvo por allí con Fleur. En eso consistía la belleza de Inglaterra: nada estaba sometido a regularidad ni simetría. ¡Cuánta nostalgia había sentido! Y su madre también. No, no volvería a salir de su país. ¡Qué maravilla aquel pequeño mar de manzanos en flor! Volvía a cantar el cuco; sólo por oírlo de nuevo merecía la pena haber vuelto. Buscaría un sitio donde cultivar fruta, y se quedaría por allí, por Worcestershire o Somerset, o mejor aún, cerca de Holly. Se acordó de que en Worthing cultivaban mucho el higo y otras cosas. Sacando las ropas de la maleta, se empezó a vestir. Precisamente donde estaba sentado en aquel momento, poniéndose sus calcetines americanos, había estado viendo a Fleur con su traje como la muchacha que Goya pintara en *La vendimia*. ¿Quién hubiera dicho que seis años después hubiera deseado ver a Ana y no a Fleur junto a él? Sonó el gong. Y dándose unos golpes de peine en el pelo brillante y vivo, se enderezó la corbata y corrió abajo.

La cena se pasó hablando de las opiniones de Val sobre la huelga, de las opiniones de Val sobre todo lo habido y por haber..., e informando a Val sobre si Jon había visto esto y lo otro en América, sobre si le habían gustado los yanquis o no. ¿No había visto *Man of War*? ¡Pero si era lo mejor de América! ¿Y la hierba de Kentucky, era azul de verdad? ¡Ah, parecía azul a lo lejos!... ¿Y qué otra cosa iban a abolir allí? ¿Sabía que el Parlamento iba a abolir o al menos a poner un impuesto sobre las apuestas? A él no le importaba, pues hacía tiempo que había dejado de apostar... Y miró a Holly. Jon también la miró... Sin duda sabía llevar a Val con riendas de seda.

Val continuó: Había hecho bien Jon dejando América; si quería ser granjero fuera de Inglaterra, debiera marchar a África del Sur, a trabajar bajo la pobre bandera inglesa. ¡Los holandeses no habían sido reducidos todavía! ¡Gente dura! Desde luego que eran verdaderos colonizadores, no aventureros ni fracasados. Él no les tenía simpatía, pero no podía menos de reconocer que eran gente buena.

Y si pensaba quedarse en Inglaterra, ¿por qué no se asociaba con ellos en la cría de caballos?

Tras un breve silencio, un poco difícil, Holly dijo tímidamente:

—Jon no cree que es trabajo propio de un hombre, Val.

—¿Y por qué no?

—Los caballos de carreras son artículos de lujo.

—Pero eso supone mejorar la raza caballar en general..., y todos los caballos no se dedican al lujo de las carreras.

—Desde luego, es interesante —admitió Jon—. No es que me disguste demasiado, pero me gusta más cultivar frutas, en plan de hacerlo en grande, y vender al por mayor.

—Pues te puedes dedicar a cultivar manzanas, para postre de los domingos.

—Mira, Jon —dijo Holly—: es que nadie cree en la ventaja de cultivar nada en Inglaterra. Cada vez se habla más de eso y cada vez se hace menos. Y tú, Val, ¿notas a Jon muy cambiado?

—Más fuerte... Y nada americano.

Holly murmuró pensativa:

—¿Por qué será que siempre se distingue a los americanos perfectamente?

—¿Y por qué se distingue siempre a los ingleses entre muchos hombres reunidos? —preguntó a su vez Jon.

—Es que cada uno lleva el aire de su nación... Es algo indefinible, pero que existe innegablemente. Por eso se sabe cuándo uno es americano.

—Sin embargo, no creo que tomaréis a Ana por americana.

—¿Cómo es, Jon?

—No; ya la veréis vosotros.

Cuando, tras la cena, Val se fué a echar el último vistazo a las cuadras, Jon dijo:

—¿Te ves con Fleur alguna vez, Holly?

—Pues hace año y medio que no la he visto, poco más o menos. Su marido me gusta mucho, es simpatiquísimo. No sabes lo que has ganado, Jon... Esa chica no es de tu estilo... No es que no sea muy agradable, no; pero es que tiene que ser el centro de todo, y todo lo demás girar a su antojo a su alrededor. Pero ya supongo que te habrás dado cuenta de eso...

Jon la miró y no dijo nada.

—Claro que cuando uno está enamorado no se percata de muchas cosas —murmuró Holly.

Jon volvió a su cuarto para acostarse ya, y al encontrarse a solas, volvió la casa a llenársele de encanto y misterio... Y al sentimiento que la casa de su hermana despertaba en él, se unían los recuerdos de Robin Hill..., los árboles de su niñez, los cigarros de su padre, las flores y la música de su madre; el cuarto de los niños donde había jugado, y que antes fué el de Holly, el cuarto donde había empezado a luchar con la rima y el ritmo... Por su ventana abierta entró un aire dulce y perfumado... Inglaterra... Los Downs a la luz de la luna... Ésta su primera noche allí, tras más de dos mil noches... ¡qué emoción! Vendido Robin

Hill, aquella casa era lo que tenía en Inglaterra de hogar. Pero tenía que hacerse inmediatamente uno. Para ellos, para Ana y él... ¡La patria al fin! En el barco inglés en que regresaba había sentido deseo de abrazar a los camareros y camareras del gusto que le daba oírles el acento británico, que era música para sus oídos. Ana tomaría pronto aquel acento, pues era muy receptiva. A él le habían gustado los americanos, pero le satisfacía que Val hubiera dicho que no había nada americano en él. Un búho chilló. ¡Qué sombra proyectaba el pajar, tan suave y tan característica del campo! Se metió en la cama. Tenía que dormirse en seguida, si quería madrugar para ver los caballos. Ya había madrugado otra vez en aquella casa, pero con otro objeto... Y se durmió pronto. Y una forma imprecisa —¿era Ana o era Fleur?— anduvo entre las nubes de sus sueños.

IV

SOAMES VA A LONDRES

Tras despedir a su mujer en Dover, el miércoles, Soames Forsythe se dirigió en su coche hacia Londres. Decidió dar una amplia vuelta y entrar por Hammersmith en la ciudad. Para él, la idea de malestar y East End eran una misma cosa en tiempos de perturbaciones sociales. Y creyendo que si encontraba masas obreras en plan de amenaza sentiría deseo de lanzarse entremedio de ellas atropellando a todo el mundo, actuó de acuerdo con el otro lado de su personalidad forsyteana y quiso evitar la posibilidad de encuentros desagradables. Y sucedió que hubo de detener el auto ante el único grupo amenazador que actuó aquella tarde. En Hammersmith Broadway, cierto número de personas se habían reunido para interrumpir el tráfico, que desaprobaban. Tras adelantarse en el asiento para decir a su chófer: «Mejor será que dé usted la vuelta, Riggs», Soames no hizo otra cosa que sentarse hacia atrás. La tarde era hermosa, y el coche, un bonito landó abierto, que le permitía ver exactamente que era imposible dar la vuelta. No podía menos Riggs que tener el desacierto de meterse en aquel embotellamiento...: una aglomeración terrible de coches, estaba allí, todos sobrecargados de gente que pretendía salir de la ciudad; unos cuantos, casi vacíos como el suyo, cuyos ocupantes querían entrar. Y atravesado en la carretera, un ómnibus con los cristales rotos para dificultar el tráfico. Además, una masa de gente de aspecto extraño, que formaba remolinos ante un grupo de guardias. Esto era lo que la autoridad tenía que evitar, a juicio de Soames.

Las palabras: «¡Mira ese cochino plutócrata!» llegaron a sus oídos; y al tratar de ver al plutócrata en cuestión, se dió cuenta de ser él el aludido. Los epítetos eran injustos... Él iba modestamente vestido con un abrigo marrón y un sombrero blando; el chófer, Riggs, no llevaba librea, y el coche era de un azul muy corriente. Desde luego que él iba solo, mientras que los demás coches parecían cargados de gente; pero él no veía cómo iba a subsanar aquello, ya que

nadie le había pedido que le llevase. Echar la capota, no podía ser... No le quedaba más que estarse quieto y no hacer caso. Para esto, nadie mejor preparado por la Naturaleza que Soames, con su aire de desprecio por todo. Se sentó más cómodo, y dispuesto a esperar, notando que el sol le daba en el cogote y observando la gente arremolinada en torno a los guardias. La violencia que fué necesaria para romper los cristales del autobús había cesado, y la aglomeración era muy parecida a las que se producían cuando salía el príncipe de Gales. Sin dar muestras de aprobarla, Soames simplemente la miraba. Y una masa bien anodina que era: ni en sus rostros ni en sus manos había nada de lo que hace parecer temerosa la masa. Casi todos eran jóvenes con el cigarrillo en los labios, que podían ser los que se paran a ver cómo el carretero levanta un caballo que ha resbalado.

La gente nacía entonces con cara de bobo. ¡Y estaba bien! El «cine» y los partidos de fútbol atraían la atención de todos, y mientras existiesen no habría nunca una revolución de verdad; y como cada vez había más de todo aquello, pensaba que el porvenir no era demasiado negro. De pronto, una joven asomó la cabeza al coche y le dijo:

—¿Podría usted llevarme a Londres?

Mecánicamente, miró Soames el reloj. Las manillas, fuera de que eran ya las siete, no le dijeron nada. Aquella mujer iba bastante bien vestida, con un ligero acento *cockney* y la nariz muy empolvada. ¡Y el chófer estaba haciendo guiños! Ya había leído él en la *British Gazette* que todo el mundo estaba adquiriendo esa fea costumbre... Bastante molesto dijo:

—Bueno, suba. ¿Dónde quiere usted ir?

—Con llegar a Leicester Square estoy bien.

¡Pues no era nada!...

La joven pareció notar su contrariedad.

—Mire: es que tengo que comer algo antes de mi representación.

¡Y ya se había metido en el coche! Soames estuvo a punto de salirse de él. Conteniéndose, miró a la joven disimuladamente; sería actriz o algo por el estilo; joven, de carita redonda —muy pintada, naturalmente—, la nariz un poco chata; los ojos grises, algo abultados. La boca..., ¡hum!..., bonita boca, aunque algo común y muy ostentosa, por su pintura.

—Es usted muy amable, caballero.

—¡No faltaba más!. —dijo Soames. Y el coche pudo echar a andar.

—¿Cree usted que durará mucho la huelga?

Soames se inclinó hacia el chófer, diciéndole:

—¡Andando, Riggs! Y deja a esta señorita en... en... Coventry.

—Esto es un gran inconveniente para nosotros —dijo la muchacha—. Creía que no llegaba. ¿Ha visto usted nuestra obra *El Dat Lubly Lady*³³?

—No.

—Pues es muy buena.

—¡Ah!

—Pero tendremos que cerrar si esto dura.

—¡Oh!

La joven quedó callada, pareciendo darse cuenta de que no estaba con uno muy aficionado a la conversación.

Soames cruzó las piernas. Hacía mucho tiempo que no hablaba con una mujer desconocida, tanto que se sentía cortado y sin saber qué decir. No quería darle familiaridades, pero se daba cuenta que debiera ser atento con ella, ya que se encontraba en su coche.

—¿Va usted cómoda? —le preguntó de repente.

La joven sonrió.

—¡Ya lo creo! Es un coche muy comfortable.

—A mí no me gusta —dijo Soames.

La chica se quedó con la boca, abierta.

—¿Por qué no?

Se encogió él de hombros; había hablado por hablar, para no parecer desatento.

El auto iba ya a buena velocidad, y Soames empezó a calcular el tiempo que todavía duraría aquello.

Ya estaban ante el monumento al rey Alberto; Soames sintió casi ternura por él..., tan inocente era de lo que pasaba en aquellos tiempos.

—Tiene usted que venir a ver nuestra obra —dijo la señorita aquella.

Soames hizo un esfuerzo y la miró a la cara.

—¿Qué hace usted en ella?

—Pues cantar y bailar.

—Ya.

—Pero en el tercer acto tengo un papel bastante largo, cuando todas entramos de traje de noche.

³³ Tal vez corrupción humorística de *That Lovely Lady*, o sea, *Esa bella señora*. (Nota de los traductores)

Sonrió Soames débilmente.

—Ahora no hay ninguna como Kate Vaughan... —le dijo.

—¿Kate Vaughan? ¿Quién es esa?

—¿Pero no ha oído hablar usted nunca de Kate Vaughan, señorita? —preguntó Soames—. La bailarina más grande de todos los tiempos en el «burlesque». Antes, el bailar era arte. Ahora todo se reduce a levantar las piernas. Cuanto más de prisa levantan ustedes las piernas se creen que bailan mejor —y asustado por haber dicho algo que podía tener consecuencias, miró a otra parte.

—¿No le gusta a usted el *jazz*? —preguntó la señorita.

—No me gusta.

—A mí, creo que tampoco. Se está pasando de moda, además.

¡Ya estaban en Hyde Park Corner! ¡Y el coche que iba a sus buenos veinte por hora!

—¡Fíjese en los camiones! ¿No es estupendo?

Soames emitió un gruñido de conformidad. La joven se estaba empolvando la nariz, y después se repintó los labios. Lo hacía con un aire enorme de franqueza.

«Anda, que como me vea alguien...»—pensó Soames; y pensó también que nunca sabría si le habían visto. Se subió el cuello del abrigo todo lo que pudo, y explicó así la acción:

—Se arman buenas corrientes en los autos... ¿Quiere que la deje en Scott's?

—No, por favor, en Lyons, si no tiene inconveniente. No tengo tiempo más que para tomar un bocado. Tengo que empezar a las ocho. Ha sido usted muy amable... A ver si luego encuentro alguien que me lleve a casa —sus ojos se volvieron repentinamente a Soames, y añadió—: Me comprende, ¿verdad?

—Desde luego —dijo Soames—. Hemos llegado. ¡Pare, Riggs!

Paró el coche, y la joven tendió la mano a Soames.

—Adiós, y muchas gracias.

—¡Adiós!

Y sonriendo, la bailarina salió del auto.

—¡Vamos, Riggs, de prisa! A South Square...

El automóvil arrancó. Soames no miró atrás; pensó; «Antaño, cualquiera que hablase como esta habla y pareciese lo que parece, me hubiera dejado sus señas.» Pero aquella no lo había hecho. Y él no podía decir si aquello era o no una mejoría.

En casa de sus hijos, al ver que no estaban, no se vistió para cenar; se fue directamente al cuarto del niño. Su nieto, que ya tenía casi tres años, estaba todavía despierto, y le dijo:

—¡Hola!

—¡Hola! —contestó Soames, sacando un sonajero.

Siguieron cinco minutos de silencio, absorto por parte del niño, e interrumpido solamente por el ruido del juguete infantil. Después, el niño, se echó otra vez en la cuna, fijó sus ojos azules en Soames, y dijo:

—¡Hola!

—¡Hola! —replicó el abuelo.

—¡Ta, ta! —dijo el pequeño.

—¡Ta, ta! —volvió Soames a decir, dirigiéndose hacia la puerta de espaldas y pisando casi al perrito de plata. La entrevista había terminado, y Soames bajó la escalera. Fleur había telefonado diciendo que no la esperase a cenar.

Se sentó frente al cuadro de Goya. No podía decir que la huelga le recordaba los tumultos del Cartismo³⁴ en el 48, ya que él había nacido en el 55; pero sabía que su tío Swithin había tenido que actuar de «especial» entonces. Aquella huelga general era tal vez la perturbación interna más seria sucedida desde entonces; y poniéndose a tomar la sopa, pensó y pensó en las consecuencias que podría traer. El bolchevismo estaba alerta..., ahí estaba lo malo. Ahí y en la naturaleza de las ideas en Inglaterra, que no querían cambiar ni comprender. Porque una vez que el carbón hubiera sido provechoso, tenía que dar mucho dinero siempre. Los líderes políticos, los tradeunionistas, los dueños de los periódicos... no veían a un palmo de sus narices. Desde agosto debieran haber hecho algo., pero ¿qué habían hecho? Redactar papeles que nadie leía.

—¿Vino blanco, señor, o clarete?

³⁴ Cuando, para remediar la situación de injusticia social, se pensó en promulgar la llamada «Ley de las diez horas», se produjeron escisiones, tanto en el Partido Conservador como en el Liberal; la Ley se aprobó en 1847. Pero de la agitación popular y de las escisiones dichas surgió un programa político de seis puntos: La «People's Charter», o carta o fuero del pueblo. La agitación y el entusiasmo de las clases trabajadoras por la Carta llevaron al Parlamento a aprobar rápidamente la Ley de Fábricas, la del Trigo, la de Minas, la de Sanidad Pública, etc., etc. Ésta es la agitación y el tumulto en que piensa Soames. Lo programatizado en la Carta referente a Sufragio Universal no tuvo éxito de momento, sino hasta después de 1860. Como en toda esta novela, así como en «The Forsythe Saga», traducida por nosotros también, y publicada por Editorial Tesoro (Ediciones Siglo XX), sale a relucir mucho de Historia de Inglaterra, nos permitimos recomendar al lector la consulta de «The Spirit of English History», por A. L. Rowse, editada por Longmans Green & Co. Ltd., que es muy breve y cómoda y de fácil adquisición en España. (*Nota de los traductores*)

—Pues de la botella que esté abierta—. Haber dicho aquello en el ochocientos y hasta en el novecientos hubiera vuelto loco a su padre. La idea de beber clarete de una botella ya abierta era entonces casi equivalente al ateísmo... ¡Otro signo de la decadencia de los ideales!

—¿Qué piensa usted de esta huelga, Coaker?

El casi calvo criado bajó la botella de Sauterne.

—No hay nadie a favor de ella, señor, puede creerme.

—¿Cómo dice usted eso?

—Si hubiera alguien a su favor ya hubieran destrozado las rejas de Hyde Park.

Soames pinchó un poco de pescado.

—No sé... tal vez tenga usted razón —dijo, mostrando algo de aprobación.

—Hacen mucho ruido, pero no..., no ocurre nada. La gente tiene que entretenerse de vez en cuando, señor; eso es todo. *Pannus et circenses*, como dice el señorito.

—¡Eso es! ¿Ha visto usted la cantina esa que llevan?

—No, señor. Creo que tenían avisado un hombre que les matara los escarabajos para esta tarde. Creo que hay muchos bichos de esos por allí.

—¡Uf!

—Sí, señor. Es un insecto muy desagradable.

Tras de terminar la cena, Soames encendió el segundo de sus dos cigarrillos de cada día y se puso los auriculares de la radio. Había luchado lo posible contra este invento; pero en tiempos así... «Aquí, Londres.» Sí, y las Islas Británicas escuchando. ¿Perturbaciones en Glasgow? No le extrañaba: había allí muchos irlandeses. ¿Hacían falta más «especiales»? Pronto habría todos los necesarios. Tenía que meter prisa a Riggs para que se inscribiera. Y el criado de sus hijos también podría alistarse. Ya parecía que estaban circulando muchos trenes. Tras de escuchar con bastante atención al Secretario del Interior, se quitó los auriculares y cogió la *British Gazette*. Era la primera vez que miraba aquella publicación tan floja, y esperaba que sería la última. El papel y la impresión eran malísimos. Pero, con todo, algo sacarían los que hacían aquel periódico. Por lo menos podrían hablar de la libertad de Prensa. ¡La libertad de Prensa! La guerra había acabado con la influencia de la Prensa, pues la gente había dejado de confiar en lo que escribía, y sin confianza no había influencia posible. Era lo mismo con los políticos que con la Prensa: Si no se les puede creer; no cuentan. Quizá un día se llegara a redescubrir esto. Mientras tanto, los periódicos eran como los *cocktails*: excitantes. Sentía mucho sueño. ¡Si Fleur no se retrasara mucho! Aquella huelga era una locura, que obligaba a la gente a hacer cosas

para las que no estaba preparada; y precisamente cuando la industria empezaba, o decía empezar, a recobrase. Y sentado en la butaca española, Soames se tapó los ojos para que no le diera la luz, y las brumas del sueño empezaron a apoderarse de su cerebro; independientemente de que hubiera o no hubiera huelga, la marea del sueño le sumergió.

Sintió un cosquilleo en la mano, bastante flaca y morena; se lo producía el fleco de un chal. Con un gran esfuerzo se levantó de la silla del sueño. Fleur se hallaba en pie, junto a él. Bonita, vivaracha, con los ojos brillantes, hablando rápida y excitada, le parecía a él...

—¿Ya has llegado, papá?—. Sus labios comunicaron un calor húmedo y tierno a su frente, y en sus ojos había algo... ¿Qué le pasaba? Parecía haberse infantilizado, parecía..., no sabía cómo expresarlo.

—Hola, hija. Kit habla ya mucho. ¿Has comido algo?

—¡Ya lo creo!

—Y esa cantina...

Se quitó ella el chal.

—Estoy disfrutando lo indecible con ella.

Soames notó con sorpresa la agitación de su pecho, como si hubiera venido corriendo. Los carrillos los tenía también muy encarnados.

—No cogerás una enfermedad en esos trabajos... Tienes que andar con cuidado, hija.

Fleur se echó a reír.

—¡Qué gracia tienes, papá! Ojalá dure mucho la huelga.

—¡No seas tonta! ¿Dónde está Michael?

—Está arriba. Fué a buscarme, después de salir de los Comunes. Dice que allí no hay nada que hacer.

—¿Qué hora es?

—Ya son más de las doce. Necesitarás echarte un buen sueño, pues ahora estabas durmiendo.

—No; dando una cabezadita nada más.

—Hemos visto pasar un tanque, por el Embankment, hacia el East. Era rarísimo. ¿No lo has oído?

—No.

—Pues si pasa otro no te alarmes. Dice Michael que van a los Docks.

—Me alegra la noticia... Demuestra que el Gobierno quiere hacer algo. Pero tú sí que tienes que acostarte. Se te nota cansada.

Le miró, al girar, sobre su chal español que se había echado al hombro. Y se fué silbando una melodía.

—Buenas noches. Yo también voy a acostarme en seguida.

Le tiró ella un beso y desapareció.

«No me gusta», se dijo Soames. «No sé por qué, pero no me gusta nada.»

Le había parecido demasiado joven. ¿Sería que la huelga la había trastornado? Se levantó para servirse un poco de seltz en un vaso. Aquel sueño que había echado le había puesto mal sabor de boca.

¡Um... dum... bom... Um... dum... bom... Um... dum... bom...! ¡Vaya ruido! Sería otro tanque de aquéllos. Le gustaría ver un tanque. La idea de que iban a los Docks le llenaba de alegría y casi le hacía reír. Sacándolos a la calle, el país quedaba ya muy seguro. Se puso el abrigo y el sombrero, salió, cruzó la plaza, ya intransitada, y llegó a una esquina desde donde podía ver el Embankment. ¡Por allí venía el tanque! Como un monstruo prehistórico, se deslizaba en la oscuridad rugiendo... Parecía una tortuga fantástica, personificación de una fuerza irresistible y de un inexorable poder. «Esto les destruirá los nervios, que ya los tendrán bastante débiles», pensó Soames, mientras el tanque se arrastraba, siempre rugiendo. Oyó que venía otro, pero pensando que sería demasiado espectáculo para ser bueno, se dió la vuelta y marchó. Aunque le parecía excesivo... Recordaba la turba que taponaba el camino de su coche, aquella misma tarde: en ninguna mano había un arma, ni siquiera una mirada revolucionaria en un rostro.

«No hay nadie a favor de la huelga», recordó. ¡Sacar aquellos monstruos! ¿Es que el Gobierno se empeñaba en que *sí había alguien* a favor de la huelga? ¿Era necesario aquel alarde de energía gubernamental? Algo se sublevó en el alma de Soames. ¡Qué mala sombra! Aquello era Inglaterra, no Rusia o Italia... Podían tener razón, pero a él no le gustaba. Era demasiado militarismo. Introdujo el llavín en la cerradura. ¡Um... dum... bom... Um... dum... bom...! Bueno, no los vería ni oiría demasiada gente, a aquellas horas de la noche. Le parecía que habían venido del campo, de pueblos. Allí no le incomodaría verlos; serían como familias de animales: el tanque, la tanca y los tanquecitos detrás. Sí, así serían las familias de mastodontes. Pero no, no había sentido de la proporción en aquello. Y no tenía gracia. Se detuvo en la escalera a escuchar. Era de esperar que aquellos ruidos no despertarían al niño.

V

PELIGRO

Fleur miraba los rostros de los que estaban en su cantina. Y de pronto vió a Jon, y le pareció tan extraordinario como haberse encontrado en invierno con el verdor de la madreselva. Reaccionando de la sorpresa, le observó desde muy lejos. Sentado a la mesa, parecía indiferente a la comida; y en su cara, cubierta de polvo de carbón y sudor, se dibujaba la sonrisa del hombre que ha escalado una montaña o ha corrido a gran velocidad un gran trayecto... Sonrisa de alegría, de satisfacción, de sensación de haber hecho algo difícil. Sus pestañas — largas y espesas, como Fleur las recordaba — ocultaban sus ojos y contrastaban con el color de su cabello, que llevaba muy corto.

Continuó Fleur dando instrucciones a Ruth La Fontaine, y pensaba, acalorada, en Jon, que se le presentaba allí como llovido del cielo, mejorado en su aspecto, más fuerte, con la mandíbula más enérgica, con los ojos más hundidos que antaño, pero siempre el mismo Jon que ella conociera y recordaba. ¿Qué haría? ¿Si pudiera apagar las luces, acercársele subrepticamente y darle un beso en aquella mancha de carbón que tenía sobre el ojo izquierdo! Sí. Si pudiera lo haría, pero ¿qué? ¿De qué le valdría? ¿Qué tonta era! ¿Y si él saliera de su abstracción, sonriente, y la viera? Lo más fácil era que no volviera a entrar en su cantina. ¡Bien recordaba su rectitud de conciencia! Y tomó una resolución instantánea. Aquella noche no... Holly sabría dónde había estado. Mejor sería que ella escogiera el momento y el lugar de la acción, sin que nadie tuviera que saberlo; eso..., si se decidía a jugar con fuego. Y dando un encargo a Ruth La Fontaine, se metió, tras mirar una vez más la cara de Jon, en su oficina.

Tras la sorpresa, le asaltó toda una serie de pensamientos: Michael, Kit, su padre; la seguridad y garantía sólida de la virtud y del bienestar económico, la paz mental que había conseguido últimamente... Todo aquello se ponía en peligro por culpa de una sonrisa, por una sensación de hallarse frente al aroma y al verdor de la madreselva. ¡No! Aquella cuenta estaba ya cerrada. Volverla a abrir era tentar a la Providencia. Y si bien tentar a la Providencia era la costumbre habitual de los Tiempos Modernos, ella no estaba muy segura de ser moderna. Además, ¿podría volver a abrir la cuenta? Y se sintió atacada por ver a su mujer, la que le había sustituido a ella... ¿Estaría en Inglaterra? ¿Sería morena como su hermano Francis? Fleur cogió la lista de compras a hacer. Con tanto trabajo, realmente era tonto pensar en otra cosa... ¡El teléfono! ¡Todo el día sonando! Desde las nueve de la mañana había estado pendiente de él.

—¡Sí! Señora de Mont al habla. ¿Pero cómo? ¡Si yo había hecho el encargo! No tengo más remedio que darles huevos con jamón por la mañana... No van a ponerse a trabajar con una taza de cacao por todo alimento. ¿Que la Compañía

no puede...? Bueno, pues ustedes me dirán si quieren un buen servicio o no. ¿Que vaya a verle para tratar el asunto? Pues literalmente no tengo tiempo... Sí, sí..., haga usted el favor de decir en la Dirección, de mi parte, que es indispensable que se les alimente como es debido. Tienen que hacer un trabajo cansadísimo... ¡Claro! Muchas gracias, muchas gracias... —Colgó el auricular, exclamando—: ¡Qué gente!

Alguien se echó a reír.

—¡Ah, eres tú, Holly! Aquí me ves, como siempre, con trámites y consultas y problemas. Ésta es la cuarta vez que se repite hoy la misma dificultad. Pero no hay más remedio que seguir adelante. Mira, aquí está la lista de Harridge para mañana. Es horrorosa, pero hay que adquirirlo todo. Cómpralo; hay que arriesgarse, aunque luego tenga que matarle.

Y en la mirada risueña de Holly le pareció percibir la sonrisa de Jon. ¡Tenía que alimentarle bien! A él y a todos los demás. Y, sin mirar a su prima, dijo:

—He visto a Jon. ¿De dónde sale ahora?

—Viene de París. Está con nosotros en la calle Green.

Fleur levantó la cabeza y se echó a reír.

—¡Tiene gracia volverle a ver, todo sucio como está! ¿Ha venido su mujer con él?

—Todavía no —dijo Holly—. Está aún en París con su madre.

—Pues sería muy divertido verle y hablar con él un rato.

—Está de palero en una locomotora... Sale a las seis y no vuelve hasta media noche.

—No, no... Yo digo después que termine la huelga.

Holly asintió con un gesto, y dijo:

—Su mujer quiere venir también y ayudar. ¿Te importaría que trabajase en la cantina?

—Pues si sirve...

—Jon dice que sí.

—¿Y cómo siendo americana se preocupa por esto? ¿Es que van a vivir en Inglaterra?

—Sí.

—Bueno... Ya somos los dos mayorcitos. Creo que...

—Pero si a la vejez, viruelas... mal de muerte.

Fleur se echó a reír.

—¡No hay miedo! —y sus ojos, claros y brillantes, se encontraron con los de su prima, serios, de firme mirar.

—Michael te está esperando en el coche —anunció Holly.

—Muy bien. ¿Puedes tú desenvolverte mientras nosotros terminamos? Norah Curfew entra de servicio mañana por la mañana, a las cinco. Yo estaré aquí a las nueve, antes de que tú salgas para Harridge. Si te parece que hace falta algo más, lo apuntas en la lista. Ya haré yo que lo acepten como sea. Y adiós, Holly, hasta mañana.

—Buenas noches, Fleur.

¿Hubo en los ojos de Holly un destello de lástima?

—Saluda a Jon de mi parte. ¿Cómo le sentará estar de palero? Tendríamos que poner aquí algunos lavabos.

Se sentó junto a Michael, que guiaba el coche; y le pareció, en el parabrisas, ver reflejada la sonrisa de Jon; y en la oscuridad avanzó la boca como para dar un beso. ¡Las viruelas! Dejaban señal y hacían sentir fiebre. ¡Qué vacías estaban las calles, con los *taxis* en huelga! Michael la miró.

—Bueno, ¿y cómo van las cosas?

—El hombre que vino a matar los escarabajos era una maravilla. No lo parecía, pero...

—¡Mira, mira! ¡Un tanque! Ya me lo habían dicho. Van a los Docks. Bastante provocativo...

Fleur se rió.

—Papá debe de estar en casa. Ha venido a defenderme. Si hubiera tiros, no sé lo que haría el pobre... Como no abriera el paraguas...

—Sigue la fuerza del instinto. ¿Qué sientes tú con Kit? Pues es lo mismo.

No respondió Fleur. Y cuando, tras estar un instante con su padre, subió a su cuarto, se paró a la puerta del de su niño. La melodía que había chocado a Soames resonó suavemente en el pasillo vacío. *L'amour est enfant de Bohême; il n'a jamais jamais connu de loi; si tu ne m'aimes pas, je t'aime, et si je t'aime, prends garde à toi!*³⁵. ¡España, y el dolor de corazón que experimentara en su luna de miel! «Voz de la noche que grita...» Tenía que cerrar bien los postigos, taparse los oídos..., no dejar que entrara... Pasó a su dormitorio y encendió las luces. Nunca le había parecido tan bonito, con sus muchos espejos, sus colores lila y verde, su reluciente plata... Quedó contemplándose el rostro, donde le habían salido dos manchas rojas, una en cada carrillo. ¿Por qué no sería ella Norah

³⁵ «El amor es un niño bohemio; nunca, nunca, se ha sometido a ley; si tú no me quieres, yo te quiero, y si yo te quiero, ándate con cuidado.» (Nota de los traductores)

Curfew, tranquila, sin problemas, que daría a Jon jamón y huevos a las cinco y media de la mañana, a Jon, que entonces tendría la cara limpia? Muy de prisa se desnudó. ¿Sería muy bonita su mujer? ¿A cuál de ambas le daría él la manzana de oro? Y el color de sus mejillas se acentuó. Estaba mortalmente cansada, y ya sabía lo que le iba a pasar: no podría dormir. Pero las sábanas estaban frescas y agradables. Sí, ella prefería el viejo lienzo irlandés a las telas francesas de moda, tan ásperas. Ya entraba Michael. ¡Bueno! No podía ser desatenta con él... ¡Pobre Michael, tan bueno! Y en su sonrisa vió la sonrisa de Jon.

* * *

Aquel primer día dedicado a echar carbón a la máquina fué muy divertido para Jon, y lo hubiera sido para cualquiera. Un maquinista muy joven, pero que ya era socio de los talleres de construcción donde trabajaba, había documentado a Jon en el misterio de conseguir una combustión uniforme. «Es un trabajo que tiene sus trucos, y muy cansado», le habían dicho. Los viajeros se habían portado muy bien. Uno hasta había ido a darles las gracias. El maquinista le guiñó el ojo a Jon. Había momentos muy duros. Mientras cenaba, Jon los recordaba con placer. Había sido un gran deporte, pero brazos y manos le dolían mucho. «Úntese aceite esta noche», le había dicho el maquinista.

Una joven le estaba sirviendo un buen plato de patatas. Tenía unos ojos maravillosos, de muy claro mirar, parecidos a los de Ana... Sólo que los de Ana eran ojos como los de una ninfa de las aguas. Tomó una patata, dando las gracias, y volvió a ensimismarse en sus ensueños de palero. Era formidable estar haciendo aquello, estar de nuevo en Inglaterra y en estar haciéndolo por Inglaterra. Hasta que no se salía de la patria no se daba uno cuenta de lo que se la quería. Ana había teleografiado diciendo que ella quería ir también a trabajar. Si le contestaba «No», ella se le presentaría allí de todas formas; tras dos años casi de matrimonio, la conocía lo suficiente para saber cuál sería su reacción. Bueno, así vería Inglaterra en plenitud de valer. Los americanos no sabían bien lo que era Inglaterra. Su hermano no había visto más que Londres; y había hablado con amargura...: Una mujer, suponía Jon, aunque no había sido mencionada. En la impresión de Francis Wilmont, *aquello* era todo. Y todo el mundo desprestigiaba a Inglaterra porque Inglaterra no se dedicaba a autoalabarse.

— ¿Manteca?

— Muchas gracias. Estas patatas están buenísimas...

— Celebro que le gusten.

— ¿Quién dirige esta cantina?

—El señor Michael Mont y su señora. Él es miembro del Parlamento.

Jon se quedó boquiabierto.

—¿La señora de Mont? ¡Pero si es prima mía! ¿Está aquí?

—Pues se acaba de marchar...

Los ojos de Jon recorrieron el local. ¡Fleur! ¡Era para volverse loco!

—¿Quiere *pudding*?

—No, muchas gracias; no voy a tomar nada más.

—Mañana, a las cinco treinta habrá café, té o cacao y huevos con jamón.

—¡Magnífico! ¡Es algo estupendo!

—Sí, para los tiempos que corren, está muy bien.

—Muchísimas gracias. Buenas noches.

Buscó Jon su abrigo. Fuera estaban esperándole Val y Holly en su coche.

—¡Hola, joven Jon! Estás hecho un figurín de elegancia.

—¿Qué trabajo has conseguido tú, Val?

—Un camión. Mañana empiezo.

—Está bien, hombre.

—Esto me separará de mis caballos por algún tiempo.

—Pero no de Inglaterra.

—¿De Inglaterra? ¡Claro que no! ¿Por qué dices eso?

—Porque en el extranjero lo dicen así.

—¡El extranjero...! —gruñó Val—. Eso quisieran ellos, que los ingleses nos sintiéramos separados de nuestra patria...

Y corrieron en silencio y a treinta millas de velocidad.

Desde su dormitorio, Jon dijo a su hermana:

—Oye, dicen que Fleur está a cargo de esa cantina. ¿Es que ha envejecido tanto que se dedica a esas cosas tan serias?

—Es que Fleur es muy lista. Tanto que te vió allí y no te dijo nada. No se puede recaer en dolencias infantiles, Jon.

Jon se echó a reír.

—La tía Winifred —prosiguió Holly —estará encantada de tener aquí a Ana el viernes; me ha encargado que te lo diga.

—Pues mucho se lo agradezco. Es muy amable la pobre tía.

—Bueno, hasta mañana, y que descanses. Todavía hay agua caliente en el baño.

En su baño, Jon se estuvo inmóvil, sintiendo una deliciosa sensación de descanso. Hacía sesenta horas que se había separado de su mujer y ya estaba deseando que llegase el viernes ¡Conque Fleur llevaba aquella cantina! Sintió curiosidad por volverla a ver, pero nada más. Dolencias infantiles de amor, no. Había sufrido demasiado aquella primera vez. Además, estaba demasiado satisfecho de haber regresado para pensar en nada más. Su madre sentía nostalgia de Europa; pero él no había matado la suya en Italia ni en Francia: era Inglaterra la que le llamaba: el modo de hablar y de producirse de la gente, el olor y el aspecto de todo, la esencia de buen humor e ironía de que estaba cargado el aire, después de la vida tensa de América y después del griterío de los italianos y de la claridad de París. Por primera vez en cinco años sentía los nervios tranquilos. Hasta los aspectos de su país natal que ofenden al sentido estético le confortaban. Los accesos a Londres, las innumerables casitas horribles de ladrillo y pizarra que su bisabuelo Forsythe el Grande había contribuido a edificar, según su padre le dijo en una ocasión; las otras casitas, algo mejores, pero también insuficientes en todo, la ausencia total de plan y simetría, las feísimas estaciones ferroviarias, el acento *cockney* de la gente, la falta de belleza y de esmero en el vestir..., todo le parecía agradable y sosegador, una garantía de que Inglaterra sería siempre Inglaterra.

¡Y Fleur al frente de aquella cantina! ¡La vería, vaya que la vería!

VI

LA CAJITA DE RAPÉ

En la habitación inmediata, decía Val a Holly:

—He tenido la visita de uno que estuvo en el colegio conmigo. Quería que le prestase dinero. Ya le presté una vez, y por cierto que yo tampoco andaba muy bien, y no me lo devolvió. Me daba una gran impresión verle tan elegante, tan distinguido... Pero tendrías que verle ahora.

—Si le he visto. Yo entraba cuando salía él, y me quedé pensando en quién sería. En mi vida he visto un gesto de tanto desprecio y tanta amargura. ¿Le prestaste?

—Sí; cinco libras.

—Pues no le vuelvas a prestar más.

—Sí, prestarle... ¿Sabes lo que hizo? Pues llevarse aquella tabaquera Luis XV, la cajita esa de rapé de mamá, que vale más de doscientas libras. No ha habido otra persona en la habitación; con que ha tenido que ser él.

—¡Vaya un fresco!

—No lo sabes tú bien. Cuando estábamos en la Universidad ya tenía mala fama. Era un jugador. Desde que salí de aquí para ir a la guerra anglo-bóer, no había vuelto a oír nada de él.

—Tu madre lo habrá sentido mucho, Val.

—Quiere denunciarle. Es que la cajita era de mi abuelo. Pero, ¿cómo vamos a denunciarle? Es un compañero de colegio mío... Además, no recuperaríamos la cajita.

Holly dejó de cepillarse el pelo.

—Eso me produce cierta satisfacción..., el robo de la caja —dijo.

—Pues no lo entiendo.

—Sí; todos dicen que ha descendido el nivel de honestidad. Y es agradable encontrarse con alguien de nuestra propia generación que está aún más por debajo.

—¡Pues sí que es una satisfacción!

—La naturaleza humana no cambia, Val. Yo creo en la nueva generación. Nosotros no les entendemos porque nos criamos en tiempos muy estabilizados.

—Puede que tengas razón. Mi propio padre no podía ponerse precisamente como ejemplo de generaciones. ¿Pero qué haría yo del asunto de la caja?

—¿Sabes sus señas?

—Me dijo que en el Brummell Club podría encontrarse... Una verdadera guarida, si mal no recuerdo. ¡Mira que llegar a robar así! Me ha entristecido...

Holly le miró. Estaba ya acostado, y de espaldas sobre la cama. Y viendo él que le miraba, dijo:

—Si no hubiera sido por ti, amor mío, yo hubiera llegado a lo mismo.

—No, Val, no... Tú eres demasiado abierto para eso. Y demasiado amante de lo abierto, del aire libre. Es la vida confinada lo que conduce a ser así.

Val guiñó los ojos.

—Puede que tengas razón. El único ejercicio que he visto hacer a ese es remar en un bote. Pero apostaba de una forma... Y no distinguía un caballo de un puercoespín. Mamá tiene que resignarse; yo no puedo hacer nada.

Holly se acostó también.

—Anda, vuélvete, que yo te taparé bien.

Estuvo mucho rato despierta, pensando en aquel muchacho que había llegado a ser un perdido, y en el desprecio que reflejaba su cara cuando le vió. Era guapo, moreno, de facciones correctas, con un pelo prematuramente gris, y con mirada ya de viejo; sus ropas estaban excesivamente conservadas, y la

corbata, cuidadosamente anudada, era muy vieja. Creía que se daba cuenta de cómo era: sin sentido moral y lleno de desprecio por quienes lo tenían. ¡Pobre Val! Tampoco tenía tanto sentido moral que pudiera nadie despreciarle por eso. Y, sin embargo... Con mucho instinto masculino, a veces peligroso, había sido un camarada leal todos aquellos años. Si en pensamiento filosófico o gusto artístico no andaba muy adelantado, sí sabía más de caballos que de poesía, ¿era malo por eso? Muchas veces pensaba que precisamente por eso era mejor que muchos. Un caballo no cambia de forma y color cada cinco años y se lanza a ultrajar a su predecesor. El caballo era un valor constante, que impedía ir demasiado a prisa y que era apto para recibir una caricia y despertaba y daba ocasión a la ternura... ¿Podía decirse lo mismo de un poeta? Sólo se parecía a un poeta en que tenían un gusto común; el azúcar. Desde que publicó su novela, Holly era miembro del Club 1930. Fleur la había presentado, y cada vez que iba a Londres estudiaba allí un breve curso de modernismo. Y el modernismo no resultaba ser más que velocidad... La gente que lo condenaba podía condenar lo mismo el teléfono, la radio, el avión... Bajo la vestimenta de la velocidad, el modernismo era viejo. Las mujeres llevaban menos ropa cuando Jane Austen empezó a escribir. Ciertas prendas interiores, al decir de los historiadores, eran reciente invención del ochocientos. Y si se observaba el modo de hablar moderno, lo mismo: los pensamientos que la gente expresaba eran los que ella ya tenía de niña, si bien, desde la guerra de África del Sur, se hablaba con una rapidez que no dejaba casi respirar. Lo mismo pasaba con las modernas formas de hacer el amor: acababa en lo mismo que en tiempos de Jorge II, pero se llegaba al fin más tarde, pues la gente no tenía reposo ni tiempo de nada, con aquello de la motocicleta y de los almuerzos en pie. ¡Y la filosofía moderna!... La gente no tenía menos que Martin Tupper o Izaak Walton; pero, a diferencia de los ilustres clásicos, con las prisas no tenía tiempo de formularla. En cuanto a la vida futura, los modernos vivían esperanzados, no en demasía como venía ocurriendo de tiempo inmemorial. Holly, como era propio de novelista, saltaba a conclusiones. «Si rascamos —pensaba ella— la capa externa de lo mejor de la juventud moderna, nos encontraremos con Charles James Fox y Perdita con trajes de *golf*.»

Un sonido profundo la separó de sus pensamientos. Era Val, que dormía. Sus pestañas eran muy largas y espesas, pero tenía la boca abierta.

—Val —dijo—. Val, no ronques, amor...

* * *

Una caja de rapé puede tener gran valor, no tanto por su esmaltado, su antigüedad y los brillantes que la exornaban como por haber pertenecido a nuestro padre. Winifred, si bien había demostrado su sentido de la propiedad

reteniendo a Dartie por tristes pero numerosos años, no poseía la tendencia a coleccionar cosas que su hermano Soames, ni el buen gusto que Jorge Forsythe había calificado de «fanatismo y virtud». Pero cuanto más tiempo pasaba de la muerte de su padre —ya un cuarto de siglo—, más reverenciaba su memoria. Lo mismo que ocurre con un genio o un general ilustre, puestos por la edad fuera de posibilidad de competir con nadie, que se les aclama año tras año, así le ocurría a ella con James. Su disgusto por los cambios, su espíritu doméstico, su capacidad de ahorrar dinero para sus hijos y su miedo a que nadie le dijera nada, cobraban a sus ojos la categoría de halo, más reluciente cada año que pasaba bajo tierra. Sus aspiraciones a la elegancia se desvanecían con el aumento de tejido adiposo; en cambio, el pasado crecía en trascendencia y belleza hasta llegar a constituir una verdadera constelación de brillantes recuerdos. El que le quitaran aquella cajita —recuerdo tangible de James y Emilia— la sacó de su situación de ecuanimidad más que nada en muchos años. La idea de que había sucumbido a la fascinación de una voz distinguida oída por teléfono le hacía sentirse mal. ¡Con lo experimentada que estaba ella en personas distinguidas, debiera haberse comportado con más precaución! Pero ella era una de esas personas que cuando han hecho una cosa lo admiten plenamente, mas con la idea de deshacerla con la posible rapidez. Al fracasar en sus intentos con Val, que le había dicho que lo sentía, pero que no podía hacer nada, recurrió a su hermano.

Soames cayó casi en el horror. Recordaba cuando su padre compró la caja de rapé en Jobson por poco más de la décima parte de lo que valía en la actualidad. Todo parecía fútil si era tan sencillo perder lo que durante años y años había estado incrementando su valor. Y el pájaro que se lo había llevado era de una gran familia... No se había puesto nunca a pensar si la honradez de los Forsythe, en cuya atmósfera se había criado, procedía de la sangre que les corría por las venas o del sano estado de sus cuentas corrientes; pero su proverbio era: «La honradez es la mejor política.» Y la cajita había desaparecido, y eso iba contra los principios forsyteanos. Y si Winifred no lo procuraba, no la volvería a tener. No sabía lo que ella iba a hacer, pero le aconsejaba que inmediatamente pusiera el caso *en manos de alguien*.

—Pero ¿en manos de quién, Soames?

—Pues ahí tienes Scotland Yard —respondió Soames con voz tétrica—. Mi opinión es que no sirven de nada, como no sea para enredar y armar ruido. También tienes a ese hombre que yo utilicé en el caso Ferrar, pero cobra muy caro.

—No lo tomaría yo tan a pecho si no hubiera sido de papá.

—Esos rufianes se merecen cualquier cosa.

—¡Y pensar —dijo Winifred— que vino precisamente a ver a Val!

—¿Sí? Pero ¿estarás segura que se la ha llevado él?

—Completamente segura. La había sacado para limpiarla no hacía todavía un cuarto de hora. Cuando se marchó, fui a buscarla y... ya no estaba. Val había estado allí todo el tiempo.

Meditó Soames unos instantes; rechazó la sospecha que le nacía de su sobrino, pues aunque hijo de su padre, era medio Forsythe en definitiva.

—Bueno, pues si quieres que te mande a ese hombre... Se llama Becroft. Siempre parece que se ha afeitado demasiado a fondo, pero tiene mucho seso. Yo sugeriría que se pusiera en contacto con el club del pájaro ese.

—¿No habrá vendido ya la caja?

—¿Fué ayer por la tarde? Lo dudo...; pero hay que ocuparse inmediatamente de ello. Voy a ver ahora mismo a Becroft, Fleur se está agotando con su preciosa cantina.

—Dicen que la lleva la mar de bien. Estas chicas de hoy son muy listas.

—Son muy rápidas —dijo Soames—. Pero se paran pronto.

A esta frase —una máxima que siempre estaba en la boca de los viejos Forsythes cuando era ella joven—, Winifred hizo un gesto de recuerdo.

—Es que si en estos tiempos no se es rápido, las cosas corren más que uno, Soames.

Recogió éste su sombrero, diciendo:

—Y esa caja correrá más que nosotros si no andamos listos.

—Muchas gracias, Soames. Espero que la recuperaremos. Papá estaba enamorado de ella, y cuando murió no valía la mitad de lo que vale ahora.

—Ni la cuarta parte —dijo Soames.

Y el pensamiento le preocupó en su andar por la calle. ¿De qué valía tener buen juicio si luego se presentaba uno con sus manos lavadas y se llevaba los resultados? La gente despreciaba la propiedad ahora. Pero la propiedad es prueba de buen juicio. Casi siempre representaba el *amour propre* de las personas. Y pensó en el *amour propre* que Bosinney le había robado en aquellos difíciles y ya lejanos días. Sí; el matrimonio también era una demostración del juicio de cada uno, un triunfo de una persona sobre las demás. Uno localiza «un caballo vencedor», o no lo localiza... Irene no había sido de los que conviene apostar por ellos precisamente. ¡Ah! Y se le había olvidado preguntar a Winifred por Jon Forsythe, que había vuelto de repente, como en alas del viento. Pero de momento, en lo que tenía que pensar era en la caja de rapé. El Brummell Club era una especie de central de apuestas, según había oído él; sin duda un centro de atracción de jugadores y de gente que vende cosas a comisión. Aquel era el vicio del día; ése y el del engaño interesado. ¿Trabajar?

¡Nada de eso! Era mejor vender cosas a comisión, automóviles por ejemplo. ¡El Brummell Club! Sí, tenía un mirador, le parecía recordar. No había daño alguno en preguntar si aquel pájaro pertenecía a él. Y entró y preguntó:

— ¿El señor Stainford es miembro de este Club?

— Sí. No sé si estará. ¿Está el señor Stainford, Boto?

— Acaba de entrar.

— ¡Oh! — murmuró Soames, cogido de sorpresa.

— Un caballero desea verle, Bob.

A Soames le parecía que algo se hundía bajo sus pies.

— Pase por aquí, caballero.

Respiró Soames con fuerza y echó a andar. En una habitación inmediata al *hall*, bastante andrajosa y reducida, había un hombre sentado en una butaca, fumando en una boquilla. Tenía un librito encarnado en una mano y un lápiz pequeño en la otra, y tenía ambas cosas en alto como si estuviera a punto de anotar una cosa que acababa de comprobar. Llevaba un traje oscuro con rayitas; cruzaba las piernas y Soames vió un zapato de color, viejo y limpio contra toda esperanza de parecer nuevo de una forma que daba lástima.

— Este caballero desea verle, señor.

Entonces vió Soames la cara de aquel hombre. Tenía las cejas levantadas en forma de uve invertida, y las pestañas le cubrían casi los ojos. Eso, y su figura toda, daba la impresión de una extraordinaria languidez. Bastante delgado, algo ovalada y pálida la cara, tenía aspecto aquilino. Había dejado de hacer círculos con el pié, quedando totalmente inmóvil. Soames tuvo la sensación de hallarse ante algo arrogantemente muerto. Sin tener tiempo a pensar nada, tuvo que preguntar:

— ¿Es usted el señor Stainford? No se moleste. Me llamo Forsythe. Usted estuvo ayer por la tarde en casa de mi hermana en la calle Green.

Una ligera contracción de labios fué seguida de las palabras:

— ¿Quiere usted sentarse?

Había abierto los ojos, que sin duda un día habían sido hermosos. Y los volvió a contraer de una forma que Soames pensó que aquel hombre había pasado por todo. Se hizo el fuerte y prosiguió:

— Quería hacerle una pregunta. Durante su visita, ¿no vió usted una caja de rapé, Luis XV en una mesa? Es que... ha..., ha desaparecido. Y quisiéramos fijar la hora exacta de la desaparición.

Un fantasma podía haber sonreído como lo hizo aquel hombre. Después contrajo aún más los ojos.

—Pues no he visto ninguna caja de rapé.

Pensando: «La tiene, la tiene», Soames prosiguió:

—Es que se trata de un recuerdo de familia. Sin duda ha sido robado. Quería saber la hora exacta... Estaba en la mesita junto a la silla que ocupaba usted. Esmalte azul.

El hombre encogió un poco sus hombros delgados, como si se resistieran a cargar con semejante responsabilidad.

—Lamento no poder ayudarle. Lo único que vi fué un trabajo de marquetería bastante bueno.

Pensó Soames: «En mi vida he visto una cara más dura. A lo mejor la tiene en el bolsillo.»

—Para nosotros se trata de una cosa única —dijo lentamente—. La Policía no tendrá mucha dificultad en hallarla. Bien..., muchas gracias. Le ruego perdone la molestia. Creo que conoció usted a mi sobrino en el Colegio, ¿no? Buenos días.

Desde la puerta echó Soames una mirada furtiva hacia atrás. El hombre seguía totalmente inmóvil, con las piernas aún cruzadas, y por encima del librito rojo se le veía la frente bajo el pelo gris. No había sacado nada, pero estaba seguro de que tenía la tabaquera.

Se dirigió al Parque Green presa de una sensación rara. ¡El ladrón repugnante! ¡Que un caballero viniera a dar en eso! El asunto Elderson había sido lamentable, pero no tan triste como aquel. El traje de rayitas era de paño excelente, y también los zapatos habían sido admirables, y la corbata vieja estaba perfectamente anudada; las apariencias eran guardadas constantemente a costa de enormes dificultades. Y Soames se sentía afligido. ¿Qué hacía un hombre cuando no tenía dinero y no podía ganarse la vida? Desde luego, no tenía pizca de vergüenza. Pero tenía que hablar con Winifred. Y dándose la vuelta, Soames se dirigió a la calle Green. Al salir del Parque, vió al otro lado de Piccadilly la lánguida figura... También se dirigía a la calle Green. ¡Qué casualidad! Cruzó de acera y siguió detrás. El pollo aquel tenía grandes aires: parecía haber venido al mundo procedente de otra edad, de una edad en que todo fueran modales y compostura. Comprendió que «el pollo» antes moriría que demostrar interés en nada. ¡Modales! ¿Podían adoptarse unos modales que llevaran a no sentir emoción por nada? ¿Podía llegar a ser el movimiento de levantar las cejas más importante que todo movimiento del corazón o del cerebro? ¡Plumas de pavo real en marcha, pero sin pavo real dentro! ¡Plumas viejas y destrozadas! De mostrar sentimientos sería la única cosa de que aquel hombre se avergonzara. Y un poco asombrado de su propia capacidad de diagnosticar, Soames seguía al hombre esquina tras esquina, hasta que llegaron, ni más ni menos que a la calle Green. ¡Por todos los diablos! ¡El pájaro se

encaminaba a casa de Winifred! «Voy a hacerle cisco los nervios», pensó Soames. Y apresurándose, dijo, a la misma puerta de su hermana:

—¡Vaya, señor Stainford! ¿Ha venido a devolver la cajita, eh?

Con un suspiro, y apretando ligeramente el bastón contra el suelo, Stainford se volvió. Soames sintió pena repentina, como la que siente quien tropieza con un chiquillo en la oscuridad. La cara, inmóvil, con las cejas levantadas y los ojos casi cerrados, tomó un color verdoso pálido, como un hombre enfermo del corazón; una débil sonrisa pugnó por aparecer en sus labios. Hubo un silencio que muy bien duró medio minuto; después, los labios pálidos dijeron:

—Depende. ¿Cuánto?

El poco aliento que tenía Soames se le fué. ¡El muy cínico! Y los labios pálidos volvieron a hablar:

—La puede usted tener por diez libras.

—¡La puedo tener por nada! —dijo Soames—. No tengo más que avisar a un guardia.

Volvió a insinuarse la sonrisa.

—Usted no hará eso.

—¿Por qué no?

—Porque eso no se hace.

—¿Que no se hace? —repitió Soames—. ¿Y por qué no? ¡No he visto mayor desvergüenza en mi vida!

—Diez libras... Las necesito angustiosamente.

Soames se quedó con la boca abierta. Aquello era sublime. El hombre parecía que pedía una cerilla; no se movía un músculo en aquella cara de muerto. ¡Era todo un arte! Se dió cuenta que no era de ninguna utilidad lanzarse a hacer reflexiones morales. Había que elegir entre darle las diez libras o llamar a un guardia. Miró a ambos lados de la calle.

—No..., no hay ninguno por aquí. Tengo la caja en el bolsillo. Déme diez libras.

Soames empezó a temblar. Aquel sujeto le fascinaba. Y de repente le hizo gracia la cosa, mucha gracia...

—Bueno —dijo, sacando dos billetes de cinco libras.³⁶

Una mano sacó un paquetito de un bolsillo.

³⁶ En el original falta el texto "For brass", que se podría traducir como "Para calderilla". (Nota de la revisora)

—Muchas gracias. Aquí está. ¡Buenos días!

Se marchaba. Andaba con su incomparable languidez; no volvió la cabeza. Soames se quedó con la caja en la mano, mirándole pasmado.

—Sí —dijo en voz alta—. Es un espécimen que no se produce ya... —y tocó el timbre de Winifred.

VII

MICHAEL SIENTE ESCRÚPULOS

Durante los ocho días de la huelga general, la vida bastante agitada de Michael tenía sólo el descanso de las horas pasadas en la Cámara de los Comunes, tan preocupada con lo que debiera hacer que no podía hacer nada. Él había formado su propia opinión acerca de cómo arreglar las cosas; pero como nadie la había formado, el resultado no fué muy grande que digamos. Observaba, con gran satisfacción, la fibra del temperamento inglés, aumentando su cotización de día en día, tanto en el país como en el extranjero; y observaba con profundo desagrado que la fibra de la inteligencia británica casi no se cotizaba. La continua pregunta del señor Blythe: «Pero ¿qué pera querrán encontrar en el olmo?», no encontraba respuesta alguna en su alma. ¿Qué estarían buscando? Habló Michael con su suegro de esto.

Mientras tomaba su huevo; había dicho Soames:

—Bueno, el presupuesto está listo...

Y mientras tomaba su mermelada, había dicho Michael:

—¿En sus tiempos pasaban estas cosas?

—No. Entonces no había Trade Unions apenas.

—La gente dice que ya toca a su fin. ¿Qué piensa usted de la huelga como arma?

—Para suicidarse, arma perfecta.

—De acuerdo; pero ¿qué otra alternativa queda?

—Hombre..., el voto.

—Sí, eso se dice siempre. Pero la verdad es que el Parlamento cada vez importa menos. Hay en el país un sentido dirigente, una capacidad resolutive que arregla las cosas antes que en el Parlamento las percibamos. Mire usted esta huelga, por ejemplo: nosotros no podemos hacer nada.

—Es que falta Gobierno.

—Administración, desde luego. Pero todo lo que somos capaces en el Parlamento es de discutir los actos administrativos después que han tenido

lugar, y sin mucho efecto. Nada, lo que le digo: las cosas van a velocidad excesiva para que las podamos controlar.

—Pues vosotros sabréis lo que tenéis que hacer. El Parlamento siempre ha sido una fuente de discursos —y con esta cita inconsciente de Carlyle (un escritor extravagante que Soames siempre relacionaba con la revolución), miró al Goya y dijo—: No me gustaría ver desaparecer el Parlamento. ¿Has vuelto a oír algo de la pelirroja aquella?

—¿De Marjorie Ferrar? ¡Qué casualidad! Ayer la vi en Whitehall. Me dijo que iba hacia Downing Street.

—¡Ah!, pero ¿te habló?

—Sí..., sí. No tiene resentimiento.

—¡Vaya, hombre! —murmuró Soames—. Yo no comprendo a esta generación. ¿Se ha casado?

—No.

—Aquel MacGown se salvó por tablas. Y no es que lo mereciera, no... ¿Echa Fleur de menos sus tardes?

Michael no pudo contestar. No lo sabía. Fleur y él se hallaban en tan inmejorables términos, que uno desconocía por completo los pensamientos del otro. Y notando que su suegro no le quitaba ojo de encima, se apresuró a decir:

—Fleur está perfectamente.

Soames asintió:

—No le dejes que haga demasiado en la cantina.

—Está encantada. Tiene así una oportunidad de ejercitar su talento.

—Sí. Tiene talento, cuando no lo pierde —pareció consultar otra vez el Goya y añadió—: Por cierto, ese chico, Jon Forsythe, está aquí... Me han dicho que está con su madre en la calle Green. Fué un asunto de chiquillos, pero creo que debes conocerlo.

—Sí... —dijo Michael—. Muchas gracias. No sabía nada.

—Creo que ella tampoco lo sabe —expuso Soames—. Les dije que no se les escapara. ¿Te acuerdas en América, en Mount Vernon, cuando yo me puse malo?

—Sí, ya lo creo que me acuerdo.

—Pues no estaba malo. Lo que pasa es que vi al joven ese y a su mujer hablando contigo en una escalera. Y pensé que sería mejor que Fleur no se los tropezara. Esas cosas son una tontería, pero nunca se sabe...

—No —dijo Michael secamente—. Nunca se sabe. Me acuerdo que ese hombre me produjo una magnífica impresión.

—¡Bueno! Supongo que será más o menos como su padre.

Y de la cara que puso Soames, Michael dedujo que el parecido paterno no era en aquel caso una gran ventaja.

No se habló más de la cosa, dada la opinión de Soames de que no se debe de hablar más de lo necesario, y dado el prejuicio que Michael tenía contra todo lo que supusiera tomar en serio a Fleur, incluso con su padre. En los últimos tiempos había estado convencido de la felicidad de su mujer. Tras cinco años y medio de matrimonio, estaba convencido de que mentalmente Fleur le estimaba, de que físicamente no le ponía ninguna objeción y no menos convencido estaba de que un hombre que espera más es un insensato. Ella no tenía deseos de tener más hijos, pero tan sólo por no quedar varios meses alejada de toda posibilidad de acción: cuanto más activa, tanto más feliz era. Ahora, por ejemplo, con la cantina, estaba en la gloria. Desde luego, si se hubiera dado cuenta de que Jon Forsythe comía allí, Michael se hubiera sentido contrariado. Y la noticia de la reaparición de Jon en Inglaterra no le desagradó ni poco ni mucho. El país acaparaba la atención de cada uno en aquellos días difíciles. La general demostración de patriotismo le alegraba: estudiantes en los muelles del puerto, muchachas conduciendo automóviles, tenderos acudiendo alegremente a su trabajo, enjambres de «especiales»... Hasta los huelguistas mostraban buen humor. Una secreta confianza creciente en Inglaterra se le reforzaba de día en día, y rechazaba los argumentos de los pesimistas. Y no había lugar menos inglés, pensaba, que los Comunes, donde la gente no hacía más que poner caras largas y hablar de «la situación».

La noticia del fin de la huelga general le cogió en la calle, cuando iba a su casa tras llevar a Fleur a la cantina. Gran agitación por las calles y las palabras «la huelga ha terminado», lo invadían todo, precediendo al «¡Fin de la huelga! ¡Confirmación oficial!...» de los vendedores de periódicos. Michael paró el coche junto al bordillo de la acera y compró uno. ¡Aquí estaba! Por unos instantes quedó inmóvil y con la misma sensación extraña que tuvo cuando se proclamó el armisticio. ¡Había desaparecido la espada que amenazaba la cabeza de Inglaterra! Y la fuente del placer de los enemigos de su patria se había secado. La gente pasaba y pasaba... Todo el mundo llevaba su hoja de noticias. Las recibían casi con la misma sobriedad con que habían recibido el comienzo de la huelga. ¡Era grande Inglaterra! «Qué magnífico pueblo somos cuando nos encontramos frente a la dificultad...», pensó, llevando lentamente el coche hacia Trafalgar Square. Un grupo de hombres, indudablemente huelguistas, estaban apoyados en el parapeto. Trató de leer sus caras. ¿Estaban contentos, se alegraban, sentían vergüenza, o resentimiento, o sensación de descanso? No podía decirlo. Parecía que estaban diciendo alguna broma.

«No es extraño que seamos un enigma para el extranjero —pensó Michael—. Somos el pueblo menos comprendido de la tierra.»

Dió, lentamente, la vuelta a la plaza y llegó a Whitehall. Allí encontró algunas muestras de agitación. La gente se aglomeraba alrededor del Cenotafio y en la entrada de Downing Street, gritando de cuando en cuando. Un «especial» escoltaba a un cojo que cruzaba la calle. Michael pudo ver su cara. ¡Era el tío Hilario!, el hermano más joven de su madre, Hilario Charwell, vicario de Los Prados de San Agustín.

—¡Hola, Michael!

—¿Pero estás tú de «especial», tío Hilario? ¿Qué has hecho de tu sotana?

—¡Hijo mío! ¿Eres tú de los que creen que la Iglesia se aleja de los placeres del mundo? ¿No tendrás ya ideas anticuadas?

Michael se echó a reír. Tenía verdadero cariño a su tío Hilario, basado en la admiración. Tenía la cara delgada y larga, y de niño estaba seguro de que sería un hombre dado a las grandes aventuras. Ya de hombre pensaba que en el fondo era un explorador polar fracasado.

—A propósito, Michael: ¿Cuándo vas a venir a vernos? Tengo un gran proyecto...

—Es que siempre tengo mucho que hacer. Y es por la gente, que dificulta todo. El gran problema es el exceso de gente. En esta misma huelga...

—Tienes razón, hijo. Pero a ver si vienes pronto. Vosotros los miembros del Parlamento, tenéis que estar en contacto con la gente, en contacto directo... En la Cámara padecéis de autointoxicación. Y ahora tira para adelante, amigo, que estás dificultando el tráfico.

Siguió Michael, sonriéndose. ¡Buena persona mi tío Hilario! Siempre dedicado a humanizar la religión y a correr peligros, pues había escalado los picos más altos de Europa. Nada ególatra y con muy buen humor. El mejor tipo de auténtico inglés que conocía. Habían querido hacer de él un alto dignatario, pero se había evadido de ello en lo posible. Era lo que se llama «un manojo de nervios» y frecuentemente cometía las más horrorosas indiscreciones; pero todo el mundo le quería, incluso su propia mujer. Michael pensó por un momento en su tía May. De unos cuarenta años —creía él—, con tres hijos y catorce mil cosas a que atender en el día, pero siempre alegre y simpática.

Mientras encerraba el coche, se acordó de que eran las tres y no había comido. Se tomó unas galletas con un vaso de jerez y se encaminó a los Comunes. Todo el mundo estaba allí hablando con la mayor excitación. Sentado, con las piernas estiradas, se puso a meditar. ¡Qué de cosas se habían hecho allí! La abolición de la esclavitud y la Ley de Protección al trabajo

infantil³⁷, la Ley sobre la Propiedad de las Mujeres Casadas, la reforma de las Leyes del Trigo... Pero ¿se podría hacer algo ahora? Y si no se podía, ¿qué iba a pasar? ¿Era vivir, vivir sin hacer nada? Él había dicho a Fleur que no se podía torcer dos veces la vocación y seguir viviendo. Pero ¿quería él seguir viviendo? Habiéndole fracasado el foggartismo —bien era verdad que el foggartismo no había fracasado porque no había empezado a existir—, ¿le quedaba interés por algo?

Sentado donde estaba, no podía dejar de percibir cierta vaguedad en las aspiraciones, incluso cuando eran aspiraciones patrióticas. Había una aspiración en la Cámara de los Comunes; pero en el subir y bajar periódicos de los partidos, no parecía llegarse a grandes resultados. Quizá fuera lo mejor concentrarse en un trabajo administrativo concreto y hacer algo en él. Fleur quería que se dedicase al problema de Kenya y los indostánicos. Pero era algo muy remoto y tenía poco que ver con el interés de Inglaterra. ¿Qué trabajo concreto era el más necesario para Inglaterra? Tal vez la instrucción pública. Pero también era muy problemático aquello. Pues ¿cómo decidir la mejor dirección en que encaminar la educación? Cuando se planteó la conveniencia de la educación del Estado, pareció quedar el asunto resuelto; pero ahora andaban diciendo que la educación del Estado era la ruina del Estado mismo. ¿Y si se dedicase a los problemas de la emigración? Eso era interesante, pero negativo. ¿Revalorización de la agricultura? También presentaba interés. Las dos cosas combinadas eran foggartismo, y él sabía ya que aquellas lecciones sólo podían enseñarse con trabajo duro y amargo; ya podía un hombre ponerse a hablar, pero antes enronquecería y se quedaría calvo que convencería a nadie. ¿Qué hacer entonces? «Tengo un gran proyecto...», le había dicho su tío Hilario; sería algo para mejorar su parroquia. Los Prados... Los Prados era uno de los peores suburbios de Londres. «Arreglar los suburbios —pensó Michael—; ése es un trabajo práctico, sin duda.» Los suburbios podían olerse, palparse. Hieden y de ellos emana corrupción. Y, sin embargo, sus habitantes los aman, o al menos los prefieren a otros suburbios que no conocen. ¡Y esos habitantes eran tan buena gente! No había que jugar con ellos. Tenía que hablar con tío Hilario. Todavía había mucha vitalidad en Inglaterra..., montones de chiquillos pelirrojos. Pero aquella vitalidad se iba marchitando, según crecía, como las plantas de un jardín descuidado. Limpieza de los suburbios, evitación de los humos, paz industrial, emigración, agricultura, seguridad... «Eso es lo que yo quiero —pensó Michael—. Y si eso no es política suficiente para absorber a un hombre...»

³⁷ La explotación de los niños en fábricas e industrias era terrible. La remedió la ley que recuerda Mont. En la literatura se vió muy reflejada aquella situación de verdadera esclavitud infantil. Bien conocido es el poema de Elizabeth Barret-Browning *The Cry of the Children* (*El llanto de los niños*). Su autora era la campeona de los desdichados en el campo de la poesía. Comienza el poema así: «Do you hear the children weeping, o my brothers —Ere the sorrow comes with years?» (¿Oís a los niños llorar, oh hermanos míos —antes del dolor que traen los años?). Se publicó por primera vez en el *Blackwood's Magazine* en 1843. (Nota de los traductores)

Volvió la mirada al Statement y pensó en las palabras de su tío respecto de la Cámara. ¿Estarían allí, verdaderamente, autointoxicándose todos, envenenando paulatinamente sus tejidos? Todos aquellos hombres que estaban a su alrededor pensaban que estaban haciendo algo. Y los miró. Conocía a casi todos y respetaba a muchos. Pero como colectividad, no podía negarse que eran una colectividad aturdida. Su vecino de la derecha enseñaba los dientes en una sonrisa sofocada. «La verdad es —pensó— que es heroica la manera en que se han mantenido despiertos día tras día.»

VIII

SECRETO

En Fleur no sería natural que se alegrase del fin de la huelga general. En su modo de ser no cabía un punto de vista estrictamente nacional en tal asunto, el dirigir su cantina suponía el restablecerse completamente en ella el sentimiento de confianza social tan quebrantado por el asunto de Marjorie Ferrar. Y el estar totalmente ocupada en cosas prácticas iba mucho con su temperamento. Reclutado por Norah Curfew, por ella misma, por Michael y su tía lady Alison Charwell, tenía un gran equipo de colaboradoras de primera categoría, casi todas de la buena sociedad. Trabajaban como negros, como vulgarmente se dice; no se asustaban de nada, ni siquiera de las cucarachas. Se levantaban o se acostaban a la hora que era necesario. Nunca se enfadaban y estaban siempre contentas. En una palabra: parecían inspiradas. Los cambios que habían introducido en la cantina ferroviaria habían sorprendido a la Compañía. Fleur estaba en persona sobre el puente de mando a todas horas. Sobre ella recaía la tarea de engrasar las ruedas de la máquina oficial, de cortar los intrincados atadijos de balduque mediante numerosas llamadas telefónicas, y la no menos necesaria de adoptar el rostro importante de la Dirección. Incluso había abierto el bolsillo paterno para compensar las deficiencias económicas que encontraba. Los trabajadores voluntarios eran alimentados hasta el máximo, y —por inspiración de Michael— había ella minado la vigilancia con tacitas de café con ron en las horas difíciles de la guardia. Así, su coche de aprovisionamiento forzaba el bloqueo con sus entradas y salidas en cualquier momento.

«Que los huelguistas puedan ayudarnos ellos mismos con cualquier pretexto», había dicho Michael.

En definitiva: la cantina había sido un éxito completo. No había vuelto Fleur a ver a Jon, pero vivía en esa mezcla de miedo y esperanza que constituye el verdadero interés por la vida. El viernes, le anunció Holly que había llegado la mujer de Jon. ¿Podría llevarla por la mañana, al otro día?

—¡Sí, cómo no! —dijo Fleur—. ¿Y qué tal es?

—Atractiva... Tiene los ojos como una «ninfa de las aguas», que dice Jon; pero es lo más bonita que puede ser una ninfa.

—¡Vaya!... —dijo Fleur.

Estaba haciendo encargos por teléfono el día siguiente cuando llegó Holly con Ana. Aquella era su sucesora: de la misma estatura aproximadamente que Fleur, derecha y esbelta, con el cabello más negro y la tez más morena, pudo apreciar lo que en ella había de «ninfa de las aguas». Tenía la nariz un poco demasiado viva en el trazo, y su barbilla era aguda y sus dientes blanquísimos. ¿Sabría que Jon y ella...?

Tendiéndole la mano, Fleur dijo:

—Es de una gran generosidad que tú, siendo americana, quieras ayudarnos. ¿Cómo está tu hermano Francis?

La mano que estrechó era fuerte, cálida, morena; y la voz de su dueña era grata, con solamente un ligerísimo acento americano, como si Jon se hubiera preocupado de quitárselo.

—Tú fuiste muy buena con Francis. Siempre está recordándote. Si no hubiera sido por ti...

—Por favor, no tiene importancia. Perdóname un momento... ¡Sí!... ¡No, no! Si la princesa se decide a venir, ruégole tenga la bondad de hacerlo cuando están los trabajadores comiendo. Sí, sí..., muchas gracias. ¿Mañana? Muy bien... ¿Tuviste una buena travesía?

—¡Malísima! Me alegré mucho de que Jon no estuviera. Es horrible esto de marearse, ¿verdad?

—Yo no me mareo —dijo Fleur.

Aquella chica, cuando se mareara, tendría a Jon inclinándose sobre ella y atendiéndola... ¿Bonita? Sí. Tenía la cara llena de viveza, lo mismo que su hermano, pero con aquellos ojos era mucho más atractiva. ¿Y qué había en aquellos ojos que gustaban tanto? Sin duda era la insinuación de una ligerísima bizquera. Además, tenía un aire distinguidísimo. Y vestía muy bien. Y Fleur le observó las pantorrillas y tobillos: ni grosor ni torcedura... ¡Mala suerte!

—Te agradezco mucho que me permitas ayudarte.

—No tienes que agradecerme nada. Holly te pondrá al tanto.

—¡Qué familiar me suena eso!³⁸.

—¡Oh, si nosotros usamos ahora todos vuestros modismos! ¿Quieres llevarla a suministrar, Holly?

Fleur, mordiéndose el labio, vió partir a la muchacha bajo el ala protectora de Holly. Por la mirada clara y directa de la mujer de Jon, había comprendido

³⁸ La frase, un americanismo, es: «Holly will put you wise.» (Holly te pondrá sabia). (*Nota de los traductores*)

que no le había dicho nada su marido. ¡Y qué joven era! Fleur tuvo de pronto la impresión de que ella no había sido joven nunca. ¡Otra cosa hubiera sido sí no le hubiesen arrebatado a Jon! Le tembló el labio que se había mordido, y ocultó el temblor con el auricular del teléfono.

Las tres o cuatro veces que volvió a ver a la chica, antes de cerrar la cantina, se esforzó en mostrarse cordial. El instinto le decía que no debía cerrar las puertas a la realidad de la vida, y menos en aquellos momentos. Aún no sabía lo que la reaparición de Jon podría significar para ella; pero nadie que fuera prudente debiera arriesgar la mano en cualquier fuego que ella encendiera. Sabía ya controlar sus gestos y sus movimientos, no como cuando ella y Jon eran críos enamorados. Con placer secreto oyó a Holly decir: «Ana te encuentra maravillosa, Fleur.» Estaba claro que Jon no le había dicho nada... Era un gesto muy suyo, pues el secreto no pertenecía solamente a él. Pero ¿duraría mucho la ignorancia de la muchacha? El día que se cerró la cantina, dijo a Holly:

—No le habrá dicho nadie a Ana que en tiempos Jon y yo estuvimos enamorados, ¿verdad?

Negó Holly con la cabeza.

—Preferiría que nadie se lo dijera.

—No se lo dirán, no. Ya me ocuparé yo de eso. La chiquilla es muy simpática, ¿eh?

—Simpática —concedió Fleur—; pero no importante.

—Tienes que darte cuenta de que aquí se encuentra en un ambiente extraño. Pero los americanos siempre son importantes, antes o después.

—Importantes para ellos mismos —comentó Fleur.

Y viendo la sonrisa de Fleur y comprendiendo que había desvelado un poco sus sentimientos, sonrió también.

—Mientras les vaya bien... Supongo que les irá bien, ¿no?

—Pues mira, casi no he visto a Jon, pero me parece que el matrimonio ha sido un éxito completo. Ahora que ha terminado la huelga, se van a venir con nosotros a Wansdon.

—¡Pues muy bien! Bueno, y nos encontramos al final de la cantina ya... Vamos a arreglarnos y a marcharnos ya. Papá me está esperando en el coche. ¿Quieres que te dejemos en tu casa?

—No, voy a ir andando.

—¡Vaya!, la antigua *gêne*. Es curioso lo poco que se olvidan las cosas.

—Muy poco. Sobre todo cuando se es Forsythe —murmuró Holly—. Nosotros no aireamos nuestros sentimientos. Y el airearlos sería lo que los limpiaría.

—Bueno —dijo Fleur—. Pues que Dios te bendiga, como decían los antiguos. Dale recuerdos de mi parte a Jon. Me gustaría invitarles a comer, pero ¿os vais a Wansdon?

—Pasado mañana.

Se miró Fleur en su espejito redondo y dijo:

—Quisiera pasar por casa de la tía Winifred, si tuviera tiempo. ¡Adiós!

Y bajando la escalera, pensaba: «Conque los sentimientos se limpian aireándolos...»

Soames, en el coche, miraba la espalda de Riggs. El hombre estaba más flaco que un alambre.

—¿Terminaste ya con eso? —preguntó a su hija.

—Sí, papá.

—¡Buen trabajo! Te has quedado en la piel y el hueso.

—¿Si...? ¿Me he quedado delgada?

—Muy delgada, muy delgada..., no. Es que eres como tu madre; pero no debes hacer excesos de trabajo. ¿Quieres que tomemos un poco el aire? ¡Vaya al parque, Riggs!

Al llegar allí, murmuró:

—Recuerdo cuando tu abuela venía aquí todos los días, con regularidad cronométrica... Entonces la gente tenía costumbres. ¿Quieres que nos paremos a ver el monumento que está haciendo tanto ruido?

—Ya lo he visto, papá.

—Yo también. ¡Y qué poca gracia tiene la estatua! ¿Te acuerdas de la Santa Gaudencia de Washington? Eso sí es escultura.

Y miró a su hija con el rabillo del ojo. Gracias a Dios, no sabía ella la artimaña que había empleado para que no se encontrase con aquel Jon. Ya debía saber que el pollo estaba en Londres y que vivía en casa de su tía. Y ahora que la huelga había terminado y que no tendría que trabajar en el tren, se encontraría sin saber qué hacer. Quizá se volviera a París, pues había oído que estaba allí su madre. Estuvo a punto de preguntar a Fleur. Pero su instinto de prudencia prevaleció. Si ella le había visto, no se lo iba a decir, la conocía bien. Debía tener algún secreto... ¿O sería aprensión suya?

¡No! Él no podía leerle los pensamientos, y tal vez fuera así mejor. ¿Quién soportaría que le leyera lo que pensaba? Los recovecos, las ramificaciones, los excesos de pensamiento... ¡no era nada! Sólo cuando los pensamientos se filtran y se cardan son aptos para la exposición a los demás. Y de nuevo volvió Soames a mirar de reojo a su hija.

Si hubiera visto lo que ella pensaba, se hubiera alarmado. Estaba discurrendo Fleur la manera de ver a Jon a solas antes que se fuera a Wansdon. Podría, desde luego, llegar por las buenas a la calle Green; pero lo más fácil sería no encontrarle. Podía invitarle a almorzar, pero no podría excluir ni a su mujer ni a Michael. No había medio de verle como no fuera por casualidad. Y empezó a preparar esa casualidad que necesitaba. Y aún dándose cuenta de que la circunstancia de la casualidad era la no preparación, la preparaba... Iría a la calle Green por la mañana, a las nueve, a consultar a Holly sobre las cuentas de la cantina. Después de unos días tan ajetreados, lo más fácil era que Holly y Ana estuvieran desayunando en la cama. Val se habría ido a Wansdon, Winifred no se levantaba a tan temprana hora. Ergo: Jon estaría a solas. Y se volvió a su padre diciendo:

—Has tenido la gran idea con traerme aquí. Me está sentando muy bien tomar el aire, papá.

—¿Quieres que nos apeemos a ver los patos? En Mapledurham hemos tenido muchos cisnes este año.

¡Los cisnes de Mapledurham! ¡Qué bien se acordaba de los seis pequeños destructores grises, siguiendo a los cisnes viejos en el agua verdosa, aquel verano, seis años hacía, de su amor! Al cruzar la hierba hacia La Serpentina, sentía una oleada de dulzura que la iba invadiendo. Pero nadie, nadie, debería saber lo que en su interior pasaba. Pasara lo que pasara —y lo más fácil era que no pasara nada—, esta vez salvaría las apariencias, la cosa más importante —según Michael— en el mundo.

—Tu abuelo me traía a jugar aquí cuando yo era pequeño —dijo la voz de Soames.

Pero no añadió: «Y yo traía aquí a aquella mujer que tuve, a mi primera esposa.» ¡Irene! A ella le gustaban el agua y los árboles. Le había gustado toda belleza y no le había gustado él.

—Levitas de Eton. Sesenta años hace y más. ¿Quién lo hubiera pensado entonces?

—¿Quién hubiera pensado qué, papá? ¿Que las levitas de Eton perdurarían tanto?

—Ese poeta... Tennyson creo que era: «El viejo orden cambia, dejando lugar al nuevo.» Yo no puedo concebirte con una cinta por el cuello y falda hasta los

pies y polisón. Las mujeres entonces, desde los nueve años, iban cubiertas de ropa por todas partes. Pero uno sabía de ellas lo mismo que ahora que casi no llevan: nada.

—Oye, papá: ¿Y tú crees que la pasión amorosa de la gente era antes como ahora?

Soames se quedó pensando: «¡Por qué se le ocurriría preguntar aquello? Él le había dicho una vez que la pasión era cosa del pasado, y ella le había asegurado tener una en el presente. Y de repente se vió allí, en Mapledurham, en aquel verano, oliendo a tierra y a plantas...»

—¡Pasión amorosa! Sí, todavía se lee hoy en los periódicos de gente que se suicida con el gas. Antes la gente se ahogaba. Anda, vamos a tomar un poco de té en ese puesto de la plaza.

Cuando estuvieron sentados y las palomas se deleitaban con los trocitos de bizcocho que les echaba Soames, la miró larga y detenidamente. Tenía las piernas cruzadas, y eran unas bonitas piernas, y su cuello era blanco y redondo. Su cara era pequeña y firme, con un poco de polvos y sin *rouge*, con párpados blancos de largas pestañas, con ojos lustrosos y bellos. Sobre las orejas le caían algunos rizos de pelo. Y su boca sensitiva llamaba al beso. Realmente estaba guapa.

—Ahora te alegrarás de tener más tiempo para dedicarle a Kit. Es un pillín. ¿A que no sabes qué me pidió el otro día? ¡Un martillo!

—Sí, es muy malo... Le gusta romper las cosas. A mí no me hace gracia pegarle, pero a veces tengo que darle unos azotes. Lo malo es que mamá le acostumbró a los azotes cuando estábamos fuera, y ahora no le afectan lo más mínimo.

—Los niños tienen mucha gracia —comentó Soames—. Pero en mis tiempos no se les hacía tanto caso.

—Mira, papá: el que más caso le hace a Kit eres tú precisamente.

—¿Yo?

—Sí, tú. Siempre haces lo que quiere. ¿Le diste el martillo?

—No... No voy a llevar martillos siempre encima por si al niño se le ocurre...

Fleur se echó a reír.

—No, claro... Pero le tomas demasiado en serio. Michael le toma siempre en broma.

—Es que el crío tiene una decisión...

—Afortunadamente. Oye, papá: ¿tú me mimabas a mí?

—Pues no lo sé. ¿Tú te consideras mimada..., consentida?

—Cuando quiero una cosa, me empeño en tenerla.

Eso lo sabía bien Soames. Lo que hacía falta es que quisiera cosas razonables.

—Y si no la consigo, no soy de fiar.

—¿Quién dice eso?

No lo dice nadie, pero yo me conozco.

¡Hum! ¿Qué querría ahora? ¿Se lo preguntaría...? Y fingiendo que se sacudía las migas de la solapa, la observó. Y la cogió desprevenida y vió en sus ojos que estaba absorta en algún profundo pensamiento. No sabía lo que podía ser. Era un secreto.

IX

REENCUENTRO

Con las cuentas de la cantina en la mano, salió Fleur a la calle. Las nueve menos cuarto por el Big Ben. Le harían falta unos veinte minutos para llegar por el parque Green. Se había bebido el café en la cama para evitar preguntas. Pero allí estaba su padre a la ventana, con la nariz pegada al cristal. Agitó ella las cuentas y Soames se hizo atrás como sorprendido *in fraganti*. Era muy bueno su padre, pero no tenía por qué estar siempre acechándola y cuidando de ella. No era una porcelana que fuera a romperse...

Andaba con viveza. No tenía esa mañana aquella dulce sensación de madreselva..., sino que se sentía fuerte y decidida. Si Jon había venido a Inglaterra a quedarse, ella tenía que hacerse con él y pronto, pero sin ruido. Al pasar por los geranios llenos de flores del palacio de Buckingham, sintió que la sangre le ardía. Debía caminar más despacio, para no llegar allí sin aliento. Los árboles estaban ya muy avanzados; el parque Green, bajo el aire y el sol, olía a hierba y a hojas. Hacía años que la primavera no olía tan bien. Se sintió presa del deseo de hallarse en el campo. Hierba y árboles y agua... Sus horas con Jon habían pasado más que nada en el campo, y una entera, precisamente en aquel mismo parque, antes que él la llevara a Robin Hill. Robin Hill lo habían vendido a un noble, y ella le deseaba suerte en aquel lugar. Tenía una historia trágica como la de un barco naufragado. En aquella casa había naufragado su padre, y el padre de Jon, sí... Y el abuelo también, creía. Y ella, desde luego. Pero ya no volvería a naufragar tan fácilmente. Al llegar a Piccadilly, Fleur se sonrió alegre. En el Club Iseum, de Jorge Forsythe, todavía no había nadie. Fleur se acordaba bien de Jorge Forsythe: siempre estaba allí, con su mirada despectiva y abundante grasa, tras los cristales curvados. El primo Jorge, que había poseído el *Mono Blanco*, colgado ahora en el despacho de Michael. También había sido socio el tío Montague Dartie, a quien recordaba porque una vez le había tirado

un pellizco, diciéndole: «¿De qué estaréis hechas las chicas bonitas, hija mía?» Cuando se rompió la cabeza, Fleur se alegró y batió palmas. Era un hombre horroroso, con unos carrillos muy gordos y un bigote muy negro, que apestaba a tabaco y a perfume. Al torcer la última esquina, jadeaba. Tía Winifred tenía geranios en la ventana; pero fucsias todavía no. ¿Sería el cuarto *de ellos* el mismo que ella ocupaba cuando iba allí? Y separándose la mano del corazón, llamó.

—Buenos días, Smither. ¿Hay alguien ya levantado?

—Solamente el señorito Jon, señorita Fleur.³⁹

—Bueno, voy a pasar. Él me servirá de momento. ¿Dónde está?

—Está desayunando, señorita.

—Pues entraré allí. No me importa tomar una taza yo también.

Mentalmente se puso a declinar: «Nominativo, el herrero; genitivo, del herrero; dativo, a o para el herrero; acusativo, al herrero; vocativo, oh herrero; y ablativo, de, en, con, por, sin, so, sobre, tras el herrero»⁴⁰. ¡Qué tonterías se le ocurrían!

—Es la señora de Mont, señorito Jon. ¿Quiere que le haga café nuevo, señorita?

—No, gracias, Smither.

Jon estaba allí, en pie.

—¡Fleur!

—Hola, Jon.

Pudo darle la mano y evitar ponerse pálida. Él estaba colorado.

—¿Te he alimentado bien estos días?

—Estupendamente. ¿Cómo estás, Fleur? Cansada seguramente, con tanto lío...

—No; perfectamente bien. Y a ti, ¿cómo te ha ido de fogonero?

—La mar de bien. Mi maquinista era formidable. Ana va a sentir muchísimo no verte, pero está durmiendo a destajo.

—Fué una gran ayuda la suya. Casi han pasado seis años, Jon. No has cambiado mucho.

—Tampoco tú.

³⁹ En el original falta el texto "*Why did hearts wobble? Sickening — when one was perfectly cool!*", que se podría traducir como "¿Por qué el corazón vacila? ¡Fastidiando, cuando una estaba perfectamente tranquila!". (Nota de los revisores)

⁴⁰ Smither quiere decir *herrero*. (Nota de los traductores)

— ¡Yo, sí!... Lo que es que no se nota.

— Yo no lo noto, no. ¿Has desayunado?

— Sí. Anda, siéntate y desayuna tú. Vine a ver a Holly para arreglar las cuentas. ¿Está también en la cama?

— Pues creo que sí.

— Pues yo subiré a su cuarto. ¿Qué te parece Inglaterra ahora, Jon?

— ¡Formidable! Ya no puedo alejarme otra vez. Y Ana dice que no le importa quedarse.

— ¿Dónde pensáis vivir?

— Pues en cualquier sitio cerca de Holly y Val, si es que encontramos sitio donde cultivar algo.

— ¿Todavía te gusta cultivar cosas?

— Más que nunca.

— Y la poesía, ¿qué tal anda?

— Mal, mal...

Fleur citó: «Voz de la noche que grita en la vieja y durmiente ciudad española, oscura bajo las estrellas blancas...»

— ¡Santo Dios! ¿Todavía recuerdas eso?

— Sí.

Los ojos de Jon miraban tan rectos como siempre, y sus pestañas seguían lo mismo de espesas.

— ¿Te gustaría ver a Michael y a mi niño, Jon?

— ¡Ya lo creo!

— ¿Cuándo os vais a Wansdon?

— Mañana o pasado.

— Pues venís a comer mañana, si no tenéis inconveniente.

— Encantados.

— A la una y media. Holly y la tía Winifred, también. ¿Sigues tu madre en París?

— Sí. Está pensando en quedarse allí.

— Ya ves, Jon. Las cosas caen por su pie.

— Es verdad.

—Te sirvo más café, ¿verdad? La tía está orgullosísima del café que se hace en su casa.

—Fleur, estás la mar de bien.

—Muchas gracias. ¿Has estado a echar una mirada a Robin Hill?

—Todavía no. Lo ha comprado un potentado.

—¿Y tú..., y Ana encuentra esto de su gusto?

—¡Huy, está impresionadísima! Dice que somos una nación de caballeros. ¿Qué te parece a ti de eso?

—Pues que en absoluto..., no; ahora, comparando..., tal vez.

—Aquí todo huele muy bien.

—Ése es el olfato de poeta que tienes. ¿Te acuerdas de nuestro paseo en Wansdon?

—Me acuerdo de todo, Fleur.

—Eso es honrado. Yo también. Tardé algún tiempo en recordar que había olvidado. ¿Y tú?

—Quizá más tiempo aún.

—Michael es el mejor hombre del mundo.

—Y Ana la mejor mujer.

—Es una suerte, ¿verdad? ¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno.

—Muy bien para ti. Incluso si nosotros no hubiéramos tenido mala suerte, yo soy demasiado vieja para ti, ¡Qué bobos éramos!, ¿verdad?

—Pues yo no lo creo así. Era lo natural. Y era bonito...

—¿Todavía eres hombre de ideales? ¿Quieres mermelada? Es de Oxford.

—Bueno. Sólo en Oxford hacen bien la mermelada.

—Jon, tienes el pelo lo mismito que antes. ¿Te has fijado en el mío?

—He estado tratando de hacerlo.

—¿Te gusta?

—No tanto; pero...

—Quieres decir que no estaría bien si no fuera a la moda. ¡Muy agudo! ¿No te importa que *ella* lleve el pelo corto?

—Le sienta bien.

—¿Y su hermano, te habló de mí?

—Me dijo que tenías una casa encantadora, y que le cuidaste como un ángel.

—Como un ángel, no. Como una mujer a la moda. Hay diferencia.

—Ana está muy agradecida. Ya te lo habrá dicho, ¿no?

—Sí. Pero, entre nosotros, temo que os devolviéramos a Francis un tanto barnizado de cinismo. Aquí, el cinismo es planta que se cultiva. ¿No me lo notas a mí?

—Me parece notar que lo finges.

—¡Todo lo contrario! Cuando hablo contigo me lo quito de encima. Tú has sido siempre un inocente. No te sonrías, que es verdad. Por eso ganaste con librarte de mí. Bueno, no creía que volveríamos a vernos nunca.

—Yo tampoco lo creía. Siento que Ana no haya bajado todavía.

—Tú no le has hablado de mí nunca.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la forma en que ella me mira.

—Y ¿por qué tenía que decirle nada?

—No; si no hay razón para que se lo hubieras dicho. Pues el pasado murió... Es divertido volverse a ver. Démonos la mano. Voy al cuarto de Holly ahora —sus manos se apretaron por encima del plato de mermelada—. Ya no somos niños, Jon. Y hasta mañana. Ya verás cómo te gusta mi casa. *A rivederci!*

Mientras subía la escalera se obstinó en no pensar.

—¿Puedo pasar, Holly?

—¡Fleur! ¡Pasa!

Aquella carita, delgada y algo pálida, se alzaba, mostrando toda su inteligencia, sobre el almohadón. Fleur tenía la impresión de que Holly era persona a quien no se podían ocultar los pensamientos.

—Mira estas cuentas —le dijo—. Tengo que ver a ese borrico de funcionario a las diez. ¿Encargaste tú todas estas partidas de jamón?

—¿Nueve? No. Sí, sí, está bien. ¿Has visto a Jon?

—Sí. Es el único pajarito que madruga en esta casa. ¿Querréis venir todos a almorzar mañana a casa?

—Si te parece conveniente, Fleur...

—Me parece agradable.

Y resistió la mirada de los ojos grises con firmeza. Nadie leería sus pensamientos, nadie se interpondría en sus deseos...

—Conque os espero a los cuatro a la una y media. Y ahora tengo que salir corriendo.

Salió, efectivamente, corriendo. Pero como no tenía cita alguna con ningún «borrico de funcionario», volvió al parque Green y se sentó.

Jon estaba ahora lo mismo que el Jon de antes. Los ojos, más hundidos; la mandíbula, más firme, esa era quizá la única diferencia. Aún tenía su mirar claro; sin duda todavía creía en algo. Y... ¡todavía la admiraba! ¡No le cabía duda!

Un vientecillo fresco cantaba en el árbol bajo el que se hallaba. El día estaba hermosísimo. Era el mejor día que había hecho desde Semana Santa. ¿Qué les daría de comer? ¿Cómo manejaría a su padre? ¡Tenía que conseguir que no estuviera! Dominarse a sí misma era fácil, pero dominar a su padre ya era otra cosa. La sombra que proyectaba el sol de las hojas cubría su corta falda, pero el sol le daba en las piernas; las cruzó y se echó atrás. El primer traje de Eva, un tejido de hojas... «¿Conveniente?», había dicho Holly. ¿Quién podía saberlo? ¿Les daría *cocktails*? ¡No, comida inglesa! Para liberarse de su padre tenía que decirle que iba a ir ella con Kit a Mapledurham. Y él se marcharía para preparar las cosas. Su madre estaba todavía en Francia. Los otros, se irían a Wansdon. Sintió la caricia dulce del sol en el cogote. La hierba olía... a madreSelva. ¡Qué cosas!...

X

DESPUÉS DE COMER

Que la función más trabajosa de la vida humana es el comer, lo admitirán sin duda todos aquellos que pasan, sin dejar una, por estas ocasiones de angustia varias veces al día. La imposibilidad de huir de la mesa, hace que el tragar, no sólo comida, sino sentimientos, sea cosa durísima para personas civilizadas. Al menos Fleur pensaba esto durante aquel almuerzo. Que su comedor estuviera decorado en estilo español, le recordaba que no había sido con Jon con quien había pasado en España su luna de miel. También había pasado por un momento de crisis antes de comer, pues las primeras palabras de Jon a Michael fueron:

— ¡Qué casualidad! Nosotros nos hemos visto en Mount Vernon... ¿No estaba Fleur allí?

Después Michael había dicho:

—¿Te acuerdas, Fleur? Éste es el inglés que me encontré en Mount Vernon. ¡Mount Vernon! Ellos se habían visto allí. Y ella, no.

—Mount Vernon es precioso. Pero tienes que ver Richmond, Ana. Podíamos ir después de comer. Seguramente que tú, tía Winifred, hace años que no vas por allí... Y de regreso, podíamos volver por Robin Hill.

—¡Donde tú naciste, Jon! ¡Sí, vamos allí!

En aquel instante, Fleur odió la carita emocionada que Jon estaba mirando.

—Pero estará allí el potentado —dijo éste.

—No; está en Montecarlo —informó Fleur—. Ayer lo leí. ¿Podrás venir tú, Michael?

—No va a ser posible. Tengo una reunión de Comité. Y, además, en el coche sólo pueden ir cinco.

—¡Cómo me gustaría!

Era el entusiasmo americano, tan excesivo. Fué para Fleur un descanso oír la voz suave de su tía, diciendo que sería un paseo muy agradable, y que los castaños estarían muy hermosos en el parque.

¿Tendría Michael una reunión de verdad? Ella sabía en general las reuniones que tenía Michael; sabía en general lo que pensaba, pero ahora no sabía nada. Al hablarle la noche anterior de los invitados, se había ocupado en borrar con un abrazo la impresión que le pudiera haber producido. No podía dejar que empezase a pensar cosas raras de Jon. Cuando a su padre le había dicho: «¿No podríamos ir el niño y yo a Mapledurham? Podíamos ir pasado mañana. Pero no estando mamá en casa vas a tener que ir tú antes», había prestado cuidadosa atención al tono de su respuesta; ésta fué: «¡Hum!... Sí; tendré yo que irme mañana a primera hora.» ¿Se había oído algo? ¿Había sospechado algo Michael? Se volvió a Jon, diciéndole:

—Bueno, Jon, ¿qué te parece mi casa?

—Muy como tú...

—¿Es un cumplido?

—Sí, a la casa...

—Entonces, ¿te parece que Francis no exageró?

—En absoluto.

—Todavía no habéis visto a Kit. Voy a decir que le traigan. Oiga, Coaker: haga el favor de decir a la niñera que traiga al niño, si no está dormido. En julio hará tres años. Ya corre que se las pela... ¡Me hace sentirme muy vieja!

La entrada de Kit con su perro de plata produjo una explosión de «ohs» y «ahs», pero poco prolongada, pues tres de las mujeres que había allí eran Forsytes, y los Forsytes no se emocionan muy fácilmente. Allí estaba el niño, mirando a todo el mundo, con los ojos fruncidos y el pelo tieso.

—Ven aquí, hijo mío. Mira: este es Jon, tu primo segundo, que estaba fuera.

El niño avanzó unos pasos.

—¿Traigo mi *cobayo*?

—*Cobayo*, no, Kit: Caballo. Dale la mano a ese señor.

La manita del niño subió, y la de Jon bajó.

—Tienes las uñas sucias.

Fleur vió que Jon se ruborizaba y oyó que Ana decía:

—¿No es demasiada penetración para lo pequeñín que es? —Y dijo a Kit:

—Niño, eres muy irrespetuoso. También tendrías las uñas sucias tú si hubieras estado de palero en una locomotora.

—Sí, guapo, sí. Y desde entonces me las estoy limpiando, pero no quedan bien todavía.

—¿Por qué?

—Porque la suciedad se mete en la piel.

—A verlo.

—Anda y dale la mano a la tía Winifred, Kit —dijo Fleur.

—No.

—¿Qué rico! —exclamó Winifred—. ¡Di que no, precioso!; ¡qué, tanta lata de ir dando la mano a la gente!

—Pues anda, márchate ya, y otra vez preséntate con mejores modales.

—Muy bien.

La salida del pequeño, con el perrito plateado detrás, fué seguida de risa general. Fleur dijo blandamente:

—Es muy malo... ¡Pobre Jon! —y, por los ojos medio entornados, vió que Jon le dirigía una mirada cariñosa.

En aquel día de mediados de mayo, Richmond tenía todo el encanto necesario para haber arrastrado allí a multitud de Forsytes en faetones y birlochas, en coches de alquiler y automóviles, desde tiempos inmemoriales, o, por lo menos, desde tiempos de Jorge XV. El río ondulante brillaba discretamente a lo lejos, y los árboles, si bien con su pátina invernal todavía, presentaban ya síntomas de reverdecimiento primaveral; en julio estarían hermosísimos. Era raro, pero había por allí pocas casas, poca prueba de la existencia humana, y eso que era a doce millas de Londres. El espíritu de una Inglaterra más vieja parecía haber amurallado aquellos lugares contra la expansión de cuatro generaciones.

De los cinco que estaban allí, era Winifred quien expresaba mejor este espíritu, con su frecuente:

—La verdad es que esto es hermoso... ¡Qué vistas!

Con todo, una vista; ya no se apreciaba lo que se apreciaba cuando el viejo Jolyon atravesaba los Alpes con su mochila de cuero, todavía en uso, y en poder de su nieto Jon; ni se apreciaba como en los días en que Swithin, guiando sus caballos grises y volviéndose a la señora que se sentaba junto a él, exclamaba: «¡Buena vista, eh!», señalándola con la fusta; ni se apreciaba tanto como en los días en que James, sentado con las piernas cruzadas en una góndola, se deslizaba por un canal de Venecia, exclamando: «Nunca me habían dicho que el agua del Gran Canal tenía este color... ¡A mí no me dice nunca nadie nada!»

Pero allí estaba Ana, con el entusiasmo americano y las manos crispadas en gesto de emoción, diciendo:

—¿Pero no es esto una maravilla, Jon? ¡Y qué romántico!

Y en el parque, Winifred entonaba alabanzas a la vista de los castaños; y cada caminito y cada trozo de suelo cubierto de helechos, y cada árbol caído, arrancaba de Holly o de Jon recuerdos de sus paseos a caballo.

—Mira, Ana: aquí es donde me caí de mi *pony*, de pequeño, al perder un estribo, y me enfadé tanto por la caída.

También frases como:

—Mira, Jon: Val y yo echamos una carrera por esta avenida. ¡Mira! Allí está el tronco que solíamos saltar. ¡Todavía en el mismo sitio!

Y Ana se extasiaba viendo los ciervos y la hierba, de variedades tan distintas a las americanas.

Para Fleur el parque no significaba nada.

—Jon —dijo de pronto—. ¿Qué vas a hacer para entrar en Robin Hill?

—Pues decir al mayordomo que quiero enseñar a mi mujer el sitio donde pasé mis primeros años, y darle un par de buenas razones. No quiero ver la casa, ni los muebles que tiene, ni esas cosas.

—Y ¿por qué no probamos a entrar por detrás, por el soto? —y su mirada añadió: «Por donde entramos aquel día.»

—Sí; pero si nos encontramos a alguien, nos echan.

El par de buenas razones les permitió pasar. La familia no estaba de momento en la casa.

La obra maestra de Bosinney tenía su aspecto más suave. Las persianas estaban echadas, pues el sol daba de frente desde donde proyectaba su sombra el viejo roble, que ya no tenía columpio. En la rosaleta de Irene, que había

sustituido al helechal del viejo Jolyon, había multitud de capullos, pero abierta, sólo había una rosa.

«Rosa, flor española...» Algo oprimió el corazón de Fleur. ¿Qué era lo que Jon pensaba o recordaba al decir aquellas palabras y al poner aquel gesto? Se hallaba en el mismo sitio donde se sentara entre su madre y su padre, creyendo que algún día viviría allí con Jon, viendo juntos crecer las rosas, y caer las hojas del roble, y diciendo los dos a sus invitados: «Mirad allí... Aquello es Epsom.»

Y ahora, ni siquiera podía caminar al lado de él, pues estaba explicando cariñosamente las cosas a su mujer. Era Ana la que iba a su lado, en vez de ella. Winifred estaba muy intrigada. No había llegado a ver aquella casa, que Soames había construido con el talento del joven Bosinney, y que Irene, con aquel «lamentable asunto» había echado a perder. En aquella casa habían muerto su tío Jolyon y su primo Jo. Y, ¡la ironía de la vida!..., Irene vivía y su hijo Jon —un muchacho muy simpático— también. Aquella casa era un pedazo de historia de los Forsytes. Ahora pertenecía a un noble, lo que, ya que había salido de la propiedad de la familia, era muy bueno. En la huerta, dijo a Fleur:

—Tu abuelo vino aquí una vez, a ver cómo iba esto cuando lo estaban haciendo. Me acuerdo que dijo: «Costará muy buen dinero mantener una casa así.» Y no creo que se equivocara. Pero ha sido una pena venderla. Ha sido cosa de Irene, no me cabe duda. A ella nunca le importó la familia. Pero si... —y se comió las palabras—: «...tú y Jon os hubieseis casado...»

—Pero ¿qué hubiera hecho Jon con una casa tan desmesuradamente grande y cerca de Londres, siendo como es un poeta?

—Sí; eso sí es verdad...

¡El soto! ¡Siempre allí, al fondo de la finca! Y Fleur vaciló, se detuvo junto al tronco caído, y tuvo que esperar un rato hasta poder decir:

—¡Escucha, Jon: el cuco!

¡Escuchar el cuco y contemplar las campánulas azules bajo los alerces, a su lado! Y el canto del cuco se repetía una y otra vez.

«Aquí fué donde nos encontramos con tu madre, y donde se nubló nuestra estrella. ¡Oh, Jon!» Pero... ¿Un sonido tan breve como el que se escapó de su garganta podía significar todo aquello? Pues Jon había puesto cara de comprensión y sorpresa. Ella se rehízo y saltó al tronco.

—No veas fantasmas, Jon.

Y Jon, reaccionando también, la miró. Ella se apoyó en sus hombros y saltó al suelo otra vez. Y siguieron todos, andando entre las campánulas y los pájaros siguieron cantando.

—Ese pájaro es el mismo —dijo Fleur.

XI

VISITA DE COMPROBACIÓN

Soames, por instinto, vigilaba a su hija; y haciéndolo se protegía contra las maquinaciones del destino. Se figuraba que maquinaba algo; y al verla salir, mientras él se desayunaba, se afirmó en sus sospechas. Vista desde la ventana agitando aquellos papeles, presentaba un aire de irrealidad y de ocultarle algo. De la misma forma que algo indeterminado en la voz de su dueño previene al perro de que va a ser abandonado, así Soames sintió premonición de algo al verla agitar las hojas de papel. Terminó su desayuno con rapidez excesiva en persona con inclinación a deleitarse en comer despacio su plato de mermelada. E inmediatamente se encaminó a la calle Green. Si Jon estaba allí, allí estaba el peligro. Además, aquel lugar era el único ya donde Soames podía abrir su alma y desahogarse, contándole sus cuitas a su hermana Winifred, en aquel salón Luis XV, que en 1879 se había amueblado con su consejo, y que, a pesar del Jazz y del deseo de Winifred de ser siempre ultramoderna, no había desaparecido.

Dando un rodeo y deteniéndose un poco ante el Club Connoisseurs, consiguió Soames no llegar demasiado pronto: ya se había marchado Fleur cuando él llegó. Las primeras palabras de Smither le afirmaron en sus temores:

—¡Señorito Soames! ¡Oh, qué lástima! ¡La señorita Fleur acaba de marcharse! Y sólo se encuentra levantado el señorito Jon...

—Bueno... —dijo Soames—. ¿Le ha visto mi hija?

—Sí, señor. Está en el comedor, si quiere usted verle.

Soames movió la cabeza.

—¿Estarán aún mucho tiempo, Smither?

—Pues oí a la señorita Holly que se marchan todos a Wansdon pasado mañana. Nos volveremos a quedar solas... Conque si el señor quiere venirse, hay sitio de sobra en la casa.

Volvió Soames a mover la cabeza.

—¡Huy, no!... Estoy muy ocupado —dijo.

—¡Pero qué guapísima que está la señorita Fleur! ¡Y qué colores que tiene!

Soames emitió un sonido difícil de interpretar. No era noticia a su gusto aquello de los colores, pero no podía decirlo ante la institución que se hallaba: nunca se sabía lo que sabía Smither. Conocía exactamente y al dedillo todos los secretos familiares, desde el día en que el *desagradable asunto* de Irene había dado que hablar —más de lo debido— en casa de Timoteo, allá en la carretera de Bayswater. ¡Qué cosas más tristes había en la vida! Y repitiendo el sonido ininterpretable, dijo:

—A propósito, ¿supongo que el señor Stainford no habrá vuelto por aquí?

—¡Sí, señorito Soames, sí que ha vuelto! Vino ayer a visitar al señorito Val, pero el señorito Val había salido.

—¿Cómo? ¿Que ha venido? —preguntó Soames abriendo un palmo de ojos—. Y ¿qué se ha llevado esta vez?

—¡No! ¡No le dejé entrar!

—No le daría las señas del señorito Val en el campo, ¿verdad?

—Ya las sabía él.

—Y ¿qué será lo que no sepa ese pillo?

—¿Quiere que le diga a la señora que ha venido usted? Ya no debe tardar mucho en bajar.

—No; no la moleste.

—Pues lo siento mucho, señorito. ¡Ella que recibe tanta alegría cuando le ve!

¡Qué atenta era la vieja Smither! Ya no había criados así... Y poniéndose el sombrero, Soames salió murmurando:

—Bueno, adiós, Smither. Recuerdos a mi hermana —y se fué.

«Vaya» —pensó—. «Ya ha visto Fleur al mozo este.» Y el enredo y las dificultades empezaban de nuevo. ¡Ya se lo temía él! Y muy lentamente, con el sombrero echado sobre los ojos, se dirigió hacia Hyde Park Corner. Aquel era un momento de mucha dificultad, de los que requieren endurecer el ánimo y lanzarse a una decisión por peligrosa que sea. Con la tendencia, heredada de su padre, que tenía a lanzarse a conclusiones en todas las posibles amenazas a la seguridad de la vida, Soames se lanzó a temer por el futuro de Fleur, al que tan estrechamente estaba ligada su felicidad. Smither había dicho que Fleur tenía «muchos colores» aquella mañana. Sin embargo, bien pálida que estaba cuando desde la calle le saludó agitando los papeles que llevaba en la mano. ¡Y qué momento había elegido! ¡La hora del desayuno! Era la hora más íntima. Su realismo le permitió captar todo lo que aquello sugería. ¡Quiénes desayunaban juntos, también!... ¡Qué cosas se le metían en la cabeza a aquella chiquilla! Y, sin embargo, ya no era una chiquilla, ni él tampoco era un adolescente. Claro que, en definitiva, todo dependía de cuáles pudieran ser sus sentimientos, si es que tenían alguno. ¿Y quién podría saberlo? Sin darse cuenta de lo que hacía, se había puesto a dar vueltas al monumento a la Artillería. Era una gran cosa blanca que él no había examinado con detenimiento aún, y que no se había dado cuenta de que tenía gana de hacerlo. De todas formas era algo muy realista, y que en aquellos momentos se ajustaba mucho a su ánimo, que hacía frente a las cosas; no había nada inconcreto en aquel cañón, pequeño, recogido

en sí mismo, como una fiera dispuesta al zarpazo; tampoco eran abstracciones artísticas aquellos hombres ennegrecidos, con decisión obstinada bajo sus cascos de acero. Nada delicadito en el monumento; nada de ángeles con alas tendidas allí. Ni San Jorge, ni dragones, ni caballos captados en elegante cabriola; ni panoplia ni penacho, nada de eso... Allí estaba aquello, como un gran sapo despatarrado, afirmado sobre la vida de la nación, hecho trueno y no verso. Buena obra para mirarla una vez al día y darse cuenta de lo que hay que evitar. «Me gustaría coger a esos príncipes imperiales que mandan ejércitos y a esos generales gallitos y restregarles las narices contra esto —pensó—. Y así se dejarían de guerras alegres cada dos por tres.» Y atravesando la calzada por el sol, entró en el parque y tomó hacia Knightsbridge.

¿Y de Fleur, qué iba a hacer? ¿Se lanzaría a coger al toro por los cuernos o dejaría las cosas estar? Una cosa o la otra, sin términos medios. Caminaba muy de prisa, con rostro obstinado, como si así dirigiera sus pensamientos a un fin resolutivo. Llegó a Knightsbridge y, tras curiosear dos o tres tiendecillas donde en tiempos había cazado algún negocijo, para él o para el dueño de la tienda, bordeó por Tattersall. Aquello seguía... Todavía vendían allí caballos. Él nunca se había dedicado a los caballos; pero de vivir en Montpellier Square, conocía de vista a los *habitués* de Tattersall... Pronto se hundiría el negocio y tendrían que poner un «cine» o un garaje.

¿Qué tal si le hablara a Michael? ¡No! Peor que inútil. Además, él no podía hablar de Fleur y de aquel muchacho a nadie... Habría que meterse en demasiadas explicaciones y que hacer el cuento muy largo. Y el cuento era acerca de él... ¡Montpellier Square! Había llegado exactamente *al sitio*, aunque no sabía si a propósito o no... No había cambiado nada, aunque estaba todo bastante remozado desde la última vez, poco después de la guerra, en que estuvo allí. Los constructores y decoradores habrían ganado buen dinero últimamente... Los únicos, quizá, que habrían ganado algo. Marchó por el lado de la derecha de la estrecha plaza, donde había pasado por tanto dolor y tanta tragedia. Allí estaba la casa, muy como entonces, pero no tan limpia, aunque un poco más florida. ¿Por qué se habría casado nunca con aquella mujer? ¿Qué sería lo que le hizo empeñarse tan obstinadamente en ello? Desde luego, ella había hecho todo lo posible para desanimarle. Pero ¡qué apasionamiento el de él! Ahora lo reconocía. Pero al principio, había creído, y tal vez ella también, que podrían llegar a... ¡Mas, no! Llegaron a lo peor, a un fin horrible. Se paró y se puso a mirar el portal aquel, que había sido el suyo, como si la pintura de la puerta y el número de la casa pudieran enseñarle a borrar el amor de su hija por el hijo de la que había sido su mujer.

Y lo mismo que entonces, al regresar cada tarde a su casa buscaba inspiración de cómo despertar amor sin hallarla, tampoco halló inspiración de cómo evitar aquel amor peligroso. Lentamente siguió andando y se alejó de la placita.

En cierto modo, era absurdo preocuparse por aquello, pues, después de todo, Michael era un gran muchacho y el matrimonio de Fleur todo menos desgraciado, por lo que podía ver. Además, era muy seguro que Jon se hubiera casado por amor, pues no podía haberse casado por otra cosa, a no ser que le hubieran informado mal, pues la chica y su hermano eran dos americanos sin un céntimo. Pero..., aquello era la luna, y él no podía olvidar cómo Fleur la había deseado siempre: el deseo de poseer cosas imposibles era su característica. Tampoco podía borrar el recuerdo de aquella noche, hacía seis años... No podía olvidarla acurrucada en el sofá, cuando regresó él de Robin Hill con malas noticias. Y examinando sus recuerdos desde entonces, Soames tenía una sensación viva y molesta de que Fleur había estado, como si se dijera, dejando pasar el tiempo; de que todas sus actividades, incluso la de traer al mundo a Kit, eran falsificaciones de su sentir. Como la edad a que pertenecía, ella había estado corriendo de una parte para otra, sin llegar a ningún sitio, porque no sabía a qué sitio quería llegar. Sin embargo, desde su viaje alrededor del mundo, le había parecido notar en ella algo más de solidez, como si hubiera formado propósitos más firmes y concretos, más razonables. Pero sería como la hierba tras un incendio sucedido en Mapledurham: volvía a renacer. La guerra había quemado, había abrasado a todos; pero la gente también revivía, en la idea, tal vez, de que merecía la pena el vivir. ¡Hombre, si hasta él había sentido renacer sus aficiones de coleccionista de cosas bellas! Todo dependía de las perspectivas, de lo que hubiera por delante. Con aquello del Dawes Settlement y de Locarno, con la huelga terminada, podía presentarse otro período de calma, como el Victoriano, donde muchas cosas serían posibles. Él tenía setenta y un años, pero no podía olvidar que Timoteo, estrella luminosa en un cielo de esperanza, había vivido ciento. Y Fleur, que tenía veinticuatro, podría vivir más del siglo si ella —o el siglo— cuidaba de domeñar las pasiones desatadas y los deseos desordenados y todo aquel movimiento que no conducía a ningún sitio. Si se serenaban las cosas, la edad podría llegar a ser edad de oro o de platino tal vez. Hasta podría llegar él a ver el impuesto sobre la renta a media corona. «No —pensó, confundido por el modo de ser de su hija y por las modalidades de la época—; ella no puede seguir como los otros, pretendiendo lo imposible. Sería que tiene muy poca visión de la realidad.» Y su sangre, enardecida por los resultados de aquella visita de comprobación, le hizo dar en la decisión de no hacer nada como no fuera confiar en Fleur, en su buen sentido, que ya debía tener alguno. «Sí; abrir muy bien los ojos, pero no decir ni pío. A mayor silencio, menores equivocaciones.»

Otra vez estaba en el monumento a la Artillería; por segunda vez dió una vuelta alrededor. ¡No!... Era un emplasto —le parecía ahora—. Una cosa demasiado concreta, demasiado pesada. ¿Haría aquel lastre que subieran las obligaciones con garantía? Tal vez lo mejor hubiera sido alguna cosa con alas..., algo que animara a la gente, algo que hiciera considerar la vida tolerable, en vez

de recordar a todos que una vez habían sido destrozados y que podrían volverlo a ser. Los artilleros —lo había leído en algún sitio— amaban sus cañones y querían tenerlos siempre presentes en el recuerdo. ¿Pero los demás seres los amaban y querían también recordarlos? «Es un error, un gran error. Una estatua sedante, de Vulcano o de alguien a caballo, era lo que se necesitaba.» Y recordando a Jorge III a caballo, sonrió. Pero allí estaba el monumento y ya no lo quitarían nunca. Pero ya era hora de que los artistas volvieran a las ninfas y a los delfines y a semejantes muestras de vida reposada.

Cuando en el almuerzo Fleur dijo que tendría que esperar en Mapledurham un día antes de que fueran ella y Kit, volvió a sentir que había algo escondido; pero satisfecho con la idea de tenerla en casa, dejó las cosas estar; ni siquiera habló de su visita a la calle Green.

—Parece que el tiempo ha mejorado —dijo—. Te vendrá bien tomar el sol después de tanto encierro en la cantina. Ahora siempre están hablando de esos rayos ultravioleta. En mis tiempos, con tomar el sol bastaba. Los médicos siempre están sacando las cosas de quicio. No tardarán en inventar algo infrarrojo.

—Así se divierten.

—Sí, descubriendo lo que nuestras abuelas olvidaron a fuerza de saber y poniendo a las cosas otros nombres. Un alimento, no es ahora mejor que antes porque hayan inventado la palabra «vitamina». Tu abuelo todos los días se comía una naranja, durante toda su vida, porque un médico viejo que tenía se lo recomendó, allá a principios de siglo. ¡Vitaminas! Tú no dejes que Kit se haga caprichoso en materia de comidas y verás qué bueno está siempre. Ya tendrá tiempo de comer mal cuando vaya al colegio.

—¿Tan mal comías tú, papá?

—¡Malísimamente! No me explico cómo crecíamos y nos desarrollábamos. En veinte minutos nos comíamos la comida fuerte del día, y diez minutos después ya estábamos jugando al *foot-ball*. Pero entonces no pensaba nadie en la digestión.

—¿Eso no es un argumento para que pensemos ahora?

—Una buena digestión —dijo Soames— es el secreto de la vida —y miró a su hija. Gracias a Dios no estaba delgada. Por lo que él veía, sus digestiones eran excelentes. Ella podría creerse enamorada o no, pero mientras no pensase en su digestión, saldría adelante—. Ahora, en estos tiempos de automóviles, la cosa es andar todo lo posible —añadió.

—Sí —dijo Fleur—. Esta mañana me he dado un paseíto muy bueno.

¿Es que se reía de él?

—Yo también he dado un buen paseo. Allá jugaremos al golf.

Le miró ella un instante, y después dijo una cosa sorprendente:

—Sí; creo que ya estoy en edad suficientemente madura como para jugar al golf.

¿Qué quería decir con aquello?

XII

SENTIMIENTOS ÍNTIMOS

El día de la invitación a almorzar y del paseo hasta Robin Hill era verdad que Michael tenía una reunión de Comité, pero también tenía sus sentimientos íntimos y quería actuar conforme a ellos. Hay naturalezas en las que el descubrimiento de lo que amenaza su felicidad las incita a juzgar mal al objeto que puede causar la perturbación. Michael no era de este modo de ser. Había tomado simpatía al joven inglés conocido en la vieja casa del americano George Washington, en parte porque era inglés. Y el que estuviera ahora sentado junto a Fleur —primo segundo y primer amor— no le llevaba a modificar su primer criterio. El muchacho era agradable y mejor parecido que él; tenía un pelo vistoso, una mandíbula fuerte, la mirada limpia y un aire muy modesto; no había razón para negar todo eso. El criterio de libertad de mercado en amor, al que se adhería Michael, le impedía mirar con simpatías ningún arancel protectionista. Afortunadamente aquel muchacho estaba casado con una esbelta y atractiva joven, que parecía verdaderamente —según la señora de Val le había dicho— una ninfa de las aguas. Por tanto, las preocupaciones de Michael eran a causa de Fleur más que de aquel joven. Pero Fleur tenía un rostro impenetrable y un cerebro de pensamiento rápido y difícil de seguir, a más de un corazón al que no se podía llegar fácilmente. Y ¿era Jon Forsythe la causa de esto? Se acordaba Michael de cómo en la calle Cork aquella June, medio hermana de Jon, le había dicho que Fleur debiera haberse casado con él. ¡Cómo le había dolido el pensamiento de que a él le hubiera tocado un papel secundario en el corazón de su mujer! También se acordaba de algunas insinuaciones del «viejo Forsythe». Por proceder de aquel pozo de sensatez y autodominio, le habían hecho también mucha impresión, tanto más cuanto veía su fracaso en llegar al fondo del corazón de Fleur. Llegó a la reunión de su Comité con sólo la mitad de su mente ocupada en asuntos públicos. ¿Qué era lo que había cercenado aquel amor naciente y le había dado a él su oportunidad? No sería desagrado repentino, ni falta de salud, ni falta de dinero, ni hasta cierto parentesco, pues la señora de Val Dartie se había casado con un primo segundo con la aprobación aparente de la familia. Como se ve, Michael estaba ignorante del secreto de Soames. Aunque había tratado con bastantes Forsythes, ninguno le había dicho nada; y Fleur no le había hablado nunca de su primer amor y mucho menos de la razón por la que había quedado en nada. Sin

embargo, alguna razón habría, y pensar adivinar los pensamientos de su mujer sin conocerla, era pensar en lo excusado.

Su Comité se ocupaba de asuntos de natalidad, en conexión con el Ministerio de Sanidad Nacional; y mientras escuchaba los razonamientos de sus colegas, le vino una idea: «¿Por qué no ir y preguntar a June Forsythe? Podría saber su domicilio por la guía de teléfonos: no podía haber dos personas con semejante nombre.»

—Y ¿qué dice usted, señor Mont?

—Pues que nacen tantos niños que tendremos que exportarlos a las colonias o acelerar la emigración.

—¡Pero, señor Mont!

—Desde luego creo que lo mejor es la emigración...

Todo el mundo sabía que «aquel joven Mont» estaba siempre dándole vueltas a lo de la emigración, y no estaba nadie dispuesto a darle pie para que defendiera, por milésima vez, sus teorías. En vista del poco calor, se excusó y se fué de la reunión.

Pronto encontró las señas: «Miss June Forsythe. «Los Álamos», Chiswick.» Tomó un autobús.

¡Qué pronto volvían las cosas a la normalidad! Era extraordinariamente difícil destruir algo tan intrincado, complejo y elástico como la vida de una nación. El autobús rodaba entre incontables vehículos y miríadas de peatones, y Michael se dió cuenta de lo fuertes que eran aquellos dos elementos de estabilidad en la ciudad moderna: la necesidad común de comer, beber y moverse, y la realidad de que tanta gente sabe conducir coches. «¿Revolución?, pensó. En época alguna ha tenido menos clima favorable. La maquinaria lo impide.» La maquinaria pertenecía al estado de las cosas inamovibles, y cada día presenciaba su incrementar. La multitud no adiestrada y los visionarios comunistas, sus líderes, sólo tenían oportunidad favorable en los países donde el maquinismo y las comunicaciones estaban poco desarrollados, como en Rusia. El cerebro, la competencia profesional y técnica estaban, por naturaleza, del lado del capital y de la iniciativa privada, y cada vez ganaban más poder.

Le costó algún trabajo hallar «Los Álamos», y cuando dió con ellos vió que eran una casita que aguantaba un gran estudio con luz del Norte. Estaba detrás de dos álamos delgados, raquíuticos, fantasmales... Una mujer extranjera le abrió. Sí: la señorita estaba en el estudio con el Sr. Blade. Michael entregó su tarjeta y esperó, sintiéndose muy molesto, pues ya que estaba allí no se explicaba el porqué de su visita. El obtener la información que deseaba sin demostrar que iba buscándola, le parecía difícilísimo, pues era una información de las que sólo pueden conseguirse preguntando con toda crudeza.

Al saber que tenía que subir, subió, perfeccionando la primera mentira. Al entrar en el estudio, una gran habitación con paredes verdes, cuadros colgados o amontonados, y todas las características de un *atelier*, con algunos gatos, por cierto, notó un movimiento agitado. Una mujer pequeñita, vestida de verde, con cabello corto y plateado, se levantó de una banqueta y se dirigió hacia él.

—¿Cómo está usted? Conocerá, sin duda, a Harold Blade, ¿verdad?

El muchacho, a cuyos pies había estado sentada la mujer, se levantó, mostrando a la luz su rostro moreno y ojos un tanto cargados.

—Tiene que conocer su maravilloso trabajo rafaelista...

—¡Oh, sí...! —dijo Michael, percibiendo que su conciencia le impulsaba a decir: «Pues no lo conozco, no.»

El joven pintor dijo tétricamente:

—Me conoce lo mismo que a nuestro padre Adán.

—No, no... —murmuró Michael—. Pero dígame, ¿es usted rafaelista? ¿Cómo es eso?

—¿Que cómo? —exclamó June—. Pues porque es el único que sabe darnos los viejos valores... ¡Los ha redescubierto!

—Usted me perdonará... Yo soy un profano en materia de arte. Yo creía que el amor por los clásicos era sólo cosa de académicos.

—¡Académicos! —gritó June, haciendo que Michael se sobresaltara ante la pasión despectiva que puso en la palabra—. ¡Bueno! ¡Si usted todavía cree en los académicos...!

—¡No, no; si no creo...! —dijo Michael apresuradamente.

—Harold es el único rafaelista; la gente se agrupa a su alrededor, claro está, pero él no quiere saber nada. Siempre pasa eso. Los grandes pintores forman escuela, pero las escuelas no son nunca nada que merezca la pena...

Michael miró con gran interés al primero y último rafaelista. Su cara no le gustaba, pero le reconocía cierto aspecto de epiléptico interesante.

—¿Puedo echar una mirada? Tal vez mi suegro conozca su obra. Es un gran coleccionista, siempre atento a los valores nuevos.

—¡Soames! —dijo June. Y otra vez se sobresaltó—. Soames coleccionará las obras de Harold cuando todos nosotros nos hayamos muerto. ¡Mire usted a eso!

Separó Michael la mirada del rafaelista, que se encogía de hombros, y la convirtió a lo que era innegablemente un retrato de June. Era enteramente reconocible, muy suave, todo verde y plata, con una insinuación de halo en torno a la cabeza.

—Línea y color purísimos. ¿Cree usted que colgarían eso en la Academia?

Cuidando que no se lo conocieran, Michael pensó: «Desde luego, merece que lo cuelguen, y al autor también.»

—Me gusta esa insinuación de halo —pudo murmurar.

El rafaelista emitió una breve y punzante carcajada.

—Voy a dar una vuelta —dijo—. Vendré a cenar. Adiós.

—Adiós, adiós —dijo Michael con sensación de descanso.

—Sin duda alguna —dijo June cuando se quedaron solos—, es la única persona que podría retratar a Fleur. El sabría captar perfectamente su aire moderno. ¿Le gustaría a ella que le hiciera un retrato? Todo el mundo está contra el pobre, y tiene que llevar una lucha...

—Yo le preguntaré. Pero dígame: ¿Por qué está todo el mundo contra él?

—Porque él está de vuelta de todas las locuras modernistas y ha regresado a la pureza de línea y color. Creen que es un traidor y le llaman académico. Es lo que ocurre siempre que un hombre tiene el heroísmo de oponerse a la moda y seguir las inspiraciones de su propio genio. Veo exactamente lo que haría con Fleur si la pintase... Sería una gran oportunidad para él. Y Soames podría sacar una buena comisión comprando el cuadro, pues Harold es muy orgulloso y no quiere cobrar nunca mucho. Y para Fleur sería espléndido: dentro de diez años tendrá un retrato de la mejor firma. Debería agarrar esta oportunidad por los pelos...

Michael dudaba que Fleur quisiera agarrar aquella oportunidad por ninguna parte. Y como también dudaba de que Soames quisiera ganarse ninguna «comisión», dijo prudente:

—Pues ya la sondearé yo... A propósito, su hermana Holly y su hermano Jon y su mujer han estado almorzando hoy con nosotros.

—¡Ah! —dijo June—. Todavía no he visto a Jon—. Y mirando fijamente a Michael, le preguntó: —¿A qué ha venido usted a verme?

Ante la pregunta y la mirada, la diplomacia de Michael vaciló.

—Bueno —dijo—, francamente, quiero que me diga porqué Fleur y su hermano Jon terminaron uno con otro.

—Síntese —dijo June. Y descansando su barbilla puntiaguda en la mano, le miró con ojos que se movían como los de un gato.

—Me alegro que me haya usted preguntado sin rodeos. Me molesta la gente que quiere disimular sus intenciones. ¿Sabe usted que Irene, la madre de Jon, estuvo primero casada con Soames?

—¡Oh! —exclamó Michael.

Y notó Michael que cuando decía «Irene», en aquella mujercita algo se conmovía, algo primitivo y elemental.

—Era muy bella... Y no se llevaban bien, y ella le dejó, y años después se casó con mi padre, y Soames se divorció de ella. Bueno, quiero decir que Soames se divorció de ella y ella se casó con mi padre. Y tuvieron a Jon. Y cuando Jon y Fleur se enamoraron, mi padre e Irene quedaron contrariadísimos, y Soames también.

—¿Y después? —preguntó Michael, pues su interlocutora había callado.

—Pues los chicos supieron lo que pasaba, y mi padre murió precisamente entonces; Jon se sacrificó y se marchó con su madre, y Fleur se casó con usted.

¡Ya sabía lo que pasaba! A pesar de la brevedad de la exposición pudo percibir la intensidad de la tragedia sucedida. ¡Pobrecillos!

—A mí siempre me pareció lamentable —dijo June de pronto—, Irene debiera haberse conformado. Pero de todas formas... Los chicos no hubieran sido felices. Fleur es demasiado egoísta. Tal vez Irene comprendió esto.

Michael hizo un gesto de indignación.

—Sí —interrumpió June—. Usted es muy bueno... Demasiado bueno para ella.

—Nada de eso...

—Sí, sí... Ella no es que sea mala, pero es una criatura todo egoísmo.

—Quisiera que me hiciera el favor de recordar...

—¡Siéntese! No le importe lo que digo. Sólo estoy diciendo la verdad, y usted lo sabe. Aquello fué horrible. Soames y mi padre eran primos hermanos. Y los chiquillos estaban locamente enamorados.

Volvió Michael a tener impresión de tragedia. También notó que algo muy íntimo se agitaba en la personilla de aquella mujer. Y que algo se conmovía en su propia alma.

—¡Muy doloroso! —dijo.

—Yo no sé, yo no sé —añadió June—. Quizá las cosas hayan sucedido de la mejor manera posible. Usted es feliz, ¿verdad?

—Yo sí lo soy. ¿Pero y ella?

La figurilla verde y plata se enderezó. Le cogió a Michael la mano y se la apretó con fuerza. Había algo casi terrible en aquella cordialidad, y él se sintió emocionado.

Después de todo, Jon está casado. ¿Qué tal su mujer?

—Me parece encantadora, muy simpática...

—Americana... —dijo June con voz profunda—. Y Fleur es medio francesa. Me alegro mucho de que tengan ustedes un hijo.

Jamás había conocido Michael a nadie cuyas palabras pudieran llevar tal cantidad de daño para quien las oía. Desde luego, no eran intencionadas, pero... ¿Por qué se alegraría de que tuvieran un hijo? ¿Tal vez porque era una garantía... contra qué?

—Bueno —murmuró—. Me alegro de saber por fin lo que había.

—Usted debiera haber sido informado antes. Pero no se crea que ya está enterado. Nadie sabe lo que son ciertos dramas familiares, a menos que los padezca en su propia familia. Aunque me enfureció lo que hacían con esos chicos, no puedo desconocer la verdad... Mire usted, yo fui la primera en apoyar la razón de Irene contra Soames, en aquel entonces. Yo era partidaria de que le dejara, pues pasó unos años de sufrimiento terrible: él era un verdadero zángano, con sus preciosos derechos conyugales y sin el menor sentido de la dignidad. Figúrese usted lo que será imponerse en ese plan a una mujer que no quiere...

—¡Verdaderamente...! —murmuró Michael.

—La gente de mil ochocientos no comprendía lo horrorosas que son ciertas cosas. Menos mal que ahora...

—¿Usted cree que ahora...?

—Desde luego que sí.

Michael hizo un gesto de duda.

—Ahora se ha mejorado mucho en ese aspecto. Se tienen criterios menos aldeanos. Lo que me extraña es que Fleur no le haya contado...

—Nunca ha dicho ni media palabra.

—¡Oh!

Aquella exclamación era tan hiriente como la que más de sus exclamaciones. Sin duda estaba pensando lo que pensaba él: que aquel amor había llegado demasiado a lo hondo de Fleur para que pudiera siquiera mencionarlo. No estaba seguro siquiera de que Fleur se preguntase si él sabía algo de su amor por Jon.

Y por huir de más exclamaciones hirientes, se levantó diciendo:

—Muchas gracias por haberme informado. Ahora tengo que marcharme.

—Iré a su casa y veré si Fleur quiere que Harold la retrate. Él no puede perder esta oportunidad. Necesita imperiosamente que le hagan encargos.

—Claro, claro —dijo Michael; confiaba en la capacidad de rechazar de Fleur más que en la suya propia.

—Pues adiós entonces.

Cuando volvió a la puerta y se volvió en un último saludo, y la vió allí, ella sola en la gran habitación, le dió pena: parecía tan frágil, tan diminuta, con su pelo blanco y su carita ansiosa... Él había sacado algo de ella, pero no le había dado nada a cambio. Y además había conmovido algún dolor secreto, había hurgado alguna vieja herida, mayor dolor y mayor herida que las que él sentía en el corazón, sin duda.

La veía muy sola, abandonada. Y le hizo otro saludo con la mano.

Cuando llegó a su casa, ya estaba Fleur de vuelta, y Michael comprendió que con visitar a June Forsythe había hecho una cosa inexplicable.

«Tengo que escribir a esa pobrecilla y decirle que no mencione mi visita», pensó. Permitir que Fleur supiera que había estado husmeando su pasado no sería acertado.

—¿Lo has pasado bien? —le preguntó.

—Muy bien. Ana me recuerda a su hermano, a no ser por los ojos.

—Sí, a mí también me gustó la pareja cuando les vi en Mount Vernon. ¿Qué casualidad tan grande, verdad?

—¿Fué el día que papá no se encontraba bien?

Notó que ella comprendía que el encuentro se lo habían ocultado. ¡Si se decidiera a hablarle con franqueza! ¡Si le hablara con franqueza ella a él!

Pero todo lo que Fleur dijo fué esto:

—Ahora, sin la cantina, no sé qué voy a hacer, Michael...

XIII

SOAMES, A LA ESPERA

Decir que Soames prefería estar en su casa, junto al río, cuando su mujer no estaba allí, sería una manera muy cruda de expresar una cosa bastante compleja. Estaba satisfecho de haberse casado con una bella mujer, que además era una perfecta ama de casa, si bien no podía evitar las circunstancias de ser francesa y veinticinco años más joven que él. Pero era la verdad que cuando estaba separado de ella percibía mejor sus buenas cualidades que cuando estaban juntos. Aunque era un tanto aficionada a burlarse de él con su humor francés, no podía negar que desde que se habían casado vivía ella preocupada de su confort y bienestar. ¿Cariño? No, no creía que le tuviese mucho cariño; pero sí que se lo tenía a su hogar, a su situación entre la vecindad, a sus partidas de *bridge*, al hacer cosas que embellecieran la casa y el jardín. Era como un gatito. Y con dinero era admirable: sabía emplearlo mejor y comprar más cosas que mucha gente. Además, también ella envejecía, y esto le daba seguridad de

que no se excedería ya en sentimientos amistosos por nadie. Aquel asunto con Prósper Profond, hacía ya seis años, le había enseñado a ser discreta.

Realmente, no habría hecho falta que Soames se hubiera marchado a la casa un día antes que Fleur, pues el servicio y todo lo demás marchaba como sobre cojinetes bien engrasados. En sus quince acres de terreno, con sus vacas y su leche al otro lado del río, criaba ahora de todo menos trigo y animales de matanza y pescados. Quince acres daban bastante rendimiento.

Soames tenía buen gusto, y Annette también, especialmente en materia culinaria, de tal manera que era difícil que existiera una familia mejor alimentada.

Con aquel tiempo tan hermoso, los árboles ya cubiertos de hojas, la flor de mayo ya florecida, los capullos todavía en crecimiento y el río aprendiendo otra vez su sonrisa estival, la belleza del paisaje no era tanaina⁴¹. Y Soames se paseó por su jardín y su campo y pensó por qué los jardineros parecían siempre estar andando de un sitio para otro. No recordaba haber visto nunca parado un jardinero inglés. Por eso sería que la gente tenía tantos jardineros escoceses. El perro de Fleur salió y se le unió en su pasear. El animal ya se estaba haciendo viejo y tenía la manía de que le picaban las pulgas. Soames, por si acaso no eran manías, lo hacía bañar diariamente. Se le acercó el jardinero mayor con una herramienta del oficio en la mano.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes. ¿Ya ha terminado la huelga, eh?

—Sí, señor. Si cada uno se dedicara a sus cosas, todo iría mejor.

—Desde luego. ¿Y cómo van los espárragos?

—Bien. Estoy intentando hacer una tercera cama, pero no encuentro obreros.

Soames miró a su jardinero, que tenía una cara muy estrecha y algo ladeada, quizá de observar el crecimiento de las flores.

—¿Cómo es eso? —preguntó—. ¿No dicen que hay millón y medio de parados?

—Pero yo no sé dónde se meten.

—La mayoría andan por las calles tocando algún instrumento.

—Sí que es verdad, señor. Mi hermana vive en Londres, y podía traerme un chico de los suyos, pero no me fío.

—¿Y no lo puede hacer usted mismo?

⁴¹ En el original, "sneezed at", "despreciable". (Nota de la revisora)

—Pues eso voy a tener que hacer; pero es que no quisiera abandonar el jardín—. Y movió la herramienta con desasosiego.

—¿Qué hace usted con esa escarda en la mano? Por aquí no hay cizaña ni mala hierba alguna.

El jardinero sonrió.

—Es terrible ver cómo crecen en cuanto uno se descuida.

—Mi hija vendrá mañana —murmuró Soames—. Harán falta algunas flores por la casa.

—Pues en este tiempo del año no tenemos muchas, señor.

—No, si en ningún tiempo del año hay muchas... Usted despabílese y búsquelas.

—Muy bien, señor —dijo el jardinero, y se marchó.

Se quedó Soames pensando: «¿A dónde irá ahora? Nunca he visto hombre semejante. Pero todos los jardineros son así.» Notó la cabeza del perro junto a sus piernas, y le dijo:

—Qué, ¿vienes de paseo?

Salieron juntos, por la parte de la verja más alejada del río. Los pájaros cantaban sus variadas melodías, dominadas todas por la de los cucos en intensidad.

Fueron al terreno aquel que se había incendiado la Semana Santa anterior. Desde allí se veía al río deslizándose en amplias curvas entre los álamos y los sauces. La vista era muy parecida a la que representaba aquel cuadro de Daubigny que había admirado en América, en una colección particular. Observó el humo de su chimenea, y recibió en ello placer superior al que hubiera obtenido observando el humo de otra casa que no fuera la suya. El último año había echado muy de menos su hogar: ¡Tantos meses —y tan calurosos— dando la vuelta al mundo! Michael estaba loco con aquellas ideas que tenía de la emigración... Él era lo suficientemente imperialista para comprender el lado positivo de la cuestión; pero la verdad era que todo lo que no fuera Inglaterra le parecía tosco o extravagante. Todo inglés tenía derecho a ver el humo de su propia chimenea. Ni el Ganges, aquel monstruoso río, ni nada, podía compararse con aquel hilo de plata que tenía ante él. El San Lorenzo, el Hudson, el *Potomac*, que así lo seguía llamando en sus pensamientos, le habían gustado hasta cierto punto; pero en definitiva no eran sino masas desbocadas de agua. Y la gente de allí también era masa desbocada; tenía que ser así, en lugares tan grandes. Desde allí se dirigió a un bosquecillo donde las cornejas que lo habitaban estaban en un estado de gran excitación. Como estaba insuficientemente despegado de sí mismo para dedicarse a observar a criaturas que no tenían que ver con él nada, poco sabía de las

costumbres de los pájaros, pero suponía que estarían celebrando una reunión para tratar asuntos de comida. Tal vez la circulación del gusano había decrecido, tal vez se hubiera producido una inflación... Y estarían ocupadísimos los animalitos, lo mismo que los franceses con el franco. Fué a parar a la casa del guarda. Allí, con el humo de leña que salía por la chimenea, el murmullo campesino, el canto de los cucos y de los mirlos, Soames experimentó una como asfixia de su instinto de propietario. Descorrió el cerrojo y se puso a observarlo. Eran unos instrumentos muy curiosos los cerrojos... ¿Por qué no habría cerrojos en el corazón de los hombres y de las mujeres para que pudieran contener sus pasiones en el momento necesario? La lengua del perro de Fleur, lamiéndole la mano, interrumpió aquella meditación un tanto filosófica. Y pensó que los animales se habían vuelto demasiado humanos, que siempre querían que el hombre se diese cuenta de su existencia. Aquella misma tarde había visto al gato negro de Annette mirando la figura que él tenía de la Psique Napolitana, y maullando suavemente, como pidiéndole que lo tomara en su regazo.

La hija del guarda salió a recoger alguna ropa, tendida en una cuerda. Las mujeres del campo no parecían hacer otra cosa que poner ropa a secar en cuerdas y retirarla luego. La observó Soames con detenimiento, observando su cabeza fina de línea y sus tobillos, finos también, y su vestido y su cara, que parecía escapada de un Botticelli. ¡Había muchas caras así en Inglaterra! Ya tendría aquella chiquilla un pretendiente o dos... Y ellos entrarían al bosque, y se sentarían en sitios recogidos, y se imaginarían ser felices; o tal vez ella montara con alguno en una *moto* y saliera por ahí, cabellos al viento y la falda subida hasta las rodillas. Y se llamaría Gladys o Doris, no faltaría más... Le vio la muchacha y le sonrió. Tenía labios gruesos y era bonita su sonrisa. Soames se levantó un poco el sombrero.

—¡Está una tarde muy hermosa! —dijo a la jovencita.

—Sí, señor.

¡Cuánto respeto!

—Y el río va todavía muy alto.

—Sí, señor.

¡Guapa muchacha! ¿Y si él hubiera sido un guarda y Fleur hija de guarda? También tendería ropa, y la recogería una vez seca, y diría «sí, señor». Él hubiera sido un buen guarda, sin tener nada que hacer, como no fuera observar el correr del río y... a su hija. Y tuvo que contener el impulso de preguntar a la joven: «¿Es usted buena hija?» Pero quizá la pregunta fuese ociosa, ¿había aún buenas hijas en el mundo, hijas que se preocupasen primero por el padre y luego por ellas?

—Vaya con los cucos, cómo cantan...

—Sí, señor.

En aquel momento la joven retiraba cierta prenda íntima de la cuerda, y Soames bajó los ojos, pues no quería azorarla, si bien es verdad que ella no mostró signos de azoramiento. Seguramente, con los tiempos que corrían, era imposible que una jovencita se azorase. Y se levantó, dispuesto a marcharse.

—Creo que seguirá el buen tiempo.

—Sí, señor.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor.

Seguido del perro, se encaminó a la casa. Aquella chiquilla no carecía de seriedad, no; pero, ¿cómo hablaría con el novio? ¡Qué humillación la de ser viejo! En tardes tan hermosas, la juventud debiera volver a las personas, y debería estarse en situación de pasear por el bosque con una chica como aquella. Y todo lo que había de faunesco en su modo de ser, agudizó las orejas, se relamió y murió, dejándole una sensación de vergüenza.

Siempre había sido característica de Soames, que tenía bastante de fauno, ocultar aquella particularidad. Como toda su familia, excepto tal vez su primo Jorge y su tío Swithin, Soames callaba celosamente sus pensamientos sexuales; ningún Forsythe hablaba de esas cosas ni gustaba que otros las trataran. Y cuando sentían determinadas llamadas, no daban signo de sentir las. No es que tuvieran espíritu puritano, sino un cierto refinamiento que les prohibía ocuparse del tema en conversaciones. Y no sabían de quién podía venirles el ser así.

Tras su cena solitaria, encendió el cigarrillo y salió otra vez. Verdaderamente que, para estar en mayo, hacía demasiado calor. Como aún no había oscurecido mucho, pudo ver las vacas pasearse por el prado, al otro lado del río. Pronto las recogerían para pasar la noche. Y allí venían los cisnes, con su prole gris a remolque. ¡Hermosas aves! Ya se iban a dormir a la isla.

El río tenía destellos blancuzcos; los árboles parecían envueltos en polvo pasajero, dispuesto a volar al cielo, emborrachado en el rojo del sol que se ponía. Ésa hora del oscurecer esa hora intermedia, era una hora tranquila y un poco misteriosa. Los estorninos estaban haciendo un ruido chirriante, los muy pillos; con aquellas colitas no podían ser gente respetable. Las golondrinas cruzaban el aire en busca del último mosquito o de la primera polilla; los álamos estaban inmóviles, silenciosos, como escuchando algo. Soames tuvo que llevarse la mano a la oreja y ponerse a ver si lo oía él también. Pero todo era silencio... De pronto, en un instante..., ni golondrinas volando, ni estorninos ni nada; sólo silencio; el río se puso totalmente como de yeso, y el cielo también; en la casa se encendieron las primeras luces. Un moscardón trasnochador pasó

por encima de su cabeza, zumbando. Empezó a caer el rocío vespéral. Tenía que entrarse en casa. Y al volverse tuvo otra visión, instantánea, de los árboles polvorientos, del cielo, del río. Y Soames pensó; «Quiera Dios que cuando mañana venga no haya misterios. ¡No quiero sufrir más!» Ella y el niño, solos, sin misterios. Sería muy agradable. Podría ser muy agradable si aquel amor con raíces clavadas en el pasado no diera frutos amargos que turbase la posible tranquilidad.

Durmió bien, y al levantarse a la mañana siguiente no pudo dedicarse a otra cosa que a arreglar lo que estaba ya arreglado. Varias veces se quedó parado y silencioso con el oído atento a ver si percibía el ruido del *auto*. Sin duda, ella había visto a Jon la tarde anterior, pero no debía preguntárselo.

Subió a la sala de los cuadros, y quitó de la pared un pequeño Watteau, que una vez le había oído admirar. Lo llevó a la habitación que ocuparía, y lo puso en un caballete. Era un hombre con faldellines color ciruela y camisa con encajes, tañendo una pandereta para los oídos de una joven vestida de azul y con un seno desnudo, andando tras su cordero favorito. ¡Cuadro encantador! Que se lo llevase al partir y que lo colgase entre las obras de Fragonard y de Chardin que tenía en el salón. Olisqueó las ropas de la cama. Y no las encontró lo fragantes que quisiera haberlas encontrado. Aquella mujer, el ama de llaves, se había olvidado de perfumarlas. ¡Ya sabía él que encontraría algo mal hecho! Y remedió, amorosamente, la falta. Pasó luego al cuarto de baño. No sabía si a ella le gustarían aquellas sales. Eran la última novedad de Annette, pero muy fuertes para su gusto. Por lo demás, todo parecía estar en orden; el jabón era «Roger and Gallet», y el grifo y el desagüe funcionaban bien. La mitad de aquellos chismes que ponían en baños y lavabos no funcionaban nunca. No había nada como las viejas duchas, que se abrían tirando de una cadena. A lo largo de su vida había visto grandes cambios en las cosas de lavarse. Casi no recordaba los tiempos anteriores al cuarto de baño, pero se acordaba que su padre decía frecuentemente: «Jamás, siendo yo niño, me dieron un baño. En la primera casa que tuve mía puse baño. La gente entraba a verlo y se quedaba mirando. Fué en 1840. Ahora dicen que los médicos no son partidarios del baño, pero no sé...» James había muerto hacía ya un cuarto de siglo, y los médicos habían cambiado la casaca varias veces desde entonces. Pero el hecho era que a la gente le gustaba bañarse; por tanto, importaba poco que a los médicos les pareciera bien o mal. A Kit también le gustaba; había niños a quienes no. Después de salir del cuarto de baño, Soames se quedó mirando las flores que había llevado el jardinero; entre ellas había tres rosas tempranas preciosísimas. Las rosas eran el fuerte del hombre, o, mejor dicho, su debilidad... Era por lo único que se preocupaba. Eso era lo peor de la gente en los tiempos que corrían: se especializaba en algo, de forma que no había valores relativos, aunque eso de la relatividad era la filosofía a la moda, según le habían dicho. Cogió una rosa y la olió. Ahora también había más clases de rosas que en su juventud. Entonces,

él las conocía todas; Rosas de Francia, Marechal, Niel y Gloire de Dijon..., y nada más. Y ahora..., la gente ni las conocía. Y ante esta consideración de la mutabilidad de las flores y del ingenio de los seres humanos, Soames se sintió cansado. ¡Qué cosas pasaban!

¡Y Fleur ya tardaba! Aquel Riggs — pues había dejado su coche para que viniera ella, habiéndolo hecho él en tren — habría pinchado, como de costumbre. Y siempre se le ocurría pinchar cuando más perjudicaba. Y durante media hora estuvo tan abstraído en la sala de cuadros, que no oyó llegar al coche. La voz de Fleur le despertó de su ensoñar de ella.

—¡Hola! —le dijo desde lo alto de la escalera—. ¿De dónde sales? Hace una hora que te estoy esperando.

—Sí, papá. Es que hemos estado haciendo algunas cosas. Kit está en el jardín. ¡Qué hermoso está todo esto!

—Sí. ¿Qué tal lo pasaste ayer...?, quiero decir, ¿qué tal por allí?—. Y se paró frente a ella.

Ella le presentó la cara para que la besara, y sus ojos miraron más allá... Soames la besó en un pómulo, pensando que se encontraba muy lejos, sólo Dios sabía dónde. Y al besarla pensó: «No piensa ella en mí. ¿Por qué había de pensar? ¡Ella es joven!»

Segunda Parte

I

EL HIJO DE «PALOMA DORMIDA»

La cal será o no será la base del carácter inglés. Pero en el caso de nuestros jockeys y cuidadores de caballos ya podemos decir que sí. Como la mayoría vive en los Downs, bebe muchísima agua y se ocupan en el cruce de los animales, son casi profesionalmente calcáreos y a veces se les distingue por la calidad ósea de sus mejillas o nariz.

La mandíbula de Greenwater, el jockey retirado que Val Dartie tenía a cargo de su cuadra, era prognática, avanzada en extremo, como si los años de carreras se la hubieran puesto así a causa de los constantes esfuerzos por inducir al caballo a alargar el cuello, para que lo vieran antes los cronometradores. Su nariz, fina y altanera, sobresalía de una cara de hueso y piel tostada; sus ojos, pardos y como rendijas, brillaban ligeramente, y su pelo negro era liso y siempre peinado hacia atrás. Era bajito, y las largas temporadas que había guardado dieta rigurosa por miedo a aumentar en peso, le habían hecho hombre flaco y de aspecto casi ascético. Era casado y con dos hijos, y en su casa y familia, taciturno, como todo aquel que ha pasado treinta y cinco años con caballos. En sus horas de descanso jugaba al *piccolo*. En Inglaterra no había hombre más de fiar.

Val, que le había sacado de su retiro en 1921, le creía incluso mejor juez de caballos de lo que era. Y, sobre todo, tenía en él la máxima confianza. Precisamente se hallaba Val en un momento muy delicado, pues en sus cuadras tenía un potro de dos años, *Rondavel*, hijo de *Kaffir* y de *Paloma Dormida*, y de tal potro esperaba mucho. El lunes de la semana de Ascot quedó Val más que sorprendido cuando oyó a su entrenador decir:

— Señor Dartie, esta mañana había un tipo viendo el entrenamiento.

— ¡Demonio!

— Alguien ha hablado. Cuando llegan a observar una cuadra pequeña como ésta... es que se ha traslucido algo. Si fuera mío, mandarí­a el potro a Ascot a probar suerte el jueves. No le vendría mal oler la pista de carreras.

Percibiendo que su entrenador pensaba que el caballo inglés, igual que el hombre necesita alguna preparación, Val respondió:

— ¿No será demasiado?

— No. Ya está en condiciones. Esta mañana lo ha demostrado por las claras. Me gustaría que lo hubiera usted visto...

Val abrió la puerta de la cuadra y dijo palabras cariñosas al caballo. El hijo de *Paloma Dormida* volvió la cabeza y miró a su propietario con ojos llenos de brillante filosofía. Era gris oscuro, con un lucero en la frente, y estaba fresco y hermoso tras su *toilette* mañanera. No es que tuviera una estampa de las que reclaman pinceles, pero mostraba un gran brío. Era inteligente como un perro y vivo como una nutria. Val se volvió a mirar el rostro atento del entrenador.

—Muy bien, Greenwater. Se lo diré a mi mujer...; parece que no hay más remedio. ¿Pero podría encontrar jinete así tan de pronto?

—El muchacho de Lamb.

—¡Vaya! —dijo Val—. Ya veo que lo tiene usted decidido y que lo ha resuelto todo de antemano.

Cuando se dirigía hacia su casa se acordó de repente de lo que podía ser un «escape» en la cámara del secreto... Tres días después del último de la huelga general, antes de que Holly, Jon y su mujer hubieran vuelto, estaba fumando un cigarrillo y haciendo cuentas, cuando la muchacha le anunció:

—Un caballero desea verle, señorito.

—¿Ha dicho quién es?

—Stainford, dice.

Conteniendo su impulso de decir: «¿Y le ha dejado usted solo en el *hall*?» Val se dirigió corriendo hacia allí.

Su viejo compañero estaba observando un objeto de plata que había sobre la chimenea.

—Hola —dijo Val.

El visitante se volvió.

Menos destrozado que en la calle Green, como si por algún medio hubiera restablecido su economía, mostraba en su rostro la calma despectiva de siempre.

—¡Hola, Dartie! —dijo—. Joe Lightson, el de las apuestas, me dijo que tenías una cuadra por aquí. Y como voy a Brighton, se me ha ocurrido detenerme a verte. ¿Qué tal te ha salido el hijito de *Paloma Dormida*?

—Así, así —dijo Val.

—¿Cuándo correrá? Quizá te interesaría que yo fuera tu comisionista. Puedo hacerlo mejor que un profesional.

—El cinismo de aquel hombre rayaba en lo sublime.

—Muchas gracias, pero yo casi no apuesto.

—¿Es posible? Mira, Dartie, yo no quisiera molestarte otra vez, pero ¿podrías prestarme un *caballo*?⁴². Sería muy gran favor.

—No te creas que yo tengo *caballos* hasta en los bolsillos.

—Podías darme un cheque...

¡Un cheque le iba a dar! Que no lo soñara...

—No —dijo Val con firmeza—. ¿Quieres un trago?

—Bueno, muchas gracias.

Mientras le servía la bebida formó Val una decisión.

—Mira, Stainford... —empezó a decir; pero no tuvo corazón para ser demasiado duro, y disimuló—: ¿Cómo has venido?

—Pues en coche, desde Horsham. Y ahora que me lo dices recuerdo que no tengo un céntimo para pagarlo.

Val no podía reaccionar. Era todo aquello demasiado lamentable.

—Bueno —le dijo—. Toma cinco libras, si las quieres. Pero ten en cuenta que es lo último que te doy. Además —dijo en un momento de impulso—, me acuerdo perfectamente que en Oxford, estando yo muy mal de dinero, te presté todo lo que tenía y no me lo devolviste, aunque aquel mismo curso tuviste muchísimo dinero tú.

La fina mano de Stainford tomó las cinco libras, y una sonrisa amarga abrió sus labios.

—¡Oxford! ¡Otro mundo y otra vida! Bueno, Dartie, adiós. Ya me arreglaré como pueda. Muchas gracias y que tengas una buena temporada.

No le tendió la mano, y Val le vió de espaldas alejarse y salir.

¡Sí! Aquello le explicaba todo. Stainford debía sin duda haber pescado algún rumor en el pueblo. Y no era probable que dejara ignorado de los demás la existencia de un hijo de *Paloma Dormida*. No importaba mucho, pues Holly no le dejaría apostar. Pero Greenwater tenía que tener el ojo bien abierto y vigilar siempre. En las carreras había muchos hombres honrados, pero también mucho granuja en torno de los caballos... ¡Lo mismo que en torno de las mujeres! Le contaría todo a Holly a ver qué pensaba. Como de costumbre, podían irse a la fonda de Warmson, La Paloma que se llamaba.

La Paloma estaba no lejos del río Támesis, en el lado de Berkshire, en un jardín bellamente antiguo, con rosas, alhelies, amapolas y clavellinas. En el junio caluroso, los olores de aquel jardín y de las enredaderas que rodeaban las ventanas se metía por completo en la casa de viejo ladrillo, pintada de color

⁴² Pony = caballo = veinticinco libras, en lenguaje popular. (Nota de los traductores)

crema. El estilo Victoriano del servicio en la casa de James Forsyte y su matrimonio con Fifine, la doncella de Emilia, habían inducido en Warmson tal conocimiento de lo que es un buen servicio a la antigua usanza, que todas aquellas personas en quienes el buen gusto había sobrevivido al modernismo, se encontraban en la fonda La Paloma mejor que en ninguna otra del río. Ropas de blancura inmaculada, camas amplísimas calentadas con braseros de luciente cobre hasta en verano; sidra hecha en casa con la manzana del huerto..., todo en la fonda era agradabilísimo y lleno de encanto. Grabados del *Mariage à la mode*, *Rake's Progress*, etc., y numerosos retratos de celebridades victorianas, con los nombres impresos en un catálogo, decoraban las paredes. Su emplazamiento era sanísimo y, además, tanto los insectos como los huéspedes inconvenientes, tenían asegurado un mal recibimiento. Warmson, uno de esos hombres que se saben hacer importantes en su función de fondistas, estaba en todo en la casa; siempre su cara rojiza enmarcada en patillas grises, lo alumbraba todo como un amable sol que calienta lo justo, pero no demasiado.

Para la joven Ana Forsyte todo era «encantador». Nunca en su breve vida, pasada en un enorme país, había visto tanta comodidad brillante ni nunca había tropezado con río tan lleno de paz ni con la sensación de que mañana, y mañana y mañana también, seguiría todo siendo lo mismo...

— Esto es un poema, Jon.

— Sí..., pero un tanto cómico. Y mejor es así, pues cuando las cosas son un tanto, sólo un tanto cómicas, es cuando uno no se cansa de ellas.

— Yo nunca me cansaría de esto.

— Nosotros no cultivamos lo trágico en Inglaterra, Ana.

— No, ¿verdad?... ¿Y por qué?

— Lo trágico es extremoso. Y a nosotros no nos gustan extremismos. La tragedia es árida y seca. Inglaterra es húmeda.

Estaba ella con los codos apoyados en la baranda del fondo del jardín, y volviendo un poco la cara, que acunaba entre sus manos, dijo:

— El padre de Fleur Mont también vive cerca del río, ¿no? ¿Es muy lejos de aquí?

— ¿Mapledurham? Debe de estar a unas diez millas, poco más o menos.

— A lo mejor la vemos en Ascot. Es encantadora, ¿eh?

— Sí — dijo Jon.

— Oye, ¿y cómo no te enamorarías tú de ella?

— Cuando nos conocimos éramos unos chiquillos.

— Pues yo creo que ella sí que se enamoró de ti.

— ¿Por qué crees eso?

— Por la forma que tiene de mirarte... Además, no está enamorada del señor Mont. Le gusta, eso sí. Pero nada más.

— ¡Oh!

Desde que en el soto, en Robin Hill, ella había dicho: «¡Jon!» en voz tan extraña, se había quedado Jon preocupado. Había en él un Jon que en el momento en que ella, subida al tronco, le puso las manos en los hombros, se hubiera lanzado con ella a revivir el pasado; había simultáneamente otro Jon que repudiaba violentamente la mera idea. Otro «yo» de él, distinto de los anteriores, se separaba a contemplar con perspectiva el pasado y el presente y se ponía a cantarlo con tristeza y poesía sentimental. Y también sonaba en su alma una voz que le decía: «Bueno, ya es hora de trabajar y dejarse de tonterías.» Estaba muy confuso. Parecía ser que el pasado no moría, sino que vivía junto al presente, y hasta se convertía en futuro. ¿Es que uno vivía por lo que no había logrado? Su alma se estremecía y unas corrientes de fiebre recorrían su ser. Todo le pesaba en la conciencia, pues si algo tenía Jon era conciencia.

— Cuando tengamos nuestra casa —decía a su mujer—, tendremos flores de éstas, que son las más bonitas.

— Sí, Jon; tenemos que tener cuanto antes nuestra casa. Pero ¿tú estás seguro de que quieres tener casa? ¿No te gustaría viajar y escribir poesía?

— Es que eso no es un trabajo. Además, mis versos son demasiado malos. Necesitas tener el humor de Hatteras J. Hopkins.

*Y ahora que de los míos me separa mi desprecio,
vivo aparte tocando mi solitario tambor⁴³.*

— No debieras ser tan excesivamente modesto, Jon.

— No es modestia, Ana. Es simplemente sentido del ridículo.

— Oye, ¿no podríamos nadar un poco antes de cenar?

— Pues no sé si está permitido aquí el bañarse.

— Podríamos bañarnos y enterarnos después.

— Bueno, pues vete a ponerte el *maillot*. Yo haré que abran esta puerta.

⁴³ En inglés los versos dicen: «Now, severed from my kind by my contempt —I live apart and beat my lonely drum.» La traducción es casi literal. (Nota de los traductores)

Un pez saltó en el agua, una nube alargada y blanca pasó sobre los álamos del otro lado del río. Hacía seis años, en una tarde como aquélla, él había ido por allí con Fleur, se había separado de ella y había esperado a que se volviese para decirle adiós con la mano. Todavía la veía ante él, con aquella gracia especial que hacía que sus movimientos se conservaren frescos en la memoria. Y... ¡ya estaba Ana en el agua! Y Ana en el agua era un sueño...

Sobre los tejados de La Paloma se oscurecía el cielo; los coches estaban silenciosos en sus garajes; no pasaban botes por el río y sólo el agua estaba en movimiento; el viento conversaba con las ramas y las hojas de los árboles. Dentro de la casa todo era acogedor. Warmson y su Fifine hablaban un poco en falsete. A la luz de la mesilla, Holly leía *El peor viaje del mundo*, y junto a ella, Val soñaba que acariciaba la cabeza de un caballero, y que tal cabeza se reducía, entre sus manos, al tamaño de la de un leopardo. Y Ana dormía recostando la frente sobre el hombro de Jon, y Jon miraba a las persianas que permitían filtrarse la luz de la Luna.

Y en su cuadra en Ascot, el hijo de *Paloma Dormida*, fuera de casa por primera vez, meditaba sobre la mutabilidad de la vida equina, cerrando y abriendo los ojos y respirando sin ruido para no despertar al gato negro que por la noche le hacía compañía.

II

SOAMES VA A LAS CARRERAS

El debut del hijo de *Paloma Dormida* fué para Winifred la gran oportunidad de reunir a los miembros de su familia que iban a las carreras, venciendo la tendencia forsyteana de abstenerse de ir a sitios donde se podía perder dinero. Y fué para ella gran sorpresa lo que por teléfono le anunció Fleur:

—Papá también va. Nunca ha estado en Ascot, y no sabe que desea de siempre ir.

—¡Oh! —exclamó ella—. Ya va a ser demasiado tarde para conseguir localidades buenas. Ya se lo diré a Jack. ¿Viene tu marido?

—No puede; está muy ocupado con los suburbios...

—Tiene muy buen corazón —dijo Winifred—. A ver si llegamos a buena hora para comer antes de las carreras. Lo mejor sería ir en «auto».

—Te iremos a buscar en el coche de papá.

—Muy bien. ¿Tiene tu padre chistera gris? ¿No? ¡Pues es indispensable que vaya de chistera gris! Todo el mundo la llevará este año. No le digas nada y cómprale tú una. Mide siete y cuarto de cabeza. Y di en la tienda que le aplasten un poco por los lados, pues todos los sombreros si no les hacen eso, resultan

demasiado redondos para él. Y no tiene que ocuparse en llevar dinero. Jack apostará por todos nosotros.

Fleur pensó que no era muy probable que su padre quisiera apostar ni por sí mismo ni por conducto de Jack, ni por conducto de nadie. Él decía que lo que quería era ver el espectáculo.

—Es muy raro para eso de apostar —dijo Winifred—. Lo mismo que tu abuelo.

Y no es que hubiera James sido raro en lo de apostar; había tenido que pagar varias veces las apuestas de Montague Dartie.

Con Soames y Winifred en los asientos de atrás, Fleur e Imogen en los de delante y Jack Cardigan junto a Riggs, tomó el coche por una carretera que rodeaba un poco, pero que evitaba aglomeraciones. No tardaron en llegar. Soames, que había llevado la chistera gris sobre las rodillas, se la puso.

—¡Qué bien te sienta ese sombrero, tío! —le dijo Imogen.

Soames se lo quitó y se puso a mirarlo.

—¿Por qué se habrá metido Fleur a comprarme esto?

—Hijo mío —dijo Winifred—, te durará muchos años. Jack tiene el suyo desde la guerra. Lo que hay que hacer es cuidar que no se apolille. ¡Cuántísimos coches! Es maravilloso que la gente tenga tanto dinero como tiene ahora...

El ver que la gente tenía tanto dinero hubiera producido satisfacción a Soames si no se le hubiera planteado el problema de pensar de dónde lo sacarían. Con el mercado del carbón casi parado y las fábricas cerrándose por todos sitios, aquella demostración de riqueza y de lujo, si bien reconfortante, le parecía indecente casi.

Jack Cardigan estaba explicando el aparato de apostar. Parecía un dispositivo de funcionamiento automático que apostaba por uno. Jack Cardigan era un hombre muy divertido. Se proponía que su vida fuera una actividad deportiva exclusivamente. ¡No podía haber nacido en otro país que en el suyo! Inclínándose a su hija, Soames le preguntó:

—¿No tendrás frío aquí?

Fleur había estado callada todo el camino, y él sabía por qué. Apostaría diez contra uno a que el joven Jon Forsythe aparecía en Ascot... Dos veces en Mapledurham había visto cartas de ella dirigidas a la señora de Val Dartie. Wansdon, Sussex.

Había estado muy agitada e indolente toda la quincena aquella. Una vez, hablándole del porvenir de Kit, le había dicho ella: «Me parece que es inútil prever nada, papá: él hará lo que se le antoje. Hoy los padres no cuentan. Y si no, mira mi ejemplo...»

Y él había mirado su ejemplo y no había hablado más del asunto.

Llegaron, por fin, a un sitio donde se vió obligado a ponerse el sombrero gris. ¡Cuantísima gente! Había tanta apiñada, que le parecía que la mayoría no podría ni ver la carrera. ¡Si aquello era un placer, no se lo explicaba! Allí estaban los corredores de apuestas. Todos igualitos, con la misma cara colorada y el mismo largo pescuezo. Tenían que llevar el nombre escrito en lugar bien visible para que los que apostaran pudieran distinguirlos. Y de cuando en cuando, en la agitación preliminar a la carrera, uno de ellos lanzaba un grito particular y miraba ansiosamente a su alrededor. ¡Qué tipos! Pasaron junto al sitio reservado para los reyes, donde parecía ser que no dejaban estacionarse a los agentes de apuestas. ¡Allí sí que había chisteras grises! Aquel era el sitio —había oído decir— donde se podían ver las más hermosas damas. Estaba tratando de ver alguna cuando Winifred le apretó el brazo.

—¡Mira, Soames, el cortejo real!

Pero lo que vió Soames es que él y su hermana se habían quedado solos.

—¿Dónde están los otros? —preguntó.

—Habrán ido a ver los caballos.

Soames se había olvidado de los caballos.

—¿Quieres que vayamos a verlos también nosotros?

Soames, que no quería perder de vista a su hija, la siguió a donde quiso llevarle.

Era aquel un día de los que nadie puede estar seguro de que llueva o no. Así, no había mujeres con vestidos especialmente elegantes, y Soames quedó decepcionado. No había ninguna que se pudiera comparar con su hija, y estaba a punto de decirlo en voz alta, cuando oyó una voz exclamar:

—¡Mira, Jon! ¡Ahí está Fleur Mont!

Deteniendo a Winifred, Soames miró. Allí, con chistera gris también, y entre su mujer y su hermana, estaba Jon Forsythe. El recuerdo de un té que tomó en Robin Hill hacía veintisiete años con su primo Jolyon, el padre de aquel muchacho, asaltó a Soames. También se acordó de cómo Holly y Val habían entrado en la habitación y se habían quedado mirándole fijamente, como si fuera un bicho raro. Allí estaban los tres entre un círculo de gente y sin poder ver nada, le parecía a él. Y no lejos estaban Jack Cardigan, Fleur e Imogen.

—¡Ay, Soames! —exclamó Winifred—. ¡Me has dado un pisotón!

—Ha sido sin querer, perdona. Vámonos a aquella otra parte, hay menos gente.

Parecía que estaban dando una vuelta a los caballos; pero era a su hija a quien Soames quería mirar desde detrás de su hermana. Los caballos no le

interesaban. No parecía Fleur haber visto aún a Jon, pero sin duda andaba buscándole con la mirada...; tampoco miraba ella los caballos. Claro que era natural, pues todos los animalitos eran iguales, brillantes y bien cuidados, tranquilos como corderos, con unos muchachos llevándoles de la rienda. Sintió de pronto como una puñalada: Fleur había revivido, y al momento pareció pretender dominar su excitación y seguir lo mismo de ausente y distraída que antes. ¡Qué inmóvil estaba contemplando a aquel pollo, que hablaba con su esposa!

—Ése es el favorito, Soames. Por lo menos eso dice Jack. ¿Qué te parece?

—Pues igual que los otros. También tiene cuatro patas.

Winifred se echó a reír. ¡Qué gracioso era Soames!

—Jack se marcha. Si vamos a apostar, creo que debiéramos hacer lo mismo. Yo he formado ya mi juicio.

—Pues débil juicio será el que se pueda formar. No creo que nadie distinga un caballo de otro.

—Pues te aseguro que los distingue maravillosamente. Tú dile a Jack...

—No, gracias.

Había visto a Fleur dirigirse a aquellos tres. Pero fiel a su propósito de no mostrar la menor agitación, se dió la vuelta tristemente hacia la tribuna. ¡Qué ruido tan tremendo hacía la gente! Ya en su asiento, vió cómo media docena de locos gesticulaba violentamente. Debía ser alguna señal que hacían a alguien del público seguramente. De pronto vió como un relámpago de color. Eran los caballos, con sus jinetes, que corrían. Uno..., dos..., tres..., una docena, o más. Todos con un número grande. Los équites, pequeñitos y sentados en el cuello del animal, parecían micos. Pasaron. Pronto volverían, y en unos instantes, un montón de dinero pasaría de unas manos a otras, como si tal cosa. No podía comprender que la gente se volviera tan loca con aquello. ¡Cuánto tiempo y cuánto dinero gastado a lo tonto!⁴⁴ La voz de Jack Cardigan sonó en sus oídos:

—¿Por qué caballo vas a apostar, tío Soames?

—¿Y yo qué entiendo de eso?

—Pero debes apostar para tener algún interés por la cosa.

—Apuesta algo por Fleur y déjame a mí en paz. Ya soy demasiado viejo para empezar con esto.

⁴⁴ En el original falta el texto "What was it Timothy had said: "Consols are going up!" They hadn't; on the contrary, they were down a point, at least, and would go lower before the Coal Strike was over.", que se podría traducir como "¿Qué era lo que había dicho Timoteo? '¡Las obligaciones están subiendo!' No, al contrario, bajaron un punto, por lo menos, y bajarían más antes de que la huelga del carbón hubiera terminado.". (Nota de la revisora)

Y se sentó. «Va a llover», pensó. Estaba allí solo; Winifred e Imogen estaban con Fleur y Holly y su grupo... Fleur y aquel hombre estaban juntos. Y se acordó de que cuando Bosinney había empezado a rondar a Irene, él también se había mostrado impertérrito, como ahora, sin evidenciar nada, esperando contra toda esperanza que ignorando la profundidad del mar podría caminar sobre las aguas. Pero, sin embargo, se habían abierto y se lo habían tragado; ¿volvería a pasar ahora lo mismo? Le temblaron los labios y se los tapó con la mano. Se oían gritos que aseguraban que ganaría el favorito y que no. ¡Qué vida! Eso era la vida, una carrera... Un aventurarse y un pagar o cobrar. Ahora no le importaba quién ganaría ni quién perdería, como no fuera Fleur... Pero había ciertas deudas que no se podían pagar. ¿En qué había estado pensando Natura cuando dió corazón a los humanos?

La tarde avanzaba y él no veía a su hija. Era como si sospechase su designio de observarla y se ocultara a sus miradas. Bueno, ahora corría el caballo del siglo, en busca de la Copa de Oro. Se levantó para mirar bien, ya que decían que era tan importante.

—¿Es aquel animal? —preguntó Soames, señalando una gran yegua que por razón de dos manchas blancas que tenía, Soames distinguía bien de los demás solípedos.

Pero nadie le contestó, si bien le miraron sus vecinos extrañados.

—¡Aquí viene, aquí viene! —gritó uno.

Soames volvió la cabeza. ¿Aquella era la maravilla? Bueno... A él nunca le habían interesado los caballos. A Irene sí que le había gustado mucho montar. Pero desde que se casó con él no había montado nunca. Una voz dijo:

—¿Qué te parece, tío Soames?

Era Val con su sonrisa; también estaba Jack Cardigan y un hombre flaco y moreno. Soames dijo con cautela:

—Menudo bicho...

—No tiene enemigo —dijo el hombre flaco.

—El francés, Greenwater.

—No, capitán Cardigan. No es el caballo que dicen, desde luego, pero hoy no pierde.

—Ojalá derrote al caballo francés... Una copa o dos deben quedarse en Inglaterra.

Algo se estremeció en Soames. Si la cosa iba contra algo francés, él apostaría gustoso en contra.

—Ponme cinco libras a mí —dijo.

—¡Bien por el tío Soames!

—¿Cuál es el caballo francés? ¿Ese? ¡No me gusta nada! Quiero ver qué tal corre.

Jack Cardigan le cogió del brazo. El mocito tenía dedos de hierro.

—Tú vente conmigo —le dijo.

Y Soames fué con él, le situaron en sitio mejor del que tenía, le dieron los prismáticos de Imogen —que eran regalo suyo— y le dejaron. Quedó sorprendido de lo bien y lejos que podía ver. ¡Cuántos coches y cuánta gente! A las carreras les llamaban «el pasatiempo nacional». Ya estaban allí los caballos, cada uno conducido por un hombre. Eran hermosos, no había duda. Un caballo inglés contra uno francés... Aquello ya tenía un significado. Se alegró de que Annette estuviera en Francia con su madre; de no ser así, estaría allí con él. Ya estaban trotando los caballitos. Soames hizo un verdadero esfuerzo para distinguir uno de otro; pero, excepto por los números, eran terriblemente iguales todos, «No —se dijo—. Observaré sólo esos dos: y aquel grande.» Su nombre le había chocado: *Pons Asinorum*. Con cierto trabajo se aprendió de memoria los colores de los tres. Pero cuando tomaron la salida, sólo vió que *aquel* caballo iba en cabeza. ¿Para qué se habría molestado en aprenderse los colores? Y siguió mirando y no le sacaba ningún jugo a lo que veía, y se incomodó porque todo el mundo parecía sacar mucho. Daban la vuelta los caballos. «¡El favorito gana!», gritaron. Y «¡Ahí va el francés!» Soames pudo entonces ver los colores. ¡Los dos caballos! Le tembló la mano y dejó caer los prismáticos. ¡Ya llegaban! ¡No era el inglés!... ¡Sí era, sí!... ¡No!... ¡Sí, sí! ¡Inglaterra siempre! Se tapó la boca para no gritar entusiasmado. Alguien le dijo algo, pero no hizo caso, y guardando cuidadosamente los gemelos de Imogen en el estuche, se quitó la chistera y se quedó observando su interior. Pero no había nada: tan sólo una ligera decoloración en la badana que había humedecido con el sudor.

III

LOS POTROS DE DOS AÑOS

En sitio poco frecuentado se estaba haciendo la preparación de los potrillos de dos años que habían de competir.

—Vamos a ver cómo ensillan a *Rondavel*, Jon —dijo Fleur.

Y cuando él se volvió a mirar atrás, ella se echó a reír.

—Deja a Ana, hombre, que ya estás con ella todo el día y toda la noche. Consiente en cambiarla ahora por mí.

El hijo de *Paloma Dormida* tenía alta la cabeza, pues aunque suavemente, le estaban poniendo la cabezada, mientras Greenwater, con sus propias manos, le ponía la silla.

—El caballo de carreras pasa una vida feliz —oyó Fleur que Jon decía—. Fíjate en sus ojos: inteligentes, vivos, alegres... Los caballos de tiro tienen una mirada triste y cínica, de sufrimiento... Los caballos de carreras, nunca. Su trabajo les gusta.

—No hables como un libro, Jon. ¿Esperaban verme aquí?

—Sí.

—¿Y te atreviste a venir? ¡Qué valiente!

—Pero ¿es indispensable hablar de eso?

—Entonces ¿de qué? Pues notarás, Jon, que el caballo de carreras nunca dobla la rodilla. Es porque es joven. Pero hay una cosa que no justifica tu entusiasmo por ellos: no son libres; corren porque los obligan.

—¿Y quién es libre en esta vida?

¡Qué cara tan seria ponía!

Se unieron a Val, que preguntó:

—¿Vais a apostar algo por él?

—¿Vas a apostar tú, Jon?

—Yo, sí. Diez libras.

—Pues yo, otras diez. Veinte entre los dos, Val.

Val suspiró.

—¡Miradle bien! ¿Habéis visto alguna vez un potro de dos años más presumido? Os digo yo que éste llegará lejos. ¡Y no poder apostar yo más que cinco libras! ¡Maldita sea, hombre!

Se puso a hablar con Greenwater. Fleur dijo:

—Tú debieras haber intentado algo en New York. Allí hay grandes posibilidades, si juzgamos por lo que se escribe.

—Yo no juzgo por lo que se escribe. Estoy convencido que no hay relación alguna entre lo que se escribe y la vida.

—Pues no sé. ¿Desde dónde vamos a ver la carrera?

—Desde allí... Lo que me interesa es el final. ¿Dónde estará Ana?

Fleur se mordió los labios para no decirle que dejara ya en paz a Ana.

—Podemos esperarles allí; ya verás cómo acuden a ese sitio tan bueno.

En el lugar elegido, se hallaban frente a la meta. Allí quedaron en silencio, como con enfado, según parecía a Fleur.

— ¡Allí vienen!

Demasiado de prisa y demasiado próximos para poder ser observado, los dos potros que habían de contender pasaron ante ellos en el paseo de exhibición.

— *Rondavel* anda muy bien — dijo Jon—. Y el otro también me gusta.

Fleur los miró sin interés, demasiado consciente de que estaba sola con Jon..., verdaderamente sola, protegida por una muralla de gente contra la observación familiar. Y el saborear aquel estar a solas, llevaba todas sus facultades. Deslizó el brazo bajo el de él y dijo:

— Estoy muy nerviosa, Jon. Ese caballo tiene que ganar, o me muero.

¿Se habría dado él cuenta de que al enfocar sus prismáticos le dejó a ella el brazo suelto?

— Desde aquí no veo ahora nada — y al separar los gemelos de los ojos, le oprimió otra vez la mano contra el costado.

¿Se daba cuenta? ¿Se daba cuenta de algo?

— ¡Ya salen!

Fleur se le acercó más.

Silencio. Griterío después. Gritaban el nombre del caballo, de aquel caballo. Pero aquello era motivo suficiente para que ella se estrechase más y más contra Jon. Frente a ellos pasó como un resplandor brillante; pero Fleur no vio nada, pues tenía los ojos cerrados.

— ¡Atiza, si ha ganado! — le oyó decir.

— ¡Oh, Jon!

— ¿Cuánto nos habrá tocado?

Fleur se le quedó mirando, las mejillas arrebolada y los ojos brillantes.

Pero... ¿eso es lo que te preocupa, Jon? — y aunque le tenía detrás de ella y no le podía ver, notó que él le estaba mirando y que no era precisamente la carrera lo que le preocupaba.

Encontraron a todos los de su grupo reunidos, excepto Soames. Jack Cardigan explicaba que el premio obtenido era pequeñísimo, ya que casi nadie había apostado en contra de su caballo. Sin duda, alguien había sabido algo, y el hombre estaba indignadísimo contra la indudable indiscreción o mala fe.

—Supongo que el tío Soames no nos habrá hecho una pasadita... —dijo—. No se le ha visto desde la Copa de Oro. ¿No tendría gracia descubrir que él nos había descubierto el secreto?

Fleur, sintiéndose contrariada por la broma, dijo:

—Papá lo que habrá hecho es meterse en el coche a descansar. Vámonos también nosotras, tía, antes que la gente se agolpe por todas partes —y se volvió a Ana—. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

La muchacha consultó con la vista a su marido, y éste dijo con voz descuidada:

—Pues... cualquier día de éstos.

—Muy bien entonces. Ya nos pondremos de acuerdo. Adiós a todos. Adiós, Jon... Di a Val que me alegro mucho —e inició el camino.

De la especie de rabia que anidaba en su corazón no dió muestras, preparando una presencia normal para su padre.

Soames, como ella pensara, estaba en el coche. La excitación —tan contraria a sus principios— que le produjo la Copa de Oro, le había hecho tomar asiento en la tribuna. Y allí había estado durante las dos carreras que siguieron, observando al público y viendo cómo los caballos pasaban de prisa y más de prisa. Allí, reposado, en el aislamiento que tanto convenía a su espíritu, podía, si no gozarse, al menos entretenerse en un pasatiempo enteramente nuevo para él. El «pasatiempo nacional» afectaba a todo el mundo algo. Sí que debiera ser cierto que por cada persona que iba a las carreras había veinte que no; pero todo el mundo sabía del deporte lo suficiente para perder dinero. No se podía abrir un periódico o ir a cortarse el pelo sin convencerse de esa realidad. En todo Londres, en los Midlands, en el norte; en todas las clases sociales, la preocupación por las carreras estaba generalizada, y todos apoyaban algún caballo con sus chelines, sus dólares y sus soberanos. Casi nadie —le parecía a él— había visto un caballo de carreras ni de ninguna clase; pero las carreras constituían una especie de religión, y ahora que iban a sujetarla a impuestos, una religión ortodoxa. Cierta disconformidad ingénita en Soames se le revolvía en la sangre. No simpatizaba, desde luego, con aquellos sujetos, que bajo sus sombreros raros y sus paraguas estaban sentados por allí. Pero el hecho de que ya asistieran a su diversión favorita con permiso y control del Cielo —o con aquel sinónimo del Cielo que era el Estado—, le irritaba un tanto. Parecía que Inglaterra se decidía a reconocer las realidades... ¡Cosa peligrosa! No tardarían en reconocer oficialmente la existencia de la prostitución. El poner impuestos sobre lo que se llamaba «vicios» era tanto como admitir que formaban parte de la naturaleza humana. Y aunque, como Forsythe que era, sabía bien que era así, admitirlo abiertamente le parecía demasiado francés. El reconocer las flaquezas humanas era una especie de derrotismo; cuando se empieza por ahí, no se sabe

dónde se puede terminar. De todas formas, no le cabía duda de que el impuesto llevaría buen dinero al erario, y el dinero hacía mucha falta, mucha... No sabía, pues, a qué carta quedarse. Él no lo hubiera hecho personalmente, pero de todas formas no se sentía dispuesto a derribar al Gobierno por aquella disposición. Sin duda, el Gobierno se daba cuenta, como él, de que el juego es el mejor valladar contra la revolución: mientras un hombre puede apostar, tiene oportunidad de obtener algo por nada, y ese deseo era, sin duda, la fuerza motriz que impulsa a trastocar el orden de las cosas. Además, el hombre tiene que caminar con su tiempo, cuesta abajo o cuesta arriba, y es difícil distinguir, a veces, una cuesta de otra. Lo importante era evitar excesos.

De estas profundas reflexiones se vió llevado repentinamente a realidades más concretas. Fleur y aquel muchacho se dirigían hacia allí... Bajo el ala de su sombrero gris, les vió experimentando dolor, admitiendo de mala gana que formaban una pareja excelente. Se detuvieron en la barandilla, sin hablar; y a Soames, que cuando sentía emoción era extremadamente taciturno, el silencio de ellos le pareció mala señal. ¿Era que las cosas iban realmente por el mal camino? ¿Era que se estaba incubando una pasión en capullo inmóvil, para devenir mariposa de un día y de vuelo fatal? ¿Qué había en el silencio de aquellos dos seres? Pasaban los caballos, y el gris decían ser el de su sobrino. ¿Por qué poseería caballos aquel sujeto? Ya sabía él de antemano lo que iba a pasar cuando Fleur habló de ir a Ascot. Sentía haber ido él. Pero no, no lo sentía... Mejor resultaría saber a qué atenerse. La multitud aglomerándose contra la barandilla le hizo dejar de ver a la pareja; sólo el sombrero gris de él podía percibir y un poco del gorrito blanco y negro de su hija. Por unos instantes, la carrera divirtió su atención. Tal vez viera derrotado el caballo de Val, pues lo elogiaban demasiado, y a Soames le parecía que tanto elogio no podía indicar nada bueno. Ya llegaban, galopando todos en denso pelotón, atronando el aire... Y aquel gris, de color inconfundible... ¡Sí, adelantaba, adelantaba! ¡Ganó!

—¡Vaya! —dijo alto—. ¡Es el caballo de mi sobrino!

Como nadie le replicó, quedó convencido de que no le habían oído. Y volvió a llevar su mirada a la pareja de la barandilla. Sí, ya se separaban de allí, Fleur caminando un poco delante. Tal vez..., tal vez no se llevaban tan bien como antaño, no se comprendían tanto. No había que perder las esperanzas. Pero se sentía cansado. Lo mejor que podía hacer era irse a esperar al coche.

Y allí, en la semioscuridad del vehículo, estaba esperándoles cuando llegaron, reidores y bulliciosos, mostrando muy escasamente la seriedad que debe mostrar una persona que ha ganado dinero.

—¿Tú no apostaste por el caballo, tío Soames?

—Tenía otras cosas en que pensar —dijo él, mirando a su hija.

—Pensamos que tenías tú la culpa del pequeñísimo premio que hemos sacado.

—¡Caramba!, ¿por qué?

Jack Cardigan se echó a reír a carcajadas.

—Yo no le veo la gracia —dijo Soames.

—Ni yo tampoco, Jack —dijo Fleur—. ¿Qué sabe papá de carreras?

—Perdone usted, perdone... Ya le explicaré yo bien todo lo necesario.

—No lo permita Dios... —dijo Soames.

—Es que ha pasado algo muy raro. ¿Se acuerda usted de aquel pájaro, Stainford, el que se llevó la tabaquera de mamá?

—Ya lo creo que me acuerdo.

—Bueno, es que parece que hizo una visita a Val en Wansdon, y Val cree que se enteró de que *Rondavel* es verdaderamente una maravilla. Había un individuo allí, el lunes, mirando el entrenamiento. Por eso se decidió que el potro corriera hoy en vez de esperar más tiempo. Pero de todas formas... Alguien apostó una suma enorme por él y nos ha fastidiado, pues se ha llevado casi las ganancias.

Todo aquello le parecía griego a Soames, excepto que aquel sinvergüenza tan lánguido y delicado de Stainford tenía la culpa de *algo*: de haber reunido por *segunda vez* a Jon y a Fleur, pues Soames sabía que por verle, Val y su mujer se habían quedado en la calle Green durante la huelga. Se arrepentía amargamente de no haber llamado a un guardia aquel día y que hubiera metido en chirona a aquel granuja.

Tardaron bastante en poder circular..., por culpa —como siempre— de aquel Riggs; y no llegaron a South Square hasta las siete. Se encontraron con que Kit tenía fiebre. Mont estaba con él. Fleur subió como una exhalación a verle. Y acabado prácticamente su día, Soames se sentó en la sala a esperar que le informaran de la enfermedad de su nieto. Fleur solía tener fiebre de pequeña y no infrecuentemente conducía a alguna indisposición de importancia. Si la que tenía Kit no era cosa grave, podía ser beneficioso para su madre, pues la sujetaría, en presencia y pensamientos, a estarse en casa. Estaba Soames recostado frente al Fragonard —buen cuadro, pero sin alma, como casi todas las obras de su época—, preguntándose por qué Fleur había cambiado el estilo de la habitación de chino a Luis XV. Seguramente por amor a los cambios, suponía él. La juventud aquella no tenía continuidad; seguramente que había algún microbio maligno en la sangre del «rico desocupado», y del «pobre desocupado», y de todo el mundo, por lo que podía apreciar. Era imposible que nadie se decidiera a permanecer tranquilo en ninguna parte, ni en la tumba... Si la gente se dedicara tranquilamente a sus cosas, incluso a estarse

tranquilamente muerto... Tenían todos tal apetito de vivir, que no vivían. Un rayo de luz solar, como arrastrando humo y motas diminutas, se deslizó hasta la pared frente a él... Era bonito, pero revelaba muchísimo polvo en una habitación tan exageradamente limpia como aquella. ¡Y pensar que una cosita más diminuta aún que una de aquellas motas podía causar fiebre a un niño! Que Dios hiciera que lo de Kit no fuera contagioso... Y se dió a pensar en las enfermedades de la infancia: paperas, sarampión, varicela, tos ferina. Fleur había tenido de todo, menos escarlatina. Y Soames empezó a preocuparse. Seguramente que Kit era muy pequeño para tener aquello. Pero las enfermeras son tan descuidadas... Y repentinamente deseó que Annette estuviera allí. ¿Qué tendría que hacer en Francia tanto tiempo? Cuando había alguien enfermo, sabía ser muy útil, conocía unos remedios muy buenos. Eso no había que negárselo a los franceses: tenían unos médicos muy buenos cuando tomaban interés en el paciente. Las medicinas que le habían dado en Deauville para el lumbago habían sido muy eficaces. Y después de visitarle, aquel médico pequeñín le había dicho: «Mañana vendré por el dinero», o al menos había sonado como eso su: «Mañana vendré por la mañana.» Aquellos franceses no sabían más que su maldito idioma, y se enfadaban cuando los demás no lo sabían.

Pasó mucho tiempo antes que Michael llegara con noticias.

—¿Qué me dices?

—Pues parece un caso clarísimo de sarampión.

—¡Vaya por Dios! ¿Y cómo diablos ha cogido eso?

—La *nurse* no tiene idea. Pero Kit es una persona la mar de sociable. En cuanto ve otro crío, ya está con él.

—Pues muy mal. Por aquí detrás tenéis suburbios.

—¡Sí! —dijo Michael—. Suburbios por la derecha, suburbios por la izquierda, suburbios por todas partes. No es extraño...

—Gracias a Dios, no hay que dar parte —dijo Soames.

—¿De que hay suburbios?

—No, de que hay sarampión.

Si Soames tenía miedo a algo era a una enfermedad de la que hubiera que dar parte, con la consecuencia de la intervención de las autoridades, que metían las narices en todo.

—¿Y cómo está el angelito?

—Parece que lamenta estar malo.

—A mi parecer —dijo Soames—, las pulgas tienen la culpa de muchas enfermedades. El perro ese que tiene debe de tener alguna pulga sarampionosa. No sé por qué los médicos no se dedican un poco a las pulgas.

—Lo que yo no sé es por qué no se dedican un poco a los suburbios. De ahí es de donde las pulgas vienen.

Soames se quedó pensativo. ¿Le daría ahora a su yerno por los suburbios? Sus manifestaciones de espíritu público eran de lo más extraordinarias. Tal vez había estado andando por algún sitio de éstos y era él quien había llevado a su casa la pulga, y no el perro.

—¿Habéis avisado al médico?

—Sí; de un momento a otro llegará.

—Pero ¿es un médico bueno o uno de esos de tres al cuarto?

—Es el que tuvimos para Fleur.

—Sí, ya sé... Muy petulante, pero parece listo. ¡Qué médicos, Dios mío!

La bella habitación quedó en silencio, y ellos esperaban que sonara el timbre. Soames meditaba. ¿Debiera hablar a Michael de lo que había estado preocupándole toda la tarde? Abrió la boca una vez, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Una y otra vez, su yerno le había sorprendido con su actitud ante las cosas de la vida. Y se quedó mirando a Michael, que a su vez miraba hacia el balcón. Tenía la cara extraña aquel muchacho: de aspecto sencillo y, sin embargo, atractiva, con aquellas orejas afiladas y aquellas cejas subidas hacia arriba. No parecía estar pensando siempre en él, como hacen los hombres guapos. Los hombres guapos eran siempre egoístas; les estropeaban con mimos y halagos seguramente. Ya daría él algo por saber lo que pensaba el mozo.

—Ya está aquí —dijo Michael, levantándose de un salto.

Volvió Soames a quedarse solo. No supo por cuánto tiempo, pues estaba cansado y, a pesar de su preocupación, se quedó dormido. Le despertó el abrirse de la puerta, y aún tuvo tiempo a mostrar preocupación ante Fleur, que entraba.

—Es casi seguro que es sarampión, papá.

—¡Oh! —exclamó Soames—. ¿Convendría una enfermera?

—Ya estamos la *nurse* y yo, papá.

—Pero ¿entonces no podrás salir de aquí?

«Y eso te satisface», pareció pensar Fleur, por la cara que puso. ¡Cómo sabía leerle los pensamientos!

Bien sabía Dios que él no se alegraba de nada que pudiera hacerle sufrir a ella, pero de todas formas...

—¡Pobre angelito mío! —dijo evasivamente—. Tu madre tiene que venirse. Y yo le buscaré algún juguete que le distraiga.

—No te preocupes, papá. Tiene mucha fiebre el pobrecito para darse cuenta de nada. Anda, ya puedes cenar. Yo cenaré arriba con él.

Soames se levantó y se dirigió a su hija, diciéndole:

—Tú no te alarmes. Todos los niños...

Fleur alargó el brazo.

—No te acerques mucho, papá. No, yo no me alarmo.

—Dale todo mi cariño al peque —dijo Soames—. Aunque a él no le importará. Le miró Fleur sonriendo ligeramente. Los párpados se le contrajeron dos veces. Después se marchó y Soames se quedó pensando:

«¡Pobre!... ¡Pobre mía!», pues pensaba en su hija, no en su nieto.

IV

EN «LOS PRADOS»

Los Prados de San Agustín habían, sin duda alguna, florecido alguna vez, y sin duda también que los burgueses habían paseado por allí, endomingados y arrancando sus flores. Mas si al presente, quedaba alguna flor, estaría en el altar del reverendo Hilario, o en la mesa del comedor de la esposa del pastor. El resto de la población había oído hablar de aquellas cosas tan extrañas que se llaman flores, e incluso, incluso, las habían visto alguna vez en lindos cestitos exclamando: «¡Ah! ¡Mira, mira flores! ¡Qué cosa tan preciosa!»

Cuando Michael fué a ver a su tío, según promesa hecha, el día de la Copa Ascot, fué pasado apresuradamente ante la presencia de veinte vecinitos de Los Prados, que estaban a punto de partir en un ómnibus cubierto a pasar quince días entre flores en estado natural. La tía May estaba entre ellos. Era una mujer alta, con pelo brillante y recortado, que ya tiraba a gris, y con el aspecto ligeramente soñador de una persona que oye buena música. Su sonrisa era dulce; y esto, junto al delicado plegar de cejas que tenía, como de quien dice: «¿Y qué más, amigo mío?», hacía que todo el mundo le tuviese simpatía. Surgió a la vida en una Rectoría del Huntingdonshire, y se había casado con Hilario a los veinte años. Éste la había tenido ocupada desde entonces. Sus hijos y su hija estaban ya en el colegio; por eso, durante el curso, no tenía por hijos sino algunos centenares de niños del suburbio. Hilario decía de ella: «May es una maravilla. Ahora que se ha cortado el pelo, le sobra tanto tiempo, que estamos pensando en criar unos cerditos. Si me dejara llevar barba, podríamos hacer mil cosas.»

Saludó a Michael con una sonrisa.

—¡Éste es el joven Londres, hijo mío! —le dijo reservadamente—. Ahora mismo salen para Leatherhead. Qué ricos, ¿verdad?

Michael estaba realmente sorprendido del aspecto fuerte y limpio de los veinte años de Los Prados. A juzgar por las calles y madres de que procedían, y que estaban allí para despedirles, las familias habían «echado el gato por la ventana» para prepararles para su viaje a Leatherhead.

Quedó allí haciendo guiños amistosos a los pequeños; después les sacaron a la calle ante la no estricta admiración de madres y hermanas. Luego les metieron en el autocar y con ellos entraron cuatro señoritas para tener cuidado de ellos.

—Veinticuatro mirlos cocidos en una torta —murmuró Michael.

Su tía se echó a reír.

—Es verdad, pobrecillos; van a pasar mucho calor. Pero ¿verdad que van muy guapos? —y bajó la voz—. ¿Sabes tú lo que dicen cuando vuelven después de sus quince días de campo? Pues dicen: «Sí, todo muy bonito; pero un poco largo. En la calle se está mejor.» Todos los años dicen lo mismo.

—Entonces, ¿por qué se les manda fuera, tía May?

—Les sienta bien. Parece que están fuertes, pero no... Sólo es apariencia. Además es muy triste pensar que no han visto nunca el campo. Claro que nosotros, gente criada en el campo, no nos damos cuenta de lo que son las calles de Londres para estos niños. El cielo casi, Michael...

El autocar echó a andar acompañado de gran agitación de pañuelos y de grandes gritos.

—A las madres les encanta que los chicos se marchen —le explicó su tía—. Les parece una prueba de distinción. Bueno, y esto ya está... ¿Qué te gustaría ver ahora? ¿Quieres ver la calle que hemos comprado para arreglarla? Hilario debe de estar allí con el arquitecto.

—¿De quién era la calle? —preguntó Michael.

—De uno que vivía en Capri. No creo que la haya visto nunca. Se murió hace unos días y la hemos comprado muy barata, sobre todo si se tiene en cuenta lo céntrica que es en el barrio.

—¿La habéis pagado ya?

—¡Oh, no! Confiamos en que la Providencia nos ayude a pagar la letra que hemos suscrito.

—¡Dios del Cielo!

—Teníamos que comprar la calle. Era una gran ocasión. Hemos pagado la fianza, y para el resto, tenemos plazo hasta septiembre.

—¿A cuánto asciende?

—A treinta y dos mil.

Michael se quedó con la boca abierta.

—¡Oh, lo conseguiremos! Hilario se da muy buena maña para estas cosas. Aquí está la calle.

Era una calle tortuosa, cuyas casas, según iban pasándolas, le iban pareciendo a Michael cada una peor que la anterior. Sucísimas y medio deshechas, con los hierros de las ventanas arrancados, como si hubieran sido abandonadas cual barco presa de las llamas, herían los sentidos y el corazón con su triste abandono.

—Y ¿qué clase de gente vive aquí?

—Toda clase de gente. Tres o cuatro familias en cada inmueble. Trabajadores de Covent Garden, obreras de fábricas, obreros parados... Gente de toda clase. Abundan insectos que ya sus nombres no se pueden decir, Michael. Las muchachas son maravillosas... Guardan sus vestiditos en bolsas de periódico. Muchas salen a la calle en perfecto estado de aseo. Si no lo hicieran, las despedirían de sus trabajos, pobrecitas mías...

—Pero ¿es posible que la gente quiera vivir aquí?

—No es cuestión de querer, hijo. Es simplemente un imperativo económico. ¿A quién le va a gustar vivir de esta forma? Además, ¿dónde podrían ir si les echaran? Las autoridades derribaron no hace mucho una calle de por aquí, y construyeron un bloque de viviendas para obreros. Pero los precios son prohibitivos para la gente que habitaba la calle demolida, y tuvieron que disolverse entre los habitantes de otros suburbios. Además, ya sabes tú que no les gustan esas viviendas que parecen cuarteles, y no me extraña nada. Prefieren tener una casa, si pueden, o el solar, sino pueden... O solamente una habitación. Ése es el modo de ser inglés, que subsistirá hasta que hagan mejores viviendas para obreros. Los ingleses gustan de vivir en plantas bajas, seguramente porque han vivido siempre así. ¡Mira, aquí está Hilario!

Hilario Charwell, vestido de negro, con un cuello vuelto y abierto, sin sombrero, estaba en pie en la entrada de una casa hablando con otro hombre muy delgadito y cara simpática, a juicio de Michael.

—¡Hola, Michael, hijo mío! ¿Qué te parece la calle Slant? Cada casa va a arreglarse y a ponerse tan bonita y brillante como un alfiler nuevo...

—Y ¿cuánto tiempo les durará el brillo, tío Hilario?

—Por eso no hay que preocuparse, sobrino. Nuestros experimentos hasta la fecha son satisfactorios. En cuanto se da a la gente una oportunidad de vivir algo mejor, la aprovechan... A todo el mundo le gusta tener la casa limpia.

Entra, pero no te arrimes a las paredes. May, tú quédate y habla con James. Tenemos una señora irlandesa aquí. No hay muchos irlandeses en el barrio. ¿Puedo pasar, señora Corrigan?

—Pues no faltaba más. Y mucho gusto en ver a su reverencia, aunque esta mañana no estoy muy *aseá*.

Una mujer gorda, de pelo negro con alguna cana y brazos sucios había detenido su quehacer y salió de un cuarto inconcebiblemente lleno de gente y de trastos. Tres personas dormían en una cama, y una cuarta en el suelo, sobre un petate; la cocina parecía hacerse en un hornillo negro corriente, sobre el cual, en una tabla, había muestras de la vida de una generación. De una cuerda colgaban algunas ropas. Y sobre las paredes, llenas de manchas y de parches, no había precisamente cuadros.

—Señora Corrigan: este es mi sobrino Michael Mont, miembro del Parlamento.

La señora aquella se puso en jarras.

—¿Ah, sí?

Dijo aquello con una indulgencia infinita, que llegó a Michael al corazón.

—¿Y es *verdá* que su reverencia ha *compra*o la calle? ¿Y *pa* qué la quiere? ¿No nos irá a echar a todos, *no verdá*?

—De ninguna manera, señora Corrigan.

—Ya lo decía yo a *toos*: lo que él quiere es limpiarnos las casas, no echarnos, ya lo *veréis*.

—Cuando a esta casa le llegue el turno, señora Corrigan, y espero que será pronto, le encontraremos un buen alojamiento hasta que pueda volver para encontrársela con las paredes limpias y pintadas, con suelos nuevos, con los techos arreglados, sin chinches, y con agua y medios para lavar.

—Me gustaría ver eso, hombre.

—Pues ya lo verá usted, y pronto. Fíjate, Michael: si apoyo el dedo en la pared, se desarma... Usted es la que no puede clavar clavos, ¿verdad, señora Corrigan?

—Ésa es la verdad de Dios —replicó la señora Corrigan—. La última vez que Corrigan quiso clavar una percha creímos que salían *toos* los chinches de Londres.

—Pues muy bien, señora Corrigan. Me alegro de verla tan buena. Dígale a su marido que si quiere que descansa su borrico, tenemos sitio para recogerlo unos días. ¿Van a salir este año a arreglar toneles?

—Sí que saldremos, sí, señor —contestó la señora Corrigan—. Buenos días tenga su reverencia y este otro señor.

En el portal, desnudo y decrepito, Hilario Charwell dijo:

—Sal de la tierra, Michael, verdadera sal... Pero fíjate lo que será vivir en esta atmósfera. Menos mal que todos son chatos.

—¿Que son chatos? —preguntó Michael tomando una bocanada del aire de la calle, más elemental y menos complicado.

—Bueno, chatos... Quiero decir que no tienen nariz. Si la tuvieran se morirían del mal olor.

—Entendido. Y ¿cuánto tiempo crees que tardarás en arreglar la calle?

—Pues unos tres años.

—Y ¿cómo vas a sacar el dinero que te hará falta?

—Pues convenciendo a la gente, engañando a quien no se deje convencer, como sea... Aquí viven tres chicas que trabajan en Petter y Poplin. Las tres están fuera, trabajando, claro... ¿Ves que limpieza? Y fíjate en las bolsas de papel para guardar la ropa.

—Oye, tío Hilario: ¿condenarías a una chica que hiciera lo que fuera para salvarse de todo esto?

—No, no, la condenaría, esa es la verdad de Dios —dijo el reverendo Hilario.

—Por eso es por lo que yo te quiero tanto, tío Hilario. Tú restableces mi fe en la iglesia.

—Querido mío... La última reforma no es nada comparada con lo que en la iglesia está pasando ahora. Espera un poco y verás... Anda, quédate a comer con nosotros, y aprovecharemos para hablar de mis proyectos de transformación del suburbio. También vendrá James. Mira —prosiguió cuando estuvieron sentados en el comedor de la Vicaría—: hay gente que estaría dispuesta a prestar algún dinero al dos por ciento, con esperanza de cobrar un día el cuatro, si hiciéramos desaparecer los suburbios. Hemos estudiado el asunto y hemos llegado a la conclusión de que podemos hacer habitables las casas de los suburbios si disponemos tan sólo de una pequeña fracción de los alquileres, y pagando un dos y medio por ciento del dinero que nos presten. Si lo conseguimos hacer aquí, se hará en todas partes por Sociedades privadas de Reconstrucción de Suburbios, como la nuestra, que trabajen sobre la base de no desplazar a la población suburbana existente. Pero, claro, lo que hace falta es dinero: un Fondo General para Reconstrucción de Suburbios... Acciones al dos por ciento, amortizables en veinte años. De ahí, las Sociedades sacarían fondos para comprar los inmuebles y repararlos.

—Y ¿cómo ibas a hacer para amortizar las acciones en veinte años?

—Haciendo como el Gobierno: emitiendo más acciones.

—Pero las autoridades locales —dijo Michael— tienen mayor posibilidad de obtener ese dinero.

Hilario movió la cabeza.

—Mayor posibilidad, desde luego... Pero son muy lentas las autoridades, Michael. La tortuga es rápida si se la compara con las autoridades. Además, lo único que hacen es desplazar gente de suburbio en suburbio, pues las rentas de las casas que construyen son demasiado elevadas. Por otra parte, resulta que eso no va de acuerdo con el temperamento inglés, hijo mío. No sé por qué, pero no nos gusta que sea la autoridad quien nos maneje y nos resuelva los problemas, ni tener que responder de nuestros actos y empresas ante la autoridad. Desde luego, que la autoridad hace bastante; pero nunca conseguirá liquidar el problema sin la colaboración de la empresa privada.

—Y ¿quién va a ser el primero que empiece a crear ese Fondo General? —preguntó Michael mirando a su tía, cuyas cejas habían empezado a fruncirse.

—Pues mira —dijo Hilario sonriendo—: yo pensaba que podías ser tú. Por eso te he invitado a comer.

—¡Demonio! —exclamó Michael, saltando casi y casi derramando el guisado irlandés que tenía en el plato.

—¡Exactamente! —dijo su tío—. ¿No podrías tú formar un Comité de miembros de las dos Cámaras que hiciera un llamamiento? James te puede dar cifras exactas del trabajo que hemos realizado ya. Y los de ese Comité podrían ver con sus propios ojos lo que hemos conseguido. No me cabe duda, Michael, que tiene que haber diez hombres buenos que quisieran hacer una cosa como esta.

—Harían falta diez apóstoles —dijo Michael en voz baja.

—Además no hace falta dar carácter cristiano a la cosa... Podrías acercarte a ellos con cualquier carácter. El viejo sir Timoteo Fanfield, por ejemplo, estaría encantado de meterse con los caseros de los suburbios. Ya hemos puesto electricidad en todas las cocinas, y queremos seguir la electrificación; sólo necesitaríamos que metieras al viejo Shropshire en el asunto. Por otra parte, podría no ser necesario limitar el Comité de parlamentarios. Sir Thomas Morsell, u otro cualquiera de esos médicos de fama, podía pertenecer; podías buscar un par de banqueros de sangre cuáquera; y siempre hay montones de gobernadores generales retirados que están deseando sonar. Si, en fin, pudieras meter algún miembro de la familia real para presidir, ya estaba armado el cotarro.

—¡Pobre Michael! —dijo la voz suave de su tía—. Déjale que acabe el guisado tranquilo, Hilario.

Pero Michael había dejado el tenedor ya, y veía frente a él otra clase de «guisado».

—El Fondo General para Reconstrucción de Suburbios —continuó Hilario— admitiría a todas las sociedades existentes y por existir dedicadas a hacer habitables los suburbios, siempre que trabajasen sobre la base de no desplazar a nadie. ¿Ves tú lo que nos ayuda el garantizar eso a los habitantes? Lo que hay que hacer es arreglarles las casas, que ya ellos se ocupan de que no se estropeen otra vez.

—Pero ¿puede conseguirse que las cuiden? —preguntó Michael.

—¡Ah! Tú has oído historias de esas de que dedican los baños a guardar carbón o patatas... Pero di que te lo digo yo; esas son exageraciones, Michael. Y ahí es donde nosotros, los particulares que nos dedicamos a estas cosas, tenemos ventaja sobre las autoridades: las autoridades dan; nosotros, enseñamos a utilizar lo que damos.

—¿Quieres que te caliente un poco el guisado? Se te habrá quedado frío, hijo —le dijo su tía.

Michael rehusó. Se daba cuenta de que no necesitaba más fuego ya... ¡Otra nueva cruzada! Su tío Hilario le había fascinado siempre con su sangre de cruzado... Antes, el nombre de cruzados fué Keroual, y ahora se escribía Charwell, y se pronunciaba Cherwell, según la sana costumbre inglesa de pronunciar de manera que los extranjeros se enredasen.

—No te propongo esto como un señuelo para hacerte un nombre, Michael, pues tú ya eres un caballero.

—Gracias —murmuró Michael—. Siempre gusta oír una palabra amable.

—Lo único que hago es sugerirte que hagas algo importante, ya que tienes una posición desahogada en la vida.

—Tienes razón —dijo Michael, humilde—. La cuestión es saber si esto es importante.

—Sin duda lo es —dijo su tío agitando una cucharilla con el escudo de los Charwell grabado— ¿Qué cosa puede haber más importante?

—¿Has oído hablar del foggartismo, tío Hilario?

—No. ¿Qué es eso?

—¡Mi tía! —dijo Michael.

—¿Ha aparecido algo malo en el plato, hijo?

—No, si no te digo a ti, tía May. Era una exclamación. Pero ¿de verdad que no has oído hablar nunca de eso, tío Hilario?

—¿Foggartismo? ¿Es eso que dicen que van a hacer de evitar la niebla?⁴⁵.

—No es nada de eso —dijo Michael—. No hay duda, no hay duda de que en los suburbios se vive sumido en la ignorancia y en el pecado... Pero es un pecado demasiado gordo... Tú tienes que haberlo oído alguna vez, tía May...

Otra vez se fruncieron los ojos de su tía.

—Sí..., creo que es una especie de dialecto...

Michael lanzó una exclamación de dolor.

—¿Y usted, amigo James? —preguntó.

—Es algo referente a la moneda fraccionaria, ¿no?

—Pues he aquí —dijo Michael— que tenemos tres personas inteligentes, de un elevado espíritu público, y que no han oído nunca hablar del foggartismo. Mientras tanto, yo..., en más de un año, no he oído hablar de otra cosa...

—Pero bueno —dijo Hilario—, ¿habías oído hablar de mi proyecto de reforma de suburbios?

—La verdad que no.

—Creo —dijo su tía— que os sentará muy bien un cigarrito mientras yo hago el café. Y me estoy acordando ahora, Michael, que tu madre me habló de eso; me dijo que era algo que le gustaría olvidarlas... Creo que se refiere a algo así como separar a los niños de la ciudad de sus padres.

—En parte es eso —dijo Michael con aire de tristeza.

—No desconozcas el hecho, hijo mío, de que cuanto más pobres son las gentes, tanto más ligados se hallan a sus hijos.

—Es una de las pocas alegrías que encuentran en la vida —comentó Hilario.

—Y cuanto más pobres son los niños, tanto más se adhieren al arroyo.

Michael hundió las manos en los bolsillos.

—Yo no os serviré de nada —dijo con desaliento—. Soy una inutilidad, tío Hilario.

Hilario y su mujer se levantaron instantáneamente, y cada uno le puso una mano en un hombro.

⁴⁵ *Fog* quiere decir *niebla*, en inglés; por eso foggartismo le parece al pastor Charwell algo relacionado con la niebla, tal vez el suprimirla, cosa de la que parece se habla en Inglaterra, como en otros sitios, de producir lluvia bombardeando las nubes. (*Nota de los traductores*)

—¡No digas eso, hijo! —exclamó su tía.

—¡Qué cosas tienes, hombre! Anda, fúmate esta tagarnina.

—Venga —dijo Michael—. Es una maravilla.

Fuera la tagarnina o no la maravilla, la tomó y la encendió con la lumbre que le ofrecía su tío.

—¿Qué escena te parece más lamentable en el mundo, tía May, aparte de la que hacen dos personas bailando el charlestón?

—¿La escena más lamentable?... Pues... la de esos ricachones que se deleitan oyendo una mala música de gramófono.

—¡No!... —dijo Michael—. Lo más lamentable en el mundo es ver a un político entretenido en descortezar un buen árbol...

—¡Cuidado, May, que la cafetera está ya zumbando! Hace un café muy bueno, Michael. Tómate una tacita, y luego James y yo te enseñaremos las casas que hemos arreglado ya. James, venga conmigo un momento...

—Notable pertinacia —murmuró Michael cuando los otros hubieron desaparecido.

—No sólo notable, Michael... ¡Temido también!

—Me gustaría ser el tío Hilario. Es la persona que más admiro de cuantas conozco.

—Es un hombre buenísimo —murmuró su tía—. Aquí tienes el café.

—¿Y en qué cree verdaderamente, tía May?

—Pues..., no tiene tiempo para ocuparse mucho de esas cosas.

—¡Ah! Ésa es la gran esperanza de la iglesia: los hombres de acción... Lo demás me parece lo mismo que el intentar aprender matemáticas lanzándose a la teoría de Einstein. El pensamiento religioso, tía May, es para el claustro, y ya no quedan claustros.

—La religión —dijo su tía, ensoñadora— hizo arder en fuego divino a muchos hombres, Michael, y su llama no alumbró solamente los claustros.

—Sí; cuando la llama salía de los claustros.

Su tía sonrió.

—Tienes una manera terrible de hablar, hijo.

—Hablar es lo único que hacemos, tía. Y toda la fuerza se nos va en palabras. Pero volviendo a los suburbios, ¿tú me aconsejarías que intentara hacer algo?

—Si quieres llevar una vida cómoda, no.

—No; nada de vida cómoda. La llevé un tiempo, después de la guerra, pero ahora ya no. Mira: me he lanzado al foggartismo, y la gente es demasiado cuerda para hacer caso de eso. No puedo lanzarme a soportar otra causa perdida de antemano. ¿Crees que hay alguna posibilidad de levantar un movimiento nacional pro reforma de los suburbios?

—Una posibilidad muy aleatoria, hijo.

—¿Si estuvieras en mi lugar, te meterías en el asunto?

—Es que yo tengo el prejuicio del entusiasmo por esa causa, pues Hilario pone en ella alma y corazón; pero de todas formas, me parece que no hay causa más digna a que entregarse por entero. Bueno, no es eso precisamente... Quiero decir que lo más importante es dar a la gente pobre viviendas decorosas.

—Eso es casi pasarse al enemigo —murmuró Michael—. Nuestro futuro no debe estar ligado a la vida en la ciudad.

—Tiene que estarlo, aunque no queramos. Y, más vale pájaro en mano... ¡Y qué pájaro, Michael! Mira..., aquí está Hilario.

Hilario y su arquitecto se llevaron otra vez a Michael a Los Prados. La tarde se había vuelto lluviosa, y la tristeza de aquel barrio triste era todavía mayor. Calle arriba, calle abajo, Hilario cantaba las virtudes de sus feligreses. Bebían, pero no todo lo que sería natural en sus circunstancias; eran sucios, pero en el caso de ellos, él lo sería más; no iban a la iglesia, pero ¿quién iba a esperar otra cosa?; pegaban a sus mujeres palizas casi sin importancia. Eran extraordinariamente buenos y extraordinariamente imprudentes con sus hijos. Tenían la facultad maravillosa de vivir con jornales con que no se podía vivir. Se ayudaban unos a otros mucho más que quienes podían ayudar con creces. No ahorraban nada, pero era porque no podían ahorrar ni un garbanzo, y no pensaban en un mañana que había de ser peor que el hoy. Abominaban de las instituciones. No tenían más moral que la lógica de su situación de superpoblación y promiscuidad. Tenían mucha filosofía y ninguna religión. Sus diversiones eran los «cines», el callejeo, el tabaco malo, las tabernas y los periódicos de los domingos. Les gustaba la música y bailaban si se presentaba la ocasión. Su honradez era especialísima, y para comprenderla hacía falta especialísimo estudio. ¿Eran desgraciados? Exactamente, no, pues habían abandonado toda esperanza de mejorar en esta vida o en la otra... Eran realistas hasta la médula de los huesos. ¿Eran ingleses? La mayoría, y la mayoría de Londres. Del campo habían llegado algunos jóvenes y no se marcharían de viejos.

—Les tomarías cariño, Michael; nadie que les conoce puede evitar el quererles. Y ahora, adiós, amiguito, y piensa todo esto muy en serio... El futuro de Inglaterra está en vosotros, los jóvenes. ¡Y que Dios te bendiga!

Y con estas palabras en los oídos, Michael se fué a casa, para encontrar a su hijo con el sarampión.

V

SARAMPIÓN

El diagnóstico de la enfermedad de Kit resultó cierto, y Fleur quedó sometida a sujeción.

Los esfuerzos de Soames para distraer a su nieto se repetían casi a diario: uno tenía orejas de liebre y cara de perro; otro, rabo de borrico en cuerpo de león; el tercero, hacía un ruido como el zumbido de las abejas; el cuarto, era un chaleco muy bueno. El obtener estas curiosidades, así como las mejores mandarinas y el mejor moscatel y la mejor miel «garantizada pura» de abeja, le ocupaban las mañanas enteras. Vivía en la calle Green, donde llegó Annette, prudentemente avisada por telegrama. Soames, que no se resignaba a una vida enteramente espiritual, se alegró de verla. Pero al día siguiente de que llegara comprendió que se la podía ceder a Fleur. Sería un descanso saber que tenía a su madre al lado. Tal vez al final de la incomunicación de Fleur, aquel sujeto estaría otra vez lejos y fuera de su alcance. Una crisis doméstica como la que pasaba, podía hasta hacer que le olvidara. Soames no era lo bastante filósofo para penetrar la profundidad de los deseos de su hija... Para uno, nacido en 1855, el amor no era más que una pasión individualizada, o no era lo que debiera ser. No se le ocurrió que el amor de Fleur por Jon podía ser símbolo del amor que tenía por la vida, expresión de vida y nada más que vida; que Jon había representado para ella la primera derrota seria en la lucha por la plenitud de la perfección, una derrota que podría estar ya cancelada. El alma moderna, en el intrincado laberinto de su sofisticación, era para Soames libro si no sellado, con las páginas sin cortar. «Pedir la luna» era ya principio de las gentes, y él era demasiado viejo para principios. En su sangre llevaba la capacidad de comprender la limitación de la felicidad humana, comprensión reafirmada por la experiencia. Sin llegar precisamente a definir la vida como «la tarea de sacar el mejor partido de una mala situación», hubiera llegado a defender el criterio de que cuando se poseían muchas cosas, lo mejor era no desear más. El virus de aquella religión gastada de los viejos Forsytes, que, descreídos como eran, les llevaba a rezar a la hora de la vejez en la esperanza de conseguir *algo* más allá, persistía inhibido en su descendiente Soames, que no rezaba, y que bastante convencido de que no obtendría nada tras la muerte, estaba más convencido aún de que no obtendría todo en la vida. De hecho, se resistía a aceptar las creencias de un siglo que, o bien confiaba en múltiples posibilidades en una vida futura, o bien las negaba en absoluto, y se decía que hay que vivir aprovechando el tiempo y sacándole el mayor placer posible. ¡Resignación! Desde luego que Soames habría negado creer en tal cosa; y la verdad era que se resignaba a no esperar nada preponderantemente bueno por parte de su hija. Y,

sin embargo, intuía que había un límite, que Fleur no llegaría a traspasar. Este criterio, que no les era común, a causa de la diferencia de edades, explicaba su incapacidad para comprender la inquietud de ella.

Incluso en el cuarto de su niño, preocupada y dolida por su enfermedad, Fleur seguía inquieta por lo otro... Sentada junto a la cuna, mientras el pequeño murmuraba que tenía calor, ella también sufría de fiebre. Estaba permanentemente allí, excepto la hora, que por orden del médico, tras de bañarse y mudarse la ropa, salía a tomar el aire. Siempre sola..., siempre aislada del mundo, su corazón que sufría no tenía otro lenitivo que el atender y cuidar a Kit. Michael era «tan bueno como siempre» para ella, y nadie, viéndola, hubiera adivinado que deseara a otro en el lugar de su marido: su resolución de no delatarse era tan firme como siempre; pero era un verdadero descanso no encontrarse con la mirada escrutadora de su padre. No escribía a nadie, pero recibió de Jon una breve carta de condolencia:

Wansdon, 22 de junio.

Querida Fleur:

No sabes lo que lamentamos que Kit esté malo. Tiene que ser una pena para ti. Confiamos que el pobrecillo haya pasado ya lo peor. Yo me acuerdo de mi sarampión como de los dos peores días de mi vida. Pero después empezaron a aparecer cosas que lo hacían todo suave y grato. Claro que tu chiquillo es demasiado pequeño para darse cuenta de otra cosa que se encuentra molesto.

Dicen que Rondavel está perfectamente tras de su primera carrera. Fué muy bonito verla juntos.

Adiós, Fleur. Sabes siente mucho el contratiempo tu buen amigo,

Jon.

Fleur guardó la carta —como guardara sus cartas antaño—, pero no llevándola encima, como entonces; sobre aquel «tu buen amigo», había aparecido un circulito, como producido por algo que hubiera caído de un ojo. Además, Michael pudiera habérsela visto. Así, la guardó en su joyero, del que ella sola tenía llave.

Aquellos días leyó mucho a Kit, pero más bien para ella, dándose cuenta de que últimamente se había retrasado en cuanto a la marcha general de la literatura. Así, se distraía, más que siguiendo vidas demasiado vivas para serlo, poniéndose a la altura de las últimas novedades literarias. Michael le llevaba libro tras libro, diciéndole: «Este autor dicen que vale» o «aquí tienes lo último de Nazing», o también: «Nuestro viejo amigo Calvin otra vez. Ésta no pone exactamente el dedo en la llaga, pero se acerca muchísimo.» Y ella se sentaba

con los libros sobre la falda, y pronto pensaba que había leído lo bastante para poder decir: «Ah, sí, he leído *Las Gorgonas*... Libro maravillosamente proustiano», o bien: «¿Amor, camaleón? ¡Sí!... Es mejor que *La cueva verde*, de la autora, pero no tan bueno como *Almas al desnudo*, ni con mucho», o bien: «Tienes que leer *El trompo*... Es un libro que maravilla, pero que no te lleva a ninguna parte...»

Tenía bastante conversación con su madre, pero del carácter privado que suele haber en las conversaciones entre madre e hija, cuando ambas han cumplido determinado número de años; se dedicaban a meditar sobre ciertos problemas de belleza. Para Annette, el porvenir se presentaba muy oscuro: ¿Serían las faldas más largas o más cortas el próximo otoño? Si se llevaban cortas, a ella no le afectaría la innovación. A Fleur claro que sí, pero a ella, no... Ya había llegado a cierto límite de edad que no permitía ciertas frivolidades: no iba a ir enseñando desde más arriba de la rodilla... Y por lo que hacía al tamaño de los sombreros, tampoco se podía prever nada. La *cocotte* más distinguida de París se aseguraba que era favorable a los sombreros grandes. Pero había otras fuerzas que, en la clandestinidad, laboraban contra ella: las aficionadas al automóvil y madame de Michael-Ange, *qui est toute pour la vieille cloche*. Fleur preguntó a su madre si había oído algo nuevo acerca del pelo corto. Annette, que todavía lo llevaba largo, pero cuyo cuello había temblado largo tiempo ante la guillotina, se confesó *désespérée*. Todo dependía de que se adoptase o no el sombrero vasco. Si las mujeres se decidían por él, el pelo corto tendría más probabilidades. De todas formas, el nuevo tinte sería en oro puro; *et ca sera impossible. Ton père aurait vine apoplexie*. De todas formas, Annette se pensaba obligada a llevar cabello largo hasta el día del juicio. Tal vez *el buen Dios* se lo premiara.

—Si quieres cortarte el pelo, mamá, córtatelo. Es el espíritu conservador de papá... Él no entiende de esas cosas. Será una nueva sensación para él.

Annette puso gesto lastimero.

Ma chère; je n'en sais rien... Tu padre es capaz de todo.

El hombre «capaz de todo» iba todas las tardes media hora y se sentaba ante el Fragonard, hablando con Michael o Annette, y de pronto decía: «Bueno, muchos besos a Fleur; me alegro que el pequeño vaya mejorando.» O bien; «Ese dolorcillo no será nada; de todas formas, tiene que verle Fulano o Mengano. Muchos besos a Fleur.» Y en el *hall* se paraba un momento, pretendiendo oír algo. Después, ajustándose el sombrero, decía algo así como: «Bueno, así es la vida», o: «Esta chica no toma bastante el aire», y se iba.

Fleur le veía, desde el balcón del cuarto del niño, caminar con su paso comedido y triste, sintiendo una especie de descanso. ¡Pobre papá! No era culpa de él el simbolizar para su hija el paso comedido y triste de la virtud doméstica. Sin embargo, la esperanza de Soames de que la domesticidad, la permanencia

obligada en el hogar, la curaría, no se había manifestado. Después de dos o tres días de susto, los que duró la fiebre alta de Kit, dió precisamente resultados contrarios a los esperados por Soames. Su amor por Jon, que ahora tenía un elemento de pasión sexual que no existiera antes que se casara, crecía como crecen semejantes sentimientos siempre cuando no existe aire y ejercicio para el cuerpo y algún interés para la mente. Florecía como una planta transferida a un invernadero. La impresión de haber sido defraudada le fermentaba en el alma. ¿Es que nunca comerían la manzana de oro ella y Jon? ¿Es que había de estar siempre fuera de su alcance, entre hojas oscuras y lustrosas en nada parecidas a las de un manzano? Sacó su caja de pinturas de acuarela —que hacía ya mucho tiempo que no veía la luz— y pintó un árbol fantástico con grandes frutos áureos.

Michael la sorprendió.

—Oye, eso es muy bueno... Debieras cultivar un poco la pintura, amiga.

Rígida, como si quisiera percibir algo más que lo que las palabras decían, Fleur respondió:

—Puro aburrimiento...

—¿Qué fruta es?

Se echó ella a reír.

—¡Qué pregunta! Pero es que esto es el alma de un árbol, Michael..., no el cuerpo.

—Debería haberlo comprendido —dijo Michael, divertido—. De todas formas, ¿me lo regalarás para mi despacho cuando esté? Tiene verdadero sentimiento.

Fleur experimentó un sentimiento extraño de gratitud:

—¿La titularé *La Fruta Prohibida*?

—¡Nada de eso! Si es una fruta que pide comerla... Tendrías que ponerte a comerla sobre una jofaina, para que chorreara el jugo, como si fuera un mango...

Volvió Fleur a reír.

—¡Camarero, una jofaina! —exclamó.

Y a Michael, que se inclinaba para besarla, le presentó la mejilla. Por lo menos, él no se apercibiría de cuáles eran sus sentimientos. Además, la sangre francesa que había en ella, nunca corría fría en la presencia de la persona a quien estimaba, aunque no amase; la especie amarga que se encontraba en la sangre de la mayoría de los Forsythe, evitaba todo tinte de sarcasmo en su situación. Era Fleur todavía la esposa no desgraciada de un excelente camarada y amigo bueno, que, hiciera ella lo que hiciera, no haría él nunca nada no generoso o vil. Las irritaciones fastidiosas de maridos no amados que poblaban

sus novelas anticuadas, y de las que, en el caso de su padre, su primera mujer había sido tan culpable, le parecían absurdos risibles. Extrañas mezcolanzas en el comportamiento se veían muchas; una fidelidad espiritual tan lógica y total que se extendiera hasta lo físico, era cosa paleolítica, o al menos victoriana y pequeñoburguesa. Por medios así, no se podría nunca encontrar plenitud de vida. Y, sin embargo, el paganismo abierto proclamado por ciertos maestros franceses e ingleses de la literatura era algo que también repugnaba a Fleur, a causa de su costumbre y su lógica austera del «todo o nada». Pero no había suficiente virus forsyteano en la sangre, ni sexomanía en el temperamento de Fleur; además, su pasión nunca se había desbordado hasta el presente. Pero ahora..., con ser viejo, era un sentimiento nuevo el que tenía respecto de Jon; y, según pasaban los días, todo se le volvía planear cómo, cuando se viera libre de nuevo, podría ver a Jon y escuchar su voz, y tocarle como le había tocado en la barandilla del hipódromo, cuando los caballos pasaban como un relámpago ante ellos.

VI

SE FORMA UN COMITÉ

Mientras tanto, Michael no estaba tan en la luna como ella pensaba, pues cuando dos seres viven juntos y uno de ellos ama al otro, siente los cambios como un sabueso siente los olores. Los recuerdos de aquel almuerzo y de la visita que hizo a June persistían dolorosamente en Michael. En su vida pública —aquel excelente antídoto de su sentir privado—, buscaba distraerse; así, decidió lanzarse a la tarea de su tío Hilario de reformar y reconstruir suburbios. Tras documentarse con libros y escritos en grado suficiente, se dedicó a pensar a quién se dirigiría primero, pues sabía muy bien que las personalidades públicas son creadoras de fuerza centrífuga que dispersa a muchos. ¿Alrededor de qué sobresaliente hombre público trataría de edificar su Comité? Sir Timoteo Fanfield y el marqués de Shropshire se podían, desde luego, incorporar en el momento oportuno, pero más tarde, pues aunque conocidos por sus opiniones y manías, no *hacían caldo* con el público en general. Se requería cierto magnetismo en alguien. De los banqueros que conocía, no lo tenía ninguno; tampoco ningún abogado o eclesiástico; y ningún soldado reformador tendría más que descrédito hasta el instante en que sus reformas se hubieran llevado a cabo, y eso sería, en cualquier caso, después de muerto quien las propugnara. Un almirante hubiera estado bien, pero todos eran inaccesibles. Los primeros ministros andaban todos, en su jubilación, buscando cosas en que meterse; además, todos tenían el estigma de uno u otro partido. Los ídolos literarios serían demasiado viejos, estarían demasiado ocupados en sí mismos, serían demasiado perezosos o demasiado danzantes. Quedaban los médicos, los hombres de negocios, los gobernadores generales, los duques y los propietarios de periódicos. Decidió consultar a su padre.

Sir Lawrence, que también acudía diariamente a South Square durante la enfermedad de Kit, enfocó el problema con su monóculo y no dijo nada en dos minutos de pensar profundo.

—¿Qué quieres decir al decir, «magnetismo», Michael? ¿Algo dimanante de un sol que se pone o de un sol que nace?

—Pues las dos cosas si fuera posible, papá.

—Es difícil —dijo su progenitor—. Es difícil. Una cosa sí que es cierta: no puedes pretender encontrar inteligencia.

—¿Por qué?

—La gente está ya muy escarmentada de la inteligencia. Además, en este país, la verdad es que no nos gusta, Michael. ¡Carácter, hijo, carácter es lo que hay que buscar!

Michael lanzó un suspiro.

—Sí, ya sé lo que piensas... Eso es una cosa anticuada, ¿verdad? —y siguió meditando. De pronto, alzando la ceja no ocupada en sujetar el monóculo, con tanta fuerza que la otra tuvo que seguirla haciendo que el cristal cayera en medio del problema, exclamó—: ¡Eureka! ¡Wilfred Bentworth! ¡Ése es el hombre!... El último Squire⁴⁶ dedicado a reformar suburbios. ¡Formidable!, como decís vosotros.

—¿El viejo Bentworth? —preguntó Michael lleno de duda.

—Sólo tiene mis años...: ¡sesenta y ocho nada más! Y no anda metido en política.

—Pero ¿no es medio tonto?

—¡Eso decís vosotros los modernos! Un poco demasiado fino y con algo de aspecto de carnicero; pero ¿tonto?... No. Ha rehusado ser par del Reino por tres veces. Piensa en el efecto que hará eso en la gente...

—¿Wilfrid Bentworth? Jamás se me hubiera ocurrido pensar en él... Siempre me pareció un profesional de la honestidad —murmuró Michael.

—¡Pero es que lo es!

—Sí; pero siempre que habla lo tiene que proclamar.

—Sí que es verdad —dijo sir Lawrence—; pero cada uno tenemos nuestros defectos. Tiene veinte mil acres de terreno y sabe todo lo que hay que saber de pastos. Pertenece a un Consejo de Administración de Ferrocarriles; en su tierra es principalísimo propulsor del cricket y presidente de un gran hospital. Le

⁴⁶ *Squire* o *Esquire* es originalmente, un título nobiliario. Literalmente quiere decir *escudero* o *acompañante*. Después, se ha ido generalizando su uso en plan semejante al *Don* español, y se usa después del nombre. (*Nota de los traductores*)

conoce todo el mundo. Tiene amigos de sangre real a montones; sus ascendientes se remontan a la época sajona y es el humano más parecido a John Bull que queda sobre la tierra. En otro país, su solo nombre ahogaría cualquier intento. Pero en Inglaterra... Bueno, te digo que si consigues que participe, está todo hecho.

Michael miró intrigado a su progenitor. ¿Conocía, en realidad, el Baronet la Inglaterra del día? Pero al pensar y recordar cosas, comprendió que sí.

—¿Cómo haré para dirigirme a él, papá? Podías entrar tú también en el Comité. Y como le conoces, podríamos ir a verle juntos.

—Si a ti te parece que puedo entrar..., pues entraré. No está mal que yo vuelva a hacer otra vez algo.

—¡Espléndido! Y me parece que comprendo tu pensamiento acerca de Bentworth: es hombre por encima de toda sospecha... Tiene ya demasiado para necesitar ganar nada, y además no es lo suficientemente listo para apoderarse de algo que quisiera.

Sir Lawrence asintió.

—Además, ten en cuenta su aspecto; eso es muy importante en un pueblo que ha abandonado el campo como un mal negocio. Todavía nos agrada pensar en comernos un buen plato de carne, y eso explica bien el éxito de algunos de nuestros jefes: no es *a pesar* de su aspecto de carnicero, sino precisamente por su aspecto... Un pueblo que se aleja de su origen y va hacia no sabe dónde, gusta de todo lo que le sugiera pensar en carne, chuletas, cerveza..., buenas comidas campesinas. ¿Qué es hoy? ¿Jueves? Pues hoy tiene Bentworth Consejo. ¿Te parece que machaquemos en hierro caliente? Podríamos encontrarle en Burton.

—¡Pues muy bien! —convino Michael, y se pusieron en marcha.

—Este club —murmuró sir Lawrence cuando subían las escaleras del Burton Club— está especialmente constituido para grandes viajeros, y yo creo que Bentworth no ha viajado dos metros en su vida. El que sea miembro es prueba de cómo se le respeta. Pero no, le estaba calumniando: en la guerra anglobóer mandó tropas de la Guardia Imperial. ¿Está el Squire en el Club, Smileman?

—Sí que está, sir Lawrence; acaba de entrar.

El último Squire estaba, efectivamente, allí. Su cara sonrosada, con bigote blanco recortado y patillas duras y blancas también, miraba el tablón de anuncios del club como si las noticias hubieran llegado ante él, no él ante ellas. Podían Hundirse Bancos y estallar guerras; caer Gobiernos y proclamarse huelgas. Pero jamás pasaría suficiente catástrofe para abatir su no esbelta figura para hacer vacilar la mirada firme de sus ojos azules, algo oblicuos, levantados por sus lacrimales externos. Un tanto calvo, peinado con lo que le quedaba de

pelo, no había hombre que pareciera tan bien afeitado como él. El bigote, que le terminaba exactamente donde la boca, daba un aire de extraordinaria firmeza a su rostro sincero y bienhumorado.

Contemplándole con su padre —flaco, nervioso, moreno, movedizo—, Michael se sintió impresionado. Un gesto en la cara de Wilfred Bentworth sería algo sorprendente. «No puedo explicarme cómo ha conseguido mantenerse alejado de la política», pensó Michael.

—Squire... Éste es mi hijo: un politiquillo incipiente. Hemos venido a rogarle que acaudille una causa desesperada. ¡No se ría! Usted es el hombre, como se dice en esta era, bonzoide. Queremos ir a la brecha bajo su protección.

—¿Eh? ¿Qué es eso? Siéntense. Vamos a ver qué es eso...

—Se trata de los suburbios, «si usted me entiende», que decía la señora aquella. Pero explícale tú, Michael...

Michael le explicó. Tras exponer la tesis de su tío y de citar algunas cifras, lo adornó todo con tantos detalles pintorescos como pudo recordar sintiéndose muy como la mosca que quiere picar a un buey salvándose de los golpes de su rabo.

—Si clava usted un clavo en la pared, señor, la pared se derrumba, y si no se derrumba, del agujero salen animalitos.

—¡Pero Señor! —dijo el Squire de repente—. ¡Pero Dios santo!

—Es que uno duda hasta casi de la misericordia de Dios... —dijo sir Lawrence.

El Squire le miró sorprendido.

—¡Cállese, blasfemo miserable! —le dijo—. Yo no conozco a Charwell. Dicen que está chiflado.

—Nada de eso —murmuró sir Lawrence—. Un poco fuera de lo corriente, como todos los miembros de las familias verdaderamente antiguas.

El espécimen de la Inglaterra primitiva que se sentaba frente a ellos alzó las cejas.

—Los Charwell, ya lo sabe usted —continuó sir Lawrence—, debían ya tener canas cuando bajo Jaime Primero fundó la familia aquel pillo del primer Mont, el famoso enredapleitos.

—¡Oh! —exclamó el Squire—. ¿Y usted es uno de sus preciosos vástagos? No lo sabía.

—¿Y usted conoce el problema de los barrios bajos, señor? —preguntó Michael, asustado de los derroteros genealógicos que la conversación tomaba.

—¿Yo?... Pues no. Y debiera conocer esos suburbios, debiera conocerlos... ¡Pobre gente!

—No tiene tanta importancia —dijo Michael con astucia— el lado humanitario de la cuestión como el aspecto terrible de degeneración de la raza que se produce.

—¿Sí? —dijo el Squire—. ¿Entiende usted mucho de conservación de razas?

—Pues vaya... —contestó Michael.

—Pues yo le digo que todo es cuestión de herencia. Ya puede usted cebar una población, que no conseguirá modificar su carácter.

—Yo no creo que haya nada malo en el carácter de la población de los suburbios —dijo Michael—. Los niños son, en su inmensa mayoría, rubios, lo que indica, a mi parecer, que conservan todavía las cualidades anglosajonas.

Vió que su padre guiñaba un ojo como diciendo: «¡Buen diplomático!»

—¿Y en quién había usted pensado para el Comité? —preguntó el Squire abruptamente.

—Mi padre y yo —dijo Michael—, habíamos pensado en el marqués de Shropshire...

—Tiene un diente muy largo ya...

—Pero todavía anda bastante listo para electrificar medio mundo.

—¿Quién más?

—Sir Timoteo Fanfield...

—El energúmeno ese, ¿verdad?

—Sir Tomás Morsell...

—¡Hum!

Michael añadió rápidamente:

—O cualquier otro hombre de ideas radicales que usted juzgue oportuno...

—No hay ninguno. Y, oiga, ¿está usted seguro de que hay muchos chinches?

—Absolutamente, caballero.

—Pues tendré que ver a Charwell. Me han dicho que de un hueso de burro viejo es capaz de hacer un jamón.

—Hilario es un gran muchacho —intervino sir Lawrence—. Lo que se dice un gran muchacho, Squire.

—Muy bien, Mont. Si me es simpático, si me parece de mi modo de ser, entraré en el Comité. A mí no me gustan muchos de los tipejos que andan por ahí...

—Se trata de hacer un gran movimiento nacional, señor... —empezó a decir Michael—. Y nadie...

—No se equivoque, jovencito. Nada de grandes movimientos nacionales en este país. Sacaremos unas cuantas libras; mataremos unos cuantos chinches, pero nada más...

—Es duro de pelar —dijo sir Lawrence cuando bajaban por la escalera—. En su vida ha mostrado entusiasmo por nada. Hará un presidente muy bueno. Y creo que le hemos convencido. Tú has manejado bien los chinches, Michael... Ahora tenemos que tantear al marqués. Hasta un duque se pondrá con gusto a las órdenes de Bentworth: saben que es de familia más antigua que la de ellos, y eso les puede mucho. Además, tiene un algo especial...

—Sí que lo tiene, sí... ¿Y qué es?

—Pues que nunca piensa en él y que no le importa un comino nadie ni nada...

—¡Algo más debe de haber!...

—Pues sí... Yo creo que es como piensa Inglaterra y no como Inglaterra piensa que piensa.

—¡Caray, buena frase! ¿Vamos a cenar, Baronet?

—¡Pues muy bien. Vamos al Parthenaeum! Cuando me hicieron socio, pensé que jamás entraría. Pero mira, ya ves que voy mucho. Es lo más *East* que hay en Londres. Un Yogi no podría pedir nada más oriental. Yo entro y caigo en trance hasta que se me hace hora de irme. No hay un ruido, nadie se me acerca... No hay confort material vulgar, no... El color dominante es el del Ganges. Y hay allí más sabiduría inaccesible que en ningún lugar de occidente. Tomaremos la cena característica del club. Está calculada para aplacar todas las emociones. Para comer bien hay que llevar un invitado, pues, claro, se cultiva mucho la hospitalidad.

—Ahora —prosiguió cuando hubieron terminado de aplacar las emociones que pudieran sentir—, vámonos a ver al marqués. No he vuelto a ver a ese buen viejo desde el asunto aquel de Marjorie Ferrar. Confiemos en que no ha contraído la gota.

En la calle Curzon se encontraron con que el marqués había cenado y había vuelto a su despacho.

—Pues no le despierte si se ha dormido —dijo sir Lawrence.

—Su señoría nunca se duerme, sir Lawrence.

Estaba escribiendo cuando fueron introducidos ante él, y dejó de hacerlo para mirarlos.

—¡Hola, joven Mont! —dijo—. ¿No habrá ningún otro asunto con mi nieta, eh?

—Nada de eso, marqués. Se trata de una proposición de suburbios, como dicen los yanquis. Queremos su ayuda en una labor en beneficio de los menesterosos.

—A mí no me gusta meterme en asuntos de los menesterosos. Cuanto más humilde es la gente, tanto más hay que respetarla.

—En eso estamos totalmente de acuerdo, señor. Pero deje que le explique mi hijo.

Entonces, siéntense ustedes. Y el marqués se levantó, colocó el pie sobre la silla, y apoyando el codo en la pierna doblada, se hizo pabellón en la oreja con la mano y se dispuso a escuchar.

Por segunda vez en la tarde, Michael se puso a dar detalles.

—¿Bentworth? Es buena persona, pero muy atrasado respecto de los tiempos.

—Por eso le necesitamos a usted, marqués.

—Mi querido joven Mont, yo soy ya muy viejo...

—Precisamente porque no es usted muy joven le requerimos.

—Hablando francamente, caballero —dijo Michael—, quisiéramos que perteneciera usted al Comité, porque entre los proyectos de mi tío figura él importantísimo de electrificación de las cocinas; necesitamos de una autoridad en esa materia.

—¡Ah, Hilario Charwell, sí!... Una vez le oí predicar en St. Paul..., muy interesante... ¿Y qué dicen los habitantes de los suburbios de la electrificación?

—Pues nada por el momento. Pero cuando sea una realidad, será el todo para ellos.

—Ejem... Parece que a su tío no le estorban las moscas...

—Y es de esperar que con la electrificación, ni moscas ni nada le estorben a nadie.

El marqués asintió.

—La electrificación es la solución de todo. Lo malo es que yo no tengo dinero; y me es duro pedir a otro sin haber dado yo ejemplo de generosidad.

Los dos Mont se miraron. La excusa era patente y no la habían previsto.

—Seguramente —continuó el marqués— que ustedes no conocerán a nadie que quiera comprar encaje bueno, *point de Venise* auténtico... También tengo un Morland...

—¿Sí? —exclamó Michael—. Pues no hace ni dos días que mi suegro estaba diciendo que quería comprar un Morland.

—¿Tiene una casa buena para él? Se trata de un caballito blanco...

—¡Ya lo creo! ¡Es un coleccionista de primera!

—¿Habría alguna probabilidad de que fuera a parar a la nación... alguna vez?

—¡Una gran probabilidad!

—Entonces estaría bien que viniera a verlo. Hasta ahora no ha cambiado de dueño. Si me pagara lo que vale, sea lo que sea, podríamos resolver el problema.

—Eso es tremendamente generoso por su parte...

—Nada de eso, nada de eso... Yo creo en la electricidad y detesto el humo; y esto parece un movimiento bien orientado. Es un tal señor Forsythe, me parece. Hubo un asunto con mi nieta... Pero eso pertenece ya al pasado. ¿Supongo que habrán vuelto a ser amigos, eh?

—Sí, señor, sí... La he visto hará unos quince días, y estaba completamente O. K.

—Nada dura con ustedes los jóvenes —dijo el marqués—. La nueva generación parece incluso haber olvidado la guerra. ¿Tengo razón? ¿No le parece a usted, Mont?

—*Tout casse, tout passe*, marqués.

—Yo no es que me queje —dijo el marqués—. Todo lo contrario... Y a propósito: ¿Les interesaría que en ese Comité hubiera alguien con muchísimo dinero?

—Pues sí... ¿Sugiere usted a alguien?

—Mi vecino de la casa de al lado. Un hombre que se llama Montross, aunque creo que su verdadero nombre es más breve. Creo que ha hecho millones fabricando fajas elásticas. Tiene una patente que las hace durar exactamente lo justo. Muchas veces le veo mirarme tiernamente. Pero yo no uso faja. Pueden mencionar mi nombre. Está casado y no tiene ningún título todavía. Seguramente le interesará algún trabajo público.

—Parece el hombre que necesitamos —comentó sir Lawrence—. ¿Le parece que podíamos probar ahora?

—Prueben ustedes —dijo el marqués—; prueben a ver. Creo que es una persona muy de su casa. Y no hay que hacer las cosas a medias. Para electrificar un gran número de cocinas hay que tener muchísimo dinero. Un hombre que pueda ayudar eficazmente en tarea así, tiene casi todo andado para ganarse un «ilustrísimo señor».

—De acuerdo —dijo sir Lawrence—. Es un gran servicio público. Pero no habremos de insinuar lo del «ilustrísimo señor», ¿verdad?

—Pues... con los tiempos que corren, no. Sólo mencionar los nombres de los otros miembros del Comité —dijo el marqués, moviendo la cabeza, que tenía aún apoyada en la mano.

—Pues muchísimas gracias. Ya le haremos saber si Wilfred Bentworth acepta la Presidencia y cómo vamos con el asunto.

El marqués bajó el pie de la silla e hizo una reverencia a Michael.

—Me gusta ver a los jóvenes políticos interesados en el futuro de Inglaterra, pues por muchos políticos que tengamos, no podrán evitar que Inglaterra tenga ante sí futuro. A propósito: ¿Tiene usted cocina eléctrica?

—Mi mujer y yo estamos pensando en comprar una, señor.

—Pues no lo piensen. Cómprenla.

—Creo que nos decidiremos.

—Hay que hacer las cosas en caliente, pues luego uno se olvida de todo y todo se queda sin hacer.

—El pajarraco este está más despabilado que nunca —dijo sir Lawrence cuando llegaban a la puerta de la casa inmediata—. Me parece que el nombre original de su vecino es Moss. Y de ser así, lo que hay que preguntarse es esto: ¿Tenemos valor para enfrentarnos con él?

Con bastantes dudas, observaron la casa.

—Lo mejor es que seamos perfectamente sinceros —dijo Michael—. Hablamos de los suburbios, mencionamos los nombres del Comité y que él haga lo que le parezca. Claro que en cuanto los mencionemos, papá, se dará cuenta de que le buscamos las perras.

—Se dará cuenta de todas formas, hijo.

—¿No habrá duda en lo de las perras, eh?

—«Montross, Cía. Ltda.» No se limitan a fajas de goma.

—Me gustaría hacer una llamada totalmente clara a su generosidad. Hay mucha generosidad en esta sangre, tú lo sabes.

—Bueno, Michael, pero no podemos estarnos aquí parados hablando que te habla. Llama, y adelante.

Llamó Michael.

—¿Está el señor Montross en casa? Gracias, tenga la bondad de pasarle nuestras tarjetas y de preguntarle si le podríamos ver un momento.

La sala a que les pasaron era realmente una sala de espera, pues si bien no había nada que pudiera nadie llevarse, había cierta comodidad y cuadros y bustos de valor, pero de gran tamaño.

Estaba sir Lawrence examinando un busto y Michael un cuadro cuando se abrió la puerta y una voz dijo:

—Ustedes dirán, caballeros.

El señor Montross era de baja estatura, como una pequeña morsa que en tiempos fué negra y que en aquel momento era gris; sus facciones eran un tanto aquilinas, tenía ojos oscuros melancólicos y grandes bigotes caídos y grises, como las cejas.

—Nos ha aconsejado que vengamos a usted su vecino el marqués de Shropshire. Estamos formando un Comité que haga un llamamiento a la nación para formar un fondo con que arreglar y reformar los suburbios —y por tercera vez Michael se lanzó a dar detalles.

—¿Y por qué acuden a mí, caballeros? —dijo el señor Montross cuando hubo terminado.

Michael reprimió un estremecimiento.

—Pues por su riqueza, señor.

—Muy bien... —dijo el señor Montross—. Ya ve usted, yo también procedo de los suburbios, señor Mont... ¿No es eso? Sí, eso es, señor Mont, ése es su nombre. Pues yo empecé en los suburbios y conozco bien a sus habitantes. Pensé que tal vez venían a mí por eso.

—Es maravilloso, caballero —dijo Michael—. Pero nosotros no sabíamos nada.

—Esa pobre gente ha nacido sin futuro.

—Y eso es lo que queremos arreglar, señor.

—Sáqueseles de sus calles, póngaseles en un país nuevo y, entonces, tal vez... Pero si se les deja en sus calles... —el señor Montross meneó la cabeza—. Yo les conozco bien, señor Mont. Si esa gente pensara en el futuro, no podrían tener ánimos para seguir viviendo. Y si uno no piensa en el futuro, no se puede hacer con un futuro.

—¿Y en el caso de usted? —dijo sir Lawrence.

El señor Montross volvió a mirar las tarjetas que llevaba en la mano.

—Sir Lawrence Mont, ¿verdad? Pues yo... Yo soy judío, y ahí está la diferencia. Un judío siempre se levantará, desde cualesquiera principios, si es judío de verdad. La razón de que los judíos polacos y rusos no suban es que tienen demasiada sangre eslava o mogólica, como se les ve muy bien en la cara... El judío puro como yo siempre sube.

Sir Lawrence y Michael cambiaron una mirada, como diciéndose: «Este hombre nos gusta.»

—Yo era un pobre muchacho de un mal suburbio —continuó el señor Montross, interceptando la mirada—, y ahora soy..., bueno, millonario; pero he llegado a serlo, ustedes lo comprenderán, haciendo todo lo contrario que tirar dinero. Me gusta ayudar a gente que quiere ayudarse a sí misma.

—Entonces —dijo Michael con un suspiro—, ¿en nuestro proyecto no hay nada que despierte su interés?

—Preguntaré a mi mujer —respondió el señor Montross con otro suspiro—. Buenas noches, caballeros. Ya les escribiré.

Los dos Mont se dirigieron lentamente hacia la calle Mount, con las últimas luces del crepúsculo.

—¿Y bien? —preguntó Michael.

Sir Lawrence frunció el entrecejo.

—Un hombre honrado —dijo—. Es una suerte para nosotros que tenga mujer.

—¿Quieres decir...?

—La «ilustrísima señora» en potencia le hará acceder. Para ceder es por lo que consulta con ella. Y con él ya son cuatro, y sir Timoteo es seguro: los caseros de suburbios son sus *bêtes noires*. Sólo nos faltan otros tres. Un obispo se consigue fácilmente, pero no sé cuál será mejor. Necesitamos un «médico afamado» y nos convendría un banquero; quizá tu tío Lionel Charwell valga; conoce todos los aspectos de las finanzas..., ante los tribunales, y además haríamos a Alison trabajar para nosotros. Y ahora, buenas noches, hijo mío. En la vida me he sentido tan cansado...

Se separaron en la esquina y Michael se dirigió hacia Westminster. Pasó por las agujas de los jardines del palacio de Buckingham y se dirigió a la calle Victoria. Por allí había unos suburbios bastante regulares, pero las autoridades habían «ido por ellos». ¿Qué había sido de las tribus desalojadas de allí? ¿Dónde habían dado con sus vidas trágicas, de las que hacían tan alegre comedia? Llegó al amplio río que era la calle Victoria, y lo cruzó, y tomando un camino que él sabía había que evitar, pronto se halló en sitios donde mujeres

cargadas de años se sentaban en el escalón de cada portal a tomar un poco el aire. Intentó imaginarse lo que sería vivir allí, y no pudo. Dió media vuelta y se volvió a su barrio y a su casa, con su techo danés y su limpieza casi terrible. Y padeció el sentimiento que asalta a los seres sensibles ante su suerte.

«Fleur diría —pensó— que esa gente, por carecer de sentido estético y de costumbre, es por lo menos tan feliz como nosotros. Diría que viviendo con poco pan o con nada de pan, tienen tanta satisfacción como nosotros con buena comida, baños, poesía, jazz, *cocktails*... Y tal vez tenga razón.» Pero ¡qué confesión de derrota! Si la cosa era así, ¿qué objetivo tenía la vida? Si la vida con chinches y moscas era tan buena como la vida sin chinches ni moscas, ¿a qué polvos de Keating e inspiraciones de los poetas? La *Nueva Jerusalén*, de Blake, estaba, sin duda, basada en la existencia de los polvos Keating, y estos polvos existían porque había pieles delicadas. Decir entonces que la civilización tenía el grosor y la consistencia de la piel no era cínico. La gente tal vez tuviera espíritu... De lo que no había duda era de que tenía piel. Y el progreso era entonces real tan sólo si se consideraba en función de la piel.

Estos eran los pensamientos de Michael, parado ante el perchero; y pensando en la piel de Fleur, tan suave y tan blanca, subió las escaleras.

Acababa ella de darse su último baño y estaba al balcón del dormitorio. ¿Qué pensaría? ¿En la luna que iluminaba la plaza?

—¡Pobre prisionera! —le dijo, echándole el brazo por la cintura.

—¡Qué ruido más raro hace de noche la ciudad, Michael! Y si lo piensas bien, es la suma de todos los ruidos que hacen siete millones de personas en su vivir, en su marchar por su camino.

—Que es el mismo en todos.

—Nosotros no llevamos ningún camino. Sólo damos pasos.

—Pero tiene que ser en una dirección, amiga mía.

—Sí, pero cambiante, contradictoria consigo misma.

—Para bien o para mal, pero dirección única.

—Quizá nos lleve al borde del abismo y luego nos haga precipitarnos en él.

—Tal vez —dijo Michael, sintiéndose triste— nuestro caminar esté influido por la locura, pero siempre hay sentido común.

—¿Sentido común... frente a las pasiones?

Michael aflojó su abrazo.

—Yo creí que tú estabas siempre del lado del sentido común... ¿Pasión? ¿Pasión por poseer, o pasión por conocer?

—Las dos —dijo Fleur—. Ésta es nuestra edad..., y yo soy hija de ella. Tú no lo eres, Michael, tú lo sabes.

—¡Qué raro! —dijo, soltándola—. Pero si tú tienes pasión por poseer o por conocer algo, debieras decírmelo, Fleur.

Hubo un momento de silencio e inmovilidad absolutos. Después, él notó que ella le cogía suavemente del brazo y que le apoyaba los labios en la oreja.

—Yo quiero la luna... Anda, vamos a acostarnos.

VII

DOS VISITAS

El mismo día que Fleur quedó libre de la obligación de cuidar a su niño, recibió una visita de la persona en que menos pensaba del mundo. Si bien no había olvidado la existencia de alguien indeleblemente asociado al recuerdo del día de su boda, desde luego que no había esperado volverla a ver. Al oír las palabras: «La señorita June Forsythe, señora», y al encontrarla frente al Fragonard, sintió algo así como un terremoto bajo sus pies.

La diminuta figurilla plateada se volvió al entrar ella, tendiéndole una mano cubierta con guante de tela.

—Es de una escuela muy débil —dijo, señalando con la barbilla el cuadro— ; pero me gusta tu casa. Los cuadros de Harold Blade irían muy bien aquí. ¿Conoces su trabajo?

Fleur negó con un gesto.

—¿Quieres sentarte? ¿Tienes aún tu Sala de Exposiciones junto a la calle Cork?

—¿Mi Sala? ¡No! No había medio de sacarle nada... La vendí en la mitad de lo que mi padre pagó por ella.

—¿Y qué se hizo de aquel polaco-americano, Boris Strumo no sé cuántos, que tú protegías?

—¿Ese? ¡Bah! Se hundió por completo. Está casado y hace trabajo puramente comercial. Gana mucho, pero no hace nada que valga la pena... De modo que Jon y su mujer... —se paró instantáneamente, y Fleur se preguntó al borde de qué abismo se había detenido a tiempo.

—Sí —dijo mirando firmemente a la cara de June, que movía los ojos de un lado para otro—. Parece que Jon ha dejado América para siempre. No sé yo si su mujer se va a encontrar muy bien aquí.

—¡Ah! —exclamó June—. Holly me dijo que tú también estuviste en América. ¿Viste a Jon allí?

—No.

—¿Te gustó América?

—Es un país muy estimulante.

June olisqueó el aire.

—¿Son aficionados a la pintura? ¿Te parece a ti que allí tendría oportunidades Harold Blade?

—Sin conocer su trabajo...

—Es verdad; no me acordaba que tú no habías visto nada suyo... ¡Es que se hace tan raro!...

Se inclinó hacia Fleur con los ojos brillantes.

—Quiero que poses para él; te hará un retrato magnífico. Ya sabes: tu padre tiene que arreglarlo. Con tu posición en sociedad, Fleur, sobre todo después del caso del año pasado... —Fleur parpadeó, aunque imperceptiblemente—. Eso significaría *hacer* a Harold Blade. Es un genio. Tienes que venir a ver sus cuadros.

—Pues me gustaría verlos... —dijo Fleur—. ¿Has visto ya a Jon?

—Todavía no. Pero van a casa el viernes. Creo que ella me gustará. En general me gustan todos los extranjeros, excepto los americanos y los franceses. Claro..., con las naturales excepciones.

—Claro, claro —dijo Fleur—. ¿Y a qué hora sueles estar en casa?

—Todas las tardes, de cinco a siete, sale Harold... Trabaja en mi estudio, claro. Me gustaría enseñarte su obra sin que estuviera él presente, ¿comprendes?, pues es muy susceptible... Como todos los genios... Quiero que retrate a la mujer de Jon también. A las mujeres las saca extraordinariamente bien.

—En ese caso, creo que debieras hacer que Jon le viera, y viera su trabajo, primero.

Los ojos de June miraron a Fleur un instante, y luego se dirigieron al Fragonard.

—¿Cuándo vendrá tu padre? —preguntó.

—Tal vez sea mejor que vaya yo primero.

—Soames, por naturaleza, gusta de todo lo malo —dijo June, pensativa—; pero si tú le dices que quieres que te retrate Harold..., accederá. Te mimaba mucho...

Fleur sonrió.

—Bueno, pues iré. Tal vez esta semana no pueda —y para sus adentros, añadió—: «Allí estaré el viernes.»

Se levantó June.

—Me gusta tu casa, y me gusta tu marido. ¿Dónde está?

—¿Michael? Danzando por los suburbios, me figuro. Se ha metido de lleno en un gran proyecto para reformarlos.

—¡Qué estupendo! ¿Puedo ver a tu chico?

—Pues mira... Acaba de salir del sarampión...

June suspiró.

—Hace ya años que yo lo tuve. Me acuerdo muy bien de cuando lo tuvo Jon. Entonces le llevé sus primeros libros de aventuras —y de repente se quedó mirando a Fleur y le preguntó—: ¿Te gusta su mujer? Me parece ridículo que se haya casado tan pronto. Yo le digo a Harold que no se case nunca. El matrimonio es el fin de toda aventura —y sus ojos se movieron ampliamente, como añadiendo—: «O el principio..., que yo no tuve.» Y de pronto tendió a Fleur las dos manos—. Te espero el día que quieras. No sé si a él le va a gustar tu pelo.

Fleur sonrió.

—Pues me temo que no podré echar otro a su gusto. ¡Mira: llega mi padre! —había visto a Soames pasar frente al balcón.

—No quisiera tener que verme con él a no ser absolutamente necesario —dijo June.

—Creo que a él le pasará exactamente lo mismo. Si sales ahora mismo, como si tal cosa, él ni se fija.

—¡Adiós! —dijo June; y se marchó.

Desde el balcón, Fleur la vió correr como si no tuviera tiempo de tocar el suelo. Al instante entró Soames.

—¿Qué quería esa mujer aquí? —preguntó—. Es ave de mal agüero.

—Pues sus cosas, papá. Tiene un nuevo pintor a quien empujar hacia arriba.

—Sí, otro de sus pobres diablos. Toda su vida lo mismo..., desde que murió... —y a tiempo se detuvo ante el nombre de Bosinney—. No irá a ningún sitio, como no sea para pedir algo —y añadió—: ¿Lo ha conseguido?

—Pues, no más que yo..., papá.

Soames quedó callado, pensando que, en realidad, ¿a qué ir a ningún sitio si no se iba en busca de alguna cosa? Era uno de los puntos cardinales de la vida.

—Fui a ver aquel Morland —dijo—. Es auténtico. Y..., lo he comprado— y quedó sumido en ensueño.

Informado por Michael del hecho de que el marqués de Shropshire tenía un Morland que quería vender había dicho:

—Pues yo no creo que tenga interés alguno en comprarlo.

—Pues yo creía que le interesaba, según decía hace poco. Es un caballito blanco.

—Bueno, sí... Y ¿cuánto pide?

—Pues el precio que tenga en el mercado, creo yo.

—No existe cotización alguna. ¿Es genuino?

—Dice que no ha cambiado de manos.

Soames murmuró en voz alta:

—El marqués de Shropshire... Ése es el abuelo pelirrojo de..., ¿verdad?

—Sí; pero está completamente apaciguado. Dice que le gustaría que lo vieras.

—Pues, tal vez... —dijo Soames, sin añadir nada por el momento.

Pero dos días más tarde preguntaba:

—¿Dónde está ese Morland?

—En casa de Shropshire, calle Curzon.

—¡Oh! ¡Ah!... Bien; lo veré por lo menos.

Tras almorzar en la calle Green, donde permanecía, y tras de andar lo necesario, hizo pasar su tarjeta, con las siguientes palabras, a lápiz: «Mi yerno, Michael Mont, me dice que tiene usted un Morland que desearía que yo viese.»

El criado volvió diciendo:

—Por aquí, señor. El Morland está allí.

En el comedor, tan enorme que los enormes muebles parecían pequeños, estaba el Morland, entre dos naturalezas muertas holandesas en tamaño y carácter. El asunto era muy sencillo: un caballo blanco en la cuadra y una paloma picoteando unos granos de algo; también un niño sentado en un cesto del revés y comiendo una manzana. Con sólo mirarlo vió Soames que era auténtico, y que ni siquiera había sido restaurado. El claroscuro era considerable. Quedó de espalda a la luz mirándolo atentamente. Morland ya no

era tan buscado como antes; por otra parte, sus cuadros eran distinguidos y de un tamaño muy razonable. Si no se disponía de mucho espacio, pero se quería tener muestra de aquella época de la pintura, Morland era quizá el más representativo después de Constable, dado lo difícilísimos que eran los Crome de encontrar. Un Morland era un Morland, como un Millet era un Millet, y no había que darle vueltas. Como todos los coleccionistas en época de experimentación, Soames se planteaba siempre la conveniencia de comprar no sólo *lo que era*, sino *lo que seguiría siendo*. La mayoría de los pintores modernos y sus producciones morirían irremisiblemente, a su juicio, antes que él. Además, aunque lo intentaba de veras, no podía gustar de la pintura modernista. ¡No! Lo único acertado era comprar pintores muertos ya, pero cuya obra les había sobrevivido. Estaba mirando al caballito a través de su pulgar y su índice de una mano extendida en gesto de atención, cuando oyó un ligero ruido; volviéndose, se halló frente a un vejete que parecía mirarle a él de la misma forma.

Bajando la mano, y decidido a no decir «vuestra gracia» pasara lo que pasara, Soames murmuró:

—Estaba mirando la cola... Bien lograda, bien...

El marqués bajó también la mano, y quedó mirando la tarjeta que tenía entre los dedos.

—¿El señor Forsythe? Sí. Mi abuelo compró el cuadro al propio pintor. Al respaldo hay una nota que lo acredita. No quisiera separarme de él, pero los tiempos son malos. ¿Quiere usted ver el respaldo?

—Sí —dijo Soames—. Eso lo miro siempre.

—A veces —dijo el marqués quitando el cuadro de la pared—, es lo más interesante de una pintura.

Soames se sonrió disimuladamente; no quería que el viejo se creyera que le rendía pleitesía demasiada.

—Desde luego veo que es auténtico, sin necesidad de mirar el respaldo —dijo.

—Entonces, si quiere comprarlo, podemos realizar una sencilla transacción entre caballeros. Usted está perfectamente al corriente de los precios, creo.

Inclinó Soames la cabeza, fijándose en el reverso del cuadro. Las palabras del viejo eran tan tranquilizadoras, que no sabía si tranquilizarse o no.

—«George Morland, a lord George Ferrar —leyó—, por valor recibido de 80 libras, 1797.»

—Fué después cuando le concedieron el título —dijo el marqués—. Me alegro de que Morland cobrase su dinero. Grandes tipos nuestros abuelos, señor Forsyte. Aquellos eran días aptos para dar grandes tipos.

Íntimamente halagado por el pensamiento de que «Forsyte el Grande» fuese un gran tipo, Soames se ensanchó de satisfacción.

—Y gran tipo Morland —dijo—. Entonces había pintores de verdad, y la gente podía comprar con confianza... Ahora ya no es posible.

—Pues no sé —dijo el marqués—. No sé. La electrificación del arte puede ser un proceso necesario. Todos estamos en movimiento, señor Forsyte.

—Sí —dijo Soames oscuramente—. Pero no podemos seguir a esta velocidad..., no es natural. Antes de mucho tiempo volveremos a estar parados.

—Quizá... Tenemos que tener el ojo bien abierto, ¿verdad?

—El camino no importa demasiado —dijo Soames asustado de sí mismo—, con tal de que lleve a alguna parte.

El marqués dejó apoyado el cuadro y, poniendo el pie en una silla, reposó el codo sobre el muslo.

—¿Le dijo su yerno para qué quiero yo el dinero del cuadro? Él tiene un proyecto de electrificar las cocinas de los suburbios. No hay duda de que somos más limpios y más humanos que nuestros abuelos, señor Forsyte. ¿Qué precio le parece a usted que tendrá esto?

—¿Por qué no le pedimos opinión a Dumetrius?

—¿El de Haymarket? ¿Vale su opinión más que la de usted?

—Pues desde luego —dijo Soames honradamente—. Pero si usted menciona mi nombre, le tasaré el cuadro en cinco guineas y luego le haría él una oferta.

—A mí, desde luego, no me importa que se sepa que vendo mis cuadros.

—Bien —dijo Soames—. Yo no quisiera que sacara usted menos de lo que podría obtener por éste. Pero si le encargase yo a Dumetrius que me comprase un Morland, mi cifra límite sería quinientas. Supongamos que yo le doy a usted seiscientas.

El marqués se acarició la barba.

—Quizá sería esa demasiada generosidad por su parte. ¿Lo dejamos en quinientas cincuenta?

Soames movió la cabeza.

—No vamos a regatear —dijo—. Dejémoslo en seiscientas. Le doy el cheque y me llevo el cuadro. Lo colocaré en mi galería de Mapledurham.

Bajó el marqués el pie y suspiró.

—Pues le quedo muy agradecido. Y me encanta pensar que va a ir a parar a una buena casa.

—Si usted desea verlo alguna vez... —y tras decir esto, se contuvo. Un vejestorio con un pie en la Cámara de los Lores y otro en la sepultura, y no había mucha diferencia entre ambas cosas, no tendría humor para ir allí.

—Estaría encantado —dijo el marqués, con ojos interrogantes, como Soames pensaba que los llegaría a poner—. ¿Tiene usted allí electrificado todo?

—Sí —dijo Soames, sacando el talonario—. ¿Podría hacer que me llamaran un «taxi»? Si coloca usted más juntas esas naturalezas muertas, no se notará la falta del caballo.

Con aquella frase de dudoso sentido, se despidieron, y Soames, con el Morland, volvió a la calle Green en el «taxi». Dudaba un poco si el marqués no se habría quedado con él hablando de «una transacción entre caballeros». Era un viejo simpático en cierto modo, pero listo y vivo como un pájaro.

Y después, en el salón de su hija, decía:

—¿Qué es eso de que Michael está electrificando cocinas de suburbios?

Fleur sonrió y Soames no aprobó el despecho de su sonrisa.

—Sí; está metido hasta las orejas.

—¿En deudas?

—No, no... En eso de los suburbios. Lo mismo que cuando le dió por el foggartismo. Casi no le veo.

Soames lanzó una tosecita de sospecha, para sus adentros... El joven Jon Forsythe estaba presente en sus pensamientos acerca de su hija. ¿Lamentaba ella verdaderamente que Michael se dedicara a la actividad pública, o le gustaba, para así poder llevar una vida independiente y libre?

—Los suburbios necesitan que se los atienda, no hay duda —dijo—. Así encuentra tu marido en qué entretenerse.

Fleur se encogió de hombros.

—Michael es demasiado bueno para este mundo.

—No sé... —dijo Soames—. Lo que sin duda es, es demasiado confiado.

—Ese defecto no lo tienes tú, ¿verdad, papá? Tú no confías en mí ni tantico así...

—¿Que no confío en ti? Y ¿por qué no había de confiar?

—Mira: tú...

Buscó Soames refugio en el Fragonard, ¡Era viva! ¡Le había leído el pensamiento!

—Supongo que June querrá que compre un cuadro —dijo.

—Quiere que me pagues un retrato.

—¿Sí, eh? Y ¿quién es el nuevo *pobre diablo*?

—Un tal Blade, me parece.

—¡En mi vida le he oído nombrar!

—Pues ya le oirás, ya...

—Sí. Ésa es una lapa. Lo lleva en la sangre. Como se empeña en una cosa...

—¿La sangre de los Forsyte? Tú y yo también, ¿verdad?

Separó Soames la vista del Fragonard, y la llevó a los ojos de ella.

—Sí. Tú y yo también.

—¿Y no te parece hermoso? —preguntó Fleur.

VIII

PURA CASUALIDAD

Al dudar de la autenticidad del despecho que Fleur mostraba por la nueva actividad de Michael, Soames ponía el dedo muy cerca de la lapa: ella no se lamentaba en absoluto. Servía para que la atención de su marido estuviera alejada de ella, y además le separaba de preocupaciones sociológicas, como aquello del control de la natalidad, cosa para la que pensaba que el país no estaba preparado. Además, lo de los suburbios tenía algo de popular que le faltaba al foggartismo. Los barrios pobres eran algo que se hallaba a un palmo de la nariz de todos, y cosas así pueden llegar a llamar la atención hasta de los partidos políticos. Tratándose de un problema de la ciudad, los suburbios afectarían a las tres cuartas partes de los votantes. El foggartismo, que se basaba en la vida rural, afectaba solamente a una cuarta parte del censo, si bien del campo, y de que en él hubiera vida adecuada dependía el bienestar de la nación. Y Fleur, que era realista ante todo, se había dado cuenta del hecho de que lo principal para un político es el ser y el permanecer elegido. Las elecciones eran un potente electroimán que creaba un campo que afectaba toda aspiración y todo ideario político. O, al menos, debiera serlo, pues ¿no era la piedra de toque de la democracia? Además, aquel Comité que Michael estaba formando podía ser otro escalón interesante de la vida social que subir ella.

—Si necesitan un lugar donde reunirse —le había dicho a su marido—, podrían venir aquí.

—¡Formidable! —había contestado Michael—. Cerca de los Comunes y cerca de los Clubs. Muchas gracias por la idea, amiga...

Fleur había añadido con toda verdad:

—Por mi parte, encantada. En cuanto me lleve a Kit a la costa, tú puedes empezar. Norah Curfew me va a dejar su «chalet» de Loring por tres semanas pero no añadió—: Que está a unos cinco kilómetros de Wansdon.

El viernes, después de almorzar, telefoneó a June:

—El lunes me voy al mar... Esta tarde *podría* ir a tu casa, pero dijiste que Jon iba también, ¿no? Porque en ese caso...

—Él vendrá a las cuatro y media, pues tiene que tomar el tren de regreso a las seis y veinte.

—¿Su mujer también?

—No. El viene a ver los cuadros de Harold.

—¡Ah, muy bien! Entonces me parece que lo mejor será que vaya el domingo.

—Sí; el domingo es un gran día. Así Harold te verá, pues no sale nunca en domingo. Le molesta ese día.

Colgando el auricular, Fleur cogió la Guía de Ferrocarriles. Sí; había tren... ¡Qué casualidad si ella fuera ese día a hacer una inspección de la casita de Norah Curfew! June, sin duda, no mencionaría la conversación telefónica.

En la mesa no le dijo a Michael que se iba: podría querer ir él también, o al menos acompañarla a la estación. Aquella tarde tenía que ir a los Comunes. Ella le dejaría una nota diciéndole que iba a dejar seguro y dispuesto el «chalet» para el lunes. Y después de almorzar, se inclinó sobre él y le besó en la frente sin experimentar la menor sensación de falsedad. ¡Después de aquellas terribles semanas, bien merecía ver a Jon! Siempre merecía ver a Jon, ya que se lo habían quitado... Y para ayudar a pasar la tarde más de prisa, se entretuvo en colocar su ropa de dormir en un maletín, se movió incansable, por toda la casa, con las manos temblándole y rojas manchas de emoción en las mejillas. Merendó y dejó una nota con sus señas —un hotel en Nettlefold—, marchándose muy pronto a la estación Victoria. Allí, tras dar una propina para asegurar un departamento vacío, dejó el maletín en un asiento del rincón y se fué al quiosco de libros, pues por allí tendría que pasar Jon necesariamente. Y mientras estaba allí, examinando la ficción de día, todas sus facultades estaban entregadas a la realidad. Entre las sombras de su existencia, tenía ante sí hora y media de verdadera vida. ¿Quién podría condenarla por tomarlas de una Providencia generosa que se las concedía? Y si alguien la condenaba, a ella le era lo mismo. Las manillas del reloj de la estación proseguían su camino, y Fleur miraba un libro tras otro, todos ellos novelas de muchachas que se veían en situaciones

amorosas más o menos difíciles; y se preguntó si todas aquellas situaciones eran más difíciles que la suya propia. ¡Todavía faltaban tres minutos para la hora! ¿Vendría? ¿Le habría detenido aquella condenada June? Al fin, desesperada, compró una novela que se llamaba *Obbligato de violín*, que por lo menos sería moderna. Y entonces, cuando le estaban devolviendo el cambio, le vió venir corriendo. Corrió ella también e hizo que fuera él quien la descubriera.

—¡Fleur!

—¡Jon! ¿Dónde vas?

—A Wansdon.

—¡Qué casualidad! Yo voy a Nettlefold, a ver un «chalet», en Loring, para mi niño. Aquí tengo la maleta; ¡entra de prisa, que se va el tren...!

Se abrió la puerta violentamente, y ella le tendió las dos manos.

—¿Has visto qué casualidad más grande?

Jon le tomó las manos y las dejó caer bastante súbitamente.

—Vengo de ver a June... ¡Sigue lo mismo que siempre!

—Sí... El otro día estuvo a verme. Quiere que me pinte su genio de turno.

—Pues mira, otro peor podría pintarte. Yo quiero que pinte a Ana.

—¿Ahí, sí? ¿Y es suficientemente bueno... para ella?

Y sintió haber puesto un tinte de ironía en la voz. ¡No había querido empezar así! Pero tenía que empezar, tenía que hablar... De lo que fuera, pero hablar..., emplear, hablando, los labios, que de otra forma se lanzarían sobre los ojos, sobre el pelo, sobre los labios de él. Y se lanzó a hablar: el sarampión de Kit, el Comité de Michael, el *Obbligato de violín*, la escuela de Proust, los caballos de Val, la poesía de Jon, el olor de Inglaterra —tan importante para un poeta—; esos temas, otros muchos, todos los temas posibles trató... Era una conversación de loca.

—Ya ves, Jon... Tengo que hablar. He estado presa un mes entero —y mientras hablaba se daba cuenta de que perdía minutos que deberían estar transcurriendo con labios silenciosos y corazón contra corazón; sí, como decían, el corazón estaba en el centro del cuerpo. Todo este tiempo que perdía, la probóscide de su espíritu, olfateaba, buscaba la miel y el azafrán del espíritu de él. Pero ¿quedaba algo para ella, o era todo para aquella condenada muchacha americana que él había dejado en otra parte y a la que volvía? Pero Jon no daba señales de nada. Muy al contrario del Jon impulsivo de antaño, el Jon presente había aprendido a callar. Por una de esas maravillas de la memoria, que no se saben explicar, se acordaba Fleur de una vez que, siendo muy pequeñita, la llevaron a casa del tío Timoteo, en la carretera de Bayswater, a ver a su tía Ester, una figura seca y casi inmóvil, vestida de negro encaje Victoriano adornado de

azabache y sentada en una silla, victoriana también, que decía con voz lánguida a su padre: «Ah, sí... Tu tío Jolyon, antes de casarse, estuvo muy enamorado de nuestra amiga Alicia Read; pero estaba tísica, y él comprendió que no podía casarse con ella. No hubiera sido prudente, por los hijos que hubieran podido tener... Y ella se murió, y él se casó con Edith Moor.» ¡Mira que al cabo de los años acordarse de aquello! Y miró a Jon. El viejo Jolyon, como le decían en la familia, fué su abuelo. Ella había visto su retrato en el álbum de Holly: una frente abombada, un bigotazo blanco, los ojos profundamente hundidos, como los de Jon. «¡No hubiera sido prudente!» ¡Qué frase más victoriana! ¿Era Jon Victoriano también? Le parecía que nunca iba a saber cómo era Jon. Y se sintió de repente cauta. Un solo paso más lejos de lo debido, o precipitado, y se quedaría otra vez sin él y definitivamente. Jon no era moderno, no... Bien pudiera ser que su actitud para con ella fuera algo definitivo, absoluto, no momentáneo ni relativo. Y a ella lo absoluto le era extraño y le aterrorizaba. Pero no en vano había pasado seis años esclava de la vida de sociedad para no saber ajustarse rápidamente a cualquier nuevo papel. Empezó a hablar con más calma, casi arrastrando las palabras; hizo que su mirada fuera fría y desapasionada. ¿Qué pensaba Jon de la educación de los niños? Debería tener criterio formado, pues cuando menos lo pensase, él se encontraba con un hijo... Y le dolía decir aquello, y mientras lo decía escrutaba su cara; pero no pudo deducir nada.

—Nosotros hemos inscrito a Kit en el Winchester. ¿Tú crees en los colegios, Jon? ¿O te parecen que su organización está anticuada?

—Sí. Pero además son buena cosa.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir que yo mandaré allí al chico.

—Ya te entiendo —dijo Fleur—. La verdad es que has cambiado mucho, Jon. Hace seis años no hubieras dicho eso.

—Tal vez no. Pero el estar fuera de Inglaterra le hace a uno pensar cosas más sensatas. Las ideas no pueden ser fantásticas, y en Inglaterra no lo son, y ese es el mayor encanto que tiene.

—Yo no me meto en cómo deben de ser las ideas —dijo Fleur—. Pero no me gusta la estupidez. Y en los colegios...

—Claro, claro... Muchas cosas se secan y se pierden en ellos. Pero es que tienen que perderse.

Fleur se inclinó hacia adelante, y con un deje de malicia preguntó:

—¿Es que te has vuelto moralista, hijo?

Jon contestó muy comedido:

—Pues no..., lo que es de razón, nada más.

—¿Te acuerdas de nuestro paseo por el río?

—Ya te lo dije... Me acuerdo de todo.

Fleur evitó llevar la mano al corazón, que le saltaba.

—Casi reñimos porque yo dije que odiaba a la gente por su crueldad estúpida, y que había que dejarla que se cociera en su propia salsa.

—Sí; y yo decía que me daban lástima. ¿Y qué?

—La represión es estúpida, Jon, y tú lo sabes. Por eso dudo de los colegios, porque la practican y la enseñan.

—Son útiles socialmente, Fleur.

Frunció Fleur los labios. No le importaban los colegios ni sus enseñanzas, pero se haría la resentida; su enfado sería una buena carta que jugar.

—Sí, ya lo sé... Soy una *snob*... Ya me lo han llamado públicamente.

—¿Cómo?

—Sí; ya sabes que hubo juicio y todo ante los tribunales.

—Pero ¿quién pudo atreverse...?

—Es una vieja historia, pero tú lo sabes bien... Francis Wilmot te habrá dicho...

Jon hizo un gesto de protesta.

—Fleur, no pensarás...

—¿Cómo que no pensaré? —. ¡Sí; tenía un triunfo en su baza!

Jon le cogió la mano.

—Fleur, di que sabes que yo no sabía nada...

Fleur se encogió de hombros.

—Hijo mío, has vivido demasiado tiempo entre primitivos. Aquí nos apuñalamos los unos a los otros a cada instante, y no pasa nada.

Dejó él casi la mano de ella, y ella le miró entre las pestañas.

—Sólo quería hacerte rabiar, Jon. A los hombres primitivos hay que hacerles rabiar de vez en cuando. *Parlons d'autre chose*. ¿Has encontrado ya sitio para tus cultivos?

—Casi, casi.

—¿Dónde?

—A unos cuatro kilómetros de Wansdon, en la parte sur de los Downs... Se llama «Granja de la Colina Verde». Buena para fruta. Mucha hierba. Y buen terreno para arar.

—Debe de estar junto a donde yo voy a ir con Kit. Está junto al mar, sólo a cinco kilómetros de Wansdon. No, Jon... ¡No te alarmes! Estaremos allí, lo más tres semanas.

—¡Alarmarme! Me parece estupendo. Ya te veremos allí. Tal vez podamos encontrarlos en Goodwood.

—Estoy pensando...—. Fleur se detuvo, y de nuevo le miró disimuladamente—. Estoy pensando que podemos seguir siendo amigos, ¿verdad, Jon?

Jon contestó, sin levantar la vista:

—Espero que sí.

Si se hubiera aclarado su cara y la voz le hubiera salido más cordial, ¡cuán diferente... cuanto más reposado hubiera sido el latir del corazón de ella!

—Pues muy bien —dijo Fleur—. He querido decirte eso desde el día de Ascot. Las cosas son como son, y no hay que darles vueltas. La edad del romanticismo ya pasó.

—¡Ejem!

—¿Qué quieres decir con ese ruido tan raro?

—Me parece tontería hablar de si las edades son así o asá. Los sentimientos humanos son siempre los mismos.

—¿De veras que piensas eso? Yo creo que la vida que cada uno lleva afecta a sus sentimientos. Nada vale la pena, nada vale más que una lágrima o dos, Jon. He descubierto eso. Pero se me olvidaba... Tú odias el cinismo. Háblame de Ana. ¿Todavía le gusta Inglaterra?

—Le encanta. Es que ella es meridional, y el Mediodía todavía conserva allí muchas cosas de antes. De Inglaterra le gustan los pájaros, el verdor, los pueblos... No siente nostalgia. Y también le gusta montar a caballo.

—Supongo que cogerá rápidamente el acento inglés...

Y ante su mirada puso una carita inocente.

—Me gustaría que tú la apreciaras —dijo él, pensativo.

—Desde luego que me gustará en cuanto la trate.

Pero una ola de desprecio le pasó por el corazón. ¿De qué pensaba él que estaba hecha? ¡Apreciarla! ¡Una mujer que le abría los brazos, que sería la madre de sus hijos...! ¡Apreciarla! Y otra vez empezó a parlotear. Y el resto del

camino hasta Pulborough, donde Jon descendió del tren, se sintió agobiada. Y allí, como casualmente, temblándole los labios, le dijo con mirada inocente:

—*Au revoir*, entonces. Hasta Goodwood, si no nos vemos antes. ¡Este encuentro ha sido pura casualidad!

Después, cuando se dirigía a su hotel en un coche de estación, el aire oliéndole a ostras, tuvo que apretar los labios y que cerrar los ojos para no llorar.

IX

JON

Y Jon, en los cinco kilómetros que le faltaban para llegar, se repetía la letra de la vieja canción inglesa, que se le había metido dentro y no podía dejar de cantar:

*¡Qué feliz que sería con cualquiera,
si la otra dulce niña no estuviera!*⁴⁷

Había llegado a gran confusión, contraria a su criterio, que en frío le hacía ver las cosas con limpia claridad, pero de acuerdo con su natural leal e impulsivo. Fleur había sido su primer amor; Ana, el segundo. Pero Ana era su mujer y Fleur la mujer de otro. Un hombre no podía estar enamorado de dos mujeres a la vez. Así, estuvo a punto de llegar a la conclusión de que no estaba enamorado de ninguna. ¿Por qué le acosaban aquellos sentimientos tan extraños? No se le ocurría una manera francesa o inglesa de considerar su situación. Se había casado con Ana, quería a Ana... ¡Pues ya estaba todo resuelto! Sin embargo, según caminaba por una veredita de hierba junto a la carretera, pensaba en Fleur casi exclusivamente. Ella no le engañaba; aunque fingiera amistad, se daba cuenta de que en ella persistían los viejos sentimientos de antaño por él, como percibía también que en él quedaba todavía algo de la misma índole, por ella. Pero desde luego que quería a su mujer. Y como muchos hombres en circunstancias similares, decidió hacer lo que era debido, o mejor dicho: hacer lo que creía debido, o al menos no hacer lo que a su juicio estaba mal. Y el problema no era diferenciar el bien del mal, sino otro más sencillo: en tener de sus pensamientos el control necesario, como lo había tenido siempre, pero que ahora le fallaba. Después de todo, no era una falta que pudiera achacarse el haber estado enamorado de Fleur, ni tampoco que ella hubiera estado enamorada de él. Tampoco era una falta amar el solar nativo, y cansarse

⁴⁷ En inglés: «How happy could I be with either, —Were t'other dear charmer away!». Literalmente: «¡Qué feliz podría yo ser con una (este una está de más) cualquiera, —si la otra deliciosa hechicera estuviera lejos!». (Nota de los traductores)

de estar lejos, y volver de nuevo a él. Ni era falta tampoco el haberse enamorado por segunda vez y haberse casado con la que amaba. Ni tampoco que al haberse vuelto a encontrar con Fleur hubiera reverdecido algo sus primeros sentimientos. Pero no dejaba de disgustarle aquella doble intención afectiva de su corazón; y andaba a ratos despacio, a ratos de prisa, recibiendo el sol en la nuca, siempre hipersensible desde su insolación en Granada. Y se detuvo ante una verja, a contemplarla y a contemplar la belleza del paisaje inglés, pues el haber estado fuera de Inglaterra tiempo no le había hecho olvidarlo y olvidar regocijarse en su contemplación.

Aunque era ya el primer día del torneo entre Eton y Harrow, que su padre había ido a ver siempre tan puntualmente, la cosecha casi no se había terminado, y el olor del heno apilado en almiarés llenaba el aire. Los Downs se extendían ante él, hacia el Sur, con sus pendientes orientadas al Norte, todavía iluminadas por el sol. Algún ganado rojo del Sussex se hallaba junto a los árboles próximos a la verja, ramoneando y agitando suavemente colas y cabezas. Una paz densa pervadía el ambiente. El cereal de un campo cercano tenía un color no terreno, entre verde y oro, bajo los rayos oblicuos ya del sol. Y en la belleza reparadora de la tarde, Jon percibió la fuerza destructiva del amor..., una emoción dulce, pero inquietante, que podía privar a la naturaleza de su color y su paz; que hacía a quienes lo padecían una carga para sus semejantes y a ellos mismos seres inútiles para la vida cotidiana. ¡Trabajar..., trabajar y descansar en la naturaleza! ¿Por qué no podía él hacer eso y escaparse a todo lo demás, escapar a las mujeres?

¿Debería decirle a Ana que se había encontrado con Fleur? No decírselo era aumentar importancia al encuentro; pero decírselo le era desagradable. Y entonces se dió de manos a boca con Ana, sin sombrero, sentada en un muro, con las manos en el bolsillo de su chaquetón. Le miró tranquila y con sinceridad.

—¡Bájame de aquí, Jon!

La cogió en peso, y la bajó lentamente. Y casi sin haberla dejado en el suelo le dijo:

—¿Sabes con quien he venido en el tren? Con Fleur Mont. Nos tropezamos en la estación Victoria. Va a llevar a su niño a Loring, a que se reponga allí una temporadita.

—Lo siento...

—¿Por qué?

—Porque te quiero, Jon—. Y levantó la cara de forma que su naricilla parecía amenazarle.

—Pues me parece... —comenzó a decir Jon.

—Lo que parece, y es verdad, es que ella está también enamorada de ti. Me di cuenta en Ascot. Y eso es lo que siento. Yo no tengo la culpa si soy anticuada.

—A mí me parece muy bien que lo seas. También lo soy yo.

Le miró con sus ojos no totalmente europeos, no del todo americanos, y le pasó el brazo por la cintura.

—Rondavel no quiere comer. Greenwater está muy alarmado.

—M-u-y, Ana.

—Bueno, yo no puedo pronunciar «muy» como tú, ni tú tampoco puedes pronunciarlo como yo⁴⁸.

—Bueno, pero es que me has dicho que te corrija. ¿Por qué no hablas con tu propio acento, y en paz?

—Porque quiero hablar como tú.

—Entonces di quie-ro bien dicho.

—¡Otra!

—Pero no te enfades... ¿No es tu acento tan bueno como el mío?

Ana le soltó.

—Tú no crees eso. Estabas contentísimo cuando acabaste de tener que oír a todas horas el acento americano.

—Hombre... Es natural que a uno le guste el acento de su tierra.

—Bueno, pues yo quiero hablar el acento de Inglaterra. Según la ley, soy ahora inglesa, y también lo soy por sangre, pues todos mis ascendientes, menos una bisabuela francesa, fueron ingleses. Y si tenemos hijos serán ingleses; y vamos a vivir en Inglaterra. ¿Vamos a quedarnos, por fin, con la granja de la Colina Verde?

—Sí. Y voy a dejarme de juegos. Ya he jugado dos veces, y ésta tiene que ser la definitiva.

—Pero en Carolina del Norte no jugabas.

—No es que jugara... Pero esto es diferente. Allí no importaba, pues, ¿qué son allí los melocotones? Pero aquí sí que tienen su importancia, y mucha... Aquí pueden dar dinero, y voy a sacárselo.

—¡Estupendo! —dijo Ana—. O, mejor dicho, espléndido...

⁴⁸ Seguramente sabe el lector que no sólo hay grandes diferencias de pronunciación y hasta, de sintaxis entre el inglés y el americano. Se atribuye a G. B. Shaw la siguiente frase: «Ingleses y americanos nos diferenciamos en muchas cosas, pero más que nada en el idioma.» (*Nota de los traductores*)

—Además, voy a cultivar tomates, cebollas, espárragos e higos. Y quiero trabajar la tierra arable para sacarle todo lo que puede dar. Y si se presenta ocasión de comprar más terreno, pues lo compro.

—¡Jon! ¡Qué energía!—. Y le cogió por la mandíbula.

—Ya verás, ya verás si hablo por hablar...

—Yo me encargo de la casa... Ya verás qué bonito lo tengo todo.

—Pues muy bien, trato hecho.

—Entonces dame un beso.

Viendo sus labios entreabiertos y sus ojos que le miraban con aquella ligerísima insinuación de bizquera, que los hacían tan atractivos, Jon pensó: «Es muy sencillo. *Lo otro* es absurdo, completamente absurdo.» Y la besó en la frente y en la boca. Pero cuando lo estaba haciendo le parecía oír a Fleur que decía: «*Au revoir!* Esto ha sido pura casualidad...»

—Vamos a ver qué le pasa a *Rondavel* —dijo.

Cuando llegaron a la cuadra, el potro estaba apoyado contra la pared, contemplando de mala gana una zanahoria que le ofrecía Greenwater.

—¡Nada! —dijo éste—. ¡No hay nada que hacer en Goodwood! El animal está malo.

Fleur había dicho: «Hasta la vista en Goodwood, si no nos vemos antes,»

—Tal vez es una cosa pasajera, Greenwater —dijo Ana.

—No, señora; el potro tiene fiebre. Pero ganaremos con él la Middle Park Plate...

Jon le pasó la mano por el anca, y dijo:

—¡Pobre hombre! Con tocarle nada más se nota que está enfermo.

—Eso es —dijo Greenwater—. ¿Pero dónde ha cogido la enfermedad? Por aquí no hay ningún caballo enfermo, que yo sepa. ¡No hay en el mundo nada más difícil que un caballo! No le entrenamos para Ascot, y va y gana. Le entrenamos para Goodwood, y no puede correr. El Sr. Dartie quiere que le demos un potingue surafricano, que yo no conozco ni de oídas.

—Allí los caballos tienen muchas enfermedades —dijo Jon.

—Mire —dijo el entrenador, haciéndole cosquillas en las orejas—. Ha perdido el nervio. Parece como si tuviera fiebre de frambuesa, claro que fuera de estación. Daría algo por saber cómo ha cogido esto...

Los dos jóvenes se marcharon, dejándole junto al decaído caballo, con cara de preocupación, tratando de adivinar lo que experimentaba su favorito.

Aquella noche, Jon subió a acostarse divertido por las opiniones de Val sobre el comunismo, el Partido Laborista, las condiciones inherentes a la casta de *Paloma Dormida*, adornado todo con una interesante disertación sobre las enfermedades equinas en África del Sur. Entró en el dormitorio apagado. Una figura blanca estaba junto al balcón. Se volvió al entrar él y le echó los brazos al cuello.

—Jon, no tienes que dejar de quererme.

—¿Pero por qué voy a dejar de quererte?

—Porque los hombres sois así. Y como no está de moda ser fiel...

—¡Bah! —dijo Jon dulcemente—. Está lo mismo de moda que siempre.

—Me alegro de que no podamos ir a Goodwood. Me da miedo de ella. Es muy lista...

—¿Fleur?

—Tú la quisiste, Jon. Me doy cuenta, lo siento en los huesos. Me lo debías de haber dicho.

Jon se inclinó a su lado sobre la barandilla.

—¿Por qué? —le preguntó oscuramente.

Ella no contestó. Quedaron uno junto al otro en la cálida noche, mientras alguna polilla revoloteaba en torno a sus cabezas, un chotacabras rompía con sus chillidos el silencio, junto con el ruido de alguna coz de algún caballo despierto en las cuadras. De pronto, Ana extendió la mano:

—Por allí, en alguna parte..., ella está despierta, pensando en ti, llena de amor por ti, Jon... Me siento desgraciada...

—¡Pero no seas rara, rica!

—Es que me siento desgraciada, Jon.

Como una niña grandona, se refugió en sus brazos, esbelta y suave, con la mejilla pegada a la de él, y una orejita rozándole la nariz. Y de sus labios salió con vehemencia:

—¡Quiéreme!

Pero cuando ella ya dormía, Jon estaba despierto. La luz de la luna entraba en el cuarto, y había un fantasma... Un fantasma con un vestido de Goya, que daba vueltas y vueltas, sujetándose la falda con los dedos, mirándole y llamándole con la mirada y con los labios, que parecían decir: «¡Y a mí también! ¡Y a mí también!»

Se apoyó en el codo y se alzó un poco, mirando la figura oscura de Ana, dormida junto a él. ¡No! ¡Ella estaba allí... y nadie más que ella! Desecharía fantasmas, quedándose sólo con la realidad, con la realidad...

X

AQUELLO Y ESTO

El lunes siguiente al desayuno, dijo Val a Holly: —¡Escucha esto!:

Amigo Dartie: Creo que puedo hacerte un gran favor. Ha llegado hasta mí algo referente a tu «Paloma Dormida» y a tu cuadra. Se trata de noticias que valen más de las cincuenta libras que estoy seguro te sentirás inclinado a pagarme por transmitírtelas. ¿Vas a venir a Londres este weekend? Si fuera así, podrías verme en el Brummell. O, si te parece mejor, yo iría a la calle Green. Es asunto de importancia vital, puedes creerme.

Sinceramente,

Aubrey Stainford.

—¡El pájaro ese otra vez!

—No hagas caso, Val.

—No sé lo que será mejor —dijo Val, preocupado—. Alguna pandilla se está interesando demasiado en el potro. Greenwater está ya loco. Creo que lo mejor será que procure ir al fondo de la cuestión, a ver qué pasa.

—Entonces consulta primero a tu tío. Todavía está en casa de tu madre.

Val puso cara de contrariedad.

—Sí —insistió Holly—, pues él sabrá lo que puedes hacer y lo que no. No puedes ponerte a tratar sin ninguna ayuda con gente así.

—Está bien entonces. De algo malo se trata, estoy seguro. Alguien sabía todo lo referente al potro en Ascot.

Tomó el tren de la mañana y llegó a casa de su madre a la hora de almorzar. Ella y Annette estaban comienzo fuera, pero Soames estaba en casa. Tendió la mano fríamente a su sobrino.

—¿Están ese pollo y su mujer todavía con vosotros?

—Sí —dijo Val.

—¿Es que no se va a poner a hacer nada por fin?

Al enterarse de que Jon iba a hacer algo Soames gruñó:

—Negocios de granjas... ¡en Inglaterra! ¿Por qué le ha dado por eso? Ganas de tirar el dinero. Mejor sería que se volviera a América o que se fuera a cualquier otro sitio, a África del Sur, por ejemplo. Su hermano de padre murió allí.

—No quiere dejar más Inglaterra, tío Soames. Parece que le ha dado por el sentimiento patriótico.

—Todos los jóvenes forsyteanos son más que unos aficionadillos al trabajo. ¿Cuánto vendrá teniendo al año?

—Lo mismo que Holly y que la media hermana... unas dos mil, mientras viva su madre.

Soames se quedó mirando fijo su vaso de vino, y sacó de él un trocito infinitesimal de corcho. ¡Su madre! Estaba en París otra vez, había oído. Ella tendría tres mil al año, por lo menos. Se acordó de cuando no tenía nada, sino cincuenta miserables libras anuales, que, sin embargo, eran demasiadas, pues le metían en la cabeza la idea de independencia y libertad. ¡Otra vez en París! ¡El Bosque de Boulogne, la Niobe verde...! Se acordaba perfectamente de aquello, de aquella escena...

—¿Y a qué has venido tú? —le dijo a Val.

—Mira esto, tío Soames.

Se ajustó Soames los lentes que había empezado a usar para leer; leyó la carta y la devolvió a su sobrino.

—Ya he visto yo sinvergüenzas en mi vida, ya; pero el pollo éste...

—¿Qué me aconsejas hacer?

—Echar la carta al cesto de los papeles.

Val meneó la cabeza.

—Stainford se presentó a verme en Wansdon. Yo no le dije nada, pero ya te acordarás de lo poquísimo que sacamos en Ascot apostando por *Rondavel*, y eso que era la primera vez que corría. Y ahora el potro está malo, precisamente antes de Goodwood. Hay algo raro en la cosa...

—¿Qué vas a hacer entonces?

—Yo creo que lo mejor sería verle. Si quisieras estar tú presente para evitarme hacer el ridículo...

—Pues no sé... Ese tipo es el rufián más tranquilo y más fresco que me he topado en la vida.

—De casta le viene al galgo, tío...

—Pues..., dile que venga aquí, si te decides a verle. Pero retira todo lo que haya y que Smither guarde los paraguas del perchero.

Habiendo despedido a Fleur y a su nieto, que se iban al mar, aquella mañana Soames se sentía deprimido, especialmente desde que vió en un mapa que estaría muy cerca de Wansdon y del hombre que ocupaba siempre el fondo de sus pensamientos. Y la idea de un encuentro con «el rufián» de Stainford le animó como una posible distracción. Y tan pronto como se despachó el recado, tomó una silla desde donde podía ver la calle. Pensándolo mejor, no había hablado de los paraguas... No le pareció muy digno, pero los había contado. El día estaba cálido y lluvioso, y por la ventana abierta de aquel comedor de planta baja, el aire de la calle Green entraba húmedo y cargado.

—¡Ahí viene! ¡Y qué languideces se trae el rufián! —dijo de pronto.

Val se puso tras la silla de su tío. Soames se sintió desasosegado. Aquel individuo y su sobrino habían estado juntos en el colegio. ¡Dios sabría qué otras faltas comunes tendrían!

—¡Caramba! —oyó murmurar a Val—. Parece estar enfermo.

El «rufián lánguido» llevaba el mismo traje oscuro y el mismo sombrero, y se movía con la distinción de siempre. Las cejas alzadas y los párpados entornados despreciaban, como siempre, las amargas señales de hambre que llevaba en la cara. Y aquel indefinible aspecto de alma condenada, perdida para todo menos para demostrar desprecio de toda emoción, despertó en Soames, como lo hiciera antes, una extraña insinuación de simpatía.

—Dale un trago, antes de nada —dijo.

Val se dirigió al aparador.

Oyeron sonar el timbre y voces en el *hall*; después, Smither, excitada y roja, entró, con gesto deprecatorio.

—¿Pero van a recibir al caballero ese que se llevó aquello?

—Hágale pasar, Smither.

Val se volvió hacia la puerta. Soames siguió sentado.

El «rufián lánguido» entró, hizo una inclinación a Val y levantó las cejas a Soames, diciendo:

—¿El señor Forsyte, si no me equivoco?

—¿*Whisky o brandy*, Stainford?

—Muchas gracias, *brandy*...

—Fumas, ¿verdad? Creo que querías verme. Mi tío es mi abogado.

Soames vió a Stainford sonreírse, como diciendo: «¿Ah, sí? ¡Qué gente tan divertida!» Encendió el cigarro que le ofrecían y todos quedaron en silencio.

— ¿Y qué hay? — dijo Val por fin.

— Siento mucho que tu potrillo esté enfermo, Dartie.

— ¿Cómo sabes tú eso?

— ¡Precisamente! Pero antes de que te lo diga, tienes que darme cincuenta libras y tu palabra de que no mencionarás mi nombre.

Soames y su sobrino se quedaron mirándole en silencio. Al fin dijo Val:

— ¿Y qué garantía tengo yo de que tu información vale cincuenta libras, ni cinco?

— El hecho de que yo sepa que tu potro está enfermo.

Aunque no conocía los secretos del hipódromo, Soames comprendió que el pájaro tenía razón.

— ¿Quieres decir que conoces dónde está el mal que me hacen?

Stainford asintió.

— Hemos sido compañeros de colegio — dijo Val —. ¿Qué piensas que haría yo si supiera una cosa semejante de una cuadra tuya?

— Mi querido Dartie, no hay analogía... Tú eres un hombre de medios y yo no.

Soames tragaba saliva.⁴⁹

— Cincuenta libras es mucho — dijo Val —. ¿Vale tanto tu información?

— Sí; te doy mi palabra de honor.

Soames tosió con retintín.

— Si te compro el secreto, el daño no se repetirá, ¿eh?

— Es altamente improbable que te toque dos veces seguidas la china.

— Es que me resisto a creer que me haya tocado una.

— Pues mira, ya lo ves...

Soames vió que su sobrino se acercaba a la mesa y empezaba a contar billetes.

— Dime primero lo que sabes y te doy las cincuenta, si tu información tiene verosimilitud. No mencionaré tu nombre.

⁴⁹ En el original la frase es "*Trite expressions were knocking against Soames' palate. He swallowed them. What use in talking to a chap like this!*" que se podría traducir como "*Las triviales expresiones le chocaban a Soames y tenía que tragárselas*". *¿De qué sirve hablar con un tío como este?*". (N. de la R.)

Vió Soames que levantaba las lánguidas cejas.

—Yo no soy tan desconfiado como tú, Dartie. Echa a la calle a un muchacho llamado Sinnet... Ése es el que te pone enfermo al caballo.

—¿Sinnet? —preguntó Val—. El mejor chico que tengo empleado... ¿Qué pruebas tienes?

Stainford sacó un papel sucio y se lo dió. Val leyó en voz alta: «El potro gris ya está malo para no poder correr en Goodwood.» Repitió: «Ya está malo...» ¿Eso quiere decir que le ha hecho ponerse malo, que le ha dado algo él...?

Stainford encogió los hombros ligeramente.

—¿Puedo quedarme con este papel? —preguntó Val.

—Si me prometes no enseñárselo a ese muchacho...

Asintió Val y se lo guardó.

—¿Conoces su letra? —preguntó Soames—. Todo esto es muy raro...

—Todavía no la conozco... —Y ante el horror de Soames, Val dió al otro el dinero. El suspiro que dió Stainford se oyó claramente. Val dijo de pronto—: ¿Te encontraste con él el día que viniste a verme?

Stainford sonrió débilmente, se encogió de hombros y se dirigió a la puerta, diciendo:

—Adiós, Dartie.

Soames se quedó con la boca abierta. ¡Se había ido el pájaro!

—¡Pero hombre! —exclamó—. ¡No dejes que se vaya así como así! ¡Es monstruoso!

—¡Es divertidísimo! —dijo Val, echándose a reír—. ¡Divertidísimo!

—Sí, divertidísimo —comentó Soames—. No sé dónde va ir a parar el mundo.

—No importa, tío Soames. Se me ha llevado cincuenta libras, pero vale la pena el darlas. ¡Sinnet, el mejor empleado que tengo!

—Corromper a uno de tus hombres y además sacarte los cuartos... ¡Es ya lo último!

—Sí, es lo último... Bueno, ahora me voy a Wansdon, a echar a patadas al granuja ese.

—No tengas ningún escrúpulo con él. Y si yo fuera tú, le diría cómo había llegado a enterarme.

—Pues no sé todavía... Stainford es un sinvergüenza, pero me parece que le mantendré la palabra que le he dado.

—Tú verás..., pero debiera estar en la cárcel.

Con estas palabras salió al *hall* y contó los paraguas. No faltaba ninguno, y cogiendo el suyo, salió. Necesitaba aire, Con excepción de que aquel asunto de Elderson, había defendido poco la deshonestidad en su vida, y cuando la había disculpado, había sido tratándose de gente de clase baja. A un pobre diablo se le podían perdonar ciertas cosas, incluso cuando se tratara de un empleado o criado. Tenían tentaciones y carecían de una tradición en que apoyarse. ¿Pero a dónde iba a llegar el mundo si no se podía confiar en un caballero en asuntos de honradez? Todos los días se sabían escándalos de aquellos, y por cada uno que iba a los tribunales podía estarse seguro de que una docena se habían callado. Y si se tenían en cuenta todos aquellos contratistas, agentes, comisionistas, corruptores de la Policía, era ya para volverse loco. Se reirían del pasado, y era verdad que ahora había mayores tentaciones; pero el tipo de persona sencilla y leal que se contentaba con lo que ganaba parecía haber desaparecido del mundo. La gente tenía que llegar a lo que fuera, y no tenía paciencia para esperar que sus aspiraciones se cumplieran en plazos naturales. ¡Tenía todo el mundo tanta prisa para obtener el bien, o, mejor dicho, el mal...! El caso era sacar dinero como fuera... No había más que ver los remedios que se vendían, los libros que se publicaban, sin decencia ni verdad en una sola de sus páginas. ¡Pues, y los anuncios! ¡Santo Dios, cómo andaba todo!

En estas tristes reflexiones había llegado a Westminster. Podía llegarse a South Square, a ver si Fleur había telefoneado ya su llegada a la playa. En el *hall* vió que había ocho sombreros de diferentes formas y colores en el perchero. ¿Quién demonios habría allí? Del comedor venía el son de voz peculiar de quien está pronunciando un discurso. Alguna de las reuniones de Michael, sin duda, eso que el sarampión todavía anidaba en la casa...

—¿Qué pasa aquí? —preguntó a Coaker.

—Algo de los suburbios, creo, señor. Oí al señorito decir que los iban a arreglar muy bien.

—No ponga mi sombrero con esos —dijo Soames—. ¿Sabe si hay algún recado de la señorita?

—Sí, señor. Tuvieron un buen viaje. El perrito es el que creo que se ha mareado. No puede estar sin libertad.

—Bueno —dijo Soames—. Voy a subir a esperar en el despacho.

Al llegar allí vió una acuarela sobre la mesa: un árbol con grandes hojas verde oscuro y frutas doradas redondas, sobre una especie de fondo plata. Pintura rara, de principiante, pero que tenía algo que chocaba. Debajo reconoció la letra de su hija:

«*La Manzana de Oro. F. M., 1926.*»

La verdad es que no tenía idea de que se desarrollara bien en la acuarela... ¡Qué lista era aquella niña! Y alejó bien el cuadro para poderlo apreciar. ¿Manzana? ¡Fruta de pasión, más bien! ¡De un tamaño exagerado! Totalmente incomible, con aquel resplandor como de linterna... ¡Fruta prohibida! De aquella debiera ser de la que Eva le dió a Adán. ¿No sería una pintura símbolo, que reflejara precisamente sus pensamientos? Y frente a ella se quedó parado, triste.

Le sacó de su éxtasis el ruido que hizo Michael al abrir la puerta.

—¡Hola, señor! —le saludó.

—¡Hola! —replicó Soames—. ¿Qué es *esto*?

XI

ARREGLANDO LOS SUBURBIOS

En una era gobernada casi exclusivamente por Comités, Michael sabía que leyes humanas gobiernan los Comités mismos. Un Comité no debe reunirse inmediatamente después de comer, pues entonces sus miembros se duermen; tampoco antes, pues sus miembros se hacen excitables y se ponen nerviosos. Hay que dejar que los que forman un Comité digan todo lo que les venga en gana, sin dirección ni control, hasta que cada uno se harte de oír a los demás. Pero tiene que haber uno, el presidente a ser posible, que hable poco y piense bastante, y que esté bien despierto cuando se llega al momento de tomar una decisión, o sea cuando todos los demás están cansados y aceptan lo que esa persona prudente les propone.

Habiéndose buscado la colaboración de un obispo y de sir Godfrey Bedwin, especialista en enfermedades del pecho, y habiendo fracasado con su tío Lionel Charwell, que se había olido el trabajo que iban a dar a su mujer, lady Alison, Michael convocó la primera reunión a las tres del mismo día en que Fleur partió para la costa. Hilario estaba presente, y también una joven taquígrafa, para levantar acta de la reunión. Todos asistieron, y cayeron en animada conversación alrededor de la mesa española. Veía claramente Michael que el obispo y sir Timoteo Fanfield esperaban ser elegidos presidentes; y le dió una patada a su padre por debajo de la mesa, temiéndose que uno de ellos fuera a proponer al otro en la esperanza de que el otro le propusiera a él. Sir Lawrence murmuró:

—Hijo, que es mi espinilla...

—Ya lo sé, ya... ¿Pero cómo haríamos...?

Dejando caer el monóculo, sir Lawrence dijo:

—Ya verás...: ¡Caballeros! Propongo al Squire para la presidencia. ¿Apoya mi propuesta, marqués?

El marqués asintió.

El golpe fué bien recibido, y el Squire pasó a la cabecera de la mesa. Habló como sigue:

—Yo no voy a andarme con rodeos. Ustedes saben del asunto que nos congrega tanto como yo, que es poco menos que nada. La idea es totalmente del señor Hilario Charwell, aquí presente. Así, pues, le ruego que nos explique todo. Los suburbios son una cosa terrible, y todo lo que podamos hacer para destruir esta gran molestia estará bien hecho. ¿Quiere usted darle a la lengua ya, señor Charwell?

Hilario se lanzó al momento en una calurosa, aguda y completa exposición de sus criterios, insistiendo particularmente en un problema «hasta el presente confiado casi en exclusiva a Comisiones Municipales y entidades oficiales». Que había hecho impresión en sus oyentes quedó al instante demostrado por los murmullos que su peroración despertó. El Squire, que estaba sentado con las piernas estiradas y la cabeza echada atrás, las rodillas separadas y los codos en los costados, preguntó:

—¿Podemos fumar, Mont?—. Y rehusando los cigarros y cigarrillos que Michael le ofreció, llenó su pipa y fumó en silencio varios minutos.

—Entonces, todos estamos de acuerdo —dijo repentinamente— en que lo que tenemos que hacer es constituir ese fondo nacional.

Como nadie había expresado aún opinión alguna, el acuerdo fué tomado con facilidad.

—En tal caso, lo que hemos de hacer es redactar un manifiesto a la opinión—. Y señalando con la pipa a sir Lawrence, añadió—: Usted que maneja bien la pluma, Mont, ¿por qué, junto con el obispo y Charwell, no se mete en otra habitación, y entre los tres nos redactan un borrador del manifiesto? Y que sea fuertecito, fuertecito...

Cuando los tres designados se hubieron retirado, la conversación por grupos volvió a resurgir. Michael oía cómo el Squire y sir Godfrey Bedwin hablaban de enfermedades de los perros, y cómo, el marqués y el Sr. Montross trataban de la electrificación de la cocina del último. Sir Timoteo Fanfield miraba el Goya. Era un hombre delgado y alto, de unos sesenta años, con nariz aguileña y cara morena, y grandes bigotes blancos, que había pertenecido al arma de Caballería.

Un poco asustado de su posible veredicto del cuadro de Goya, Michael dijo apresuradamente:

—Parece, sir Timoteo, que la huelga del carbón no se resuelve.

—No; habría que fusilarlos. Yo soy partidario de los obreros, pero a sus líderes habría que fusilarlos mañana mismo.

—¿Y qué me dice de los propietarios de las minas?

—Fusilaría a sus líderes también. No tendremos paz industrial hasta que no fusilemos a unos cuantos. El hecho es que durante la guerra no hemos fusilado a la mitad de los que debiéramos. Conservadores, comunistas, acaparadores... Todos habrían de ir al paredón.

—Me satisface mucho que haya aceptado pertenecer al Comité... Necesitábamos a alguien con energía.

—¡Ah! —dijo sir Timoteo, señalando con la barbilla al Squire—: Entre nosotros: ése es un poco demasiado moderado. A esos granujas hay que apretarles el pescuezo Yo conocía a un pillo que era dueño de medio suburbio, y que tuvo el valor de pedirme dinero para unas Misiones en China... Le dije al sinvergüenza que merecía que lo fusilasen. Y al muy bandido no le pareció bien.

—¿No? —preguntó Michael. Y en este momento la joven dijo que si tenía que taquigrafiar aquello. Michael le dijo que todavía no.

Sir Timoteo seguía mirando el Goya.

—¿Retrato de alguien de su familia? —preguntó.

—No —dijo Michael—. Es un Goya.

—¡Diablo! Goya será el femenino de *goy*, que en judío quiere decir cristiano. Mujer cristiana entonces, ¿no?

—No, sir. Goya es el nombre del pintor español que lo hizo.

—No tenía idea que hubiera más pintores españoles que Murillo y Velázquez... Ya no se ven pintores así hoy día, ¿eh? Todos estos pintores modernos merecen ser torturados. ¿Entiende usted algo de hormigas?

—Pues no, señor. Sólo sé que son muy laboriosas.

—Yo las he estudiado a fondo. Venga un día a mi casa, en Hampshire, y verá mis preparaciones microscópicas de hormigas... Son los insectos más interesantes del mundo—. Después, en voz baja, preguntó:

—¿Con quién habla el vejestorio del marqués? ¡El hombre de la goma! Parece judío. ¿Y qué pito toca aquí? La composición de este Comité es muy equivocada, señor Mont. El viejo Shropshire es un viejo encantador, pero... —Y sir Timoteo se llevó el dedo a la frente— más loco que una cabra. Además, un médico. Los médicos son muy blandengues. Lo que hace falta es un Comité que vaya por esos sinvergüenzas. ¿Té? Nunca he bebido. El fulano que inventó el té merecía ser empalado.

En aquel instante, el Subcomité regresó, y Michael se levantó, dando un suspiro de alivio.

—¡Hombre! —oyó al Squire exclamar—. ¡Sí que han corrido ustedes!

La mirada de modestia que acudió a los ojos del Subcomité no le engañó, pues sabía que su tío llevaba ya el manifiesto en el bolsillo. Fué presentado, y el Squire lo leyó, tras de ponerse los lentes con montura de concha.

Lo leyó muy mal, como si leyera una lista de perros o un reglamento de unas carreras de caballos. Cuando terminó la lectura, el Squire dijo:

—Ahora podemos discutirlo párrafo por párrafo. Pero se hace ya tarde, caballeros, y yo creo que aquí dice todo lo necesario. ¿Lo aprobamos? ¿Qué dice usted, Shropshire?

El marqués se inclinó hacia adelante, cogiéndose la barba con la mano:

—Es un borrador admirable, excepto en una cosa. No insiste lo suficiente en la electrificación de las cocinas. Creo que sir Godfrey me dará la razón: No se puede esperar que esa pobre gente tenga las casas limpias a menos que se libere del humo, y de los malos olores y de las moscas.

—Bueno, pues se puede poner algo más de eso, si usted nos da el texto.

Empezó el marqués a escribir. Michael vió cómo sir Timoteo se retorció los bigotes.

—Pues a mí no me gusta el borrador —dijo abruptamente—. Yo quisiera algo que acoquinase a los propietarios de casas en los suburbios. Nuestra misión aquí es retorcerles el pescuezo. Y ese manifiesto es demasiado suave.

—¡Hombre, Panfield! —dijo el Squire—. ¿Qué sugiere usted que pongamos?

Sir Timoteo leyó lo que llevaba escrito en el puño almidonado de la camisa:

—«Hacemos constar que los propietarios de suburbios debieran, en nuestra opinión, ser fusilados. Esos caballeros...»

—Pero eso no puede ponerse... —dijo el Squire.

—¿Por qué no?

—Toda clase de personas respetables posee casas en los suburbios: Señoras viudas, Sindicatos, duques, y sabe Dios cuanta gente más así... No podemos llamarles caballeros y decir que hay que fusilarles. No va bien lo uno con lo otro.

El obispo, inclinándose, dijo:

—Tal vez podríamos redactarlo así: «Los abajo firmantes lamentan vivamente que quienes poseen bienes inmuebles en los suburbios no parezcan percatarse de sus responsabilidades para con la comunidad en general.»

—¡Señor Dios, qué suavidades! —exclamó sir Timoteo.

—Tal vez pudiéramos poner algo más fuerte que eso, señor obispo —intervino sir Lawrence—. Pero debíamos tener aquí un abogado, que nos dijera exactamente hasta dónde podemos llegar en la expresión.

Michael se dirigió al presidente:

—Tengo uno en casa, señor. Mi suegro... Le acabo ver llegar en este momento. Tal vez pudiera orientarnos.

—¡El viejo Forsyte! —dijo sir Lawrence—. Ése es el hombre que necesitamos. Deberíamos incorporarle al Comité, Squire. Está bien enterado del alcance y contenido de la Ley contra el Libelo y Maledicencia.

—¡Ah, el señor Forsyte! —dijo el marqués—. ¡Desde luego! Es una cabeza muy sensata.

—Pues le incorporamos entonces —dijo el Squire—. Un abogado siempre viene bien.

Michael salió. Fué a su despacho y fué saludado por Soames con estas palabras: —¿Qué es esto?

—Es muy bonito, ¿verdad? Lo ha pintado Fleur. ¿Verdad que tiene sentimiento?

—Sí. Demasiado sentimiento tal vez...

—Habrà visto los sombreros que hay en el recibidor. Mi Comité Pro Suburbios está redactando un manifiesto, y le quedaríamos todos muy agradecidos si usted, como abogado, quisiera echar una mirada a unas alusiones a los caseros de los suburbios. Quieren llegar a decir todo lo que se pueda, legalmente. Además, si no tuviera usted inconveniente, quisiéramos que entrara a formar parte del Comité.

—¿Ah, sí? ¿Y quiénes son esos señores?

Le dijo Michael los nombres.

Soames arrugó la nariz, diciendo:

—Mucho título... ¿No será todo una tontería?

—No; no, señor. Nuestro deseo de contarle entre nosotros es garantía de todo lo contrario. Además, el presidente, Wilfred Bentworth, ha rehusado un título por tres veces.

—Pues no sé. Entraré y les echare el ojo.

—Es usted muy amable. Creo que les encontrará a todos completamente respetables—. Y le precedió por la escalera.

—Ésta no es precisamente mi especialidad —dijo Soames desde la puerta. Fué saludado con inclinaciones de cabeza y ligeros murmullos. Le pareció que aquellos señores se habían estado peleando.

—Señor..., señor Forsyte —dijo el que suponía era Bentworth—, queremos que usted, como abogado, venga a este Comité para tenernos al tanto de todo, y... y contenga a nuestros energúmenos, como Fanfield... No sé si me entiende...—. Y miró por encima de los lentes a sir Timoteo—. Tenga la bondad de leer esto—. Y dió una cuartilla a Soames, que se había sentado en una silla, llevada junto a él por la taquígrafa. Soames empezó a leer:

—«Si bien suponemos que puede haber circunstancias que justifiquen el poseer propiedades inmobiliarias en los suburbios, lamentamos profundamente la aparente indiferencia de sus poseedores ante esta calamidad nacional. Con una cordial cooperación de los propietarios de casas en los suburbios se podrían hacer muchas cosas que no se han hecho hasta el presente. Nosotros no queremos someterles a la execración de nadie, pero quisiéramos que se dieran cuenta de que, al menos, deben cooperar en la tarea de hacer desaparecer esta mancha de nuestra civilización.»

Lo leyó dos veces, cogiéndose la punta de la nariz entre índice y pulgar; después dijo: «Nosotros no queremos someterles a la execración de nadie...» Pues si no quieren, no quieren, y en paz. No hay por qué decir eso. La palabra *execración*... No sé yo...

—¡Exactamente! —dijo el presidente—. Usted nos va a resultar utilísimo en el Comité, señor Forsyte...

—¡Un momento! —dijo Soames—. Que yo no sé todavía si voy a entrar...

—¡Vamos a ver, amigo!—. Y Soames vió un hombre que parecía un general salido de una estampa de una historia de guerras, y que se dirigía a él.— ¿Es que no podemos emplear una palabra tan suave como *execración*? ¡Si lo que habíamos de poner es que habría que fusilarles!

Soames se sonrió fríamente. Si había algo en el mundo que le molestara era el militarismo.

—Claro que pueden emplear esa palabra —dijo—. Pero no estando yo u otro hombre con juicio en el Comité.

A estas palabras, lo menos cuatro de los presentes rompieron a hablar. ¿Habría dicho algo un poco fuerte?

—Entonces queda aprobado sin esas palabras —intervino el presidente—. Vamos ahora a eso de las cocinas eléctricas, Shropshire, que esa es cosa importante.

El marqués empezó a leer. Soames le miró casi con benevolencia. Le habían hecho buenas ofertas por el Morland. Nadie objetó nada a la adición, y fué aprobada.

—Entonces está todo. Yo me marchó...

—Un momento, señor presidente—. Soames vió que aquellas palabras salían de entre unos bigotes como los de una foca—. Yo conozco a la gente de los suburbios mejor que nadie aquí. Procedo de ellos, y quiero decir una cosa. Supongamos que reunimos algún dinero; supongamos que reformamos algunas casas o hasta calles. ¿Habremos reformado a los habitantes? Señores: les aseguro que no.

—Sus hijos, señor Montross, sus hijos —dijo un hombre que Soames reconoció como el que había casado a su hija con Michael.

—Yo no me opongo a que se lance el manifiesto, señor Charwell; pero yo soy un hombre que se ha hecho a sí mismo, y además soy realista y sé con lo que nos vamos a enfrentar. Yo voy a poner algún dinero en la empresa, caballeros; pero quiero que sepan que lo hago con los ojos abiertos.

Soames vió los ojos aludidos, melancólicos y oscuros, fijos en él, y tuvo ganas de decir:

—¡No me cabe duda! —pero vió que sir Lawrence tenía gana de decir lo mismo, y se calló.

—¡Perfectamente! —dijo el presidente—. Señor Forsyte, ¿se adhiere usted al Comité?

Miró Soames a todos los circunstantes y dijo:

—Pensaré la cosa y se lo haré saber.

Instantáneamente, el Comité salió corriendo en busca de los sombreros de cada cual, y Soames se quedó frente al Goya con el marqués.

—Un Goya, señor Forsyte, me parece a mí, y auténtico... ¿No perteneció a Burlingford?

—Sí —contestó Soames atónito—. Lo compré cuando lord Burlingford vendió sus cuadros en mil novecientos diez.

—Ya me lo figuraba yo. ¡Pobre Burlingford! Se preocupó muchísimo, me acuerdo perfectamente, por algo de la Cámara de los lores. Pero ya ve usted: no merecía la pena. Desde entonces no han hecho nada.

—Son gente que pierde mucho el tiempo —murmuró Soames, cuyos recuerdos de la política eran muy vagos.

—Tal vez sea eso un bien —dijo el marqués—. Luego sobra tiempo para arrepentirse de lo que se hace. Así, si no se hace nada...

—Aquí puede ver algunos cuadros buenos, si le interesan —dijo Soames.

—Muy bien.

Y Soames le condujo hacia el *hall*, evacuado ya de sombreros.

—Watteau, Fragonard, Pater, Chardin —le explicó.

El marqués miraba los cuadros con la cabeza torcida hacia un lado.

—¡Deliciosos todos! ¡Qué buena edad para la pintura! Verdaderamente que los franceses son los únicos que saben hacer el vicio atractivo, excepto tal vez los japoneses, antes que Europa los estropeará. Dígame, señor Forsyte, ¿conoce usted algún inglés que sepa o haya sabido hacer tal cosa?

Soames, que nunca había estudiado la cuestión y que realmente no sabía si era deseable que un inglés se dedicara a eso, estaba dudando, cuando el marqués le dijo:

—Y, sin embargo, no hay pueblo más doméstico que el francés.

—Mi mujer es francesa —dijo Soames, mirándose la nariz.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Qué agradable!

Iba a contestarle Soames cuando el marqués prosiguió:

—Hay que verles los domingos, cuando salen, familias enteras, con su pan y queso, su salchicha y su vino... Un pueblo verdaderamente notable...

—Me gusta más el nuestro —dijo Soames ásperamente—. Menos ornamental, si se quiere, pero más... —y cortó de repente la enunciación de las virtudes patrias.

—El fundador de mi familia, fué, sin duda, francés. No un normando, sino francés. Hay una tradición que dice que estaba encargado de teñir el pelo de rojo a Guillermo Rufo. Le dieron tierras, lo que prueba que lo hacía bien. Tenemos una raya roja en la familia desde entonces. Mi nieta... —miró a Soames con ojitos de pájaro—. Pero creo que ella y su hija de usted no se llevan muy bien.

—No, no se llevan nada bien.

—Pero dicen que lo simulan más que otra cosa.

—No me parece a mí eso —replicó Soames—. Pero eso es ya historia antigua.

En el dolor de su angustia presente hubiera deseado que fuera historia contemporánea.

—Pues bien, señor Forsyte. He tenido mucho gusto en ver estos cuadros. Su yerno me dice que va a electrificar su cocina. Créame, no hay nada que preserve

mejor el estómago que una cocinera que no se sofoca con el calor de las cocinas de carbón. ¡Dígaselo a la señora Forsyte!

—Se lo diré, se lo diré... Pero los franceses son muy conservadores.

—Desgraciadamente es así —replicó el marqués, tendiendo la mano—. ¡Adiós!

—Que usted lo pase bien —contestó Soames.

Y se quedó viendo marchar al viejecillo, con la sensación de estar también algo electrificado por influencia.

XII

NOCHE DELICIOSA

Fleur estaba sentada en la playa de Loring. Había pocas cosas que le pusieran más nerviosa que el mar. No tenía paciencia en la sangre. El mar, con su reputación de no presentar siempre el mismo aspecto, con su movimiento incesante, con su color en cambio continuo, ejercía sobre ella un efecto de excitación igual a la que perpetuamente había en él. Y aunque estaba sentada contemplándolo, su mente estaba en otras cosas. Llevaba allí una semana sin ver a Jon. Ellos sabían que estaba sola, pero únicamente Holly fué a verla. El agudo instinto de Fleur adivinó el motivo: Ana se había dado cuenta... Además, según le había informado Holly, no tenía ni la perspectiva de Goodwood. Le habían salido mal todos los planes y le dolía en el corazón. Se encontraba verdaderamente en un triste estado de indecisión. Si hubiera sabido realmente qué era lo que quería, hubiese podido dominarse. Pero no lo sabía. Incluso el cuidar a Kit no podía absorberla. Estaba otra vez fuerte y bien y se pasaba el día jugando con cubo y pala.

«No puedo más —se dijo—. Voy a ir a Londres. Michael se alegrará.»

Se marchó tras almorzar temprano, entreteniéndose en el tren con un libro de recuerdos que manchaba la reputación de varias personas muertas. Le distrajo más de lo que el título le había hecho suponer, y su espíritu se reanimó tan pronto como el olor a ostras se desvaneció al alejarse del mar. Tenía cartas de su padre y de Michael en el bolso y se puso a releerlas.

Corazón mío (empezaba Michael... Sí, suponía ella que todavía seguía siendo el corazón de él): Espero que al recibo de ésta os encontréis tú y Kit con tanta salud como yo para mí deseo. Pero te echo de menos terriblemente y pienso ir a verte antes de mucho tiempo, a no ser que vengas a verme tú muy pronto. No sé si habrás visto nuestro manifiesto en la Prensa del lunes. La gente está empezando ya a comprar bonos. El Comité no se ha portado mal: la foca soltó cinco mil libras, el marqués envió el cheque de seiscientas que tu padre le dió por el Morland, y tu padre y el mío dieron doscientas

cincuenta cada uno. El Squire, quinientas; Bedwin y sir Timoteo, cien por barba. Y el obispo nos dió veinte y la bendición. Así, pues, con lo del Comité sólo tenemos ya seis mil ochocientos veinte, que no es una tontería. Creo que la cosa marchará. Hemos hecho una edición del manifiesto y lo mandamos a cualquier persona que sabemos que en cualquier ocasión ha dado algo para cualquier cosa; y además de esta propaganda, hemos conseguido que el Polytheum proyecte una película de suburbios si es que conseguimos que alguien la filme. El tío Hilario está más contento que unas pascuas. Tu padre ha tenido mucha gracia: empleó mucho tiempo en decidirse, y hasta hizo una visita a Los Prados. Volvió diciendo que no sabía, que estaba todo que se caía a pedazos y que para arreglar cada casa haría falta por lo menos quinientas libras. Hice que mi tío le diera una carga aquella misma tarde, y sucumbió a la simpatía de Hilario. Pero a la mañana siguiente, estaba casi arrepentido. Decía: Ahora saldrá mi nombre en los periódicos, suscribiendo el manifiesto, y la gente va a creer que me he vuelto tonto. Sin embargo, ahí le tienes en el Comité, y se irá acostumbrando poco a poco. Es un grupo rarísimo, cada uno piensa una cosa; si no fuera por los chinchés, no estarían de acuerdo en nada. La nariz del viejo Blythe está roja de indignación. Dice que le he abandonado a él y al foggartismo. No es así, claro..., pero es que uno ha de dedicarse a algo determinado y concreto.

Todo mi cariño para ti y para Kit.

Michael.

He mandado poner un marco a tu acuarela y la he colgado sobre mi buró, y queda muy bien. Tu padre se quedó muy sorprendido. —M.

¡La había colocado sobre el buró! ¡La manzana de Oro! ¡Qué ironía! ¡Si el pobre Michael supiera!

La carta de su padre era corta. Nunca le había escrito una carta larga.

Mi querida hija:

Tu madre ha vuelto a El Refugio, pero yo estoy en la calle Green, pues tengo que quedarme por la cosa esta de los suburbios de Michael. Yo no sé si saldrá algo de esto. Se dicen muchas tonterías de esos barrios. De todas formas, para ser un párroco, su tío Hilario es muy simpático y hay otras personas de mucho nombre en el Comité. Veremos.

No tenía ni idea de que se te diera tan bien la pintura. El dibujo de tu acuarela tiene cierto mérito, aunque el asunto no está claro para mí. La fruta parece demasiado tierna y jugosa para tratarse de manzana. Pero tú sabrás lo que representa. Me alegro de que sean tan buenas las noticias de Kit y de que tú te encuentres tan bien con los aires del mar.

Tu padre que te quiere mucho,

S. F.

¡Saber lo que representaba el cuadro! ¡Si ella lo supiera! ¡Y si no lo supiera él! Eso era lo que temía cuando hizo pedacitos la carta y la desparramó por Surrey desde la ventanilla. Su padre la vigilaba como un lince, como un enamorado celoso; y a ella no le gustaba la vigilancia y menos entonces.

No llevaba equipaje, y en la estación, Victoria tomó un coche para Chiswick. June sabría algo de los dos, si estaban todavía en Wansdon o dónde.

¡Qué bien se acordaba de aquella casita y de la única visita que le había hecho en los días en que ella y Jon...!

Estaba June en el *hall*, a punto de salir.

—¡Ah!, ¿eres tú? No viniste el domingo...

—No pude. Tuve muchísimo que hacer, preparando el viaje.

—Jon y Ana están aquí ahora. Harold está haciéndole un retrato precioso. Será algo excepcional y único. Ella es una pequeñina muy mona —la *pequeñina* le sacaba la cabeza a June, según Fleur creía recordar—. Ahora voy a buscarle una cosa que necesita, pero no tardo ni un cuarto de hora. Si me esperas en el comedor a que vuelva, luego te acompañaré arriba para que te vea. Es el único que pinta verdaderamente bien en la actualidad.

—Y menos mal que hay uno —dijo Fleur.

—Aquí tienes una álbum con fotografías de sus cuadros —y June abrió un gran libro sobre una pequeña mesa—. ¿No es todo esto un encanto? Pues toda su obra tiene la misma alta calidad. Tú entretente mirando esto, que yo vuelvo en seguida— y dando un apretón en un hombro a Fleur, salió corriendo.

Fleur no se entretuvo con el álbum, sino que miró por la ventana y por toda la habitación. ¡Qué bien lo recordaba todo! Aquel espejo redondo y borroso de antiguo que era en que se había mirado cuando esperaba a Jon... Y la escena tormentosa que tuvo lugar allí, en aquel comedor demasiado pequeño para tormentas... ¡Ya hacía siete años! ¡Y Jon vivía allí! El corazón le latía y se miró otra vez en el espejo oscuro. No se encontraba más fea que entonces. Al contrario, estaba mejor... Ahora su cara tenía ya un sello de juventud plena que antes le faltaba. ¿Podría hacerle saber que estaba allí? ¿Habría un medio que le permitiera verle, aunque no fuera más que un minuto, a solas? Aquella fanática obsesa —pues así consideraba Fleur a June— regresaría en seguida. Y se decidió. Si Jon estaba allí, ella le encontraría. Dándose unos toques al pelo y arreglándose las perlas del collar y dándose un poco de polvos, salió al *hall* y escuchó. No se oía nada. Lentamente, empezó a subir la escalera. Estaría en su cuarto o en el estudio, no podía estar en otra parte. En el primer piso, dormitorio a la izquierda, dormitorio frente a ella... Abrió las puertas. ¡Nada! El

estudio estaba arriba ocupando todo el piso. Y allí, junto a Jon estaría su mujer y el pintor pintándola. ¿Se decidiría? Descendió dos escalones; luego los volvió a subir. Y siguió subiendo lentamente, despacito... Llegó a la puerta del estudio. Estaba abierta y pudo oír el ruido conocido del pincel que pasa por el lienzo. Cerró los ojos y avanzó por el descansillo. Los volvió a abrir. No tenía que avanzar más. Pues en el estudio, frente a ella, había un gran espejo, y reflejado en él podía ver a Jon, sin ser ella vista, que estaba sentado en un diván, con una pipa en la mano, mirando frente a él. En un dosel estaba en pie la muchacha, vestida de blanco; en las manos tenía un lirio de largo tallo, con la flor a unos centímetros de la cara. Sí... Era bella. Bella y con pelo negro y ojos oscuros... Pero ¡qué expresión la de Jon! Tenía los ojos hundidos y perdidos en la lejanía. Ella había visto cachorros de león con la mirada así. Los ojos de la muchacha salieron de su inmovilidad y se convirtieron a su marido. Y entonces Jon dejó de mirar a la lejanía y sonrió. Entonces se volvió Fleur y echó a correr por la escalera y salió de la casa... ¿Esperar a June, escuchar sus alabanzas al pintor, ser presentada a éste y tener que controlar sus emociones frente a aquella chica? ¡No! Subió al segundo piso de un autobús, y desde allí vió a June corriendo a toda velocidad por una esquina. Sintió un placer maligno de pensar en su chasco... Cuando uno se siente herido, quisiera herir a alguien. El autobús la llevó por King's Road abajo a Hammersmith, ya bajo la luz del sol muriente, al corazón de la enorme ciudad, con sus miríadas de vidas e intereses, insensible, indiferente como el hado.

Se apeó en los Jardines de Kensington. Si andando podía conseguir que le dolieran las piernas, tal vez evitara que le doliera el corazón. Así, echó a andar rápida entre las flores y las niñeras, entre las viejas señoras y los señores viejos. Pero sus piernas eran fuertes, y llegó demasiado pronto a Hyde Park, aunque más pronto todavía para un anciano caballero que había intentado seguirla a su gran velocidad.⁵⁰ Cruzó el Parque Green y se paró. Se paró y se despreció a sí misma. Ella, que pensaba que eso del corazón es *vieux jeu*; ella, que había aprendido a dominar sus emociones...

Llegó a su casa y la encontró vacía... Michael no estaba. Subió al piso de arriba, pidió café puro; se metió en el baño bien caliente y se estuvo allí fumando cigarrillos. Experimentó cierto alivio. Entre sus amistades, la receta se reconocía como buena hacía ya tiempo. Después se puso una bata y entró en el despacho de Michael. Allí estaba su *Manzana de Oro* en un marco realmente bonito. La fruta le pareció extraordinariamente incomedible en aquel instante. Hasta el mono blanco rehusaría aquella fruta. Y por unos segundos se quedó mirando los ojos del mono del cuadro chino, aquellos ojos casi humanos, que no lo eran tan sólo porque su propietario no tenía sentido de la continuidad. Un

⁵⁰ En el original falta el texto "*because, at his age, it did him good to be attracted*", que se traduciría como "*porque, a su edad, le sentó bien sentirse atraído*". (Nota de la revisora)

pintor moderno no hubiera sabido pintar unos ojos así. El artista chino que los pintara hacía siglos, tenía continuidad y tradición en la sangre. Había percibido la inquietud del mono con mayor agudeza que podría percibirla ningún contemporáneo, y había perpetuado en aquellos ojos aquella inquietud para siempre.

Y Fleur —encantadora en su bata verde jade— se mordió un labio con un diente y fué a su cuarto a terminar de vestirse. Se puso el vestido más bonito que tenía. Si no podía tener lo que deseaba con su corazón, aquello que le daría calma y continuidad, quería tener al menos placer, movimiento, distracción; y cogerlo todo con las dos manos y gustarlo a boca llena. Y se sentó al tocador para realzar ante el espejo todo lo posible su belleza. Se arregló las manos, se ahuecó el pelo, se perfumó los párpados, se friccionó los labios sin ponerse *rouge*, y se dió una levísima mano de polvos, excepto en aquellas zonas que la brisa del mar había manchado algo su piel.

Michael la encontró sentada allí..., verdadera obra maestra moderna, demasiado hermosa para atreverse a tocarla.

—¡Fleur! —dijo.

Pero no dijo más, y de haber añadido algo, todo hubiera quedado estropeado.

—Pensé que me merecía salir una noche... Vístete en seguida y vámonos a cenar a algún sitio divertido, Michael, y a algún teatro o algún club después. ¿No tendrás que ir a la Cámara esta tarde, ¿verdad?

Tenía que ir; pero en la voz de ella había algo que le hubiera separado incluso de más serios propósitos.

Oliendo el aroma que exhalaba, le dijo:

—¡Delicioso! He estado en los suburbios. No tardo un abrir y cerrar de ojos, guapa... —y salió corriendo.

Durante el abrir y cerrar de ojos, ella pensó en él y en lo bueno que era; y mientras lo pensaba, veía los ojos y el pelo y la sonrisa de Jon.

El «algún sitio divertido» fué un pequeño restaurante lleno de gente de teatro. Fleur y Michael conocían a bastantes de ellos, y cuando entraban o salían, decían:

«¡Qué alegría verle!», y ponían caras como si fuera verdad, pues la gente de teatro era tan así... Miraban las cosas desde un ángulo muy claro y sencillo. Y les decían a su vez: «¿Han visto ustedes nuestra obra? ¿No? ¡Pues no dejen de verla! ¡Es terrible!», o bien: «Es una comedia maravillosa...» Y se despedían. En aquella gente sí que no había continuidad, que podía resultar molesta. Fleur bebió un *cocktail* y dos vasos de champaña. Salió con las mejillas ligeramente arboladas. *Dat Lubly Lady* llevaba ya media hora en representación cuando

llegaron a ella; pero no tenía importancia, pues lo que vieron significó para ellos tan repoco como lo que no habían visto. El teatro estaba lleno, y la gente decía que la obra duraría años en el cartel. Tenía una melodía que había conquistado al asalto la ciudad entera, un bailarín cuyas piernas formaban los ángulos más agudos que pudiera pensarse; y carecía de continuidad en absoluto. Michael y Fleur salieron tarareando la melodía, y tomaron un taxi que les llevara a un club nocturno a bailar. Ellos pertenecían al club porque era la moda, pero nunca iban. Era un club distinguido, y entre sus miembros había un ministro que creía que era su deber ser miembro. Cuando llegaron, tocaban un charlestón, y había seis parejas que movían sus rodillas flexibles en la pista.

—¡Caray! —exclamó Michael—. ¡Esto es el límite de la vacuidad! ¿Qué atracción puede tener esto?

—Pues la vacuidad precisamente... Vivimos una era de vacuidad, ¿no te has dado cuenta?

—Pero todo tiene su límite...

—Un límite es algo que no puedes sobrepasar. Sin embargo, la vacuidad no lo tiene. Uno puede ser más, y más, y más vacuo...

Aquellas palabras no tenían importancia, pero el tono en que Fleur las dijo preocupó a Michael. ¿Es que ella sentía vacuidad en su propia vida? Y si la sentía, ¿por qué razón?

—Dicen que hay otro baile americano que se va a estilar pronto: *The White Beam*, que todavía tiene menos contenido.

—No es posible —murmuró Michael—, pues la idiotez congénita no se puede superar nunca. Fíjate en aquellos dos...

Aquellos dos se les acercaban con las rodillas dobladas como si no pudieran ya con su alma; miraron a Fleur y a Michael con menos expresión en los ojos que si hubieran sido cuatro bolitas de un juego infantil. Una seriedad dramática, de muerte, parecía irradiarles de cintura para abajo; mas de cintura para arriba parecían totalmente muertos. Cesó la música, y las seis parejas hicieron también alto y empezaron a aplaudir, con las manos caídas, como si tuvieran miedo de espantar la muerte que había por encima de sus cinturas.

—Es que no puedo creerlo —dijo Michael de pronto.

—¿El qué?

—Que ese baile sea expresión del espíritu de nuestro tiempo... No tiene belleza, no tiene alegría, ni siquiera maldad... Para bailar no hay más que doblar las rodillas y poner cara de bobo.

—Es que tú no sabes interpretar su significado.

—¿Y tú sí?

—¡Desde luego! —dijo Fleur—. Es que hay que estar a tono con las cosas de nuestro ambiente.

—Pues por el honor de nuestro tiempo y de nuestro mundo, que yo no te vea bailar eso.

En aquel instante las seis parejas dejaron de aplaudir. La orquesta había atacado una melodía que no requería doblar las rodillas para bailar. Michael y Fleur salieron a la pista. Bailaron dos foxes y un vals y salieron.

—Después de todo —dijo Fleur en el taxi—, el baile te hace dejar de pensar en ti mismo. Eso era lo que tenía de hermoso nuestra cantina, cuando la huelga. ¡Tienes que buscarme otro trabajo, Michael! Dentro de una semana podré volverme con Kit.

—¿Qué te parecería ser secretaria adjunta conmigo en el Comité? Serías inapreciable organizando bailes, tómbolas y *matinées*.

—No me disgustaría, porque supongo que los suburbios merecerán la pena de ocuparse en arreglarlos.

—Sí, yo creo que sí. Tú no conoces a Hilario... Tengo que traerle con tía May a comer un día a casa. Cuando les oigas, ya verás...

Y deslizando la mano por el brazo sin manga de su mujer, le preguntó:

—Fleur: no estarás del todo cansada de mí, ¿verdad?

—Nunca me cansaré de ti, Michael.

—Quieres decir que nunca tendrás un sentimiento tan definitivo como el cansancio de mí, ¿eh?

Eso era exactamente lo que había querido ella decir, y se apresuró a negar:

—No, querido mío. Quiero decir que sé distinguir una cosa buena y una persona buena cuando la encuentro.

Michael suspiró, y cogiéndole la mano, se la llevó a los labios.

—Quisiera —dijo Fleur— que los humanos no fuéramos tan complejos. Tú tienes la gran suerte de poseer un solo corazón. Es el mayor don del Cielo... Pero no te vuelvas nunca serio, Michael, que eso sería una gran desgracia.

—Sí... La comedia es, en definitiva, lo que más se acerca a la verdad.

—Al menos esperemos que así sea —dijo Fleur, y en aquel momento el taxi paró—. ¡Noche deliciosa!

Y Michael, tras de pagar al chófer, la miró, iluminada por la luz del portal abierto... ¡Noche deliciosa, sí! ¡Para él!...

XIII

«SIEMPRE»

Ante el anuncio de que Fleur regresaría con el niño la mañana siguiente, Soames dijo:

—Me gustaría echar una mirada por allí. Voy a coger el coche esta tarde, y mañana me los traigo yo. No le digas nada a Fleur. Yo le avisaré desde Nettlefold. Creo que allí hay un hotel.

—Y muy bueno por cierto —dijo Michael—. Pero estará lleno por Goodwood.

—Pues voy a llamar por teléfono para que me reserven sitio.

Y llamó y se lo reservaron, y alguien se quedó sin él. Como Riggs le informó de que tardarían unas dos horas y media, salieron sobre las cinco. El día era un día bastante inglés, pero cuando llegaron a Dorking el tiempo había mejorado mucho. Conocía poco la parte de Inglaterra más allá de la línea que formaba su zona de río con Westminster; y aquella tarde, menos preocupado que de costumbre, pudo dedicarse a observarla con algún detenimiento. Era un terreno bastante variado, muy verde y muy distinto de India, Canadá y Japón. Decían que fué una verdadera jungla, todo cubierto de bosques y pantanos quinientos años antes. ¿Qué aspecto tendría mil quinientos años después? Tal vez hubiera bosques y pantanos otra vez, tal vez fuera un enorme suburbio... En algún sitio había leído que los hombres vivirían bajo tierra y que saldrían los domingos a tomar el aire en sus aeroplanos. Pero le parecía improbable. A los ingleses les seguirían gustando las ventanas amplias y bajas; además, sería muy desagradable jugar al balón en sótanos. Aquellos buenos señores que se dedicaban a escribir artículos y libros proféticos, se olvidaban de que los pueblos tenían sus gustos e inclinaciones. Se apostaría algo a que las inclinaciones de los ingleses de tres mil cuatrocientos años antes de nuestra era eran las siguientes: jugar al golf, quejarse del mal tiempo, sentarse en las corrientes de aire y revisar el Prayer Book⁵¹.

⁵¹ El Prayer Book, del arzobispo Thomas Cranmer, contenía las oraciones que el protestantismo oponía a las oraciones católicas y a la doctrina que en éstas se confesaba. Se escribió en inglés y no en latín. Fué destruido simbólicamente por los nobles católicos de Escocia en la catedral de Durham, en 1570. El Parlamento, bajo Elizabeth, quería que el libro fuera aún más anticatólico. Los puritanos, bajo James I quisieron que se reformara sustancialmente. El arzobispo William Laud hizo otro Prayer Book, al asumir funciones de estadística, que quiso imponerse a los escoceses. Cuando Pym, en 1643, hizo alianza con los escoceses, una de las condiciones de éstos era la abolición del Libro. *El Parlamento Largo*, tras la guerra civil, lo prohibió. Cromwell propuso autorizar un «uso moderado» del mismo, y él, en el Poder, lo toleraba disimuladamente, y lo hubiera tolerado abiertamente a no ser por la situación de identificación del anglicanismo con los Estuardos exilados bajo su Gobierno. En 1662, el Libro de Oración fué restablecido por la Ley. No han sido éstas las únicas vicisitudes del Prayer Book. Por eso piensa

Y esto le hizo pensar que Gradman se iba haciendo viejo y que debiera ir buscando alguien que le sustituyera. Pero ¿dónde lo encontraría? Aunque hubiera hombres tan honrados como él, era menester someterlos a una larga y vigilante prueba. Tendría que ser un hombre joven, que él tampoco duraría mucho. Y andando a unos sesenta kilómetros por hora por la carretera de Billingshurst, se acordó de cuando le buscaba, hacía más de sesenta años, el viejo Gradman para llevarle desde la estación de Paddington a Park Lane, a ocho kilómetros por hora o menos, en un coche desvencijado con paja mojada en el suelo. Entonces Gradman tenía veinte años, y hacía lo posible y lo imposible por llevar patillas, y se paraba el día entero escribiendo con letra redondilla. En un poste leyó: «Five Oaks»⁵². Pero no veía ni cinco ni un roble siquiera por ninguna parte. ¡Qué velocidad llevaba aquel endemoniado Riggs! Pero le parecía mal decirle que fuera más despacio no habiendo ninguna mujer en el coche. Cualquiera día le mataba por una de esas carreteras de Dios. Por todas partes había ganado, y cuando pasaron de Pulborough, el terreno fue mostrando conglomerados de yeso. Había ya una luz plateada y suave que daba a todo un aspecto muy bello. Aquel era el territorio donde su sobrino se había establecido, y también Jon Forsyte. No era mal terreno, no... Así le hizo reconocerlo una lealtad latente en el fondo de su alma. Pasaron ante una iglesia enorme y muchas torres y murallas. Aquello debiera ser el castillo de Arundel. Sin duda, mirado de lejos debiera presentar un aspecto hermoso. Descendieron una ladera, atravesaron un riachuelo y se encontraron en Nettlefold, con el mar ante los ojos.

A la puerta del hotel, Soames se apeó.

—¿A qué hora es la cena?

—Ya están cenando los huéspedes, caballero.

—¿Hay que vestirse?

—Sí, señor. Hay un baile de máscaras esta noche.

—¡Mira tú qué casualidad! Vaya buscando una mesa mientras me visto. Bajo al comedor en seguida.

Había leído no sabía cuándo en una novela victoriana que una muestra de ser caballero era el vestirse de etiqueta en diez minutos, haciéndose uno mismo el lazo de la corbata y todo. Nunca lo había olvidado. Y se vistió en doce. Casi todo el mundo había cenado ya. Soames lo hizo tranquilamente, sin prisas, contemplando un jardín y en la lejanía el mar. Él, al contrario que Fleur, no tenía nada que objetar al mar. ¿No había vivido en Brighton once años? Fue en la época en que vivía bajo la sensación de deshonor producida por la deserción

Soames que hasta antes de Cristo los ingleses estarían preocupados en reformarlo. (*Nota de los traductores*)

⁵² Five Oaks quiere decir *Cinco Robles*. (*Nota de los traductores*)

de su primera esposa. ¡Qué gracia tenía que la parte perjudicada fuera la que se quedaba sin honor! La gente admiraba la inmoralidad, aunque dijeran que no. El marido abandonado, la mujer abandonada, eran considerados como unos pobres diablos. ¿Era debido a sentimientos salvajes, todavía indomados en la naturaleza humana? ¿O era reacción contra la moralidad pagada de jueces y pastores? La moralidad era respetable, pero la moralidad pagada, no. Él lo había visto en los ojos de todos después de su desgracia; lo había visto en el caso de Marjorie Ferrar. El caso era que los humanos se sometían a la protección de la Ley, y en el fondo la detestaban, porque era protección. Lo mismo pasaba con los impuestos... Sin impuestos no podía subsistir la sociedad; pero cuando uno podía hacerse el distraído y no pagarlos...

Habiendo acabado de cenar, se sentó a fumarse un puro en un salón casi desierto, mirando distraídamente unas revistas llenas de señoras con niños y perros, de señoras en actitudes extraordinarias, de señoras desnudas en actitudes más extraordinarias todavía; llenas de hombres con título, de hombres en aeroplano, de estadistas preocupados; de grandes casas con grandes mesas con los nombres de los comensales impresos en tarjetas, llenas de otras muestras del espíritu de la época. Suponía que los demás huéspedes estarían «poniéndose monos» (que diría Michael) para el baile. ¡Tenían humor en disfrazarse! Pero los humanos eran débiles de memoria y ya habían olvidado muchas cosas... Pensó en la sorpresa de Fleur cuando le viera llegar al día siguiente por la mañana. Luego se iría con él al río, a disfrutar de la mejor época del año. Tal vez quisiera que hicieran algún viaje en coche por el Oeste. Así se olvidaría de aquella parte de Inglaterra y de aquel hombre. Muchas veces había proyectado ir a ver el solar nativo de los Forsythe; pero a Fleur no le interesaría nada tan rústico como una granja de verdad. Dejó el periódico y se quedó pensando en su edad. Decían que la gente vivía más que anteriormente, pero él no creía que llegara a vivir más que los viejos Forsythe: los diez habían promediado los ochenta y siete años, una edad monstruosa... Sin embargo, no le parecía natural no vivir otros diecisiete años, cuidando de sus flores y viendo crecer a su nieto. Con el envejecer se agudizaba la impresión de que podía haberse disfrutado más de la vida. Y se veía crecer muy de prisa los seres del campo. Pero Fleur no percibiría el crecimiento de vacas y árboles; a ella le gustaba tener personas a su alrededor y no otra cosa. Claro que llegaría a darse cuenta de que las personas llevan muy poco dentro.

Había empezado a tocar una orquesta en alguna parte del hotel. ¡Ya estarían bailando! Podía echar una miradita antes de irse a acostar. En su viaje alrededor del mundo con Fleur, había visto bailar muchas veces en la cubierta de los barcos. ¡Qué bailecitos se estilaban! El *shimmy*, el *mugui-mugui* o cosa así... ¡Hasta los nombres eran horribles! Y recordó la academia de baile donde de jovencito había aprendido la polka, la mazurka... Aquella profesora que le había enseñado a él y a Winifred, la vieja miss Shears, se volverá a morir si resucitara

y viera los nuevos bailes. La gente despreciaba los bailes antiguos. Él también, pero comparados con los modernos... Por lo menos eran bailes. No había más que acordarse de *schottische* escocés, con unas vueltas que había que dar y unos gritos tan divertidos, o del *galop* aquel *D'ye ken John Peel*... Eso era bonito, y había que mudarse de cuello...

Por un pasillo, Soames llegó al salón del baile. Allí había numerosos Mefistófeles, Damas Españolas, Campesinos Italianos, Pierrots... Sus ojos asombrados casi no podían fijarse en detalles. Y sus oídos decidieron que lo que tocaban era un vals o algo que se le parecía mucho. Recordó que el vals, en sus años mozos, tenía tres tiempos... Y recordó aquel baile en casa de Rogelio, y a Irene, su mujer, bailando con Bosinney; hasta entonces no se le había olvidado su cara, el subir y bajar de su pecho, cuando en brazos de Bosinney danzaba las locas vueltas de un vals... Y recordaba también la cara de aquel hombre cuando ella le miró. Caras absortas las de ambos, ajenas a todo lo que no fuera ellos. Recordó al guardia, parado junto al portal, al borde de la alfombra porque pasaban los asistentes a la fiesta. Recordó el balcón donde se escondió y desde donde pudo ver tantas cosas...

—«Siempre», bonita melodía —dijo alguien a sus espaldas.

No era mala, no... Tenía una especie de dulzura, de suavidad... Sus ojos, esquivando la presencia de una gruesa señora con la pretensión de ser un hada, se deslizaron en contemplación de todos los bailarines que llenaban el salón. Pero ¡santo Dios! ¡Allí!... ¡Era Fleur! ¡Fleur con su traje de Goya, La Vendimia!... Bailaba con un Jeque moro... ¡Y aquel Jeque era Jon! Consiguió Soames que un quejido que se le escapaba se convirtiera en una tos. ¡Aquellos dos! ¡Tan juntos, tan... perdidos, tan separados de todo! Como antaño Irene con Bosinney, Fleur estaba ahora con Jon. Pasaron, sin verle, detrás del volumen considerable del hada. Los ojos de Soames les siguieron en el remolino brillante y desatado. Volvieron a pasar. Llevaban las caras tan juntas que casi no les conoció. ¿Dónde estaría la mujer de él? Y en aquel instante Soames la vió, bailando también, pero mirando a su marido y a Fleur. Una ninfa vestida de verde, con los ojos llenos de sorpresa y de celos. No era extraño, pues ante sus mismos ojos se movía cadenciosamente el talle ondulante de Fleur y su pecho subía y bajaba agitado de emoción, y sus ojos estaban llenos de languidez. *Siempre*... ¿No terminarían de tocar aquella maldita melodía, no pararían aquellos dos, que a cada compás parecían más juntos, más juntos?... Y temiendo que le fueran a ver, Soames se marchó y subió lentamente a su habitación. Ya había echado su miradita. Ya tenía bastante.

La orquesta había dejado de tocar, la gente se marchaba, las luces se iban apagando. Por el ruido que se percibía, la marea debía de estar subiendo.

Soames se tocó donde le dolía, bajo la camisa almidonada, y quedó inmóvil. *Siempre*... ¡Maldición! ¡Nunca! ¡Nunca; si él podía...! Y aquella capacidad de

autodominio que tenía y que le había fallado dos o tres veces en la vida, con consecuencias desastrosas, volvió a fallarle de nuevo, y de tal forma que a quien le hubiera visto le habría parecido loco. Pero le pasó el paroxismo. ¡No valía enfurecerse! Y peor que no valer... Llegaría a ponerse malo, y lo que necesitaba era conservar toda su fuerza. Mas ¿para qué? ¿Para estarse sentado? ¿Para no hacer nada? ¿Para esperar a ver lo que pasaba? ¡La diosa Venus...! ¡No había que atreverse a tocarla! ¡Él la había tocado en el pasado, y le había correspondido con un golpe! ¡No había que tocarla! No podía más que dominar su dolorido corazón, y esperar a ver...

Tercera Parte

I

SOAMES ACONSEJA

A su regreso a Nettlefold, después de pasar la noche en Londres, Fleur continuó triste y aburrida a la orilla del mar. Ni Jon ni su mujer habían ido a verla: sin duda la habían calificado de «peligrosa». Dos veces había llegado hasta La Granja de la Colina Verde para ver si se daba otra «pura casualidad».

Y allí había visto una casa antigua y agradable, con otras edificaciones menores, sin duda instalaciones de la granja, y flanqueado todo por una colina y dominando una amplia vista del mar. Tranquila, espaciosa y hogareña, la granja despertó su hostilidad. No sería nunca la casa de ella, *suya*, y por eso una de las fuerzas adversas que se le oponían y le cerraban el camino. Solamente el tiempo perdido por Jon, los momentos que no dedicaba a nadie, podía considerar a favor de ella. En la explotación de aquellas tranquilas hectáreas, era posesión segura de su esposa, fuera del alcance de ella... ¡Y para siempre! Y, sin embargo, con todo su sufrimiento, no sabía todavía qué era lo que deseaba su corazón. No teniendo que enfrentarse a una decisión concreta, quería creer posibles, creía posibles cosas que en lo hondo de su fondo sabía que no lo eran. En cierto modo, la actitud más extremada no le parecía totalmente desprovista de lógica. ¡Volver a España con Jon! Se le crispaban las manos y se le entreabrían los labios ante la mera idea. ¡Pasar una odisea juntos, hasta que en el mundo vacilante y tolerante, moderno, en que vivían, se olvidase todo, aunque no les fuera perdonado! Toda forma de estar con él, desde la compañía amistosa y formal hasta la que implicaría la pérdida del mundo y para el mundo; desde la *liaison* secreta y culpable hasta las miradas normales y públicas a intervalos no demasiado largos, todo le parecía bien y todo le parecía posible, según su estado de ánimo, aunque no le pareciese probable. Pero cualquier cosa, con tal de no perderle de nuevo y para siempre.

A este febril navegar de su espíritu, una carta de su tía Winifred vino a dar sitio donde echar el ancla.

He sabido por Val que por fin no van a Goodwood, pues el potrillo de dos años que tienen no está en forma. Es una lástima, pues es la reunión hípica más agradable del año. Ellos están muy entretenidos con los asuntos de la granja que Jon Forsyte va a poner. Será muy bonito para Val y Holly tenerles tan cerca, pero temo que la americanita se va aburrir mucho. Holly escribe que van a ir a una fiesta muy lucida, un baile de disfraces que va a haber en el hotel de Nettlefold. Ana va a ir de sirena, y yo creo que estará muy bien con esas piernas tan derechas y tan bonitas que tiene. Holly se vestirá de madame Vigée le Brun. Val dice que si no le dejan ir de corredor de apuestas

de caballos, que no va. Yo le digo que por lo menos no se pinte la nariz de encarnado. El joven Forsyte se va a poner el vestido de árabe que trajo de Egipto.

«Y yo —se dijo Fleur— iré con el vestido que me puse aquella noche que subí a su cuarto en Wansdon.» ¡Cómo deseaba ahora que, tras aquella visita, hubieran tenido forzosamente que casarse! Pero entonces los dos eran unos inocentes...

Y Fleur inmediatamente decidió ir también al baile. Y allí llegó la primera, y con ojos maliciosos observó la cara que pusieron cuando se les acercó a la entrada del salón. Llevaba su traje de vendimiadora. Se dió cuenta de que Jon lo recordaba, e inmediatamente empezó a alabar el disfraz de Ana. ¡Parecía realmente una sirena! ¡Y Jon, vestido de árabe, necesitaba una esposa o dos más! Fué la discreción personificada hasta el vals; incluso entonces trató de ser discreta para todos menos para Jon. Por discreción evitaba —o pensaba que evitaba— toda languidez de mirada o toda proximidad excesiva. Pero en los pocos minutos del vals le hizo darse cuenta de que el amor le corría por las venas.

—*Siempre* —fué todo lo que le dijo cuando pararon.

Y después del vals se escapó corriendo a su casa, pues no hubiera podido sufrir verle bailar con la sirena. Temblando llegó a su habitación, y se metió entre sábanas en un paroxismo de llorar silencioso. Y los ojos y las piernas de la ninfa acuática, y su tez morena, aparecían reiteradamente en la complicada pesadilla que la atormentó. Pero se fué tranquilizando; por lo menos, durante unos minutos, había sido sólo de ella; durante unos minutos habían estado juntos, apretados, corazón contra corazón. Y eso era algo.

Se levantó tarde, pálida y ya serenada. A las diez, la aparición sorprendente del coche de su padre completó, al dar tinte de sonrisa a su rostro, el disfraz de los sentimientos que la llenaban. Le saludó con una gratitud completamente fingida.

—¡Papá! ¡Qué bien! ¿De dónde has salido?

—De Nettlefold. Pasé la noche allí.

—¿En el hotel?

—Sí.

—¡Anda! ¡Pues si yo estuve allí en un baile!

—¡Oh! —exclamó Soames—. El baile de máscaras que había, ¿no? Me hablaron de ello. ¿Estuvo bien?

—Pues, vaya... Yo me marché en seguida. ¡Si hubiera sabido que estabas tú! ¿Por qué no me avisaste que ibas a venir?

—Pues mira... De repente se me ocurrió de que el viaje sería para el niño mejor en auto que en tren.

Y Fleur no sabía decirse si su padre había visto o no había visto nada en absoluto.

Afortunadamente, durante el viaje de vuelta, Kit tenía mucho que hablar, y Soames, tras la noche de temores e intranquilidad que había pasado, sesteó frecuentemente. El aspecto de la casa de South Square, agradable y cuidado, y la cordialidad del recibimiento de Michael, bellamente correspondido por Fleur, le devolvieron un tanto a su ecuanimidad. Allí, de todas formas, no había una casa triste, y eso era coeficiente importante en la ecuación de aquel futuro que no podía prever.

Después del almuerzo, subió con Michael a su despacho a tratar del adentamiento de los suburbios. Al ver frente a sí, mientras hablaban, la acuarela de Fleur, Soames redescubrió la verdad de que los individuos son más interesantes que las colectividades y que la colectividad llamada Estado. Y su mente fué embargada, no por pensamientos de interés nacional, sino por la pintora de aquellas frutas de pasión. ¿Cómo evitar que llegara a comerlas?

—¿Verdad que es un cuadro realmente bueno? Me gustaría que Fleur se dedicara en serio a la acuarela.

Soames tuvo un movimiento de sorpresa, y dijo:

—Me gustaría que se dedicase en serio a cualquier cosa, que tuviese la imaginación ocupada.

Michael le miró.

«Lo mismo que un perro —pensó Soames—. Trata de comprender...» Y vió cómo el joven se humedecía los labios.

—Tiene usted algo que decirme, ¿verdad? Es algo que se relaciona con lo que me dijo hace unas semanas...

—Sí —respondió Soames mirándole a los ojos—. No lo tomes muy a pecho, pero creo que no ha superado ella aquel sentimiento que tuvo... No sé lo que conocerás de aquellos amores de chiquillos...

—Creo que todo.

Y vió que Michael se humedecía los labios otra vez.

—¿Ah, sí? ¿Te ha contado ella?

—No. Fleur no me ha dicho una sola palabra. Lo que sé, lo sé por la señorita June Forsythe.

—¡Esa mujer!... Ya te habrá cascado todo lo que hubo y lo que no hubo, no faltaba más... Pero Fleur te quiere.

—Algo tiene que quererme.

Le pareció a Soames bastante extraña la inflexión de su voz, bastante emocionante.

—Mira —le dijo—: quiero decirte cómo he llegado a esa conclusión, tal vez quieras saberlo.

—No, señor.

Soames le miró un instante, y retiró rápidamente la mirada. Sin duda aquel momento era amargo para Michael. ¿Precipitaría la solución de la crisis si hablaba? Él sabía bien como había, en ciertos casos, que esperar. Pero ¿sabían esperar aquellos jóvenes? De todas formas, era un caballero, estaba completamente convencido. Y le tranquilizó pensarlo, al mirar el Mono Blanco de la pared, con tan pocos títulos para aquel calificativo.

—Lo único que hay que hacer —murmuró— es esperar...

—Esperar, y ver..., ¿no? Pues no, señor, yo no puedo. Tengo que esperar y no ver o verlo todo ahora.

—¡No! —dijo Soames con énfasis—. No pretendas ver nada ahora. Yo puedo estar equivocado. No lo creo, pero... Ella sabe dónde le aprieta el zapato.

—¡Calle! —exclamó Michael, poniéndose en pie.

—¡Vamos, vamos! Te he dado un disgusto... Todo depende de que sepas conservar los nervios.

Michael emitió una risita llena de tristeza.

—Ahora no puede usted dar *otra vez* la vuelta al mundo. Mejor sería que la diera yo..., solo.

Soames le miró con fijeza.

—No resolverías nada así. Ella te quiere; lo que pasa es que está febril, excitada nada más. Tú, sé hombre, y estate tranquilo —Michael le daba la espalda y Soames encontraba así más fácil hablar—. Siempre ha sido una niña mimada, ya lo sabes. Y los niños, cuando se les miman, se empeñan en las cosas más absurdas, pero no es asunto grave nunca. ¿No podrías hacer que se interesase en esto de los suburbios?

Se volvió Michael de repente.

—¿Hasta... dónde ha llegado?

—¡Pero qué cosas tienes tú también! ¡Pues hasta ninguna parte! —exclamó Soames—. Lo único que hay es que ha bailado con ese Jon, y yo..., yo vi la cara que ponía. Nada más —fué a decir «los ojos», en vez de «la cara», pero le pareció extravagante hablar así—. Además, él está casado —añadió rápidamente—. Y su mujer es una joven muy atractiva. Y se va a dedicar a

granjero por allí, según he oído. ¿Qué tal estaría que me llevara a Fleur a Escocia por agosto y septiembre?

—No, señor, no. Eso no es más que dar largas al asunto. Y lo que hay que hacer es acabarlo, de una manera o de otra.

Soames guardó silencio por un rato.

—Nunca conviene provocar una decisión antes de tiempo —dijo por fin—. Vosotros los jóvenes siempre tenéis prisa. Las cosas pueden hacerse..., pero no pueden deshacerse después.

La cara de Michael parecía preguntar:

«¿Y a usted le ha dado buen resultado esa táctica?» ¡Aquella demonio de June le habría contado su pasado, no le cabía duda!

—De todas formas, prométeme no decir nada de esto que te he dicho yo, y, sobre todo, no hacer nada que pudiera...

—No puedo prometerle nada... Claro que procuraré no olvidar su deseo.

Y con esto tuvo Soames que conformarse.

Y llevado del instinto, nacido en el amor que le tenía, se despidió de Fleur con toda normalidad, y al día siguiente se volvió a Mapledurham. Explicó a Annette, con todo detalle, todo lo que no tenía importancia, pues lo que no haría por nada sería contarle lo que tanto le preocupaba.

Su casa, en aquellos últimos días de julio, estaba muy agradable, y casi nada más llegar, se puso a pescar en el bote. Allí, contemplando su reflejo verde en el río, se sintió descansado. Los mil ruidos y murmullos del campo y de la casa, el brillo de las flores en las orillas, el lento caminar de las nubes blancas, reposado, muy reposado, y algo de la paz de la Naturaleza, le entró en el alma, sumiéndole en ensueño. Al reaccionar, se dijo:

—No... No comerá esa fruta.

II

OCUPANDO LA IMAGINACIÓN

¿Sí? ¿Era la comedia lo mejor? Michael lo dudaba. Al decir a Soames que no podía esperar y ver lo que pasaba, había expresado muy ciertamente algo que llevaba dentro de sí. Observar, espiar, calcular... ¡Imposible! Lo que más le gustaría sería ir a Fleur y pedirle una explicación clara de cuáles eran sus sentimientos; pero no podía negar la profundidad del afecto de su suegro y su gran visión y entendimiento de las cosas. Y vacilaba ante la decisión de poner en peligro la felicidad del «viejo Forsythe», que era también la suya. El «buen viejo» se había portado muy bien, arrancándose a sus hábitos sedentarios y lanzándose a dar la vuelta al mundo. Había, pues, de tenerle todas las

consideraciones. No tenía que hacer sino esperar sin intentar ver..., la peor cosa del mundo, pues había que mantenerse en ella a base de inactividad. «Que se dedicase en serio a cualquier cosa, que tuviera la imaginación ocupada.» Era muy fácil de decir, pero... Recordando sus propios sentimientos prenupciales, comprendía la dificultad de distraerse del amor, cuando se ama. Y la imaginación de Fleur era difícil ocupar con algo distinto a lo que interesaba a su corazón. ¿Los suburbios? ¡No! ella poseía una de esas naturalezas eminentemente sanas que rechazan los problemas sociales, como preocupaciones infructuosas y excesivas. Un trabajo directo, como el de la cantina, en que pudiera brillar un poco, era lo que realizaría a las mil maravillas; pero no trabajaría nunca en beneficio de algo remoto, con trabajo sin resultados actuales, sin brillo. Y se representaban a Michael perfectamente los ojos claros de ella, mirando los suburbios con la frialdad que había mirado el foggartismo y sus esfuerzos en beneficio de los obreros en paro forzoso. La llevaría a ver a Hilario y a la tía May, pero sería inútil.

Con la noche llegó la primera gran dificultad. Soames le hubiera, seguramente, aconsejado conducirse con toda normalidad y franqueza en esas horas íntimas de la noche. Pero si el corazón de ella estaba verdaderamente en otro sitio, ¿sería leal y generoso proceder desconociendo esa posible realidad? Mas ella se condujo como él deseaba, y él quedó satisfecho, aunque no convencido.

A la mañana siguiente despertó muy aligerado de pesadumbres.

En el desayuno le preguntó qué desearía hacer, ya que estaba de regreso y la *season* había terminado. Si realmente le agradaba la idea de dedicarse a los suburbios, en aquel trabajo encontraría muchas oportunidades de ser activa; además ya vería que Hilario y May eran personas agradabilísimas.

—Lo que quiero es hacer algo útil, Michael.

La llevó a Los Prados, y el resultado fué mejor de lo que se atrevía a esperar.

Sus tíos eran seres como Fleur no había visto en su vida: personas ligadas a lo tradicional y totalmente formadas, pero abiertas a toda corriente y sabiendo mantener los ojos sin cerrar frente a todo sol. Michael, que tenía algo de su modo de ser, carecía de la *pose* y de la seguridad de ellos. Fleur percibió inmediatamente que aquellas dos personas vivían en una unión y una comunidad como jamás había visto en pareja humana alguna, como si en veinte años de matrimonio hubieran manejado siempre un mismo instrumento maravilloso para realizar un descubrimiento más maravilloso todavía: el instrumento de la abnegación. No eran tontos, pero ante ellos, la listeza era algo completamente fuera de lugar, como cosa que no tuviera realmente que ver nada con la realidad. Sabían mucho, especialmente Hilario, de todo: de flores y de grabados, de arquitectura, de montañas, de electricidad, del costo de la vida,

de la belleza de las ciudades de Italia; sabían cómo tratar las enfermedades de los perros; sabían música y tocar instrumentos; prestar los primeros auxilios médicos y hasta los segundos; tenían la gracia de divertir a los niños y de hacer reír a los ancianos. Podían hablar de todos los temas que pueden ir desde la religión a la moral, y poseían la tolerancia que viene del conocimiento de los dolores ajenos y del olvido de los propios. Con su inteligencia natural, Fleur supo admirarles. Eran buenos, pero no eran aburridos, cosa rara. Y al admirarles, no pudo dejar de sentirse adherida a ellos. Reconocía que la actitud de ellos frente a la vida era de orden superior a la suya propia, y se dispuso, por lo menos, a trabajar por ellos con la palabra. Pero la palabra no edifica viviendas, sobre todo en Los Prados. Manos, pies, inteligencia y corazón eran de todo punto indispensables. Mas para «ocupar la imaginación», aceptó todo trabajo que quisieron darle. Y ahí empezó la dificultad: aquellos trabajos no eran los «de su clase», y en hacerlos no encontraba camino que pudiera llevarle a ninguna parte. Aunque quería, no podía identificarse con la señora Corrigan o con los Topmarshes. Aquellas chicas que trabajaban en Petter y Poplin y que guardaban su ropita en bolsas de papel la cansaban, hablaran o no. Cada nuevo tipo de aquellos le divertía el primer día, pero al segundo ya la tenía harta. Con todo, intentó asimilarse a las necesidades de aquellos trabajos, por ella, y por disimular ante Michael. Y poco después de llevar una semana en ellos, le vino la gran idea.

—Yo creo, Michael, que llegaría a interesarme mucho más en esto si tuviera a mi cargo una casa de campo... Una casa donde pudieran ir a descansar las muchachitas débiles, que necesitan aire y sol...

A Michael, que se acordó al instante de la Cantina, le pareció la «gran idea», ni más ni menos. A Fleur le parecía algo más que una idea buena: una «magnífica inversión», que habría dicho su padre; pues su mente incansable había visto todas las posibilidades. Podría ir allí sin preocupaciones, y nadie sabría a qué dedicaba el tiempo. Tendría una base de operaciones perfectamente enmascarada para sus relaciones con Jon, pues aunque fueran éstas totalmente inocentes, el enmascaramiento era preciso. Aprendió en seguida a guiar el automóvil, pues la «Casa de Reposo» no debiera estar demasiado cerca de *él* para no despertar sospechas. Pidió a su padre ayuda económica. Primero con duda, pero luego, casi con gusto, aceptó financiar la empresa Soames. Él pagaría el alquiler y los impuestos de la casa, y Fleur correría con el resto. Y el ofrecer ella gastar de su dinero fué la mejor política que podría haber seguido con su padre, para convencerle de que estaba auténticamente interesada en la empresa, pues Soames desconfiaba del interés de la gente a no ser que el satisfacerlo llevara gastos. Un estudio cuidadoso del mapa, llevó a Fleur al convencimiento de que lo mejor era Dorking, con sus alrededores. Box Hill tenía fama de aires sanos y belleza y estaba a una hora de correr de prisa de Wansdon. En tres semanas encontró y amuebló una casa casi

abandonada, muy barata, cerca de la carretera general de Londres, con buen jardín y establos, que podrían habilitarse muy bien. Terminó de adquirir maestría en el manejo del automóvil y contrató un matrimonio para guardas. Consultó con Michael y con los Hilarios ampliamente. Se comportó como una gata, que hasta el último momento procura desorientar acerca del lugar donde va a dejar los gatitos. La «Casa de Reposo» de Los Prados se abrió a finales de agosto.

Durante todo este tiempo tuvo que contentarse con escasísimas noticias de Jon. Por una carta de Holly sabía que los tratos por la Granja de la Colina Verde proseguían, si bien había dificultades por el precio. Parecía que Jon estaba más interesado que nunca y que Ana se sentía más inglesa cada día. *Rondavel* estaba en forma otra vez y confiaban en que ganaría en Doncaster. Val ya estaba preparándolo incluso para el Derby del año siguiente.

Fleur contestó con una carta, de cuyo texto parecía deducirse que no tenía otro interés en el mundo que su gran proyecto de Casa de Reposo. Tenían que ir todos a admirarla y a convencerse de que aquello era todavía superior a la Cantina. Aquella gente era «formidable» y todo lo de los suburbios era «estupendamente divertido». Deseaba hacerles pensar que no se temía a sí misma y que no le alarmaba la idea de la proximidad de Jon, y que había encontrado el trabajo serio y definitivo de su vida. Y a Michael, se lo hizo pensar, pues nunca carente de candidez natural, era fácil engañarle. Creía él que su mujer tenía verdaderamente ocupada la imaginación. En lo físico, sí que andaba Fleur ocupadísima, pues iba a Dorking casi a diario, y además todos los fines de semana a Mapledurham, pues estaba Kit allí, en «El Refugio», con sus abuelos, o bien con él a casa de los viejos Mont, que la recibían con la mayor alegría. Remando un día con ella en el río, Michael rehízo su sensación de seguridad. El viejo Forsythe debería, sin duda, haber permitido que se le desbocara la fantasía, pues el pobre querría tener a Fleur metida en un fanal, para defenderla de la proximidad de todos.

El Parlamento estaba en vacaciones y el trabajo de los suburbios era todo lo que hacía. Aquellos días de río, río que siempre asociaba a los recuerdos de su cortejo a Fleur, fueron los más felices que pasara desde el comienzo de la huelga.

¿Y Soames? A causa de la tranquila amabilidad de su hija, él estaba tranquilo también. Solía mirar a Michael sin decirle nada, de acuerdo con las mejores tradiciones inglesas, y por propia dignidad. Y fué él quien resucitó el proyecto de que Fleur fuera retratada por el último «pobre diablo» de June, pues así creía que se ocuparía todavía más la imaginación de su hija. De todas formas, antes de decidir nada en concreto, él quisiera ver la obra de aquel pollo, aunque le obligaría a visitar a June.

—Si ella estuviera fuera cuando yo fuese al estudio, no me importaría echar una ojeada.

—¿Quieres que lo arregle yo, papá?

—Si lo haces con cuidado...

Y la semana siguiente, Fleur le dijo:

—Si vienes conmigo el lunes, podemos ir allí. El rafaelista estará, pero June, no. Ella parece que tiene la misma gana de verte que tú de verla...

—¡Ejem! —murmuró Soames—. Ella siempre dice lo primero que se le ocurre.

Y fueron, en el coche de Soames. Tras de hacerse una idea, Soames se volvería, y Fleur se iría a su casa. El pintor les recibió en la escalera. A Soames le pareció que tenía pinta de torero (no es que hubiese visto ningún torero en su vida, como no fuera en estampas), con sus patillitas cortas y su cara amplia y pálida que parecía querer decir: «Si usted se cree capaz de apreciar mi arte, está muy equivocado.» Por otra parte, el rostro de Soames expresaba más o menos: «Más equivocado está usted si piensa que yo voy a apreciar su arte.» Y dejándole con Fleur se puso a mirarlo todo bien. La verdad es que no quedó impresionado desfavorablemente. La pintura de aquel hombre había vuelto la espalda al modernismo. Las superficies eran suaves, el dibujo tenía perspectiva, y el colorido llenaba por completo cada cosa. Notaba una cosa nueva: la resurrección de algo muy antiguo. Sin duda el hombre tenía talento. Si triunfaría, era otra cosa; pero su obra era más agradable de tener en casa que la mayoría de la obra pictórica que había visto hacía ya bastante tiempo. Cuando llegó al retrato de June, se quedó parado, mirándola con la cabeza inclinada.

—La ha sacado usted lo que se dice hablando —y le agradó pensar que June, evidentemente, no había percibido lo que percibía él. Pero cuando sus ojos cayeron en el retrato de Ana, su rostro cayó también, y rápidamente miró a Fleur, que dijo:

—¿Que tal, papá, qué te parece?

El pensamiento había pasado como un relámpago por la cabeza de Soames: «¿Es para entrar en contacto con *él* por lo que no le importa pintarse?»

—¿Está ya acabado? —preguntó.

El rafaelista contestó:

—Sí; mañana lo entregaré.

Volvió a levantar la cara Soames. ¡El peligro había pasado no demasiado cerca!

—¡Muy inteligente! —murmuró—. El lirio es excelente— y pasó a contemplar un diseño que representaba a la mujer que les había abierto la puerta—. Se la reconoce. No es nada malo.

Con modales tranquilos puso de manifiesto que aunque aprobara por completo el arte del pintor, no estaba dispuesto a pagar un precio extravagante. Aprovechó un instante en que Fleur no podía oírle, y preguntó:

—Bueno; con que va usted a retratar a mi hija. ¿Qué honorarios tiene usted?

—Ciento cincuenta.

—Bastante elevados, para estos tiempos... Usted es joven. Con tal que lo haga bien...

El rafaelista hizo una reverencia irónica.

—Sí, ya lo creo —dijo Soames—. Ustedes piensan que todos sus patos son cisnes. Nunca he visto un pintor que no piense así. No tendrá que posar demasiado, ¿verdad? Está muy ocupada. Quedamos, entonces, de acuerdo. Adiós; no se moleste en bajar.

Cuando salieron, le dijo a Fleur:

—Ya está eso arreglado. Puedes empezar a posar cuando quieras. Su trabajo es mejor de lo que se piensa uno al verle. Y ahora me marcharé, pues sé que no querrás que te lleve a casa. Adiós; y no trabajes demasiado —y recibiendo el beso que ella le dió, entró en el coche.

Fleur echó a andar hacia donde habría de tomar el autobús. Y él no la vió detenerse, dejar pasar un poco de tiempo y después desandar el camino y volver a casa de June.

III

POSEYENDO EL ALMA Y DOMINANDOSE

Lo mismo que, desde que el mundo es mundo, es imposible encontrar gente o cosas que desciendan en línea recta de su primitivo origen, igualmente pasa con las acciones humanas; y el psicólogo que busca la verdadera razón de ser de las cosas es como Soames, que creía que su hija quería que la pintasen para verse después colgada, en bello marco, de un clavo sobre la pared. Toda persona, Soames lo sabía, se hacía colgar de un clavo, antes o después, más bien antes. Y aunque a Fleur no desagradaba la idea de verse colgada, tenía motivos no tan sencillos para desear que la retratasen. Por motivos tales volvió a casa de June. La mujercita, que había estado metida en su dormitorio para no ver a Soames, resplandecía de gozo.

—Desde luego que el precio del cuadro es meramente valor nominal... El efectivo es superiorísimo —dijo—. Harold, en justicia, debiera ganar lo que ganan Thom o Lippen. Pero de momento tiene que hacer algo mientras llega a ocupar el lugar que por derecho le corresponde. ¿Por qué has vuelto otra vez?

—Pues en parte, por verte —contestó Fleur—. Y en parte, porque habíamos olvidado quedar para la primera sesión. A mí, la hora que más me conviene, es las tres.

—Sí... —murmuró June, dudando, no tanto por la hora como por no haberla sugerido ella—. Creo que Harold podrá a esa hora. Y ¿has visto que exquisitez la de su trabajo?

—Lo que más me gusta es el retrato de Ana. Le he oído decir que mañana lo entrega.

—Sí; Jon vendrá a buscarlo.

Fleur se miró disimuladamente en el espejito opaco para convencerse de que su cara no reflejaba ninguna emoción.

Y ¿qué crees tú que debiera ponerme?

La mirada de June la recorrió de pies a cabeza.

—Pues no sé... Tal vez él quiera algo así, un tanto artificial...

—Pero ¿qué color? Tengo que ponerme algo que forzosamente ha de ser de un color u otro.

—Vamos a subir a preguntarle.

El rafaelista estaba en pie ante el retrato de Ana. Se volvió a mirarlas, poniendo cara como de decir: «¿Qué demonio querrán ahora estas mujeres?» Y asintió sin duda contrariado, a la sugerencia de trabajar a las tres.

—¿Cómo quieres que se vista? —preguntó June.

Miró el rafaelista a Fleur como si quisiera percatarse de dónde le terminaban las costillas y dónde le empezaba la pelvis.

—Oro y plata —dijo por fin.

June juntó las manos en éxtasis.

—Pero ¿no es maravilloso? ¡Ha sabido interpretarte con una mirada! Es lo que a ti te gusta, porque te va bien... ¡Por algo tienes tu salón oro y plata! ¿Cómo es posible, Harold, que...?

—Pues tengo un vestido antiguo, de «Locura» —dijo Fleur—, oro y plata precisamente, con cascabeles, que no me he puesto desde antes de casarme.

—¡Una «Locura»! —exclamó June—. Muy bonito, si el traje está bien, pues hay trajes de «Locura» muy cursis.

—El mío es bonito, y hace un sonido monísimo.

—Pero Harold no puede pintar el sonido —dijo June. Después añadió, ensoñadora—: Pero puedes sugerirlo, Harold..., como Leonardo.

—¡Leonardo!

—Bueno, sí, ya sé que...

El rafaelista interrumpió:

—No se pinte usted la cara.

—No —murmuró Fleur—. June, no sabes lo que me gusta el retrato de Ana... ¿No se te ha ocurrido que a ella le encantaría tener otro retrato de Jon?

—¡Ah, pues sí...! Le haré que prometa dejarse retratar, cuando venga mañana a buscar este...

—Ahora se va a meter en lo de la granja, ya lo sabes... Y eso le servirá de pretexto para negarse. A los hombres no les gusta que les pinten.

—Eso son tonterías —dijo June—. En los tiempos de antaño, les encantaba. Lo que hay que hacer es que comience a posar antes de enredarse con su granja. Los dos retratos harán preciosos juntos...

A espaldas del rafaelista, Fleur se mordió el labio.

—Y debe ponerse una camisa abierta de cuello. Azul, ¿verdad, Harold?; así hará juego con el pelo.

—O rosa con lunares verdes —murmuró el rafaelista.

—Entonces, hasta mañana a las tres, ¿no? —dijo Fleur apresuradamente.

June asintió, y dijo:

—Jon viene a almorzar. Cuando vengas tú, él ya se habrá ido.

—Pues muy bien. *Au revoir!* —y le tendió la mano al rafaelista, que pareció sorprenderse del gesto—. Adiós, June.

June se le acercó repentinamente y la besó. En aquel instante, la carita de la diminuta mujer fué dulce y suave y sonrosada, y sus ojos estaban llenos de dulzura, y sus labios de agradable calor, como si ella estuviera totalmente emocionada.

Fleur se marchó pensando: «¿Debiera haberle dicho que no le dijera a Jon que voy a pintarme?» Pero, sin duda, ya se cuidaría ella de callar todo lo que pudiera ser perjuicio del rafaelista. Se paró a estudiar la topografía del terreno que pisaba. El único acceso a la casa era una carretera que bajaba y subía otra vez. Precisamente en el sitio donde se hallaba estaría a cubierto de las vistas de la casa, y podría ver a Jon cualquiera que fuera el camino que tomase al irse. Pero seguramente se iría en un «taxi», para llevarse el cuadro. Y pensó con

dolor, que ella, que había sido su primera amada, tuviera que andar armando tapujos para poderle ver. Pero si no los armaba, no le vería nunca. ¡Qué infeliz y qué tonta había sido en aquellos días de Wansdon, en que tenían habitaciones contiguas! Una pequeña acción, y ninguna fuerza hubiera podido separarles, ni su madre ni la disensión familiar... Ni el padre de ella, ni nada. Y no hubiera habido entre ellos fosos tremendos, ni juramentos de ambos a terceras personas, ni Michael, ni Kit, ni la muchacha con ojos de ninfa de las aguas. Pero entonces ella era joven e inocente. Y pensó que juventud e inocencia deben ser cualidades que se posean en su justo medio.

No se le ocurrió modo alguno de verle sin descubrir que había tramado la entrevista. Tendría que dominarse un poco más, conseguir que el pintor le retratase... Así no tendría solamente una oportunidad, sino muchas.

Llegó Fleur, a las tres, con el traje de «Locura», y pasó al cuarto de June a vestírselo.

—Es precioso —dijo June—. A Harold va a encantarle.

—Pues no sé —dijo Fleur. Le parecía que el temperamento del rafaelista no se caracterizaba por admirar nada. Llegaron al estudio sin haber mencionado a Jon.

El retrato de Ana ya no estaba allí. Y cuando June salió a buscar «la cosa precisamente» necesaria para fondo, Fleur dijo incidentalmente:

—Y qué, ¿va usted a pintar a mi primo Jon?

El rafaelista asintió.

—No quería, pero *ella* le ha obligado.

—¿Cuándo empiezan ustedes?

—Mañana. Va a venir todas las mañanas durante la semana esta. Se cree que una semana seguida es lo mejor.

—Pues para eso se podía quedar la semana en Londres y no tendría que andar yendo y viniendo.

—Pero no quiere estar sin su mujer, y su mujer está, además, constipada.

—¡Vaya! —exclamó Fleur. Y pensó rápidamente y dijo—: ¿No le convendría más posar a primera hora de la tarde? En ese caso, yo podría venir por las mañanas; la verdad..., casi me gustaría más. Por la mañana se siente una más fresca. June podía avisarle.

El rafaelista emitió un sonido que ella juzgó de aprobación. Cuando se marchaba le dijo a June:

—Voy a venir por las mañanas, a las diez; así tendré las tardes libres para mi Casa de Reposo. ¿No podrías conseguir tú que Jon viniera por las tardes? Tal

vez le conviniera más. Pero no le digas que me estoy retratando, pues el retrato, en una semana, no será reconocible.

—¡Qué va! —dijo June—. En eso te equivocas. Harold consigue un parecido sorprendente a los primeros trazos. Pero, desde luego, volverá el cuadro contra la pared. Lo hace siempre cuando está sin terminar.

—Muy bien. Ha empezado magníficamente. Entonces, si telefoneas a Jon, vendré mañana a las diez —y otro día más tuvo que seguir dominándose. Al siguiente, señaló con la barbilla un lienzo vuelto a la pared, preguntando—: ¿Le parece que mi primo posa bien?

—No —dijo el rafaelista—. No se toma interés. Parece que está preocupado con alguna cosa.

—Es que es poeta, no sé si usted lo sabe.

El rafaelista la miró sorprendido.

—¡Poeta! Pues no tiene cabeza de poeta. Demasiada mandíbula, y los ojos demasiado hundidos.

—¿Pero y el pelo? ¿No le parece un hombre atractivo?

—¡Atractivo! —exclamó el rafaelista—. Yo pinto cualquier cosa: bella o fea como el pecado. Mire usted el *Papa*, de Rafael. ¿Ha visto alguna vez un retrato mejor y un hombre más feo? La fealdad no atrae, pero hay que representarla.

—Eso, desde luego —dijo Fleur.

—Y yo pinto la realidad, lo obviamente real. Por eso mi trabajo es importante y parece moderno: porque ahora a la gente le había dado por pintar cosas fantásticas, irreales. Yo pinto la verdad y nadie más lo hace, dese usted cuenta de eso.

—Creo que tiene usted mucha razón.

—Pues claro que la tengo. Hay que representar lo evidente, y si un pintor no es capaz de hacer eso, mejor será que se dedique a erudiciones sobre la pintura abstracta, y no a pintar. Esos eruditos son unos pobres hombres, tratando de demostrar que un *cocktail* es mejor que un buen vaso de jerez viejo. Anoche me encontré con un tipo que me dijo que ha pasado cuatro años escribiendo un poema de veinte versos..., que nadie entiende. Bueno, pues ya verá cómo se hace una reputación de poeta, que sólo perderá como aparezca uno que se haya dedicado cinco años a hacer ininteligible otro poema de veinte versos. Levante la cabeza. Su primo es el hombre más silencioso que he visto.

—El silencio es una gran cualidad —dijo Fleur.

—Usted pensará que yo no la tengo, ¿verdad, señora? Pero sí la tengo, sí... No hace mucho estuve quince días sin abrir la boca más que para decir *sí o no* y para comer. *Ella* se preocupó mucho.

—Me parece que usted no es muy amable con *ella*.

—No, señora, no lo soy. Anda detrás de mi alma. Es la más molesta clase de mujeres, la que no se contenta con tener el alma de ella, sino que busca además la de otro.

—Quizá sea que tampoco tienen la suya.

El punto de vista mahometano... No sé... Las mujeres siempre andan detrás del alma de un hombre, de un niño o de un perro. El hombre sólo busca un cuerpo, además del suyo propio.

—Me interesa más la teoría de la expresión pictórica de lo evidente, señor Blade.

—¿No puede interesarse por esta otra? ¡Vaya, vaya! ¡Es que ponemos el dedo en la llaga, entonces... Vuelva un poco el hombro, haga el favor. No, el izquierdo, el izquierdo... Pues es también evidente que una mujer siempre desea el alma de otro ser. Lo que pasa es que la gente no se da cuenta. ¡Mire usted la Madonna de la Sixtina! El Niño tiene su alma, y la de la Madonna está flotando sobre el alma del Niño. Eso es lo que hace que sea un gran cuadro, aparte de su línea y su colorido. Pone de manifiesto una cosa evidentísima. Pero hoy nadie lo aprecia. Por lo menos, ninguno de los eruditos... Se pierden en un fárrago lejanísimo de abstracciones.

—¿Y qué cosa evidente va a expresar de mí?

—No se preocupe —dijo el rafaelista—. Ya aparecerá alguna cuando esté el retrato terminado, aunque yo no me dé ni cuenta de cuando la plasmo con mis pinceles. Desde luego, el carácter aparecerá muy acusado. ¿Quiere descansar un poco?

—¡Ya lo creo que quiero! ¿Y qué cosa evidente ha patentizado en el retrato de la mujer de mi primo?

—Pues su auténtico carácter de ninfa, de ninfa de las aguas...

—¡De ninfa de las aguas! Pues no sé si sabrá usted que ha nacido y se ha criado en los bosques del interior de su tierra.

—Pues no es mujer de bosque, sino ninfa acuática. Y no es americana, sino irlandesa o británica... Lo he percibido muy bien...De agua, de agua, no de bosque.

—¡Qué observación tan pintoresca! —dijo Fleur ásperamente.

—Usted no quiere a esa señora... —dijo el rafaelista, clavándole la mirada.

—¡Claro que la quiero, no la he de querer! ¿Y la característica de mi primo, que también habrá expresado usted con toda evidencia, cuál es?

—La rectitud de conciencia. Ese hombre llegará lejos por el camino duro y estrecho... Tiene mucha conciencia.

Un movimiento nervioso echó a sonar los cascabeles de Fleur.

—¡Qué profecía tan terrible! ¿Volvemos a trabajar?

IV

CHARLA EN EL COCHE

Todavía un día más tuvo Fleur que dominarse; pero durante la sesión de la mañana siguiente en el estudio de pintura se dejó, *por casualidad*, olvidado el bolso. Y hubo de volver a recogerlo a la tarde. Jon no se había marchado todavía: acababa de levantarse de la silla donde posaba y se estaba estirando y bostezando para desperezarse.

—No, no, Jon... ¡No te reprimas! Todas las mañanas, cuando me despierto, quisiera tener yo tu juventud. Señor Blade, me dejé olvidado el bolso; llevo dentro el talonario de cheques y voy a necesitarlo esta tarde en Dorking. Y a propósito, mañana vendré media hora más tarde a posar. ¿Sabías que éramos compañeros de sufrimientos artísticos, Jon? Parece que hemos estado jugando al escondite. ¿Cómo estás? He sabido que Ana está resfriada; dile que lo siento mucho. ¿Va bien el cuadro? ¿Podría echarle una mirada a ver cómo va saliendo la representación de lo evidente? ¡Oh, va a ser magnífico, señor Blade! Ya percibo su idea...

—¿La percibe usted? Pues yo no percibo nada —dijo el rafaelista.

—Aquí está el maldito bolso... Si has terminado, Jon, puedo llevarte hasta Dorking, y allí puedes tú tomar el tren. Anda, vente y no me será tan aburrido el camino. Hacía siglos que no nos veíamos.

Al pasar por el puente de Hammersmith, Fleur volvió a tener el control de sí misma, que parecía que no había perdido. Habló ligeramente de cuestiones ligeras, acostumbrándose Jon mientras tanto a su proximidad.

—Todas las tarde bajo yo a estas horas, Si alguna vez quieres puedo llevarte hasta Dorking. ¿Por qué no podríamos vernos de vez en cuando, como buenos amigos, Jon?

—Cuando nos vemos no suele ser como prólogo a nada feliz, Fleur.

—¿Y qué es la felicidad, amigo mío? ¿Estaría la vida, con felicidad, tan llena de cosas insignificantes como ésta?

—¿Insignificantes?

—Insignificantes, sin importancia, si... Al menos para mí. Para ti no sé... Si es verdad lo que dice el rafaelista, de que tienes una gran rectitud de conciencia.

—El rafaelista es tonto.

—Sí, pero un tonto muy listo. Tú has cambiado mucho. Antes no tenías esa arruga que tienes entre los ojos. Y tu mandíbula es ahora demasiado fuerte. Anda, Jon, hijo mío, sé buen amigo mío, anda... ¿Has comprado la granja ya?

—Aún no me he decidido por completo.

—¿Quieres que vayamos por la carretera de Robin Hill y lo veamos entre los árboles? Podría inspirarte un poema.

—No volveré a escribir más poesía. Aquello pasó.

—¡Qué va! Lo que necesitas es estímulo. ¿No te parece que guío bastante bien? Te advierto que sólo llevo cinco semanas de práctica de volante.

—Tú lo haces todo muy bien, Fleur.

—Lo dices como si te pareciera mal. ¿Te habías dado cuenta de que hasta la otra noche, en Nettlefold, no habíamos bailado nunca? ¿Volveremos a bailar otra vez?

—Probablemente no.

Muy animador... ¡Eso está bien, hombre! ¡Sonríe un poco! Oye, ¿esa es la iglesia donde te bautizaron?

—No.

—Yo estoy bautizada dos veces... Como católica y como anglicana. Por eso no soy tan religiosa como tú, Jon.

—¿Soy yo muy religioso?

—Me parece que sí. Tienes, de todas formas, un gran fondo moral.

—¡Vaya!

—Jon, me haces pensar en los avisos que ponen en América: *Stop...* ¡Atención!... ¡Ojo!... No pisen el verde... Supongo que pensarás de mí que soy como una mariposa loca.

—No, Fleur, nada de eso. La mariposa no sabe seguir la distancia más corta entre dos puntos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tú te sabes empeñar en las cosas.

—¿Te lo ha dicho el rafaelista?

—No, pero me lo ha confirmado.

—¿Ah, sí? ¡Vaya, hombre! Habla demasiado... ¿Te ha expuesto su teoría de que la mujer ha de poseer el alma de alguien más, aparte de la suya?

—Sí.

—¿Y tiene razón?

—Pues mira, me molesta estar de acuerdo con él, pero creo que la tiene.

—Pues yo te podría decir de muchas mujeres que se guardan el alma suya y sólo buscan el cuerpo de los demás.

—¿Eres tú así, Fleur?

—A otra con esa pregunta. Mira, Robin Hill.

La fuente de la saga de los Forsytes estaba allí, gris e imponente, entre los árboles, recibiendo el sol poniente en una de sus fachadas, con las persianas cerradas.

Jon suspiró: —¡Qué feliz fui yo aquí!

—Hasta que vine yo a estropearlo todo.

—No digas eso.

Fleur le tocó el brazo.

—Eso es noble por tu parte, querido Jon. Eres bueno, y yo siempre te querré... sin malicia alguna. El soto está hermoso. Dios tuvo una gran inspiración cuando creó los alerces.

—Sí. Holly dice que el soto era el lugar preferido de mi abuelo.

—El viejo Jolyon..., el que no quiso casarse con su amada porque estaba tísica.

—Nunca he oído nada de eso. Pero era una gran persona. Mi padre y mi madre le adoraban.

—He visto retratos suyos. No tengas tú la mandíbula como él... ¡Los Forsytes tenéis unas mandíbulas! June me da miedo.

June es la mejor persona que pisa la tierra.

—¡Oh, Jon! ¡Eres tremendamente leal!

—¿Y eso es cosa mala?

—Hace todo terriblemente serio en un mundo que no lo merece. No; no me cites a Longfellow⁵³ ¿Le vas a decir a Ana que has venido conmigo?

—¿Por qué no?

Ella no está tranquila conmigo, ¿verdad? No, no necesitas contestar, Jon. Pero me parece que no es justa... Yo quiero muy poco... ¡Y tú eres tan leal!

⁵³ Longfellow (1807-1882) es el poeta que en su tiempo y su patria canta más bellamente el deber, la alegría del trabajo, la serenidad ante el dolor, la lealtad. Su *Excelsior*, por ejemplo, nos muestra la entereza del joven que muere en los Alpes, helado, por no rendirse a los consejos de aplazar su viaje de mensajero y buena nueva. En *The Village Blacksmith* elogia la vida durísima del herrero del pueblo, etc., etc. Sin duda, Fleur le encontraba *demodé* y un tanto risible. Por eso, y por ser americano, piensa que Jon va a citar alguna de sus estrofas. (Nota de los traductores)

—¿Leal? —Le pareció a Fleur que se mordía la lengua por no decir algo, y por un instante se sintió feliz.

—Bueno, ya has puesto cara de cachorro, de leoncito... ¿Tienen los leones mucha rectitud de conciencia? Sería un problema muy interesante para el rafaelista. De todas formas creo que debieras dominar la conciencia y no decirle nada a Ana. Es lástima que la preocupes, sobre todo teniendo tanta facilidad para sentirse intranquila—. Después, ante el silencio de su acompañante, comprendió que había cometido un error.

—Ésa es la casa que yo destrocé con mi garra, como dicen en las novelas cursis —añadió—. Y atravesaron Epsom y Leather en silencio.

—¿Quieres a Inglaterra tanto como antes, Jon?

—Más.

—Es un país muy *alegre*.

—Ésa es la palabra que yo no emplearía. Diría que es un país grande y amable.

—Michael dice que su suelo es de hierba.

—Sí, y si yo llego a tener mi granja...

—Yo no te concibo a ti de granjero, de granjero de verdad...

—Tú no me concibes como nada auténtico. Te parezco un *amateur* nada más.

—No seas bobo. Lo que quiero decir es que eres demasiado delicado para labrador.

—No. Quiero llegar al fondo de la tierra, y llegaré.

—Eres un retrógrado entonces. Los Forsytes primitivos eran granjeros. Mi padre quiere llevarme a ver el sitio donde vivieron.

—¿Y a ti te ha gustado la idea?

—Yo no soy sentimental, ¿no te has dado cuenta? Creo que no te has dado cuenta de nada que se refiera a mí—. E inclinándose sobre el volante exclamó:
—Pero ya siento que estemos hablando así.

—Ya te digo yo que no conviene que nos veamos...

—¡No!, tienes que dejar que nos veamos algunas veces, Jon. Esto no tiene importancia. Quiero verte de vez en cuando, y tengo que verte, ¡Tengo derecho a esa mínima satisfacción!

Acudieron lágrimas a sus ojos, que se deslizaron lentamente por sus mejillas. Notó que Jon le tocaba el brazo.

—No, Fleur, no llores, por amor de Dios...

—Te dejaré ahora mismo en North Dorking y puedes tomar el tren de las cinco cuarenta y seis. Aquella es mi casa. Otra vez te la enseñaré. Estoy tratando de ser buena, Jon, y tú debieras ayudarme... ¡Adiós, Jon querido! Y no des disgusto a Ana por mi causa; te lo ruego...

Un apretón de manos, y se fué. Fleur salió de la estación, dió la vuelta y se encaminó lentamente a su casa. Dejó el coche y entró. La Casa de Reposo estaba llena, pues aún duraban algunas vacaciones, de chicas fatigadas que trabajaban en Petter y Poplin y casas similares.

Estaban cenando, y un fuerte sonido de conversaciones asaltó los oídos de Fleur. Aquellas muchachas no tenían nada; ella tenía todo, excepto... lo que más necesitaba. Por un instante se sintió avergonzada, oyendo su charla y sus risas. ¡No, no se cambiaría por ellas! Sin embargo, sin aquello que le faltaba, sentía que no podía vivir. Y mientras andaba por la casa, arreglándolo todo para el día siguiente, risas, alegres e incontroladas, seguían sonando, pareciendo burlarse de ella.

V

MÁS CHARLA EN UN COCHE

Jon era demasiado modesto para satisfacerse en poseer simultáneamente el amor de dos mujeres jóvenes y hermosas. Se volvió a casa desde Pulborough, donde todos los días dejaba el coche de Val, con el corazón dolido. Desde su regreso a Inglaterra había visto seis veces a Fleur, siempre con una sensación de dolor que iba *in crescendo*. Aquel baile le sirvió para comprender cuál era el estado del corazón de ella; pero no le había servido todavía para percatarse de que le perseguía con plena consciencia. Y la más detenida observación de sus propios sentimientos no le valía para darse cuenta de cuáles eran realmente. ¿Le diría a Ana que la había encontrado otra vez? De muchas maneras, casi inapreciables y siempre silenciosas, había mostrado que temía a Fleur. ¿Debería él incrementar sus temores sin causa verdaderamente justificada? Él no había preparado lo del retrato para encontrarla durante algunos días. Además, cuando se terminara, no la volvería a ver, o la vería muy de tarde en tarde, dos o tres veces al año, si se daban esas casualidades. Ella le había rogado que no dijera nada a su mujer. ¿Debía decírselo después de tal ruego? Sin duda debía a Fleur todas las consideraciones. Ella no había dejado de quererle, ni se había enamorado de Michael como él de Ana. Cuando llegó a Wansdon no había podido formar una decisión. Su madre le había dicho una vez: «Nunca debes decir una mentira, Jon. Tu cara te delatará siempre.» Y así, aunque no dijo nada a Ana, sus ojos, siguiéndole atentos en sus movimientos y gestos, comprendieron que algo le ocultaba. Su enfriamiento le afectaba los bronquios; por eso estaba sin salir de la habitación, nerviosa de no hacer nada. Jon se subió otra vez con ella en cuanto cenó, y empezó a leerle. Le leía del libro «La peor

jornada», y mientras tanto ella estaba a su lado con la cabeza sobre un brazo, mirándole. El humo de la chimenea, el olor de las medicinas balsámicas, el sonido de su propia voz al leer, le adormeció hasta el punto de caérsele el libro de las manos.

—Duerme un poco, Jon, que estás cansado—. Jon se echó de espaldas, pero no durmió. Se puso a pensar intensamente. En su mujer había lo que su hermano Francis llamaba «fondo»; era persona que sabía callar cuando le hacían daño los zapatos. Él había podido observar cómo poco a poco había ido llegando a la conclusión de que estaba en peligro. Y ahora percibía que tal conclusión era definitiva. Ana siempre sabía lo que le ocurría y lo que quería. Su criterio era firme y no oscurecido, como el de Fleur, por corrientes de modernismo. Además era resuelta. Su juventud en South Carolina había sido normal y le había hecho desarrollar una gran confianza en sí misma; y muy al contrario de la generalidad de las chicas norteamericanas, nunca había tenido una satisfacción que pasara los límites del exceso. Para ella, él lo sabía, había sido una sorpresa dolorosa el saber que no era la primera en entrar en su corazón. En cuanto lo supo mostró gran malestar, y ahora estaba en guardia. Y Jon sabía que Ana estaba profundamente enamorada de él, y que en los dos años que llevaban casados había aumentado tal amor. Había oído decir muchas veces que las muchachas americanas raramente se casan conociendo al hombre que es su marido. Pero a él le parecía que su mujer le conocía mejor de lo que se conocía a sí mismo. Y si era así, ¿qué sabía ella de sus sentimientos respecto de Fleur? Él quería hacer algo verdaderamente útil en la vida; quería ser leal y cariñoso. Pero ¿lo era? ¿No estaba cometiendo un fraude con su mujer? En su cabeza, las ideas eran confusas y pesadas, como el aire de la habitación. No resolvía nada con preocuparse. Mejor que durmiera, como le aconsejaba Ana. Se despertó diciendo:

—¿Me había dormido y creía que estaba despierto! ¿Roncaba?

—No. Pero te agitabas como un perrito pequeño, Jon.

Se levantó y se asomó a la ventana.

—Estaba soñando. Hace una noche muy hermosa. Buena noche de septiembre...

—Sí... A mí me encanta el otoño. ¿Va a venir pronto tu madre?

—Pues hasta que estemos instalados, no. Me parece que piensa que estamos mejor sin ella.

—Tu madre me parece que piensa siempre que sobra, aunque no sobre.

—Pues te advierto que es acertado pensar así.

—Sí que lo es. Yo no sé si sabré hacerme a esa idea.

Jon se volvió. Estaba sentada en la cama, mirándole. Se inclinó sobre ella y le dió un beso.

—Abrígate bien el pecho, rica mía—. Y la cubrió bien con sábanas y mantas.

Ella le miraba, le miraba... Y él se preguntaba qué es lo que estaría descubriéndole.

Cuando al día siguiente fué a seguir posando, le recibió June:

—¿Con que vino ayer Fleur y te llevó luego en coche? Ya le he dicho yo cuatro cosas esta mañana...

—¿Y qué es lo que le has dicho?

—Que no había que volver a empezar. Es una criatura mimada y no es de fiar en absoluto.

—Pues lo que tú debías hacer es dejarla en paz.

—Yo dejo en paz a todo el mundo. Pero ésta es mi casa y debo decir en ella lo que pienso.

—Entonces mejor será que yo deje de venir por aquí.

—No digas tonterías, Jon. ¿Cómo vas a dejar de posar? Ninguno de los dos, ni ella ni tú, podéis dejar de posar. Harold quedaría contrariadísimo.

—¡Que se vaya a paseo Harold!

June le cogió por la solapa.

—Eso es precisamente lo que yo no deseo. Los retratos van a ser espléndidos. Lo único que yo quiero es que no os encontréis aquí.

—¿Le has dicho eso a Fleur?

—Sí.

Jon se echó a reír, y la risa sonó dura.

—No somos ningunos niños, June.

—¿Tú le has dicho a Ana que la has visto?

—No.

—Anda, para que luego digas...

—Para que luego diga, ¿qué...?

Y puso cara enfadada y violenta.

—Eres lo mismo que tu padre y que tu abuelo, Jon. No podían tolerar que se les dijese las cosas.

—¿Pero quién eres tú para...?

—Pues cuando es necesario soy muy suficiente para decirlas.

—Lo que tienes que hacer es no meterte en lo que no te importa.

El rubor acudió a las mejillas de June, y algunas lágrimas a sus ojos; se sacudió, y muy fríamente dijo:

—Nunca lo hago.

—¿No?

Se le acentuó el rubor, y de repente dió sobre la manga de Jon unos golpecitos maternales, protectores. Jon se sintió emocionado, y sonrió.

Posó muy conturbado. Mientras el rafaelista pintaba, June andaba de un lado para otro, a veces con el ceño fruncido, a veces reflejando su carita ansia y preocupación. Y Jon se preguntaba si Fleur le buscaría aquella tarde; pero Fleur no le buscó. Le buscó al día siguiente: cuando salió de la casa de su hermana, no muy lejos estaba parado el coche de Fleur, junto a la acera.

—Quiero enseñarte hoy mi Casa de Reposo. Supongo que June te habrá echado un sermón. Pero también me lo echó a mí y soy una persona totalmente reformada. Puedes, pues, subir al coche tranquilo.

Y Jon subió al coche. El día estaba anodino: ni lleno de luz ni oscurecido por ninguna emoción, y la «persona totalmente reformada» representó su papel con perfección completa. Ni una palabra siquiera podía indicar que pasaran de ser buenos amigos. Ella habló de América, de sus características idiomáticas y de su literatura. Jon expuso la tesis de que América era violenta en sus represiones y en sus reacciones contra las represiones.

—En una palabra: joven —dijo Fleur.

—Sí. Y además, o al menos a mí me lo parece, se rejuvenece de día en día.

—A mí me gustó América.

—A mí, muchísimo. Y saqué buen dinero cuando vendí mi huerto.

—Yo no sé cómo te dió por volver, Jon. Es que... eres muy chapado a la antigua.

—¿Ah, sí...?

—Desde luego... Fíjate en una cosa: ¿Podría yo hablar contigo de los problemas del sexo?

—¿Podrías hablar con otra persona?

—¡Pues casi con todo el mundo! Sí, sí, no pongas esa cara. Tú, en Londres o New York, eres un verdadero desplazado.

—Es que me da asco hablar de ciertas cosas. Los franceses son los únicos que entienden la problemática sexual. No se puede tratar de ella como se hace aquí o en América; es una cosa más científica de lo que parece.

—Entonces vamos a dejar eso, que es cosa que quema. Casi creo que no podría hablar de arte contigo.

—¿Viste la estatua de Sta. Gaudencia en Washington?

—Sí, pero eso hoy en día es ya *vieux jeu*.

—¡Vaya por Dios! ¿Qué es lo que está, entonces, bien hoy?

—Lo sabes tan bien como yo.

—Sí; que el arte sea ininteligible.

—Dilo así, si te parece. El hecho es que hoy el arte es meramente un tema de conversación; y una cosa que la entiende cualquiera a primera vista, no puede ser tema de conversación, y por lo tanto no es arte.

—Eso es una tontería.

—Es posible. Pero hay que divertirse hablando.

—Y si lo comprendes, ¿cómo podría divertirme hablar de arte contigo?

—Eso es otra cosa que quema y que también hay que dejar. ¡A otra cosa, mariposa! Apuesto a que apruebas la forma de vestir de las mujeres...

—Pues sí... La moda de hoy es bastante práctica y razonable.

—¡Bueno, bueno! ¿Estaremos de acuerdo al menos en eso?

—Pues claro que sí. Todas estáis mejor sin sombrero. Y os podréis lavar mejor la cabeza, ¿no?

—¡Por favor, no nos quites los sombreros! Todo nuestro estoicismo se vendría abajo sin ellos. Además, sin tener que buscar sombreros que nos caigan bien, la vida sería demasiado fácil.

—Pues sin sombrero estáis mejor.

—Si estoy de acuerdo. Pero conozco el carácter femenino mejor que tú. Es igual con los niños: hay que darles cortecitas de pan para que ejerciten los dientes.

Fleur eres demasiado inteligente para vivir en Londres.

—Hijo mío, la mujer moderna no vive en ninguna parte: Flota y revolotea en su propio éter.

—Pero tocará tierra de vez en cuando, ¿no?

Por un momento no respondió Fleur; después, mirándole, le dijo:

—Sí, Jon, sí, algunas veces toca tierra—. Y en su mirada parecía haber la exclamación: «¡Qué pena que tengamos que hablar de cosas de éstas!»

Le enseñó la casa de forma que él pudiera creer que tenía un gran interés en el bienestar del prójimo. Incluso las breves charlas ocasionales con las habitantes de la misma tendían a demostrar lo mismo. Y Jon salió de allí pensando: «Quiere hacerse la mujer ligera, fingirse una mariposa atolondrada, pero en el fondo...» El recuerdo de sus ojos claros y sonrientes, del estremecimiento, medio en burla, medio en veras, de sus labios al decirle: «Que Dios te bendiga; hasta otro día», le borraban la visión de Sussex cuando iba hacia casa.

Holly estaba esperándole con un coche alquilado, y le dijo:

—Lo siento, Jon. Val se ha llevado el coche. Y mañana no podrá llevarte, pues ha ocurrido una cosa muy agradable que le tendrá ocupado mucho tiempo: Un compañero de colegio, con el que se había portado ya demasiado bien, ha falsificado su firma en un cheque de cien libras.

—¿Y qué va a hacer Val?

—Pues todavía no sabe. Pero ésta es la tercera vez que le hace una faena sucia.

—¿Y está seguro de que la falsificación es obra de ese compañero suyo?

—En el Banco le describen con toda clase de detalles. Por lo visto se cree que Val va a soportarlo todo. Pero eso no puede seguir así...

—Pues que no reconozca la firma.

—Sí, ¿pero va a meter en la cárcel a un compañero de colegio? Val tiene la sensación de que si él no anda en semejantes pasos ha sido por casualidad.

Jon se quedó pensativo: ¿Era casualidad que un hombre marchara por el buen camino?

—¿Estuvo en la guerra el pájaro ese? —preguntó.

—Lo dudo mucho. Parece un perdido completo.

—Sí... Es una papeleta para Val.

—Va a consultar con su tío, el padre de Fleur. A propósito, ¿has visto a Fleur últimamente?

—Sí. La he visto hoy. Me ha traído hasta Dorking, y me ha enseñado una casa para descanso de obreras que tiene allí.

No le pasó desapercibida la cara que puso Holly, ni su mirada de preocupación.

—¿Es que hay alguna razón para que no la vea? —preguntó abruptamente.

— Eso lo sabrás tú, hijo mío.

Jon no respondió, pero en cuanto vió a Ana se lo dijo. Ella no mostró nada ni en el gesto ni en la voz. Solamente preguntó cómo estaba Fleur y si le había gustado la casa. Y aquella noche, mientras su mujer dormía, Jon estaba despierto, corroído por la pregunta: ¿Era casualidad que un hombre anduviera por el buen camino?

VI

SOAMES TIENE INSPIRACIONES

La primera pregunta que Soames hizo a su sobrino en la calle Green fué: — ¿Cómo se hizo del talonario? ¿Es que tienes el talonario de cheques tirado en cualquier parte?

— Pues es posible, tío Soames... Cuando se vive en el campo...

— Muy bien, hombre; te está bien empleado. ¿Y la firma?

— Me escribió desde Brighton preguntándome si podía verme.

— Debieras haber hecho que tu mujer firmara la contestación.

Val lanzó un suspiro y dijo:

— ¿Cómo iba a pensar yo que cayera en la falsificación?

— Cuando se corre en la vida por los caminos que corre ése, se cae en cualquier cosa y en cualquier parte. Y cuando le contestaste que no querías verle, ¿se presentó de todas formas?

— Sí, pero yo no estaba.

— Eso es. Y aprovechó para llevarse un cheque. Bueno, si quieres detener estas cosas, tienes que llevarle a los tribunales. Le saldrán tres años.

— Se moriría — dijo Val —, a juzgar por el aspecto que tiene.

— Pues a lo mejor ganaría en salud. ¿Ha estado ya preso?

— Que sepa yo, no.

— ¡Cualquiera sabe!

— ¡No puedo denunciarle! — dijo Val repentinamente —. Es compañero de Colegio. Además, si no hubiera sido por la gracia de Dios, por el Destino, por lo que sea, podría yo andar haciendo lo mismo que él.

Soames se le quedó mirando.

— Podrías, creo yo... Tu padre era un enredante de marca.

Val arrugó el ceño. Se había acordado de repente de una tarde, en el Pandemónium, cuando, en compañía de otro compañero, había visto a su padre embriagado.

—Pero de todas formas —dijo— tengo que tomar mis medidas para que no vuelva a hacerme otra.

—Seguramente está fuera de Inglaterra a estas horas.

—No. Pasé por su Club y pregunté... Está aquí.

—¿Le viste?

—No. Quería primero hablar contigo.

Halagado a su pesar, Soames dijo:

—A lo mejor, en el fondo, lleva una naturaleza mejor...

—¡Caramba, tío Soames! ¡Has tenido una inspiración!...

—No creo que sea muy acertada, por la cara que tiene...

—Pero, en definitiva, ha nacido un caballero.

—Eso, hoy día, no quiere decir nada. A propósito, antes que lo olvides. ¿Te acuerdas de un muchacho que se llamaba Butterfield, cuando el asunto de aquel Elderson? No te acordarás... Pues voy a sacarle de su casa Editorial y a ponerle a trabajar con Gradman, para que se entere de los asuntos de la testamentaría de tu madre y de otras cosas de la familia. El pobre Gradman está ya muy viejo, muy acabado, y ese muchacho vale, tal vez, para sustituirle. Es un trabajo fijo y mejor pagado que el que tiene ahora. Se puede confiar en él, y eso ya es mucho en los tiempos que corremos. Quería que lo supieras.

—Eso es otra inspiración, tío Soames. Pero volvamos a la de antes. ¿Querrías ver a Stainford?

—¿Para qué?

—Tú eres hombre de mucho más peso que yo.

—Sí... A mí siempre me tiene que tocar bailar con la más fea. De todas formas, será mejor que le veas tú.

—Yo te lo agradecería mucho —dijo Val con un gesto.

—Será muy desagradable. El cajero del Banco no se habrá confundido, ¿verdad?

—¿Quién puede confundir a Stainford?

—Nadie... Bueno, si es que no quieres denunciarle, deja el asunto a mi cargo.

Cuando Val se marchó, se quedó Soames pensativo. Allí estaba él, llevando los asuntos de la familia. ¿Qué harían cuando él faltara? Aquel joven Butterfield podría ser una inspiración; pero cualquiera se confiaba... Le era leal, con lealtad que reflejaba en un mirar perruno que daba a sus ojos. Tenía que hacer que se capacitara antes que el viejo Gradman terminara su declinar. Lo que debería hacer era regalar al pobre viejo unos cubiertos o algo de plata, con sus iniciales grabadas, y pronto, mientras pudiera apreciarlo. La mayoría de las personas reciben esas pruebas de reconocimiento cuando se van a morir o cuando ya chochean. El joven Butterfield conocía, además, a Michael, y eso haría que se interesase por los asuntos de Fleur. Pero ¿qué iba a hacer en el asunto de aquel condenado Stainford? Por lo pronto, sería mejor que le hiciese ir allí, en vez de visitarle en su Club. Si tenía el cinismo de quedarse en Inglaterra después de lo que había hecho, que tuviera la hombría de ir a visitarle. Y sonriendo amargamente, fué Soames al teléfono.

—¿Está el señor Stainford en el Club? Dígale que tenga la bondad de visitar al señor Forsyte, en la calle Green.

Tras echar una ojeada para convencerse de que no había objetos de valor que pudiera llevarse, se sentó en el comedor y llamó a Smither. Si llamo estando él aquí, salga usted y traiga un guardia.

Ante la expresión de susto de la cara de Smither, aclaró:

—No creo que haga falta, pero hay que estar prevenido, por si acaso.

—¿No irá a correr usted peligro, señorito Soames?

—Nada de peligro, Smither; es que puede ser necesario que le haga arrestar; eso es todo.

—¿Cree que se volverá a llevar algo?

Soames sonrió, agitando la mano para mostrar que no había cosa de valor transportable por ninguna parte.

—Es fácil que no venga; pero si viene, pásele aquí.

Quedó a solas pensando que no iría; pero no tardó Smither en anunciar:

—El señor Stainford, señor.

Cuando Smither —muy encarnada— se hubo retirado, Soames se quedó sin saber cómo empezar. La cara apergaminada de aquel pájaro parecía de un muerto escapado de la tumba. Por fin dijo:

—Quería hablarle a usted de un cheque. La firma de mi sobrino ha sido falsificada.

Aquellos párpados que tenía frente a sí se abatieron mientras las cejas se alzaban más de lo que estaban.

—Sí. Pero Dartie no hará denuncia alguna.

Soames sintió que le subía la sangre a la cabeza.

—Parece estar usted muy seguro... Mi sobrino no ha tomado una decisión todavía.

—Hemos sido compañeros de Colegio, señor Forsyte.

—Y usted quiere aprovecharse de eso. Pero todo tiene su límite: esa falsificación estaba muy bien hecha para ser la primera.

Percibió un ligero temblor en el rostro del otro, y Soames sacó el cheque falsificado del bolsillo. ¡Vaya forma que tenía su sobrino de guardar los cheques, que se los quitaba cualquiera! Lo que habría de hacer es estamparles: «No negociable. No a cobrar por otra persona que no sea el titular de la cuenta.» Pero ¿qué hacer para meter al pillo aquel el resuello en el cuerpo?

—Tengo un policía —dijo— que entrará en cuanto llame. Esto ha de terminar definitivamente... —y dió unos pasos hacia el timbre.

Una débil sonrisa apareció en los labios de Stainford, contrayéndolos en gesto de amargura.

—Usted no ha estado nunca sin dinero, ¿verdad, señor Forsyte?

—No —respondió Soames con cierta contrariedad.

—Pues yo siempre estoy así. Y es tan amargo...

—En ese caso, en la cárcel se hallará sin preocupaciones; allí dan de todo.

Pero cuando habló así, sus palabras le parecieron extemporáneas y brutales. Aquel hombre no era un hombre, era una pobre sombra arruinada. Era como asustar a un fantasma.

—Mire usted —le dijo—. Por nacimiento es usted un caballero. Déme su palabra de honor de que no volverá a perjudicar a mi sobrino ni a nadie de mi familia y no toco el timbre.

—Pues muy bien: tiene usted mi palabra. Mi palabra sincera...

—Entonces hemos terminado. Pero ésta es la última vez. Guardo este cheque como prueba.

—Es que hay que vivir, señor Forsyte.

—No estoy de acuerdo —dijo Soames.

La «sombra» emitió un sonido que pudiera haber sido una risita, y desapareció, y Soames se quedó otra vez solo. Corrió a la puerta de la calle y vió alejarse a Stainford. ¿Vivir? ¿Había que vivir? ¿No estaría mucho mejor muerto un ser así? ¿No estaría mejor muerta la mayoría de la gente? Y asombrado por aquella idea extravagante, subió al salón. Cuarenta y cinco años hacía que había

elegido sus muebles. Y todo estaba igual que como él lo dispuso. En la chimenea, un viejo daguerrotipo representaba a Forsyte el Grande, el fundador de la Dinastía de los Forsyte; el marco, esmaltado y hondo, contenía aquella cara sonrosada de su abuelo. Soames la observó con detenimiento. Tenía la barbilla cómodamente instalada entre dos amplios picos del cuello: ya era la mandíbula forsyteana, prognática y fuerte. Los ojos, de gruesos párpados, eran claros y de agudo mirar; las patillas, grises; boca grande, de comer mucho; las manos, que también se veían, eran las de un hombre de negocios... ¡Un viejo de la vieja cepa, con cierta fuerza y mucho carácter! Ya haría cerca de los cien años que se hizo el retrato. Era reconfortante mirar aquella personificación del carácter, después de haber visto y hablado con aquel lánguido granuja de Stainford. Le gustaría ver dónde había nacido el abuelo, dónde había crecido antes de salir a fines del siglo XVIII y fundar la casa Forsyte. Cogería el coche, con Riggs, e iría a ver el sitio; si Fleur no quería ir, pues tanto mejor. ¡Sería aburrido para ella! Las raíces no significaban nada para la juventud. Sí; iría a ver dónde estaban clavadas sus raíces, aprovechando el buen tiempo. Pero antes tenía que arreglar lo del viejo Gradman. Dejó otra vez el daguerrotipo sobre la chimenea y salió. Tomó un taxi, que le llevó al Poultry, mientras por el camino reflexionaba. ¡Qué difícil era estar en seguridad con tipos como Elderson y Stainford andando sueltos por el mundo! ¿Estaría bien en seguro el dinero de Fleur? Y ¿se habría equivocado en dejarlo tan sin control? Pero es que le había repugnado siempre la idea de controlar a su hija, indirectamente, por medio del dinero. Al fin y al cabo, era su única hija, realmente su único amor... ¿Por qué, pues, había de controlarla? Si ella no era camino recto por amor a él, ¿qué mérito tendría que lo siguiera por coacción económica? Pero de todas formas, las cosas parecían que no iban demasiado mal: tal vez se hubiera él equivocado.

Cuando llegó a su oficina, el viejo Gradman estaba todavía recién quitada su chaqueta de trabajo.

—¡Hola, señor Forsyte! Ya me marchaba. Perdona por encontrarme así. Ahora mismo me pongo la chaqueta.

¡Una chaqueta del año uno, a juzgar por su corte!

—Ahora me marchó a las cinco y media, pues después de esa hora no hay nada que hacer. Me gusta dormir un ratito antes de cenar. Es un placer verle por aquí... Ahora es casi un extraño en esta casa...

—Sí —dijo Soames—. No vengo mucho, pero he estado pensando... Si algo nos ocurriera a uno de los dos, pronto andaría todo patas arriba, Gradman.

—¡Oh! ¡Mejor es no pensar en eso!

—Sí, pero... ninguno somos jóvenes, Gradman...

—Yo no soy un pollo, ¡pero usted!...

—Yo tengo setenta y uno.

—¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fué ayer cuando le llevé a la escuela, en Slough. Me acuerdo de aquellos tiempos mejor que de ayer.

—Lo mismo me pasa a mí... Y eso es signo de vejez. ¿Se acuerda usted de aquel joven que vino aquí a informarme de lo de Elderson?

—¡Ah, sí! Un muchacho muy agradable. Buttermilk se llamaba, o cosa así...

—Butterfield. Pues bien: voy a ponérselo a usted aquí, a sus órdenes, y que vaya aprendiendo este tejemaneje.

El buen viejo se quedó muy quieto, como inmóvil de la sorpresa. Soames explicó apresuradamente:

No es más que prever. Algún día usted puede querer retirarse a descansar.

Gradman levantó la mano, como desechando la idea.

—Yo moriré al pie del cañón —dijo.

—Sí, sí, desde luego. Pero supóngase que quiere tomarse una vacacioncita o descansar unos días... Pues le vendrá bien tener alguien en quien confiar que le permita estar descuidado.

—Pues no creo que me vendrá bien... Tener un jovencito aquí...

—Un jovencito que es una buena persona, Gradman. Y además agradecido a mí y a mi yerno. Él no le molestará lo más mínimo. No vamos a vivir eternamente, ya lo comprende usted.

—Nada, nada, señor Forsythe, si usted lo ha decidido así, está bien decidido. Pero es que a mí..., no sé..., no me gusta...

—Le llevaré en coche hasta la estación.

—No, muchas gracias, prefiero ir andando. Me sienta bien tomar un poco el aire. Ahora mismo cierro todo para irme.

Soames pensó que no sólo se cierran los cajones, sino los sentimientos también hay que encerrarlos bajo llave en la vida. Salió diciéndose que no había visto persona más leal y fiel que Gradman. Y decidió ir a Polkingford a ver si encontraba algo de plata que regalarle.

En aquel emporio, tan lleno de oro y plata que uno se preguntaba si no sería una exposición más que una casa de venta, se detuvo Soames a elegir. Debería ser algo digno, ni demasiado elegante ni demasiado modesto. Seguramente que aquel viejo, con lo santito y amigo de ir a la iglesia que era, no bebería ponche. Tal vez aquellos camellos de plata sobredorada con dos jorobas cada uno y una vela en cada joroba... «A Joseph Gradman, pequeña muestra de agradecimiento de la familia Forsythe»... ¿Estaría bien grabarlo entre las gibas? Pero Gradman vivía cerca del Parque Zoológico, y allí habría visto ya

demasiados camellos. No, lo mejor era una jarrita de plata, una jarra buena y seria. Si no bebía ponche, que la usara de florero.

—Quiero una jarra de plata —dijo—. Una jarra buena de verdad.

—Sí, señor. Creo que tenemos exactamente el artículo que el señor necesita. ¡Siempre tenían exactamente el artículo que se les pedía!

—¿Qué le parece esto al señor? Plata maciza. Un dibujo muy sobrio.

—¡Sobrio! —dijo Soames—. No me gustaría que me lo regalaran.

—No, señor. Quizá no sea esto *exactamente* lo que usted desea. Ésta otra, ¿no le parece una jarrita bellísima?

—No, no; quiero una cosa sencilla y sólida, grande..., que haga sus buenos tres o cuatro litros.

—Señor Bankwait... Venga un momento. Este caballero desea una jarra de plata estilo antiguo.

—Sí, señor. Creo que tenemos exactamente lo que el señor desea.

Soames emitió un sonido indescifrable.

—Ahora no hay gran demanda de jarras antiguas. Pero tenemos una de segunda mano hermosísima, que perteneció a la familia Rexborough.

—¿Con el escudo grabado, eh? Pues no me vale. Tiene que ser nueva o, por lo menos, sin escudo ni nada.

—Entonces esto será lo que el señor desea.

—Dios mío... ¡Mire! —dijo, señalando con el paraguas—. A ver eso.

El empleado, con aire cansino, acercó el objeto señalado. Sobre una base hermosa, se alzaba una bella jarra en forma de ánfora. Soames le dió unos suaves golpecitos con la uña.

—Es plata pura, señor; y como puede ver, terminada con mucha delicadeza; el dorado interior es de la mejor calidad. Yo diría que es exactamente lo que el señor desea.

—Pues tal vez. ¿Qué precio tiene?

El dependiente examinó un signo cabalístico.

—Treinta y cinco libras, señor.

—Muy caro, pero me la quedo.

Si a Gradman le gustaría o no, no podía decirlo, pero era un obsequio de buen gusto que honraría a la familia.

—Grábenle esto —y lo escribió—. Envíenlo a estas señas y la cuenta a mí. Y no tarden.

—Muy bien, señor. Y estas copas, ¿no le gustarían al señor? Son perfectas en su género.

—Nada más por hoy. ¡Buenas tardes!

Ya había hecho aquello. Hacía un sol septembrino muy agradable. Ni sentía calor ni frío. Y los árboles estaban hermosísimos, pero pensando ya en guardar los ropajes de vacación. Soames se sentía casi dulce. Unos pasos rápidos sonaron tras de él, y una voz dijo:

—¡Eh, Forsyte! ¿Va usted a la reunión de Michael? Si quiere, vamos juntos.

El viejo Mont, tan estirado y tan parlero como siempre... En seguida empezó a plantearle problemas:

—¿Qué piensa usted de estos cambios que están haciendo en Londres, Forsyte? ¿No lo encuentra todo muy cambiado? ¿Se acuerda de los pantalones que se llevaban antes? En septiembre se sienten añoranzas...

—Todos los cambios son superficiales.

—¿Superficiales? A veces me parece esa a mí, pero hay cambio de verdad. La diferencia entre las novelas de Austen y Trollope y las de estos contemporáneos es un ejemplo. Ya no quedan ciertos grupos humanos. ¿Clases sociales? Sí..., pero divididas por la acción del hombre, no por la mano de Dios, como en tiempos de Trollope.

Soames lanzó un resoplido. ¡Aquel hombre siempre estaba hablando de aquellas cosas y de aquella manera!

—Al paso que vamos, pronto habrán desaparecido todas las divisiones — dijo.

—Ahí creo que se equivoca usted, Forsyte. A mí no me chocaría ver que el caballo vuelva otra vez. Tenemos que buscar el espíritu de hace mil años. Pronto volveremos al individualismo. Ése es el espíritu de hace mil años y de todo el milenio tal vez.

—No le entiendo lo más mínimo — dijo Soames.

—La educación es libre; la mujer tiene voto; el trabajador tiene, o tendrá pronto, su automóvil propio. Los suburbios están llamados a desaparecer..., gracias a usted Forsyte; en todo hogar entra la alegría y la diversión y las noticias del mundo; el deporte es barato y accesible a todos; los Boy Scouts aumentan; el vestido es cómodo, el cabello se lleva corto... Esto es individualismo.

—Bueno, pero eso del caballo que vuelve otra vez...

—Es un modo simbólico, de hablar, mi querido Forsyte. Es imposible *standardizar* o socializar el caballo. Empezamos a reaccionar contra la

uniformidad. Un poco más y pronto nos veremos cultivando el espíritu y montando en *tandem* otra vez.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó Soames—. Parece el quejido de una persona.

—Es que limpian con aspiradora en Buckingham. Son unos cacharros muy humanos.

A Soames le parecía que aquel hombre no podía hablar en serio. Pero él sí que tendría que hacerlo pronto. Si Fleur... Pero no, no podía, ni en hipótesis, admitir aquel «si» condicional...

—Lo que más admiro en el inglés —dijo repentinamente sir Lawrence— es su carácter evolutivo: va y viene constantemente. Los extranjeros podrán creernos un palo clavado en el barro, pero eso es que tenemos continuidad en el estar siempre enhiestos. Y la continuidad es una gran cosa, una cosa muy tranquilizadora, Forsyte. Y dígame, ¿qué va a hacer usted de sus cuadros cuando tome el coche-estufa? ¿Los va a legar a la nación?

—Depende de cómo me traten. Si van a aumentar los derechos de sucesión, retiro el legado al Estado de mi testamento.

—El principio de nuestros antepasados, ¿eh? Prestación voluntaria, o ninguna. Grandes sujetos nuestros antepasados, grandes...

—Yo no sé de los suyos —dijo Soames—. Los míos eran labradores, con pocas tierras. Por cierto que voy a ir a verlos mañana —añadió con tono de desafío.

—Espero que los cogerá usted en casa...

—Ya llegamos tarde —dijo Soames, mirando las ventanas del comedor, a las que se asomaba el Comité—. ¡Las seis y media ya! ¡Qué tipos tan divertidos!

—Siempre parecemos todos tipos divertidos —arguyó sir Lawrence, entrando tras él en la casa—, excepto a nosotros mismos. Por eso existimos, Forsyte.

VII

MAÑANA

Fleur les recibió en el *hall*. Tras de dejar a Jon en Dorking, había pasado el límite de velocidad para volver a casa pronto, a fin de aparentar que en su mente no había otra preocupación que los suburbios.

Como el Squire estaba con sus amadas perdices, el obispo ocupaba la presidencia. Y Fleur, en el aparador, mientras Michael hablaba, servía té. El obispo, sir Godfrey Bedwin, el señor Montross, su suegro y ella, tomaron té chino; sir Timoteo, *whisky* con seltz; Michael, nada; el marqués, Hilario y su

padre, té indio; y todos coincidieron en que los de grupo distinto se estaban estropeando la digestión. Su padre, como de costumbre, decía que ella tomaba té chino porque estaba de moda, no porque pudiera gustarle. Y cuando daba a cada uno lo que quería tomar, pensaba en lo que ellos pensarían si supieran lo que llevaba por dentro aparte del té chino. «Mañana es el último día que posa Jon. ¡Mañana!» Y aquel continuo distraer la imaginación desde el día que — hacía ya dos meses — bailó con él en Nettlefold, terminaría aquel «mañana» para el que faltaba tan poco ya. «Mañana», a aquellas horas, reclamaría ella sus derechos. La realidad de que el disfrute de ellos dependía, además de ella, de otra parte interesada, no le producía la menor intranquilidad: tenía la fe de la mujer bonita que ama. Lo que ella deseaba, tendría lugar, y nadie sabría nada. Y pasando tacitas de té, sonreía, compadeciendo la ignorancia de aquellos viejos sabios. Ninguno debería saberlo... y menos que nadie el hombre joven de la reunión. Y pensando en el otro hombre joven que no estaba allí, se sentó junto al fuego, con su taza en la mano y los pulsos latiéndole fuerte; con los ojos entornados, veía la cara de Jon vuelta hacía ella en la puerta de la estación. ¡Al fin sería! Ella, como Jacob, había tenido que esperar siete años, siete largos, larguísimos años... Y mientras estaba allí sentada, oyendo el insulso perorar del Obispo y de sir Godfrey, las casuales interrupciones de sir Timoteo, los comentarios prudentes y mesurados de su padre, aquel «algo» claro, preciso, inquebrantable, entremezclado en su naturaleza con la sangre francesa que llevaba, le hacía previvir la vida que comenzaría «mañana», tras de comer la fruta prohibida. Una vida falsa podía ser tranquila y segura si no se tenían tonterías ni remordimientos. Ya hubiera podido llevar vida falsa docenas de veces; y sus pensamientos estaban infiltrados, positivamente, de la ciencia de falsedad que hubiera podido adquirir en aquellas docenas de traiciones potenciales. Ella sola arreglaría la vida falsa que llevaría en adelante; a Jon había que evitarle toda perturbación. ¡Y nadie sabría nada!

— Fleur. ¿quieres tomar nota de esto?

— En seguida.

Y en su *block* escribió: «Preguntar a Michael qué era de lo que tenía que tomar nota.»

— ¡Señora Mont!

— Dígame, sir Timoteo...

— ¿Podría usted organizamos una cosa de esas que ustedes las señoras organizan?

— ¿Una *matinée*?

— No; una rifa de esas... ¡Una tómbola!

— Pues ya lo creo, encantada...

Cuantas más cosas les organizase, más impecable sería su reputación, mayor su libertad, mayores sus merecimientos y mayor el merecimiento de gozar su vida falsa.

En aquel momento hablaba Hilario. ¿Qué pensaría *si* supiera?

—A mi juicio, debiera ser una *matinée*, Fleur. El público es muy bueno, y todos pagan con gusto una guinea por ir a lo que pagarían una guinea por no ir... ¿Qué le parece, señor Obispo?

—¡Sí, sí... Una *matinée*!

—¡*Matinées*! ¡Qué cosas más aburridas!

—No, señor Forsythe, no... Si montamos una piececita agradable, algo moderno..., por ejemplo algo de L. S. D... Nos serviría de propaganda, no le quepa duda. ¿Qué le parece a usted lord Shropshire?

—Mi nieta Marjorie podría prepararle a usted algo interesante. Le gustaría mucho, sin duda.

—Si la prepara ella, no dejaría de ser moderna, no...—. Y Fleur vió que su padre, al hablar, la miraba significativamente. ¡Pero si supiera cuán profundamente alejada se encontraba de todo aquello!

—Señor Montross, ¿podría usted buscarnos un teatro?

—Creo que sí, señor Charwell.

—¡Pues de primera entonces! ¿Querrá usted, con lord Shropshire y mi sobrino, encargarse de eso? Fleur, ¿quieres decirnos cómo marcha tu Casa de Reposo?

—Viento en popa, tío Hilario. Está llena. Las chicas son encantadoras.

—Un tanto... difíciles, ¿no?

—¡No, no, sir Timoteo! ¡Son chicas modelo!

¡Si el buen señor pudiera ver por encima de sus bigotes el interior de la señora modelo que estaba a cargo de las chicas!

—Pues muy bien entonces. Si no hay otros asuntos, ¿tendría el señor presidente la bondad de excusarme? Tengo que ver a un americano que entiende mucho de hormigas. A mi parecer, no estamos metiéndonos con esos propietarios de los suburbios con la energía debida. ¡Buenas noches a todos!

Haciendo seña a Michael para que no saliese, fué Fleur a despedir a sir Timoteo.

—¿Cuál es su paraguas, sir Timoteo?

—No sé. Éste parece el mejor. Si organiza usted una tómbola, señora Mont, arrégleselas para rifar al Obispo. Parece que lleva siempre una ciruela en la boca. Me es insoportable, sobre todo cuando preside.

Fleur sonrió, y el buen viejo le hizo un saludo muy pillín con el sombrero. Todos le hacían unos saludos muy amables, y eso le agradaba. ¿Pero cómo la saludarían *si supieran...*?

Hacía buen tiempo. ¡Qué suerte, disponer de buen tiempo! Los árboles de la plaza estaban secos y llenos de hoja. Se quedó en la puerta inhalando profundas inspiraciones de aire. A aquellas horas de «mañana» quería ser ya la *casada infiel*. Bueno, no más infiel de lo que era y había sido en deseos y pensamientos.

«Qué bien que está Kit en el Refugio», pensó. *Él* no sabría nunca nada... ¡Ni él ni nadie! Nada cambiaría nada. Solamente cambiarían las cosas entre ella y Jon. La Fuerza Vital se desbordaría por un río secreto. ¿Para dar en qué lugar? No le importaba.

—Mi querido Mont: La honestidad no fué nunca la mejor política, desde un punto de vista práctico. Es meramente un sentimiento Victoriano. Los Victorianos eran tipos buenos para resolver la cuadratura del círculo.

—De acuerdo, marqués, de acuerdo; ellos podían pensar lindezas porque sus tiempos eran buenos. En tiempos buenos todo el mundo puede pensar en bueno.

Fleur se volvió para sonreír a los dos pobres hombres que tenía a sus espaldas.

—¡Mi querida señora! ¿No se va a enfriar usted con este aire que se levanta al atardecer?

—¡Oh, no, sir! Yo tengo mucho calor interior.

—¡Qué hermoso poder decir eso!

—¿Puedo ofrecerle llevarle en mi coche, mi lord?

—Muchas gracias, señor Montross. Ya quisiera yo poder tener coche. ¿Viene usted por nuestro camino, Mont? A propósito, señor Montross: ¿Conoce usted esa canción que dice: «Todos vamos a casa de Alicia»? El lechero de mi casa la canta mucho. Y yo me pregunto quién será la tal Alicia... Me temo que no sea persona honorable. Muy buenas noches, señora Mont. Tiene usted una casa encantadora...

—Muy buenas noches, muy buenas noches...

Les dió la mano: La foca; su suegro...

—¿Cómo está el niño, Fleur?

—Está muy bien, muchas gracias.

—Adiós, hija mía.

¡Hija suya! ¡Madre de su nieto! Siempre lo sería: Mañana, y mañana y mañana.

El coche partió, casi sin ruido. Se oyeron nuevas voces.

—¿Quieres que te mande por un *taxi*, tío Hilario?

—No, Michael, muchas gracias. El señor Obispo y yo vamos a dar un paseo.

—Pues les acompañaré hasta la esquina. ¿Viene usted, sir Godfrey? Adiós, rica, hasta ahora. Tu padre se queda a cenar. Voy a ver a Blythe. Estaré de vuelta a eso de las diez.

Los animales salieron de cuatro en cuatro.

—No te quedes ahí, que vas a enfriarte—. ¡La voz de su padre! La única persona cuyos ojos temía. Tenía que sujetarse bien la máscara.

—Bueno, papá, ¿qué has estado haciendo hoy? Vente un poco al salón. No tardará en estar la cena.

—¿Qué tal va tu retrato? Ya procurará ese pollo no exagerar, ¿eh? Creo que lo mejor será que yo vaya a verlo.

—Todavía no, papá. Es un hombre muy puntilloso y no le va a gustar.

—Todos son así. He pensado que mañana voy a ir a ver el sitio de donde proceden los Forsytes. ¿No querrás venir tú también, y así te sirve de descanso?

Fleur le oyó, consiguiendo dominar un suspiro de satisfacción.

—¿Cuánto tiempo vas a estar?

—Pues dentro de un par de días, otra vez de vuelta. No hay, no, doscientos kilómetros.

—Pues quizá no le guste a mi señor marido quedarse solo.

—Desde luego no hay allí nada que pueda interesarte. No perderás nada con no venir. Yo es que hace ya tiempo que voy tras darme una vuelta. Además, el tiempo está muy hermoso.

—No, si yo creo que será muy interesante la excursión. Ya me contarás luego. Además, con las sesiones del pintor y la Casa de Reposo estoy un poco cansada para meterme en viajes, aunque sean cortos.

—Bueno, entonces vendré a buscarte para el fin de semana. Tu madre se irá con unas amigas a jugar al bridge y no vendrá hasta el lunes. Pero no importa. A quien yo quiero es a ti —dijo con sencillez. Y Fleur, para evitar sus ojos, tuvo que levantarse.

—Voy a subir un momento a vestirme, papá. Estas reuniones del Comité me dejan muy cansada, y no sé por qué.

—No se hace más que perder el tiempo. Hagan lo que hagan, los suburbios existirán siempre. Pero bueno, así tenéis vosotros algo en que entreteneros.

—Sí; Michael está entusiasmadísimo.

—Ese viejo idiota de sir Timoteo... El marqués es otra cosa. ¿Supongo que ya sabes que lego mis cuadros a la nación, verdad? A ti no te servirían de nada. Tendrás que vivir allí en Lippinghall, y los cuadros no van allí bien. Antepasados, y ciervos, y cuernos de caza, y lanzas... ¡Cuánto chisme!

¡Una vida secreta y Lippinghall! ¡Que tardase, que tardase en darse aquella coincidencia!

—¡Bah! El baronet vivirá eternamente, papá.

—¡Ya lo creo! Está más tieso que un ajo. Bueno, anda y vuelve pronto.

Ahora que estaba decidida era fácil conservar la máscara sobre la vajilla de Chelsea.

—¿Dónde vas a poner tu retrato cuando esté? —prosiguió Soames después.

—¿Cómo ponerlo? ¡Te lo regalaré a ti!

—¿A mí? Bueno, lo acepto. Pero lo debes poner en tu casa. Michael no querrá.

Michael..., engañado... Pero, bueno, ella seguiría siendo la misma para él; no había que preocuparse con mojigaterías pasadas de moda.

—Pues muchas gracias, papá. Supongo que Michael querrá ponerlo en el salón. Y no estará mal, siendo oro y plata también mi vestido.

—Sí, ya sé dijo Soames—. ¿Tiene campanillas, no?

—Creo que eso es lo mejor del cuadro.

—¿Cómo, no ha captado bien tu cara?

—Sí... Pero no sé qué le encuentro—. Tras la última sesión que había tenido no le gustaba la cara que le había sacado el rafaelista: había en ella algo de ávido y algo de duro que...

—Pues si no te ha sacado bien, no le tomo el cuadro —dijo Soames.

Fleur sonrió. Habría que oír al rafaelista...

—No, si estará bien. Es que el que se retrata no se encuentra bien, creo yo.

—Yo no sé. No me han pintado nunca.

—Pues debieras hacerte tú también un retrato.

—¡Bah! ¡Es perder el tiempo! ¿Ha entregado ya el retrato de... la mujer de ése?

Fleur no pestañeó.

—¿La mujer de Jon Forsyte, dices? ¡Sí, hace ya mucho...!

Esperó las palabras: «¿Le has vuelto a ver?». Pero no vinieron. Y eso le produjo más alarma que si las hubiera oído.

—Hoy ha estado a verme tu primo Val.

Dejó de respirar casi. ¿Habrían hablado?

—Habían falsificado su firma.

¡Gracias a Dios!

—Hay gente que no tiene vergüenza ni sentido moral —continuó Soames—. No sé si queda en el mundo una pizca de honestidad—. Involuntariamente el hombro de Fleur se alzó en sobresalto, pero Soames no estaba mirándola.

—Pues esta misma noche he oído decir a lord Shropshire que eso de «La honestidad es la mejor de las políticas»; no pasa de ser un victorianismo.

—Pues... Es diez años más viejo que yo, pero no sé dónde se habrá sacado eso. Es que hoy todo lo honrado parece victorianismo, cosa pasada de moda.

—Entonces, si la honestidad es la mejor política, en practicarla no hay ningún mérito.

Su padre la miró largamente a la cara.

—¿Por qué no hay mérito?

—No sé..., me parece a mí. Mira, estas perdices son de Lippinghall, papá.

—¡Victorianismo! Supongo que de mí pensará que soy un Victoriano.

—¿Y no lo eres acaso? Has vivido cuarenta y seis años de su reinado.

—Pero he vivido veinticinco después de su muerte, y espero vivir algunos más.

—Muchos, muchísimos más, papá.

—No... Muchos no es de esperar.

—Pues claro que sí, papá. Pero me alegro oírte que no te consideras victoriano. A mí no me gustan los Victorianos. Llevaban demasiada ropa.

—No lo digas tan segura.

—Mañana tú estarás entre jorgianos.

—Sí. Creo que están allí enterrados. A propósito... He comprado ya sepultura en el cementerio. Tu madre querrá que la lleven a Francia, supongo yo. Para mí aquello está bien.

—Sírvale jerez al señor, Coaker.

—Tu abuelo bebía jerez. Y llegó a los noventa.

Si Jon y ella vivían hasta los noventa, ¿seguiría sin saber *aquello*?

A las diez dejó a su padre, dándole un beso en la nariz y diciéndole:

—Papá, estoy cansada, y tú, mañana, tienes un buen viaje por delante. Vamos a acostarnos.

¡Gracias a Dios que su padre estaría «mañana» entre jorgianos!

VIII

LA FRUTA PROHIBIDA

Deteniendo el coche repentinamente en el camino entre la granja de Gage y el soto de Robin Hill, dijo Fleur:

—Jon, querido, me ha entrado un capricho. Vamos a bajar y a entrar ahí. El potentado está en Escocia. — Él no se movía, y ella añadió—: Ya no te veré en mucho tiempo, habiendo terminado de posar para tu retrato.

Entonces Jon bajó del coche, y ella abrió la puertecilla de paso. Estuvieron un momento silenciosos, a ver si olían que alguien se acercaba a sorprenderles en propiedad ajena. La hermosa tarde de septiembre se estaba terminando. La última sesión había sido larga, y era ya tarde, Y en el soto de alerces y abedules, el crepúsculo se iba acentuando. Fleur le pasó una mano a Jon bajo el brazo.

—¡Escucha! ¡Qué silencio! Me parece que estamos en aquel día de hace siete años, Jon. ¿Te gustaría a ti? ¡Otra vez niños en el bosque!

De mala gana respondió él:

—De nada sirve mirar al pasado. Las cosas suceden como tenían que suceder.

—Los pájaros ya se van a dormir. ¿Había aquí búhos?

—Sí; oiremos a uno en seguida, ya verás.

—¡Qué bien huele!

—A árbol y a establo.

—Vainilla y heno, que dicen los poetas. ¿Están cerca?

—Sí.

—Entonces no sigamos.

—Aquí está el viejo tronco —dijo Jon—. Vamos a sentarnos en él, a ver si canta el búho.

Y allí se sentaron juntos.

—No hay rocío —dijo Fleur—. El tiempo cambiará pronto, creo yo. A mí me gusta el olor de la tierra seca.

—Pues a mí me gusta el olor de la tierra mojada.

—A ti y a mí no nos gusta nunca la misma cosa, Jon. Y, sin embargo, nos queremos...—. Y notó que él temblaba.

—Ya suena el reloj, el viejo reloj... Es muy tarde, Fleur. ¡Oye ahora! ¡El búho!

Sorprendentemente próximo, se oyó el canto del ave. Fleur se levantó diciendo:

—A ver si le vemos.

Y echó a andar.

—¿No vienes? Un poco de romanticismo, Jon.

Jon se levantó y la siguió entre los alerces.

—¿Por aquí sonó, verdad? Está muy oscuro. Mira, los abedules están aún blancos. Me gustan mucho los abedules. —Y puso la mano en un pálido tronquito delgado—. ¡Qué suavidad, Jon; parece piel! —E, inclinándose, acarició el tronco con la mejilla—. ¡Tócame la cara y luego la corteza! ¿Podrías distinguir, a no ser por el calor?

Jon extendió la mano. Ella giró la cabeza y se la besó.

—Jon, bésame... Una vez nada más.

—Ya sabes que no podría besarte «una vez nada más», Fleur.

—Entonces bésame siempre, siempre...

—¡No, no! ¡No, no!

—Las cosas suceden como tenían que suceder. Tú lo has dicho.

—No..., Fleur. ¡No puedo soportarlo!

Ella rió, muy bajo, muy suave...

—Si no quiero que tengas que soportarlo. Si he estado esperando siete años este momento. ¡No! ¡No te tapes la cara! ¡Mírame! Para mí toda la culpa... Tú eres mío... Sí, así, así. Te veo los ojos. ¡Pobre Jon! ¡Anda, bésame! —Y en el largo beso todo su espíritu pareció abandonarla. No sabía si él tenía los ojos abiertos o cerrados, como ella. Se oyó de nuevo el canto del búho.

Jon despegó sus labios de los de ella. Pero estaba entre sus brazos, temblando como un caballo asustado.

Apretándole la boca en una oreja, Fleur murmuró:

—No es nada, Jon, no es nada. —Y oía cómo él respiraba con jadeos, y con sus labios húmedos siguió murmurándole—: Cógeme en brazos, Jon, cógeme—. Había oscurecido por completo. Las estrellas alumbraban entre el negro plumaje de los árboles, y la luna, alzándose, iluminó el soto con luz suavísima. Un murmullo muy débil rompió el silencio; cesó; volvió a producirse. Fleur se estrechaba contra Jon.

—Aquí no, Fleur; aquí no. No puedo... No quiero...

—Sí, Jon, aquí... ¡Ahora mismo! ¡Es mi derecho, Jon!

* * *

La luna brillaba entre los árboles cuando se sentaron de nuevo en el tronco. Las manos de Jon apretaban su frente, y ella no le podía ver los ojos.

—Nadie lo sabrá, Jon.

Él dejó caer las manos y la miró.

—Tengo que decírselo a ella...

—¡Jon!

—¡Tengo que decírselo!

—¡No puedes, a menos que yo te lo consienta!

—¿Pero qué hemos hecho? ¡Oh, Fleur...! ¿Qué hemos hecho?

—Estaba escrito. ¿Cuándo volveré a verte, Jon?

Jon se sobresaltó, y se puso en pie.

—Nunca, a menos que ella lo sepa. ¡Nunca, Fleur!... ¡Nunca! Yo no puedo vivir con secretos y engaños.

También, rápidamente, se puso en pie Fleur. Estaban frente a frente, las manos de cada uno en los brazos del otro, como en una lucha. De repente, Jon se soltó, y como un loco echó a correr por el soto.

Ella quedó temblando, sin atreverse a llamarle. Esperaba que volviera, pero no volvía.

Lanzó un sollozo alto y cayó de rodillas. Volvió a sollozar, alto otra vez. ¡Tenía que oírla, tenía que volver! ¡No podía dejarla en aquel momento, no podía...!

—¡Jon! —¡Nada! Se puso en pie y miró por allí. El búho volvió a cantar, y, sobresaltada, vió la luna subida a un árbol, como un fantasma que la vigilara. Un sollozo se le fué quebrando en la garganta hasta convertirse en el llorar de un niño. Calló, a ver si oía algo. Pero nada... Ni búho, ni viento, ni nada... Sólo, a lo lejos, el tráfico de la carretera de Londres. ¿Se habría ido al coche? ¿O estaría escondido en el soto?

—¡Jon! ¡Jon! —Pero no obtuvo respuesta. Corrió hacia el coche. Estaba vacío. Entró en él y se reclinó sobre el volante. ¿Qué significaba aquello? ¿Había sido derrotada en el mismo instante de la victoria? No; no podía ser; no se habría propuesto dejarla allí, sola. Encendió los faros. Vió dos personas que andaban a pie, a otra que iba en bicicleta.

¿Era aquello lo que había esperado con ansia tan grande? ¿Unos momentos de pasión delirante y apresurada, y... nada más? Y a su dolor se añadió su humillación, la humillación de que él había huido de ella, y el miedo, el miedo a haberle perdido definitivamente...

Por último puso el motor en marcha, y, sintiéndose abismada en desgracia, marchó despacio, esperando verle por la carretera. No le vió, y sólo cuando llegó a Dorking abandonó toda esperanza. Nunca supo cómo había podido seguir guiando el coche. La vida parecía habersele escapado.

IX

DESPUÉS

Cuando Jon echó a correr por el soto, se volvió hacia la izquierda, y pasando al otro lado del estanque, siguió corriendo hacia la casa, como si todavía fuera suya. Se quedó junto a la fachada, en la terraza de grandes baldosas, en el jardín oscuro y fantasmal. Tras unos rosales, en el sitio donde había jugado de niño al escondite, se sentó cansadísimo, como si las piernas se le hubiesen vuelto de agua, y apretándose los puños contra las mejillas ardientes. «Estaba escrito», había dicho Fleur... Para ella, tal vez tenía disculpa; para él no. Al menos no podía hallarla entre aquellas rosas encendidas por la luz de la luna. ¡Y el mal estaba hecho! ¿De quién era él ahora? Miró la casa en que había nacido y se había criado, y le pareció el fantasma de una casa, poseedor de secretos y de claves de misterios. «¡No puedes decirlo, a menos que yo te lo consienta!», había dicho ella. Y «¿Cuándo volveré a verte, Jon?» Eso quería decir que le reclamaba como amante secreto. ¡Imposible! ¡Aquello era lo único totalmente imposible! Él sería de una de las dos, pero de las dos, nunca. Con las fibras del alma destrozadas, se asió a aquella idea como a tabla salvadora. Anduvo por detrás de los rosales hasta el final del prado, llegando a la tapia que limitaba los terrenos, a la tapia que de niño había escalado tantas veces; la escaló otra vez más y vino a dar a la carretera. Nadie le vió y salió corriendo. Tenía un deseo

loco de llegar a Wansdon, aunque no sabía lo que iba a hacer cuando llegara allí. Torció hacia Kingston.

Durante las dos horas de camino en un coche que alquiló pensó intensamente. Cualquier cosa que hiciera le llevaría a ser desleal con una o con otra. Y, debido a la exaltación apasionada que le dominaba, no podía hacerse cargo de su situación. Pero tenía que hacerlo...

Llegó a Wansdon a las once, y despidiendo el coche en la carretera, se encaminó hacia la casa. Todos se habían acostado, suponiendo que se quedaría en casa de June a dormir para posar al día siguiente una vez más. En el cuarto que ocupaban Ana y él había luz; la vergüenza por lo que había hecho dejóle obnubilado. No podía dejar que se diera cuenta de que estaba allí, y rodeó la casa en busca de sitio por donde entrar subrepticamente. Halló por fin una ventana alta abierta, y, sirviéndose de una escalera de mano, entró por allí. Bajó luego al *hall*, salió retiró la escalera y volvió a entrar. Con aquellos ejercicios furtivos ganó algo de dominio. Se paró ante la puerta de su cuarto. Por el marco no se filtraba ninguna luz. Ana se había dormido ya. Y no tuvo valor de entrar. Se sentiría un Judas si le daba un beso. Se quitó las botas, y con ellas en la mano, bajó al comedor. No había tomado más que un poco de té desde la hora de almorzar, y tenía hambre. Tomó unas galletas y una copita de vino. Y el comer le hizo efecto: Ningún hombre hubiera podido resistir los besos de Fleur en el soto iluminado por la luna, ningún hombre, ¡ninguno!... ¿Tenía él, entonces, que herir tan dolorosamente a una u otra? ¿Por qué no seguir los deseos de Fleur? ¿Por qué no seguir, en secreto? Siguiéndose amando en secreto no heriría a Fleur; no sabiéndolo Ana no se sentiría herida tampoco. Como un leopardo en una jaula, anduvo a zancadas por el comedor. Y todo lo que había de honrado y de limpio en él, rehusó. ¡Como si él pudiera ser el marido de dos mujeres a un tiempo! ¡Como si Fleur fuera a soportar mucho aquello! Y las mentiras, los líos, los subterfugios a que tendría que acudir... Y... ¡Michael Mont! ¡Un hombre tan bueno! ¡Bastante daño le había hecho ya...! ¡No! Había que cortar en seco, y decidirse por una u otra. Se paró ante la chimenea, y apoyó los brazos en ella. ¡Qué tranquilidad! Sólo vivía allí aquel viejo reloj, que había sido de su abuelo, borrando el tiempo con su tic-tac, incorporándolo al pasado, a la eternidad... Frente a su cara, sobre la chimenea, había una fotografía de su abuelo, de cuando tenía ochenta años, el último testimonio de cómo fuera su cara, con sus bigotes blancos enormes, las mejillas hundidas, los ojos firmes y profundos, la mandíbula poderosa. Jon se quedó mirando largo rato la cara de su abuelo. «Toma una decisión y aférrate a ella», parecía decirle el viejo Jolyon. Fué al despacho y escribió:

Siento haber salido corriendo anoche, pero creo, de todas formas, que fué lo mejor. Tenía que pensar. Y ya he pensado. Y estoy cierto de una cosa: Seguir en secreto es

imposible. Claro está que no diré una palabra de lo de anoche, a menos que me autorices tú. Pero, Fleur, si no puedo decirlo todo, tiene que terminar. Tú tampoco querías que fuera de otra forma, ¿verdad? Escíbeme a la lista, de Correos de Nettlefold.

JON.

Selló la carta, dirigiéndola a Dorking, y quitándose otra vez las botas salió y la llevó al buzón. Cuando regresó estaba tan cansado, que en cuanto se envolvió en un abrigo viejo, quedó dormido en una butaca. La luz de la luna jugueteaba, contra las cortinas, medio corridas, y el reloj de la chimenea seguía sonando; pero Jon dormía profundamente y sin sueños.

Se despertó al rayar el día, entró en silencio en el cuarto de baño, se bañó y afeitó en silencio también. Después salió por una ventana para no dejarse la puerta sin cerrojo. Se encaminó hacia los Downs por el mismo camino que había seguido con Fleur hacía siete años. Hasta que no tuviera noticias de ella no sabría qué hacer. Tomó hacia Chanctonbury Ring. Por allí el rocío cubría los campos. Todo era infinitamente hermoso, alejado, tranquilo bajo la luz del sol que hacía. Y aquella belleza desgarró su corazón. Había tomado cariño a los Downs... Tenían un encanto especial, como nada de lo que había visto del mundo. ¿Es que tendría que dejar los Downs, dejar Inglaterra de nuevo, dejarlo todo, para irse con Fleur? Si ella le reclamaba, si ella decidía proclamar su unión, tendría que hacerlo... Y Jon andaba con el corazón tan en confusión como no se figurara nunca que podría tenerlo un hombre. Desde el Ring se desvió, para no encontrarse con el entretenimiento matutino de los caballos. Y este huir le puso cara a cara con la necesidad de decisión inmediata. ¿Qué haría hasta que tuviera noticias de Fleur? Su respuesta no podía llegar a Nettlefold hasta la tarde o hasta la mañana siguiente. Decidió, con dolor, volver a desayunar. Les diría que había perdido el tren y que había entrado furtivamente por la noche, cuidando de no despertarles.

Aquel día, con su inquietud, y con la vigilancia que tuvo que ejercer sobre sí mismo, fué uno de los peores de su vida; y no podía liberarse de la idea de que Ana le estaba leyendo los pensamientos. No podía más. Por la tarde pidió un caballo para llegarse a la granja de la Colina Verde, y dijo que volvería tarde. Llegó a Nettlefold y entró en la Administración de Correos. Tenía allí un telegrama: «Tengo que verte. Estaré granja Colina Verde mañana mediodía. No faltes. —F.»

Jon lo destruyó y cabalgó hacia la casa. ¡Otras dieciocho horas de simulación y angustia! ¿Había en el mundo algo peor que la indecisión? Iba despacio, para estar ante Ana el menor tiempo posible, temiendo, sobre todo, la noche. Decidió quedarse a comer en una posada de la carretera; después se encaminó de nuevo hacia la granja, para que al menos fuese verdad que había

estado allí. Y eran casi las diez de una noche llena de luna cuando llegó a casa de su hermana.

—Está una noche hermosísima —dijo, entrando en el cuarto de estar. Y fué Holly la que contestó. Ana, sentada junto al fuego, ni siquiera le miró. «Lo sabe» —pensó Jon—; «lo sabe todo.» Un instante después dijo ella que tenía sueño, y se subió a su habitación. Jon se quedó hablando con su hermana. Val se había ido a Newmarket y no volvería hasta el viernes. Estaban sentados cada uno a un lado de la chimenea. Y, mirando la cara de su hermana, encantadora y meditativa, Jon se sintió tentado. ¡Era ella tan prudente y tan comprensiva! Sería un descanso desahogarse. Pero el recuerdo de Fleur le contuvo: El secreto no era sólo suyo.

—¿Y qué hay de la granja, Jon?

—Pues me han dado algunas cifras que ya son más aceptables. Esta noche tengo que echar cuentas.

—Me gustaría que se arreglase todo y te quedases tan cerquita. Si no te quedas lo sentiré mucho.

—Sí, pero si me quedo tengo que tomar medidas, para que sea definitivamente.

—Ana está enamorada del sitio. No es que lo diga, pero se le nota. Es que es algo encantador...

—A mí no es que me disguste, pero tengo que procurar que sea de rendimiento económico.

—¿Es esa la verdadera razón de tus vacilaciones, Jon?

—¿Qué otra podía ser?

—Podías temer establecerte de nuevo. Pero, Jon, ya eres cabeza de familia, y tienes que decidirte.

—¡Cabeza de familia!

—Sí. El único hijo del único hijo del hijo mayor del primer Jolyon.

—¡Bonita cabeza!

—¡Y tan bonita..., y tan noble! —Y levantándose repentinamente, Holly le dió un beso en la frente.

—Queda con Dios... Y no te quedes hasta muy tarde. Ana está algo melancólica.

Jon apagó la luz y se quedó acurrucado en la butaca ante el fuego. ¡Cabeza de familia! ¡Pues ya podía *la familia* estar orgullosa de él! ¿Y si...? ¡Sería hermoso, caray! ¿Qué pensaría el viejo de la fotografía si supiera lo que había hecho? Y en aquel momento comprendió que Ana era para él mejor compañera,

mejor amiga de lo que Fleur fuera o pudiera ser. ¡Había sido locura, locura procedente del pasado, la que se había apoderado de él! ¡Y qué fuerza, qué potencia, la del deseo de ella! A las dos cosas había sucumbido. Se levantó y descorrió las cortinas. Después abrió la ventana y saltó afuera. Como un fluido esparcido por la hierba, la sombra deshilachada de un árbol rozó sus pies. De la ventana del cuarto de ellos salía luz. Tenía que subir y enfrentarse a su mujer. Desde *entonces* no se había visto a solas con ella. ¡Si al menos supiera qué haría!

Y entonces pensó que se había equivocado al huir de Fleur. Debiera haberse quedado, para concretar. Pero ¿quién hubiera procedido razonablemente sintiendo lo que sintió él en aquellos momentos? Volvió a saltar por la ventana, para entrar en el cuarto de estar. Y el corazón se le quedó parado. Allí, entre la luz del hogar y la luz de la luna estaba Ana. Esbelta, envuelta en una bata ceñida, le miraba. Jon cerró la ventana y echó las cortinas.

—Te vas a enfriar, mujer. Ya subía. Es que la luna me sujetaba...

—Jon, voy a tener un niño.

—¡Vas a...!

—No te lo he dicho antes porque quería estar segura.

—¡Ana!

Ella le contuvo extendiendo la mano.

—¡Espera un instante!

Jon se agarró a una silla. Sabía lo que iba a venir.

—Algo ha pasado entre tú y Fleur.

Contuvo Jon la respiración, mirándola a los ojos; y aquellos ojos, oscuros, sorprendidos, pero sin vacilar, mantuvieron la mirada.

—Ha sucedido... todo, ¿verdad?

Jon bajó la cabeza.

—¿Ayer? No me expliques nada, no te disculpes, no la disculpes... Dime tan sólo... ¿qué va a pasar ahora?

Sin levantar la cabeza, Jon contestó:

—Depende de ti...

—¿De mí?

—Después de lo que me has dicho... ¡Oh, Ana, por qué no me lo habrás dicho antes...!

—Sí... Me lo guardé demasiado tiempo.

Comprendió lo que quería decir... Se lo había guardado como arma defensiva.

Y viéndose a sí mismo imperdonable, exclamó:

—¡Perdóname, Ana, perdóname!

—¡Jon!... ¡No sé, no sé...!

—Te juro que no volveré a verla.

Alzó los ojos del suelo y vió que ella había caído de rodillas, junto al fuego, poniendo una mano sobre él, como si tuviera frío. Y él también se arrodilló a su lado.

—Creo —le dijo— que el amor es la cosa más cruel del mundo.

—Sí.

Se había tapado los ojos con las manos; y le pareció que estuvieron arrodillados un siglo, antes que ella, destapándose los ojos, dijera:

—Bien. Todo ha pasado. Pero no..., no me beses ahora.

X

LA MANZANA AMARGA

Fleur revivió cuando a la mañana siguiente prosiguió con sus tareas. Al sol del jardín de su Casa de Reposo, entre las malvas y girasoles que lo adornaban, pasó revista al pasado y al futuro con vehemencia febril. Era natural que Jon se sintiera aturdido: ¡Si le había conquistado al asalto! Él era hombre a la antigua, de conciencia escrupulosa, que no podía tomar las cosas con ligereza. Pero ya que había traicionado su conciencia, se convencería con facilidad de que el mal estaba hecho y de que el no persistir no lo borraba. El primer paso es el difícil de dar; los otros... Ellos siempre se habían amado, y no sentía ningún remordimiento. ¿Por qué había de sentirlo él cuando se le pasara la confusión en que quedó? Tal vez había sido lo mejor el que huyera de ella hasta que pudiera ver, a solas consigo mismo, el carácter inexorable de su posición. Los proyectos que ella se había formado no habían variado en lo más mínimo a causa de las emociones. Jon era suyo ya; no podía traicionar el común secreto a menos que ella le diera permiso. Tendría que conformarse al único camino posible de seguir: el secreto. Había cometido infidelidad, sí... Pero eso lo hacían muchos. La tarea de ella era la de compensarle en amor la falta de respeto por sí mismo en que había incurrido. Le convertiría en un triunfador... A pesar de aquella chicuela estúpida americana, le haría triunfar en sus negocios de granjero, le haría ser importante en el condado, en el país quizá... Ella sería la circunspección y el miramiento personificados: por él, por ella, por Michael, por Kit por su padre...

Con un gran ramo de flores otoñales en las manos, del que no se quería separar una abeja, entró en la casa para ponerlo en agua. En la mesa del *hall* había unos cuantos envoltorios de trocitos de manzana amarga, preparados por la guardesa contra la polilla, que, indudablemente, había de invadir una casa abandonada por un año. Se entretuvo metiendo envoltorios de aquellos en rincones de armarios y cajones. En el segundo reparto del correo recibió la carta de Jon.

La leyó, inyectándosele de sangre las mejillas. Sin duda la había escrito antes de dormir, y era consecuencia de su confusión. Pero tenía que verle en seguida, inmediatamente... Sacó el *auto* y fué a un pueblo próximo, donde nadie la conocía, y desde allí puso un telegrama, dirigido a la lista de Correos de Nettlefold. ¡Era horrible tener que esperar toda la noche! Pero no había más remedio.

Nunca transcurrió para ella el tiempo tan lentamente. Pues ahora sentía vacilaciones. ¿Es que sobreestimaba su poder sobre Jon? ¿No estaría confiando demasiado en una victoria repentina, lograda en un instante de apasionamiento? ¿No subestimaría la capacidad moral de Jon? Recordó cómo en el pasado no había conseguido arrancarle de su renunciación. E incapaz de estarse quieta, se fué a un lugar solitario de Box Hill, y anduvo entre los árboles y matorrales hasta que se sintió cansada y el sol estuvo muy bajo. Con el crepúsculo, la soledad del lugar le desagradó, repeliéndola de allí, pues no era una enamorada de la naturaleza y en ella encontraba poco consuelo su corazón lleno de ansia y temor. Se alegró cuando estuvo de regreso y oyó la charla de las muchachas que cenaban. No le interesaba, pero al menos no le producía la depresión del cielo oscuro y de las sombras de los árboles. Se acordó de repente que había faltado a su cita con el pintor sin haber mandado aviso. El rafaelista estaría rechinando los dientes. Tal vez había hecho poner su vestido de «Locura» en un maniquí para poner pintar el sonido de los cascabeles. ¡Cascabeles! ¡Michael! ¡Pobre Michael! Pero ¿había de tenerse compasión del hombre que la había poseído durante años, si bien su corazón perteneciera a otro? Se acostó muy pronto. ¡Si pudiera dormir hasta que fuera la hora de partir hacia la cita! ¡Qué tremenda fuerza aquella, que jugaba con los corazones, los destrozaba, los aniquilaba, los martirizaba en la espera y los desesperaba con la ausencia! ¿Tendría otra vez que verse la señorita victoriana en los dolores que se vió desde que vió su destino frente a aquella Venus o Juno, o lo que fuera, en aquella sala cercana a la calle Cork?⁵⁴. Creía merecer un poco de felicidad. ¡Un

⁵⁴ En *La dinastía de los Forsythe*, libro 3.º, parte 1.ª, cap. I, se habla de la *Juno* de Vospovich. Desde que traducimos aquello hemos estado indagando quién pudiera ser Vospovich. El Dr. Pablo Tijan, especializado en filología eslava, opina que: «... el escultor Vospovich, de *The Forsythe Saga*, puede con toda seguridad identificarse con el pintor croata Vorkapić, natural de Srijemska Mitrovica (Croacia), que fué a París en 1919, y fué conocidísimo en el Barrio Latino. Hacia 1924 fué a Hollywood, a trabajar de escenógrafo...» Queremos expresar al Dr. Tijan nuestro

poco nada más, un poco tan sólo, y no pediría nada más a la vida! ¿Sería posible que, tras sentir junto al de ella los latidos del corazón amado fuera a perderlo definitivamente? ¡No podía ser! Al fin se durmió, y la luna que vió su victoria vino a verla dormir y a hacerla soñar.

Se despertó y quedó pensando, con la claridad sobrenatural de las horas tempranas de cada día. El mundo la condenaría, si llegará a saber; ¿pero había alguna posibilidad verdadera de que el mundo ignorase? Si Jon siguiera inmoviblemente opuesto al secreto, ¿qué entonces? ¿Estaba ella dispuesta a dejar todo y seguirle? Supondría más que en los demás casos: supondría aislamiento total. Y el espíritu realista de Fleur le presentó las cosas tal y como serían, y se estremeció. ¿Dinero? No; dinero no les faltaría. Pero posición social, aprobación de las gentes, aprecio, ¿en qué lugar del mundo podrían reconquistarlo? ¿Y Kit? Le perdería. Los Monts le reclamarían. Se sentó en la cama, percibiendo una verdad que nunca había ni entrevisto: que la condición indispensable de la conquista es el sacrificio. Sintió sublevarse el ánimo. ¡No! ¡Jon sería razonable, tenía que ser razonable! En secreto, podían, tenían que ser felices, o si no felices, al menos no sentirse hambrientos de felicidad. Ella tendría que compartirle, él tendría que compartirla a ella. Pero ambos sabrían que el ansia del otro era la posesión y el darse en exclusiva. Pero ¿ansiaba, en verdad, Jon eso? ¿Era él, de todo corazón, de ella? ¿No representaría para él su esposa tanto o más que ella? Pero no, no podía pensar en Ana, pues eso debilitaría las fuerzas que necesitaba para conservar a Jon.

El crepúsculo se despertó poco a poco. Un pájaro cantó, y con el canto cobró más claridad el día. Se levantó cansada. Hacía una mañana hermosa, seca, como solía ser. A las diez saldría. Sería más fácil esperar en movimiento, aunque tuviera que llevar el coche a paso de tortuga. Dió las órdenes necesarias de primera hora. Sacó el automóvil, y partió. Miraba frecuentemente el reloj para llegar a las doce y no antes. Las hojas de los árboles ya se abarquillaban, insinuando pronta caída. ¿Habría acertado en su elección de vestido? ¿Le gustaría a él aquel color de manzana pasada? El rojo que tenía era más bonito. Pero el color rojo irrita. Y aquel día no podía irritar a Jon de ninguna manera. Recorrió los últimos diez kilómetros a paso de caminante. Se detuvo en el límite del jardín de la granja de La Colina Verde, donde comenzaban los campos. Con gran detenimiento contempló su rostro en el espejito del bolso. ¿Dónde había leído que en el espejo siempre se parece peor de lo que se es? Si era verdad, podía consolarse un poco. Se acordó haber oído a Jon que odiaba los labios pintados. Y sin darse el menor toque cerró el bolso y saltó del coche. Se dirigió lentamente hacia la verja de entrada. Desde ella echó una mirada a los campos de la granja, y hasta su ojo, indocto en la materia, se percató del trabajo que habría de hacerse en ellos para ponerlos en rendimiento. Tenía razón Michael cuando decía que el trabajo de la tierra era un trabajo más de hombre que

agradecimiento por su comunicación. *(Nota de los traductores)*

ningún otro. Atravesó la verja y quedó frente a la antigua casa, cubierta en gran parte por enredadera roja de Virginia. En aquel momento dieron las doce en el reloj del pueblo. ¡No le daría plantón! Esperó cinco minutos, que le parecieron cinco horas. Luego, con el corazón saltándole, llegó a la casa y tocó la campanilla. Sonó muy adentro en el edificio vacío. ¡Pasos..., pero de mujer!

— ¿Qué desea, señora?

— Tenía que ver al señor Forsythe a las doce, para tratar de asuntos.

— ¡Ah, sí, señora! El señor Forsythe vino temprano. Sintió mucho no poder esperarla, y dijo que tenía que marcharse otra vez. Dejó para usted esta nota.

— Y ¿dijo si volvería?

— Pues dijo que lo sentía mucho, pero que no podía volver hoy.

— Muchas gracias.

Fleur volvió a la verja, y allí quedó dándole vueltas al sobre. Lo rompió y vió que decía:

Anoche, sin que yo dijera nada, me dijo Ana que sabía lo que había pasado. Me dijo también que va a tener un hijo. Yo le he prometido no volver a verte más. Perdóname y olvídate, como yo debo también olvidarte.

N.

Lentamente, como si no se fijase en lo que hacía, redujo papel y sobre a trocitos pequeñísimos y los enterró en la tierra blanda que había junto a la verja. Después, andando muy despacio, como si no viera el suelo, se encaminó al coche y subió a él. Allí quedó inmóvil, petrificada, junto al huerto, con el sol dándole en el cogote y recibiendo en la nariz un perfume dulce de manzanas caídas, medio podridas, en el suelo. Durante cuatro meses, desde que vió la sonrisa cansada de Jon en la cantina, no había pensado más que una cosa... ¡Y aquél era el final! ¡Tenía que irse..., irse lejos de allí, cuanto antes...!

Puso el coche en marcha, y cuando salió a la carretera, guió a gran velocidad. Si se rompía la cabeza, mejor... Pero la Providencia, que protege a borrachos y desesperados, estuvo a su lado, y no se rompió la cabeza ni nada. Más de dos horas estuvo andando a gran velocidad, sin saber dónde iba. A las tres de la tarde experimentó el primer impulso normal: un deseo de fumar inaplazable, un gran deseo de comer. Se detuvo en un parador de la carretera, y volvió el coche hacia Dorking. Había estado casi seis horas al volante. Y lo primero que vió a la puerta de su Casa de Reposo fué el coche de su padre. ¡Él! ¿A qué habría ido? ¿Por qué la asediaba la gente? Estaba ya a punto de pasar de largo, cuando le vió salir a la carretera y mirar a ambos lados. Algo de ansiedad,

de temor, que vió en su cara, le emocionó, y, deteniendo el *auto*, bajó y se dirigió hacia él.

XI

«EL GRAN FORSYTE»

En la mañana que siguió al día de la reunión del Comité Pro Reforma de Suburbios, Soames empezó pronto su actividad. Pensaba pasar la noche por «allí cerca», mirar la tierra origen de su sangre y clan a la mañana siguiente, y luego encaminarse hacia su casa. Después trataría de ver si se llevaba a Fleur a Mapledurham, a pasar un fin de semana larguito en su compañía. Llegó a un hotel, a la orilla del mar, y distanciado unos diez kilómetros del solar nativo de sus mayores. Allí cenó, se fumó un cigarro, y se fué a la cama, sobre la que había colocado un buen chal de pelo de camello, que había llevado como medida de precaución.

Había pensado bien las cosas, y se había provisto de un mapa militar de la región a una escala muy buena. Empezaría sus pesquisas en la iglesia, pues de lo único que se acordaba era de que su padre, cuando estuvo allí, vió la iglesia, junto al mar, según contó.

Después de desayunar temprano encaminó a Riggs a la iglesia. Sí, estaba como James dijera, junto al mar. Estaba abierta, y Soames penetró. Era una vieja iglesita, gris con unos bancos muy raros y un fuerte olor a humedad. No habría allí ninguna inscripción de su nombre, suponía. Y como acertó en sus suposiciones, salió pronto, entrando en el cementerio a dar una vuelta por las sepulturas. No encontraba nada, y ya se marchaba cuando tropezó, Miró con protesta la losa que le había hecho tropezar, y vió en su superficie, gastada y cubierta de liquen, una F mayúscula. Se quedó un instante vacilando; luego se puso de rodillas, estremecido. Dos nombres: El primero tenía indudablemente una J, una Y y una N; el segundo empezaba con aquella P, que había visto antes que nada; parecía que llevaba en el centro una S. Pero la fecha estaba bien clara: 1777. Raspando con el dedo ansiosamente el primer nombre y después el segundo, halló las seis letras de Jolyon y tres de Forsyte. Era indudable que había tropezado con la tumba de su tatarabuelo. Suponiendo que el buen señor hubiese vivido la edad acostumbrada de los Forsytes, debería haber nacido a comienzos del XVIII... Pretendió ver a través de la piedra los restos de su antepasado, que serían hueso mondo y lirondo, sin duda alguna. Se levantó de su posición de arrodillado, y se limpió el polvo de los pantalones. Ya tenía un dato importante. Y muy satisfecho, salió del cementerio, echando a Riggs una mirada llena de sospecha. ¿Le habría visto de rodillas? Pero el hombre estaba sentado, como siempre, de espaldas a todo, fumando su eterno cigarrillo. Soames entró en el coche.

—Vamos a buscar al vicario, o lo que sea...

—Sí, señor.

Siempre decía «Sí, señor», aunque maldita la idea que tuviera de dónde estaban los sitios a que tenía que ir.

—Será mejor que pregunte usted, hombre —dijo al chófer cuando empezó a moverse el automóvil.

Pero antes que preguntar, preferiría aquel hombre volver a Londres. Claro que no había nadie a quien preguntar por allí... Soames estaba impresionado por la enorme soledad de aquella parroquia de donde descendía.

El camino que llevaban torcía a la derecha, pasando ante una fragua.

—¡Eh, pare usted! —dijo, y saltó a tierra para preguntar por sí mismo.

Aquel hombre no preguntaría nada, así se le dijera mil veces.

El herrero estaba dando martillazos a una rueda, y Soames esperó hasta que su presencia fué notada.

—¿Dónde está la Vicaría?

—Siguiendo por aquí, la tercera casa a la derecha.

—Muchas gracias.

Y mirando al hombre con súbito interés, le preguntó:

—¿Es frecuente el apellido Forsyte por estos alrededores?

—¿Cómo?

—¡Que si ha oído usted el apellido Forsyte!...

—¿Farsyt? ¡No!

Soames no supo si alegrarse o sentirlo. ¡Mira que si le llega a decir que aquel apellido era el suyo! La profesión de herrero era, sin duda, respetable; pero comprendía que se podía muy bien pasar sin uno en la familia. El coche siguió andando.

El Vicariato estaba medio arruinado y cubierto de maleza. También lo estaría el vicario...

Tiró de la campanilla roñosa y esperó. Abrió la puerta una chiquilla muy colorada. Todo era muy rústico.

—Quisiera ver al vicario —dijo Soames—. ¿Está?

—Sí, señor. ¿Cuál es su nombre?

En aquel momento, un hombre delgadito, con ropa delgada también y una barbita muy clara, apareció en la puerta preguntando:

—¿Me buscan, María?

—Sí —dijo Soames—. Aquí está mi tarjeta.

Tenía que existir —estaba seguro— un modo distinguido de preguntar por los antepasados de uno y por sus orígenes. Pero como no lo conocía, preguntó simplemente:

—¿Podría hacerle algunas preguntas? Mi familia es originaria de aquí...

—¿Forsythe? —dijo el vicario, mirando la tarjeta—. No me suena el apellido, pero creo que podremos averiguar algo.

Le dió a Soames la impresión de que aquel hombre buscaba una propina.

—¿Quiere usted pasar? —invitó el vicario—. Tengo bastantes datos y un mapa antiguo muy interesante. Los registros alcanzan hasta mil quinientos ochenta. Si quiere, puedo hacerle una información...

—No sé si merecerá la pena...

—Síntese, por favor. Voy a sacar el mapa. ¿Forsythe? Me parece ahora recordar el nombre.

El buen hombre parecía atento, y daba la impresión de conformarse con poco.

—He estado en la iglesia —dijo Soames—. Muy cerquita del mar...

—Demasiado tal vez... Hasta temo que antes usaran el púlpito para esconder el alcohol de contrabando...

—En el cementerio encontré una fecha: mil setecientos setenta y siete; las piedras están muy gastadas...

—Sí; las piedras y uno mismo se gasta con el aire del mar. Aquí está el mapa —dijo el vicario, que estaba revolviendo papeles en una alacena.

Y desenrolló sobre la mesa un mapa viejo y oliendo a humedad. Sujetó los bordes con un bote de tabaco, un tintero, un libro de sermones y un látigo. Este último objeto no tenía peso suficiente, y el mapa empezó a arrollarse lentamente.

—A veces —dijo el vicario, arreglándolo y buscando con la mirada otro objeto más idóneo a aquel fin— se sacan informaciones útiles de estos mapas.

—Yo sujetaré —dijo Soames—. Supongo que vendrán por aquí montones de americanos a la pesca de antecesores, ¿no?

—No tantos —dijo el vicario con una mirada que no le gustó a Soames—. Yo sólo me acuerdo de dos. ¡Ah, mire aquí! —y su dedo señaló algo en el mapa—. ¡Ya decía yo que me sonaba el nombre! ¡Mire! Este terreno junto al mar... ¡Se llama *El Gran Forsythe!*

Soames sintió un estremecimiento.

—¿Y qué extensión tiene ese terreno?

—Pues unos veinticuatro acres. Sí..., allí estaban las ruinas de una casa. Las quitaron, durante la guerra, para que valiera aquello de campo de instrucción. ¡El Gran Forsyte! ¿No le parece interesante?

—Más hubiera sido si no hubiesen quitado las ruinas esas. ¿Se puede llegar hasta allí en coche?

—Sí, dando una pequeña vuelta. Si quiere usted, puedo acompañarle.

—No, no se moleste, gracias —rechazó Soames. La idea de que alguien le observara cuando se ponía en comunicación con el solar de sus mayores le desagradaba—. Pero si fuera usted tan amable que hiciera una ligera investigación en el registro, yo volvería después de comer a ver el resultado. Mi bisabuelo, Jolyon Forsyte, murió en Studmouth. La lápida que le digo era de Jolyon Forsyte, enterrado en mil setecientos setenta y siete. Debe de ser mi tatarabuelo. Tal vez pudiera usted establecer su fecha de nacimiento, y tal vez la de su madre... Eran gentes que vivían mucho. Debían tener debilidad por el nombre Jolyon.

—Pues voy a hacer la investigación y el correspondiente informe... Eso llevará unas horas... ¿Qué le parecería a usted razonable?...

—¿Cinco guineas? —sugirió Soames.

—Es usted muy generoso... Le haré una investigación muy detenida. Ahora, venga que le indique el camino. ¿Ve usted? Tiene que seguir hasta la bifurcación, más allá de la Administración de Correos. Luego, tira a la izquierda y sigue hasta pasar por una granja que se llama Uphays. Sigue usted adelante. Es cuesta abajo. Luego sube usted, sin perder el camino, y llegará a una cima, desde donde verá el mar. Bajando, ya ha llegado. Y me alegro de que haya encontrado algo. ¿No querrá usted comer con nosotros?

—Muchas gracias, es usted muy amable. Pero ya me he traído comida... —y entró en el coche, con el paraguas en la mano para darle golpecitos a Riggs cuando equivocase el camino.

Estaba muy satisfecho, y usaba del paraguas, cuando llegaba el caso, con dulzura y delectación. ¡El Gran Forsyte! ¡Sin duda que habría algún «Pequeño Forsyte» también!

Apareció la granja que le había dicho el vicario.

—¡Siga usted por aquí, Riggs! Y luego suba la cuesta, pero vaya despacio, que tengo que fijarme en el punto desde donde se ve el mar.

—Pare, pare usted... —y descendió donde le pareció que era—. Y aguárdeme aquí mismo. Puede que tarde un rato.

Quitándose el abrigo y poniéndoselo al brazo, echó a andar por un campo de hierba, subiendo. Luego descendió un poco hacia la derecha, y a los cuatro o seis pasos se encontró frente al mar, brillante, tranquilo, neblinoso, con una columna de humo en la lejanía. Aquel aire salino que le daba en la cara era el aire de sus antepasados... Soames inspiró unas bocanadas, saboreándolo con deleite, como si fuera vino añejo bueno... En los tiempos modernos decían que el aire del mar tenía ozono o iodina y unas cuantas cosas así... No sabía si sería verdad; pero algo debía tener, pues se sintió un poco mareado. Descendió ladera abajo, con emoción, hacia la playa. En aquel hueco que veía habría estado la casa. Allí habrían vivido los Forsythe por generaciones, respirando aquel aire salado del mar, sin otra casa a la vista, sin ver más que la tierra, el cielo y el mar. Allí habían trabajado el suelo, sufriendo seguramente de reuma, dándose un buen paseo para ir a la iglesia y bebiendo alcohol de contrabando tal vez. Durante la guerra habían quitado las ruinas de la casa, le había dicho el vicario. No había quedado ni rastro de ellas: todo estaba cubierto de hierba. Y sentándose en el abrigo, frente al mar, Soames meditó. ¿Habrían construido la casa sus antepasados ellos mismos? ¿Cuál habría sido el primero que se habría sentado en el suelo allí? El escoger lugar tan aislado era prueba de su independencia de carácter, de su individualismo. No era extraño que el viejo Jolyon, su padre, sus tíos todos, fueran tan independientes, llevando aquel aire libre y aquella soledad en los huesos. Por un instante, le pareció comprenderse a sí mismo. E inhalando una vez más aquel aire, se dijo: «¡No me extraña que el viejo Timoteo llegara a los cien años!» Y allí siguió sentado un buen rato, abstraído, sin ganas de marcharse. Nunca había respirado un aire como aquél, o al menos le parecía. Cuando los Forsythe vivían allí, eran los tiempos viejos de Inglaterra, de una Inglaterra ecuestre y con pocas chimeneas, de hogueras olorosas, de mujeres que no dejaban a sus maridos, probablemente, porque no podían. Una Inglaterra estática que cavaba y tejía, donde la parroquia de cada hombre era su mundo. ¡Qué cambio se había operado! ¿Había sido para mejorar? No podía decirlo, ni podría nadie... Pero, con todos los cambios, allí estaban el mar, y la hierba, y las gaviotas, y la vieja iglesia, tal como entonces. Si se vendiera aquel terreno, no le importaría comprarlo como curiosidad. Pero si fuera suyo, nadie iría a sentarse allí, ni mucho menos dejaría que jugaran al golf y a esas cosas. Y molesto por haber casi entrado en sentimentalismo, tocó el suelo. Pero no estaba húmeda la hierba y, en conciencia, no podía decir que aquel era un terreno de reuma. Y allí siguió, sintiéndose suavemente acariciado por el sol y con los ojos fijos en el mar. Algunos barcos pasaban en la lejanía. Barcos de vapor. No serían contrabandistas, y el brandy era carísimo, quizá por eso mismo. Los Forsythe que vivieron allí no tenían periódicos, ni contacto con el mundo. Quedaban limitados a su iglesia, a su Biblia y a su mercado, no muy lejos de allí. Trabajaban, comían, bebían y dormían, y veían crecer a sus hijos, contentos todo el año. ¿Había él gozado de algunas dichas distintas a éstas, había algún hombre deleitando su alma en cosas que no fueran éstas

precisamente? «No; el cambio es sólo aparente. Por más que uno busque, no puede hallar cosas mejores. Las raíces son las mismas», pensó. Progreso, civilización..., ¿para qué? Si acaso para desarrollar aficiones, manías, necesidades nuevas, como coleccionar cuadros y dedicarse a cosas parecidas. Los Forsythe de allí no podían tener aficiones semejantes. Como no les diera por la apicultura... Tal vez sí. Claro que las aficiones se justificaban en sí, ya que proporcionaban mucha satisfacción a quien las tenía, como a él le había pasado con los cuadros. Si no hubiera sido por el progreso... Sí, sí; el progreso era mejor. De no existir, él hubiera seguido allí, esquilando sus ovejas, marchando tras el arado, y su hija hubiera sido una mujer tosca, de tobillos gordos y mal vestida.

Muy lentamente empezó a subir la cuesta en busca de Riggs y de su «auto». Pero ¿qué era aquello? Se paró atónito. Dos caballos grandes y peludos estaban atados con cuerdas a la trasera de su coche, y junto a los animales había tres hombres, uno de los cuales era Riggs, y dos perros, uno de ellos cojo. En seguida se dió cuenta de lo que habría pasado. ¡Otra de las ocurrencias de aquel hombre! Al tratar de dar la vuelta al coche, le había puesto en situación de no poderse mover para atrás ni para adelante. Vió cómo entraba en el coche y daba al volante, mientras uno de los hombres, moviendo una tralla, gritaba: «¡Aupa!» Los caballos se movieron. Y algo en aquel movimiento lento y pesado afectó mucho a Soames. ¡El progreso! ¡Había sido necesario buscar caballos para arrastrar al símbolo del Progreso!

— Buen caballo — dijo al llegar, señalando al más grande.

— Sí... Se llama *León*. Tiene su fuerza, tiene su fuerza... ¡Aupa!

— ¿Es de usted la granja aquella?

— Sí.

— ¿Y es suyo este terreno?

— Lo tengo arrendado.

— ¿Cómo se llama el terreno?

— ¿Que cómo se llama? El Campo Grande.

— Pues en el mapa está denominado El Gran Forsythe. ¿Conoce usted ese apellido?

— ¿Farsyt? Ahora ya no existe aquí. Mi abuela se llamaba Farsyt.

— ¡Ah!, ¿sí? — dijo Soames, sintiendo otro estremecimiento de emoción —. Y usted, ¿cómo se llama?

— Beer.

Soames le miró un buen rato y sacó la cartera.

—Permítame —le dijo—. Por el trabajo de sus caballos y por la molestia —y le ofreció un billete de una libra.

El granjero la rechazó.

—Eso no vale nada. Siempre estamos sacando coches que se embarrancan por aquí.

—Pero es que no puedo aceptar sus servicios a cambio de nada. Hágame el favor de aceptar esto.

—Bueno —y cogió el billete y se lo guardó—. Muchas gracias. ¡Aupa!

Los caballos, ya desatados del coche, emprendieron su camino hacia la granja, y hombres y perros les siguieron. Soames entró en el coche y, abriendo su cestito de merienda, empezó a comer.

—Vaya usted hacia la Vicaría..., despacio —y mientras comía se preguntaba por qué se había emocionado al descubrir que por las venas de aquel campesino llamado Beer circulaban gotas de su sangre.

Eran las dos cuando llegó a la Vicaría, y el vicario le recibió con la boca llena.

—He encontrado muchos datos, señor Forsyte; el nombre se encuentra ya en el comienzo del registro. Tendré que tomarme algún tiempo para hacerle una lista completa. Aquel Jolyon parece ser que nació en mil setecientos diez, hijo de Jolyon y Mary. Hay otro Jolyon nacido en mil seiscientos ochenta, indudablemente su padre. Casó con una Bere.

—Soames le miró y sacó su agenda de notas.

—¿Cómo se escribe?

—B-e-r-e.

—El granjero de allá arriba me dijo que ese era su nombre y que su abuela se llamó Forsyte. ¿Podría enviarme también nota de las inscripciones de los Bere, por siete guineas todo?

—¡Oh, con seis ya está bien!

—No; siete, siete... Ya tiene usted mi tarjeta con mi dirección —dejó siete guineas en la mesa y le pareció que los ojos del vicario se alegraban—. Y ahora tengo que volver a Londres. ¡Adiós!

—Adiós, señor Forsyte. Cualquier cosa que encuentre interesante, se la comunicaré.

Soames saludó otra vez con la cabeza y entró en el coche seguro de que sus raíces iban a ser concienzudamente estudiadas.

Se reclinó en el asiento murmurando: «¡El Gran Forsyte!» Y se sintió satisfecho de haber hecho aquel viaje.

XII

DE REGRESO

Soames pasó la noche en Winchester, ciudad de la que había oído hablar, pero que no había visto nunca. Los Mont habían ido al colegio allí, y por eso no quería él que Kit fuera.. Le gustaría que le llevaran a Marlborough o a Harrow, o a otro colegio que jugase en Lords. Pero que no fuera Eton, que el joven Jolyon había ido allí. Claro que, por otra parte, él ya no alcanzaría a ver jugar a su nieto... Era entonces casi indiferente que fuera a un colegio u otro.

La ciudad parecía muy antigua. Después del desayuno, fué a ver la catedral. Había allí actividad. Entró silenciosamente y tomó asiento. Estaba oscuro, pero podía percibir la gran riqueza que allí se atesoraba: parecía un pastel de Navidad. Aquellas viejas edificaciones le conmovían. Era lo que le pasaba en San Pablo, en Londres. Ante cosas así, había que admitir una continuidad de propósito en el hombre. Con la belleza de las catedrales, no pasaba lo mismo que con la belleza del paisaje: ésta era cambiante; aquélla, no. Esto era lo impresionante. Por eso le había impresionado lo que había leído — no en *The Times* — hacía un par de días: que el mundo acabaría en 1928, cuando la Tierra entrara entre la Luna y el Sol. Claro que eran tonterías científicas, pero impresionantes. Desaparecería la Tierra, y luego... ¡Nada en su lugar, vacío inmutable! Claro que en ese caso... no había por qué temer la muerte. La muerte se teme porque se deja uno detrás seres y cosas amadas. ¡Pero si nada quedaba detrás! Estaban cantando en el coro. Él no tenía oído, pero podía asegurar que cantaban bien. Eran voces juveniles. Cantaban salmos que él sabía de memoria. Hacía cincuenta años que no los había oído, pero los recordaba perfectamente. El inglés de los salmos era buen inglés, vivo y vigoroso: «Cantaré al Señor mientras viva; mientras viva le cantaré alabanzas.» ¿Lo haría él? «Alaba al Señor, alma mía, alaba al Señor.» Cesaron los cánticos, y Soames siguió inmóvil, pero sin pensar. Experimentaba una sensación extraña, pero muy agradable. Estar allí era como estar en una cajita enjovada y perfumada. Fuera, el mundo podía rugir y oler mal, estridente y grosero, todo jazz-band y acento *cockney*... Pero allí todo era paz. Aquella caja preciosa — se había hecho siglos antes de la industrialización — no pertenecía al mundo moderno. Allí se hablaba y cantaba en buen inglés; allí no había nada feo. Se sentía como liberado de algo.

Pasó un pertiguero, mirándole extrañado. Soames se levantó, cogió el sombrero y se marchó. No tenía ganas de aguantar que le enseñaran todo aquello por media corona. Con un «No, gracias; otro día» al pertiguero, llegó a la calle y subió al coche.

—Debiera usted haber entrado —dijo a Riggs—. Aquí coronaban a los reyes de Inglaterra. Vamos a Londres ahora.

El coche abierto corría de prisa bajo un sol brillante, y cuando llegó al ramal nuevo de carretera que llevaba a Chiswick, tuvo Soames una idea que le hizo exclamar:

—Pare ante esa casa, Los Álamos, donde el otro día nos trajo usted.

Todavía no era hora de almorzar, y probablemente Fleur estaría posando. Podía recogerla y llevársela al Refugio. Así tendría unas horas más de buen aire. Sin embargo, aquella mujer extranjera, cuando le abrió la puerta, le informó que la señora no había ido a posar ni ayer ni hoy.

—¡Oh! —exclamó Soames—. ¿Cómo es eso?

—Nadie lo sabe, señor. Ella no ha mandado ningún aviso. El señor Blade está muy excitado.

Soames pensó en silencio unos instantes.

—¿Está la señorita June en casa?

—Sí, señor.

—Entonces pregúntele si puedo verla. Diga que está Soames Forsythe.

—¿Quiere esperar en el comedor?

Esperó Soames presa de excitación. Fleur había dicho que no podía acompañarle porque tenía que posar. Sin embargo, no había posado. ¿Estaría enferma?

La voz de June le sacó de la muda contemplación de los álamos de fuera:

—¡Ah!, ¿eres tú? Pues mira no siento que hayas venido.

La cordialidad del recibimiento inquietó aún más a Soames. Tendiendo la mano preguntó:

—¿Qué hay, June? Venía en busca de Fleur. ¿Cuándo vino la última vez?

—El martes por la mañana. Pero la vi por la tarde también, en su coche, afuera... —Soames observó que movía desazonadamente los ojos de un lado para otro, y comprendió que estaba a punto de decir algo desagradable de oír. Y dijo—: Recogió a Jon.

—¿A quién? ¿A tu hermano? ¿Y qué hacía él aquí?

—Pues posar. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Posar? ¡Pero qué...! —y callándose las palabras, miró a su prima, que se estaba sonrojando y que añadió:

—Yo le dije a ella que no tenía que verle aquí. Y a él le dije lo mismo.

—Entonces, ¿le había visto antes?

—Sí, dos veces. Ya sabes cómo es de...

—¡Ah!

La realidad del peligro le había desarmado. Su malquerencia por June, frente a aquella desgracia, le parecía cosa inútil.

—¿Dónde está ahora?

—El martes por la mañana dijo que se iba a Dorking.

—¿Y dices que le recogió con el coche?

June asintió con un gesto, aclarando:

—Sí, después que él estuvo posando. Su retrato está ya terminado. Si tú crees que yo quiero que se... Pues lo deseo menos que tú.

—Nadie con sus cinco sentidos querría que se... —dijo Soames fríamente—. Pero tú le hiciste venir a retratarse viniendo también ella.

El rubor de June se acentuó.

—Tú no sabes cómo es la vida de dura para los artistas de verdad... Yo *tenía* que hacer algo por Harold. Y si no conseguía que Jon se retratara antes de empezar con los líos de la granja...

—¡Los líos de la granja! ¡El lío será el que ya...! —pero de nuevo pudo callarse lo que le venía a la boca—. Desde que supe que ese había vuelto, he estado temiéndome algo por el estilo... ¡Bueno! Lo mejor será que me vaya a Dorking. ¿Tú sabes dónde está la madre de ése?

—En París.

Ahora no tendría que interceder ante ella para que su hijo quisiera a su hija... Si acaso para que no la quisiera.

—¡Adiós! —dijo.

—¡Soames! —exclamó June repentinamente—. No dejes a Fleur que... Pues es ella la que...

—No tolero que digas nada contra ella —dijo Soames.

June se apretó las manos contra la tabla lisa de su pecho, exclamando:

—Eso me gusta en ti, Soames. Y no sabes lo que siento que...

—Bueno, bueno, está bien.

—Adiós, Soames... ¡Dame la mano!

Soames puso la mano en otra que le dió un apretón convulsivo y que la soltó luego como quien deja caer una patata fría.

—Vamos a Dorking —dijo a Riggs, volviendo al coche.

El recuerdo de la cara de Fleur aquella noche del baile en Nettlefold le persiguió cruelmente. ¡Qué criatura tan voluntariosa! ¿Y si, y si... se hubiera liado la manta a la cabeza y...? ¡Santo Dios! ¿Qué podría, que tendría que hacer él? Era terrible la intensidad de su pasión por aquel muchacho, la persistencia durante años, la forma tenaz y hábil a la vez con que la había ocultado a los ojos de todo el mundo, o al menos había pretendido ocultarla... Era terrible y conmovedor a la vez. De aquel modo había él amado a la madre de Jon, con un amor que se resistía a morir, superior a todo... Y eso que él había pensado muchas veces que su hija no tenía continuidad, que era una locuela como la gente de su generación, que vivía sin un objeto ni un fin determinado en el torbellino de la vida del día... Y era paradaja que descubriera que ella tenía tanta tenacidad como él para conseguir las cosas. No, no se podía juzgar por las apariencias. Bajo superficies distintas, las pasiones continuaban siendo las mismas que en sus tiempos y que en todos los tiempos, y en los corredores y espacios que bajo las superficies se hallaban, había el mismo silencio cálido de siempre, el mismo aire tormentoso que las pasiones despertaban.

Riggs había tomado por la carretera de Kingston. Pronto pasarían ante Robin Hill. ¡Cómo había cambiado todo aquello desde el día que fué con Bosinney a elegir el emplazamiento de la casa! No más de cuarenta años, pero... ¡qué cambio! «*Plus ça change*», diría Annette... «*plus c'est la même chose*». Amor y odio..., siempre lo mismo. El latido de la vida proseguía bajo las ruedas y el ruido del tráfico, bajo las estridencias del *jazz-band*. ¡Y qué tráfico por aquella carretera! Si él se lo hubiera figurado, no hubiera construido la casa. Así, tal vez la tragedia se hubiera evitado. Pero ¿acaso importaba lo que el hombre hacía? Independientemente de los hechos humanos, la vida tomaba sus decisiones respecto a la persona y la situaba donde le parecía bien.

Era ya hora de comer y más tarde quizá. Pero Soames no tenía apetito. No lo tendría hasta que supiera que había ocurrido lo peor. Pero el chófer lo tendría, claro.

—Pare usted en cualquier sitio, para tomar un bocado y fumar un pitillo.

—Muy bien, señor.

No tardó en encontrar sitio donde parar. Soames se quedó mirando la muestra: «El León Rojo». Leones Rojos, Ángeles, Caballos Blancos... Cualquiera día implantarían la ley seca en Inglaterra, no le extrañaría nada... Pero aquello no cuajaría allí. A los ingleses se les podía tratar como a niños. Por eso nadie se creía aquellas bobadas del fin del mundo. Pero a él le gustaría que fuese verdad, mejor que morir de dolor. Si Fleur se escapaba, no le quedaría ya nada en la vida, pues los Monts se llevarían a Kit. Él se quedaría perdido entre sus cuadros y sus vacas, sin el menor interés por ninguna de las dos cosas, hasta que muriera. «Ya no me interesará nada», pensó. «Aunque no ocurra, no me queda

ya corazón para nada.» Salió un momento del coche, y volvió en seguida a subir.

—¡Vamos ya!

Llegó a las tres y le dijeron que Fleur había salido en coche a las diez. Fue un enorme descanso saber que, por lo menos, había pasado allí la noche. E inmediatamente empezó a hacer llamadas telefónicas. Acrecieron su inquietud: No estaba en su casa, ni en casa de June. ¿Dónde podía estar, si no con *aquel hombre*? Pero no se había llevado ningún equipaje, según pudo comprobar, dándole tal comprobación fuerza para tomarse una taza de té bien cargado, y esperar. Salía la cuarta vez a la carretera cuando la vio llegar hacia él.

La expresión de su semblante —de hambre, de dolor, de fiebre— tuvo un curioso efecto sobre Soames; le dolió el corazón, y le descansó al mismo tiempo. ¡Aquella no era la cara de la pasión que triunfa! Era un rostro trágicamente desgraciado, lleno de desesperanza y de dolor. Cada facción parecía haberse agudizado desde que la vio por última vez. E instintivamente permaneció en silencio, avanzando la mejilla para recibir un beso. Ella se lo dió: duro y frío.

—Ya has vuelto... —dijo ella.

—Sí; y en cuanto hayas merendado quiero que te vengas directamente al Refugio... Riggs puede guardar tu coche.

Ella se encogió de hombros y se metió en la casa. Le pareció a Soames que no le importaba lo que pudiera ver en ella o lo que pudiera pensar. Y esto era tan extraño en Fleur que quedó confuso. ¿Había intentado... y fracasado? ¿Podría su comportamiento significar una cosa tan excelente? Se puso a pensar en cómo reaccionó cuando, seis años atrás, le llevó la mala nueva. Claro que entonces era tan jovencita... ¡Tenía que llevársela en seguida con Kit! ¡Tenía que llevársela en seguida! Y llamó a Riggs; le dijo que encerrara el coche de Fleur y que diera la vuelta al suyo.

Había subido a su cuarto. Le mandó recado de que el coche estaba dispuesto. Y bajó en seguida. Se había dado una capa de polvos en la cara y se había pintado los labios. Soames sacó un mapa, y dijo: —Este pollo se va a equivocar como no me siente a su lado—. Así la dejaba en libertad y no le obligaba a poner cara distinta a la que quisiera. Sólo una o dos veces se volvió para vería sentada, como muerta, de pálida e inmóvil que iba. Y en él, dos sentimientos —descanso y lástima— comenzaron a luchar. Sin duda, ella había jugado su última carta y había perdido. Cómo, dónde y cuándo comprendía que no lo sabría nunca. ¡Pero había perdido! ¡Pobrecita hija! ¡No era culpa suya haberse enamorado de aquel muchacho y de haber encontrado imposible su amor! ¡No había cometido falta mayor que él enamorándose de Irene!

Estaban cruzando el río por Staines. De ahí en adelante no era camino desconocido para el chófer. Cuando llegaran, ¿qué haría él para reanimarla un

poco? ¡Menos mal que su madre no estaba! Tal vez Kit pudiera... Tal vez su viejo perro. Y cansado y todo como estaba después de aquellos tres días, temía que llegara el momento de parar. Tal vez lo mejor para ella sería seguir, seguir..., seguir y nunca parar.

Ya estaban muy cerca de casa. ¿Qué iba a decirle cuando llegaran? Las palabras ¡eran cosa tan fútil! Sacó la cabeza por la ventanilla y aspiró el aire. Allí, junto al río, olía mejor que en ninguna parte del mundo, excepto en el Gran Forsythe...

—Tienes que estar muy cansada —le dijo, abriéndole la puerta—. ¿Quieres irte derechita a la cama, hija mía? Yo te mandaré subir la cena.

—Gracias, papá. No quiero más que un poco de sopa. Creo que me he enfriado.

Soames la miró profundamente por un momento, y movió la cabeza. Después, tímidamente, le tocó la cara palidísima con un dedo, y se volvió.

Fué hasta los establos y soltó el perro de ella. Tal vez quisiera echar una carrera antes de que lo metiera en la casa. Y lo llevó hacia el río. Todavía quedaba una luz delicada, aunque el sol se había puesto. Mientras el perro retozaba entre los arbustos, Soames se quedó mirando el agua. Los cisnes pasaron hacia su isla. Los pequeños habían crecido mucho: ya eran casi blancos. Fantasmal e inconcreta, la flotilla pasó, grácil y silente. Había pensado en poner unos pavos, pero no: eran muy ruidosos. Ya estaba bien con los cisnes. El perro seguía corriendo.

—¡Vamos, vamos a ver a tu amita! —dijo, y se volvió hacia la casa iluminada. Entró en su galería de cuadros. Sobre el *bureau* había cartas y cosas que despachar. Por media hora se entretuvo con ellas. Nunca había roto papeles con mayor satisfacción. Luego sonó el *gong*, y bajó a cenar. A solas, como suponía.

XIII

FUEGOS

Pero Fleur bajó a cenar... Y allí empezó para Soames la hora más difícil de su vida. Pues en su corazón había a la vez gran alegría y gran compasión, y tenía que evitar dar señales de cualquiera de los dos sentimientos. Lamentaba ahora no haberse detenido a mirar el retrato de Fleur: hubiera tenido algo de qué hablar. Intentó tratar de la Casa de Reposo:

—Pues es una institución verdaderamente útil —dijo—. Las jóvenes...

—Siempre noto que me odian... ¿Y cómo no habían de odiarme? Ellas no tienen nada y yo lo tengo todo.

Y su risa asustó a Soames.

Fleur fingía que cenaba. Y él no se atrevía a preguntarte si se había puesto el termómetro, pues reiría de aquella manera otra vez. Empezó a contarle que había encontrado un terreno junto al mar, que se llamaba El Gran Forsythe; que había estado en la Catedral de Winchester; y a la vez que hablaba y hablaba, decía para sus adentros: «No me escucha.»

La idea de que iría a acostarse, consumida por aquel fuego devastador que él ni podía intentar apagar, le alarmaba mucho. Tenía un aspecto como si... fuera a hacer una barbaridad. Confiaba en que no tendría a mano veronal o algo por el estilo. Y no cesaba de preguntarse qué habría pasado. Si no hubiera habido nada decisivo, ella estaría impaciente, estaría a la espera, pero no estaría como estaba... ¡No! ¡Era la derrota! Pero ¿qué derrota? ¿Era decisiva? ¿Estaría él libre de la angustia inaguantable de los últimos meses? Sus ojos continuaban escudriñándole la cara, a la que, a pesar de los polvos que se había dado, asomaba su angustia febril, que le conmovía y le destrozaba el corazón. ¡Si se decidiera a llorar y borrar así todas sus angustias! Pero reconocía que al bajar al comedor y enfrentarse con él quería proclamar: «No ha sucedido nada.» Y se mordía los labios, desesperado, ante aquella ficción.

La cena llegó al final, con algunos intentos de conversación por parte de Fleur y algunas de aquellas risas que le erizaban los pelos; después pasaron al salón.

—Hace calor esta noche —dijo ella, abriendo la ventana.

—Sí; hace calor. Pero no te pongas al aire, que ya estás enfriada.

Y tomándola del brazo, le hizo entrar. Tenía miedo que se pasara por fuera de noche, no le diera por irse al río, y...

Se sentó Fleur al piano.

—¿No te importa que toque, papá?

—¡No, hija, no! Tu madre tiene por ahí algunas canciones francesas—. Que hiciera lo que quisiera, con tal que se le pasara aquel aspecto mortal que tenía. Pero la música es cosa que despierta emociones. ¡Y esas canciones francesas, que siempre tenían que tratar de amor! Confiaba que no se decidiría por la única que Annette estaba cantando a todas horas:

Auprès de ma blonde, il fait bon..., fait bon...,fait bon.

Auprès de ma blonde, il fait bon dormir.

¡El pelo de aquel muchacho era *también* rubio! ¡Como el de su madre, en tiempos... ¡Qué ojos y qué pelo tenía! Y por un instante fué como si Irene y no Fleur estuviera sentada al piano. ¡La música! ¡Era raro que hubiera significado

tanto para *ella*! ¡Más que la humanidad, más que el dinero! Y a él, que la música no le había dicho nunca nada... Allí estaba, sobre el piano, como en la plaza Montpellier, como la veía, como la vería siempre...

Reaccionó.

La voz fina y clara de Fleur le hizo daño en los oídos, mientras se hallaba envuelto en el humo de su cigarro. ¡Era doloroso! Estaba manteniendo, la pobre, una heroica lucha. Deseaba que pudiera romper a llorar, y no lo deseaba, pues si lo hacía, también él...

Se detuvo en medio de la canción, y cerró el piano. Parecía haber envejecido. Seguramente que sería así cuando llegara a los cuarenta años. Se acercó y fué a sentarse al otro lado de la chimenea. Llevaba un vestido encarnado, y Soames hubiera querido que llevase otro. El color rojo aumentaba su sensación de que se estaba quemando, de que estaba ardiendo en una hoguera atroz. Sentada, fingía leer. Y él, que tenía *The Times* en la mano, trataba de leer también, de presentarse completamente tranquilo ante ella, normal... ¿Pero podría hacer algo para distraerla? Se le ocurrió preguntarle cuál era su cuadro favorito, de los que tenía. ¿El Constable, el Stevens, el Corot, el Daumier?

—Los lego todos a la nación —dijo—. Pero antes quiero que tú elijas cuatro o cinco de los mejores. Desde luego, la copia de *La vendimia*, de Goya, es tuyo—. Pero, recordando que en el baile de Nettlefold había ido vestida así, se apresuró a decir:

—Claro que con todos los modernismos que hoy se estilan, a la nación pudieran no interesarle los cuadros míos... En ese caso, no sé... Dumetrius te los compraría. Él ha poseído la mayor parte, y les ha sacado ya buen dinero. Si tú escogieras un buen momento para vender, sin huelgas ni líos de esos, podrías sacar tus cien mil libras. Muy por lo bajo; ahora valen setenta mil.

Parecía que le escuchaba, pero no podía asegurarlo.

—En mi opinión —prosiguió desesperadamente—, la pintura moderna no interesará en los próximos diez años... Los gustos se normalizarán, a no ser que venga otra guerra.

—No se deben esos gustos a la guerra.

—¿Dices que no? La guerra trajo tras de sí una escuela de fealdad... Tú no te acuerdas del gusto de antes.

Se encogió Fleur de hombros.

—No voy a decir que no hubiera ya antes mal gusto... Me acuerdo de las Exposiciones que hubo en Londres de aquellos cubistas y post-impresionistas. Pero...

Se detuvo.

—Me voy a acostar, papá.

—Pues muy bien, hija. Tómate una tableta de aspirina. No se puede jugar con los enfriamientos.

¡Enfriamiento! ¡Si fuera sólo eso! Y se acercó a la ventana que había abierto Fleur, y se quedó mirando el jardín, iluminado por la luna. De las habitaciones del servicio llegaba el sonido de un gramófono. Se acercó a la barandilla de la veranda, y tendió el dorso de la mano. ¡No había humedad! Estaba haciendo un tiempo muy seco. Al otro lado del río, un perro empezó a aullar. Muchos lo tomarían como mal augurio. Cuanto más trataba a la gente, más debilidad mental le encontraba. El jardín estaba bonito a aquella luz; estaba bonito y parecía muy irreal: irreales los girasoles, las margaritas, las ropas otoñales... Solamente los álamos, con sus siluetas claramente delineadas por la luna, parecían reales, y además perseguían y expulsaban a los valores fantasmagóricos de las demás plantas del jardín. Miró la fachada de la casa. También parecía irreal. En el cuarto de ella, luz. Ya llevaba allí treinta y dos años. Le tenía cariño al sitio, sobre todo desde que había comprado el terreno colindante con el río, asegurándose así que nadie edificaría allí, quitándole vista y pudiendo vigilarle. Eso era lo que había estado evitando toda la vida: que nadie vigilara ni su cuerpo ni su alma.

Decidió acostarse. La hubiera gustado ver la luz de ella apagada antes de irse a la cama; pero estaba cansado y, por otra parte, de nada le servía esperar. No podía hacer nada por su hija, pues los viejos no pueden ayudar a los jóvenes. Era cosa problemática: el corazón... ¡Y pensar que todo el mundo lo tenía! Ése debiera servir para encontrar en otra persona sosiego y paz. Pero no... Él no encontró nada cuando sufrió de amor, día tras día y noche tras noche por la madre de aquel muchacho. No podía haber tampoco consuelo para Fleur ahora. Y también aquel joven estaría sufriendo, y posiblemente su mujer.

Cerró la ventana y subió lentamente las escaleras. Se paró a la puerta de su hija a escuchar, pero no pudo oír nada. Llegó a su cuarto, se acostó, y alzándose bien los almohadones, empezó a leer la *Vida de los pintores célebres*, de Vasari. Aquel libro siempre le había ayudado a dormir, especialmente dos de sus páginas, pues se las sabía tan de memoria, que no le llamaba la atención lo escrito y el sueño le acudía ante el poco trabajo mecánico de leer.

Se despertó de pronto sin saber por qué. Se puso a escuchar. Le parecía que en la casa había algún movimiento. Pero si se levantaba a mirar, empezaría a preocuparse de nuevo, y no quería. Además, si iba a ver si dormía Fleur, podía despertarla, caso de que durmiera. Se dió la vuelta y volvió a dormirse, pero no por completo. «No estoy durmiendo bien... Es que hago poco ejercicio.» La luz de la luna se filtraba entre las cortinas, no echadas del todo. De repente le pareció oler algo raro. ¡Sí! ¡Olía a quemado! ¿Se habría producido un

cortocircuito? Tal vez se hubiera incendiado el techo del palomar... Salto de la cama, se puso la bata y las zapatillas y se asomó a la ventana.

Una luz rojiza salía de una ventana superior. ¡Era su sala de pintura! Salió corriendo, y al llegar a la escalera percibió un ruido furtivo, un olor a quemado mucho más fuerte. Subió los escalones corriendo y abrió la puerta. ¡Cielos! El fondo de la galería, en el rincón de la izquierda, estaba ardiendo. Unas llamas rojas y pequeñas lamían el zócalo de madera. Algunas cortinas se habían convertido en andrajos negruzcos, y la papelera junto a su escritorio había ardido por completo. En el suelo vió ceniza de cigarrillo. ¡Alguien había fumado allí! Las llamas hacían un sonido siniestro. Bajó corriendo otra vez y abrió el cuarto de Fleur. Estaba tendida en la cama, vestida del todo y durmiendo. ¡Vestida del todo! ¡Habría sido ella!... Abrió los ojos y le miró.

—¡Levántate! —le gritó—. ¡De prisa! ¡Hay fuego en la sala de los cuadros! ¡Saca a Kit y a los criados en seguida de la casa! ¡Manda a buscar a Riggs! ¡Telefonea al Parque de Bomberos de Reading..., de prisa!

Esperando tan sólo a verla en pie, corrió a tomar un extintor. Lo llevó arriba, pesándole mucho. Tenía una idea muy imprecisa de cómo se manejaba. El fuego se había extendido considerablemente. Las llamas quemaban ya su Fred Walker y sus dos David Coxes. Habían prendido en la madera que rodeaba la sala, por la pared, separando dos hileras de cuadros. Sí... ¡Y la madera de arriba había prendido también! ¡El Constable! Por un momento vaciló. ¿Se lanzaría a salvar aquel cuadro? El extintor no servía de nada; lo dejó caer, y corriendo todo el largo de la galería, agarró el Constable cuando las llamas empezaban a prenderlo. Su calor le chamuscó la cara cuando arrancaba el cuadro de la pared. Corrió al balcón, lo abrió y luego dejó el cuadro en él. Después cogió otra vez el extintor y acertó a hacerlo funcionar. Un chorro de algo salió de él y lo dirigió a las llamas. La habitación estaba ya llena de humo y se sintió sofocado. Aquello que salía del chisme era bueno, pues vió que se aplacaba mucho el fuego. Pero el Walker había quedado arruinado. ¡Y los Coxes! Pero cesó el chorro apagafuegos y las llamas revivieron. ¡El *bureau* también ardía! ¡Sus papeles! Corrió en busca de otro extintor. ¿Dónde estaría metido Riggs? ¡Cielo santo, el Alfred Stevens! No podía perder las obras de Stevens, ni de Gauguin, ni de Corot...

Y un espíritu demoníaco se apoderó de Soames. Su buen gusto, su orgullo de coleccionista, sus trabajos, su dinero, ¿iba a consumirse todo? ¡No podía ser!

Y se lanzó entre el humo a la pared más alejada. Las llamas le acariciaron la manga cuando arrancó el Stevens; pudo percibir el olor de lana quemada cuando dejaba el cuadro junto al Constable, en el balcón. Corrió hacia un Gauguin, una muchacha de los mares del Sur totalmente desnuda. No podía arrancarlo. Tiró del clavo, pero tuvo que soltarlo: estaba al rojo. Cogió con más fuerza el marco y dió un violentísimo tirón. Se desprendió, al arrastrarlo él en

su caída de espaldas. ¡Pero era su Gauguin favorito y lo había salvado! Lo puso en el balcón con los otros y corrió al Corot más cercano a las llamas. Aquella pintura de plata fría estaba ardiendo casi, pero lo salvó también. ¡Tenía que coger el Monet! Los bomberos tardarían por lo menos veinte minutos. ¡Si no llegaba pronto Riggs! Tendría que extender una manta debajo y él lanzaría los cuadros. Y lanzó un grito de dolor. ¡Las llamas habían prendido en el otro Corot! ¡Su cuadro, su pobre cuadro! Arrancando el Monet, corrió hacia la puerta del rellano de la escalera. Dos criadas asustadas corrían en camisa.

—¡Eh! Tomen este cuadro. ¡No pierdan la cabeza! —gritó—. ¿Están la señorita Fleur y el niño fuera?

—¡Sí, señor!

—¿Han telefoneado?

—Sí, sí, señor.

—Traíganme un extintor, y todos ustedes, abajo, tengan una manta desplegada para que les vaya echando cuadros. ¡No sean miedosas, que no hay peligro! ¿Dónde está Riggs?

Volvió a la galería. ¡Oh, oh! ¡Sus preciosos Degas! Y lleno de rabia, se lanzó de nuevo contra la pared y arrancó otro Gauguin. Si alguna vez había batido a Dumetrius había sido en aquel cuadro de alto color. Y, como agradecido a él, el cuadro salió inmediatamente de su sitio, quedando entre las manos chamuscadas de Soames. Lo llevó al balcón, sintiéndose por un instante sin aliento. Pero mientras pudiera respirar, tenía que seguir salvando pinturas. No costaría mucho arrojarlas abajo después. Pero cada vez que iba a la pared, los pulmones le dolían como si no pudieran soportar otra ida y otra venida. ¡Pero no importaba!

—¡Papá!

¡Era Fleur con un extintor!

—¡Vete abajo! ¡Fuera, fuera de aquí! —gritó—. ¿No me oyes? ¡Vete fuera de la casa! Que pongan la manta que dije bajo el balcón y que sujeten bien...

—¡Papá! ¡Déjame aquí! ¡Debo ayudarte!

—¡Vete abajo! —volvió a gritar, dándole un empujón.

Cuando vio que se iba, hizo funcionar el extintor que había traído. Dejó el escritorio y atacó las llamas de la pared. Casi no podía sostener el pesado instrumento, y cuando, vacío, lo dejó caer, casi no veía. Pero había vuelto a contener el fuego. ¡Si pudiera continuar!

Y vio que los Harpignies habían desaparecido, ¡aquellas preciosidades! Aquella horrible pérdida le dió más fuerza. Y corriendo a la pared —demasiado grande ahora—, siguió arrancando cuadro tras cuadro. Pero las llamas se

reproducían, persistentes como las del infierno. No podía llegar al Sisley ni al Picasso, pues si resbalaba y caía contra la pared, se quemaba vivo. ¡Que se perdieran! ¡Pero sacaría el Daumier, su favorito, tal vez su cuadro más querido! ¡Ya estaba! ¡A salvo! Ahogándose y respirando ávidamente el aire fresco, pudo ver que abajo estaban con la manta extendida, en manos de cuatro de las sirvientas, sujetando cada cual una esquina.

—¡Sujeten bien! —gritó.

Y lanzó el Daumier. Lo vió descender. ¡Hacer semejante cosa con un cuadro! La manta casi tocó el suelo al choque, pero se mantuvo.

—¡Sujeten más fuerte! ¡Ahí va! —y echó la chica de los mares del Sur, de Gauguin.

Cuadro tras cuadro, los fué arrojando y los veía depositar sobre la hierba. Cuando los arrojó todos, se volvió a considerar la situación. Las llamas habían prendido en el suelo en toda una esquina y hacían presa voraz del artesanado.

Los bomberos llegarían a tiempo de salvar la pared de la derecha. La pared de la izquierda podía darse por perdida, pero él había salvado la mayor parte de los cuadros. Ahora, en la otra pared larga, era donde las llamas empezaban a ser amenazadoras. Tenía que intervenir allí. Fué todo lo cerca del fuego que pudo y cogió el Morland. Ya quemaba, pero lo cogió. Valía seiscientas libras aquel caballito blanco. ¡Le había prometido buena casa donde estar! Lo echó por el balcón y lo vió caer sobre la manta.

—¡Señor!

En la puerta estaba Riggs, por fin, en mangas de camisa, con dos extintores y la boca abierta.

—¡Cierre la boca y rocíe esa pared!

Vió salir el chorro y las llamas retroceder ante él. ¡Qué odio sentía contra aquellas lenguas ardientes inexorables! Pero aquello las contenía...

—Ahora, allí... ¡Salve el Coubert! El cristal había desaparecido, pero la pintura estaba bien. Lo quitó de la pared.

—Ya no quedan más extintores, señor... —oyó murmurar a Riggs.

—Pues aquí entonces... Vaya quitando los cuadros de esa pared uno por uno y echándolos por el balcón. ¡Pero que caigan en la manta!

Y los dos se pusieron a la obra de salvación. Iban a la pared, cogían un cuadro y lo echaban abajo. Lo hacían una y otra vez, pero las llamas, ya sin enemigo, progresaban y progresaban.

—¡Aquel de arriba! —dijo Soames—. Hay que salvarlo como sea. ¡Súbase a una silla! ¡Pero no, yo me subiré! ¡Aúpeme, que no llevo!

Levantado por los brazos de Riggs, Soames descolgó su James Maris, comprado el mismo día que estalló la guerra. «¡Asesinato del archiduque!», le parecía estar oyendo a los vendedores de periódicos⁵⁵. Era un hermoso día, y el sol calentaba bien cuando bajó del coche de alquiler con aquel cuadro. ¡Allá iba! ¡Qué manera de tratar los cuadros!

—¡Adelante! —jadeó.

—Mejor es bajar ya, señor. Aquí ya no se puede ni respirar.

—¡No! ¡Hay que seguir!

Salvaron tres cuadros más.

—Si no quiere usted bajar, tendré que bajarle yo, señor. Ha estado aquí demasiado tiempo.

—¡Tonterías! —suspiró Soames—. Hay que seguir.

—¡Oiga, oiga! ¡Ya están ahí los bomberos!

Soames quedó inmóvil. Aparte del pom-pom de su corazón y del ruido de sus pulmones, no podía oír nada. Riggs le cogió del brazo.

—Vámonos, señor. En cuanto empiecen a actuar, aquí no se podrá estar.

Señaló Soames a través del humo:

—Ése hay que sacarlo como sea —murmuró—. Ayúdeme, que pesa mucho.

La copia de *La Vendimia* estaba en un caballete. Soames llegó como pudo hasta ella. Medio en vilo, medio a rastras, llevó aquella efigie española de Fleur hasta el balcón.

—Levante ahora —dijo.

Y lo levantaron hasta hacerlo bascular sobre la barandilla.

—¡Fuera de ahí! —gritó una voz desde la puerta.

Y unos brazos agarraron a Soames y fué conducido a la puerta y escaleras abajo, medio inconsciente. Volvió en sí en una silla de la veranda. Vió los cascos de los bomberos y percibió un potente silbido. Le dolían los pulmones y los ojos le escocían horriblemente, pero se sentía embriagado y triunfante, a pesar de todo.

La hierba, los árboles, el río bajo la luna... ¡Qué pesadilla había pasado allá arriba, entre los cuadros! ¡Pobres cuadros!... ¡Pero los había salvado! ¡Aquella ceniza de cigarrillo!... ¡El cesto de los papeles! No había que dudar la causa: Fleur... Cerró los ojos y prestó atención al silbido del agua. Una cosa fría se posó en su mano. ¡El hocico de un perro! No debieran dejarlo suelto. Y pensó que

⁵⁵ Se refiere al asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria, cometido en Sarajevo el 28 de junio de 1814, motivo de la guerra. (*Nota de los traductores*)

tendría que hacerse cargo de la dirección de las cosas si quería que salieran bien. Seguramente que estarían echando agua donde no era necesario. Se levantó como pudo. Ya veía mejor. ¡Allí estaba Fleur! ¡Demasiado cerca de la casa! ¡Y qué confusión de gente! ¡Bomberos, máquinas, criados, Riggs! La manga estaba conectada al río y arrojaba demasiado agua. ¡Estropearían los cuadros con el agua! ¡Los idiotas! ¡Ya sabía él que...!

Dando tropezones, se acercó a un bombero.

—No tienen que echar agua ahí. ¡Por ahí no hay fuego, hombre! Me van a estropear los cuadros.

Y al señalar el sitio adecuado, vió que su amado cuadro *La Vendimia* estaba todavía arriba, en equilibrio sobre la barandilla... Pero no, a causa del chorro de agua, caía, caía... ¡Fleur! ¡Estaba precisamente debajo! ¡Y estaba mirando hacia arriba, tenía que verlo! Pasó como un relámpago por Soames la idea de que quería matarse.

Y como si la hubiera visto tirarse al paso de un coche, se lanzó hacia ella y le dió un empujón hacia adelante. Él cayó.

El cuadro le había dado a él.

XIV

SILENCIO

El viejo Gradman, comiéndose su chuletita diaria, tomó el periódico que le traían con aquella colación.

INCENDIO EN UNA GALERÍA DE PINTURA AFAMADO COLECCIONISTA GRAVEMENTE HERIDO

«Un incendio, cuya causa se desconoce, estalló anoche en la galería de pintura del señor Soames Forsyte, en su casa de Mapledurham. Fué extinguido por los bomberos de Reading, y la mayor parte de los valiosos cuadros pudo ser salvada. El señor Forsyte, que se hallaba en su residencia, combatió el fuego mientras llegaban los bomberos, y sin ayuda de nadie salvó numerosos cuadros arrojándolos por el balcón a una manta que le sostenían debajo. Desgraciadamente, cuando ya los bomberos habían llegado, le cayó sobre la cabeza uno de sus cuadros, dándole con el pesado marco y dejándole inconsciente. Dada su edad y los esfuerzos que realizó durante el siniestro, hay poca esperanza de que se salve. Nadie más resultó herido, y ninguna otra parte de la casa se vió afectada por el fuego.»

Dejando el tenedor, el viejo Gradman tomó la servilleta y se limpió la frente, que se le había llenado de sudor. No podía creer aquello. La Prensa muchas veces no dice la verdad. Fué al teléfono mecánicamente. Encontró el número con dificultad, pues los ojos se le habían llenado de niebla.

—¿Es la señora Dartie? ¡Gradman al habla! ¿Es cierto, señora? Pero ¿no será desesperado, confío yo?... ¡Dios mío! ¿Salvando la vida de la señorita Fleur? ¡Santo Dios! ¿Va usted a ir allí? Yo creo que también convendrá que yo vaya. Todo está en orden, pero podría querer algo si... ¡Dios mío, Dios mío!... Sí, sí señora, es horrible, horrible...

Colgó el auricular y se quedó inmóvil. ¿Quién se preocuparía de las cosas en adelante? En la familia no había nadie con sentido de los negocios comparado con el señor Forsythe, nadie que recordase los viejos tiempos y que supiese manejar la propiedad urbana como se hacía entonces. ¡La señorita Fleur! ¡Y por salvarle la vida! ¡Qué cosas! ¡Ella siempre había sido lo primero para él! Ahora sería una mujer rica. Cogió el sombrero. Primero tendría que ir a su casa a buscar algunas cosas, pues bien pudiera suceder que tuviera que estar allí dos o tres días. Pero siguió todavía un buen rato inmóvil. Si le hubieran dicho que el Banco de Inglaterra había quebrado, no le hubiera afectado tanto.

Llegó a *El Refugio* en un coche de estación, con un maletín lleno de ropas y papeles. Serían las seis. En el *hall* le recibió el señor Mont, aquel joven que hacía chistes de todo. ¡No los iría a hacer ahora!

—¡Ah, señor Gradman! Ha sido usted muy amable viniendo... No, no es de esperar que se salve. Fué un golpe terrible... Pero si recobra el sentido, es seguro que quiera verle a usted, aunque no pueda hablar. Ya le hemos dispuesto habitación. ¿Quiere tomar una tacita de té?

Sí, le vendría bien una taza de té.

—¿Y la señorita Fleur?

El joven movió la cabeza con dolor.

—Le salvó la vida...

Gradman asintió:

—Sí, eso me dijeron... ¡Vamos..., que! ¡Quién iba a pensar! Su padre vivió hasta los noventa años, y él tenía siempre tanto cuidado... ¡Dios mío, Dios mío!

Se tomó una taza de té calentito, y estaba pensando que le había caído muy bien cuando vió una figura femenina en la puerta. Era la señorita Fleur en persona. ¡Qué cara tenía la pobrecilla!

—No sabe lo que lo siento, señora... La conozco a usted desde niña...

Ella sólo le respondió:

—Sí, señor Gradman.

Después le llevó a su habitación y le dejó allí. Nunca había estado en una habitación tan bonita, con flores y un olor tan bueno, y un cuarto de baño para él solo —una cosa completamente innecesaria—. ¡Y pensar que dos puertas más allá estaba el señor Forsyte muriéndose!

—Todavía respira —le había dicho ella al pasar por allí—. No se atreven a operarle. Mi madre está con él.

¡Qué cara se le había quedado! ¡Pálida, doliente!... ¡Pobrecita, tan joven! Se quedó junto a la ventana abierta. Hacía calor. Mucho calor para septiembre. Y el aire era muy agradable. Sería por el río. Un lugar tan tranquilo, y pensar que... Los ojos se le llenaron de lágrimas. El otro día habían estado hablando de que algo podía pasar a uno de los dos, y mira tú..., le había pasado a él... ¡Eran los caminos de la Providencia! ¡Pero todo por Jesucristo, Nuestro Señor! Se llevaba a un hombre muy bueno. Y más rico que su padre. Allí, en el agua, había unos animales de esos..., patos o cisnes, o como se llamaran. Él no había vuelto a ver cisnes desde que llevó a la señora G. a Golder's Hill Park, después de la guerra. Y decían que no había esperanza. Menos mal que el testamento estaba en perfecto orden. Una renta anual a la señora F., y el resto, a su hija por entero; lo que quedara, a los hijos de su hija. No tenía más que uno, pero ya tendría más, ya...

Estaba todavía a la ventana, cuando, ya oscurecido, sonaron unos golpes en la puerta. Entró aquel joven y dijo:

—Señor Gradman ¿quiere usted bajar a cenar, o prefiere que le mande la cena aquí?

—Pues aquí, si es lo mismo para usted, señor Mont. Cualquier cosa, lo que sea...

El joven se le acercó.

—Usted tiene que sentirlo mucho, señor Gradman, después de conocerle tanto tiempo. Aunque no era un hombre fácil de conocer. Pero uno se podía dar cuenta de...

—Yo le conocí de pequeñito. ¡Si le llevé yo al colegio! Yo le enseñé a hacer un asiento, ya ve usted. Y nunca le he visto hacer una cosa poco clara. Eso sí, era un hombre muy reservado. Tuvo sus disgustos, claro, como todo el mundo... Pero nunca ha dicho a nadie ni media palabra. Buen hijo para su padre, buen hermano para sus hermanas..., buen padre para su hija...

—Sí... Y muy bueno para mí también.

—No iba mucho a la iglesia, esa es la verdad...; pero pocos hombres habrá tan rectos como él... Me da mucha pena su señora... ¿Cómo fué eso?

—Pues ella estaba debajo del balcón por donde echaban los cuadros, y no se dió cuenta de que bajaba otro. Y él la empujó para que no le cayera el cuadro encima, pero le cayó a él en la cabeza.

—¡Qué cosas, Dios mío, qué cosas!

—Verdaderamente... Ella no puede sobreponerse...

Gradman miró la cara del joven en la semioscuridad.

—Usted no se aflija. Ya verá cómo ella reacciona. Hay desgracias que son inevitables. Habrán informado a la familia, ¿verdad? Y hay una cosa, señor Mont... Su primera esposa, la señorita Irene, que se casó después con el señorito Jolyon. Dicen que todavía vive; quizá quisiera ella mandarle un mensaje diciendo que lo pasado, pasado estaba, en caso de que recuperara el conocimiento...

—Pues no sé, señor Gradman, no sé, la verdad...

—Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores... Él la quiso muchísimo, lo que se dice muchísimo...

—Eso tengo entendido, pero hay cosas que... De todas formas, la señora Dartie conoce sus señas. Pregúntele a ella, a ver qué le parece. Ya sabe usted que está aquí.

—Ya lo pensaré bien. Me acuerdo de la boda de la señorita Irene. Estaba muy pálida. Y era guapísima.

—Eso dicen.

—Y esta señora de ahora, como es francesa, mostrará sus sentimientos... Pero si él está inconsciente... No he oído hablar mucho de ella. Pero el pobre señor Forsyte me parece que no ha sido muy feliz con sus esposas.

—Muchos hombres no lo son, ya sabe usted lo que pasa...

—Es verdad. Pero yo, hasta ahora, no puedo decir que haya tenido el menor disgusto con la señora G. Y ya llevamos cincuenta y dos años casados, que no es grano de anís. Pero no puedo entretener a usted tanto tiempo. Tendrá que volver con la señorita Fleur, pues la pobre necesita consuelo. Y si hago falta para algo, no vacile en llamarme, a cualquier hora del día o de la noche. Y si la señora Dartie quiere verme, dígame que estoy a sus órdenes.

El hablar le había servido de desahogo. Aquel joven era más simpático de lo que le había parecido Acababa de cenar cuando le llegó un recado: «¿Querría bajar al salón a ver a la señora Dartie?»

—Espéreme usted, hija mía —dijo a la muchacha que subió a avisarle—. Soy nuevo en la casa y puedo meterme en otro sitio.

Se lavó las manos y se pasó una toalla por la cara; después siguió a la muchacha. ¡Buena habitación aquella! Bastante vacía, pero muy ordenada y limpia, pintada color crema y mucha porcelana, y su piano de cola y todo. Winifred Dartie estaba sentada en un sofá, cerca de la chimenea. Se puso en pie y le dió la mano.

—Es una tranquilidad muy grande verle por aquí, Gradman —dijo—. Usted es el amigo más antiguo que tenemos.

También la había conocido de niña. Estaba muy pálida y con cara de querer llorar y no saber cómo.

—Llore usted, señora, llore usted y se desahogará. No seré yo quien la censure por eso. Pero no hay que pensar en lo peor; su hermano es muy fuerte, no es como si se hubiera dedicado a beber... Tal vez se salve todavía.

—¡Ay!, no, señor... Le dió el golpe en la cabeza. No se salva mi pobre hermano... ¡Cuánto le voy a echar de menos! Él era el único que...

Gradman le dió unas palmaditas en la mano.

—Sí, sí...; pero hay que ser optimistas. Si vuelve en sí, yo estaré allí.

El consuelo que su presencia proporcionaría no se lo explicaba, pero se le ocurrió decir eso. Y añadió:

—Y digo yo: ¿No le gustaría que avisáramos a la señorita Irene? Me parece que no debería irse con un remordimiento en la conciencia. Es una vieja historia, pero el Día del Juicio...

—No hay que molestarle con eso, Gradman. Esas cosas ya no se estilan.

—Muy bien. Usted sabrá mejor que yo. Pero es que no me gustaría que se fuese con remordimiento.

—El remordimiento será el de ella, Gradman.

Gradman se quedó mirando una pastora de Dresde.

—En casos así nunca se sabe. Yo también quisiera hablarle de sus acciones de aceros. No están como debieran. Pero veremos a ver si se puede... Me alegro que su padre no esté vivo en este momento tan triste. No lo hubiera soportado, con lo que le quería... Y es que el mundo ya no será el mismo si el señorito Soames...

Winifred se había llevado las manos a la cara y vuelto de espaldas. Muy afectado, Gradman se dirigió a la puerta.

—No me desnudaré, por si hago falta. Buenas noches. Tengo aquí todo.

Volvió a su cuarto, pasando de puntillas ante aquella puerta. Ya estaba abierto el embozo de su cama y le habían puesto encima su camión de franela. Se tomaban demasiadas molestias con él. Y poniéndose de rodillas, rezó con

voz acongojada, diciendo al terminar: «Especialmente te recomiendo, Señor, el cuerpo y alma del señor Forsythe. Perdónale sus pecados y líbrale de las impurezas de la tierra para que llegue debidamente limpio ante Ti, y vuélvele un corderito para que pueda hallar ante Tus ojos gracia. Tu humilde siervo. Amén.» Y por algún tiempo después de haber terminado, siguió arrodillado en la alfombrilla. Luego se levantó más tranquilizado. Se quitó las botas y la chaqueta y se puso su bata de abrigo, después cerró la ventana para defenderse del aire de la noche. Se anudó un pañuelo a la cabeza calva, quitó el edredón de la cama y se sentó en una butaca, tras de apagar la luz, con el edredón sobre las rodillas. ¡Qué silencio tan grande! Si casi podía oírse uno los pensamientos... ¡Y qué bien olía a campo! A la gente rica le gustaba el buen olor. Se acordó de una vez que tuvo que ir a casa del señor Forsythe, en la Plaza Montpellier. Cuando entró estaba sonando el piano, y una voz muy hermosa cantaba algo de «yaciendo sobre la hierba» y de «me muero, me desmayo, me derrito de amor». Abrió un poco la puerta para oír mejor y vino aquello: «Los olores del campo.» Y de pronto, la música cesó y la puerta se abrió del todo y apareció la señorita Irene... ¡Con un vestido...! ¡Qué vestido llevaba!

«¿Tiene usted que esperar al señor Forsythe? Pues pase a tomar el té.» Y él había parado y había tomado el té con ella, sentándose en el borde de la silla. Y ella le había servido y le había hablado muy atenta, y le había preguntado si le gustaba la música. Y entonces había llegado el señor Forsythe, y ella había cambiado por completo: su rostro se había cerrado como se cierra un libro. ¡Qué raro, acordarse de aquello! ¿Estaría durmiendo la pobre señorita Fleur? La que sí estaría durmiendo sería la señora G. ¿Y qué diría si le viera sentado en aquella butaca, con la dentadura puesta y todo? ¡Pero qué silencio había en la casa! Pero poco a poco la boca del viejo Gradman se fué abriendo, y fué él quien quebrantó el silencio, pues el viento no movía una hoja siquiera.

XV

SOAMES TOMA EL COCHE ESTUFA

Únicamente le quedaba a Soames vida. Dos noches y dos días habían estado esperando, sin dejar de observar la cabeza vendada. Los médicos habían emitido su veredicto: «No hay que pensar en operar.» Y se habían ido otra vez. El médico que asistió al nacimiento de Fleur era, desde entonces, médico de cabecera. Aunque Soames no le había perdonado nunca el susto que le hizo pasar, el hombre se había adherido a la familia. Por instrucción suya, vigilaban los ojos del paciente; al menor signo, debían avisarle.

Michael, que creía que Fleur no podría consolarse, se dedicó a Kit, a tratar que no se diera cuenta de lo que pasaba a su abuelo. No visitó la figura inmóvil. Y no por indiferencia, sino porque allí se sentía un intruso. Había inventariado

todos los cuadros de la galería. El fuego había destruido once de los ochenta y cuatro.

Annette había llorado y ya se sentía mejor. El pensamiento de la vida sin Soames se le hacía extraño: lo mismo que el pensamiento de vivir con él. Deseaba que se salvara, pero si no se salvaba, viviría en Francia.

Winifred, que compartía las guardias junto a su hermano, pensaba con tristeza en el pasado. Soames había sido su apoyo durante treinta y cuatro años de matrimonio con Montague Dartie, y lo había seguido siendo trece años después. No volvería ya a llevar una vida libre de preocupaciones de intereses. Tenía corazón y no podía mirar aquella figura inerte sin tratar de recordar cómo se lloraba. De la familia llegaron muchas cartas, y todas coincidían en no explicarse cómo había podido pasarle aquello a Soames.

Gradman, que se había bañado y se había puesto un pantalón negro, estaba muy absorto en cuentas y en escribir a la Compañía de Seguros de Vida. Se daba algún paseo por el huerto sin mirar a la casa, pues no podía olvidar que James había vivido noventa años y Timoteo ciento, por no pensar en los otros hermanos.

Smither había sido llamada para estar con Winifred; pero no era de mucha utilidad, y se pasaba el día diciendo: «¡Pobre señorito Soames! ¡Con el cuidado que llevaba siempre para todo!»

Y esto es lo que pensaba todo el mundo. Ignorantes de la continuada y furtiva marcha de una pasión y del estado a que había reducido a Fleur; ignorantes de cómo Soames la había estado observando, viendo sucumbir a ella, a aquella adorada parte de su ser; ignorantes de la desesperación de Fleur que la llevó a ponerse en la trayectoria de aquel cuadro que caía; ignorantes de todo, se sentían extrañados. No sabían que el accidente era la culminación secreta e inexorable de una vieja historia. Por eso les extrañaba que hubiera ocurrido un accidente al hombre que menos se pudiera exponer a ellos en el mundo.

Pero Fleur sabía bien que su desesperación había aniquilado a su padre, lo mismo que si se hubiese tirado al río y él hubiera muerto ahogado por salvarla. Sabía demasiado bien, y ella sola lo sabía, que aquella noche se hubiera tirado al río, se hubiera puesto ante un tren o hubiera hecho cualquier cosa que no hubiese sido muy activa para terminar con aquel estado de sufrimiento en que se hallaba. Sabía ella bien que su conducta le había costado la vida a su padre. Y no podía perdonarse. Jon se hallaba muy lejos de sus pensamientos. Su padre había hecho lo único eficaz para conseguirlo. Compartía con su madre y su tía y dos enfermeras las guardias junto al cuerpo de su padre. Pero compartía las guardias, no los descansos. Se estaba hora tras hora junto a Soames, casi tan inmóvil como él, con los ojos fijos en su cara. ¡Qué bueno había sido siempre con ella! Era increíble que fuera a morir llevándose con él aquella bondad, que no volviera ella a ver más su cara, que no volviera a notar su bigote contra su

frente o contra su mejilla. Contemplándole, se acordaba de cosas pequeñas más bien que de las grandes. De cuando le traía una muñeca, de una vez que le pegó su madre y él se puso a buscarle fresas en el jardín para consolarla... Y allí estaba. Y casi no quedaban retratos de él para recordarle: uno de pequeñito, en brazos de su madre; otro de cuando era un poco mayor (estaba mirándose, escéptico, sus pantalones de terciopelo); otro del año 76, de mocito, con chaqueta de fraque y una insinuación de patillas; y una instantánea o dos que le hablan tomado sin que se apercibiese. ¿Habría en el mundo un hombre menos fotografiado? Siempre había querido pasar desapercibido, y eso para Fleur, tan amante de hacerse notar, era algo extraordinario. ¿Qué fuerza secreta llevaba dentro aquel cuerpo que tenía ante ella, para no necesitar nunca de nadie? Él se había criado con tanto lujo como ella; tampoco habría tenido necesidad de hacer el menor esfuerzo en la vida; sin embargo, se había sabido independizar de todos y de las opiniones de todos. Y, sin embargo, y nadie lo supo mejor que él, había ansiado ser amado. Esto dolía mucho a Fleur. Siempre había ansiado el cariño de ella, y ella no le había demostrado demasiado. Pero ella le había querido, le había querido siempre... Había algo en él que rechazaba las manifestaciones; pero ella le había querido siempre. Y viéndole allí, en la cama de su madre, en la cama que ella había nacido, se sentía inconsolable.

Y así pasaron días y noches. Al tercer día, estando a su lado, vió que abría los ojos. Más bien, se le separaban los párpados. Pero el corazón le latió apresurado. Hizo una señal a la enfermera, que se acercó, miró y fué rápidamente al teléfono. Le dieron un estimulante mientras venía el médico. Cerró los ojos, y a la media hora los volvió a abrir. ¡Aquella vez sí que veía! Y por unos minutos torturantes, Fleur observó un ser que *quería ser*, una mente que quería someterse a una voluntad instintiva. Se inclinó sobre aquellos ojos, para que la vieran con menos esfuerzo, con los labios temblorosos, como en un beso. La extraordinaria tenacidad de aquella lucha por volver a ser la aterrizó. Parecía que iba a morir del esfuerzo de querer vivir. Le habló; le puso la mano bajo la suya, para notar la menor presión que hiciera. Observó sus labios desesperadamente. Al fin, la lucha cesó y los ojos, medio en blanco, medio enfurecidos, se rindieron a algo más profundo. Un movimiento casi imperceptible pasó de un dedo de Soames al de ella.

—¿Me conoces, papaíto?

—Sus ojos dijeron:

—Sí.

—¿Te acuerdas?

Otra vez los ojos:

—Sí.

Los labios le temblaban como si quisiera hablar, y la mirada se le hizo más profunda. Frunció un poco los párpados, como si la cara de ella estuviera demasiado próxima. Se retiró un poco, y entonces el ceño se suavizó.

—Papaíto mío, verás qué pronto te pones bien...

Los ojos dijeron «no», y los labios se movieron, pero no pudo oírle nada. Por un instante perdió todo dominio de sí misma y, en un sollozo, dijo:

—¡Papaíto, perdóname!

Se dulcificó la mirada de Soames, y entonces ella le entendió:

«¿De qué? ¡Tonterías!»

—¡Sí vieras lo que te quiero, papá!

Abandonó todo esfuerzo de hablar. Su vida pareció concentrarse en sus ojos. El significado de su mirada se hacía más y más patente, más exigente de algo. Fleur, como una niña pequeña, le dijo:

—¡Papaíto! ¡Ahora voy a ser buena!

A sus labios pareció acudir una sonrisa, y su cabeza pareció moverse en asentimiento, y aquella mirada se hacía más honda, más profunda en sus ojos.

—Papá, Gradman está aquí, y mamá, y la tía Winifred, y Kit, y Michael. ¿Quieres ver a alguno?

Sus labios murmuraron:

—No..., a ti.

De nuevo percibió un movimiento en sus dedos y le oyó murmurar.

—Ya está.

Repentinamente, sus ojos quedaron en blanco. Aún respiró otro poco; pero antes que el médico llegase, él partió.

XVI

FINAL

De acuerdo con lo que evidentemente hubiera deseado Soames, le hicieron unos funerales apacibles. Hasta entonces, él había sido el único de la familia que se había ocupado de las exequias fúnebres de los que iban muriendo.

Fué, pues, un acto sencillo, al que sólo asistieron hombres.

Sir Lawrence también fué, más grave de lo que Michael había supuesto.

—Yo respetaba al viejo Forsyte —dijo a su hijo al volver del cementerio, donde, en el rincón elegido por el mismo, habían enterrado a Soames, bajo un

manzano silvestre—. Era un hombre sincero y leal. Era un hombre honrado. ¿Qué tal está Fleur?

Michael meneó la cabeza.

—Es terrible para ella pensar que...

—Mira, hijo mío: no hay mejor muerte que morir por los que se ama. En cuanto sea posible, que se venga a Lippinghall con nosotros, donde nada le recordará a su padre. Haré que vengan a pasar unos días Hilario y su mujer, pues a ella le gustaron.

—Me tiene muy preocupado... Es como si algo se le hubiese roto por dentro.

—Sí, hijo, sí. Eso nos pasa a los humanos, cuando tenemos menos de treinta años, en un trance de estos. Un muelle se nos rompe, sin duda; pero muy pronto sacamos nuevas alas y emprendemos vuelos nuevos. Es lo que pasa con la Edad que vivimos: se le ha roto su muelle, y parece que no encuentra otro. Pero lo encontrará, lo encontrará. Eso le pasará a Fleur. ¿Qué le vas a poner en la lápida?

—Pues yo creo que una cruz.

—Yo creo que le gustaría una piedra sencilla, con el manzano donde está, tapándole, para que nadie le quebrante en su intimidad. Nada de «Amadísimo» ni de «Afligidísimos» ni cosa por el estilo. ¿Quién era ese viejo que lloraba con la cara metida en el sombrero?

—El viejo señor Gradman. Una especie de niñera de la familia en cosas de negocios.

—¡Hombre fiel! Bueno, yo nunca supuse que el viejo Forsythe tomara el coche estufa antes que yo. Parecía inmortal... Pero este mundo tiene muchas ironías. ¿Puedo servirlos a ti y a Fleur en algo? ¿Hablar a la nación de los cuadros? El marqués y yo os podremos arreglar eso. Tenía completa debilidad por el viejo Forsythe y el Morland lo salvó él. A propósito, debió haber una lucha horrible, allá arriba, entre él y el fuego... Nunca hubiera yo sospechado en él tanta energía.

—Sí. He estado hablando con Riggs de eso. Todavía está asustado de verle hacer —dijo Michael; y añadió—: ¡Mira, aquí viene!

Aflojaron el paso, y el chófer, tocándose el sombrero, se puso a su lado.

—¡Ah, Riggs! —dijo sir Lawrence—. ¿Estuvo usted arriba con el señor en el fuego?

—Sí, sir Lawrence. El señor Forsythe era una maravilla... Parecía un potro joven, del modo de andar que tenía. Creo que si no le sacamos a la fuerza, todavía está allí. Tan exagerado en no mojarse, en no ponerse a la corriente, y

mire..., con sus años. Un verdadero campeón... Y qué mala suerte tuvo... Si no hubiera insistido en salvar el último cuadro que salvamos, no hubiera caído del balcón y no le hubiera cogido debajo.

—¿Cómo empezó el fuego?

—Nadie lo sabe señor; no sé si el señor Forsyte lo sabría. Pero no dijo nada. Lástima que no llegara yo más pronto; pero tuve que ir a poner la gasolina en sitio seguro. ¡Qué manera de luchar tenía! ¡Y con el día que había llevado! Vinimos de Winchester a Londres, de Londres a Dorking, a recoger a la señorita Fleur, y de Dorking aquí. Ya no me dirá más que llevo mal el camino... —y una mueca le pasó por el rostro, flaco y sombrío. Volvió a tocarse el ala del sombrero y se alejó.

—«Un verdadero campeón» —repitió sir Lawrence en voz apagada—. Casi, casi, podías inscribirle eso en la lápida... ¡Qué mundo más irónico es éste!

Se separaron en el *hall*, pues sir Lawrence se volvía a Londres en coche. Se llevó a Gradman con él, pues ya había terminado de hacer todo lo necesario en asuntos del testamento. Michael encontró a Smither llorando y cerrando persianas, y en la biblioteca, a Winifred y a Val, que había acudido con Holly para estar el día del entierro. Annette estaba con Kit en su cuarto de jugar. Michael fué a buscar a Fleur a la habitación que usaba en aquellos días, que era su habitación de soltera; como era pequeña, y con cama individual, dormía sola, Michael lo hacía en cualquier parte.

Estaba tumbada en su lecho, como sin vida.

Los ojos que volvió a Michael parecieron mirarle como si miraran al techo. No era extraño que su espíritu estuviera sumido en la nada, sin posibilidad de ir a otro sitio. Se acercó a la cama y le cogió una mano.

—¡Pobrecita mía!

Volvió a mirarle Fleur, pero no pudo deducir cosa alguna de su mirada.

—Cuando quieras, nos llevamos a Kit a casa, cariño...

—Cuando quieras tú, Michael.

—Y tú tienes que tener ánimo, vida mía. Ya me doy cuenta de lo que sientes... —añadió, bien a sabiendas de que no podía darse cuenta de nada—. Riggs ha estado contándonos lo verdaderamente heroico que estuvo tu padre en el incendio...

—¡Calla! —y apareció algo en su cara que le dejó sorprendido. Era algo no natural, por mucho que lamentara la muerte de su padre. De pronto, dijo—: Tienes que darme tiempo, Michael... Supongo que al cabo todo pierde su importancia, pero... No te preocupes por mí..., no lo merezco.

Más consciente que nunca en su vida de que las palabras no sirven, en ocasiones, para nada, Michael le dió un beso en la frente y salió de la habitación.

Bajó hasta el río, y se quedó mirándolo correr, brillante y tranquilo, bajo el sol de aquel otoño que había durado tanto. Las vacas de Soames estaban paciando enfrente. Las subastarían... Todo lo que había pertenecido a Soames se subastaría, seguramente, pues Annette se iría a Francia con su madre, y Fleur no quería seguir de dueña de aquello. Se volvió a la casa, con grandes señales de haber pasado por las pruebas del fuego y del agua. Y su corazón se llenó de melancolía, como si el espíritu del muerto estuviera allí, a su lado, doliéndose de la dispersión de sus propiedades, de todo lo que le había llevado tanto tiempo y trabajo conseguir. «Todo cambia —pensó—. Todo es cambio, cambio... Sólo el cambio es constante. ¿Quién no querría tener un río mejor que un estanque?» Se encaminó hacia el macizo de flores que había al pie del huerto. Allí florecían girasoles y malvas, y se acercó a ellas como en busca de calor. En el cenador del rincón vió a una persona sentada. ¡Era la mujer de Val Dartie!... Holly, una gran persona. Y de pronto, en Michael, a causa de la extrañeza que había sentido al ver en Fleur aquella actitud tan extraña, surgió la necesidad de hacer una pregunta. Primero, tímidamente; después, fué necesidad imperiosa. Se dirigió hacia ella. Tenía un libro abierto en las manos, pero no leía.

—¿Cómo está Fleur? —le preguntó.

Michael movió la cabeza sin responder nada, y se sentó junto a ella.

—Quiero preguntarle una cosa. Desde luego, no responda, si no quiere... Pero yo creo que debo preguntar... ¿Quiere usted, puede usted decirme cómo están las cosas entre su hermano y ella? Yo sé lo que hubo en el pasado... ¿Hay algo al presente? Pregunto por ella, no por mí... Me diga usted lo que me diga, yo no voy a hacer nada que a ella pueda dolerle...

Holly le miró, y él escudriñó la cara de ella. Y vió algo que le convenció de que le diría verdad.

—Lo que quiera que haya habido entre ellos —dijo al fin—, y algo ha habido desde que él regresó a Inglaterra, ha terminado para siempre. Lo sé de toda seguridad. Terminó el día anterior al incendio.

—Bien —dijo Michael muy serio—, ¿por qué asegura usted que terminó *para siempre*?

—Porque conozco a mi hermano. Ha prometido a su mujer que nunca más volverá a ver a Fleur. Él, sin duda, ha hecho algo inconveniente; ha pasado por un momento de crisis... Pero cuando Jon da su palabra, nada, *nada* le llevará a no cumplirla. Lo que haya habido, ha terminado para siempre, y Fleur lo sabe.

—Sí... —dijo Michael; y luego, para sí mismo, añadió—: Lo que haya habido...

Holly avanzó la mano y la puso sobre la de él.

—Muy bien —dijo Michael—. Rápidamente reaccionaré. Y tampoco tiene usted que temer que yo me vuelva atrás de mi palabra. Ya sé que siempre he sido segundo plato en la mesa... Pero no haré nada que pueda dolerle a ella.

La presión de la mano de Holly sobre la suya aumentó; y al mirarla, vió que tenía lágrimas en los ojos.

—Muchas gracias, Holly —le dijo—. Ahora comprendo. Cuando no se comprende es cuando se procede sin generosidad. Muchas gracias.

Retiró la mano suavemente y se levantó. Y mirándola y viendo que seguían sus lágrimas, le sonrió.

—A veces es muy duro recordar que todo en la vida es comedia, pero...

—Buena suerte, Michael —dijo Holly.

—Buena suerte... Buena suerte para todos nosotros.

Aquella tarde, cuando la casa se cerró, Michael encendió la pipa y salió otra vez al jardín, sin ser observado. Había reaccionado ya. De no haber muerto Soames, no sabía si lo hubiera hecho... Era, como si yaciendo bajo aquel manzano silvestre, el «viejo Forsythe» siguiera montando guardia protectora del amor de su vida: de su hija. Michael sólo sentía por ella compasión. El pájaro había recibido los tiros de los dos cañones, y, sin embargo, seguía viviendo. Nadie que tuviera el menor instinto de caballerosidad le heriría más. No podía hacer más que recogerlo del suelo y curarle las heridas y arreglarle las alas lo mejor que pudiera. Algo muy fuerte en Michael; algo que ni sospechaba que existiera, había acudido en su ayuda: ¿Generosidad, hombría? ¡No, no era eso! Era algo sin nombre, era un instinto, una impresión de que había algo más allá de sí mismo que tenía que tener en cuenta, aun cuando él estuviera lastimado y triste. Toda su vida había detestado el violento egoísmo del *crime passionnel*, de la venganza, del honor ultrajado, pues todo le parecía falsedad y salvajismo primitivo. Sabía que la sociedad no disculpaba ser hombre con sentimientos buenos y generosos, cuando se trataba de casos como aquel. Por eso la vida era muy mucho como lo fuera en la era del reno: pura tragedia entre cazadores primitivos, anterior al comienzo de la civilización y de la comedia.

Fuera lo que fuera lo habido entre aquellos dos —y él sentía que había ocurrido lodo—, había terminado, y ella estaba destrozada. Él, entonces, tenía que estar a su lado con la boca cerrada. Si no era capaz de eso, nunca debiera de haberse casado con ella, pues bien sabía que ella no le había querido como la había querido él. Y aspirando profundamente el humo de su pipa, llegó junto al río.

El cielo estaba ya estrellado, y, juntamente con la primera insinuación de frío, se levantó algo de niebla, cubriendo el agua de forma que parecía que no

corría por su cauce. De cuando en cuando, en el profundo silencio, percibía el ruido de algún coche que pasaba lejos o la voz de algún animal. La luz de las estrellas, el olor de los árboles y plantas, el canto de algún búho, el ruido del vuelo de un murciélago, los álamos altos, negros, más negros que la oscuridad crepuscular, constituía todo ello adecuado marco para, su estado de ánimo.

«¡Qué mundo más irónico es éste!», había dicho su padre. Y era, en verdad, irónico, con sus formas fundidas en otras formas, con sus modos fundidos y confundidos en otros, con sus sonidos indistinguibles entre sí, con nada fijo y concreto, como no fuera la luz de las estrellas y aquel instinto que a todos decía: «¡Hay que vivir!»

Un sonido de música vino de abajo del río. Habría reunión en alguna de las casas. Tal vez estarían bailando, lo mismo que aquella tarde había visto bailar los mosquitos... Y de repente, algo que había en la noche le hizo sentir la garganta oprimida... ¡Dios santo!... ¡Era sorprendente, hermoso! Los millones de estrellas del cielo, parpadeando en la oscuridad, eran todas distintas, tenían su vida y su ritmo armilar... ¡Qué mundo! ¡Era la Voluntad Eterna en operar pleno! Y si uno moría, como había muerto aquel pobrecillo que estaba bajo el manzano silvestre..., pues era que la Voluntad Eterna descansaba un momento en la forma inmóvil del que fué... ¡Pero no!, no era que se detuviese, era que se movía de otra forma, con esos intervalos, esas desviaciones, esos cambios que llamamos Vida. ¿Quién podría frenar la marcha eterna? ¿Quién desearía? Y si alguien, como el pobrecito hombre acomodado que yacía allí, pretendía hacerlo, las estrellas destellaban un poco más, cuando, muriendo, parecía haber puesto fin a algo... ¡Tener y persistir! ¡Como si se pudiera!

Y Michael aspiró el aire. Un sonido lejano le llegó por el río, dulce y potente... ¡Era como si un cisne hubiera cantado!

FIN